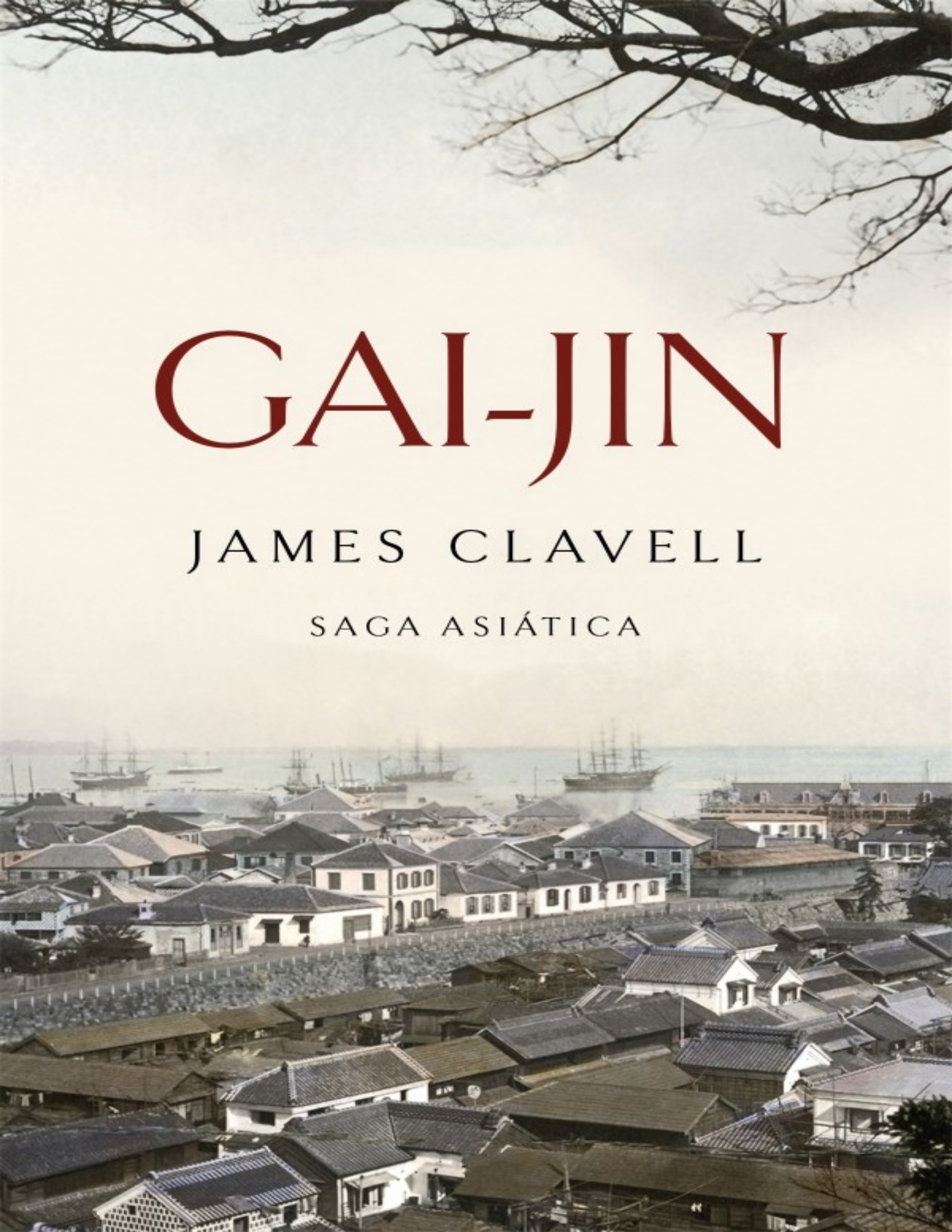
GAI-JIN

JAMES CLAVELL

SAGA ASIÁTICA



El heredero de la magnífica Casa Noble…

El descendiente directo del primer Shogun Toranaga luchando para dar paso a su país en la era moderna…

Una hermosa joven francesa debatiéndose entre la ambición y el deseo…

Sus vidas se entrelazan en una tierra exótica recientemente abierta a los extranjeros (gai-jin), desgarrada por la codicia, el idealismo y el terrorismo. Sus pasiones se mezclan con monarcas y diplomáticos, asesinos, cortesanas y espías. Sus destinos chocan en la última obra maestra de James Clavell ambientada en el Japón del siglo XIX. Una novela épica inolvidable en plena ebullición con la traición y los secretos, la brutalidad y el heroísmo, el amor y las pasiones prohibidas…

James Clavell

Gai-jin

Saga asiática - 6

Índice de contenido

Cubierta

Gai-jin

Libro Primero
- I. Yokohama
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX
- X
- XI
- XII
- XIII
- XIV. Kioto
- XV
- XVI
- XVII. Yedo

Libro Segundo
- XVIII
- XIX
- XX
- XXI
- XXII
- XXIII

XXIV
XXV. Yokohama
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX. Kioto
XXXI

Libro Tercero
XXXII. Yokohama
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII. Kioto
XXXVIII. Sakonoshita
XXXIX. Hamamatsu
XL. Yokohama
XLI

Libro Cuarto
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII. Kanagawa
XLIX
L

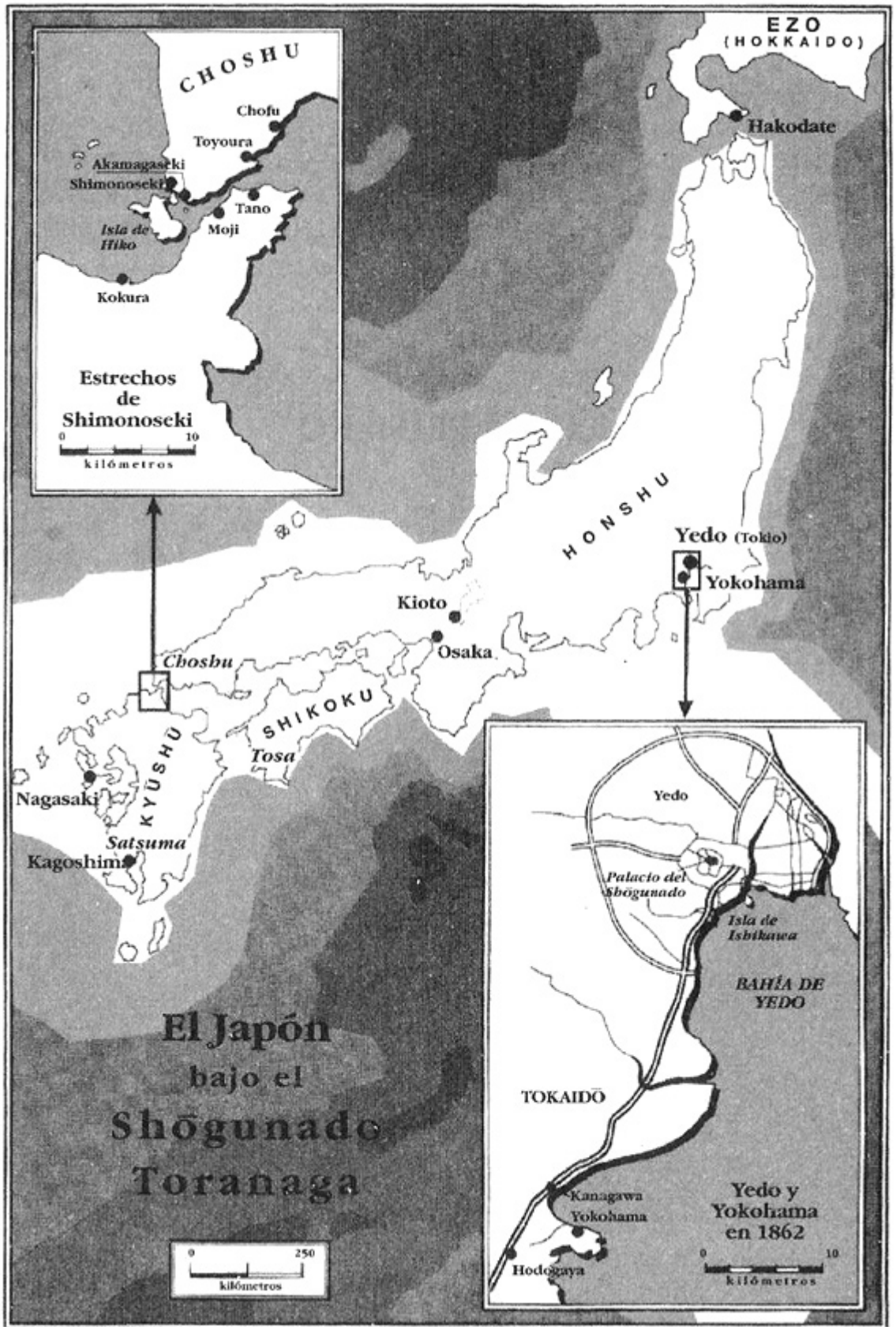
Libro Quinto
LI
LII. Kanagawa
LIII

LIV
LV
LVI. Yokohama
LVII
LVIII
LIX
LX
LXI
LXII

Epílogo

Cronología de la Saga Asiática

Esta novela es para ti,
quienquiera que seas,
con mi mayor agradecimiento;
porque sin ti
el escritor que hay en mí
no existiría.


EZO
(HOKKAIDO)
Hakodate
CHOSHU
Chofu
Toyoura
Akamagaseki
Shimonoseki
Tano
Moji
Isla de Hiko
Kokura
Estrechos de Shimonoseki
0 10
kilómetros
HONSHU
Yedo (Tokio)
Yokohama
Kioto
Osaka
Choshu
SHIKOKU
Tosa
KYŪSHŪ
Nagasaki
Satsuma
Kagoshima
El Japón bajo el Shōgunado Toranaga
0 250
kilómetros
Yedo
Palacio del Shōgunado
Isla de Ishikawa
BAHÍA DE YEDO
TOKAIDŌ
Kanagawa
Yokohama
Hodogaya
Yedo y Yokohama en 1862
0 10
kilómetros

Gai-jin, que significa «extranjero», está ambientada en el Japón de 1862. No es una novela histórica sino de ficción. Muchos de los acontecimientos narrados se basan en la labor de historiadores y en libros de historia, aunque estos no siempre relatan necesariamente lo que en realidad ocurrió. El libro tampoco hace referencia a ninguna persona real ni a ninguna empresa verdadera. Los reyes, reinas y emperadores se mencionan con su nombre auténtico, así como algunos generales y otras personalidades. Aparte de esas pequeñas concesiones a la realidad, he jugado con la historia; con el dónde, el cómo, el quién, el porqué y el cuándo de los hechos, para hacer encajar el relato en los límites de mi propia realidad y, quizá, para contar la verdadera historia de algo que tuvo lugar en el pasado.

LIBRO PRIMERO

I

YOKOHAMA

14 de septiembre de 1862

Presa de pánico, la joven cabalgaba a galope tendido en dirección a la costa por precarios caminos que atravesaban pantanos y arrozales. El sol del atardecer empezaba a declinar. Montaba como una amazona, y a pesar de ser una experta, aquel día apenas podía mantener el equilibrio. Su cabello ondeaba al viento, pues se le había caído el sombrero, y el traje de montar verde, a la última moda de París, estaba rasgado por las zarzas y manchado de sangre.

Azotó al caballo para que apurara el galope. Ya se veían los pequeños cobertizos del pueblo de pescadores de Yokohama, agrupados alrededor de la elevada valla y de los canales que rodeaban la colonia extranjera, y las agujas de sus dos pequeñas iglesias. Supo entonces, con alivio, que más allá, en la bahía, estarían fondeados los buques mercantes británicos, franceses, norteamericanos y rusos, y una docena de barcos de guerra, de vapor y de vela.

Aún más rápido. Por estrechos puentes de madera, por canales y acequias que cruzaban los pantanos y arrozales. El caballo, empapado de sudor, tenía una profunda herida en el lomo y estaba cada vez más cansado.

Estaba también muy asustado, pero la joven consiguió dominarlo y se desvió hacia el camino que atravesaba el pueblo y conducía a un puente sobre un canal de circunvalación, hasta que llegó a la entrada principal de la colonia flanqueada por la caseta de guardia de los samuráis y la aduana japonesa.

Cuando la vieron acercarse, los centinelas, unos samuráis armados con dos espadas, intentaron interceptarla, pero ella pasó de largo al galope hacia la amplia calle principal de la colonia, que bordeaba la costa. Uno de los centinelas corrió a buscar a un oficial.

La joven se detuvo, jadeando.

—*Au secours… à l'aide*, ¡socorro!

El paseo marítimo estaba desierto, pues la mayoría de los habitantes estaban durmiendo la siesta, o bien bostezando en sus oficinas, o perdiendo el tiempo en las casas de placer del otro lado de la valla.

—¡Socorro! —volvió a gritar una y otra vez, y los pocos hombres que merodeaban por el paseo, la mayoría de ellos comerciantes británicos, soldados que no estaban de servicio, marineros y algunos criados chinos, la miraron sorprendidos.

—¡Santo cielo, mira! Es la muchacha francesa…

—¿Qué sucede? Por Dios, mira cómo está su ropa…

—Es ella, la tía buena, el ángel de grandes tetas, la que llegó hace un par de semanas…

—Es verdad, Angélique… Angélique Bishó o Rishó, uno de esos nombres franchutes…

—Dios mío, ¡está llena de sangre!

Todos se dirigieron hacia ella, excepto los chinos, quienes, habiéndose vuelto sabios tras milenios de conflictos, simplemente desaparecieron. Varios rostros se asomaron por las ventanas.

—¡Charlie, corre a buscar a sir William!

—Santo Dios, mira el caballo; el pobre bicho va a desangrarse… ¡llama al veterinario! —gritó un comerciante corpulento—. Y tú, soldado, rápido, ve a buscar al general y al franchute que está bajo su tutela… Quiero decir, al ministro francés, ¡corre! —Con un gesto

de impaciencia señaló hacia una casa de una sola planta en la que ondeaba la bandera francesa y bramó—: ¡Corre! —Tras lo cual el soldado partió corriendo y él se dirigió rápidamente hacia la muchacha. Al igual que todos los comerciantes llevaba un sombrero de copa y una levita de lana, pantalones ajustados y botas, y sudaba bajo el sol—. ¿Qué diablos ha sucedido, mademoiselle Angélique? —preguntó, al tiempo que asía las riendas del caballo, horrorizado por las manchas de suciedad y de sangre que la muchacha tenía en el rostro, la ropa y el cabello—. ¿Está herida?

—*Moi, non*… no, no creo, pero nos atacaron… Unos japoneses nos atacaron… —Intentaba recuperar el aliento y dejar de temblar, todavía aterrorizada, y apartó los cabellos que le cubrían el rostro. Con urgencia señaló hacia el oeste, tierra adentro, donde se adivinaba vagamente el monte Fuji en el horizonte—. ¡Rápido! ¡Necesitan ayuda!

Los que se encontraban más cerca se quedaron estupefactos y empezaron a difundir las exiguas noticias armando mucho barullo y asediándola a preguntas: «¿Quién? ¿A quién atacaron? ¿Son franceses o ingleses? ¿Un ataque? ¿Dónde? ¡Otra vez los cabrones de dos espadas! ¿Dónde demonios sucedió…?».

Las preguntas se superponían unas a otras y no le daban tiempo a responder; tampoco se sentía capaz de hablar con coherencia; todavía jadeaba y el grupo se le acercaba cada vez más, empujándola casi. Cada vez aparecían más hombres, que salían a la calle poniéndose los sombreros y los abrigos, muchos de ellos armados con pistolas o mosquetes y otros con los últimos fusiles norteamericanos. Uno de ellos, un escocés barbudo y ancho de espaldas, bajó corriendo las escaleras de un imponente edificio de dos plantas. Encima del portal había un cartel que rezaba: «Struan and Company». Se acercó a ella a empujones en medio del alboroto.

—¡Callad, por el amor de Dios! —gritó, y aprovechando el instante de silencio, agregó—: Rápido, díganos lo que ha sucedido. ¿Dónde está el joven Mr. Struan?

—Ay, Jamie, *je*… Yo, yo… —La joven, desorientada, hizo un esfuerzo desesperado por recuperar la compostura—. Ay, *mon Dieu!*

Se acercó a ella y le dio unas palmadas en el hombro, como a un niño, para tranquilizarla. Sentía adoración por ella al igual, que todos los demás.

—No se preocupe, ahora está a salvo, mademoiselle Angélique. Tómese el tiempo que necesite. ¡Dejadle sitio, por el amor de Dios! —Jamie McFay tenía treinta y nueve años y era el director de la compañía Struan en Japón—. Ahora, cuéntenos lo que sucedió.

Se enjugó las lágrimas, y se apartó el cabello despeinado.

—Nos… nos atacaron; nos atacaron los samuráis —explicó, con voz débil pero agradable acento. Todos estiraban el cuello para oír mejor—. Estábamos… estábamos en… la gran carretera… —Volvió a señalar hacia el interior—. Fue ahí.

—¿El Tokaidō?

—Sí, eso es, el Tokaidō… —La gran carretera de peajes que recorría la costa, a unos dos kilómetros al oeste de la colonia, comunicaba Yedo, la capital prohibida del shōgun, a unos treinta kilómetros de allí, con el resto de Japón, también prohibido para los extranjeros—. Estábamos… cabalgando… —Hizo una pausa y luego las palabras brotaron al fin de su boca—: Mr. Canterbury, Phillip Tyrer y Malcolm, o sea, Mr. Struan, y yo, cabalgábamos por la carretera, y de pronto vimos una fila muy larga de samuráis que llevaban unos estandartes, y esperamos para dejarles pasar, y entonces… entonces dos de ellos se precipitaron hacia nosotros, hirieron a monsieur Canterbury, atacaron a Malcolm, quiero decir, a Mr. Struan, que había empuñado su pistola, y a Phillip, que me gritó que escapara, que corriera a pedir ayuda. —Empezó a temblar otra vez—. ¡Rápido, necesitan ayuda!

Los hombres ya corrían hacia los caballos empuñando las armas. Empezaron a oírse gritos:

—¡Que alguien avise a las tropas…!

—¡Los samuráis han atacado a John Canterbury, a Struan y al joven Tyrer! ¡Los han descuartizado en el Tokaidō!

—¡Dios mío! ¡Dice que los samuráis han matado a unos de nuestros muchachos!

—¿Dónde sucedió? —La voz de Jamie McFay se elevó por encima del tumulto, refrenando una impaciencia casi frenética—. ¿Puede explicarnos donde sucedió, el lugar exacto?

—En el arcén de la carretera, antes de Kana… Kana no se qué…

—¿Kanagawa? —preguntó, refiriéndose a un pequeño poblado de pescadores en el Tokaidō, en el otro extremo de la bahía y a unos cinco kilómetros de allí por la carretera costera.

—*Oui*, sí. ¡Kanagawa! ¡Daos prisa!

Los hombres habían ensillado los caballos de las cuadras de Struan y estaban listos para partir. Jamie se colgó un rifle al hombro.

—No se preocupe, los encontraremos enseguida. Pero ¿y Mr. Struan? ¿Lo vio escapar? ¿Sabe si está herido?

—*Non*. No vi nada, solo el principio; pobre Mr. Canterbury, él… él iba a mi lado cuando… —Se le inundaron los ojos de lágrimas—. No miré atrás, obedecí sin… y vine a pedir ayuda.

Se llamaba Angélique Richaud. Solo tenía dieciséis años. Era la primera vez que había traspasado la valla.

McFay subió al caballo de un salto y se alejó rápidamente. «Dios mío —pensó angustiado—, no habíamos tenido ningún problema desde hace un año o más, de lo contrario nunca los hubiese dejado ir. Yo soy el responsable, ¡Malcolm es el presunto heredero y soy el responsable! Dios santo, ¿qué demonios ha sucedido?».

No tardaron mucho McFay, una docena o más de comerciantes y un oficial de los dragones con tres de sus lanceros en encontrar a John Canterbury en un arcén del Tokaidō, aunque tuvieron ciertas dificultades para reconocerle. Lo habían decapitado y sus miembros descuartizados estaban esparcidos por el suelo. Tenía el torso atravesado por unos feroces tajos, cualquiera de ellos probablemente mortal. No había ni rastro de Tyrer y Struan, ni

tampoco de los samuráis. Los transeúntes no sabían nada del asesinato, ni quién lo había cometido, cuándo o por qué.

—Jamie, ¿crees que han secuestrado a los otros dos? —le preguntó un norteamericano con desasosiego.

—No lo sé, Dmitri —McFay intentó pensar con claridad—. Más vale que alguien regrese y le diga a sir William lo que ha ocurrido… y que traiga una mortaja o un ataúd.

Su rostro había palidecido visiblemente mientras examinaba a los transeúntes, que, aunque no observaban la escena directamente, no se perdían ni un detalle.

En la carretera de tierra muy bien conservada se concentraba un flujo de viajeros disciplinados que procedían de Yedo, o iban en esa dirección, hacia lo que más tarde se llamó Tokio. Hombres, mujeres y niños de todas las edades; ricos y pobres y en su mayoría japoneses, salvo algún chino con su larga túnica. La mayor parte eran hombres, ataviados con kimonos de distintos estilos y condiciones, y una variedad de sombreros de tela y paja. Mercaderes, mozos de cuerda semidesnudos, sacerdotes budistas con túnicas de color naranja, granjeros que iban o venían del mercado, adivinos ambulantes, escribas, maestros y poetas. Muchas literas y palanquines de todos los tipos, con dos, cuatro, seis u ocho mozos, transportaban a personas o mercancías. Los pocos samuráis altivos que pasaban entre la multitud los observaban con una mirada siniestra.

—Saben quién lo hizo; todos ellos lo saben —dijo McFay.

—Seguro, *imatyeryebitz!* —Dmitri Syborodin, un norteamericano de cabello castaño, rechoncho y de treinta y ocho años, que vestía toscamente y era amigo de Canterbury, estaba furioso—. Sería muy fácil obligarles a hablar. —En ese momento repararon en un grupo de doce o más samuráis que los observaban desde la carretera. Algunos llevaban arcos, y los occidentales sabían lo diestros que eran en su manejo.

—No es tan fácil, Dmitri —repuso McFay.

Pallidar, el joven oficial de los dragones, explicó con tono resuelto:

—Es muy fácil tratar con ellos, Mr. McFay, pero no es aconsejable sin un permiso; excepto, por supuesto, si nos atacan. Están ustedes a salvo. —Settry Pallidar ordenó a uno de los dragones que fuera a buscar refuerzos al campamento, y un ataúd, y era evidente que al norteamericano le irritaba su arrogancia—. Sería conveniente que empezaran a rastrear la zona. Cuando lleguen mis hombres les ayudarán. Lo más probable es que los otros dos estén heridos en algún lugar.

McFay se estremeció e indicando el cadáver dijo:

—¿O estarán como él?

—Es posible, pero no perdamos la esperanza. Vosotros tres id por ahí, el resto, separaos y…

—Oye, Jamie —Dmitri lo interrumpió deliberadamente, manifestando así su odio por los oficiales, los uniformes y los soldados, sobre todo si eran británicos—. ¿Qué te parece si tú y yo vamos a Kanagawa? A lo mejor ahí hay alguien de nuestra legación que sabe algo.

Pallidar ignoró esa muestra de hostilidad; la comprendía, pues conocía la excelente hoja de servicio del norteamericano. Dmitri era de origen cosaco, un antiguo oficial de caballería del ejército norteamericano, cuyo abuelo había muerto luchando contra los británicos en la guerra de 1812.

—Creo que es una buena idea ir a Kanagawa, Mr. McFay —dijo—. Sin duda allí sabrán quiénes eran los samuráis que acompañaban a la procesión que pasó por aquí. Cuanto antes averigüemos quién es el culpable, mejor.

—Ojalá se pudran todos los hijos de puta —espetó Dmitri.

Una vez más, el capitán, con su uniforme resplandeciente, eludió la provocación, aunque no la ignoró.

—Ciertamente, Mr. Syborodin —dijo con serenidad—. Y más vale que cualquiera que se atreva a llamarme hijo de puta se busque un padrino, una pistola o una espada, una mortaja y alguien que lo

entierre. Mr. McFay, tiene tiempo de sobra antes de que se ponga el sol. Yo me quedaré aquí hasta que regresen mis hombres y entonces les ayudaremos a buscar. Si se entera de algo en Kanagawa, por favor, hágamelo saber. —Tenía veinticuatro años y adoraba al regimiento. Con un desprecio apenas disimulado se dirigió al grupo de comerciantes—. Les sugiero… caballeros… que comiencen la búsqueda. Sepárense, pero no se pierdan de vista. Brown, usted vaya con este grupo y rastree esa parte del bosque. Sargento, encárguese de todo.

—Sí, señor. Venga, en marcha.

McFay se quitó el abrigo para cubrir el cadáver y volvió a montar. Junto a su amigo norteamericano, se dirigió rápidamente hacia el norte en dirección a Kanagawa, a un kilómetro y medio de allí.

El capitán se quedó solo. Impertérrito, permaneció sentado sobre el caballo cerca del cadáver, observando a los samuráis. Ellos también le observaban. Uno de los samuráis movió el arco, quizá con la intención de amenazar, quizá no. Pallidar no se inmutó, con el sable en la vaina. Su trenza rubia brillaba bajo los rayos del sol. Los peatones en el Tokaidō caminaban de prisa, temerosos. El caballo golpeaba el suelo con los cascos, nervioso, haciendo tintinear los arreos.

«Este ataque no ha sido igual que los demás, los ataques aislados —pensó, cada vez más furioso—. Tendrán que pagar muy caro el haber atacado a esos cuatro, con una mujer de por medio, y haber asesinado a un inglés con semejante vileza. Esto significa que habrá guerra».

Pocas horas antes, los cuatro jinetes habían atravesado la puerta principal, dejando atrás la aduana y tras saludar con indiferencia a los samuráis de guardia, que respondieron inclinándose mecánicamente, y trotaron despacio hacia el interior por los sinuosos caminos que conducían al Tokaidō. Todos eran jinetes expertos y montaban caballos ágiles.

En honor a Angélique se habían puesto sus mejores chisteras y trajes de montar. Eran la envidia de todos los hombres de la colonia, que englobaba a ciento diecisiete residentes europeos, carpinteros de navío, armeros, aventureros, jugadores y muchos inútiles y pensionistas también, la mayoría británicos; había además oficinistas euroasiáticos o chinos, unos cuantos norteamericanos, franceses, holandeses, alemanes, rusos, australianos y un suizo. Había tres mujeres, todas matronas; dos de ellas eran británicas, mujeres de comerciantes, y la otra era una *madame* del «barrio de los borrachos», que era como se llamaba al barrio de las clases más bajas. No había niños, y contaban con cincuenta o sesenta criados chinos.

John Canterbury, un atractivo comerciante británico, hacía de guía. El motivo de la excursión era mostrar a Phillip Tyrer el camino por tierra a Kanagawa, donde se celebraban de vez en cuando las reuniones con los oficiales japoneses y a cuya jurisdicción pertenecía la colonia. Tyrer, un estudiante de tan solo veintiún años que acababa de ser nombrado intérprete de la legación británica, había llegado el día anterior de Londres vía Pekín y Shanghái.

Aquella mañana, tras oír la conversación en el club, Malcolm Struan preguntó:

—Mr. Canterbury, Mr. Tyrer, ¿puedo ir con ustedes? Hoy es un día ideal para conocer estas tierras. También me gustaría invitar a mademoiselle Richaud; todavía no conoce el país.

—Nos sentiríamos muy honrados, Mr. Struan. —Canterbury pensó que estaba de suerte—. Estaríamos encantados de que nos acompañaran. El paseo es agradable, aunque no hay gran cosa que ver, sobre todo para una dama.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Tyrer.

—Kanagawa ha sido una parada muy frecuentada y un lugar de descanso para los viajeros que van y vienen de Yedo desde hace siglos, según dicen. Está bien provisto de casas de té, así es cómo llaman aquí a los prostíbulos. Vale la pena visitar algunos de ellos,

aunque no somos tan bien recibidos como en nuestros propios Yoshiwaras del otro lado del pantano.

—¿Casas de putas? —preguntó Tyrer.

Los otros dos rieron al ver su expresión de asombro.

—Eso mismo, Mr. Tyrer —dijo Canterbury—. Pero no son como las pensiones de mala muerte o los prostíbulos de Londres, o de cualquier otro lugar del mundo; son especiales. Pronto lo verá, aunque aquí la costumbre es que cada uno tenga su propia querida, si la puede pagar.

—Yo nunca podré hacerlo —aseguró Tyrer.

Canterbury rio.

—A lo mejor sí. Gracias a Dios, el tipo de cambio nos beneficia a nosotros. Aquel viejo norteamericano, Townsend Harris, era un cabrón muy cauto. —Sonrió al acordarse de él. Harris fue el primer cónsul general norteamericano a quien nombraron dos años después de que el comodoro Perry impusiera la apertura de los japoneses al mundo exterior, primero en 1853, y luego en 1856, con sus cuatro *Buques Negros*, los primeros barcos de vapor que surcaron las aguas de Japón. Cuatro años antes, tras largas negociaciones, Harris había concluido unos tratados que posteriormente serían ratificados por el mayor Powers y que concedían el acceso a determinados puertos. Los tratados también fijaban un tipo de cambio muy favorable. Entre los Mex de plata (los dólares de plata mexicanos, la moneda universal de cambio y comercio en Asia) y los *oban* de oro japoneses: si se cambiaban Mex por *oban* y luego se volvían a cambiar por Mex, se podía doblar o triplicar la cantidad.

—Comeremos temprano y luego partiremos —dijo Canterbury—. Llegaremos con tiempo de sobra para la cena, Mr. Struan.

—Perfecto. Me gustaría invitarles a mi comedor privado. Voy a dar una pequeña fiesta en honor de mademoiselle Richaud.

—Es usted muy amable. Espero que el tai-pan se encuentre mejor de salud.

—Sí, mucho mejor. Mi padre ya está bastante restablecido.

«No es eso lo que supimos por el correo de ayer —pensó John Canterbury con preocupación, ya que todo lo que afectaba a la Casa Noble (apodo por el que se conocía a la compañía Struan en todo el mundo) afectaba a todos por igual—. Corre la voz que tu viejo ha sufrido otro ataque. No importa, un hombre como yo no tiene muchas oportunidades de charlar con un futuro tai-pan, o con un ángel como ella. ¡Me espera un día fantástico!».

Una vez en camino, estuvo aun más afable.

—Ah, Mr. Struan, ¿piensa quedarse mucho tiempo?

—Una semana, más o menos; luego regresaré a Hong Kong. —Struan era el más alto y fuerte de los tres. Ojos celestes, cabello largo entre moreno y rojizo sujeto en una coleta, aparentaba mayor edad que sus veintiún años—. No hay motivos para quedarse, nuestro negocio está en muy buenas manos con Jamie McFay. Hizo una labor excelente cuando abrió las puertas de Japón.

—Es un hombre íntegro, Mr. Struan, de eso no hay duda. El mejor de todos. ¿La señorita se irá con usted?

—Ah, mademoiselle Richaud. Sí, creo que se marchará conmigo; eso espero. Su padre me pidió que no la perdiera de vista aunque temporalmente, mientras esté aquí, se halla bajo la tutela del ministro francés —dijo con ligereza, simulando que no percibía la sonrisa repentina de Canterbury, o que no se daba cuenta de que Tyrer estaba enfrascado en una conversación con Angélique en francés, un idioma que él mismo hablaba a duras penas, y que ya se encontraba bajo su hechizo. «No le culpo, ni a Canterbury, ni a nadie», pensó con regocijo, y aceleró el paso para dejar espacio a los demás, pues el camino empezaba a estrecharse.

El terreno era llano, salvo por los matorrales de bambú; también había bosquecillos aquí y allá con árboles que ya habían adquirido el colorido otoñal. Se veían muchos patos y otras aves. Había cultivos en todos los pantanos, y arrozales, y también se aprovechaba la tierra. Caminos estrechos, un sinfín de riachuelos y el hedor del estiércol humano, el único abono utilizado en Japón, siempre presente. Molestos, la joven y Tyrer sostenían unos pañuelos

perfumados sobre la nariz, aunque una brisa fresca que provenía del mar se llevaba gran parte de la pestilencia y las otras plagas de la humedad estival, como mosquitos, moscas y demás parásitos. Las colinas lejanas, cubiertas de espesos bosques de hayas, alerces amarillos y rojos, arces, rododendros salvajes, cedros y pinos, formaban un brocado de tonos rojizos, dorados y marrones.

—Es hermoso, ¿verdad, monsieur Tyrer? Es una pena que no se vea el monte Fuji con más claridad.

—*Oui, demain, il est là! Mais mon Dieu*, mademoiselle, *quelle senteur* —¡qué olor!, repuso Tyrer en un francés perfecto, un idioma imprescindible para cualquier diplomático.

Canterbury disminuyó el paso disimuladamente y al situarse al lado de la muchacha desplazó al joven con suma habilidad.

—¿Qué tal se encuentra, mademoiselle?

—Oh, muy bien, gracias, pero me gustaría galopar un poco. Me alegro tanto de haber salido de la colonia. —Desde que llegara dos semanas antes con Malcolm Struan en el barco de vapor bimensual la habían vigilado muy de cerca.

«Y con toda razón —pensaba Canterbury—. En Yokohama hay demasiada chusma y, seamos sinceros, está lleno de piratas merodeando por ahí».

—En el camino de vuelta podemos coger la pista de carreras si lo desea.

—Sí, sería fantástico, gracias.

—Habla un inglés perfecto, mademoiselle Angélique, y tiene un acento maravilloso. ¿Estudió en Inglaterra?

—Vamos, Mr. Canterbury —rio, y él sintió que una ola de calor le recorría el cuerpo; la textura de la piel y la belleza de Angélique le estimulaban—. No he estado nunca en su país. A mi hermano pequeño y a mí nos educaron la tía Emma y el tío Michel. Ella era inglesa, y siempre se negó a hablar en francés. Más que una tía, fue una madre para nosotros. —Se le ensombreció el rostro—. Mi madre murió al dar a luz a mi hermano y mi padre se marchó a Asia.

—Lo siento mucho.

—Sucedió hace mucho tiempo, monsieur, y ahora mi adorada tía Emmy es como mi propia madre. —El caballo tiró de las riendas y lo corrigió sin pensar en lo que hacía—. Tuve mucha suerte.

—¿Es la primera vez que viene a Asia? —preguntó Canterbury. Aunque ya sabía la respuesta de antemano, quería hacerla hablar. Fragmentos de información sobre Angélique, cotilleos y rumores, habían corrido de voz en voz por toda la colonia.

—Sí. —Una nueva sonrisa volvió a animar a Canterbury—. Mi padre comercia con China y está en la colonia inglesa de Hong Kong. He venido a pasar el verano con él. Es amigo de Mr. Seratard, que está aquí, y que fue muy amable al organizar mi estancia en este lugar. A lo mejor usted le conoce, se llama Guy Richaud, de Richaud Frères.

—Por supuesto, un caballero muy agradable —respondió cortésmente, aunque nunca lo había visto y solo sabía lo que le habían contado: que Guy Richaud era un extranjero de escasa relevancia que estaba ahí desde hacía unos cuantos años, haciendo lo que podía para ganarse la vida—. Nos sentimos muy honrados por su visita. ¿Le gustaría que organizara una cena en su honor en el club?

—Muchas gracias, se lo preguntaré a monsieur Seratard, mi anfitrión —Angélique vio que Struan, delante de ella, miraba hacia atrás, y lo saludó con la mano alegremente—. Mr. Struan fue muy amable al acompañarme hasta aquí.

—¿De veras? —«Como si no lo supiéramos», pensó Canterbury. Se preguntó cómo alguien podía atrapar, conservar y permitirse un tesoro como ella, y se acordó de los rumores que había oído acerca de la pugna que volvía a surgir entre Struan y su rival más importante, Brock & Sons: un asunto relacionado con la guerra civil norteamericana que había comenzado el año anterior. «Las ganancias van a ser enormes. No hay nada mejor que una guerra para los negocios, los dos bandos ya están como perro y gato, el Sur le da cien vueltas a la Unión…».

—Angélique, ¡mire! —exclamó Struan señalando con el dedo tras detenerse. A unos cien metros, al final de una ligera cuesta, estaba la carretera principal.

—Nunca pensé que el Tokaidō fuera tan grande, o que hubiera tanta gente —dijo Phillip Tyrer.

Salvo unos pocos caballos, todo el mundo iba a pie.

—Pero… pero ¿dónde están los carruajes, las carretas, las carretillas? Y es más —exclamó la joven—, ¿dónde están los mendigos?

Struan rio.

—Eso tiene fácil explicación, Angélique. En este país están prohibidos, al igual que casi todo lo demás. —Se ajustó el sombrero para colocarlo de un modo más garboso—. En Japón no se puede utilizar ningún tipo de rueda. Son órdenes del shōgun. ¡Ni una sola rueda!

—Pero ¿por qué?

—Es un buen sistema para mantener el orden entre la población, ¿verdad?

—Sí, en efecto. —Canterbury rio con ironía y luego, señalando la carretera, agregó—: Y además, cada una de estas personas, sean ricas o pobres, príncipes o plebeyos, tiene que llevar un pasaporte o una autorización para poder viajar, incluso para salir de su propio pueblo. Y fíjese en los samuráis, son los únicos en todo Japón que pueden ir armados.

—Pero sin diligencias ni ferrocarril, ¿cómo funciona el país? —Tyrer estaba estupefacto.

—Funciona a la japonesa —contestó Canterbury—. No olvide que los japoneses solo tienen una manera de hacer las cosas, tan solo una: la suya. Los japoneses no son como los demás, y desde luego no son como los chinos, ¿no le parece, Mr. Struan?

—Absolutamente cierto.

—No verá ni una sola rueda, mademoiselle. Así que para transportar cualquier cosa se necesita una persona que la lleve, a cuestas: las mercancías, la comida, el pescado, la carne, los

materiales de construcción; cada saco de arroz, cada leño, cada fardo de ropa, cada caja de té, cada barril de pólvora, y también todo hombre, mujer o niño que no quiera ir a pie, si se lo puede pagar. O bien pueden transportarlo en barco, lo que significa que tendrá que ir por mar porque aquí, aunque hay miles de riachuelos, no hay ríos navegables.

—¿Y qué pasa en la colonia? Ahí sí que hay ruedas, Mr. Canterbury.

—Sí, efectivamente, mademoiselle; ahí tenemos todas las ruedas que queremos, aunque los funcionarios japoneses, esos cabrones… perdón, mademoiselle —añadió rápidamente, avergonzado—. No estamos acostumbrados a tratar con damas en Asia. Como decía, los funcionarios japoneses, que se llaman el Bakufu, son iguales a los de nuestro servicio civil; estuvieron discutiendo sobre el tema durante años hasta que el ministro les dijo que se fueran a la m…, quiero decir, que se olvidaran del asunto porque al fin y al cabo la colonia era nuestra y no de ellos. En cuanto a los mendigos, también están prohibidos.

La joven sacudió la cabeza y la pluma de su sombrero se agitó alegremente.

—Es increíble. En París hay… París está lleno de mendigos, al igual que el resto de Europa; es imposible evitar la mendicidad. *Mon Dieu*, Malcolm, ¿y Hong Kong también es así?

—Hong Kong es aun peor —dijo Malcolm Struan con una sonrisa.

—Pero ¿cómo pueden prohibir la mendicidad o impedir que haya mendigos? —preguntó Tyrer, perplejo—. Mademoiselle Angélique tiene razón. Europa entera es como un saco de mendigos. Londres es la ciudad más rica del mundo y sin embargo está plagada de ellos.

Canterbury sonrió de un modo extraño.

—No hay mendigos porque el magnate todopoderoso, el shōgun, el rey de esta gente, dice que no se puede mendigar; y lo que él dice es ley. Cualquier samurái puede poner a prueba la hoja de su espada con un mendigo si le da la gana; también lo puede hacer con

cualquier otro cabrón… perdón, con cualquier persona siempre y cuando no sea otro samurái. Si te cogen mendigando, estás quebrantando la ley, así que irás directo a la cárcel y, una vez allí, el único castigo que te espera es la muerte. Eso también es la ley.

—¿Así, sin más? —preguntó la joven escandalizada.

—Me temo que sí. Por eso los japoneses respetan tanto las leyes. —Canterbury volvió a reír con ironía y contempló la sinuosa carretera. Se hallaba cortada a unos quinientos metros por un riachuelo poco profundo y para cruzarlo había que vadearlo o hacerse transportar a cuestas. En la otra orilla, ante una barrera, hicieron una reverencia y presentaron la documentación a los inevitables samuráis que hacían de centinelas.

«Malditos cabrones —pensó, odiándolos; pero también adoraba la fortuna que había amasado, así como el estilo de vida que llevaba y que, desde hacía un año se centraba en Akiko, su querida—. Oh sí, querida, eres la mejor, la más especial, la más adorable de todo el Yoshiwara».

—Mire —dijo la joven. Los grupos de transeúntes del Tokaidō se habían detenido y los señalaban boquiabiertos; sus voces se elevaban por encima del continuo murmullo que producía el trajín de la gente, y muchos de los rostros traslucían odio además de temor.

—No les haga caso, mademoiselle; les resultamos extraños, eso es todo. No saben comportarse de otra manera. Seguro que nunca habían visto a una mujer civilizada. —Canterbury señaló en dirección al norte—. Yedo está hacia allí, a unos treinta kilómetros. Por supuesto está fuera de nuestra zona.

—Salvo para las delegaciones oficiales —intervino Tyrer.

—Exacto, pero es necesario un permiso; y hasta ahora sir William nunca lo ha conseguido, al menos desde que estoy aquí, y yo fui uno de los primeros en llegar. Dicen que Yedo es dos veces más grande que Londres, mademoiselle, que tiene más de un millón de habitantes y que hay mucha riqueza; el castillo del shōgun es el más grande del mundo.

—¿Cree que es mentira, Mr. Canterbury? —preguntó Tyrer.

El comerciante, rebosante de satisfacción, replicó:

—Son unos mentirosos, de eso no hay duda, Mr. Tyrer; los mejores del mundo. En comparación con ellos los chinos son el arcángel Gabriel. No le envidio a usted que tenga por oficio traducir lo que dicen, pues pongo la mano en el fuego que no tiene nada que ver con lo que piensan. —No solía ser tan hablador, pero estaba empeñado en impresionar con sus conocimientos a la joven y a Malcolm Struan cada vez que se le brindara la ocasión. Tanta conversación le había secado la garganta. En el bolsillo lateral guardaba una pequeña petaca de plata, pero sabía, muy a pesar suyo, que sería muy poco elegante sacar el whisky delante de ella.

—¿Podríamos conseguir una autorización, Malcolm? —preguntó la joven—, ¿para ir a Yedo?

—Lo dudo. ¿Por qué no se lo preguntas a monsieur Seratar'?

—Lo haré. —Se percató de que había pronunciado el nombre correctamente, omitiendo la «d», como ella le había enseñado. «Muy bien», pensó, dirigiendo la mirada hacia el Tokaidō—. ¿Dónde acaba la carretera?

Tras una pequeña pausa, Canterbury respondió:

—No lo sabemos. El país entero es un misterio, y está claro que los japoneses quieren que siga siéndolo. También está claro que no les gustamos, ninguno de nosotros. Nos llaman gai-jin, extranjeros. Hay otra palabra, I-jin, que significa «persona diferente». No sé qué diferencia hay entre las dos, salvo que dicen que gai-jin no es muy cortés. —Rio y agregó—: En cualquier caso, no les gustamos. Y somos diferentes, o bien lo son ellos. —Encendió un puro y continuó —: Al fin y al cabo, Japón estuvo totalmente cerrado para los extranjeros durante dos siglos y medio hasta que el viejo *costilla de cordero* Perry logró que abriera las puertas hace nueve años —dijo, no sin cierta admiración—. Dicen que el Tokaidō va a parar a una gran ciudad, una especie de ciudad sagrada que se llama Keetoh, donde vive el gran sacerdote, el Mikado. Es una ciudad tan especial y sagrada que al parecer solo pueden ir algunos japoneses muy privilegiados.

—Los diplomáticos pueden viajar por el interior —intervino Tyrer con brusquedad—. Está en el tratado, Mr. Canterbury.

El comerciante se arregló la chistera de castor de la cual se sentía tan orgulloso, se enjugó el sudor de la frente y decidió que no iba a permitir que aquel joven empañara su imagen de hombre afable. «Especie de gallito presumido, con esa voz de sabelotodo —pensó—; te podría partir en dos sin ni siquiera soltar un pedo».

—Eso depende de cómo se interprete el tratado, y de si quieres conservar la cabeza sobre los hombros. No le aconsejo que salga de la zona permitida, que se extiende unos pocos kilómetros al sur y al norte y otros tantos hacia el interior, por mucho que diga el tratado. Al menos de momento, y sin un par de regimientos. —A pesar de su determinación, se sentía hipnotizado por los redondos pechos de la joven que se adivinaban bajo la ajustada chaqueta verde—. Estamos encerrados aquí dentro, pero tampoco se está tan mal. Lo mismo sucede en nuestra colonia de Nagasaki, a unas doscientas leguas hacia el oeste.

—¿Leguas? No lo entiendo —dijo la joven, disimulando el regocijo y el placer que le producía ser el objeto de tanto anhelo—. ¿Qué quiere decir?

Tyrer dijo con aires de importancia:

—Una legua equivale a unos cinco kilómetros, mademoiselle. —Era alto y ágil, acababa de salir de la universidad, y los ojos azules y la elegancia parisiense de la joven lo tenían embelesado—. ¿Qué estaba diciendo, Mr. Canterbury?

Al comerciante no le quedó más remedio que apartar la mirada de los pechos de Angélique.

—Solo que las cosas no estarán mucho mejor cuando se abran los demás puertos. Pronto, muy pronto, también tendremos que salir de ahí si queremos comerciar, de un modo u otro.

Tyrer lo miró fijamente.

—¿Insinúa que habrá una guerra?

—¿Por qué no? ¿Para qué sirven las flotas? ¿Y los ejércitos? La cosa funciona muy bien en la India, en China, en todos los demás

lugares. Somos el Imperio británico, el más grande y poderoso que jamás existió. Estamos aquí para comerciar y entretanto podemos aportar leyes decentes, orden y civilización. —Canterbury volvió a mirar la carretera, amargado por la animosidad que percibía—. Qué feos son, ¿verdad, mademoiselle?

—*Mon Dieu*, realmente me gustaría que no nos miraran tanto.

—Me temo que tendrá que acostumbrarse. Es así en todas partes. Como dice Mr. Struan, en Hong Kong es aún peor. Incluso, Mr. Struan —dijo con repentino aprecio—, no me importa decirle que lo que necesitamos es nuestra propia isla, nuestra propia colonia; no una franja de apenas dos kilómetros de costa maloliente y podrida, imposible de defender, blanco fácil de ataques y chantajes si no fuera por nuestra flota. Deberíamos apropiarnos de la isla, al igual que hizo su abuelo, que Dios le bendiga.

—Puede que lo hagamos —aventuró Malcolm Struan en tono confidencial, animado por el recuerdo de su famoso antepasado, el tai-pan, Dirk Struan, fundador de la compañía y uno de los principales fundadores de la colonia veintiún años atrás, en 1841.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Canterbury extrajo la pequeña petaca, la acercó a sus labios y bebió. Luego se limpió la boca con la mano y volvió a guardar la petaca.

—Sigamos. Será mejor que yo vaya delante; iremos en fila india cuando sea necesario, ¡olvídese de los japoneses! Mr. Struan, quizá sea mejor que usted vaya al lado de mademoiselle; Mr. Tyrer, usted vaya detrás. —Satisfecho de sí mismo, hincó las espuelas y apuró el trote.

Cuando Angélique se colocó a su lado, los ojos de Struan se iluminaron, como en una sonrisa. Se había enamorado de ella desde que la viera por primera vez cuatro meses atrás en Hong Kong el día que llegó a la isla, un día de tormenta. Tenía el cabello rubio, una piel perfecta, los ojos azules y una nariz respingona y agradable en un rostro oval que, si bien no se podía considerar hermoso, poseía un impresionante y extraño atractivo muy parisiense. Su inocencia y juventud estaban teñidas de una sensualidad perceptible y

constante, aunque inconsciente, que parecía estar pidiendo que la saciaran. Y todo eso en un mundo de hombres que no podían casarse con la mujer adecuada, sin grandes posibilidades de encontrar una esposa en Asia y mucho menos una como ella. Muchos de esos hombres eran ricos, algunos eran genios del comercio.

—No hagas caso a los nativos, Angélique —murmuró Struan—, los tienes deslumbrados.

Ella sonrió. Inclinó la cabeza igual que una emperatriz.

—*Merci*, monsieur, *vous êtes très aimable*.

Struan estaba contento y ya se sentía más seguro. «Así es el destino, Dios nos ha juntado», pensó con regocijo, mientras planeaba el momento en que pediría la mano de Angélique. ¿Por qué no hacerlo en Navidad?

En Navidad sería perfecto. «Nos casaremos en primavera y viviremos en la Casa Grande, en la cima de Hong Kong. Sé que a mamá y a papá les encantará; por Dios, espero que sea verdad que se encuentra mejor. Daremos una gran fiesta de Navidad».

Una vez en la carretera avanzaron más deprisa, procurando no estorbar. Pero, aunque no fuera de su agrado, era inevitable que se crearan atascos, ya que la gran mayoría de sorprendidos japoneses nunca había visto a personas de su estatura, figura y color de piel, con chisteras, levitas, pantalones ajustados y botas de montar como esas y, sobre todo, a una muchacha como Angélique, con botas, traje de montar, sombrero con pluma y ese modo de montar a la amazona.

Canterbury y Struan observaban a las personas que transitaban por la carretera y que pasaban junto a ellos, rodeándolos, aunque les dejaban espacio libre para poder avanzar. Ninguno de los dos presintió el peligro. Angélique se mantenía cerca, fingiendo que ignoraba las carcajadas, las miradas y alguna mano que intentaba tocarla, escandalizada al ver que muchos hombres llevaban los kimonos casi abiertos por delante exhibiendo su desnudez y unos taparrabos minúsculos. «Querida Colette, no lo creerás —pensaba

mientras componía mentalmente la carta a su mejor amiga de París y que pensaba redactar esa misma noche—, pero la gran mayoría de los cientos de mozos de cuerda que utilizan la carretera pública llevan tan solo unos taparrabos minúsculos que no tapan casi nada por delante y… ¡por detrás se convierten en un hilo fino que pasan entre las nalgas! Te juro que es verdad; y te diré que muchos de ellos son muy velludos, aunque sus partes son bastante pequeñas. Me pregunto si Malcolm…».

Sintió que se le subían los colores.

—La capital, Phillip —dijo, para entablar conversación—, ¿es cierto que no podemos ir?

—Según el tratado, sí que podemos. —Tyrer se sentía enormemente satisfecho. La joven solo había estado unos pocos minutos con Canterbury y ya lo había plantado—. En el tratado se acordó que todas las legaciones tenían que estar en Yedo, la capital. Me han dicho que el año pasado evacuamos Yedo después de que nos atacaran. Estamos más seguros en Yokohama, amparados por los cañones de nuestra flota.

—¿Un ataque? ¿Qué ataque?

—Bueno, fueron unos locos a los que llaman ronin. Son una especie de fugitivos de la ley, unos asesinos. Unos diez o doce atacaron a nuestra legación a medianoche. ¡Tuvieron la osadía de atacar a la legación británica! Esos demonios mataron a un sargento y a un centinela…

Se detuvo al ver que Canterbury se había salido de la carretera y señalaba con la fusta.

—¡Miren!

Los demás se detuvieron junto a él. Podían ver los estandartes que sostenían en el aire un grupo de samuráis alineados a unos doscientos metros y que iban acercándose hacia ellos. Los viajeros, al dispersarse, colocaron rápidamente los paquetes y los palanquines en el suelo, dejando así la vía expedita; los jinetes se apearon de los caballos a toda prisa y entonces todos los hombres, mujeres y niños, se arrodillaron a los lados de la carretera tocando el suelo con la

frente, inmóviles. Tan solo unos pocos samuráis permanecieron de pie. A medida que pasaba la procesión, se inclinaban con deferencia.

—¿Quién es, Phillip? —preguntó Angélique excitada—. ¿Puede leer los símbolos?

—Lo siento, pero no; todavía no, mademoiselle. Dicen que se tarda años en aprender a leer y escribir en japonés. —La felicidad de Tyrer se evaporó al pensar en todo el trabajo que le esperaba.

—¿Cree que pueda ser el shōgun?

Canterbury se rio.

—Eso es imposible. Si fuera él, tendrían toda la zona acordonada. Dicen que tiene cien mil samuráis a su entera disposición. Pero seguro que es alguien importante, algún rey.

—¿Y qué tenemos que hacer cuando pasen? —preguntó la joven.

—Les brindaremos el saludo real —dijo Struan—. Nos quitaremos los sombreros y daremos tres hurras. ¿Y tú qué harás?

—¿Yo, *chéri*? —Sonrió; definitivamente ese muchacho le gustaba. Recordó lo que le había dicho su padre en Hong Kong antes de marcharse a Yokohama:

—Tienes que animar a Malcolm Struan, pero con cuidado, mi pichoncito. Yo ya lo hice, discretamente. Sería un partido ideal para ti; por eso apruebo este viaje a Yokohama, sin que te acompañe nadie, siempre y cuando él te lleve en uno de sus barcos. Dentro de tres días cumplirás dieciocho años, ya es hora de que te cases. Ya sé que solo tiene veinte años y que es demasiado joven para ti; pero es listo, es el primogénito, y heredará la Casa Noble dentro de un año más o menos. Dicen que su padre, Culum, el tai-pan, está mucho más enfermo de lo que la empresa reconoce oficialmente.

—Pero es británico —le había contestado—. Tú los odias, papá, y dices que deberíamos odiarlos. ¿No es así?

—Sí, mi pichoncito, pero no lo hago abiertamente. Gran Bretaña es el país más rico del mundo, el más poderoso; en Asia son los reyes y Struan es la Casa Noble, mientras que Richard Frères es una empresa pequeña. Nos beneficiaría enormemente que pudiéramos

introducirnos en sus negocios con los franceses. Deberías sugerírselo.

—No podría hacer eso, papá, eso sería… No puedo.

—Ahora ya eres una mujer, no una niña, querida. Sedúcelo y entonces ya se le ocurrirá a él. Nuestro futuro depende de ti. Pronto Malcolm Struan será el tai-pan y tú, tú podrás compartirlo todo…

«Por supuesto, me encantaría tener a un marido como él —pensó —; ¡qué listo es papá! Es maravilloso ser francesa y, por lo tanto, superior. Es fácil que me guste, incluso que ame a Malcolm con esos extraños ojos y ese aire de joven y viejo a la vez. Realmente espero que me pida que me case con él».

Suspiró y volvió a pensar en el presente.

—Haré una reverencia igual que en el Bois cuando pasa Su Majestad, el emperador Luis Napoleón… ¿Qué pasa, Phillip?

—Quizá deberíamos volver atrás —dijo Tyrer preocupado—. Todo el mundo dice que se ponen muy susceptibles cuando nos acercamos a sus príncipes.

—Eso es una tontería —dijo Canterbury—. No hay ningún peligro. Nunca nos ha atacado el pueblo llano. Aquí no es como en la India, o en África o China. Como dije, los japoneses respetan mucho las leyes. Estamos dentro de la zona autorizada por el tratado y nos comportaremos igual que siempre. Los dejaremos pasar, levantaremos los sombreros con cortesía como haría uno ante cualquier potentado, y seguiremos. ¿Va usted armado, Mr. Struan?

—Por supuesto.

—Yo no —intervino Angélique algo irritada mientras observaba los estandartes que ahora ya se encontraban a unos pocos metros—. Creo que cuando los hombres van armados las mujeres también deberían llevar algún arma.

Se quedaron todos escandalizados.

—Olvídese de eso. ¿Tyrer?

Algo incómodo, Tyrer le mostró a Canterbury una pequeña pistola.

—Es un regalo de despedida que me hizo mi padre. Pero nunca la he utilizado.

—No le hará falta. Solo hay que vigilar al samurái cuando está solo, o cuando van en parejas aisladas; a esos fanáticos que odian a los extranjeros; o a los ronin. —Y añadió sin pensar en lo que decía —: No hay de qué preocuparse, no hemos tenido ningún problema desde hace un año o más.

—¿Problemas? ¿Qué problemas? —quiso saber la joven.

—Nada —repuso, pues no quería preocuparla, e intentó corregir el desliz—: tan solo uno o dos ataques de unos fanáticos, nada importante.

La joven frunció el ceño.

—Pero monsieur Tyrer dijo que hubo un ataque masivo en la legación británica y que mataron a unos soldados. ¿Eso no es importante?

—Sí que fue importante. —Canterbury le dirigió una ligera sonrisa a Tyrer, quien comprendió el mensaje perfectamente: «¡Te has comportado como un perfecto idiota al contárselo a una señorita!»—. Pero no era más que una banda de asesinos aislada. La burocracia del shōgunado juró que los iban a coger y a castigar.

Hablaba con tono convincente, pero se preguntaba hasta qué punto Struan y Tyrer estaban al corriente de la verdad: cinco hombres asesinados en las calles de Yokohama cuando solo llevaban un año en la colonia. Un año después habían descuartizado a dos rusos, un oficial y un marinero de un buque de guerra. Pocos meses más tarde, a dos comerciantes holandeses. Después al joven intérprete de la legación británica lo apuñalaron por la espalda y lo dejaron morir en la calle, también en Yokohama. A Heusken, el secretario de la misión norteamericana, lo habían matado a sablazos cuando volvía a su casa después de una cena en la legación prusiana. ¡Y el año anterior habían acuchillado a un soldado británico y a un sargento justo al lado del dormitorio del cónsul general!

Pensó encolerizado que cada asesinato había sido premeditado y no respondía a ninguna provocación, y lo había cometido un samurái de dos espadas. Ni una sola vez se había producido una ofensa y, peor aun, los todopoderosos Bakufu no habían cogido ni castigado a uno solo de esos cabrones, por mucho que chillaran los altos cargos de la legación y por mucho que prometieran los japoneses. «¡Nuestros dirigentes no son más que una panda de inútiles! Tendrían que haber enviado a la flota y volar Yedo; entonces sí habría cesado el terror y ahora podríamos dormir tranquilos sin necesidad de guardias, y caminar por la calle, cualquier calle, sin nada que temer cada vez que vemos a un samurái. Los diplomáticos son unos lameculos y este petimetre no es más que una perfecta muestra».

Observó los estandartes con amargura, intentando descifrar los caracteres. Una vez pasada la procesión los viajeros se ponían de pie y proseguían su camino. Los que iban en la misma dirección que la procesión se mantenían a una distancia prudente.

A los cuatro les resultaba extraño estar montados en sus caballos, muy por encima de las filas harapientas de cuerpos arrodillados a ambos lados de la carretera con la frente tocando el polvo y los traseros al aire. Los tres hombres intentaron no fijarse en la desnudez de esos cuerpos, avergonzados por la presencia de Angélique.

Las filas de los samuráis que llevaban los estandartes se acercaban implacablemente. Había dos columnas, de unos cien hombres cada una, y más banderas y más filas se congregaban alrededor de un palanquín negro que transportaban ocho mozos cubiertos de sudor. Detrás había más estandartes y más samuráis, otros que llevaban los caballos de carga y al final una multitud abigarrada de mozos que transportaban el equipaje. Todos los samuráis vestían unos kimonos grises con la misma insignia, tres peonías entrelazadas, que también aparecía en los estandartes, y llevaban unos sombreros de paja atados bajo la barbilla. De los cinturones colgaban dos espadas, una corta y otra larga. Algunos

llevaban arcos y flechas, unos cuantos iban armados con mosquetes de los que se cargan por la boca, y había algunos vestidos con ropas más elaboradas que las de los demás.

Las columnas se iban acercando.

Sorprendidos, Struan y los otros vieron que todos los rostros, todos los ojos fijos en ellos, dejaban traslucir un sentimiento de furia. Fue Struan el primero en romper el hechizo.

—Creo que deberíamos retroceder…

Pero antes de que cualquiera de ellos pudiera moverse, un samurái joven y ancho de espaldas rompió filas y se dirigió hacia ellos. Seguido de cerca por otro hombre, hasta interponerse entre ellos y el palanquín que se iba acercando. Presa de furia, el primer hombre arrojó el estandarte y gritó haciendo gestos de que se fueran, pero la brusquedad de su cólera los había paralizado. Las columnas vacilaron, luego volvieron a coger el ritmo y siguieron avanzando. Las personas arrodilladas no se movieron. Pero ahora no había más que un enorme silencio, interrumpido tan solo por el sonido de los pasos que acompañaban al cortejo.

El samurái volvió a gritarles. Canterbury era el que estaba más cerca de él. Intentó obedecer y, aterrorizado, espoleó al caballo; pero sin darse cuenta giró en dirección al palanquín, en lugar de ir hacia el otro lado. Inmediatamente el samurái desenvainó la espada asesina, y al grito de «*sonno-joi!*» arremetió con toda su fuerza. En aquel mismo instante el otro hombre se abalanzó sobre Struan.

Al asestar a Canterbury un golpe con la espada, le cercenó el brazo izquierdo justo por encima del bíceps. El comerciante se quedó mirando el brazo amputado con incredulidad mientras la sangre salpicaba a la muchacha. La espada volvió a girar dibujando un arco brutal. Impotente, Struan intentaba sacar su pistola mientras el otro samurái se disponía a atacarlo con la espada alzada. Por suerte Struan se giró y el golpe solo le causó una pequeña herida en la pierna izquierda y atravesó el lomo de su caballo. Este, tras relinchar, retrocedió presa de pánico, derribando casi al jinete. Struan apuntó y disparó el pequeño Colt, pero el caballo volvió a retroceder y la

bala se perdió en el aire. Intentó desesperadamente controlar al caballo y volvió a apuntar, pero no vio que en aquel momento el otro hombre se disponía a atacarlo por detrás.

—¡Cuidaaadooo! —chilló Tyrer, como si resucitara de repente. Todo había sucedido tan rápidamente que era casi como si hubiera tenido una pesadilla: Canterbury agonizaba tirado en el suelo mientras su caballo huía; la joven estaba paralizada y Struan intentaba disparar por segunda vez mientras la espada asesina se erguía sobre su espalda desprotegida. Tyrer vio que Struan reaccionaba ante su aviso; el caballo se agitaba enloquecido, y el golpe que debería haberle matado se desvió y le hirió en un costado. Struan emitió un alarido de dolor.

Tyrer, por fin, reaccionó.

Espoleó al caballo y arremetió contra el samurái que había atacado a Struan. No le acertó porque el hombre se hizo a un lado, pero en aquel momento vio a la joven y corrió tras ella con la espada en alto. Tyrer hizo girar al aterrorizado caballo y vio que Angélique estaba rígida, mirando con horror al samurái que se le acercaba.

—¡Váyase de aquí!, ¡vaya a pedir ayuda! —gritó, y volvió a arremeter contra el hombre, pero este logró zafarse y, tras recuperarse, se colocó en posición de ataque.

El tiempo se había detenido. Phillip Tyrer sabía que debía darse por muerto, pero eso ya no parecía importarle pues en la breve pausa del combate pudo ver que Angélique lograba huir sana y salva. Había olvidado su pistola. No había lugar ni tiempo para escapar.

El joven samurái vaciló una fracción de segundo, ansioso de que llegara el momento de matar, y se abalanzó sobre él. En vano, Tyrer intentó retroceder. Entonces se produjo un estampido; la bala derrumbó al hombre, la espada se desvió y solo hirió a Tyrer en el brazo, causándole un corte superficial.

Por un momento, Tyrer no lograba creer que seguía vivo. De pronto vio que Struan se tambaleaba encima del caballo y que la

sangre le brotaba de la herida. Con la pistola trataba de apuntar al otro samurái mientras el caballo daba vueltas y se arqueaba frenético.

Struan volvió a oprimir el gatillo, con la pistola cerca de la oreja del caballo que, asustado por el disparo, se desbocó; Struan apenas podía sostenerse sobre él. Inmediatamente el samurái corrió tras él y Tyrer aprovechó la oportunidad para espolear al caballo, salirse de la carretera y correr tras su compañero, en dirección al norte.

—*Sonnno-joiii!* —gritó el samurái, furioso al ver que ambos escapaban.

John Canterbury se retorcía y gemía en el suelo junto a unos viajeros petrificados, arrodillados aún, con la frente tocando el suelo. El joven samurái, furioso, apartó la chistera de Canterbury de una patada y lo decapitó de un solo golpe. Luego, con mucho cuidado, limpió la hoja con la levita y volvió a colocar la espada en la funda.

Entretanto, el cortejo siguió avanzando como si nada sucediera, como si nunca hubiera sucedido nada. Los ojos lo veían todo, pero no veían nada. Los viajeros tampoco movieron las cabezas apoyadas contra el suelo.

El otro samurái, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, se curaba la herida que había recibido en el hombro intentando detener la hemorragia; la espada, todavía manchada, seguía sobre sus rodillas. Su compañero se acercó y le ayudó; limpió la espada con el kimono de una anciana que estaba a su lado, que tembló de miedo pero no levantó la cabeza del suelo.

Los dos hombres eran jóvenes y fuertes. Se sonrieron y luego examinaron la herida. La bala había atravesado los músculos del brazo, pero sin alcanzar el hueso. Shorin, el mayor, dijo:

—La herida está limpia, Ori.

—Deberíamos haberlos matado a todos.

—Karma.

En aquel momento, los samuráis y los ocho mozos aterrorizados que transportaban el palanquín empezaron a pasar junto a ellos,

simulando que los dos hombres y el cadáver ni siquiera existían. Los jóvenes se inclinaron con reverencia.

La diminuta ventana lateral del palanquín se abrió por un instante, y luego se volvió a cerrar.

II

—Tome, Mr. Struan, beba esto. Le hará bien —dijo el médico con amabilidad, de pie junto al catre abatible. Estaban en el consultorio de la legación británica de Kanagawa y el médico había logrado detener la hemorragia. Tyrer estaba sentado en una silla cerca de la ventana. Los dos habían llegado media hora antes.

—¿Qué es?

—Una poción mágica. Es láudano, un preparado de opio y morfina que hago yo mismo. Le aliviará el dolor. Tendré que remendarlo un poco, pero no tiene por qué preocuparse. Le administraré éter para que se duerma.

Struan sintió que le recorría el cuerpo un temor enfermizo. La utilización del éter en cirugía era una innovación muy reciente, muy anunciada, pero aún estaba en fase de experimentación.

—Nunca, nunca me han operado y, y no… creo que…

—Usted no tiene por qué preocuparse. Los anestésicos son muy seguros si se saben utilizar. —El doctor George Babcott tenía veintiocho años, medía más de metro noventa y estaba muy bien proporcionado—. He utilizado éter y cloroformo muchas veces en los últimos cinco o seis años, con unos resultados excelentes. Créame, no sentirá nada, para el paciente es un regalo del cielo.

—Es verdad, Mr. Struan —intervino Tyrer, intentando colaborar a sabiendas de que era inútil. Babcott le había limpiado la herida del brazo con yodo, se la había cosido y vendado, y ahora llevaba el brazo en cabestrillo. Tyrer daba gracias a Dios de que la herida fuera relativamente superficial—. Conozco a un tío de la universidad al que operaron de apendicitis con cloroformo y no le dolió nada. —Quería

tranquilizarlo, pero la idea de una operación, y de la gangrena que solía acompañarla, también le asustaba.

—Tenga en cuenta, Mr. Struan —decía Babcott, ocultando su preocupación— que hace ya quince años que el doctor Simpson utilizó cloroformo en cirugía por primera vez, y desde entonces hemos aprendido muchas cosas. Yo estudié con él en el Hospital Real durante un año antes de marcharme a Crimea. —Se le ensombreció el rostro—. Allí también aprendí muchas cosas. Bueno, la guerra se acabó, así que no debe preocuparse; este maravilloso láudano también le hará tener sueños eróticos, si tiene suerte.

—¿Y si no la tengo?

—Usted tiene mucha suerte. Los dos la han tenido.

Struan forzó una sonrisa a pesar del dolor.

—Ha sido una suerte haberles encontrado tan pronto, eso sí que es cierto. —Confiando instintivamente en Babcott, se bebió el líquido incoloro y volvió a tumbarse, casi desmayado por el dolor.

—Dejaremos a Mr. Struan para que descanse un rato —dijo Babcott—. Usted venga conmigo, Mr. Tyrer, tenemos algunas cosas que hacer.

—Por supuesto, doctor Babcott. ¿Quiere que le traiga algo? ¿Que haga algo?

—No… no gracias. No, no hace falta que se quede aquí esperando.

—No diga tonterías, claro que esperaré —Tyrer, nervioso, siguió al doctor y cerró la puerta—. ¿Se pondrá bien?

—No lo sé. Por suerte, las hojas de los samuráis están siempre limpias y cortan igual de bien que un escalpelo. Perdone un momento. Soy el único funcionario aquí esta tarde, así que ahora que ya he hecho todo lo posible como médico más vale que cumpla con mi función de representante de Su Majestad británica. —Babcott era suplente de sir William. Envió el cúter de la legación a Yokohama para que diera la alarma, ordenó a un criado chino que fuera a buscar al gobernador local y a otro que averiguara qué daimio, o príncipe, había pasado por Kanagawa un par de horas antes, alertó

al destacamento de seis soldados y sirvió a Tyrer un whisky doble—. Bébalo, es medicinal. ¿Dice que los asesinos le gritaron algo?

—Sí, era algo como «*sonoh… sonoh-i*».

—No sé qué quiere decir. Póngase cómodo, enseguida vuelvo, tengo que prepararme —dijo, y salió de la habitación.

A Tyrer le dolía el brazo a causa de los siete puntos de sutura. A pesar de las expertas manos de Babcott, le había resultado difícil no gritar de dolor. Pero no lo hizo, y eso le agradaba. Lo que le horrorizaba eran los espasmos de horror y de espanto que seguían sacudiéndolo y que le impulsaban a correr para huir lo más lejos posible.

—Eres un cobarde —murmuró para sí, espantado ante semejante descubrimiento.

Al igual que el consultorio, la antesala apestaba a productos químicos que le revolvían el estómago. Se acercó a la ventana y respiró profundamente, intentando en vano aclararse la cabeza, y bebió un poco de whisky. Como siempre le había parecido, este también tenía un sabor áspero y desagradable. Fijó la vista en el vaso. Las imágenes que veía eran desagradables, muy desagradables. Sintió un escalofrío. Se obligó a mirar el licor y nada más. Era de un color marrón dorado y el olor le recordaba a su casa de Londres, a cuando su padre se sentaba a beber delante del fuego, mientras su madre hacía punto y los dos criados recogían la mesa; era todo tan cálido, acogedor y seguro. También se acordó de Garroway's, su bar favorito de Cornhill, tan cálido, bullicioso y seguro, y de la universidad, tan excitante, tan llena de amigos, tan segura. Segura. Durante toda su vida había estado a salvo excepto ahora. El pánico volvió a apoderarse de él. «Dios mío, ¿qué estoy haciendo aquí?».

Tras la huida, cuando aún no estaban lo suficientemente lejos del Tokaidō, el caballo desbocado de Struan se derrumbó, abatido por la

herida que tenía en el lomo y Struan cayó al suelo. La caída le causó un dolor intenso.

Todavía débil por el miedo, a Tyrer no le resultó fácil ayudar a Struan a subir a su caballo y a duras penas consiguió sostener en la silla de montar a un hombre bastante más alto y pesado que él. No perdía de vista al cortejo, que empezaba a desaparecer, y esperaba ver en cualquier momento a unos samuráis cabalgando hacia ellos.

—¿Puede sostenerse?

—Sí, creo que sí. —La voz de Struan era débil, y el dolor insoportable—. Y Angélique, ¿consiguió escapar?

—Sí, está a salvo. Esos bastardos mataron a Canterbury.

—Lo sé. Y usted, ¿está herido?

—No, en realidad, no. No lo creo. No tengo más que una cuchillada en el brazo. —Tyrer se quitó el abrigo y maldijo de dolor. La herida consistía en un tajo muy limpio en el antebrazo. Enjugó la sangre con un pañuelo que luego utilizó para vendarse—. No tengo ninguna vena o arteria seccionada. Pero ¿por qué nos atacaron? ¿Por qué? No le hacíamos daño a nadie.

—No… no puedo girarme. Ese cabrón me ha dado en el costado… ¿qué… qué aspecto tiene la herida?

Con mucho cuidado, Tyrer apartó la tela desgarrada de la chaqueta de popelín. Le sorprendió la longitud y la profundidad del corte, que había empeorado tras la caída. La sangre que manaba de la herida le asustó aún más.

—No tiene buen aspecto. Tenemos que encontrar a un médico pronto.

—Deberíamos dar la vuelta e ir a Yokohama.

—Sí, sí, supongo que sí. —El joven se cogió a Struan e intentó pensar con claridad. Vio que la gente del Tokaidō los señalaba y se sintió aún más preocupado. Kanagawa estaba cerca y desde ahí ya se veían varios templos—. Uno de ellos debe de ser el nuestro —murmuró, sintiendo un sabor amargo en la boca. Entonces vio que tenía las manos cubiertas de sangre y el corazón le dio un vuelco;

luego volvió a dar otro vuelco, de alivio esta vez, al descubrir que era la sangre de Struan—. Seguiremos.

—¿Qué… ha dicho?

—Iremos a Kanagawa. Está cerca y el camino está despejado. Se ven varios templos, uno de ellos debe de ser el nuestro. Tiene que haber una bandera. —Según la costumbre japonesa, las legaciones ocupaban algunas secciones de los templos budistas. Tan solo los templos o monasterios disponían de suficientes habitaciones suplementarias y dependencias lo bastante grandes, y el Bakufu se los había proporcionado hasta que pudieran construirse las residencias individuales.

—¿Puede sostenerse, Mr. Struan? Yo llevaré el caballo.

—Sí. —Struan miró a su caballo, que gemía penosamente. Intentó hacerlo correr, pero no pudo, pues la pierna le fallaba. La sangre que manaba de la herida le chorreaba por los costados. Se quedó quieto y comenzó a temblar—. Acabe con él y sigamos.

Tyrer nunca había disparado a un caballo. Se secó el sudor de las manos. La pistola tenía dos cañones y una recámara con dos cartuchos nuevos, de bronce, que contenían las balas, la carga y el detonador. El caballo intentó moverse pero no logró alejarse demasiado. Le acarició un poco la cabeza, para tranquilizarlo; le acercó la pistola a la oreja y apretó el gatillo. La inmediatez de la muerte le sorprendió. Y el detonar de la pistola. La volvió a guardar en el bolsillo.

Volvió a secarse las manos; se sentía como si estuviera en trance.

—Será mejor que nos mantengamos alejados de la carretera, Mr. Struan; vayamos por aquí, es más seguro.

Tardaron mucho más de lo que pensaban, pues tuvieron que cruzar varias acequias y arroyos. Struan estuvo a punto de perder el conocimiento en dos ocasiones y Tyrer a duras penas consiguió evitar que volviera a caer. Los campesinos de los arrozales simulaban que no los veían, o bien se quedaban mirándolos con desparpajo y luego volvían a trabajar. Tyrer los maldijo y siguió su camino.

El primer templo estaba vacío, a no ser por unos pocos monjes budistas con la cabeza rapada y vestidos con unas túnicas de color naranja. En cuanto los vieron llegar, huyeron asustados y se ocultaron en las habitaciones interiores. En el antepatio había una pequeña fuente. Tyrer, agradecido, bebió un poco de agua fresca y luego volvió a llenar el vaso para llevárselo a Struan, quien apenas veía nada a causa del dolor.

—Gracias. ¿Cuánto… cuánto falta para llegar?

—Falta poco —dijo Tyrer; aunque no sabía qué dirección tomar, intentaba ser valiente—. Estamos a punto de llegar.

El camino se bifurcaba y uno de los senderos conducía a la costa y a un templo que se elevaba por encima de las casas del poblado, mientras que el otro llevaba al poblado y a otro templo. Sin motivo aparente, escogió el que llevaba a la costa.

El camino era sinuoso, retrocedía y luego volvía a dirigirse al este. No había nadie en aquel laberinto, pero sentía ojos por todas partes. Entonces vio la puerta principal del templo, la bandera del Reino Unido y el soldado con el uniforme rojo. Estuvo a punto de llorar de alivio y de orgullo, pues en cuanto los vio, el soldado corrió a ayudarles. Otro soldado fue a buscar al sargento de guardia y el doctor Babcott no tardó en aparecer.

—Santo cielo, ¿qué demonios ha sucedido?

No le resultó muy difícil contárselo; había tan poco que decir…

—¿Ha asistido alguna vez a una operación?

—No, doctor.

Babcott sonrió. Su rostro y su actitud eran afables, y movía las manos con rapidez mientras desvestía a Malcolm Struan como a un niño.

—Pues pronto lo hará. Será una buena experiencia para usted. Necesito ayuda y hoy estoy solo. Podrá volver a Yokohama a la hora de cenar.

—Lo… lo intentaré.

—Es posible que se maree. Es por el olor, no se preocupe. Si le sucede, vaya al lavabo y no lo haga encima del paciente. —Babcott volvió a mirarlo, calibrándolo, y al ver el terror contenido se preguntó hasta qué punto podía contar con él; luego volvió a su labor—. En cuanto le administremos el éter ya podremos empezar. ¿Dice que estuvo en Pekín?

—Sí, señor, cuatro meses. Vine desde Shanghái y llegué hace un par de días. —Tyrer se alegraba de poder hablar, pues le ayudaba a no pensar en el horror—. En el Foreign Office pensaron que una estancia corta en Pekín para aprender los caracteres chinos nos ayudaría con el japonés.

—Eso es una pérdida de tiempo. Si quiere hablarlo, si quiere leerlo y escribirlo correctamente, los caracteres chinos no le servirán de nada, de casi nada. —Colocó el brazo inerte en una posición más cómoda—. ¿Sabe algo de japonés?

La desdicha de Tyrer iba en aumento.

—Casi nada, señor. Solo unas pocas palabras. Nos dijeron que habría gramáticas y libros japoneses en Pekín, pero no vi nada.

A pesar de su enorme preocupación por lo sucedido, Babcott se detuvo para reír.

—Las gramáticas son tan escasas como los dragones y, que yo sepa, no existe ningún diccionario japonés salvo el del padre Alvito, de 1601, y está en portugués. Además nunca lo he visto, solo he oído hablar de él. Luego hay uno que está haciendo el reverendo Priny desde hace años. —Apartó la camisa de seda blanca de Struan, empapada de sangre—. ¿Sabe holandés?

—También unas pocas palabras. Se supone que todos los estudiantes de interpretación que van a Japón tienen que hacer un curso de seis meses, pero el Foreign Office nos despachó con el primer barco que venía para aquí. ¿A qué se debe que el holandés sea la lengua oficial de la burocracia japonesa?

—No lo es. El Foreign Office se equivoca, al igual que en otras muchas cosas. Pero es el único idioma europeo que hablan algunos

miembros del Bakufu. Ahora voy a incorporarlo un poco, usted quítele las botas y los pantalones, pero con cuidado.

Tyrer obedeció con torpeza, utilizando tan solo la mano izquierda, que estaba ilesa.

Struan yacía desnudo en la mesa de operaciones. Tras él estaban los instrumentos quirúrgicos, los ungüentos y los frascos. Babcott se giró y se puso un delantal pesado e impermeable. De pronto Tyrer tan solo vio a un carnicero. Se le revolvió el estómago y llegó al lavabo justo a tiempo.

Babcott suspiró. «¿Cuántas veces devolví hasta las tripas e incluso más? Pero necesito ayuda, así que este crío tendrá que crecer».

—Venga, tenemos que trabajar con rapidez.

—No puedo, de veras que no puedo.

El médico endureció la voz.

—¡Hágame el favor de venir aquí ahora mismo a ayudarme, si no lo hace, Struan morirá, y antes de que eso suceda pienso partirle el alma!

Tyrer se acercó tambaleándose y se colocó a su lado.

—Aquí no, Dios santo, ¡póngase ahí delante! ¡Cójale las manos!

Struan entreabrió los ojos cuando Tyrer lo tocó y regresó a su pesadilla, pronunciando palabras incoherentes.

—Soy yo —murmuró Tyrer, sin saber qué decir.

Al otro lado de la mesa, Babcott había destapado una botella pequeña y empapaba una compresa con un líquido aceitoso y amarillo.

—Sujételo con fuerza —dijo, y presionó la compresa contra la boca y la nariz de Struan.

Struan sintió que se asfixiaba; llevó la mano a la compresa y estuvo a punto de arrancarla con una fuerza sorprendente.

—Por el amor de Dios, sujételo —bramó Babcott. Tyrer volvió a agarrar las muñecas de Struan, olvidándose de su brazo herido, y consiguió retenerlo a pesar del dolor y de las náuseas que le provocaba el vapor del éter. Struan siguió forcejeando, sacudiendo la

cabeza, con la sensación de que estaba cayendo por un pozo sin fondo. Poco a poco fue perdiendo las fuerzas, hasta que desaparecieron del todo.

—Perfecto —dijo Babcott—. Es sorprendente lo fuerte que pueden llegar a ser algunos pacientes. —Le dio la vuelta para colocarlo boca abajo, le acomodó la cabeza, y entonces pudo ver el alcance de la herida, que iba desde la espalda, pasando justo por debajo de las costillas, hasta el ombligo—. Vigílelo y avíseme si se mueve. Cuando se lo diga, dele más éter… —Pero Tyler estaba de nuevo en el lavabo—. ¡Dese prisa!

Babcott no esperó; sus manos volaban, pues estaba acostumbrado a operar en condiciones aun peores. En Crimea, morían miles de soldados, sobre todo de cólera, disentería y viruela, y los alaridos de los heridos se oían noche y día. Ahí estaba también la Dama de la Lámpara, que en los hospitales militares transformaba el caos en orden. La enfermera Florence Nightingale daba órdenes, engatusaba, amenazaba, exigía y rogaba, y finalmente había logrado imponer sus ideas y consiguió limpiar lo que estaba sucio, acabar con la desesperanza y la muerte inútil, y aun así tenía tiempo para visitar a los enfermos y a los necesitados a cualquier hora de la noche, con su lámpara de aceite o su vela en alto iluminándole el camino de cama en cama.

—No sé cómo lo hizo —murmuró.

—¿Cómo dice?

Alzó la vista y vio a Tyrer, pálido, que lo miraba. Se había olvidado de él.

—Estaba pensando en la Dama de la Lámpara —dijo, intentando hablar para tranquilizarse sin que ello le distrajera de los músculos seccionados y las venas dañadas—. Florence Nightingale. Se fue a Crimea con treinta y ocho enfermeras y en cuatro meses logró reducir la tasa de mortalidad a dos muertes por cada cien enfermos, cuando antes era de cuarenta cada cien.

Tyrer conocía las cifras y, al igual que cualquier inglés, se enorgullecía de que ella hubiera sido la verdadera fundadora de la

enfermería profesional.

—¿Cómo era en persona?

—Terrible, si no lo dejabas todo limpio como ella quería. De lo contrario era como Dios, en el sentido cristiano. Nació en Florencia, en Italia, de ahí le viene su nombre, aunque era inglesa de cabo a rabo.

—Ya. —Tyrer percibió la admiración del médico—. Es maravilloso, realmente maravilloso. ¿La conoció bien?

Los ojos de Babcott no se apartaron de la herida; tampoco lo hicieron sus ágiles dedos mientras exploraban y hasta que encontraron, tal como se temía, la parte dañada del intestino. Maldijo sin ser consciente de lo que decía. Con gran delicadeza se dispuso a buscar el otro extremo. El hedor se hacía cada vez más insoportable.

—Antes hablaba del holandés. ¿Sabe por qué algunos japoneses hablan en holandés?

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Tyrer apartó la mirada de los dedos e intentó no respirar por la nariz. Sentía que se le revolvía el estómago.

—No, señor.

Struan se movió. Inmediatamente, el doctor Babcott dijo:

—Dele más éter… muy bien, no apriete demasiado… Bien, muy bien. ¿Qué tal se encuentra?

—Fatal.

—No importa. —Los dedos empezaron a moverse otra vez casi ajenos a la voluntad del médico y palparon con suavidad el otro extremo del intestino dañado—. Lávese las manos y luego páseme la aguja que ya está enhebrada; ahí, encima de la mesa.

Tyrer obedeció.

—Muy bien, gracias. —Babcott empezó a recomponer el intestino con gran precisión—. El hígado está bien; un poco contusionado, pero no ha recibido ningún corte. El riñón también está bien. *Ichiban*; quiere decir en japonés «muy bien». Tengo un par de

pacientes japoneses. A cambio de mi trabajo me enseñan palabras y frases. Si quiere, le puedo ayudar a aprender.

—Creo… sería fantástico, *ichiban*. Lo siento, soy un inútil.

—No es verdad. Odio tener que hacer esto solo. Yo… bueno, me asusto. Es gracioso, pero es así. —Por unos instantes sus dedos fueron lo único que existía en la habitación.

Tyrer miró a Struan, que en aquel momento estaba increíblemente pálido. A pesar de que una hora antes tenía el rostro rosáceo y firme, ahora parecía tenso y fúnebre. De vez en cuando parpadeaba. «Qué raro —pensó—, qué raro ver lo increíblemente desnudo que está Struan. Hace dos días ni siquiera había oído su nombre; ahora estamos unidos como si fuéramos hermanos; ahora la vida es diferente y seguirá siendo diferente para los dos, nos guste o no. Y sé que él es valiente y que yo no lo soy».

—Ah, me preguntaba por el holandés —dijo Babcott, apenas escuchándose, concentrado en su labor—. Desde 1640, el único contacto que tuvieron los japoneses con el exterior, aparte de China, fue con los holandeses. Los demás no podían venir a Japón, sobre todo los españoles y los portugueses. A los japoneses no les gustan los católicos porque se inmiscuyeron en sus asuntos políticos a principios de ese mismo siglo. Hubo un momento, dice la leyenda, en que Japón estuvo a punto de convertirse al catolicismo. ¿Lo sabía?

—No, señor.

—Así que toleraban a los holandeses porque nunca habían traído misioneros, tan solo querían comerciar. —Se calló un momento pero sus dedos siguieron cosiendo. Luego empezó a divagar otra vez—. Así que unos cuantos holandeses, solo hombres, ninguna mujer, pudieron quedarse; pero con grandes restricciones y confinados en Deshima, una isla artificial de una hectárea en la bahía de Nagasaki. Los holandeses obedecían todas las leyes japonesas y se dejaban humillar, pero entretanto se enriquecían. Trajeron libros cuando se les permitió hacerlo, comerciaron cuando se les permitió, y transportaban los productos chinos esenciales para Japón,

intercambiaban sedas chinas y plata por oro, papel, laca, palillos. Por cierto, ¿ya conoce los palillos?

—Sí, señor; estuve en Pekín tres meses.

—Ah sí, lo siento, no me acordaba. Da igual. Según unos diarios holandeses de 1600, el primero de los shōgunes de los Toranaga, el equivalente de nuestros emperadores, decidió que la influencia extranjera iba en contra de los intereses de Japón, así que cerró las puertas del país y decretó que los japoneses no podían construir barcos transatlánticos ni tampoco abandonar el país. El que lo hiciera no podría volver y, en caso de que volviera, lo mataban inmediatamente. Eso es algo que no ha cambiado. —Sus dedos se detuvieron un momento al partirse el delicado hilo, lo cual le hizo soltar una maldición—. Deme la otra aguja. Es imposible encontrar un sedal decente a pesar de que la seda es buena. Intente enhebrarla, pero primero lávese las manos, y cuando haya acabado vuelva a lavárselas. Gracias.

Tyrer se alegró de tener algo que hacer y se volvió, pero no le respondían los dedos. Le volvían las náuseas, la cabeza le daba vueltas.

—¿Qué decía de los holandeses?

—Ah… Así que, con cierta cautela, los holandeses y los japoneses empezaron a aprender los unos de los otros, a pesar de que oficialmente a los holandeses les estaba prohibido aprender japonés. Hace unos diez años, el Bakufu abrió una escuela de holandés… — Los dos hombres oyeron el sonido de unas pisadas que se acercaban corriendo.

Alguien llamó a la puerta. Apareció el sargento, sudoroso, a pesar de que sabía que no debía entrar durante el transcurso de una operación.

—Lamento interrumpirle, señor, pero han llegado cuatro cretinos. Parece una delegación. Son todos samuráis.

El médico no dejó de coser.

—¿Lim está con ellos?

—Sí, señor.

—Acompáñeles a la sala de recepciones y dígale a Lim que se encargue de atenderlos. Iré en cuanto pueda.

—Sí, señor. —El sargento echó una última mirada a la mesa de operaciones y desapareció.

El médico acabó otro punto, lo remató, cortó el hilo, limpió la herida y volvió a empezar.

—Lim es uno de nuestros asistentes chinos. Los chinos hacen la mayor parte del trabajo en la legación, aunque no hablan japonés y tampoco son de fiar.

—Nosotros… era igual en Pekín, señor. Son tremendamente mentirosos.

—Los japoneses son aun peores, aunque en cierto modo eso tampoco es cierto. No es que sean mentirosos, lo que sucede es que para ellos la verdad es flexible y depende de lo que le apetezca al que habla. Es muy importante que usted aprenda con rapidez a hablar japonés. No tenemos ni un solo intérprete; no hay un solo intérprete británico.

Tyrer se quedó mirándole.

—¿Ninguno?

—Ninguno. El cura británico lo habla un poco, pero no lo podemos utilizar. Los japoneses odian a los misioneros y a los curas. Solo contamos con tres personas que hablan holandés en nuestra colonia: uno es de Holanda, el otro es suizo y es nuestro intérprete, y un comerciante de El Cabo. Ningún británico. En la colonia hablamos una especie de lengua franca que se llama «pidgin», como en Hong Kong, Singapur y los demás puertos del Tratado de China, que utilizan los compradores, los intermediarios de negocios.

—En Pekín era igual.

Babcott percibió la irritación, pero también el peligro subyacente. Levantó la vista y enseguida se percató de que Tyrer estaba a punto de derrumbarse, a punto de volver a vomitar en cualquier momento.

—Lo está haciendo muy bien —le dijo para animarlo. Se irguió para enderezar la espalda, cubierto de sudor, y volvió a inclinarse. Con mucho cuidado volvió a colocar el intestino reparado en su lugar

e inmediatamente se dispuso a coser otro desgarrón—. ¿Le gustó Pekín? —preguntó, sin importarle demasiado; solo quería hacer hablar a Tyrer. «Lo prefiero antes de que sufra un ataque —pensó—. No puedo hacer nada por él hasta que haya acabado de coser a este pobre desgraciado». Yo nunca he estado. ¿Le gustó?

—Yo, bueno… sí, sí, mucho. —Tyrer intentaba controlarse a pesar del insoportable dolor que le martilleaba la cabeza—. Los manchúes están bastante sometidos, así que podíamos ir a cualquier parte sin que nos pasara nada. —Los manchúes pertenecían a una tribu nómada de Manchuria que conquistó China en 1644 y ahora reinaba bajo la Dinastía Ch'ing—. Podíamos salir a pasear sin… sin ningún problema… los chinos no… eran demasiado amables con nosotros pero… —La habitación cerrada y el olor se hacían cada vez más insoportables. Sintió un espasmo y volvió a vomitar. Cuando regresó aún tenía náuseas—. Lo siento.

—¿Qué decía de los manchúes?

De pronto Tyrer quiso gritar que no le importaban en absoluto los manchúes, Pekín o lo que fuera. Quería huir del hedor y de su propia impotencia.

—Que se vayan al…

—¡Hábleme! ¡Hable!

—Nos habían dicho que en general eran arrogantes y desagradables, y es evidente que los chinos odian a muerte a los manchúes. —La voz de Tyrer traslucía indiferencia pero, cuanto más se concentraba, menor era su necesidad de huir. Siguió hablando, vacilante—. Parece ser que todos temen que la rebelión de Tai'ping se extienda desde Nanking y que alcance Pekín, y eso sería el final de… —Se detuvo para escuchar con atención. Sintió un sabor desagradable en la boca y la cabeza le retumbaba cada vez más.

—¿Qué sucede?

—Me… creo que he oído gritar a alguien.

Babcott prestó atención, pero no oyó nada.

—Prosiga con los manchúes.

—Bueno, pues, la rebelión de Tai'ping. Hay quien dice que en los últimos años más de diez millones de campesinos han muerto asesinados o de hambre. Pero Pekín está tranquilo. Por supuesto que a los manchúes también les sirvió de lección el incendio y el saqueo del Palacio de Verano que realizaron como represalia las fuerzas británicas y francesas hace dos años bajo el mando de lord Egin. Una lección que tardarán en olvidar. No van a asesinar más ingleses así como así. ¿No es eso lo que ordenará sir William aquí? ¿Una represalia?

—Si supiéramos contra quién tenemos que dirigir las represalias ya habríamos empezado. Pero ¿contra quién? No se puede bombardear Yedo por culpa de unos asesinos desconocidos.

Unas voces airadas los interrumpieron. Se distinguía el inglés del sargento y un japonés gutural. De pronto se abrió la puerta y apareció un samurái, seguido de otros dos que amenazaban al sargento, a punto de desenvainar las espadas, y dos soldados les apuntaban con sus fusiles desde el pasillo. El cuarto samurái, un hombre mayor, avanzó para entrar en la habitación. Tyrer retrocedió hacia la pared, petrificado, reviviendo la muerte de Canterbury.

—*Kinjiru!* —bramó Babcott, y todos se quedaron paralizados. Hubo un momento en que pareció que el hombre mayor, enfurecido, iba a desenfundar la espada y atacar. Babcott se volvió y se enfrentó a ellos, con un escalpelo en el enorme puño, con sangre en las manos y en el delantal, y un aspecto gigantesco y diabólico.

—¡Fuera de aquí! *Dete, Dete… dozo*. —Permaneció mirándolos a todos y luego les dio la espalda y siguió cosiendo y limpiando—. Sargento, acompáñeles a la sala de recepciones, ¡y no sea grosero!

—Sí, señor. —El sargento hizo señas a los samuráis para que lo acompañaran mientras hablaban entre ellos en un tono colérico.

—*Dozo* —dijo, murmurando—. Venga, malditos cabrones. —Volvió a hacerles señas. El samurái de más edad hizo un gesto a los demás y se alejó con paso firme. Enseguida los otros hicieron una reverencia y le siguieron.

Babcott se secó el sudor de la barbilla con la palma de la mano y siguió trabajando a pesar de que le dolía la cabeza, el cuello y la espalda.

—*Kinjiru* significa «está prohibido» —dijo, suavizando la voz a pesar de que el corazón le latía con violencia, cosa que le sucedía cada vez que se le acercaba un samurái con la espada desenvainada o casi, y sin que él tuviera una pistola en la mano cargada y lista para disparar. Había visto en demasiadas ocasiones los efectos de esas espadas, tanto en los europeos como en los japoneses. Las peleas y los odios ancestrales eran constantes en Yokohama y alrededores, en Kanagawa y en los pueblos vecinos—. *Dozo* significa «por favor», *dete*, «váyase». Para los japoneses es muy importante que se les diga siempre por favor y gracias. «Gracias» se dice *domo*. Debe emplear esas palabras incluso si está hablando a gritos. —Miró a Tyrer, que seguía pegado a la pared y temblaba—. Hay whisky en el armario.

—Estoy… me encuentro bien.

—No es verdad. Sigue en estado de shock. Tómese una buena dosis de whisky, bébaselo a sorbos. En cuanto haya terminado con esto le daré algo para que se sienta mejor. ¡No debe preocuparse! ¿Comprendido?

Tyrer asintió. Unas lágrimas que no pudo contener se deslizaron por su rostro; apenas podía caminar.

—¿Qué… qué me está… pasando? —inquirió, con la voz entrecortada.

—No es más que el shock, no debe preocuparse. Se le pasará. Es algo normal en tiempos de guerra, y aquí estamos en guerra. Pronto acabaré. Y entonces nos las veremos con esos cabrones.

—¿Y eso, cómo… cómo lo hará?

—No lo sé. —Lo dijo con cierto nerviosismo mientras volvía a limpiar la herida con una gasa. Todavía quedaba mucho por coser—. Supongo que será lo de siempre. Agitaré los brazos y les diré que nuestro ministro se las hará pasar moradas. Intentaré averiguar quién los atacó. Por supuesto, dirán que no saben nada del asunto;

y es probable que sea cierto. Da la impresión de que nunca saben nada de nada. Nunca he visto a gente como ellos, son totalmente diferentes. No sé si es que simplemente son estúpidos o si son tan listos y sigilosos que rozan la genialidad. No podemos penetrar en su sociedad (tampoco pueden hacerlo nuestros chinos), no tenemos ningún aliado entre ellos, no logramos sobornarlos para que nos ayuden, ni siquiera podemos hablar con ellos directamente. Nos sentimos impotentes. ¿Se encuentra ya mejor?

Tyrer bebió un poco de whisky, pero antes se enjugó las lágrimas; avergonzado, se lavó la cara y se echó agua por la cabeza.

—No mucho, pero gracias de todos modos. ¿Y Struan cómo está?

Tras una pausa, Babcott dijo:

—No lo sé. Nunca se sabe de verdad. —Se le encogió el corazón al volver a oír pasos. Tyrer palideció. Se oyeron unos golpes y acto seguido alguien abrió la puerta.

—Dios santo —exclamó Jamie McFay al ver la mesa cubierta de sangre y la tremenda herida de Struan—. ¿Se pondrá bien?

—Hola, Jamie —dijo Babcott—. ¿Ya te has enterado de…?

—Sí, vengo del Tokaidō, estábamos buscando a Mr. Struan, Dmitri está afuera. ¿Se encuentra bien, Mr. Tyrer? Esos cabrones hicieron una carnicería con el cuerpo de Canterbury; lo cortaron en mil pedazos y luego lo dejaron para que se lo comieran los cuervos… —Tyrer se precipitó de nuevo hacia el lavabo. Inquieto, McFay se quedó junto a la puerta—. Por el amor de Dios, George, ¿Struan se pondrá bien?

—¡No lo sé! —rugió Babcott; la impotencia ante su ignorancia desembocó en ira, pues no comprendía por qué algunos pacientes vivían y otros que no estaban tan graves morían, por qué algunas heridas se infectaban y otras se curaban—. Ha perdido mucha sangre, le he cosido un intestino y tres desgarrones; me falta reparar dos músculos y cerrar la herida, y solo Dios sabe cuántas bacterias han entrado y si le causarán una infección, si es que la gangrena y todos los demás males vienen de ahí. ¡No lo sé! ¡No

tengo la menor idea! Ahora hazme el favor de salir de aquí y vete a ver a esos cretinos del Bakufu y averigua quién demonios hizo esto.

—Sí, claro, lo siento, George —dijo McFay, fuera de sí por la preocupación y sorprendido ante la violencia de Babcott que siempre se había mostrado impasible, y añadió apresuradamente—: Lo intentaremos, Dmitri y yo, pero sabemos quién fue; hemos hablado con un tendero del pueblo. Es muy extraño, los samuráis eran de Satsuma y…

—¿Qué demonios es eso?

—Dijo que se trata de un reino cerca de Nagasaki, en la isla del sur, a unos mil kilómetros de aquí y…

—¿Y qué demonios hacían aquí, por el amor de Dios?

—No lo sabía, pero juró que habían pasado la noche en Hodogaya. Phillip, se trata de una estación de tránsito en el Tokaidō a poco más de quince kilómetros de aquí… y su rey estaba con ellos.

III

Sanjiro, señor de Satsuma, un hombre implacable de cuarenta y dos años, ojos rasgados, robusto y barbudo, cuyas espadas eran de un valor inestimable y su manto de la más fina seda, miró a su consejero de confianza.

—¿El ataque nos beneficia o nos perjudica?

—Nos beneficia, mi señor —respondió Katsumata en voz baja, consciente de que había espías por todas partes. Los dos hombres estaban solos, arrodillados el uno frente al otro, en las mejores habitaciones de una posada de Hodogaya, un poblado de parada en el Tokaidō, a menos de tres kilómetros de la colonia.

—¿Por qué? —Durante seis siglos los antepasados de Sanjiro habían gobernado Satsuma, el feudo más rico y poderoso de todo Japón después de los pertenecientes a sus enemigos más odiados, los clanes de los Toranaga, y habían salvaguardado su independencia con el mismo celo.

—Creará problemas entre el shōgunado y los gai-jin —dijo Katsumata, un hombre delgado y fuerte como el acero, hábil en el manejo de la espada y el más famoso sensei (maestro) de artes marciales en la provincia de Satsuma—. Cuanto mayores sean los conflictos entre esos perros, antes se producirá el enfrentamiento, y cuanto antes suceda, mejor. Así podrás por fin derribar a los Toranaga y a sus títeres e instaurar un shōgunado nuevo, nombrar a otro shōgun, a otros funcionarios entre los notables de Satsuma, y formar parte tú mismo del nuevo roju. —El roju era el consejo de los cinco regentes que gobernaban en nombre del shōgun.

«¿Formar parte del roju? ¿Por qué ser uno más? —pensó Sanjiro para sus adentros—. ¿Por qué no puedo ser el ministro en jefe? ¿O el shōgun? Tengo el linaje necesario. Dos siglos y medio de shōgunes Toranaga es más que suficiente. Nobusada, el decimocuarto, debe ser el último, ¡por la cabeza de mi padre que será el último!».

El shōgunado había sido fundado por el jefe militar Toranaga en 1603 tras vencer en la batalla de Sekigahara, en la que sus legiones derribaron a cuarenta mil enemigos. En Sekigahara eliminó toda oposición y, por primera vez en la historia, sometió a Japón —la Tierra de los Dioses, como llamaban los japoneses a su país— y lo unificó bajo un solo mando.

El brillante general y administrador, que ahora ostentaba el poder temporal absoluto, aceptó de inmediato el título de shōgun, el rango más alto a que puede aspirar un mortal, que le ofreció un emperador carente de poder, lo cual lo afianzó legalmente como dictador. Tardó poco en decretar que el título de shōgun fuera hereditario y que, a partir de aquel momento, todos los asuntos temporales pasaran a ser de la competencia del shōgun y todos los asuntos espirituales pertenecieran al ámbito del emperador.

Durante los últimos ocho siglos, el emperador, el Hijo del Cielo, y su corte vivieron recluidos en el palacio imperial amurallado de Kioto. Tan solo una vez al año podía trasponer la muralla para visitar el santuario de Ise, pero, aun así, nadie debía verle, no podía mostrar su rostro en público. Incluso cuando se encontraba dentro de las murallas tenía que permanecer oculto salvo para sus familiares más cercanos, ciertos funcionarios cuyo título se transmitía de padres a hijos, y algunos ancianos sacerdotes.

Así, el jefe militar, que tenía el control físico de las puertas de palacio, decidía quién entraba y salía, controlaba al emperador y todo lo que llegaba a sus oídos y, por lo tanto, también sus influencias y su poder.

Y a pesar de que todos los japoneses creían a pies juntillas que el emperador era un ser divino, y lo aceptaban como el Hijo del

Cielo, y descendiente directo de la Diosa del Sol desde el inicio de los tiempos, era costumbre tradicional que el emperador y su corte no dispusieran de ejército y que sus ingresos tan solo pudieran provenir de lo asignado por el jefe militar cada año: una cantidad fijada al azar.

Durante décadas el shōgun Toranaga, y después su hijo y su nieto, gobernaron con mano sabia, aunque implacable. Las siguientes generaciones fueron perdiendo su influencia a medida que algunos funcionarios de menor importancia fueron usurpando más y más poder y, poco a poco, consiguieron que también sus cargos fueran hereditarios. El shōgun siguió siendo el dirigente titular pero, después de casi un siglo, se había convertido en un títere, aun siendo del linaje de los Toranaga al igual que el consejo de regentes. El actual shōgun, Nobusada, había sido elegido cuatro años antes cuando tenía doce años.

«Y no durará mucho más en esta tierra», se prometió Sanjiro antes de retomar la cuestión que le preocupaba.

—Katsumata, es posible que los asesinatos, aunque los merecieran, provoquen demasiado a los gai-jin; y eso no sería bueno para Satsuma.

—No veo qué puede haber de malo, mi señor. El emperador quiere expulsar a los gai-jin, al igual que usted y que la mayoría de los daimios. El hecho de que los dos samuráis sean de Satsuma también agradará al emperador. No olvides que tu misión en Yedo se cumplió a la perfección.

Unos tres meses antes, Sanjiro había convencido al emperador Komei, a través de unos intermediarios de la corte imperial de Kioto, de que firmara personalmente varias «peticiones» que Sanjiro le había sugerido y de que designara una escolta para acompañar al mensajero imperial que tenía que hacer una entrega formal del pergamino en Yedo para, de ese modo, asegurar su recepción. En general, cuando se recibe una «petición» del emperador, resulta difícil decir que no. Durante los últimos dos meses había dirigido las negociaciones y, por mucho que los regentes y los oficiales del

Bakufu le dieran vueltas y más vueltas, logró imponerse y al final obtuvo una autorización por escrito para realizar determinadas reformas encaminadas a debilitar a todo el shōgunado. Lo más importante era que contaba con la autorización oficial para cancelar los tan odiados tratados firmados en contra de los deseos del emperador; para expulsar a los gai-jin y cerrar las puertas del país a fin de volver a la situación anterior a la llegada de Perry y la imposición de su tan indeseada presencia.

—¿Qué hay de esos dos necios que rompieron filas y mataron sin que nadie se lo hubiera ordenado? —preguntó Sanjiro.

—Cualquier hecho que perjudique al Bakufu te beneficia a ti.

—Estoy de acuerdo en que los gai-jin los provocaron. Esa chusma no tenía por qué acercarse a mi cortejo. Mi estandarte y el estandarte imperial de las primeras filas lo prohibían.

—Pues entonces deja que los gai-jin paguen las consecuencias de sus actos. Forzaron su presencia en nuestras costas en contra de nuestra voluntad y tomaron posición en Yokohama. Con los hombres que tenemos y un ataque sorpresa por la noche podríamos arrasar la colonia e incendiar los pueblos que la rodean con toda facilidad. Podríamos hacerlo esta misma noche y así solucionaríamos el problema para siempre.

—Un ataque sorpresa a Yokohama es factible, pero no podemos con la flota; es imposible derrotarla con esos cañones.

—Lo sé, mi señor. Y los gai-jin no dejarían de tomar represalias. Serían capaces de bombardear Yedo y destruirla.

—Estoy de acuerdo, y cuanto antes suceda mejor. Pero eso no destruiría al shōgunado y después de Yedo irían a por mí, atacarían mi capital, Kagoshima. No puedo arriesgarme.

—Creo que con Yedo ya tendrían suficiente, mi señor. Si les incendiamos la base tendrían que regresar a sus barcos y marcharse, regresarían a Hong Kong. Puede que vuelvan en algún momento, pero entonces tendrían que hacerlo con las fuerzas suficientes como para volver a construir otra base. Y lo que es peor para ellos, necesitarían una fuerza en tierra para conservarla.

—Humillaron a China. Su maquinaria bélica es invencible.

—Esto no es China, y tampoco somos unos chinos melosos y cobardes que se dejan asustar por esa carroña. Dicen que solo quieren comerciar. Muy bien, tú también quieres comerciar, para conseguir pistolas, cañones y barcos. —Katsumata sonrió y luego añadió con delicadeza—: Te sugiero que si incendiamos y destruimos Yokohama (por supuesto, haremos ver que fueron el Bakufu y el shōgun los que ordenaron el ataque), cuando regresen los gai-jin, sea quien sea quien ocupe el shōgunado aceptará pagarles una pequeña indemnización a regañadientes y, a cambio, los gai-jin estarán dispuestos a romper sus humillantes tratados y a comerciar con las condiciones que les impongamos.

—Nos atacarían en Kagoshima —insistió Sanjiro—. No podríamos rechazarlos.

—Nuestra bahía es peligrosa para la navegación, no abierta como la de Yedo. Tenemos baterías secretas en la costa, cañones holandeses camuflados; somos cada vez más fuertes. Un acto bélico como ese por parte de los gai-jin uniría a todos los daimios, a todos los samuráis y a todo el pueblo para formar una fuerza invencible bajo tu estandarte. El ejército de los gai-jin no podrá vencernos en tierra. Esta es la Tierra de los Dioses, los dioses también vendrán a prestarnos su ayuda. —Katsumata hablaba con fervor, pero sin creer en absoluto en lo que decía, manipulando a Sanjiro del mismo modo en que lo había hecho durante años—. Un viento divino, un viento kamikaze, destruyó las armadas del Kublai Jan mongol hace seiscientos años; ¿por qué no puede volver a suceder?

—Es verdad —dijo Sanjiro—. En aquella ocasión los dioses nos salvaron. Pero los gai-jin son los gai-jin; unos seres despreciables, y ¿quién sabe lo que se pueden sacar de la manga? Sería una tontería provocar un ataque por mar hasta que no tengamos barcos de guerra, aunque, en efecto, los dioses están de nuestro lado y nos protegerán.

Katsumata rio para sus adentros. «No hay dioses, ningún dios; tampoco existe el cielo ni la vida después de la muerte. Sería

estúpido creer lo contrario, qué estúpidos son los gai-jin con todos sus dogmas. Creo en lo que dijo el gran dictador, el general Nakamura, en su epitafio: "De la nada vienes y a la nada irás; el castillo de Osaka y todo lo que he hecho en la vida no es más que un sueño dentro de otro sueño"».

—Ahora más que nunca la colonia de los gai-jin está a tu alcance. Esos dos jóvenes que están esperando sentencia te señalaron el camino. Te ruego que lo sigas… —vaciló y habló aún más bajo—: dicen, mi señor, que en realidad son shishi.

Los ojos de Sanjiro se rasgaron aún más.

Los shishi, unos hombres de carácter, que se llamaban así por su coraje y sus hazañas, eran unos jóvenes revolucionarios que encabezaban una revuelta en contra del shōgunado. Se habían agrupado poco tiempo atrás y se creía que solo sumaban unos ciento cincuenta hombres en todo el país.

Para el shōgunado y para los daimios eran solo unos terroristas y unos locos que había que aplastar.

Para la mayoría de los samuráis, sobre todo para los guerreros rasos, sus aspiraciones eran legítimas y estaban librando una batalla justa al pretender que los Toranaga renunciaran al shōgunado y restituyeran el poder al emperador, pues consideraban que el jefe militar Toranaga se lo había usurpado dos siglos antes.

Para muchos plebeyos, campesinos y comerciantes, y sobre todo para el Mundo Flotante de geishas y las casas de placer, los shishi eran el motivo de muchas leyendas, unos ídolos a quienes cantaban, lloraban y adoraban.

Todos ellos eran samuráis, jóvenes idealistas, y la mayoría provenía de los feudos de Satsuma, Choshu y Tosa. Algunos eran xenófobos y fanáticos, la mayoría eran ronin —los hombres de las olas, porque eran tan libres como las olas—, samuráis que se habían quedado sin amo o que habían sido expulsados por su señor tras haberle desobedecido, o que huyeron de su provincia para evitar el castigo por algún crimen cometido. Algunos habían huido por voluntad propia, pues creían en una nueva e increíble herejía: que

podía existir un deber más importante que la obediencia a su señor, o a su familia, el deber de obedecer única y exclusivamente al emperador.

El movimiento de los shishi empezó a crecer hace unos cuantos años antes y se organizó en forma de pequeñas células secretas, que se comprometían a redescubrir el bushido —unas antiguas prácticas de los samuráis relativas a la autodisciplina, el deber, el honor, la muerte, el manejo de la espada y otras actividades bélicas y artes olvidadas desde hacía tiempo, salvo por unos pocos sensei que las habían hecho perdurar. El bushido se había relegado al olvido porque durante los últimos dos siglos y medio Japón había vivido en paz bajo el firme gobierno de los Toranaga, que prohibieron toda actividad bélica a pesar de que en los siglos anteriores una guerra civil había sucedido a la otra.

Con mucha cautela, los shishi empezaron a reunirse para discutir y hacer planes. Las escuelas de espadachines se convirtieron en focos de descontento. Empezaron a aparecer los fanáticos y los radicales, algunos buenos y otros malvados, pero todos unidos por un elemento en común: estaban totalmente en contra del shōgunado y se oponían a que los puertos japoneses estuvieran abiertos a los extranjeros y al comercio con el exterior.

Ese había sido su objetivo durante los últimos cuatro años. Habían llevado a cabo ataques esporádicos contra los gai-jin y empezaron a articular una revuelta sin precedentes para derrocar a su gobernante legítimo, el shōgun Nobusada, al todopoderoso consejo de regentes y al Bakufu, que en teoría gobernaban en todos los ámbitos a su antojo.

Los shishi habían evocado una consigna que lo abarcaba todo: *Sonno-joi*, «honraré al emperador y expulsaré a los bárbaros», y también habían jurado que, a cualquier precio, liquidarían a aquellos que se interpusieran en su camino.

—Incluso si son shishi —insistió Sanjiro enfadado—, no puedo permitir que semejante acto de desobediencia no reciba un castigo, lo merezcan o no. Estoy de acuerdo en que esos gai-jin deberían

haber desmontado de los caballos para arrodillarse, según nuestra costumbre, y comportarse como personas civilizadas; en efecto, fueron ellos los que provocaron a mis hombres. Pero eso no justifica el ataque.

—Estoy de acuerdo, mi señor.

—¡Entonces aconséjame! —bramó, irritado—. Si son shishi como dices, y si los aplasto o les ordeno que se hagan el seppuku, me asesinarán antes de que se acabe el mes, por muchos guardias que tenga. Y no intentes negarlo, lo sé. Da asco ver el poder que tienen pese a que la mayoría de ellos no sean más que vulgares goshi.

—Quizá sea ese su fuerte, mi señor —repuso Katsumata. Los goshi eran los samuráis de menor rango, que provenían de familias de samuráis rurales y sin un centavo; eran poco más que los campesinos guerreros de antaño, sin la más mínima esperanza de recibir una buena educación y, por lo tanto, no podían esperar un ascenso ni que se les tuviera en cuenta en la toma de decisiones; ni siquiera que los oyeran los funcionarios de menor rango, y menos aún los daimios—. No tienen nada que perder, solo la vida.

—Cuando alguien tiene un motivo de queja, yo le escucho; claro que escucho. Los hombres especiales reciben una educación especial, algunos al menos.

—¿Por qué no les permites que dirijan el ataque contra los gai-jin?

—¿Y si no hay un ataque? No puedo entregarlos al Bakufu, eso sería impensable; ni a los gai-jin.

—La mayoría de los shishi no son más que jóvenes idealistas, sin cabeza ni objetivos. Algunos son unos folloneros y fugitivos a quien nadie quiere. Sin embargo, hay otros que pueden sernos útiles si sabemos utilizarlos correctamente. Un espía me contó que el mayor, Shorin, participó en el asesinato del ministro Ii.

—*So ka!*

Ese asesinato había tenido lugar cuatro años atrás. En contra de la opinión general, Ii, responsable de manipular a Nobusada para convertirlo en shōgun, había sugerido también un matrimonio poco

conveniente entre el muchacho y la hermanastra del emperador, que en aquel momento contaba doce años y, lo que era aún peor, había negociado y firmado los tratados. Nadie lamentó su muerte, y menos aún Sanjiro.

—Hazlos pasar.

En la sala de audiencias una criada le servía té a Sanjiro. Katsumata estaba sentado a su lado, rodeados ambos por diez guardaespaldas, todos armados. Dos jóvenes permanecían arrodillados delante de ellos, con las espadas sobre el tatami al alcance de la mano. Tenían los nervios a flor de piel, pero no lo demostraban. La criada hizo una reverencia y se marchó, disimulando su temor.

Sanjiro no se dio cuenta de que la criada había salido de la habitación. Cogió la pequeña taza de porcelana de la bandeja y sorbió el té. El sabor le resultó agradable y se alegró de ser un dirigente y de que nadie le diera órdenes. Mientras fingía que admiraba la taza, su atención estaba centrada en los jóvenes que esperaban impasibles, sabiendo que les había llegado la hora.

No sabía nada de ellos, salvo lo que le había contado Katsumata: que eran goshi, soldados de a pie al igual que sus padres y abuelos. Recibían un salario de un koku al año, una medida de áridos que equivalía a unos ciento setenta y cinco litros y que solía bastar para alimentar a una familia durante un año. Los dos provenían de un pueblo cercano a Kagoshima: uno tenía diecinueve años y el otro, que estaba herido y llevaba el brazo vendado, diecisiete. Los dos habían ido a la selecta escuela de samuráis que se había fundado veinte años atrás para aquellos que mostraban unas aptitudes especiales, y donde les proporcionaban una formación suplementaria, incluido el estudio de unos manuales holandeses seleccionados con gran esmero. Los dos habían sido buenos alumnos, los dos estaban solteros y dedicaban el tiempo libre a perfeccionar el manejo de la espada y al estudio. Los dos tenían la

posibilidad de recibir un ascenso en el futuro. El mayor se llamaba Shorin Anato y el más joven Ori Ryoma.

El silencio se hacía cada vez más denso.

De pronto Sanjiro se puso a hablar con Katsumata como si los dos jóvenes no existieran.

—Si cualquiera de mis hombres, por muy bueno que fuera, por mucho que lo hubieran provocado, por la razón que fuera, cometiera un acto de violencia sin mi autorización, y permaneciera a mi lado, no me quedaría más remedio que castigarlo con severidad.

—Sí, mi señor.

Vio un destello en los ojos de su consejero.

—Es estúpido desobedecer. Si esos hombres quisieran seguir vivos su única salida sería huir y hacerse ronin, incluso si así perdieran el salario. Sería una pena que perdieran la vida si son hombres valiosos. —Observó a los jóvenes detenidamente. Se sorprendió al ver que sus rostros no traslucían nada, tan solo impasibilidad, lo que le hizo volverse aún más cauto.

—Tiene razón, mi señor, como siempre —añadió Katsumata—. A lo mejor esos hombres, si son hombres de honor, al saber que habrían perturbado tu armonía y que no te quedaría más remedio que castigarlos con severidad, unos hombres tan especiales como ellos seguirían protegiendo tus intereses tras hacerse ronin, quizá hasta serían capaces de promover tus intereses.

—Esa clase de hombres no existen —dijo Sanjiro, ocultando el placer que le producía que su consejero estuviera de acuerdo con él. Dirigió una mirada implacable a los dos jóvenes—. ¿No os parece?

Los dos jóvenes intentaron mantener la mirada fija pero se sentían demasiado abrumados. Bajaron la vista y Shorin, el mayor, murmuró:

—Creo que sí, que existen hombres como esos, mi señor.

El silencio se hizo mayor mientras Sanjiro esperaba que el otro joven también se definiera. Entonces Ori inclinó ligeramente la cabeza, extendió las palmas de las manos sobre el tatami e hizo una reverencia.

—Sí, señor, estoy de acuerdo.

Sanjiro se sentía satisfecho, pues ahora, a cambio de nada, disponía de la lealtad de los jóvenes y contaba con dos espías dentro del movimiento. Katsumata tendría que responder por ellos.

—Hombres como esos me serían útiles, si existieran. —Habló con voz seca y terminante—. Katsumata, escribe inmediatamente al Bakufu y diles que hoy dos goshi que se llaman… —Se quedó pensativo, sin prestar atención a la agitación en la habitación— pon los nombres que quieras… rompieron filas y mataron a unos gai-jin debido a su actitud provocativa e insolente. Los gai-jin iban armados con pistolas y apuntaron hacia mi palanquín en señal de amenaza. Los dos goshi, al sentirse provocados al igual que el resto de mis hombres, se escaparon antes de que los pudieran coger. —Miró a los dos jóvenes—. En cuanto a vosotros dos, volveréis a la primera noche de guardia para la sentencia.

Katsumata dijo apresuradamente:

—Mi señor, permíteme que te sugiera que añadas en la carta que los has proscrito y declarado ronin, que les has suprimido los salarios y que has ofrecido una recompensa por sus cabezas.

—Que sea de dos kokus y que pongan los carteles en sus pueblos cuando regresemos. —Sanjiro dirigió la mirada hacia Shorin y Ori y con un gesto les indicó que podían marcharse. Hicieron una reverencia y se fueron. Le produjo cierta satisfacción ver el sudor en la espalda de los kimonos, pese a que aquella tarde no hacía calor.

—Katsumata, en cuanto a Yokohama… —dijo en voz baja una vez solos—. Envía a nuestros mejores espías para que averigüen lo que ocurre allí. Diles que vuelvan antes del anochecer y ordena a todos los samuráis que estén listos para la batalla.

—Sí, mi señor —respondió Katsumata, reprimiendo una sonrisa.

Después de que los jóvenes dejaran a Sanjiro y pasaran ante las filas de guardaespaldas, Katsumata los alcanzó.

—Seguidme. —Lo siguieron por unos senderos sinuosos en los jardines hasta una puerta lateral en la que no había ningún guardia.

—Id enseguida a Kanagawa, a la posada La Flor de la Medianoche. Es un lugar seguro, allí encontraréis amigos. ¡Daos prisa!

—Pero, sensei —dijo Ori—. Antes tenemos que ir a recoger las otras espadas, las armaduras, el dinero y…

—¡Silencio! —Enfadado, Katsumata introdujo la mano en la manga del kimono y les dio una pequeña bolsa con unas cuantas monedas en su interior—. Coged esto, y devolvedme el doble por vuestra insolencia. Cuando anochezca enviaré a unos hombres para que os busquen con orden de mataros si me entero de que estáis a menos de un *ri* de aquí. —Un *ri* era más o menos el equivalente a una legua, unos cinco kilómetros.

—Sí, sensei, discúlpeme por haber sido tan descortés.

—No acepto tus disculpas. Sois unos imbéciles. ¡Deberíais haber matado a los cuatro bárbaros y no solo a uno!, ¡sobre todo a la chica, pues los gai-jin habrían enloquecido de rabia! ¿Cuántas veces os lo tengo que decir? No son personas civilizadas como nosotros, y ven el mundo, la religión y las mujeres de un modo muy distinto. ¡Sois unos ineptos! ¡Imbéciles! Iniciáis un buen ataque y luego no lográis llegar hasta el final sin preocuparos por vuestras vidas. ¡Habéis dudado! ¡Y habéis perdido! ¡Imbéciles! —volvió a exclamar —. Habéis olvidado todo lo que os enseñé. —Presa de furia, abofeteó a Shorin con una fuerza brutal.

Inmediatamente Shorin hizo una reverencia, murmuró una pobre disculpa por haber sido la causa de que el sensei perdiera el *wa*, la armonía interior, y permaneció con la cabeza gacha intentando desesperadamente contener el dolor. Ori se quedó tieso como un palo esperando la correspondiente bofetada. La marca que le dejó el golpe le produjo una intensa quemazón. También él se disculpó de inmediato y mantuvo la cabeza inclinada, a pesar del dolor y del miedo. En una ocasión un compañero de la escuela, el mejor espadachín de todos, le había contestado mal a Katsumata cuando

estaban haciendo ejercicios de lucha. Sin dudarlo un instante, Katsumata envainó la espada y le atacó desarmado, lo desarmó, lo humilló, le rompió los dos brazos y lo expulsó a su pueblo para siempre.

—Por favor, discúlpeme, sensei —dijo Shorin sinceramente.

—Id a la posada La Flor de la Medianoche. En cuanto os envíe un mensaje, obedeced inmediatamente; ¡no habrá una segunda oportunidad! Inmediatamente, ¿entendido?

—Sí, sí, sensei, por favor, perdóneme —murmuraron al unísono, se ajustaron los kimonos y huyeron, agradecidos de quedar fuera de su alcance, con más miedo de él que de Sanjiro. Katsumata había sido su maestro durante años, tanto en las artes de la guerra como, a escondidas, en otras artes como la estrategia; pasada, presente y futura. Les habían enseñado por qué el Bakufu no había sabido cumplir con su obligación, al igual que los Toranaga, por qué y cómo tenía que producirse un cambio. Katsumata era uno de los pocos shishi clandestinos con el rango de hatamoto: un honorable con acceso directo al señor, un antiguo samurái con un salario anual de mil kokus.

—¡Uf! Ojalá yo fuera tan rico —le había murmurado Shorin a Ori cuando se enteraron.

—El dinero no vale nada, nada. El sensei dice que cuando tienes poder no necesitas dinero.

—Estoy de acuerdo, pero piensa en tu familia, en tu padre y en el mío, en nuestros abuelos. Podrían comprar su propia tierra y no tendrían que trabajar en los campos de los demás, ni tampoco tendrían que trabajar como lo hacen para ganar un poco más de dinero.

—Tienes razón —dijo Ori.

Luego Shorin rio.

—No hay por qué preocuparse, nunca ganaremos ni siquiera cien kokus y, si lo hiciéramos, nos gastaríamos nuestra parte en muchachas y sake y nos convertiríamos en daimios del Mundo Flotante: ¡Mil kokus es todo el dinero del mundo!

—No, no lo es —dijo Ori—. No olvides lo que nos dijo el sensei.

En una de las sesiones secretas con su grupo especial de acólitos, Katsumata les había dicho:

—Los ingresos de Satsuma ascienden a setecientos cincuenta mil kokus y corresponde a nuestro señor, el daimio, darles la utilidad que él crea conveniente. Esa es otra de las costumbres que tendrá que modificar la nueva administración. Cuando llegue la gran ocasión, habrá un Consejo de Estado que asignará los ingresos de los feudos y estará formado por hombres sabios escogidos de entre todos los samuráis, que podrán ser de cualquier rango y de cualquier edad, y el único requisito será que tengan la sabiduría necesaria y que demuestren que son hombres de honor. Lo mismo ocurrirá en todos los feudos, pues habrá un Consejo Supremo de Estado en Yedo o en Kioto, que gobernará a todo el país, también formado por samuráis de honor bajo la protección del Hijo del Cielo.

—Sensei, ¿ha dicho que podría ser cualquier samurái? ¿Me permite preguntar si eso también incluye a los Toranaga? —preguntó Ori.

—No habrá ninguna excepción, siempre y cuando sea un hombre digno.

—Sensei, por favor, ¿hay alguien que sepa a cuánto asciende la fortuna de los Toranaga y cuáles son las tierras que controlan?

—Después de que Sekigahara Toranaga se apropiara de las tierras de sus enemigos derrotados, cuya renta anual ascendía a unos cinco millones de kokus, alrededor de un tercio de toda la riqueza de Japón pasó a sus manos y a las de su familia. Y para siempre.

Tras un silencio, Ori dijo:

—Con esa cantidad de dinero podríamos disponer de la flota más grande del mundo, con todos los buques de guerra, cañones y pistolas necesarios. Podríamos tener las mejores legiones con las mejores armas, ¡podríamos echar a todos los gai-jin!

—Incluso podríamos hacerles la guerra y extender nuestras costas —añadió Katsumata en voz baja—, y resarcirnos por las

humillaciones que hemos sufrido.

Enseguida supieron que se refería al *tairō*, al general Nakamura, el señor feudal antecesor inmediato de Toranaga; el gran general-campesino que en aquel entonces controlaba las puertas del palacio y a quien, en señal de agradecimiento, el emperador había otorgado el título más elevado a que puede aspirar un hombre de humilde cuna: *tairō*, que significa «dictador», y no el de shōgun, el título que anheló hasta convertirse en una obsesión y que no obtendría jamás.

Cuando hubo sometido a todo el país, cosa que logró tras convencer a Toranaga, su peor enemigo, de que jurara lealtad eterna a él y a su heredero, reunió un enorme ejército y organizó una campaña militar para atacar Chosen, territorio que a veces se llamaba Corea, con el fin de instruir el país y utilizarlo como base para acceder al Trono del Dragón de China. Pero sus ejércitos fracasaron y pronto tuvieron que batirse en retirada en medio de la ignominia, igual que varios siglos antes habían fracasado otros dos intentos, que también acabaron en desastre.

—Semejante humillación debe ser erradicada, al igual que la humillación que han sufrido los Hijos del Cielo por culpa de los Toranaga, que usurparon el poder de Nakamura tras su muerte, mataron a su mujer y a su hijo, arrasaron el castillo de Osaka y saquearon el patrimonio del Hijo del Cielo durante demasiado tiempo. *Sonno-joi!*

Los dos jóvenes corrían en la oscuridad, agotados. La precipitada huida los había dejado sin fuerzas, pero ninguno de los dos quería ser el primero en reconocerlo, así que continuaron hasta llegar a la entrada del bosque. Delante de ellos y a ambos lados del Tokaidō había unos arrozales que se extendían hasta las afueras de Kanagawa y las barricadas. La costa quedaba a la derecha.

—Detente un momento —dijo Ori. A pesar de que la herida en el brazo le daba punzadas y de que le dolían la cabeza y el pecho, no lo demostraba.

—De acuerdo. —Shorin también resollaba y se sentía igual de mal, pero rio—. Eres un débil, eres como una vieja. —Cogió un trozo de tierra seca con las manos y se sentó agradecido. Empezó a mirar a su alrededor con cautela, intentando recuperar el aliento.

El Tokaidō estaba casi desierto, pues el Bakufu solía prohibir que se viajara por la noche, y cualquiera que lo hiciera podía verse sometido a un intenso interrogatorio y se exponía a sufrir un castigo muy severo si no contaba con una buena justificación. Varios mozos de cuerda y los últimos viajeros corrían hacia la barrera de Kanagawa mientras todos los demás se hallaban a salvo, bañándose o de juerga en una posada de las que abundaban en los pueblos del camino. En todo el país, las barreras de las carreteras se cerraban al anochecer, no volvían a abrirse hasta el amanecer y siempre había unos samuráis de guardia.

Al otro lado de la bahía, Shorin vio las lámparas de aceite que brillaban en el paseo, en algunas casas de la colonia y en los barcos anclados. La luna, en cuarto creciente, se elevaba en el horizonte.

—¿Qué tal está tu brazo, Ori?

—Bien, Shorin. Estamos a poco más de un *ri* de Hodogaya.

—Sí, pero no me sentiré seguro hasta que lleguemos a la posada. —Shorin empezó a masajearse el cuello para aplacar el dolor. La bofetada de Katsumata lo había dejado aturdido—. Delante del señor Sanjiro creí que estábamos acabados; creí que nos iba a condenar.

—Yo también. —En cuanto habló, Ori se sintió mareado a causa de las punzadas en el brazo, y seguía con el rostro encendido. Con la mano ilesa apartó un enjambre de insectos nocturnos—. Si lo hubiese hecho, yo estaba dispuesto a coger mi espada y a cargármelo antes de morir nosotros.

—Yo también, pero el sensei nos observaba muy de cerca y nos hubiese matado antes de que moviéramos un solo dedo.

—Sí, tienes razón otra vez. —El joven se estremeció—. La bofetada casi me desnucó. Uuuh, ¡qué fuerte que es!, ¡es increíble! Me alegro de que esté de nuestro lado y de que no sea nuestro enemigo. Él fue el que nos salvó, solo él. Él hizo que Sanjiro se

doblegara a su voluntad. —De pronto se le ensombreció el rostro—. Shorin, mientras esperaba, para darme fuerzas, compuse mi epitafio.

Shorin se puso igual de serio.

—¿Podría oírlo?

—Sí.

Sonno-joi al anochecer
No se ha perdido nada.
A la nada
Me lanzo.

Shorin escuchó el poema, recreándose y deleitándose con la armonía de las palabras y su significado oculto. Luego dijo en tono solemne:

—Todo samurái debería componer un poema para su muerte. Yo todavía no lo he conseguido, pero debería hacerlo. Luego, lo que te queda de vida es un regalo. —Ladeó la cabeza a uno y otro lado, y al crujir las articulaciones y los ligamentos se sintió mejor—. Sabes, Ori, el sensei tiene razón. Es verdad que dudamos y por eso perdimos.

—Yo dudé, en eso está en lo cierto; podría haber matado a la chica fácilmente, pero es que cuando la vi me quedé paralizado. Yo nunca… con esa ropa tan rara que llevaba, ese rostro que parecía una flor extraña y esa enorme nariz que se parecía a una orquídea monstruosa con dos enormes manchas azules y coronada de estambres amarillos; esos ojos tan increíbles, unos ojos de gato siamés, y debajo del ridículo sombrero parecía que tenía paja; era todo tan asqueroso y a la vez muy muy atractivo. —Ori emitió una risa nerviosa—. Estaba como bajo un hechizo. Seguro que es una kami de las regiones oscuras.

—Desnúdala y verás que es real, aunque dudo que sea atractiva.

—También lo pensé, y me pregunté cómo sería —Ori permaneció mirando la luna—. Si durmiera con ella, creo… creo que me convertiría en el macho de una araña hembra.

—¿O sea que después ella te mataría?

—Sí, si durmiera con ella, forzándola o no, esa mujer me mataría. —Ori agitó las manos en el aire, pues los insectos comenzaban a ser muy molestos—. Nunca he visto una mujer como ella, ni tú tampoco. ¿También te fijaste, *neh*?

—No, sucedió todo muy deprisa, y cuando ella huyó yo estaba intentando matar al que tenía la pistola y que era tan grande y tan feo.

Ori observó las tenues luces de Yokohama.

—Me pregunto cómo se llama, qué hizo cuando llegó a la colonia. Nunca había visto a… era tan fea y, sin embargo…

Shorin se sentía intranquilo. Generalmente, Ori apenas se fijaba en las mujeres; tan solo las utilizaba cuando las necesitaba, dejando que le entretuvieran y lo atendieran. Exceptuando a su adorada hermana, no recordaba que Ori le hubiera mencionado a ninguna otra mujer.

—Es el karma.

—Sí, el karma. —Ori se arregló la venda y las punzadas se hicieron más intensas. De la herida comenzó a manar la sangre—. Incluso así, no sé si perdimos. Debemos esperar, hay que tener paciencia y ya veremos qué pasa. Siempre habíamos querido cargarnos a los gai-jin. Yo tenía razón cuando los ataqué.

Shorin se levantó.

—Estoy cansado de tanta seriedad, de kami y de la muerte. Ya conoceremos la muerte. El sensei nos salvó la vida por *sonno-joi*. De la nada a la nada, pero ahora tenemos una noche más para disfrutar. Un baño, sake, comida, luego una auténtica Dama de la Noche, fragante y cálida… —rio y añadió—: una flor, no una orquídea, con una nariz hermosa y unos ojos como Dios manda. Vamos a…

Calló al oír el eco del cañón de un barco. El sonido provenía de Yokohama. Luego vio el fulgor de un cohete de señalización en la oscuridad.

—¿Es eso normal?

—No lo sé. —Delante de ellos solo veían las lámparas de la primera barrera—. Será mejor que vayamos por los arrozales, así evitaremos a los guardias.

—Sí. Podemos cruzar la carretera por aquí y acercarnos a la costa. Como no se esperarán que haya intrusos no harán rondas por esa zona y, además, así la posada está más cerca.

Cruzaron la carretera agachados y a toda velocidad, luego cogieron uno de los caminos que atravesaban los campos recién sembrados de arroz. De pronto se detuvieron al oír el ruido producido por los cascos de unos caballos. En cuclillas esperaron un momento, y se quedaron boquiabiertos. En una curva asomaron diez dragones uniformados, armados con carabinas y guiados por un oficial. Los samuráis que custodiaban la barrera enseguida los vieron y dieron la alarma. Varios samuráis salieron corriendo de las chozas y se unieron a ellos. Pronto había veinte samuráis alineados tras la barrera y encabezados por un oficial.

—¿Qué hacemos, Shorin? —susurró Ori.

—Esperar.

El samurái de mayor gradación alzó la mano.

—¡Alto! —gritó, e inclinó ligeramente la cabeza en lugar de hacer una reverencia, como correspondía a un superior al dirigirse a un inferior—. ¿Tienen permiso para viajar por la noche? Si es así, por favor, denme los documentos.

La furia de Ori fue en aumento cuando vio la insolencia del oficial gai-jin, que se detuvo a unos diez pasos de la barrera, dijo algo en su extraño idioma e hizo unos gestos imperiosos para que los samuráis levantaran las barreras sin desmontar del caballo ni hacer una reverencia, como lo exigían las costumbres.

—¡Cómo se atreven a ser tan groseros! ¡Fuera de aquí! —exclamó el samurái enfadado y haciendo gestos para que se fueran, pues no se esperaba semejante insulto.

El oficial gai-jin rugió una orden. Enseguida sus hombres cogieron las carabinas, apuntaron a los samuráis y luego, obedeciendo una segunda orden, dispararon una descarga

disciplinada al aire. Volvieron a cargar y apuntaron directamente a los guardias antes de que se extinguiera el estampido de la primera descarga y un silencio ominoso imperase en toda la zona.

Shorin y Ori estaban estupefactos; pues todas las armas que conocían se cargaban por la boca antes de disparar.

—Esos son los rifles de retrocarga, con los nuevos cartuchos —susurró Shorin excitado. Ninguno de los dos había visto antes ese invento tan reciente, solo habían oído hablar de él. Los samuráis estaban igual de sorprendidos—. Caramba, ¿has visto la rapidez con la que han vuelto a cargar? Me han dicho que se puede disparar diez veces en el tiempo que tarda un arma de las antiguas en disparar una sola vez.

—¿Has visto qué disciplina tienen, Shorin? ¿Y los caballos? ¡Casi no se mueven!

Una vez más el oficial de los gai-jin hizo gestos arrogantes para que levantaran la barrera, después de dar a entender a los samuráis que si no le obedecían rápidamente podían considerarse hombres muertos.

—Dejadlos pasar —dijo el samurái de mayor gradación.

El oficial hincó las espuelas con desprecio y avanzó, en apariencia sin sentir ningún temor, seguido por sus hombres de rostro ceñudo, listos para disparar. Ninguno de ellos respetó la presencia de los guardias ni les devolvió las reverencias.

—¡Pienso dar parte inmediatamente y se les exigirá una disculpa! —dijo el samurái, furioso por semejante comportamiento e intentando ocultar su enfado.

Cuando acabaron de pasar volvieron a bajar la barrera y Ori murmuró furioso:

—¡Qué falta de modales! Pero ¿qué podía hacer contra esos rifles?

—Tendría que haberlos atacado y matado antes de morir. Yo no podría hacer lo que acaba de hacer ese cobarde. Hubiese atacado y sacrificado mi vida —dijo Shorin. Le temblaban las rodillas de rabia.

—Sí. Creo que… —Ori calló, y el enfado se le evaporó ante semejante idea—. Venga —murmuró con urgencia—. Vamos a averiguar adónde van, a lo mejor… podemos robarles esas armas.

IV

La chalupa de la flota real surgió entre la bruma del crepúsculo y navegó en dirección al muelle de Kanagawa. Era un muelle de piedra y de madera y muy sólido, a diferencia de los que abundaban en la costa. Un cartel en caracteres ingleses y japoneses decía PROPIEDAD DE LA LEGACIÓN DE S. M. BRITÁNICA, KANAGAWA. PROHIBIDO EL PASO. La chalupa, impulsada por unos marineros que remaban con energía, transportaba a unos soldados de la infantería de marina fuertemente armados. Aún no había desaparecido la fina banda roja que bordeaba el horizonte. El mar estaba picado, la luna empezaba a salir y un fuerte viento empujaba las nubes.

Uno de los granaderos de la legación esperaba en el extremo del muelle. A su lado, un chino de rostro redondo, vestido con una túnica larga de cuello alto, sostenía una lámpara de aceite colgada de un palo.

—¡Retiren los remos! —ordenó el contramaestre. Sin dilación, un arquero saltó al muelle y amarró la embarcación. Los soldados le siguieron con gran disciplina y formaron en posición de ataque, con las armas preparadas, mientras el sargento reconocía el terreno. En la popa, un oficial de marina ayudó a Angélique Richaud a descender del barco.

—Buenas noches, señor, mademoiselle —dijo el granadero, saludando al oficial—. Este es Lun, un asistente de la legación.

Lun se quedó boquiabierto cuando vio a la joven.

—Buenas noches, señol. Ha venido usted muy lápido, lápido. Señolita, sígame pol favol.

Angélique estaba nerviosa e inquieta. Llevaba un sombrero y un vestido de seda azul con un manto que le hacía juego, y que resaltaba la palidez del rostro y los cabellos rubios.

—¿Cómo está Mr. Struan?

El soldado respondió con amabilidad.

—No lo sé, señora, quiero decir, mademoiselle. El doctor Babcott es el mejor médico que hay en toda la zona, así que el pobre hombre se pondrá bien si Dios quiere. Estará muy contento de verla. Ha estado preguntando por usted. No la esperábamos hasta mañana por la mañana.

—¿Y Mr. Tyrer?

—Está bien, mademoiselle. Solo tiene una herida superficial. Será mejor que vayamos.

—¿Está muy lejos?

Lun intervino irritado.

—*Ayiyah*, no lejos, lápido. —Levantó la lámpara y empezó a caminar adentrándose en la oscuridad de la noche, murmurando para sí en cantonés.

«Qué bastardo más insolente», pensó el oficial, el teniente John Marlowe. Los demás empezaron a caminar. Los soldados enseguida formaron un escudo de protección y algunos se adelantaron para explorar el terreno.

—¿Se encuentra bien, mademoiselle Angélique? —preguntó.

—Sí, gracias. —Se ciñó el manto alrededor de los hombros e inició la marcha—. ¡Qué mal huele!

—Me temo que es el estiércol que usan para abonar la tierra, y también la marea baja. —Marlowe tenía veintiocho años, era alto y rubio, y tenía los ojos de un color azul grisáceo. Su cargo habitual era el de capitán de la *Pearl*, una fragata de vapor de veintiún cañones; pero en ese momento operaba como almirante de marina para el almirante Ketterer, un oficial de mayor rango que él—. ¿Quiere que le pida una litera?

—No, gracias; estoy bien.

Lun se había adelantado un poco, y alumbraba el camino por las calles estrechas y vacías del pueblo. Casi todo Kanagawa estaba en silencio, aunque a veces se oían las risas bulliciosas de hombres y mujeres borrachos desde detrás de unos muros en los que, de tanto en tanto, aparecían unas puertas cerradas en las que pendían carteles en japonés.

—¿Son hoteles, posadas? —preguntó la joven.

—Me imagino que sí —dijo Marlowe con delicadeza.

Lun rio en silencio al oírlos. Entendía el inglés perfectamente, pues lo había aprendido en una escuela de misioneros de Hong Kong. Siguiendo instrucciones, lo ocultaba con mucho cuidado; hablaba en pidgin y se hacía el estúpido, y de ese modo se enteraba de muchas cosas que para él tenían un gran valor, y también para sus superiores de la sociedad secreta, sobre todo para su jefe, el ilustre Chen, Gordon Chen, el «comprador» de Struan. El comprador, generalmente un euroasiático de alta cuna, era un intermediario indispensable entre los comerciantes europeos y chinos; hablaba los dialectos ingleses y chinos a la perfección y se quedaba como mínimo con un 10 por ciento de todas las transacciones.

«Ah, esa joven señorita tan arrogante que se alimenta del deseo no saciado —pensó Lun divertido, pues la conocía muy bien—. Me pregunto cuál de esos apestosos Ojos Redondos será el primero en abrirte de piernas y penetrar tu igual de apestosa Puerta de Jade. ¿Eres tan casta como lo aparentas, o el nieto de Struan, el Demonio de los Ojos Verdes, ya ha gozado con las Nubes y la Lluvia? Por todos los dioses grandes y pequeños, no tardaré en saberlo porque tu criada es la hija del primo tercero de mi hermana. Ya sé que tienes que recortarte el pelo de tu pubis, que es tan rubio como tu cabello y demasiado abundante como para gustar a un hombre civilizado, aunque supongo que a esos bárbaros no les importará. ¡Ugh!

»*Ayiyah*. Sin embargo, la vida es interesante. Apuesto a que el ataque y el asesinato les van a dar a estos demonios extranjeros y a

los Comedores de Mugre muchos problemas. ¡Qué maravilloso! ¡Que se ahoguen todos en sus propias heces!

»Qué interesante que el nieto del Demonio de los Ojos Verdes esté gravemente herido, así se perpetúa la mala suerte de todos los hombres de su familia. Qué interesante que nuestro correo más veloz ya esté de camino para llevar las noticias a Hong Kong. ¡Qué listo soy! Pero claro, pertenezco al Reino Medio y por lo tanto soy superior.

»Pero lo que para uno es un viento en contra, para otros es un viento a favor. Seguro que una noticia como esa hará que baje el precio de las acciones de la Casa Noble. Pero si adelanto la información, mis amigos y yo sacaremos grandes beneficios. Por todos los dioses, en la próxima carrera de Happy Valley apostaré el diez por ciento de mis ganancias por el caballo que lleve el número catorce, pues es la fecha de hoy según el calendario de estos bárbaros».

—¡Ho! —gritó, señalando. Los torreones centrales del templo se perfilaban por encima de las pequeñas casas de un solo piso, separadas entre sí por pasadizos y caminos tan estrechos que parecían apiñadas como en un laberinto.

Dos granaderos con su sargento estaban apostados en las puertas del templo, iluminadas con lámparas de aceite. Babcott estaba junto a ellos.

—Hola, Marlowe —dijo, sonriendo—. Es una grata sorpresa tenerla aquí, mademoiselle. ¿Qué…?

—Perdón, doctor —le interrumpió Angélique observándolo con atención, sorprendida por su estatura—, pero Malcolm… Mr. Struan…, me han dicho que está muy grave.

—Tiene un buen corte, pero lo he suturado y ahora está profundamente dormido —dijo Babcott—. Le he dado un calmante. Enseguida la llevaré a verlo. Marlowe, ¿por qué…?

—¿Y Phillip Tyrer? —volvió a interrumpirlo—. ¿También está grave?

—Solo tiene una herida superficial, mademoiselle. Ahora mismo no puede hacer nada; los dos están sedados. ¿A qué se debe la presencia de los soldados de infantería de marina, Marlowe?

—El almirante creyó que deberíais estar un poco más protegidos, por si había que evacuar la colonia.

Babcott silbó.

—¿Tan grave es?

—Ahora mismo se está celebrando una reunión. El almirante, el general y sir William con los representantes franceses, alemanes, rusos y norteamericanos y la… um… la fraternidad de comerciantes. Supongo que el asunto está que arde —añadió Marlowe con tono seco, y se dirigió al sargento de la marina real—: Refuerce la legación, sargento Crimp; dentro de un rato iré a hacer la inspección. —Y, dirigiéndose al sargento de granaderos, añadió—: Por favor, échele una mano al sargento Crimp; indíquele dónde debe alojar a sus hombres, etcétera. ¿Su nombre, por favor?

—Towery, señor.

—Gracias, sargento Towery.

—¿Quieren ustedes seguirme? ¿Les apetece una taza de té? —dijo Babcott.

—No, gracias —declinó la joven, que intentaba ser cortés pero se consumía de impaciencia. Le desagradaba el modo en que los ingleses preparaba el té y el hecho de que lo ofrecieran en cualquier ocasión—. Pero me gustaría ver a Mr. Struan y a Mr. Tyrer.

—Por supuesto, enseguida vamos. —El médico se percató de que la joven estaba a punto de estallar en llanto. Decidió que Angélique necesitaba una taza de té, quizá perfumado con un poco de coñac; luego, un calmante y a dormir—. El joven Phillip, el pobre, me temo que se ha llevado un buen susto. Para usted también debe de haber sido terrible.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, bastante bien —repitió pacientemente—. Vamos, véalo usted misma. —Atravesaron un patio y se detuvieron al oír los

cascos de unos caballos. Con gran asombro comprobaron que llegaba una patrulla de dragones.

—Dios mío, es Pallidar —dijo Marlowe—, ¿qué hace aquí?

El oficial de los dragones devolvió los saludos de los soldados de infantería de marina y de los granaderos y ordenó a la patrulla que desmontaran.

—Adelante —dijo Pallidar, sin percatarse de la presencia de Marlowe, Babcott y Angélique—. Esos hijos de puta intentaron bloquearnos la jodida carretera, ¡por Dios! Por desgracia los cabrones cambiaron de opinión, porque de lo contrario ahora estarían criando unas malditas malvas y… —Reparó en Angélique y se detuvo, horrorizado—. ¡Joder! Digo… lo siento, mademoiselle, es que yo… no sabía que había una dama… ah, hola, doctor…

Marlowe intervino:

—Hola Settry. Mademoiselle Angélique, le presento al capitán Settry Pallidar, del octavo de dragones de Su Majestad. Mademoiselle Angélique Richaud.

La joven inclinó la cabeza fríamente y él hizo una reverencia.

—Yo… esto… lo siento mucho, mademoiselle. Me han enviado para que reforcemos la legación en caso de que tuvieran que evacuarla.

—El almirante nos envió a nosotros con el mismo cometido —dijo Marlowe en tono resuelto—. Con los soldados de infantería de marina.

—Pues ya pueden retirarse, ahora estamos nosotros.

—Pida… le sugiero que mañana lo consulte con sus superiores. Entretanto soy el oficial de mayor rango y asumo el mando. Doctor, quizá le gustaría acompañar a mademoiselle para que vea a Mr. Struan.

Babcott había observado el enfrentamiento entre los jóvenes con preocupación, pues ambos le caían bien: en apariencia eran amigos, pero en el fondo enemigos. «Un día de estos esos dos toros se las van a tener que ver frente a frente —pensó—, y qué no les pase nada si es por una mujer».

—Os veré más tarde —Babcott cogió a Angélique del brazo y se marcharon.

Los dos hombres los observaron mientras se alejaban. Entonces Pallidar dijo, con la mandíbula tensa:

—Esto no es un barco de lujo, es el ejército, por Dios.

—¡Una mierda!

—¿Es que has perdido la cabeza además de los modales? ¿Por qué coño has tenido que traer a una mujer cuando solo Dios sabe lo que puede suceder?

—Porque un personaje tan importante como Mr. Struan ha dicho que quería verla y, desde el punto de vista médico, es una buena idea. Ella convenció al almirante de que la dejara venir en contra de mi parecer; él me ordenó que la escoltara y que la volviera a llevar sana y salvo. ¡Sargento Towery!

—¡Sí, señor!

—Estoy al mando hasta nuevas órdenes. Enseñe a los dragones dónde han de pasar la noche, y que se acomoden. ¿Puede llevar los caballos a la cuadra? ¿Hay sitio para todos?

—Sí, señor, nos sobra espacio, aunque no sé si habrá suficiente comida.

—¿Es que alguna vez ha abundado algo en este maldito lugar? —Marlowe le hizo señas para que se acercara y continuó en tono amenazador—: Dígales a todos que no quiero peleas y, si llega a haberla, serán cien latigazos para cada uno de los cabrones que la armen. ¡Sea quien sea!

El bar del Club de Yokohama, la sala más grande de la colonia y por lo tanto el único punto de reunión, estaba alborotado y lleno hasta los topes con casi toda la población decente de la colonia. Solo faltaban los que estaban demasiado borrachos para tenerse en pie y los enfermos. Todos gritaban en diversos idiomas, muchos iban armados, agitaban los puños y maldecían al pequeño grupo de hombres elegantemente vestidos sentados en una mesa en el otro

extremo de la sala, discutiendo también a gritos, mientras a su lado el almirante y el general los miraban furiosos.

—Repite eso y te juro que salimos fuera y…

—Vete a la mierda, cabrón…

—Es la guerra. Willum tiene que…

—El maldito ejército y la marina de guerra tienen que bombardear Yedo…

—Que aplasten esa puta capital, joder.

—Hay que vengarse de la muerte de Canterbury, Willum tiene que…

—¡Eso es! Willum es el responsable. John Canterbury era amigo mío…

—Escuchad todos… —Uno de los hombres empezó a golpear la mesa con un martillo para pedir silencio. Pero la multitud se alborotó aún más; estaba formada por comerciantes, hombres de negocios, posaderos, jugadores, tratantes de caballos, carniceros, jockeys, marineros, y la canalla del puerto. Llevaban chisteras, chalecos de todos los colores, prendas y calzoncillos de lana, botas de cuero; los había ricos y pobres; el aire era caluroso, estaba viciado, lleno de humo e impregnado por el olor de los cuerpos sin lavar, de la cerveza rancia, el whisky, la ginebra y el vino derramado.

—¡Silencio, por el amor de Dios! Dejen hablar a Willum…

El hombre del martillo gritó.

—¡Mi nombre es William! ¡William! Y no Wullum, ni Willum, ni Willam. Es William Aylesbury, ¿cuántas veces os lo tengo que decir? ¡William!

—Es verdad, ¡dejen hablar a Willum, por el amor de Dios!

Los tres camareros que servían las bebidas detrás de la barra rieron.

—Esta reunión es una maldita faena, ¿verdad? —dijo uno de ellos alegremente, mientras limpiaba el mostrador con un trapo mugriento. La barra era el orgullo de la colonia, pues la habían hecho a propósito para que midiera treinta centímetros más que la del Shanghai Jockey Club, que antes había sido la más larga de Asia,

y era el doble de larga que la del club de Hong Kong. Las paredes estaban cubiertas de botellas de licores, de vino y de cerveza—. Dejadle hablar, carajo.

Sir William Aylesbury, el hombre del martillo, suspiró. Era el ministro británico de Japón y antiguo miembro del cuerpo diplomático. Los demás hombres representaban a Francia, Rusia, Prusia y Estados Unidos. A punto de perder los estribos, hizo señas a un oficial que se encontraba detrás de ellos y que ya estaba sobre aviso, al igual que los demás de la mesa. De inmediato el oficial sacó una pistola y disparó al aire. En medio del silencio cayeron unos trozos de yeso del techo.

—Muchas gracias. Ahora —comenzó a hablar sir William, en tono de sarcasmo—, si son tan amables de permanecer callados podremos proseguir. —Era un hombre alto y fornido, de unos cuarenta años, con el rostro enérgico y orejas prominentes—. Repito, dado que la decisión que tomemos les afectará a todos, mis compañeros y yo deseamos discutir en público cómo vamos a responder a este incidente. Si ustedes no quieren escuchar, o si se les pide su opinión y no la dan de un modo civilizado, trataremos el asunto en privado y luego, cuando hayamos decidido lo que haremos, estaremos encantados de informarles al respecto.

Se oyeron unos murmullos de resentimiento, aunque no hubo ninguna muestra de hostilidad.

—Bien, Mr. McFay, ¿qué decía?

Jamie McFay estaba cerca de la entrada y Dmitri a su lado. Dado su cargo de director de la compañía Struan, la más grande de Asia, acostumbraba a ser el portavoz de los comerciantes, entre los cuales los más importantes disponían de sus propias flotas de clíperes y de mercaderes armados.

—Pues, señor, sabemos que los Satsuma se han detenido para pasar la noche en Hodogaya y que acompañan a su rey —dijo, muy preocupado por Malcolm Struan—. Se llama Sanjirro, o algo así, y creo que de…

—¡Propongo que esta noche cerquemos a esos bastardos y colguemos a ese malnacido! —exclamó alguien. Se oyó un estruendo de aplausos que enseguida se apagó en medio de unos juramentos proferidos entre dientes—. Por el amor de Dios, no perdamos más el tiempo…

—Por favor, prosiga, Mr. McFay —dijo sir William, con cansancio.

—Como siempre, el ataque no fue provocado. A John Canterbury lo asesinaron brutalmente y Dios sabe el tiempo que tardará Mr. Struan en restablecerse. Pero esta es la primera vez que podemos identificar a los asesinos o, por lo menos, el rey puede averiguar quiénes son; y tengo la certeza de que tiene el poder suficiente como para coger a esos malnacidos, entregárnoslos y pagarnos una indemnización… —Más aplausos—. Está a nuestra merced y podemos aplastarlos con nuestras tropas.

Los hombres lo aclamaron y pidieron venganza.

Henri Bonaparte Seratard, el ministro francés en Japón, dijo en voz alta:

—Quisiera pedirles a monsieur el general y a monsieur el almirante que nos den su opinión.

El almirante repuso enseguida:

—Dispongo de una flota con quinientos soldados de marina…

El general Thomas Ogilvy le interrumpió, con firmeza pero cortésmente:

—Aquí se trata de una operación por tierra, mi querido almirante. Mr. *Ceraturd*… —El hombre canoso y de rostro colorado pronunció mal el nombre del francés a propósito y añadió «Mr». para compensar el insulto— dispone de mil soldados británicos en los campamentos, dos unidades de caballería, tres baterías de cañones y la artillería más moderna, y desde el bastión de Hong Kong podemos contar con otros ocho o nueve mil soldados de infantería británicos e indios con tropas de refuerzo dentro de los próximos dos meses. —Jugueteaba con su trenza rubia—. No existe ningún problema que no puedan solucionar con celeridad las fuerzas de Su Majestad que están bajo mis órdenes.

—Estoy de acuerdo —intervino el almirante en medio de las ovaciones. Cuando volvieron a guardar silencio, Seratard dijo con voz serena:

—¿Eso significa que está a favor de una declaración de guerra?

—En absoluto, señor —dijo el general. La antipatía era mutua—. Solo he dicho que podemos hacer todo lo que haga falta, en el momento que sea y cuando nos veamos obligados a ello. Opino que este «incidente» debería haberse tratado entre el ministro de Su Majestad, el almirante y yo sin necesidad de este debate absurdo.

Hubo varias exclamaciones de aprobación, aunque la mayoría no se mostró de acuerdo y alguien gritó:

—Somos nosotros con nuestro dinero y nuestros impuestos los que les financiamos a ustedes. Tenemos derecho a decidir. ¿Ha oído hablar del Parlamento?

—Una ciudadana francesa se ha visto involucrada —dijo Seratard, acalorado, elevando la voz por encima del ruido—, por lo tanto este asunto afecta al honor de Francia. —Los hombres silbaron e hicieron comentarios jocosos acerca de la muchacha.

Sir William volvió a golpear con el martillo, lo cual permitió al ministro norteamericano, Isaiah Adamson, decir fríamente:

—Sería una tontería iniciar una guerra a raíz de este incidente, y atacar o hacer prisionero a un rey en su propio país sería una auténtica locura, ¡una patriotería imperialista y arbitraria! Lo primero que hay que hacer es informar al Bakufu, y luego se les pedirá…

Irritado, sir William lo interrumpió.

—El doctor Babcott ya les informó en Kanagawa y ellos han respondido que no sabían nada del asunto; lo más probable es que sigan en la misma tónica. Un súbdito inglés ha sido asesinado brutalmente, a otro lo han herido, a nuestra invitada extranjera le han dado un susto imperdonable. Es la primera vez que estos hechos (debo insistir en lo que Mr. McFay ha señalado con tanto acierto) han sido cometidos por unos criminales que pueden ser identificados… —Las aclamaciones de la multitud ahogaron sus palabras y luego prosiguió—: Lo único que tenemos que decidir es el

tipo de represalia que tomaremos, cómo debemos proceder y cuándo. ¿Mr. Adamson? —Se dirigió al norteamericano.

—Dado que este asunto no nos afecta no tengo nada que decir.

—¿Conde Zergeyev?

—Recomiendo —dijo el ruso despacio—, que vayamos a Hodogaya para cargarnos la ciudad junto con todos los Satsumas. —Tenía unos treinta años, era un hombre fuerte y barbudo, de aires aristocráticos, y estaba al mando de la misión del zar Alejandro II—. La fuerza masiva, feroz e inmediata es la única respuesta que entenderán estos japoneses. Estaría encantado de que mis buques de guerra dirigieran el ataque.

Se produjo un silencio extraño. «Ya sabía que respondería algo así —pensó sir William—. No estoy tan seguro de que esté equivocado. ¡Ah! Rusia, hermosa y extraordinaria, qué pena que seamos enemigos. Nunca lo pasé tan bien como en San Petersburgo. Aun así, no vais a expandiros por estas aguas; el año pasado ya detuvimos vuestra invasión de las islas japonesas de Tsushima, y este año también vamos a impedir que robéis las de Sajalín».

—Muchas gracias, estimado conde. ¿Herr von Heimrich?

El prusiano era un hombre mayor y lacónico.

—No tengo nada que decir, herr cónsul general, excepto que mi gobierno considera formalmente que se trata de algo que concierne únicamente a su gobierno y que no afecta a los grupos minoritarios.

Seratard se puso rojo de ira.

—No creo que… —empezó.

—Gracias por sus consejos, caballeros —intervino sir William con firmeza, reprimiendo la discusión que se habría iniciado entre los dos. «Los partes del Foreign Office que llegaron ayer de Londres decían que pronto Gran Bretaña se vería involucrada en otra guerra europea de nunca acabar —recordó. Esta vez se trataba de la belicosa y orgullosa Francia contra la Prusia guerrera, orgullosa y expansionista, pero sir William no podía pronosticar de qué lado estaría Gran Bretaña—. Me gustaría saber por qué estos malditos

extranjeros no pueden comportarse como seres civilizados». Con tono resuelto, añadió—: Antes de dar mi opinión, dado que todas las personas interesadas están aquí presentes y dado que nunca habíamos tenido semejante oportunidad, creo que deberíamos especificar nuestro problema: existen unos tratados legales con Japón. Estamos aquí para comerciar, no para conquistar territorio. Tenemos que tratar con la burocracia, con el Bakufu, que es como una esponja. Tan pronto pretende ser todopoderoso, como impotente frente al poder de los reyes. Nunca hemos logrado acceder a su verdadero centro de poder, el shōgun, ni siquiera sabemos si existe.

—Tiene que existir —dijo Von Heimrich fríamente— porque el famoso viajero y médico alemán, el doctor Engelbert Kaempfer, que vivió en Deshima haciéndose pasar por holandés desde 1690 hasta 1693, escribió en sus crónicas que lo visitó en Yedo durante el peregrinaje anual.

—Eso no demuestra que exista ahora —comentó Seratard con agudeza—. Sin embargo, en lo que sí estoy de acuerdo es en que hay un shōgun y que Francia aprueba un trato directo con él.

—Qué idea tan buena, monsieur —sir William volvió a enrojecer de furia—. ¿Y eso cómo se supone que se hace?

—Envíen la flota a Yedo —sugirió el ruso—. Exijan una audiencia y amenacen con destruir la ciudad. Si yo tuviera una flota tan grande como la suya, primero destruiría la ciudad y luego solicitaría una audiencia… es más, le ordenaría a ese nativo, a ese shōgun, que se presentara en mi buque insignia antes del amanecer del día siguiente y lo colgaría. —Siguieron grandes gritos de aprobación.

Sir William dijo:

—Esa es una posibilidad, pero es probable que el gobierno de Su Majestad prefiera una vía un poco más diplomática. El siguiente punto es que sabemos muy poco de lo que sucede en este país. Les estaría muy agradecido si todos los comerciantes nos ayudaran a reunir información que nos pueda ser de utilidad. Mr. McFay, entre

todos los comerciantes, usted debe de ser el que dispone de más información. ¿Puede ayudarnos?

McFay respondió con cautela:

—Bueno, hace un par de días nuestros proveedores de seda japoneses les dijeron a nuestros compradores chinos que algunos reinos (hablaban de feudos y a los reyes los llamaban daimios) se estaban rebelando contra el Bakufu, sobre todo contra Satsuma, y otros que se llaman Tosa, Choshu…

Sir William se dio cuenta del interés que se había despertado entre los demás diplomáticos y se preguntó si no se había equivocado al hacer la pregunta en público.

—¿Dónde están?

—Satsuma está cerca de Nagasaki, en Kyūshū, la Isla del Sur —explicó Adamson—, pero ¿y Choshu; y Tosa?

—Vamos a ver, señoría —intervino un marinero norteamericano, con un agradable acento irlandés—. Tosa forma parte de Shikoku, una gran isla en el mar del interior. Choshu está mucho más hacia el oeste, en la isla principal, del otro lado de los estrechos. Hemos navegado por los estrechos varias veces, y hay tramos que no miden más de un kilómetro y medio de ancho. Como decía, Choshu es el reino que está del otro lado de los estrechos, a un poco más de un kilómetro. Es el camino más rápido para venir desde Hong Kong o Shanghái. Son los estrechos de Shi-mono-seki, como los llaman aquí, y en una ocasión les compramos pescado y agua pero no nos recibieron muy bien. —Varios se mostraron de acuerdo con él y dijeron que también habían navegado por los estrechos, pero que nunca supieron que el reino se llamaba Choshu.

Sir William preguntó:

—¿Su nombre, por favor?

—Paddy O'Flaherty, soy el contramaestre del ballenero norteamericano *Albatross*, de Seattle, señoría.

—Gracias —dijo sir William, y pensó que mandaría llamar a O'Flaherty para informarse mejor y averiguar si había mapas de la

zona, pues de lo contrario ordenaría a la armada que los hiciera—. Prosiga, Mr. McFay. Dice que hay una revuelta.

—Sí, señor. El comerciante de seda, aunque no sé hasta qué punto dijo la verdad, aseguró que había luchas internas para arrebatarle el poder al magnate, a quien llamaba shōgun, al Bakufu y a un rey o daimio que se llama Toranaga.

Sir William vio que las facciones casi asiáticas del ruso se contraían.

—¿Qué ocurre, mi querido conde?

—Nada, sir William. ¿Pero no era ese el nombre del gobernante que mencionó Kaempfer?

—Ciertamente, ciertamente… —«Me pregunto por qué nunca me habías mencionado que tú también has leído esos diarios tan extraños y reveladores escritos por un alemán, una lengua que tú desconoces, lo que significa que estarán traducidos al ruso»—. A lo mejor Toranaga significa gobernante en japonés. Por favor, prosiga, Mr. McFay.

—No le dijo nada más al comprador, pero intentaré averiguar algo más. En fin —dijo McFay cortésmente pero con firmeza—, ¿vamos a ir a Hodogaya esta noche para ajustarle las cuentas al rey Satsuma, sí o no?

—¿Alguien tiene algo más que decir acerca de la revuelta?

Norbert Greyforth, de Brock & Sons, el rival más importante de Struan, dijo:

—Nosotros también hemos oído rumores de la revuelta. Pero creía que tenía que ver con sus sacerdotes, o con ese Mikado que se supone que vive en Kioto, una ciudad cerca de Osaka. Yo también intentaré enterarme. Mientras tanto, en cuanto a lo de esta noche, voto a favor de McFay; cuanto antes arremetamos contra esos malnacidos, antes viviremos en paz. —Era más alto que McFay y era evidente que lo odiaba.

Cuando cesaron las ovaciones, igual que un juez que dicta sentencia, sir William concluyó:

—Les diré lo que va a suceder. En primer lugar, esta noche no habrá ningún ataque y…

Los gritos le interrumpieron.

—¡Déjelo, ya lo haremos nosotros! ¡Venga, vamos a por esos bastardos…!

—¡No podemos, es imposible sin las tropas…!

—¡Silencio y escuchen, por Dios! —gritó sir William—. Si hay alguien lo suficientemente estúpido como para ir esta noche a Hodogaya tendrá que responder ante nuestra justicia y la de los japoneses. ¡Se lo prohíbo terminantemente! Mañana exigiré formalmente, repito, exigiré, que el Bakufu y el shōgun se disculpen formalmente, y que lo hagan de inmediato, que nos entreguen a los dos asesinos para juzgarlos y ahorcarlos y que nos paguen una indemnización de cien mil libras. De lo contrario, tendrán que acarrear con las consecuencias.

Unos cuantos hombres aplaudieron, aunque la mayoría no lo hizo, y al finalizar la reunión se abalanzaron todos sobre la barra. A medida que las discusiones se volvían más etílicas y acaloradas, muchos hombres estuvieron a punto de llegar a las manos. McFay y Dmitri se abrieron paso a codazos y salieron para respirar el aire fresco de la noche.

—Dios mío, aquí se está mucho mejor. —McFay se ladeó el sombrero y se frotó las cejas.

—¿Puedo hablar con usted un momento, Mr. McFay?

Se volvió y vio a Greyforth.

—Por supuesto.

—En privado, por favor.

McFay frunció el ceño y luego se encaminó hacia el paseo marítimo casi desierto, junto a los muelles, alejándose de Dmitri que no trabajaba para Struan, sino para Cooper-Tillman, una compañía norteamericana.

—Dígame.

Norbert Greyforth bajó la voz.

—¿Qué pasa con Hodogaya? Ustedes tienen dos barcos y nosotros tres; entre los dos podemos reunir a suficientes matones; la mayoría de los hombres de la flota mercantil también se uniría a nosotros. Disponemos de suficientes armas y podríamos llevar uno o dos cañones. John Canterbury era un buen amigo, el viejo Brock lo apreciaba y quiero vengar su muerte. ¿Qué le parece?

—Si Hodogaya fuera un puerto no lo dudaría, pero no podemos hacer una incursión tierra adentro. No estamos en China.

—¿Le da miedo ese inútil de ahí dentro?

—A mí no me da miedo nadie —repuso McFay midiendo sus palabras—. Si queremos que salga bien no podemos atacar sin las tropas, Norbert; no es posible. Yo también quiero vengarme.

Greyforth se aseguró de que no lo oía nadie.

—Ya que usted ha sido el que ha sacado el tema esta noche, y como no hablamos muy a menudo, le diré que nos han dicho que aquí pronto habrá camorra.

—¿La revuelta?

—Sí. Eso significa que tendremos muchos problemas. He visto toda clase de indicios. Nuestros proveedores de seda se han comportado de un modo muy sospechoso durante los últimos dos meses; de pronto suben el precio de los productos a granel, se retrasan en las entregas, tardan en pagar y luego nos piden más créditos. Estoy seguro de que a vosotros os pasa lo mismo.

—Sí. —Era muy extraño que los dos hombres hablaran de negocios.

—No sé nada más, salvo que la mayoría de esos indicios son los mismos que hubo en Norteamérica antes de la guerra civil. Si aquí sucede lo mismo, nos van a joder vivos. Sin la flota y las tropas estamos perdidos y podrían acabar con nosotros.

Tras una pausa, McFay dijo:

—¿Qué propone usted?

—Tendremos que esperar y ver qué pasa. No espero demasiado del plan de ese pelagatos, al igual que usted. El ruso tenía razón cuando dijo lo que teníamos que hacer. Entretanto… —Greyforth hizo

un gesto para señalar los dos clíperes, que tardarían en regresar a Inglaterra mucho menos que los barcos de vapor o los de hélice—. Tenemos todos los libros y el dinero en metálico en los barcos, hemos aumentado nuestra dotación de pólvora, de balas y de metralla y hemos hecho un pedido de dos ametralladoras norteamericanas de diez cañones que acaban de salir al mercado y muy pronto dispondremos de ellas.

McFay rio.

—¡Y un cuerno! ¡Nosotros también las pedimos!

—Esto también lo sabíamos; por eso hice el pedido y pedí el doble de rifles que ustedes.

—¿Quién se lo ha dicho, eh? ¿Quién es su espía?

—La vieja Hubbard —dijo Greyforth secamente—. Mire, los dos sabemos que esos inventos, junto con los cartuchos de metal, han cambiado el curso de las guerras. Fíjese en el número de bajas que hubo en las batallas de Bull Run en Fredericksburg.

—Sí, fue algo increíble. Dmitri me lo contó; dijo que el Sur perdió cuatro mil hombres en una tarde. Es terrible.

—Podríamos venderles esas armas a los japoneses a toneladas; en mi opinión deberíamos ponernos de acuerdo para no hacerlo, y entre los dos asegurarnos de que nadie más importe o haga contrabando de armas. Una cosa es vender a los japoneses barcos de vapor y algún que otro cañón, pero no debemos venderles armas de repetición ni ametralladoras. ¿De acuerdo?

A McFay le sorprendió la oferta. Y le resultó sospechosa. Pero no lo demostró, pues sabía que Norbert nunca respetaría el acuerdo. Con todo, le dio un apretón de manos.

—De acuerdo.

—Bien. ¿Qué noticias hay del joven Struan?

—Cuando lo vi hará una hora o más estaba en un estado lamentable.

—¿Se va a morir?

—No, el médico me aseguró que no.

Asomó una sonrisa fría.

—¿Qué coño sabe? Pero si él muriera, la Casa Noble se iría a pique.

—Es imposible que la Casa Noble se vaya a pique. Dirk Struan se aseguró de ello.

—No esté usted tan seguro. Dirk lleva muerto más de veinte años. Su hijo Culum no está muy lejos de su lecho de muerte y, si Malcolm muere, ¿quién va a reemplazarlo? No será su hermano pequeño, que solo tiene diez años. —Los ojos le brillaban de un modo extraño—. Puede que el viejo Brock tenga setenta y tres años, pero está más fuerte y más lúcido que nunca.

—Pero nosotros seguimos siendo la Casa Noble y Culum sigue siendo el tai-pan. —Aprovechando la ocasión para lanzar un dardo, añadió—: El viejo Brock todavía no ha conseguido ser el administrador del Jockey Club, y nunca lo conseguirá.

—Eso no tardará en suceder, Jamie; eso y todo lo demás. Culum Struan no va a controlar el voto en el Jockey Club durante mucho más tiempo, y si su hijo y heredero también estira la pata, entonces con nosotros y nuestros amigos ya tenemos suficientes votos.

—Eso no sucederá.

Greyforth endureció la voz.

—A lo mejor el viejo Brock nos honra pronto con una visita, junto con sir Morgan.

—¿Morgan está en Hong Kong? —McFay intentó disimular su sorpresa. Sir Morgan Brock era el hijo mayor del viejo Brock y dirigía con eficacia la oficina de Londres. Por lo que sabía Jamie, Morgan nunca había estado en Asia. «Si de pronto Morgan está en Hong Kong… ¿Qué estarán tramando esos dos?», se preguntó preocupado. Morgan se había especializado en la banca comercial y había extendido con gran habilidad los tentáculos de Brock por Europa, Rusia y, Norteamérica, acosando en todo momento las rutas comerciales de Struan y a sus clientes. Desde que se iniciara la guerra norteamericana el año anterior, McFay, junto con otros directores de Struan’s, había recibido informes preocupantes sobre los fracasos en los extensos negocios norteamericanos, tanto en el

Norte como en el Sur, en los que Culum Struan había invertido grandes cantidades—. Si el viejo Brock y su hijo nos honran con su presencia, me encantaría invitarlos a cenar.

Greyforth rio divertido.

—Dudo que les quede tiempo, salvo para inspeccionar sus libros, cuando les hayamos absorbido.

—Eso no sucederá nunca. Si me entero de algo acerca de la revuelta se lo haré saber, no lo dude; por favor, haga usted lo mismo. Buenas noches.

—Con exagerada cortesía, McFay saludó con el sombrero y se alejó.

Greyforth rio para sus adentros, encantado de las semillas que acababa de sembrar. Al viejo le gustaría cosecharlas, destrozándolas de raíz.

Babcott recorría con pasos cansinos el corredor en sombras de la legación de Kanagawa. Llevaba una pequeña lámpara de aceite y vestía una bata sobre un pijama de lana. Desde algún lugar del piso inferior un reloj dio las dos. Sin pensar en ello, metió la mano en el bolsillo y comprobó la hora en su reloj, bostezó, y luego llamó a una puerta.

—¿Mademoiselle Angélique?

Tras una breve pausa, la joven repuso medio dormida:

—¿Sí?

—Me pidió que le avisara cuando se hubiera despertado Struan.

—Ah, gracias. —Poco después, la oyó descorrer el pestillo de la puerta. Angélique apareció despeinada y soñolienta, con una bata encima del camisón—. ¿Cómo está?

—Un poco mareado e indispuesto —contestó Babcott, mientras la acompañaba por el pasillo del piso inferior que conducía a las habitaciones de los enfermos—. La temperatura y el pulso han mejorado, pero eso era de esperar, claro. Le he administrado un

sedante para aliviar el dolor. Pero está bien; es un hombre joven y fuerte, así que no creo que surjan problemas.

Cuando Angélique vio a Malcolm por primera vez le sorprendió la palidez de su rostro y le repugnó el hedor de la habitación. Nunca había estado en un hospital o en un ambulatorio, ni en la habitación de un enfermo. Siempre había estado bien de salud, y sus tíos y su hermano gozaban de la misma suerte.

Con mano temblorosa le tocó la frente, retirando el cabello sudoroso del rostro de Malcolm; pero asqueada por el hedor que emanaba de la cama salió a toda prisa de la habitación.

En la habitación de al lado Tyrer dormía plácidamente. Fue un alivio para ella que allí no hubiera ese olor. Pensó que su rostro dormido tenía una expresión agradable, mientras que el de Malcolm Struan parecía atormentado.

—Phillip me salvó la vida, doctor —dijo—. Después de… de lo de Mr. Canterbury, me quedé como paralizada y Phillip reaccionó e hizo girar el caballo interponiéndose en el camino del asesino, y así tuve tiempo para escapar. Yo estaba… no encuentro palabras para explicar lo horrible que fue…

—¿Cómo era el hombre? ¿Lo podría reconocer?

—No lo sé; era un nativo del montón, joven creo, pero no lo sé, resulta difícil saber qué edad tienen. Nunca había visto a un japonés de cerca antes. Llevaba un kimono con una espada pequeña en el cinturón, y otra grande, manchada de sangre y lista para… —Se le inundaron los ojos de lágrimas.

Babcott la tranquilizó y la condujo a su habitación, le dio un poco de té con una pizca de láudano y le prometió que la avisaría en cuanto se despertara Struan.

«Y ahora ya está despierto —pensó Angélique; le pesaban los pies, sentía náuseas y le dolía la cabeza a causa de las terribles imágenes que se sucedían en su mente—. Ojalá no hubiese venido; Henri Seratard me aconsejó que esperara hasta mañana. El capitán Marlowe no estaba de acuerdo en que viniera, nadie lo estaba, ¿por

qué le rogué al almirante con tanto fervor? No lo sé, no somos más que buenos amigos, no somos amantes ni estamos prometidos.

»A lo mejor es porque empiezo a quererlo; o a lo mejor quería hacerme la valiente. Estaba representando un papel, porque este día tan horroroso ha sido como un melodrama de Dumas; la pesadilla de la carretera no fue real, la colonia no es real, el mensaje de Malcolm que llegó anoche no es real: "por favor ven a verme lo antes posible", un mensaje que encargó al médico que escribiera, yo tampoco soy real, tan solo estoy representando el papel de una heroína».

Babcott se detuvo.

—Ya hemos llegado. Lo encontrará un poco cansado, mademoiselle. Me aseguraré de que esté bien y luego les dejaré solos. Puede que vuelva a perder el conocimiento debido a la droga, pero no se preocupe; y si me necesita estaré en el consultorio de al lado. No le ponga a prueba, ni a él ni a usted, y no se preocupe por nada. No se olvide de que usted también ha sufrido un mal trago.

Se armó de valor, se forzó a sonreír y entró detrás de él.

—Hola Malcolm, *mon cher*.

—Hola. —Struan estaba muy pálido y se le veía envejecido.

El médico le habló en tono despreocupado y lo miró de soslayo; le tomó el pulso, le tocó la frente. Después, hizo un gesto de aprobación, dijo que el paciente seguía bien y se marchó.

—Eres tan hermosa —dijo Struan. Su vigorosa voz se había reducido a un hilo. Se sentía extraño, como si flotara, pero también como si estuviera clavado en el colchón de paja empapado de sudor.

La joven se acercó. El hedor seguía ahí, por mucho que intentara ignorarlo.

—¿Cómo te encuentras? No sabes cuánto lamento que estés así.

—*Joss* —dijo, utilizando una palabra china que significa azar, suerte, la voluntad de los dioses—. Eres tan hermosa.

—Ah, *chéri*, no sabes cuánto deseo que no hubiera sucedido todo esto, que yo nunca hubiera pedido que saliéramos a dar un paseo, que nunca hubiera querido conocer este país.

—*Joss* —repitió—. Ya ha pasado un día, ¿no?

—Sí, el ataque fue ayer por la tarde.

Le resultaba difícil comprender sus palabras y darles un sentido, y también le costaba formular palabras y decirlas, del mismo modo que a ella le resultaba difícil permanecer en la habitación.

—¿Ayer? Parece que han pasado siglos desde entonces. ¿Has visto a Phillip?

—Sí, sí, lo vi antes, pero estaba dormido. Volveré a verle en cuanto salga de aquí, *chéri*. De hecho, será mejor que me vaya ya, el doctor dijo que no debía cansarte.

—No, no te vayas todavía, por favor. Escucha, Angélique, no sé cuándo estaré bien, cuándo podré viajar, así que… —De pronto cerró los ojos al sentir una punzada de dolor, que desapareció enseguida. Cuando volvió a fijarse en ella, vio el miedo en su rostro y malinterpretó el motivo—. No te preocupes, McFay se encargará de que te esc… escolten hasta Hong Kong, así que no te preocupes, por favor.

—Gracias, Malcolm; sí, creo que debería hacerlo, regresaré mañana o pasado. —Vio la decepción que asomó de repente y enseguida añadió—: Por supuesto, tú ya estarás bien y podremos marcharnos los dos juntos y… Ah, Henri Seratard te envía recuerdos…

Calló, espantada, al ver que a Malcolm le sobrevenía un fuerte dolor y se le retorcía el rostro. Intentó incorporarse, pero no pudo hacerlo; las entrañas intentaron expulsar el veneno fétido del éter que parecía impregnar cada poro de su cuerpo y cada célula de su cerebro, pero tampoco pudo pues ya había evacuado todo lo que tenía en el estómago y los intestinos. Cada espasmo hacía que las heridas le tirasen, cada vez que tosía sentía un desgarro y, tras semejante tormento, tan solo arrojaba una cantidad mínima de un líquido podrido.

Presa de pánico, Angélique se dispuso a llamar al médico y buscó el pomo de la puerta con torpeza.

—No pasa nada, An… Angélique —dijo la voz que apenas reconocía—. Quédate un poco más.

Vio el horror en el rostro de la joven y lo volvió a malinterpretar, creyendo que se debía a la ansiedad, a una gran compasión, y al amor. Le abandonó el miedo y se recostó para recuperar fuerzas.

—Amor mío, había deseado, había deseado tanto… por supuesto ya sabes que te he querido desde el primer momento que te vi. —El espasmo le había dejado sin fuerzas, pero la creencia de que había visto lo que tanto había deseado le procuró una profunda paz—. No consigo pensar con claridad pero quería… verte para decirte… Dios mío, Angélique, la operación me tenía aterrorizado, y las drogas, y también temía morir y no volver a despertarme para verte otra vez; nunca había sentido tanto miedo, nunca.

—Yo también estaría aterrorizada. ¡Ay, Malcolm! Todo esto es tan horrible. —Sentía la piel pegajosa, cada vez le dolía más la cabeza y pensaba que iba a vomitar en cualquier momento—. ¡El médico nos aseguró a mí y a todos los demás que pronto te pondrás bien!

—No me importa, ahora que ya sé que me quieres; si me muero es el *joss*, y en mi familia sabemos que no podemos escapar del *joss*. Tú eres mi buena estrella, mi talismán; lo supe desde la primera vez que te vi. Nos casaremos… —Las palabras se desvanecían. Le zumbaban los oídos, comenzó a parpadear a medida que el opiáceo le iba haciendo efecto, sumergiéndolo en otro mundo donde también existía el dolor pero se transformaba en una sensación casi placentera—… nos casaremos en primavera…

—Malcolm, escucha —dijo rápidamente—, no te vas a morir y yo… *alors*, debo ser sincera contigo… —Y entonces le empezaron a brotar las palabras—: No me quiero casar todavía, ni siquiera sé si te quiero; sencillamente no estoy segura. Tendrás que tener paciencia, y aparte de eso, no creo que quiera vivir en este lugar tan horrible, y tampoco en Hong Kong; de hecho, ya sé que no puedo, que no lo haré, no puedo. Sé que me moriría. La idea de vivir en Asia me horroriza, con ese olor y esa gente tan horrible. En cuanto pueda regresaré a París y no pienso volver nunca, nunca más.

Pero él no la oyó. Estaba soñando. Sin verla, murmuró:

—… muchos hijos, tú y yo… me hace tan feliz saber que me quieres… he rezado… así que ahora… viviremos juntos en la Casa Grande. Gracias a tu amor yo ya no tengo miedo, miedo a la muerte; siempre he temido a la muerte, siempre está tan cerca… los gemelos, mi hermanita Mary, murieron tan jóvenes; mi hermano, mi padre casi muerto… el abuelo también sufrió una muerte violenta, pero ahora… ahora… todo ha cambiado… nos casaremos en primavera. ¿De acuerdo?

Abrió los ojos. Durante un instante la vio con claridad; vio el rostro tenso, las manos que se retorcían, el gesto de repugnancia y quiso gritar. «¿Qué pasa, por el amor de Dios?, esto no es más que la habitación de un enfermo y ya sé que la manta está empapada de sudor y que debajo de mí hay un poco de orina y excrementos que apestan, pero eso es porque estoy herido, por Dios, me han acuchillado y ahora me han vuelto a coser y ya estoy bien otra vez, ya estoy bien…».

Pero no le salieron las palabras y vio que ella le decía algo y abría la puerta y salía corriendo, pero no era más que una pesadilla. El ruido de las bisagras al cerrarse la puerta resonó una y otra vez, una y otra vez.

Angélique estaba apoyada en la puerta que daba al jardín, respirando el aire de la noche, intentando recomponerse. «Virgen Santa, dame fuerzas y dale un poco de paz a ese hombre y ayúdame a irme pronto de aquí».

Babcott se le acercó por detrás.

—Está bien, no se preocupe. Tome, beba esto —dijo con compasión al ofrecerle el opiáceo—. La tranquilizará y la ayudará a dormirse.

Ella obedeció. El líquido no sabía ni bien ni mal.

—Está profundamente dormido. Vamos, es hora de que usted también se vaya a dormir. —La ayudó a subir las escaleras para

regresar a su habitación. Cuando llegaron a la puerta, vaciló—: Que duerma bien. Ya verá como dormirá bien.

—Temo por él, me da mucho miedo.

—Tranquilícese. Estará mejor por la mañana, ya verá.

—Muchas gracias. Estoy bien. Él… creo que Malcolm piensa que se va a morir. ¿Tiene razón?

—Por supuesto que no, es un hombre joven y fuerte y estoy seguro de que pronto se pondrá bien. —Babcott repitió la misma cantinela que ya había dicho mil veces, aunque lo que pensaba en realidad era: «No lo sé, nunca se sabe, ahora todo depende de la voluntad de Dios».

Y sin embargo sabía que la mayoría de las veces lo correcto era darle esperanzas a la persona amada y aliviarle el peso de la preocupación, aunque tampoco era correcto o justo responsabilizar a Dios de la muerte o curación de un paciente. «Incluso así, si te ves impotente, si has hecho todo lo posible y estás convencido de que no bastan todos tus conocimientos, ¿qué más puedes hacer sin exponerte a volverte loco? ¿A cuántos jóvenes has visto en ese mismo estado y que luego murieron al día siguiente o al otro? O bien se restablecieron, si esa era la voluntad de Dios. ¿O no lo era? Creo que se trata de falta de conocimientos. Y luego de la voluntad de Dios. Si existe».

Se estremeció.

—Buenas noches. No se preocupe.

—Gracias. —Atrancó la puerta, se dirigió a la ventana y abrió los pesados postigos. Le sobrevino un profundo cansancio. El aire de la noche era cálido y agradable, la luna ya estaba muy alta. Se quitó la bata y se secó con una toalla, deseando dormir. Tenía el camisón húmedo y se le pegaba a la piel; hubiese querido cambiarse pero era el único que había traído. Abajo, el jardín era grande y sombrío, con árboles aquí y allá y un pequeño puente que pasaba por encima de un arroyo. La brisa acarició las copas de los árboles. La luz de la luna proyectaba muchas sombras.

Algunas, de vez en cuando, se movían.

V

Los dos jóvenes la vieron en cuanto apareció por la puerta del jardín a unos trescientos metros. Habían escogido un buen escondrijo pues desde ahí podían ver todo el jardín, la puerta principal, la garita de los guardias y a los dos centinelas a quienes estaban vigilando. Enseguida se adentraron en el follaje, a rastras, sorprendidos de verla, más sorprendidos aún de ver las lágrimas que resbalaban por sus mejillas cuando se acercó.

Shorin habló en susurros:

—¿Qué pasa…?

Calló. Una patrulla formada por un sargento y dos soldados, los primeros en caer en la trampa, dobló la esquina más alejada y se acercaba por el camino paralelo al muro. Se prepararon, luego se quedaron inmóviles; eran prácticamente invisibles gracias a la ropa negra y ajustada que les cubría todo el cuerpo salvo los ojos.

La patrulla pasó a un metro de ellos y desde su escondrijo los dos shishi podrían haberla atacado sin correr ningún peligro. Shorin, que era el cazador, el luchador y el que dirigía las peleas —mientras que Ori era el pensador y el estratega—, tenía un buen pretexto para atacar, pero Ori decidió que solo atacarían a las patrullas de uno o dos hombres, a menos que se produjera un imprevisto o les impidieran entrar en el arsenal.

—Esta vez, hagamos lo que hagamos, tiene que ser en silencio —le había dicho antes Ori—. Y también debemos tener paciencia.

—¿Por qué?

—Esta es su legación. Según ellos, significa que esta es su tierra, su territorio. Está vigilada por soldados de verdad, así que estamos

llevando a cabo una invasión. Si lo conseguimos, les habremos dado un susto de muerte. Si nos cogen, habremos fracasado.

Desde su escondite observaron a la patrulla que se alejaba, fijándose en sus movimientos silenciosos y ordenados. Ori susurró con preocupación:

—Nunca habíamos visto a ese tipo de soldados, tan instruidos y disciplinados. Si se concentraran para una batalla, tendríamos serios problemas con ellos y con sus armas.

—Siempre podremos ganarles —opinó Shorin—. Pronto conseguiremos armas, de un modo u otro y, de todas formas, bushido y nuestro coraje los aplastarán. Podemos vencerles sin ningún problema. —Estaba muy seguro de sí mismo—. Deberíamos haber matado a la patrulla y cogido sus armas.

«Me alegro de que no lo hayamos hecho», pensó Ori con preocupación. Le dolía mucho el brazo y, a pesar de que lo disimulaba, sabía que no podría aguantar una prolongada lucha con la espada.

—De no haber sido por nuestra ropa nos habrían visto. —Volvió a dirigir la mirada hacia la joven.

—Podríamos haber matado a esos tres sin ningún problema. Y podríamos haberles cogido las carabinas y luego volver a saltar el muro.

—Estos hombres son muy buenos, Shorin; no son unos comerciantes con cabeza de buey. —Ori no permitió que su voz delatara la irritación que sentía pues, como siempre, no quería ofender a su amigo ni herir su orgullo, y lo necesitaba tanto como Shorin lo necesitaba a él. No olvidaba que Shorin había desviado la bala que podría haberle matado en el Tokaidō—. Tenemos tiempo de sobra. Faltan dos velas para el amanecer. —Dos velas equivalían aproximadamente a dos horas. Hizo un ademán hacia la puerta—. De todos modos, la mujer habría dado la voz de alarma.

Shorin respiró hondo y se maldijo.

—¡Uf!, ¡qué estúpido! Tienes razón, una vez más. Lo siento, Ori.

Ori se concentró en ella. «¿Qué tiene esta mujer que me perturba, que me fascina?», se preguntó.

Entonces vio al gigante que se le acercaba. Por lo que habían oído en la posada, sabían que aquel era el famoso médico inglés que hacía curas milagrosas para cualquiera que solicitara sus servicios, ya fueran los japoneses o los suyos. Ori habría dado cualquier cosa por saber lo que el médico le dijo a la joven. Ella se enjugó las lágrimas y bebió obedientemente la pócima que él le ofreció. Luego la condujo hacia el pasillo tras cerrar y atrancar la puerta.

—Son sorprendentes; el gigante y la mujer —murmuró Ori.

Shorin lo miró. Le pareció percibir un mar de fondo que le perturbaba y seguía enfadado consigo mismo por haberse olvidado de la muchacha cuando se acercó la patrulla. Solo veía los ojos de su amigo y estos no le revelaban nada.

—Vayamos al arsenal —susurró con impaciencia—, o también podemos atacar a la próxima patrulla, Ori.

—¡Espera! —Procurando no hacer ningún movimiento brusco que pudiera llamar la atención, Ori elevó la mano cubierta por un guante negro, más para relajar el brazo que para secar el sudor—. Katsumata nos enseñó a tener paciencia; esta noche Horinaga nos aconsejó lo mismo.

Unas horas antes, cuando llegaron a la posada La Flor de la Medianoche, se alegraron de ver que Hiraga, su admirado amigo y dirigente de los shishi de Chosu, también se hospedaba allí. Le habían llegado noticias del ataque.

—El ataque se produjo en el momento oportuno, aunque no lo supierais —dijo Hiraga con entusiasmo. Era un hombre atractivo de veintidós años y alto para ser japonés—. Tendrá el mismo efecto que un palo clavado en el avispero de Yokohama. Ahora los gai-jin van a salir en enjambre y seguro que van a enfrentarse al Bakufu, que no podrá hacer nada para calmarlos. ¡Ojalá los gai-jin tomen represalias contra Yedo! ¡Si lo hicieran, y si aplastaran la ciudad, esa sería la

señal para que nosotros invadiéramos el palacio! En cuanto el emperador fuera liberado todos los daimios se rebelarían contra el shōgunado y lo destruirían, y con él a todos los Toranaga. *Sonno-joi!*

Brindaron por *sonno-joi* y por Katsumata, su salvador, que había sido el maestro de casi todos los shishi y servía a *sonno-joi* con sabiduría y en secreto. Ori le susurró a Hiraga el plan que tenían para robar armas.

—Ori, me gusta la idea y además es factible —dijo Hiraga pensativo— si eres paciente y escoges el momento oportuno. Esas armas pueden ser muy útiles en algunas operaciones. A mí, personalmente, no me gustan las armas de fuego. Prefiero el garrote, la espada o el cuchillo; son más seguros, silenciosos y mucho más temibles sea quien sea el blanco, tanto un daimio como un bárbaro. Yo os ayudaré. Puedo proporcionaros un plano del terreno y ropas de ninja.

A Ori y Shorin se les iluminó el rostro.

—¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto. —Los ninja pertenecían a una sociedad secreta formada por asesinos profesionales que trabajaban casi siempre por la noche y cuyas ropas negras ayudaban a alimentar la leyenda de que eran invisibles—. Al principio queríamos quemar el edificio de la legación —Hiraga rio y vació otra botella de sake; el tibio licor le soltaba la lengua más de lo habitual—, pero decidimos no hacerlo, pues sería más valiosa si la vigilábamos. He ido varias veces disfrazado de jardinero o por la noche, vestido de ninja. Es increíble lo que se aprende, incluso si se sabe poco inglés.

—¡Oh! Hiraga-san, no sabíamos que hablabas inglés —exclamó Ori, sorprendido ante la revelación—. ¿Dónde lo has aprendido?

—¿Y dónde puedes aprender cualidades de los gai-jin si no es con los propios gai-jin? Fue con un holandés de Deshima, un lingüista que hablaba japonés, holandés e inglés. Mi abuelo escribió una solicitud a nuestro daimio para sugerirle que un hombre de esas características debía venir a Shimonoseki, a costa suya, para enseñar holandés e inglés durante un año. Sería a modo de experimento y

más adelante se hablaría de los intercambios comerciales. Muchas gracias —dijo Hiraga cuando Ori le volvió a llenar la taza—. Los gai-jin son unos bobos, pero también adoran el dinero. Estamos en el sexto año del «experimento» y seguimos comprando y vendiendo los productos que decidimos nosotros, y en el momento en que nos los podemos permitir, como las armas, los cañones, la munición, y algunos libros.

—¿Cómo está tu venerable abuelo?

—Se encuentra muy bien. Agradezco tu interés. —Hiraga se inclinó en señal de agradecimiento. Los otros dos también se inclinaron ligeramente.

«Qué maravilloso sería tener un abuelo como él —pensó Ori—, disponer de un protector así a lo largo de varias generaciones; no como nosotros, que tenemos que sobrevivir día tras día, que pasamos hambre día tras día y que a duras penas conseguimos pagar los impuestos. ¿Qué pensarán de mí mi padre y mi abuelo ahora que me he convertido en un ronin y que he perdido el koku que tanto necesitan?».

—Me sentiría muy honrado de conocerlo —dijo—. Nuestro shoya no es como él.

Durante muchos años el abuelo de Hiraga, un importante granjero de una zona cercana a Shimonoseki y partidario secreto de *sonno-joi*, había sido un shoya. El shoya, que era el dirigente designado o hereditario de un pueblo o de un grupo de pueblos, gozaba de una gran influencia y disponía del poder y la responsabilidad de un magistrado para la recaudación y fijación de tributos. También era el único intermediario y protector de los campesinos y granjeros ante las prácticas injustas del samurái en cuyo feudo se encontraba el pueblo o los pueblos a su cargo.

Los granjeros y algunos campesinos poseían y trabajaban la tierra, pero la ley decía que no la podían abandonar. Los samuráis eran los dueños de toda la producción y los únicos que podían llevar armas, pero la ley decía que no podían poseer la tierra. De modo que dependían los unos de los otros formando una espiral

interminable e inevitable de sospechas y desconfianzas mutuas. El equilibrio entre la cantidad de arroz o de productos que había que entregar, año tras año, y la cantidad que se había de retener era siempre un compromiso increíblemente delicado.

El shoya tenía que mantener ese equilibrio. A veces el señor feudal, o incluso el propio daimio, le pedían consejo a los mejores shoya sobre asuntos que no tenían que ver con el pueblo. El abuelo de Hiraga era uno de ellos.

Unos años atrás le habían concedido el permiso para comprar el título de samurái goshi para él y sus descendientes cuando el daimio hizo una de sus ofertas. Era una táctica habitual de todos los daimios, que solían estar cargados de deudas, para reunir unos ingresos suplementarios a través de lo que les pagaban los aspirantes aceptables. El daimio de Chosu no era una excepción.

Hiraga rio. El sake ya se le había subido a la cabeza.

—Me escogieron para ir a la escuela del holandés y en más de una ocasión lamenté ese honor: el inglés suena tan mal y es tan difícil…

—¿Erais muchos en esa escuela? —preguntó Ori.

En medio de la confusión provocada por el sake sonó una voz de alarma en su interior; Hiraga se dio cuenta de que estaba revelando demasiada información personal. La cantidad de estudiantes de Chosu que estuvieron en la escuela era un asunto, un secreto, que solo concernía a Chosu. A pesar de que apreciaba y admiraba a Shorin y a Ori, no dejaban de ser Satsumas, unos extraños que no siempre habían sido aliados, pues a menudo habían sido enemigos y siempre serían enemigos potenciales.

—Solo tres personas aprendieron el inglés —dijo en voz baja como si estuviera revelando un secreto, en lugar de decir que habían sido treinta, el número real. Alerta, añadió—: Escuchad, ahora que sois ronin, igual que yo y la mayoría de mis compañeros, debemos trabajar más unidos. Estoy planeando algo para dentro de tres días, a lo mejor nos podéis ayudar.

—Muchas gracias, pero tenemos que esperar instrucciones de Katsumata.

—Claro, él es vuestro dirigente Satsuma —añadió Hiraga con tono pensativo—. Pero entretanto, Ori, no olvides que eres ronin y que seguirás siendo ronin hasta que venzamos; no olvides que somos la vanguardia de *sonno-joi*, somos los ejecutores. Katsumata no arriesga nada. Debemos olvidar que yo soy Chosu y vosotros Satsumas. Tenemos que ayudarnos. Creo que es una buena idea que prosigáis con vuestro ataque del Tokaidō y que robéis las armas. Matad a uno o dos guardias dentro de la legación, si podéis, ¡eso sería una buena provocación! Si pudierais hacerlo todo en silencio y sin dejar ninguna huella, sería aun mejor. Cualquier cosa con tal de provocarlos.

Gracias a la información que les facilitó Hiraga les resultó muy fácil entrar en el templo, sortear a los dragones y demás soldados y encontrar la guarida perfecta. Luego apareció la joven de forma inesperada, y el gigante, y después volvieron a entrar; desde entonces los dos shishi permanecían mirando fijamente la puerta de vidrio que daba al jardín.

—Ori, ¿qué hacemos ahora?

—Seguir con nuestro plan.

Los minutos pasaban y ambos seguían en un estado de extrema ansiedad. Cuando se abrieron las contraventanas del primer piso y vieron a la muchacha, los dos supieron que un elemento nuevo se había interpuesto entre ellos y su futuro. Ahora, la joven se cepillaba el cabello con un cepillo con mango de plata, y se movía con apatía.

Shorin dijo con voz gutural:

—No es tan fea bajo la luz de la luna. Pero esos pechos, uf, son para echar atrás a cualquiera.

Ori no respondió, tenía la mirada fija en ella.

De pronto, la joven vaciló y miró hacia abajo, directamente hacia ellos. Aunque no había ninguna posibilidad de que los viera o los

oyera, se les encogió el corazón. Esperaron, casi sin respirar. Ella volvió a bostezar, continuó cepillándose el cabello y luego dejó el cepillo; parecía estar tan cerca que Ori tuvo la sensación de que casi podía tocarla. Gracias a la luz de la habitación veía los detalles de los bordados en la seda, los pezones tensos bajo el camisón y la misma expresión extraña en los ojos que había percibido el día anterior —¿había sucedido solo un día antes?— y que detuvo el golpe que habría acabado con su vida.

Tras una última mirada a la luna y otro bostezo contenido, Angélique tornó las contraventanas, pero no las cerró del todo.

Shorin rompió el silencio y expresó lo que ambos estaban pensando.

—Sería muy fácil trepar hasta ahí.

—Sí, pero hemos venido aquí para robar las armas y hacer estragos. Nosotros… —Ori calló, al acudir a su mente la posibilidad de una nueva y maravillosa diversión; una segunda oportunidad, mejor que la primera.

—Shorin —murmuró—, ¿qué te parece si, tras obligarla a callar, la tomas por la fuerza pero sin matarla; tan solo la dejas inconsciente para que pueda contar lo que le sucedió, y luego dejas una señal que nos relacione con el Tokaidō? Después los dos matamos a uno de los soldados y desaparecemos, con o sin los fusiles, y lo hacemos todo en el interior de la legación. ¿No crees que enloquecerían de rabia?

Shorin dejó escapar un silbido ante lo seductor de la idea.

—Sí, sí que lo creo, pero será mejor rajarle la garganta y escribir «Tokaidō» con su sangre. Ve tú, yo me quedo vigilando, será mejor —y cuando Ori vaciló, añadió—: Katsumata dijo que nos equivocamos al dudar. La última vez dudaste. ¿Qué motivos hay para hacerlo ahora?

Ori se decidió en medio segundo y corrió hacia el edificio. Era una sombra más entre todas las sombras. En cuanto estuvo bajo la ventana, empezó a trepar.

En el exterior de la garita, uno de los soldados musitó en voz baja:

—No te vuelvas, Charlie, pero creo que he visto a alguien correr hacia la casa.

—Dios mío, llama al sargento. Vayamos con cuidado.

El soldado simuló que se desperezaba y luego entró en la garita. Rápidamente, aunque con cuidado, sacudió al sargento Towery para despertarlo y le repitió lo que había visto o lo que creyó haber visto.

—¿Qué aspecto tenía?

—Solo he visto algo que se movía, sargento. Por lo menos, eso creo; no estoy seguro, puede haber sido un maldito gato.

—De acuerdo, muchacho, vamos a ver. —El sargento Towery despertó al cabo y a otro soldado y los apostó en la garita. Luego se dirigió con los otros dos al jardín.

—Ha sido por ahí, sargento.

Shorin los vio acercarse. No podía hacer nada para avisar a Ori, que ya casi había llegado a la ventana, camuflado por la ropa y oculto entre las sombras. Lo vio alcanzar el alféizar, abrir una de las contraventanas y desaparecer en el interior. La contraventana se cerró lentamente. «Es el karma», pensó, y volvió a ocuparse de su propia situación.

El sargento Towery se detuvo a mitad de camino para examinar los alrededores y el edificio. Varias contraventanas del primer piso estaban abiertas, así que no les prestó atención; una de ellas chirriaba, agitada por la suave brisa. La puerta del jardín estaba cerrada con llave.

Al final dijo:

—Charlie, tú ve por ahí —señaló en la dirección del escondite—. Nogger, tú por el otro lado. Dadles una buena tunda si los veis. Manteneos bien alertas. ¡Calad las bayonetas! —Le obedecieron inmediatamente.

Shorin aflojó la espada en la vaina y luego se colocó en posición de ataque, con el cuello tenso.

En cuanto Ori penetró en la habitación, se dirigió a la única puerta que había y comprobó que estaba atrancada. La joven seguía dormida. Desenvainó la espada corta y se acercó a la cama. Era la primera vez que veía una cama con cuatro columnas y le resultó tan extraña, tan alta y sólida, con esas columnas, las cortinas, las sábanas, que por un momento se preguntó cómo sería dormir en una cama así, tan elevada a diferencia de los futones de los japoneses, que eran unos colchones de paja ligeros y cuadrados que se colocaban por la noche en el suelo y se retiraban de día.

El corazón le latía a un ritmo acelerado e intentó controlar la respiración; no quería despertarla todavía e ignoraba que estaba profundamente drogada. La habitación estaba a oscuras, pero la luz de la luna se filtraba por las contraventanas. Vio el cabello largo y rubio que le cubría los hombros y la redondez de sus pechos y de su cuerpo bajo la sábana. La muchacha exhalaba un perfume que casi lo asfixiaba.

Luego se oyó el chasquido de las bayonetas y el murmullo de voces que provenían del jardín. Durante un segundo se quedó petrificado. Sin saber lo que hacía asió con fuerza la espada para acabar con ella, pero la joven no se movió. Su respiración seguía siendo regular.

Vaciló; luego se dirigió en silencio hacia las contraventanas y observó. Vio a los soldados. «¿Me habrán visto? ¿O a Shorin?», se preguntó, presa de pánico.

«Si es así, entonces estoy atrapado, pero… no importa, todavía puedo llevar a cabo lo que me he propuesto y a lo mejor se marchan. Tengo dos salidas, la puerta y la ventana. "Paciencia", decía siempre Katsumata. "Utiliza la cabeza, espera tranquilo, luego golpea sin dudarlo y huye cuando llegue el momento, pues siempre llega. ¡Tu mejor arma es la sorpresa!"».

Sintió un nudo en el estómago. Uno de los soldados se dirigía hacia el escondite. A pesar de que Ori sabía el lugar exacto donde se

encontraba Shorin, no podía verlo. Sin aliento, esperó a ver qué sucedía. «A lo mejor Shorin puede con ellos. Pase lo que pase, la chica va a morir».

Cuando Shorin vio al soldado que se le acercaba, intentó en vano encontrar una salida de su escondrijo, maldiciendo a Ori. «¡Deben de haberlo visto! Si mato a este perro será imposible acercarme a los demás sin que me disparen. No puedo llegar hasta el muro sin que me vean.

»Ha sido una estupidez por parte de Ori cambiar de planes; claro que lo han visto, ya le dije que esa mujer traería problemas, debería haberla matado en la carretera… A lo mejor este bárbaro no me ve y tendré tiempo de correr hasta el muro».

La luz de la luna iluminaba la bayoneta mientras el soldado registraba el follaje, separando las hojas de tanto en tanto para ver mejor.

Estaba cada vez más cerca. A ocho metros, luego a siete, seis, cinco…

Shorin se quedó inmóvil, la máscara casi le cubría los ojos, y contuvo la respiración. El soldado por poco lo rozó al pasar y luego siguió, se detuvo un momento, dio unos pasos más mientras seguía registrando, y continuó alejándose. Shorin pudo por fin volver a respirar. Sentía el sudor en la espalda pero sabía que estaba a salvo y que en poco tiempo habría cruzado el muro.

Desde el lugar donde se encontraba, Towery veía a los dos soldados. Tenía un fusil en la mano, pero se sentía tan inseguro como ellos y no quería dar una falsa alarma. Hacía una noche agradable, soplaba una suave brisa y había luna llena. «Es muy fácil imaginar que una sombra es el enemigo en este lugar apestoso —pensó—. Dios mío, ojalá estuviéramos en el viejo y querido Londres».

—Buenas noches, sargento Towery, ¿qué hay?

—Buenas noches, señor. —Towery saludó con elegantes modales. Era Pallidar, el oficial de los dragones. Le contó lo que le habían dicho—. Puede haber sido una sombra, pero más vale prevenir que curar.

—Será mejor que llamemos a más hombres y que nos aseguremos de…

En ese mismo instante, el joven soldado que estaba cerca del escondite se puso en guardia tras volverse, apuntó con el mosquete y gritó presa de excitación y terror—:

—¡Sargento!, ¡ese bastardo está aquí!

Shorin ya se había puesto en posición de ataque, con la espada asesina alzada, pero el soldado consiguió mantenerlo alejado apuntándolo con la bayoneta mientras los demás corrían hacia él. Pallidar ya había sacado el revólver. Shorin intentó atacar otra vez pero se lo impidieron la longitud del rifle y la bayoneta. Luego se deslizó para evitar la arremetida y huyó entre el follaje hasta el muro. El joven soldado fue tras él.

—¡Cuidadooo! —gritó Towery cuando el joven se adentró en la maleza, pero el soldado no oyó la advertencia; siguió adelante y murió con la espada corta clavada en el pecho. Shorin la arrancó de un tirón, consciente de que ya no podría huir, pues los demás casi lo habían alcanzado.

—*Namu Amida Batsu* —«En el nombre del Buda Amida». Le costaba respirar a causa del miedo; encomendó su espíritu a Buda y gritó—: *Sonno-joi!*

No lo hizo para advertir a Ori sino para expresar su última afirmación. Luego, con la fuerza de un desesperado, se clavó el cuchillo en la garganta.

Ori lo había visto casi todo, excepto el final. Cuando el soldado gritó y fue tras él, corrió atropelladamente a la cama creyendo que el ruido despertaría a la muchacha pero se sorprendió al ver que no se había movido ni se había alterado el ritmo de su respiración. Así que

permaneció a su lado, con las rodillas temblorosas, a la espera de que abriera los ojos, pues creía que fingía, y con la intención de que lo viera a él y al cuchillo antes de usarlo. Entonces oyó el grito de «*sonno-joi*» y supo que Shorin había pasado a mejor vida. Los ruidos no cesaron, pero ella seguía sin moverse. A Ori se le tensaron los labios y se le cortó la respiración. De pronto ya no pudo seguir soportando la tensión, así que la sacudió enfadado con el brazo herido, sin importarle el dolor, y le acercó el cuchillo a la garganta, dispuesto a sofocar el grito.

Pero ella seguía sin moverse.

Era como una pesadilla y se vio a sí mismo volver a sacudirla, y nada. Entonces recordó de pronto que el médico le había dado una bebida y pensó: «Una de esas drogas, esas drogas occidentales de las que nos habló Hiraga», y se quedó inmóvil, intentando asimilar lo que acababa de descubrir. Para asegurarse, la volvió a sacudir; pero ella tan solo murmuró y escondió la cabeza en la almohada.

Regresó a la ventana. Unos hombres sacaban el cuerpo del soldado de la maleza. Luego los vio arrastrar el cuerpo de Shorin por los pies como si fuera un animal muerto. Los cadáveres estaban colocados uno al lado del otro, ambos extrañamente parecidos ante la muerte. Estaban llegando más hombres y oyó a gente que gritaba desde las ventanas. Había un oficial junto al cuerpo de Shorin. Uno de los soldados le arrancó la capucha y la máscara. Los ojos de Shorin seguían abiertos, tenía los rasgos contorsionados y la empuñadura del cuchillo todavía sobresalía del cuello. Se oyeron más voces y llegaron más hombres.

También se oían movimientos dentro de la casa y en el pasillo. La tensión era cada vez mayor. Por décima vez se aseguró de que la puerta estaba atrancada y de que no se podía abrir desde fuera; luego se escondió detrás de las cortinas de la cama, lo bastante cerca de ella como para poder tocarla si sucedía algo.

Se oyeron unos pasos y alguien llamó a la puerta. Por el resquicio inferior vio un débil resplandor proyectado por una lámpara de

aceite o una vela. Los golpes se hicieron más fuertes y las voces más altas. El cuchillo estaba listo.

—Mademoiselle, ¿está bien? —Era Babcott.

—¡Mademoiselle! —gritó Marlowe—. ¡Abra la puerta! —Más golpes y más fuertes.

—Es el somnífero que le di, capitán. La pobre mujer estaba muy alterada y necesitaba dormir. Dudo que se despierte.

—Pues si no se despierta voy a derribar esa maldita puerta para asegurarme de que no le pasa nada. —Más golpes en la puerta.

Angélique abrió los ojos.

—*Que se passe-t-il?* ¿Qué sucede? —murmuró, más dormida que despierta.

—¿Se encuentra bien? *Tout va bien?*

—*Bien? Moi? Bien sûr… Pourquoi? Qu'arrive-t-il?*

—Abra la puerta por favor. *Ouvrez la porte, s'il vous plaît, c'est moi*, el capitán Marlowe.

Se sentó en la cama, refunfuñando y desorientada. Ori no podía hacer nada para impedir que la joven saliera de la cama y se tambaleara hasta la puerta. Angélique tardó un poco en desatrancar la puerta y en abrirla a medias, apoyándose en el marco para no caerse.

Babcott, Marlowe y un soldado de infantería de marina llevaban unas velas. Se quedaron mirándola boquiabiertos. Llevaba un camisón muy francés, muy fino y transparente.

—Solo queríamos, eh, comprobar si se encontraba bien, mademoiselle. Cogimos, eh, cogimos a un hombre en la maleza —dijo Babcott de prisa—, no hay de qué preocuparse. —Se dio cuenta de que la joven apenas entendía lo que le decía.

Marlowe apartó la mirada de su cuerpo y observó la habitación.

—*Excusez moi*, mademoiselle, *s'il vous plaît* —dijo, avergonzado y con un acento aceptable, y pasó junto a ella para inspeccionar la habitación. Debajo de la cama no había nada salvo un orinal. Las cortinas de uno de los lados de la cama no descubrieron nada. «¡Dios mío, qué mujer!». No había más escondites; no había puertas

ni armarios. Las contraventanas chirriaron con el viento—. ¡Pallidar! ¿Hay algo más por ahí?

—No —repuso Pallidar—. No hay señales de que haya más gente. Es probable que haya venido solo y que el soldado lo haya visto cuando se movía por ahí. Pero mire en todas las habitaciones de este lado.

Marlowe asintió con la cabeza y tras maldecir añadió:

—¿Y qué diablos se cree que estoy haciendo? —Detrás de él, la suave brisa agitó las cortinas de la cama dejando al descubierto los pies de Ori calzados con unos *tabi* negros, una especie de zapato o calcetín japonés. La vela de Marlowe se fundió y se apagó, y cuando volvió a cerrar la contraventana y se volvió, no se fijó en los *tabi* que asomaban al lado de la cama, ni en ninguna otra cosa; tan solo en la silueta de Angélique que se perfilaba en la puerta, apenas despierta. Desde ahí veía cada parte de su cuerpo y la visión lo dejó sin aliento.

—Está todo bien —concluyó, más avergonzado aún por haberla mirado, pero gozando al verla tan indefensa. Intentando parecer enérgico, se dirigió a la puerta—. Por favor, atranque la puerta y, eh, que duerma bien —dijo, aunque en el fondo lo que quería era quedarse.

Todavía más desorientada, Angélique murmuró algo y cerró la puerta. Esperaron hasta que la oyeron correr el pestillo. Babcott dijo con voz vacilante:

—No creo que recuerde siquiera haber abierto la puerta.

El soldado de infantería de marina se enjugó el sudor, vio que Marlowe lo estaba mirando y no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Por qué diablos está tan contento? —Gruñó Marlowe, sabiendo la respuesta.

—¿Yo? Por nada, señor —respondió al instante el soldado; la sonrisa se le borró de los labios para dar lugar a una expresión de inocencia. «Estos oficiales son todos iguales —pensó con cansancio —. Este patán de Marlowe es un calentorro igual que todos nosotros; se le han saltado los ojos y casi la ha devorado con la mirada. Tan bajita y con esos rizos, se le veía todo; ¡nunca creí que

llegara a ver unas tetas como esas! Los muchachos nunca se van a creer lo de las tetas…»—. Sí, señor, ¡punto en boca; sí, señor! —repuso obedientemente cuando Marlowe le dijo que no contara nada de lo que acababan de ver—, por supuesto, señor, no pienso contar nada —le aseguró, y se dirigió a la siguiente habitación, pensando en la francesa.

Angélique seguía apoyada en la puerta, intentando comprender lo que acababa de suceder. Le resultaba difícil pensar con claridad. «¿Un hombre en el jardín? ¿Qué jardín?… Pero Malcolm está en el jardín de la Casa Grande; no, está herido en el piso de abajo, no, eso es un sueño y él dijo algo de vivir en la Casa Grande y habló de matrimonio… Malcolm, ¿era él, el hombre que me tocó? No, me dijo que se iba a morir. Qué tontería, el médico me dijo que estaba bien, todos lo dicen, ¿por qué dicen que está bien? ¿Por qué no dicen muy bien, o excelente, o regular? ¿Por qué?».

Se dio por vencida ante el deseo de dormir que la dominaba. La habitación estaba iluminada por la luz de la luna que penetraba por los listones de las contraventanas. Se dirigió a la cama tambaleando hasta que se dejó caer, agradecida, en el suave colchón de plumas. Con un gran suspiro de satisfacción, se tapó la mitad del cuerpo con la sábana y se volvió de lado. Al cabo de pocos segundos ya estaba dormida.

Ori salió de su escondite en silencio, sorprendido de seguir vivo. A pesar de que se había arrimado lo máximo posible a la pared, en una inspección a fondo lo habrían descubierto. Vio que la puerta y las contraventanas estaban atrancadas, la chica respiraba con regularidad y tenía un brazo debajo de la almohada y el otro encima de la sábana.

«Muy bien, ella puede esperar —pensó—. Antes que nada he de pensar en cómo salir de aquí. ¿Por la ventana o por la puerta?».

Como no podía ver a través de los listones, retiró la tranca con cuidado y abrió un poco uno de los lados y luego el otro. Los

soldados seguían apiñándose abajo. Faltaban una tres horas para el amanecer. Se estaban formando nubes que se acercaban a la luna. El cuerpo de Shorin estaba tirado en el camino como el de un animal muerto. Hubo un momento en que se sorprendió de que no le hubieran cortado la cabeza y luego recordó que no era costumbre de los gai-jin cortar cabezas para exhibirlas o para contarlas.

«Resultará difícil escapar por ahí sin que me vean. Si no disminuyen la vigilancia tendré que abrir la puerta e intentarlo por dentro. Eso significa que tendré que dejar la puerta abierta. No, será mejor salir por la ventana, si puedo».

Estiró el cuello con cuidado y vio una pequeña repisa bajo la ventana que descendía hasta la parte inferior de otra ventana y luego recorría todo el edificio. Estaba en una habitación que hacía esquina. Su excitación aumentó. «Pronto las nubes cubrirán la luna y entonces me escaparé. ¡Me escaparé! *Sonno-joi!* Ahora vamos a por ella».

Sin hacer ruido volvió a colocar la tranca de modo que las contraventanas quedaran ligeramente abiertas y regresó a la cama.

Todavía tenía la espada larga envainada y la colocó sobre el cubrecama de seda blanca para tenerla al alcance de la mano. «Blanco —pensó—. La sábana blanca, la piel blanca; el blanco es el color de la muerte. Muy oportuno. Es un color perfecto para escribir encima con sangre. ¿Qué podría escribir? ¿Su nombre?».

Sin prisas, retiró la sábana. Nunca había visto un camisón como aquel; era extraño, lo tapaba todo y nada a la vez. Los pechos de la joven eran muy grandes comparados con los de las pocas compañeras de cama que había conocido; las piernas largas y rectas, sin esa curva tan graciosa a la que estaba acostumbrado y que era el resultado de sentarse de rodillas durante años. Una vez más, su perfume. A medida que la exploraba con los ojos, se dio cuenta de que se estaba excitando.

Con las demás había sido muy distinto. La excitación era mínima; mucho juego y una gran profesionalidad. Se consumaba rápidamente y a menudo en medio de una neblina de sake para

disimular la edad de la mujer. Ahora disponía de todo el tiempo que quisiera. Ella era joven, y no pertenecía a este mundo. El deseo aumentó. Y las palpitaciones.

Las contraventanas chirriaron con el viento, pero no había ningún peligro; y tampoco lo había en toda la casa. Ella estaba acostada de lado. Un pequeño empujón, luego otro, y ya estaba de espaldas, con la cabeza cómodamente colocada a un lado y el cabello en forma de cascada. La joven exhaló un profundo suspiro, sintiéndose a gusto con el abrazo del colchón. Una pequeña cruz de oro le rodeaba el cuello.

Ori se inclinó y colocó la punta de la espada pequeña, tan afilada como una navaja, bajo el delicado encaje a la altura del cuello, lo levantó ligeramente y acercó la hoja a la costura de la prenda. La tela se rasgó con facilidad y resbaló a ambos lados del cuerpo.

Ori nunca había visto a una mujer tan desnuda. Tampoco se había sentido tan oprimido. Las palpitaciones se hicieron más intensas que nunca. La pequeña cruz brillaba. Sin querer, la joven movió la mano con pereza y la puso entre las piernas. Ori la retiró y luego le separó las rodillas, con suavidad.

VI

Despertó poco antes del amanecer. Pero no del todo.

Todavía sentía los efectos de la droga; todavía recordaba los sueños, unos sueños extraños y violentos, eróticos y abrumadores; sueños que eran a la vez maravillosos, dolorosos, sensuales y horribles; no recordaba haber soñado nunca con tal intensidad. A través de las contraventanas medio abiertas vio el horizonte del cielo oriental rojo como la sangre y unas extrañas y sugerentes nubes que eran como un reflejo de las imágenes de su mente. Cuando se movió para verlas mejor sintió un ligero dolor en los genitales, pero no le prestó atención. En cambio, dejó que sus ojos se detuvieran en las imágenes del cielo y que su mente volviera a vagar por los sueños que la atraían irresistiblemente. De pronto se dio cuenta de que estaba desnuda. Con gestos lánguidos se cubrió con el camisón y la sábana y se volvió a dormir.

Ori estaba de pie al lado de la cama. Se había apartado del calor del lecho. Su ropa de ninja y el taparrabos estaban en el suelo. Se quedó mirándola un momento, pensando que le había llegado su hora. Luego cogió el pequeño cuchillo-espada y lo desenvainó.

En la habitación de abajo, Phillip Tyrer abrió los ojos. La habitación le resultó extraña y entonces se dio cuenta de que estaba todavía en el templo de Kanagawa, de que el día anterior había sido horrible, la operación espantosa y su comportamiento despreciable.

—Babcott dijo que estaba en estado de shock —murmuró, con la boca seca y con un sabor amargo—. Dios mío, ¿acaso eso me

justifica?

Las contraventanas estaban entreabiertas, el viento las hacía chirriar. Desde la cama veía el amanecer. «"El cielo rojo por la mañana es una advertencia para el pastor". ¿Habrá tormenta?», se preguntó. Luego se sentó en la cama y examinó la venda que tenía en el brazo. Estaba limpia, sin manchas frescas de sangre, y se sintió aliviado. Salvo una punzada en la cabeza y un ligero dolor, volvía a sentirse bien. «Dios mío, ojalá me hubiera comportado mejor. —Se esforzó por recordar el final de la operación, pero todo estaba confuso en su cabeza—. Sé que lloré. No me apetecía llorar; simplemente me saltaron las lágrimas».

Con un gran esfuerzo logró apartar los pensamientos lúgubres. Salió de la cama y abrió las contraventanas; una vez levantado se sintió fuerte y hambriento. A su lado había una jarra de agua; se mojó la cara, se enjuagó la boca y escupió en las plantas del jardín. Después de beber un poco se sintió mejor. El jardín estaba desierto, el aire olía a vegetación podrida y a marea baja. Desde la ventana veía una sección del templo, el jardín y poco más. A través de un claro entre los árboles vislumbró la garita y a los dos soldados de guardia.

En ese momento se dio cuenta de que lo habían acostado con la camisa y los calzoncillos largos de lana. El abrigo roto y manchado de sangre estaba encima de una silla, y a su lado estaban los pantalones y las botas de montar llenas del barro de los arrozales.

«Da igual, tengo suerte de estar vivo. —Empezó a vestirse—. ¿Y Struan? ¿Y Babcott? Pronto tendré que enfrentarme a él».

No tenía navaja, así que no pudo afeitarse. Ni tampoco un peine. Una vez más, daba igual. Se puso las botas. Desde el jardín se oía el sonido y el movimiento de los pájaros, unos cuantos gritos en japonés y el ladrido de los perros.

«Me pregunto si me despedirán —pensó, y se le hizo un nudo en el estómago al imaginar su regreso a casa sumido en la ignominia, el desastre; el fracaso que supondría dejar de pertenecer al Foreign Office de Su Ilustre Majestad, el representante del mayor imperio del

mundo—. ¿Qué pensará sir William de mí? ¿Y ella, Angélique? Gracias a Dios que huyó a Yokohama, ¿me volverá a hablar cuando se entere?

»Ay, Dios mío, ¿qué voy a hacer ahora?».

Malcolm Struan también estaba despierto. Poco antes lo había despertado un sexto sentido que le advertía de un peligro, tal vez fuera un ruido del exterior, aunque acostado en aquella cama tenía la sensación de que llevaba horas despierto. Permaneció quieto, consciente de lo sucedido; de la operación, de que estaba gravemente herido y de que lo más probable era que muriera. Cada vez que respiraba sentía un dolor agudo y desgarrador. También se lo producía el más mínimo movimiento.

«Pero no voy a pensar en el dolor, solo en Angélique y en que me quiere… Pero ¿y las pesadillas? Esos sueños en los que ella me odiaba y huía. Odio los sueños y no poder controlar la situación, odio estar aquí acostado, detesto estar débil cuando siempre he sido fuerte; siempre me han educado bajo la sombra de mi héroe, el gran Dirk Struan, el Diablo de los Ojos Verdes. ¡Cómo me gustaría tener los ojos verdes y ser igual de fuerte! Él es mi piedra imán y seré tan bueno como él, sé que será así.

»Como siempre, el enemigo Tyler Brock está al acecho. Papá y mamá intentan ocultármelo pero, por supuesto, he oído los rumores y sé más de lo que piensan. La vieja Ah Tok, que ha sido una madre para mí, más aún que mi propia madre, ya que fue la que se ocupó de mí hasta los dos años, la que me enseñó el cantonés y las cosas de la vida y la que me buscó mi primera mujer, ahora me cuenta los rumores, al igual que el tío Gordon Chen, que me cuenta todo lo que ocurre. La Casa Noble se está tambaleando.

»Da igual, ya lo arreglaremos. Yo lo arreglaré. Para eso me han educado y he trabajado toda la vida».

Apartó la manta y levantó las piernas, pero el dolor lo detuvo. Volvió a intentarlo pero fracasó otra vez. «Da igual —se dijo,

sintiéndose muy débil—. No hay de qué preocuparse, lo haré más tarde».

—¿Más huevos, Settry? —preguntó Marlowe, un inglés tan alto como el oficial de dragones pero no tan ancho de espaldas. Los dos eran patricios, hijos de oficiales, de rostros agradables y con la piel curtida, Marlowe más que el otro.

—No, gracias —repuso Settry Pallidar—. Nunca tomo más de dos. Debo confesar que la cocina de este lugar me parece espantosa. Les dije a los criados que quería los huevos bien hechos y no pasados por agua, pero tienen serrín en el cerebro. De hecho, soy incapaz de comer huevos a menos que sea con una tostada, con un buen pan inglés. Es que esto no sabe igual. ¿Qué crees que sucederá con lo de Canterbury?

Marlowe dudó. Estaban en el comedor de la legación, sentados a la enorme mesa de roble traída de Inglaterra y con capacidad para veinte personas. La habitación era amplia y agradable, las ventanas abiertas daban al jardín. Tres criados chinos ataviados con librea los servían. La mesa estaba puesta para media docena de personas. Había huevos fritos con beicon sobre unas bandejas de plata que se calentaban con velas; pollo asado, jamón frío y tarta de champiñones, un trozo de rosbif casi rancio, galletas y una tarta de manzana reseca; cerveza y té.

—El ministro debería exigir una satisfacción inmediata y que le fueran entregados los asesinos sin demora. Y al producirse el inevitable retraso debería ordenar a la flota que atacase Yedo.

—Sería mejor un desembarco. Tenemos suficientes tropas para eso, y para ocupar la capital. Luego podríamos destituir al rey, ¿cómo era que se llamaba?… ah sí, el shōgun, y nombrar a nuestro propio dirigente japonés y así convertir Japón en un protectorado. Es más, lo mejor para ellos sería que lo incorporáramos al Imperio. — Pallidar estaba cansado y no había dormido en casi toda la noche.

Llevaba el uniforme desabrochado pero se había aseado y afeitado. Hizo señas a uno de los criados—: Té, por favor.

El joven chino vestido con pulcritud lo entendió perfectamente pero permaneció inmóvil a propósito para divertir a los demás criados.

—¿Señol? ¿Té-ah? ¿Pala qué dice té-ah, eh? ¿Qué quiele?, *¿heya?*

—¡Ay, déjelo, por el amor de Dios! —Pallidar se levantó, se dirigió con su taza al aparador y se sirvió el té mientras todos los criados reían para sus adentros al ver al diablo extranjero así humillado. Siguieron escuchando la conversación con atención—. Es una cuestión de poder militar. Y, sinceramente, el general se sentirá muy disgustado cuando se entere de que hemos perdido un granadero por culpa de un asesino vestido de Alí Babá. Querrá vengarse, al igual que todos nosotros.

—No sé si un desembarco sería una buena idea. Seguro que la armada puede abrirnos el camino, pero no sabemos cuántos samuráis habrá, ni las fuerzas de que disponen.

—Por Dios, sea lo que sea, podemos con ellos; no son más que un montón de nativos primitivos. Por supuesto que podemos con ellos. Igual que en China. No entiendo por qué no anexionamos China y acabamos con esa historia de una vez por todas.

Todos los criados lo oyeron y entendieron; y todos juraron que, en cuanto el Reino del Cielo dispusiera de suficientes armas y barcos para igualar a los de los bárbaros, les frotarían las narices en sus propios excrementos y les darían una lección que les duraría varias generaciones. Todos ellos habían sido elegidos a dedo por el ilustre Chen, Gordon Chen, el comprador de la Casa Noble.

—¿Quiele uno de estos huevos tan buenos, señol? —dijo el más osado, con una sonrisa que mostraba todos los dientes mientras colocaba bajo la nariz de Pallidar los huevos más crudos—. Son muy buenos.

Pallidar apartó la bandeja con repugnancia.

—No, gracias. Escucha, Marlowe, creo que… —Calló al ver entrar a Tyrer—. Ah, hola. Usted debe de ser Phillip Tyrer, de la legación. —Se presentó, esperó a que Marlowe lo hiciera y prosiguió con tono despreocupado—: Lamento mucho la mala suerte que tuvieron ayer; me enorgullece saludarlo. Tanto Mr. Struan como mademoiselle Richaud le contaron a Babcott que de no ser por usted los dos estarían muertos.

—¿Ah, sí? ¡Ah! —Tyrer no podía creer lo que estaba oyendo—. Sucedió todo tan rápido. Todo iba bien cuando de pronto nos encontramos huyendo para salvar el pellejo. Estaba muerto de miedo. —El hecho de decirlo en voz alta hizo que se sintiera mejor; y se sintió aún mejor cuando los dos hombres lo interpretaron como una señal de modestia, le invitaron a sentarse y ordenaron a los criados que le sirvieran.

Marlowe dijo:

—Anoche, cuando fui a verlo, estaba totalmente dormido. Babcott nos dijo que le había dado un sedante, así que supongo que todavía no sabrá nada de nuestro asesino.

Tyrer sintió un nudo en el estómago.

—¿Un asesino?

Le contaron lo ocurrido, y también lo de Angélique.

—¿Está aquí?

—Sí, y qué mujer tan valiente. —Marlowe se quedó absorto por un instante, pensando en ella. No tenía novia en su país ni en ningún otro lugar, tan solo algunas primas en edad casadera, pero ninguna dama en especial, y por primera vez se alegraba de ello. «A lo mejor Angélique se queda y entonces… bueno, ya se verá». Se sintió presa de una extraña excitación. Poco antes de zarpar del puerto de Plymouth, un año antes, su padre, el capitán Richard Marlowe de la Marina Real, le dijo: «Tienes veintisiete años, muchacho; ya tienes tu propio barco, aunque no sea más que una cafetera, y eres el primogénito; ya es hora de que te cases. Cuando vuelvas de este viaje al Extremo Oriente tendrás más de treinta años, con suerte yo seré vicealmirante y podré… bueno, te daré

unas cuantas guineas de más, pero por el amor de Dios no se lo cuentes a tu madre ni a tus hermanos. ¡Ha llegado el momento de decidirte! ¿Qué hay de tu prima Delphi? Su padre es un oficial en servicio, aunque solo sea en el Ejército Indio». Le prometió que en cuanto regresara escogería a alguien. Ahora quizá ya no tendría que conformarse con la segunda, la tercera o la cuarta opción—. Mademoiselle Angélique dio la voz de alarma en la colonia y luego insistió en venir anoche. Mr. Struan había dicho que quería verla urgentemente. Parece ser que no está muy bien, de hecho tiene una herida bastante grave, así que la traje. Es toda una mujer.

—Sí. —Se produjo un silencio extraño, pues todos sabían lo que los demás pensaban. Phillip Tyrer lo rompió.

—¿Para qué habrá venido ese asesino?

Los otros dos percibieron su nerviosismo.

—Supongo que para hacer más canalladas —dijo Pallidar—. No hay de qué preocuparse, hemos cogido a ese cretino. ¿Ha visto a Mr. Struan esta mañana?

—Entré un momento en su habitación pero estaba dormido; espero que se ponga bien. No tenía muy buen aspecto y… —Tyrer calló al oír un altercado afuera. Pallidar se acercó a la ventana seguido de los demás.

El sargento Towery gritaba y gesticulaba en dirección a un japonés medio desnudo en el otro extremo del jardín.

—Oiga usted, ¡venga aquí!

El hombre, aparentemente un jardinero, era joven y fuerte. Estaba a unos veinte metros y solo llevaba un taparrabos. Llevaba un montón de palos y ramas al hombro, algunos de ellos medio envueltos con una tela negra y sucia, y seguía recogiéndolos con torpeza. Se incorporó durante un instante y luego empezó a agacharse y a erguirse en una pantomima de reverencia.

—Dios mío, esos malnacidos no tienen vergüenza —comentó Pallidar con desprecio—. Ni siquiera los chinos se visten así, ni los indios.

—Me han dicho que se visten así incluso en invierno, al menos algunos de ellos —dijo Marlowe—, da la impresión de que nunca tienen frío.

Towery volvió a gritar y a gesticular. El hombre siguió haciendo reverencias, asintiendo con insistencia, pero en lugar de dirigirse hacia él dio la impresión de que no entendía lo que le decían y se giró sumiso, sin dejar de hacer reverencias, y se encaminó hacia la esquina del edificio. Cuando pasó al lado de la ventana los miró un momento; luego volvió a inclinarse con un gesto de sumisión y siguió caminando hacia las habitaciones de los criados, casi ocultas por la maleza, hasta desaparecer.

—Es curioso —dijo Marlowe.

—¿Qué?

—Todas esas reverencias y esa adulación parecían falsas. —Marlowe se volvió y vio el rostro pálido de Tyrer—. Dios mío, ¿qué sucede?

—Ese… ese hombre, creo que… no estoy seguro pero creo que era uno de ellos, uno de los asesinos del Tokaidō, el que recibió el disparo de Struan. ¿Le han visto el hombro? ¿Verdad que lo llevaba vendado?

Pallidar fue el primero en reaccionar. Saltó por la ventana y Marlowe lo siguió tras coger la espada. Los dos corrieron hacia los árboles. Pero no pudieron encontrarlo a pesar de haber buscado por todas partes.

Eran las doce del mediodía. Alguien llamó suavemente a la puerta.

—¿Mademoiselle? ¿Mademoiselle? —susurró Babcott desde el pasillo. No quería despertarla inútilmente, pero ella no respondió. Angélique estaba de pie como una estatua en el centro de la habitación mirando fijamente la puerta atrancada, conteniendo la respiración, con la bata ceñida alrededor del cuerpo y una expresión desolada en el rostro.

—¿Mademoiselle?

Esperó. Después los pasos se alejaron y pudo volver a respirar, mientras trataba desesperadamente de detener el temblor, que había reaparecido. Entonces empezó de nuevo a ir y venir por la habitación, desde la ventana hasta la cama y luego otra vez a la ventana, como llevaba haciéndolo desde hacía horas.

«Tengo que tomar una decisión», pensó, sumida en la desdicha.

Cuando volvió a despertar por segunda vez, sin acordarse de la primera, tenía la mente despejada y permaneció acostada sin moverse, contenta de estar despierta, de sentirse descansada, hambrienta y sedienta y deseando tomar la primera y maravillosa taza de café del día con el pan francés crujiente que preparaba el cocinero de la legación de Yokohama. «Pero si no estoy en Yokohama, estoy en Kanagawa, y hoy no habrá más que una asquerosa taza de té inglés con leche.

»¡Malcolm! Pobre Malcolm, de veras espero que esté mejor. Regresaremos a Yokohama hoy mismo, me embarcaré en el primer barco que vaya a Hong Kong y de ahí, a París… Pero ¡ay!, qué sueños he tenido, ¡qué sueños!».

Las fantasías nocturnas seguían vivas en su mente y se mezclaban con otras imágenes del Tokaidō, de la mutilación de Canterbury y del extraño comportamiento de Malcolm cuando supuso que se casarían. Rememoró el hedor de su habitación, pero luchó para no pensar en ello; bostezó y extendió la mano para coger el pequeño reloj que había dejado en la mesa de noche.

Cuando realizó ese ligero movimiento le sobrevino un dolor en los genitales. Hubo un momento en que se preguntó si no sería una señal de que se le había adelantado el período, dado que no era muy regular, pero enseguida descartó la idea.

El reloj marcaba las diez y veinte. La esfera tenía incrustaciones de lapislázuli y se lo había regalado su padre cuando cumplió dieciocho años, el 8 de julio, poco más de dos meses antes en Hong Kong. «Han sucedido tantas cosas desde entonces —pensó—. Estaré tan contenta cuando esté de vuelta en París, de regreso a la civilización, para nunca más volver, nunca, nunca, nun…».

De pronto se dio cuenta de que estaba casi desnuda bajo la sábana. Se quedó estupefacta al ver que el camisón le colgaba de los brazos y de los hombros y que estaba totalmente desgarrado por la parte delantera y levantado por detrás. Levantó las dos partes sin creer lo que veía. Para ver mejor, se levantó de la cama y se dirigió a la ventana, pero volvió a sentir el dolor. A la luz del día vio la mancha delatora de sangre en la sábana y se dio cuenta de que también tenía sangre entre las piernas.

—¿Cómo puede ser el período…?

Empezó a contar los días y a contarlos otra vez, pero el resultado no tenía sentido. El último período lo había tenido dos semanas antes. Entonces se dio cuenta de que estaba ligeramente mojada y no pudo comprender el motivo. En ese momento se le encogió el corazón y casi se desmayó, pues su mente le gritó que los sueños no habían sido sueños sino la realidad y que la habían violado mientras dormía.

—¡No es posible! Estás loca, es imposible —musitó desconcertada, casi sin aliento—. Ay Dios, haz que esto sea un sueño, que todo esto forme parte de una pesadilla. —Buscó la cama a tientas con el corazón a punto de estallar. «Estás despierta, esto no es un sueño, ¡estás despierta!».

Se examinó el cuerpo frenéticamente; luego volvió a hacerlo pero esta vez con más cuidado. Sabía lo suficiente como para cerciorarse de que no cabía la menor duda acerca del líquido o de que el himen estaba roto. Era verdad. La habían violado.

La habitación empezó a dar vueltas. «Dios mío, estoy arruinada, mi vida está arruinada, mi futuro está arruinado porque ningún hombre decente, ningún hombre digno se casará conmigo ahora que estoy mancillada; el matrimonio es la única vía de que dispone una chica para mejorar su vida, para tener un futuro feliz, cualquier futuro, no hay ninguna otra manera…».

Cuando se repuso y pudo ver y pensar, se encontró tendida cuan larga era en la cama. Temblorosa, intentó recomponer los

acontecimientos de la noche anterior. Recordaba haber atrancado la puerta.

La miró de reojo y vio que la puerta seguía igual.

«Recuerdo a Malcolm y el espantoso olor de su habitación y que hui de él, mientras Phillip Tyrer dormía plácidamente. Luego el doctor Babcott me dio una bebida y subí…

»¡La bebida! Ay Dios, ¡estaba drogada! Si Babcott es capaz de operar con esas drogas es lógico que pueda suceder algo así, es lógico que no me diera cuenta; pero eso no me ayuda ahora. Lo que está claro es que ocurrió. ¡Y puedo haber quedado embarazada!».

Una vez más se sintió presa de pánico. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y casi gritó.

—¡Basta ya! —murmuró, haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlarse—. ¡Basta! No hagas ni un solo ruido, ¡no lo hagas! Estás sola, nadie te puede ayudar, solo tú; tienes que pensar. ¿Qué vas a hacer? *¡Piensa!* —Respiró hondo, e intentó poner orden en su confusa mente. ¿Quién había sido?

«La tranca sigue en su lugar así que no puede haber entrado por la puerta. Espera un momento, recuerdo vagamente… o formaba parte del sueño antes de… me parece que me acuerdo de haberle abierto la puerta a Babcott, y al oficial de marina Marlowe… luego volví a atrancarla. Sí, eso fue lo que sucedió. Al menos, eso creo. ¿No me habló en francés?… Sí, lo hizo, pero muy mal; luego se fueron y yo atranqué la puerta, estoy segura de que lo hice. ¿Pero por qué llamaron a la puerta en mitad de la noche?».

Buscó y rebuscó en su mente pero no pudo encontrar una respuesta; y tampoco estaba del todo segura de que eso fuera lo que había sucedido, pues las imágenes de la noche se esfumaban. Algunas…

«¡Concéntrate!… Si no entró por la puerta, entonces fue por la ventana». Se volvió y descubrió que la tranca de las contraventanas estaba en el suelo, debajo de la ventana, en lugar de estar en la ranura.

«¡Así que entró por la ventana! ¿Quién? Marlowe, ese Pallidar o incluso el bueno del doctor; sé que todos me desean. ¿Quién sabía que estaba drogada? Babcott lo sabía. Pudo habérselo dicho a los demás, pero seguro que ninguno de ellos se habría atrevido a ser tan malvado; ninguno se arriesgaría a pagar las consecuencias de trepar desde el jardín, pues si lo hubiera visto me habría puesto a gritar como una loca…».

Todo su ser le advertía: «Ten cuidado. Tu futuro depende del cuidado que pongas y de tu inteligencia. Ten cuidado».

«¿Estás realmente segura de que todo esto sucedió por la noche? ¿Y qué pasa con los sueños? A lo mejor… Ahora no puedo pensar en ello, pero solo un médico lo sabrá con seguridad y ese médico tendría que ser Babcott. Espera, puede ser… puede ser que tú misma hayas roto ese pequeño trozo de piel mientras dormías, mientras te retorcías en una pesadilla; era una pesadilla, ¿verdad? Sé que le ha sucedido a algunas chicas. Sí, pero seguirían siendo vírgenes y además eso no explica el líquido.

»Acuérdate de Jeanette, la del convento; esa pobre tonta se enamoró de uno de los comerciantes, le consintió que se lo hiciera y luego nos lo contó muy excitada y con toda clase de detalles. No se quedó embarazada pero la descubrieron, y al día siguiente se había marchado para siempre y más tarde nos enteramos de que la habían casado con el carnicero de un pueblo, el único hombre dispuesto a quedarse con ella.

»Yo no consentí nada, pero eso no me ayudará; un médico lo sabría con seguridad, pero eso tampoco me ayudará, y la idea de que Babcott o cualquier otro médico me examine me horroriza. Además, Babcott tendría que compartir el secreto. ¿Cómo puedo confiarle un secreto como ese? Si se llega a saber… ¡tengo que guardar el secreto! Pero ¿cómo, cómo puedes hacerlo? ¿Y luego qué?

»Eso ya lo veré más tarde. Primero tengo que ver quién fue. No, antes límpiate y luego pensarás mejor. Tienes que pensar con claridad».

Con desagrado se quitó el camisón y lo arrojó a un lado; después se lavó con cuidado y a fondo, intentando recordar todo lo que sabía sobre la contracepción, lo que había hecho Jeanette con éxito. A continuación se puso la bata y se peinó. Se cepilló los dientes con polvo dentífrico. Solo entonces se miró al espejo. Se examinó el rostro con mucho cuidado. Era un rostro sin mancha. Se abrió la bata. También lo eran las piernas y los pechos; los pezones estaban un poco enrojecidos. Una vez más se miró a fondo en el espejo.

—No se ve ningún cambio, nada.

Entonces se dio cuenta de que la pequeña cruz de oro que había llevado siempre, dormida o despierta, había desaparecido. Buscó por la cama con minuciosidad, luego en el suelo y por todas partes. No estaba escondida entre las sábanas ni bajo las almohadas y tampoco enganchada a las cortinas. La última posibilidad era que estuviera oculta en el encaje de la colcha, pero… nada.

Entonces vio los tres caracteres japoneses, esbozados con sangre sobre un fondo blanco.

La cruz de oro resplandecía a la luz del sol. Ori la asía por la cadena y parecía hipnotizado.

—¿Por qué la cogiste? —le preguntó Hiraga.

—No lo sé.

—Has cometido una equivocación al no matar a la mujer. Shorin tenía razón. Fue una equivocación.

—Karma.

Estaban a salvo en la posada La Flor de la Medianoche y Ori se había bañado y afeitado. Miraba fijamente a Hiraga mientras pensaba: «Tú no eres mi amo; solo te contaré lo que yo quiera y nada más».

Le había contado cómo murió Shorin y que había trepado a la habitación, que ella dormía profundamente sin despertarse y nada más, solo que se había escondido ahí sin que le sucediera nada. Luego cogió la ropa de ninja a sabiendas de que lo interceptarían y

la utilizó para camuflar las espadas, descendió hasta el jardín con el tiempo justo para recoger unas ramas del suelo y simular que era un jardinero, incluso después de haber reconocido al hombre de la carretera que había logrado escapar. Pero no le contó nada más acerca de ella.

«¿Cómo podría expresar con palabras que gracias a ella me uní a los dioses, que cuando le separé las piernas y la vi estaba borracho de deseo, que cuando la penetré, la penetré como un amante y no como un violador?… No sé por qué pero así fue, lentamente, con cuidado, y sus brazos me rodearon y ella tembló y se agarró a mí, aunque nunca se despertó del todo, y yo me aguanté y aguanté y luego me dejé ir de una manera inconcebible…

»Nunca pensé que pudiera ser tan maravilloso, tan sensual, tan satisfactorio, tan definitivo. Las demás no significaron nada en comparación con ella. Ella hizo que yo alcanzara las estrellas, pero ese no es el motivo por el cual la dejé vivir. Pensé con insistencia en matarla. Y luego a mí, ahí en la habitación. Pero eso habría sido egoísta por mi parte, morir en la cresta de la felicidad, tan satisfecho.

»Ay, cuánto deseé morir. Pero mi muerte pertenece a *sonno-joi*. Solo a eso. No a mí».

—Ha sido una equivocación no haberla matado —repitió Hiraga, interrumpiendo los pensamientos de Ori—. Shorin tenía razón, si la hubieras matado habríamos conseguido llevar a cabo nuestro plan, habría sido lo mejor de todo.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué?

«La dejé vivir para los dioses, si existen —pudo haber dicho; pero no lo hizo—. Me poseyeron y me obligaron a hacer lo que hice y lo agradezco. Ahora me siento realizado. Conozco la vida, lo único que me falta por conocer es la muerte. Yo fui su primer hombre y me recordará para siempre, a pesar de que dormía. Cuando despierte y vea lo que escribí con mi propia sangre, no con la suya, lo sabrá. Quiero que viva para siempre. Yo pronto moriré. Karma».

Ori introdujo la cruz en el bolsillo secreto de la manga de su kimono y bebió el refrescante té verde, sintiéndose satisfecho y muy vivo.

—¿Dices que haréis una incursión?

—Sí. Vamos a incendiar la legación británica de Yedo.

—Muy bien. Que sea pronto.

—Lo será. *Sonno-joi!*

En Yokohama, sir William estaba muy alterado.

—Repíteles, por última vez, por Dios, que Su Majestad exige una satisfacción inmediata de cien mil libras esterlinas en oro por permitir que se produzca un ataque sin que nadie lo haya provocado y por el asesinato de un inglés. ¡Matar a un inglés es *kinjiru*! Y también exigimos que nos entreguen a los asesinos de Satsuma en un plazo de tres días o ¡tomaremos medidas drásticas!

Se encontraba en el otro lado de la bahía, en la pequeña sala de audiencias de la legación británica de Yokohama, flanqueado por el ministro prusiano, el francés y el ruso, los dos almirantes, el francés y el británico, y el general, todos ellos tan exasperados como sir William.

Delante de ellos, sentados con ceremonia en unas sillas, se hallaban dos representantes locales del Bakufu, el jefe de los samuráis de la guardia de la colonia y el gobernador de Kanagawa, en cuya jurisdicción se encontraba Yokohama. Vestían pantalón ancho y kimono y un manto ancho y en forma de alas sobre los hombros, ceñido con un cinturón, además de las dos espadas. Era evidente que se sentían incómodos y que estaban furiosos. Al amanecer, unos soldados armados habían golpeado la puerta de los puestos aduaneros de Yokohama y de Kanagawa con la culata de los rifles y con unos modales sin precedentes para convocar a los funcionarios de mayor rango y al gobernador para una reunión urgente al mediodía; semejantes prisas tampoco tenían precedentes.

Los intérpretes estaban sentados sobre unos almohadones en el medio. El japonés estaba arrodillado y el otro, un suizo llamado Johann Favrod, tenía las piernas cruzadas. Ambos hablaban en holandés.

La reunión había empezado dos horas antes. Era necesario traducir del inglés al holandés y del holandés al japonés; luego otra vez al holandés y del holandés al inglés. Todas las preguntas de sir William se malinterpretaban, o bien las eludían, y había que repetirlas varias veces; solicitaron un aplazamiento de mil formas distintas para «consultar a las máximas autoridades para llevar a cabo los estudios y las investigaciones pertinentes» y pretextaron que en Japón «los estudios son muy distintos a las investigaciones». Insistieron en que Su Excelencia, el gobernador de Kanagawa, deseaba explicar detalladamente que Satsuma no caía dentro de su jurisdicción, pues era «otro reino» y, asimismo, el gobernador tenía entendido que los acusados habían esgrimido unas pistolas y les acusaba de «no obedecer las antiguas costumbres japonesas». Fingían no saber cuántos extranjeros formaban el grupo e insistían que deberían haberse arrodillado tal como mandaban sus costumbres.

El gobernador soltaba unas parrafadas largas, aburridas y complejas en japonés, que se traducían a un holandés no del todo fluido y se volvían a traducir al inglés.

—Haz que suene categórico, Johann; exactamente como yo lo he dicho.

—Sí, ya lo hago, sir William; pero estoy seguro de que este cretino no está traduciendo igual, tanto lo que dice usted como lo que dicen los japoneses.

—Eso ya lo sabemos, por el amor de Dios, ¿es que no ha sido siempre así? Por favor, prosiga.

Johann tradujo palabra por palabra. El intérprete japonés se sonrojó, pidió que se le explicara el significado de la palabra «inmediato» y luego, con cuidado, la tradujo por otra más adecuada, aproximada y educada, pues consideraba que sería más aceptable.

Incluso así el gobernador se quedó sin aliento ante semejante grosería. El silencio se hizo mayor. Con los dedos golpeteaba la incrustación en la empuñadura de la espada. Luego habló brevemente; solo dijo tres o cuatro palabras. La traducción fue larga.

Johann dijo con alegría:

—Sin toda la *merde* que sobra, el gobernador dice que transmitirá su «solicitud» en el momento adecuado y a las autoridades pertinentes.

Sir William se enfureció de un modo bastante visible, pero no tanto como los almirantes y los generales.

—¿Conque solicitud, eh? Dígale a ese cretino exactamente esto: ¡No es una solicitud, es una exigencia! Es más, ¡dígale que exigimos una audiencia con el shōgun en Yedo para dentro de tres días! ¡Dentro de tres días! ¡Y pienso llegar en un maldito buque de guerra!

—Bravo —murmuró el conde Zergeyev.

Johann también estaba cansado del juego y transmitió las palabras en un tono claramente categórico. El intérprete japonés lo miró y, sin esperar, soltó una retahíla de palabras en holandés a la cual Johann contestó con dos palabras muy dulces que de inmediato provocaron un momento de terrible silencio.

—*Nan ja?* —«¿Qué pasa, qué han dicho?», preguntó el gobernador enfadado. No se equivocaba al percibir la hostilidad y tampoco ocultaba la suya.

Enseguida, en tono de disculpa, el agitado intérprete le ofreció una versión suavizada; pero incluso así el gobernador explotó, soltando gran cantidad de amenazas y súplicas y negativas y más amenazas que el intérprete tradujo del modo que creyó que querrían oírlas los extranjeros. Luego, todavía desconcertado, volvió a escuchar y volvió a traducir.

—¿Qué dice, Johann? —Sir William tuvo que elevar la voz por encima del barullo; el intérprete estaba respondiendo al gobernador y a los funcionarios del Bakufu, quienes a su vez charlaban entre ellos—. ¿Qué demonios están diciendo?

Johann se sentía satisfecho. Sabía que ya faltaba poco para que terminara la reunión y pudiera regresar al Long Bar para comer y tomar una copa.

—No lo sé; solo que el gobernador insiste en que lo único que puede hacer es transmitir su solicitud, etcétera, en el momento que etcétera, pero que es imposible que el shōgun le honre con etcétera, porque va en contra de sus costumbres etcétera…

Sir William golpeó la mesa con la palma de la mano. En medio de la sorpresa y el silencio, señaló al gobernador y luego a sí mismo.

—*Watasi*… yo… —Entonces señaló la ventana en dirección a Yedo —. ¡*Watasi* ir Yedo! —Luego mostró tres dedos—. ¡Tres días en un maldito buque de guerra! —Se levantó y salió de la habitación hecho una furia. Los demás lo siguieron.

Recorrió el pasillo hasta llegar a su despacho y allí se dirigió directamente al mueble donde estaban las botellas de cristal tallado y se sirvió un whisky.

—¿Alguien desea acompañarme? —preguntó en tono despreocupado cuando los demás se le acercaron. Acto seguido sirvió un whisky para los almirantes, el general y el prusiano, un clarete para Seratard y un buen vodka para el conde Zergeyev—. Me parece que ha salido todo de acuerdo con nuestros planes. Lamento que se haya alargado tanto.

—Llegué a pensar que le iba a dar un síncope —dijo Zergeyev mientras se bebía el vaso de un trago y se servía otro.

—Ni hablar. Tenía que acabar la reunión con una buena dosis de dramatismo.

—¿Así que habrá que ir a Yedo dentro de tres días?

—Sí, mi querido conde. Almirante, tenga preparado el buque insignia para zarpar al alba y los próximos días dedíquese a poner a punto todos los barcos para la incursión. Despeje los muelles con ostentación, que ceben todos los cañones, que toda la flota realice prácticas y dé orden de que estén listos para responder a una orden de ataque en caso de que sea necesario. General, creo que bastará

con quinientos guardias de honor. Monsieur, ¿le parece bien que nos acompañe el buque insignia francés?

—Por supuesto —asintió Seratard—. Yo le acompañaré, claro, pero sugiero que el centro de operaciones sea la legación francesa y que vistamos los uniformes de gala.

—No estoy de acuerdo en lo de los uniformes. Esta es una misión punitiva, no vamos a presentar nuestras credenciales, eso ya vendrá después. Y tampoco estoy de acuerdo con el lugar de la reunión. Se trata del asesinato de un súbdito inglés y ¿cómo quiere que se lo explique? Nuestra flota es el factor decisivo.

Von Heimrich rio.

—Sin duda es decisiva en estas aguas y en estos momentos. —Miró a Seratard—. Es una lástima que no disponga de una docena de regimientos de la caballería prusiana. En ese caso podríamos dividir a los japoneses sin ningún problema y de ese modo acabaríamos con toda esa estupidez y esa grosería que nos han hecho perder tanto tiempo.

—¿Solo una docena? —preguntó Seratard con mordacidad.

—Sería suficiente, herr Seratard, para todo Japón. Nuestras tropas son las mejores del mundo, claro está que después de las de Su Majestad británica —añadió con suavidad—. Afortunadamente Prusia podría prescindir de veinte, incluso de treinta regimientos para un sector tan pequeño como este, y aun así tendría más que suficiente para enfrentarse a cualquier tipo de problema que pudiera tener en cualquier parte, sobre todo en Europa.

—Sí, bueno… —Sir William intervino al ver que Seratard enrojecía —. Me voy a Kanagawa para hacer algunos preparativos. Almirante, general, quizá tengamos una breve reunión cuando regrese. Volveré en el buque insignia. Ah, monsieur Seratard, ¿qué pasa con mademoiselle Angélique? ¿Quiere que la acompañe de regreso?

Angélique salió de su habitación al atardecer, recorrió el pasillo y bajó por la escalera principal hasta llegar al vestíbulo. Llevaba el

mismo vestido que el día anterior, volvía a estar elegante, más etérea que nunca, con el cabello arreglado y recogido, los ojos realzados, el perfume y el crujido de las enaguas.

Los centinelas de la puerta principal la saludaron y murmuraron unas palabras, atemorizados por su belleza.

Justo cuando estaba a punto de llegar a la puerta, esta se abrió. Apareció Babcott y se detuvo.

—Ah, hola, mademoiselle Angélique, ¡está usted realmente guapa! —dijo, casi tartamudeando.

—Gracias, doctor —su sonrisa era amable y la voz suave—. Quería preguntarle… ¿podemos hablar un momento?

—Claro, pase. Póngase cómoda. —Babcott cerró la puerta del consultorio, le ofreció la mejor silla y se sentó detrás del escritorio, deslumbrado por su resplandor y por el peinado, que revelaba un cuello largo y perfecto. Tenía los ojos rojos y estaba muy cansado. «Pero así es mi vida», pensó.

—Esa bebida que me dio anoche, ¿era algún tipo de droga?

—Sí, sí, en efecto. Le di una dosis bastante fuerte dado que estaba… estaba bastante alterada.

—Lo recuerdo todo de un modo tan vago y confuso; el Tokaidō y luego la venida aquí y la visita a Malcolm. ¿La bebida era muy fuerte?

—Sí, pero no es peligrosa, ni mucho menos. El sueño es la mejor cura, y usted habrá disfrutado del mejor sueño y el más profundo; no hay duda de que ha dormido bien, son casi las cuatro. ¿Cómo se encuentra?

—Todavía estoy un poco cansada, gracias. —Volvió a asomar una sonrisa melancólica que le partió el alma—. ¿Cómo está monsieur Struan?

—Igual. Ahora mismo iba a verlo otra vez; puede acompañarme si lo desea. Considerando su situación, está bien. Ah, por cierto, han cogido al hombre.

—¿Qué hombre?

—El que le dijimos anoche, el intruso.

—No recuerdo nada de lo que sucedió anoche.

Le contó lo que había sucedido en su habitación y en el jardín, cómo dispararon a un ladrón y que al otro lo vieron por la mañana, aunque consiguió escapar. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para que su rostro permaneciera impasible y para no gritar lo que pensaba: «Hijo de Satanás, maldita sea su poción y su incompetencia. ¿Dos ladrones? Seguro que el otro estaba en mi habitación cuando ustedes estuvieron ahí y no supieron encontrarlo y salvarme; usted y el otro imbécil, Marlowe, que es tan culpable como usted.

»Virgen santa, dame fuerzas, ayúdame a vengarme de los dos. *¡Y de él, sea quien sea!* Madre de Dios, te ruego que dejes que me vengue. Pero ¿por qué me habrá robado la cruz y no se ha llevado las demás joyas? ¿Y por qué esos caracteres? ¿Qué significarán? ¿Y por qué los escribió con sangre, con su sangre?».

Se dio cuenta de que Babcott la miraba.

—*Oui?*

—Le preguntaba si quería ver a Mr. Struan.

—¡Ah! Sí, sí por favor. —Se levantó ella también, recuperado otra vez el dominio de la situación—. Ah, me temo que se me ha caído un poco de agua en las sábanas, ¿le importaría pedirle a la criada que se ocupe de ellas, por favor?

Babcott rio.

—Aquí no tenemos criadas. Va en contra de los reglamentos de los japoneses. Tenemos criados chinos. No se preocupe, en cuanto usted ha dejado la habitación se habrán puesto a arreglarla… —Calló al verla tan pálida—. ¿Qué sucede?

Por un instante la abandonó el dominio de sí misma y su mente voló de regreso a su habitación, al momento en que frotaba y limpiaba aterrorizada por la idea de que las manchas no salieran. Pero al final lo consiguió y recordó que se había cerciorado una y otra vez de que el secreto no fuera descubierto. No se veía nada, ninguna mancha; su secreto estaba a salvo, siempre y cuando ella fuera fuerte y siguiera adelante con su plan.

Babcott se sorprendió al verla de repente tan pálida, retorciendo la falda con los dedos. Enseguida se le acercó y la cogió por los hombros con suavidad.

—No se preocupe, aquí está segura, de veras que lo está.

—Sí, lo siento —dijo asustada, apoyando la cabeza en su pecho y con lágrimas en los ojos—. Es que acabo de acordarme del pobre Canterbury.

Se observó a sí misma, como si se tratara de otra persona. Permitió que Babcott la consolara, completamente segura de que su plan era el único posible, el más inteligente: «No sucedió nada. Nada de nada.

»Lo creerás hasta que te venga el período. Y luego, si viene, lo creerás para siempre.

»¿Y si no viene?

»No lo sé, no lo sé, no lo sé…».

VII

Lunes, 15 de septiembre

—Los gai-jin son unas sabandijas maleducadas —dijo Nori Anjo temblando de rabia. Era el jefe del roju, el consejo de cinco regentes, un hombre rechoncho, de rostro redondo y vestido espléndidamente—. Han despreciado las corteses disculpas que les ofrecimos y que tendrían que haber puesto fin al asunto del Tokaidō y, ahora, son tan impertinentes que se atreven a solicitar una audiencia con el shōgun. La caligrafía es espantosa, las palabras inadecuadas; toma, léelo tú mismo, acaba de llegar.

Con una impaciencia apenas disimulada le pasó el rollo de papel a su adversario, Toranaga Yoshi, mucho más joven y sentado frente a él. Se habían quedado solos en una sala de audiencias en lo alto de la torre central del castillo de Yedo tras haber despedido a los guardias. Una mesa baja y lacada separaba a los dos hombres, y encima había una bandeja de té negra con unas delicadas tazas y una tetera de porcelana de cáscara de huevo.

—No me importa lo que digan los gai-jin. —Yoshi, molesto, cogió el rollo pero no lo leyó. Al contrario que Anjo, vestía ropas sencillas y sus espadas eran las de uso diario y no las ceremoniales—. Debemos someterlos a nuestra voluntad. —Era el daimio de Hisamatsu, un feudo pequeño aunque importante no muy lejos de allí, y descendiente directo del primer shōgun Toranaga. Tras la «sugerencia» del emperador y a pesar de la oposición declarada de Anjo, lo acababan de nombrar guardián del heredero, del shōgun niño, y le habían concedido un puesto en el consejo de regentes. Era

alto, de aires aristocráticos, tenía veintiséis años, y sus manos eran finas y de dedos largos—. Pase lo que pase, no deben ver al shōgun, porque de lo contrario, se confirmaría la legalidad de los tratados, que aún no han sido ratificados correctamente. Nos negaremos a aceptar una solicitud tan insolente.

—Estoy de acuerdo en que es insolente, pero aun así tenemos que solucionarlo y tomar una decisión sobre ese perro de Satsuma, Sanjiro. —Los dos estaban cansados del problema con los gai-jin que les había alterado el *wa*, la armonía, desde hacía dos días, y ambos deseaban que acabara la reunión; Yoshi quería regresar a sus aposentos donde lo esperaba Koiko; Anjo tenía una reunión secreta con un médico.

Afuera brillaba el sol y la temperatura era agradable; una ligera brisa que traía el olor del mar y de la tierra fértil penetraba por la ventana. Todavía no amenazaba el invierno.

«Pero ya llega el invierno —pensó Anjo, distraído por un dolor en los genitales—. Odio el invierno, la estación de la muerte, la estación triste; el cielo triste, el mar triste, la tierra triste, fea y helada, los árboles pelados, el frío que te retuerce las articulaciones, recordándote lo viejo que eres». Era un hombre canoso de cuarenta y seis años, daimio de Mikawa y el representante más poderoso del roju desde el asesinato del dictador tairō Ii cuatro años antes.

«Mientras que tú, cachorro —pensó irritado—, solo hace dos meses que has sido designado miembro del consejo y solo hace cuatro semanas que eres guardián, dos nombramientos peligrosos que se te impusieron a pesar de nuestras protestas. Es hora de que te corten las alas».

—Por supuesto, todos valoramos tus consejos —dijo, con voz acaramelada, aunque ambos sabían que no lo pensaba y luego añadió—: Desde hace dos días los gai-jin están preparando la flota para una batalla, las tropas están haciendo prácticas y no lo disimulan, y mañana llega su dirigente. ¿Qué solución propones?

—La misma que ayer, con o sin carta oficial: les volvemos a enviar unas disculpas «por el lamentable incidente», con un

sarcasmo que nunca comprenderán, de parte de un oficial al que nunca conocerán y que llegará antes de que el jefe de los gai-jin abandone Yokohama. Se le pedirá un aplazamiento para «hacer averiguaciones». Si eso no le satisface, y quiere venir a Yedo, que lo haga. Enviaremos al acostumbrado oficial de bajo rango, así no nos vinculará a la legación cuando trate con ellos. Es como darles un poco de sopa pero sin pescado. Y seguiremos retrasándolo indefinidamente.

—Entretanto ha llegado el momento de ejercer nuestro derecho hereditario del shōgunado y ordenar a Sanjiro que nos entregue en el acto a los asesinos para que sean castigados, que nos pague una indemnización, de inmediato, y que sean arrestados sin mayor dilación. ¡Es una orden! —dijo Anjo con dureza—. No tienes ni idea de cómo hay que llevar los asuntos importantes del shōgunado.

Yoshi deseó increpar a Anjo por su estupidez y grosería, pero se contuvo.

—Si le damos órdenes —dijo—, Sanjiro nos desobedecerá, por lo que nos veremos obligados a declararle la guerra, y Satsuma es demasiado fuerte y tiene demasiados aliados. No hemos tenido ni una guerra desde hace doscientos cincuenta años. No estamos preparados para una guerra. La guerra es…

De pronto se produjo un silencio extraño. Involuntariamente los dos hombres empuñaron las espadas. Las tazas de té y la tetera empezaron a temblar. Lejos de allí la tierra retumbó, la torre osciló ligeramente, luego otra vez y otra. El terremoto duró unos treinta segundos. De pronto cesó, tan súbitamente como había empezado. Esperaron impasibles, mientras observaban las tazas.

No se produjo otra sacudida. Todos los habitantes del castillo y de Yedo esperaron, tensos, un segundo temblor. Y nada.

Yoshi sorbió un poco de té y luego colocó con cuidado la taza en el plato. Anjo le envidió el dominio que tenía de sí mismo. En su interior, Yoshi se sentía trastornado y pensó: «Hoy los dioses me han sonreído pero ¿qué pasará en el próximo terremoto, o el otro, o el

siguiente? Puede suceder en cualquier momento, o en el tiempo que dura una vela, esta misma tarde, o por la noche, o mañana. ¡Karma!

»Ahora estoy a salvo, pero habrá otro, un terremoto asesino, como el temblor y los incendios de hace siete años, cuando casi perezco; solo en Yedo murieron cien mil personas, sin contar los miles de personas que se llevó la ola tsunami, que aquella noche vino del mar sin anunciarse y los ahogó; una de esas personas era mi adorada Yuriko, la pasión de mi vida en aquel momento».

Con una voluntad férrea consiguió dominar su temor.

—Provocar una guerra sería una tontería; Satsuma es demasiado fuerte, las legiones de Tosa y de Choshu se aliarían con ellos abiertamente y nosotros solos no somos lo suficientemente fuertes como para vencerlos. —Tosa y Choshu eran unos feudos, lejos de Yedo, enemigos históricos del shōgunado.

—Los daimios más importantes se unirán a nosotros si los llamamos, y los demás los seguirán —Anjo intentó disimular el esfuerzo que le supuso soltar la espada, pues seguía aterrorizado.

Yoshi, alerta y bien instruido, se percató del hecho y lo registró para aprovecharse de ese detalle en el futuro, contento de haber descubierto una debilidad en su enemigo.

—No lo harán, todavía no. Lo aplazarán, fanfarronearán, llorarán y nunca nos ayudarán a vencer a Satsuma. No tienen cojones.

—Entonces, ¿cuándo lo harán? —Anjo desahogó toda su furia, desencadenada por su temor y su aversión a los terremotos. De pequeño había presenciado uno terrible, en el cual su padre se convirtió en una antorcha humana y su madre y sus dos hermanas quedaron reducidas a cenizas ante sus propios ojos. Desde entonces, cada vez que se producía el más mínimo temblor, revivía aquel día, olía la carne quemada y oía los gritos—. Antes o después tendremos que humillar a ese perro. ¿Por qué no hacerlo ahora?

—Porque hemos de esperar a tener más armas. Ellos (Satsuma, Tosa y Choshu) disponen de armas modernas, cañones y rifles, y no sabemos cuántos. Además de unos cuantos barcos de vapor.

—¡Que se los vendieron los gai-jin en contra de la voluntad del shōgunado!

—Que se vieron obligados a comprar.

A Anjo se le encendió el rostro.

—¡Yo no soy responsable de eso!

—¡Yo tampoco! —Los dedos de Yoshi apretaban la empuñadura de la espada—. Esos feudos están mejor armados que nosotros, por el motivo que sea. Lo siento, tendremos que esperar, la fruta de Satsuma aún no está lo suficientemente podrida como para arriesgarnos a iniciar una guerra que nosotros solos no podemos ganar. Estamos aislados y Sanjiro no lo está. —La voz se le volvió áspera—. Pero estoy de acuerdo en que pronto habrá que ajustarle las cuentas.

—Mañana le pediré al consejo que dé la orden.

—Por el bien del shōgunado, por ti y por todos los clanes de los Toranaga, ¡espero que los demás me escuchen!

—Ya lo veremos mañana. Habría que clavar la cabeza de Sanjiro en una estaca y exhibirla como ejemplo para todos los traidores.

—Estoy de acuerdo en que Sanjiro debe de haber ordenado la matanza del Tokaidō para ponernos en un aprieto —convino Yoshi—. Él sabía que algo así enfurecería a los gai-jin. La única solución es un aplazamiento. La delegación que enviamos a Europa tiene que regresar cualquier día de estos y entonces se habrán acabado todos nuestros problemas.

Ocho meses antes, en enero, el shōgunado había enviado en un barco de vapor la primera delegación oficial de Japón a Norteamérica y a Europa con órdenes secretas de volver a negociar los tratados —que los roju consideraban unos «acuerdos provisionales y no autorizados»— con los gobiernos británico, francés y norteamericano y para cancelar o retrasar la apertura de nuevos puertos.

—Las órdenes eran claras. A estas alturas los tratados habrán sido anulados.

Anjo dijo con voz amenazadora:

—Ya que no estás de acuerdo con la guerra, por lo menos coincidirás en que ha llegado el momento de aplastar a Sanjiro.

El joven era demasiado precavido como para mostrar su conformidad abiertamente, a la vez que se preguntaba qué estaría planeando Anjo o lo que ya habría planeado. Se aflojó las espadas serenamente e hizo ver que meditaba la respuesta. El nuevo cargo le resultaba muy de su agrado. «Una vez más estoy en el centro del poder. Ah, sí, Sanjiro me ayudó a llegar hasta aquí, pero solo para cumplir un objetivo ruin, pues pretende destruirme responsabilizándome todavía más de todos los problemas que han traído esos malditos gai-jin. De ese modo me convierte en el blanco principal de los malditos shishi. Y también quiere usurpar nuestros derechos hereditarios, nuestras riquezas y el shōgunado.

»Da igual, soy consciente de lo que planean él y su perro faldero Katsumata; sé cuáles son sus verdaderas intenciones con respecto a nosotros y las de sus aliados, los Tosa y los Choshu. No lo conseguirá, lo juro por mis antepasados».

—¿Cómo eliminarías tú a Sanjiro?

Anjo frunció el ceño al recordar la disputa definitiva que había tenido con el daimio de Satsuma pocos días antes.

—Te lo repito —dijo Sanjiro con tono autoritario—, obedece las sugerencias del emperador: convoca de inmediato una reunión con los daimios más antiguos, pídeles con humildad que formen un consejo permanente para asesorar, reformar y dirigir el shōgunado, anula esos infames acuerdos con los gai-jin que no han sido autorizados, ordena que les cierren todos los puertos y, si los gai-jin no se van, ¡expúlsalos inmediatamente!

—Te recuerdo una vez más que el único que tiene el derecho de imponer una política exterior, o cualquier otra política, es el shōgunado; ni el emperador ni tú podéis hacerlo. Los dos sabemos que le has defraudado —le dijo Anjo, odiándole por su linaje, sus legiones, su riqueza y su evidente buena salud—. ¡Esas sugerencias

son ridículas y es imposible aplicarlas! Hemos preservado la paz durante dos siglos.

—Sí, para el engrandecimiento de los Toranaga. Si te niegas a obedecer a nuestro legítimo señor, al emperador, entonces dimite y hazte el seppuku. Tú escogiste a un niño para que fuera el shōgun, y ese traidor de Ii firmó los «tratados». La culpa de que los gai-jin estén aquí es del Bakufu y ¡por lo tanto de los Toranaga!

Anjo enrojeció de ira, y casi enloqueció ante la malevolencia burlona y el hostigamiento, que se prolongaban desde hacía meses; habría empuñado la espada si Sanjiro no hubiera gozado de la protección del mandato imperial.

—Si el tairō Ii no hubiese negociado y firmado los tratados, los gai-jin se habrían abierto camino y llegado a la costa a base de bombardeos y a estas horas nos habrían humillado igual que a China.

—Eso no son más que conjeturas, ¡tonterías!

—¿Acaso has olvidado el incendio y el saqueo del Palacio de Verano de Pekín, Sanjiro-dono? Ahora China está prácticamente desmembrada y los chinos ya no controlan su propio gobierno. ¿Acaso has olvidado que cedieron a los británicos una de sus islas más importantes, Hong Kong, hace veinte años y que ahora es un bastión inexpugnable? Tientsin, Shanghái y Swatow se han convertido en unos puertos dominados por los gai-jin de forma permanente y autónoma. Imagina si hacen lo mismo con una de nuestras islas.

—Nosotros no lo permitiríamos; no somos chinos.

—¿Cómo? Cuánto lo siento, pero estás ciego, sordo y tienes la cabeza en las nubes. Hace un año, cuando acabó la última guerra china, si los hubiéramos provocado nos habrían mandado todas esas flotas y ejércitos y también nos habrían derrotado. Solo la inteligencia del Bakufu los detuvo. No podríamos habernos defendido frente a esa armada, ni de sus cañones y rifles.

—Estoy de acuerdo en que la culpa de nuestra falta de preparación es del shōgunado, y de los Toranaga. Hace años que

deberíamos disponer de cañones modernos y buques de guerra, hace años que sabemos que existen, ¿acaso los holandeses no nos informaron cientos de veces sobre sus últimos inventos? ¡Pero vosotros escondíais la cabeza bajo el ala! Habéis defraudado al emperador. Como mucho podríais haber concedido un solo puerto, Deshima; ¿por qué darle a ese demonio norteamericano, Townsend Harris, Yokohama, Hirodate, Nagasaki, Kanagawa y permitirles el acceso a Yedo para que instalaran sus legaciones? Dimite y permite que otros más calificados que tú salven la Tierra de los Dioses…

Anjo empezó a sudar al recordar el encuentro, sabiendo que la mayoría de las cosas que había dicho Sanjiro eran ciertas. Tras coger un pañuelo de su voluminosa manga y enjugarse la frente y la coronilla afeitada, volvió a mirar a Yoshi, envidiando su porte, pero sobre todo su juventud y virilidad legendarias.

«Hasta no hace mucho tiempo era tan fácil sentirse satisfecho, era tan normal sentirse poderoso —pensó, sintiéndose hecho una piltrafa; el constante dolor en los genitales no dejaba de recordárselo—. Hasta no hace mucho era fácil tener una erección sin ningún esfuerzo. Ahora ya no es posible, ni siquiera con la persona más deseable o más hábil, ni con las medicinas y ungüentos más extraños».

—Sanjiro puede considerarse inalcanzable, pero no lo es —dijo con determinación—. Piénsalo, Yoshi-dono, joven pero muy sabio consejero; piensa en cómo nos podemos deshacer de él, de lo contrario tu propia cabeza puede aparecer clavada en una estaca dentro de muy poco tiempo.

Yoshi decidió no tomarlo como una ofensa y sonrió.

—¿Qué sugieren los demás regentes?

Anjo soltó una risa malévola.

—Ellos harán lo que yo les diga.

—Si fueras mi pariente te sugeriría que dimitieras o que te hicieras el seppuku.

—Qué pena que no sea tu ilustre tocayo, porque entonces podrías ordenarlo, ¿verdad? —Anjo se levantó—. Ahora voy a enviar una respuesta pidiendo un aplazamiento. Mañana llevaremos a cabo una votación formal para humillar a Sanjiro… —Se puso en guardia al abrirse la puerta de golpe. Yoshi ya había desenvainado la espada —. He dado órdenes…

Un centinela nervioso murmuró:

—Lo siento, Anjo-sama…

La furia de Anjo desapareció en cuanto entró un joven y apartó al centinela, seguido por una muchacha que no medía más de metro cincuenta, ambos vestidos espléndidamente y escoltados por cuatro samuráis, una matrona y una dama de honor. Enseguida Anjo y Yoshi se arrodillaron y apoyaron las cabezas en el tatami. El séquito les devolvió el saludo. El joven, el shōgun Nobusada, no lo hizo. Tampoco la muchacha, la princesa imperial Yazu, su mujer. Los dos tenían dieciséis años.

—Ese terremoto ha destrozado mi jarrón preferido —dijo el joven excitado e ignorando a Yoshi deliberadamente—. ¡Era mi jarrón predilecto! —Con un gesto ordenó que cerraran la puerta—. Quería comunicaros que he tenido una idea fantástica.

—Cuánto lo siento por el jarrón, mi señor. —La voz de Anjo era amable—. ¿Ha tenido una idea?

—Nosotros… yo he decidido… nosotros, mi mujer y yo… ¡He tomado la decisión de ir a Kioto para ver al emperador y preguntarle qué debemos hacer con los gai-jin y cómo podemos echarlos! —El joven sonrió a su mujer y ella asintió mostrando su conformidad—. Iremos el mes que viene, ¡será una visita oficial!

Anjo y Yoshi tuvieron la impresión de que les iba a explotar la cabeza; los dos sintieron deseos de abalanzarse sobre el muchacho y estrangularlo por su falta de inteligencia. Pero se contuvieron, acostumbrados a su estupidez y a sus rabietas, y, por milésima vez, maldijeron el día que se propuso y se consumó ese matrimonio.

—Una idea interesante, mi señor —dijo Anjo con cautela, mientras observaba a la princesa de soslayo y veía que toda su

atención se centraba en él y que, como siempre, sonreía con los labios pero no con los ojos—. Transmitiré su sugerencia al consejo de regentes y le prestaremos toda nuestra atención.

—Me alegro —dijo Nobusada con aires de importancia. Era un joven menudo y delgado; tan solo medía un metro setenta y siempre calzaba *geta*, unas sandalias que le hacían parecer más alto. Siguiendo la moda imperante en la corte de Kioto, llevaba los dientes pintados de negro, aunque ahí, en los círculos del shōgunado, no se estilaba—. Bastará con tres o cuatro semanas para prepararlo todo. —Sonrió con ingenuidad a su mujer—. ¿No me olvido de nada, Yazu-chan?

—No, mi señor —dijo ella con gracia—, ¿cómo podrías olvidarte de algo? —Tenía un rostro delicado y llevaba el maquillaje típico de Kioto: se había depilado las cejas y se las había vuelto a pintar, arqueadas sobre el maquillaje blanco; los dientes estaban teñidos de negro, el espeso cabello negro recogido y sostenido con unas agujas muy adornadas. Vestía un kimono violeta decorado con ramos de hojas otoñales, y el obi, la compleja faja, era dorada. La princesa imperial Yazu, la hermanastra del Hijo del Cielo, había sido la novia de Nobusada durante seis meses, se había prometido en matrimonio a los catorce y casado a los dieciséis—. Una decisión tuya es una decisión y no una sugerencia, por supuesto.

—Por supuesto, honrada princesa —repuso Yoshi rápidamente—. Pero cuánto lo siento, mi señor, es imposible que unos preparativos tan importantes se realicen en cuatro semanas. Permítame que le aconseje que considere las implicaciones; alguien podría malinterpretar una visita como esa.

La sonrisa de Nobusada desapareció.

—¿Implicaciones? ¿Aconsejarme? ¿Qué implicaciones? ¿Quién va a malinterpretarla? ¿Usted? —dijo con descortesía.

—No, mi señor, yo no. Solo quería señalar que ningún shōgun ha ido a Kioto para pedirle consejos al emperador y que semejante precedente podría ser desastroso para su gobierno.

—¿Por qué? —preguntó Nobusada irritado—. No lo entiendo.

—Porque, como recordará, la única obligación hereditaria del shōgun es la de tomar decisiones en nombre del emperador, junto con el consejo de regentes y el shōgunado. —Yoshi hablaba con suavidad—. De este modo el Hijo del Cielo puede dedicarse a interceder ante los dioses por nosotros y por el shōgunado, así los asuntos mundanos y vulgares no alteran su *wa*.

La princesa Yazu intervino con dulzura:

—Lo que dice Toranaga Yoshi-sama es cierto, esposo. Desgraciadamente los gai-jin ya han alterado su *wa*, como ya sabemos; así que si le pides consejo a mi hermano, el Exaltado, seguro que constituiría una muestra de lealtad y de cortesía y no interferiría en los derechos históricos.

—Sí —convino el joven, henchido de orgullo—. ¡Ya está decidido!

—El consejo considerará sus deseos inmediatamente —dijo Yoshi.

El rostro de Nobusada se contorsionó y gritó:

—¿Deseos? ¡Es una decisión! ¡Si quiere decírselo, hágalo, pero yo ya lo he decidido! ¡Yo soy el shōgun, no usted! ¡Soy yo! ¡Lo he decidido! Fue a mí a quien escogieron y a usted le rechazaron, todos los daimios locales le rechazaron. ¡Yo soy el shōgun, primo!

Todos se quedaron perplejos ante semejante arrebato. Excepto la muchacha. Sonrió para sus adentros y con la mirada baja pensó: «Por fin comienza mi venganza».

—Es cierto, mi señor —decía Yoshi, con la voz calma aunque le había desaparecido el color del rostro—. Pero yo soy su guardián y debo aconsejarle.

—¡No quiero sus consejos! Nadie me preguntó si yo quería un guardián; yo no necesito un guardián, primo, y menos a usted.

Yoshi miró al joven que temblaba de rabia. «Hubo un tiempo en que yo era igual que tú —pensó fríamente—, un títere al que mandaban de un lado para otro, al que apartaron de su propia familia para que lo adoptara otra, al que casaron, desterraron y casi asesinaron en seis ocasiones diferentes, y todo porque los dioses decidieron que yo naciera hijo de mi padre, igual que tú, estúpido, naciste hijo de tu padre. Soy igual que tú en muchos aspectos, pero

nunca fui un estúpido y siempre fui un guerrero, consciente de las manipulaciones y, ahora, ya soy otro hombre. Ahora ya no soy un títere. Sanjiro de Satsuma todavía no lo sabe, pero él me ha convertido en un titiritero».

—Mientras yo sea su guardián, le vigilaré y le protegeré, mi señor —dijo. Miró a la muchacha de reojo, tan pequeña y delicada en apariencia—. Y a su familia.

Ella no le miró a los ojos. No hacía falta. Los dos sabían que se habían declarado la guerra.

—Valoramos su protección, Toranaga-sama.

—¡Yo no! —chilló Nobusada—. Usted era mi rival, ¡ahora ya no es nada! Dentro de dos años tendré dieciocho años y gobernaré yo solo y usted… —Con dedo tembloroso señaló el rostro impasible de Yoshi, ante el estupor de todos los presentes, excepto la muchacha—. A menos que aprendas a obedecer, yo te… serás desterrado a la Isla del Norte para siempre. ¡Nos vamos a Kioto!

Se volvió y rápidamente un guardia le abrió la puerta. Todos se inclinaron como despedida. La princesa lo siguió y los demás tras ellos; cuando volvieron a estar a solas Anjo se enjugó el cuello.

—Ella… ella es la culpable de toda su… excitación, y «brillantez» —dijo con amargura—. Desde su llegada, ese payaso se ha vuelto aún más estúpido que antes, y no será porque haya estado fornicando hasta quedarse ciego.

Yoshi disimuló la sorpresa que le produjo oír que Anjo hacía un comentario tan evidente, aunque también tan peligroso.

—¿Té?

Anjo asintió, malhumorado, envidiando una vez más su elegancia y vigor. «Nobusada no es tan estúpido como parece —pensó—. Estoy de acuerdo con él en lo que ha dicho sobre ti; cuanto antes te retiren de aquí mejor; a ti y a Sanjiro, los dos estorbáis. Me pregunto si el consejo podría votar para limitar tu poder de guardián o para desterrarte. Es verdad que enloqueces a ese tonto cada vez que te ve, y a ella. Si no fuera por ti yo podría manejar a esa perra, por mucho que sea la hermana del emperador. Y pensar que yo no

solo estaba de acuerdo con el matrimonio sino que colaboré para que el tairō Ii pudiera llevar a cabo su estrategia, incluso a pesar de la oposición del emperador. ¿Acaso no rechazamos la primera oferta que hizo cuando propuso a regañadientes a su hija de treinta años, luego a su bebé de un año, hasta que finalmente, presionado, tuvo que ceder a su hermanastra?

»Por supuesto, la relación de Nobusada con la familia imperial nos fortalece ante Sanjiro y los demás señores, ante Yoshi y los que querían que él fuera el shōgun. La relación será todopoderosa cuando ella tenga un hijo; así se calmará y se le agotará el veneno. Hace ya tiempo que debería estar embarazada. El médico del muchacho tendrá que aumentarle la dosis de ginseng, o darle una de esas pastillas especiales para mejorar las aptitudes masculinas; es terrible ser tan débil a esa edad. Sí, cuanto antes esté embarazada, mejor».

Apuró el té.

—Te veré mañana en la reunión. —Los dos se inclinaron de un modo mecánico.

Yoshi salió y se dirigió a la almena; necesitaba aire y tiempo para pensar. Desde allí se veían las grandes fortificaciones de piedra con los tres fosos concéntricos, las plazas fuertes y los puentes levadizos inexpugnables, con muros enormes. El castillo podía alojar a cincuenta mil samuráis y diez mil caballos y disponía de grandes salones y dependencias para las familias más leales y privilegiadas, pero solo las familias Toranaga podían ocupar el foso central, y había jardines por todas partes.

En la torre central estaban las viviendas más seguras y el santuario del shōgun, de su familia, de los cortesanos y de la guardia. Y las salas del tesoro. Yoshi, en cuanto guardián, vivía allí; aunque no era bien recibido y se sentía aislado, vivía seguro y disponía de sus propios guardias.

Más allá del foso exterior se hallaba el primer círculo que protegía los palacios de los daimios, unas residencias grandes y espléndidas. Luego había grupos de palacios más pequeños, y luego

otros más pequeños, y cada uno de ellos pertenecía a un daimio del país. El shōgun Toranaga les había asignado el terreno y ordenado que se construyeran de acuerdo con su nueva ley de *sankin-kotai*, de las segundas residencias.

«*Sankin-kotai* —había explicado— significa que todos los daimios deberán construir inmediatamente y conservar para siempre una residencia adecuada dentro de las murallas de mi castillo y en los lugares exactos que yo he indicado. En ellas deberá vivir de forma permanente el daimio, con su familia y unos cuantos guardias. Cada palacio debe ser lujoso y no podrá defenderse de un ataque. Cada tres años el daimio podrá, y de hecho se le exigirá, regresar a su feudo y permanecer allí con sus guardias, pero sin su esposa, consorte, madre, padre o hijos; tampoco con los hijos de sus hijos, ni con cualquier miembro de su familia más cercana. El orden en el cual los daimios deberán marcharse o quedarse también debe ser regulado de acuerdo con la siguiente lista y calendario…».

Nunca se mencionó la palabra «rehén», a pesar de que era una antigua costumbre tomar rehenes o bien ofrecerse como tal para asegurar la obediencia. Incluso de pequeño, el propio Toranaga había sido rehén del dictador Goroda y su familia había sido rehén del sucesor de Goroda, Nakamura, su aliado y señor feudal; y él, el último y más grande, simplemente había decidido extender la costumbre al introducir *sankin-kotai* para poder someterlos a todos.

«Simultáneamente —había escrito en su legado, un documento privado dirigido a sus descendientes—, los próximos shōgunes deberán animar a los daimios a que construyan residencias muy lujosas, a que vivan en la opulencia, a que vistan con elegancia, y reciban a sus invitados con profusión, con el fin de despojarlos cuanto antes de los ingresos anuales de su feudo, que según una costumbre correcta e inmutable solo pertenecen al daimio de cada feudo. De este modo, todos ellos pronto se verán acosados por las deudas, dependerán de nosotros más que nunca y, lo más importante, estarán indefensos, mientras que nosotros seguiremos ahorrando y evitando las extravagancias.

»Incluso así, algunos feudos (por ejemplo, Satsuma, Mori, Tosa, Kii) son tan ricos que a pesar de esas extravagancias les quedará un excedente demasiado peligroso. Por lo tanto, de vez en cuando, el shōgun invitará a los daimios a que le obsequien con unas cuantas leguas de carretera, un palacio, un jardín, una casa de placer, o un templo. Las cantidades, el tiempo y la frecuencia se especifican en el siguiente documento…».

—Tan inteligente, tan previsor —murmuró Yoshi—. Cada daimio envuelto en una red de seda, sin poder para rebelarse. Pero por culpa de la estupidez de Anjo se ha echado todo a perder.

La primera «solicitud» del emperador que había traído Sanjiro al consejo —antes de que Yoshi fuera miembro— había sido la de anular esa antigua costumbre. Anjo y los demás se anduvieron con rodeos, discutieron y al final se mostraron de acuerdo. Prácticamente al día siguiente las esposas, consortes, hijos, familiares y guerreros abandonaron los palacios y en pocos días aquello se convirtió en tierra baldía con tan solo unos pocos guardias simbólicos.

«Nuestra baza más importante ha desaparecido para siempre —pensó Yoshi con amargura—. ¿Cómo puede ser que Anjo sea tan inepto?».

Dirigió la mirada más allá de los palacios hasta la capital donde moraban un millón de almas que servían al castillo y se alimentaban de él, una ciudad entrecruzada por arroyos y puentes, la mayoría de madera. Podía ver muchos incendios —las flores de los terremotos— que se extendían hasta el mar. Un enorme palacio de madera estaba en llamas.

Yoshi comprobó con indiferencia que era el del daimio de Sai. «Muy bien. Sai apoya a Anjo. Su familia se ha marchado, pero el consejo puede obligarlo a volver para construir el palacio y los costes lo hundirán para siempre.

»Olvídalo, ¿cuál es nuestro escudo para protegernos de los gai-jin? ¡Tiene que haberlo! Todos dicen que podrían incendiar Yedo pero que no podrían entrar en el castillo o resistir un sitio demasiado

prolongado. No estoy de acuerdo». El día anterior Anjo volvió a repetir a los regentes la conocida historia del sitio de Malta unos trescientos años atrás, de cómo el ejército turco no pudo sacar a seiscientos valientes caballeros de su castillo. Anjo dijo:

—Nosotros tenemos miles de samuráis que odian a los gai-jin, debemos vencer, deben marcharse.

—Pero ni los turcos ni los cristianos tenían cañones —había objetado él—. No olvides que el shōgun Toranaga entró en el castillo de Osaka con los cañones de los gai-jin; esas sabandijas pueden hacer lo mismo.

—Incluso si lo hicieran, nosotros ya nos habríamos retirado y estaríamos a salvo en las colinas. Entretanto, cada samurái y cada hombre, mujer y niño de esta tierra, incluso los asquerosos comerciantes, se agruparían alrededor de nuestro estandarte y se abalanzarían sobre ellos como langostas. No tenemos nada que temer —dijo Anjo con desprecio—. Lo del castillo de Osaka era diferente, se trataba de daimios contra daimios, no era una invasión. El enemigo no puede soportar una guerra por tierra. En una guerra así los podemos vencer.

—Asolarían toda la región, Anjo-sama. Nos dejarían sin nada que gobernar. Nuestra única salida es atrapar a los gai-jin como una araña que teje su tela, atrapa una presa mucho más grande que ella. Nosotros debemos ser esa araña.

Pero no quisieron escucharle. ¿De qué telaraña hablaba?

«Primero debes conocer el problema —escribió Toranaga en su legado—. Luego, con paciencia, encontrarás la solución».

«El fondo del problema con los extranjeros —pensaba Yoshi— es sencillamente el siguiente: cómo conseguir sus conocimientos, su armamento, sus flotas, su riqueza y su comercio con nuestras condiciones y, a la vez, expulsarlos a todos, anular los injustos tratados y nunca más dejarles pisar el país sin unas restricciones muy severas».

El legado proseguía: «La respuesta a todos los problemas de nuestra tierra está aquí, o en *El arte de la guerra* de Sun-tzu. Y

paciencia».

«El shōgun Toranaga fue el dirigente más paciente del mundo», pensó, asombrándose por milésima vez.

A pesar de que Toranaga era todopoderoso en la tierra que rodeaba al castillo de Osaka, tuvo que esperar doce años para hacer caer en la trampa y ponerle sitio a la fortaleza invencible que construyó su predecesor, el dictador Nakamura. El castillo estaba ocupado por la dama Ochiba, la viuda del dictador, su hijo y heredero de siete años, Yaemon —a quien Toranaga había jurado lealtad con gran solemnidad— y ocho mil samuráis leales y fanáticos.

El sitio duró dos años y se realizó con trescientos mil soldados, los cañones del corsario holandés *Erasmus*, de Anjin-san, el inglés que había llevado el barco a Japón, y un regimiento de mosquetes que él había instruido. Hubo cien mil muertos, hasta que la dama Ochiba y Yaemon se hicieron seppuku antes de permitir que los capturaran.

Después Toranaga reforzó el castillo de Osaka, instaló los cañones, destruyó todos los mosquetes, disolvió el regimiento, prohibió la fabricación y la importación de todo tipo de armas de fuego, persiguió a los curas jesuitas portugueses y a los daimios cristianos, volvió a repartir los feudos, se deshizo de todos sus enemigos, instituyó las leyes del legado, prohibió la rueda, la construcción de transatlánticos y, lo peor de todo, se quedó con un tercio de todos los ingresos para él y su familia más cercana.

—Él nos hizo fuertes —murmuró Yoshi—. Su legado nos ha dado el poder para que la tierra siga siendo pura y pueda vivir en paz de la manera prevista.

«No debo fallarle.

»Uf, ¡qué hombre! ¡Qué sabio su hijo, Sudara, el segundo shōgun, cuando cambió el nombre de la dinastía y la llamó Toranaga, en lugar de Yoshi, el nombre verdadero, para no olvidar nunca los orígenes!

»¿Qué me aconsejaría ahora?

»Primero, paciencia, y luego citaría a Sun-tzu: «Si conoces a tu enemigo como te conoces a ti mismo, no temerás ni cien batallas; si te conoces a ti mismo pero no al enemigo, por cada victoria que ganes tú también sufrirás una derrota; si no conoces a tu enemigo ni a ti mismo, sucumbirás en cada batalla.

»Sé algunas cosas del enemigo, pero no lo suficiente.

»Bendigo a mi padre una vez más por haberme hecho comprender el valor de la educación, por haberme proporcionado maestros tan buenos y tan variados a lo largo de los años, tanto extranjeros como japoneses. Qué pena que no tenga facilidad para los idiomas porque por culpa de eso tuve que aprender a través de intermediarios: los mercaderes holandeses me enseñaron la historia mundial, luego tuve a un marinero inglés para comprobar la veracidad de lo que decía el holandés y para abrirme los ojos (del mismo modo que lo hizo Toranaga con el Anjin-san); a mí y a todos los demás.

»Los chinos me enseñaron política, literatura y *El arte de la guerra* de Sun-tzu; el viejo cura renegado francés de Pekín se pasó medio año enseñándome a Machiavelo; a cambio de transcribirlo laboriosamente a caracteres chinos, se le permitió vivir en las tierras de mi padre y disfrutar del Mundo de los Sauces que tanto adoraba; el pirata norteamericano que naufragó en Izu me habló de los cañones y de unos océanos de hierba que llamaba praderas, de un castillo que se llamaba la Casa Blanca y de las guerras que exterminaron a los nativos de su tierra; el emigrante ruso que estuvo preso en un lugar llamado Siberia y que afirmaba que era un príncipe con diez mil esclavos y contaba fábulas de unos lugares que se llamaban Moscú y San Petersburgo, y todos los demás; algunos de los maestros se quedaban unos pocos días, otros varios meses, pero ninguno llegó al año, pues nunca supieron quién era yo y a mí me estaba prohibido decírselo, pues padre era tan cuidadoso, reservado y terrible si se le provocaba…».

—Cuando estos hombres se marchan, padre —le había preguntado al principio—, ¿qué les sucede? Tienen tanto miedo.

¿Por qué? Tú les prometes recompensas, ¿verdad?

—Tienes once años, hijo mío. Te perdonaré la grosería que cometes al interrogarme, por una vez. Para recordarte mi magnanimidad no comerás durante tres días, escalarás el monte Fuji solo y dormirás sin nada que te cubra.

Yoshi se estremeció. Por aquel entonces no sabía que significaba magnanimidad. Esos días estuvo a punto de morir, pero logró cumplir con lo que se le había ordenado. Como recompensa por su autodisciplina, su padre, el daimio de Mito, le dijo que lo iba a adoptar la familia Hisamatsu y que iba a convertirse en el heredero de esa rama de los Toranaga.

—Tú eres mi séptimo hijo. De este modo tendrás tu propia herencia y serás de un linaje ligeramente superior al de tus hermanos.

—Sí, padre —le había dicho, reprimiendo las lágrimas. Por aquel entonces no sabía que lo estaban instruyendo para ser shōgun, y tampoco se lo habían dicho. Luego, cuando el shōgun Iyeyoshi murió de tifus cuatro años antes y él tenía veintidós años y ya estaba preparado, su padre lo propuso, pero tairō Ii lo rechazó y ganó, ya que las fuerzas personales de Ii controlaban las puertas del palacio.

Así que nombraron a su primo Nobusada. A Yoshi, su familia, su padre y a todos sus guardias les impusieron un arresto domiciliario. Hasta el asesinato de Ii no lo liberaron y le restituyeron las tierras y los honores, al igual que a los demás supervivientes. Su padre murió durante la reclusión.

«Yo debería haber sido el shōgun —pensó por milésima vez—. Yo estaba preparado, instruido y podía haber evitado que se pudriera el shōgunado, podría haber creado un nuevo vínculo entre el shōgunado y los daimios y podría haberme enfrentado a los gai-jin. La princesa debería haber sido mi esposa. Nunca habría firmado esos acuerdos ni habría permitido que las negociaciones nos perjudicaran tanto. Me habría enfrentado a Townsend Harris e

iniciado con cuidado una nueva era de cambio para adaptarnos al mundo exterior, ¡a nuestro ritmo, no al suyo!

»Entretanto, no soy el shōgun, eligieron a Nobusada formalmente, los tratados existen, la princesa Yazu existe, Anjo y los gai-jin están derribando nuestras puertas a cañonazos».

Se estremeció.

«Tengo que ser todavía más cuidadoso. El veneno es un arte antiguo, una flecha de día o de noche, hay cientos de asesinos ninjas por ahí afuera, dispuestos a ofrecer sus servicios. Y luego están los shishi. ¡Tiene que haber una respuesta! ¿Cuál es?».

Las gaviotas que volaban y graznaban por encima de la ciudad y del castillo interrumpieron sus pensamientos. Miró al cielo. No había ninguna señal de que fuera a cambiar el tiempo, ni de tempestad, aunque ese era el mes del cambio, cuando azotaban los fuertes vientos y, con ellos, llegaba el invierno. «Este año el invierno será duro. No habrá una hambruna como la de hace tres años, pero las cosechas son escasas, más aún que las del año pasado…

»¡Espera! ¿Qué fue lo que dijo Anjo que me hizo recordar algo?».

Se volvió e hizo señas a uno de sus guardaespaldas, con muestras de gran excitación.

—Tráigame a ese espía, al pescador, ¿cómo se llama? Ah, sí, Misamoto; tráigamelo a escondidas a mis aposentos. Está recluido en la Prisión Oriental.

VIII

Martes, 16 de septiembre

Al despuntar el alba, el cañón del buque insignia saludó con once disparos cuando el cúter de sir William atracó a su lado. Apenas se oyeron unos aplausos que venían de la costa, pues todos los hombres sobrios estaban ahí para ver a la flota que partía a Yedo. Empezaba a soplar el viento, el mar estaba tranquilo y el cielo cubierto. Sir William subió a bordo, seguido por Phillip Tyrer que estaba de servicio; el resto del equipo ya estaba a bordo de los buques de guerra que los acompañaban. Los dos hombres vestían levitas y chisteras. Tyrer llevaba el brazo en cabestrillo.

Vieron al almirante Ketterer que los esperaba en la cubierta principal, y a su lado a John Marlowe. Los dos vestían el uniforme de gala, con sombrero de tres picos, chaquetilla azul con trenzas y botones dorados, camisa blanca, chaleco, pantalones con calcetines largos, zapatos abrochados y espadas resplandecientes. Enseguida Phillip Tyrer pensó: «Demonios, John Marlowe siempre está tan atractivo, elegante, incluso masculino; igual que Pallidar con su uniforme. Ojalá yo tuviera ropa de gala, o cualquier otra que pudiera competir con la de ellos, pero no soy más que un pobre desgraciado en comparación con ellos, ni siquiera soy vicesecretario. ¡Maldita sea! No hay nada mejor que un uniforme para que un hombre se vea favorecido y tenga alguna posibilidad con una muchacha…».

Casi tropezó con sir William, que se había detenido en el último escalón para recibir el saludo del almirante y de Marlowe, que ignoraron a Tyrer. «¡Demonios! —pensó—, concéntrate, ¡tú también

estás de servicio y tienes que estar a disposición del Todopoderoso! Ten cuidado, conviértete tú también en parte del escenario; *Wee Willie Winkie* ha estado como un gato con una avispa en el trasero desde que te presentaste ayer».

—Buenos días, sir William, bienvenido a bordo.

—Muchas gracias. Buenos días, almirante Ketterer —sir William se quitó el sombrero y Tyrer le imitó mientras la brisa les agitaba las levitas—. Ya podemos zarpar, si no tiene ningún inconveniente. Los demás ministros están en el buque insignia francés.

—Muy bien. —El almirante le hizo señas a Marlowe. Enseguida Marlowe saludó, se dirigió hacia el capitán que estaba en el puente, justo delante de la chimenea y del mástil principal, y volvió a saludar —. Órdenes del almirante, señor. Zarpamos a Yedo.

Las órdenes pasaron de boca en boca rápidamente. Los marineros dieron tres hurras y levantaron las anclas; en la sala de calderas los fogoneros, desnudos de cintura para arriba, echaban el carbón en la caldera con una pala al ritmo de una canción, tosiendo y resollando en un aire permanentemente contaminado con el polvo del carbón. Al otro lado de la mampara, en la sala de máquinas, el mecánico jefe puso en marcha los motores y el eje de la hélice empezó a girar.

El barco era el *Eurylus*, construido ocho años antes; era una fragata de madera de tres mástiles, con una chimenea, propulsada por una hélice y con un arqueo de tres mil doscientas toneladas. Tenía treinta y dos ametralladoras, una dotación de trescientos cincuenta oficiales, marineros y soldados de la infantería de marina, además de los noventa fogoneros y el equipo de la sala de máquinas ubicada bajo los puentes. Las velas estaban plegadas y los puentes despejados y listos para la acción.

—Hace un día agradable, almirante —decía sir William. Estaban en el alcázar y Phillip Tyrer y Marlowe, tras saludarse en silencio, rondaban a su alrededor.

—De momento —coincidió el almirante con frialdad; nunca se había sentido cómodo con los civiles, sobre todo con alguien como

sir William cuyo rango era superior al suyo—. Puede disponer de mis aposentos si lo desea.

—Muchas gracias. —Las gaviotas revoloteaban y graznaban a su alrededor. Sir William las observó intentando sacudirse la depresión de encima—. Se lo agradezco, pero prefiero quedarme en la cubierta. ¿Conoce a Mr. Tyrer, verdad? Es nuestro nuevo aprendiz de intérprete.

Por primera vez el almirante reparó en la presencia de Tyrer.

—Bienvenido a bordo, Mr. Tyrer, desde luego nos iría muy bien disponer de personas que hablaran japonés. ¿Cómo va la herida?

—No va mal, señor —dijo Tyrer, intentando retirarse otra vez al anonimato.

—Bien. Un asunto desagradable. —Los ojos azules del almirante recorrieron el mar y el barco; tenía un rostro colorado y curtido, una mandíbula prominente y un pliegue de carne en la nuca que sobresalía por encima del cuello almidonado. Miró el humo con ojo crítico, percibiendo el color y el olor; luego farfulló algo y se quitó unas motas de polvo de carbón que habían caído sobre su impecable chaleco.

—¿Va todo bien?

—Sí, sir William. El carbón de aquí no puede compararse con el mejor de Shanghái, o con el buen carbón galés o de Yorkshire. Tiene demasiado escoria de hulla. Es bastante barato cuando lo conseguimos, pero eso no sucede a menudo. Debería insistir en que aumenten el suministro, para nosotros es un problema importante, ministro.

Sir William asintió, cansado.

—Ya lo he hecho, pero parece ser que no hay más.

—Es un carbón inmundo, venga de donde venga. Hoy no podemos navegar a vela, tenemos el viento en contra. Los motores son perfectos para este tipo de ejercicio, también para realizar maniobras cerca de la costa, o para amarrar en un muelle. El mejor buque de guerra, si fuera a vela, incluso un clíper, tardaría cinco

veces más en llegar a Yedo y tampoco navegaría seguro en esta zona.

Sir William estaba de mal humor tras haber pasado otra noche en blanco y enseguida reaccionó ante la descortesía y estupidez del almirante al decirle algo tan evidente.

—¿De veras? —masculló apenas—. No se preocupe, pronto tendremos una flota entera de cafeteras, sin ninguna vela; así, tal cual.

Tyrer ocultó una sonrisa cuando vio que el almirante se ponía rojo de rabia; le habían tocado el punto débil de los oficiales de marina. Todos los periódicos de Londres debatían el tema y llamaban a la flota alegremente «las cafeteras de diversos tamaños, al mando de unos cafeteros de diversos tamaños, que vestirán de acuerdo con su cargo».

—Eso no sucederá en el futuro más cercano y nunca en las travesías largas, para romper un bloqueo o con los buques de guerra. —El almirante casi escupió las palabras—. Es imposible que transportemos todo el carbón que necesitamos de puerto a puerto y sigamos teniendo buques de guerra. Tenemos que ir a vela para conservar el combustible. Los civiles no entienden nada de los asuntos navales… —Eso le recordó el ataque del entonces gobierno liberal a los presupuestos de la armada y le subió la presión sanguínea un punto más—. Entretanto, la piedra angular de la política del gobierno para afianzar nuestras rutas marítimas, y para que nuestro imperio permanezca intacto, debería ser que la Marina Real dispusiera del doble de barcos, ya sean de madera, acorazados, de vapor o de vela, con los mejores motores y los cañones, granadas y explosivos más modernos del mundo.

—Una idea admirable, aunque anticuada y poco práctica, y me temo que demasiado onerosa como para que el ministro de Hacienda y el gobierno puedan tragársela.

—Más vale que no sea así. —El pliegue de carne en la nuca adquirió un color rosáceo—. Más vale que el tacaño de Mr. Gladstone se entere de una vez por todas de cuáles son sus prioridades. Ya lo

he dicho antes: ¡cuánto antes se marchen los liberales y los conservadores vuelvan al poder, tanto mejor! Aunque no sea gracias a ellos, afortunadamente la Marina Real sigue teniendo suficientes barcos y potencia de fuego como para hundir a cualquier flota francesa, rusa o norteamericana en sus aguas territoriales si fuera necesario. Pero imagínese si en el próximo conflicto esas flotas se alían en contra de nosotros. —Irritado, el almirante se dirigió a Marlowe a gritos a pesar de que este estaba a su lado—: ¡Mr. Marlowe! Avise al *Pearl*, no está en su puesto, ¡maldita sea!

—¡A sus órdenes, señor! —Marlowe se marchó de inmediato.

Sir William miró hacia atrás y no vio ninguna anomalía en los barcos que los seguían; luego volvió a concentrarse en el almirante.

—Russell, el ministro de Asuntos Exteriores, es demasiado listo como para dejarse involucrar. Prusia le declarará la guerra a Francia; Rusia se mantendrá al margen; los norteamericanos están demasiado ocupados con la guerra civil, la Cuba española, Filipinas, y metiendo las narices por las islas hawaianas. Por cierto, he hecho una propuesta de anexionar un par de esas islas antes de que lo hagan los norteamericanos, son perfectas para aprovisionarse de carbón…

Marlowe, amargado, iba en busca del encargado de las banderas de señales con los ojos fijos en el *Pearl*, su barco, un Jason de tres mástiles, con una sola chimenea y veintiuna ametralladoras; era una fragata propulsada por una hélice y dos mil cien toneladas de arqueo, temporalmente bajo las órdenes de su segundo, el alférez de navío Lloyd, y Marlowe hubiese querido estar ahí en lugar de ser el lacayo del almirante. Le dio las instrucciones al encargado de las banderas, lo observó mientras las agitaba y leyó la respuesta antes de que el joven se la dijera:

—Dice que lo siente, señor.

—¿Hace cuánto tiempo que se encarga de las señales?

—Tres meses, señor.

—Más vale que vuelva a estudiarse el código. El mensaje decía: «El capitán Lloyd del H. M. S. *Pearl* pide disculpas». Si comete otro

error como este lo colgaré por los huevos.

—Sí, señor, lo siento, señor —dijo el joven avergonzado.

Marlowe volvió a reunirse con el almirante. Para él fue un alivio ver que la disputa que había estado a punto de estallar entre los dos hombres había decaído y encontrarlos hablando de las distintas posibilidades de actuación en Yedo y de las implicaciones a largo plazo del ataque en el Tokaidō. Mientras esperaba una pausa en la conversación, hizo un gesto a Tyrer, quien le respondió con una sonrisa, deseando que le dieran permiso para retirarse y poder preguntarle por Kanagawa y Angélique. Se había marchado el mismo día que llegó sir William, hacía tres días, y no había recibido ninguna información de primera mano de lo ocurrido desde entonces.

—¿Sí, Mr. Marlowe? —El almirante escuchó el mensaje y enseguida dijo con voz áspera—: Envíe otra señal con la orden de que se presenten en mi buque insignia al atardecer. —Vio que Marlowe hacía una mueca de disgusto—. Ya puede ir haciéndolo, Mr. Marlowe. Semejantes disculpas no justifican esa clase de negligencias en mi flota. ¿No le parece?

—Sí, señor.

—Vayan pensando en quién deberá sustituirlo al mando de su barco, ¡y no será usted! —El almirante Ketterer volvió a dirigirse a sir William—. ¿Cómo decía? ¿No cree…? —Una ráfaga sacudió el aparejo. Los dos oficiales miraron hacia arriba, luego al cielo y a su alrededor, para catar el viento. Aún no había ninguna señal de peligro, a pesar de que los dos sabían que ese mes el tiempo era impredecible y que en esas aguas las tormentas aparecían de golpe —. ¿Cómo decía? ¿Que no cree que las autoridades, el Bakufu, responderán a nuestras exigencias?

—No, no lo harán sin algún tipo de imposición. Anoche volví a recibir disculpas junto con una solicitud de aplazar el asunto un mes para que puedan consultar con las máximas autoridades y demás tonterías. Dios mío, ¡qué habilidad tienen para andarse con rodeos! Eché al mensajero de mal talante y con un breve mensaje bastante

grosero que les advertía de las consecuencias si no respondían a nuestras exigencias.

—Muy correcto.

—Cuando anclemos en Yedo, ¿podemos disparar el máximo número de salvas?, ¿anunciar nuestra llegada con mucho jaleo?

—Lo haremos con veintiuna ametralladoras, el saludo real. Supongo que podemos actuar como si esta misión fuera una visita formal a su realeza. —Sin volverse, el almirante espetó con voz áspera—: Mr. Marlowe, dé la orden a toda la flota y pregúntele al almirante francés si desea acompañarnos.

—Sí, señor —Marlowe saludó otra vez y se alejó a toda velocidad.

—¿El plan de Yedo es el mismo que habíamos acordado?

Sir William asintió.

—Sí, y mis hombres desembarcarán para ir a la legación. Creo que una guardia de honor de cien hombres será suficiente; los escoceses, con sus uniformes y sus gaitas, causarán una gran impresión. Por lo demás, el plan es el mismo.

El almirante miró hacia adelante con inquietud.

—Yedo está detrás de ese cabo. —Se le endureció el rostro—. Una cosa es agitar unos cuantos sables y disparar cañonazos al aire, pero no estoy de acuerdo en bombardear e incendiar la ciudad sin que haya una declaración de guerra formal.

Sir William dijo con gran cautela:

—Esperemos que no tenga que pedirle a lord Palmerston que la declare, o que yo tenga que legalizar una guerra impuesta por ellos. Le he escrito un informe y ya está en camino. Su respuesta no llegará hasta dentro de cuatro meses, así que entretanto tendremos que hacer lo que podamos, como siempre. Estos asesinatos tienen que cesar, tenemos que meter al Bakufu en cintura, sea como sea. Este es el momento ideal.

—Las instrucciones del almirantazgo dicen que debemos ser prudentes.

—En el mismo correo le envié un mensaje urgente al gobernador de Hong Kong para comunicarle mis planes y para preguntarle por el

número de barcos y de hombres que nos podrían enviar en caso de que necesitemos refuerzos. También le informé del estado de Mr. Struan.

—¿Ah sí? ¿Y eso cuándo lo hizo?

—Ayer. Struan ha proporcionado un clíper, ya que McFay creyó que se trataba de una medida muy urgente.

Ketterer intervino con mordacidad:

—Da la impresión de que todo este asunto le ha dado mucha publicidad a Struan, mientras que nadie parece acordarse del pobre hombre que ha sido asesinado; no se oye hablar de otra cosa que no sea Struan, Struan y más Struan.

—El gobernador es un amigo personal de la familia, y la familia está, digamos, muy bien relacionada; es muy importante para los intereses comerciales de Su Majestad en Asia y China. Mucho.

—A mí siempre me han parecido un montón de piratas que trafican con armas, opio, o cualquier cosa que les pueda procurar ganancias.

—Las dos son actividades legales, mi querido almirante. La compañía Struan es un negocio muy respetable, almirante, con unos contactos muy importantes en el parlamento.

El almirante no parecía impresionado.

—Ahí también hay mucho inútil, si no le importa que se lo diga. La mayoría de las veces son unos malditos idiotas, intentando recortar los fondos de la armada y reducir nuestra flota. Es una estupidez, pues Gran Bretaña depende del poder marítimo.

—Estoy de acuerdo en que necesitamos a los oficiales más capaces para aplicar la política imperial —dijo sir William. Marlowe, que estaba junto al almirante, percibió el dardo apenas disimulado. Una rápida mirada al cuello de su superior le confirmó que había captado la indirecta. Se preparó para lo inevitable.

—¿Política imperial? A mí me parece —dijo el almirante con aspereza—, que la armada se pasa la vida rescatando a los civiles y a los comerciantes de sus agujeros apestosos cuando su avaricia o duplicidad los mete en unos aprietos que nunca deberían producirse.

En cuanto a esos bastardos —señaló el puerto de Yokohama con el dedo—, son la peor banda de canallas que he visto en mi vida.

—Algunos sí, pero la mayoría no lo son, almirante —sir William tensó la mandíbula—. Sin comerciantes ni comercio no habría dinero, ni imperios ni armadas.

El cuello rojo se tornó violeta.

—Sin la armada no habría comercio e Inglaterra no sería la nación más poderosa del mundo, la más rica, el mayor imperio del mundo, ¡por Dios!

«Un huevo» quería gritar sir William, pero sabía que si lo hacía, ahí mismo en el puente del buque insignia, el almirante podría sufrir una apoplejía y Marlowe y todos los marineros podrían desmayarse. La idea le divirtió y disipó la mayor parte del veneno que se había acumulado a lo largo de las noches en blanco preocupado por el asunto del Tokaidō, y le permitió ser diplomático.

—La armada es el servicio por excelencia, almirante. Y hay mucha gente que comparte su opinión. ¿Supongo que vamos bien de tiempo?

—Sí, sí, vamos bien. —El almirante relajó los hombros, algo apaciguado, con un ligero dolor de cabeza debido a la botella de oporto que se había tomado después de comer, además del clarete. El barco iba a unos siete nudos, en ceñida, lo cual le agradaba. Comprobó la posición de la flota. El H. M. S. *Pearl* iba colocado detrás obedientemente y a babor iban dos balandros de diez ametralladoras. El buque insignia francés, una fragata acorazada de tres mástiles y veinte ametralladoras, se había desviado e iba a estribor—. ¡A ese timonel deberían encadenarlo! No le iría nada mal una nueva capa de pintura, un aparejo nuevo, una fumigación para eliminar el olor a ajo, una buena limpieza y que pasaran a la tripulación por debajo de la quilla. ¿No le parece, Mr. Marlowe?

—Sí, señor.

Una vez satisfecho tras comprobar que todo estaba en orden, el almirante volvió a dirigirse a sir William.

—Esa familia Struan y la supuesta Casa Noble, ¿de veras son tan importantes?

—Sí. Tienen negocios por todas partes; su influencia en Asia, especialmente en China, no tiene parangón, exceptuando a Brock & Sons.

—He visto sus clíperes, por supuesto. Son una hermosura, y están muy bien armados. —El almirante añadió sin rodeos—: Espero que aquí no intenten vender opio, ni armas.

—Personalmente estoy de acuerdo, aunque no es ilegal.

—Lo es según la ley china. O japonesa.

—Sí, pero hay circunstancias atenuantes —dijo sir William, cansado de repetir la misma explicación cientos de veces—. Estoy seguro de que ya sabe que los chinos solo aceptan oro o plata a cambio del té que importamos, y nada más. La única mercancía que están dispuestos a pagar con oro o plata es el opio, y nada más. Es una lástima.

—Entonces son los comerciantes, el parlamento y los diplomáticos los que tienen que denunciarlo. Desde hace veinte años la Marina Real ha estado imponiendo leyes ilegales en Asia, bombardeando puertos y ciudades chinas, cometiendo toda clase de actos de guerra deleznables, y en mi opinión todo ha sido para apoyar el tráfico de opio, ¡una mancha en nuestra hoja de servicio!

Sir William suspiró. Las órdenes que recibió del subsecretario fueron muy explícitas:

«—Por el amor de Dios, querido Willie, esta es la primera vez que eres ministro así que ten cuidado, no tomes ninguna decisión precipitada, a menos que sea necesaria. Tienes mucha suerte, la telegrafía ya ha llegado a Bagdad, así que podemos enviar y recibir mensajes en un plazo increíble de siete días; si a eso le sumas otras seis semanas para que el barco de vapor llegue a Yokohama pasando por el Golfo Pérsico, el océano Índico, Singapur y Hong Kong, entonces nuestras instrucciones solo tardarán dos meses en llegar, no los doce o quince meses de hace diez años. Así que si necesitas consejos, lo cual te sucederá a menudo si eres inteligente,

estás a unos cuatro meses de nosotros, y eso es lo único que te protege a ti y a nuestro imperio. ¿Está claro?

»—Sí, señor.

»—Primera regla: Trata a los altos mandos de la armada con guantes de terciopelo y no los intentes dominar porque tu vida y la de todos los británicos de tu zona dependen de ellos. Tienen tendencia a ser majaderos, lo cual es perfecto porque necesitamos a muchos hombres como ellos dispuestos a dejarse matar para defender nuestra, bueno, la política imperial. No enciendas ninguna mecha, Japón solo es importante en nuestra área de influencias y hemos invertido mucho tiempo y dinero en desbancar a los rusos, norteamericanos y franceses. No estropees nuestro nido japonés, ya tenemos suficiente con los indios, los afganos, los árabes, los africanos, los persas, los caribeños, los chinos, sin mencionar a los asquerosos europeos, norteamericanos, rusos, etc. Mi querido Willie, debes ser diplomático y no meter la pata, ¡porque de lo contrario…!».

Sir William volvió a suspirar, reprimió su enfado y repitió lo que ya había dicho cientos de veces:

—Gran parte de lo que dice es verdad, pero desgraciadamente debemos ser prácticos; sin los ingresos del impuesto sobre el té la economía británica se hundiría por completo. Esperemos que dentro de pocos años podamos quemar los campos de opio que tenemos en Bengala. Entretanto, debemos tener paciencia.

—Entretanto le sugiero que embargue todo el opio que hay aquí, todas las armas modernas, todos los buques de guerra modernos, y todos los esclavos.

—Por supuesto que estoy de acuerdo en lo de la esclavitud, ¡es ilegal desde el treinta y tres! —El tono de sir William se volvió visiblemente más irritado—. A los norteamericanos ya se les informó en su día. En cuanto a lo demás, por desgracia eso depende de Londres.

El almirante tensó aún más la mandíbula.

—Pues señor, yo tengo cierto poder en estas aguas. Puede tomarlo como que estoy instituyendo ese embargo ahora mismo. He oído rumores preocupantes sobre el pedido que hizo la compañía Struan de rifles y cañones para vender; ya le han vendido a los nativos tres o cuatro barcos de vapor armados y los japoneses aprenden demasiado rápido para mi gusto. Voy a escribir una carta formal al almirantazgo que saldrá con el correo de mañana para insistir en que mis órdenes sean permanentes.

El rostro del ministro enrojeció y apoyó los pies en el puente con más firmeza.

—Una idea increíble —dijo fríamente—. Yo escribiré otra que también saldrá mañana. Sin embargo, usted no puede dar una orden como esa sin mi aprobación y hasta que no recibamos instrucciones del Foreign Office, ¡el *statu quo* sigue siendo el *statu quo*!

Los dos ayudantes palidecieron. El almirante miró a sir William, que era de su misma altura. Cualquier oficial y la mayoría de los hombres se habrían acobardado, pero sir William tan solo le devolvió la mirada.

—Pensaré… pensaré en lo que ha dicho, sir William. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer. —Se volvió y se alejó con pasos precipitados en dirección al puente. Marlowe se dispuso a seguirle tímidamente—. Por el amor de Dios, Marlowe, ¡quiere dejar de seguirme como un cachorro! Si le necesito ya le llamaré. ¡Quédese a una distancia que le permita oír mis gritos!

—Sí, señor. —Cuando el almirante se hubo alejado, Marlowe suspiró.

Sir William también suspiró y se frotó las cejas murmurando:

—Cuánto me alegro de no estar en la armada.

—Yo también —dijo Tyrer, sorprendido del valor del ministro.

El corazón de Marlowe latía a toda velocidad; odiaba que le gritaran, incluso si era un almirante, pero no perdió el control.

—Yo, eh, perdón señor, pero la flota está segura y en buenas manos, señor, y la expedición; y todos creemos que él tiene razón acerca de la venta de barcos, armas, cañones y opio. Los japoneses

ya están construyendo barcos y fabricando cañones pequeños; este año han navegado con su primer acorazado de vapor, el *Kanrin maru*, de trescientas toneladas, hasta San Francisco, y tanto la tripulación como el capitán eran japoneses. Se han convertido en expertos, y es sorprendente que lo hayan hecho en tan poco tiempo.

—Sí, sí, lo es. —Sir William se preguntó qué tal le habría ido a la delegación japonesa que iba en ese barco a Washington, y qué canallada habría ideado el presidente Lincoln en contra de su glorioso imperio. «¿Acaso no dependemos del algodón de los confederados para nuestros molinos de Lancashire, que se están arruinando? También dependemos cada vez más del trigo, el maíz, la carne y otros productos de la Unión. —Se estremeció—. ¡Que Dios maldiga esta guerra! Y a los políticos, y a Lincoln. Como dijo en su discurso de inauguración en el mes de marzo: "este país pertenece al pueblo y este, en cuanto se canse de su gobierno, puede ejercer el derecho constitucional de enmendarlo o bien el derecho revolucionario de desmembrarlo o derrocarlo…".

»¡Una idea incendiaria! Si algo así se esparciera por Europa, ¡Dios mío! ¡Qué horror! Es posible que tengamos una guerra con ellos cualquier día de estos, seguro que en el mar. Hay que tener algodón».

Intentaba controlarse, profundamente aliviado de que el almirante se hubiera echado atrás y todavía maldiciéndose por haberse dejado llevar. «Debes tener más cuidado, y no debes preocuparte de Yedo y de tu afirmación estúpida y arrogante de "¡Iré dentro de tres días en un buque de guerra para ver al shōgun!". Como si fueras Clive de la India. Y no lo eres. Esta es tu primera estancia en el Extremo Oriente y eres un novato. Es una locura arriesgar la vida de todos estos hombres por unos asesinatos; es una locura arriesgarse a que estalle una guerra. ¿Lo es?

»Lo siento, pero no.

»Si el Bakufu se sale con la suya tras este asesinato, esto se convertirá en una historia sin fin y al final tendremos que retirarnos, hasta que regresen las flotas aliadas de guerra para imponer la

voluntad imperial a la fuerza. Tu decisión es correcta, la manera de llevarla a cabo es errónea. Sí, pero es difícil sin tener a nadie con quien hablar, en quien confiar. Gracias a Dios, Daphne llegará dentro de un par de meses. Nunca creí que la echaría tanto de menos, y a sus consejos. Me muero de ganas de verla a ella y a los chicos; diez meses es mucho tiempo y sé que se alegrará del cambio después de las asquerosas nieblas y la tristeza de Londres, y sé que esto le gustará; para los chicos será maravilloso. Nos irá bien tener damas inglesas en la colonia, damas decentes. Nos iremos de viaje y ella convertirá la legación en su hogar».

Se fijó en el cabo al que se aproximaba. «Detrás está Yedo y los cañonazos. ¿Será una buena idea? —se preguntó inquieto—. Espero que sí. Luego vendrá el desembarco y la caminata a la legación. Debes hacerlo, y prepararte para la reunión de mañana. En esta historia estás tú solo. Henri Seratard está esperando para ver cómo la pifias. Y el ruso también.

»Pero aquí el que está al mando eres tú, y ese es tu trabajo. No olvides que querías ser ministro en cualquier lugar, el que fuera. Es cierto, pero nunca creí que me tocaría venir a Japón. Maldito sea el Foreign Office. Nunca me había encontrado en una situación como esta: toda mi experiencia se basa en un escritorio francés o ruso o en la corte de San Petersburgo; o en los destinos que me agencié en París y Mónaco, donde no se veía el más mínimo buque de guerra ni regimiento…».

Marlowe dijo con dureza:

—Espero que no le importe, señor, si expreso mi opinión sobre la postura del almirante.

—No, claro que no. —Sir William se esforzó por apartar sus preocupaciones, «intentaré evitar una guerra, pero si tiene que haberla, la habrá»—. Tiene usted mucha razón, Mr. Marlowe, y por supuesto me siento muy honrado de que el almirante Ketterer esté al mando —dijo, y enseguida se sintió mejor—. Nuestra divergencia de opinión fue debida a una cuestión de protocolo. Sí, pero al mismo tiempo deberíamos estar animando a los japoneses a que se

industrializaran y a navegar; un barco o veinte barcos no tienen por qué preocuparnos. Deberíamos animarlos; no estamos aquí para colonizar; somos nosotros los que deberíamos enseñarles, Mr. Marlowe, y no los holandeses o los franceses. Gracias por recordármelo. Cuanto más influencia tengamos aquí, mejor. —Se sentía más ligero. No solía hablar libremente con los jóvenes y prometedores capitanes y Marlowe le había causado una profunda impresión, tanto allí como en Kanagawa—. ¿Es que todos los oficiales odian a los civiles y a los comerciantes?

—No, señor. Pero no creo que haya muchos de nosotros que los comprendamos. Tenemos vidas distintas, prioridades distintas. A veces nos resulta difícil. —La mayor parte de la atención de Marlowe se centraba en el almirante, que hablaba con el capitán en el puente. Apareció el sol entre las nubes y de pronto el día pareció más agradable—. Pertenecer a la armada es, bueno, yo nunca quise hacer otra cosa.

—¿Su familia es de marinos?

Marlowe repuso con orgullo:

—Sí, señor —queriendo añadir: «mi padre es capitán, ahora está en la Flota Nacional, al igual que su padre, que fue alférez de navío para el almirante lord Collingwood en el *Royal Sovereign* en Trafalgar, y mis antepasados han servido en la armada desde siempre». Pero simplemente dijo—: Mi familia es de Dorset.

—La mía es del norte de Inglaterra, de Northumberland, desde hace varias generaciones —dijo sir William con aire ausente y los ojos fijos en el cabo que se aproximaba mientras pensaba en el Bakufu—. Mi padre murió cuando yo era joven, era diputado en el Parlamento, con negocios en Sunderland y Londres; además, comerciaba en el Báltico y traficaba con pieles rusas. Mi madre era rusa, así que me crie hablando los dos idiomas y eso fue lo que me hizo subir el primer escalón en el Foreign Office. Ella era… —Se contuvo justo a tiempo, sorprendido de haber hablado tanto. Iba a añadir que ella, su madre, era la condesa Sveva, una prima de los Romanov; que seguía viva y que en una ocasión había sido dama de

compañía de la reina Victoria. «Tengo que concentrarme en serio; estoy actuando como si a ellos les importaran mi familia y mis antecedentes»—. Eh, ¿y usted, Tyrer?

—Londres, señor. Mi padre es abogado, igual que mi abuelo. —Phillip Tyrer rio—. Después de licenciarme en la Universidad de Londres le dije que quería pertenecer al Foreign Office, y casi le dio un ataque. Y cuando pedí el puesto de intérprete en Japón me dijo que me había vuelto loco.

—Quizá tenga razón, tiene usted mucha suerte de estar vivo y apenas hace una semana que está aquí. ¿No le parece, Marlowe?

—Sí, señor. Es verdad. —Marlowe consideró que había llegado el momento oportuno—. Phillip, por cierto, ¿cómo está Mr. Struan?

—Según George Babcott no está ni bien ni mal.

—De veras espero que se recupere —dijo sir William, con un repentino dolor en los intestinos.

Cuando había llegado a Kanagawa tres días antes, Marlowe lo había recibido y le contó lo que sabía de Struan y de Tyrer, la muerte del soldado, el suicidio del asesino y la persecución del cómplice.

—Fuimos tras ese cretino, sir William, Pallidar y yo; pero el hombre había desaparecido. Peinamos las casas de los alrededores, pero nada. Tyrer cree que pueden haber sido los dos agresores del Tokaidō, señor, los asesinos. Pero no está seguro, son casi todos iguales, ¿verdad?

—Pero si fueran ellos, ¿por qué se habrían arriesgado a ir a la legación?

—Lo único que se nos ocurre es que querían evitar que los identificaran y también querían acabar la faena, señor.

Dejaron atrás el muelle y caminaron rápidamente por las calles desiertas.

—¿Qué hay de la muchacha, Marlowe?

—Parece estar bien, señor; solo un poco alterada.

—Bien, gracias a Dios. El ministro francés está hecho un manojo de nervios por lo que considera un vil insulto al honor de Francia y a uno de sus súbditos que, además, es su pupila. Cuanto antes

regrese a Yokohama, mejor. Ah, por cierto, el almirante me pidió que le dijera que regrese a Yokohama de inmediato. Hay muchas cosas que hacer. Hemos decidido hacer una visita formal a Yedo dentro de tres días, en el buque insignia…

Marlowe sintió que explotaba de excitación. Las operaciones en tierra o por mar eran la única manera de conseguir una promoción rápida, y aspiraba a conseguir los galones de almirante a cualquier precio. «Lograré que el viejo se sienta orgulloso de mí, y conseguiré un rango superior al de capitán antes que Charles y Percy» —sus dos hermanos pequeños, que eran alféreces.

En la cubierta del buque insignia, bañada por un sol agradable y mientras se oía el zumbido de los motores, se sintió presa de una enorme agitación.

—Estaremos en Yedo antes de que se dé cuenta, señor; su llegada será la más magnífica que jamás hayan visto; tendrá usted a los asesinos, la indemnización y todo lo que quiera.

Tanto Tyrer como sir William percibieron la excitación, pero este último tan solo sintió indiferencia.

—Sí, bueno, creo que voy a bajar un rato. Gracias, Mr. Marlowe, conozco el camino.

Aliviados, los dos jóvenes lo vieron alejarse. Marlowe comprobó que el almirante estuviera a la vista.

—¿Qué sucedió después de que me fuera de Kanagawa, Phillip?

—Fue… bueno, fue extraordinario; ella estuvo extraordinaria, si eso es lo que quieres saber.

—¿Por qué?

—Sobre las cinco bajó y se fue directamente a ver a Malcolm Struan, y se quedó con él hasta la hora de comer; fue entonces cuando la vi. Parecía… parecía mayor; no, tampoco era eso; no mayor, sino más seria que antes, mecánica. George dice que sigue en estado de shock. En la cena, sir William mencionó que se la llevaría con él a Yokohama, pero ella se lo agradeció y declinó la oferta; explicó que antes tenía que asegurarse de que Malcolm estaba bien, y ni él ni George ni ninguno de nosotros pudo

convencerla de lo contrario. Apenas comió, regresó a la habitación de Struan, se quedó con él, e incluso insistió en que le instalaran una cama para que pudiera oírle si la necesitaba. De hecho, los dos días siguientes, al menos hasta ayer, que fue cuando regresé a Yokohama, apenas se alejó de su lecho y nosotros casi no hablamos con ella.

Marlowe reprimió un suspiro.

—Debe quererle.

—Eso es lo raro. Ni Pallidar ni yo creemos que esa sea la razón. Es casi como si ella estuviera… bueno, decir separada del cuerpo sería demasiado fuerte. Es más como si estuviera inmersa en un sueño y que al estar a su lado se sintiera segura.

—¡Señor! ¿Y qué dijo el matasanos?

—Simplemente se encogió de hombros y dijo que había que tener paciencia y no preocuparse, y que ella era el mejor tónico para Malcolm Struan.

—Me lo imagino. ¿Y cómo está él de verdad?

—Drogado la mayor parte del tiempo, con muchos dolores, muchos vómitos y los intestinos sueltos. No sé cómo aguanta el olor a pesar de que las ventanas están siempre abiertas. —Los dos se estremecieron al imaginar cómo sería estar tan malherido y desvalido. Tyrer miró hacia delante, consciente de que su propia herida todavía no había cicatrizado y podía infectarse, y de que por las noches tenía pesadillas con samuráis, con espadas manchadas de sangre y con ella.

—Cada vez que me asomaba para ver a Malcolm y, si le soy sincero, para verla a ella —prosiguió—, tan solo me respondía con un sí, un no o un «no lo sé», así que al final desistí. Sigue… sigue tan atractiva como siempre.

Marlowe se preguntó: «Si Struan no rondara por aquí, ¿tendría alguna posibilidad con ella? ¿Sería Tyrer un verdadero rival? A Pallidar no lo cuento porque no es uno de nosotros; a ella no le gustaría ese cretino pomposo».

—¡Dios mío! ¡Mire! —dijo Tyrer.

Estaban rodeando el cabo y ante ellos apareció la amplia bahía de Yedo, con el mar abierto a estribor, el humo de los fuegos de las cocinas que envolvía la ciudad, los campos y el castillo soberano. Sorprendentemente, la bahía estaba casi desierta, sin los habituales vapores, sampanes y barcos de pesca que solían abundar, y los pocos que había se apresuraban para alcanzar la costa.

Tyrer se sintió intranquilo.

—¿Habrá guerra?

Tras una pausa, Marlowe contestó:

—Ya se les advirtió. La mayoría de nosotros creemos que no, que no habrá una guerra auténtica, todavía no; esta vez no. Habrá ciertos incidentes… —Entonces, como Tyrer le caía bien y admiraba su valor, le confió sus temores—. Habrá incidentes y escaramuzas de diversa índole; algunos de los nuestros morirán, otros descubrirán que son unos cobardes, y otros se convertirán en héroes; habrá momentos en que la mayoría se sentirán aterrorizados, y habrá algunos que recibirán condecoraciones pero, por supuesto, venceremos.

Tyrer pensó en ello, recordando el miedo que había sentido y las palabras de Babcott cuando le convenció de que la primera vez era la peor; lo valiente que había sido Marlowe cuando corrió tras el asesino, lo encantadora que estaba Angélique, y lo bueno que era estar vivo, ser joven, con un pie en el cargo de ministro. Sonrió. Su calidez contagió a Marlowe.

—Todo vale en la guerra y el amor, ¿verdad? —dijo.

Angélique estaba sentada junto a la ventana en la habitación de Struan en Kanagawa, mirando al infinito y al sol que asomaba entre las nubes almidonadas de tanto en cuando, con el pañuelo perfumado apretado contra la nariz. Detrás de ella, Struan estaba medio dormido, medio despierto. En el jardín los soldados patrullaban constantemente. Desde el ataque habían doblado las

medidas de seguridad, con más tropas llegadas de Yokohama bajo el mando provisional de Pallidar.

Un golpe en la puerta la sacó de su ensoñación.

—¿Sí? —preguntó escondiendo el pañuelo en la mano.

Era Lim. A su lado estaba un ordenanza chino con una bandeja.

—Comida pala el señol. La señolita quiele comel, *heya*?

—Póngalo ahí —ordenó, señalando la mesita de noche. Estaba a punto de pedir que le trajeran su bandeja como siempre, pero cambió de parecer creyendo que sería más seguro—. Esta noche… esta noche, la señorita comer en el comedor, ¿comprender, *heya*?

—Complende. —Lim rio para sus adentros, sabiendo que cuando ella creía estar sola usaba el pañuelo. «*Ayiyah*, ¿su nariz es tan pequeña y delicada como la otra parte? ¿Olor? ¿De qué olor se quejan? Aquí todavía no huele a muerte. ¿Debería decirle al hijo del tai-pan que las noticias que llegan de Hong Kong son malas? *Ayiyah*, será mejor que se entere por su cuenta»—. Complende —sonrió y se marchó.

—*Chéri?* —Le ofreció la sopa de pollo mecánicamente.

—Después, gracias querida —dijo Malcolm Struan como era de esperar, con una voz muy débil.

—Intenta comer un poco —insistió ella, pero él volvió a negarse.

Regresó a su silla junto a la ventana y a sus ensoñaciones, en las que se encontraba otra vez en París, en la maravillosa casa de su tío Michel y su querida Emma, la tía inglesa de alta cuna que los había criado a ella y a su hermano cuando su padre se había marchado hacía tantos años a Hong Kong, y donde estaban rodeados de toda clase de lujos; Emma planeaba comidas y excursiones a caballo en los Bois con su semental, que era la envidia de todos, y ella seducía a la aristocracia mientras todos la adulaban y hacía graciosas reverencias al emperador Luis Napoleón —el sobrino de Napoleón Bonaparte— y a la emperatriz, Eugenia, quienes le dirigían una sonrisa de reconocimiento.

Los palcos en el teatro, el de la Comédie française; la mesa de su elección en el Trois Frères Provençaux, su puesta de largo, a los

diecisiete años, principal tema de conversación de la temporada; tío Michel contando sus aventuras en las mesas de juego y en las carreras, murmurando historias truculentas de sus amigos aristócratas, de su amante, la condesa Beaufois, tan hermosa, seductora y fiel…

No eran más que ensoñaciones, por supuesto, pues él no era más que un diputado en el Ministerio de Guerra y Emma era inglesa, pero solo era una actriz que viajaba con una compañía itinerante que representaba obras de Shakespeare, la hija de un oficinista, sin el suficiente dinero o la pompa necesaria para Angélique en la capital del mundo; para el caballo espectacular o para el carruaje que tanto necesitaba para poder introducirse en la verdadera sociedad, en la verdadera cima, para conocer a los que estaban dispuestos a casarse y no a los que solo querían pavonearse, seducirla para luego pasar a una flor más joven…

—Por favor, por favor, tío Michel, ¡es tan importante!

—Ya lo sé, mi pichoncito —le había dicho con tristeza el día en que cumplió diecisiete años y ella le rogó que le regalara un caballo y el traje de montar—. Ya no puedo hacer nada más, ya no puedo pedir más favores, ya no puedo obligar a nadie ni convencer a más prestamistas. No poseo ningún secreto de Estado para vender, ni puedo promocionar a ningún príncipe. Tengo que pensar en tu hermano y en mi hija.

—Por favor, querido tío, te lo ruego.

—Se me ocurre una última idea; dispongo de dinero suficiente para comprar un billete a un precio módico y para que te reúnas con tu padre. Algo de ropa, y nada más.

Luego vino la confección de la ropa, toda a medida; hubo que probarla, arreglarla y mejorarla y sí, el vestido de seda verde también —al tío Michel no le importaría—, luego la excitación del viaje en tren hasta Marsella y el barco de vapor que la llevó hasta Alejandría. Desde allí siguió por tierra a Port Said, pasando por las primeras excavaciones del canal de Suez de monsieur Lesseps, que todas las personas cultas y bien informadas creían que se trataba de

otra promoción de la bolsa, que nunca se acabaría o, de acabarse, vaciaría casi todo el Mediterráneo porque ese mar era más alto que el otro. Tras mucho rogar, suplicar y seducir, consiguió un billete de primera clase para todo el viaje.

—En realidad, la diferencia es tan pequeña, mi querido tío Michel…

Vientos dulces y rostros nuevos, noches exóticas y días agradables, el principio de la gran aventura; al final del arco iris un marido guapo y rico como Malcolm, «¡y ahora se ha estropeado todo por culpa de un asqueroso nativo!».

«¿Por qué no puedo pensar solo en lo bueno? —se preguntó angustiada—. ¿Por qué los pensamientos agradables se vuelen malos y luego horribles y luego me pongo a pensar en lo que sucedió de verdad y empiezo a llorar?

»No lo hagas —se ordenó a sí misma, obligándose a no llorar—. Compórtate. ¡Debes ser fuerte!

»Lo has decidido antes de salir de la habitación: no sucedió nada, actuarás como si no hubiera sucedido nada hasta que te venga el próximo período. Cuando venga (*y vendrá*) entonces estarás a salvo.

»Pero ¿y si no viene?

»No pienses en eso. Tu futuro no se hará pedazos, no sería justo. Rezarás y te quedarás cerca de Malcolm, y también rezarás por él, y harás de Florence Nightingale y luego, a lo mejor, te casarás con él».

Lo miró por encima del pañuelo. Se sorprendió al ver que él la estaba mirando.

—¿El olor sigue siendo tan horrible? —preguntó con tristeza.

—No *chéri* —dijo, alegrándose de que la mentira pareciera cada vez más sincera y de que le exigiera menos esfuerzos—. ¿Un poco de sopa?

Cansado, asintió, pues sabía que tenía que alimentarse, aunque siempre acababa vomitando todo lo que comía y entonces sentía cómo le tiraban los puntos, por dentro y por fuera, y el subsiguiente dolor volvía a postrarlo, por mucho que intentara contenerse.

—*Dew neh loh moh* —murmuró. Era una maldición en cantonés, su lengua materna.

Angélique sostenía la taza mientras él bebía; le limpiaba la barbilla, y él volvía a beber un poco más. Una parte de él quería echarla de ahí para que no volviera hasta que no estuviera restablecido del todo; la otra se sentía aterrorizada de que ella pudiera marcharse y no regresar nunca más.

—Lamento todo esto; me encanta que estés aquí.

A modo de respuesta, ella le acarició la frente con suavidad, aunque deseaba marcharse, necesitaba aire fresco y temía lo que podía decir si hablaba. Había decidido que cuanto menos hablara mejor. Así no caería en ninguna trampa.

Se observó a sí misma atenderle y ponerle cómodo y mientras tanto dejaba que su mente vagara por sucesos ordinarios, por Hong Kong o París, sobre todo París. Nunca más se permitiría detenerse a pensar en aquella noche. No durante el día, era demasiado peligroso. Solo podría desahogarse y dejar que su mente volara por donde quisiera cuando la puerta estuviera bien atrancada y ella sola y segura en la cama…

Un golpe en la puerta.

—¿Sí? —Entró Babcott. Ella se sonrojó al sentirse observada. «¿Por qué tendré la impresión de que me lee los pensamientos?».

—Solo quería ver cómo están mis pacientes —dijo alegremente —. Bien, Struan, ¿cómo se encuentra?

—Más o menos igual, gracias.

La mirada de Babcott reparó en que se había tomado la mitad de la sopa y que todavía no había ningún vómito. Bien. Cogió la muñeca de Struan. «El pulso es un poco irregular, pero ha mejorado. La frente sigue húmeda, todavía tiene fiebre, pero menos que ayer. ¿Puedo atreverme a confiar en que se recupere? —La cabeza le decía que el paciente estaba mucho mejor, que debía ser gracias a los cuidados de la dama y que no tenía nada que ver con él, como siempre—. Sí, pero hay tan poco que añadir, todo depende tanto de Dios, si Dios existe. ¿Por qué siempre pienso eso? Si…».

—Si sigue mejorando creo que deberíamos llevarlo a Yokohama. Quizá mañana.

—No sería una buena idea —dijo de inmediato Angélique, temerosa de perder su refugio, con una voz más áspera de lo que pretendía.

—Lo siento, pero lo es —replicó Babcott con amabilidad, queriendo calmarla, admirando su fortaleza y su preocupación por Struan—. No lo diría si hubiera algún riesgo, pero sería lo mejor, de verdad. Mr. Struan estará mucho más cómodo y dispondrá de más ayuda.

—*Mon Dieu*, ¿qué más puedo hacer? No debe marcharse, todavía no, todavía no…

—Escucha, querida —intervino Struan, intentando ser fuerte—. Si él cree que puedo trasladarme, puedo hacerlo, de veras. Tú tendrías más libertad y todo sería mucho más fácil.

—Pero yo no quiero más libertad, quiero que nos quedemos aquí, que siga todo igual que ahora, sin… sin ningún jaleo. —Sentía que le latía el corazón y sabía que actuaba como una histérica, pero en sus planes no había previsto esa posibilidad. «¡Piensa! ¿Qué puedes hacer para impedirlo?».

Pero no hubo necesidad de impedir nada. Struan le decía que no tenía que preocuparse, que estarían mejor en la colonia, ella más segura y él más contento, y había un montón de criados y habitaciones en la sede de Struan and Company. Si quería podía alojarse en el apartamento contiguo al suyo y salir y entrar cuando quisiera, tanto de día como de noche.

—Por favor, no te preocupes. Quiero que tú también estés contenta —le aseguró—. Estarás más cómoda, te lo prometo, y cuando esté mejor voy a…

Un espasmo súbito lo dejó extenuado.

Después de la limpieza de la habitación y de que Struan tomara el medicamento y estuviera otra vez dormido, Babcott dijo en voz baja:

—Le aseguro que allí estará mucho mejor. Tendré más ayuda, más material; aquí es casi imposible que esté todo limpio. Necesita… lo siento, pero necesita más ayuda. Usted ya hace más de lo que se puede imaginar, pero hay ciertas funciones que los criados chinos pueden ejercer mejor. Lamento ser tan crudo.

—No debe disculparse, doctor. Tiene razón y lo entiendo. —Su mente volaba. «El apartamento contiguo al de Malcolm será perfecto, con criados y ropa limpia. Encontraré una costurera y me haré vestidos preciosos y tendré una señora de compañía y podré controlarlo a él y a mi futuro»—. Solo quiero lo mejor para él —dijo, luego añadió en voz baja, pues necesitaba saberlo—: ¿Cuánto tiempo seguirá así?

—¿Guardando cama y desvalido?

—Sí; por favor, dígame la verdad. Se lo ruego.

—No lo sé. Por lo menos tres semanas, quizá más, y después no podrá moverse demasiado durante un mes o dos. —Miró un momento al hombre inmóvil—. Preferiría que no se lo dijera. Le preocuparía innecesariamente.

Asintió para sus adentros, satisfecha y tranquila, pues estaba todo bajo control.

—No se preocupe, no diré nada. Rezaré para que se restablezca pronto y prometo ayudar todo lo que pueda.

Cuando Babcott la dejó, pensó una y otra vez. «Dios mío, ¡qué mujer tan maravillosa! Tanto si vive como si muere, Struan tiene suerte de que lo quieran tanto».

IX

Los veintiún disparos de saludo desde cada uno de los seis buques de guerra anclados en la bahía de Yedo que habían acompañado al buque insignia retumbaron una y otra vez. Todos los tripulantes de la flota se sentían excitados y orgullosos de su poder y de que por fin hubiera llegado la hora de restituirlo.

—Hasta aquí hemos llegado, sir William —Phillip Tyrer estaba exultante junto a sir William en la regala; el aire estaba impregnado de un fuerte olor a pólvora. La ciudad era inmensa y estaba silenciosa, dominada por el castillo.

—Ya veremos.

En el puente del buque insignia el almirante dijo en voz baja al general:

—Esto debería convencerte de la pedantería de nuestro Wee Willie y de sus aires de grandeza. A la mierda con el saludo real. Más vale que velemos por nuestros traseros.

—Tienes toda la razón. Sí. Lo incluiré en mi informe mensual para el Ministerio de Guerra.

En el puente del buque insignia francés, Henri Seratard estaba fumando su pipa y riéndose con el ministro ruso.

—*Mon Dieu*, mi querido conde, ¡qué día tan feliz! El honor de Francia será defendido por la habitual arrogancia inglesa. Seguro que sir William fracasará. La pérfida Albión está más pérfida que nunca.

—Sí. Es lamentable que sea su flota y no la nuestra.

—Pero pronto la flota rusa y la francesa la habrán sustituido.

—Sí. Entonces ¿sigue en pie lo que acordamos en secreto? Cuando los británicos se marchen, nosotros nos quedamos con North Island, la isla japonesa, además de Sajalín, las Kuriles y todas las islas que lindan con la Alaska rusa, y Francia se queda con todo lo demás.

—Estoy de acuerdo. En cuanto mi memorándum llegue a París seguro que lo ratificarán en secreto al más alto nivel. —Sonrió—. Cuando hay un vacío, es nuestra obligación como diplomáticos volver a llenarlo…

Ante los cañonazos, un gran temor se esparció por todo Yedo. Todos los escépticos que se habían quedado se unieron a la huida de las masas e invadieron cada carretera, puente y camino, acarreando las pocas pertenencias que podían llevar consigo —por supuesto no había ni una sola rueda— y a la espera de que las explosiones de granadas y bombas, que conocían de oídas pero que nunca habían visto, cayeran de un instante a otro sobre ellos e incendiaran la ciudad, con ellos dentro.

—Muerte a los gai-jin —estaba en boca de todos.

—De prisa… apártate… ¡de prisa! —gritaba la gente, presa de pánico. Algunos fueron aplastados o empujados por un puente o hacia el interior de las casas; la mayoría seguía avanzando con estoicismo, pero siempre alejándose del mar.

—¡Muerte a los gai-jin! —exclamaban mientras huían.

El éxodo había empezado aquella mañana, a partir del momento en que la flota había anclado en la bahía de Yokohama, aunque tres días antes los mercaderes más prudentes habían contratado discretamente a los mejores mozos de cuerda y se habían marchado con sus familias y objetos de valor a causa de los rumores del *lamentable incidente* —y el consecuente alboroto y exigencias de los extranjeros— que se esparcieron por toda la ciudad.

Tan solo se habían quedado los samuráis del castillo y los que guarnecían las defensas exteriores. Y, como siempre y en todas

partes, la carroña callejera, animal y humana, que se colaba furtivamente y husmeaba en las casas desiertas para robar y vender todo lo que pudiera encontrar. Aun así, hubo muy pocos robos. El saqueo de casas se consideraba un crimen abominable y, desde tiempos inmemoriales, se perseguía a los autores implacablemente hasta que eran apresados y crucificados. Cualquier tipo de robo se castigaba de la misma manera.

En la torre principal del castillo, el shōgun Nobusada y la princesa Yazu estaban encogidos de miedo detrás de un biombo, abrazados, y los guardias, las criadas y la corte listos para marcharse inmediatamente; tan solo esperaban la autorización del guardián. Por todo el castillo los hombres se preparaban para la defensa, mientras que otros ensillaban los caballos y empaquetaban los objetos de valor de los regentes para evacuarlos, junto a sus dueños, en cuanto se iniciara el bombardeo o llegara el aviso del consejo de que las tropas estaban desembarcando.

En la cámara del consejo donde se celebraba la reunión de los regentes que se había convocado a toda prisa Yoshi decía:

—Repito que no creo que nos ataquen, o…

—Y yo no veo ninguna razón para esperar. Lo más prudente sería marcharnos; empezarán a bombardear en cualquier momento —interrumpió Anjo—. Los primeros cañonazos han sido un aviso.

—No lo creo, pienso que no han sido más que un anuncio arrogante de su presencia. No han caído bombas sobre la ciudad. La flota no nos bombardeará y repito que estoy seguro de que la reunión de mañana se celebrará según lo planeado. En la reunión…

—¿Cómo puedes estar tan ciego? Si estuvieras en su lugar y si fueras tú el que capitaneaba esa flota y dispusieras de su poder, ¿acaso dudarías un instante? —Anjo estaba preso de rabia—. Dime, ¿lo harías?

—¡No, claro que no! Pero no son como nosotros y nosotros no somos como ellos, y esa es la manera de controlarlos.

—¡Nunca te entenderé! —Exasperado, Anjo se dirigió a los otros tres consejeros—. Hay que trasladar al shōgun a un lugar seguro;

nosotros también debemos marcharnos para que el gobierno siga en pie. Eso es lo único que propongo, una ausencia provisional. Salvo nuestra guardia personal, todos los demás samuráis deberán quedarse, al igual que el Bakufu. —Volvió a mirar a Yoshi—. Y tú quédate si quieres. Ahora votaremos: ¡se aprueba la ausencia provisional!

—¡Espera! Si hace eso el shōgunado perderá su influencia para siempre; nunca podremos controlar a los daimios ni a la oposición, y tampoco al Bakufu. ¡Nunca!

—¡Solo estamos siendo prudentes! El Bakufu se queda, y todos los guerreros. Como jefe de los consejeros estoy en mi derecho de solicitar una votación, así que voto. ¡Y voto que sí!

—¡Y yo digo que no! —exclamó Yoshi.

—Yo estoy de acuerdo con Yoshi-san —intervino Utani. Era un hombre bajo y delgado, de ojos amables y rostro enjuto—. También creo que si nos vamos quedaremos fatal.

Yoshi le sonrió con aprecio. Los daimios del feudo de Watasa eran antiguos aliados, desde Sekigahara. Miró a los otros dos miembros del clan de los Toranaga. Ninguno le miró a los ojos.

—¿Adachi-sama?

Finalmente, Adachi, el daimio de Mito, un hombre pequeño y corpulento, dijo con nerviosismo:

—Estoy de acuerdo con Anjo-sama en que debemos marcharnos; y el shōgun también, por supuesto. Pero también estoy de acuerdo en que podemos perder aunque ganemos. ¡Con todos mis respetos yo voto que no!

El último regente, Toyama, tenía unos cincuenta y cinco años, el cabello cano, una gran papada y era tuerto a causa de un accidente de caza. Para los japoneses, era un anciano. Era el daimio de Kii, y padre del shōgun.

—No me preocupa en absoluto si vivimos o morimos, y tampoco la muerte de mi hijo, el shōgun, pues siempre habrá otro. Pero lo que sí me preocupa es batirnos en retirada tan solo porque los gai-jin hayan anclado en nuestras costas. Voto en contra de la

retirada y a favor de un ataque; voto a favor de ir a la costa y, si esos chacales desembarcan, de que los matemos a todos y nos quedemos con sus buques, cañones y rifles.

—No disponemos de suficientes tropas —dijo Anjo, harto del anciano y de una militancia que nunca llegó a poner en práctica—. Cuántas veces he de repetirlo: no disponemos de suficientes tropas para proteger el castillo y evitar que desembarquen con todos sus efectivos. Cuántas veces he de decir que, según nuestros espías, tienen dos mil soldados armados con rifles en los buques y en la colonia, y diez veces más en Hong Kong y…

Yoshi lo interrumpió airado.

—¡Tendríamos samuráis de sobra junto con sus daimios si no hubieras suprimido el *sankin-kotai*!

—Eso fue a raíz de una solicitud del emperador, por escrito, y presentada por un príncipe de su corte. No nos quedó más remedio que obedecer. Tú también habrías obedecido.

—Sí, ¡pero solo si hubiera recibido el documento! Pero yo nunca lo habría aceptado; habría estado de viaje, o habría entretenido al príncipe. Me habría inventado cualquier estratagema o habría negociado con Sanjiro, que fue el que instigó las «solicitudes». O le habría dicho a uno de los partidarios de la corte que le pidiera al emperador que retirara las solicitudes —Yoshi hablaba con brusquedad—. Cualquier petición al shōgunado debe ser aprobada, así es la ley desde hace siglos. ¡Seguimos controlando los ingresos de la corte! Tú has traicionado nuestro legado.

—¿Me estás llamando traidor? —Ante la sorpresa de todos, la mano de Anjo ceñía la empuñadura de la espada.

—He dicho que has permitido que Sanjiro te manipule —repuso Yoshi sin pestañear, aparentemente tranquilo y esperando que Anjo diera el primer paso para matarlo y acabar para siempre con su estupidez—. No hay ningún precedente de desobediencia al legado. Fue una traición.

—¡Todos los daimios que no pertenecían a las familias de los Toranaga estaban a favor! La mayoría de miembros del Bakufu

estuvieron de acuerdo y los roju también; es preferible que estemos de acuerdo que ver cómo todos los daimios se alían con los señores de provincias para desafiarnos, tal y como lo habrían hecho Sanjiro, los Tosa y los Choshu. Nos habríamos quedado totalmente aislados. ¿No es cierto? —Se dirigió a los demás—. ¿Es cierto o no?

Utani dijo en voz baja:

—Sin duda es verdad que yo estuve de acuerdo. Pero ahora creo que fue un error.

—El error que cometimos fue el de no frenar a Sanjiro y matarlo repuso Toyama.

—Lo protegía el Mandato Imperial —dijo Anjo.

Los labios del anciano se curvaron en una mueca de desprecio.

—¿Y qué?

—Todo Satsuma se habría alzado contra nosotros, los Tosa y los Choshu se habrían unido a ellos y tendríamos una guerra civil que jamás podríamos vencer. ¡Y ahora a votar! ¿Sí o no?

—Yo voto a favor de un ataque, solo de un ataque —insistió el anciano con obstinación—, hoy si desembarcan y mañana en Yokohama.

Desde lejos se oyó el sonido de las gaitas.

Cuatro cúteres más se dirigían al muelle. Tres de ellos transportaban a la infantería escocesa que debía reunirse con los demás; los tambores redoblaban y las gaitas gemían con impaciencia. Los hombres llevaban faldas escocesas, gorros altos de piel negra, túnicas rojas y rifles. Sir William, Tyrer, Lun y tres subordinados más iban en el último barco.

Cuando llegaron a la costa, el capitán que estaba al mando del destacamento saludó.

—Está todo listo, señor. Tenemos patrullas que vigilan el muelle y los alrededores. Los soldados de la infantería de marina nos relevarán dentro de una hora.

—Muy bien. Ahora vayamos a la legación.

Sir William y sus acompañantes subieron a un carruaje que habían transportado y desembarcado a base de grandes esfuerzos. Veinte marineros iban detrás de ellos. El capitán dio la orden de avanzar y el cortejo inició la marcha, con las banderas ondeando, rodeados de soldados; a la cabeza iba un comandante con un enorme tambor y en la retaguardia unos culis chinos de Yokohama arrastraban los carros con el equipaje.

Las estrechas calles entre las tiendas y edificios de un solo piso estaban extrañamente vacías. También lo estaba la inevitable garita del primer puente de madera que pasaba por encima de un canal hediondo. Y la del siguiente. Un perro salió ladrando y gruñendo de un callejón, luego se alejó aullando después de que una patada lo hubiera lanzado al aire para aterrizar a unos diez metros. Más calles y puentes vacíos y, sin embargo, el camino a la legación era tortuoso por culpa del carruaje y porque las calles eran todas peatonales. De pronto el carruaje se quedó atascado.

—¿Quizá deberíamos caminar, señor? —preguntó Tyrer.

—No, ¡por Dios! ¡Pienso llegar en el carruaje! —Sir William estaba furioso consigo mismo. Se había olvidado de lo estrechas que eran las calles. En Yokohama había decidido personalmente llevar el carruaje solo porque las ruedas estaban prohibidas y así expresaba un poco más su disgusto al Bakufu. Gritó—: Capitán, si tiene que derribar unas cuantas casas, hágalo.

Pero no fue necesario. Los marineros, acostumbrados a manejar cañones en espacios reducidos debajo de la cubierta, empujaron y maldijeron y prácticamente transportaron el carruaje por los callejones.

La legación estaba en una pequeña colina en el suburbio de Gotenyama, al lado de un templo budista. Era una estructura inacabada de estilo inglés, de dos plantas y rodeada de una elevada valla con una verja. Tres meses después de la firma del tratado se habían iniciado las obras.

La edificación había sido de una lentitud agonizante, en parte debido a la insistencia de los británicos de utilizar sus propios planos

y sus habituales materiales de construcción, como el cristal para las ventanas y los ladrillos para las paredes, que había que traer de Londres, Hong Kong o Shanghái. También había que construir los cimientos y todas esas cosas de que carecían las casas japonesas, las cuales eran de madera y deliberadamente ligeras y fáciles de reparar a causa de los terremotos. Sin embargo, la mayoría de los retrasos se debían a que el Bakufu se mostraba reacio a que hubiera oficinas extranjeras fuera de Yokohama.

A pesar de que no estaba terminada del todo, la legación fue ocupada y cada día se izaba la bandera británica, lo cual sulfuró aún más al Bakufu y a los ciudadanos locales. El año anterior, el predecesor de sir William había abandonado la legación después de que una noche los ronin asesinaran a dos guardias junto a la puerta de su dormitorio para rabia de los británicos y alegría de los japoneses.

—Ay, no saben cuánto lo sentimos… —había dicho simplemente el Bakufu.

Pero el solar, que el Bakufu arrendó a perpetuidad —equivocadamente, según se ha dicho desde entonces— fue elegido con acierto. La vista desde el antepatio era la mejor de toda la vecindad y se veía la flota ordenada para el combate, anclada y a salvo.

El cortejo llegó con un estilo marcial para volver a tomar posesión. Sir William había decidido pasar la noche en la legación para prepararse para la reunión de la mañana siguiente y empezó a hacer cosas aquí y allá hasta que lo saludó el capitán.

—¿Dígame?

—¿Izamos la bandera, señor? ¿Reforzamos la legación?

—Enseguida. Siga con el plan. Mucho ruido, tambores, gaitas, y todo lo demás. Cuando se ponga el sol las gaitas deberán anunciar que vamos a arriar la bandera y la orquesta desfilará de un lado para otro.

—Sí, señor. —El capitán se dirigió hacia el asta de la bandera. Con mucha pompa y con el sonido agudo de más gaitas y más

tambores, la bandera volvió a aparecer en la vigía. Inmediatamente, según lo acordado, se oyó una andanada que provenía del buque insignia. Sir William se levantó el sombrero y gritó tres hurras sonoros para la reina.

—¡Muy bien! Así me gusta. ¡Lun!

—*Heya* señol?

—Un momento, ¡tú no eres Lun!

—Yo Lun *Dos*, señol. Lun *Uno* venil esta noche, *chop chop*.

—De acuerdo, Lun Dos. Cenaremos cuando se ponga el sol. Quiero que lo organice todo.

Lun Dos asintió con amargura, odiando estar en un lugar tan aislado e indefenso, rodeado de miles de ojos ocultos y hostiles que todos ignoraban aunque también debían presentir. «Nunca comprenderé a los bárbaros», pensó.

Aquella noche Phillip Tyrer no pudo dormir, acostado en un colchón de paja encima de una vieja alfombra, cambiando de postura a cada instante, la cabeza llena de pensamientos desagradables de Londres y de Angélique, del ataque y de la reunión del día siguiente, del dolor en el brazo y de sir William, que había estado todo el día irascible. Hacía frío y en el aire se percibía una ligera promesa del invierno; la habitación era pequeña. Unas ventanas de cristal daban al jardín de atrás, amplio y lleno de plantas. El otro colchón era para el capitán, que seguía haciendo la ronda.

Aparte de los ladridos de los perros y los maullidos de los gatos, la ciudad estaba en silencio. De vez en cuando oía las campanas lejanas de los barcos que daban las horas y las risas guturales de los soldados, que lo tranquilizaban. «Esos hombres son fantásticos —pensó—. Aquí estamos a salvo».

Al cabo de un rato se levantó, bostezó y se acercó a la ventana; la abrió y se apoyó en el alféizar. Afuera estaba oscuro, el cielo cubierto por una gruesa capa de nubes. No había sombras, pero vio a los escoceses patrullando con unas lámparas de aceite. Más allá de

la valla se distinguía el contorno del templo budista. Cuando se puso el sol, y después de que las gaitas anunciaran la retirada y se bajara la bandera, unos monjes atrancaron la pesada verja, tocaron una campana y luego llenaron la noche con unos extraños cánticos: «*Ommm mahnee padmee hummmmmm*…», una y otra vez. A Tyrer consiguieron tranquilizarlo, al contrario de muchos de ellos que les silbaban y gritaban palabras soeces para que callaran.

Encendió una vela que estaba junto a la cama. Su reloj marcaba las 2.30. Tras otro bostezo, arregló la manta, apoyó la espalda en la almohada y abrió el pequeño maletín con sus iniciales grabadas —un regalo de despedida de su madre— y extrajo un cuaderno. Siguiendo la columna de las palabras y frases japonesas que había escrito fonéticamente, murmuró los equivalentes en inglés, luego siguió con la página siguiente y luego con la otra. Hizo lo mismo con las inglesas mientras decía las japonesas en voz alta. Le gustó ver que las había dicho todas correctamente.

—Son pocas, no sé si las estoy pronunciando bien, tengo poco tiempo y ni siquiera he empezado a estudiar la escritura —murmuró.

En Kanagawa le había preguntado a Babcott dónde podía encontrar al mejor profesor.

—¿Por qué no se lo pide al padre? —le repuso Babcott.

Y eso era lo que había hecho, el día anterior.

—Por supuesto, muchacho. Pero esta semana no puedo, ¿qué le parece la semana que viene? ¿Le apetece otro jerez?

«¡Dios mío! ¡Lo que pueden llegar a beber en este sitio! Se pasan la mayor parte del tiempo trompas, y lo que es seguro es que a la hora de comer ya están borrachos perdidos. Con el padre fue inútil, y además huele a mil demonios. ¡Pero qué suerte tuve de encontrar a André Poncin!».

El día anterior había conocido por casualidad al francés en una de las tiendas japonesas que atendía a las necesidades de los extranjeros y que se encontraban en la calle principal del pueblo, detrás de High Street, en dirección contraria al mar y lindando con el barrio de los borrachos. Todas las tiendas parecían iguales, vendían

el mismo tipo de mercancías locales, desde comida hasta aparejos de pesca, espadas baratas o cualquier fruslería. Tyrer estaba junto a un estante mirando unos libros japoneses —el papel era de muy buena calidad, muchos de ellos estaban maravillosamente grabados e ilustrados— e intentando hacerse comprender por el dueño.

—*Pardon, monsieur* —dijo el extraño—, pero tiene que decirle el tipo de libro que quiere. —Tenía unos treinta años, el rostro afeitado, los ojos marrones, el cabello castaño y ondulado, una buena nariz gala e iba bien vestido—. Tiene que decir: «*Watashi hoshii hon, Ing'erish Nihongo, dozo*», es decir: «quiero un libro que esté en inglés y en japonés». —Sonrió—. Por supuesto, no lo tendrá; aunque este hombre le dirá con una hipocresía despreciable: «*Ah so desu ka, gomen nasai*», etcétera; es decir, «Ah, cuánto lo siento, hoy no hay pero si vuelve mañana…». Por supuesto, no dice la verdad; solo dice lo que él cree que usted quiere saber, una costumbre muy japonesa. Me temo que los japoneses no son muy generosos con la verdad, incluso entre ellos.

—Pero, monsieur, si me permite que se lo pregunte, ¿cómo hizo entonces para aprender japonés? Es evidente que lo habla con fluidez.

El hombre rio con gracia.

—Es usted muy amable. Yo no lo soy, aunque lo intente. —Se encogió de hombros divertido—. Con paciencia. Y porque algunos de nuestros sacerdotes lo hablan.

Phillip Tyrer frunció el ceño.

—Me temo que no soy católico, pertenezco a la Iglesia de Inglaterra y, hem, soy aprendiz de intérprete de la legación británica. Me llamo Phillip Tyrer, acabo de llegar y estoy un poco desorientado.

—Ah, por supuesto; usted es el joven inglés del Tokaidō. Por favor, discúlpeme, debería haberle reconocido; nos quedamos todos horrorizados cuando nos enteramos de lo sucedido. Permítame que me presente; soy André Poncin, de París, comerciante.

—*Je suis enchanté de vous voir* —dijo Tyrer, en un francés fluido y correcto aunque con un ligero acento inglés. En todo el mundo,

excepto en Inglaterra, el francés era el idioma de la diplomacia y la lengua franca de casi todos los europeos. Por lo tanto era imprescindible para conseguir un puesto en el Foreign Office y también para que una persona pudiera considerarse bien educada. Añadió, también en francés—: ¿Cree que los padres me enseñarían o me dejarían asistir a sus clases?

—No creo que haya ninguno que dé clases. Puedo averiguarlo. ¿Se va con la flota mañana?

—Sí.

—Yo también, con monsieur Seratard, nuestro ministro. ¿Estuvo en la legación de París antes de venir aquí?

—Desgraciadamente, no. Solo estuve en París un par de semanas, monsieur, de vacaciones. Este es mi primer puesto.

—Ah, pero habla muy bien el francés, monsieur.

—Me temo que no, en realidad no —dijo Tyrer volviendo al inglés —. Supongo que usted también es intérprete.

—Oh no; solo soy un hombre de negocios, pero a veces intento ayudar a monsieur Seratard cuando su intérprete holandés está enfermo, ya que hablo holandés. ¿Así que quiere aprender el japonés lo antes posible, eh? —Poncin se acercó al estante y eligió un libro—. ¿Ha visto ya este libro? Es *Las cincuenta y tres etapas en la carretera del Tokaidō*, de Hiroshige. No olvide que el principio del libro es lo que para nosotros sería el final, ya que escriben de derecha a izquierda. Las imágenes muestran todas las estaciones hasta Kioto. —Hojeó unas cuantas páginas—. Aquí está Kanagawa, y aquí Hodogaya.

Los grabados de cuatro colores eran exquisitos, los mejores que había visto Tyrer, con unos detalles extraordinarios.

—Son maravillosos.

—Sí, lo son. El autor murió hace cuatro años; es una pena, porque era muy bueno. Algunos artistas japoneses son extraordinarios, como Hokusai, Masanobu, Utamaro y muchos más. —André rio y extrajo otro libro—. Tome, tiene que ver este; es una

muestra del humor japonés y de caligrafía, que es como llaman a su escritura.

Phillip se quedó boquiabierto. La pornografía era decorosa y totalmente explícita, página tras página, con hombres y mujeres vestidos con ropas maravillosas y sus partes desnudas exageradas monstruosamente y dibujadas con unos detalles majestuosos al unirse los cuerpos con vigor e imaginación.

—¡Dios mío!

Poncin rio abiertamente.

—Ah, veo que le he procurado un nuevo placer. Como libros eróticos, son únicos. Tengo una colección que me encantaría enseñarles. Se llaman *shunga-e*; y esos otros, *ukiyo-e*, son imágenes del Mundo de los Sauces o del Mundo Flotante. ¿Ha visitado ya un burdel?

—Yo… Yo, no; ejem, no.

—Ah, entonces, ¿puedo ser su guía?

En ese momento, por la noche, Phillip Tyrer recordó la conversación y lo avergonzado que se había sentido. Había intentado simular que él también era un hombre de mundo, pero al mismo tiempo oía los consejos constantes y solemnes de su padre; «Escucha, Phillip, los franceses son todos viles y no te puedes fiar ni de uno de ellos. Los parisienses son los parásitos de Francia y París es sin duda alguna la capital del pecado de todo el mundo civilizado, ¡es licenciosa, vulgar y francesa!».

Se sonrojó al recordar cómo había escuchado las palabras de André, avergonzado de su ávida fascinación.

El francés le explicó que allí los burdeles eran de gran belleza, los mejores de todos, y las cortesanas, llamadas Damas del Mundo Flotante o del Mundo del Sauce, con mucho las mejores que jamás había conocido.

—Por supuesto que hay grados, y en la mayoría de las ciudades también hay mujeres que hacen la calle. Pero aquí tenemos nuestro propio barrio de placer, que se llama Yoshiwara. Está del otro lado del puente y pasada la valla. —Otra vez la agradable risa—. Solemos

decir que es el puente que lleva al paraíso. Ah sí, y usted debería saber que… Oh, discúlpeme, le interrumpo mientras hace sus compras.

—Oh no, en absoluto —repuso inmediatamente, temeroso de que cesara ese flujo de información y esa rara oportunidad, y añadió con el francés más melifluo y florido—: Me sentiría honrado si se dignara a continuar, de veras; es tan importante aprender lo máximo posible y me temo que la gente que frecuento y con los que hablo son… lamentablemente, no son parisienses; la mayoría son unos pesados y carecen de la sofisticación francesa. Para mostrar mi agradecimiento por su amabilidad, me gustaría invitarlo a un té o a champán en la Casa de Té inglesa, o quizá a una copa en el hotel Yokohama; lo siento pero todavía no me he hecho socio del club.

—Es usted muy amable, acepto la invitación.

Agradecido, hizo señas al vendedor y pagó su compras gracias a la ayuda de Poncin, sorprendido de que fuera tan barato. Salieron a la calle.

—¿Qué decía del Mundo de los Sauces?

—No es sórdido como la mayoría de nuestros burdeles, o casi todos los del resto del mundo. Aquí, igual que en París, pero incluso más, el acto sexual es un arte, tan delicado y especial como la alta cocina, que ha de tratarse y practicarse y saborearse y considerarse como, sin… por favor, discúlpeme, sin la poco afortunada «culpabilidad» anglosajona.

Instintivamente, Tyrer se sintió molesto. Por un momento le tentó la idea de corregir a Poncin y decirle que había una gran diferencia entre sentirse culpable y mantener una actitud sana ante la moral y todas las virtudes victorianas.

Pero no dijo nada, sabiendo que habría repetido como un loro las palabras de su padre. «Pobre papá», pensó una vez más, mientras se concentraba en Poncin y en el paseo por High Street, bajo un sol agradable y un aire cálido que traía consigo la promesa de buen tiempo para el día siguiente.

—Pero aquí en Japón, monsieur Tyrer —prosiguió el francés alegremente—, rigen unas reglas y normativas maravillosas para los clientes y para las chicas. Por ejemplo, no se exhiben todas a la vez, salvo en los lugares de muy baja condición, e incluso entonces no se puede entrar y elegir a una.

—¿No se puede?

—Oh, no; ella siempre puede negarse a ir con alguien sin quedar mal. Hay unos protocolos especiales (luego, si quiere, se los puedo explicar detalladamente) pero en cada casa hay una *madame* que la dirige, que se hace llamar mama-san (*san* es un sufijo que significa señora, madame o señor), y que se enorgullece de la elegancia del ambiente y de sus damas. Por supuesto, estas varían según los precios y la elegancia. En las mejores casas, la mama-san te puede vetar; esa es la palabra, ella juzga si eres merecedor de su casa y de todo lo que contiene; en definitiva, si puedes o no puedes pagar la cuenta. En estos sitios, a un buen cliente se le puede fiar mucho dinero, monsieur Tyrer, pero pobre de usted si no paga o se retrasa cuando se le presente la cuenta discretamente. Las casas de todo Japón le prohibirán la entrada para siempre.

Tyrer emitió una carcajada nerviosa.

—De qué manera les llega la información no lo sé; pero llega, de aquí hasta Nagasaki. Así que, monsieur, en ciertos aspectos esto es como el paraíso. Un hombre puede fornicar todo un año a crédito, si lo desea. —Se produjo un cambio imperceptible en la voz de Poncin —. Pero el hombre sabio compra el contrato de una dama y la reserva para su placer exclusivo. De veras que son tan tan encantadoras y tan poco caras cuando uno piensa en los beneficios que puede sacar con el cambio de moneda.

—Entonces, usted, ¿es eso lo que aconseja?

—Sí; sí, sin lugar a dudas.

Tomaron un té. Luego champán en el club, donde André era un socio conocido y popular. Antes de separarse, André dijo:

—El Mundo de los Sauces merece unos cuidados y atenciones especiales. Me sentiría muy honrado de ser uno de sus guías.

Se lo agradeció, sabiendo que nunca aceptaría la oferta. «Es decir, ¿y Angélique? ¿Y si cojo una de esas horrorosas enfermedades, como la gonorrea, o el mal francés, que los franceses llaman el mal inglés y los médicos sífilis?». George Babcott había mencionado deliberadamente que el mal proliferaba, bajo cualquier nombre, en todos los puertos del Tratado de Asia y del Oriente Medio: «… o en cualquier otro puerto, Phillip. Aquí veo muchos casos entre los japoneses, y no todos han sido contagiados por europeos. Si tienes ese tipo de tendencia, utiliza un preservativo, aunque no son muy seguros y tampoco sirven de mucho. Lo mejor será que te abstengas, no sé si me entiendes».

Phillip Tyrer se estremeció. Solo había tenido una experiencia. Dos años antes se había emborrachado con unos compañeros después de los exámenes finales en una taberna de la calle Pont.

—Ha llegado el momento, Phillip, muchacho. Ya está todo arreglado, te lo hará por dos peniques, ¿verdad, Flossy? —Era una camarera de unos catorce años y el asunto lo hicieron de prisa y corriendo, sudando a mares, en un cuchitril asqueroso. Un penique era para ella y el otro para el tabernero. Después se pasó varios meses aterrorizado por la idea de que podía haber cogido la sífilis.

—En Yoshiwara podemos escoger entre más de cincuenta Casas de Té, como las llaman, o Posadas, y todas tienen su licencia y están controladas por las autoridades; cada día hay más. Pero tenga cuidado, no se acerque al barrio de los borrachos. —Se trataba de la zona insalubre de la colonia, donde los bares y posadas de baja condición se apiñaban alrededor del único burdel europeo—: Es para soldados, marineros y hombres de mar, y para la chusma, los balas perdidas, los rentistas, los jugadores y aventureros que se reúnen ahí, porque se tolera. Siempre se ve ese tipo de gente en los puertos porqué todavía no tenemos una policía ni leyes de inmigración. Quizá el barrio de los borrachos sea una válvula de escape, pero más vale que no se acerque por la noche. Si valora su billetero y sus partes, no los saque a pasear por ahí. *Musuko-san* se merece algo mejor.

—¿Cómo?

—Ah, esa es una palabra muy importante. *Musuko* significa hijo, o hijo mío. *Musuko-san* significa literalmente Honorable Hijo, o Señor Hijo Mío, pero en la jerga común significa polla, o Mi Honorable Polla, simple y llanamente. A las chicas las llaman *musume*. En realidad la palabra significa hija, o hija mía, pero en el Mundo de los Sauces significa vagina. Usted le dice a su chica: «*Konbanwa, musume-san*». Buenas noches, *chérie*. Pero si se lo dice con un brillo especial en los ojos ella sabrá que quiere decir: «¿Cómo estás? ¿Cómo está tu Hondonada Dorada?». Así es como los chinos llaman a veces el paso del hombre al paraíso; son tan sabios, los chinos, porque ciertamente las paredes están recubiertas de oro y todo ello está nutrido de oro, de un modo u otro…

Tyrer se recostó, olvidando su cuaderno y con la cabeza dándole vueltas. Antes de que se diera cuenta, tenía el libro de *ukiyo-e*, que había escondido en su maletín, delante de él, y se puso a mirar las imágenes. De pronto lo volvió a guardar.

«No sirve de nada mirar esas imágenes obscenas», pensó totalmente asqueado. La vela empezaba a derretirse. Apagó la llama y luego se recostó, con el consabido dolor en los genitales.

«Qué suerte tiene André. Es evidente que tiene una amante. Debe de ser maravilloso, aunque solo la mitad de lo que dice sea verdad.

»Me pregunto si yo también podría tener una. ¿Podría comprar un contrato? André dijo que muchos de los que están aquí lo hacen, y que alquilan unas casitas particulares en Yoshiwara que pueden ser muy discretas si uno quiere. Dicen que todos los ministros tienen una; sé que sir William acude a una de esas casas una vez por semana; cree que no lo sabe nadie pero todo el mundo lo espía y se ríe; el holandés no va porque es impotente, según dicen, y el ruso prefiere ir probando casas diferentes…

«¿Debería arriesgarme, si pudiera pagarlo? Al fin y al cabo, André me dio una razón muy especial: "Para aprender el japonés

rápidamente, monsieur, procúrese un diccionario durmiente; es la única manera"».

Pero antes de que el sueño se apoderara de él, se le ocurrió preguntarse por qué André había sido tan amable con él, tan locuaz. «Es raro que un francés sea tan abierto con un inglés. Muy raro. Y también es extraño que no haya mencionado a Angélique ni una sola vez…».

Estaba a punto de amanecer. Ori e Hiraga, otra vez vestidos con la ropa de ninja que les cubría todo el cuerpo, salieron de su escondrijo en los terrenos del templo colindantes a la legación y descendieron la colina corriendo y en silencio, cruzaron el puente de madera y se metieron por un callejón, y luego por otro. Hiraga iba delante. Un perro los vio, gruñó, se cruzó en su camino y murió. El hábil arco de la espada de Hiraga fue instantáneo, y siguió corriendo con la hoja desenvainada y con el paso firme para adentrarse más y más en la ciudad. Ori le seguía con cuidado. Aquel día la herida había empezado a supurar.

Al abrigo de una choza en una esquina protegida, Hiraga se detuvo.

—Aquí estamos seguros, Ori —susurró.

Rápidamente, los dos hombres se quitaron la ropa de ninja, la metieron en una bolsa que había traído Hiraga colgada de la espalda y se pusieron unos kimonos sencillos. Con mucho cuidado, Hiraga limpió su espada utilizando una tela de seda que llevan todos los guerreros para proteger su hoja y luego la envainó.

—¿Estás listo?

—Sí.

Una vez más, fue delante cuando se adentraron en el laberinto, poniéndose a cubierto donde podía, vacilando ante cada espacio abierto hasta que no estuviera seguro de que estaba a salvo, sin ver nada, sin encontrar a nadie; luego aceleró el paso, dirigiéndose a su refugio.

Habían estado observando la legación desde temprano por la mañana. Los bonzos —los sacerdotes budistas— simularon que no los veían tras asegurarse de que no eran ladrones, pues Hiraga se identificó y les explicó su cometido: espiar a los gai-jin. Todos los bonzos eran unos xenófobos fanáticos y estaban en contra de los gai-jin, que para ellos era sinónimo de jesuita, su enemigo más odiado y más temido.

—Ah, son shishi, entonces les damos la bienvenida a los dos —dijo un anciano monje—. Nunca hemos olvidado que los jesuitas nos arruinaron, ni que los shōgunes Toranaga son un castigo para nosotros.

Desde mediados del siglo XV hasta principios del XVI, los portugueses fueron los únicos que conocían la ruta para llegar a Japón. Los edictos del papa también les habían concedido el monopolio de las islas y a los jesuitas portugueses el derecho de ser los únicos que hicieran proselitismo. Al cabo de pocos años habían convertido a tantos daimios al catolicismo, y por lo tanto también a sus guardias, que el dictador Gorada los utilizó como excusa para masacrar a miles de monjes budistas que por aquel entonces militaban y dominaban la tierra y se oponían a él.

El tairō, Nakamura, el sucesor de Gorada, expandió su poder enormemente y enfrentó a los bonzos y a los jesuitas a base de miel, persecuciones, sufrimiento y matanzas. Luego vino Toranaga. Este, que toleraba todas las religiones, salvo las extranjeras, se dio cuenta de que todos los daimios convertidos al cristianismo habían luchado contra él en Sekigahara. Tres años más tarde, ocupó el cargo de shōgun y al cabo de dos años dimitió en favor de su hijo, Sudara, aunque de hecho siguió ostentando el poder, una antigua costumbre japonesa.

Durante toda su vida trató a los jesuitas y a los budistas con severidad, y eliminó o neutralizó a los daimios católicos. Su hijo, el shōgun Sudara, les puso más freno y su nieto, el shōgun Hironaga, acabó de llevar a cabo el plan expuesto con tanto cuidado en el legado y proscribió el cristianismo en todo Japón bajo pena de

muerte. En 1638, el shōgun Hironaga destruyó el último bastión cristiano en Shimabara, cerca de Nagasaki, donde unos cuantos miles de ronin, treinta mil campesinos y sus familias se rebelaron contra él. Los que se negaron a retractarse fueron crucificados o sacrificados con la espada como si fueran vulgares criminales. La mayoría salvo unos pocos renegaron. Luego dirigió su atención a los budistas. En pocos días tuvo el placer de aceptar el obsequio de todas sus tierras y de este modo los mantuvo sometidos bajo su yugo.

—Les damos la bienvenida, Hiraga-san, Ori-san —volvió a decir el anciano monje—. Estamos a favor de los shishi, de *sonno-joi* y en contra del shōgunado. Pueden ir y venir a su antojo. Si necesitan ayuda, díganlo.

—Pues desearía que llevaran la cuenta del número de soldados, sus idas y venidas, qué habitaciones ocupan y quién las ocupa.

Los dos hombres se habían pasado todo el día esperando y observando. Al anochecer se pusieron la ropa de ninja. En dos ocasiones Hiraga se acercó a la legación, una de ellas escaló la valla para tantear y reconocer el terreno, pero se retiró rápidamente sin que lo viera una patrulla que por poco se topó con él.

—Nunca podremos entrar por la noche, Ori —susurró—. Ni de día. Hay demasiadas tropas.

—¿Cuánto tiempo crees que se quedarán?

Hiraga sonrió.

—Hasta que los echemos.

Ya estaban a punto de llegar a su refugio, una posada situada al este del castillo. El sol estaba a punto de salir, el cielo más claro y había una capa de nubes más fina que la del día anterior. La calle estaba desierta, al igual que el puente. Confiado, Hiraga comenzó a recorrer la calle de la posada y de pronto se detuvo. Una patrulla del Bakufu de diez hombres surgió de entre las sombras. Enseguida los dos bandos se pusieron en posición de ataque, con las manos en las empuñaduras de las espadas.

—Acérquense y enséñeme su documentación —dijo el jefe de los samuráis.

—¿Quién es usted para desafiar a nadie?

—Ya ha visto nuestras insignias —replicó el hombre irritado, colocando un pie en una de las tablillas de madera del puente. El resto de los hombres se diseminaron detrás de él—. Somos los guerreros de Mito del noveno regimiento, guardianes del shōgun. Identifíquense.

—Hemos estado espiando al enemigo. Déjennos pasar.

—Parecen ladrones. ¿Qué llevan en esa bolsa, eh? ¡Identifíquense!

Ori sentía las punzadas en el hombro. Había visto la decoloración delatora pero se lo había ocultado a Hiraga, y también el dolor. Le dolía la cabeza, pero enseguida supo que no tenía nada que perder y que en cambio podía ganar una muerte admirable.

—*Sonno-joi!* —rugió de pronto, y se abalanzó sobre el samurái que estaba en el puente. Los demás retrocedieron para dejarles sitio mientras Ori luchaba con toda su fuerza. Hubo un momento en que tuvo que recuperarse tras desviar un golpe y luego volvió a atacar, finteó y esta vez dio en el blanco. El hombre yacía muerto a sus pies. Enseguida, Ori se precipitó sobre otro hombre que retrocedió, y fue a por otro que también retrocedió. El círculo de hombres empezaba a cerrarse.

—*Sonno-joi!* —gritó Hiraga y corrió para colocarse al lado de Ori. Estaban los dos acorralados.

—¡Identifíquense! —dijo un joven guerrero, nada impresionado —. Soy Hiro Watanabe y no quiero matar ni que me mate un guerrero desconocido.

—¡Yo soy un shishi de Satsuma! —exclamó Ori orgulloso, y, como era habitual, añadió un alias—: Riyama Takagaki.

—¡Yo soy de Choshu y me llamo Shodan Moto! *Sonno-joi* —gritó Hiraga y se abalanzó sobre Watanabe que retrocedió sin miedo, al igual que los que estaban junto a él.

—Nunca he oído hablar de ustedes —dijo Watanabe entre dientes—. Ustedes no son shishi, no son más que escoria. —Su acometida fue eludida. Hiraga, un diestro guerrero, aprovechó la fuerza y velocidad de su agresor para hacerle perder el equilibrio, se apartó y le asestó una cuchillada por debajo de la espada enemiga hiriéndole en el costado desprotegido. Tras retirar la espada, en un solo movimiento le cortó el cuello y lo decapitó mientras caía al suelo, y volvió a colocarse en posición de ataque.

El silencio era absoluto.

—¿Con quién has estudiado? —preguntó alguien.

—Toko Fujita fue uno de mis sensei —contestó Hiraga, con cada parte de su cuerpo preparada para el siguiente ataque.

—¡Uuh! —Era uno de los maestros de esgrima que Mito veneraba y murió en el terremoto de Yedo, en 1855, en el que también perecieron cien mil personas.

—Son shishi, y los hombres de Mito no matan a shishi ni a su gente —dijo uno de los hombres en voz baja—. *Sonno-joi!* —Con cautela, el hombre se apartó, y como no estaba seguro de los demás siguió empuñando la espada. Lo miraron, y luego se miraron los unos a los otros. Un hombre delante de él se movió. Ahora había un espacio estrecho ante ellos que parecía invitarlos a seguirlo, pero las espadas seguían preparadas.

Hiraga se mantuvo alerta, esperando una trampa; pero Ori asintió para sus adentros, ya sin dolor, indiferente a la vida o la muerte. Tranquilamente, limpió la hoja y envainó la espada. Hizo una reverencia cortés a los dos muertos y empezó a andar entre los samuráis, sin mirar a los lados ni hacia atrás.

Poco después Hiraga fue tras él, con la misma lentitud. Hasta que doblaron una esquina. Entonces, los dos pusieron pies en polvorosa y no pararon de correr hasta que estuvieron bien lejos.

X

Los cinco representantes del Bakufu llegaron al antepatio de la legación en sus palanquines, con gran parsimonia, una hora más tarde de lo previsto. Iban precedidos por unos samuráis, rodeados de guardias y portando unos estandartes con los emblemas oficiales. Sir William contemplaba la escena desde lo alto de una escalinata que daba a la entrada del imponente edificio; detrás de él estaban los ministros francés, ruso y prusiano, y una guardia de honor formada por soldados escoceses y franceses, cuya presencia había sido impuesta por Seratard. Los ayudantes, Phillip Tyrer y otros miembros del personal de la legación se situaban a la derecha de sir William. El almirante Ketterer y el general habían permanecido a bordo, de reserva.

Los japoneses saludaron con una reverencia muy ceremoniosa; sir William y los demás se quitaron los sombreros. Mientras acompañaban a los japoneses a la gran sala de audiencias, intentaban contener la risa que les producía la extravagancia de sus vestimentas: los pequeños sombreros, lacados y cuadrados, colocados sobre unas coronillas afeitadas y sujetos por debajo de la barbilla; los abrigos amplios y de grandes hombreras, los kimonos de seda multicolores típicos de las ceremonias, los pantalones voluminosos, las sandalias con correa y los *tabi*, una especie de calcetín o zapato con dedos; los abanicos colgados de los cinturones y las dos espadas de siempre.

—Esos sombreros son tan pequeños que no sirven ni de orinal —dijo el ruso.

Sir William se sentó en el centro de una fila de sillas junto con los ministros; Phillip Tyrer lo hizo en uno de los extremos para asegurar una distribución equilibrada de la delegación. Los miembros del Bakufu se sentaron frente a ellos, y los intérpretes en el medio, sobre unos cojines. Tras largas discusiones acordaron tener cinco guardias cada uno, que permanecieron detrás de sus amos escrutándose los unos a los otros con desconfianza.

Siguiendo un protocolo muy estricto, los adversarios se presentaron. Toranaga Yoshi fue el último:

—Tomo Watanabe, funcionario subalterno, de segunda categoría —dijo, y tras simular una humildad que no sentía, se colocó en el lugar de menor rango en uno de los extremos de la fila. Vestía una ropa menos sofisticada que los demás, quienes, al igual que los guardias, habían recibido la orden, bajo pena de muerte, de tratarlo como si fuera el funcionario de menor rango.

Se acomodó en su asiento, con una sensación extraña. «Qué poco agradecidos son estos enemigos —pensaba—, qué ridículos con esas chisteras, esas botas tan extravagantes y esa ropa oscura, fea y pesada. ¡No me extraña que huelan tan mal!».

Sir William, midiendo sus palabras pero sin rodeos, dijo:

—Un inglés ha sido asesinado por unos samuráis de Satsuma…

A las cinco los europeos ya habían perdido los nervios mientras los japoneses seguían respondiendo corteses, sonrientes, aparentemente imperturbables. Su portavoz alegó de cien maneras distintas que cuánto lo sentían, pero no tenían jurisdicción sobre Satsuma, no sabían quiénes eran los asesinos ni la manera de encontrarlos; pero sí, era un asunto lamentable; pero no, no sabían cómo pedir una satisfacción; pero sí, en algunos casos se puede pedir una satisfacción; pero no, el shōgun no estaba disponible; pero sí, el shōgun estaría encantado de concederles una audiencia a su regreso; pero no, no será en un futuro próximo; pero sí, averiguaremos el día exacto inmediatamente; pero no, no podrá ser este mes porque no se conoce con exactitud su paradero; sí, será lo antes posible; no, la próxima reunión y todas las demás no deberán

celebrarse en Yedo, aunque sí en Kanagawa; pero cuánto lo sentimos, este mes no podrá ser; pero no, cuánto lo sentimos pero no tenemos autoridad…

Había que traducir cada punto del inglés al holandés y luego al japonés; lo discutían largamente entre ellos, después volvían a exponer el asunto con pedantería en holandés, y del holandés al inglés, y pidiendo siempre con mucha educación que se les explicaran los puntos más triviales.

A Yoshi el procedimiento entero le resultó muy interesante, pues nunca había estado cerca de un grupo de gai-jin ni asistido a una reunión en la que, sorprendentemente, un inferior discutía las tácticas en lugar de escuchar y obedecer.

De los otros cuatro, tres eran auténticos funcionarios del Bakufu, si bien de escasa relevancia. Todos ellos habían utilizado nombres falsos, una costumbre habitual en el trato con extranjeros. El impostor, que en realidad hablaba inglés, estaba sentado junto a Yoshi. Se llamaba Misamoto. Yoshi le había dado órdenes de tomar nota de todo, de que le advirtiera con discreción cuando no se hubiera traducido bien algo importante o, de lo contrario, que cerrara la boca. Era un criminal sentenciado a muerte.

Cuando Yoshi lo llamó el día anterior, Misamoto se había postrado a sus pies, temblando de miedo.

—Levántate y siéntate aquí. —Yoshi señaló con su abanico el borde del tatami en que estaba sentado.

Misamoto obedeció en el acto. Era un hombre pequeño con los ojos rasgados, tenía el cabello entrecano y largo, igual que la barba, y el rostro cubierto de sudor; vestía ropas bastas y casi andrajosas, sus manos eran callosas y la piel del color de la miel oscura.

—Me dirás la verdad. Mis hombres me han informado de que hablas inglés.

—Sí, mi señor.

—¿Naciste en Anjiro, en Izu, y has estado en la tierra que llaman América?

—Sí, mi señor.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Casi cuatro años, mi señor.

—¿En qué parte de América?

—San Francisco, mi señor.

—¿Qué es *Sanfrensiska*?

—Una ciudad muy grande, mi señor.

—¿Estuviste solo en esa ciudad?

—Sí, mi señor.

Yoshi lo observó con atención; necesitaba información por la vía más rápida. Vio que el hombre se desesperaba por agradar, aunque estaba muerto de miedo, de él y de los guardias que lo habían traído a empujones y arrojado al suelo. Así que intentó abordarlo de otro modo. Despidió a los guardias, se levantó y se apoyó en el marco de la ventana, mirando la ciudad.

—Cuéntame rápidamente lo que te sucedió.

—Yo era un pescador del pueblo de Anjiro, donde nací hace treinta y tres años, mi señor —empezó a contar Misamoto. Era evidente que ya había narrado la misma historia cientos de veces—. Hace nueve años me fui a pescar con seis personas más en mi barco, a unas cuantas *ri* de la costa, pero nos pilló una tormenta que comenzó de golpe y que pronto se convirtió en un temporal muy fuerte; nos arrastró durante treinta días, o más, en dirección al este, hacia el mar abierto, a cientos de *ri*, quizá mil, mi señor. Durante ese tiempo, a tres de mis compañeros se los llevaron las olas. Luego el mar se calmó, pero nuestras velas estaban destrozadas y no teníamos comida ni agua. Los tres que quedábamos intentamos pescar, pero no cogimos nada, no teníamos agua para beber… Uno de mis compañeros enloqueció y saltó al agua, empezó a nadar hacia una isla que creyó haber visto y no tardó en ahogarse. No se veía la tierra, ni ningún barco, solo agua. Varios días después murió el otro hombre, mi amigo Ishii, y yo me quedé solo. Un día creí que estaba muerto porque vi un barco muy extraño que navegaba sin velas y parecía estar incendiándose, pero en realidad era un barco de vapor, norteamericano, que iba de Hong Kong a San Francisco.

Me rescataron, me dieron de comer y me trataron como a uno de ellos. Yo estaba aterrorizado, mi señor, pero compartieron conmigo la comida, la bebida y me dieron ropa…

—¿Ese barco te llevó a ese San no sé qué? ¿Qué sucedió entonces?

Misamoto contó que se había alojado en la casa del hermano del capitán, un proveedor de barcos, para aprender su idioma y hacer trabajos ocasionales hasta que las autoridades decidieran lo que iban a hacer con él. Vivió con esa familia tres años, trabajando en la tienda y en el puerto. Un día lo llevaron ante un funcionario importante, llamado Natow, que lo interrogó durante mucho tiempo y le dijo que lo iban a enviar en el buque de guerra *Missouri* hasta Shimoda, donde iba a hacer de intérprete para el cónsul Townsend Harris, que se hallaba en Japón negociando un tratado. En esa época ya vestía a la manera occidental y había aprendido las costumbres de sus anfitriones.

—Acepté encantado, mi señor, estaba seguro de que podía serle útil al Bakufu. El noveno día del octavo mes del año 1857 según su calendario, hace cinco años, levamos anclas para ir a Shimoda, en Izu, mi pueblo natal, que está un poco más al norte, mi señor. En cuanto desembarqué me dieron un permiso de un día; partí enseguida, mi señor, y me presenté en la garita más cercana para hablar con un funcionario Bakufu, creyendo que me tratarían bien por la información que traía… Pero los centinelas no quisieron… —El rostro de Misamoto se contorsionó de angustia—. No quisieron escucharme, mi señor, ni entender… me ataron y me arrastraron hasta Yedo… todo eso ocurrió hace unos cinco años, mi señor, y desde entonces me han tratado como si fuera un criminal, me han confinado y yo no paro de explicar lo que me ocurrió, que no soy un espía sino un hombre leal de Izu…

Yoshi, disgustado al ver unas lágrimas deslizarse por el rostro del hombre, interrumpió el lloriqueo bruscamente.

—¡Basta ya! ¿Acaso no sabes que está prohibido abandonar el imperio nipón sin permiso?

—Sí, mi señor, pero yo creí…

—¿Y no sabes que si se incumple esa ley, sea cual sea la razón, el infractor, sea quien sea, no puede regresar so pena de muerte?

—Oh sí, mi señor, sí, sí que lo sabía, pero no creí que me incluirían a mí también, mi señor; creí que me recibirían bien y que les sería útil, y es que se me había llevado la tormenta…

—La ley es la ley y esta ley es buena, pues evita la contaminación. ¿Crees que te han tratado injustamente?

—Oh no, mi señor —repuso Misamoto rápidamente, mientras se enjugaba las lágrimas, aún más asustado, inclinado y con la frente apoyada en el tatami—. Por favor, discúlpeme, le ruego que me perdone, por favor…

—Limítate a responder a mis preguntas. ¿Qué tal hablas el inglés?

—Entiendo y hablo un poco de inglés norteamericano, mi señor.

—¿Es igual a lo que hablan los gai-jin de aquí?

—Sí, señor, más o menos…

—¿Cuándo viniste a ver a Harris ibas afeitado?

—No, mi señor, no me afeitaba. Llevaba una barba como la mayoría de los marineros, mi señor, y el cabello largo, recogido en una cola.

—¿A quién viste además de Harris?

—Solo a él, mi señor; estuve con él alrededor de una hora, y con uno de sus hombres, no recuerdo cómo se llamaba.

Una vez más Yoshi sopesó los peligros de su plan: ir a la reunión disfrazado, sin la aprobación del consejo, y utilizar a ese hombre como espía para enterarse secretamente de lo que decía el enemigo. «A lo mejor Misamoto ya es un espía de los gai-jin —pensó con amargura—, como creen los que lo han interrogado. Sin duda es un mentiroso; su historia es demasiado fácil, tiene unos ojos demasiado astutos, y en cuanto me descuido actúa igual que un zorro».

—Muy bien. Más adelante querré saber todo lo que has aprendido; todo y… ¿sabes leer y escribir?

—Sí, mi señor, pero en inglés solo un poco.

—Muy bien. Quiero utilizarte para llevar adelante un plan importante. Si me obedeces en todo y me complaces, revisaré tu caso. Si me fallas, por poco que sea, ¡desearás no haberlo hecho!

Tras explicarle el plan, lo dejó en manos de sus consejeros, y cuando los guardias trajeron a Misamoto afeitado, con el peinado de los samuráis y la ropa de un funcionario, incluidas las dos espadas, aunque falsas y sin hoja, no lo reconoció.

—Bien. Camina por la habitación.

Misamoto obedeció y Yoshi se quedó impresionado al ver la rapidez con la que el hombre había aprendido a mantenerse erguido, como le habían enseñado, en lugar de la postura servil propia de un pescador. «Demasiado rápido», pensó, convencido de que Misamoto no era lo que aparentaba.

—¿Has entendido perfectamente lo que tienes que hacer?

—Sí, mi señor. Le juro que no le fallaré, mi señor.

—Ya lo sé. Mis guardias han recibido orden de matarte si llegas a separarte de mí o si te comportas con torpeza o… con indiscreción.

—Descansaremos diez minutos —dijo sir William, cansado—, díselo, Johann.

—Preguntan por qué —repuso Johann Favrod, el intérprete suizo, con un bostezo—. Perdón. Parece ser que opinan que ya se han discutido todos los puntos, etcétera; que transmitirán el mensaje etcétera; y se convocará otra reunión en Kanagawa con la contestación etcétera; dentro de unos setenta días, tal y como han sugerido antes etcétera, etcétera.

El ruso murmuró:

—Si yo dispusiera de la flota un solo día, acabaría con estos *matyeryebitz* y todos los problemas.

—Seguro —asintió sir William, y luego añadió en un ruso perfecto —: Lo siento, mi querido conde, pero estamos aquí para encontrar una solución diplomática antes que nada. —Luego, en inglés—: Acompáñelos a la sala de espera, Johann. Caballeros, ¿están listos?

—Se levantó, se inclinó con rigidez y se dirigió a una de las salas de espera seguido por los demás. Al pasar junto a Phillip Tyrer, dijo—: Quédese con ellos y, no lo olvide, mantenga los ojos y los oídos bien abiertos.

Todos los ministros se dirigieron hacia los urinarios que estaban en la antesala.

—Dios mío —dijo sir William agradecido—, creí que me iba a explotar la vejiga.

Lun entró seguido de varios criados con bandejas.

—*Heya*, señol, ité-ah, sam'wich-ah! —Señaló la otra sala con un gesto despectivo—. ¿Todo seguil igual con esos monos, *heya*?

—Más vale que no te oigan hablar así, por Dios. A lo mejor hay alguien que habla pidgin.

Lun se quedó mirándolo.

—¿Qué decil, señol?

—Bah, da igual.

Lun salió riéndose para sus adentros.

—Bien, caballeros; como era de esperar, no hemos avanzado nada.

Seratard encendió la pipa. André Poncin, junto a él, disfrutaba al ver el desconcierto de sir William.

—¿Qué propone ahora, sir William?

—En realidad se trata de un problema británico que solo concierne a los franceses parcialmente. Si fuera de mi competencia ya lo habría solucionado con el clásico ímpetu francés el mismo día que comenzó.

—Claro, *mein herr*, que para eso necesitaría una flota como la británica —intervino Von Heimrich en tono lacónico.

—Evidentemente. En Europa tenemos muchas flotas así, como ya sabe. Y si la política imperial francesa fuera la de imponer una presencia importante en la zona como la de nuestros aliados británicos, entonces dispondríamos de un par de flotas.

—Sí, bueno… —Sir William estaba cansado—. ¿He de entender que todos creen que hemos de tratarlos con dureza?

—Con la máxima dureza —aseguró el conde Zergeyev.

—Ja.

—Por supuesto —asintió Seratard—. Creí que esa era su intención, sir William.

El ministro mordisqueó su bocadillo y acabó el té.

—De acuerdo. Ahora voy a clausurar la reunión y la volveré a convocar para mañana a las diez, y les daré un ultimátum: que se celebre una reunión con el shōgun en el plazo de una semana. Queremos a los asesinos, la indemnización, o de lo contrario…, claro está que con la aprobación de todos.

Seratard dijo:

—Le sugiero, sir William, que teniendo en cuenta que será bastante difícil celebrar una reunión con el shōgun, quizá deberíamos aplazarla hasta que nos hayan llegado los refuerzos y cuando tengamos una verdadera razón para reunirnos con él. Al fin y al cabo, este ejercicio es una demostración de poder y una represalia, no es para imponer la política imperial; ni la suya ni la nuestra.

—Es cierto —asintió el prusiano de mala gana.

Sir William ponderó las razones que se ocultaban detrás de la propuesta y no encontró ningún fallo ni peligro oculto.

—Muy bien. Exigiremos que se celebre una reunión «en un futuro próximo» con el shōgun. ¿De acuerdo?

Todos se mostraron de acuerdo.

—Discúlpeme, sir William —intervino André Poncin—, si me lo permite, le sugiero que si empieza la reunión y acto seguido la clausura, quedará un poco mal ante nuestros «invitados».

—Muy cierto, André —dijo Seratard. Por lo que sabían los demás, Poncin era tan solo un comerciante con un conocimiento básico de las costumbres japonesas, que chapurreaba el japonés, y amigo personal de algunos funcionarios, para quienes a veces hacía de intérprete. En realidad, Poncin era un espía muy bien considerado, cuya misión consistía en descubrir y neutralizar las actividades de los británicos, los alemanes y los rusos en Japón.

—¿Qué le parece, sir William?

—Sí —asintió este, pensativo—. Sí, tiene razón, André; gracias. No debería hacerlo yo. ¡Lun!

La puerta se abrió inmediatamente.

—¿*Heya*, señol?

—¡Vaya a buscar a Mr. Tyrer enseguida!, ¡enseguida! —Luego se dirigió a los demás—: Tyrer lo hará por mí, puesto que se trata de un problema británico.

Al regresar a la sala de audiencias que daba al antepatio, Phillip Tyrer se acercó a Johann con la mayor dignidad posible. Los funcionarios Bakufu no le prestaron la menor atención y siguieron charlando, mientras Yoshi permanecía ligeramente apartado. Misamoto, sentado junto a él, era el único que no hablaba.

—Johann, salúdelos de parte de sir William y dígales que se levanta esta reunión tan poco satisfactoria y que tendrán que comparecer mañana a las diez para lo que se espera que sea un final satisfactorio de esta situación injustificable: los asesinos, la indemnización y una reunión con el shōgun en un futuro próximo, o de lo contrario deberán atenerse a las consecuencias.

Johann palideció.

—¿En esos términos?

—Sí, exactamente así —Tyrer también estaba cansado de tanto titubeo, y no podía olvidar ni un solo instante la violenta muerte de John Canterbury, las heridas de Malcolm Struan y el terror de Angélique—. ¡Dígaselo!

Observó a Johann mientras transmitía el breve ultimátum en un holandés gutural. El intérprete japonés enrojeció e inició una larga traducción mientras Tyrer observaba a los funcionarios por el rabillo del ojo. Todos se mostraban atentos, salvo uno, el hombre pequeño con los ojos rasgados y las manos callosas que antes le había llamado la atención, pues todos los demás tenían unas manos muy cuidadas. Una vez más, ese hombre empezó a susurrar algo al oído

del funcionario más joven y guapo, Watanabe, como lo había hecho durante toda la reunión.

«Ojalá pudiera comprender lo que dicen», pensó Tyrer irritado, más decidido que nunca a hacer todo lo posible para aprender el japonés cuanto antes.

Cuando el intérprete terminó su parrafada, escandalizado y avergonzado, se produjo un silencio, tan solo interrumpido por unos resoplidos, pese a que todos permanecían impasibles. Mientras el intérprete hablaba, Tyrer se fijó en que dos funcionarios le dirigieron una rápida mirada a Watanabe.

¿Por qué?

Daba la impresión de que esperaban algo. Watanabe bajó la vista, se ocultó detrás de su abanico y murmuró algo. Enseguida el hombre de los ojos rasgados se puso de pie con torpeza y habló brevemente. Aliviados, todos se levantaron y salieron de la habitación en silencio, sin hacer ninguna reverencia. Watanabe fue el último en salir, seguido del intérprete.

—Johann, esta vez han captado el mensaje de verdad —dijo Tyrer, contento.

—Sí, y no podrían estar más cabreados.

—Eso es justo lo que pretendía sir William.

Johann se frotó una ceja. De cabello castaño, estatura mediana, delgado y fuerte, tenía el rostro surcado de arrugas.

—Cuanto antes aprenda el japonés para hacer de intérprete, mejor. Ya es hora de regresar a casa, a mis montañas y a mis nieves, ahora que aún tengo la cabeza intacta. Aquí hay demasiados cretinos, y nadie es capaz de saber qué traman.

—Seguro que como intérprete disfruta de una posición privilegiada —dijo Tyrer, inquieto—. Usted es el primero en enterarse de todo.

—¡Y el portador de las malas noticias! Siempre son malas noticias, *mon vieux*. Nos odian y están deseando echarnos. Firmé un contrato de dos años con el Foreign Office, renovable por acuerdo mutuo. Cuando caduque dentro de dos meses y tres días, yo me

largo de aquí para siempre. —Johann se acercó al aparador junto a la ventana y bebió un gran sorbo de cerveza—. No pienso renovarlo, por mucho que me tienten. —De pronto sonrió—. *Merde*, ese es el problema de vivir aquí.

Tyrer se rio de su aspecto de duendecillo.

—*Musume?* ¿Su chica?

—Pues sí que aprende rápido.

En el antepatio, los funcionarios se subieron a sus palanquines. La actividad del jardín se había detenido; los seis jardineros estaban arrodillados, inmóviles, con la frente en el suelo. Misamoto esperaba junto a Yoshi, deseando con desesperación haber superado la primera prueba, consciente de que si cometía cualquier equivocación dejaría de estar en posición vertical. «De un modo u otro le seré útil a ese bastardo —pensaba en inglés—, hasta que logre subirme a bordo de un barco americano y le cuente al capitán que esas sabandijas me secuestraron cuando estuve con Harris…».

Levantó la mirada y se quedó petrificado. Yoshi lo estaba observando.

—¿Mi señor?

—¿En qué pensabas?

—En que espero haberle servido de algo, mi señor. Yo… ¡mire detrás de usted, mi señor! —susurró.

André Poncin bajaba las escaleras y se dirigía hacia Yoshi. Inmediatamente los guardias formaron un escudo protector. Sin miedo aparente, Poncin hizo una reverencia cortés y dijo en un japonés aceptable aunque vacilante:

—Mi señor, disculpe, por favor, ¿poder dar mensaje de mi señor, el jefe francés, por favor?

—¿Qué mensaje?

—Él decir quizá usted querer ver dentro barco de vapor, motor, cañones. Pedir que invite humildemente a usted y funcionarios —Poncin esperó, y la única reacción de Yoshi fue un gesto imperioso

con el abanico para despedirlo—. Gracias, mi señor, por favor, disculparme. —Se alejó, seguro de haber actuado correctamente. Al llegar a la escalera reparó en que Tyrer lo observaba desde la ventana de la sala de audiencias; reprimió una maldición y lo saludó con la mano. Tyrer le devolvió el saludo.

Cuando el último samurái abandonó el antepatio, los jardineros reanudaron su trabajo. Uno de ellos se echó la pala al hombro y se alejó cojeando. Hiraga, con la cabeza envuelta en un trapo sucio y un kimono andrajoso, se sentía satisfecho del resultado de su espionaje. Ahora ya sabía cómo, cuándo y dónde iba a producirse el ataque del día siguiente. Una vez a salvo en el palanquín y de regreso al castillo, con Misamoto sentado obedientemente en el otro extremo, Yoshi dejó vagar la mente. Seguía sorprendido de la grosería con la que los habían despedido, pero sin sentirse furioso como los demás; el asunto solo requería paciencia.

«La venganza tendrá lugar de la manera que yo elija.

»¿Una invitación para visitar un buque de guerra y ver los motores? Caramba, es una oportunidad que no debo perder. Peligrosa, pero la aprovecharé. —Sus ojos se detuvieron en Misamoto que miraba por la rendija de una ventana. Sin duda, el prisionero Misamoto le había sido útil—. Es estúpido que los intérpretes no traduzcan exactamente lo que les dicen. Es estúpido que el ruso nos amenace. Es estúpido que sean tan groseros. Es estúpido que el criado chino nos llame monos. Muy estúpido. Bueno, ya me las veré con todos ellos, uno detrás de otro.

»Pero ¿cómo vérselas con los jefes?, ¿y con la flota?».

—Misamoto, he decidido que no volverás a la garita. Pasarás los próximos veinte días con mis guardias y seguirás aprendiendo a comportarte como un samurái.

Enseguida la cabeza de Misamoto tocó el suelo del palanquín.

—Muchas gracias, mi señor.

—Si me complaces. Bueno, y ahora, dime, ¿qué va a suceder mañana?

Misamoto vaciló, aterrorizado; la primera regla de supervivencia consistía en nunca dar malas noticias a un samurái, en no decir nada, en no opinar sobre nada, y si uno se veía obligado a ello, había que decir únicamente lo que se suponía que el otro querría oír. ¡Qué distinto era todo allí, en Estados Unidos, el paraíso terrenal!

«La respuesta es evidente —quiso gritar, volviendo a caer en la costumbre de pensar en inglés, lo único que le había mantenido cuerdo durante los años de cautiverio—. Si vieras cómo se tratan entre ellos los miembros de la familia de gai-jin con la que viví, cómo me trataban a mí, un simple criado; me trataban como a un hombre, mejor de lo que jamás había imaginado. Y si vieras cómo cada hombre puede caminar recto y llevar un cuchillo o una pistola (a excepción de los negros), y lo impacientes que son cuando tienen que solucionar un problema. Si es necesario lo arreglan, a base de puñetazos, pistolas o cañonazos, para luego pasar al siguiente. Allí casi todo el mundo es igual ante la ley y no hay ningún mierda de daimio o samurái que te pueda matar cuando le dé la gana…».

Yoshi dijo en voz baja, mientras lo miraba fijamente:

—Respóndeme siempre la verdad, siempre, si aprecias tu vida.

—Por supuesto, mi señor, siempre. —Estaba tan aterrorizado que obedeció a ciegas—. Cuánto lo siento, mi señor, pero a menos que consigan lo que quieren, creo que… creo que arrasarán Yedo.

«Estoy de acuerdo, pero solo si somos estúpidos», pensó Yoshi.

—¿Podrían hacerlo con esos cañones?

—Sí, mi señor. No podrían con el castillo, pero sí con la ciudad.

«Y eso sería una pérdida inútil de los recursos de los Toranaga. Tendríamos que reponerlo todo otra vez; los campesinos, los artesanos, los cortesanos y los mercaderes para que nos sigan sirviendo».

—Entonces, ¿cómo harías para darles un poco de sopa pero sin pescado? —preguntó Yoshi.

—Por favor, discúlpeme; no lo sé, mi señor, no lo sé.

—Piénsalo, y dame la respuesta al amanecer.

—Pero… sí, mi señor.

Yoshi se reclinó en los almohadones de seda y se concentró en la reunión del día siguiente con los regentes. Al final, Anjo había tenido que retirar la orden de evacuar el castillo ya que sin contar con el apoyo de una clara mayoría la orden carecía de validez y Yoshi, como guardián oficial, prohibió la partida del shōgun.

«Esta vez he ganado, pero solo porque ese tozudo de Toyama insistió en votar a favor de su descabellado plan de ataque, así que no se votó ni a favor ni en contra mía. No por una cuestión de mérito sino porque soy quien soy, el Toranaga que debería haber sido el shōgun».

Como Yoshi se sentía seguro en su palanquín, a solas salvo por la presencia de Misamoto, que no podía adivinar sus pensamientos más íntimos, dejó que en su mente se abriera el compartimiento correspondiente a Nobusada, tan impredecible, tan volátil, tan constantemente peligroso.

¿Qué hacer con él?

«No lo puedo contener mucho más tiempo. Es aún muy joven, y ahora está en las garras más peligrosas de todas, las de la princesa Yazu, la espía del emperador y enemiga fanática del shōgunado, que ha sido el responsable de la ruptura de su compromiso con su adorado compañero de la infancia, un príncipe muy atractivo y nada despreciable. También el shōgun le impuso un exilio permanente lejos de Kioto, de toda su familia y sus amigos, obligándola a casarse con un papanatas impotente, incapaz de darle un hijo.

»Ahora la princesa ha planeado esta visita oficial a Kioto para humillar al shōgun ante el emperador, una jugada maestra que destruirá el delicado equilibrado mantenido a lo largo de tantos siglos: "La autoridad para gobernar el Imperio ha sido concedida por edicto imperial al shōgun, al que también se designa administrador mayor, y a sus descendientes. Por lo tanto, las órdenes que imparte el shōgun serán las leyes del país".

»Una consulta llevará a otra —pensó Yoshi—, y entonces al final gobernará el emperador en lugar de nosotros. Nobusada nunca se dará cuenta de ello, pues la astucia de la princesa lo ha cegado.

»¿Qué se puede hacer?».

Una vez más Yoshi recorrió un cambio ya muy transitado, y, sin embargo, muy íntimo: «Él es mi señor feudal. No puedo matarlo directamente. Está demasiado protegido por los guardias y, por el momento, no estoy dispuesto a sacrificar mi vida. ¿Hay otra manera? El veneno. Pero entonces sospecharían de mí y con razón, e incluso si pudiera escapar de las redes que me rodean (soy tan prisionero como este Misamoto) el país se vería inmerso en una guerra civil de nunca acabar, los gai-jin serían los únicos vencedores y, lo que es peor aún, habría traicionado mi juramento de fidelidad al shōgun, sea quien sea, y al legado.

»Debo permitir que los demás lo maten por mí. ¿Los shishi? "Hay que dejar la buena suerte y la mala suerte —escribió el shōgun Toranaga—, la fortuna y el infortunio en manos del Cielo y de las leyes naturales; no son cosas que se puedan conseguir rezando ni urdiendo estrategias astutas"».

«Ten paciencia —oyó que le decía Toranaga—. Ten paciencia».

«Sí, la tendré».

Yoshi cerró de nuevo ese compartimiento de su mente y volvió a pensar en el consejo. «¿Qué les voy a decir? Por supuesto, ya se habrán enterado de que he asistido a la reunión con los gai-jin. Insistiré en una regla única y absoluta para el futuro: solo debemos enviar a hombres inteligentes a esas reuniones. ¿Qué más? Sin duda mencionaré a esos soldados, gigantescos, con sus uniformes rojos, las faldas cortas y los enormes sombreros; cada uno con su rifle reluciente, tan apreciado como cualquiera de nuestras espadas.

»¿Les diré que estos enemigos son imbéciles, que carecen de toda delicadeza y que podemos dominarlos explotando su impaciencia y sus rivalidades? Por lo que me dijo Misamoto, es evidente que son igual de caprichosos y están tan dominados por el odio como los daimios. No, voy a retener esa información. Pero mañana les diré que nuestra delegación fracasará si no inventamos un retraso que los gai-jin estén dispuestos a aceptar.

»¿Qué podría ser?».

—Ese mensajero, Misamoto —dijo distraídamente—, el hombre alto con la nariz grande, ¿por qué hablaba como una mujer y utilizaba palabras de mujer? ¿Es que era mitad hombre, mitad mujer?

—No lo sé, mi señor. A lo mejor sí; en los barcos hay muchos así, mi señor, a pesar de que los oculten.

—¿Por qué?

—No lo sé, mi señor, es difícil comprenderlos. No hablan abiertamente de la fornicación como nosotros, ni de cuál es la mejor postura, ni de si es mejor hacerlo con un muchacho o con una mujer. Pero en cuanto a lo de hablar como una mujer, los hombres y las mujeres hablan igual, quiero decir, que utilizan las mismas palabras, mi señor, no es como el japonés. Los pocos marineros que conocí y que hablan algunas palabras de nuestro idioma, unos hombres que habían estado en Nagasaki, hablaban igual que el de la nariz grande porque solo han hablado con putas y lo han aprendido con ellas. No saben que las mujeres no hablan igual que nosotros, mi señor, y que utilizan palabras distintas como se supone que tienen que hacer todas las personas civilizadas.

Yoshi ocultó la excitación que le acababa de poseer. «Las putas son el único contacto que tienen con nosotros —pensó—. Y todos tienen su puta, por supuesto. Así que una manera de controlarlos, e incluso atacarlos, podría ser a través de las mujeres o los hombres que se prostituyen».

—No pienso ordenar a mi flota que bombardee Yedo sin una orden formal y por escrito del almirantazgo o del Foreign Office —dijo el almirante, con el rostro congestionado—. Las instrucciones que recibí dicen que debo tener cuidado, igual que las de ustedes. No se trata de una acción de represalia.

—Por el amor de Dios, se ha producido un incidente que debemos solucionar. ¡Claro que es una acción de represalia! —Sir William estaba igual de irritado. En el camarote del almirante en el

buque insignia se oyeron las ocho campanadas que daban las doce de la noche; todos estaban sentados alrededor de una mesa redonda con el general Thomas Ogilvy. La cabina era amplia y el techo bajo con muchas vigas, y a través de los ojos de buey se veían las luces de posición de los demás barcos—. Les repito que no creo que cedan, a menos que recurramos a la fuerza.

—Consiga la orden y yo les haré ceder. —El almirante volvió a llenar su vaso de oporto de una botella de cristal tallado casi vacía—. ¿Thomas?

—Gracias.

El general acercó su vaso.

Intentando contenerse, sir William dijo:

—Lord Russell ya nos ha dado instrucciones de que presionemos al Bakufu para que nos indemnice con veinticinco mil libras por los asesinatos cometidos el año pasado en la legación, cuando murieron el sargento y el caporal. Se pondrá mucho más furioso cuando se entere de este último incidente. Yo lo conozco y usted no —añadió, exagerando el efecto—. Su aprobación no me llegará hasta dentro de tres meses. Si ahora no exigimos una satisfacción, seguirán con los asesinatos. Necesito el apoyo de ustedes para poder actuar.

—Dispone de todo mi apoyo, excepto para iniciar una guerra. Si bombardeamos la capital nos exponemos a una guerra. Para eso no estamos preparados. ¿Thomas? ¿Está de acuerdo?

El general dijo con cautela:

—Rodear un pueblo como Hodogaya, eliminar a varios centenares de salvajes y capturar a un potentado nativo de escasa relevancia sería muy distinto que atacar esa gran ciudad y cercar el castillo.

Harto, sir William dijo:

—Entonces, ¿qué pasa con su afirmación de que se trata de una operación que las fuerzas a sus órdenes no pueden concluir de un modo expeditivo?

El general enrojeció de rabia.

—¡Lo que uno dice en público, como usted ya sabe, no tiene nada que ver con la práctica! Yedo es distinto.

—Exacto. —El almirante vació el vaso.

—Entonces ¿qué proponen? —El silencio se hizo mayor. De pronto el vaso de sir William estalló entre sus dedos y los demás se sobresaltaron, desprevenidos—. ¡Coño! —exclamó. De algún modo el estallido del vaso consiguió aplacarlo. Sin fijarse demasiado en lo que hacía, limpió el vino con una servilleta—. Yo soy el ministro. Si veo la necesidad de dar la orden y ustedes se niegan a obedecer, a lo cual están ustedes en todo su derecho, pediré que los reemplacen inmediatamente, por supuesto.

El cuello del almirante se tornó violeta.

—Yo ya he informado al almirantazgo. Pero, por favor, no me malinterprete; estoy más que dispuesto a vengar la muerte de Mr. Canterbury y el ataque. Si hay que hacerlo en Yedo, solo pido la orden por escrito, como ya he dicho. No hay prisa; ahora o dentro de tres meses, esos salvajes pagarán lo que les exijamos, con esta ciudad o cien ciudades más.

—Sí, desde luego que lo harán.

Sir William se levantó.

—Hay algo más que quiero decirle antes de que se vaya: no puedo prometerle que podamos permanecer aquí anclados mucho más tiempo. Mi flota está desprotegida; este puerto es peligroso porque es poco profundo, el tiempo va a empeorar y estamos más seguros en Yokohama.

—¿Hasta cuándo podemos seguir aquí?

—Un día más… no lo sé. No puedo preverlo pues, como ya sabe, este mes el tiempo es muy variable.

—Sí, ya lo sé. Bueno, me voy. Los espero a las diez para la reunión en la legación. Sean tan amables de disparar un cañonazo de saludo al alba, cuando icemos la bandera. Thomas, por favor, desembarque a doscientos dragones para que protejan la zona del muelle.

—¿Me permite que le pregunte por qué quiere doscientos hombres más? —El general repuso rápidamente—. Ya he desembarcado a una compañía entera.

—Quizá quiera tomar algún rehén. Buenas noches. —Cerró la puerta con suavidad.

Los dos hombres se quedaron estupefactos.

—¿Lo dirá en serio?

—No lo sé, Thomas. Pero con el honorable e impetuoso William Aylesbury nunca se sabe.

En medio de la oscuridad salió por la puerta principal del castillo otro destacamento de samuráis fuertemente armados que corrieron por el puente levadizo y luego cruzaron el puente que atravesaba el foso para dirigirse a la legación, punto en el que convergieron varias compañías. Había más de dos mil samuráis, y otros mil estaban listos para actuar en cuanto recibieran la orden.

Sir William caminaba con lentitud acompañado de sus guardias, un oficial y diez escoceses por las calles desiertas. Se sentía deprimido y cansado, pensando en el día siguiente mientras intentaba encontrar una salida de aquel atolladero. Doblaron una esquina y luego otra. Al final de la calle algo llamó su atención en el espacio abierto que conducía a la legación.

—¡Dios mío, señor, mire eso!

El terreno estaba abarrotado de samuráis silenciosos e inmóviles que los observaban, armados con espadas, arcos, flechas y unos cuantos mosquetes. De pronto se oyó un ruido y los acompañantes de sir William miraron detrás de ellos. La calle estaba bloqueada por guerreros igual de sigilosos.

—Jesús —murmuró el joven oficial.

—Sí —suspiró sir William. «Esta podría ser una solución, pero entonces que Dios los ampare, pues la flota respondería de inmediato»—. Sigamos. Prepárense para luchar si es necesario. Tengan las armas listas para disparar.

Avanzó seguido de los demás, sin por ello sentirse valiente, sino simplemente como si fuese otra persona que se observaba a sí misma y a los demás desde fuera. Un camino estrecho se abría entre los samuráis. Cuando sir William lo atravesó y se acercó al oficial que se hallaba al final, el hombre hizo una reverencia cortés, de igual a igual. Sir William se quitó el sombrero con la misma cortesía y siguió caminando. Los soldados lo siguieron, con los rifles en la mano y los dedos en el gatillo.

Llegaron a la cima de la colina. El mismo silencio, las mismas miradas. Hasta que alcanzaron la verja. Los samuráis seguían ahí, inmóviles. Pero no vieron a ningún samurái en el antepatio. El antepatio y los jardines estaban repletos de soldados escoceses, armados y preparados, incluso había varios en el techo y en las ventanas. Los soldados abrieron la verja para dejarlos pasar y luego la volvieron a cerrar.

Tyrer y el resto del personal esperaban en el vestíbulo, algunos con el pijama puesto, otros a medio vestir. Se apiñaron alrededor de sir William.

—Dios mío, sir William —dijo Tyrer—, temíamos que lo hubieran capturado.

—¿Cuánto tiempo hace que están aquí?

—Más o menos desde las doce de la noche, señor —contestó un oficial—. Teníamos centinelas apostados al final de la colina. Cuando llegó el enemigo, los muchachos nos avisaron y retrocedieron. No sabíamos cómo avisarle ni advertir a la flota. Si aguantamos hasta el amanecer podemos permanecer aquí hasta que lleguen más tropas y la flota abra fuego.

—Muy bien —repuso en voz baja—. En ese caso les sugiero a todos que nos vayamos a la cama. Deje a unos cuantos hombres de guardia y que los demás se retiren.

—¿Cómo dice? —El oficial estaba perplejo.

—Si quisieran hacernos algo ya lo habrían hecho sin tanto silencio y tantas tonterías. —Sir William vio cómo todos se quedaban

mirándolo, y sintió que ya se le había pasado la depresión. Empezó a subir las escaleras—. Buenas noches.

—Pero, señor, ¿no cree que…? —Las palabras se desvanecieron.

Sir William suspiró cansado.

—Si desea que los hombres sigan apostados, hágalo; si es que eso le hace más feliz.

Un sargento irrumpió en el vestíbulo y gritó:

—Señor, ¡empiezan a irse! Esos cretinos se marchan.

Sir William miró por la ventana y vio que, efectivamente, los samuráis empezaban a esfumarse en la oscuridad.

Por primera vez se asustó. No esperaba que desaparecieran. Poco tiempo después, el camino de la colina quedó despejado y el espacio al pie de la misma vacío. Pero intuyó que no se habían alejado demasiado, que cada puerta y cada calle estaban llenas de enemigos, todos a la espera del momento preciso para tender la trampa.

«Gracias a Dios los demás ministros y la mayoría de nuestros muchachos están a salvo en los barcos. Gracias a Dios», pensó, y siguió subiendo las escaleras con un paso lo suficientemente firme como para alentar a los que lo observaban.

XI

Jueves, 18 de septiembre

La posada de los Cuarenta y Siete Ronin se hallaba en un sórdido callejón no muy lejos del castillo de Yedo, detrás de la carretera y casi oculta tras una elevada valla. Desde la calle, la posada tenía un aspecto impersonal y anodino, pero por dentro era exuberante y lujosa. Unos jardines muy cuidados rodeaban el edificio de una sola planta y había varios pabellones de una sola habitación reservados para la intimidad de los huéspedes especiales. Los clientes de la posada eran todos ricos mercaderes, pero también era un lugar seguro para determinados shishi.

En ese instante, justo antes del amanecer, todo estaba tranquilo; los clientes, las cortesanas, la mama-san, las criadas y los sirvientes, todos dormían, salvo los shishi.

Se estaban armando en silencio.

Ori se sentó en el mirador de unas de las casas, con el pecho descubierto. Intentaba cambiarse la venda que llevaba en el hombro. La herida estaba en carne viva y sentía las punzadas en todo el brazo. Sabía que necesitaba un médico con urgencia. Sin embargo, le había dicho a Hiraga que era demasiado peligroso ir a ver o a buscar a un médico.

—A lo mejor me siguen. No podemos arriesgarnos, hay demasiados espías y Yedo es el santuario de los Toranaga.

—Estoy de acuerdo. Regresa a Kanagawa.

—Cuando se acabe la misión —le había contestado.

Sin querer, rozó con el dedo la llaga supurante y sintió un dolor que le llegó hasta las entrañas. «No hay prisa, un médico puede abrirla con una lanceta y extraer el veneno —pensó, aunque solo se lo creía a medias—. Es el karma. Y será el karma si sigue pudriéndose». Estaba tan ensimismado que no oyó al ninja que saltó la valla y se deslizó detrás de él.

Se le encogió el corazón cuando el ninja le tapó la boca con la mano para impedir que gritara.

—Soy yo —susurró Hiraga, irritado, antes de soltarlo—. Podría haberte matado veinte veces.

—Sí. —Ori forzó una sonrisa y señaló hacia los arbustos, donde había otro samurái, con la flecha en el arco lista para disparar—. Pero él es el que está de guardia, no yo.

—Bien. —Hiraga saludó al guardia y, cuando se le pasó el enfado, se quitó la máscara—. ¿Los demás ya están listos, Ori?

—Sí.

—¿Y tu brazo?

—Está bien.

Ori soltó un brusco suspiro y se le contorsionó el rostro de dolor cuando Hiraga lo cogió por el hombro. Le brotaron lágrimas de los ojos, pero siguió callado.

—Eres un estorbo. Hoy no podrás venir con nosotros; regresarás a Kanagawa.

Hiraga se subió al mirador y entró. Ori, profundamente desanimado, lo siguió.

Había once shishi sentados sobre un suntuoso tatami, todos armados. Nueve de ellos eran de Choshu, paisanos de Hiraga. Los otros dos acababan de incorporarse; pertenecían a la patrulla de Mori que los había dejado pasar el día anterior y, tras desertar, pidieron permiso para unirse a ellos.

Hiraga se sentó, cansado.

—No pude acercarme a más de doscientos pasos del templo ni de la legación, así que no podremos matar al señor Yoshi y a los

demás cuando lleguen. Es imposible. Tendremos que tenderle la trampa en otro sitio.

—Disculpe, Hiraga-san, ¿pero está seguro de que era el señor Yoshi? —preguntó uno de los hombres de Mori.

—Sí.

—Sigo sin creer que sea capaz de arriesgarse y salir del castillo con tan pocos guardias solo para reunirse con unos gai-jin asquerosos, aunque sea disfrazado. Es demasiado inteligente, tiene que saber que es el principal blanco de todos los shishi, después del shōgun; más aún que el traidor de Anjo.

—No es inteligente, lo reconocí. Una vez estuve cerca de él en Kioto —insistió Hiraga; en el fondo desconfiaba de los dos samuráis de Mori—. Sea cual sea la razón, se arriesgará a ir a la legación sin guardias una vez, pero no dos. Seguro que ese es el motivo por el que toda la zona está llena de samuráis del Bakufu. Pero mañana volverá a salir del castillo. Es una oportunidad que no podemos desperdiciar. ¿No podríamos tenderle una trampa en algún lugar? ¿Qué les parece?

—Depende del número de samuráis que vayan en el cortejo —repuso uno de los samuráis de Mori—. Eso en caso de que se celebre la reunión que tanto desean los gai-jin.

—¿Cómo? ¿Es que crees que el señor Yoshi podría tramar algo?

—Yo lo haría si fuera él. Lo llaman el Zorro.

—¿Y qué harías?

El hombre se rascó la barbilla.

—Buscaría la manera de retrasar la reunión.

Hiraga frunció el ceño.

—Pero si va a la legación igual que ayer, ¿dónde sería más vulnerable?

—Cuando baje del palanquín —intervino Ori—. En el antepatio de los gai-jin.

—Ahí no podemos llegar, ni siquiera en una carrera suicida.

Se produjo un gran silencio. Luego dijo Ori en voz baja:

—Cuanto más cerca esté de las puertas del castillo más seguros se sentirán los capitanes, por lo tanto habrá menos guardias cerca de él y la vigilancia será menor, tanto a la llegada como a la vuelta.

Hiraga asintió, satisfecho; le sonrió e hizo señas a uno de sus paisanos.

—Cuando despierten todos, dile a la mama-san que vaya a buscar un médico para Ori, a escondidas y con cuidado.

—Hemos dicho que no era seguro —repuso Ori inmediatamente.

—Hay que proteger a los hombres valiosos. Tu idea es perfecta.

Ori se inclinó para expresar su agradecimiento.

—Será mejor que sea yo el que vaya al médico, *neh*?

Al amanecer, Phillip Tyrer avanzó con paso rápido hacia el muelle, acompañado de dos soldados escoceses, un sargento y un soldado raso.

—Por Dios, Phillip, con dos guardias ya es más que suficiente —había dicho sir William poco antes—. Si los japoneses planearan alguna treta, ni siquiera la guarnición entera podría protegerte. Hay que entregar el mensaje a Ketterer y tendrás que hacerlo tú. ¡Adiós!

Al igual que sir William, tuvo que pasar junto a los cientos de samuráis que habían regresado poco antes del alba. Nadie lo molestó; salvo un imperceptible parpadeo, daba la impresión de que ni siquiera reparaban en su presencia. Al ver el mar que se extendía delante de él, Tyrer aceleró el paso.

—Alto, ¿quién vive? Conteste o le volaré los sesos —dijo alguien oculto entre las sombras. Tyrer se detuvo en el acto.

—Por el amor de Dios —repuso Tyrer, temblando de miedo—. ¿Quién diablos va a ser? Soy yo, con un mensaje urgente para el almirante y el general.

—Lo siento, señor.

Poco después Tyrer subió a un cúter que lo condujo rápidamente hacia el buque insignia. Se alegraba tanto de haber salido de la trampa de la legación que estaba a punto de llorar y les rogó a los

remeros que se apresuraran. Luego subió de dos en dos los escalones que llevaban a la cubierta del buque.

—¡Hola, Phillip! —Marlowe era el oficial de guardia en la cubierta principal—. ¿Qué hay de nuevo?

—Hola, John, ¿dónde está el almirante? Tengo un mensaje urgente para él de parte de sir William. La legación está rodeada de miles de bastardos.

—¡Dios mío! —Marlowe lo condujo por la cubierta en dirección a la popa—. ¿Cómo coño conseguiste salir?

—Caminando. Me dejaron pasar entre las filas de samuráis; no dijeron ni pío, ni uno solo, simplemente me dejaron pasar. No me importa confesar que estaba muerto de miedo; están por todas partes, menos en nuestro recinto y en el muelle.

El centinela junto a la puerta del camarote saludó con elegancia.

—Buenos días, señor.

—Traigo un mensaje urgente para el almirante.

Enseguida se oyó una voz desde dentro.

—Por el amor de Dios, Marlowe, ¡que pase! ¿De quién es el mensaje?

Marlowe suspiró y abrió la puerta.

—De sir William, señor.

—¿Qué coño habrá hecho ese idiota?

El almirante Ketterer se detuvo cuando vio a Tyrer.

»Ah, ¿no es usted su ayudante?

—Soy el aprendiz de intérprete, señor, Phillip Tyrer. —Le entregó la carta—. Sir William le manda saludos.

El almirante abrió el sobre. Llevaba una camisa de dormir larga de franela, un gorro adornado con borlas y unas gafas de montura delgada. Mientras leía apretaba los labios:

> «Creo que será mejor que no asista a la reunión de hoy, y tampoco el general y los demás ministros. Estamos totalmente rodeados por cientos, sino miles, de samuráis fuertemente armados. Hasta ahora no han

efectuado ninguna acción hostil, ni han impedido a nadie salir de la legación, de momento. No dudo de que estén en su derecho de apostar sus tropas donde les dé la gana, a lo mejor es un farol para desmoralizarnos. Sin embargo, por razones de seguridad, voy a hablar yo solo con el Bakufu, en caso de que asistan a la reunión. Si esta se celebra, izaré un banderín azul y haré todo lo posible para mantenerlo informado de los últimos acontecimientos. Pero si los miembros del Bakufu no llegaran a comparecer, esperaré un día o dos, y luego tendré que ordenar una retirada ignominiosa. Entretanto, si ve que no se ha izado la bandera, dé por hecho que nos han invadido. En ese caso usted podrá tomar las medidas que considere más oportunas. Le saluda atentamente…».

El almirante volvió a leer la carta detenidamente y luego dijo en tono perentorio:

—Mr. Marlowe, pídales al capitán y al general que tengan la amabilidad de presentarse aquí inmediatamente. Envíe el siguiente mensaje a todos los barcos: «Acudan todos a sus puestos de combate inmediatamente y que los capitanes se presenten en el buque insignia a mediodía».

Luego envíe una señal a los ministros para pedirles que tengan la amabilidad de acudir aquí lo antes posible. Mr. Tyrer, desayune y esté preparado para llevar la respuesta dentro de cinco minutos.

—Pero, señor, no le parece que…

El almirante ya estaba llamando a voz en grito:

—¡Johnson!

El ordenanza abrió la puerta inmediatamente.

—¡Barber está en camino, señor, su uniforme ya está planchado, el desayuno estará listo en cuanto se siente a la mesa, la avena está caliente!

Ketterer miró a Marlowe y a Tyrer.

—¿A qué esperan?

En Yokohama, el cúter de los Struan —el único barco de vapor pequeño e impulsado por una hélice en Japón— atracó en el muelle. Soplaba un fuerte viento y había marejada bajo el cielo encapotado. James McFay subió las escaleras con agilidad, luego recorrió el muelle con pasos apresurados para dirigirse al edificio de dos plantas que dominaba High Street. Eran apenas las ocho de la mañana, pero él ya había acudido a recibir al barco correo que cada dos meses llegaba al amanecer para recoger la correspondencia, los partes y los últimos periódicos que el ayudante chino empezó a cargar en un carro. Llevaba en la mano dos sobres, uno abierto y el otro cerrado.

—Buenos días, Jamie. —Se cruzó con Gabriel Nettlesmith entre un pequeño grupo de comerciantes medio dormidos que esperaban a sus barcos. Era un hombre bajo, rechoncho, maloliente, que apestaba a tinta, a ropa sucia y a los puros que fumaba sin parar; también era el editor del *Yokohama Guardian*, el periódico de la colonia, uno más entre todos los que poseía la compañía Struan en Asia, ya fuera abiertamente o en secreto—. ¿Qué sucede?

—De todo. Te invito a comer. Lo siento, pero no puedo detenerme ahora.

Incluso sin la flota, ya había una gran actividad en la bahía con los cúteres que iban y venían de los buques mercantes o del barco correo. Jamie fue el primero en llegar al puerto, pues para él era una cuestión de principios y un recurso comercial, dado que los precios de los productos básicos, cuyo suministro siempre escaseaba, podían fluctuar enormemente en función del correo. El barco de vapor de Hong Kong a Yokohama que traía el correo tardaba nueve días, pero si recalaba en Shanghái eran once, siempre que el tiempo lo permitiera. El correo de Inglaterra tardaba entre ocho y doce semanas, siempre que el tiempo y los piratas lo permitieran, y el día de su llegada nunca dejaba de ser un momento excitante, alegre,

horrible o anodino, pero siempre era bien recibido y ansiosamente esperado.

Norbert Greyforth, de Brock & Sons, la principal compañía rival de Struan, todavía estaba a unos quinientos metros de la costa, sentado cómodamente en medio del barco, con los remeros afanándose por ir deprisa, mientras observaba a McFay con un telescopio. McFay sabía que lo observaban, pero ese día no le importó. «Ese cretino se enterará si es que no lo sabe ya», pensó, sintiendo un miedo extraño. Temía por Malcolm Struan, por la propia compañía, por el futuro y por su *ai-jin* —la persona amada— que lo esperaba pacientemente en la pequeña casa de Yoshiwara, del otro lado del canal, detrás de la valla.

Aceleró el paso. Vio a tres o cuatro borrachos tirados como sacos de carbón en la cuneta de High Street y luego a unos cuantos más esparcidos por el paseo marítimo. Pisó a uno de los hombres, evitó a un grupo estridente de marineros ebrios que se tambaleaban hacia sus barcos, subió corriendo las escaleras para entrar en el vestíbulo de Struan, luego volvió a subir más escaleras y recorrió el pasillo que daba a las habitaciones.

Abrió la puerta con cuidado y asomó la cabeza.

—Hola, Jamie —dijo Malcolm Struan desde la cama.

—Hola, Malcolm, buenos días. No sabía si estaría despierto. —Cerró la puerta, asegurándose de que la que daba a la habitación contigua estaba entornada, y se acercó a la enorme cama de teca que, al igual que los demás muebles, habían traído de Hong Kong o Inglaterra. Malcolm Struan, con el rostro muy pálido, estaba recostado sobre unas almohadas. El viaje en barco del día anterior lo había agotado a pesar de que Babcott le diera un sedante y de que la travesía no podía haber sido más tranquila—. ¿Qué tal se encuentra hoy?

Struan solo levantó la mirada, con unos ojos azules apagados y hundidos, rodeados de unas profundas ojeras.

—El correo de Hong Kong no trae buenas noticias, ¿eh? —Hablaba con voz monótona y no facilitaba las cosas para

comunicarle la noticia.

—No, lo siento. ¿Oyó el disparo de aviso? —Siempre que llegaba el barco correo el capitán del puerto tenía la costumbre de disparar un cañonazo para avisar a la colonia, igual que en todas las colonias de las demás partes del mundo.

—Sí —dijo Struan—. Antes de darme las malas noticias, cierre la puerta de Angélique y alcánceme el orinal.

McFay obedeció. La puerta daba a una sala de estar y luego a un dormitorio, el mejor de todo el edificio y reservado para el uso exclusivo del tai-pan, el padre de Malcolm. El día anterior, ante la insistencia de Malcolm y la conformidad de Angélique, la joven se había instalado en esa habitación. Enseguida corrió la noticia por toda la colonia, confirmando otros rumores, de que *su* Angélique se había convertido en la nueva Dama de la Lámpara, y se hicieron apuestas sobre la posibilidad de que ya perteneciera a Struan de otra manera, ya que todos los hombres querían estar en su lugar en la cama.

—Están locos —les había dicho McFay a algunos de ellos en el club la noche anterior—. El pobre hombre estaba en un estado lamentable.

El doctor Babcott lo interrumpió.

—Estará levantado y correteando por ahí antes de que se den cuenta.

—Pronto van a sonar las campanas de la iglesia —dijo alguien.

—Invita la casa —gritó otro—. Qué bien, tendremos una boda, la primera.

—Ya ha habido varias, Charlie, ¿no te acuerdas de nuestras *musumes*?

—Esas no cuentan, por el amor de Dios; hablo de una verdadera boda, en una iglesia, y de un bautizo como Dios manda y…

—¡Anda! ¿O sea que ya hay un bebé cociéndose en el horno?

—He oído que estaban como dos tortolitos cuando vinieron en el barco, y tampoco lo culpo…

—¡Pero si ni siquiera estaban comprometidos! ¡Si repites eso, si vuelves a poner en duda su honor, te juro que te parto la cara!

McFay suspiró. Tras unos cuantos puñetazos de borracho y varias botellas rotas, echaron a los dos hombres, aunque al cabo de una hora regresaron a rastras en medio de una bienvenida clamorosa. La noche anterior, cuando McFay asomó la cabeza antes de irse a dormir, Malcolm estaba dormido y ella dormitaba en una silla junto a la cama. McFay la despertó con suavidad.

—Será mejor que se acueste, mademoiselle Angélique, ya no despertará.

—Sí, gracias, Jamie.

La observó mientras se desperezaba como una leona satisfecha, medio dormida, con el cabello suelto sobre los hombros desnudos y un vestido ceñido en la cintura y con unos pliegues como los de los vestidos que había llevado la emperatriz Josefina cincuenta años atrás y que ahora algunos costureros de París intentaban volver a introducir; toda ella palpitaba con una fuerza vital que atraía a los hombres. McFay se dirigió a su habitación, al final del pasillo. Tardó mucho en dormirse.

Struan estaba empapado de sudor. El esfuerzo que le supuso utilizar el orinal fue enorme en comparación con los resultados: tan solo un poco de orina mezclada con sangre.

—Jamie, ahora deme las malas noticias.

—Bueno, pues, verá…

—¡Por el amor de Dios, dígamelo!

—Su padre falleció hace nueve días, el mismo día que el barco correo zarpó de Hong Kong para venir aquí directamente, sin hacer escala en Shanghái. El funeral se celebró tres días más tarde. Su madre me pide que organice su regreso lo antes posible. El barco correo que partió con las noticias de su… bueno, del incidente en el Tokaidō, no llegará a Hong Kong hasta dentro de cuatro o cinco días, como mínimo. Lo siento —añadió, en un tono poco convincente.

Struan solo oyó la primera frase. La noticia no le tomó por sorpresa y sin embargo para él fue como un azote igual de violento

que la herida del costado. Sintió pena y alegría; estaba confuso y excitado porque por fin podía dirigir la compañía, algo para lo cual se había preparado toda la vida; una compañía que llevaba años debilitándose, que su madre había mantenido a flote a fuerza de convencer, engatusar, orientar y ayudar a su padre en los momentos más difíciles, que eran casi constantes; casi siempre por culpa de la bebida, que era la medicina que su padre utilizaba para aplacar las horribles jaquecas y los ataques provocados por la llamada fiebre del «Valle Alegre» la *malaria, mal aire*, la misteriosa fiebre asesina que había diezmado la población de Hong Kong muchos años atrás y que ahora, a veces, se podía combatir con el extracto de quina, la quinina.

«No recuerdo ni un solo año en que papá no tuviera que guardar cama por lo menos dos veces, durante un mes o más, por culpa de los temblores, desvariando días y días. Ni siquiera lo curaron las infusiones de la valiosa quina que el abuelo mandó traer de Perú, aunque impidió que la fiebre lo matara, a él y a casi todos los demás. Sin embargo, no salvó a la pobre Mary, que entonces tenía cuatro años, cuando yo tenía siete; a partir de entonces tomé conciencia de la muerte, de su significado y su finalidad».

Suspiró profundamente. «Por suerte a mamá no le pasó nada, no le afectaron las plagas, las fiebres, la edad ni la desgracia; todavía es una mujer joven, aún no ha cumplido los treinta y ocho años, y sigue en forma tras haber dado a luz a siete hijos; ha sido un apoyo incondicional para todos nosotros, capaz de enfrentarse a cualquier desastre, a cualquier tempestad, incluso al odio y la enemistad amarga y perpetua entre ella y su padre, el odiado Tyler Brock… o a la tragedia del año pasado, cuando nuestros adorados gemelos, Rob y Dunross, se ahogaron en Shek-O, en nuestra casa de veraneo. Y ahora el pobre papá. Cuántas muertes.

»Tai-pan. Ahora soy el tai-pan de la Casa Noble».

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho, Jamie?

—Solo dije que lo siento, tai-pan; y tome, esta es una carta de su madre.

Tras un gran esfuerzo, Struan cogió la carta.

—¿Cuál sería la manera más rápida de llegar a Hong Kong?

—Con el *Sea Cloud*, pero no llegará hasta dentro de dos o tres semanas. Los únicos buques mercantes que están aquí son lentos, y no hay ninguno que vaya a Hong Kong hasta dentro de una semana. Lo más rápido sería el barco correo. Podríamos pedirle que espere pero, de todas formas, hará escala en Shanghái.

Después del día anterior, para Malcolm la idea de un viaje de once días, probablemente con mala mar, incluso con un tifón, le horrorizaba. Sin embargo dijo:

—Hable con el capitán. Convénzale de que vaya directo a Hong Kong. ¿Qué más hay en el correo?

—Todavía no lo he mirado, pero tome… —Preocupado por la repentina palidez de Struan, le entregó el *Hong Kong Observer*—. Solo hay malas noticias; la guerra civil norteamericana empieza a ponerse al rojo vivo, ya hay decenas de miles de muertos. Se lucha en Shiloh, Fair Oaks, en muchos otros lugares. Hubo otra batalla en Bull Run en la que el ejército de la Unión perdió y sufrió muchas bajas. La guerra ha cambiado drásticamente tras la aparición de los rifles de retrocarga, las ametralladoras y los nuevos cañones. El precio del algodón está por las nubes por culpa del bloqueo que realiza la Unión en el Sur. Volvió a cundir el pánico en la bolsa de Londres y de París; hay rumores de que Prusia va a invadir Francia de un momento a otro. Desde que murió el príncipe consorte en diciembre, la reina Victoria no volvió a mostrarse en público, dicen que se está consumiendo. En cuanto a México, hemos retirado nuestras fuerzas pues es evidente que el chalado de Napoleón III está empeñado en convertirlo en territorio francés. Hay hambre y disturbios por toda Europa —McFay vaciló—. ¿Necesita algo?

—Un estómago nuevo. —Struan miró el sobre que apretaba en la mano—. Jamie, déjeme el periódico, repase el correo y luego regrese; tenemos que ver qué haremos aquí antes de que me marche… —Se oyó un ruido y los dos hombres miraron hacia la

puerta contigua, que ahora estaba medio abierta, y vieron a Angélique, con una elegante bata encima del camisón.

—Hola, *chéri* —dijo Angélique—. Me pareció haber oído voces. ¿Cómo estás hoy? Buenos días, Jamie. Malcolm, haces mejor cara, ¿necesitas algo?

—No, gracias. Pasa. Siéntate, estás preciosa. ¿Has dormido bien?

—No mucho, pero da igual —dijo, a pesar de que había dormido como un tronco. Envuelta en su perfume, le sonrió con dulzura y se sentó—. ¿Quieres que desayunemos juntos?

McFay tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de mirarla.

—Regresaré cuando haya acabado con los preparativos. Se lo diré a George Babcott.

Tras cerrarse la puerta, Angélique le acarició la frente y él le cogió la mano con amor. El sobre cayó al suelo. Ella lo cogió y arqueó una ceja.

—¿Por qué estás tan triste?

—Mi padre ha muerto.

La tristeza de Malcolm la hizo llorar. Siempre le había resultado fácil llorar; aprendió a provocar las lágrimas cuando de pequeña vio el efecto que causaba en los demás, sobre todo en sus tíos. Lo único que tenía que hacer era pensar en su madre, que había muerto en el parto de su hermano.

—Pero Angélique —le decía su tía con lágrimas en los ojos—, el pobre Gerard es tu único hermano, nunca tendrás otro, uno de verdad, incluso si ese inútil de tu padre se vuelve a casar.

—Lo odio.

—No fue culpa suya, pobre chico, tuvo un nacimiento horrible.

—No me importa, él mató a mamá, ¡la mató!

—No llores, Angélique…

Y ahora Struan decía las mismas palabras, pero las lágrimas le brotaban con facilidad porque él le daba verdadera pena. «El pobre Malcolm ha perdido a su padre; era un hombre amable, lo fue conmigo. El pobre Malcolm intenta ser valiente. No te preocupes, pronto te encontrarás bien y ahora me resulta mucho más fácil

quedarme contigo, desde que ya no hay ese olor. —De pronto se le apareció el espectro de su propio padre—. "No te olvides de que Malcolm pronto lo heredará todo: los barcos, el poder y…".

»No pensaré en eso. Ni… ni en lo otro».

Se enjugó las lágrimas.

—Venga, cuéntamelo todo.

—No hay mucho que contar. Mi padre ha muerto. El funeral se celebró hace varios días y debo regresar a Hong Kong inmediatamente.

—Claro, pero no podrás hasta que estés en condiciones de viajar. —Se le acercó y lo besó—. ¿Qué harás cuando lleguemos a Hong Kong?

—Soy el heredero. Soy el tai-pan —repuso Malcolm con firmeza.

—¿El tai-pan de la Casa Noble? —inquirió, logrando que su sorpresa pareciera sincera, y luego añadió con delicadeza—: Malcolm, querido, es terrible lo de tu padre pero… pero, en realidad, no ha sido una sorpresa, ¿verdad? Mi padre me dijo que llevaba mucho tiempo enfermo.

—Sí, ya lo esperábamos.

—Es muy triste pero… finalmente, eres el tai-pan de la Casa Noble. Por favor, ¿me permites ser la primera en felicitarte? —Le hizo una reverencia con la misma elegancia con que se la hubiese hecho a un rey y volvió a sentarse, satisfecha de sí misma.

Él la miró de un modo extraño.

—¿Qué?

—Es que… tú me haces sentir tan orgulloso, tan bien. ¿Te casarás conmigo?

A Angélique se le encogió el corazón y se sonrojó. Pero la cabeza le ordenó que tuviera cuidado, que no se precipitara, y se preguntó si debía ponerse tan seria como él o bien hacerle sonreír, dando rienda suelta a la alegría que le había producido la proposición, y su victoria.

—*Là!* —dijo exultante, mientras se abanica con un pañuelo—. Sí, me casaré contigo, monsieur Struan, pero solo si… —Dudó y luego

añadió apresuradamente—: ¡Solo si te curas enseguida, me obedeces en todo momento, me adoras como a una diosa, me quieres hasta la locura, me construyes un castillo en la cima de Hong Kong, un palacio en los Campos Elíseos, y si conviertes un clíper en una cama nupcial, si revistes la habitación de los niños con oro, y si vivimos en una finca en el campo de un millón de hectáreas!

—Tómatelo en serio, Angélique, escúchame, ¡te lo digo en serio!

«Y yo también», pensó, encantada de verlo sonreír. Le dio un beso, esta vez en los labios, lleno de promesas.

—Ahí tiene, monsieur, y le prohíbo que se burle de una joven indefensa como yo.

—No me burlo, te lo juro por Dios. ¿Quieres casarte conmigo? —A pesar de la seriedad de su proposición no se sentía con fuerzas para sentarse y abrazarla—. Por favor.

Los ojos de ella seguían bromeando.

—Quizá, cuando estés mejor; y solo si me obedeces en todos los momentos, me adoras como a una diosa…

—Se dice en todo momento.

—Ah, sí, lo siento. En todo momento, etcétera. —Volvió a asomar su hermosa sonrisa—. Es posible que me case con usted, monsieur Struan, pero antes tenemos que conocernos, después tenemos que comprometernos, y después, *monsieur le tai-pan de la Noble Maison*, ¿quién sabe?

Se sintió poseído de alegría.

—¿Eso quiere decir que sí?

Ella lo observó, obligándolo a esperar. Con toda la ternura de la que era capaz, le dijo:

—Lo pensaré, pero antes debes prometerme que enseguida te pondrás bien.

—Lo haré, te lo prometo.

Angélique volvió a enjugarse las lágrimas.

—Ahora, Malcolm, hazme el favor de leer la carta de tu madre mientras yo me quedo aquí contigo.

Malcolm sentía los latidos de su corazón y el regocijo le había aplacado el dolor. Sin embargo, sus dedos no le obedecieron cuando intentó romper el sello.

—Toma, Angélique, léemela, ¿quieres?

Angélique rompió el sello, abrió la carta y leyó en voz alta:

«Querido hijo mío:

»He de comunicarte con gran pesar que tu padre ha muerto. Ahora nuestro futuro depende de ti. El pobre hombre murió mientras dormía. El funeral se celebrará dentro de tres días, los muertos deben cuidar de los muertos y nosotros, los vivos, debemos seguir luchando mientras gocemos de la vida. El testamento de tu padre te confirma como heredero y tai-pan, pero para que la sucesión sea legal deberá celebrarse una ceremonia en la que el comprador Chen y yo seremos testigos, como lo establece el legado de tu querido abuelo. Soluciona los asuntos de Japón de la manera que hemos acordado y regresa lo antes posible.

»Tu madre que te quiere».

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas al imaginar que era ella la madre que comunicaba a su hijo la muerte de su padre.

—¿Eso es todo? ¿No hay una posdata?

—No, *chéri*, no hay nada más, solo «tu madre que te quiere». Qué mujer tan valiente. Ojalá yo fuera igual de valiente.

Sin pensar en nada más que en las consecuencias de los últimos acontecimientos, Angélique le dio la carta, se acercó a la ventana que daba a la bahía y, tras enjugarse las lágrimas, la abrió. El aire era fresco y se llevaba el olor de la habitación. «¿Y ahora qué haré? Le ayudaré a regresar a Hong Kong y a alejarse de este lugar tan horrible. ¿Aprobará su madre nuestra boda? No lo sé. ¿Qué haría yo si fuera ella? Sé que no le gusté; las pocas ocasiones en que nos vimos se mostró tan altiva y distante, aunque Malcolm dijo que era así con todas las personas ajenas a la familia. "Espera a conocerla mejor, Angélique, es tan maravillosa y tan fuerte…"».

Detrás de ella la puerta se abrió y entró Ah Tok sin llamar, con una pequeña bandeja.

—*Neh hoh mah*, señol. —«Buenos días», dijo con una sonrisa, mostrando los dos dientes de oro de los cuales se enorgullecía tanto —. ¿El señol dolmil bien, *heya*?

—Deja ya de hablar esa jerigonza —dijo Malcolm, en cantonés.

—*Ayiiyah!* —Ah Tok era el amah personal de Struan, y lo había cuidado desde que nació. Casi ni saludó a Angélique, pues toda su atención iba dirigida a él. Era robusta y fuerte, y tenía cincuenta y seis años; llevaba la tradicional chaqueta blanca y pantalones negros; la larga cola de caballo en su espalda indicaba que había escogido la profesión de amah y que, por lo tanto, había jurado permanecer casta toda su vida y que nunca tendría hijos, pues podrían amenazar su lealtad.

Detrás de ella aparecieron dos criados cantoneses con toallas calientes y agua para asearlo. En voz alta les ordenó que cerraran la puerta.

—Señol barba, *heya?* —dijo, señalando a Angélique.

—Volveré más tarde, *chéri* —dijo la joven. Struan no respondió, solo asintió con la cabeza, le sonrió y volvió a mirar la carta, ensimismado. Angélique dejó la puerta entornada. Ah Tok gruñó algo con desaprobación, la cerró del todo, les dijo a los otros dos que se dieran prisa y sirvió el té.

—Gracias, madre —dijo Struan, en cantonés, utilizando el tratamiento honorífico habitual y propio para una persona tan especial que lo había cuidado, querido y protegido cuando era un ser indefenso.

—Malas noticias, hijo mío —repuso Ah Tok, pues las noticias se habían difundido por toda la comunidad china.

—Malas noticias. —Struan bebió el té, saboreándolo.

—Cuando te hayas aseado te sentirás mejor y podremos hablar. Hace tiempo que tu honorable padre estaba citado con los dioses. Ahora él está con ellos y tú eres el tai-pan, de modo que lo malo se vuelve bueno. Más tarde te daré un té muy especial que te he traído y que te curará todos los males.

—Gracias.

—Me debes un tael de plata por la medicina.

—Esa medicina te debe de haber costado menos de veinticinco céntimos.

—*Ayiiyah*, dame por lo menos la mitad.

—*Ayiiyah*, no más de veinticinco céntimos, madre. —Sin pensar demasiado en ello se puso a negociar de un modo mecánico, sin agresividad—. Y si me lo discutes te recordaré que me debes el salario de seis meses que te adelanté para el funeral de tu abuelo, el segundo.

—Gracias —les dijo Struan, una vez afeitado y con una camisa limpia. Los criados se inclinaron con cortesía y se marcharon.

—Ah Tok, cierra bien la puerta de Angélique.

Ah Tok obedeció. Su oído agudo percibió el crujido de una falda en la habitación contigua y decidió aumentar la vigilancia. «Esa puta es una entrometida, un diablo extranjero con barriga de rana y unas Puertas de Jade que se mueren por devorar al señor; tanto que cualquier persona civilizada puede oír el flujo que segregan…».

—Por favor, enciéndeme la vela.

—¿Qué? ¿Es que te duelen los ojos, hijo mío? ¿Dónde quieres que ponga la vela, hijo mío?

Struan señaló la mesa de noche, para poder cogerla fácilmente con la mano.

—Aquí. Ahora déjame solo.

—Pero, *ayiiyah*, tenemos que hablar, tenemos que hacer muchos planes.

—Ya lo sé. Ahora espera ahí afuera y no dejes entrar a nadie hasta que yo te avise.

Ah Tok salió de la habitación refunfuñando. Struan estaba agotado de tanta cháchara y de tantas malas noticias. Sin embargo, tras un gran esfuerzo, consiguió relajarse un momento.

Cuatro años antes, el día que cumplió dieciséis años, su madre lo había llevado a la cima para hablar con él a solas:

—Ahora ya tienes edad de conocer algunos secretos de la Casa Noble. Siempre habrá secretos. Algunos de ellos, tu padre y yo no te

los contaremos hasta que seas tai-pan. Otros no se los he contado a él ni te los contaré a ti. Hay algunos que ahora voy a compartir contigo pero no con él, ni con tus hermanos. Nunca deberás compartir estos secretos con nadie. Con nadie. Debes prometerlo ante Dios.

—Sí, madre, lo juro.

—Primero: a lo mejor un día necesitamos enviarnos una carta con información personal o peligrosa. Nunca debes olvidar que cualquier texto escrito puede ser leído por ojos extraños. Siempre que te escriba, añadiré «PS: Te quiero». Tú harás lo mismo, siempre, sin falta. Pero cuando no pongamos la posdata significará que la carta contiene información importante y secreta, que yo te envío a ti o tú a mí. ¡Mira! —Su madre extrajo un trozo de papel que había traído, encendió una cerilla y la deslizó debajo del papel, sin quemarlo, línea por línea. Como por milagro, apareció el mensaje oculto: «*Feliz cumpleaños; debajo de tu almohada hay una letra a la vista de diez mil libras. Guárdala bien y gástala con sabiduría*».

—Oh, madre, ¿es verdad? ¿Hay diez mil libras?

—Sí.

—*Ayiiyah!* ¿Pero cómo lo has hecho? ¿Escribir así?

—Coge una pluma y escribe un mensaje con una tinta que te voy a dar, o con leche, y deja que se seque. Cuando calientes el papel como yo he hecho ahora, aparecerá el texto. —Cogió otra cerilla y, muy seria, encendió una esquina del papel. Los dos permanecieron en silencio mientras miraban cómo se quemaba. Pisó las cenizas hasta convertirlas en polvo—. Cuando seas tai-pan, no confíes en nadie —y añadió en un tono extraño—, ni siquiera en mí.

Ahora, Struan sostenía la carta sobre la llama de la vela. Aparecieron las palabras, en una escritura inconfundible:

> «Lamento tener que decirte que tu padre murió desvariando, embrutecido por el whisky. Una vez más debe de haber sobornado a un criado para que se lo trajera a escondidas. Cuando nos veamos te contaré

más cosas. Gracias a Dios ha dejado de sufrir. Ahora mi maldito padre y mi hermano Morgan no nos dejan en paz. Ellos han sido los culpables de los ataques de tu padre. El último se produjo justo después de que te marcharas, cuando descubrimos el golpe que planeaban en Hawái en contra nuestra, cuando ya era demasiado tarde para evitarlo. Jamie conoce algunos detalles».

Dejó de leer un momento, enfermo de rabia. Se prometió a sí mismo que pronto habría un ajuste de cuentas y luego prosiguió la lectura:

«Ten cuidado con tu amigo, Dmitri Syborodin. Hemos descubierto que es un agente secreto de ese revolucionario, el presidente Lincoln, y que no es del Sur como dice. Ten cuidado con Angélique Richaud».

Se le encogió el corazón de miedo:

«Nuestros agentes de París nos han escrito que su tío, Michel Richaud, quebró poco después de que ella se marchara, y que ahora está en la cárcel. Más hechos: su padre frecuenta muy malas compañías, tiene importantes deudas de juego y alardea delante de los amigos íntimos diciendo que pronto representará los intereses de Francia. Recibí tu carta en la que tú también lo recomiendas, supongo que instigado por ella. Pero te digo que es imposible, no es un hombre solvente. Otro "secreto" de este señor: según él, serás su yerno en menos de un año. Por supuesto, eso es ridículo; eres demasiado joven para casarte y no puedo imaginar una unión peor que esa. Ya sea los dos juntos o por separado, van a por ti, hijo mío. Aléjate y desconfía de la astucia femenina».

Por primera vez en toda su vida estaba furioso con su madre. Tembloroso, acercó el papel a la llama y lo sostuvo mientras se quemaba, hasta hacerlo desaparecer. Luego apagó la vela y se recostó, algo mareado, con el corazón latiendo con fuerza, reprimiendo sus deseos de gritar: «¡Cómo se atreve a investigar a Angélique y a su familia sin consultarme! ¡Cómo es posible que se equivoque tanto! Sean cuales sean los pecados que su familia haya cometido, ella no tiene la culpa. ¡Madre debería ser la primera en saber que no hay que culpar a los hijos por los pecados que cometen los padres! ¿Acaso mi querido abuelo no era mucho peor, un asesino y poco menos que un pirata, al igual que el padre de ella? ¡Es una maldita hipócrita! ¡No es asunto suyo con quién me caso! Es mi vida y, si quiero casarme con Angélique el año que viene, lo haré. Madre no sabe nada de Angélique, y cuando sepa la verdad la querrá tanto como yo, y si no…».

—Ay Dios mío —suspiró, al sentir el dolor que lo desgarraba.

XII

McFay alzó la vista de las pilas de cartas, documentos y periódicos acumulados en su mesa.

—¿Cómo está? —preguntó preocupado, después de que el doctor Babcott entrara y cerrara la puerta. Era una oficina amplia que daba a High Street y al mar.

—Ha sido una crisis estomacal, Jamie. Me temo que era de esperar, pobre hombre. Le he vendado la herida, pues se le habían deshecho unos cuantos puntos, y le he dado un poco de láudano. —Babcott se frotó los ojos, rojos de cansancio; le pesaba la levita deshilachada, manchada con productos químicos y sangre seca—. Ahora ya no puedo hacer nada más. ¿Qué se sabe de la flota?

—Sin novedad; sigue en su puesto de combate, la legación sigue acordonada y se supone que el Bakufu pronto acudirá a la cita.

—¿Y qué sucederá si no va?

McFay se encogió de hombros.

—He recibido órdenes de enviar a Malcolm a Hong Kong lo antes posible, es muy importante para él. Podría embarcarlo en el barco correo…

—Lo prohíbo terminantemente —dijo Babcott, más enfadado de lo que pretendía estar—. Sería una estupidez, un acto irresponsable y muy peligroso, muy peligroso. Si hay una tormenta, lo cual es más que probable a estas alturas del año… bueno, si sufre un ataque de vómitos puede acabar desgarrándose por dentro, y eso le provocaría la muerte. ¡No!

—Entonces ¿cuándo podrá viajar?

El médico miró por la ventana. Había cabrillas cerca del cabo, pero la bahía estaba calma y el cielo encapotado.

—Por lo menos dentro de una semana, quizá un mes. Solo Dios lo puede saber, Jamie, yo no.

—Y si usted fuera en el barco correo, ¿eso no ayudaría?

—Por el amor de Dios, ¡no! ¿Es que no me ha entendido? ¡No! No debe moverse. Una travesía de nueve días en un barco puede matarlo.

McFay se acercó a Babcott.

—¿Qué posibilidades tiene? En serio. Para mí es muy importante saberlo.

—Siguen siendo buenas. La temperatura es más o menos normal y no hay señales de supuración. —Babcott volvió a frotarse los ojos y bostezó—. Lo siento, no quería ser tan brusco. He estado levantado desde las doce de la noche intentando remendar los resultados de una reyerta entre un marinero y un soldado en el barrio de los borrachos, y al alba he tenido que ir a Yoshiwara a atender de urgencia a una joven que intentó suicidarse con un cuchillo. —Suspiró—. A Struan le iría muy bien quedarse lo más tranquilo posible. Creo que la crisis fue por culpa de las malas noticias.

La noticia y las implicaciones de la muerte de Culum Struan y, por lo tanto, la nueva condición de Malcolm como tai-pan —de interés vital e inmediato para todos los rivales— se habían difundido por toda la colonia. En Brock, Norbert Greyforth había interrumpido una reunión para descorchar la primera botella de champán de una caja que había estado preparando para ese día desde hacía varias semanas.

—Son las mejores noticias que hemos recibido en años —le dijo a Dmitri, riendo— y tengo veinte cajas más para la fiesta que voy a dar esta noche. ¡Brindemos, Dmitri! —Alzó su copa de cristal tallado —. ¡Por el tai-pan de la Casa Noble!, ¡fuera el viejo, fuera el nuevo, y que quiebren antes de que se acabe el año!

—Brindaré con usted, Norbert, por el éxito del nuevo tai-pan y por nada más —dijo Dmitri.

—Abra los ojos. Ellos son viejos, nosotros somos nuevos. Cuando vivía Dirk Struan tenían agallas, pero ahora son débiles, McFay es débil. Acuérdese de la noche en que murió Canterbury; con su ayuda y un poco de persuasión podríamos haber instigado a toda la colonia, a la marina y al ejército a que cogieran y colgaran a ese cretino de Satsuma; de haber sido así ahora viviríamos felices por el resto de nuestros días.

—Estoy de acuerdo. Vengaremos la muerte de John Canterbury, de un modo u otro. Pobre hombre —dijo Dmitri—. ¿Sabía que me dejó su negocio? —Canterbury tenía una pequeña empresa comercial especializada en la exportación de sedas a Francia y, sobre todo, de huevos y capullos de gusanos de seda. Era una actividad muy lucrativa, pues en Francia la industria de la seda, que había llegado a ser la mejor del mundo, quedó diezmada a causa de una epidemia—. John siempre había dicho que lo haría, pero nunca lo creí. También soy su albacea; Wee Willie me dio la escritura antes de marcharse.

—Los samuráis son todos unos bastardos, no había motivo para asesinarlo de ese modo. ¿Y su *musume*? El viejo John la apreciaba mucho. ¿Verdad que está embarazada?

—No, solo fue un rumor. En el testamento me pidió que cuidara de ella, que le diera dinero para que pudiera comprarse su propia choza. Fui a verla, pero su mama-san, la vieja Raiko, me dijo que la muchacha había regresado a su pueblo, que ella le enviaría el dinero. Le di la cantidad que John le había asignado y se acabó la historia.

Con aire pensativo, se sirvió otra copa y se sintió mejor.

—Usted también debería cuidarse —dijo, bajando la voz, tras considerar que había llegado el momento propicio—. Debe pensar en el futuro y no conformarse con unos cuantos rollos de tela y unos huevos de gusano. Piense en el Gran Juego, el juego americano. Con los contactos que tenemos podemos comprar la cantidad que se

nos antoje de armas inglesas, francesas o prusianas. Acabamos de firmar un contrato en exclusiva para representar a Krupp en el Extremo Oriente; con unos precios mucho mejores que los que le ofrece Struan podemos entregarlas en Hawái para transportarlas a… a donde quieran, no haremos preguntas.

—Brindaré por eso.

—Disponemos de todo, más barato y más rápido. —Norbert volvió a llenar las copas—. Me gusta el Dom Pérignon, es mejor que Tatt; ese monje sabía mucho de colores y de azúcar, y de su escasez. Igual que el azúcar hawaino —añadió con delicadeza—; me he enterado de que este año va a estar tan caro que será como un tesoro nacional, tanto en el sur como en el norte.

La copa de Dmitri se detuvo en el aire.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Significa, y que quede entre nosotros, que Brock tiene el monopolio de la cosecha de este año, y que Struan ni siquiera dispondrá de un saco de cincuenta kilos, así que no podrá cumplir con el pedido que usted le hizo.

—¿Y eso cuándo se hará público? —Los ojos de Dmitri se achinaron.

—¿Le gustaría participar? ¿En nuestro negocio? No nos iría mal tener a un agente de confianza americano, ya sea del norte o del sur.

Dmitri volvió a servir las copas.

—¿A cambio de qué?

—Hagamos un brindis: ¡por el entierro de la Casa Noble!

En Yokohama, al igual que en las salas de juntas de todo el Extremo Oriente y en los demás lugares que comerciaban con Asia, no cesaban de celebrar la noticia de la muerte de Culum y del ascenso del nuevo tai-pan. Algunos brindis eran para celebrar y otros para reivindicar; unos brindaban por la sucesión, otros maldecían los huesos de los Struan mientras otros rezaban por su éxito, pero todos

se plantearon por igual de qué manera la noticia iba a afectarles, ya que, les gustara o no, Struan seguía siendo la Casa Noble.

En la legación francesa, Angélique brindó y sorbió el champán con cautela. El cristal era barato y malo, igual que la bebida.

—Sí, monsieur Vervene, estoy de acuerdo.

Pierre Vervene era el agregado comercial, un hombre calvo y de aspecto cansino pese a tener solo unos cuarenta años.

—El primer brindis obliga a un segundo, mademoiselle —dijo, alzando la copa otra vez—. Brindaremos por la prosperidad y por la larga vida del nuevo tai-pan, pero también brindaremos por el tai-pan, su futuro marido.

—*Là, Monsieur!* —Angélique dejó la copa en la mesa, fingiendo estar irritada—. Se lo he dicho en confianza porque me siento tan feliz, tan orgullosa; pero no hay que difundirlo hasta que monsieur Struan lo haga público. Debe prometérmelo.

—Claro, claro. —Vervene hablaba con un tono tranquilizador, pero ya estaba imaginando el mensaje que iba a enviar a Seratard en cuanto ella se marchara. Era evidente que ese enlace iba a favorecer una infinita cantidad de ramificaciones y posibilidades políticas para Francia y los intereses franceses. «Dios mío —pensó—; si somos inteligentes, y lo somos, podremos controlar la Casa Noble a través de esta furcia que no tiene más que una cara bonita, unos pechos deliciosos, una virginidad que ya está durando demasiado y un trasero que tendrá al marido hecho una hoguera durante un mes o dos. Me pregunto cómo demonios lo habrá seducido, en caso de que lo que diga sea cierto…

»*Merde!* ¡El pobre hombre debe de estar loco si se conforma con tan poco, si escoge a una mujer sin dote y con un linaje vergonzoso para que sea la madre de sus hijos! ¡Qué suerte tan increíble que tiene Richaud! Ese puerco odioso ahora podrá redimirse».

—La felicito, mademoiselle.

De pronto se abrió la puerta y entró, cargado de correspondencia, el criado número uno de la legación, un chino de

edad avanzada y corpulento, vestido con una chaqueta de hilo, pantalones negros y un gorro negro.

—¡*Heya*, señol, el mismo coleo-ah, no impoltal! —Dejó caer las cartas y los paquetes en la mesa, se quedó mirando a la joven como embobado y eructó antes de salir de la habitación.

—¡Dios mío, esa gente tan maleducada es capaz de enloquecer a cualquiera! ¡Le he dicho a ese cretino que llame a la puerta antes de entrar! Discúlpeme un momento. —Vervene echó una rápida ojeada a las cartas. Había dos de su mujer y una de su amante, todas selladas hacía dos meses y medio. «Supongo que las dos pedirán dinero», pensó con amargura—. Ah, hay cuatro cartas para usted, mademoiselle. —La mayoría de los súbditos se hacían enviar la correspondencia a través de la legación más cercana—. Hay tres de París y una de Hong Kong.

—¡Ay, gracias! —Se le iluminó el rostro cuando vio que dos eran de Colette, una de su tía y la última de su padre—. Estamos tan lejos de casa, ¿verdad?

—París es centro del mundo; sí, lo es. Bueno, supongo que querrá estar sola. Puede leer las cartas en la habitación que está enfrente del vestíbulo. Ahora, si me disculpa… —Vervene le indicó con la mano, sonriendo con timidez, la mesa repleta de papeles—. Tengo que atender asuntos de Estado.

Por supuesto. Y le agradezco sus deseos de felicidad pero, por favor no diga ni una sola palabra… —Se retiró con elegancia, sabiendo que al cabo de pocas horas su maravilloso secreto iba a ser del dominio público. «Me pregunto si habré hecho bien. Creo que sí, al fin y al cabo Malcolm me lo propuso».

Vervene abrió las cartas y las leyó por encima, solo para confirmar que las dos mujeres le pedían dinero y que no le daban ninguna mala noticia. Tras apartarlas con la intención de releerlas atentamente más adelante, se puso a redactar el mensaje para Seratard, con una copia secreta para André Poncin, encantado de poder darles buenas noticias.

—Espera —murmuró—, a lo mejor no es más que una relación paternal y una exageración. Será mejor decir: «Hace unos minutos, mademoiselle Angélique me confió que…» y así el ministro podrá sacar sus propias conclusiones.

Angélique se había instalado, ansiosa, en una agradable antecámara que daba al jardín. La primera carta de Colette le daba alegres noticias de París; le hablaba con tanta gracia de la moda, de sus amigos en común y de los cotilleos, que la leyó rápidamente con la intención de volver a leerla muchas veces más, sobre todo aquella misma noche, instalada en la cama, cuando mejor podría saborear todos los detalles. Colette había sido amiga suya desde que eran pequeñas, en el convento habían sido inseparables y allí compartieron esperanzas, sueños y secretos.

La segunda carta le comunicaba noticias aún más excitantes, pues también acababa hablando de su matrimonio; Colette tenía la misma edad que ella, dieciocho años, se había casado hacía un año y tenía un hijo: «He vuelto a quedarme embarazada, querida Angélique. Mi marido está encantado pero yo estoy un poco preocupada. Como ya sabes, el primero no fue muy fácil, aunque el médico me asegura que no me pasará nada. ¿Cuándo regresarás? Me muero de ganas…».

Angélique suspiró, miró por la ventana y esperó a que se le hubiera pasado la congoja. «No debes exponerte —se repitió a sí misma, casi llorando—. Ni siquiera con Colette. Debes ser fuerte, Angélique. Ten cuidado. Tu vida ha cambiado, todo ha cambiado. Sí, pero solo por poco tiempo. No permitas que te cojan desprevenida».

Volvió a suspirar. La siguiente carta la conmocionó. La tía Emma le comunicaba las horribles noticias de la desgracia en que había caído su marido: «¡Y ahora vivimos en la miseria y mi pobre Michel se consume en la cárcel! ¡No tenemos a nadie que nos pueda ayudar! No podemos recurrir a nadie, no tenemos dinero. Es horrible, hija mía, una pesadilla…».

«Mi pobre y querido tío Michel —pensó, mientras lloraba en silencio—. Es una pena que haya administrado tan mal su dinero».

—No te preocupes, querida tía-mamá —dijo en voz alta, con una alegría repentina—. Ahora podré devolveros todas vuestras amabilidades, le pediré a Malcolm que os ayude, seguro que…

«¡Espera! ¿Sería prudente?».

Mientras pensaba en ello abrió la carta de su padre. Le sorprendió ver que el sobre solo contenía una carta, y no la letra a la vista que le había pedido, correspondiente al dinero que había traído de París y depositado en el Victoria Bank, un dinero que su tío le había adelantado generosamente, bajo la solemne promesa de que no se lo diría a su esposa y de que su padre se lo devolvería en cuanto ella llegara a Hong Kong, lo que su padre aseguró haber hecho.

> «Hong Kong, 10 de septiembre.
>
> »Hola, mi pichoncito, espero que todo vaya bien y que tu Malcolm te adore como yo, como todo Hong Kong. Hay rumores de que su padre está en las antesalas de la muerte. Seguiré informándote. Entretanto te escribo deprisa antes de marcharme a Macao. Ha surgido una oportunidad tan buena de hacer un negocio redondo que he recurrido temporalmente a tu dinero y lo invertiré a tu nombre como socio a partes iguales. En el próximo correo estaré en disposición de enviarte diez veces más de lo que tenías y te comunicaré todo lo que hemos ganado. Al fin y al cabo, tenemos que pensar en tu dote; sin la cual… ¿no?».

No podía seguir leyendo, estaba sumida en la confusión. «¡Dios mío! ¿Qué negocio? ¿Es que se está jugando todo lo que tengo?».

Eran casi las dos y McFay estaba cansado, con el estómago vacío. Sentía un profundo malestar. Había escrito una decena de cartas y firmado más de cincuenta tarjetas. También había repasado los

libros del día anterior, que revelaban que el comercio había disminuido y que se habían cancelado, postergado o incrementado el precio de la mayoría de los pedidos a Norteamérica; además, la guerra civil norteamericana había afectado de un modo u otro a todos los negocios con Canadá y Europa. Los partes de Hong Kong tampoco traían buenas noticias; las novedades de la sucursal de Hong Kong no eran tranquilizadoras, a pesar de que Albert MacStruan estaba realizando allí una labor impecable. «Dios mío —pensó—, si tuviéramos que dejar Shanghái sería una catástrofe, con todas las inversiones que tenemos allí».

La ciudad volvía a estar alborotada y en las tres concesiones extranjeras bajo control británico, francés y norteamericano no dejaban de oírse los rumores sobre los recientes movimientos de los ejércitos involucrados en la importante rebelión de Tai'ping, estacionados en Nanking y sus alrededores, una importante ciudad al sur de Shanghái capturada hacía nueve años y que utilizaban como base. El artículo del *Shanghái Observer* decía:

> «Hace dos años, cuando las valerosas fuerzas de las tropas británicas y francesas, asistidas con habilidad por el ejército mercenario local, organizadas y pagadas por nuestros príncipes mercantiles, europeos y chinos, y bajo el mando del afortunado soldado norteamericano Frederick Townsend Harris, expulsaron a los rebeldes a un radio de cincuenta kilómetros de aquí, todos creímos que la amenaza había desaparecido para siempre.
>
> »Ahora ciertos testigos declaran haber visto un ejército invencible de medio millón de rebeldes, con algunos oficiales europeos, dispuestos a atacarnos. Hay otro medio millón de rebeldes que se dirigen a Pekín. No podemos contar con su adversario, el ejército manchú, pues es incapaz de defenderse y las levas chinas no están respondiendo, así que esta vez no sobreviviremos. Es de desear que el gobierno de Su Majestad convenza

a las autoridades manchúes para que nombren al capitán Charles Gordon como sustituto de Mr. Ward, que resultó herido gravemente en acción, y que aquel pueda acceder al cargo superior de la formación manchú. Este corresponsal cree que eso es lo que sucederá pero, como siempre, demasiado tarde.

»Necesitamos un ejército británico apostado en China de forma permanente, a pesar del nerviosismo reinante en la India tras los espantosos motines de los cipayos nativos. El comercio sigue siendo desastroso debido a que el precio de la seda y del té está por las nubes. Hay hambre en casi toda la zona que rodea Shanghái hasta unos mil kilómetros de aquí…».

Más noticias deprimentes de Gran Bretaña. Unas lluvias torrenciales habían arrasado las cosechas y se preveía una hambruna en Irlanda y otros lugares, aunque no llegaría a ser como la llamada «de la patata», en la que murieron cientos de miles de personas. En Escocia la tasa de desempleo era altísima. En Lancashire estaban sumidos en la miseria desde que la mayoría de los molinos de algodón habían quedado paralizados, incluidos tres que pertenecían a Struan, a causa del embargo impuesto por la Unión al algodón sureño y del bloqueo de todos los puertos del Sur. Con el algodón norteamericano Gran Bretaña había abastecido de telas a todo el mundo. Se había perdido un clíper de Struan cargado de té, sedas y laca que se dirigía a Londres. En la bolsa, la cotización de Struan había bajado de un modo considerable, mientras que la de Brock había subido tras la llegada del primer cargamento de té de la temporada.

Otra carta de Maureen Ross, su novia desde hacía cinco años, que también traía malas noticias: «… ¿Cuándo voy a viajar? ¿Has enviado el billete? Me habías prometido que estas serían las últimas Navidades que pasaríamos separados…».

—Estas Navidades tampoco podrá ser, querida —murmuró frunciendo el ceño, a pesar de lo mucho que le gustaba la muchacha —; todavía no lo puedo pagar y, además, este no es un lugar adecuado para una joven.

Alguien llamó a la puerta.

—Mr. McFay, ¿puedo pasar? —Era Piero Vargas, su ayudante.

—Un momento. —Escondió el semanario debajo de un montón de papeles con un ligero sentimiento de culpa, se desperezó y abrió la puerta.

Piero Vargas, un euroasiático atractivo y de mediana edad, era de Macao, el pequeño enclave portugués a unos sesenta y cinco kilómetros al oeste de Hong Kong. A diferencia de los británicos, los portugueses consideraban que Macao era igual que su madre patria y no una colonia; animaban a los colonos a casarse con los chinos, aceptaban a la descendencia euroasiática como súbditos y les permitían el acceso a Portugal. Los británicos no fomentaban los matrimonios mixtos a pesar de que muchos de ellos habían formado familias. Sin embargo, la sociedad no aceptaba a sus hijos. La costumbre era que los que nacían en Shanghái adoptaran el nombre del padre y los que nacían en Hong Kong, el de la madre.

Desde que los británicos llegaron a China, habían empleado a los habitantes de Macao como cambistas y compradores que, por fuerza, hablaban inglés y todos los dialectos chinos. Excepto la Casa Noble. Su comprador era el poderoso Gordon Chen, el hijo ilegítimo de su fundador, Dirk Struan, y de una de sus numerosas amantes, la fabulosa May-may.

—¿Sí, Piero?

—Lamento interrumpirlo, senhor —dijo Piero, con un acento inglés dulce y claro—. Kinu-san, nuestro proveedor de seda, solicita una entrevista personal con usted.

—¿Ah sí? ¿Y por qué motivo?

—Bueno, en realidad no es para él, sino para dos compradores que lo acompañan. Son de Choshu.

—¿De veras? —McFay enseguida se mostró interesado. Los dos años de sondeos con los daimios de Choshu, el feudo que estaba al oeste, en los estrechos de Shimonoseki, habían concluido con unos negocios muy provechosos el año anterior, autorizados y planeados por la central de Hong Kong, e incluyeron un barco de vapor de doscientas toneladas con un cargamento muy especial: cañones, balas y municiones. El pago fue puntual, con oro y plata, la mitad por adelantado y la otra mitad tras la entrega de la mercancía.

—Hágales pasar. Espere, será mejor recibirlos en la sala de recepciones.

—Sí, senhor.

—¿Ha venido el mismo de la última vez?

—¿Senhor?

—Me refiero al joven samurái que hablaba un poco de inglés.

—No estuve presente en aquella ocasión, senhor. Estaba en Portugal de permiso.

—Ah, sí, ahora me acuerdo.

La sala de recepciones era amplia, con una mesa de roble en la que podían sentarse cuarenta y dos personas, y hacía juego con el aparador, las cómodas y las relucientes vitrinas que contenían los enseres de plata. De una de ellas extrajo un cinturón con una pistola enfundada, que se ciñó alrededor de la cintura tras asegurarse de que la pistola estaba cargada y bien colocada en la funda. Siempre que se reunía con samuráis acostumbraba a ir armado igual que ellos.

—Es una cuestión de imagen —les había dicho a sus subordinados—, y también de seguridad. —Como medida adicional apoyó el rifle Spencer en la silla y se colocó junto a la ventana, de cara a la puerta.

Vargas regresó con los tres hombres. Kinu, el proveedor de seda, era de mediana edad, gordo, grasiento y no iba armado. Los otros dos eran samuráis, joven el primero y de unos cuarenta años el segundo, aunque era difícil saberlo. Los dos eran bajos, delgados y, como siempre, iban armados.

Ambos hicieron una reverencia cortés. McFay se dio cuenta de que los samuráis enseguida repararon en el rifle. Por su parte, les devolvió la reverencia.

—*Ohayo* —dijo. «Buenos días»—. *Dozo* —«por favor», mientras señalaba las sillas colocadas a una distancia prudencial frente a él.

—Buenos días —dijo el más joven, sin sonreír.

—Ah, ¿así que habla inglés? Perfecto. Por favor, siéntense.

—Habrar poco —repuso el joven. Pronunciaba las eles como erres porque en japonés la ele no existe, y tampoco la uve. Primero se puso a hablar con Vargas en fukenés, un dialecto chino que ambos conocían; luego los dos hombres se presentaron y comentaron que los había enviado el señor Ogama de Choshu.

—Yo soy Jamie McFay, el jefe de la compañía de Struan en Japón, y me siento honrado por su visita. —Vargas tradujo. Con paciencia, Jamie soportó los quince minutos de rigor en los que se preguntó por la salud del daimio, de los visitantes, de McFay y de la reina; luego se interesaron por la situación actual de Choshu y de Inglaterra. Sirvieron y alabaron el té. Al cabo de un rato el más joven fue al grano.

Con mucho cuidado Vargas evitó que su voz delatara la excitación.

—Quieren comprar mil rifles de retrocarga y mil cartuchos de bronce por cada rifle. Hemos de proponerles un precio razonable y entregar la mercancía dentro de un plazo de tres meses. Si la entrega se hace dentro de dos meses, nos pagarán una prima, el veinte por ciento.

Exteriormente, McFay aparentaba tranquilidad.

—¿Por ahora no desean comprar nada más?

Vargas se lo preguntó.

—Sí, senhor, pero exigen mil cartuchos por cada rifle. Y un pequeño barco de vapor.

McFay calculaba los enormes beneficios que supondría la transacción, aunque también recordaba la conversación que tuvo con Greyforth, y la consabida oposición del almirante y del general,

apoyados por sir William, a la venta de armamento. Recordó los asesinatos, a Canterbury descuartizado y que él tampoco aprobaba la venta de armas, al menos hasta que dejara de ser peligroso. «¿Llegará alguna vez ese día, con esta gente tan guerrera?».

—Por favor, dígales que les daré una respuesta dentro de tres semanas. —Vio que la agradable sonrisa del joven se esfumaba.

—Respuesta… ahora. No tres semanas.

—No tener rifles aquí —le dijo McFay, despacio—. Tener que escribir a Hong Kong, a la central, nueve días para ir, nueve días para volver. Allí hay rifles. Los demás en América. Por lo menos cuatro o cinco meses.

—No comprender.

Tras escuchar a Vargas, los dos samuráis entablaron una conversación con el comerciante, que respondía a sus preguntas con humildad. Más preguntas a Vargas, que respondió cortésmente.

—Dice que de acuerdo, que él o un funcionario de Choshu regresará dentro de veintinueve días. Esta operación debe mantenerse en secreto.

—Por supuesto —McFay miró al joven—. Secreto.

—*Hai!* Sek'reto.

—Pregúntele por Saito, el otro samurái. —Los vio fruncir ligeramente el ceño.

—No lo conocen personalmente, senhor.

Más reverencias y luego Jamie se quedó solo. Ensimismado, volvió a colocar la pistola en la vitrina. «Si no les vendo los rifles, lo hará Norbert sin plantearse cuestionamientos morales».

Vargas regresó, muy satisfecho.

—Una posibilidad excelente, senhor, pero una enorme responsabilidad.

—Sí; me pregunto que dirá la central esta vez.

—Es muy fácil averiguarlo, senhor; enseguida. No tiene que esperar dieciocho días, ¿acaso la central no está en el piso de arriba?

McFay se quedó mirándolo.

—Por todos los santos, ¡se me había olvidado! Me cuesta hacerme a la idea de que el joven Malcolm es el tai-pan, el que toma la última decisión. Tiene razón.

Se oyeron unos pasos precipitados y se abrió la puerta.

—Disculpe por irrumpir así —dijo Nettlesmith sin resuello, con la chistera sucia ladeada—. Pero vengo a decirle que la bandera azul apareció en el asta de la legación hace unos minutos… Luego la arriaron, la volvieron a izar y al final se quedó a media asta.

Jamie se quedó boquiabierto.

—¿Y eso qué demonios significa?

—No lo sé, Solo que la media asta es señal de luto, ¿no?

Muy preocupado, el almirante volvió a dirigir los binoculares hacia el mástil de la legación. Los demás hombres que estaban en el puente, los capitanes del resto de la flota, Marlowe, el general, el almirante francés y Von Heimrich estaban igual de preocupados; en cambio, Seratard y André Poncin solo lo simulaban. Cuando el centinela dio la voz de alarma media hora antes, todos se precipitaron a cubierta interrumpiendo la comida. Excepto el ministro ruso.

—Si quieren pasar frío, allá ustedes, pero yo no pienso hacerlo. En cuanto se sepa si habrá guerra o no, por favor despiértenme. Si empiezan a bombardear, yo ya me uniré a ustedes…

Marlowe observaba al almirante, al que despreciaba, deseando estar con Tyrer o a bordo de su propio barco, el *Pearl*. Ignorando sus consejos, al mediodía el almirante había sustituido a su capitán por un extraño, un tal teniente Dornfild. «Maldito cabrón, con qué presunción juguetea con esos dichosos binoculares. Todos sabemos lo caros que son y que solo se los dan a los oficiales de mayor rango. Maldito cabrón…».

—¡Marlowe!

—Sí, señor.

—Más vale que intentemos averiguar lo que ocurre. Desembarque… no, lo necesito aquí. Thomas, ¿sería tan amable de

enviar a un oficial a la legación? Marlowe, destaque a un señalero para que lo acompañe.

Enseguida el general señaló con el pulgar a su ayudante, que se alejó de prisa, seguido por Marlowe. Seratard se arrebujó en el abrigo, para protegerse del viento helado.

—Me temo que sir William se ha quedado aislado.

—Ya me acuerdo de lo que dijo esta mañana —comentó el almirante en tono lacónico.

La reunión con los ministros había sido ruidosa y no se propuso ninguna solución, salvo la del conde Zergeyev: el uso inmediato y masivo de la fuerza.

—Fuerza, mi querido conde —repuso con amargura—, de la que no disponemos en caso de que haya que reforzar un bombardeo para tomar la ciudad y los alrededores.

Ketterer apretó los labios y miró a Seratard con desagrado.

—Estoy seguro de que sir William encontrará la solución, pero le diré que si veo que atacan la legación, pienso acabar con Yedo.

—Estoy de acuerdo —dijo Seratard—. ¡Es una cuestión de honor nacional!

A Von Heimrich se le endureció el rostro.

—Los japoneses no son estúpidos, como otros que yo sé. No creo que ignoren nuestro poderío.

De pronto el viento se recrudeció y los palos en la arboladura crujieron; el mar y las nubes se oscurecieron. Todas las miradas se dirigieron hacia una línea en el horizonte oriental, donde se veía un turbión que avanzaba hacia la costa amenazando el anclaje de los barcos.

—Marlowe, envíe a… ¡Marlowe! —rugió el almirante.

—¿Diga, señor? —Marlowe se acercó corriendo.

—¡Por el amor de Dios, no se aleje! Envíe el siguiente mensaje a todos los barcos: «Prepárense para hacerse a la mar. Si la situación empeora, les ordeno que cada uno tome medidas para reunirse en Kanagawa en cuanto les sea posible». Los capitanes deberán

regresar a sus barcos antes de que empeore el tiempo. —Todos se alejaron rápidamente, aliviados.

—Yo también voy a regresar a mi barco —dijo el almirante francés—. *Bonjour, messieurs*.

—Nosotros nos vamos con usted, almirante —dijo Seratard—. Le agradezco su hospitalidad, almirante Ketterer.

—¿Y el conde Alexi? ¿No vino con ustedes?

—Déjelo dormir. Es mejor que el oso ruso duerma, *n'est-ce pas*? —le dijo Seratard con frialdad a Von Heimrich, sabiendo que los dos conocían perfectamente las conversaciones secretas de los prusianos con el zar en las que este se comprometía a permanecer neutral en caso de producirse una confrontación y a permitir que Prusia se expandiera por Europa para llevar a cabo su política imperial: la creación de una nación alemana habitada por súbditos de habla alemana y encabezada por Prusia.

Mientras corría en busca del señalero, Marlowe miró preocupado hacia su barco, el *Pearl*, y lamentó no estar allí, al mando. Intranquilo, miró el mar otra vez para valorar la línea que formaba el turbión, la amenaza de las nubes cada vez más oscuras, el olor y el sabor de la sal en el viento.

—Ese tío es un cabrón.

En la sala de audiencias de la legación, sir William, flanqueado por un oficial escocés, Phillip Tyrer y los guardias, se acomodó delante de tres funcionarios japoneses que se sentaban sin prisa, rodeados también de los correspondientes guardias: Adachi, el regente de cabello cano y daimio de Mito; el samurái falso, Misamoto el pescador y, por fin, un funcionario Bakufu, bajo y barrigudo, que hablaba holandés sin que nadie lo supiera y cuya misión era informar a Yoshi en privado sobre la reunión y sobre el comportamiento de los otros dos. Como siempre, todos dieron nombres falsos.

Igual que el día anterior, llegaron cinco palanquines que repitieron el mismo ceremonial, aunque esta vez con un mayor

número de guardias. Solo tres iban ocupados, cosa que a sir William le resultó bastante preocupante y que, junto al aumento de la actividad de los samuráis durante la noche alrededor del templo y la legación, le impulsó a enviar una previsora señal de alarma a la flota colocando la bandera a media asta con la esperanza de que Ketterer comprendiera el significado de la señal.

Afuera, en el antepatio, Hiraga, otra vez disfrazado de jardinero, también estaba preocupado porque Toranaga Yoshi no se encontraba entre los funcionarios. Eso significaba que había que suspender el plan de ataque diseñado para tenderle la emboscada cerca de las puertas del castillo a su regreso. Había intentado marcharse, pero los samuráis, enfadados, le ordenaron que prosiguiera con su trabajo. Furioso, obedeció, a la espera de que llegara el momento oportuno para escapar.

—La cita era hace dos horas y media —dijo sir William con frialdad a modo de introducción—. En los países civilizados las reuniones diplomáticas empiezan puntualmente, ¡y no se llega tarde!

Enseguida soltaron una retahíla de disculpas floridas y banales. Siguieron las acostumbradas presentaciones, los cumplidos acaramelados y exasperantes; luego, una hora de conversación, eludiendo exigencias como si nada, con argumentos laboriosos, solicitando aplazamientos, sorprendiéndose por ningún motivo, repitiendo preguntas, ignorando hechos, haciendo caso omiso de la verdad; pero todo, las coartadas, las explicaciones y los razonamientos, envueltos en la más cargante cortesía.

Sir William estaba ya a punto de estallar cuando el regente Adachi sacó con gran formalidad un rollo de papel sellado y lo entregó al intérprete que a su vez se lo pasó a Johann.

Incluso a Johann se le disipó el cansancio.

—*Gott im Himmel!* Tiene el sello de los *roju*.

—¿Qué?

—Del consejo de regentes. Sería capaz de reconocer ese sello en cualquier lugar; es el mismo que le dieron al embajador Harris. Más vale que lo acepte, como una formalidad, sir William; luego lo leeré

en voz alta si está en holandés, cosa que dudo. —Reprimió un bostezo—. Lo más probable es que sea otra táctica para ganar tiempo.

Sir William hizo lo que le sugirió Johann, maldiciendo las limitaciones a las que se veía sometido y esa manera de depender de los intérpretes extranjeros y mercenarios.

Johann rompió el sello y miró el documento. Su sorpresa fue más que evidente.

—¡Está en holandés! —Tras saltarse todos los títulos y las formalidades leyó:

> «El consejo de regentes, después de recibir lo que parece ser una queja justa, se disculpa por la negligencia de sus súbditos y desea invitar al honorable ministro de los británicos y a los demás ministros acreditados a reunirse con el consejo dentro de treinta días en Yedo, donde se presentará la queja formalmente, se discutirá, se tomarán medidas y se acordará la indemnización oportuna.
>
> Nori Anjo, ministro en jefe».

Sir William tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener una expresión de alivio. Ese increíble cambio de actitud le procuraba la excusa que tanto necesitaba para salvar las apariencias; y ahora, si pudiera embaucarlos un poco más… De pronto, furioso, vio por el rabillo del ojo que Tyrer sonreía. Sin mirarlo, murmuró entre dientes:

—Deje de sonreír, maldito imbécil —y enseguida añadió con dureza—: Johann, dígales que les daré una respuesta dentro de tres días. Entretanto, quiero una indemnización inmediata, en oro, dentro de tres días, de diez mil libras esterlinas para las familias del sargento y el caporal asesinados en esta legación el año pasado y que ya exigimos cuatro veces.

Tras la traducción, vio que el anciano se mostraba consternado. Luego hubo otra larga conversación entre el intérprete y los funcionarios Bakufu.

Johann informó con cansancio:

—Rechaza las acusaciones con la vieja historia de siempre; dice que ese lamentable incidente fue cometido por un empleado de la legación que luego cometió seppuku. Dice que el Bakufu no tiene la culpa.

Sir William, igual de cansado, dijo:

—Dígales lo de siempre: que ellos fueron los que nos lo impusieron, ellos insistieron en que lo empleáramos, así que ellos son los responsables, y que se suicidó porque resultó gravemente herido tras el intento de asesinar a mi predecesor y cuando ya estaban a punto de capturarlo. —Intentaba alejar el cansancio mientras observaba a los funcionarios que hablaban con el intérprete y al tercer hombre que había estado escuchando desde el principio de la reunión. «A lo mejor es el jefe. Me pregunto qué habrá sucedido con los otros que estuvieron aquí ayer, sobre todo el joven, el que André Poncin abordó antes de marcharse. ¿Qué estará tramando ese tramposo de Seratard?».

El viento cada vez más fresco golpeó una contraventana que se había soltado. Un centinela la volvió a sujetar. Cerca de la costa estaba varada la flota; el mar estaba gris oscuro y con cabrillas, Sir William vio el turbión que se acercaba. Su preocupación por la situación de los barcos fue en aumento.

Johann dijo:

—El viejo pregunta si estaría dispuesto a aceptar tres mil.

Sir William enrojeció de ira.

—¡Diez mil en oro!

Hubo más conversaciones hasta que Johann se enjugó el sudor de la frente.

—*Mein Gott*, serán diez mil, a pagar en dos plazos en Yokohama, el primero dentro de diez días y el otro antes de la reunión de Yedo.

Tras una pausa deliberada, sir William dijo:

—Les daré mi respuesta dentro de tres días.

Hicieron varios aspavientos, luego intentaron cambiar los tres días por treinta, por diez, por ocho y todas las propuestas fueron rechazadas.

—Tres días.

Hubo reverencias corteses y desapareció la delegación.

Cuando se quedaron a solas, Johann sonrió.

—Es la primera vez que conseguimos algo, sir William, ¡la primera vez!

—Sí, bueno, ya veremos. Es que no los entiendo. Es evidente que intentaban agotarnos. ¿Pero por qué? ¿Para qué? Si ya tenían el rollo, ¿por qué demonios no nos lo dieron al principio en lugar de perder tanto tiempo? ¡Son una panda de malditos imbéciles! ¿Y por qué habrán enviado dos palanquines vacíos?

Phillip Tyrer apuntó con agudeza:

—Yo diría, señor, que esa es una de sus características. El retorcimiento.

—Bueno…, Tyrer, ahora por favor acompáñeme.

Lo llevó hasta su despacho y tras cerrar la puerta, dijo irritado:

—¿Es que el Foreign Office no le ha enseñado nada? ¿Es que no tiene ni un ápice de cerebro? ¿No tiene suficiente sentido común como para poner cara de póquer en las reuniones diplomáticas? ¿Es que se le ha podrido el cerebro?

Tyrer se quedó estupefacto ante tanta malevolencia.

—Lo siento, señor, lo siento mucho; me alegró tanto su victoria que no pude…

—¡No fue una victoria, imbécil! ¡Solo fue un aplazamiento, aunque nos haya caído del cielo! —El alivio que sintió sir William tras acabarse la reunión y ver que, en contra de lo esperado, había conseguido más de lo previsto, le hizo sentirse aún más irritado—. ¿Es que tiene los oídos tapados con moho? ¿No oyó que dijeron «lo que parece ser una queja justa»? Es el mayor agujero que podían dejar, ¡por Dios! Conseguimos un aplazamiento y nada más, aunque sea justo lo que yo quería y dudo de que la reunión de Yedo se

celebre dentro de treinta días. La próxima vez le ruego que controle sus emociones, y si quiere trabajar como intérprete… más vale que aprenda a hablar en japonés rápidamente o se verá a bordo del primer barco que zarpe a Inglaterra con una nota en su historial que le procurará un puesto en la tierra de los esquimales hasta el resto de sus días.

—Sí, señor.

—Bueno, Mr. Tyrer —dijo con brusquedad, envidiándolo por haber superado el bautismo de fuego con tanta valentía—. Estoy seguro de que la próxima vez lo hará mejor. Estas reuniones son, bueno, capaces de poner a prueba la paciencia de Job, ¿eh? Creo que lo que necesitamos es un buen jerez.

Hiraga tuvo grandes dificultades para escapar del jardín, debido a la presencia de los samuráis, y regresar a hurtadillas a la posada de los Cuarenta y Siete Ronin. Cuando llegó, bastante más tarde de lo previsto, se sintió consternado al descubrir que la cuadrilla encargada de cometer el asesinato ya se había marchado a tender la emboscada.

Ori dijo:

—Uno de los nuestros nos informó de que la delegación había salido del castillo igual que ayer, con los mismos estandartes y el mismo número de palanquines, así que supusimos que el señor Yoshi iba con ellos.

—Se suponía que tenían que esperarme.

—Lo hicieron, Hiraga, pero… pero si no se hubieran marchado no habrían llegado a tiempo.

Rápidamente Hiraga se puso un kimono sencillo y cogió sus armas.

—¿Has visto al médico?

—La mama-san y yo creímos que hoy sería demasiado peligroso. Iremos mañana.

—Entonces te veré en Kanagawa.

—*Sonno-joi!*

—¡Vete a Kanagawa! Aquí eres peligroso.

Hiraga saltó la valla y recorrió callejones oscuros y caminos pocos frecuentados, rodeando el castillo. Esta vez tuvo suerte y no se encontró con ninguna patrulla.

La mayoría de los palacios de los daimios fuera de las murallas del castillo estaban desiertos. Poniéndose a cubierto, se abrió camino de jardín en jardín hasta que llegó a los escombros del palacio que se había incendiado en el terremoto tres días atrás. De acuerdo con lo planeado, sus amigos shishi se habrían reunido para tender la emboscada cerca de la antigua puerta en el camino que llevaba a las puertas del castillo. Había nueve hombres, en lugar de once.

—Uuuh, Hiraga, ¡te dábamos por perdido! —susurró el más joven, excitado—. Desde aquí lo mataremos sin problemas.

—¿Dónde están los samuráis de Mori?

—Muertos. —Su primo, Akimoto, se encogió de hombros. Era el mayor de todos, un hombre corpulento de veinticuatro años—. Hemos venido cada uno por un camino distinto pero yo iba cerca de ellos y los tres nos topamos con una patrulla. —Sonrió—. Yo me escapé por un lado y ellos por el otro, entonces vi cómo derribaban a uno de ellos con una flecha. Yo no sabía que fuera capaz de correr tan rápido; olvídate de ellos, ¿cuándo pasará Yoshi?

Se sintieron profundamente decepcionados cuando Hiraga les dijo que su presa no iba en el cortejo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó un joven alto, muy atractivo, de dieciséis años—. Esta emboscada es perfecta; han pasado seis palanquines de importantes funcionarios Bakufu acompañados de muy pocos guardias.

—El lugar es demasiado bueno como para exponerlo sin una buena razón —dijo Hiraga—. Nos iremos de uno en uno. Akimoto, tú primero…

El shishi de guardia dio un silbido de alerta. Inmediatamente, todos se ocultaron, con los ojos pegados a las ranuras de la valla

rota. A unos treinta metros vieron un palanquín cubierto, con muchos adornos, transportado por ocho hombres semidesnudos y acompañado de doce samuráis, que se dirigía sin prisa a las puertas del castillo. No se veía a nadie más en todo el camino.

Enseguida reconocieron el emblema: Nori Anjo, el jefe del consejo de regentes. La decisión fue inmediata.

—*Sonno-joi!*

Encabezados por Hiraga se lanzaron al ataque, mataron a los guardias de las dos filas delanteras y se abalanzaron sobre el palanquín. Pero era tanta su excitación que no calcularon bien las distancias y los otro ocho guardias, unos guerreros escogidos a dedo, tuvieron tiempo de reponerse. En medio de la refriega, los porteadores que escaparon del primer ataque soltaron las barras y huyeron chillando de miedo. Entonces Anjo pudo abrir la puerta del palanquín y escabullirse justo cuando la espada de Hiraga atravesaba la madera para ir a hundirse en el mismo cojín en que Anjo había estado sentado un segundo antes.

Con una maldición, Hiraga retiró la espada, se giró para defenderse de un ataque por la espalda, mató al agresor tras un duro choque de espadas y saltó por encima de las barras para atacar a Anjo, que ya se había puesto de pie con la espada en la mano y con tres guardias a su lado. Detrás de Hiraga, sus cinco compañeros luchaban con los otros cuatro samuráis; uno de los shishi había muerto, otro estaba tendido en el suelo con una herida mortal y otro, que no supo calibrar a su adversario, tropezó con el cuerpo de un porteador y recibió un profundo corte en el costado. Antes de que su agresor se recuperara, un shishi le asestó un tajo feroz y la cabeza del samurái cayó rodando por el suelo.

Ahora eran siete contra seis.

En ese momento Akimoto interrumpió la pelea y corrió para secundar a Hiraga que se había abalanzado sobre Anjo y estaba a punto de ser derribado por los otros tres guardias. Con una brillante finta, Hiraga le hizo perder el equilibrio a uno de los guardias y le clavó la espada, la retiró y se hizo a un lado para que los otros dos

se alejaran; de ese modo le dejaba un espacio abierto a Akimoto para eliminar a Anjo.

En ese momento se oyó un grito de alerta. Unos veinte guardias del castillo aparecieron por una esquina a unos cincuenta metros dispuestos a rescatar a Anjo. Una ligera vacilación de Akimoto permitió que un guardia detuviera el golpe que habría matado a Anjo; este, tras recuperarse, huyó en dirección a los refuerzos. Ahora los shishi estaban en clara desventaja.

¡Era imposible atrapar a Anjo! ¡Era imposible vencer!

—¡Retirada! —gritó Hiraga y, con una maniobra ensayada muchas veces, Akimoto y los otros cuatro cesaron de luchar y se retiraron. Hiraga iba el último y el joven herido, Jozan, cojeaba tras ellos. Hubo un momento en que los guardias se quedaron desconcertados; luego se repusieron y, en mayor número ahora, corrieron tras ellos mientras otros interceptaron a Jozan, que había quedado acorralado con la espada en alto, tambaleándose y la sangre manándole de la herida.

Akimoto dirigía la retirada en desorden por un camino que atravesaba el castillo incendiado y que ya habían trazado antes del ataque. Hiraga iba en la retaguardia; el enemigo les iba pisando los talones. Esperó hasta llegar a la primera barricada donde lo esperaba Gota, escondido para secundarlo; de pronto se detuvo y los dos se giraron para contraatacar; golpearon y asestaron con violencia, hirieron a un hombre, derribaron a otro y alcanzaron a un tercero. Enseguida volvieron a huir, obligando al enemigo a adentrarse en el laberinto tras ellos.

Iban dando traspiés; luego pasaron a todo correr por un boquete medio quemado en el muro donde esperaban Akimoto y otro compañero. Sin dudarlo se abalanzaron sobre el primero de los perseguidores, al grito de *sonno-joi!*, mientras los demás, sorprendidos por el ataque, se detuvieron para reagruparse. Cuando lanzaron el grito de guerra y pasaron por encima del cuerpo de su compañero, Akimoto, Hiraga y los demás ya habían desaparecido.

Los samuráis se abrieron en abanico e iniciaron una búsqueda meticulosa, mientras el cielo se cubría de nubes grises y amenazadoras.

Anjo se hallaba rodeado de guardias frente a las puertas quemadas. Habían matado a cinco hombres y herido a otro dos. Ya habían decapitado a los dos shishi que perecieron en la lucha. El joven shishi estaba tirado en el suelo, con una pierna medio seccionada y se aferraba a ella con agonía, como si intentara volver a pegarla. Jozan estaba junto a un muro. Empezó a llover.

El samurái que estaba al lado del joven repitió:

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas, quién te envió, quién es tu jefe?

—Ya te lo he dicho, ¡soy un shishi de Choshu y me llamo Toma Hoju! ¡Yo era el jefe! No me envió nadie. *Sonno-joi!*

—Miente, señor —dijo un oficial.

—Por supuesto —dijo Anjo, entre dientes—. Matadlo.

—Con todos mis respetos, le ruego que se le permita cometer seppuku.

—¡Matadlo!

El oficial, un hombre grande y parecido a un oso, se encogió de hombros y se acercó al joven. A espaldas del regente, susurró:

—Tengo el honor de ser tu padrino. Estira el cuello. —La espada resonó en el aire cuando asestó el golpe. Cogió la cabeza por el moño y se la presentó a Anjo.

—Ya la he visto —dijo Anjo, siguiendo con el ritual. Estaba furioso por la osadía de esos hombres que lo habían atacado y por poco lo matan del susto, a él, ¡al jefe de los roju!—. Y ahora, ese, también es un mentiroso, ¡matadlo!

—Con todos mis respetos le ruego que se le permita cometer seppuku.

Anjo estaba a punto de estallar en cólera y decirle que si no mataba al asesino que se hiciera él el seppuku, cuando percibió el antagonismo que se había despertado entre los demás samuráis. De pronto se asustó: ¿en quién confío? Solo cinco de aquellos hombres eran sus guardias personales.

Fingió que se pensaba la respuesta. Cuando logró dominar la rabia, asintió, se volvió y se marchó bajo la lluvia hacia las puertas del castillo. Sus hombres lo siguieron. Los demás rodearon a Jozan.

—Puedes descansar, shishi —dijo el oficial con amabilidad—, dadle agua.

—Muchas gracias. —Jozan se había estado preparando para ese momento desde hacía cuatro años, cuando junto con Ori, Shorin y los demás había jurado «honrar al emperador y expulsar a los extranjeros». Tras reunir las pocas fuerzas que le quedaban, se arrodilló y se horrorizó al comprobar que le daba miedo morir.

El oficial vio el terror en su rostro, tal como esperaba y rápidamente se acercó y se agachó a su lado.

—¿Tienes un poema de la muerte, shishi? Dímelo, aguanta, no te dejes ir, eres un samurái, y este día es tan bueno como cualquier otro —dijo con suavidad, para animar al joven y deseando que desaparecieran las lágrimas—. De la nada a la nada, una espada raja a tu enemigo, una espada te raja a ti. Lanza tu grito de batalla y vivirás para siempre. Dilo: *sonno-joi*… otra vez…

Se había estado preparando todo aquel rato. Con un movimiento repentino, se puso de pie, desenvainó la espada y mandó al joven a la eternidad.

—¡Caray! —exclamó uno de los jóvenes con admiración—. Uraga-san has estado maravilloso.

—El sensei Katsumata de Satsuma fue uno de mis maestros —dijo con voz gutural. Aunque el corazón le latía con fuerza, se alegró de haber cumplido con su deber de samurái. Uno de los hombres cogió la cabeza por el moño. La lluvia empezó a caer, cual lágrimas que se confundieron con las verdaderas—. Limpia la cabeza y llévala al señor Anjo para que la vea. —Uraga miró las puertas del castillo —. Los cobardes me dan asco —dijo, y se alejó.

Aquella noche, cuando vieron que ya no había peligro, Hiraga y los demás salieron furtivamente de una bodega. Cada uno siguió un

camino distinto para acudir al refugio.

La lluvia se hizo cada vez más intensa. Y la tormenta. Se alegró, porque así se hacía más difícil interceptarlos. El baño, el sake y la ropa limpia que lo esperaban lo animaban y le daban fuerzas. No le preocupaba el fracaso de la expedición. Era el karma.

Sus maestros y su legado le habían inculcado la idea de que el enemigo y los traidores estaban en todas partes; hasta que ese temor llegó a convertirse en un estilo de vida. Medía los pasos, se aseguraba de que no le seguía nadie, cambiaba de rumbo al azar y siempre que podía exploraba el camino antes de avanzar.

Cuando llegó al callejón se sintió desfallecer. La posada de los Cuarenta y Siete Ronin y la valla que la rodeaba habían desaparecido.

Lo único que quedaba era un espacio vacío, el olor a humo y las cenizas. Unos cuantos cuerpos, de hombres y mujeres. Algunos decapitados, otros descuartizados. Reconoció a su compañero shishi, Gota, por el kimono. La cabeza de la mama-san estaba en una estaca clavada en el suelo. A su lado había un cartel: LA LEY PROHÍBE ALBERGAR A CRIMINALES Y TRAIDORES. El sello oficial era del Bakufu, firmado por Nori Anjo, el jefe de los roju.

Hiraga sintió ira, aunque era una ira glacial y no hizo más que sumarse a las muchas capas que se habían acumulado en su interior. «Esos malditos gai-jin —pensó—. Es su culpa. Ellos son los culpables de todo esto. Nos vengaremos».

XIII

Domingo, 28 de septiembre

Malcolm Struan se fue despertando poco a poco. Conocía bien el dolor espiritual; había tenido que soportar la pérdida de dos hermanos y una hermana, la angustia que le producían las borracheras y los ataques de ira cada vez más frecuentes de su padre, los maestros impacientes, su necesidad obsesiva de superarse a sí mismo porque algún día iba a ser el tai-pan y el temor continuo de no dar la talla por mucho que se preparara, que lo deseara y rezara y trabajara noche y día, cada día y cada noche de su vida. No tuvo una infancia como la de los demás niños.

Pero ahora más que nunca tenía que ponerse a prueba, tenía que ver cuanto dolor físico sería capaz de soportar ese día, sin contar los espasmos repentinos que le sobrevenían sin aviso ni lógica.

«Hoy solo siento un dolor punzante pero no es tan fuerte como ayer. ¿Cuántos días han transcurrido desde el incidente del Tokaidō? Dieciséis. Han pasado dieciséis días».

Realmente ese día no dolía tanto. Los ojos y los oídos estaban alertas. La luz del amanecer bañaba la habitación. El cielo estaba despejado, un soplo de brisa indicaba que ya había pasado la tormenta.

La tempestad había amainado dos días atrás. Había durado ocho días con la fuerza de un tifón, luego desapareció tan rápido como había llegado. La flota anclada en Yedo se había dispersado en busca de la seguridad del mar. El único buque de guerra que había regresado, el buque insignia francés, se había marchado antes y

llegó a Yokohama justo a tiempo. No había noticias de los demás. Todavía no había por qué preocuparse, pero todos oteaban el horizonte intranquilos, esperando y rezando.

En Yokohama la tempestad arrastró un buque mercante hasta la costa, dañó varios edificios, se perdieron varios cúteres y barcos de pesca, causó estragos en el pueblo y en Yoshiwara, y muchas tiendas de campaña salieron volando, aunque no hubo ninguna baja.

«Tuvimos mucha suerte —pensó Struan, antes de centrarse en el problema que para él era el más importante—. ¿Podré sentarme?».

Un intento torpe y vacilante. «*Ayiiyah!*». Le dolió, pero no demasiado. Se ayudó con los brazos para empujar un poco más y ahora ya estaba incorporado, apoyándose con las manos por detrás.

Lo aguantó. Más que el día anterior. Esperó un poco, se inclinó hacia adelante, y con cuidado intentó levantar un brazo para aliviarlo del peso del cuerpo. Seguía siendo soportable. Levantó el otro brazo. Seguía siendo soportable. Con mucho cuidado se desarropó e intentó girar las piernas para ponerlas en el suelo. Pero no pudo, el dolor era demasiado fuerte. Un segundo intento, otro fracaso.

«No importa, volveré a intentarlo más tarde». Se reclinó lo más despacio posible. Cuando la cadera dejó de aguantar el peso del cuerpo, suspiró aliviado.

—*Ayiiiyah!*

—Paciencia, Malcolm —le decía Babcott en cada una de sus visitas, tres o cuatro veces al día.

—¡Maldita paciencia!

—También tienes razón. Pero estás mucho mejor.

—¿Y cuando me podré levantar?

—Ahora, si quieres, pero no te lo aconsejo.

—¿Hasta cuándo?

—Espera un par de semanas.

Maldijo en voz alta, pero en cierto modo se alegraba. Le daba tiempo para pensar cómo encarar su nueva situación como tai-pan, cómo hacer frente a su madre, a Angélique y a McFay, que lo agobiaba con los problemas de la compañía.

—¿Qué haremos con las armas para los Choshu? —le había preguntado McFay unos días antes—. Será un negocio enorme y continuo.

—Tengo una idea. Déjamelo a mí.

—Norbert habrá olfateado a estos Choshu antes de que nos decidamos y seguro que les hará una oferta mejor que la nuestra.

—¡Que se vayan a la mierda Norbert y Brock! Los contactos que tienen no son tan buenos como los nuestros; además, Dmitri, Cooper-Tillman y todos los demás comerciantes norteamericanos en China están de nuestro lado.

—Salvo en Hawái —dijo McFay con amargura.

En una carta que había llegado en el último correo diez días antes —desde entonces no habían recibido más noticias y aún faltaban dos días para que llegara el barco de vapor bimensual—. Tess Struan había escrito:

> «El Victoria Bank nos ha traicionado. Creo que han estado apoyando a escondidas a Morgan Brock en Londres con unas letras de crédito espléndidas. De este modo han comprado o sobornado a todos nuestros agentes de Hawái y han acaparado todo el mercado de azúcar excluyéndonos por completo. Pero lo que es peor aun, aunque no disponga de pruebas, es que hay rumores de que Brock tiene contactos con el presidente Jefferson Davis y los propietarios de las plantaciones de algodón para trocar toda la cosecha por las futuras entregas de algodón de los molinos ingleses. Es un negocio que convertiría a Tyler y a Morgan en los hombres más ricos de Asia. ¡DEBEMOS EVITARLO A TODA COSTA! No sé qué hacer. Jamie, ¿se le ocurre algo? Entréguele esta carta a mi hijo, a quien también le pido ayuda urgente».

—¿Qué sugiere, Jamie?

—No lo sé Mal… tai-pan.

—Si el negocio está cerrado, es que está cerrado, y ya no hay nada que hacer. En caso de que fuera así, ¿sería posible interceptar el algodón?

McFay parpadeó.

—¿Con piratas?

—Si llega a ser necesario. El viejo Brock lo haría, lo ha hecho más de una vez. Esa es una posibilidad, pues transportarán el algodón en sus barcos. Otra es que nuestra marina rompa el bloqueo de la Unión y entonces podríamos conseguir todo el algodón que queramos.

—Se podría hacer, pero solo si le declaramos la guerra a la Unión. ¡Y eso es impensable!

—No estoy de acuerdo. Por el amor de Dios, deberíamos ponernos del lado de Davis; el algodón del sur es nuestra baza más importante. Solo así podrán ganar; de lo contrario, perderán.

—Puede ser. Pero también dependemos del norte.

—¿Cómo interceptamos los barcos? Tiene que haber una manera de romper la cadena. Si no puede trasladar la mercancía, quebrará.

—¿Qué haría Dirk?

—Iría directo a la yugular —repuso Malcolm en el acto.

—Entonces eso es lo que tenemos que buscar…

«¿Dónde está y qué es? —se preguntó Malcolm. Acostado cómodamente, intentaba pensar con claridad para encontrar una solución a todos los problemas—. ¿Angélique? No, luego pensaré en ella. Aunque sé que cada día la quiero más.

»Afortunadamente ya puedo escribir cartas. Tengo que volver a escribir a mamá. Si alguien supiera que ella es la yugular… ¿Acaso Tyler Brock no es su padre y Morgan su hermano? ¿Cómo se atreve a despreciar a la familia de Angélique? ¿Debería escribir al padre de Angélique? Sí, pero todavía no, hay tiempo de sobra.

»Tengo que escribir tantas cartas; pedir libros a Inglaterra, falta poco para Navidad; tengo que pensar en el baile benéfico del Jockey Club en Hong Kong, en el baile anual de la compañía Struan y en las

reuniones de hoy: con Jamie tengo por lo menos dos, otra con Seratard esta tarde, ¿qué querrá? ¿Qué más tengo hoy? Phillip vendrá otra vez a charlar después de desayunar… espera, no, hoy no. Ayer sir William lo envió a Yedo para preparar la legación antes de la reunión con el consejo de regentes que se celebrará dentro de veinte días».

—¿Cree que se celebrará la reunión, sir William? —le había preguntado cuando el ministro fue a visitarlo. Como la flota ya no estaba ahí para proteger a la legación y esta estaba rodeada de samuráis, sir William dejó pasar unos cuantos días para salvar las apariencias antes de regresar a Yokohama, se suponía que con la intención de prepararse para la entrega del dinero de la indemnización.

—Creo que sí, Mr. Struan. Quizá no se celebre en la fecha prevista, pero sí, la ceremonia tendrá lugar por esas fechas y habremos dado un gran paso adelante. Si cumplen con el primer pago de cinco mil libras… bueno, eso será una buena señal. Por cierto, tengo entendido que uno de sus barcos de vapor zarpará hoy para Hong Kong. Quería pedirle que llevara a un miembro de mi personal y unas cartas urgentes. Espero la llegada de mi mujer y mis hijos, así que tengo que hacer algunos preparativos.

—Por supuesto. Se lo diré a McFay. Si desea ir en uno de mis barcos a reunirse con ellos, solo tiene que decirlo.

—Muchas gracias. Tenía pensado tomarme dos semanas de vacaciones cuando lleguen. Aquí uno acaba apoltronándose, después de tanto tiempo encerrado, ¿no le parece? Echo de menos el bullicio de Hong Kong, es una ciudad increíble, aunque dudo que la gente de Whitehall la aprecie. Me apetece comer ese rosbif tan bueno que tienen, jugar al cricket o al tenis, ir al teatro o a la ópera y pasar unos cuantos días en las carreras. Y usted, ¿cuándo regresará?

«¿Cuándo?

»Las noticias de la tragedia del Tokaidō tienen que haber llegado hará una semana, suponiendo que el barco correo haya capeado el temporal. A mamá le habrá dado un ataque, aunque se lo habrá

ocultado a los demás. ¿Cogerá el primer barco que salga para venir aquí? Es posible, pero tiene que cuidar de HQ; además están Emma, Rose y Duncan. Con papá muerto y sin mí no puede estar tanto tiempo ausente. Incluso si ya ha embarcado aún me quedan tres días para preparar mi defensa. Es extraño considerarla como a una enemiga en potencia, al menos ya no como a una amiga. Al fin y al cabo quizá sí que sea una amiga, siempre lo ha sido, por muy distante que fuera, siempre atendiendo a papá y sin tiempo para dedicarse a nosotros.

»—Hola, hijo mío, ¿cómo podría ser yo tu enemiga?».

Se sorprendió al verla junto a su cama, con su padre, lo cual era aún más extraño pues recordó que él estaba muerto, pero eso no parecía importar; saltó de la cama rápidamente y empezó a charlar con ellos, feliz; iban en un cúter que cruzaba la bahía de Hong Kong, con nubes oscuras por todas partes, los dos escuchándole con respeto y aprobando sus planes, Angélique sentada en la popa, con un vestido diáfano, los pechos desnudos, él los cubría con sus manos, de pronto estaba totalmente desnuda, apretaba su cuerpo contra el suyo, y le acariciaba la cara…

—¿Malcolm?

Se despertó sobresaltado. Angélique estaba junto a la cama, sonriendo, con una discreta bata de seda azul. El sueño se esfumó, salvo la amenaza y la promesa de su cuerpo que seguían vibrando en su subconsciente.

—Estaba… ah, querida, estaba soñando contigo.

—¿Ah sí? ¿Y qué soñabas?

Frunció el ceño, intentando recordar.

—No me acuerdo —dijo, con una sonrisa—, solo sé que estabas hermosa. Me encanta tu bata.

Angélique hizo unas graciosas piruetas para mostrársela.

—¡La hizo el sastre que me recomendó Jamie! *Mon Dieu*, Malcolm, creo que es maravilloso. Le he encargado cuatro vestidos, espero no haberme excedido… ¡Ay, cuánto te lo agradezco! —Se acercó para darle un beso.

—Espera, Angélique, espera un momento. ¡Mira! —Con cuidado, se sentó, controlando el dolor, levantó las dos manos en las que se apoyaba y las extendió hacia ella.

—¡Qué maravilloso, *chéri*! —exclamó, encantada, tras cogerle las manos—. Ah, monsieur Struan, creo que más vale que a partir de ahora me consiga una dama de compañía, pues me temo que ya no me podré quedar a solas contigo en la habitación.

Con una sonrisa se acercó a él, le puso las manos en los hombros, dejó que él la rodeara con los brazos y lo besó. Fue un beso corto, prometedor y que refrenaba la necesidad de más. Luego lo besó en la oreja, se incorporó, y él apoyó la cabeza en su pecho. A Angélique le gustaba esa intimidad, y a él también. La suavidad de la seda, con esa calidez tan insustituible y misteriosa.

—Malcolm, cuando me dijiste que te querías casar conmigo, ¿lo dijiste en serio? —Sintió que la abrazaba más fuerte e intuyó la mueca de dolor.

—Claro. Ya te lo he dicho muchas veces.

—¿Crees que tus padres…?, perdón, ¿que tu madre lo aprobará? No sabes cuánto lo deseo.

—Sí, claro que sí.

—¿Me dejas contárselo a mi padre? Me encantaría hacerlo.

—Por supuesto, cuéntaselo cuando quieras, yo también lo haré —dijo con voz gutural. Luego, el deseo venció a la discreción. Struan besó la seda, luego otra vez, más fuerte, y casi soltó una maldición cuando vio que ella se retiraba—. Lo siento —murmuró.

—Entre nosotros no hay necesidad de disculpas ni de sentir esa culpa anglosajona, amor mío —dijo con suavidad—. Yo también te deseo. —Luego, de acuerdo con el plan que se había trazado, cambió de humor, controlando la situación, y dio paso a una alegría contagiosa—. Ahora voy a ser la enfermera Nightingale.

Sacudió las almohadas y estiró las sábanas.

—Esta noche monsieur Seratard da una cena de franceses, y ha organizado una velada para mañana por la noche. André Poncin va a dar un recital de piano de Beethoven (lo prefiero a Mozart), de

Chopin, y también tocará una pieza de un joven llamado Brahms. —Repiquetearon las campanas de una iglesia para anunciar la primera misa y poco después siguieron otras, más dulces y melodiosas, de la iglesia católica.

—Muy bien —dijo Angélique mientras lo ayudaba a reclinarse—. Ahora voy a arreglarme y regresaré después de la misa.

Él le tomó la mano.

—Eres maravillosa. Te quiero… —De pronto dirigieron la mirada hacia la puerta. Alguien intentaba abrirla, pero estaba cerrada con el pestillo.

—La cerré mientras dormías. —Rio como una niña juguetona. De nuevo intentaron abrir la puerta—. Los criados siempre entran sin llamar, ¡hay que darles una lección!

—¡Señol! —gritó el criado—. ¡Tlael té-ah!

—Dile que se vaya y que regrese dentro de cinco minutos.

Struan, contagiado por ella, dio la orden en cantonés y oyeron que el hombre se alejaba farfullando algo entre dientes.

Angélique rio.

—Tienes que enseñarme a hablar en chino.

—Lo intentaré.

—¿Cómo se dice «te quiero»?

—No existe la palabra amor, no con el significado que le damos nosotros.

Angélique frunció el ceño.

—¡Qué triste!

Se acercó a la puerta, descorrió el pestillo, le envió un beso y desapareció. Struan la oyó atrancar la puerta de su habitación.

Se quedó mirando la puerta, compungido. Luego oyó que el repiqueteo de las campanas se había vuelto más insistente, recordándole la misa.

Se le encogió el corazón. No había pensado en eso, en que ella fuera católica. «Mamá es una fiel seguidora de la Iglesia de Inglaterra, los domingos va a misa dos veces, igual que papá y

nosotros y, junto con todas las familias decentes de Hong Kong, acudimos como en una procesión.

»¿Católica?

»Da igual, no me importa. Debe ser mía», se dijo a sí mismo y por un momento el deseo le hizo olvidar el dolor.

Esa tarde los cuatro porteadores japoneses depositaron el cofre en el suelo observados por cuatro funcionarios Bakufu de escasa relevancia, sir William, los intérpretes, un oficial del departamento de contabilidad del ejército, el cambista de la legación, un chino y Vargas, cuya misión era vigilar a este ultimo.

Se hallaban en la sala de recepciones de la legación, con las ventanas abiertas, y a sir William le costaba reprimir una sonrisa. Uno de los funcionarios sacó una llave y abrió el cofre. En su interior había dólares mexicanos y unos cuantos taeles de oro —de unos cuarenta gramos cada uno— y de plata.

—Pregunte por qué no está todo en oro según lo acordado.

—El funcionario dice que no tuvieron tiempo de reunir tanto oro, pero estos son dólares mexicanos limpios y de curso legal; además, exige un recibo. —Las monedas «limpias» eran las que estaban enteras y no las habían desbarbado, una práctica frecuente en la que caían muchos incautos.

—Empiecen a contar.

Acabaron de contar rápidamente. Los dos cambistas comprobaron el peso de cada barra de oro dos veces, luego pesaron las monedas desbarbadas y al final utilizaron un ábaco para calcular el valor total según el tipo de cambio.

Vargas dijo:

—Hay cuatro mil ochenta y cuatro libras, con seis chelines y seis peniques de monedas limpias, sir William; quinientas veinte libras en oro; y noventa y dos libras con dieciséis peniques de monedas desbarbadas. Así que en total hay cuatro mil seiscientas noventa y siete libras, con dos chelines y siete peniques.

—Perdón, son ocho peniques, señor. —El chino hizo una reverencia e inclinó la cabeza, con una cola de caballo larga y gruesa, tras corregir a Vargas según lo acordado con él. Había decidido que la cantidad fijada por su colega portugués en concepto de honorarios, el dos por ciento, o ciento diecisiete libras, ocho chelines y seis peniques, era menor que la que él habría conseguido, pero suficiente por media hora de trabajo.

Sir William dijo:

—Vargas, vuelva a ponerlo en el cofre, extiéndales un recibo y añada una nota que diga que el resto se pagará en el último plazo. Johann, déles las gracias y dígales que esperamos el resto, en oro, dentro de diecinueve días.

Johann obedeció. Enseguida el otro intérprete inició una larga parrafada.

—Ahora pide una prórroga, señor, y…

—No hay prórrogas. —Sir William suspiró, despidió a los cambistas y se preparó para aguantar otra hora más, tapándose los oídos hasta que oyó que Johann le decía:

—Por fin han ido al grano, señor… sobre la reunión de Yedo. Piden retrasarla otros treinta días, o sea que se celebraría dentro de cincuenta días… Las palabras textuales son: el shōgun ya habrá regresado de Kioto y ha solicitado al consejo de regentes que comunique a los ministros extranjeros que les concederá una audiencia en esa fecha.

Para ganar tiempo antes de darles una respuesta, sir William gritó:

—¡Lun! —Lun apareció en el acto—. ¡Traiga el té!

Pocos segundos después llegaron las bandejas. Y los cigarros, el rapé y el tabaco de pipa. La habitación no tardó en llenarse de humo, la gente empezó a toser y entretanto sir William no dejó de pensar en las distintas posibilidades.

«Ante todo, lo más probable es que esté tratando con unos funcionarios poco importantes, así que cualquier acuerdo se verá sometido a más negociaciones. En segundo lugar, lo que es seguro

es que los cincuenta días acabarán convirtiéndose en dos meses, incluso tres, pero si conseguimos una audiencia con el máximo representante del poder, por supuesto bajo el liderazgo británico, habremos dado un paso definitivo. En realidad, no me importa si se retrasa hasta tres o cuatro meses. Por esas fechas ya habré recibido la aprobación de lord Russell, los refuerzos ya estarán de camino desde la India y Hong Kong, el almirante podrá hacer uso de su maldita autoridad y dispondremos de las fuerzas necesarias para sitiar, retener y fortificar Yedo si nos da la gana.

»Podría decirles que vamos a celebrar la reunión según lo acordado, y después otra con el shōgun. Eso sería lo mejor; pero me temo que no van a ir en contra de la voluntad del shōgun y conseguirán liarnos otra vez».

Johann se dirigió a él.

—El portavoz dice que como ya se ha llegado a un acuerdo desean despedirse.

—No se ha llegado a ningún acuerdo. Es imposible conceder una prórroga de treinta días por muchas razones. Ya hemos acordado una fecha para la reunión con el consejo de regentes, que se celebrará según lo previsto, y luego, diez días más tarde, estaremos encantados de reunirnos con el shōgun.

Tras una hora de resoplidos y silencios, sir William llegó a un compromiso: la reunión con el consejo de regentes se celebraría según lo previsto y la reunión con el shōgun tendría lugar veinte días después.

Una vez a solas con sir William, Johann advirtió:

—No lo van a cumplir.

—Sí, ya lo sé. Pero no importa.

—Sir William, mi contrato caduca dentro de un par de meses. No lo voy a renovar.

Sir William repuso con aspereza:

—No puedo prescindir de sus servicios hasta dentro de por lo menos seis meses.

—Ha llegado el momento de regresar a casa. Este lugar está a punto de convertirse en un reguero de sangre y no tengo ningunas ganas de que me claven la cabeza en una estaca.

—Le subiré el sueldo cincuenta libras al año.

—No es el dinero, sir William, estoy cansado. El noventa y ocho por ciento de las conversaciones son *sheiss*. Ya no me queda paciencia para cribar los granos de trigo en los barriles de excrementos.

—Lo necesito para las reuniones.

—Nunca se celebrarán. Dentro de dos meses me marcho. Lo siento, sir William, pero para mí esto se ha acabado y ahora voy a emborracharme. —Se marchó.

Sir William recorrió el pasillo hasta llegar a la ventana de su despacho y desde ahí oteó el horizonte. Empezaba a ponerse el sol. No se veía ninguna señal de la flota. «Dios mío, espero que esté a salvo. Tengo que hacer algo para que Johann se quede. Tyrer no estará listo hasta dentro de por lo menos un año. ¿A quién puedo conseguir que sea de fiar? ¡Maldita sea!».

Lun entró sin hacer ruido y cerró la puerta.

—¿Sí, Lun?

Lun se acercó a la mesa, vaciló y empezó a hablar en voz baja.

—Señol —dijo con cautela—, yo sabel que habel ploblema, mucho ploblema en la Casa Glande de Yedo.

Sir William se quedó mirándolo fijamente. Entre los chinos, la Casa Grande era la legación de Yedo.

—¿Qué problemas?

Lun se encogió de hombros.

—Ploblemas.

—¿Cuándo?

Lun volvió a encogerse de hombros.

—¿Whisky con agua, *heya*?

Sir William asintió, pensativo. De vez en cuando Lun le transmitía rumores y siempre acababa teniendo razón. Lo observó mientras

andaba a pasos quedos hasta el aparador donde le preparó el whisky como a él le gustaba.

Phillip Tyrer y el capitán escocés observaban la puesta de sol desde la ventana del piso superior de la legación de Yedo; los habituales grupos de samuráis estaban apostados del otro lado del muro y en todos los accesos a la colina. Los tonos rojos, naranjas y marrones del horizonte se mezclaban con una franja azul sobre el mar.

—¿Qué tiempo hará mañana?

—No entiendo mucho del tiempo de aquí, Mr. Tyrer. Si estuviéramos en Escocia podría aventurar un pronóstico. —El capitán, un hombre rubio y de treinta años, rio—. Lluvia con chubascos ocasionales… pero, bueno, no está tan mal.

—Nunca he estado en Escocia, pero pienso ir cuando me den el permiso. ¿Cuándo regresa a casa?

—Quizá el año que viene, o el otro. Solo llevo dos años aquí. —Volvieron a fijar la vista en la plaza. Cuatro soldados escoceses y un sargento avanzaban pesadamente por la colina, entre las filas de samuráis. Venían de una ronda rutinaria por el muelle donde estaba apostado un destacamento de soldados de infantería de marina y un cúter. Los samuráis estaban siempre de servicio; paseaban, a veces charlaban o formaban grupos alrededor de un fuego que encendían cuando hacía frío. El movimiento era constante. A nadie, ni a los soldados ni a los empleados de la legación, se les impidió salir o entrar, aunque todos tuvieron que soportar una vigilancia exhaustiva.

—Disculpe, voy a ver al sargento para asegurarme de que el cúter sigue ahí, por si acaso. ¿La cena es a las siete como siempre?

—Sí. —Cuando se quedó solo, Tyrer reprimió un bostezo, se desperezó y movió el brazo para aliviar las molestias que sentía. La herida había cicatrizado sin problemas y ya no tenía que llevar el brazo en cabestrillo. «Tendría mucha suerte —pensó—, si no fuera por Wee Willie. Mira que enviarme aquí; se supone que debería estar

estudiando japonés en lugar de hacer de burro de carga. Mierda, mierda, mierda. Y ahora me perderé el concierto de André que me apetecía tanto. Seguro que Angélique estará allí».

Los rumores del compromiso secreto se habían propagado por la colonia como un viento caliente y seco. Ni él ni ella confirmaron o negaron las insinuaciones, ni siquiera dieron una pista. En el club se apostaba dos a uno que era cierto y veinte a uno que la boda no se celebraría nunca.

—Struan está más enfermo que un perro, ella es católica y ya conoces a su madre, ¡por el amor de Dios, Jamie!

—Pero está cada día mejor y tú no lo conoces como yo. Diez guineas contra doscientas.

—Charlie, ¿cuánto me das si te apuesto que está preñada?

—¡Por Dios!

—El Ángel Tetas no es una ramera.

—¿Mil a uno?

—Lo acepto… ¡una guinea de oro!

Ante el desagrado de Tyrer y Pallidar, las apuestas, cada vez más altas, variaban cada día.

—¡Esos cretinos son una panda de sinvergüenzas!

—Tienes toda la razón, Pallidar. ¡Dan asco!

En medio de las especulaciones sobre Struan y Angélique, también se elucubró sobre lo sucedido a la flota tras la tormenta y se temía que hubiera sufrido algún percance serio. Los comerciantes japoneses también estaban más nerviosos de lo habitual; corrían rumores sobre insurrecciones en todo Japón en contra o a favor del Bakufu y contaban que el Mikado, el gran sacerdote de todos los japoneses que dominaba Kioto, había ordenado a todos los samuráis que atacaran Yokohama.

—Si quieres saber mi opinión, no son más que tonterías —se decían los occidentales unos a otros, pero la compra de armas iba en ascenso e incluso las mujeres de los comerciantes dormían con una pistola cargada junto a la cama. Se decía que el barrio de los borrachos era un campamento armado.

Además, unos días atrás, había tenido lugar una acción de guerra. Un buque mercante norteamericano, destrozado por la tormenta, llegó a Yokohama. Cuando iba de Shanghái a Yokohama con un cargamento de plata, municiones y armas para después dirigirse a Filipinas con opio, té y otros artículos, pasó por los estrechos de Shimonoseki, donde le dispararon desde la costa.

—¡Y un cuerno! —gritó alguien en medio del estallido de cólera en el club.

—¡Claro que sí! Y nosotros somos más pacíficos que un botón de oro. Esos bastardos de Choshu tienen buena puntería, ¿quién fue el loco que les vendió esos malditos cañones? Antes de que nos diéramos cuenta y pudiéramos huir ya habían volado uno de los palos. Claro que les disparamos, pero es que solo tenemos un par de míseros cañones que no asustarían ni a un mosquito. Llegamos a contar hasta veinte cañones en la costa.

—Dios mío, si tienen veinte cañones y unos buenos artilleros pueden cerrar Shimonoseki sin problemas y entonces nos veríamos en un apuro. Es el camino más rápido y seguro para llegar aquí.

—Desde luego, esa ruta es de paso obligatorio.

—¿Dónde demonios está la flota? ¡Espero que esté a salvo!

—¿Y si no lo está?

—Pues nos enviarán otra…

«Qué gente tan estúpida —pensó Tyrer—, solo piensan en los envíos de barcos, en el alcohol y el dinero.

»Por suerte, el almirante francés se trajo a André en el barco. Por lo menos le tengo a él, a pesar de que sea tan volátil y extraño, como buen francés. Gracias a André ya tengo dos cuadernos repletos de palabras y frases en japonés, mi diario está atestado de descripciones del folklore local y tengo una cita con un jesuita cuando regresemos a Yokohama. Ahora ya empiezo a progresar, y es tan importante que aprenda rápido; y eso sin mencionar Yoshiwara».

Fueron tres visitas. Las dos primeras fue acompañado y la última solo.

—André, no sé cómo expresarte mi agradecimiento por todo el tiempo que me has dedicado y toda tu ayuda. Y en cuanto a esta noche, nunca te lo podré devolver, nunca.

Eso había sido después de la primera visita.

Nervioso, colorado, sudoroso y casi sin poder articular palabra, pero haciéndose el macho, siguió a André al anochecer cuando salieron de la colonia para unirse a los alegres grupos de hombres que se dirigían a Yoshiwara. Pasaron junto a los samuráis en las garitas, se quitaron los sombreros con cortesía y ellos les respondieron con unas reverencias mecánicas. Luego cruzaron el puente hacia el Paraíso hasta llegar a la valla de madera.

—Yoshiwara significa «terreno de los Juncos» —dijo André. Los dos se habían puesto a tono con champán, lo cual para Tyrer no hizo más que aumentar los malos presagios—. Así se llamaba un barrio de Yedo, donde hace dos siglos y medio el shōgun Toranaga decretó y mandó construir el primer espacio vallado para los burdeles. Antes de eso los burdeles estaban esparcidos por todas partes. Desde entonces, en todas las ciudades y pueblos hay un recinto similar; todos tienen sus licencias y están sometidos a un control muy estricto. Según la costumbre, la mayoría de estos barrios se llama Yoshiwara. ¿Ve eso?

Encima de la puerta había un cartel de madera en el que estaban grabados unos elegantes caracteres chinos.

—Significa «cuando el deseo apremia, tienes que ponerle remedio».

Tyrer rio con nerviosismo. Había muchos guardias dentro y fuera de la valla. La noche anterior, cuando André se había ofrecido a acompañarlo —entonces estaban en el club, bebiendo— comentó que un comerciante le había dicho que los guardias estaban ahí no solo para preservar la paz, sino también para impedir que se escaparan las putas.

—¿Así que en realidad son esclavas? —Le sorprendió ver que Poncin enrojecía de ira.

—*Mon Dieu*, no debe pensar en ellas como putas ni llamarlas así en el sentido que le damos nosotros. No son esclavas. Algunas están contratadas por unos años, y muchas otras fueron vendidas por sus padres cuando eran pequeñas, también por unos años, pero los contratos han sido aprobados y registrados por el Bakufu. No son *putas*, son las damas del Mundo de los Sauces y no lo olvide, ¡son damas!

—Lo siento…

Pero André no le hizo caso.

—Algunas son geishas, mujeres educadas para entretener, cantar, bailar y participar en juegos triviales, y no se acuestan con los clientes. Las demás, *mon Dieu*, ya se lo he dicho; no las considere putas, piense en ellas como si fueran mujeres educadas a lo largo de muchos años para proporcionar placer.

—Lo siento, no lo sabía.

—Si las trata bien le procurarán placer, de cualquier tipo; solo si ellas quieren y les paga bien. A cambio de poco dinero, ellas le darán su juventud. Es un intercambio muy curioso. —André lo miró de una forma extraña—. Ellas le ofrecen su juventud y ocultan las lágrimas que usted les provoca. —Se bebió el vino y miró el vaso vacío con tristeza.

Tyrer volvió a llenar los vasos y se maldijo por haber roto el mutuo sentimiento de camaradería, tan valioso para él; se juró a sí mismo que la próxima vez tendría más cuidado, extrañado ante esa ira repentina.

—¿Qué lágrimas?

—No tienen una vida muy agradable pero, aun así, tampoco viven tan mal. Para algunas puede ser maravilloso. Las más hermosas y expertas se hacen famosas, incluso llegan a solicitarlas los daimios más importantes del país, o se casan con mercaderes ricos, o con samuráis. A excepción de las damas del Mundo de los Sauces que solo trabajan para nosotros, los gai-jin —prosiguió André con amargura—; a estas el único futuro que les espera es abrir una casa, beber sake y emplear a más chicas. *Mon Dieu*, trátelas bien,

porque una vez aquí el resto de los japoneses las considera contaminadas.

—Lo siento, es horrible.

—Sí, nadie puede comprender… —Junto a ellos, las risas de los borrachos ahogaron sus palabras; el club estaba lleno de gente y de humo—. A estos cretinos no les importa y tampoco les preocupa; a ninguno, salvo a Canterbury, a él sí le importaba. —André levantó la mirada del vaso—. Usted es joven e inocente, está aquí para pasar un año o dos y parece dispuesto a aprender, así que pensé que… hay tanto que aprender, tantas cosas buenas —dijo de pronto, y se marchó.

Aquello había ocurrido la noche anterior y en ese momento, cuando estaban a punto de traspasar el umbral de Yoshiwara, André extrajo una pistola pequeña.

—Phillip, ¿lleva algún arma?

—No.

André le dio la pistola al guardia, que le entregó un recibo y la colocó sobre una pila.

—Está prohibido introducir armas en el recinto, al igual que en todos los Yoshiwaras; incluso los samuráis tienen que dejar las espadas. *On y va!*

Delante de ellos, a ambos lados de la calle y en los callejones, se alineaban las pequeñas casas. En algunas daban de comer o servían bebidas. Todas las casas eran de madera y se elevaban del suelo mediante unos pilotes de escasa altura; tenían una galería y paredes shoji, llamadas así por ser de papel de aceite. El interior de las casas era muy colorido y por todas partes se veían ramos de flores; ruido, risas, farolillos, velas y lámparas de aceite.

—El fuego es un gran peligro, Phillip. Todo esto se incendió el primer año, pero al cabo de una semana ya estaba otra vez como antes.

Todas las casas tenían su propio cartel. Algunas tenían siempre las puertas abiertas y ventanas shoji correderas. En el interior esperaban las muchachas, vestidas con elegancia y recato, con

kimonos de distintas calidades, según la categoría de la casa. También había muchachas paseándose, algunas con sombrillas de diversos colores; otras, acompañadas de sus criadas, hacían caso omiso de los hombres que se las quedaban mirando. También había todo tipo de vendedores, y una multitud de criadas que gritaban las virtudes de las casas en pidgin, pero lo que más se oía eran las chanzas alegres de los posibles clientes, a quienes ellas reconocían y acompañaban a sus casas favoritas. No había clientes japoneses; los únicos nativos eran los guardias, los criados, los porteadores y los masajistas.

—Tenga en cuenta que los Yoshiwaras son un lugar de diversión, para disfrutar de los placeres de la carne, para beber y comer, y que en Japón no existe el pecado; ni el pecado original ni cualquier otro. —André rio y lo condujo a través de una multitud pacífica, salvo por unos cuantos borrachos pendencieros, acallados enseguida por unos guardias enormes y expertos.

»Aquí acogen muy bien a los borrachos porque no se enteran de lo que gastan. Pero nunca provoque una pelea con un guardia, saben luchar muy bien sin armas.

Un jardín minúsculo, lámparas de aceite y velas. Un camino de piedras grises y brillantes sobre musgo verde, ramos de flores, varios arces pequeños de hojas rojas como la sangre que contrastaban con el verde, una luz anaranjada procedente del shoji en penumbra. Un pequeño puente cruzaba un arroyo diminuto, con una cascada. Vieron a una mujer de mediana edad en la galería: era la mama-san, vestida y peinada espléndidamente.

—*Bonjour*, monsieur Furansu-san —dijo, con una reverencia.

André también la saludó.

—*Raiko-san, konbanwa. Ikaga desu ka?* —«Buenas noches, ¿cómo está?»—. *Kore wa watashi no lomodachi desu, Tyrer-san* —«Este es mi amigo, Mr. Tyrer».

—*Ah so desu ka? Taira-san?* —Hizo una reverencia con una expresión adusta, a la que Tyrer respondió con una torpe inclinación, y luego la mama-san les hizo señas para que la siguieran.

—Dice que Taira es un nombre japonés muy famoso. Tiene suerte, Phillip, la mayoría de nosotros tenemos apodos. Yo soy Furansu-san, es lo más parecido a «francés» que pueden pronunciar.

Se quitaron los zapatos para no ensuciar un impecable y lujoso tatami, luego se sentaron con las piernas cruzadas, mientras André Poncin le explicaba lo que era el *takoyama*, el hueco donde se colgaba un pergamino y un adorno floral que se cambiaba cada día, y le enseñaba a apreciar la calidad del shoji y de la madera.

Muy pronto llegó el sake. La criada era una niña, quizá tuviera diez años y no era bonita, aunque sí hábil y silenciosa. Raiko sirvió, primero a André, después a Tyrer y después una taza para ella. André vació la pequeña taza y la acercó para que se la volvieran a llenar. Tyrer hizo lo mismo, tras comprobar que el sabor del vino caliente no era desagradable, pero sí un tanto insípido. Enseguida volvieron a vaciar las tazas y las volvieron a llenar. Más bandejas y más botellas.

Tyrer perdió la cuenta pero no tardó en sentirse como poseído por una sensación agradable; olvidó su nerviosismo, observó y escuchó casi sin comprender lo que decían los otros dos, tan solo palabras sueltas. El cabello de Raiko era negro y brillante, adornado con peinetas. Tenía el rostro cubierto de un polvo blanco y no era ni fea ni hermosa, solo diferente, con su kimono de seda rosa.

—¿Sake, Phillip?

—Gracias. Es agradable, ¿verdad?

Tras una pausa, André dijo:

—Usted es la primera persona a la que traigo aquí.

—¿Ah sí? ¿Y por qué yo?

El francés jugueteó con la taza de porcelana, bebió hasta la última gota, se sirvió más, y empezó a hablar en francés con una voz suave y cálida.

—Porque usted es la primera persona que he conocido en Yokohama con… porque usted habla francés, es culto, tiene la mente como una esponja, es joven, casi tiene la mitad de años que yo. Tiene veintiún años, y no es como los demás, es inocente y estará

aquí unos cuantos años. —Sonrió, mientras tejía la telaraña formando un cerco cada vez más estrecho y decía la verdad a medias, disfrazándola—. De verdad que es la primera persona que conozco que merezca que le transmita los conocimientos que he adquirido a pesar de ser inglés y, de hecho, un enemigo de Francia. —Una sonrisa tímida—. Es difícil de explicar. Quizá porque yo siempre había querido ser maestro, quizá porque nunca he tenido un hijo, nunca me casé, quizá porque pronto tendré que regresar a Shanghái, o porque ya tenemos suficientes enemigos y quizá… quizá porque usted puede llegar a ser un verdadero amigo.

—Me sentiría honrado de ser su amigo —repuso Tyrer enseguida, atrapado en la red y hechizado—, y le diré que creo y siempre he creído que Francia y Gran Bretaña deberían ser aliados en lugar de enemigos y… —La puerta se abrió. Raiko, arrodillada, le hizo señas a Tyrer. Se le encogió el corazón.

André Poncin sonrió.

—Sígala y recuerde lo que le dije.

Como en sueños, Phillip Tyrer se levantó con torpeza y la siguió por un pasillo, luego entró en una habitación, la atravesó, pasó por una galería hasta que Raiko entró en otra habitación vacía, le hizo señas para que lo siguiera, cerró la puerta y lo dejó solo.

Una lámpara de aceite arrojaba una luz tenue y el brasero de carbón caldeaba la habitación. Sombras, oscuridad y manchas de luz. El futón —un colchón cuadrado— estaba estirado en el suelo; amplio como una cama de dos plazas. También había unos edredones de plumas y dos *yukatas*, unos camisones estampados de algodón y de manga ancha. Una pequeña puerta daba al cuarto de baño, iluminado con una vela; la bañera de madera estaba llena de agua caliente y el jabón desprendía un aroma dulce. Un taburete de tres patas, unas toallas minúsculas, todo como se lo había descrito André.

El corazón le latía cada vez más fuerte. Se esforzó por recordar las instrucciones de André en medio de la nebulosa producida por el sake.

Comenzó a desnudarse. La levita, el chaleco, la corbata, la camisa, la camiseta de lana; doblaba cada prenda con cuidado y la apilaba en un montón. Cuando consiguió sentarse, se quitó los calcetines, los pantalones y luego se volvió a poner de pie. Solo le quedaban los calzoncillos largos de lana. Se tambaleó un poco, luego se encogió de hombros, se los quitó y los plegó. Se le puso la piel de gallina y se dirigió al baño.

Una vez allí sacó agua tibia del barril, como se lo había indicado André, y se la echó por los hombros. Repitió varias veces la misma operación y entonces oyó que se abría la puerta y miró a su alrededor.

—¡Dios santo! —murmuró.

Era una mujer fornida con unos brazos enormes y un yukata mínimo; debajo no llevaba nada salvo un taparrabos. Caminó con paso decidido hacia él mostrándole una sonrisa inexpresiva y le hizo señas para que se sentara en el taburete. A pesar de la turbación que sentía, Tyrer obedeció. La mujer enseguida vio la cicatriz en el brazo y con una expresión de sorpresa dijo algo que él no entendió.

Tyrer forzó una sonrisa.

—Tokaidō.

—*Wakarimasu* —«Entiendo». De pronto, antes de que él pudiera detenerla, la mujer le echó agua por la cabeza, algo que André no le había advertido. Lo enjabonó, le lavó el cabello, luego el cuerpo, con manos firmes, expertas e insistentes, cuidando de no hacerle daño en el brazo. Los brazos, las piernas, por delante, por detrás; luego le dio un trapo y le señaló la entrepierna. Todavía perplejo, Tyrer se limpió y le devolvió el trapo.

—Gracias —murmuró—. Ah, lo siento, *domo*.

La mujer le echó más agua para aclarar el resto del jabón y señaló la bañera.

—*Dozo!* —«Por favor».

Eso sí que se lo había explicado André.

—Phillip —le había dicho—, recuerde que, a diferencia de nosotros, tiene que lavarse antes de entrar en la bañera para que los

demás puedan utilizar la misma agua, lo cual es muy sensato, ya que la madera es muy cara y tarda mucho en calentarse. Así que tampoco debe mearse en la bañera y no piense en ella como en una mujer, no es más que un ayudante. Te limpia por fuera y luego por dentro, ¿de acuerdo?

Tyrer se acomodó en la bañera. El agua estaba caliente, pero no demasiado, y cerró los ojos para ignorar a la mujer que estaba recogiendo la habitación. «Dios mío —pensó desconsolado—, nunca podré hacerlo con esa mujer, André ha cometido un error garrafal».

—Pero… bueno, no sé cuánto tengo que pagar, o si tengo que pagar a la chica antes o después…

—*Mon Dieu*, nunca tiene que darle el dinero a una chica, en ningún lugar; eso es el colmo de la descortesía. Pero sí puede regatear todo lo que quiera con la mama-san, o incluso con la chica, pero solo después del té o del sake. Antes de marcharse deje discretamente el dinero en un sitio donde ella pueda verlo. En la Casa de las Tres Carpas no se deja el dinero. Es un lugar especial (hay otros como ese), solo para clientes especiales, entre los cuales estoy yo. Envían la factura dos o tres veces al año. Pero escuche, antes de ir me tiene que jurar que pagará la factura en cuanto la reciba y que nunca, nunca llevará a nadie ni hablará de ello con nadie.

Así que se lo juró, sin atreverse a preguntar cuánto le iba a costar.

—¿Y cuándo llega la factura?

—Cuando lo decide la mama-san. Ya se lo dije, Phillip, puede disfrutar del placer durante todo el año a crédito, en las circunstancias adecuadas; claro que yo soy su garante…

La tibieza del agua lo adormeció. Apenas oyó a la mujer que salió y volvió a entrar.

—¿Taira-san?

—*Hai?* —«¿Sí?».

La mujer le tendió una toalla. Sintió un letargo extraño cuando salió de la bañera con los músculos adormecidos por el agua; dejó

que la mujer lo secara. Él se secó la entrepierna y esta vez le resultó más fácil. Tras peinarlo, la mujer le puso un yukata almidonado y le señaló la cama.

El pánico volvió a apoderarse de él. Tembloroso, se obligó a sí mismo a acostarse. Ella lo tapó, corrió el otro edredón y se marchó.

El corazón le latía cada vez más rápido aunque se sentía maravillosamente; el colchón era blando, estaba limpio y olía bien; nunca se había sentido tan limpio. Al cabo de un rato ya estaba más tranquilo y cuando la puerta se abrió y se volvió a cerrar sintió un gran alivio, aunque enseguida volvió a turbarse. Apenas vislumbró a una muchacha pequeña y esbelta, de cabello largo, que llevaba un yukata amarillo. La muchacha se arrodilló junto a la cama.

—*Konbanwa, Taira-san. Ikaga desu ka? Watashi wa Ako* —«Buenas noches, Mr. Taira. ¿Se encuentra bien? Me llamo Ako».

—*Konbanwa, Ako-san. Watashi wa Phillip Tyrer desu.*

La muchacha frunció el ceño.

—F… urri… f —hizo varios intentos de decir Phillip, pero no lo consiguió; luego se rio alegremente y dijo algo que él no comprendió.

Se incorporó; mientras la observaba le palpitaba el corazón y le sobrevino una sensación de desamparo, pues la muchacha no le atraía.

Ella señaló el otro lado de la cama.

—*Dozo?* —«Por favor, ¿me permite?».

—*Dozo* —Bajo la luz de la vela no la veía bien, lo justo para comprobar que era joven, más o menos de la misma edad que él. Tenía el rostro suave y cubierto de polvo blanco, los labios rojos, el cabello brillante, una nariz casi romana, los ojos estrechos y alargados, la sonrisa amable. Se metió en la cama y se acomodó, esperando. La timidez y la falta de experiencia de Tyrer lo tenían paralizado.

«Dios mío, ¿cómo hago para decirle que no la deseo, que ahora no deseo a nadie, que no puedo?, sé que no puedo y que no lo haré, esta noche no, y caeré para siempre en desgracia y André…

¡André! ¿Qué le voy a decir? Todos se burlarán de mí, ¿por qué habré accedido?».

La muchacha tendió la mano y le tocó la mejilla. Sin querer, Tyrer se estremeció.

Ako murmuró palabras dulces para animarlo pero por dentro sonreía; sabía lo que le esperaba con ese niño-hombre, pues Raiko-san ya la había prevenido.

—Ako —le había dicho—, esta noche será uno de los momentos más excepcionales de tu vida y debes recordar cada detalle para luego obsequiarnos con ellos a la hora de comer. Tu cliente es un amigo del francés y es único en el mundo, pues es virgen. El francés dice que no creerás lo tímido que es, que se asustará, lo más probable es que se ponga a llorar cuando le falle su Honorable Arma; incluso a lo mejor moja la cama por culpa de su excitación frustrada, pero no temas, querida Ako, el francés me ha dicho que puedes hacer con él lo de siempre y que no tienes que preocuparte.

—Uf, nunca entenderé a los gai-jin, Raiko-san.

—Yo tampoco. Está claro que son raros, poco civilizados, pero por suerte la mayoría son muy ricos y, como nuestro destino es estar aquí, tenemos que sacarles el máximo partido posible. Ten en cuenta que, según el francés, este hombre es un funcionario británico muy importante; puede llegar a ser un buen cliente así que dale a conocer las Nubes y la Lluvia, de un modo u otro, incluso si… incluso si para ello tienes que recurrir a lo «definitivo».

—*Oh ko!*

—El honor de la casa está en juego.

—¡Ah! Entiendo. En ese caso… Seguro que lo conseguiré.

—No me cabe la menor duda, Ako-chan; al fin y al cabo tienes casi treinta años de experiencia en el Mundo de los Sauces.

—¿Crees que tiene los mismos gustos que el francés?

—¿Que le gusta que le hagan cosquillas en la espalda y las Perlas del Placer? Quizá tengas que estar preparada, pero le pregunté al francés si al joven le gustaban los hombres y me aseguró que no. Es

extraño que el francés haya escogido nuestra casa para iniciar a su amigo en lugar de llevarlo a las que suele frecuentar.

—La casa nunca tuvo la culpa. Por favor, no pienses en eso, Raiko-chan. Me honra que me hayas escogido, haré todo lo que sea necesario.

—Claro. Es extraño pensar que los Tallos Ardientes de los gai-jin suelen ser mucho más largos que los de las personas civilizadas, que la mayoría de ellos fornican medianamente bien aunque sin el vigor, el talento y el deseo de los japoneses. A excepción del francés uno podría creer que son unos fornicadores felices, igual que todas las personas normales. Pero no lo son, tienen tantas telarañas en la cabeza que, por alguna razón, la fornicación para ellos no es el placer más celestial sino un mal secreto, religioso. ¡Qué raro!

Mientras iba experimentando, Ako se acercó a él y le acarició el pecho; luego bajó la mano y le costó reprimir una risa cuando el joven se sobresaltó asustado. Tardó unos minutos en recomponerse.

—¿Taira-san? —murmuró.

—Sí, hm, ¿*hai*, Ako-san?

La muchacha le cogió la mano y la puso sobre su pecho debajo del yukata, se acercó y lo besó en el hombro. Ya le habían advertido de que tuviera cuidado con la herida en el brazo causada por un valiente shishi. Tyrer no reaccionó. Ella se acercó un poco más y le murmuró lo valiente que era, lo fuerte y masculino, y que la criada le había dicho que tanto él como su fruto eran igual de obsequiosos. Mientras seguía acariciándole el pecho, sintió que se estremecía, pero seguía sin haber pasión. Los minutos pasaban. Y nada. Cada vez estaba más preocupada. Sus dedos eran suaves como mariposas y, sin embargo, él permanecía inerte; igual que las manos, los labios, todo. Lo acariciaba con suavidad sin que hubiera más intimidad. Seguían transcurriendo los minutos. Y nada. Empezaba a desanimarse. El temor al fracaso superaba al desánimo. Le rozaba la oreja con la lengua.

Ah, un pequeño premio: pronunció su nombre con voz gutural y la besó en el cuello. «Por fin —pensó la muchacha; se relajó y

acercó los labios al pezón—. Ahora solo es una cuestión de tiempo antes de que su virginidad estalle hasta alcanzar el cielo; después pediré un poco de sake, dormiré hasta el amanecer y me olvidaré de que tengo cuarenta y tres años y de que no tengo hijos; tan solo recordaré que Raiko-san me rescató de una casa de sexta categoría a la cual me habían relegado mi edad y mi falta de belleza».

Tyrer miraba distraído a los samuráis en la plaza de la legación y el sol se asomaba por el horizonte mientras pensaba en Ako. Después, dos noches más tarde, vino Hamako. Y luego la conoció a ella.

A Fujiko. Hacía dos noches.

Sintió que se le endurecía el miembro y se relajó; sabía que estaba atrapado de forma inexorable en ese mundo, el Mundo Flotante, donde, según André, solo se vivía al día, para el placer; uno se dejaba llevar sin preocupaciones como una flor en las aguas de un río tranquilo.

—No siempre está tranquilo, Phillip. ¿Cómo es Fujiko?

—Oh, ¿no la ha visto? ¿No la conoce?

—No, solo le dije a Raiko-san el tipo de mujer que le podría gustar a usted, prestando especial atención a la cuestión del «diccionario durmiente». ¿Cómo se portó?

Se rio para disimular la turbación e inquietud que le producían esas preguntas tan personales y directas. Pero André le había dado tanto que quiso ser «francés» y sincero, así que apartó sus prejuicios relativos a que un caballero no debía revelar información personal.

—Es más joven que yo, pequeña, bajita, no es hermosa pero sí atractiva. Creo que me dijo que llegó a la casa hace poco tiempo.

—Me refiero a la cama, ¿cómo estuvo? ¿Mejor que las demás?

—Ah, pues, bueno, no se puede comparar.

—¿Era más impetuosa? ¿Más sensual? ¿Eh?

—Sí, bueno, ya sea vestida o desnuda, era increíble. Especial. Le repito que no sé cómo agradecérselo, le debo tanto.

—*De rien, mon vieux.*

—Es verdad. La próxima vez la verá.

—*Mon Dieu*, no. Hay una norma según la cual nunca debe presentar a su chica «especial» a nadie, y menos a un amigo. Recuerde que hasta que no la haya instalado en una casa y que usted sea el que le pague los gastos, puede irse con cualquiera que pague por estar con ella, si así lo quiere.

—Ah sí, lo olvidaba —dijo, ocultando la verdad.

—Incluso si la instala en una casa ella puede seguir teniendo un amante a escondidas si quiere, ¿quién lo va a saber?

—Me imagino que sí. —Más angustia.

—No se enamore, amigo, al menos no de una cortesana. Acéptelas tal y como son, como fuentes de placer. Disfrútelas, diviértase, pero no debe quererlas, y tampoco debe permitir que ellas se enamoren de usted…

Los jardineros de la legación desfilaron hacia el cobertizo que utilizaban como dormitorio al lado del templo budista. Ni uno solo se fijó en Hiraga. A todos les habían advertido que sus vidas, y las de sus posteriores generaciones, dependían de que a él no le sucediera nada.

—No habléis con extraños —les dijo—. Si el Bakufu descubre que me habéis alojado, vuestra recompensa será la misma, solo que os crucificarán en lugar de mataros limpiamente.

A pesar de todas las promesas asegurando que estaba a salvo y que podía confiar en ellos, Hiraga sabía que nunca podría estar seguro. Desde la emboscada de Anjo diez días atrás, había permanecido la mayor parte del tiempo en el refugio de Kanagawa, la posada de la Flor de Medianoche. El fracaso de la expedición y la muerte de todos sus compañeros, salvo uno, era el karma, y nada más.

El día anterior había llegado un mensaje desde Kioto de Katsumata, el jefe clandestino de los shishi de Satsuma:

«Urgente: dentro de unas semanas el shōgun Nobusada sentará un precedente inaudito, pues vendrá aquí para hacer una visita oficial al emperador. Ordeno a todos los shishi que acudan de inmediato para ver cómo podemos interceptarlo, enviarle al otro mundo y luego ocupar las puertas del palacio».

Katsumata firmaba con su nombre de guerra: Cuervo.

Hiraga discutió con Ori lo que iban a hacer; luego decidió regresar a Yedo, dispuesto a actuar por su cuenta y destruir la legación británica, furioso de que el consejo de regentes se hubiera dejado engatusar por los gai-jin.

—Kioto puede esperar, Ori. Tenemos que atacar a los gai-jin. Tenemos que enfurecerlos hasta que bombardeen Yedo. Los demás ya se encargarán del shōgun y de Kioto. —Se habría llevado a Ori pero este estaba imposibilitado, la herida había empeorado y no lo había examinado un médico—. ¿Y tu brazo?

—Cuando ya no lo pueda aguantar, me haré el seppuku —dijo Ori. Le costaba hablar debido al sake que tomaba para aliviar el dolor; los tres, Hiraga, Ori y la mama-san, tomaban la última copa juntos—. No te preocupes.

—¿No hay otro médico que pueda visitarlo sin grandes riesgos?

—No, Hiraga-san —explicó Noriko, la mama-san. Era una mujer pequeña de cincuenta años, que hablaba con voz suave—. Incluso mandé llamar a un acupuntor coreano y a un herbolario, dos amigos míos, pero las cataplasmas no han servido de nada. También está el gai-jin gigante…

—¡Estúpida! —gritó Ori—. ¿Cuántas veces he de decírtelo? ¡Esto es una herida producida por una bala, por una de sus balas, y me han visto en Kanagawa!

—Por favor, discúlpame —dijo la mama-san con humildad, apoyando la frente en el tatami—; por favor disculpa a esta estúpida. —Hizo otra reverencia y se fue, pero en su fuero interno maldecía a Ori por no comportarse como un auténtico shishi y cometer seppuku aprovechando que estaba Hiraga, el mejor padrino que un hombre podía desear; de ese modo disminuiría el peligro que

la amenazaba a ella y a su casa. Las noticias de la suerte que había corrido la posada de los Cuarenta y Siete Ronin se habían propagado por toda la zona; castigar a todos los clientes, a las cortesanas y a los criados y luego clavar la cabeza de la mama-san en una estaca había sido un acto terrible.

«Una monstruosidad —pensó, furiosa—. ¿Cómo podría prohibirles la entrada a los samuráis, ya fueran shishi o no? Antaño los samuráis mataban mucho más que ahora, sí, pero eso era hace muchos siglos y solo lo hacían cuando era necesario y, además, no mataban a mujeres y niños. Eso era cuando las leyes de la tierra eran justas, pues el shōgun Toranaga era un hombre justo, igual que su hijo y su nieto; antes de que sus descendientes convirtieran la corrupción y el derroche en un estilo de vida, al igual que los daimios y los samuráis, que en el último siglo nos han impuesto un sistema de recaudación de impuestos tan rapaz como injusto. ¡Los shishi son la única esperanza que nos queda! *Sonno-joi!*».

—Anjo debe morir antes que nosotros —dijo con fervor cuando Hiraga logró llegar a salvo dos días después del ataque—. Temíamos que te hubieras quemado con los demás. Fue Anjo el que dio la orden, Hiraga-san, fue él. De hecho, cuando tú lo atacaste, él regresaba de la posada; él había dado la orden, presenció las ejecuciones y después dejó apostados a unos cuantos hombres por si regresaban más shishi.

—¿Quién nos traicionó, Hiraga? —le preguntó Ori.

—Los samuráis de Mori.

—Pero Akimoto dijo que vio cómo los rodeaban y los mataban.

—Tiene que haber sido uno de ellos. ¿Se escapó alguien más?

—Akimoto. Estuvo escondido en otra posada un día y una noche.

—¿Y ahora dónde está?

—Está ocupado —dijo Noriko— ¿quieres que lo llame?

—No, ya lo llamaré mañana.

—Anjo deberá pagar el incendio de la posada con su propia sangre, ¡eso no se hace!

—Lo pagará, y también los roju, y el shōgun Nobusada. Y Yoshi.

En sus aposentos de la torre del castillo, Yoshi componía un poema. Vestía un kimono de seda azul y estaba sentado frente a una mesa baja, sobre la cual había una lámpara de aceite y papel de arroz, pinceles de diferentes grosores y agua para suavizar la tinta.

Mojó el pincel en la tinta, y escribió con trazo firme en el delicado papel de arroz:

La espada de mis padres
Cuando está en mis manos
Se retuerce con desasosiego.

Examinó con frialdad el texto, la situación del poema en el papel y la imagen creada por las sombras de la caligrafía negra sobre el fondo blanco, la forma y la claridad de los caracteres.

«Está bien —pensó, sin vanidad—. No podría hacerlo mejor, este es casi el máximo de mis posibilidades. ¿Y qué hay del significado del poema? ¿Cómo hay que leerlo? Ah, esa es la cuestión más importante, por eso es bueno. Pero ¿responde a mi objetivo?».

La pregunta le indujo a pensar en la situación escandalosa de Yedo y Kioto. Pocos días antes se había enterado de que las tropas de Choshu habían dado un golpe inesperado y sangriento mediante el cual expulsaron a las fuerzas de Satsuma y de Tosa quienes, durante los últimos seis meses, habían ostentado el poder tras una frágil tregua. Ahora el señor Ogama de Choshu dominaba las puertas del palacio.

En la reunión del consejo convocada a toda prisa se habían producido varios estallidos de cólera; Anjo casi echaba espumarajos por la boca.

—¡Choshu, Satsuma y Tosa! Siempre son los mismos. ¡Son unos perros que hay que aplastar! Sin ellos lo tendríamos todo bajo control.

—Es verdad —dijo Yoshi—. Os repito que tenemos que ordenar a las tropas de Kioto que sofoquen la rebelión, ¡cueste lo que cueste!

—No, debemos esperar, no disponemos de suficientes hombres.

Toyama, el anciano, se rascó la barba y dijo:

—Estoy de acuerdo con Yoshi-dono. La guerra es la única solución, ¡debemos perseguir a Ogama de Choshu y declararlo fuera de la ley!

—¡Es imposible! —exclamó Adachi, quejumbroso—. Estoy de acuerdo con Anjo, no podemos arriesgarnos y ofender a todos los daimios e incitarlos a que se unan en contra de nosotros.

—¡Debemos actuar ya! —repitió Toyama—. Tenemos que ordenar a nuestras tropas que recuperen el dominio de las puertas y que sofoquen la rebelión.

—No disponemos de suficientes hombres —insistió Anjo—. Esperaremos. No es el momento adecuado.

—¿Por qué no escuchan mis consejos? —En aquel momento Yoshi estaba tan furioso que casi se le notaba. Había logrado contenerse tras un gran esfuerzo, pues sabía que si perdía los estribos cometería un grave error y acabaría teniéndolos a todos en su contra para siempre. A pesar de ser el más joven y el que tenía menos experiencia, también era el mejor calificado, el más influyente entre los daimios y el único regente capaz de incitarlos, si quería, a elevar su estandarte y sumir a todo el país en una guerra civil como las que lo habían asolado a lo largo de muchos siglos antes del shōgun Toranaga. ¿Acaso no habían tenido un ataque de celos cuando lo nombraron guardián y regente tras la «solicitud» imperial sin que la persona que había manipulado al Hijo del Cielo los hubiera consultado?—. Sé que tengo razón. ¿No tuve razón con lo de los gai-jin? Pues ahora vuelvo a tenerla.

El plan que había elaborado para expulsar a los gai-jin y a la flota de Yedo con el fin de ganar tiempo y dedicarse a sus propios problemas internos había sido todo un éxito. El plan había sido expuesto con sencillez: «Con mucha ceremonia y falsa humildad les entregamos a los gai-jin una parte miserable de la indemnización,

proponemos una reunión con el consejo que se aplazará una y otra vez o se cancelará. Incluso, si fuera necesario, podemos organizarla con unos funcionarios títeres, y al final, cuando estén a punto de perder la paciencia, les insinuamos que se organizará una reunión con el shōgun, que también se podrá aplazar, volver a negociar y volver a aplazar pero que nunca se celebrará, e incluso si se llega a hacer, solo con los resultados que nosotros queramos».

—Ganamos el tiempo que queríamos y descubrimos cómo tenemos que tratarlos; hemos de utilizar su impaciencia en contra de ellos, hacer muchas promesas y darles sopa pero sin pescado o, como mucho, unos cuantos trozos podridos que no queramos o necesitemos. Se mostraron satisfechos, la flota se ha ido y se ha internado en una tormenta, quizá se haya hundido. Todavía no han regresado los barcos.

Adachi empezó a pavonearse.

—Es verdad que llevé a cabo el plan perfectamente. Los gai-jin estaban tan dóciles como una cortesana de quinta categoría.

—Los gai-jin son una herida que no cicatrizará si nuestro poder y salud militar siguen siendo tan débiles —dijo Anjo, irritado, retorciendo las manos—. Son una herida que nunca cicatrizará si no la cercenamos, y eso es algo que no podemos hacer todavía, todavía no, al menos hasta que no dispongamos de una manera de construir nuestros propios barcos y cañones. No podemos distraernos y ordenar a las tropas que asalten las puertas, todavía no. No son los enemigos más inmediatos, y tampoco los Choshu; nuestro enemigo más inmediato es *sonno-joi* y los malditos shishi.

Yoshi se fijó en el cambio que había experimentado Anjo desde que intentaron asesinarlo; ahora estaba mucho más irascible, tozudo, y menos seguro de sí mismo a pesar de que su influencia sobre los regentes seguía intacta.

—No estoy de acuerdo, pero si crees que no disponemos de la fuerza suficiente propongo que convoquemos una movilización general y que acabemos con los señores de provincias y con todos los que se unan a ellos.

Toyama intervino.

—La guerra es la única solución, Anjo-sama; por ahora olvídate de los shishi, olvídate de los gai-jin. Primero debemos recuperar nuestros derechos hereditarios.

—Lo haremos, en su momento —concluyó Anjo—. El siguiente punto trata de la visita del shōgun, que se celebrará según lo previsto.

A pesar de sus protestas, Anjo ganó en la votación, tres contra dos, y más tarde murmuró con malevolencia:

—Te lo dije, Yoshi-dono, siempre votarán a mi favor; los shishi nunca podrán conmigo, y tú tampoco, ni nadie.

—¿Ni siquiera el shōgun Nobusada?

—Él no es un enemigo y acepta mis consejos.

—¿Y la princesa Yazu?

—Ella me obedecerá… obedecerá a su marido.

—Obedecerá a su hermano, el emperador, hasta la muerte.

Sorprendido, Anjo repuso con una sonrisa malévola:

—¿Acaso propones un accidente? ¿Eh?

—No propongo nada.

Yoshi se estremeció, al recordar el episodio; temía que el hombre empezara a ser demasiado peligroso como para dejarlo vivir, era demasiado poderoso para neutralizarlo, demasiado perspicaz, tenía demasiados seguidores dispuestos a secundarlo…

Una silueta se acercaba a la puerta en silencio. Sin pensar en lo que hacía cogió la espada que estaba a su lado a pesar de que estaba seguro de haberla reconocido. La silueta se arrodilló y llamó a la puerta con delicadeza.

—¿Sí?

La mujer abrió la puerta con una sonrisa, hizo una reverencia y esperó.

—Por favor, pasa Koiko —dijo, tan encantado de recibir esa visita inesperada que desaparecieron todos los malos pensamientos.

Ella obedeció, cerró la puerta y se acercó a él con un kimono largo y multicolor; se arrodilló otra vez, le cogió la mano y se la

acercó a la mejilla. No tardó en ver el poema.

—Buenas tardes, mi señor.

Él rio y la abrazó con ternura.

—¿A qué se debe esta visita tan agradable?

—Te echaba de menos —repuso con sencillez—. ¿Me dejas ver el poema?

—Claro.

Mientras la mujer observaba el poema, él la observaba a ella, volviendo a sentir lo que había sido un placer constante desde hacía treinta y cuatro días, cuando Koiko había llegado al castillo. La ropa era extraordinaria. La piel parecía cáscara de huevo, y el cabello negro y brillante le llegaba a la cintura; la nariz era delicada, los dientes blancos, como los suyos, pues no se los había teñido para seguir la moda de la corte.

Koiko tenía veintidós años y era una *tayu*, el grado más elevado de geisha en el Mundo de los Sauces.

Tras oír hablar de ella, Yoshi sintió curiosidad y la mandó llamar; disfrutó de su compañía y luego, dos meses atrás, le ordenó a la mama-san que le presentara una propuesta para disponer de sus servicios. De acuerdo con la tradición, envió la propuesta a su esposa para que ella la negociara. Poco después, ella le contestó desde el Diente del Dragón, el castillo familiar:

> «Querido esposo:
>
> »Hoy he finalizado los trámites con la mama-san para que puedas disponer de la *Tayu* Koiko de la casa de la Glicina. Mi señor, hemos considerado que sería más oportuno que tuvieras la exclusiva en lugar de ocupar solo un lugar preferente en la prestación de sus servicios. También es más seguro, ya que estás rodeado de enemigos. Se puede renovar el contrato cada mes si así lo deseas; el pago se efectuará al expirar el mes para asegurarnos de que los servicios se mantienen al nivel que tú esperas.

»Tu segunda esposa y yo nos alegramos de que hayas decidido tener un juguete; estamos preocupadas por tu salud y seguridad. Permíteme que te felicite por tu elección, he oído rumores de que Koiko es realmente excepcional.

»Tus hijos se encuentran bien y son felices, al igual que tu hija y yo. Te enviamos nuestra lealtad eterna y añoramos tu presencia. Por favor, manténme informada pues tengo que ordenar al habilitado que prepare el dinero…».

Como era de esperar, su mujer no había mencionado la cantidad, y no le preocupaba ya que se trataba de una de las funciones más importantes de una esposa: dirigir y administrar los bienes de la familia.

Koiko alzó la vista.

—Tu poema es perfecto, Yoshi-chan —dijo, y aplaudió brevemente. El «chan» era un diminutivo cariñoso.

—Tú eres perfecta —repuso Yoshi, ocultando el placer que le producía su crítica. Además de sus atributos físicos, era famosa en Yedo por la calidad de su caligrafía, la belleza de sus poemas y su astucia en el arte y la política—. ¿Y qué crees que quiero decir?

Le brillaron los ojos.

—Antes que nada dime si tienes intenciones de quedarte con él, ya sea abiertamente o en secreto, o si piensas destruirlo.

—¿Que cuáles son mis intenciones? —preguntó él, disfrutando de la conversación.

—Me refiero a si vas a quedarte con él abiertamente, o si piensas ocultarlo, o si simularás que es un secreto y dejarás que lo lean otras personas para que, de una manera u otra, adviertan a tus enemigos.

—¿Y ellos qué pensarán?

—Salvo los más astutos, creerán que empiezas a estar menos seguro de ti mismo y que el miedo se está apoderando de ti.

—¿Y los demás?

Los ojos de Koiko no dejaron de reflejar el placer que le producía la conversación, aunque Yoshi vio también otro destello.

—Entre tus principales adversarios —le dijo ella con delicadeza—, el shōgun Nobusada pensaría que en tu fuero interno coincides con él en que no eres lo suficientemente fuerte como para representar una verdadera amenaza, y por lo tanto pensará, muy satisfecho, que cuanto más espere más fácil le resultará eliminarte. Anjo se moriría de envidia al ver tus habilidades de poeta y caligrafista y se burlaría de la palabra «desasosiego», pues creería que es poco adecuada y que está mal escogida; pero el poema lo obsesionaría, sobre todo le preocuparía si creyera que se trata de un documento secreto, y al final llegaría a descifrar ochenta y ocho significados ocultos y todos ellos aumentarían su enemistad implacable.

Yoshi quedó deslumbrado por su franqueza.

—¿Y si lo conservo y lo escondo?

Ella rio.

—Si quisieras que fuera un secreto, lo habrías quemado enseguida y no me lo habrías enseñado. Es triste destrozar semejante belleza, muy triste, Yoshi-chan, pero es necesario para un hombre de tu posición.

—¿Por qué? Solo es un poema.

—Creo que este es especial. Es demasiado bueno. Este tipo de arte viene de unos pozos muy profundos del alma. Es revelador. La revelación es el objetivo de la poesía.

—Sigue.

Daba la impresión de que los ojos de Koiko cambiaban de color a la vez que se preguntaba hasta dónde sería capaz de llegar, pues siempre estaba poniendo a prueba los límites intelectuales de su cliente para entretenerlo y excitarlo cuando a él le apetecía. Él se dio cuenta del cambio pero no supo la razón.

—Por ejemplo —continuó ella con tranquilidad—, el hombre necio pensaría que en tu interior te estás diciendo: «el poder de mi

antepasado, el shōgun Nobusada Yoshi, está a mi alcance y me ruega que haga uso de él».

Él la observó sin que ella pudiera adivinarle los pensamientos. «¡Caramba! —pensaba él, mientras todos los sentidos le advertían del peligro—. ¿Soy tan transparente? Quizá esta dama sea demasiado perspicaz como para dejarla vivir».

—¿Y la princesa Yazu? ¿Qué pensaría?

—Es la más inteligente de todos, Yoshi-chan. Pero tú ya lo sabes. Enseguida se daría cuenta del significado del poema, eso en caso de que realmente le hayas dado un significado especial.

—¿Y si fuera un regalo para ti?

—Si recibiera semejante tesoro, esta persona indigna se llevaría una gran alegría, pero estaría ante un dilema, Yoshi-chan.

—¿Qué dilema?

—Es un poema demasiado especial, tanto si se da como si se recibe.

Yoshi apartó la mirada y observó el poema con mucho cuidado. Era todo lo que deseaba, nunca podría repetir algo así. De pronto, cogió el papel y al entregárselo acabó de cerrar la trampa.

Ella lo recibió con las dos manos y se inclinó con reverencia. Lo leyó atentamente para que le quedara grabado en la memoria. Exhaló un profundo suspiro. Luego acercó uno de los extremos a la llama de la lámpara.

—Con tu permiso, Yoshi-sama, ¿por favor? —dijo formalmente, con la mirada clavada en él y la mano firme.

—¿Por qué? —le preguntó, sorprendido.

—Es demasiado peligroso permitir que vivan semejantes pensamientos.

—¿Y si me niego?

—Entonces, por favor, discúlpame, pero tendré que decidir por ti.

—Pues decide.

Sin tardanza, colocó el papel sobre la llama. Lo giró con destreza hasta que solo quedó un pequeño trozo. Cuando la ceniza aún no se había deshecho, lo colocó encima de otra hoja hasta que se apagó la

llama. Tenía unos dedos largos y delicados, las uñas perfectas. En silencio plegó el papel que contenía las cenizas y lo dejó en la mesa.

Cuando Koiko volvió a alzar la vista con los ojos inundados de lágrimas, Yoshi se sintió emocionado.

—Cuanto lo siento, por favor, discúlpame —dijo Koiko, con la voz entrecortada—, pero es demasiado peligroso para ti… es tan triste tener que destruir semejante belleza, tenía tantas ganas de quedármelo. Es triste, pero era demasiado peligroso…

Él la abrazó con ternura; sabía que lo que ella acababa de hacer era la única solución para los dos. Le sorprendió su perspicacia cuando adivinó sus verdaderas intenciones, pues habían pensado ocultarlo de modo que alguien lo encontrara y se lo entregara a todas las personas que ella había nombrado, sobre todo a la princesa Yazu.

«Koiko tiene razón, ahora lo comprendo. Yazu habría adivinado mis intenciones y mis verdaderos pensamientos: si no desaparece la influencia que ejerce sobre Nobusada, yo soy hombre muerto. ¿Acaso no es otra manera de decir: "Poder de mi antepasado…"? De no haber sido por ella habría acabado con la cabeza clavada en una estaca».

—No llores, pequeña —murmuró. Ahora ya sabía que podía confiar en ella.

Y mientras se dejaba consolar y animar, Koiko pensaba en su fuero más interno, el más secreto e íntimo, que ya podía suspirar de alivio porque acababa de superar otra prueba, pues sabía que había sido una prueba.

«Es demasiado peligroso como para permitir que semejante traición siga existiendo, pero es mucho más peligroso que lo tenga yo. Ah sí, mi querido patrón, es fácil adorarte, reír y jugar contigo, fingir el éxtasis cuando me penetras; es maravilloso saber que al final de cada día he ganado un koku. ¡Piensa en ello, Koiko-chan! Un koku al día, cada día, por participar en el juego más excitante del mundo, con un hombre joven, atractivo, sorprendente y muy culto,

que tiene un tallo magnífico… y entretanto gano más dinero que nadie».

Las manos, los labios y el cuerpo de ella respondían con destreza, mientras cerraba, abría, abría un poco más, para recibirlo, guiarlo, ayudarlo. Era como si él tocara un instrumento exquisito, y ella simulaba el éxtasis a la perfección, tras fingir que se sumergía una y otra vez sin llegar nunca a hacerlo; era demasiado importante conservar la energía y el juicio, ya que se trataba de un hombre de muchos apetitos. Disfrutaba de la conquista, sin prisa pero siempre avanzado; de repente lo suspendía sobre un abismo, lo liberaba y luego lo volvía a tomar, una y otra vez, hasta que lo dejaba caer con alivio.

Después venía la tranquilidad. El peso de su cuerpo no le resultaba desagradable, lo soportaba con estoicismo y se cuidaba de no moverse para no perturbarle. Se sentía satisfecha de su arte y sabía que él sentía lo mismo. Antes de dormirse, su último pensamiento, el más secreto y estimulante, fue: «Me pregunto qué interpretación le darán al poema Katsumata, Hiraga y sus amigos los shishi…».

XIV

KIOTO

Lunes, 29 de septiembre

A unos cuantos kilómetros al sur de Kioto, bajo la luz crepuscular, tenía lugar una violenta escaramuza entre las tropas de Satsuma, que huían, y las de Choshu, lideradas por el señor Ogama, que acababan de apoderarse de las puertas del palacio. Katsumata, el maestro de los samuráis de Satsuma y shishi clandestino, con el apoyo de cien samuráis a caballo, dirigía la lucha para cubrir la huida hacia el sur del señor Sanjiro y de sus tropas. Estaban en clara desventaja, a campo abierto, con el cielo cubierto de nubes oscuras y un viento violento que traía el hedor de los excrementos humanos.

Katsumata capitaneaba un ataque que había penetrado las líneas delanteras con la intención de llegar hasta el estandarte del daimio de Choshu, Ogama, que también iba a caballo. Sin embargo, tuvo que retroceder tras sufrir grandes pérdidas; mientras tanto los refuerzos corrían a proteger a su jefe.

—¡Que avancen todas las tropas! —gritó Ogama. Tenía veintisiete años, era un hombre iracundo y rechoncho, vestido, con una armadura de bambú y metal, un casco guerrero y blandía la espada manchada de sangre—. ¡Rodeen a esos perros! ¡Quiero la cabeza de Sanjiro!

Enseguida los ayudantes de campo corrieron a transmitir las órdenes.

A unos cinco kilómetros, el señor Sanjiro y el resto de las tropas se apresuraban en dirección a la costa, a unos treinta kilómetros, con el objetivo de embarcarse en Osaka y regresar a Kyūshū, la isla del sur; allí se refugiarían en la capital, Kagoshima, a cuatrocientas millas marinas de Kioto.

En total había unos cuatrocientos guerreros; los samuráis fanáticos, fuertemente armados, deseaban regresar para participar en la batalla. Todavía no habían superado la derrota y la retirada de la semana anterior cuando, por la noche, Ogama había realizado un ataque sorpresa tras rodear las barracas e incendiar los edificios, violando los acuerdos solemnes a los que había llegado con Sanjiro.

Tras sufrir grandes pérdidas, los Satsuma lograron salir de la ciudad y llegar al pueblo de Fujimori. Allí, Sanjiro reagrupó a las tropas a pesar de que los refuerzos de Choshu les seguían los pasos.

—Estamos rodeados.

—Señor —dijo uno de los capitanes—, propongo regresar para un contraataque.

—Es demasiado peligroso —repuso Katsumata con firmeza—, hay demasiadas tropas enemigas, nos aplastarían. Mi señor, tendrás que alejar a todos los daimios y también conseguir que la corte viva aterrorizada. Te sugiero que le propongas a Ogama una tregua si accede a una retirada pacífica.

—Pero ¿a cambio de qué?

—A cambio de la tregua aceptarás que sus tropas custodien las puertas, pero solo las suyas y no las de Tosa; de ese modo aumentarán los conflictos entre ellos.

—No puedo aceptarlo —dijo Sanjiro, temblando de rabia al ver que Ogama lo había engañado—. Él tampoco lo consentiría, ¿por qué iba a hacerlo? Estamos en sus manos. Puede hacer lo que le dé la gana. Si yo estuviera en su lugar, arremetería antes del mediodía.

—Sí, mi señor, lo hará. A menos que nos anticipemos. Con esta treta lo evitaremos, no es un verdadero guerrero como tú, sus tropas no son tan fogosas y entusiastas como las tuyas ni están tan bien preparadas. Si nos derrotó fue porque nos atacó de noche y

nos traicionó vilmente. Recuerda que su alianza con Tosa es muy precaria, tiene que consolidar su posesión de las puertas y no dispone de suficientes tropas para enfrentarse a todos los problemas que le sobrevendrán en las próximas semanas. Tiene que organizar las tropas y conseguir refuerzos sin provocar una oposición. Y pronto regresará el Bakufu con sus hombres para recuperar las puertas; están en todo su derecho.

Según un edicto de Toranaga, los daimios que visitaban Kioto solo podían disponer de quinientos guardias. Estos tenían que vivir sometidos a unas restricciones muy severas en las barracas de cada feudo, que por decreto se habían construido de tal modo que no pudieran defenderse de un ataque. El mismo edicto establecía que las tropas del shōgunado fueran superiores a todas las demás juntas. Debido a la paz que había reinado durante tanto siglos, el Bakufu fue permitiendo que la aplicación de esas leyes se relajara. En los últimos años, los daimios de Tosa, Choshu y Satsuma habían tergiversado las leyes para incrementar el número de sus tropas, hasta que al final tuvieron tantos hombres que se vieron obligados a enviarlos de vuelta a casa.

—Ogama no es tonto, no permitirá que me escape —dijo Sanjiro —. Yo le clavaría la cabeza en una estaca si lo hubiera atrapado.

—No es tonto, pero se puede manipular. —Entonces Katsumata bajó la voz—. Puedes decirle también que cuando se celebre la convención de daimios lo apoyarás para que acceda a la jefatura del consejo de regentes.

Sanjiro estalló.

—¡Eso nunca! Él sabe perfectamente que yo nunca haría eso. ¿Por qué iba a creerse semejantes patrañas?

—Porque es Ogama. Porque ha fortificado los estrechos de Shimonoseki con los cañones que se construyeron en la fábrica holandesa que ya ha dejado de ser secreta. Por lo tanto sabe, y con toda la razón, que si quiere puede impedir que los barcos de los gai-jin naveguen libremente por los estrechos. También cree que es el único capaz de complacer al emperador y expulsar a los gai-jin;

solo él podrá restituir el poder al emperador, así que, ¿por qué no iba a reclamar el gran premio y aspirar a ser el tairō, el dictador?

—Antes estallará la tierra.

—Otra razón por la que aceptaría una tregua es que nunca había custodiado las puertas. No es más que un advenedizo, un usurpador, es su estilo —agregó Katsumata con desprecio—. No proviene de un linaje tan antiguo y eminente como el tuyo. Y la última razón por la que aceptará la tregua es que le dirán que será para siempre.

A pesar de su oposición y sorpresa, Sanjiro se quedó mirando a su consejero sin creer la cantidad de concesiones que proponía. Como conocía muy bien a Katsumata y no comprendía sus intenciones, despidió a los demás.

—¿Qué hay detrás de todo esto? —preguntó con impaciencia—. Ogama sabe que no habrá ninguna tregua hasta que yo no me haya refugiado en mis montañas para movilizar a todo Satsuma y regresar a Kioto a luchar y recuperar mis derechos, vengarme de sus insultos y clavarle la cabeza en una estaca. ¿Por qué me dices tantas tonterías?

—Porque tu vida corre más peligro que nunca, mi señor. Estás rodeado. Hay espías en todas partes. Necesito ganar tiempo para organizar los barcos en Osaka y, además, tengo un plan de batalla.

Al cabo de un rato, Sanjiro dijo:

—Muy bien. Negocia.

Y hasta entonces las negociaciones ya habían durado seis días.

Entretanto, Sanjiro se había quedado tan tranquilo en Fushimi, aunque había espías en todas las carreteras que iban o venían de Kioto. Con el fin de demostrar la confianza que se tenían, Sanjiro había accedido a trasladarse a un lugar más vulnerable y Ogama había despejado las salidas retirando a sus tropas, a excepción de un retén. Luego los dos se quedaron a la espera de que el otro cometiera una equivocación.

Con todo el poder que ostentaba en Kioto, a pesar de su fragilidad, y con el apoyo de más de mil samuráis, Ogama parecía satisfecho de dominar las puertas, a la vez que se esforzaba por

obtener el apoyo de los daimios y de todos los cortesanos que simpatizaban con él. Ogama convenció a estos últimos de que le sugirieran al emperador que «solicitara» la dimisión inmediata de Anjo y del consejo de regentes, que convocara una gran asamblea de daimios para designar un nuevo consejo de regentes en el cual él figuraría como tairō y que gobernaría hasta que el shōgun Nobusada alcanzara la mayoría de edad. De ese modo se sustituiría a todos los miembros del Bakufu por los seguidores de los Toranaga.

Ogama se sintió muy satisfecho cuando supo que el emperador había acogido con agrado las noticias de que sus cañones habían disparado a los barcos de los gai-jin. Gracias a eso, y a la tregua propuesta por Sanjiro con unas concesiones tan extraordinarias, la influencia que tenía en la corte se vio incrementada.

—Acepto la tregua —le había dicho a Katsumata el día anterior—. Ratificaremos el acuerdo dentro de siete días aquí, en mi cuartel general. Luego podréis retiraros a Kagoshima.

Pero aquella misma mañana habían llegado las sorprendentes noticias de la visita del shōgun Nobusada. Enseguida Sanjiro mandó llamar a Katsumata.

—¿Cómo puede ser que Anjo y Yoshi hayan accedido a semejante visita? ¿Es que se han vuelto locos? Pase lo que pase perderán.

—Estoy de acuerdo, mi señor, pero esto te coloca en una posición mucho más peligrosa. Con Ogama en posesión de las puertas y, por lo tanto, con acceso directo al emperador, cualquier enemigo de Ogama es un enemigo del emperador.

—Eso es evidente. ¿Qué hago? ¿Qué me aconsejas?

—Envíale una carta a Ogama proponiéndole una reunión para dentro de tres días y dile que quieres hablar de las consecuencias de la visita. Estará tan sorprendido como cualquier daimio. Entretanto, esta noche, planearemos el ataque.

—No podemos huir sin que se entere Ogama; estamos rodeados de espías y sus tropas no están lejos. En cuanto se entere de que estamos levantando el campo se nos echará encima.

—Sí, pero si abandonamos el campo tal y como está y solo nos llevamos las armas… Yo puedo engañarlo, lo conozco.

Enfadado, Sanjiro repuso:

—¿Entonces por qué no previste el ataque sorpresa?

«Ah, claro que lo había previsto —podría haber dicho Katsumata —, pero me convenía más que Ogama estuviera en posesión de las puertas durante un tiempo. ¿Acaso no logramos escapar de la emboscada? Ogama nunca sabrá cómo tratar a la corte, a los daimios que le son hostiles, a los Tosa, a la princesa Yazu. Ni sabrá qué hacer con la visita del shōgun Nobusada. Aunque Nobusada nunca llegará a Kioto y Ogama acabará siendo el responsable de su muerte».

—Cuánto lo siento, mi señor —dijo, fingiendo una disculpa—. Estoy intentando averiguar por qué tus espías te han fallado. Van a rodar cabezas.

—Muy bien.

Poco después del anochecer Katsumata envió a unos hombres muy bien preparados a que aniquilaran en silencio a la tropa de Choshu que los espiaba. A continuación, de acuerdo con el plan de ataque de Katsumata, este se quedó con cien soldados de caballería y Sanjiro, acompañado del regimiento, se marchó precipitadamente en dirección al sur con órdenes de dejar cien hombres apostados cada cien *ri*, que debían seguirle y reunirse con él a medida que su ejército se replegaba. Muy seguro de sí mismo, Katsumata se ocultó en la carretera de Kioto. Sabía que sobreviviría hasta el amanecer si incitaba a los Choshu a batirse en retirada, y si interrumpían la batalla para regresar a Kioto y reforzar su posición, dejando tan solo un retén para ir tras ellos. Corrían rumores de que las alianzas de Ogama empezaban a fallarle; las desavenencias se habían recrudecido gracias a las mentiras que propagaron los aliados secretos de Katsumata.

Katsumata se sorprendió al ver que Ogama estaba al mando de la persecución y tampoco se esperaba que los alcanzaran tan pronto. Era el karma.

—¡Al ataque! —gritó Katsumata, tras simular una huida.

Enseguida la caballería, aparentemente dispersa, arremetió contra el enemigo que comenzó a retirarse; el aire frío y húmedo estaba impregnado de sudor y sangre. Katsumata veía a los hombres que morían a montones, tanto los propios como los enemigos, pero logró acercarse a Ogama. Sin embargo, cuando ya casi lo tenía a su alcance, volvieron a interceptarlo y tuvo que retirarse y huir —esta vez de verdad— seguido de los pocos supervivientes. De los cien hombres solo quedaban veinte.

—¡Que vengan los refuerzos! ¡Quinientos koku por la cabeza de Katsumata! —gritó Ogama—, ¡y mil por la del señor Sanjiro!

—¡Mi señor! —Uno de los capitanes más expertos señaló el cielo. En medio de la excitación no se habían percatado de que el cielo se había cubierto de nubes oscuras que se extendían hasta la luna—. Cuánto lo siento, pero el camino de regreso a Kioto no será fácil y no sabemos si esos perros nos han tendido otra emboscada.

Ogama se quedó pensativo.

—¡Anulen la orden! Coja a cincuenta hombres y vayan a por ellos. Si me trae cualquiera de las dos cabezas, lo ascenderé a general y le daré diez mil koku. ¡Qué se suspenda la batalla!

Los capitanes se alejaron dando órdenes a gritos. Ogama miró con amargura hacia el punto por donde Katsumata y sus hombres habían desaparecido.

—¡Por mis antepasados! —murmuró—, ¡cuando sea tairō, Satsuma será un protectorado de Choshu, anularé los tratados y ni un solo barco de los gai-jin pasará por mis estrechos! —Luego espoleó al caballo y, acompañado de su guardia personal, se dirigió a enfrentarse con los problemas de Kioto. Y con el destino.

Aquella misma tarde, en la legación francesa de Yokohama, la fiesta y el concierto que había organizado Seratard en honor de Angélique

fueron todo un éxito. El cocinero se había superado a sí mismo: pan recién hecho, bandejas de ostras estofadas, langosta fría, gambas y langostinos, pescado del país cocido al horno con jengibre y ajo y servido con puerros de la huerta, y tarta de manzana. Las manzanas deshidratadas traídas de Francia solo se consumían en ocasiones muy especiales. Champán La Doucette, y un Margaux de su pueblo natal que lo hacía sentir muy orgulloso.

Tras la cena y los puros, una salva de aplausos anunció a André Poncin, un pianista consumado, aunque reticente; más aplausos al final de cada pieza y por fin, poco después de las doce y al cabo de tres bises, se pusieron todos de pie para ovacionar la última nota de una sonata de Beethoven.

—Maravilloso…

—Fantástico…

—Ay, André —dijo Angélique en francés, sin aliento, desde su lugar de honor cerca del piano, con el alma apaciguada gracias a la música—. Ha sido hermoso, cuánto te lo agradezco. —Angélique se abanicaba con gracia; los ojos y el rostro lucían perfectos, llevaba un miriñaque nuevo sobre las enaguas, el escote dejaba al descubierto los hombros desnudos, la seda verde caía como una cascada formando unos pliegues que acentuaban la delgadez de su cintura.

—*Merci, mademoiselle* —repuso Poncin. Se levantó y alzó la copa, con los ojos ligeramente velados por las lágrimas—. *À toi!*

—*Merci, monsieur* —contestó Angélique. A su lado estaban Norbert Greyforth, Jamie McFay, Dmitri y otros comerciantes, todos con traje de etiqueta, camisa de seda, chaleco y corbata; algunos de los trajes eran nuevos, aunque la mayoría estaban ya viejos y arrugados y solo habían sido ligeramente planchados porque ella iba a estar ahí. Había algunos oficiales del ejército y de la marina francesa, con uniformes llenos de trenzas y espadas de gala, que se sumaban al esplendor habitual. A su vez, los militares británicos también se comportaban como pavos reales.

—Es una velada maravillosa, Henri —decía Angélique.

—Gracias a usted. Su presencia hace que todo sea mucho más agradable. —Seratard pronunciaba tópicos galantes mientras lamentaba que la joven no estuviera casada y, por lo tanto, preparada para una aventura con un hombre de mundo. «Pobre muchacha, tendrás que aguantar a un bovino escocés e inmaduro, por muy rico que sea. Me gustaría ser tu primer amante, me encantaría ser tu maestro».

—¿Está sonriendo, Henri? —inquirió Angélique. De pronto se dio cuenta de que tenía que tener cuidado con ese hombre.

—Solo pensaba en el maravilloso futuro que le espera y eso me hizo feliz.

—Ah, ¡es usted muy amable!

—Creo…

—Mademoiselle, Angélique, si me permite la osadía, el sábado haremos una carrera. —Norbert Greyforth los interrumpió, harto de que Seratard la acaparara de ese modo, indignado porque el hombre le hablaba en francés y él no lo entendía, odiándolo a él y a todo lo francés, a excepción de Angélique—. Hemos organizado una carrera en su honor y la hemos llamado la Copa del Ángel, ¿verdad, Jamie?

—Sí —corroboró Jamie McFay. Ambos eran administradores del Jockey Club y estaban igual de hechizados por la francesita—. Hemos, bueno, hemos decidido que será la última carrera del día y la compañía Struan donará el dinero del premio: veinte guineas para la copa. ¿Le gustaría entregar el premio, mademoiselle Angélique?

—Ah, sí, estaría encantada, si Mr. Struan está de acuerdo.

—Claro, claro. —McFay ya le había pedido permiso a Struan, pero al oírla todos pensaron en las diversas implicaciones del comentario, pese a que ya se habían anulado todas las apuestas sobre el compromiso. Incluso a solas, Struan no le había dado la más mínima pista a pesar de que McFay se había sentido obligado a informarle de los rumores.

—No les concierne en absoluto, Jamie.

Aunque McFay se mostró de acuerdo con él, su inquietud fue en aumento. El capitán de un buque mercante que acababa de llegar,

un viejo amigo, le había entregado una carta de la madre de Malcolm en la que le pedía un informe confidencial: «Quiero saber todo lo que ha ocurrido desde que esa tal Richaud llegó a Yokohama, Jamie. Todo, los rumores, los hechos, los cotilleos; y no debo insistir en que esto ha de ser un secreto entre usted y yo».

«Maldita sea —pensó Jamie—, he jurado servir al tai-pan sea quien sea, y ahora su madre quiere… pero una madre también tiene sus derechos, ¿o no? No siempre, aunque Mrs. Struan sí que los tiene porque es Mrs. Struan y, bueno, uno al final se acostumbra a obedecerla. ¿Acaso no has accedido a sus deseos, a sus exigencias y a sus sugerencias desde hace años?

»Por el amor de Dios, deja de engañarte a ti mismo, Jamie; en realidad ha sido ella la que ha dirigido a Culum y la compañía Struan desde hace años, y ni tú ni nadie habéis querido reconocerlo abiertamente».

—Es verdad —murmuró, sorprendido de que hubiera aflorado una idea que siempre había temido aceptar. De pronto se sintió incómodo, e intentó corregirse a pesar de que Angélique seguía acaparando la atención de todos, menos de Norbert.

—¿Qué le ocurre, Jamie? —preguntó este en medio del murmullo de voces, con una sonrisa inexpresiva.

—Nada, Norbert. Una velada agradable, ¿verdad? —Se sintió aliviado al ver que Angélique volvía a reclamar su atención.

—Buenas noches, buenas noches, Henri, caballeros —dijo, haciendo caso omiso de las protestas—. Lo siento pero tengo que ver a mi paciente antes de irme a dormir. —Alargó la mano, y Norbert la besó con elegancia. Jamie y los demás lo hicieron con torpeza y antes de que se le adelantara nadie, Poncin dijo:

—¿Me permite que la acompañe a su casa?

—Por supuesto, ¿por qué no? Su música me ha arrebatado.

Aunque había refrescado y las nubes cubrían el cielo, hacía una noche agradable. El chal de lana le cubría los hombros, los volantes de la falda se arrastraban por el barro que cubría la acera de

madera, tan necesaria cuando llegaban las lluvias de verano y las calles se convertían en ciénagas.

—André, su música es tan maravillosa; ay, cuánto me gustaría tocar como usted —dijo con sinceridad.

—Es la práctica, solo eso.

Siguieron paseando en dirección el edificio de Struan, mientras charlaban en francés. André era consciente de las miradas de envidia que le dirigían los hombres que pasaban a su lado camino del club, un lugar bullicioso y abarrotado de gente. Ella, con su compañía y su alegre charla, le despertaba sentimientos cálidos, sin llegar a ser voluptuosos o apasionados.

La noche anterior, en la cena «francesa» de Seratard en un salón privado del Hotel Yokohama, Poncin se había sentado a su lado, y la juventud y la aparente frivolidad de Angélique le resultaron refrescantes; su amor por París, lo bien que conocía la ciudad, los restaurantes, los teatros, las risas y las conversaciones con sus amigos mientras paseaban por el Bois, toda la excitación del segundo imperio lo embargó de nostalgia al recordarle los días en la universidad y su propia añoranza.

«Demasiados años en Asia, en China y aquí.

»Es curioso que esta chica se parezca tanto a mi hija Marie: tiene la misma edad, las dos cumplen años en julio, tienen los mismos ojos, la misma tez.

»Qué ironía que esta chiquilla se convierta en un importante instrumento del gran juego entre Francia y Gran Bretaña. Sí, pero así es la vida. ¿Lo dejo para mañana, o pasado, o sigo con el plan que trazamos Henri y yo?».

—Ah —decía la joven mientras se abanicaba—. Esta noche me siento tan feliz, André, su música me ha dado tanto, me ha transportado a la ópera, me ha elevado y he llegado a sentir el perfume de París…

Muy a pesar suyo, la muchacha lo había seducido. «¿Es ella o es porque me recuerda cómo podría ser Marie? No lo sé, pero no

importa, Angélique, esta noche no te arrebataré la felicidad que te embarga. Mañana será otro día».

De pronto percibió el olor de su perfume, Vie de Camille, y le recordó el frasco que había comprado con tantas dificultades en París para su *musume*, Hana —la Flor—. Entonces se apoderó de él una rabia que se sobrepuso a su anterior impulso de bondad.

A pesar de que nadie pudiera oír lo que decía, pues la calle estaba prácticamente vacía, habló en voz baja.

—Lamento tener que decirle que he de darle cierta información confidencial. No sé cómo decírselo, pero hace poco su padre estuvo en Macao, apostó mucho dinero y lo perdió todo. —La vio palidecer y sintió compasión, pero prosiguió con los planes—. Lo siento.

—¿Mucho dinero? Pero ¿qué dice? —Poncin percibió que Angélique se había quedado estupefacta y permanecía rígida al abrigo de un edificio.

—Lo ha perdido todo, el negocio, el dinero que usted esperaba…

Angélique se quedó boquiabierta.

—¿Todo? ¿Mi dinero también? ¡Pero no es posible!

—Lo siento, pero sí que es posible, y lo ha hecho. Está amparado por la ley, usted es su hija, es soltera y también menor de edad; él es su padre y tiene la patria potestad, así que todo lo suyo es de él; pero, claro, eso usted ya lo sabe. Lo siento. ¿Tiene más dinero? —le preguntó, aunque sabía que no.

—¿Cómo? —La joven se estremeció y luchó por pensar con claridad; tenía que asimilar la noticia de que se había cumplido el segundo de sus temores y la realidad le hizo añicos la ilusión que había tejido con tanto cuidado—. Pero ¿cómo, cómo lo sabe? —balbuceó, sin aliento—. Mi, mi dinero era para mí, él me lo prometió.

—Se ve que cambió de parecer. Hong Kong es un pueblo; allí no hay secretos, Angélique, y aquí tampoco. Hoy me ha llegado una carta de un socio de Hong Kong. Me explica los detalles, estuvo en Macao y lo vio todo. —Le hablaba con la misma compasión con que lo haría un amigo, aunque solo le contaba la verdad a medias—. Él y

yo teníamos pagarés de su padre por unos préstamos que le hicimos el año pasado y que todavía no nos ha devuelto.

Sintió otro latigazo.

—¿Es que… mi padre no paga las deudas?

—Me temo que no.

Angustiada, pensó en la carta de su tía y se dio cuenta de que el dinero que le había prestado su tío no había sido devuelto y que estaba en la cárcel porque… «a lo mejor es por culpa mía —quiso gritar mientras intentaba controlarse y deseaba que todo fuera un sueño—. Ay, Dios mío, Dios mío, ¿qué voy a hacer ahora?».

—Quiero que sepa que si la puedo ayudar, no tiene más que decírmelo.

De pronto la voz se volvió estridente.

—¿Ayudarme? Ha destruido mi felicidad, si lo que dice es cierto. ¿Ayudarme? ¿Por qué me lo dice ahora? ¿Por qué, por qué? Justo ahora que era tan feliz.

—Pensé que debía saberlo lo antes posible. Y que era mejor que se lo dijera yo antes de que lo hiciera un enemigo.

Se le contorsionó el rostro.

—¿Un enemigo? ¿Qué enemigo? ¿Por qué iba a tener yo enemigos? Yo nunca le he hecho daño a nadie, nada de nada… —Unas lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro. A pesar suyo, la abrazó un momento, con compasión, luego la cogió de los hombros y la sacudió.

—¡Basta ya! —le dijo, en tono severo—. Por Dios, contrólese, ¿es que no lo entiende? ¡Quiero ayudarla! —Unos cuantos hombres empezaban a acercarse por la otra acera, pero no se fijaron en ellos. No había nadie más, solo los hombres que se dirigían al club y que estaban bastante lejos; además, la sombra del edificio los ocultaba.

—¡Me hace daño! —Pero las lágrimas cesaron y se calmó.

Poncin pensó con frialdad que había repetido el mismo proceso cientos de veces con diversas verdades tergiversadas y diferentes grados de violencia, con otros inocentes que había tenido que utilizar por el bien de Francia. «Es tanto más fácil manejar a los

hombres que a las mujeres; a los hombres no hay más que pegarles una patada en los cojones o bien amenazarles con degollarlos, o clavarles una aguja… ¿Pero las mujeres? Es muy desagradable tener que tratarlas así».

—Está rodeada de enemigos, Angélique. Hay mucha gente que no quiere que usted se case con Struan; su madre hará todo lo posible por evitarlo…

—Nunca he dicho que nos fuéramos a casar, es… es solo un rumor, un rumor, ¡y nada más!

—*Merde!* ¡Claro que es cierto! ¿Se lo ha pedido, verdad? —La volvió a sacudir con firmeza—. ¿Lo ha hecho?

—Me hace daño, André; sí, sí, es verdad.

Le dio un pañuelo; ahora tocaba ser amable.

—Tome, enjúguese las lágrimas, no tenemos mucho tiempo.

Angélique obedeció con docilidad y empezó a llorar, pero enseguida se calmó.

—¿Por qué es tan desagradable conmigo?

—Porque yo soy el único amigo que tiene; créame, estoy a su lado, dispuesto a ayudarla, soy la única persona en la que puede confiar. Le juro que es verdad, nadie más puede ayudarla. —En circunstancias similares, habría añadido con fervor: «Se lo juro por Dios», pero consideró que ya la tenía en el bolsillo y prefirió guardárselo para más adelante—. Es mejor que se entere en secreto. Ahora dispone de tiempo para prepararse. La noticia no llegará hasta dentro de una semana, lo cual le dará tiempo para conseguir que su compromiso sea oficial.

—¿Qué?

—Struan es un caballero, ¿verdad? —Tuvo que esforzarse por disimular el desprecio que sentía—. Es un caballero inglés, perdón, escocés. ¿Verdad que todos se enorgullecen de cumplir con la palabra dada? ¿Eh? Cuando el compromiso se haga público ya no se podrá echar atrás, a pesar de que usted sea pobre, al margen de lo que haya hecho su padre y de lo que diga su madre.

«Ya lo sé, lo sé —quiso gritar—. Pero soy una mujer y tengo que esperar; he estado esperando y ahora ya es demasiado tarde. ¿O no? ¡Ay, virgen santa, ayúdame!».

—No creo que Malcolm me culpe por lo que hizo mi padre y tampoco creo que escuche a su madre.

—Me temo que tendrá que hacerlo, Angélique. Piense que Malcolm Struan también es menor de edad, aunque sea el tai-pan. No cumplirá veintiún años hasta mayo del año que viene. Hasta entonces ella podrá ponerle toda clase de trabas legales; la ley británica le permite incluso anular la boda. —Aunque no estaba muy seguro de que fuera cierto, no le pareció descabellado y sabía que la ley francesa lo permitía.

»También le podría poner trabas a usted, quizá llevarla a los tribunales —añadió con pesar—. Los Struan son muy poderosos en Asia, dominan casi todo el continente. Esa mujer podría arrastrarla hasta un tribunal; ya sabe lo que dicen de los jueces, de todos los jueces, ¿no? Ella podría llevarla ante cualquier magistrado, acusarla de ser una coqueta, una aventurera, una embustera, que solo quiere su dinero y de cosas aun peores. Podría darle al juez una imagen bastante desagradable de usted en el banquillo de los acusados, indefensa, sin un chavo, con un padre que juega a las cartas, arruinado, un bala perdida, y con un tío en la cárcel.

Angélique palideció.

—¿Cómo sabe lo de mi tío Michel? ¿Quién es usted?

—No hay truco, Angélique —le dijo con tranquilidad—, ¿cuántos franceses hay en Asia? Pocos, y ninguno como usted. A la gente le gusta cotillear. Yo soy André Poncin, un comerciante con China y Japón. Conmigo no tiene nada que temer. Lo único que quiero es su amistad y confianza, solo quiero ayudarla.

—¿Cómo? Si no hay nada que hacer.

—No, no es verdad —la contradijo con suavidad, mientras la observaba—. Usted quiere a Struan, ¿verdad? Quiere ser una buena esposa, ¿verdad?

—Sí, claro que sí…

—Entonces presiónelo, sedúzcalo, convénzalo, haga cualquier cosa para que el compromiso se haga público. Yo podría ayudarla. —Ahora, por fin, vio que ella empezaba a escucharlo y a comprender lo que le decía. Con delicadeza dejó caer el golpe de gracia—. Una mujer inteligente, y usted es una mujer inteligente y hermosa, podría casarse rápidamente. Muy rápidamente.

Struan leía bajo la luz de la lámpara de aceite de la mesa de noche; la puerta que daba a la habitación de Angélique estaba entornada. La cama era cómoda y estaba absorto en la lectura. Llevaba una camisa de dormir de seda que le resaltaba el color de los ojos, el rostro seguía pálido y delgado, sin el vigor de antes. En la mesa de noche había un sedante para dormir, la pipa, el tabaco, las cerillas y un vaso de agua rociada con un poco de whisky.

—Muy bien, Malcolm —le había dicho Babcott—. Puedes tomar esa medicina para dormir, pero solo si no abusas. Es mejor que la pócima.

—Si no la tomo me paso toda la noche despierto y me siento fatal.

—Han pasado diecisiete días desde el accidente, Malcolm; tienes que dejarlo. No debes tomar más, no es bueno que dependas de esa medicina para dormir. Te aconsejo que la dejes del todo.

—Ya lo intenté pero no pude. Lo haré mañana o pasado…

Struan estaba tan concentrado en la novela que no oyó a Angélique cuando abrió y cerró la puerta con cuidado, ni los pasos sigilosos. Tampoco la vio asomar la cabeza y volver a desaparecer. Poco después se oyó el ruido casi imperceptible de su puerta que se cerraba.

Struan levantó la vista, atento a los ruidos. Angélique le había dicho que pasaría a verlo, pero que no lo molestaría si estaba dormido. Y si estaba muy cansada se iría directa a la cama, sin hacer ruido, y ya se verían por la mañana.

—No te preocupes, querida —le había dicho, alegre—. Diviértete, ya te veré a la hora de desayunar. Duerme bien y acuérdate de que te quiero.

—Yo también te quiero, *chéri*. Que duermas bien.

El libro descansaba en su regazo. Intentó incorporarse y movió las piernas para ponerlas en el suelo. Hasta ahí lo pudo aguantar. Pero no consiguió levantarse; era superior a sus fuerzas. Le palpitaba el corazón, sintió náuseas y se recostó. «De todas formas, he estado mejor que ayer. Tengo que hacerlo, diga lo que diga Babcott —se dijo mientras se frotaba el vientre—. Mañana lo volveré a intentar, tres veces».

Cuando se sintió mejor empezó a leer otra vez, alegrándose de tener el libro, pero ahora la historia ya no lo absorbía como antes. No se concentraba y empezó a mezclar el relato del libro con imágenes de Angélique a punto de ser asesinada, de cadáveres, y de él que corría para protegerla; las visiones se fueron volviendo cada vez más eróticas.

Al cabo de un rato dejó el libro, después de señalar la página con una hoja que ella había arrancado de su diario para dársela. Se preguntó sobre qué escribiría en el diario. «¿Sobre nosotros?».

Ahora estaba ya muy cansado. Iba a pagar la luz pero se detuvo. El vaso con el somnífero lo atraía y lo llamaba. Le temblaron los dedos.

«Babcott tiene razón, ya no lo necesito».

Apagó la luz con firmeza, se recostó y tras cerrar los ojos empezó a rezar por ella y por su familia; pidió que su madre los bendijera, y luego rezó por él. «Ay Dios, ayúdame a recuperarme; tengo miedo, mucho miedo».

Pero el sueño no llegaba. Le dolía volverse para buscar una posición más cómoda y se acordaba del Tokaidō y de Canterbury. En un estado de duermevela, la cabeza se le llenó de imágenes macabras del libro mientras se preguntaba cómo terminaría el relato. Luego vinieron más imágenes, algunas malas, otras hermosas y vívidas; el más mínimo movimiento le provocaba punzadas de dolor.

El tiempo pasaba; por último, bebió el sedante y se relajó aliviado, pues sabía que pronto iba a flotar en las nubes, con Angélique cogiéndolo de la mano, con Angélique a su lado; él le acariciaba los pechos, el cuerpo, y ella lo acogía con el mismo fervor.

XV

Viernes, 3 de octubre

Poco después del amanecer, Angélique se levantó y se sentó ante el tocador, junto a las ventanas que daban a High Street y a la bahía. En un cajón cerrado con llave estaba su diario. Era de cuero rojo y también tenía una cerradura. Tras abrirlo con una llave que guardaba escondida, mojó la pluma en la tinta y empezó a escribir como si se dirigiera a un amigo. Últimamente tenía la impresión de que el diario era su único amigo, el único en el que podía confiar:

Viernes, 3:

Otra noche horrible y me siento fatal. Han pasado cuatro días desde que André me contó lo de mi padre. A partir de entonces no me he sentido capaz de escribir ni una sola línea, no he podido hacer nada, me he encerrado en la habitación y he estado en cama fingiendo que tenía fiebre. Solo he ido a visitar a Malcolm una o dos veces al día para tranquilizarlo y no he dejado entrar a nadie a excepción de la odiosa doncella, aunque accedí a ver a Jamie y a André.

Pobre Malcolm, ¡qué preocupado estaba el primer día que no aparecí ni abrí la puerta de mi habitación! Insistió en que lo llevaran a mi habitación en una camilla incluso si para ello tenían que derribar la puerta. Tuve que anticiparme y obligarme a mí misma a ir a

> verlo; le dije que me encontraba bien, que solo tenía dolor de cabeza, que no, que no necesitaba a Babcott, que no se preocupara por mis lágrimas, y le dije que no era más que «el mes», que a veces perdía mucho y lo pasaba un poco mal. ¡Se sintió tan avergonzado cuando le mencioné el período! Era como si no supiera nada de esa cosas femeninas; a veces no lo entiendo a pesar de que es la persona más amable y considerada que conozco. También estoy preocupada porque no veo que mejore y sufre tanto que me dan ganas de llorar.

«¡Virgen santa, dame fuerzas! —pensó—. Luego está lo otro. Intento no preocuparme pero estoy desesperada. Se acerca el día. Y entonces me libraré del terror, pero no de la penuria».

Empezó a escribir otra vez.

> Es tan difícil estar a solas en este edificio, por muy cómodo y agradable que sea; además, la colonia es horrible. No hay ni un solo peluquero, ni una modista, por suerte tengo un sastre chino que copia muy bien los modelos ya hechos; no hay ni un solo sombrerero y todavía no he probado el zapatero. Aquí no hay nada que hacer, no se puede ir a ningún lado, ¡tengo tantas ganas de volver a París! Pero ahora, ¿cómo podría vivir allí? Me pregunto si Malcolm querrá trasladarse después de la boda. No lo creo. Y si no nos casamos… ¿Cómo voy a hacer para pagar el billete de vuelta? ¿Cómo? Me lo he preguntado mil veces sin encontrar la respuesta.

Apartó la mirada del papel y miró por la ventana a los barcos anclados en la bahía. «Ojalá estuviera a bordo de uno de ellos, de regreso a Francia, ojalá no hubiera venido nunca. Odio este lugar… Y si… si Malcolm no se casa conmigo tendré que casarme con otro, pero si no tengo dote, no tengo nada. Ay Dios mío, esto no es lo que yo esperaba. Incluso si consigo regresar, no tengo dinero, mis

pobres tíos están arruinados. Colette no me podría hacer un préstamo, no conozco a nadie que sea lo suficientemente rico o famoso como para casarme con él, o que esté tan bien situado como para ser su amante sin que nadie se entere».

Escondió el rostro entre los brazos mientras caían las lágrimas, con cuidado de no hacer ruido para que no la oyera la doncella y se pusiera a dar alaridos, como había hecho el primer día. Llevaba un camisón de seda amarillo y una bata verde claro y estaba despeinada; la habitación era masculina y más grande que la de Malcolm, con una enorme cama de cuatro columnas. En uno de los lados estaba la antesala que daba a la habitación de Malcolm y a un comedor en el cual cabían veinte comensales y que tenía su propia cocina. Esas dos puertas estaban cerradas con llave. El tocador era la única frivolidad, pues Angélique lo había mandado tapizar con seda rosa.

Cuando dejó de llorar, se enjugó las lágrimas y se miró en el espejo de plata en silencio. Ninguna arruga, algunas sombras, el rostro un poco más delgado. Ningún cambio exterior. Suspiró y empezó a escribir otra vez:

> No me sirve de nada llorar. Hoy tengo que hablar con Malcolm sin falta. Tengo que hacerlo. André me ha dicho que el barco correo tendría que haber llegado ayer y que seguro que traerá las noticias de mi catástrofe. Me aterroriza la idea de que venga en él la madre de Malcolm; las noticias sobre su estado habrán llegado a Hong Kong el 24, así que habrá tenido el tiempo justo para coger el barco. Jamie no cree que haya podido marcharse con tan poco tiempo de antelación, ya que sus otros hijos están allí y la pobre mujer sigue de luto tras la reciente muerte de su marido.
>
> Cuando Jamie vino a verme, que fue la primera vez que hablé con él a solas, me contó un montón de

historias acerca de los Struan. Emma tiene dieciséis años, Rose trece y Duncan diez. La mayoría de las historias eran tristes: el año pasado dos hermanos, los gemelos Robb y Dunross, de siete años, se ahogaron en un naufragio en un lugar llamado Shek-O, cerca de Hong Kong, donde los Struan tienen tierras y una casa de veraneo. Y hace mucho tiempo, cuando Malcolm tenía siete años, otra hermana, Mary, de siete años, murió de la fiebre del Valle Alegre. Pobrecita, me pasé toda la noche llorando y pensando en ella y en los mellizos. ¡Eran tan pequeños!

Jamie me gusta pero es tan aburrido y tan poco civilizado (quiero decir, torpe); nunca ha ido a Francia y solo conoce Escocia, a los Struan y Hong Kong. A lo mejor, si… —Lo tachó y escribió—: cuando nos casemos podré convencer a Malcolm para que pasemos unas cuantas semanas en París cada año; allí también educaremos a los niños que, por supuesto, serán católicos.

Ayer André y yo estuvimos hablando del problema de la religión. Es muy amable y me hace olvidar todos los problemas. Me contó que Mrs. Struan es una calvinista recalcitrante y me dio consejos acerca de lo que tenía que decir si llegaba a salir el tema. Hablábamos en voz baja (qué suerte tengo de que sea mi amigo y de que me haya prevenido sobre el asunto de mi padre) y de pronto acercó un dedo a los labios, se dirigió a la puerta y la abrió de golpe. Ahí estaba la vieja Ah Tok, el amah de Malcolm, con la oreja pegada a la puerta y estuvo a punto de caerse al suelo. André habla un poco de cantonés, así que le soltó un buen rapapolvo.

Después, cuando vi a Malcolm, el pobre no sabía cómo disculparse. No importa, le dije, la puerta no

estaba cerrada con llave y mi doncella estaba en la habitación, haciendo de carabina; pero si Ah Tok quiere espiarme, por favor, dile que llame a la puerta y que entre. He de confesar que estuve fría y distante con Malcolm a pesar de que él se desvive por ser amable y por tranquilizarme; pero así es como me siento, y también debo confesar que André me aconsejó que me comportara de ese modo hasta que nuestro compromiso se hiciera público.

Tuve que pedirle un préstamo a André, no me quedó más remedio. Me sentí fatal. Es la primera vez que lo hago, pero necesito dinero desesperadamente. Fue muy amable y me dijo que mañana me traerá veinte luises a cambio de un pagaré; me bastará para solventar los imprevistos de una semana o dos. Malcolm no parece darse cuenta de que necesito dinero y yo no quiero pedírselo…

En realidad es cierto que tengo un dolor de cabeza casi permanente porque no paro de buscar una solución para acabar con esta pesadilla. No puedo confiar en nadie, ni siquiera en André, aunque de momento se ha portado bastante bien. Con Malcolm, cada vez que trato de recitar el discurso que he preparado me da la impresión de que mis palabras sonarán falsas, huecas, así que al final no digo nada.

—¿Qué pasa, querida? —me pregunta.

—Nada —le contesto y, después, tras regresar a mi habitación y cerrar la puerta con llave, me pongo a llorar y a llorar. Creo que voy a enloquecer de tanto sufrir, ¿cómo pudo mi padre mentirme, estafarme y robarme mi dinero? ¿Y por qué Malcolm no puede darme dinero sin que yo tenga que pedírselo? También podría ofrecérmelo, yo haría ver que no lo quiero y luego lo aceptaría encantada. ¿No es esa la obligación

de un marido o de un novio? ¿Y no es la obligación de un padre proteger a su querida hija? ¿Y por qué Malcolm espera tanto para que nuestro compromiso se haga público? ¿Ha cambiado de parecer? Ay Dios mío, no lo permitas.

Angélique dejó de escribir porque empezaba a llorar otra vez. Una lágrima cayó en el papel. Volvió a enjugárselas, bebió un poco de agua y siguió:

Hoy hablaré con él. Tengo que hacerlo. Hemos recibido una buena noticia: el buque insignia británico regresó a la bahía hace unos días para el regocijo de todos, pues estamos bastante indefensos sin los barcos. El barco estaba destrozado y había perdido un mástil; tras él venían todos los demás, menos una fragata de vapor de veintiún cañones, la *Zephyr*, con más de doscientos tripulantes. A lo mejor no le ha pasado nada, al menos eso espero. El periódico dice que en la tormenta murieron cincuenta y tres marineros y dos oficiales.

Fue terrible, nunca había visto nada igual. Estaba muerta de miedo, de noche y de día. Creí que se iba a llevar el edificio entero, pero es igual de sólido que Jamie McFay. Arrasó casi todo el barrio japonés y hubo muchos incendios. La fragata *Pearl* sufrió muchos daños y también perdió el mástil. Ayer llegó un mensaje del capitán Marlowe: «me acabo de enterar de que está enferma y le envío mi más profundo pesar, etcétera».

Creo que no me cae bien, es demasiado altivo a pesar de que el uniforme lo hace más atractivo y masculino; se supone que esa es la función de los pantalones ajustados, al igual que nosotras exhibimos los pechos, las caderas y los tobillos. Ayer llegó otra

carta de Settry Pallidar, la segunda, en la que también me expresa su pesar, etcétera.

Creo que los odio a los dos. Cada vez que pienso en ellos me acuerdo del infierno de Kanagawa y de que no me protegieron como debían. Phillip Tyrer sigue en la legación de Yedo, pero Jamie dijo que había oído que tenía que regresar mañana o pasado. Eso está muy bien porque cuando venga tengo un plan…

Un cañonazo la sobresaltó y miró hacia la bahía. Era el aviso de la llegada del barco correo. Otro cañón respondió desde el mar. Miró hacia el horizonte y vio el humo que advertía de la llegada del barco.

Jamie McFay, con un maletín con el correo bajo el brazo, subía por las escaleras del edificio Struan acompañado de un extraño; los rayos de sol penetraban por las ventanas de vidrio grandes y elegantes. Los dos llevaban unas levitas de lana y chisteras a pesar del calor. El extraño llevaba una maleta pequeña. Tenía unos cincuenta años, era rechoncho, barbudo, feo y un poco más bajo que Jamie, aunque más ancho de espaldas; una mata de cabello largo y desgreñado asomaba por debajo del sombrero. Siguieron por el pasillo. McFay llamó con suavidad.

—¿Tai-pan?

—Pase, Jamie, la puerta está abierta. —Struan vio al hombre y dijo—: ¿Mi madre ha venido en el barco, doctor Hoag?

—No, Malcolm. —Cuando el doctor Ronald Hoag vio la expresión de alivio que se reflejó en el rostro de Malcolm, se entristeció, aunque comprendía el motivo. Tess Struan había sido tajante al condenar a la «picara extranjera» que había atrapado a su hijo. Ocultó la preocupación que le produjo la pérdida de peso y la palidez de Malcolm y colocó la chistera junto a la maleta en el escritorio—. Su madre me ha pedido que viniera a verlo —añadió, con voz profunda y amable—, por si podía hacer algo por usted y para

acompañarlo a Hong Kong, en caso de que sea necesario. —Era el médico de la familia Struan desde hacía quince años y había asistido al parto de los últimos cuatro hermanos de Malcolm—. ¿Cómo se encuentra?

—Estoy… Me ha tratado el doctor Babcott. Estoy bien. Le agradezco que haya venido, me alegro de verlo.

—Yo también me alegro de estar aquí. George Babcott es un buen médico, el mejor. —Hoag sonrió y prosiguió—: Ha sido un viaje espantoso, nos pilló la cola del tifón y por poco naufragamos; me pasé todo el rato entablillando los huesos rotos de los marineros y de los pocos pasajeros que había. Hubo dos que se cayeron por la borda; uno de ellos era chino, un pasajero de tercera clase, y el otro era extranjero, nunca supimos quién era. El capitán dijo que cuando el hombre pagó el pasaje en Hong Kong tan solo murmuró un nombre. Se pasó casi todo el tiempo en el camarote, salió una vez a la cubierta y, ¡zas!, se lo llevó una ola. Malcolm, te veo mejor de lo que me esperaba después de oír todos los rumores que han corrido por la colonia.

—Será mejor que los deje solos —dijo Jamie. Dejó una pila de cartas en la mesa de noche—. Aquí le dejo el correo. Después le traeré los libros y los periódicos.

—Gracias. —Malcolm lo miró—. ¿Hay algo importante?

—Dos cartas de su madre. Son las que están encima.

El doctor Hoag metió la mano en uno de los bolsillos y sacó un sobre arrugado.

—Aquí tengo otra carta de ella, Malcolm, posterior a las demás. Será mejor que la lea primero y luego lo examinaré, si me permite. Jamie, no se olvide de avisar a Babcott.

Jamie le había dicho que aquella mañana Babcott estaba en Kanagawa pasando consulta y que le prepararía un cúter para ir a verlo después de visitar a Malcolm.

—Hasta luego, tai-pan.

—No, espere un momento, por favor, Jamie. —Struan abrió la carta que le había dado Hoag y empezó a leer.

Cuando Jamie llegó al muelle del barco correo y se encontró con el doctor Hoag, sintió un gran alivio cuando oyó la respuesta de la primera pregunta que le hizo a Hoag:

—No Jamie, Mrs. Struan no ha venido, pero toma, aquí tienes una carta de ella.

Tan solo decía:

«Jamie, haga todo lo que le pida el doctor Hoag y envíeme informes detallados y confidenciales en cada correo».

—¿Sabe lo que dice, doctor?

—Bueno, me lo imagino, ya lo conocemos.

—¿Cómo está?

Hoag se detuvo a pensar.

—Como siempre; por fuera parece imperturbable, por dentro es como un volcán. Algún día estallará; nadie puede aguantar tanta tristeza, tantas tragedias… Ni siquiera ella. —Iba por la pasarela detrás de Jamie, mirando a todas partes—. Me alegro de tener una oportunidad de visitar Japón; tiene muy buen aspecto, Jamie, este lugar le sienta bien. Vamos a ver, ¿verdad que ha pasado un año desde el último permiso que tuvo? Tiene que contarme todo lo que ha sucedido, primero lo del ataque… y luego, lo de mademoiselle Richaud.

Cuando llegaron a la costa, el doctor Hoag ya sabía lo mismo que Jamie.

—Pero, por favor —añadió McFay, preocupado—, le ruego que no le comente nada a Malcolm sobre lo que le he contado de Angélique. Es maravillosa, además lo ha pasado muy mal; dudo mucho de que se hayan acostado, lo del compromiso no son más que habladurías; él se ha encaprichado con ella y tampoco lo culpo, ni yo ni nadie. Odio tener que enviar a Mrs. Struan los informes confidenciales, por razones obvias. De todas formas, le he escrito una carta con una versión suavizada; saldrá con este barco correo. Ante todo, debo serle leal a Malcolm, él es el tai-pan.

Ahora, mientras Malcolm, pálido y decaído, leía la carta que le había dado Hoag, McFay lo observó y empezó a pensar y a rezar.

Struan levantó la mirada.

—¿Qué pasa, Jamie?

—¿Necesita algo?

Tras una pausa, Malcolm dijo:

—Sí. Vaya a la legación francesa. Angélique está allí, me dijo que iba a buscar su correspondencia. Dígale que ha llegado un viejo amigo mío de Hong Kong que quiero que conozca.

McFay asintió y sonrió.

—De acuerdo. Si necesita algo, llámeme.

Struan se quedó mirando la puerta, preocupado. La expresión de Jamie había sido demasiado transparente. Intentó tranquilizarse y siguió leyendo la carta:

> «Malcolm, mi pobre y querido hijo:
>
> »Te escribo unas cuantas líneas antes de que Ronald Hoag coja el barco, que tuve que retener para que pudiera embarcarse, y tú puedas recibir los mejores cuidados. Me he quedado horrorizada al enterarme de lo que te han hecho esos puercos. Jamie me contó que el doctor Babcott tuvo que operarte. Por favor, envíame una carta por correo urgente y dime que regresarás enseguida, así te podremos cuidar como es debido. Te envío todo mi amor; estás presente en todas mis oraciones, y en las de Emma, Rose y Duncan.
>
> P.D. Te quiero».

Malcolm levantó la vista.

—¿Y?

—¿Y qué? Dígame la verdad, Malcolm, ¿cómo se encuentra?

—Me siento fatal y creo que voy a morir.

Hoag se sentó en el sillón.

—Entiendo lo primero, pero, en cuanto a lo segundo, eso no es exactamente cierto, aunque es muy fácil y peligroso creerlo. Los chinos pueden obligarse a morir aunque estén sanos, lo he visto.

—Pero si yo no quiero morir, tengo todos los motivos para querer vivir. No sabes cuánto deseo vivir y curarme. Pero cada día y cada noche me asalta esa idea… es como si me azotara.

—¿Qué está tomando?

—Solo un preparado, con láudano, para dormir. El dolor es insoportable y me siento muy mal.

—¿Todas las noches?

—Sí —añadió Struan, casi disculpándose—. Babcott quiere que deje de tomarlo, dice que… que tengo que dejarlo.

—¿Lo ha intentado?

—Sí.

—¿Pero no lo ha hecho?

—No, todavía no. Es como si me hubiera abandonado la voluntad.

—Lo podemos deshabituar, no cuesta nada.

—Sí que cuesta, también lo sé, así como que usted no aprueba que comerciemos con opio.

Hoag sonrió.

—Me alegro de que lo afirme en lugar de preguntármelo. Pero usted tampoco lo aprueba, igual que todos los comerciantes que están en China; pero no les queda más remedio. Ahora olvidemos la economía y la política, Malcolm. Hablemos de mademoiselle Richaud.

Struan enrojeció.

—Escúcheme de una vez por todas. Diga lo que diga mi madre, yo ya soy lo suficientemente mayor como para tomar mis propias decisiones y hacer lo que me dé la gana. ¿Entendido?

Hoag sonrió, benévolo.

—Yo soy su médico, Malcolm, no su madre. También soy su amigo. ¿Le he fallado alguna vez, a usted o a su familia?

Struan hizo un gran esfuerzo por calmarse, pero el corazón no dejaba de latirle a ritmo acelerado.

—Lo siento, pero es que… —Se encogió de hombros—. Lo siento.

—No es necesario disculparse. No pretendo interferir en su vida privada. Su salud depende de muchos factores. Sospecho que ella es

el más importante y por eso pregunto. Lo hago por razones profesionales, no familiares. Así que háblame de mademoiselle Richaud.

Struan quería dar una imagen de madurez y tranquilidad pero no pudo reprimir la frustración que sentía y al final estalló:

—Quiero casarme con ella y me vuelvo loco aquí tumbado como un… sin poder moverme. Por el amor de Dios, ni siquiera me puedo levantar de la cama, no puedo mear, ni… no puedo hacer absolutamente nada, apenas puedo comer o beber sin sentir un dolor espantoso. Me estoy volviendo loco y por mucho que lo intente no mejoro… —Siguió lamentándose hasta que se quedó sin fuerzas. Hoag tan solo escuchó. Al final Struan calló. Volvió a murmurar otra disculpa.

—¿Me permite que lo examine?

—Sí, claro.

Hoag se dispuso a hacerlo con mucho cuidado; lo auscultó, le miró la garganta, le tomó el pulso, examinó la herida y la olió. Le palpó el abdomen para ver cómo estaban los órganos y las consecuencias de la herida.

—¿Le duele?… ¿y aquí?… —Cada vez que apretaba, Malcolm gemía. Por fin, Hoag acabó.

Struan rompió el silencio.

—¿Qué le parece?

—Babcott ha realizado una labor excelente; a estas alturas cualquier otro estaría muerto. —Hoag medía las palabras y hablaba seguro de sí mismo—. Ahora vamos a hacer un experimento. —Cogió las piernas de Struan con delicadeza y lo ayudó a sentarse en uno de los lados de la cama. Luego le puso el brazo alrededor de los hombros y lo ayudó a levantarse aguantando casi todo el peso del cuerpo con una fuerza sorprendente—. ¡Tenga cuidado!

Struan no podía permanecer de pie por sí mismo, pero la sola idea de estar fuera de la cama lo animó. Poco después, Hoag volvió a acostarlo. Aunque el corazón le palpitaba con fuerza, se sintió satisfecho.

—Gracias.

El médico se acomodó en el sillón y recuperó fuerzas. Luego le dijo:

—Ahora voy a dejarle, tengo que instalarme. Me gustaría que descansara. Volveré después de ver a Babcott. Lo más probable es que vengamos juntos. Y entonces hablaremos. ¿De acuerdo?

—Sí. Y… gracias, Ronald.

A modo de respuesta, Hoag le dio unas palmadas en el brazo, recogió sus cosas y se fue.

Cuando se quedó solo, unas lágrimas de felicidad se deslizaron por las mejillas de Struan hasta que al final se quedó dormido. Cuando despertó, se sintió mejor; por primera vez se sentía descansado y se quedó inmóvil, exultante porque se había puesto de pie; aunque hubiera sido con ayuda lo había conseguido, y eso ya era algo; además, por fin, tenía un verdadero aliado.

«En Japón el mercado es muy reducido; es interesante aunque pequeño, no se puede comparar con el de China. Estoy seguro de que aquí se puede ganar dinero; con una buena selección de armas, los barcos y la experiencia británica, aquí podemos sacar una buena tajada. Voy a decirle a Jamie que cierre el trato con los Choshu. Que se maten entre ellos y cuanto antes mejor. La actitud débil y vacilante de sir William, que necesita contar con la aprobación de Londres para iniciar una guerra, es estúpida. Si dependiera de mí, les diría que si no me entregan a los asesinos y me pagan enseguida les declararé la guerra, y lo primero que haría sería bombardear Yedo. ¡Jamás perdonaré a esos bastardos!

»Pronto tendré que regresar a Hong Kong para asumir el mando. Puede que dentro de una semana. No hay prisa. Hay tiempo de sobra».

Oyó un ruido y ahí estaba Angélique, acurrucada en el sillón y con el rostro cubierto de lágrimas. Struan nunca la había visto tan desdichada.

—Por Dios, ¿qué te pasa?

—Estoy, estoy arruinada. —Volvieron las lágrimas.

—Pero bueno ¿de qué hablas?

—Mira, me ha llegado hoy. —Se levantó y le entregó una carta; intentó hablar pero no pudo. El movimiento que hizo Struan al cogerla le produjo un espasmo y apenas pudo contener un grito.

El papel era verde al igual que el sobre, con fecha del 2 de septiembre, y la carta venía de Hong Kong. El membrete era de Guy Richaud, Richaud Frères, y aunque la carta estaba escrita en francés Struan pudo leerla sin problemas:

> «Querida Angélique:
>
> »Tengo mucha prisa. El negocio del que te hablé no salió muy bien; mis socios portugueses de Macao me estafaron, así que perdí mucho dinero. He perdido todo mi capital y a lo mejor te llegan algunas de las mentiras que van difundiendo mis enemigos cuando dicen que la compañía está en manos de los síndicos porque ya no puedo llegar a acuerdos con los barcos. No les creas, veo el futuro con optimismo; no te preocupes, está todo controlado. Esta carta saldrá en el barco correo de mañana. Tengo un billete para zarpar en el *Liberty*, un barco de vapor norteamericano que me llevará a Bangkok, donde, según fuentes francesas, volveré a conseguir financiación. Cuando llegue te escribiré.
>
> Tu padre».
>
> P.D. Ya te habrás enterado de la muerte de Culum Struan. Nos acaba de llegar la noticia del ataque que sufrió Malcolm. Espero que no esté muy mal; por favor dile que le envío mis mejores deseos y que espero que se recupere pronto.

Struan estaba confuso.

—¿Y por qué estás arruinada?

—Él me quitó todo el dinero que tenía —dijo lloriqueando—. Me robó el dinero y lo perdió; es un ladrón y ahora… ahora me he quedado sin nada. Me ha robado todo lo que tenía, Malcolm, ¡ay Malcolm!, ¿y ahora qué voy a hacer?

—Angélique, Angélique, ¡escucha! —Parecía una niña abandonada, tan melodramática, que casi le hizo reír—. Escúchame, no hay ningún problema. Yo puedo darte todo el dinero que…

—¡No puedo aceptar tu dinero! —gritó en medio de las lágrimas —. ¡No está bien!

—¿Por qué no? ¿No nos vamos a casar?

Cesó el llanto.

—¿Nos… nos casaremos?

—Sí. Hoy mismo lo comunicaremos.

—Pero, y mi padre… —Sorbió las lágrimas como una niña—. André me ha dicho que está seguro de que nunca existió ese negocio de Macao. Parece ser que mi padre se lo jugaba todo a las cartas, así que seguro que lo perdió en una partida. Él había prometido…, le prometió a Henri Seratard que no lo volvería a hacer y que pagaría las deudas… Todos lo sabían menos yo; ¡ay, Malcolm!, yo nunca lo supe, me siento tan mal que me quiero morir. Mi padre me robó el dinero, y me había prometido que lo guardaría para mí. —Otra explosión de llanto y se abalanzó sobre él, se arrodilló a su lado con la cabeza hundida en la colcha. Struan le acarició el cabello con ternura, sintiéndose fuerte y controlando la situación. Se abrió la puerta y entró Ah Tok.

—¡Fuera! —rugió—. *Dew neh loh moh!* —Ah Tok desapareció de inmediato.

Asustada, Angélique se hundió aún más en la colcha. Nunca lo había visto enfadado. Él siguió acariciándole el cabello.

—No te preocupes, querida, no te preocupes por tu padre, ya veré lo que puedo hacer para ayudarlo, pero ahora no debes preocuparte, yo te cuidaré. —Utilizaba palabras cada vez más tiernas.

El llanto empezó a disminuir, y se sintió como si se hubiera quitado un gran peso de encima después de haberle dicho la verdad, por haber sido la primera en contárselo y, sobre todo, porque Malcolm no le había dado la menor importancia.

«André es un genio», pensaba, agotada y aliviada. Le había jurado que Malcolm reaccionaría así:

—Lo único que tiene que hacer es ser sincera, Angélique; cuéntele la verdad, dígale que no sabía que su padre jugaba a las cartas, que es la primera vez que lo oye y que se ha quedado muy sorprendida; diga que su padre le ha robado el dinero, es importante que utilice las palabras robar y ladrón. Diga la verdad, enséñele la carta y, con una adecuada cantidad de lágrimas y ternura, esta historia acabará uniéndolo a usted para siempre.

—Pero André —había dicho Angélique—, no me atrevo a enseñarle la carta de mi padre. No puedo, la posdata es tan horrible…

—¡Mire! Si quita la segunda hoja la posdata solo dice: «espero que se recupere pronto». ¡Es perfecto! ¿La segunda página? ¿Qué página? Mire, la he roto y ahora ya no existe.

André pegó el último trozo de la segunda hoja de la carta que acababa de recomponer.

—Tome, Henri —dijo, y la lanzó por encima de la mesa—. Léala usted mismo. —En poco tiempo había logrado restaurar la hoja tras reunir los trozos que había tirado a la papelera con aparente descuido.

Estaban en la oficina de Seratard, con la puerta cerrada con llave. La hoja decía:

> «… y espero, de acuerdo con lo que hemos hablado, que consigas casarte pronto sea como sea… Struan es actualmente el mejor partido y es vital para tu futuro, sobre todo el tuyo. Él solucionará todos los problemas

de Richaud Frères para siempre. Da igual que sea británico, o demasiado joven, lo que sea. Ahora es el tai-pan y nos puede asegurar un futuro tranquilo. Compórtate como un ser adulto, Angélique, haz todo lo necesario para unirte a él porque en estos momentos te espera un futuro muy negro».

—No es tan terrible —comentó Seratard, preocupado—. No son más que los consejos de un padre asustado que intenta agarrarse a un clavo ardiendo. No hay duda de que Struan es un buen partido para cualquier muchacha y Angélique… ¿Quién puede culpar a un padre?

—Depende de quién sea el padre. Podemos utilizarlo, en el momento oportuno y de la manera adecuada, como un arma más en contra de ella y, por lo tanto, en contra de la Casa Noble.

—¿Entonces cree que la pobre muchacha lo conseguirá?

—Debemos hacer todo lo posible para que lo haga. Ahora que tenemos esta prueba, que usaremos si la necesitamos, nuestra táctica consistirá en ayudarla. —Los labios de André formaban una línea fina y fría—. Y tampoco creo que sea una pobre muchacha. ¿Acaso no es ella la que está preparada para cazarlo *sea como sea*?

Seratard se reclinó en el sillón de cuero rojo. La decoración del despacho era bastante pobre a excepción de varios óleos de pintores franceses modernos y desconocidos, uno de ellos de Manet, que iba comprando a bajo precio a través de un agente de París.

—Lo único que hace es reaccionar ante el amor de un joven. —Le devolvió el papel—. No me gustan estos métodos, André. Son muy desagradables. Usted fue el que la animó a meterse en esta marisma de medias verdades cuando le dijo que le enseñara solo parte de la carta.

—Maquiavelo dijo: «es necesario que el Estado trate con mentiras y medias verdades, porque las personas están hechas de mentiras y medias verdades. Incluso los príncipes». Y por supuesto, por definición, todos los embajadores y políticos. —André se encogió

de hombros. Dobló la carta con cuidado—. Es posible que no tengamos que utilizarla, pero vale la pena tenerla porque somos los representantes del Estado.

—¿Utilizarla? ¿Cómo?

—Por el hecho de haberla roto y…

—No lo hizo —interrumpió Seratard, escandalizado.

—Por supuesto —dijo André con frialdad—. Pero es su palabra contra la mía y ¿quién gana el concurso? El hecho de que haya roto la segunda página y le haya mostrado a Struan solo la primera es suficiente para demostrar su culpabilidad. Es la excusa perfecta para que Struan anule el compromiso dado que «ha sido engañado». ¿Y su madre? Si supiera que esta carta existe haría todo tipo de concesiones para conseguirla en caso de que él insista en casarse en contra de su voluntad.

—No me gusta el chantaje.

André enrojeció.

—No me gustan muchos de los métodos que me veo obligado a utilizar para nuestros, repito, *nuestros* objetivos. —Guardó la hoja en el bolsillo—. Si publicamos este documento o hacemos que circule entre la gente dando toda clase de detalles podemos destruir a Angélique. Cualquier tribunal la condenaría. A lo mejor solo revela la verdad: que no es más que una aventurera que ha conspirado con su padre, un jugador que está a punto de quebrar, al igual que su tío. En cuanto a lo que dice de que yo la animo, solo le digo lo que quiere saber y lo que tiene que decir. Lo hago para ayudarla. Es su problema, no el mío ni el de usted.

Seratard suspiró:

—Es triste. Es muy triste que ella esté involucrada en este asunto.

—Sí, pero lo está, y en provecho nuestro. —André sonrió con los labios aunque no con los ojos—. Y el suyo en particular, ¿verdad, monsieur? Si lo utiliza adecuadamente puede ser una manera de llevársela a la cama, ¿no le parece? Por si acaso le fallan los encantos, cosa que dudo.

Seratard no sonrió.

—¿Y usted, André? ¿Qué vamos a hacer con Hana *la Flor*?

André lo miró con un gesto tosco.

—La Flor ha muerto.

—Sí, y en unas circunstancias muy extrañas.

—No fueron extrañas —contradijo André, con unos ojos tan inexpresivos como los de un reptil—. Se suicidó.

—La encontraron degollada, con un cuchillo que le pertenecía a usted. La mama-san dice que usted había pasado la noche con ella, como siempre.

André intentaba encontrar el motivo por el que Seratard lo tanteaba de ese modo.

—En efecto, pero no es asunto suyo.

—Me temo que sí. Ayer me llegó una solicitud formal del funcionario local Bakufu pidiéndome información.

—Dígale que se suicidó. Hana *la Flor* era especial, era mía. Pagué el precio más alto por ella, aunque seguía formando parte del Mundo de los Sauces.

—Como usted mismo dijo, las personas están hechas de mentiras y medias verdades. En la denuncia dice que tuvieron una pelea muy violenta. Porque ella tenía un amante.

—Es verdad que nos peleamos y que yo quería matarla, pero no fue por eso —murmuró André, con voz apagada—. La verdad es… la verdad es que es cierto que había tenido clientes. Eran tres, en la otra casa, pero eso ocurrió antes de que fuera mía. Uno de ellos… uno de ellos le contagió la sífilis y ella me la pasó a mí.

Seratard se quedó boquiabierto.

—*Mon Dieu, syphilis?*

—Sí.

—*Mon Dieu*, ¿está seguro?

—Sí. —André se levantó, se acercó al aparador, se sirvió un coñac y se lo bebió—. Babcott me lo confirmó hace un mes. No hay duda. Solo pudo haber sido ella. Cuando se lo pregunté, ella…

La volvía a ver, en la pequeña casa situada en el jardín de la Casa de las Tres Carpas, cuando ella lo miraba con el ceño fruncido y un hermoso rostro ovalado. Solo tenía diecisiete años y medía un metro cincuenta.

—*Hai, gomen nasai*, Furansu-san, una mancha, como tú, pero después de un año marcharse, la mía *sukoshi*, pequeña, *hai*, pequeña, Furansu-san, *sukoshi*, no ser maro, irse —dijo con una sonrisa dulce, en esa mezcla de japonés e inglés, pronunciando las eles como erres—. Hana contar a mama-san, mama-san decir ir al médico, médico decir no ser grave. No ser grave porque yo acabar de empezar a acostarme y ser joven. Decir que yo ir a rezar y beber medicina, ¡horribre! Y poco después yo estar bien. —Añadió alegremente—: Yo curada hace un año.

—¡No estás curada!

—¿Por qué enfadado? Tranquilo. Yo rezar en artar de Shinto como decir doctor, pagar sacerdote muchos taeles, yo tomar… —Se rio—. Yo tomar medicina asquerosa. En pocas semanas curada.

—No te has curado. Ni te curarás. ¡No se puede!

Lo miró con una expresión extraña.

—Yo estar curada, mira, mi cuerpo, todo, no hay nada, no tengo nada.

—Por el amor de Dios, ¡te equivocas!

Volvió a fruncir el ceño y se encogió de hombros.

—Karma, *neh*?

André estalló. Ella se quedó tan sorprendida que acercó la frente al tatami y se puso a pedirle disculpas con voz lastimera.

—No ser grave, Furansu-san, yo curada, decir doctor, curada. Tú ver doctor, curada…

Detrás de las paredes shoji se oyeron unos pasos y unos susurros.

—¡Tienes que ver al médico inglés! —El corazón le retumbaba en los oídos e intentaba hablar con coherencia; sabía que no valía la pena ir a un médico, a cualquier médico, y que a pesar de que a veces se podía contrarrestar los efectos, tenía la certeza de que

algún día los estragos iban a aparecer todos a la vez—. ¿Es que no lo entiendes? —gritó—. *¡No se puede curar!*

Permaneció inclinada y temblando como un cachorro maltratado mientras decía en tono monótono:

—No ser malo, Furansu-san, no ser malo, irse pronto…

Cuando consiguió salir de su ensoñación miró a Seratard.

—Se lo pregunté y me dijo que se había curado hacía un año. Ella lo creía, claro que lo creía y, de hecho, estaba curada. Yo me puse a gritar y le pregunté por qué no se lo había dicho a Raiko-san. Me contestó que no había nada que decirle, que el médico le había dicho que no era nada y su mama-san se lo habría contado a Raiko-san si hubiera sido importante.

—Pero es terrible, André. ¿La vio Babcott?

—No. —Sorbió el coñac pero no percibió el sabor característico. Luego dijo precipitadamente pues necesitaba contárselo a alguien—: Babcott me dijo que la sífilis… me dijo que a veces las mujeres que acaban de contraer sífilis no muestran ningún síntoma y que no siempre la contagian, al menos cada vez que se acuestan con alguien, no se sabe por qué. Sin embargo, acaban contagiándola si se acuestan con la misma persona varias veces. En cuanto aparece una pequeña llaga ya estás perdido; aunque desaparezca al cabo de un mes y pienses que estás a salvo, no lo estás. Al cabo de unas semanas o de meses sale una erupción, y entonces empieza la segunda fase. La erupción puede ser grande o pequeña, no se sabe por qué, y a veces viene acompañada de meningitis o hepatitis, puede quedarse o desaparecer y tampoco se sabe por qué. La última fase, la del horror, puede aparecer en cualquier momento, al cabo de unos meses o treinta años después.

Seratard sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente. Hubiera deseado que le ahorraran eso, se acordaba de todas las veces que había ido a Yoshiwara, de su propia *musume* que solo se acostaba con él, aunque nunca estaría seguro de que no tuviera otro amante. ¿Cómo iba a enterarse si lo hacía con la connivencia de la mama-san, que lo único que quería era desplumarlos a todos?

—Tenías derecho a matarla —dijo con voz lúgubre—. Y a la mama-san.

—Raiko no tuvo la culpa. Le dije que no había ninguna chica que me gustara en su casa ni en Yoshiwara. Quería a una muchacha joven, especial, una virgen o casi. Le rogué que me encontrara una flor, y lo hizo. Hana-chan era exactamente lo que yo quería, era perfecta. Venía de una de las mejores casas de Yedo. No sabe lo hermosa que es, era…

Se acordó de cómo se le había encogido el corazón la primera vez que Raiko se la mostró cuando charlaba con otras muchachas en una habitación.

—Es esa, Raiko, la del kimono celeste.

—Yo aconsejar que vaya con Fujiko o Akiko o cualquier otra —dijo Raiko. Cuando quería, hablaba muy bien en inglés—. Ya te encontraré otra. Ahí estar la pequeña Saiko. Dentro de uno o dos años…

—Quiero a esa, Raiko. Es perfecta. ¿Quién es?

—Se llama Hana *la Flor*. Su mama-san decir que nació en Kioto, la compraron cuando tenía tres o cuatro años para formarla como geisha. —Raiko sonrió—. Por suerte, no es una geisha. Si lo fuera, no estaría disponible, cuánto lo siento.

—¿Porque soy un gai-jin?

—Porque las geishas son para entretener, no se acuestan con los clientes y, Furansu-san, cuánto lo siento, solo los japoneses saben apreciarlas de verdad. Las maestras de Hana fueron muy pacientes, pero como no logró desarrollar las aptitudes necesarias, la formaron para la cama.

—La quiero, Raiko.

—Hace un año cumplió la edad para empezar a trabajar. Su mama-san fijó los mejores precios, y por supuesto, Hana tenía que aprobar al cliente. Tuvo tres clientes, su mama-san dice que es una buena pupila y solo la dejaba trabajar dos veces por semana. El único defecto que tiene es que nació en el año del caballo de fuego.

—¿Y eso qué significa?

—Ya sabes que medimos el tiempo en ciclos de doce años, como los chinos, y cada año recibe el nombre de un animal: el dragón, la serpiente, el gallo, el toro, el caballo, etcétera. Pero cada animal viene acompañado de cualquiera de los cinco elementos (fuego, agua, tierra, hierro, madera) que varían según el ciclo. Se considera que las mujeres nacidas en el año del caballo, con el signo de fuego, son… bueno, que tienen mala suerte.

—No soy supersticioso. Por favor, dime el precio.

—Es una flor que no tiene precio.

—El precio, Raiko.

—Para la otra casa son diez koku, Furansu-san. En esta casa son dos koku al año, además tendrás que pagarle el alquiler de una casa en mi recinto, dos criadas, toda la ropa que quiera, y el día que desees prescindir de sus servicios le darás un regalo de despedida de cinco koku. Habrá que depositar la suma en el banco del comerciante de arroz Gyokoyama y tú recibirás los intereses que rinda hasta que la dejes. Habrá que firmar y registrar el contrato con el Bakufu.

En Japón era una suma enorme y en Europa extravagante, incluso a pesar de que el tipo de cambio favorecía a los europeos. Regateó durante una semana y consiguió que le redujera cuatro perras. Los sueños que tenía cada noche lo animaban. Así que al final aceptó. Hacía siete meses se la habían presentado formalmente con el acostumbrado ritual. Ella lo aceptó también formalmente. Y firmaron. La siguiente noche se acostaron y ella era todo lo que él había deseado. Risueña, feliz, entusiasta, tierna, amorosa.

—Era como un regalo del cielo, Henri.

—Del infierno. Igual que la mama-san.

—No, no fue culpa suya. Antes de recibir a Hana, Raiko me dijo formalmente, y también lo hizo constar en la escritura, que el pasado es el pasado; me prometió que cuidaría de Hana igual que de todas sus muchachas, que se aseguraría de que Hana no se acostaba con otros hombres y de que fuera solo para mí desde aquel día en adelante.

—¿Así que fue ella la que la mató?

André se sirvió otra bebida.

—Le pedí a Hana que me dijera quienes eran los tres hombres, pues uno de ellos es mi asesino, pero me dijo que no podía hacerlo, o bien no estaba dispuesta a hacerlo. Le di una bofetada para obligarla a hablar pero ella solo lloriqueó y no dijo nada. La habría matado, sí, pero la quería y… entonces me fui. Estaba como un perro rabioso, ya eran las tres de la madrugada y me metí en el mar. A lo mejor me quería ahogar, no lo sé, no me acuerdo muy bien, pero el agua fría me hizo volver en mí. Cuando regresé a la casa, Raiko y las demás estaban muy alteradas, confusas. Hana estaba tendida en el mismo sitio que la dejé. Pero estaba rodeada de un charco de sangre, con mi cuchillo clavado en la garganta.

—¿Así que se suicidó?

—Eso es lo que dijo Raiko.

—¿Cree que no es verdad?

—No sé qué creer —dijo André, angustiado—. Solo sé que volví para decirle que la quería, que la sífilis era el karma, que no era su culpa, que sentía haber dicho lo que le dije y haber hecho lo que hice, que todo seguiría igual que antes hasta que llegara el momento de suicidarnos los dos juntos…

Henri intentaba pensar, estaba confuso. Ni siquiera había oído hablar de la Casa de las Tres Carpas hasta que le llegaron los rumores de la muerte de la joven. «André es siempre tan reservado —pensó—, como tiene que ser; tenía razón, no era asunto mío. Hasta que el Bakufu lo convirtió en un asunto oficial».

—¿Raiko sabía quienes eran esos tres hombres?

Agarrotado, André lo negó con la cabeza.

—No, y la otra mama-san no se lo quiso decir.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Dónde está? La denunciaremos al Bakufu, pueden obligarla a hablar.

—Les daría igual, ¿por qué iban a molestarse? La otra casa era un punto de encuentro para los revolucionarios, la posada de los Cuarenta y Siete Ronin. Hace una semana la incendiaron y clavaron

la cabeza de la mama-san en una estaca. Santo Dios, Henri, ¿qué voy a hacer ahora? Hana está muerta y yo sigo vivo…

XVI

Aquella tarde, el doctor Hoag se dirigió en un cúter hacia el muelle de la legación de Kanagawa, Babcott le había enviado un mensaje para decirle que no podría marcharse de Kanagawa porque estaba operando y que intentaría regresar lo antes posible… «lo siento, pero no podrá ser hasta esta noche, o quizá mañana por la mañana. Estaría encantado de recibirlo aquí, pero prepárese para quedarse a dormir porque el tiempo está muy inestable…».

En el muelle lo esperaban un granadero y Lim, que llevaba un abrigo blanco, pantalones negros, zapatillas y un gorro. Cuando desembarcó, Lim le hizo un simulacro de reverencia.

—*Heya*, señol, Lim-ah, yo sel el mozo númelo uno.

—Ya puedes dejar de hablar en pidgin, Lim —dijo Hoag en un cantones aceptable, y Lim se mostró totalmente desconcertado—. Yo soy el Doctor en Medicina Sabio Iluminado. —Los chinos lo llamaban así porque era el significado de los dos caracteres que más se parecían al sonido cantonés «hog», y Gordon Chen, el comprador de los Struan y paciente suyo, le había elegido el nombre entre una cantidad infinita de posibilidades.

Lim se quedó mirándolo fingiendo que no lo entendía, pues era la manera más rápida y habitual de hacer quedar mal a un demonio extranjero que hubiera tenido la osadía de aprender unas cuantas palabras de su idioma. «*Ayiiyah* —pensó—, ¿quién es este valiente fornicador, este demonio rojo y pútrido con cuello de toro, este mono que se parece a un sapo y que se atreve a hablar en mi idioma con esos aires de superioridad…?».

—*Ayiiyah* —dijo Hoag con dulzura—. Yo también conozco muchas palabras para describir a la madre de un fornicador y sus partes putrefactas si un hombre de un pueblo lleno de meadas de perro y montañas de excrementos me da el más mínimo motivo, como, por ejemplo, si finge que no me entiende.

—¿El Doctor en Medicina Sabio Iluminado? *Ayiiyah*, ¡qué nombre tan bueno! —Lim rio—. Nunca había oído a un demonio extranjero hablar tan bien.

—Muy bien. Volverás a oír hablar de mí si me vuelves a llamar demonio extranjero. Chen de la Casa Noble escogió mi nombre.

—¿Chen de la Casa Noble? —Lim se quedó mirándolo con cara de bobo—. ¿El ilustre Chen que tiene más sacos de oro que pelos un buey?

—Sí —asintió Hoag, sin acabar de decir toda la verdad—, y me dijo que si tenía algún problema con cualquier persona del Reino Medio (ya sea de alta o baja cuna) o si alguien no me atendía con el esmero que merece un amigo suyo, que cuando regresara le dijera cómo se llamaba el vil fornicador.

—*Oh ko*, Doctor en Medicina Sabio Iluminado, es un gran honor recibirlo en nuestra humilde casa.

El doctor Hoag consideró que había alcanzado su objetivo y bendijo a sus maestros, que le habían enseñado las palabras realmente importantes y la manera de tratar a determinadas personas y situaciones en el Reino Medio. Hacía un día agradable y cálido, y le impresionó la vista del pueblo; se veían los templos por encima de los tejados, pescadores en los pantanos, campesinos en los arrozales, la gente que iba y venía y el flujo inevitable de viajeros más allá en el Tokaidō. Cuando llegaron a la legación, Hoag ya se había hecho una idea de la situación en Kanagawa, sabía el número de pacientes que tenía Babcott y lo que le esperaba.

George Babcott estaba operando en el quirófano asistido por un muchacho japonés, un aprendiz que había enviado el Bakufu para que adquiriera conocimientos de medicina occidental. La antesala

estaba abarrotada de aldeanos; hombres, mujeres y niños. La operación era bastante complicada; iban a amputar un pie.

—El pobre hombre es un pescador que se cogió la pierna entre el muelle y el barco, me temo que la culpa fue del sake. Cuando acabe hablaremos de Malcolm. ¿Lo ha visto?

—Sí, no tengo prisa. Me alegro de verlo, George. ¿Quiere que le ayude?

—Se lo agradecería. Aquí no necesito nada, pero ¿podría echarle una ojeada a la gente que está ahí fuera? Primero las urgencias y luego los que pueden esperar. Atienda a los que quiera. Al lado hay otro quirófano, aunque se parece más a la habitación de un enfermo. Mura, deme el serrucho —le dijo al asistente, y cuando cogió la herramienta se dispuso a utilizarla—. Siempre que realizo una operación esto se convierte en un caos. En el botiquín están los placebos, el yodo, los medicamentos habituales, los calmantes, los jarabes para la tos (los amargos para las viejitas encantadoras y los dulces para las irascibles).

Hoag se despidió de él y se dirigió a la sala de espera. Cuando vio a los hombres, mujeres y niños le sorprendió el orden reinante, la paciencia de los enfermos, las reverencias y el silencio. Rápidamente comprobó que no había nadie con viruela, lepra, paperas, tifus, cólera ni ninguna de las enfermedades infecciosas o plagas que eran endémicas en Asia. Más que aliviado, empezó a interrogarlos uno por uno y le respondieron con desconfianza. Por suerte, había un anciano cantones, un adivino y amanuense ambulante llamado Cheng-sin, que hablaba un poco de japonés. Tras prometerle que le daría una medicina especial para aliviarle la tos, el doctor Hoag empezó a pasar consulta con la ayuda del chino.

Al cabo de una hora, justo cuando acababa de encajar un hueso roto, se abrió la puerta y entró una joven, guapa y bien vestida, con un kimono de seda azul, un obi verde, unas peinetas en el cabello y una sombrilla azul.

Hoag advirtió cómo se rasgaban los ojos de Cheng-sin. La joven respondió a las preguntas y habló con convicción a pesar de que se

mostraba claramente nerviosa.

—Doctor en Medicina Sabio Iluminado —dijo Cheng-sin, tosiendo constantemente. Hoag enseguida diagnosticó esa tos seca que caracterizaba a la tuberculosis avanzada—. Esta dama decir que su hermano necesitar mucha ayuda, casi muerto. Ella rogar usted acompañarlo, la casa estar cerca.

—Dígale que lo traiga aquí.

—Lamentablemente no poder trasladarlo.

—¿Qué le pasa?

Tras más preguntas y respuestas, que a Hoag le dieron la impresión de tratarse de un regateo, Cheng-sin dijo:

—La casa estar a dos o tres calles de aquí. Su hermano estar… —Tosió mientras buscaba la palabra— dormir como un muerto, pero estar vivo, delirar y tener fiebre. —Suavizó la voz—. Ella tener miedo de moverlo, Honorable Doctor en Medicina Sabio Iluminado. Su hermano ser samurái, decir que muchas personas importantes estar contentas si usted ayudar hermano. Creer que decir verdad.

—¿Cómo se llama?

—Uki Ichikawa. Por favor, dar prisa.

—¿El hermano es un samurái importante?

—Sí —dijo Cheng-sin—. Yo acompañarlo, no temer.

Hoag bufó.

—¿Yo? ¿Tener miedo? ¡Al cuerno con el miedo! Ahora vuelvo. —Fue al quirófano y abrió la puerta sin hacer ruido. Babcott estaba inmerso en la extracción de un diente picado, apoyando la rodilla en el pecho del joven, mientras la turbada madre retorcía las manos y charlaba. Decidió no molestarlo.

Al traspasar la verja el sargento de guardia los detuvo y les preguntó adónde iban.

—Le diré a un par de mis muchachos que lo acompañen. Más vale prevenir que curar.

La muchacha intentó convencerlos de que no hacía falta que los acompañaran, pero el sargento no cedió. Al final se resignó y, cada vez más nerviosa, los condujo por una calle, se metió en un callejón,

luego en otro y en otro. La gente que pasaba a su lado apartaba la mirada y se escabullía. Hoag llevaba el maletín de médico. Por encima de los tejados, la visión del templo lo tranquilizó; se alegraba de que lo acompañaran los soldados y se convenció de que habría sido una locura ir sin ellos.

«Esta joven no es lo que aparenta», pensó Hoag, no poco excitado por la aventura.

Se metieron en otro callejón. De pronto ella se detuvo ante una puerta y llamó. Tras observar por una mirilla, un criado abrió la puerta, mas cuando vio a los soldados intentó cerrarla; la joven le ordenó en un tono imperioso que no lo hiciera.

El jardín era pequeño y, aunque estaba bien cuidado, no podría decirse que fuera extravagante. Cuando llegó a la escalinata que conducía a la casa shoji, la muchacha se quitó los zuecos y les pidió a ellos que hicieran lo mismo. A Hoag le resultaba bastante molesto pues llevaba botas. La muchacha ordenó a un criado que lo ayudara y este le obedeció inmediatamente.

—Ustedes dos quédense aquí a vigilar —les dijo Hoag a los soldados, avergonzado de los agujeros en los calcetines.

—Sí, señor. Voy a mirar por la parte de atrás. Cualquier problema, llámeme.

La joven abrió el shoji. Ori Royama, el shishi que había participado en el ataque del Tokaidō, yacía en un futón, sobre una sábana empapada, abanicado por un criado. Este, al ver a Hoag en lugar del Honorable Hombre de Medicina Sanador Gigante se le abrieron los ojos de par en par y retrocedió cuando Hoag entró con paso decidido.

Ori estaba inconsciente, en coma. Las espadas estaban en un estante cerca de él y en el takoma había un adorno floral. Hoag se puso de cuclillas y observó que la frente del joven ardía y que el rostro estaba congestionado por la fiebre; tenía demasiada fiebre. No tardó en descubrir la causa tras retirar la venda del hombro.

—Dios mío —murmuró, al ver la inflamación, el olor delator y el color negro del tejido muerto, propios de la gangrena, que rodeaban

la herida producida por la bala.

—¿Cuándo le dispararon?

—Ella no saber qué día exactamente. Dos o tres semanas.

Hoag volvió a mirar la herida. Luego, haciendo caso omiso de los ojos que lo miraban, salió de la habitación, se sentó en el borde de la galería y se quedó mirando al vacío.

—Cheng-sin, dile que lo siento, pero aunque opere a su hermano creo que de todas formas morirá. Lo siento.

—Ella decir que si él morir ser karma. Si no ayudarlo, él morir hoy, mañana. Por favor intentarlo. Si morir, karma. Ella pedir ayuda. —Cheng-sin añadió en voz baja—: Doctor de Medicina Sabio Iluminado, este joven ser importante. Importante intentar, *heya*?

Hoag miró a la joven. Ella le devolvió la mirada.

—*Dozo, Hoh Geh-sama* —dijo la joven. «Por favor».

—De acuerdo, Uki. Cheng-sin, dile que no puedo prometerle nada pero que lo intentaré. Necesito jabón, unas palanganas con agua caliente, muchas sábanas limpias y rotas para lavar la herida y hacer las vendas. También necesito tranquilidad y a alguien con mucho aguante dispuesto a ayudarme.

Enseguida la joven se ofreció.

—*Sōji shimasu*. —«Yo lo haré».

Hoag frunció el ceño.

—Dile que será muy desagradable, que habrá mucha sangre y olerá mal. —La miró mientras escuchaba con atención al chino y respondía con orgullo:

—Gomen nasai, Hoh Geh-san, wakarimasen. Watashi samurai desu.

—Ella decir que por favor disculparla, pero ella comprender, ser samurái.

—No sé qué entiende por eso, jovencita, y no sabía que las mujeres pudieran ser samuráis; pero de acuerdo, empecemos.

Hoag estuvo trabajando durante una hora. De vez en cuando se ponía a tararear, totalmente absorto, mientras repetía una operación

que había realizado miles de veces: cortar, coser, limpiar, vendar. Hasta que terminó.

—Ella preguntar, disculpe Honorable Sabio Iluminado, ¿creer que sí o que no? —Cheng-sin tosió. Había permanecido todo aquel rato alejado de la galería, de espaldas a ellos.

Hoag se encogió de hombros. Observó a la muchacha y se preguntó de dónde sacaría esa fuerza, dónde viviría y qué ocurriría ahora. Ella estaba bastante pálida, con el rostro tenso, aunque seguía dominada por una voluntad de hierro. Los ojos de Hoag esbozaron una sonrisa.

—No lo sé. Será lo que Dios quiera. Uki, eres estupenda. Samurái.

—*Domo… domo arigato gozaimashita* —«Gracias». Se inclinó sobre el tatami. En realidad se llamaba Sumomo Anato, la futura esposa de Hiraga y hermana de Shorin, no de Ori.

—Quiere saber qué debe hacer ahora.

—De momento, no puede hacer nada. Dile a la criada que le ponga compresas frías en la frente y que vaya mojando las vendas con agua fría hasta que baje la fiebre. Si le baja antes del amanecer, vivirá. Tal vez. —Ahora la pregunta de rigor solía ser: «¿Y qué probabilidades tiene?», pero esta vez no se la hicieron—. Bueno, ahora ya me marcho. Dile que mañana por la mañana me envíe a un guía… —Si sigue vivo, pensaba decir, pero decidió no hacerlo.

Mientras Cheng-sin traducía Hoag comenzó a lavar los instrumentos. La joven le hizo señas al criado y le dirigió unas palabras.

—*Hai* —contestó el hombre, y se fue corriendo.

—Doctor en Medicina Sabio Iluminado, antes de irse la dama dice que usted querrá baño. ¿Sí?

El doctor Hoag estuvo a punto de decir que no, pero se vio a sí mismo asintiendo con la cabeza. Y se alegró de haberlo hecho.

Babcott estaba sentado en la terraza de la legación bajo la luz crepuscular, con un whisky en la mano, agotado, aunque satisfecho tras las operaciones del día. La brisa traía un agradable olor marino. Cuando su mirada topó al azar con los arbustos donde habían cogido y matado al asesino vestido de negro tres semanas atrás, la campana del templo empezó a repicar y se oyó el cántico lejano de los monjes: «*Ommm mahnee padmee hummmmm…*». Levantó la mirada al oír los pasos de Hoag que se acercaba.

—¡Dios mío!

Hoag llevaba un yukata estampado con un cinturón, calcetines blancos y zuecos japoneses. Tenía el cabello y la barba limpios y peinados. Bajo el brazo llevaba una botella de sake cubierta de paja y sonreía feliz.

—¡Buenas tardes, George!

—Lo veo muy satisfecho, ¿dónde estaba?

—Lo mejor de todo fue el baño. —Hoag puso la botella en un aparador y se sirvió un whisky—. Ha sido el mejor baño de mi vida. No sabe lo bien que me siento ahora.

—¿Y ella cómo estuvo? —preguntó Babcott con aspereza.

—Nada de sexo, amigo, solo me frotaron y me metieron en agua hirviendo, me aporrearon y me masajearon y luego me vistieron así. Mientras tanto me lavaron y plancharon toda la ropa, me limpiaron las botas y me cambiaron los calcetines. Fue maravilloso. Ella me dio el sake y esto… —Metió la mano en el bolsillo y sacó dos monedas ovaladas y un rollo de papel cubierto de caracteres.

—Dios mío, le han pagado muy bien, son oban de oro. ¡Podrá bañarse en champán por lo menos una semana! El sargento me dijo que se había ido a hacer una visita a domicilio. —Los dos rieron—. ¿Era un daimio?

—No lo creo, era un joven, un samurái. Creo que no lo ayudé mucho. ¿Sabe leer el rollo?

—No, pero Lim sí. ¡Lim!

—¿Sí, señol?

—¿Qué en papel?

Lim cogió el rollo. Se le abrieron los ojos de par en par, luego lo volvió a leer con cuidado y le dijo a Hoag en cantonés:

—Dice: «El Doctor en Medicina Sabio Iluminado nos acaba de prestar un gran servicio. En nombre de los shishi de Satsuma, dadle toda la ayuda que necesite». —Lim le mostró la firma con un dedo tembloroso—. Lo siento, señor, no puedo leer el nombre.

—¿Por qué tienes miedo? —le preguntó Hoag, también en cantonés.

Lim repuso nervioso:

—Los shishi son unos rebeldes, unos bandidos perseguidos por el Bakufu. Aunque sean samuráis son mala gente, señor.

Babcott, impaciente, preguntó:

—¿Qué dice, Ronald?

Hoag se lo contó.

—Dios mío, ¿un bandido? ¿Qué ocurrió?

Tras servirse otra copa, Hoag le describió con todos los detalles a la mujer, al joven y la herida, y le contó lo que le había hecho.

—… parece ser que el hombre desgraciado recibió un disparo hará dos o tres semanas y…

—¡Dios mío! —Babcott se levantó de un brinco cuando por fin lo comprendió todo, asustando a Hoag, a quien se le cayó el vaso.

—¿Es que se ha vuelto loco? —farfulló Hoag.

—¿Sabría volver a esa casa?

—¿Qué? Pues, pues sí, creo que sí pero qué…

—Vamos, deprisa. —Babcott se alejó, corriendo y gritando—: ¡Sargento!

Caminaban apresuradamente por un callejón, con Hoag a la cabeza, vestido aún con el yukata. Babcott iba detrás de él y los acompañaban un sargento y diez soldados, todos armados. Los

pocos peatones que había, algunos con linternas, se dispersaron para dejarles paso. En el cielo brillaba la luna.

Tras equivocarse al volver una esquina, Hoag soltó una maldición, retrocedió y se orientó hasta encontrar el callejón medio escondido. Avanzaron otra vez. Otro callejón. Se detuvo y señaló con el dedo una puerta que se encontraba a unos veinte metros.

Enseguida el sargento y los soldados se colocaron delante de él. Dos de ellos, de espaldas a la pared, se pusieron en guardia. Los otros cuatro reventaron la puerta a base de codazos y entraron en tropel seguidos de Hoag y Babcott, que iban armados; al igual que todos los civiles europeos que vivían en Asia eran expertos en el manejo de las armas.

Recorrieron el camino y subieron las escaleras. El sargento abrió el shoji. La habitación estaba vacía. Sin vacilar se dirigió hacia la otra habitación, y luego a otra. No había la menor señal de que hubiera alguien en cualquiera de las cinco habitaciones, ni en la cocina ni en la caseta exterior de madera. Volvieron a salir al jardín.

—Sepárense, muchachos; Jones y Berk vayan por ahí, ustedes dos por aquí, ustedes quédense aquí a vigilar y, por el amor de Dios, mantengan los ojos bien abiertos. —Se adentraron en el jardín por parejas, para que uno protegiera al otro; ya habían aprendido la lección con el primer asesino. Miraron en todos los rincones, por todos lados, con el seguro de los rifles quitado.

Nada. El sargento regresó cubierto de sudor.

—Aquí no hay nadie, no se oye ni un susurro, nada. ¿Está seguro de que era aquí, señor?

Hoag señaló una mancha oscura en la galería.

—Operé ahí.

Babcott soltó una maldición y miró en derredor suyo. La casa estaba rodeada por otras similares, pero solo se veían los tejados por encima de la valla y no había ninguna ventana que diera al jardín. No había más escondites.

—Deben de haberse marchado después de usted.

Hoag se enjugó el sudor de la frente. En el fondo se alegraba de que la joven hubiera huido y de que no la hubieran cogido. Por desgracia, después de meterse en el baño no la volvió a ver. La criada le había entregado el dinero y el rollo, muy bien envueltos, junto con la botella. Le dijo que al día siguiente su ama le mandaría un guía y le dio las gracias.

En cuanto al herido, ahora experimentaba sentimientos contradictorios. El joven no era más que un paciente y él era un médico que amaba su trabajo.

—Nunca se me ocurrió la posibilidad de que ese joven pudiera ser uno de los asesinos. No me habría importado, lo habría operado igual. Por lo menos ahora ya sabemos cómo se llama.

—Apostaría mil oban a que el nombre era falso; ni siquiera sabemos si era el hermano de la muchacha. Si es un shishi, como dice el rollo, seguro que es falso y, de todas formas, los japoneses acostumbran a ser retorcidos —Babcott suspiró—. Tampoco estoy tan seguro de que se trate del demonio del Tokaidō. No es más que un presentimiento. ¿Qué posibilidades tiene?

—No creo que la operación le haya servido de mucho. —Hoag se detuvo a pensar, diminuto ante la inmensa altura de Babcott, si bien ninguno de los dos era consciente de la diferencia—. Fui a verlo antes de irme. El pulso era débil pero estable, creo que le extraje todo el tejido muerto pero… —Se encogió de hombros—. No creo que viva. Por otro lado, ¿quién sabe? Ahora cuénteme cómo ocurrió el ataque, los detalles.

De regreso a la legación, Babcott le contó todo lo ocurrido. Y le habló de Malcolm Struan.

—Me preocupa, pero tiene a Angélique, la enfermera perfecta.

—Jamie dijo lo mismo. Estoy de acuerdo en que no hay nada mejor que una joven hermosa en la habitación de un enfermo. Malcolm ha adelgazado mucho y ha perdido mucha energía, pero es joven y siempre ha sido el más fuerte de la familia, después de su madre. Se pondrá bien, siempre y cuando le aguanten los puntos. Sé que ha hecho un buen trabajo, George, aunque el pobre

muchacho tendrá que recorrer un camino muy largo. Está muy encaprichado con la chica, ¿verdad?

—Sí. Y es recíproco. Un muchacho con suerte.

Caminaron en silencio hasta que Hoag dijo vacilante:

—Ejem, bueno, supongo que ya sabe que su madre se opone a cualquier tipo de relación con esa joven.

—Sí, lo sé. Es un problema.

—Entonces, ¿cree que Malcolm va en serio?

—Totalmente. Es toda una mujer.

—¿La conoce?

—¿A Angélique? No mucho, no ha sido paciente mía, aunque la he visto en un estado de gran tensión emocional. ¿Y usted?

Hoag negó con la cabeza.

—Solo la he visto en las fiestas, las carreras, en sociedad. Desde que llegó hará unos tres o cuatro meses ha sido la heroína de todos los bailes, y con razón. Pero estoy de acuerdo en que es una mujer imponente. Aunque tampoco es ideal para Malcolm, si lo que pretende es casarse.

—¿Porque no es inglesa? ¿Y no es rica?

—Por eso y más. Lo siento, pero es que no puedo confiar en los franceses, son mala gente. Su padre es un ejemplo perfecto, un hombre encantador, galante por fuera y un canalla por dentro. Lo siento, pero no escogería a su hija como esposa de mi hijo.

—Quizá Mrs. Struan pretenda protegerlo, como cualquier madre —dijo, pues conocía la influencia que tenía Hoag entre los Struan— y tan solo se opone a que él se comprometa tan joven. Eso lo entiendo. Ahora es el tai-pan y eso le absorberá toda la energía. Pero no se confunda, creo que Angélique es toda una dama, una compañera valiente y buena, y para que Malcolm pueda realizar una buena labor necesitará todo el apoyo que le puedan ofrecer.

Los dos centinelas los saludaron cuando pasaron a su lado. En el comedor, la mesa estaba puesta para dos personas.

—¿Whisky o champán? —preguntó Babcott, y luego gritó—: ¡Lun!

—Champán. ¿Me permite?

—Ya está —Babcott abrió la botella que esperaba en la cubitera de plata—. ¡A su salud! ¡Lun!

—¡Y por la felicidad! —Entrechocaron las copas—. ¡Perfecto! ¿Qué tal es el cocinero?

—Entre razonable y horrible, pero aquí el marisco es muy bueno; las gambas, las langostas y las ostras son excelentes, y, además, hay mucho pescado. ¿Dónde diablos está Lun? —Babcott suspiró—. Ese cretino necesita una buena reprimenda. ¿Me hará el favor de soltarle cuatro tacos?

Pero en la antecocina no había nadie. Lun tampoco estaba en la cocina. Al final lo encontraron junto a uno de los senderos del jardín. Decapitado, la cabeza yacía a su lado. En su lugar, alguien había colocado la cabeza de un mono.

—No, señora —decía la mama-san, muy asustada—. Mañana Ori-san no podrá estar aquí, deben irse en cuanto amanezca.

Sumomo dijo:

—Cuánto lo siento, Ori-san se quedará hasta…

—Cuánto lo siento, desde que atacaron al ministro en jefe Anjo han intensificado la caza de shishis. Las recompensas están por los cielos y han amenazado de muerte a todos los que los acojan en su casa.

—Esa orden fue impartida en Yedo, no en Kanagawa —repuso Sumomo.

—Cuánto lo siento, pero alguien ha hablado —insistió Noriko, la mama-san, apretando los labios. Ambas mujeres conversaban a solas en una habitación de la posada de la Flor de la Medianoche, arrodilladas sobre unos cojines violetas, bajo la luz de las velas, separadas por una mesa con una bandeja de té. Noriko volvía irritada de una reunión con el comerciante de arroz y prestamista que le había subido el tipo de interés de la hipoteca del 30 al 35 por ciento, alegando la inseguridad reinante. «Perro bastardo», pensó,

encolerizada, y luego relegó ese problema para tratar el que tenía ante ella, mucho más peligroso—. Esta mañana nos hemos enterado de que los Ejecutores están…

—¿Quién?

—Los Ejecutores son una patrulla especial del Bakufu formada por unos hombres despiadados. Llegaron anoche y espero su visita dentro de unas horas. Cuánto lo siento, tendrá que marcharse al amanecer.

—Cuánto lo siento, se quedará aquí hasta que se restablezca.

—¡No me atrevo! Sobre todo después de lo sucedido en la posada de los Cuarenta y Siete Ronin. Los Ejecutores no conocen la piedad. No quiero que me claven la cabeza en una estaca.

—Eso ocurrió en Yedo y estamos en Kanagawa. Esta es la posada de la Flor de la Medianoche. Cuánto lo siento, Hiraga-san habría insistido.

—Aquí no insiste nadie, señora —dijo Noriko con aspereza—. Ni siquiera Hiraga-san. Tengo que pensar en mi hijo, y en la casa.

—Exacto. Y yo tengo que pensar en el amigo de mi hermano y aliado de Hiraga. Y también debo recordar el rostro de mi hermano. Estoy autorizada para saldar sus deudas.

Noriko se quedó mirándola.

—¿Todas las deudas de Shorin?

—La mitad ahora y la otra mitad cuando gobierne *sonno-joi*.

—De acuerdo —aceptó Noriko, tan desconcertada por lo que le acababa de caer del cielo que ni siquiera regateó—. Pero no vendrá ningún médico gai-jin, y solo se quedará una semana.

—Bien. —La joven buscó el monedero en un bolsillo secreto que tenía en la manga. Noriko contuvo la respiración cuando vio las monedas de oro—. Aquí tienes diez oban. Me darás un recibo y una factura detallada. Corresponde a la mitad de lo acordado; la otra te la daré antes de marcharnos. ¿Dónde lo podemos poner para que esté a salvo?

Noriko se maldijo a sí misma por haberse precipitado pero ahora ya no podía echarse atrás. Mientras pensaba en lo que debía hacer

examinó a la joven que tenía delante de ella, Sumomo Anato, la hermana pequeña de Shorin Anato, el shishi, el salvaje, el niño al que ella había iniciado en el mundo de los hombres hacía tantos años. «Uf, qué lujuria, qué vigor para un hombre tan joven —pensó invadida por una sensación agradable—. Y qué cortesana más memorable sería esta chica. Las dos juntas podríamos ganar una fortuna; uno o dos años después se casaría con un daimio, y si aún es virgen podría cobrar una barbaridad. Es tan hermosa como dijo Shorin, una Satsuma clásica, y según él es una auténtica samurái. Realmente hermosa».

—¿Cuántos años tienes?

Sumomo se sobresaltó.

—Dieciséis.

—¿Sabes cómo murió Shorin?

—Sí. Me vengaré.

—¿Te lo contó Hiraga?

—Preguntas demasiado —dijo Sumomo con brusquedad.

Noriko se divertía.

—En el juego que jugamos, tú y yo, aunque tú seas una samurái y yo una mama-san, somos hermanas.

—¿Ah?

—Ah sí, cuánto lo siento, ese juego tan serio de intentar encubrir a nuestros hombres, protegerlos de su valentía, o de su estupidez, según el lado del que estés; si arriesgamos la vida para protegerlos de sí mismos merecemos confianza por ambos lados. La confianza de las hermanas de sangre. ¿Así que Hiraga te contó lo de Shorin?

Sumomo sabía que estaba en una posición delicada.

—Sí.

—¿Hiraga es tu amante?

A Sumomo se le rasgaron los ojos.

—Hiraga es, era mi novio antes de marcharse para servir a *sonno-joi*.

La mama-san parpadeó.

—¿Un samurái de Satsuma permite que su hija se case con un samurái de Choshu, a pesar de ser un shishi, o un ronin?

—Mi padre no lo aprobaba. Y tampoco mi madre aunque Shorin sí. Y yo no aprobaba al hombre que ellos me habían escogido.

—Ah, cuánto lo siento. —Noriko se entristeció pues sabía que eso significaba una presión continua, el confinamiento, e incluso cosas peores—. ¿Te han expulsado de la familia?

Sumomo permaneció inmóvil y habló con serenidad.

—Hace unos meses decidí seguir a mi hermano y a Hiraga-san para que mi padre no tuviera que vivir esa vergüenza. Ahora soy una ronin.

—¿Estás loca? Las mujeres no pueden ser ronin.

—Noriko —dijo Sumomo, para ponerla a prueba—. Yo también creo que deberíamos ser hermanas de sangre. —Tenía un estilete en la mano.

Noriko parpadeó, sin saber de dónde lo había sacado. Observó a Sumomo mientras se cortaba el dedo y le ofrecía el cuchillo. Sin dudarlo hizo lo mismo y juntaron los dedos, mezclando la sangre, y luego se inclinaron con el semblante serio.

—Me siento honrada. Gracias, Sumomo-san. —Con una sonrisa la mama-san le devolvió el cuchillo—. Ahora soy un poquito samurái, ¿verdad?

Sumomo volvió a colocar el cuchillo en una vaina oculta en la manga.

—Cuando el emperador recupere todo el poder, será él quién convertirá en samurái a todos los que lo merezcan. Pediremos por ti; Hiraga-san, Ori y yo.

Noriko volvió a hacer una reverencia para darle las gracias, y aunque le encantaba la idea sabía que era imposible y que nunca viviría lo suficiente como para ver lo impensable: el día en que el shōgunado Toranaga dejara de existir.

—En nombre de mis antepasados, te doy las gracias. ¡Y ahora el sake!

—No gracias, cuánto lo siento, pero el sensei Katsumata obligó a las mujeres de su clase a no tomar sake porque, según él, embota los sentidos y nos hace fallar la puntería. Por favor, ¿dónde está Hiraga-san?

Noriko la observaba ocultando una sonrisa.

—¿Katsumata, el gran sensei? ¿Te formaste con él? Shorin nos contó que sabías manejar la espada, el cuchillo y el shuriken. ¿Es cierto?

Con una velocidad vertiginosa, Sumomo llevó la mano al obi, sacó un shuriken y lanzó, sin moverse apenas, el pequeño aro de acero de cinco hojas y afilado como una navaja hasta el otro extremo de la habitación, donde se clavó con violencia en el centro de un poste.

—Por favor, ¿dónde está Hiraga-san? —repitió con suavidad.

XVII

YEDO

Aquella noche Hiraga dirigía a un grupo de hombres silenciosos que, tras saltar la valla del palacio de un daimio, situado en el segundo círculo que rodeaba las murallas del castillo, corrieron por los jardines en dirección a la puerta trasera de la mansión iluminada solo por la luna. Los seis hombres vestían unos kimonos cortos y negros, e iban sin armadura para así poder moverse sin hacer ruido. Todos llevaban espadas, cuchillos y garrotes. Eran ronin de Choshu que Hiraga había convocado con urgencia desde Kanagawa para el ataque de esa noche.

El conjunto formado por las barracas, las cuadras y las dependencias de los criados que rodeaban la mansión, y en que solían alojarse quinientos guerreros, la familia del daimio y los criados, estaba vacío. Solo había dos centinelas adormilados en la puerta trasera. Cuando vieron a los invasores ya era demasiado tarde para dar la voz de alarma, y murieron. Akimoto le quitó el uniforme a uno de ellos y se lo puso, luego arrastró los cadáveres para ocultarlos entre la maleza y se reunió con los demás en la galería. Allí esperaron, inmóviles y atentos al menor ruido. Si hubieran oído gritos de alerta habrían renunciado al ataque.

—Si tenemos que retirarnos, no importa —había dicho Hiraga aquella tarde, cuando los demás llegaron a Yedo—. Me conformo con acercarnos al castillo. El objetivo de esta misión es matar y

sembrar el terror, hacerles creer que nadie ni nada está fuera del alcance de nuestros espías. Les infundimos terror y nos volvemos a marchar rápidamente, intentando sorprenderlos al máximo posible y con el menor número de bajas. Esta noche tenemos una oportunidad única. —Sonrió—. Cuando Anjo y los regentes cancelaron el *sankin-kotai* cavaron la tumba del shōgunado.

—¿Incendiamos el palacio, primo? —preguntó Akimoto en tono alegre.

—Después de la matanza.

—Y él ¿cómo es?

—Utani, el regente roju, es mayor, tiene el cabello cano, y es pequeño y delgado.

Se quedaron estupefactos.

—¿El daimio de Watasa?

—Sí. Por desgracia nunca lo he visto. ¿Hay alguien que lo conozca?

—Creo que yo lo reconocería —afirmó un joven de dieciocho años, con una cicatriz en una de las mejillas—. Es flacucho, como un pollo enfermo. Lo vi una vez en Kioto. Así que esta noche vamos a enviar a un regente a mejor vida, a un daimio. ¡Qué bien! —Sonrió y se rascó la cicatriz que tenía desde el día que los Choshu intentaron sin éxito apoderarse de las puertas del palacio de Kioto la primavera anterior—. Utani no irá a ninguna parte después de esta noche. Está loco al dormir fuera de las murallas del palacio y no importarle que se sepa. Y encima sin guardia. ¡Qué estupidez!

Joun, un joven de dieciocho años, muy cauto, dijo:

—Disculpa, Hiraga-san, pero ¿estás seguro de que no nos han dado información falsa para tendernos una trampa? A Yoshi lo llaman el Zorro, Anjo es peor aún. Ofrecen un precio muy alto por nuestras cabezas. Estoy de acuerdo con mi hermano, ¿cómo puede ser que Utani sea tan estúpido?

—Porque tiene una cita secreta. Es pederasta.

Se quedaron mirándolo boquiabiertos.

—¿Y por qué lo oculta?

—El joven al que ama es un amigo íntimo de Anjo.

—*So ka!* —A Joun le brillaron los ojos—. Pues en ese caso creo que yo también lo ocultaría. Pero ¿por qué un hermoso joven se entrega a alguien como Utani cuando ya tiene un patrón poderoso?

Hiraga se encogió de hombros.

—El dinero, ¿qué iba a ser sino? Nori es tacaño y Utani espléndido, ¿acaso sus campesinos no son los que pagan más impuestos de todo Japón? ¿No está endeudado hasta las cejas? ¿No tiene fama de consumir oban de oro como si fueran granos de arroz? Pronto, de un modo u otro, Anjo abandonará esta tierra. A lo mejor el hermoso joven cree que Utani le sobrevivirá y que vale la pena correr el riesgo. ¿Verdad que Utani tiene influencias en la corte? ¡Los koku! ¿Por qué no? Seguro que su familia vive en la miseria y está acribillada de deudas, igual que casi todos los samuráis cuyo rango es inferior al de los hirazamurái.

—Cierto —asintieron todos.

En la galería, alerta y disfrutando de la sensación de peligro, Hiraga sonrió. El corazón le latía y sentía la alegría de vivir y de la muerte que estaba cada día más cerca. «Dentro de unos instantes empezaremos. Por fin empieza la acción…».

Había estado varios días oculto en el templo junto a la legación británica a la espera de una oportunidad para incendiarla, pero siempre había demasiadas tropas enemigas, extranjeras o de los samuráis. Iba disfrazado de jardinero y se dedicó a espiar, escuchar y planear; le habría sido tan fácil matar a aquel bárbaro gigante que escapó del ataque del Tokaidō. Se sorprendía de que hubieran matado a un solo bárbaro a pesar de que el grupo formado por los tres hombres y la mujer era un blanco perfecto. «¡Ah, Tokaidō! El Tokaidō me recuerda a Ori, y Ori me recuerda a Shorin, y ellos me recuerdan a Sumomo, que el mes que viene cumple diecisiete años. He de volver a plantearme seriamente la carta que he recibido de mi padre. ¡No, no lo haré! No aceptaré el perdón de Ogama si eso significa que tengo que retractarme de *sonno-joi*. Seguiré su piedra imán hasta la muerte.

»Yo soy el único que queda. Ori está muerto o morirá mañana. Shorin ya no está. ¿Y Sumomo?».

La noche anterior las lágrimas le habían empapado las mejillas; unas lágrimas causadas por un sueño en el que el bushido, el fuego, el perfume y el cuerpo de Sumomo lo atraían y él los perdía para siempre. Era imposible dormir sentado en la postura del loto, como el Buda, haciendo zen para apaciguar la mente.

Y esa mañana, como caído del cielo, llegó el mensaje cifrado y enviado en secreto por la mama-san de Koiko con la información sobre Utani, que había escuchado, también a escondidas, la criada de Koiko. «Caramba —pensó, alegre—. Me pregunto qué haría Yoshi si se enterara de que nuestros tentáculos llegan hasta su cama».

Seguro de que nadie los había visto, saltó, se acercó a la puerta y la abrió con un cuchillo. Todos entraron sin perder un segundo. Akimoto se quedó de guardia vestido con el uniforme del centinela muerto. Los demás siguieron a Hiraga en silencio y subieron unas escaleras que conducían a los aposentos de las mujeres. La casa era espléndida, de la mejor madera, con los tatamis más elegantes, los shoji del papel de aceite más puro y en las lámparas y velas ardían los aceites más aromáticos. Tras doblar una esquina, un guardia desprevenido se quedó mirándolo desconcertado. Abrió la boca pero no emitió sonido alguno; el cuchillo de Hiraga lo impidió.

Hiraga pasó por encima del cadáver, recorrió el pasillo, vaciló un momento para recuperar fuerzas y fue a parar a un corredor sin salida. A ambos lados había puertas correderas shoji que daban a las habitaciones, algunas de ellas iluminadas por lámparas de aceite. Se oían, entremezclados, ronquidos y jadeos. Indicó en silencio a Todo y Joun que lo siguieran, y a los demás que se quedaran vigilando; luego avanzó como una bestia nocturna que se apresta a ir de caza. Los jadeos se oían cada vez con más fuerza.

Le hizo un gesto con la cabeza a Joun y enseguida el joven pasó a su lado, se agachó junto a la puerta y la abrió; tras otra señal de Hiraga, entró con violencia en la habitación, seguido de Todo.

Dos hombres yacían en los futones, sobre unos edredones de seda, desnudos y con los cuerpos entrelazados, el más joven debajo. Hiraga, de pie a su lado, alzó la espada y con las dos manos asidas a la empuñadura atravesó la espalda de los dos hombres, justo encima del corazón, y la dejó clavada en el tatami.

El mayor emitió un gemido y murió al instante; el joven braceó inútilmente, sin poder girarse ni moverse lo suficiente como para ver lo que había ocurrido; sin poder tampoco comprender nada, solo que la vida se le escapaba a la vez que se le abría el cuerpo. Un alarido de terror le subió a la garganta. Todo se acercó y retorció el garrote para acallarlo, pero lo hizo demasiado tarde. Parte del grito quedó suspendido en el aire.

Rápidamente Hiraga y él se dirigieron a la puerta, con los sentidos a flor de piel. Hiraga iba con el cuchillo en la mano. Todo, Joun y los que estaban en el pasillo llevaban las espadas alzadas, excitados, preparados para atacar, huir, luchar, correr, pero también dispuestos a pelear y morir con orgullo.

Silencio. En algún lugar se oyó a alguien que se movía mientras dormía. Todavía no se había dado la voz de alarma. Los invasores empezaron a congregarse antes de abandonar el castillo, con el cuerpo entumecido y cubierto de sudor. Hiraga ordenó la retirada.

Todos lo obedecieron, menos Joun, que volvió corriendo a la habitación para recuperar la espada de Hiraga. Se colocó encima de los cadáveres y a pesar de intentarlo con todas sus fuerzas no pudo extraerla. Hiraga le ordenó que se apartara; lo intentó pero también en vano. En una estantería lacada vio las armas de los muertos, cogió una de las espadas y cuando llegó a la puerta miró detrás de sí.

Bajo la suave luz de la lámpara de aceite los dos cuerpos parecían una libélula monstruosa con varias patas y cabeza humana; los edredones arrugados parecían las alas y la espada una aguja de plata gigante. En aquel momento pudo ver el rostro del joven. Era hermoso.

Yoshi se paseaba por la almena. Koiko, que medía una cabeza menos que él, caminaba a su lado. La brisa helada traía el olor del mar, pero Yoshi no lo notó. Mientras meditaba, apartó la mirada de la ciudad para contemplar la luna. Koiko esperaba pacientemente. Llevaba un kimono de Shantung muy fino, encima de un kimono rojo, y el cabello suelto le llegaba hasta la cintura. Él vestía un kimono corriente, como las espadas; unas espadas comunes pero bien afiladas.

—¿En qué piensas, mi señor? —le preguntó Koiko, considerando que ya había llegado el momento de disipar su melancolía. A pesar de que estaban completamente a solas, le habló en voz baja, pues sabía que dentro de los muros del castillo no había ningún lugar seguro.

—Kioto —contestó, también en voz baja.

—¿Vas a acompañar al shōgun Nobusada?

Le respondió que no con la cabeza, aunque había decidido ir a Kioto antes que el shōgun. Ya estaba acostumbrado a las decepciones.

«De algún modo debo detener a ese imbécil y convertirme en la única conexión entre el emperador y el shōgunado —pensaba. Tampoco dejaban de preocuparle los problemas que lo rodeaban—: la locura de la visita oficial; Anjo, cuyo poder en el consejo ha impuesto el resultado de la votación; Anjo con su odio y sus conspiraciones; la trampa en la que vivo en este castillo; la cantidad de enemigos que tengo en todo el país, encabezados por Sanjiro de Satsuma, Hiro de Tosa y Ogama de Choshu, que acaba de apoderarse de nuestras puertas. Y además, los gai-jin, esperando que llegue la hora de abalanzarse sobre nosotros como lobos hambrientos.

»Habrá que hacer algo con ellos, algo definitivo. Habrá que neutralizar a Nobusada y a la princesa, para siempre.

»La solución definitiva para tratar a los gai-jin es evidente: sea como sea, cueste lo que cueste, hemos de tener más dinero, y más armas. Ese debe ser nuestro objetivo secreto, ahora y siempre. ¿Y cómo se consigue? Todavía no lo sé. Pero nuestra política debe consistir en lisonjearlos hasta que se duerman, en hacerles perder el equilibrio aprovechándonos de esos comportamientos tan estúpidos que esgrimen y de nuestra superioridad para tejer un capullo a su alrededor.

»¿Y Nobusada? Debemos aplicar la misma política, si bien él no es la verdadera amenaza. Es ella. No es por él que me tengo que preocupar, sino por ella; ella es la que tiene el verdadero poder, desde fuera y desde dentro».

—¿Mi señor?

—Tú me abstraes de mí mismo, Koiko.

A modo de respuesta, Koiko le tocó el brazo. «Yoshi es demasiado complejo, agudo e impredecible; es demasiado solemne y difícil de entretener. Me pregunto cuánto tiempo me tendrá a su lado. Empiezo a odiar el castillo, el confinamiento, estas pruebas constantes; añoro mi casa, las risas y las charlas picantes con las muchachas y, sobre todo, a mi querida mama-san, Meikin.

»Sí, pero también me enorgullezco de estar en el centro del mundo, adoro el koku que recibo cada día, me encanta ser quien soy y servir al señor más noble, que en el fondo es igual que cualquier hombre y, como todos, no es más que un niño caprichoso que finge ser complicado. Es tan fácil controlarlo mediante caramelos y azotainas que, si eres lista, solo decide lo que ya habías decidido de antemano, por mucho que él crea lo contrario».

Su risa era como el gorjeo de un pájaro.

—¿Qué?

—Me haces sentir alegre, llena de vida, mi señor, ¡tendré que llamarte el *Señor de la Felicidad*!

Lo invadió una oleada de alegría.

—¿Entonces nos vamos a la cama?

—Nos vamos a la cama.

Cogidos del brazo, empezaron a alejarse de la almena iluminada por la luna.

—Mira —dijo Yoshi de pronto.

A lo lejos se veía un palacio en llamas. El fuego comenzaba a elevarse y formaba nubes de humo. Empezaban a oírse las campanas que anunciaban el incendio, un hormigueo de gente se arremolinaba a su alrededor; pronto se formaron cadenas de hombres para llevar los cubos de agua hasta el lugar del incendio. Con un sentido del humor poco habitual en él, el shōgun Toranaga había escrito: «Nuestra amenaza más importante es el fuego, no la mujer. Aunque podemos prepararnos para defendernos del fuego, pero no de las mujeres. Todos los hombres y mujeres en edad de casarse se casarán. Todas las moradas tendrán depósitos de agua de fácil acceso».

—No conseguirán apagarlo, ¿verdad, mi señor?

—No. Supongo que ha sido algún imbécil que ha tirado una lámpara o una vela —dijo Yoshi, con los labios apretados.

—Sí, tienes razón, mi señor, habrá sido algún patoso —repuso inmediatamente, intentando calmarlo, pues percibió un peligro inesperado cuyo motivo ignoraba—. Me alegro de que seas el responsable de tomar las medidas oportunas para prevenir los incendios en el castillo, así podemos dormir tranquilos. Quien sea que lo haya provocado se merece un buen castigo. Me pregunto de quién es el palacio.

—Es la residencia Tajima.

—Ah, mi señor, no dejas de sorprenderme —dijo Koiko conmovida—; es maravilloso que sepas identificar los castillos con tanta facilidad y desde tan lejos. —Inclinó la cabeza para ocultar el rostro, pues sabía que era el castillo de Watasa, que el daimio Utani estaba muerto y que el ataque se había llevado a cabo con éxito—. Eres maravilloso.

—No, tú eres maravillosa, Koiko-chan. —Le sonrió; la veía tan dulce, tan pequeña, tan observadora y peligrosa.

Tres días atrás su nuevo espía, Misamoto, dispuesto a demostrar su valía, le había contado los rumores que corrían por las barracas acerca de la cita de Utani con el hermoso joven. Le ordenó a Misamoto que se las arreglara para que la criada de Koiko oyera el rumor como por casualidad, pues estaba seguro de que esta no tardaría en contárselo a su señora, o a la mama-san, o a las dos, si también eran ciertos los rumores que había oído: que esa misma mama-san, Meikin, apoyaba con fervor a *sonno-joi* y permitía que en su casa se celebraran las reuniones clandestinas de los shishi. De ser así, estos no tardarían en recibir la noticia y reaccionarían de inmediato ante una oportunidad tan valiosa para cometer semejante asesinato. Por eso, y también a causa de la importancia que iba adquiriendo Koiko, sus espías habían estado vigilándola durante casi dos años. Sin embargo, jamás consiguió la más mínima prueba que confirmara las sospechas y la condenara.

«Ah, pero ahora —pensó, mientras observaba las llamas— si el palacio está ardiendo, Utani debe de estar muerto; ahora ya tengo una prueba irrefutable; la semilla sembrada en una criada ha dado un fruto malévolo. Utani es, o era, un buen blanco para ellos. Igual que yo, o incluso más». Se estremeció.

—El fuego también me asusta —dijo ella, creyendo que era la causa del estremecimiento.

—Sí. Vámonos, y dejémosles con su karma. —Se alejaron cogidos del brazo. A Yoshi le costaba contener la excitación. «Me pregunto cuál es tu karma, Koiko. ¿Fue la criada quien te lo contó? ¿Le dijiste que se lo contara a la mama-san? Si es así, también formas parte del entramado.

»Quizá sí, quizá no. A pesar de que te he observado muy detenidamente, no he percibido rictus alguno en tu rostro cuando te he dicho que era el castillo de Tajima en lugar del de Watasa. Por supuesto, sospecho de ti; siempre lo he hecho, sino ¿por qué crees que te he escogido? ¿Acaso no me produce un gustillo especial en la cama? Así es, y eres todo lo que auguraba tu fama. En realidad, estoy más que satisfecho, así que esperaré. Pero ahora será fácil

pillarte; cuánto lo siento, será aún más fácil sonsacarle la verdad a la criada, a la mama-san y a ti misma, querida. Será demasiado fácil, qué lástima cuando decida cerrar la trampa.

»Uf, será una decisión difícil de tomar porque ahora, gracias a Utani, dispongo de una vía secreta y directa de contacto con los shishi, que podré utilizar cuando quiera para destruirlos o incluso para servirme de ellos en contra de mis enemigos. ¿Y por qué no?

»¡Qué tentador!

»¿Nobusada? ¿Nobusada *y su princesa*? ¡Qué tentador! —Empezó a reír.

—Me hace tan feliz verlo feliz, mi señor.

La princesa Yazu lloraba. Tras dos horas de poner en práctica todos los recursos que había leído o visto en los libros eróticos para excitarlo, consiguió por fin una erección, pero justo cuando estaba a punto de alcanzar las Nubes y la Lluvia volvió a fracasar. Luego, como siempre, Nobusada se deshizo en lágrimas y en medio de un acceso nervioso de tos la acusó a gritos y le dijo que la culpa era de ella. Como siempre, la tempestad no tardó en amainar, le pidió que lo perdonara, se acurrucó a su lado para besarle los pechos y permaneció con los labios pegados a su pezón.

—No es justo —sollozaba la princesa, agotada e incapaz de dormirse—. Es necesario que tenga un hijo, porque si no lo hago es hombre muerto, y yo también, y estaré tan deshonrada que tendré que afeitarme la cabeza e ingresar en un monasterio budista… *oh ko, oh ko…*

Ni siquiera sus damas la habían podido ayudar.

—Vosotras tenéis experiencia, casi todas estáis casadas, tiene que haber algún modo de que mi señor se comporte como un hombre —les había gritado tras varias semanas de intentos. Tanto ella como sus damas se horrorizaron al ver que perdía los estribos de ese modo—. ¡Buscad una manera! ¡Es vuestra obligación!

En el transcurso de los últimos meses la corte había consultado con herbolarios, acupuntores, médicos, incluso con adivinos, pero no sirvió de nada. Aquella misma mañana había mandado llamar a la dama de honor.

—¡Tiene que haber una manera! ¿Qué me aconsejas?

—Solo tenéis dieciséis años, mi honorable princesa —dijo la dama de honor, arrodillada—, y tu señor también y…

—Pero todo el mundo concibe a esa edad, incluso mucho antes. ¿Qué le pasa a mi marido? ¿O qué me pasa a mí?

—A vos no os pasa nada, princesa; ya os lo hemos dicho muchas veces, los médicos nos han asegurado que estáis bien…

—¿Y el médico gai-jin, ese gigante del que he oído hablar? Una criada me ha contado que conoce curas milagrosas para todos los males. A lo mejor puede curar a mi señor.

—Ah, cuánto lo siento, mi señora —estalló la mujer, espantada—. ¡No podéis ni pensar en eso! ¡Es imposible que vos o él consultéis a un gai-jin! Por favor, tened paciencia, os lo ruego. Cheng-sin, el maravilloso adivino, nos dijo que la paciencia…

—¡Lo podemos hacer a escondidas, estúpida! ¿Paciencia? ¡Hace meses que espero! —chilló—. ¡Hace meses que tengo paciencia y mi señor sigue sin poder engendrar un heredero! —Incapaz de contenerse, le pegó una bofetada—. Diez meses de paciencia y de malos consejos es demasiado, miserable, ¡vete! ¡Fuera! ¡Vete de aquí para siempre!

Se había pasado todo el día planeando esa noche. Habían preparado unos platos especiales que a él le gustaban sazonados con ginseng. Un sake especial rociado con ginseng y cuerno de rinoceronte en polvo. Unos perfumes especiales, muy afrodisíacos. Unas oraciones especiales a Buda. Unos ruegos especiales a su antepasada directa, Ameratsu, la Diosa del Sol y abuela del dios Ninji, que descendió del cielo para reinar en Japón, veinticinco siglos antes.

Pero todo había fracasado estrepitosamente.

Ahora era ya noche cerrada y ella lloraba en silencio, acostada en el futón. Su marido dormía a su lado, con un sueño agitado. De vez en cuando tosía, se le contraían los músculos y aun así el rostro dormido no le resultaba desagradable. «Pobre tonto —pensó angustiada—, ¿será tu karma morir sin herederos como otros tantos de tus antepasados? *Oh ko, oh ko, oh ko!* ¿Por qué me habré dejado convencer y me habré metido en este lío, permitiendo que me arrebataran de los brazos de mi adorado príncipe?».

Cuatro años atrás, cuando ella tenía doce, se prometió en matrimonio con su amigo de la infancia, el príncipe Sugawara, con la feliz aprobación de su madre, la última consorte de su padre, el emperador Ninko, que murió el mismo año en que nació, y con el consentimiento necesario e igualmente feliz del emperador Komei, su hermanastro.

Ocurrió el mismo año que el Bakufu firmó los tratados que abrieron las puertas de Yokohama y Nagasaki, en contra de la voluntad del emperador Komei, la mayoría de la corte y de los daimios. Fue el mismo año que *sonno-joi* se convirtió en un grito de guerra y el tairō Ii le propuso al consejero príncipe que la princesa Yazu se casara con el shōgun Nobusada.

—Cuánto lo siento —dijo el consejero—. Es imposible.

—Es muy posible y altamente recomendable unir al shōgunado con la dinastía imperial para que reinen la paz y la tranquilidad en el país —insistió Ii—. Hay muchos precedentes históricos en los que los Toranaga accedieron a casarse con miembros de la dinastía.

—Cuánto lo siento. —El consejero era un hombre decadente, llevaba ropa y un peinado elegantes y se había teñido los dientes—. Como ya sabes, su majestad imperial ya está comprometida y se casará en cuanto llegue a la pubertad. Y como también sabes, el shōgun Nobusada está comprometido con la hija de un noble de Kioto.

—Cuánto lo siento, los compromisos de unas personas tan ilustres como ellos son un asunto de estado, están bajo el control del shōgunado y siempre lo han estado —dijo Ii. Era pequeño,

corpulento e inflexible—. El compromiso del shōgun Nobusada, a petición suya, ha sido anulado.

—Ah, cuánto lo siento, qué triste. Creía que formaban una buena pareja.

—El shōgun Nobusada y la princesa Yazu tienen la misma edad, doce años. Por favor, comunica al emperador que el tairō desea informarle de que el shōgun se siente honrado de aceptarla como esposa. Podrán casarse cuando ella cumpla catorce o quince años.

—Lo consultaré con el emperador pero, cuánto lo siento, me temo que tu solicitud no será posible.

—Pues yo espero que el Hijo del Cielo se deje guiar por el Cielo cuando tome una decisión tan importante. Los gai-jin están ante nuestras puertas y hay que afianzar el shōgunado y la dinastía.

—Cuánto lo siento, la dinastía imperial no necesita ser reforzada. En cuanto al Bakufu, estoy seguro de que si acataran los deseos del emperador habría más paz.

—Tuvimos que firmar los tratados —repuso Ii con aspereza—. ¡A pesar de lo que se diga en público, las flotas y las armas bárbaras son lo suficientemente poderosas como para derrotarnos! ¡No somos capaces de defendernos! ¡Tuvimos que firmar!

—Cuánto lo siento, la culpa es del Bakufu y del shōgunado. El emperador Komei no aprobó los tratados y no deseaba que se firmaran.

—La política exterior, y la política temporal, como el matrimonio que he propuesto con humildad, es de la competencia exclusiva del shōgunado, mientras que el emperador… —Ii medía las palabras con suma cautela—, está por encima de todos los demás asuntos.

—¿Los demás asuntos? Hasta hace unos cuantos siglos, el emperador había gobernado a lo largo de miles de años.

—Cuánto lo siento, no vivimos hace unos cuantos siglos.

Cuando se conoció la propuesta de Ii, todos los que se oponían al Bakufu la interpretaron como un insulto a la dinastía y se produjo un gran alboroto. Al cabo de unas semanas los shishi lo asesinaron a causa de su arrogancia y no se volvió a hablar del tema.

Hasta dos años más tarde, cuando ella cumplió catorce años.

A pesar de que todavía no era una mujer, la princesa Yazu ya era una gran poetisa, sabía leer y escribir en chino, conocía todos los rituales de la corte que iba a necesitar para su futuro y seguía enamorada de su príncipe, al igual que él de ella.

Anjo deseaba incrementar el prestigio del shōgunado, cada vez más amenazado, y volvió a hablar con el consejero príncipe; este le contestó lo mismo que la otra vez. Anjo repitió lo que había dicho Ii aunque sorprendió a su adversario cuando añadió:

—Te agradezco tu opinión pero cuánto lo siento, Wakura, el canciller imperial, no está de acuerdo contigo.

Wakura tenía unos cuarenta años, era un hombre de rango elevado en la corte aunque no pertenecía a la nobleza y, desde el principio, había encabezado el movimiento de xenofobia surgido entre los nobles de rango medio que se oponían a los tratados. En su papel de canciller era uno de los pocos que tenían acceso directo al emperador.

Al cabo de unos días Wakura consiguió una entrevista con la princesa.

—Tengo el honor de comunicaros que el Hijo del Cielo os ruega que anuléis vuestro compromiso con el príncipe Sugawara para casaros con el shōgun Nobusada.

La princesa Yazu casi se desmayó. En la corte, una solicitud imperial era como una orden.

—¡Tiene que haber un error! Hace dos años el Hijo del Cielo se opuso a esa idea tan arrogante por razones obvias. Tú también te opones, igual que todo el mundo, no puedo creer que la divinidad me pida algo tan espantoso.

—Cuánto lo siento, pero no es espantoso y os lo pide.

—Aun así, me niego, ¡me niego!

—No podéis negaros, cuánto lo siento. Permitidme que os lo explique…

—No, ¡no te lo permito! ¡Me niego, me niego, me niego!

Al día siguiente Wakura solicitó otra entrevista y la princesa se negó a recibirlo, luego otra vez y otra. Yazu seguía igual de inflexible.

—No.

—Cuánto lo siento, su Alteza —dijo la dama de honor, horrorizada —. Os ruego que me disculpéis, pero es mi obligación recordaros que cuando el Hijo del Cielo asciende al trono no tiene parientes ni amigos.

—Yo… claro, te ruego que me disculpes, ya lo sé. Estoy destrozada, te ruego que me disculpes. —Incluso en la misma corte, solo la mujer del emperador, las consortes, la madre, los hijos, los hermanos y dos o tres cancilleres podían verle el rostro sin necesidad de pedirle permiso. Los demás lo tenían prohibido. Era divino.

Al igual que todos los emperadores anteriores, a partir del momento en que Komei concluyó los rituales para unir su espíritu con el de su padre, el emperador recientemente fallecido, igual que su padre lo hizo con el suyo, y este con el suyo, formando una línea continua desde Jimmu-Tennu, dejó de ser mortal y se convirtió en una deidad, el Guardián de los Símbolos Sagrados —el orbe, la espada y el espejo—; era el Hijo del Cielo.

—Te ruego que me disculpes —dijo Yazu con humildad, horrorizada ante el sacrilegio que acababa de cometer—. Lo siento. Por favor, dile al canciller que deseo una entrevista con el Hijo del Cielo.

En ese momento, en medio de las lágrimas, Yazu recordaba el día en que se puso de rodillas ante el emperador en presencia de una multitud de cortesanos, con la cabeza inclinada. Yazu apenas lo reconoció con sus túnicas drapeadas pues no lo había visto desde hacía meses. Le rogó y suplicó en medio de una letanía de llantos, utilizando el lenguaje de la corte que los extraños apenas comprendían, hasta que acabó agotada.

—Su Alteza imperial, no quiero abandonar mi casa, no quiero ir a Yedo, ese lugar tan espantoso que está en los confines del mundo;

os ruego que me permitáis recordaros que somos de la misma sangre, no somos unos guerreros arribistas de Yedo… —Y quiso gritar: «No descendemos de campesinos que no saben hablar, ni vestir, ni comer, ni comportarse, que son incapaces de leer y escribir y que huelen a *daikon*», pero no se atrevió. En cambio, dijo—: Os lo ruego, dejadme como estoy.

—Lo primero que tienes que hacer es escuchar al canciller Wakura con calma y atención, como corresponde a una princesa imperial.

—Obedeceré, Alteza imperial.

—En segundo lugar, no lo consentiré si tú no estás de acuerdo. En tercer lugar, ven a verme dentro de diez días y volveremos a hablar. Y ahora vete, Yazu-chan —Era la primera vez en su vida que su hermano la llamaba por su diminutivo.

Así que escuchó a Wakura.

—Las razones son complicadas, princesa.

—Estoy acostumbrada a las complicaciones, canciller.

—De acuerdo. A cambio de la boda imperial, el Bakufu accedió a expulsar a todos los gai-jin para siempre y anular los tratados.

—Pero Nori Anjo dijo que eso era imposible.

—Cierto. Ahora. Pero accedió a iniciar, cuanto antes, una modernización del ejército y a construir una armada invencible. Nos han prometido que dentro de siete, ocho o quizá diez años seremos lo suficientemente fuertes como para imponer nuestra voluntad.

—¡O dentro de veinte, cincuenta o cien años! Los shōgunes Toranaga siempre han sido unos mentirosos y no son de fiar. Han confinado al emperador desde hace siglos y le han usurpado su herencia. No hay que confiar en ellos.

—Cuánto lo siento. Ahora el emperador está convencido de que puede hacerlo. En realidad, princesa, no tenemos poder temporal sobre ellos.

—Entonces sería tonto por mi parte entregarme como rehén.

—Cuánto lo siento, pero iba a deciros que vuestra boda favorecería la unión del emperador con el shōgunado, que es

esencial para la paz del estado. De ese modo el shōgunado escucharía los consejos imperiales y obedecería al emperador.

—Si se someten. ¿Pero de qué manera mi boda va a favorecer una cosa así?

—¿No creéis que la corte, por mediación vuestra, sería capaz de intervenir, incluso de controlar a ese joven shōgun y a su gobierno?

Empezó a interesarse.

—¿De controlar? ¿En nombre del emperador?

—Claro. Ese niño, pues en comparación con vos, Alteza, no es más que un crío, ese niño sería incapaz de ocultaros nada. Es evidente. Seguro que el Exaltado espera que vos, su hermana, actuéis de intermediaria. Al ser la esposa del shōgun, os enteraréis de todo, y una persona tan notable como vos enseguida tendrá en sus manos todos los hilos del poder del Bakufu a través del shōgun. Desde el tercer shōgun Toranaga ninguno de ellos ha sido fuerte. ¿No os parece que estaríais en la posición ideal para ostentar el verdadero poder?

—Anjo y el shōgunado no son estúpidos. Ya lo habrán deducido.

—No os conocen, Alteza. Piensan que no sois más que un junco que se puede doblar y que pueden utilizar a su antojo, igual que Nobusada, por eso lo escogieron a él. Quieren la boda para aumentar su prestigio y también para acercar la corte al shōgunado. Suponen que vos, una muchacha, seríais un títere que utilizarían para contradecir la voluntad imperial.

—Cuánto lo siento, lo que me pides es demasiado para cualquier mujer. No quiero irme de mi casa y tampoco renunciar a mi príncipe.

—El emperador os pide que lo hagáis.

—Una vez más el shōgunado lo ha obligado a regatear cuando tan solo deberían obedecer —dijo Yazu con amargura.

—El emperador pide que lo ayudéis para obligarlos a obedecer.

—Te ruego que me disculpes, pero no puedo hacerlo.

—Hace dos años, en el año negro —prosiguió Wakura con cautela—, el año de la hambruna, el año en que Ii firmó los

tratados, algunos eruditos del Bakufu estuvieron buscando en la historia ejemplos de emperadores destituidos.

Yazu se quedó atónita.

—¡Nunca se atreverían a hacer una cosa así!

—El shōgunado es el shōgunado; son todopoderosos, de momento. ¿Por qué no iban a contemplar la posibilidad de eliminar un obstáculo, cualquier obstáculo? ¿Acaso cuando le destruyeron el *wa* no consideró la posibilidad de abdicar en favor de su hijo, el príncipe Sachi?

—Solo son rumores —estalló—. No puede ser cierto.

—Me temo que sí, princesa imperial —dijo muy serio—. Y ahora, la verdad es que él en persona os pide que por favor le ayudéis.

En su fuero interno sabía que dijera lo que dijera siempre acabarían respondiéndole que se lo pedía el emperador. No había escapatoria. Sabía que tendría que obedecer o bien hacerse monja. Abrió la boca para pronunciar la última negativa pero no llegó a hacerlo. De pronto, y por primera vez, se puso a pensar desde otro punto de vista, ya no como una niña sino como una mujer adulta, y así fue como respondió:

—De acuerdo —dijo, tras haber optado por aceptar—. Accederé, a condición de que siga viviendo en Yedo de la misma manera que he vivido en el palacio imperial…

Esa conversación fue la que la había llevado al silencio de esa noche, tan solo interrumpido por el llanto.

Yazu se sentó en la cama y se enjugó las lágrimas. «Mentirosos —pensó con amargura—, me lo habían prometido pero incluso en eso me engañaron». Nobusada emitió un ruido y se giró dormido. Bajo la luz de la lámpara que necesitaba para dormir tenía un aspecto aún más infantil, parecía un hermano más que un marido; era tan joven. Amable, considerado, siempre la escuchaba, aceptaba los consejos que ella le daba, no le ocultaba ningún secreto, era todo lo que había anticipado Wakura. Pero no se sentía satisfecha.

«Mi querido Sugawara, ahora ya un amor imposible; al menos en esta vida».

Se estremeció. La ventana estaba abierta. Se apoyó en el marco; apenas se fijó en la mansión que estaba en llamas, había más fuegos por toda la ciudad, bajo la luz de la luna y más allá estaba el mar. El viento olía a quemado, el alba iluminaba el cielo oriental.

La decisión que tomó en secreto no cambió a partir de la conversación que tuvo con Wakara: dedicarse en cuerpo y alma a destruir el shōgunado que le había destrozado la vida, arrebatarles el poder de la manera que fuera y devolvérselo a la Divinidad.

«Destruiré de la misma manera que me destruyeron a mí —pensó, pues era demasiado inteligente como para siquiera susurrarlo en un pozo—. Rogué que no me obligaran a venir aquí, rogué que no me obligaran a casarme con ese niño y, aunque él me gusta, odio este sitio tan horrible, odio a esta gente tan espantosa.

»¡Quiero volver a casa! Lo haré. Así mi vida será soportable. Haremos la visita por mucho que diga o que haga Yoshi o cualquier otra persona. Volveremos a casa, ¡y nos quedaremos allí!».

LIBRO SEGUNDO

XVIII

Lunes, 13 de octubre

Diez días después, Phillip Tyrer practicaba alegremente la caligrafía japonesa, disfrutando del sol del mediodía en la galería de la legación de Yedo, rodeado de docenas de hojas de papel de arroz, algunas de ellas arrugadas en el suelo; era increíble lo baratas que se conseguían allí en comparación con Inglaterra. Sir William lo había enviado a Yedo con instrucciones de preparar la primera reunión con el consejo de regentes.

De repente, algo hizo que su pincel dejara de moverse. El capitán Settry Pallidar y diez dragones, todos vestidos con sus uniformes blancos inmaculados, subían al galope la colina. Cuando entraron en la plaza, los samuráis allí congregados, en mayor número a esa hora del día que la noche anterior, se separaron para dejarles paso. A sus rígidas reverencias, casi imperceptibles, los dragones respondieron con un saludo que también rozaba la indiferencia; a todas luces se trataba de una nueva variante del protocolo. Los centinelas apostados en la entrada, cuyo número también se había doblado, abrieron los portales de hierro y los cerraron una vez que la tropa irrumpió en el antepatio oculto por los altos muros que protegían todo el edificio de la legación.

—¡Hola, Settry! —exclamó Tyrer, bajando a toda prisa los escalones para ir al encuentro del capitán—. Por Dios, tienes un aspecto estupendo. ¿De dónde diablos vienes?

—De Yokohama, ¿de dónde si no? Hemos venido por mar.

Mientras Pallidar desmontaba del caballo, uno de los jardineros, azada en mano, se apresuró a sostener la rienda. Pallidar, al verlo, llevó la mano a su pistolera.

—¡Fuera de aquí!

—Tranquilo, Settry —dijo Tyrer—, es Ukiya, uno de nuestros sirvientes fijos. Y uno de los más serviciales. *Domo, Ukiya*.

—*Hai, Taira-sama, domo*. —Hiraga esbozó una inexpresiva sonrisa, su rostro escondido a medias bajo el sombrero con que se protegía tanto del sol como de la lluvia. Después hizo una reverencia, pero siguió sin moverse del lugar.

—Vete —repitió Pallidar—. Lo siento, Phillip, pero no soporto que se me acerquen estos gusanos, y menos con una asquerosa azada en la mano. ¡Grimes!

El dragón se presentó de inmediato ante su capitán y, sin necesidad de que este le dijera nada, echó a Hiraga a empujones.

—¡Largo de aquí, japonés del demonio!

Hiraga agachó la cabeza obedientemente y se alejó, sin que por eso la sonrisa se le borrara del rostro. Sin embargo, no se alejó tanto como para no oír, reprimiendo el deseo de vengarse allí mismo por el insulto recibido con esa azada, afilada como una navaja, con el pequeño estilete oculto en el sombrero, o con sus propias manos, fuertes y duras como el hierro.

—¿Por qué razón habéis venido en barco? —Escuchó que Tyrer preguntaba.

—Para ahorrar tiempo. Las patrullas comunicaron que los japoneses habían montado barricadas en lugares poco habituales, a lo largo de todo el Tokaidō, y que había atascos en el camino que lleva de Hodogaya a Yedo; peor que Piccadilly Circus el día del cumpleaños de la reina. Nos pusimos más nerviosos de lo que ya estábamos. Te he traído un mensaje de sir William. Te ordena que cierres la legación y que regreses junto con el personal… Además, me ha nombrado tu «escolta».

Tyrer se quedó mirándolo, pasmado.

—Pero ¿y la reunión? No he parado de trabajar para tenerlo todo a punto.

—No lo sé, Phillip. Mira, aquí tienes el mensaje. Léelo tú mismo.

Tyrer rompió los sellos de la carta oficial.

> «P. Tyrer, legación británica, Yedo:
> »Le comunico que he acordado con el Bakufu aplazar al lunes 3 de noviembre la reunión prevista para el 20 de octubre. Para ahorrar gastos innecesarios, le ruego que regrese de inmediato con su personal, acompañado del capitán Pallidar».

—¡Hip, hip, hurra! Yokohama, ¡allá vamos!

—¿Cuándo quieres partir?

—Ahora mismo, el Gran Padre Blanco dice «de inmediato», y así se hará. No está bien que lo hagamos esperar. ¿Qué te parece después de comer? Ven, siéntate y cuéntame algo. ¿Cómo andan las cosas por Yokopoko?

—Bueno, no hay mucho que contar. —Cuando avanzaban camino de la galería y de las tumbonas, Hiraga se acercó a ellos disimuladamente y continuó su trabajo.

Pallidar encendió un cigarro.

—Sir William, el general y el almirante se marcaron otro farol ante el gobernador y el Bakufu, y juraron que les cortarían los huevos si no atrapaban a los asesinos de Canterbury, y ahora también a los de Lim, ¿bastante complicado todo, no te parece? Lo único que obtuvieron de los japoneses fueron disculpas, ya sabes, lo típico: «Cuánto lo sentimos», «estamos estudiando todas las posibilidades», «lamentamos esta demora». A lo que sir William les contesta: «Ah, entonces es que sabéis quiénes son los culpables». «No, no», responden los japoneses, «pero si examinamos todos los papeles y ponemos guardias en todas partes, entonces a lo mejor damos con ellos; estamos haciendo todo lo posible, pero ustedes deben colaborar teniendo más cuidado con los revolucionarios».

¿Sabes qué te digo, Phillip? ¡Mienten! Podrían atraparlos si quisieran. ¡Esos Bakufu son unos cerdos mentirosos!

—Lo de Lim me parece espantoso. La noticia me dejó de piedra. Sir William hasta tuvo un amago de infarto. ¿Se sabe ya cómo entraron los asesinos en el edificio de Kanagawa?

—Nada, todo sigue igual que antes.

Pallidar había observado apenas llegar el montón de páginas con borradores de caligrafía, pero no preguntó nada. Se aflojó el cuello y prosiguió:

—El caporal que se hallaba de guardia fue destituido, y a él y a los otros dos les aplicaron cincuenta azotes por negligencia durante el servicio. Fue una tontería no estar alertas sabiendo lo del ataque anterior. Lo que no consigo entender es lo de la cabeza de mono.

A Tyrer lo atravesó de arriba abajo un escalofrío.

—Sir William cree que es porque Lim siempre se burlaba de la delegación de los japoneses, y los llamaba «monos». Esa fue la venganza.

Pallidar soltó un silbido.

—Eso quiere decir que al menos uno de ellos, sin que los nuestros lo supieran, entendía el inglés o, por lo menos, pidgin.

—Nosotros llegamos a la misma conclusión. —Tyrer se esforzó por librarse del miedo que lo iba paralizando—. Al diablo con todo eso. La verdad es que es un placer verte, Settry. ¿Qué más me cuentas?

Pallidar estaba observando a Hiraga.

—El general opina que hay algo más que nuevas barricadas y movimientos de tropas japonesas. Los comerciantes dicen que los contactos nativos rumorean que todas las rutas de entrada y salida de Yedo están bloqueadas, y que la verdadera razón es la guerra civil que está fermentado. Me fastidia no tener ningún dato seguro. Tendríamos que estar patrullando, según lo que establece el tratado; deberíamos intentar averiguar qué pasa por nuestros propios medios. El general y el almirante al final se han puesto de acuerdo en que aquí deberíamos operar como en la India, como en cualquier

otra parte: enviar nuestras patrullas y un par de regimientos para enseñarles nuestra bandera y contactar con algunos de los reyes descontentos y utilizarlos en nuestro favor. ¿Tienes una cerveza?

—¡Claro! Disculpa que no te la haya ofrecido antes. ¡Chen!

—¿Señor?

—*Beeru chop chop* —le ordenó Tyrer, sin estar del todo seguro de si la actitud militante de su amigo era la correcta. El capataz de los jardineros se acercó e hizo una profunda reverencia. Para la sorpresa de Pallidar, Tyrer le respondió con una inclinación, aunque no tan marcada.

—*Hai, Shikisha? Nan desu ka?* —«Sí, Shikisha, ¿qué deseas?».

Aún más asombrado Pallidar escuchó que el hombre preguntaba algo. Tyrer le contestó en un japonés bastante fluido, y la conversación parecía animada. Por último, el hombre volvió a inclinarse y se retiró.

—*Hai, Taira-sama, domo.*

—¡Por Dios, Phillip! ¿Qué era todo esa cháchara?

—Oh, era el viejo Shikisha. Quería saber si me parecía bien que los jardineros comenzaran a preparar el jardín del fondo de la casa. Sir William quiere este año verduras frescas, coliflores, cebollas, coles de Bruselas, patatas… ¿Qué es lo que te ha extrañado?

—Bueno, ¿entonces es verdad que hablas japonés?

Tyrer se echó a reír.

—No, no puede decirse que lo hable realmente, pero he estado encerrado aquí unos diez días, sin nada que hacer, así que me he dedicado a aprender palabras sueltas y algunas frases. Aunque sir William me informó acerca de la ley antidisturbios y sobre la costumbre de arrancar los dedos de las manos, la verdad es que disfruto muchísimo aprendiendo japonés. Ser capaz de comunicarme en un país extranjero es algo que me libera de una enorme angustia.

El rostro de Fujiko, su amada, pasó a ocupar el primer plano de sus pensamientos; recordó todas y cada una de las horas pasadas con ella, la última vez hacía solo unos días cuando había regresado a

Yokohama solo por un día y una noche. «¡Viva sir William! Esta noche o mañana volveré a ver a mi preciosa».

—¡Estupendo! —dijo de repente, sin pensarlo, radiante. Y añadió enseguida—: perdona…, bueno, sí, disfruto mientras aprendo a hablar, y a leer y escribir. El viejo Shikisha me ha enseñado montones de palabras, sobre todo palabras relacionadas con su trabajo, y Ukiya —señaló en dirección a Hiraga, que seguía cavando a conciencia siempre a una distancia razonable de Tyrer y Pallidar, sin saber que «Ukiya» era un apodo que solo quería decir jardinero —. Ukiya me enseña a escribir; es un tipo bastante inteligente para ser japonés.

El día anterior, durante una de sus lecciones, Tyrer había intentado confirmar los rumores que habían llegado a sus oídos y se dedicó a interrogar a Hiraga. Mediante señas y con las palabras que Poncin le había enseñado intentó escribir los caracteres correspondientes a *senso*, «guerra» y *jiki-ni*, «pronto», combinando sus temblorosos garabatos de manera tal que pudiera entenderse: «guerra en Japón, pronto. ¿Por favor?».

En ese momento detectó un cambio repentino en la expresión de Hiraga, y una mueca de sorpresa.

—*Gai-jin toh nihon-go ka?* «¿Extranjeros y japoneses?».

—*Iyé, Ukiya. Nihonjin to nihonjin*. «No, Ukiya, japoneses contra japoneses».

El jardinero emitió una estruendosa carcajada y Tyrer pudo comprobar que era un joven muy bien parecido, y distinto de los demás jardineros; se preguntó por qué razón era mucho más inteligente que el resto de la cuadrilla, si bien era cierto que, a diferencia del trabajador británico de la misma condición, la mayoría de los japoneses sabían leer y escribir.

—*Nihonjin tsunemi senso nihonjin!* —«Los japoneses siempre están en guerra con los japoneses», dijo Ukiya sin parar de reír, y Tyrer rio junto con él; su admiración por el jardinero era cada vez mayor.

Tyrer le hizo una mueca a Pallidar.

—¡Venga, cuéntame más cosas! Pero nada que tenga que ver con el trabajo, te lo ruego. Cuéntame acerca de Angélique, por ejemplo.

—Vaya, vaya, ¿acaso estás interesado en ella? —preguntó abiertamente, saboreando en secreto la broma.

—Para nada —respondió Tyrer, igualmente provocador, y ambos rieron.

—Mañana se celebra la fiesta del compromiso.

—¡Afortunado Malcolm Struan! ¡Gracias a Dios que sir William me ha ordenado que regrese a Yokohama! ¡No soportaría perderme esa fiesta! ¿Cómo está ella?

—Hermosa como siempre. Fue nuestra invitada de honor en la feria. Parecía una diosa cuando llegó, escoltada por el asno del ministro, y ese tal André Poncin (te prometo que no me gusta ninguno de esos dos gansos); fue algo…

—A decir verdad, André es un tipo bastante agradable, me ayuda muchísimo con el japonés.

—Tal vez tengas razón, pero no es alguien de quien pueda fiarme. Hay un largo artículo en el *Times* acerca del próximo conflicto europeo: Francia, y probablemente Rusia, contra Alemania. Ya verás que otra vez nos liaremos en una guerra.

—Creo que esa es una guerra de la que podemos prescindir. ¿Decías?

—Ah, sí… Fue una noche fantástica, hasta bailé una vez con ella, una polca. Bailé hasta quedar rendido, con toda mi energía, la tenía bien apretada, bueno…, sin faltarle el respeto. La verdad es que sus pechos son como de leche y miel, y su perfume…

Por un momento Pallidar revivió aquella noche y aquel baile, ese instante en que se convirtió en el centro de atención en medio de la improvisada pista, con su radiante uniforme, y con ella, la única mujer de la fiesta, en el recinto iluminado por entero con velas y lámparas de aceite, y con la banda de la guardia tocando aquella alegre e interminable polca, y ellos bailaban como una pareja ideal, mientras todos los demás se morían de celos.

—La verdad es que no me importa admitir que Struan me produce una intensa envidia.

—¿Cómo se encuentra él?

—¿Quién? ¿Struan? Algo mejor, dicen. No lo he visto, pero dicen que ya puede levantarse de la cama. Cuando le pregunté a Angélique solo me respondió que Struan estaba mucho mejor. El médico de la familia, el doctor Hoag, se ha hecho cargo del tratamiento. Todo el mundo dice que es fantástico.

Pallidar apuró su cerveza. Al instante, el siempre atento Chen, primo lejano del comprador de Struan, se acercó con otra botella.

—Gracias —dijo Pallidar y, tras saborear la bebida lentamente, añadió—: Esta cerveza es buenísima.

—Entre nosotros, viejo amigo, sir William va a pedir a Hong Kong que le envíen tropas y barcos de refuerzo.

—Yo también he oído ese rumor. Pronto habrá una guerra, ya lo verás, o tendremos que intervenir si ellos se enzarzan en una guerra civil…

Hiraga escuchaba con la máxima atención mientras trabajaba en el jardín y, aunque se le escaparon algunas palabras, consiguió captar lo esencial. Lo que los británicos decían confirmaba su punto de vista, y aumentaba sus preocupaciones.

Después de incendiar la mansión Utani, él y sus amigos habían llegado hasta su casa sin ningún incidente por el camino. Todo y los demás querían volver a Kanagawa tan pronto como abrieran los puestos de control al alba, y así lo hicieron. Él, Joun y Akimoto decidieron permanecer ocultos en distintas casas, a la espera de una mejor oportunidad de atacar la legación.

Aquella misma madrugada, a una velocidad sin precedentes, el Bakufu reforzó todos los puestos de vigilancia del Tokaidō, y extendió los controles a las cuatro carreteras principales y a todos los caminos y senderos que salían de Yedo. Esas medidas consiguieron mantenerlos bloqueados, junto con todos los shishi y otros disidentes de la capital.

Cuatro días antes la mama-san Noriko envió una carta desde Kanagawa en la que decía que, debido a los constantes ataques, esa era la primera oportunidad que tenía de hacerle llegar noticias, y en la que incluía comentarios sobre Ori y Sumomo y el médico gai-jin. Por último, la mama-san decía:

> «Seguimos sin tener noticias de Todo y los otros dos shishi. Han desaparecido sin dejar huella. Sabemos que lograron pasar el primer control, nada más. Tememos que alguien los haya delatado, y también a vosotros. Escapad mientras podáis. Ori está cada día mejor, su herida sigue limpia. Lo he enviado a un lugar seguro cerca de Yokohama, el último lugar en el que el Bakufu lo buscaría. Tu amada se niega a marcharse si tú no se lo ordenas; hazlo sin tardanza pues temo que mi casa esté vigilada. En caso de que nos ataquen, ponte en contacto con Raiko, en la Casa de las Tres Carpas en Yokohama. La noticia del asesinato de Utani se difunde a toda velocidad por el imperio y, con ella, el terror. *Sonno-joi!*».

Comenzó a escribir una respuesta, pero el mensajero de la mama-san estaba muerto de miedo.

—Llegar hasta aquí ha sido terrible, Hiraga-san. Los guardias hacen desnudar a todo el mundo, hasta a los niños, para descubrir cualquier cosa que uno lleve escondido entre las ropas. A mí también me hicieron desnudar.

—¿Y cómo lograste engañarlos?

El mensajero, señalando su trasero, le dijo:

—Había ocultado la carta en un pequeño tubo de metal, Hiraga-san. No quiero volver a arriesgarme; algunos de los guardias conocen muy bien los métodos de los contrabandistas. Por favor, confía en mí, y transmitiré tu mensaje oralmente.

—Dale las gracias y mis saludos a tu señora, y dile a Sumomo-san que se presente ante Shinsaku cuanto antes —le dijo Hiraga, empleando el nombre secreto de su padre, el que solamente ella reconocería, y así sabría con toda seguridad que había sido Hiraga y no otro quien le ordenaba regresar a casa. Tras darle unas monedas, Hiraga despidió al mensajero.

—¡Ten cuidado!

De repente la atención de todos los que se hallaban en el patio se dirigió hacia el portal de hierro, de donde llegaba un griterío. A Hiraga se le revolvió el estómago cuando vio a un jefe samurái a la cabeza de una patrulla que enarbolaba el estandarte del Bakufu, con la insignia personal de Toranaga Yoshi, y que pedía a gritos permiso para entrar, mientras los soldados de la guardia le decían, también a gritos, que se marchara. Justo detrás de él se hallaba Joun, su camarada shishi, atado y con un aspecto lamentable.

Alguien hizo sonar la alarma y toda la tropa se dispuso a entrar en acción, colocándose en sus puestos de combate; algunos de los soldados llevaban los uniformes a medio abotonar y habían olvidado sus sombreros, pero ninguno de ellos había olvidado su rifle, ni la bayoneta o las municiones. Todos los hombres que trabajaban en el jardín se arrodillaron, con la cabeza bien pegada al suelo. Pero Hiraga, a quien el jaleo había pillado por sorpresa, permaneció de pie un momento; luego imitó a los demás. Colocarse en esa posición le daba la impresión de hallarse totalmente desnudo.

Tyrer se puso de pie, temblando.

—¿Qué diablos está pasando?

Pallidar dijo, con estudiada lentitud:

—Supongo que es mejor que vayamos a ver qué ocurre.

Se puso de pie poco a poco, y se dirigió hacia el capitán a cargo de la guardia de la legación.

—Buenos días, capitán. Soy el capitán Pallidar.

—Capitán McGregor. Es una suerte que usted esté aquí, capitán Pallidar, se lo aseguro.

—¿De cuántos hombres dispone?

—Cincuenta.

—Bien, son más que suficientes. No creo que haya motivos para preocuparse, Phillip —dijo Pallidar para tranquilizarlo—. Tú eres el funcionario a cargo de la legación. Te corresponde a ti preguntarle a ese japonés qué se le ha perdido aquí. Nosotros te escoltaremos.

—Bien, muy bien. —Esforzándose por aparentar calma, Tyrer se puso su chistera, se alisó los pliegues de la levita y caminó hacia la entrada. Los ojos de todos los presentes estaban puestos en él. Solo los dragones tenían la vista fija en Pallidar, a la espera de sus órdenes. Tyrer se detuvo a unos cinco metros del portal, escoltado por dos oficiales. Lo único que conseguía pensar en esa situación era que tenía ganas de orinar. En medio de un completo silencio dijo, con tono perentorio:

—*Ohayo, watashi wa Taira-san. Nan desu ka?* —«Buenos días, soy Mr. Tyrer. ¿En qué puedo servirle?».

Uraga, el oficial, un hombre grande como un oso que había estado en la emboscada de los shishi en el castillo de Anjo, lo miró y se inclinó en el tradicional saludo. Tyrer, por su parte, le devolvió el saludo, pero sin inclinarse tanto, siguiendo los consejos de André Poncin, y repitió:

—Buenos días. ¿En qué puedo servirle?

Al oficial no se le pasó por alto la irrespetuosa reverencia, y soltó una parrafada en japonés que dejó a Tyrer absolutamente perplejo. Hiraga sintió también un profundo sobresalto, pues comprendió que el samurái solicitaba permiso para registrar de inmediato el edificio de la legación y para interrogar a todos los japoneses, pues pensaba que era probable que entre ellos se hallaran ocultos algunos asesinos y revolucionarios shishi.

—Como este —añadió, muy irritado, señalando a Joun.

Tyrer hizo un esfuerzo para responder, intentando encontrar las palabras apropiadas.

—*Wakarimasen. Dozo, hanashi wo suru noroku*. —«No le he entendido. Por favor, hable lentamente».

—*Wakarimasen ka?* —«¿Conque no me ha entendido?», exclamó el oficial, a punto de estallar y, alzando la voz como la mayoría de los japoneses cuando se dirigían a extranjeros, creyendo que por hablar más alto les entenderían mejor, repitió lo que había dicho antes, en su idioma gutural que sonaba cada vez más amenazador —. «No me llevará mucho tiempo. Por favor, comprenda que es por su propia seguridad».

—«Lo lamento, pero no comprendo. ¿Habla usted inglés? ¿Holandés?».

—«No, por supuesto que no. Creo que he sido bastante claro. Solo quiero entrar un momento. Por favor, ordene a sus hombres que abran la puerta. Estamos defendiendo su propia seguridad. ¡Mire! ¡La puerta! ¡Venga aquí!». —El samurái dio un paso adelante, cogió uno de los barrotes de hierro y sacudió el portal con fuerza, tanto que todos los que se hallaban dentro de la legación experimentaron una oleada de nerviosismo. Pallidar ordenó en voz alta:

—¡No disparéis hasta que yo os lo ordene!

—¡No consigo entender qué diablos quiere! —exclamó Tyrer, con la espalda empapada de un sudor frío—. Es obvio que quiere que le abra la puerta.

—Pues está claro que no les dejaremos entrar. Dile que se marche, que este edificio es jurisdicción de Su Majestad británica.

—«Aquí… —dijo Tyrer, señalando el mástil en que ondeaba la bandera— aquí propiedad británica… no se puede entrar. Por favor, marchar».

—«¿Marchar? ¿Usted está loco? Acabo de explicarle que lo hacemos por su propia seguridad. Acabamos de atrapar a este perro y estamos seguros de que hay otro que se esconde aquí. ¡Abra la puerta!».

—«Lo siento, no comprender…».

Desesperado, Tyrer miró a su alrededor, cada vez más agobiado por el aluvión de palabras en japonés. Pronto vio a Hiraga, no muy lejos de la entrada de la legación.

—«Ukiya, ven aquí» —gritó en japonés—. ¡Ukiya!

A Hiraga casi dejó de latirle el corazón. Tyrer volvió a llamarlo. Fingiendo estar aterrorizado, se acercó deprisa, dando trompicones, hasta hincarse delante de Tyrer, con la frente pegada al suelo, junto a sus pies, y el trasero apuntando hacia el portal.

—«¿Qué decir este hombre?» —preguntó Tyrer.

Fingiendo que temblaba, con todos sus sentidos bien despiertos, Hiraga respondió en voz baja:

—«Es un hombre malo…, quiere entrar para, para… robar las armas».

—«¿Entrar? ¿Por qué?».

—«Quiere, quiere…».

—«No comprendo. ¿Qué quieres decir?».

—«Buscar… toda la casa».

—«Sí, entiendo que quiere entrar. Pero ¿por qué?».

—«Ya lo he dicho. Para buscar…».

—«Tú, jardinero» —gritó el oficial.

Por primera vez en su vida Hiraga sintió que estaba a punto de morir de miedo, allí, en medio del patio de la legación británica, arrodillado a los pies de un gai-jin, consciente de que bajo su sombrero llevaba un tosco turbante y de que si descubrían ese turbante y su corte de pelo descubrirían que era un samurái.

—«Eh, ¡jardinero! —volvió a gritar el jefe de los samuráis, haciendo vibrar las puertas—, dile a ese estúpido que solo quiero entrar para atrapar a unos asesinos, a unos asesinos shishi».

Desesperado, Hiraga dijo en voz baja:

—«Taira-sama, el samurái quiere entrar para reconocer a todo el mundo. Dile que hoy te marchas, que después lo dejarás entrar».

—«No entiendo. Ukiya, ve y diles que se marchen».

—«No puedo hacerlo, no puedo» —murmuró Hiraga, tratando de no perder el control y de superar la sensación de náusea que lo invadía.

—Phillip —intervino Pallidar, sudando también bajo el uniforme—, ¿qué demonios quiere decirte?

—No lo sé. No le entiendo.

La tensión aumentaba cada vez que el oficial sacudía los barrotes del portal, exigiendo que lo dejaran entrar, rodeado de sus hombres armados, cada vez más cerca. Dispuesto a entrar en acción, Pallidar se acercó a Tyrer y saludó al oficial fríamente. Este le respondió con un saludo igualmente distante. Entonces, Pallidar dijo lentamente:

—Este edificio es propiedad de Su Majestad británica. Le ordeno que se retire de inmediato o, de lo contrario, tendrá que asumir las consecuencias.

El oficial lo miró fijamente, con ojos inexpresivos y, con palabras y gestos, le volvió a pedir que abriera la puerta.

—¡Márchese!

Sin darse la vuelta, Pallidar gritó:

—¡Mis dragones! ¡Preparados!

Al instante los diez soldados se precipitaron hacia él y formaron dos filas justo delante del portal; los de la fila delantera se arrodillaron todos al mismo tiempo, quitando el seguro de los fusiles y apuntando hacia el grupo de samuráis. En medio de un repentino silencio, Pallidar desabrochó su pistolera.

—¡Márchese de aquí!

El oficial soltó entonces una carcajada que hizo reír a todos los que ocupaban la plaza. Había cientos de samuráis allí, y otros miles no lejos de la legación, y decenas de miles en los alrededores. Pero ninguno de ellos había visto nunca la carnicería que podían provocar unos cuantos disciplinados soldados británicos con sus rápidos fusiles.

Las risotadas se acallaron con la misma rapidez que habían estallado. Ambos bandos, sobrecogidos y expectantes, se quedaron a la espera del inevitable primer disparo:

«Será un combate a muerte —pensaba Hiraga—, *shi hiraru beki*, "Señor Todopoderoso", *Namu Amida Butsu*…».

Echó una rápida mirada a Tyrer, vio la desesperación marcada en su rostro, y supo que en cualquier momento el oficial podía dar la orden de ataque para que su reputación quedara a salvo frente al

hostil grupo que lo observaba. Antes de que Hiraga pudiera detenerse, su instinto de supervivencia le hizo jugarse el todo por el todo, y se oyó a sí mismo murmurando en inglés (nunca antes le había dado a Tyrer ninguna muestra de que sabía hablar su idioma):

—Por favor, ten confianza, di estas palabras: *Sensho…, doz…*

—Pero ¿has dicho «confianza»? ¿Ukiya?

Con el corazón latiendo desbocado y rezando para que el oficial no le hubiera oído, Hiraga contuvo la respiración y dijo en un hilo de voz, con una pronunciación defectuosa:

—¡No hagáis nada! ¡Perigro! Di *Sencho, dozo shizuka ni*…, ¡dilo!, ¡dilo ahora! *Sencho… dozo shizuka ni*… ¡Rápido!

Sin saber lo que hacía, Tyrer obedeció y repitió como un loro esas palabras y las siguientes, sin saber tampoco qué significaban y esforzándose por hacerse a la idea de que su jardinero hablaba inglés y que no se trataba de un sueño. Pronto vio que las palabras habían surtido efecto. El oficial ordenó a sus hombres que se calmaran, mientras la tensión disminuía en toda la plaza. Tyrer vio que el oficial seguía escuchándolo con atención, y que de vez en cuando decía, *Hai, wakatta* —«Sí, comprendo»—. Tyrer volvió a sentir en su ánimo algo de coraje, y se concentró en Hiraga y en los japoneses, repitiendo hasta el final las palabras que aquel le soplaba:… *Domo*.

El oficial no tardó en responderle. Cuando concluyó, Hiraga murmuró:

—Mueve la cabeza, di *Iyé, domo*, saluda rápido, vuelve a la casa y ordéname que entre contigo.

Más controlado ahora, Tyrer asintió enérgicamente con la cabeza, como le había indicado Ukiya.

—*Iyé, domo* —dijo, con aire solemne, y convertido en el centro del interés y en medio del más hondo de los silencios dio media vuelta y se dirigió a la casa. Allí se detuvo, trastornado por un momento de súbita confusión, y dijo, en inglés:

—Ukiya, ven conmigo… rápido, ¡por Dios!

Luego, tras un gran esfuerzo, recordó la palabra japonesa y le gritó:

—*Ukiya, isogi!*

Hiraga obedeció. En lo alto de los escalones, de modo que solo Tyrer pudiera oírlo, se inclinó y, dando la espalda a todos los demás, dijo:

—Por favor, di a todos que ahora seguros… Rápido, por favor.

Tyrer siguió la advertencia de Ukiya.

—Capitán Pallidar, dígales a los hombres que…, que ahora todo está en orden.

Una vez dentro de la legación, ya fuera del alcance de las miradas, la tranquilidad de Tyrer se convirtió en rabia.

—¿Quién diablos eres?, ¿eh? ¿Qué me has hecho decir ahí afuera?

—Exprico más tarde, Taira-san. Samurái quiere hacer control. Tú…, todos, quiere coger armas —contestó Hiraga, tartamudeando todavía a causa del susto. Ahora estaba de pie, erguido, y miraba a Tyrer directamente a los ojos, a sabiendas de que todavía no estaba fuera de la trampa—. Capitán muy enfadado, quiere armas, coger armas, quiere coger… enemigos Bakufu. Tú decir: «No, capitán, *kinjiru*, prohibido registrar. Hoy yo partir, con hombres, entonces tú buscar. No ahora, *kinjiru*. Guardamos armas cuando partir. *Kinjiru* prohibido. Gracias. Ahora yo preparar, ir Yokohama».

—¿Eso es lo que he dicho?

—Sí, por favor, ahora sarir otra vez, ordenar jardineros, a mí también, trabajar, enfadado. Di «*hataraki-mashoi*». Después tú y yo habrar, en secreto, ¿sí?

—Sí, pero no a solas. Lo haremos en presencia de un oficial.

—Entonces no habrar. —Hiraga, volviendo a asumir la postura que había adoptado en el patio, se retiró hasta la puerta de la habitación; la conversación duró apenas unos segundos, y una vez más se arrodilló ante Tyrer, con el trasero apuntando hacia el patio y la entrada de la legación.

Algo incómodo, Tyrer se asomó a la puerta y, tras observar que todos seguían esperando sus órdenes, dijo:

—Capitán Pallidar, capitán McGregor, ordenen a sus hombres que descansen. Les pido que luego pasen a intercambiar impresiones conmigo. *Hataraki-mashoi! Ikimasho!* ¡A trabajar! ¡Deprisa! —ordenó a los jardineros, que le obedecieron al instante. Con un suspiro de alivio, Hiraga volvió a refugiarse en la seguridad del jardín, donde pidió a los jardineros que lo cubrieran. Por su parte, los capitanes y los soldados comenzaron a impartir órdenes, y todo volvió a la normalidad.

Ajeno a todo lo demás, Tyrer seguía de pie en la galería, concentrado en Hiraga, indeciso, consciente de que solo podía ser un espía y, al mismo tiempo, agradecido porque les había salvado la vida.

—¿Querías hablarnos? —le dijo Pallidar, rompiendo su estado de ensoñación.

—Oh…, oh, sí. Por favor, venid conmigo. —Los dos oficiales lo siguieron a su despacho; Tyrer cerró la puerta y les explicó lo que había dicho al oficial samurái en japonés.

Los dos capitanes lo felicitaron.

—Nos has impresionado, Phillip —dijo Pallidar—. Por un momento creí que íbamos a tener que responder a un ataque. Dios sabe lo que podría haber pasado, hay demasiados japoneses. Creo que finalmente nos habrían derrotado. Está de más decir que la flota, en un caso así, no se quedaría de brazos cruzados, pero nosotros ya estaríamos criando malvas, y eso es algo en lo que no quisiera pensar.

—¿Qué quiere que hagamos ahora, señor? —preguntó el capitán McGregor.

Tyrer vaciló, atónito al ver que ninguno de los dos había oído a Hiraga hablar en inglés, pero halagado por las felicitaciones y el trato que le dispensaban ahora los dos oficiales —era la primera vez que McGregor le llamaba señor.

—Es mejor que obedezcamos las órdenes de sir William. Ordene a todos los hombres que se preparen… pero sin que esto parezca una retirada vergonzosa. No podemos dejar que se lleven nuestras armas. ¡Tendrán cara! No quiero tampoco que piensen que estamos huyendo. Nos iremos, desfilando… sí, al son de la banda y con toda la pompa posible.

—Perfecto, y eso después de arriar con toda ceremonia la bandera.

—¡Magnífico! Bueno…, voy a comprobar si todos los papeles importantes están empaquetados.

El capitán McGregor dijo:

—Permítame que le sugiera, señor… De verdad, creo que se merece usted una buena copa de champán, se la ha ganado. Y me parece que nos quedan algunas botellas.

—Por supuesto, y gracias —asintió Tyrer—. Y también creo que todos los hombres han de recibir ahora su ración. No quiero que los japoneses piensen que tenemos prisa por marcharnos.

—Voy a hacer que lo preparen todo ahora mismo —convino McGregor—. Fue una idea estupenda pedirle al jardinero que le ayudara a responder. Pero ¿por qué querían registrar la legación?

—Están buscando… enemigos del Bakufu.

Los dos oficiales se quedaron mirándolo sin pestañear.

—Pero si aquí no tenemos japoneses, solo algunos jardineros.

A Tyrer el corazón le dio un brinco al pensar otra vez en Ukiya.

—Espero de verdad que no les permitas registrar nuestra legación. Con toda seguridad eso sentaría un precedente muy peligroso.

Las buenas intenciones de Tyrer se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos. Pallidar tenía razón, él no había pensado en ese aspecto del problema.

McGregor rompió el silencio.

—Tal vez, tal vez antes de marcharnos, señor, le convendría invitar al oficial samurái a dar una vuelta con nosotros por el edificio y por el parque; no veo ningún inconveniente si se trata de una

invitación. Al mismo tiempo podría pasar revista a los hombres que trabajan en el jardín, o podríamos despedirlos a todos antes de marcharnos, y dejar todas las puertas bien cerradas.

—Una solución perfecta —dijo Pallidar, satisfecho.

Hiraga, sucio y cubierto de sudor, cortaba maleza cerca de una puerta lateral de la legación, junto a un ventanal abierto. El sol de la tarde aún pegaba con fuerza. Los soldados se hallaban apilando el equipaje en los carros aparcados en el patio; algunos de ellos ya habían formado filas, listos para abandonar el edificio. Patrullas de centinelas rondaban, con los ojos bien abiertos, los muros circundantes. En el exterior de esos muros, los samuráis se amontonaban bajo parasoles, o simplemente daban vueltas a la busca de algo con que divertirse.

—¡Ahora! —se oyó decir a Tyrer desde dentro de la casa. Hiraga se aseguró de que nadie lo observaba, se agazapó en la maleza y abrió rápidamente la puerta. A toda prisa Tyrer recorrió el pasillo que llevaba hasta una habitación con ventanas al patio, y cerró la puerta con llave. Las cortinas permitían que se filtrara algo de la luz del crepúsculo. Había un escritorio y algunas sillas, rollos de documentos, archivos y una pistola sobre el escritorio. Tyrer se sentó y dijo:

—Toma asiento, por favor. Ahora dime quién eres.

—Primero es secreto yo habrar ingerés, ¿sí? —dijo Hiraga, que seguía de pie, en una postura que a Tyrer le parecía algo amenazadora.

—Primero dime quién eres y después yo decidiré.

—No, Taira-san. Yo favor a ti, sarvar hombres. Gran favor, ¿sí?

—Sí, pero ¿por qué he de mantener en secreto que sabes hablar inglés?

—Tú también sarvar mí.

—¿Por qué yo?

—No prudente yo… tener secretos con gai-jin no conocer. Yo ayudar mucho tú. Ayudar aprender japonés. Decir verdad, tú decir verdad también. Tú ayudar. Yo ayudar. ¿Cuántos años tener tú?

—Yo…, veintiún años.

Hiraga ocultó su sorpresa y sonrió debajo de su sombrero; era tan difícil adivinar la edad de un gai-jin, todos le parecían iguales. En cuanto al revólver que su enemigo había colocado encima del escritorio, le resultaba ridículo. Podía matar a ese idiota con las manos antes incluso de que él pudiera tocar el arma. Una muerte tan sencilla, tan tentadora, en el lugar perfecto. Sin embargo, una vez fuera, ¿cómo escapar de los samuráis?

—¿Guardar secreto?

—¿Quién eres? Tú no te llamas Ukiya, ¿verdad?

—¿Prometer secreto?

Tyrer respiró hondo, midió las consecuencias y se dio cuenta de que, de cualquier modo, la situación era ya bastante calamitosa.

—De acuerdo.

Sintió que se le aceleraban los latidos del corazón cuando vio que Hiraga sacaba un estilete que llevaba escondido en la cinta del sombrero, y se maldijo a sí mismo por ser tan imprudente y arriesgarse tanto.

—Una vez en el baile… —murmuró.

—¿Qué?

—No…, nada.

Hiraga se hizo un pequeño corte en el dedo y le pasó el estilete.

—Ahora, tú —Tyrer vaciló un momento, consciente del significado del ritual, pero al final se decidió a obedecer. Con gran solemnidad Hiraga acercó su dedo al de Tyrer, para que la sangre se mezclara—. Juro por dioses guardar secreto. Tú decir también, por dios cristiano, Taira-san.

—Juro por Dios que guardaré este secreto mientras pueda —dijo Tyrer muy serio, preguntándose por las consecuencias de ese pacto de sangre—. ¿Dónde aprendiste inglés? ¿En una escuela de misioneros?

—*Hai*, pero no soy cristiano.

«No es prudente contarle acerca de nuestras escuelas de Choshu —pensó Hiraga—, ni sobre el señor Mal Olor, el holandés, el profesor de inglés, que había sido pirata antes de convertirse en cura. Sea verdad o mentira, a Taira eso le importa un rábano, es un gai-jin, un jefezuelo de nuestro más poderoso enemigo exterior y por lo tanto puedo aprovecharme de él y deshacerme de él cuando me dé la gana».

—¿Tú ayudar escapar?

—Antes dime quién eres. ¿De dónde eres? Estoy seguro de que no te llamas Ukiya.

Hiraga sonrió y se sentó en una de las sillas.

—Ukiya quiere decir jardinero, Taira-san. Mi apellido es Ikeda. —No le resultaba difícil mentir—. Nakama Ikeda. Samurái buscar mí. Yo veintidós años.

—¿Por qué te buscan?

—Porque yo y famiria, de Choshu, enemigos Bakufu. Bakufu quitar poder de emperador y…

—¿Te refieres al shōgun?

Hiraga negó con la cabeza.

—Shōgun es Bakufu, jefe de Bakufu. Shōgun… —Hiraga se quedó un momento callado y luego hizo con las manos los gestos de mover una marioneta— ¿comprender?

—¿El shōgun es un títere?

—Sí, títere —asintió Hiraga, más seguro ahora que podía comunicarse, haciendo un gran esfuerzo por recordar las palabras inglesas—. Shōgun Nobusada, niño, dieciséis años, Bakufu títere. Vive Yedo. Emperador vive Kioto. Ahora emperador sin poder. Más de doscientos años. Shōgun Toranaga quitar poder. Nosotros luchar contra Bakufu y shōgun, nosotros querer emperador.

Tyrer, agobiado por los efectos de tanta concentración —era difícil seguir a Hiraga y su relato deshilvanado— comprendió enseguida el importante trasfondo de la historia de Hiraga.

—¿Cuántos años has dicho que tenía el shōgun?

—Shōgun Nobusada dieciséis años. Bakufu ordenar todo —respondió Hiraga, reprimiendo su irritación, pues comprendía que debía tener paciencia—. Emperador mucho poder pero… —Se detuvo para buscar una palabra que no consiguió recordar, y luego se decidió a explicarlo de otra manera—… emperador no como daimio, daimio tiene samuráis, armas, muchas. Emperador nada, Bakufu no obedecer. Bakufu tener ejércitos, emperador no, *wakatta?*

—*Hai, Nakama, wakatta*. —Tyrer estaba ansioso por hacerle mil preguntas, que sabía que Hiraga podía responder, pero también sabía que tenía que actuar con cautela y la legación no era el lugar más apropiado para ese tipo de conversaciones. Vio que la intensa concentración había hecho mella en la cara del jardinero, y Tyrer se preguntó cuánto habría entendido el japonés de lo que él le había dicho. Se recordó a sí mismo que debía hablar con la mayor sencillez y lentitud que le fuera posible.

—¿Cuántos sois los que lucháis contra el Bakufu?

—Muchos —contestó Hiraga, mientras espantaba un molesto mosquito.

—¿Cientos? ¿Miles? ¿Qué clase de personas? ¿Gente como tú?, ¿jardineros, artesanos, comerciantes?

Hiraga lo miró, desconcertado.

—Esa gente no. Soramente samurái luchar, soramente samurái tener armas. *Kinjiru* otras personas tener armas.

—¿Tú eres un samurái?

—Sí, Nakama samurái, luchar contra Bakufu, ¿sí?

Hiraga se quitó el sombrero y arrancó el viejo trozo de tela, rasgado y sucio, que le servía de turbante, dejando al descubierto el típico corte de pelo y el nudo en la parte superior de la cabeza. Ahora que Tyrer podía verle la cara de cerca, ahora que por primera vez lo veía con la cabeza descubierta, que lo miraba a los ojos y con atención, pudo descubrir en esos ojos la misma mirada de un soldado de dos espadas y percibir un montón de los detalles que distinguían a un samurái del resto de la población.

—Si *Shenso*, capitán samurái, ver así, yo muerto. Por favor, yo escapar, dar ropa sordado.

A Tyrer le resultaba difícil conseguir que su rostro no revelara toda la excitación y el miedo que sentía en ese instante. Una parte de él estaba ansiosa por dejarle escapar; la otra, deseosa de conocer todos los secretos de ese samurái, conocimiento que con toda seguridad podría abrirle la puerta de muchos de los misterios de Japón, y también la puerta de su propio futuro si sabía manejarlo correctamente. Justo cuando estaba a punto de dar su consentimiento, recordó la advertencia de sir William y se tomó un momento para recomponerse antes de hablar.

—¿Escapar fácir? —preguntó otra vez con impaciencia Hiraga.

—No es fácil, pero es posible. Aunque arriesgado. Primero me tienes que convencer de que vale la pena salvarte la vida.

Tyrer detectó un reflejo de rabia en la mirada del samurái, una rabia mezclada con miedo. «Oh, Dios mío, ojalá sir William estuviera aquí, yo ya no puedo más».

—Por favor —repitió Hiraga, suplicante, consciente de que esa era su única oportunidad para salir de la trampa en que se había convertido la legación, mientras para sus adentros se decía que, si Tyrer no se daba prisa, lo mataría para después intentar escapar saltando el muro—, Nakama jurar por dioses, ayudar Taira-san.

—¿Juras solemnemente por todos los dioses que responderás con la verdad a todas mis preguntas?

—*Hai* —contestó Hiraga sin pensarlo dos veces, asombrado de que Tyrer pudiera ser tan ingenuo como para hacer esas preguntas a un enemigo y encima esperar que le contestara la verdad. «¿Cómo puede ser tan estúpido? ¿Qué dioses? Si no hay ninguno…»—. Jurar por todos dioses.

—Espera aquí, y mantén la puerta cerrada. No le abras a nadie hasta que yo vuelva.

Tyrer se guardó la pistola en el bolsillo y fue en busca de Pallidar y McGregor.

—Necesito ayuda. He averiguado que Ukiya es uno de los hombres que buscan los samuráis, parece que es un disidente. Quiero que se disfrace de soldado para que pueda salir entre la tropa.

Los dos oficiales se quedaron mirándolo fijamente, y al cabo de unos segundos McGregor dijo:

—Disculpe, señor, ¿cree usted que es una medida prudente? Quiero decir…, después de todo, el Bakufu es el legítimo gobierno de este país y si nos pillan…

—No se darán cuenta. Simplemente le pondremos un uniforme de la guardia y haremos que se coloque en medio de nuestros soldados. ¿Qué te parece, Settry?

—Puedes hacerlo, pero si lo descubren y nos detienen, no creo que podamos darles ninguna excusa razonable.

—¿Se te ocurre alguna otra solución? —preguntó Tyrer, con un deje de nerviosismo en la voz—. Quiero sacarlo de aquí de cualquier manera. Sin su ayuda probablemente a estas alturas ya no estaríamos vivos y, además, todavía puede sernos muy útil.

Pallidar y McGregor intercambiaron una mirada y, luego, dirigiéndose a Tyrer, Pallidar dijo:

—Lo siento, es demasiado peligroso.

—Pues yo… creo que no —replicó Tyrer, que comenzaba a sentir un fuerte dolor de cabeza—. ¡Se hará lo que yo diga! Se trata de un asunto muy importante para el gobierno de Su Majestad y, por lo tanto, no hay nada más que discutir.

—Muy bien, señor —dijo McGregor—. ¿Y si lo colocáramos entre los dragones?

—¿A caballo? ¡Qué idea más ridícula! Los jardineros no saben montar a caballo. Es mucho mejor hacerlo desfilar entre la guardia, rodeado de sold…

—Te apuesto cincuenta libras a que ese tipo no puede seguir el paso. ¡Cantará como un obispo en calzoncillos!

—¿Y si hacemos que se ponga un uniforme, un vendaje en la cara y que lo transporten en camilla, como si estuviera enfermo? —

propuso Tyrer.

—Esa idea sí que es buena.

—Tengo otra mejor —añadió Pallidar—. Fingiremos que tiene alguna enfermedad contagiosa: viruela, sarampión, ¡alguna peste!

Todos estallaron al unísono en una carcajada.

El oficial samurái y los guardias a los que les permitieron entrar en la legación, ahora vacía, siguieron a Tyrer, a McGregor y a cuatro dragones a través del edificio. El registro fue meticuloso y no quedó habitación, armario ni altillo sin revisar, hasta que, por fin, el oficial quedó satisfecho. En el vestíbulo había dos camillas, con un soldado en cada una. Uno de ellos —Hiraga— tenía el cuerpo totalmente vendado, cara, pies y manos.

—«Muy enfermo» —dijo Tyrer en japonés, repitiendo las palabras que Hiraga le había enseñado—. «Este tiene la enfermedad de las manchas».

La sola mención de esas palabras hizo retroceder a los samuráis pues las epidemias de viruela eran endémicas en las ciudades, si bien nunca tan fuertes como en China, donde morían por millares.

—«Esto… esto hay que comunicarlo» —dijo el oficial, mientras él y sus hombres se tapaban la boca, pues todos pensaban que la enfermedad se contagiaba respirando el aire infestado cerca de un enfermo.

Tyrer no entendió las palabras del oficial, y solo atinó a encogerse de hombros.

—«Hombre muy enfermo, no ir cerca».

—«Yo no ir cerca, no soy idiota» —replicó el oficial y luego, dirigiéndose a sus hombres, añadió—: «No digáis una sola palabra a los demás o el pánico estallará en la plaza. Asquerosos extranjeros. Y no lo olvidéis, seguid con los ojos bien abiertos. Estoy seguro de que Hiraga no anda lejos».

Mientras tanto, todo el personal de la legación y los soldados se habían agrupado en el patio, esperando ansiosos la hora de dirigirse

hacia los barcos que los llevarían a Yokohama. Satisfecho por fin, el oficial samurái hizo una elegante reverencia y se marchó en dirección al portal.

Detrás de los muros finalizaban ya los últimos preparativos. Dos soldados de la guardia arriaron la bandera. La banda empezó a tocar. Los jinetes montaron en sus caballos tras poner las camillas en un carro, y se abrieron las puertas. Los dragones fueron los primeros en salir a la plaza, en disciplinada formación, guiados por el gai-jin que tenía un nombre japonés y, cuando pasaban delante de él y comenzaban a descender la colina…

¡Los vendajes! La evidencia estalló en la mente del oficial con la fuerza de una revelación. «Pero ¡qué listo! —pensó, presa de la excitación—. Bien, ¿qué puedo hacer ahora? ¿Me enfrento a ellos cortándoles el paso en la próxima esquina? ¿O nombro un par de espías para que sigan a Hiraga y nos conduzca hasta los demás?

»Pues…, haré que lo sigan».

XIX

Martes, 14 de octubre

La fiesta de compromiso se celebró con la mayor pompa imaginable en el salón principal del club. Malcolm Struan había copado literalmente el edificio. Todos los miembros respetables de la colonia habían sido invitados, y habían asistido. Los militares que el ejército y la marina habían puesto a disposición de la compañía de Struan por esa noche estaban listos para impedir la entrada a los borrachos y los indeseables; en el exterior del club, en la calle Mayor, patrullas de ambos mantenían el orden.

Angélique nunca había estado tan espléndida; llevaba un vestido realzado por voluminosas enaguas, plumas de ave del paraíso en el sombrero y un espectacular anillo de compromiso.

Struan y Angélique habían llegado tarde. Malcolm caminaba con gran dificultad, inclinado pese a sus esfuerzos por mantenerse erguido, con todo el peso del cuerpo descansando en dos bastones y llevando a una radiante Angélique del brazo. El doctor Hoag los seguía a escasa distancia, atento a lo que pudiera ocurrirle a su paciente. La concurrencia los recibió con vivas y aplausos que Struan, una vez sentado, agradeció con emotivas palabras, invitándoles a disfrutar de la fiesta y de los manjares que ya estaban dispuestos sobre las mesas.

—Pero antes, amigos, quiero que brindemos por la muchacha más hermosa del mundo, mademoiselle Angélique Richaud, mi futura esposa.

Más aplausos. Un brindis interminable, copas y más copas de champán helado servido por docenas de criados chinos. Jamie McFay añadió unas palabras a las de Struan, y la fiesta se dio oficialmente por inaugurada. El banquete incluía vinos de Burdeos y de Borgoña, un Chablis especial muy estimado en Asia, brandy y whisky de las mejores marcas —importados en exclusiva por Struan —, la mejor cerveza de Hong Kong, todo lo necesario para regar un estupendo rosbif australiano, costillas de cordero y jamones fríos con patatas de Shanghái al horno rellenas de mantequilla salada. Y para los postres había tartas y bombones suizos de una nueva marca. Cuando los comensales hubieron dado cuenta de eso y más, André Poncin ocupó su lugar frente al piano y comenzó el baile.

Con extrema formalidad sir William solicitó permiso a Malcolm para ser el primero en bailar con Angélique. A continuación lo hicieron Seratard y los demás ministros —salvo Von Heimrich, que se hallaba en cama a causa de una desagradable disentería—, el almirante y el general, que al mismo tiempo se turnaban para bailar con las otras dos mujeres. Tras cada baile Angélique se veía rodeada por rostros deseosos de felicitarla y ella, abanicándose con gracia, conseguía abrirse camino para volver junto a Malcolm, deliciosa con todo el mundo pero especialmente con él, negándose a bailar a cada nueva invitación y aceptando finalmente, persuadida por su prometido.

—Pero Angélique, si me encanta verte bailar, querida. Eres inigualable.

Mientras la miraba, un doble sentimiento, entre la felicidad y la frustración, lo desgarraba, y se moría de rabia por estar impedido.

—No te atormentes, Malcolm —Hoag le había dicho esa noche, con la intención de calmarlo. El mero acto de vestirse había sido una pesadilla—. Hoy es la primera vez que te levantas y solo ha pasado un mes desde el accidente.

—Si me lo dices otra vez, te juro que escupiré sangre.

—No es solo el dolor físico lo que te está desgarrando. Es la medicación o, mejor dicho, la falta de medicación. Y la

correspondencia de hoy. Había una carta de tu madre, ¿no es cierto?

—Sí —respondió, invadido por una tristeza insoportable, aún sin acabar de vestirse—. Mi madre…, bueno, está furiosa, como jamás lo ha estado. Se opone tajantemente a mi compromiso, a la boda… Si hiciera caso a lo que dice, Angélique debería ser la encarnación del mismísimo demonio. Mira, mira lo que dice, lee: «¿Te has vuelto loco? No han pasado todavía seis semanas desde que murió tu padre, aún no has cumplido veintiún años y esa mujer anda detrás de tu dinero. Es la hija de un prófugo en bancarrota, sobrina de otro estafador y, además, católica y francesa. ¡Estás absolutamente loco! ¿Y dices que la quieres? ¡Chorradas! Te ha embrujado. Te ordeno que pongas punto final a esta payasada. ¡Haz lo que te digo! Esa mujer te ha embrujado, y de más está decirte que tú no estás en condiciones de dirigir la empresa. Te ordeno que regreses, *solo*, tan pronto como el doctor Hoag lo permita».

—Cuando yo considere que estás en condiciones de viajar, ¿harás lo que ella te pide?

—En lo que respecta a Angélique, no. Nada de lo que dice me importa un rábano. Es evidente que no leyó mi carta, yo tampoco le importo en lo más mínimo. ¿Qué puedo hacer?

Hoag se encogió de hombros, restándole importancia al asunto, y le respondió:

—Lo que ya has decidido. Primero te comprometerás con ella y te casarás cuando llegue el momento. Ya verás que pronto estarás repuesto. Aún tienes que descansar mucho, tomar mucha sopa, comer muchos cereales y luchar contra el hábito de tomar pastillas para dormir y calmantes. Creo que te conviene quedarte aquí otras dos semanas. Después regresarás y te enfrentarás a… al futuro lleno de confianza en ti mismo.

—Hoag, es una suerte tenerte como médico.

—Para mí es una suerte que seas mi amigo.

Ya era casi medianoche y Angélique bebía a lentos sorbos una copa de champán, oculta tras el abanico, agitándolo con un gesto estudiado y practicado cientos de veces. Dejó la copa sobre la bandeja que le acercó uno de los criados como si depositara un obsequio, se disculpó y se deslizó hasta la silla junto a Struan. Junto a ellos se hallaba el animado grupo formado por Seratard, sir William, Hoag, algunos ministros y André Poncin.

—Monsieur André, ha tocado usted unos valses magníficos, ¿no es cierto, querido?

—Sí, maravillosos —añadió Struan, que no acababa de sentirse bien e intentaba disimularlo. Oyó que Angélique le decía a Poncin en francés:

—André, ¿dónde se ha escondido todos estos días? Si estuviera en París, juraría que ha estado engañándome con otra.

—Solo he estado trabajando, mademoiselle.

Angélique continuó hablando en inglés.

—¡Ay, qué tristeza! París es tan hermoso en otoño, casi tanto como en primavera. Ya verás, Malcolm. Vamos a pasar allí una temporada, ¿no?

Ahora estaba de pie junto a él, que le rodeaba la cintura con el brazo mientras ella dejaba descansar su brazo en el hombro de Malcolm y jugueteaba con su cabello. La sensación era agradable, todo la hacía sentir bien: un caballero inglés tan guapo y el anillo que le había regalado esa mañana, un diamante rodeado de pequeños brillantes. No podía dejar de mirar el anillo, de moverlo, preguntándose cuánto podía haber costado.

—Malcolm, ya verás lo bien que nos lo pasaremos en París. ¡Dime que iremos pronto!

—Claro, si eso es lo que deseas.

Angélique suspiró, acariciándole discretamente el cuello y dijo, como impulsada por un pensamiento repentino:

—¿Crees que podremos pasar allí nuestra luna de miel? Podríamos ir a bailar todas las noches.

—Baila usted de maravilla, mademoiselle, en París y en cualquier parte —dijo Hoag, sintiéndose incómodo en su estrecho traje de etiqueta—. Me gustaría poder decir lo mismo, pero…

—¿No baila usted, doctor?

—Antes sí, cuando vivía en la India, pero dejé de bailar cuando mi esposa murió. A ella le gustaba muchísimo, tanto que ahora para mí ya no es lo mismo. La fiesta es estupenda, Malcolm, pero si me permites, quisiera sugerirte que ya es hora de retirarnos.

Angélique miró a Hoag, observó el gesto preocupado en su mirada y, al mirar a Malcolm, constató que se encontraba agotado. «¿Por qué se encontrará tan mal? ¡Maldición!».

—Todavía es temprano —decía Malcolm, sobreponiéndose al cansancio— ¿verdad, Angélique?

—He de confesar que también yo estoy agotada —repuso rápidamente. Cerrando el abanico, sonrió a Poncin y al resto del grupo, dispuesta a partir—. Creo que debemos escabullirnos sin que nadie lo advierta, y dejar que la fiesta continúe sin nosotros.

Se disculparon discretamente y todos fingieron que no se daban cuenta de su partida. Al llegar a la puerta, Angélique se detuvo un momento.

—*Oh là là*, he olvidado el abanico. Vuelvo enseguida, querido.

Cuando regresaba al salón a toda prisa, Poncin acudió a su encuentro.

—Mademoiselle —le dijo en francés—, creo que esto es suyo.

—Gracias, es usted muy amable.

Angélique cogió el abanico, encantada de que su estratagema hubiera dado resultado y de que Poncin fuera tan observador como ella había supuesto. Cuando él se inclinó para besarle la mano, le dijo en voz baja:

—Tengo que verle mañana.

—En la legación, al mediodía. Pregunte por Seratard, él no estará.

Angélique se cepillaba el cabello delante del espejo, tarareando el último vals que había bailado una hora antes.

«Debería ser el mejor día de mi vida, pero no es así.

»Lo raro es que he disfrutado de la velada, y puedo pensar y actuar fríamente, pese a que el día temido ya ha pasado y todo me hace pensar que estoy embarazada, que espero un hijo de un violador. Tengo que hacer algo».

Observaba su imagen en el espejo como si se tratara de otra persona, dando enérgicos golpes de cepillo, sorprendida por hallarse todavía con vida, con el mismo aspecto exterior, sin ningún asomo de sufrimiento.

¡Qué extraño! Cada nuevo día le resultaba más fácil.

¿Por qué?

«No lo sé, pero tampoco me importa. Mañana intentaré solucionar este problema, aunque tal vez sería mejor que comenzara esta noche, así no habrá motivo para más miedo y más lágrimas y más miedo. Decenas de miles de mujeres se han visto en esta misma situación, han caído de una manera u otra en la trampa y han sabido salir adelante, íntegras. Después, alguna bebida fuerte para sobreponerse al dolor y nadie habrá visto nada. ¡Excepto una misma y Dios!… Excepto una y el médico, o la comadrona… o la bruja.

»Ya está bien por hoy, Angélique. Ten fe en Dios y en su Santa Madre. Tú no tienes culpa alguna. La Virgen te ayudará. Ahora te has comprometido con un hombre maravilloso, con el que seguramente te casarás y vivirás feliz para siempre. Mañana… mañana comenzarás a preocuparte, ahora descansa.

»¡Basta! ¡Basta de lágrimas, basta de atormentarse! Ya he tomado una decisión y no sirve de nada darle más vueltas».

Se puso un toque de perfume detrás de la oreja y en los pechos y se ajustó ligeramente la bata antes de llamar muy quedo a la puerta de su prometido.

—¿Malcolm?

—Pasa, estoy solo.

Para su sorpresa no lo encontró en la cama, sino sentado en el sillón, con la bata de seda roja y un brillo extraño en la mirada. Su instinto la hizo ponerse a la defensiva. Cerró la puerta, como de costumbre, y se acercó a él.

—¿No estás cansado, querido?

—No, y sí. Eres tú la que me deja sin aliento.

Temblando, Angélique se acercó un poco más, respondiendo al gesto casi implorante de Malcolm. Él le besó las manos y los brazos y el pecho. Por un instante ella no supo resistirse, disfrutando de su adoración, deseándolo también, y lo besó, mientras dejaba que él la acariciara. De golpe, sintió como un fuego que le subía por todo el cuerpo y se arrodilló junto al sillón, rompiendo a medias el abrazo.

—No está bien… —murmuró, casi sin aliento.

—Lo sé, pero no puedo más. Te quiero tanto —le dijo él, sus labios ardientes buscando, y encontrando, los de Angélique. Ahora le acariciaba la cintura, avivado aún más el fuego que ardía en su interior. Sin embargo, Angélique era consciente de que debía alejarse.

—No, *chéri!*

Pero esta vez Malcolm sacaba fuerzas sin saber de dónde y sus labios y su voz eran cada vez más persuasivos, más insistentes, hasta que, con un gesto repentino, un fuerte dolor lo hizo detenerse, dejando a Angélique libre de su abrazo.

—¿Qué ocurre, Malcolm? ¿Te encuentras bien? —preguntó, Angélique asustada.

—Sí, creo que sí. ¡Oh, Cristo! —Tardó unos instantes en reponerse; el dolor físico imponiéndose sobre el deseo, sus manos todavía en los pechos de Angélique, temblorosas y sin fuerzas—. Perdón, lo lamento…

—No es nada, amor mío.

Cuando recuperó el aliento se sirvió un poco del té frío que Malcolm tenía junto a la cama. En realidad, ella tampoco sabía cómo frenar su deseo, pero sabía que debía hacerlo; sabía que si lo

hubiera dejado seguir unos minutos más ya no habría encontrado la manera de frenarlo, la manera de mantenerse a salvo y, de ese modo, mantener a salvo el futuro matrimonio. Una voz repetía en su cabeza, como una letanía: «un hombre nunca se casa con su amante; nunca hagas nada antes del matrimonio; después, todo está permitido».

—Toma, bebe un poco —le dijo, tendiéndole la taza de té.

Arrodillada a su lado, lo observó; tenía los ojos cerrados y gruesas gotas de sudor le resbalaban por la frente y las mejillas. En un momento, gran parte del malestar desapareció. Puso una mano en su rodilla y le dijo:

—No es bueno para nosotros estar tan cerca, Malcolm. Es difícil, *chéri*. Te quiero, y también yo te deseo.

Después de un largo silencio, Struan dijo, pronunciando las palabras con dificultad:

—Sí, pero tú podrías… colaborar.

—Pero no puedo, no podemos hasta que estemos casados. Todavía no, ahora no.

El tormento de Struan no cesaba, al contrario; oír a Angélique decir esas palabras lo acrecentaba, así como recordar cómo otros hombres habían disfrutado de ella en el baile, y él sin poder moverse de la silla cuando solo un mes antes habría sido capaz de demostrar a todos esos patanes que era el mejor bailarín.

«¿Por qué no ahora? —Sintió deseos de gritarle—. ¿Cuál es la diferencia entre hacerlo ahora y hacerlo dentro de un mes? Por Dios… Bueno, de acuerdo, acepto que una muchacha decente ha de llegar virgen al matrimonio; de lo contrarío sería una cualquiera, una mujer fácil. Acepto que un caballero no debe deshonrarla antes de casarse. ¡De acuerdo! Pero, por el amor de Dios, ¡hay otras maneras!».

—Ya sé que todavía no podemos —dijo Struan—, pero Angélique, por favor, ayúdame.

—¿Cómo quieres que te ayude?

A la mente de Malcolm acudieron palabras como: «ayúdame como lo hacen las muchachas de las casas de placer, que te besan, te acarician y hacen que te corras. ¿O crees que hacer el amor es solamente abrirse de piernas y quedarse inerte como un trozo de carne? Ayúdame con algunas de las caricias simples que esas muchachas te ofrecen con toda naturalidad, felices de poder ayudarte».

Sin embargo, sabía que no podía decirle a Angélique esas palabras, que iba en contra de toda la educación que había recibido. ¿Cómo explicarle esos trucos a la muchacha que uno ama, sobre todo cuando ella es tan joven y tiene tan poca experiencia, o es tan egoísta o sencillamente ignorante? De repente, la verdad se volvió dolorosa. Algo en él cambió, dejó de ser el mismo.

En un tono de voz diferente dijo:

—Tienes razón, Angélique. Es difícil para los dos, lo siento. Tal vez sea mejor que vuelvas a vivir en la legación francesa hasta que regresemos a Hong Kong. Ahora que ya estoy mejor, debemos proteger nuestra reputación.

Ella lo miró directamente a los ojos, sorprendida por tan súbito cambio.

—Pero Malcolm, aquí me siento cómoda, quiero estar aquí, cerca de ti, por si me necesitas.

—Oh sí, ya lo creo que te necesito —dijo, con una sonrisa irónica —. Le diré a Jamie que mañana disponga los preparativos para tu mudanza.

Angélique vaciló, sin estar segura de cómo debía proceder.

—Si eso es lo que quieres…

—Sí, es lo mejor. Como tú has dicho, estar tan cerca nos impone un sacrificio muy pesado. Buenas noches, amor mío. Me alegra mucho que te haya gustado la fiesta.

Angélique se sintió atravesada por un escalofrío. Lo besó, dispuesta a devolverle su anterior fogosidad, pero no hubo respuesta. ¿Qué lo había hecho cambiar?

—Que descanses, Malcolm. Te quiero.

«No importa —pensó—, los hombres son tan complicados». Sonriendo como si no hubiera pasado nada, Angélique abrió la puerta, le lanzó un tierno beso con la mano y entró en su habitación.

Struan miraba la puerta, que ella había dejado entreabierta como de costumbre. Pero nada en su mundo era ya como de costumbre. Ni la puerta entreabierta ni la proximidad de Angélique despertaban ya su deseo. Tenía sensaciones diferentes, no sabía por qué razón estaba tan triste y se sentía tan viejo; algo instintivo le decía que no importaba cuánto la quisiera ni cuánto lo intentara físicamente, jamás en la vida ella lograría satisfacerlo plenamente.

Apoyado en su bastón, se irguió y se dirigió al escritorio intentando no hacer ruido. En un cajón guardaba el frasco con el medicamento al que había recurrido tantas noches cuando la idea de dormir le resultaba imposible. Bebió de un sorbo lo que quedaba y se dejó caer pesadamente en la cama, con los dientes apretados, esperando el momento en que el dolor desapareciera como por arte de magia y él pudiera volver a respirar. No le importaba que ya no le quedara ni una gota del calmante. Chen, Ah Tok o cualquiera de los criados podría conseguirle más, cuando él quisiera. Después de todo, ¿no era su empresa una de las principales distribuidoras en China?

En su habitación, Angélique seguía apoyada contra la pared, junto a la puerta que comunicaba con la habitación de Malcolm, confundida, sin saber si debía regresar o dejar las cosas así por esa noche. Había escuchado a Struan acercarse al escritorio y abrir el cajón, pero desconocía la razón por la que había dejado escapar un prolongado suspiro de alivio al dejarse caer sobre la cama.

«Debe de ser solo culpa del dolor, y porque todavía no podemos —pensó, convenciéndose a sí misma por enésima vez—, y también está así porque ha tenido que pasarse la noche sentado, cuando podía haber bailado conmigo y ser el mejor compañero de baile que yo jamás haya conocido. ¿No fue eso acaso lo que me llamó la atención en Hong Kong, lo que lo hacía diferente de todos los demás?

»No hay nada malo en que quiera hacer el amor, y tampoco es culpa mía que esté herido. Pobre Malcolm, mañana ya se habrá olvidado de todo y las cosas volverán a su curso normal. Es mejor que no siga pensando en este incidente, tengo que pensar en lo otro. Todo saldrá bien».

Se metió en la cama y no le resultó difícil dormirse, pero sus sueños pronto se llenaron de monstruos extraños y cabezas de bebés que se reían a fuertes carcajadas llamándola «mamá, mamá», mientras ella escribía una y otra vez en las sábanas, con sangre que brotaba de la punta del dedo que usaba como lapicero, los caracteres que había visto en la contraventana, grabados en lo más profundo de la memoria y cuyo significado no se había aún atrevido a preguntar ni a André ni a Tyrer.

Algo la sacó bruscamente de su sueño. Inquieta, miró hacia la puerta, esperando ver allí la figura de Struan. Pero él no estaba ahí. Pudo oír, débilmente, su pesada respiración en el otro cuarto, así que volvió a hundirse en las almohadas y a pensar en lo hermosa que había sido la fiesta y en el maravilloso anillo que Malcolm le había regalado.

Tarareando la polca y celoso del éxito que había tenido John Marlowe en el baile, y completamente seguro de que él lo había hecho igual de bien, Phillip Tyrer se sorprendió a sí mismo bailando en dirección a la puerta de la Casa de las Tres Carpas por un diminuto y oscuro callejón totalmente desierto. Todos parecían dormir en esa calle, pero no lejos de allí, las casas y tabernas de la calle Mayor estaban atestadas, la noche aún joven animada con las risas y los cantos de los clientes. Golpeó y la mirilla se abrió al instante.

—Señor, ¿qué desea?

—«Por favor, hable en japonés. Soy Taira-san y tengo una cita».

—«¿Taira-san, eh? Voy a llamar a la mama-san».

Mientras esperaba, con los dedos tamborileando sobre la puerta, Tyrer recordó que había tenido que pasar toda la noche anterior con sir William, recapitulando punto por punto lo ocurrido en la legación, el incidente con Nakama, y sintiéndose culpable por no poder contarle lo más importante, toda la verdad acerca del joven jardinero. Pero había un juramento de por medio, y la palabra de un inglés era sagrada.

Sir William consintió finalmente en que ese «Nakama» podía ser de verdad un samurái. Muchos hijos de familias samuráis habían estado próximos a las legaciones francesa y británica en algunas épocas, del mismo modo que Babcott tenía ayudantes japoneses. Pero sir William había ordenado que no debían llevar espadas dentro del perímetro de la colonia, regla que se aplicaba a todos los samuráis, salvo a los guardias de la colonia al mando de un oficial cuando ocasionalmente salían formando parte de una patrulla, con autorización previa. Además, Nakama tenía prohibido vestir de manera muy llamativa y acercarse a la aduana o al puesto de guardia, y en lo posible debía mantenerse alejado, pues si lo descubrían y el Bakufu lo reclamaba, no tendrían más remedio que entregarlo.

Tyrer habían enviado a buscar a Nakama y le explicó lo convenido con sir William. A esa hora ya estaba demasiado cansado para ir a ver a Fujiko.

—Bien, Nakama, necesito enviar un mensaje, y quiero que seas tú quien lo entregue. Escribe lo siguiente: «Por favor, quiero concertar una cita para mañana por la noche con…». Deja un espacio en blanco para el nombre.

Hiraga tardó cierto tiempo en comprender con exactitud lo que le pedía, y por qué. Desesperado, Tyrer le dio el nombre de Fujiko y la Casa de las Tres Carpas.

—Ah, ¿las Tres Carpas? —había dicho Hiraga—. Bien, dar mensaje mama-san, mañana tú ver *musume*, ¿sí?

—Por favor.

Nakama le enseñó a escribir los caracteres y Tyrer los copió, muy contento consigo mismo, y firmó con cuidado, empleando la firma que Hiraga había diseñado para él. Y ahora estaba ahí, en la puerta de la casa.

—Vamos, date prisa —murmuró, ansioso.

La mirilla se abrió otra vez. Era Raiko.

—«Buenas noches, Taira-san. ¿Quiere que hablemos en japonés?» —dijo con una sonrisa y siguió hablando tan rápido que a Tyrer le resultó imposible entender lo que decía, salvo el nombre de Fujiko y el «lo siento» final de Raiko.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que lamentas? «Buenas noches, Raiko-san. Tengo cita con Fujiko».

—«Ah, lo siento» —repitió Raiko—. Fujiko no está disponible esta noche, y tardará un rato en quedar libre. Lo siento, pero no puedo hacer nada. Me ha pedido que le diga que ella también lo lamenta. Cuánto lo siento, pero todas mis otras damas también están ocupadas, lo siento mucho.

Tyrer seguía sin comprender.

—«Pero mi carta ayer, mi mensajero, Nakama. ¿La entregó?».

—«Oh, sí. Nakama trajo el mensaje y le dije que creía que no habría problemas; pero lo siento, ahora no es posible. Gracias por venir a visitarnos, Taira-san. Buenas noches».

—Espera —dijo Tyrer en inglés cuando Raiko se disponía a cerrar —. ¿Has dicho que no estaba aquí? «Espera, por favor. ¿Mañana? ¿Fujiko?».

Raiko sacudió la cabeza.

—«Ah, lo siento. Mañana tampoco es posible. Sinceramente me sabe muy mal tener que decirle esto. Espero que me comprenda».

—«¿No mañana? ¿Otro día?».

Raiko vaciló un momento.

—«Quizá, Taira-san, quizá, pero no puedo prometerle nada. Por favor, dígale a Nakama-san que venga aquí durante el día, yo le explicaré, ¿comprende? Envíe usted a Nakama-san. Buenas noches».

Tyrer soltó un amargo juramento y sintió ganas de derribar la puerta a puñetazos. Le llevó algunos minutos serenarse. Dio media vuelta y se marchó, con la sensación de haber sido engañado.

Hiraga había estado espiando a través de un agujero abierto en la valla. Cuando Tyrer desapareció en la primera esquina, recorrió el sinuoso sendero de piedra del jardín, absorto en sus pensamientos. El jardín era inmenso y albergaba diversos pabellones, pero los pasó de largo hasta llegar a una valla escondida entre los arbustos. Llamó, y la puerta se abrió sin ruido. La criada le hizo una reverencia y lo condujo a través de otro estrecho sendero en dirección a un pabellón semejante a los demás. La mayoría de las posadas o de las casas tenían escondites y puertas secretas, y quienes solían esconder allí a revolucionarios shishi ponían especial atención en la seguridad para salvaguardar la suya propia. Esa parte de la Casa de las Tres Carpas estaba reservada a huéspedes muy especiales, y las criadas eran muy discretas.

—¿Cómo ha reaccionado? —preguntó Ori.

—Pues se marchó, furioso.

Hiraga se sentó frente a él y respondió brevemente a la reverencia que le brindó Fujiko. El día anterior, tras entregar la carta a Tyrer, había reservado a Fujiko para esa noche, con la divertida complicidad de Raiko.

—¿Puedo preguntarte por qué lo haces, Hiraga-san? —había preguntado Raiko.

—Solo por molestar a Taira.

—Creo que perdió la virginidad aquí, con Ako. Después probó con Meiko, y después con Fujiko, que consiguió trastornarlo.

Cuando Hiraga conoció a Fujiko sintió rabia de que la muchacha le gustara a su enemigo. Era una muchacha común y corriente, con nada extraordinario a no ser por los ojos, que eran increíblemente grandes. Pese a ello, no manifestó su opinión y felicitó a Raiko por tener una belleza como la de Fujiko en su casa, una muchacha de

treinta y un años que aparentaba quince y llevaba dieciséis en el oficio.

—Gracias, Hiraga-san —le había respondido Raiko con una sonrisa—. Sí, ha sido una buena adquisición. Por alguna razón todos los gai-jin quedan embobados con ella. Pero, por favor, no olvides que Taira es nuestro cliente y que los gai-jin no son como nosotros. Les gusta tener solo una dama. Por favor, no hagas que deje de venir a esta casa. Los gai-jin tienen mucho dinero y me he enterado de que es un funcionario importante, que se quedará aquí varios años.

—*Sonno-joi!*

—De eso te ocupas tú. Si quieres, córtale la cabeza, pero no en mi casa. Mientras tanto, yo me ocupo de dejarlo sin un céntimo.

—¿Permitirás que Ori se quede?

—Ori-san es un joven curioso —respondió, con un ligero matiz de duda en la voz—. Muy fuerte, muy malhumorado, la verdad es que me da un poco de miedo. Puedo esconderlo un día o dos pero… prométeme que lo tendrás a raya mientras esté aquí. Ya hay suficientes follones en el Mundo de los Sauces.

—De acuerdo. ¿Has tenido noticias de mi primo Akimoto?

—Está a salvo en Hodogaya, en la Casa de Té de la Luna Nueva.

—Que lo vayan a buscar —dijo Hiraga, mostrándole un oban de oro—. Esto es para pagar al mensajero y todos los gastos mientras Ori y Akimoto se alojen aquí. Y también los servicios de Fujiko, por supuesto.

—Por supuesto, pero solo los de mañana. Ori-san se quedará hasta que yo decida que tiene que marcharse. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Además, Hiraga, lo siento, pero debo decirte que es muy arriesgado para vosotros que os quedéis por aquí. Mira lo que están enviando a todos los puestos de control.

Raiko desplegó un grabado con un retrato de Hiraga, en el que se leía la siguiente inscripción:

«El Bakufu ofrece una recompensa de dos koku por la cabeza del ronin asesino de Choshu. Se lo conoce, entre otros, por el nombre de Hiraga».

—*Baka!* —maldijo Hiraga entre dientes—. ¡Se parece a mí! ¿Cómo es posible? Nunca me han hecho un retrato.

—Sí y no, Hiraga-san. Los artistas tienen muy buena memoria. ¿Alguno de los samuráis que te vio en el asalto, quizá? O a lo mejor es alguien más cercano a ti el que te traiciona. Lo peor es que el Bakufu ha puesto precio a tu cabeza. Anjo también, por supuesto, y ahora también Toranaga Yoshi.

Hiraga se preguntó si la cortesana Koiko estaba siendo engañada o si ella era la delatora. ¿Por qué él?

Raiko se encogió de hombros y añadió:

—Es la cabeza de la serpiente, te guste o no. *Sonno-joi*, Hiraga-san, pero te pido que no atraigas a esta casa a nuestros enemigos.

Hiraga se pasó la noche pensando en el retrato.

—Ese Taira me preocupa, Ori.

—¿Por qué pierdes el tiempo pensando en él? ¡Mátalo!

—Más tarde, aún no. Tratar de adivinar sus reacciones es como un juego de ajedrez en que las reglas cambian constantemente. Es fascinante.

—Hoy deberíamos haber hecho lo que tanto deseo: matarlo y arrojar su cadáver cerca de la garita de los guardias. Hiraga, esta inactividad me está volviendo loco.

—¿Y tu hombro?

—La herida está limpia. Pica, pero eso es buen síntoma. No puedo levantar el brazo, pero lo intento cada día. Será difícil que lo pueda utilizar en una pelea. Karma. Pero si hubiéramos matado a ese gai-jin, Taira, no correríamos ningún riesgo en esta casa. Tú mismo dijiste que era tan reservado que difícilmente le contaría a nadie sus visitas a Fujiko.

—Sí, pero ¿quién sabe? Son tan impredecibles. Cambian de un momento a otro, primero te dicen una cosa y después otra, justo lo contrario, pero sin cálculo alguno; no son como nosotros.

—*Sonno-joi!* Si lo matáramos, los gai-jin se volverían locos. Tenemos que hacerlo la próxima vez que aparezca por aquí.

—Lo haremos, pero no ahora. Todavía puede resultarnos muy útil. Nos revelará sus secretos y aprenderemos a matarlos por millares después de servirnos de ellos para hundir al Bakufu.

Hiraga indicó a Fujiko que volviera a llenarle la taza.

—He estado en la casa del jefe de todos los británicos, a cinco pasos de él, en el corazón de la autoridad de todos los gai-jin. ¡Ojalá pudiera hablar mejor su idioma!

Era demasiado precavido para revelarle a Ori, y menos delante de esa muchacha, todo lo que sabía o cómo había persuadido a Tyrer para que lo dejara escapar.

Mientras tanto, Fujiko volvía a llenar las tazas sonriente, sin perderse, aunque no se notara, una sola palabra de la conversación, ávida de enterarse de más detalles. La mama-san les había enseñado a todas a que se limitaran a escuchar y nada más, a sonreír y a hacerse las tontas, un juguete para los clientes. «Así conseguiréis que os cuenten todo lo que queráis saber. Escuchad, sonreíd y dejadles satisfechos. Solo de ese modo serán generosos. Sus monedas de oro son lo único que nos interesa».

—Pide que nos traigan algo de comer, Fujiko. Lo mejor que tengan.

—Enseguida, Hiraga-san.

—Escucha, Ori —murmuró Hiraga de modo que nadie pudiera oírlo—, aquí estamos en peligro.

—¿Dos koku por tu cabeza? Es una tentación. Todos los guardias detendrían a cualquiera que se pareciese a ti.

—Raiko ha dicho lo mismo.

Ori lo miró.

—Joun se portó como un artista.

—Ya lo he pensado. No dejo de preguntarme cómo fue posible que lo capturaran. Joun está al tanto de muchos de los secretos de los shishi, incluido el plan de Katsumata para interceptar al shōgun.

—No debería haber permitido que lo atraparan con vida. Es obvio que entre nosotros hay traidores infiltrados. Sí, dos koku son una tentación, hasta para la más fiel mama-san.

—También he pensado en eso.

—Déjate crecer la barba, Hiraga, o un bigote.

—Sí, creo que es una buena idea —dijo Hiraga, contento de ver otra vez a Ori actuando como el amigo que siempre había sido, dándole buenos consejos.

Ori rompió el silencio.

—En un par de días, tan pronto como pueda, iré a Kioto a advertir a Katsumata de que Joun ha sido capturado. Creo que es mi obligación.

—Sí, buena idea, Ori.

—Y tú, ¿qué piensas hacer?

—Estoy seguro entre los gai-jin, más seguro que en ninguna otra parte; hasta que alguien me traicione, claro. Akimoto está en Hodogaya. He enviado a por él, después decidiremos.

—Bien, creo que te conviene ir a Kioto lo más rápido posible, antes de que repartan tu retrato por todo el Tokaidō.

—No. Taira es una buena oportunidad y no debo desperdiciarla.

—Es mejor que lleves una pistola, es un arma que se puede esconder fácilmente —Ori llevó la mano al yukata y se rascó el vendaje que le cubría el hombro.

Hiraga se sorprendió al ver una pequeña cruz de oro en la delgada cadena que colgaba del cuello de Ori.

—¿Por qué llevas eso?

—Me divierte —respondió Ori, sin darle mayor importancia.

—¡Quítatela! ¿No te das cuenta que podrían relacionarte con el asesinato del Tokaidō? Esa cruz es un riesgo innecesario.

—Muchos samuráis son cristianos.

—Sí, pero alguien podría reconocer la cruz. No es sensato que corras ese riesgo. Si quieres llevar una cruz, es mejor que no sea esta.

Tras una pausa, Ori dijo:

—Esta me divierte.

Hiraga comprendió que Ori no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, y lo maldijo en silencio; sin embargo, pensó que era su deber proteger al movimiento shishi y a *sonno-joi*, y ese era el momento.

—¡Quítatela!

Ori no dejó de sonreír, pero se dio cuenta de que Hiraga iba en serio. Era una orden: «desobedece y muere, o haz lo que te ordena».

Un mosquito le pasó zumbando ante la nariz. No se movió. Lentamente, con la mano derecha, de un tirón, se quitó la cadena, que desapareció junto con la cruz en uno de sus bolsillos. Después, apoyando ambas manos en el tatami, inclinó la cabeza y dijo:

—Tienes razón, Hiraga-san. Era un riesgo innecesario. Por favor, acepta mis disculpas.

En silencio, Hiraga también se inclinó. Los dos supieron en ese instante que la relación entre ellos había cambiado. No es que se hubieran vuelto enemigos, pero ya no podían ser amigos. Aliados sí, amigos nunca. Nunca más. Ori alzó su taza de sake, y brindó, satisfecho al ver que era capaz de dominar su rabia y que la mano no le temblaba.

—Gracias.

Hiraga bebió también, y volvió a llenar las tazas.

—Ahora cuéntame acerca de Sumomo.

—Casi no recuerdo nada —Ori abrió su abanico y espantó el mosquito que había vuelto, amenazante—. Mama-san Noriko me contó que Sumomo había llegado conmigo, que yo iba en una camilla. No le dijo nada, salvo que un médico gai-jin me había abierto y vuelto a coser. Sumomo le pagó la mitad de lo que le debía Shorin y la convenció para que me escondiera. Durante la espera parece que Sumomo apenas volvió a hablar después de preguntar por Shorin. Cuando el mensajero regresó de Yedo con tu mensaje, ella partió enseguida hacia Shimonoseki. Lo único que dijo fue que en Satsuma se habían empezado a movilizar tropas, y que las

baterías de Choshu habían vuelto a disparar contra los barcos gai-jin en los estrechos.

—Bien. ¿Le contaste todo lo de Shorin?

—Sí, me lo pidió con mucha insistencia y, cuando se lo conté, prometió vengarse.

—¿Le dejó algún mensaje, o una carta, a la mama-san?

—No sé, a mí al menos no me dejó nada.

«Tal vez Noriko tenga algo», pensó Hiraga.

—No importa, eso puede esperar. Y Sumomo, ¿estaba bien?

—Sí. Le debo la vida.

—Sí, algún día querrá que le pagues esa deuda.

—Pagándole a ella te pago a ti, y honro a *sonno-joi*.

Siguieron sentados en silencio, preguntándose cada uno de ellos en qué estaría pensando el otro.

De pronto, Hiraga sonrió.

—Esta noche había una gran fiesta en la colonia, con una música espantosa y mucha bebida. Lo celebran así cuando un hombre se compromete para casarse. Este sake sí que es bueno. Uno de los mercaderes, el que tú heriste en el Tokaidō, va a casarse con esa mujer.

—¿La mujer de la cruz? ¿Está aquí?

—La he visto esta noche.

—¿Y va a casarse? ¿Cuándo?

Hiraga se encogió de hombros.

—No lo sé. Los he visto a los dos esta noche. Él camina con dos bastones, como un inválido. Se ve que le clavaste una buena, Ori.

—Tanto mejor. ¿Y la mujer? ¿Cómo estaba?

—Si la vieras, no te lo creerías. Esos gai-jin son todos unos payasos, Ori. —Hiraga le describió el vestido y el sombrero de Angélique, y se puso de pie para imitar sus movimientos. Los dos hombres no tardaron en rodar por los tatamis, muertos de risa—… y las dos tetas fuera, Ori, ¡una degenerada! Antes de venir aquí pude verla a través de una ventana, cogida de un hombre que la hacía revolotear en una especie de baile, al son de algo que no merece

llamarse música. Mientras bailaba, la falda se le subía tanto que se le veía hasta la rodilla y más, Ori. Nunca lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Y después la cogió otro hombre, y otro, como una puta, y lo peor es que todos la aplaudían y la felicitaban. El idiota que va a casarse con ella, en cambio, no se movió de la silla, ¿tú lo entiendes? Yo no. ¡Sake!

En ese momento se abrió la puerta. Una criada entró de rodillas con dos botellas llenas.

—Se portan como bestias, Ori. Sin sus cañones y sus barcos serían personas despreciables.

Ori miró por la ventana, en dirección al mar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hiraga, poniéndose de inmediato en guardia—. ¿Peligro?

—No, no es nada.

—¿Tienes espadas aquí?

—Sí. Raiko las ha guardado.

—Detesto ir desarmado. No soy nadie sin las espadas en mi cinturón.

—¿Crees que así disfrazado estás a salvo?

—Sí. No hay problema mientras no tenga que quitarme el sombrero. Además, tengo esto. —Hiraga le enseñó los dos pases que Tyrer le había dado, uno para los japoneses, otro para los ingleses—. Hay guardias en el puente y en el portal, y soldados que patrullan por la legación toda la noche. Taira me aconsejó que anduviera con cuidado. Buenas noches, Ori.

—Buenas noches, Hiraga-san. Me gustaría saber dónde vive la mujer.

—Vaya…

—Sí, me gustaría saber dónde vive exactamente.

—Quizá pueda averiguarlo. ¿Y después?

En ese momento el silencio podía cortarse. Ori recordó lo ocurrido aquella noche, era algo que no podía evitar cada vez que dejaba vagar sus pensamientos. «Si la hubiera matado, toda esta ansiedad no existiría, pero el saber que está viva no me permite vivir

en paz. Me persigue, esa mujer me persigue. Es una tontería, pero sé que estoy embrujado. Es una mujer mala, lo sé, pero me ha embrujado y estoy seguro de que será siempre así mientras ella viva».

—¿Y después? —repitió Hiraga.

Ori no dejó que su rostro revelara el más mínimo de sus pensamientos.

XX

Miércoles, 15 de octubre

A André Poncin se le cortó la respiración.

—¿Embarazada?

—Sí —respondió Angélique con un hilo de voz.

—¡Maravilloso! ¡Eso lo arregla todo!

La sorpresa y el desagrado inicial de Poncin se transformaron en una inmensa alegría. Struan, el caballero británico, había ultrajado a una dama inocente; ahora no podía evitar el casamiento si no quería perder su condición de caballero.

—Madame, mi enhorabuena…

—No hay nada de que alegrarse y, por favor, hable más bajo. ¿No sabe usted que las paredes oyen, especialmente las de una legación? Verá, André, el padre no es monsieur Struan —dijo, ahora con voz firme, y sorprendida por sentirse tan serena y poder decírselo tan fríamente.

A Poncin se le borró la sonrisa.

—Usted bromea, Angélique. Sin embargo, no le veo la gracia…

—Le ruego que me escuche, nada más —dijo Angélique, acercando su silla a la de Poncin—. La causa de todo esto es que fui violada en Kanagawa.

Poncin no daba crédito a sus oídos mientras ella le contaba lo que creía que había ocurrido en Kanagawa, lo que había decidido hacer y todo lo que había sufrido desde entonces ocultando ese horror.

La cogió de la mano y la acarició, obligándose a apartar de sí sus preocupaciones y concentrarse en ella. Verla allí, sentada junto a él en su despacho, tan serena y la imagen de la más completa inocencia cuando solo unas horas antes había sido la reina del mejor baile de toda la historia de Yokohama, imprimía a la escena un fuerte aire de irrealidad.

—¿Fue así realmente cómo ocurrió? ¿De verdad?

Angélique alzó la mano e hizo el gesto de jurar con los dedos sobre los labios.

—Lo juro por Dios.

Desconcertado, Poncin añadió:

—Parece imposible.

—Tengo que solucionar este asunto, André.

—¿Qué quiere decir? ¿Aborto? Pero ¡usted es católica!

—Usted también lo es. Se trata de un asunto entre Dios y yo.

—¿Y la confesión? Tendrá que confesarse, este domingo…

—Ese es un asunto entre mi confesor y yo, y Dios en segundo lugar. Primero tengo que solucionar mi problema.

—Lo que usted pretende va en contra de la ley humana y divina.

—Y sin embargo, hace siglos que se viene practicando, desde antes del mismísimo Diluvio. ¿Acaso confiesa usted todas sus malas acciones? El adulterio también es contrario a la ley divina, ¿no es cierto, Poncin? ¿Y matar? ¿No es contrario a todo tipo de ley?

—¿Qué le hace pensar que yo haya matado a alguien?

—Nada, pero es más que probable que cargue con algún cadáver en su conciencia. Vivimos épocas violentas. André, necesito su ayuda.

—Se arriesga usted al castigo eterno.

«Sí —pensó Angélique—, he derramado un mar de lágrimas pensando en eso». De pronto, la invadió un brusco sentimiento de odio hacia Poncin, y se arrepintió de haberle confiado su secreto.

Esa mañana se había despertado pronto y había pasado un buen rato pensando, dándole vueltas a su plan. También pensó que debería odiar a todos los hombres. «Los hombres son la causa de

todos nuestros problemas; padres, maridos, hermanos, hijos, sacerdotes (esos sobre todo, esos son los peores, la mayoría fornicadores empedernidos, depravados, mentirosos que utilizan a la Iglesia para sus malvados propósitos, aunque es cierto que algunos son santos). Los curas y los demás hombres controlan nuestro mundo y causan la desgracia de las mujeres. Los odio, a todos, excepto a Malcolm. Todavía no puedo odiarlo. No sé si lo quiero de verdad, no sé francamente qué es el amor, pero me gusta más que todos los demás, más que todos los hombres que he conocido, y le comprendo».

Dos lágrimas comenzaron a resbalarle por las mejillas.

—Por favor, ayúdeme.

—Hablaré con Babcott esta mañana…

—¿Está loco? No podemos permitir que él se entere. Ni él ni Hoag. André, he pensado en todo con mucho cuidado. Tenemos que encontrar a otra persona. Una mujer…

Poncin volvió a mirarla a los ojos, sorprendido por la calma de su voz y por la lógica de su razonamiento.

—¿Quiere decir, una mama-san?

—¿Qué es una mama-san?

—Oh…, es la mujer, la japonesa que dirige los prostíbulos, que contrata los servicios de las muchachas, arregla los precios y esas cosas.

—No había pensado en su mama-san, pero sé que hay una de esas casas al final de esta misma calle.

—¡Dios mío! ¿Está pensando en Nellie… en el barrio de los borrachos? No iría allí ni por mil luises.

—¿No es esa la casa que lleva la hermana de Mrs. Fortheringill? ¿La famosa Mrs. Fortheringill de Hong Kong?

—¿Cómo sabe todo eso, Angélique?

—¡André! ¿Acaso tengo cara de ser una inglesa tonta y cateta? No hay mujer europea en Hong Kong que no esté enterada de la existencia del instituto de Mrs. Fortheringill para mujeres jóvenes, pero todas hacen como si no lo supieran y nunca hablan

abiertamente de ese lugar. Y todas saben que sus maridos visitan con regularidad las casas chinas o tienen amantes orientales. ¡Cuánta hipocresía! Hasta usted se asombraría si supiera de qué hablan las damas en sus conversaciones privadas, en el tocador, cuando no hay hombres merodeando. Fue en Hong Kong que me enteré de que la hermana había abierto una sucursal aquí.

—No es lo mismo, Angélique. Los clientes de esa casa son marineros, borrachos, la escoria, en una palabra. Nellie no es hermana de Mrs. Fortheringill, solo dice que lo es, y a lo mejor hasta paga algo para que le permita usar el nombre.

—Entonces, André, ¿dónde va usted cuando quiere divertirse?

—Al Yoshiwara —le respondió, sorprendido de que ambos pudieran mantener una conversación como esa sin reparos.

—¿Va usted a un lugar en especial? ¿Tiene alguna casa favorita? ¿Alguna casa donde se lleve bien con la mama-san?

—Sí.

—Perfecto. Vaya usted a verla esta noche y pídale que le dé la bebida que utilizan para abortar.

—¿Qué me está diciendo?

—¡Por favor, André! ¡Sea sensato! Lo que me pasa es muy grave y si no puedo resolverlo nunca pondré el pie en la Casa Noble y, por lo tanto, nunca podré apoyar… determinados intereses —Angélique se dio cuenta de que había dado en el blanco. Estaba empezando a conocer el punto flaco de Poncin—. Vaya esta noche y pida lo que le he dicho. No se lo pida a su muchacha. Pídaselo a la patrona, a la mama-san.

—No estoy seguro de que tengan un medicamento como el que usted me pide.

—No sea ingenuo, André, por supuesto que lo tienen. Una vez que haya solucionado este asunto, todo será maravilloso otra vez. Me casaré en Navidad. Por cierto, he decidido que será mejor que me mude. No quiero estar alojada en la suite de Malcolm hasta que nos casemos, y menos ahora que monsieur Struan recupera fuerzas día a día. Me instalaré otra vez en la legación esta tarde.

—¿Le parece eso prudente? ¿No sería mejor seguir cerca de él?

—En circunstancias normales, de acuerdo, pero creo que hay que respetar ciertas reglas. Además, estoy segura de que esa medicina me va a poner enferma un par de días. Cuando me haya repuesto decidiré si me quedo aquí o si regreso junto a él. Sé que puedo confiar en usted, *mon ami*.

Poniéndose de pie, agregó:

—¿Mañana a esta misma hora?

—Si no he conseguido nada, le enviaré un mensaje.

—No. Es mejor que nos encontremos aquí al mediodía —replicó Angélique, dedicándole su mejor sonrisa.

—Esos caracteres…, los que vio escritos en la sábana, ¿los recuerda?

—Sí —dijo sorprendida por el súbito cambio de conversación—. ¿Por qué?

—¿Podría dibujármelos? Tal vez yo pueda descifrarlos, si es que tienen algún significado.

—Los vi en la colcha, no en la sábana. Estaban escritos con su sangre.

Angélique se acercó al escritorio, cogió la pluma y, antes de sumergirla en el tintero, añadió:

—Hay algo que me he olvidado de contarle. Cuando me desperté, noté que me faltaba la cadena con la cruz que llevo desde que era niña. La he buscado por todas partes, en vano.

—¿Se la robó?

—Creo que sí. Pero nada más, las demás joyas estaban todas. No es que tuvieran mucho valor, pero sí más que la cruz.

La escena narrada por Angélique ejercía en Poncin un fuerte efecto erótico: ella, dormida, totalmente inconsciente; el camisón abierto, hecho jirones; la mano del violador arrancando la cadena, la luz de la luna brillando en la cruz. Recorrió a Angélique con la mirada mientras ella se inclinaba sobre el escritorio, ajena a su excitación.

—Aquí tiene —le dijo, y le tendió el papel en que había intentado reproducir los caracteres.

Poncin se acercó a la ventana para aprovechar la luz del mediodía y observó atentamente el dibujo. No consiguió, sin embargo, relacionar esos caracteres con nada o con nadie.

—Lo siento, no creo que signifiquen nada, ni siquiera parecen chino; no importa si es chino o japonés, la escritura es la misma.

En ese momento, una intuición repentina le hizo girar el papel y murmuró:

—Tokaidō, eso es lo que significan. —Angélique se puso pálida—. Los había dibujado usted cabeza abajo. ¡Tokaidō! ¡Eso lo aclara todo! Quería que usted lo supiera, que toda la colonia lo supiera, y así habría sido si usted le hubiera contado a alguien lo ocurrido. Pero ¿por qué?

—No sé, tal vez… no sé. De todos modos, hoy por hoy ya debe estar muerto. Monsieur Struan le disparó. Estoy segura de que ya ha muerto.

André, mientras tanto, sopesaba las razones a favor y en contra.

—Puesto que compartimos ya tantos secretos, y está claro que sabe guardarlos, lo lamento, pero ahora necesito revelarle otro.

Así que le contó acerca de Hoag y la operación.

—No fue culpa de Hoag, no tenía manera de saber de quién se trataba. Es extraño, pero ambos médicos aconsejaron que no se le dijera a usted nada sobre ese asunto, para evitarle una preocupación innecesaria.

—Es por culpa de Babcott y el opiáceo que estoy donde estoy. Entonces, ¿ese hombre vive?

—No lo sabemos. Hoag piensa que no tenía muchas posibilidades. ¿Por qué ese demonio escribiría esos caracteres tan reveladores?

—¿Hay otros secretos sobre esta desgracia que usted conozca y yo no?

—No. ¿Por qué querría que todo el mundo se enterase? ¿Una bravata?

Angélique se quedó un momento contemplando los caracteres que había dibujado, inmóvil, solo sus pechos se movían al compás de la respiración. Luego, sin decir una palabra, salió y cerró la puerta sin hacer ruido.

Tyrer se encontraba en el pequeño pabellón adyacente a la legación británica que compartía con Babcott, practicando otra vez caligrafía con Nakama, sobrenombre por el que conocía a Hiraga.

—Por favor, dime cómo se dice en japonés «hoy», «mañana», «pasado mañana», «la semana que viene» y «el año que viene». Además, quiero que me enseñes los días de la semana y los meses del año.

—Sí, Taira-san. —Hiraga pronunció muy despacio una palabra japonesa que Tyrer escribió con caracteres latinos. Después Hiraga dibujó los caracteres, que Tyrer copió.

—Tú, buen estudiante. Buena memoria.

—Gracias, sí, estoy empezando a comprender la técnica. Tu ayuda me resulta muy valiosa —le dijo Tyrer, que disfrutaba aprendiendo a leer y escribir. Al mismo tiempo, le enseñaba un poco más de inglés a Nakama, que también era muy listo y aprendía con rapidez. Repasaron juntos la lista de los días y los meses y, cuando Tyrer se sintió satisfecho, dijo:

—Creo que por hoy ya es suficiente. Ahora, por favor, ve a decirle a Raiko-san que confirme mi cita para mañana.

—¿Confirmar?

—Sí, que me asegure que puedo ir. Que me diga con seguridad que no habrá problemas esta vez.

—Ah, comprender —dijo Hiraga, acariciándose el mentón, cubierto ya por la barba de un día—. Voy a confirmar.

—Volveré después del mediodía. Por favor, espérame aquí, así podremos practicar conversación y tú contarme más cosas de Japón. —Cuando estaba a punto de ordenarle que se retirara, preguntó de repente—: ¿Qué es un «ronin»?

Hiraga meditó un momento antes de responderle de la manera más sencilla posible. Sin embargo, no dijo una palabra de los shishi.

—¿Así que tú eres un ronin, un fuera de la ley?

—*Hai.*

Tyrer, pensativo, le dio las gracias y permitió que se retirara. No pudo reprimir un bostezo; había dormido muy mal esa noche, totalmente trastornado por la inesperada cancelación de la cita con Fujiko.

A través de la ventana abierta Tyrer escuchó el tañido de ocho campanadas en el barco que alojaba las oficinas de su compañía en el puerto.

Bostezó y abrió los ojos. «Hasta hace un año más o menos nunca había oído hablar de las guardias a bordo, y ahora soy capaz de saber la hora por las campanas de los barcos. —En ese momento, el reloj de la chimenea dio las cuatro—. En media hora tengo que presentarme ante sir William. Los suizos sí que saben hacer relojes. Mejor que nosotros. ¿Dónde diablos se habrá metido Nakama? ¿Habrá escapado? Hace rato que tendría que haber regresado. ¿Y qué diablos querrá sir William? Espero que no se haya enterado de mi secreto y que solo quiera terminar algunas cartas. Es una lata ser el funcionario con la mejor letra de toda la legación. ¡Se supone que soy un traductor, no un administrativo! ¡Maldición!».

Se levantó y fue a lavarse las manos, salpicadas de manchas de tinta. Alguien llamó.

—Adelante.

Detrás de Hiraga pudo ver a un sargento y a un soldado de la guardia, ambos con bayonetas y, al parecer, bastante enfadados. Hiraga estaba furioso e iba casi desnudo, sin sombrero, sin turbante y con el kimono de aldeano hecho jirones. El sargento lo hizo entrar a empujones y luego saludó a Tyrer.

—Lo encontramos cuando intentaba trepar por el muro. Nos ha costado un buen rato calmarlo. Tiene un pase firmado por usted. ¿Es

cierto?

—Sí, sí, es auténtico —dijo Tyrer, acercándose a la puerta—. Es un huésped de la legación, protegido por sir William y por mí. Es profesor de japonés.

—¿Profesor? —inquirió el sargento con una mueca de incredulidad—. Bien, pero dígale que los profesores no necesitan saltar el muro para entrar aquí, ni tampoco intentan escapar corriendo, ni se cortan el pelo como los samuráis. Dejó a uno de mis hombres con el brazo roto y a otro con la nariz sangrando. La próxima vez que lo pillemos no tendremos tantos miramientos.

Cuando los dos militares se marcharon, Tyrer cerró la puerta y fue a buscar un poco de agua. Hiraga la rechazó, a punto de estallar de rabia.

—¿Quieres una taza de sake? ¿Una cerveza?

—*Iyé.*

—Bueno…, siéntate y cuéntame lo que ha pasado.

Hiraga comenzó a soltarle una explicación en japonés.

—*Gomen nasai, ingerish dozo*. Lo siento, háblame en inglés, por favor.

Con gran esfuerzo Hiraga le hizo un resumen en inglés, con largas pausas entre palabra y palabra.

—Muchos guardias en puente. Pasar por pantano, por río. Sordados ver. Yo detener, buscar pase. Después tirar a tierra, perear, pero demasiados sordados. —Hiraga soltó una retahíla de maldiciones en japonés que acabaron en una promesa de venganza. Cuando se le pasó la furia, Tyrer dijo:

—Lo siento, pero ha sido culpa tuya. El sargento tiene razón. Los samuráis asustáis a la gente. Ya te advertimos que debías ir con cuidado.

—«¡Yo solo quise hacer lo que me parecía correcto!» —dijo Hiraga en japonés—. «Esos brutos me saltaron encima mientras yo buscaba el pase. ¡Bestias! ¡Los mataría a todos!».

Tyrer sintió en la boca el amargo sabor del miedo.

—Escucha, hemos de resolver esto entre tú y yo. Y rápido. Si sir William se llega a enterar, puedes estar seguro de que te pone de patitas en la calle. Te echará de la legación y de la colonia, ¿lo entiendes?

—*Iyé!*

Tyrer se dio cuenta en ese momento de que Hiraga era un tipo violento y peligroso, y tan irascible como cualquier samurái. «Gracias a Dios que no va armado».

—Lo que quiero, Nakama, es que puedas vivir aquí seguro, sin sobresaltos, ¿de acuerdo?

—*Hai. So desu ka. Wakarimasu*. Taira-san quiere resorver probrema. ¿Qué sugerir? Pase no sirve con sordados.

—En primer lugar, sugiero que respetemos una vieja costumbre inglesa. Antes de discutir cualquier problema, una taza de té.

Hiraga no comprendió. Tyrer hizo sonar la campanilla y le pidió a Chen que les sirviera el té. Chen no desperdició la ocasión de estudiar de reojo a Hiraga.

Tyrer volvió a sentarse en su silla y a mirar por la ventana con aire solemne, esperando en vano que Hiraga le dijera algo acerca de la cita con Fujiko, pues no se atrevía a preguntárselo directamente. «Maldito japonés, sabiendo lo ansioso que estoy debería contármelo todo sin que se lo pidiera, no debería hacerme esperar. Tengo que enseñarle modales occidentales; no hay duda, los soldados tenían razón. Tengo que convertirlo en un caballero británico. ¿Pero cómo?».

—Y ahora, hablemos de tu problema. ¿No te molestaron los guardias cuando saliste de Yoshiwara?

—No, fingir llevar verduras.

—Bien. Por cierto, ¿pudiste ver a Raiko-san?

—Sí, Fujiko no posibre mañana.

—Bueno, no importa —dijo Tyrer, ocultando la rabia.

Sin embargo, Hiraga pudo percibirla y saboreó en silencio los efectos de su crueldad. «*Sonno-joi* —pensó—. He tenido que comprar los servicios de Fujiko, pero ha valido la pena». Raiko había

dicho: «Como pagas bien, aunque menos que los gai-jin, de acuerdo… Pero de cualquier forma Taira-san tendrá que poder acostarse con Fujiko pasado mañana. No quiero que se busque otra».

—Nakama-san —dijo Tyrer— el único modo de que puedas estar seguro aquí es no salir por ningún motivo. No volveré a enviarte al Yoshiwara. Debes quedarte aquí, en la legación.

—Taira-san, es mejor yo buscar casa en puebro, casa segura. Venir cada día, cuando tú querer, enseñar japonés. Tú muy buen sensei. Así arregrar probrema, ¿eh?

Tyrer vaciló un instante, pues no quería dejar que Nakama anduviera por ahí a su aire. Sin embargo, tampoco quería tener que ocuparse de él todo el tiempo.

—De acuerdo, pero primero has de indicarme exactamente dónde vas a vivir y me has de prometer que no te moverás de allí sin avisarme.

—De acuerdo, Taira-san. Por favor, decir sordados yo poder estar aquí y en puebro.

—Perfecto. Estoy seguro de que sir William también estará de acuerdo.

—Gracias, Taira-san. Decir también que si atacar otra vez, yo buscar *katana*.

—¡Nada de eso! Te lo prohíbo. Sir William también te lo ha prohibido. ¡Nada de armas!

—Por favor, decir sordados no atacar.

—Lo haré, pero isi te ven con espadas, te matarán!

Hiraga se encogió de hombros.

—Por favor, no atacar. *Wakatta?*

Tyrer no contestó. *Wakatta* era la forma imperativa de *wakarimasu ka*: «¿entendido?».

—*Domo*. —Con una violencia contenida que Tyrer casi podía oler, Nakama le dio nuevamente las gracias y dijo que volvería de madrugada para llevarlo hasta la casa en que pensaba ocultarse. Antes de marchar, hizo una profunda reverencia, que Tyrer

respondió con igual solemnidad. Solo en ese momento pudo Tyrer ver los golpes que Hiraga había recibido en la espalda y en las piernas.

Casi justo enfrente del club, junto al mar, se alzaba el gran edificio de la legación británica, con el mástil en el patio y sus jardines rodeados de un gran muro. Sir William ya se había vestido para la cena. Su invitado, el almirante, estaba tan furioso como él.

—¡Hijos de puta! —exclamó el almirante, con su cara más colorada que nunca, sirviéndose otro whisky—. Le juro que no consigo entenderlos.

—A mí me pasa exactamente igual —le dijo sir William, dejando a un lado el pergamino y mirando a Johann y Tyrer, que se hallaban de pie frente a él. Un mensajero del gobernador japonés había traído el pergamino hacía una hora por orden del Bakufu «muy urgente, cuánto lo siento». En lugar de estar escrito en holandés como era habitual, lo habían redactado en japonés. Con el consentimiento de Seratard, Johann había elegido a uno de los jesuitas misioneros franceses y preparado una copia que Tyrer tradujo a correcto inglés. El mensaje, firmado por Anjo, procedía del consejo de regentes:

> Por orden del shōgun, recibida desde Kioto, la fecha provisional de la reunión para dentro de diecinueve días con el roju, y la reunión del mismo día con el shōgun, se aplazará por tres meses, pues Su Majestad no regresará hasta entonces. Por lo tanto le envió este mensaje previo a la celebración de una reunión para fijar los detalles. El segundo tramo de la indemnización se aplazará por treinta días. Con respeto y humildad.

—Johann —dijo sir William— ¿diría usted que este mensaje es más áspero y descortés de lo normal?

El suizo respondió midiendo sus palabras.

—En principio, creo que sí.

—¡Por todos los santos! He perdido no sé cuántos días negociando, noches enteras sin dormir hasta que juraron y rejuraron por la cabeza del shōgun que iban a reunirse en Yedo el 5 de noviembre, y que el shōgun asistiría el 6 de noviembre, ¡y ahora se atreven a postergarlo!

Sir William acabó el whisky de un trago y soltó todos los tacos que sabía en inglés, francés y ruso, mientras los demás escuchaban admirados, sin poder creer que sir William almacenara tantas y tan divertidas obscenidades.

—Tiene usted toda la razón —convino el almirante—. Tyrer, sírvale a sir William otro whisky.

Tyrer obedeció al instante. Sir William sacó el pañuelo, se sonó la nariz, aspiró un poco de rapé y estornudó. ¡Ojalá que todos pesquen la viruela!

—¿Qué propone que hagamos, sir William? —preguntó el almirante, tratando de no demostrar la alegría que le producía esa nueva humillación de su rival.

—En primer lugar, quiero mandarles una respuesta de inmediato. Por favor, envíe la flota mañana a Yedo a que bombardee las instalaciones del puerto que yo le indique.

—Creo que hemos de discutir este asunto en privado. ¡Caballeros!

Tyrer y Johann se dispusieron a dejarlos solos.

—No —espetó sir William secamente—. Johann, usted puede salir. Por favor, espere afuera. A Tyrer lo considero mi secretario privado. Él se queda.

El almirante no dijo nada hasta que Johann hubo salido y cerrado la puerta.

—Ya conoce usted muy bien mi opinión sobre un bombardeo. Si no recibo órdenes de Inglaterra, no pienso atacar si ellos no atacan primero.

—Su punto de vista hace imposible cualquier negociación. El poder lo ganaremos con la pólvora, con nada más.

—En eso estoy de acuerdo; en lo único que disiento es en el momento de atacar.

—Decidir el momento es algo que me corresponde. Le pido por favor que ordene que disparen unos cuantos cañonazos sobre los blancos que yo le señale.

—¡Maldición, no! ¿Acaso no he hablado claro? Cuando llegue la orden haré que Japón arda por los cuatro costados si es necesario, pero no antes.

—Su falta de disposición a colaborar con el representante de Su Majestad británica es lamentable —acusó sir William.

—A mí me parece que el verdadero problema es su delirio de grandeza, sir William. Después de todo, ¿qué importan tres meses más?

—Al carajo con la prudencia —repuso sir William, fuera de sí—. Doy por descontado que recibiremos instrucciones para actuar como yo lo aconsejo. Le repito que no es prudente perder más tiempo. Aprovecharé el correo de mañana para solicitar su reemplazo por un oficial que sepa defender mejor los intereses de Su Majestad, y mejor entrenado para la batalla.

El almirante se puso de todos los colores. Muy pocas personas sabían que en toda su carrera nunca había participado en un solo combate. Cuando recuperó el habla dijo:

—Señor, está usted en todo su derecho. Pero hasta que mi reemplazo llegue (si el suyo no llega antes), le recuerdo que sigo al mando de las fuerzas de Su Majestad en Japón. Buenas noches.

—¡Gusano! —murmuró sir William. Luego recordó que Tyrer estaba en la sala, de pie detrás de él, petrificado por la sesión de fuego cruzado a que había asistido—. Tyrer, le conviene tener la boca bien cerrada. Espero que se lo hayan enseñado en el colegio.

—Sí, señor, perfectamente.

—Más vale así. Ahora, olvidémonos un momento del pergamino, del Bakufu y de la intransigencia del almirante. Tyrer, le aconsejo que se sirva un jerez, estoy seguro de que necesita un trago. Y espero que nos acompañe en la cena, pues por lo visto el almirante

ha decidido no cenar con nosotros esta noche. ¿Juega usted al backgammon?

—Oh sí, señor, gracias.

—A propósito, Tyrer, ¿qué hay de cierto en eso que he oído decir acerca de un encontronazo entre su querido samurái y el ejército británico?

Tyrer le refirió los detalles del incidente y la decisión que había tomado para zanjar la cuestión, pero no dijo una palabra de la amenaza de Nakama, sintiéndose culpable como cada vez que le ocultaba algo al ministro.

—Me gustaría conservarlo, si usted lo consiente, señor, por supuesto. Es tan bueno enseñando japonés, y creo que nos será de gran utilidad.

—Lo dudo. Además, es muy importante que no haya más disturbios aquí. Nadie puede saber cómo reaccionará. Es como tener una víbora en el propio nido. Le ordeno que lo despida mañana.

—Pero, señor, ya me ha proporcionado información valiosa. Por ejemplo, me ha dicho que el shōgun es casi un niño, que apenas tiene dieciséis años, que es un títere en manos del Bakufu y que el shōgunado usurpa el poder del Mikado (es el título del emperador), que vive en Kioto.

—¡Señor Todopoderoso! ¿Es eso verdad?

Tyrer tuvo que morderse la lengua para no revelarle que Nakama hablaba inglés.

—No lo sé aún con toda seguridad, señor, no he tenido tiempo de interrogarlo a fondo, pero creo que me dice la verdad.

Sir William no podía dejar de pensar en las repercusiones que podía tener esa información en caso de que fuera cierta.

—¿Qué más le ha contado?

—No mucho, lleva tiempo sonsacarle algo interesante, se dará usted cuenta. Bueno, me ha contado acerca de los ronin, una palabra japonesa que quiere decir «ola»; se llaman así porque son libres como las olas. Todos son samuráis, pero por una razón u otra se hallan fuera de la ley. La mayoría de ellos luchan en contra del

Bakufu, como Nakama, pues creen que ha usurpado el poder del Mikado.

—Un momento, Tyrer, no vaya tan de prisa. Tenemos todo el tiempo del mundo. Explíqueme exactamente qué es un ronin.

Tyrer se lo explicó con más calma.

«¡Por Dios!», pensó sir William.

—Así que, si he entendido bien, los ronin son samuráis a quienes sus reyes han condenado a vivir fuera de la ley, o bien que ellos mismos han decidido vivir en la clandestinidad para conspirar contra el gobierno central y su pelele, el shōgun.

—Sí, señor. Ellos dicen que se trata de un gobierno ilegítimo.

Sir William siguió bebiendo su ginebra mientras consideraba en silencio todo lo que Tyrer le había contado.

—Entonces, ¿Nakama es un ronin al que usted llama disidente y yo llamaría revolucionario?

—Sí, señor. Disculpe, señor, ¿puedo sentarme? —dijo Tyrer, temblando, desesperado ante la idea de estallar de un momento a otro y revelar toda la verdad acerca de Nakama.

—Por supuesto, Tyrer, discúlpeme. Pero antes sírvase otro jerez y acérqueme la botella de gin.

Sir William lo observó; aunque ese joven le gustaba, había algo en su actitud que lo inquietaba. Tantos años de tratar con diplomáticos, espías, medias verdades, y política de desinformación le decían que Tyrer le ocultaba algo.

—Gracias, Tyrer. Y ahora siéntese. Coja aquella silla, es la más cómoda. Intuyo que usted debe de hablar ya bastante japonés para mantener ese tipo de conversaciones —dijo sir William, sin segundas intenciones.

—No, señor, lo siento, aunque me paso todo el día estudiando y practicando. Con Nakama me va bien porque los dos tenemos mucha paciencia, y mezclamos gestos y unas cuantas palabras inglesas con otras que André Poncin me enseñó. La verdad es que él también me ha prestado una gran ayuda.

—¿Sabe André lo que ese samurái le ha contado a usted?

—No, señor.

—Bueno, no le diga ni una sola palabra, ¿me ha entendido? ¿Hay alguien que lo sepa?

—Solo Jamie McFay, señor. La verdad es que ya se había enterado de la presencia de Nakama y, bueno, actuó de una manera muy persuasiva, espero que me entienda, señor.

Sir William suspiró.

—Sí, Jamie es muy persuasivo, por decirlo de alguna manera. Y siempre sabe más de lo que asegura saber.

Sir William se recostó en su confortable sillón de cuero y se dedicó a saborear el gin durante largo rato. Sabía que esa información no tenía precio, que ahora contaba con una nueva arma y que debía pensar otra vez la respuesta que daría al intempestivo mensaje recibido unas horas antes. También se preguntaba hasta dónde podía llegar y hasta qué punto podía apoyarse en lo que Tyrer le había dicho. Como siempre en circunstancias similares, recordó los consejos del subsecretario acerca de la conveniencia de no cantar victoria antes de tiempo.

—En cuanto a Nakama —dijo— estoy de acuerdo con su plan, Phillip… ¿Me permite que lo llama Phillip?

Tyrer se puso ligeramente colorado, complacido por recibir ese trato de sir William.

—Por supuesto, señor. Es… es un honor.

—Gracias. Bien, por el momento, adelante con el plan; pero por lo que más quiera, no lo pierda de vista. Y tenga cuidado, no olvide que han sido los ronin los culpables de todos los asesinatos, excepto el del pobre Canterbury.

—Tendré cuidado, sir William. No se preocupe.

—Sáquele toda la información que pueda, pero no se la comunique a nadie más que a mí. Tenga siempre una pistola a mano, y al menor movimiento sospechoso, al menor indicio de violencia, grite, Tyrer, pida socorro, ¡o dispárele!

La legación estadounidense estaba situada al lado de la británica, junto a la holandesa, la rusa, la alemana y la francesa. Angélique, que ya se había instalado en esta última, se hallaba en su suite, vistiéndose, con la ayuda de Ah Soh, para la cena que Seratard les ofrecía a ella y a Malcolm. También se había anunciado un baile para después de la cena.

—Pero no toque demasiado, André. Diga que se siente cansado —le había pedido Angélique a Poncin horas antes—. Será mejor que disponga de tiempo para llevar a cabo su misión, ¿no? Desde luego, ustedes los hombres son afortunados.

El hecho de haberse mudado la hacía sentir triste y feliz al mismo tiempo. «Es más prudente —se decía—, es mejor. En tres días podré volver junto a Malcolm. Una nueva vida, un…».

—¿Qué le pasa, señolita?

—Nada, Ah Soh.

Angélique se obligó a apartar de sus pensamientos la perspectiva de lo que pronto tendría que padecer.

En esa misma calle, junto al muelle, en una de las mejores ubicaciones, el edificio de Struan se hallaba iluminado esa noche, al igual que el de Brock & Sons, situado en la misma acera. En ambas sedes comerciales había bastante ajetreo a pesar de lo avanzado de la hora. Ese mismo día Malcolm se había instalado en el despacho que correspondía al tai-pan, mucho más espacioso y cómodo que el que había ocupado hasta la muerte de su padre. También él se estaba vistiendo para asistir a la cena ofrecida por la legación francesa.

—¿Qué me aconseja que haga, Jamie? No tengo ni idea de cómo responder a la actitud de mi madre, a sus cartas. Después de todo, es mi problema y no el suyo. También a usted le está torturando, ¿me equivoco?

Jamie McFay se encogió de hombros.

—Debe de ser un momento terrible para ella. Solo quiere lo mejor para usted. En primer lugar creo que está muy preocupada por su salud, por el hecho de que esté tan lejos y no pueda venir a verle. Y desde Yokohama no se puede decidir nada de lo que atañe al futuro de la compañía. Todo se cuece en Hong Kong. El *China Cloud* llega dentro de dos días, desde Shanghái, y partirá poco después para Hong Kong. ¿Piensa volver con ella?

—No; y, por favor, no vuelva a tocar ese tema —le contestó Malcolm, tajante—. Ya le diré yo cuándo Angélique y yo regresaremos a Hong Kong. Lo único que deseo es que mi madre no esté a bordo de ese barco. Sería el colmo.

Struan se inclinó para ponerse las botas, pero el dolor pudo con él.

—Por favor, Jamie, ¿podría ayudarme? Me siento un lisiado y, lo que es peor, este jodido dolor va a acabar tarde o temprano con mis nervios.

—Lo comprendo —dijo McFay, tratando se disimular su sorpresa, pues era muy raro que Struan soltara tacos—. A mí me pasaría lo mismo. No, lo mismo no, creo que me sentiría peor —añadió, amable, con un gesto de admiración por el coraje de su jefe.

—No me sentiré totalmente recuperado hasta que nos hayamos casado.

El día anterior, al utilizar el orinal de su habitación, que raras veces empleaba, Malcolm había observado que expulsaba unas gotas de sangre. Se lo había dicho a Jamie y a Hoag, pero este no le dio mayor importancia y le dijo que no tenía por qué preocuparse.

—Y usted, Jamie, ¿por qué tiene ese aspecto tan preocupado?

—No es nada, Malcolm, solo que… en un caso como el suyo, con todas las heridas internas que tiene; una cosa así habría que tomársela más en serio.

—Bueno, de momento le haremos caso a Hoag. Ah… y otra cosa: tengo que pedirle un gran favor.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—Bueno, es que… necesito acostarme con una mujer. ¿Podría arreglarme una cita en Yoshiwara?

Jamie se quedó boquiabierto.

—Yo… sí, bueno, creo que no habrá ningún problema —y añadió —: ¿cree usted que es prudente?

En ese momento, una fuerte ráfaga de aire golpeó las persianas e hizo temblar los árboles del jardín, e incluso arrancó algunas tejas y arrastró a algunas de las ratas que se paseaban despreocupadas por entre los montones de basura que se apilaban en la calle y en los bordes del fétido canal que servía de cloaca.

—No —respondió Malcolm.

A menos de un kilómetro de allí, cerca del barrio de los borrachos, en una casa del sector japonés, Hiraga estaba recibiendo un masaje tendido en el suelo, boca abajo. Era una casa común y corriente, con la vetusta fachada idéntica a todas las casas que se extendían a ambos lados de la calle estrecha y cubierta de fango, y que de día funcionaban como vivienda, depósitos y tiendas. En cambio, en el interior, como muchas de las casas que pertenecían a mercaderes importantes, todo era nuevo, limpísimo y hasta lujoso. Era la casa del shoya, el notable del barrio.

La robusta masajista, ciega, tenía apenas veinte años y un rostro de agradables facciones y cálida sonrisa. Debido a una antigua costumbre extendida por gran parte de Asia, los ciegos tenían el monopolio del difícil arte del masaje. También una antigua costumbre impedía tocarlos.

—Eres muy fuerte, samurái-san —dijo la masajista, rompiendo el silencio—. Imagino que aquellos con quienes has peleado deben de estar muertos o, por lo menos, heridos.

Hiraga no dijo nada, limitándose a disfrutar del placer que esos hábiles dedos procuraban a sus músculos tensos.

—Sí, es posible.

—¿Quieres que te ponga un poco de aceite especial, traído de China, que curará rápidamente tus heridas y tus golpes?

Hiraga sonrió, pues se trataba de un truco habitual para ganar un dinerillo extra.

—De acuerdo. Veamos ese aceite.

—¡Oh, honorable samurái! ¿Por qué sonríes? No pretendo sacarte dinero —protestó la masajista—. Fue mi abuela, que también era ciega, la que me confió ese secreto.

—¿Cómo sabes que he sonreído?

La muchacha rio y su risa le recordó a una golondrina dejándose llevar por el aire de la mañana.

—No se sonríe solo con los labios. Una sonrisa puede comenzar en muchas partes del cuerpo. Son mis dedos los que te han visto sonreír. Mis dedos ven y oyen, y a veces adivinan también los pensamientos.

—Dime, ¿qué estoy pensando ahora?

—Piensas en *sonno-joi*. ¡Ah, has visto! —Otra vez la risa de la muchacha lo desconcertó—. Pero no tengas miedo. No has dicho nada y yo no diré nada, pero mis dedos me dicen que eres un samurái muy especial, el mejor al que haya jamás prestado mis servicios. Se ve que no eres del Bakufu. Debes de ser un ronin, un ronin por elección propia y, puesto que eres un huésped en esta casa, también un shishi, el primero que ha pisado este lugar. Es un honor para mí. Si fuera hombre, me pondría al servicio de *sonno-joi*.

A propósito apretó en ese momento un centro nervioso muy sensible con la punta de los dedos, fuertes como el acero, y sintió la corriente que recorría el cuerpo de Hiraga. Se sintió satisfecha al pensar que ella le podía ser más útil de lo que él imaginaba.

—Lamento hacerte daño, pero este es un punto muy importante para la energía, para que todos tus humores circulen libremente.

Hiraga emitió un quejido, aferrado al futón en que estaba echado. De forma extraña, la sensación de dolor iba acompañada de un intenso placer.

—¿Así que tu abuela también era masajista?

—Sí. En mi familia al menos una mujer cada dos generaciones ha nacido ciega. Esta vez me tocó el turno a mí.

—Karma.

—Sí. He oído decir que en China algunos padres dejan ciega a una de sus hijas cuando nace, para que así pueda tener un empleo para toda la vida.

Hiraga suspiró cuando los dedos de la muchacha dejaron de presionar en los puntos más sensibles. «Así que todo el mundo sabe que soy shishi —pensó—. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que alguien me traicione? Dos koku es una fortuna».

Conseguir ese refugio no había sido nada fácil. Cuando llegó al barrio los vecinos lo habían recibido con un silencio glacial. Después de todo, era un samurái sin espadas, con un aspecto bastante salvaje. Todos los transeúntes se habían hecho a un lado, ignorándolo, excepto unos cuantos que se arrodillaron a su paso, resignados a lo que pudiera pasarles.

—Tú, anciano, dime dónde está la posada más cercana.

—No tenemos posada aquí. No…, no la ne… necesitamos —contestó el viejo tendero, tartamudeando de miedo—, no la necesitamos porque el Yoshiwara está muy cerca, y es más grande que muchas ciudades y tiene docenas de lugares donde uno se puede alojar y más de cien muchachas, eso sin contar las criadas, tres geishas auténticas y siete aprendices. Es por eso que no hay ryokan aquí, señor.

—¡Suficiente! ¿Cuál es la casa del shoya?

—Aquella, señor.

—¿Cuál, estúpido? Levántate e indícame el camino.

Hiraga, furioso, siguió al anciano hasta la esquina; ardía en deseos de aplastar los ojos que lo espiaban desde todas las rendijas y de acallar los murmullos que se oían a su paso.

—Aquella de allí enfrente, señor.

Hiraga le hizo señas de que se marchara. El cartel en el exterior de la tienda, que estaba abierta y vacía, aunque repleta de todo tipo de mercancías, anunciaba que esa era la residencia y

establecimiento comercial de Ichi Ryoshi, shoya, rico comerciante y banquero, el representante del Gyokoyama en Yokohama. El Gyokoyama era un *zaibatsu* —un cerrado clan familiar dueño de una tupida trama comercial— muy poderoso en Yedo y en Osaka, dedicado especialmente a comerciar con arroz, sake y cerveza de destilación propia. Sus miembros también eran banqueros muy influyentes.

Hiraga intentó controlarse. Llamó discretamente y se dispuso a esperar, tratando de dominar el dolor producido por la paliza que le había propinado la patrulla. Después de un largo minuto, un hombre de mediana edad, de rostro adusto, apareció en la tienda, se arrodilló e hizo una reverencia. Hiraga respondió con la misma solemnidad, se presentó como Nakama Okami y mencionó que su abuelo también era shoya, sin decir de qué población pero añadiendo la suficiente información como para que el otro corroborara que no mentía. Hiraga le sugirió que, tal vez, puesto que no había un ryokan dónde hospedarse, el shoya podría tener una habitación libre para alquilarle.

—A mi abuelo también le honra tener tratos con el zaibatsu de Gyokoyama, que se ocupa de vender las cosechas de todas las aldeas que él controla —dijo con suma cortesía—. De hecho, quisiera que le enviarais mi pagaré a Osaka. También os quedaría agradecido si pudierais adelantarme algo de dinero en efectivo.

—Yedo está más cerca que Osaka, Otami-san.

—Sí, pero a mí me conviene más Osaka —insistió Hiraga, que no quería arriesgarse con Yedo, donde podía haber infiltrados del Bakufu.

Hiraga tuvo que tragarse la rabia que sentía en ese momento, pero incluso los daimios y hasta Ogama, el señor de Choshu tenían que andarse con pies de plomo cuando realizaban tratos con el Gyokoyama o con sus agentes. Todo el mundo sabía que Ogama les debía mucho dinero, y que ya había comprometido muchos años de sus ingresos futuros.

—Para mi compañía es un honor prestar un servicio a sus antiguos clientes. Dígame, ¿cuánto tiempo deseáis quedaros en mi casa?

—Solo unos días, si no tenéis inconveniente.

Hiraga le contó acerca de Tyrer y del problema con los soldados, solo porque estaba seguro de que las noticias habían llegado antes que él.

—Podéis quedaros al menos tres días, Otami-san. Lo lamento, pero debéis estar preparado para dejar la casa si hay una redada sorpresa, de día o de noche.

—Entiendo. Muchas gracias.

—Disculpad, pero quisiera tener una orden firmada por ese Taira, o mejor, por el jefe de los gai-jin, en la que se me ordene que os dé alojamiento; es para protegerme en caso de que el Bakufu llegue hasta aquí.

—Haré todo lo posible —le dijo Hiraga, con una inclinación, escondiendo nuevamente su irritación—. Gracias otra vez.

El shoya ordenó a una criada que sirviera el té y que trajera material para escribir. Hiraga redactó el documento en que pedía que la cantidad se dedujera de la cuenta de Shinsaku Otami, el nombre secreto de su padre. Lo firmó y lo selló con su anillo, firmó y selló también el recibo para Ryoshi, que acordó darle un anticipo por la mitad de la suma al interés habitual del 2 por ciento mensual durante los tres meses que se tardaría en llevar el documento hasta Osaka y completar así la operación.

—¿Queréis el dinero en efectivo?

—No, gracias, todavía me quedan algunos oban —dijo, exagerando—. Por favor, abrid una cuenta a mi nombre, deducid los gastos por el cuarto y la comida. Necesito algunas ropas, espadas y, por favor, los servicios de una masajista.

—Por supuesto, Otami-san. En cuanto a las ropas, mi criado os enseñará lo que tenemos en la tienda. Escoged lo que os apetezca. Las espadas, bueno, lo único que tengo para vender son unas dagas para gai-jin que no merecerán vuestra atención. Tal vez pueda

conseguir algunas que os convengan. Ahora os enseñaré vuestra habitación, y la entrada y la salida particular. Aquí tenemos guardianes, de día y de noche.

Hiraga lo siguió. Ryoshi no hizo ningún comentario sobre su aspecto ni sobre los golpes. Tampoco había hecho ninguna pregunta.

—Bienvenido, Nakama. Vuestra presencia aquí es un honor para esta humilde casa.

Hiraga se estremeció al recordar el tono en que fueron dichas esas palabras: grave y cortés en apariencia pero, por debajo, algo inquietante. «Es lamentable —pensó— que nosotros, los samuráis, tengamos que vivir en la pobreza, sometidos a daimios corruptos y a shōgunes y al Bakufu, y que nos veamos obligados a pedir dinero a estos zaibatsu de la clase baja, que no son sino sucios mercaderes adinerados que actúan como si eso les diera algún poder sobre nosotros. Por todos los dioses, cuando el emperador recupere el poder perdido, entonces ajustaremos las cuentas, y todos estos mercaderes empezarán a pagar…».

En ese momento sintió que los dedos de la masajista se detenían.

—¿Qué ocurre? —preguntó la muchacha, asustada.

—Nada, nada. Por favor, continúa.

Sus dedos le obedecieron, pero ahora la sensación era diferente. La tensión en la habitación era palpable.

Era una habitación pequeña, con el suelo cubierto de futones. En una pared, una pintura representaba un luminoso paisaje: una cabaña escondida entre unos setos de bambú, y una mujer diminuta sentada a la entrada de la casa. El dibujo estaba acompañado por un poema de amor.

Esperándote,
Escucho la lluvia,
El canto de las gotas de lluvia.

Hiraga comenzaba a quedarse dormido cuando oyó que se abría la puerta corredera.

—Disculpe, señor —dijo la masajista, algo incómoda—. Pero hay una persona de muy mal aspecto ahí afuera, y dice que lo conoce. Me ha dicho que quiere hablarle. Lo lamento señor, lamento molestarlo, pero insiste mucho y…

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—No… no me ha dicho el nombre. Ni tampoco lo ha llamado a usted por el suyo. Solo ha dicho: «Dile al samurái que Todo es el hermano de Joun».

Hiraga se puso de pie como un rayo. Le dijo a la masajista que volviera al día siguiente a la misma hora, se acercó a las dos espadas que había pedido prestadas hasta que el shoya pudiera conseguirle otras mejores y se arrodilló frente a la puerta en posición de defensa.

—Hazlo pasar. Y que nadie más entre.

El joven campesino, a quien le faltaban varios dientes e iba bastante sucio y vestido con un kimono que daba pena, se arrodilló apenas entró en la habitación.

—Gracias, señor. Gracias por recibirme.

Hiraga lo observó detenidamente y luego exclamó, incrédulo:

—¡Ori! Pero ¡es imposible!

Luego lo observó con detenimiento y pudo percibir los detalles del disfraz. Pero de lo que no le quedaba duda alguna era de que Ori ya no era samurái: ya no llevaba el corte de pelo típico.

—¿Por qué? —le preguntó, desconcertado.

Ori no respondió, pero se acercó a él.

—El Bakufu anda buscando ronin, ¿no es así? —murmuró, a sabiendas de que había oídos curiosos que podían estar cerca—. En el fondo de mi corazón sigo siendo el mismo samurái de antes, solo que así puedo pasar todos los controles.

Hiraga lanzó un silbido de admiración.

—Tienes razón. *Sonno-joi* no depende de un corte de pelo. Es una solución tan sencilla y, sin embargo, nunca se me había

ocurrido.

—A mí se me ocurrió anoche. Estuve pensando acerca de tu problema, Hiraga, y…

—¡Cuidado! Aquí todos me conocen como Nakama Otami.

Ori sonrió.

—No sabía qué nombre te habías puesto, así que usé la contraseña.

—¿Han encontrado a Todo y a los demás?

—No, siguen desaparecidos. Creo que deben de estar muertos. He oído decir que han ejecutado a Joun como a un delincuente común, pero sigo sin saber cómo lo atraparon.

—¿Por qué has venido aquí, Ori? Es demasiado peligroso.

—No de esta manera, y menos de noche. Además, tenía que poner a prueba al nuevo Ori —le dijo, rascándose la cabeza—. Me siento mal así, tan sucio, pero no importa. Ahora podré llegar sano y salvo a Kioto. Me iré dentro de dos días.

Hiraga, fascinado, no podía dejar de mirarlo.

—Si te hace sentir seguro, entonces no te lo reproches. El único problema es que ahora todos los demás samuráis te tomarán por un hombre común y corriente. ¿Cómo piensas llevar las espadas?

—Cuando necesite espadas me pondré un sombrero. Mientras voy disfrazado llevo esto. Mira.

Con la mano sana Ori extrajo de la manga del kimono una Derringer de dos tiros. A Hiraga se le iluminó el rostro.

—¡Estupendo! ¿Dónde la has conseguido?

—Fujiko. Me la vendió, junto con una caja de cartuchos. Un cliente se la dejó de regalo antes de volver a su país. ¡Imagínate! ¡Una puta como esa con este tesoro!

Hiraga cogió la pistola y la miró largo rato.

—Con esto puedes matar a dos gai-jin antes de que te hagan nada, te lo aseguro. Lo único que tienes que hacer es colocarte bien cerca.

—Un solo disparo basta. Te da tiempo a salir corriendo a buscar las espadas. Nos han llegado las noticias sobre los soldados.

Queríamos comprobar que te hallabas fuera de peligro. *Baka!* Nos iremos a Kioto juntos y dejaremos este lugar a los perros hasta que podamos volver con fuerzas renovadas.

Hiraga sacudió la cabeza y le contó lo que había ocurrido realmente, y luego acerca de Tyrer y lo que le había dicho sobre la enemistad entre los franceses y los británicos.

—Esa es una de las armas que podemos aprovechar. Que se peleen entre ellos. Que se maten, mientras nosotros contemplamos el espectáculo. Debo quedarme, Ori. Esto es solo el comienzo. Tengo que aprender de ellos todo lo que pueda, tengo que ser capaz de pensar como ellos. Solo así podremos destruirlos.

Ori sintió un escalofrío. Pese a que no podía olvidar que Hiraga lo había forzado a quitarse la cruz de Angélique, sopesó los pros y los contras, consciente de que tenían que seguir defendiendo a *sonno-joi*.

—En ese caso, si vas a ser nuestro espía, tendrás que parecerte a ellos en todo, tendrás que aparentar que eres su amigo, y hasta es posible que tengas que vestirte como un gai-jin. ¿Y por qué no? Creo que así estarás más seguro y también será más fácil que ellos te acepten.

—¿Por qué habrían de aceptarme?

—No es que deban hacerlo, pero son tontos. Taira será tu punta de lanza. Él puede arreglarlo, ordenarlo incluso. Él podría insistir.

—¿Por qué él?

—Por Fujiko.

—¿Eh?

—Raiko nos ha dado la clave. Los gai-jin son diferentes. Prefieren acostarse siempre con la misma mujer. Ayuda a Raiko a atraparlo en su red. Así lo tendrás manso como a un perrito, pues él te necesitará como mensajero. Mañana dile que no fue culpa suya lo que ocurrió con los soldados, y que te ha costado mucho pero que finalmente lograste concertarle una cita con Fujiko. Dile también que todo sería más fácil para ti si tuvieras ropas de europeo para pasar por los puestos de control.

Hiraga comenzó a reír en silencio.

—Es mejor que te quedes aquí y no te vayas a Kioto. Tus consejos son demasiado valiosos.

—¿Qué sabes de la mujer gai-jin?

—Mañana averiguaré exactamente dónde está.

—Bien. ¿La has visto?

—Aún no. Los criados de Taira, una sarta de chinos sucios, no hablan ninguna lengua que yo entienda, así que no he podido sonsacarles nada, pero sé que el edificio más grande de la colonia pertenece al hombre con el que se va a casar.

—¿Ella vive allí?

—No estoy seguro, pero… —Hiraga se calló de golpe; una idea empezaba a darle vueltas en la cabeza—. Escucha, si yo lograra que me aceptaran, entonces podría ir a todas partes, podría enterarme de las fuerzas de que disponen exactamente, podría subir a sus buques de guerra y…

—… y es posible que una noche les hundamos uno de esos barcos, o se lo robemos.

—¡Eso! ¡Exactamente eso estaba pensando!

—Claro que podemos hacerlo; solo hay que esperar una noche en que sople el viento a nuestro favor, un viento del sur, como el de esta noche, y nosotros, con cinco o seis shishi, podemos prender fuego a unas cuantas casas del Yoshiwara; el viento se ocupará de llevar las llamas hasta la colonia y destruirla, *neh?*

—¡Perfecto! En medio del desorden nos llegamos hasta el buque más grande. Podemos hacerlo sin problemas, ¿no es verdad, Ori?

—Sin problemas, no; pero ¡qué golpe!

—*Sonno-joi!*

XXI

Jueves, 16 de octubre

—¡Adelante! Ah, buenos días, André —dijo Angélique, con una calidez que ocultaba su preocupación—. Es usted muy puntual. ¿Cómo está?

Poncin asintió y cerró la puerta de la pequeña habitación que Angélique utilizaba como gabinete, junto a su dormitorio, en el primer piso de la legación francesa. Una vez más, se sorprendió de verla tan tranquila y de que fuera capaz de hablar de trivialidades.

—Está más guapa que nunca. Su estado la favorece.

Los ojos de Angélique perdieron el brillo y su mirada se volvió fría. Había pasado una mala noche, la cama en la habitación desordenada y sórdida le había resultado incómoda. Al final las preocupaciones pudieron más que el dominio de sí misma y lamentó haber abandonado con tanta precipitación su habitación en la casa de Struan. Al alba no se sintió mejor, y al final la misma idea de siempre volvió a apoderarse de ella: «los hombres son los culpables de todas mis desgracias. La venganza será cruel».

—Se refiere a mi futuro estado civil, ¿no es así?

—Por supuesto —repuso Poncin, tras una breve pausa.

Angélique, irritada, se preguntó qué le ocurría y por qué se mostraba tan tosco y distante, igual que la noche anterior, cuando había tocado el piano de ese modo tan ausente. Tenía ojeras y los rasgos más acentuados y tensos que de costumbre.

—¿Le ocurre algo, mi querido amigo?

—No, querida Angélique, estoy perfectamente.

«Mentiroso —pensó—. ¿Por qué será que los hombres mienten tanto, a los demás y a sí mismos?».

—¿Ha ido todo bien?

—Sí y no.

Poncin percibió su ansiedad y de pronto le entraron ganas de mortificarla; quería avivar el fuego para hacerla pagar por la muerte de Hana.

«Estás loco —pensó—. Angélique no tiene la culpa. Sin embargo, si anoche fui a la Casa de las Tres Carpas, donde vi a Raiko, fue por culpa de ella. Mientras hablábamos en esa mezcla de japonés, inglés y pidgin, de pronto tuve la impresión de que todo aquello no había sido más que una pesadilla, que Hana iba a aparecer en cualquier momento con una sonrisa y, como siempre, mi corazón se encogería al verla. Iríamos a bañarnos los dos juntos, a juguetear, a comer y a querernos sin apremio. Y cuando me di cuenta de la verdad, de que Hana había desaparecido para siempre, mis entrañas y mi cerebro se llenaron de gusanos y estuve a punto de vomitar».

—Raiko, necesito saber el nombre de esos tres clientes.

—Cuánto lo siento, Furansu-san, ya te lo dije: su mama-san ha muerto, la gente de la casa se ha dispersado, la posada de los Cuarenta y Siete Ronin ya no existe.

—Tiene que haber alguna manera de encontrar…

—Ninguna. Cuánto lo siento.

—Entonces, dime la verdad… Dime cómo murió.

—Con tu cuchillo clavado en la garganta. Cuánto lo siento.

—¿Fue ella la que se lo hizo? ¿El hara-kiri?

Raiko le contestó con la misma paciencia y de la misma manera que ya lo había hecho tantas veces:

—El hara-kiri es una tradición antigua, la única manera y la más honrosa de expiar un mal. Hana te traicionó a ti y a nosotros, a sus amos, a sus clientes y a sí misma. Ese fue su karma en esta vida. No tengo nada más que decir. Cuánto lo siento, déjala descansar en paz. Ya ha pasado el día del *kami*, que se cumple a los cuarenta días después de su muerte, cuando la persona vuelve a nacer o se

convierte en un *kami*. Deja que su *kami*, o su espíritu, descanse en paz. Cuánto lo siento, no volveremos a hablar de ella. Ahora dime, ¿qué más puedo hacer por ti?

Angélique, sentada con la espalda recta, lo observaba preocupada; tenía una mano en el regazo y con la otra se abanicaba para ahuyentar las moscas. Era la segunda vez que le preguntaba:

—¿Cómo que sí y no?

Pero él no la oyó, parecía estar en trance. Poco antes de marcharse de París, al tío de Angélique le ocurría lo mismo y su tía le decía:

—Déjalo, quién sabe qué fantasmas pueblan la mente de un hombre cuando está atormentado.

—¿Qué le pasa?

—Ah, querida, en la vida no hay más que problemas cuando lo que uno gana no basta para pagar los gastos. Los impuestos no nos dejan respirar, París es un nido de avaros que carecen de valores morales. Francia vuelve a hundirse, el franco vale cada vez menos, el pan cuesta el doble de lo que costaba hace seis meses. Déjalo, pobre hombre, hace lo que puede.

Angélique suspiró. «Sí, pobre hombre. Mañana hablaré con Malcolm y seguro que le pagará las deudas. Un hombre tan bueno como él no debería estar en la cárcel. Me pregunto a cuánto ascenderán sus deudas; me imagino que no será más de unos cuantos luises».

Vio que André volvía en sí y la miraba.

—¿Sí y no, André? ¿Qué significa?

—Sí, tiene la medicina, pero todavía no se la puede dar porque…

—Pero ¿por qué? Por…

—*Mon Dieu*, escúcheme, y así le podré contar lo que me dijo la mama-san. Todavía no se la puede dar porque hay que tomarla a los treinta días después de la primera falta, y luego otra vez a los treinta y cinco días, y también porque tiene que tomar la bebida, una infusión de hierbas, recién preparada.

Las palabras de André habían echado a perder todos los planes de Angélique: tras tomar la medicina aquel mismo día, se iría a la cama fingiendo que se encontraba mal. *Voilà!* Un ligero dolor de barriga y a las pocas horas, o como mucho al día siguiente, se habrían acabado todos los problemas.

Hubo un momento en que le pareció que todo se tambaleaba, pero una vez más consiguió controlarse: «¡Basta ya! Estás sola. Eres una heroína atrapada por las fuerzas del mal. Tienes que ser fuerte, tienes que luchar tú sola y al final conseguirás vencer».

—¿Treinta días? —Hablaba con la voz ahogada.

—Sí, y tendrá que volver a tomarla a los treinta y cinco días. Tiene que ser el día exacto y…

—¿Y entonces qué pasará? ¿Actúa enseguida? ¿Qué me hará?

—Por el amor de Dios, déjeme explicárselo. La mama-san me dijo que suele actuar enseguida. La segunda dosis no siempre es necesaria.

—¿Y ahora no puedo tomar nada?

—No. Tiene que esperar.

—Pero ¿le dijo que funciona siempre?

—Sí. —La respuesta de Raiko cuando él le hizo la misma pregunta fue que funcionaba nueve veces de cada diez—. Y si la medicina no es eficaz, existen otros métodos.

—¿Te refieres a un médico? —había preguntado.

—Sí; aunque la medicina suele ser eficaz, es cara. Tengo que pagar al hombre que la prepara antes de que me la dé. Tendrá que comprar las hierbas…

André volvió a concentrarse en Angélique.

—La mama-san dijo que era eficaz, aunque cara.

—¿Que es eficaz? ¿Siempre? ¿Y no es peligrosa?

—Siempre, y no es peligrosa. Pero es cara. Hay que pagar al boticario por adelantado para que pueda comprar las hierbas.

—Ah —comentó Angélique a la ligera—, pues entonces, hágame el favor de pagarlo usted y yo pronto se lo devolveré con creces.

—Ya le he adelantado veinte luises. No soy rico.

—Pero ¿cuánto puede costar una medicina como esa, una medicina tan corriente? Seguro que no es muy cara, ¿verdad?

—Ella me dijo que una chica que necesita esa clase de ayuda, una ayuda tan íntima, no debe preocuparse por el precio.

—Estoy de acuerdo, querido André. —Angélique prefirió no seguir tocando el tema del dinero, si bien por dentro lo maldecía por ser tan mercenario—. Dentro de treinta días podré pagar lo que sea pues ya habré recibido el dinero que Malcolm me prometió y, de todas formas, estoy segura de que usted podrá arreglarlo, un hombre tan bueno e inteligente como usted. Se lo agradezco, mi querido amigo. Por favor, dígale que han pasado exactamente ocho días desde el día en que me tenía que haber venido el período. ¿Cuándo le entregarán la medicina?

—Ya se lo he dicho. El día antes de tomarla. Podemos ir a buscarla o bien enviar a alguien a recogerla.

—Y… y las molestias, ¿cuánto durarán?

André estaba muy cansado; se sentía incómodo y furioso por haberse dejado involucrar en ese asunto, a pesar de los beneficios que podía sacar.

—Me dijo que dependía de la muchacha, de la edad, o si ya lo había hecho antes. Si es la primera vez, no tendrá ningún problema.

—Pero ¿cuántos días estaré enferma?

—*Mon Dieu*, no me lo dijo y yo tampoco se lo pregunté. La próxima vez haga una lista de todas las preguntas y le conseguiré las respuestas. Y ahora, si me disculpa… —Se levantó. Los ojos de Angélique no tardaron en llenarse de lágrimas.

—Ay, André, cuánto se lo agradezco; lo siento, usted está siendo muy amable conmigo y lamento haberle enfadado. —En medio de los sollozos, observaba a Poncin de reojo para ver si lo ablandaba.

—No llore, Angélique, no estoy enfadado con usted; no es su culpa, es que… Discúlpeme, todo esto debe de ser terrible para usted pero, por favor, no se preocupe, iré a buscar la medicina el día convenido y la ayudaré en todo lo que pueda. Solo tiene que hacer una lista de las preguntas y le conseguiré las respuestas dentro de

unos días. Lo siento, es que… últimamente no me encuentro muy bien.

Angélique fingió consolarlo y, una vez a solas, mientras miraba por la ventana que daba a High Street, se quedó pensativa.

«¿Treinta días? No importa, podré soportar el retraso, no se me notará —pensaba una y otra vez, intentando convencerse—. Da igual si tengo que esperar veintidós días más».

Abrió el diario y empezó a contar los días para asegurarse de que no se había equivocado. Luego los volvió a contar y las dos veces le salió el mismo día: viernes, 7 de noviembre. Día de san Teodoro. «¿Qué habrá hecho ese santo? Le encenderé unas velas cada domingo. No hace falta señalar la fecha —pensó con un escalofrío. Aún así, dibujó una pequeña cruz en la esquina—. ¿Y la confesión?

»Dios lo entiende. Él lo entiende todo.

»Puedo esperar. Pero ¿y si…?

»¿Y si no funciona? ¿Y si André enferma, o se muere, o me falla la mama-san, o pasa cualquier otra cosa?».

Tantas dudas al final acabaron por quitarle toda la seguridad en sí misma. Unas lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas, esta vez de verdad. De pronto, se acordó de lo que le había dicho su padre en una ocasión, hacía muchos años, poco antes de que la abandonara a ella y a su hermanito, en París.

—Sí, nos abandonó —dijo en voz alta. Era la primera vez que se atrevía a decir la verdad—. Lo hizo, *mon Dieu*, ahora ya lo sé. Quizá haya sido lo mejor, seguro que si no nos habría vendido.

Su padre había citado a su ídolo, Napoleón Bonaparte:

—Un general inteligente siempre planea una retirada a tiempo para luego, desde ahí, atizar el golpe de la victoria.

«¿Y yo adónde puedo batirme en retirada?».

De pronto recordó algo que le había dicho André Poncin hacía varias semanas. Sonrió, y todas sus preocupaciones se desvanecieron.

Phillip Tyrer le estaba dando los últimos toques a la carta que sir William enviaba como respuesta a los roju. A diferencia de las cartas anteriores, esta vez sir William enviaba el original en inglés con una copia en holandés que Johann tenía que traducir.

—Tome, Johann, ya he terminado.

—*Sheiss in mein Hut!* —Johann sonrió—. Nunca he visto una caligrafía tan buena. No me extraña que Wee Willie le haga copiar todas las cartas que envíe a Londres.

—*Shigata ga nai!* —dijo Tyrer, sin pensar—. Da igual.

—Veo que se está tomando el japonés en serio, ¿verdad?

—Sí, en efecto, y entre usted y yo, le diré que me encanta. Pero, por el amor de Dios, no se lo comente a Willie. ¿Qué le parece la nueva estrategia?

Johann suspiró.

—Cuando se trata de japoneses, no opino. Creo que las palabrerías de los japoneses le han derretido el cerebro.

El mensaje decía:

> «A su excelencia, Nori Anjo, jefe de los roju. Ayer recibí su carta y le comunico que su propuesta ha sido rechazada. Si no cumplen con el pago de la indemnización por el asesinato de los soldados británicos en el plazo acordado, la cantidad debida se verá cuadruplicada por cada día de retraso.
>
> »Lamento comprobar que ustedes no son dueños de su propio calendario. Yo lo fijaré por ustedes: iré a Kioto con mi buque insignia, escoltado por una escuadra, dentro de doce días, y atracaremos en Osaka. Desde ahí, escoltados por una caballería y con los cañones de sesenta libras de nuestra artillería real utilizados para los saludos reales, los demás ministros y yo nos dirigiremos a Kioto para exigir a su majestad el shōgun Nobusada,

> o, si él no estuviera disponible, a Su Alteza imperial el emperador Komei, la debida compensación por el desagravio que ustedes nos han causado. Para ello, prometemos brindar todos los honores reales con un saludo de veintiún disparos. Le ruego que les comuniquen nuestra llegada inmediata. Firmado: Sir William Aylesbury, K. C. B., ministro y embajador de Su Majestad británica».

—¿El emperador? ¿Qué emperador? —repuso Johann disgustado —. Solo está el Mikado, o Midako, o algo así, y no es más que una especie de papa sin importancia y sin poder; no como Pío IX, que se dedica a la política y a confabular, y que, como todos los católicos *gottverdamt*, nos quiere volver a ver a todos en la hoguera.

—Sir Willie me ha dicho que usted no va a renovar el contrato.

—Ya es hora de seguir adelante y dejar el campo libre a los más jóvenes y espabilados. —Johann sonrió—. Como usted.

—Eso no tiene gracia. Por favor, dígale a Nakama que venga. Creo que está en el jardín.

—No confíe en ese bastardo. Será mejor que lo vigile, Phillip.

Tyrer se preguntó qué diría Johann si supiera la verdad sobre él.

Hiraga abrió la puerta.

—Hai, Taira-san?

—Ikimasho, Nakama-sensei, viejo amigo, *hai?* Nos vamos, ¿de acuerdo? —dijo Tyrer, sonriendo, todavía maravillado por el cambio.

Cuando Hiraga había llegado aquella mañana al alba, sin la mugre ni los harapos de antes, ni el cabello como lo llevaban los samuráis, parecía un plebeyo. Con el sencillo kimono limpio y almidonado, el sombrero que le colgaba en la espalda y los *tabi* nuevos, podría haber sido el hijo de un comerciante.

—Dios mío, tienes muy buen aspecto, Nakama —exclamó—; el cabello así te sienta muy bien.

—Ah, Taira-san —dijo Hiraga vacilante, con falsa humildad, de acuerdo con el plan que había trazado con Ori—. Yo creer que tú

decir, ayudarme a no ser samurái, yo no querer ser samurái. Pronto yo vorver a Choshu, ser granjero, como abuero, o trabajar en fábrica de cerveza o de sake.

—¿Dejar de ser samurái? ¿Puedes hacerlo?

—*Hai*. Ser posibre. Por favor, no querer habrar de eso, ¿sí?

—De acuerdo. Pero haces bien, te felicito.

Sin querer, Hiraga se pasó la mano por la cabeza. El pelo que empezaba a crecer le picaba.

—Pronto crecer y tener pero igual que tú, Taira-san.

—¿Y por qué no? —Tyrer tenía el cabello ondulado y le llegaba a los hombros. A diferencia de la mayoría de la gente, se preocupaba por tenerlo limpio; encima de su cama había un tapiz bordado por su madre, que decía: «La limpieza es lo que más se parece a la santidad».

—¿Cómo están tus heridas?

—Ya no acordar.

—Ya no me acuerdo.

—Ah, gracias, ya no me acuerdo. Traer buenas noticias, Taira-san. —Hiraga le explicó que había ido a Yoshiwara y concertado una cita con Fujiko para aquella misma noche—. Ella ser para ti, toda noche. Bien, *neh?*

Tyrer se quedó sin habla. En un gesto impulsivo, le tendió la mano a Hiraga.

—Gracias, mi querido amigo, muchas gracias. —Se reclinó en el asiento, sacó la pipa y le ofreció tabaco a Hiraga, que lo rechazó al tiempo que intentaba reprimir una carcajada—. Es fantástico. —Tyrer ya estaba pensando en la cita; el corazón le latía con fuerza y era consciente de su virilidad—. ¡Dios mío, es fantástico!

Intentó apartar los pensamientos eróticos y concentrarse en el programa del día.

—¿Has encontrado un lugar para vivir en el pueblo?

—Sí. Por favor, nosotros marchar ahora, ¿sí?

Mientras caminaban hacia el barrio japonés, cuidándose en todo momento de hablar en voz baja y de no hacerlo en inglés cuando

alguien pasaba a su lado, Tyrer siguió sondeando a Hiraga, sonsacándole información valiosa como los nombres del shōgun y del emperador. En la vivienda del shoya, inspeccionó la tienda y la pequeña habitación donde se suponía que vivía Hiraga. Luego lo volvió a acompañar a la legación, satisfecho y más tranquilo.

—¿Te has dado cuenta de que en la calle la gente apenas se fijaba en ti, ni siquiera los soldados, ahora que ya no pareces un samurái?

—Sí, Taira-san. Tú ayudarme, ¿por favor?

—Cómo no, ¿de qué se trata?

—Yo querer llevar tu ropa, parecer más a un gai-jin, ¿sí?

—¡Qué buena idea!

Cuando regresaron a la legación, Tyrer corrió excitado al despacho de sir William y le reveló los nombres del shōgun y del emperador.

—Creí que le gustaría saberlo lo antes posible, señor. Tengo más información: creo haber entendido que todos los japoneses, incluso los daimios, necesitan un permiso para ir a Kioto, donde vive el emperador.

—¿Qué son los daimios?

—Así es como llaman a los reyes, señor. Pero todos, incluso ellos, necesitan un permiso para ir a Kioto. Dice que el Bakufu, que es otra manera de llamar al shōgunado, igual que el servicio civil, quiere controlar la entrada a la ciudad. —Intentaba controlarse pero las palabras brotaban de su boca—. Si es verdad, y si el shōgun se encuentra allí y el emperador vive allí, y si todas las instancias del poder están allí, ¿no le parece que su ida a Kioto puede ser una manera de pasar por encima del Bakufu?

—Muy bien pensado —le dijo sir William complacido, pues ya había llegado a la misma conclusión mucho antes de que Tyrer la expusiera—. Phillip, creo que voy a volver a redactar la carta. Regrese dentro de una hora. Lo ha hecho muy bien.

—Gracias, señor. —Le habló entonces de la transformación de Nakama—. Creo que si lo convencemos de que se vista como un

europeo se volverá cada vez más manejable. Por supuesto, mientras tanto él me seguirá dando clases de japonés y yo de inglés.

—Qué idea tan buena, Phillip.

—Gracias, señor, lo haré enseguida. ¿Puedo enviar la factura a nuestro contable?

De pronto desapareció el buen humor de sir William.

—No nos sobra el dinero, Phillip, y el tesorero… Bueno, de acuerdo. Pero solo un traje. Usted es responsable de que la factura sea exigua.

Tyrer se marchó rápidamente; cuando acabó de escribir la carta, decidió acompañar a Hiraga al sastre chino que se encontraba al final de la calle.

Por las tardes, High Street estaba poco concurrida. La mayoría de los hombres estaban en sus oficinas, durmiendo la siesta o en el club. Unos cuantos borrachos se habían apiñado junto al muelle para protegerse del viento que seguía soplando con fuerza. Aquella tarde se había organizado un partido de fútbol entre el ejército y la marina y a Tyrer le apetecía mucho más que la cita que tenía acordada con Jamie McFay para después del sastre.

—McFay es el director de la compañía Struan en Japón; Nakamasan, no sé cómo te ha descubierto y se ha enterado de que hablas inglés. Puedes confiar en él.

—*So ka?* ¿Struan? ¿El hombre que se va a casar?

—Ah, veo que los criados te han hablado de la fiesta de compromiso. No, McFay es el director y el que se va a casar es Mr. Struan, el tai-pan. Mira, ahí está su edificio, con el almacén, las oficinas y la vivienda.

—*So ka?* —Hiraga miró el edificio. «Parece bastante difícil de atacar o de entrar a escondidas», pensó. Las ventanas del piso de abajo tenían barrotes—. Ese Struan, y su mujer, ¿vivir aquí?

Tyrer estaba pensando en Fujiko y repuso distraído:

—Struan sí, pero ella no lo sé. En Londres ese edificio no sería nada en comparación con las casas que hay. Londres es la ciudad más rica del mundo.

—¿Más rica que Yedo?

Tyrer rio.

—Más rica que veinte, o cincuenta Yedos. ¿Cómo se dice en japonés?

Hiraga se lo dijo, mientras asimilaba todo lo que oía, sin creer lo de Londres y pensando que casi todo lo que le contaba Tyrer no eran más que mentiras para confundirlo.

En ese momento pasaban al lado de los pabellones utilizados como legaciones, mientras se abrían paso entre la basura.

—¿Por qué banderas ser diferentes, por favor?

Tyrer quería hacer prácticas de japonés, pero cada vez que empezaba a hablar, Hiraga le respondía en inglés y le hacía otra pregunta. Aun así, le explicó:

—Esos edificios son legaciones; esa es la rusa, esta la norteamericana, esa de allí es la francesa y aquella es prusiana. Prusia es una nación muy importante en el continente…

—Ah, cuánto siento. ¿Tener un mapa der mundo, por favor?

—Pues sí, estaría encantado de enseñártelo.

Un destacamento de soldados se acercó y pasó a su lado sin fijarse en ellos.

—Esos hombres ser de Prushah —Hiraga pronunció la palabra con cuidado—. ¿Ellos también en guerra con franceses?

—A veces. Es un pueblo muy guerrero, siempre están en guerra con alguien. Ahora tienen un rey nuevo y su partidario más importante es un príncipe llamado Bismarck, que intenta reunir a todos los pueblos de habla alemana para formar una nación y…

—Por favor, cuánto siento, Taira-san, no tan rápido, ¿sí?

—*Ah gomen nasai*. —Tyrer se lo repitió más despacio, y respondió a más preguntas sin dejar de sorprenderse de la curiosidad de su protegido. Volvió a reírse—. Tenemos que hacer un pacto. Dedicaremos una hora a hablar de mi mundo en inglés, otra del tuyo también en inglés, y una hora en japonés. *Hai?*

—Hai. Domo.

Cuatro jinetes que se dirigían a la pista de carreras pasaron a su lado, saludaron a Tyrer y miraron a Hiraga con curiosidad. Tyrer les devolvió el saludo. En el otro extremo de High Street, unas filas de trabajadores empezaban a pasar por la aduana, bajo la mirada atenta de los samuráis, transportando la carga que acababan de traer los barcos.

—Más vale que nos demos prisa para no mezclarnos con esa gente —dijo Tyrer, tras lo cual cruzó la calle, sorteando los excrementos de caballo. De pronto se detuvo y saludó a alguien con la mano. Acababan de pasar frente a la legación francesa. Angélique estaba junto a la ventana del piso inferior, con las cortinas descorridas. Le sonrió y le devolvió el saludo. Hiraga fingió que no se había dado cuenta de que ella los había estado observando.

—Esa es la dama con la que se va a casar Struan —dijo Tyrer, reanudando la marcha—. Es hermosa, ¿no te parece?

—*Hai*. Esa ser su casa, ¿sí?

—Sí.

—Buenas noches, Mr. McFay. Ya está todo cerrado con llave.

—Gracias. Buenas noches, Vargas. —McFay reprimió un bostezo y siguió escribiendo en su diario, la última tarea del día. La mesa estaba despejada salvo por los periódicos de las últimas dos semanas que aún no había leído. La bandeja donde ponía la correspondencia lista para enviar estaba llena a rebosar, con los pedidos, las facturas, las respuestas a las cartas que había recibido aquel mismo día; todo a punto para ser recogido al amanecer cuando volviera a empezar la faena del día.

Vargas se rascó la picadura de una pulga, algo bastante habitual en Asia, y depositó la llave de la cámara acorazada en la mesa.

—¿Quiere más luz?

—No gracias, ya casi he terminado. Hasta mañana.

—Los Choshu tienen que venir mañana, para lo de las armas.

—Sí, no lo he olvidado. Buenas noches.

Oyó un golpeteo en una de las persianas. Cuando miró el reloj, vio que eran casi las diez. Una hora tarde. «Da igual, en Asia el tiempo transcurre de otra manera».

Sin prisa, se levantó, guardó el pequeño revólver en el bolsillo lateral de la levita, se dirigió a la puerta de su despacho y giró la llave. Afuera había dos mujeres encapuchadas y envueltas con unos mantos, acompañadas por un criado. Tras hacer una reverencia, McFay las invitó a entrar y entregó unas cuantas monedas al hombre, que hizo otra reverencia y se marchó por el callejón lateral que conducía a Yoshiwara.

McFay volvió a cerrar la puerta con llave.

—*Heya*, Nemi, estás muy guapa, *neh?* —Sonrió y abrazó a una de las mujeres.

La muchacha le sonrió por debajo de la capucha. Era la *musume* de McFay desde hacía un año.

—*Heya*, Jami-san, tú estar bien, *heya?* Esta *musume* ser mi hermana, Shizuka. Bonita, *neh?*

Con gestos nerviosos, la otra muchacha se retiró la capucha y sonrió con timidez. McFay suspiró aliviado al ver que Shizuka era tan joven como Nemi e igual de atractiva y lozana.

—*Hai!* —dijo él, y ambas se mostraron aliviadas al comprobar que habían superado la primera prueba. Era la primera vez que McFay concertaba una cita con una muchacha para otra persona. Le había pedido a Nemi que se asegurara de que la mama-san comprendiera que la muchacha era para el tai-pan y, por lo tanto, tenía que ser alguien especial. Ambas muchachas tenían unos veinte años, casi no le llegaban al hombro, y se habían tranquilizado un poco a pesar de que sabían que todavía no habían salvado el verdadero obstáculo.

—Shizuka, encantado de conocerte. Tai-pan ser hombre número uno —dijo con amabilidad, y luego, dirigiéndose a Nemi, se tocó la parte del cuerpo donde Struan tenía la herida, y dijo—. ¿Sabe lo de la herida, *neh*?

Nemi asintió, mostrando unos dientes brillantes.

—*Hai*, yo expricar, Jami-san. *Dozo*, ¿dejar abrigo aquí o arriba?

—Arriba.

Mientras las acompañaba por las escaleras iluminadas con lámparas de aceite, Nemi charlaba con la muchacha que no dejaba de mirar a su alrededor. De vez en cuando, McFay llamaba a Nemi para que fuera a dormir con él. Poco antes del alba, el criado la iba a buscar y la acompañaba a la casa alquilada por McFay en los jardines de la posada de la Gran Alegría. Tras varios días de regateo, había accedido a pagar diez soberanos de oro por el alquiler de la casa durante cinco años; otros diez soberanos por el contrato de Nemi por el mismo tiempo, además de los extras, correspondientes a la compra de un kimono nuevo cada mes, la peluquería, la criada personal, la comida y el sake.

—Pero mama-san, ¿qué pasa si se incendia la casa, *heya*? —le preguntó, sorprendido de verse a sí mismo aceptar semejante precio a pesar de que el tipo de cambio beneficiaba a los extranjeros y casi todos los meses les hacía ganar hasta un 400 por ciento. Por consiguiente, casi todos tenían uno o dos caballos, bebían champán a su antojo y, sobre todo, McFay se aseguraba así de que los gastos de Nemi no iban a costarle más de unas cuantas libras al año.

La mama-san se quedó perpleja.

—Construir casa nueva. Tú pagar mitad precio, ser justo, *neh?*

Nemi, que asistía a las últimas negociaciones, se había reído.

—Haber mucho fuego en casa, Jami-san, mucho jig-jig, *neh?*

Cuando McFay llegó al final de las escaleras, la volvió a abrazar, feliz, simplemente porque Nemi había demostrado que valía todo lo que había pagado por ella al procurarle tanta paz y placer. En el rellano, Nemi se quitó el manto y le indicó a la muchacha que hiciera lo mismo. Llevaban unos hermosos kimonos y el cabello adornado con unas peinetas en forma de mariposa. Satisfecho, McFay llamó a la puerta.

—Adelante.

Malcolm Struan estaba sentado en una silla, con un cigarrillo entre los dedos. Aunque elegante con su camisa de dormir, se sentía

turbado.

—Hola, Jamie.

—Hola, tai-pan. —Las dos muchachas hicieron una reverencia respetuosa. McFay ignoraba que en Yoshiwara casi todo lo referente a Malcolm Struan, al igual que lo referente a él y a la mayoría de los gai-jin, era de dominio público y el motivo de constantes cotilleos. Todos estaban al corriente de su riqueza, de que acababa de heredar el cargo de tai-pan, de las circunstancias de su herida y de su próxima boda.

—Le presento a Shizuka, que se quedará con usted. El criado llegará poco antes del amanecer, como ya le he dicho. Ya les avisaré. A lo mejor se muestra un poco tímida pero, bueno, no habrá ningún problema. Esta es mi *musume*, Nemi. Me pareció que, eh, al ser la primera vez, sería mejor traerla para suavizar un poco las cosas.

Ambas muchachas volvieron a hacer una reverencia.

—*Heya*, tai-pan —dijo Nemi, con pleno dominio de sí misma, encantada de conocerlo y segura de no haberse equivocado con Shizuka—. Shizuka ser hermana mía, *musume* buena, *heya!* — Asintió varias veces y dio un ligero empujón a Shizuka. La muchacha se le acercó, vacilante, se arrodilló e hizo otra reverencia.

—Si me necesita, estaré en mis aposentos.

—Gracias, Jamie.

McFay cerró la puerta con cuidado y recorrió el pasillo. Su apartamento estaba muy ordenado, era masculino y confortable. Constaba de tres habitaciones: un salón, un dormitorio, otro para huéspedes, todos con su chimenea, y un cuarto de baño. En el aparador había una bandeja con fiambres, pan recién hecho y lo que a ella más le gustaba, una tarta de manzana, además del sake y el whisky Loch Vey, de la destilería de Struan.

En cuanto se cerró la puerta, ella se puso de puntillas y lo besó con avidez.

—No verte desde hace seis días, ¡primero cama, después baño! —dijo, alterando el orden habitual. A McFay se le encogió el corazón a pesar de que no tenía ninguna prisa.

Ella le cogió la mano, lo acompañó al dormitorio y casi lo tiró sobre la cama. Se arrodilló para quitarle las botas y empezó a desnudarlo, mientras charlaba en un pidgin confuso. Le decía que en Yoshiwara había mucho trabajo, que el Mundo Flotante prosperaba, que no debía preocuparse por Shizuka, era cara pero la mejor, y que había oído algo de una guerra y, por favor, no querían una guerra, solo trabajar, y que tenía un kimono nuevo lleno de carpas que traían buena suerte y que le había salido un poco caro…

—Pero *ichiban*, Jami-san, a ti gustar mucho. ¡A cama!

Obediente, McFay se acostó en la cama de cuatro columnas. La noche era perfecta, no hacía ni demasiado frío ni demasiado calor. Nemi se desató los obi, se quitó el kimono y la ropa interior. Sin avergonzarse de su desnudez —igual que todas las *musume*, pues era una de las muchas características que las distinguía de las demás mujeres y que asombraba a McFay como a todos los demás —, empezó a quitarse las peinetas del cabello, que, al soltarlo, cayó hasta la cintura. Después se dirigió triunfante hacia el cuarto de baño para disfrutar del primer placer de la noche.

Se sentó en el retrete y tiró de la cadena. El agua descendió por la taza de porcelana con estruendo y, como siempre, Nemi aplaudió con regocijo.

La primera vez que lo vio, no podía creerlo.

—¿Dónde ir agua? —preguntó con desconfianza. A pesar de que McFay se lo había explicado e incluso dibujado, ella seguía sin creerlo hasta que él le enseñó las tuberías y la llevó al jardín donde estaba la boca de la fosa séptica. Todas las tuberías, los tanques de agua, calentadores, retretes, lavabos, pilas, la grifería y las tres bañeras habían sido importados de Gran Bretaña, Hong Kong y Shanghái, donde empezaban a fabricarse muchas piezas para los extensos mercados de la India y Asia.

Nemi le había rogado que le permitiera enseñárselo a sus amigas. Muy ufano, McFay asintió; se trataba de la primera instalación en todo Japón, muy a pesar de sir William y la rabia de Norbert Greyforth. Ahora había unas cuantas réplicas, aunque no

todas funcionaban ni tenían agua caliente, por lo que el edificio Struan disponía del mejor cuarto de baño, del más moderno, un auténtico cuarto de baño inglés.

Por lo tanto, las visitas de algunos privilegiados para conocer el cuarto de baño de Jami-san pronto se convirtieron en una de las actividades más codiciadas de Yokohama. Las *musume* acudían haciendo reverencias y soltando resoplidos, mientras tiraban de la cadena en medio de gritos de asombro y de aplausos.

Nemi se lavó las manos. Suspiró satisfecha y se deslizó entre las sábanas.

Phillip Tyrer estaba agotado y casi dormido. Fujiko soportaba su peso sin quejarse hasta que empezó a moverse con cuidado para salir de la cama.

—*Iyé, matsu*. No, no te muevas —murmuró Tyrer.

—«Solo quiero coger una toalla, Taira-san. Una toalla, ¿comprendes?».

—«Ah, sí. Comprender toalla. Tú quedarte aquí, ir yo…».

—«Oh no, me harías quedar mal, es mi obligación. Déjame ir, por favor… Pórtate bien».

Ella se rio cuando él se acurrucó a su lado y la retuvo. Sin embargo, ella era una mujer hábil que conocía bien su oficio, así que esperó. La habitación estaba tranquila. Afuera hacía una noche desapacible. El viento agitaba los árboles y los arbustos. Una corriente de aire que no llegaba a ser fría ni desagradable entraba por las ventanas correderas. La lámpara de aceite parpadeaba.

Fujiko salió de la cama sin perturbarlo y se dirigió al pequeño cuarto de baño donde estaba la bañera de madera, llena hasta los topes de agua caliente, colocada encima de una parrilla de madera para que el agua corriera cuando se quitaba el tapón. Había jabón perfumado, un orinal y toallas limpias. Rápidamente cogió una toalla húmeda y se secó.

Al regresar a la habitación, Fujiko llevaba una toalla caliente para Tyrer. Mientras lo limpiaba, él tenía los ojos cerrados y casi gemía de placer, a pesar de la vergüenza que le daba que ella se lo hiciera a él en lugar de él a ella.

—«Ah, Fujiko-chan, eres maravillosa».

—«No, el placer es mío» —dijo ella. Ya había superado la sorpresa y el sofoco que le producían las costumbres de los extranjeros. No se bañaban casi nunca, los placeres de la cama les producían un sentimiento de culpa y de vergüenza, eran sorprendentemente posesivos y solían enfurecerse porque ella tenía más clientes. «Vaya estupidez, ¿acaso ellos no son también clientes?». Se giraban, sonrojándose, cuando ella se desnudaba delante de ellos para que disfrutaran; se tapaban cuando solo estaban medio desnudos, pues preferían fornicar en la oscuridad cuando todo el mundo sabía que parte del placer estaba en poder ver, estudiar y observar. O bien se morían de vergüenza cuando ella intentaba alguna variación para evitar el tedio o para alargar y hacer más intensos los momentos con los Dioses, la hora de las Nubes y la Lluvia.

Los maravillosos dedos de Fujiko se movían con suavidad y él se dejó llevar, casi sin creer la suerte que tenía, orgulloso de su actuación y de que ella hubiera tenido por lo menos tres orgasmos cuando él solo tuvo uno. «No me importa si mañana Fujiko se va a su pueblo, cerca de Yedo, para ver a su abuelo enfermo».

—«… Pero solo se irá unos días, Taira-san» —le había dicho Raiko.

—«Ah, cuánto lo siento, Raiko-san. Por favor, ¿cuántos días fuera?».

—«¿Cuántos días estará fuera? Solo tres».

—«Ah, gracias. ¿Cuántos días estará fuera?» —repitió Tyrer, pues le había pedido a Raiko y a Fujiko que lo corrigieran.

«Tres días, tendré tiempo para recuperarme. Dios mío, esto es lo mejor de todo. Me pregunto qué sucederá cuando los roju reciban nuestra carta. Estoy seguro de que mis consejos son acertados y de

que Nakama dice la verdad. Tengo muchas cosas que agradecerle, sir William estaba encantado, y en cuanto a Fujiko…».

Adormecido por el masaje, pensaba en Nakama y en ella, en su estancia en Japón, en lo diferente que era todo y en sus estudios de japonés. Le venían a la cabeza palabras y frases inconexas. Le resultaba difícil acostumbrarse a la dureza del futón, acostado boca abajo, mientras disfrutaba de la proximidad de Fujiko. «¡Qué cansado estoy! No puedo soportar la idea de "los demás clientes" —pensó—. Tengo que hacerla mía, solo mía. Mañana le pediré a André que me ayude».

Sin girarse, alzó la mano y la colocó sobre su muslo. Tenía una piel hermosa y suave como la seda.

«¿En qué pensaba? Ah, sí, los roju. Les daremos su merecido. Es terrible que hayan disparado al barco correo, tenemos que conseguir que el paso por Shimonoseki sea seguro y si no lo hace el maldito Bakufu, tendremos que ser nosotros los que eliminemos esas baterías. Tengo que andar con cuidado con Nakama cuando hable de ese tema, no debo olvidar que él también es de Choshu. ¿Podría utilizarlo como intermediario? Y si los roju no están dispuestos a tratar con los Satsuma tendremos que aplastarlos nosotros. ¡Qué descaro el del daimio cuando dijo que no podía encontrar a los asesinos de Canterbury! ¡Si esos bastardos habían salido de sus propias filas! Yo mismo vi cómo le cortaban el brazo a Canterbury y la sangre que brotaba a chorros…».

Los dedos de Fujiko se detuvieron.

—«¿Qué te pasa, Taira-san?».

Sin darse cuenta de lo que hacía, Tyrer la abrazó, procurando borrar de su mente las imágenes del Tokaidō. Cuando dejó de temblar, se recostó, la acercó a él y la estrechó entre sus brazos, reconfortado por el calor de su cuerpo, amándola y agradecido de estar con ella, mientras esperaba que las terribles imágenes desaparecieran de su mente.

Ella no se movió; también esperaba, sin pensar en él sino en que una vez más los gai-jin demostraban ser muy extraños, más allá de

su comprensión. Estaba incómoda en esa posición pero se alegraba de que la primera explosión se hubiera producido correctamente y de que el cliente hubiera quedado satisfecho. Ahora ya podía estar segura de que merecía los honorarios suplementarios.

Cuando aquella mañana Raiko había asignado las citas, la mama-san le había dicho que le subía la tarifa:

—Solo con Taira, porque tendrás más trabajo. Recuerda que puede ser un pez gordo, Fujiko, un cliente a largo plazo, mucho mejor que Kant-er-bury-san, pero solo si tenemos cuidado y le agradas. El francés me ha dicho que es un funcionario importante, así que haz todo lo posible para que esté contento. Habla con él solo en japonés, no en pidgin; conviértete en su maestra, anímalo, y recuerda que es muy tímido y que no sabe nada, no le menciones a Kant-er-bury. Simularemos que tienes que irte fuera unos días, pero no te preocupes, mañana tengo dos clientes para ti, un gai-jin por la tarde y un hombre civilizado por la noche…

«Con un hombre generoso, en un año o dos podré pagar mis deudas y la vida será mucho más agradable si puedo escoger a mis clientes», pensó. Feliz, olvidó el presente, como solía hacer cuando estaba trabajando, para imaginar el futuro donde viviría con su marido, un granjero rico, y cuatro o cinco hijos. Veía la granja rodeada de campos de arroz, con abundantes brotes en invierno o con plantaciones en primavera anunciando otra abundante cosecha. Su suegra sería amable con ella y la querría, tendría uno o dos bueyes uncidos a un arado, flores en el jardín y…

—«Ah, Fujiko. Muchas gracias. ¡Eres maravillosa!».

Ella se acurrucó a su lado y alabó su fuerza y virilidad.

—«¿Qué?» —preguntó medio dormido. Ella le respondió deslizando la mano debajo de la sábana y él se retrajo—. «No, Fujiko, por favor, antes dormir. No… por favor, después…».

—«Oh, pero un hombre tan fuerte como tú…» —murmuró y, ocultando su tedio, prosiguió su trabajo.

Ori bostezó y se alejó del agujero por el que había estado espiando.

—Ya he visto suficiente —susurró—. Da asco.

—Estoy de acuerdo. —Hiraga hablaba en voz baja—. Es terrible. Nunca había visto una actuación tan mala como la de Fujiko. *Baka!*

—Si yo fuera Taira exigiría que me devolvieran el dinero.

—Estoy de acuerdo. *Baka!* Ella no habrá acabado con él hasta dentro de unas horas y, en cuanto a él… Solo una vez en la primera posición y ¡hay que ver con qué urgencia! Diez empujones y, puf, por encima de la luna como un pato.

Ori tuvo que taparse la boca para contener la risa y luego, con cuidado, metió unos trozos pequeños de papel en los agujeros que habían hecho en uno de los extremos de la pared. Ambos se alejaron entre los arbustos hacia la puerta secreta de la valla y desde allí se dirigieron a la casa de Ori.

—¡Sake!

La criada, medio dormida, les trajo una bandeja, les sirvió y se alejó arrastrando los pies, procurando no mirarles la cabeza. Los dos brindaron y volvieron a llenar los vasos. Era una habitación pequeña y agradable, iluminada con velas; el futón estaba en la habitación de al lado; las espadas en unos estantes de laca, pues Raiko había hecho caso omiso de la ley que prohibía las armas en Yoshiwara porque eran shishi y porque los dos habían jurado por *sonno-joi* que no utilizarían las armas contra ninguna de las personas que se encontraban en la casa, ni siquiera los clientes, y solo lo harían en caso de defensa propia.

—No puedo creer que Taira se lo haya tragado cuando ella fingió el momento con los Dioses, ¡y tres veces! Lo hizo fatal. ¿De veras es tan estúpido?

—Es evidente que sí. —Hiraga rio y se rascó las sienes y la nuca —. Caramba, con el tamaño de su arma podría haberla hecho chillar de placer. ¿Los gai-jin están todos tan bien dotados?

—Qué más da. En su caso es un desperdicio.

—¡Qué falta de arte! ¿Qué te parece si le regalo un libro erótico como si fuera una novia virgen?

—Será mejor matarlo a él y a los demás y luego incendiar la colonia.

—Ten paciencia, ya lo haremos. Hay tiempo de sobra.

—Es un blanco perfecto, es una oportunidad única —dijo Ori, con la voz cortante.

Hiraga lo observó y de pronto desapareció su anterior calidez.

—Sí, pero ahora no, es demasiado importante.

—Tú mismo has dicho que si logramos enfurecerlos bombardearán Yedo y eso sería maravilloso para nuestra causa.

—Sí, tienes razón, pero nos sobra tiempo. —Hiraga no compartía las preocupaciones de Ori e intentaba calmarlo, obligándolo a controlarse—. Taira está respondiendo a todas mis preguntas. Por ejemplo, yo no sabía que los gai-jin están luchando entre ellos como perros salvajes; son peores que los daimios antes de Toranaga. ¿Verdad que el holandés nos lo había ocultado?

—Son una panda de mentirosos y de bárbaros.

—Sí, pero debe de haber mucha información como esa que nos abrirá el camino para jugar con ellos y dominarlos. Tenemos que averiguarlo todo, Ori, y después, cuando formemos parte del nuevo Bakufu, enemistaremos a los alemanes con los rusos, a los franceses con los británicos, y a los norteamericanos…

Hiraga se estremeció al recordar lo poco que le había contado Tyrer acerca de la guerra civil, las batallas, las armas modernas, los ejércitos de cientos de hombres armados y la inmensidad de las tierras gai-jin.

—Esta tarde me dijo que la marina británica domina todos los océanos del mundo, que es dos veces más grande que las otras dos marinas que le siguen juntas, con cientos de guerreros y miles de cañones.

—Es todo mentira. Exagera para asustarte. Tanto él como todos los demás quieren intimidarnos. ¡Y él también quiere conocer nuestros secretos!

—Solo le digo lo que creo que debería saber —repuso Hiraga irritado—. Ori, ¡tenemos que averiguar más cosas sobre ellos! Esos perros han conquistado casi todo el mundo; han humillado a China y quemado Pekín, y este año los franceses se han convertido en los señores de Cochin-China y están dispuestos a colonizar Camboya.

—Sí, pero los franceses enfrentaron a los príncipes nativos igual que lo hicieron los británicos en la India. En Japón es diferente; esta es la tierra de los dioses. Por muchos cañones que tengan, nunca nos conquistarán. —Ori hizo una mueca extraña—. Incluso si consiguen engatusar a algunos daimios, incluso así, los masacraremos.

—No sin sus cañones y conocimientos.

—Sí que lo haremos sin cañones, Hiraga-san.

Hiraga se encogió de hombros y sirvió más sake. Había muchos shishi que compartían el fervor de Ori y olvidaban a Sun-tzu: «Conoce a tu enemigo como te conoces a ti mismo y vencerás cien batallas».

—Espero que tengas razón. Entretanto, intentaré averiguar todo lo que pueda. Taira me ha prometido que mañana me enseñará un mapa del mundo. Dice que se llama «atras».

—¿Cómo sabrás que no es falso? ¿Que no se lo ha inventado?

—No creo que pueda falsificar un mapa. A lo mejor consigo una copia y nos lo pueden traducir, y también algún libro de texto. —Hiraga empezaba a animarse—. Taira me dijo que en las escuelas enseñan a contar de una manera distinta a la nuestra y tienen unas medidas astronómicas, llamadas «ratitud» y «rongitud», que utilizan para orientarse en los océanos y a unos mil *ri* de la costa con una exactitud increíble. ¡Es *baka* saber tan poco! ¡Es *baka* no saber leer en inglés!

—Aprenderás —dijo Ori—. Yo nunca lo haré. Tú formarás parte del nuevo gobierno, yo no.

—¿Por qué dices eso?

—Yo creo en *sonno-joi*. Ya he compuesto mi poema de la muerte y lo he recitado. Lo hice con Shorin la noche del ataque. Es *baka* que

lo hayan matado tan pronto. —Ori vació el vaso, se sirvió lo último que quedaba y pidió otra botella. Miró a Hiraga fijamente—. Me he enterado de que tu señor Ogama está dispuesto a perdonar a todos los shishi de Choshu que renieguen públicamente de *sonno-joi*.

Hiraga asintió.

—He recibido una carta de mi padre en la que me lo comunica. Eso no significa nada para nosotros, los shishi de Choshu.

—Hay rumores de que Ogama está en posesión de las puertas y ha excluido a todos los demás. Incluso dicen que está en guerra con los Satsuma.

—A veces los daimios cometen errores —dijo Hiraga. No le gustaba el tono que iba adquiriendo la conversación y vio que con el alcohol Ori se volvía pendenciero. Aquella noche Raiko ya le había advertido que Ori parecía un volcán en erupción—. Hace tiempo, todos acordamos que los actos y los errores de nuestros jefes hereditarios no debían comprometernos.

—Si Ogama domina las puertas podría restituir el poder al emperador y hacer que *sonno-joi* sea un hecho.

—A lo mejor lo hará; a lo mejor ya lo ha hecho.

Ori apuró el vaso.

—Cuando me vaya de Yokohama me alegraré. Hay veneno en el aire. Será mejor que me acompañes a Kioto. Este nido de mentirosos podría infectarte.

—Sin mí no correrás tanto peligro. Incluso con el cabello largo me podrían reconocer.

De pronto, una ráfaga de viento sacudió el techo de paja y agitó una persiana. El sake los había relajado, pero no había disipado el mar de fondo. Les sobrevenían imágenes de la muerte y de la red que se tejía a su alrededor, de la emboscada al shōgun Nobusada, de Shorin y Sumomo y, sobre todo, de la muchacha gai-jin. A pesar de que Hiraga no la había mencionado y Ori tampoco había preguntado, ambos daban vueltas alrededor de ese punto central, impacientes e indecisos.

Ori fue el primero en romper el silencio.

—Cuando Akimoto llegue mañana, ¿qué le vas a contar?

—Todo lo que sabemos. Él te acompañará a Kioto.

—No, será mejor que se quede aquí. Necesitarás un guerrero.

—¿Por qué?

Ori volvió a encogerse de hombros.

—Dos es mejor que uno. Ahora —dijo sin rodeos—, dime dónde está la muchacha.

Hiraga le dio una descripción exacta del lugar.

—No había barrotes en las ventanas ni en la puerta lateral.

Llevaba todo el día pensando en qué iba a hacer con Ori. Si Ori entraba en la casa y la mataba, la colonia entera se alborotaría y vertería su rabia sobre los japoneses que estuvieran más cerca de ellos.

—Estoy de acuerdo en que es un buen blanco para *sonno-joi*, pero todavía no ha llegado el momento, no mientras ellos me acepten y yo pueda acceder a sus secretos.

—Hay que aprovechar un blanco tan perfecto como ese sin dilación. Katsumata dice que cuando se duda, se pierde. Podemos descubrir esos secretos en los libros.

—Ya te lo he dicho: no estoy de acuerdo.

—Después de que yo la mate, entre los tres podemos incendiar el Yoshiwara y, por lo tanto, la colonia, y luego retirarnos en medio de la confusión. Lo haremos dentro de dos días.

—No.

—¡He dicho que sí! Dentro de dos o tres días, ¡no más!

Hiraga lo pensó con detenimiento y frialdad. Entonces volvió a resolver:

—Lo prohíbo.

Ori comprendió el tono decisivo de sus palabras. Era la segunda vez en pocos días y en ambas ocasiones había sido por culpa de *ella*.

XXII

Viernes, 17 de octubre

En el castillo de Yedo, Misamoto —el pescador y espía de Yoshi— temblaba arrodillado ante el consejo de regentes, con la carta de sir William en la mano. A su lado estaba un funcionario del Bakufu.

—¡Habla, pescador! —repitió Anjo, el jefe de los regentes—. Aunque no entiendas todo lo que dice, queremos saber si el funcionario del Bakufu lo tradujo bien. ¿Lo hizo? ¿Exactamente?

—Bueno, más o menos sí, mi señor —balbuceó Misamoto. Estaba tan asustado que apenas podía hablar—. Sí, más… o…

—¿Qué te pasa? ¿Tienes algas en la lengua, despojos de pescado en el cerebro? ¡Date prisa! El señor Toranaga dice que sabes leer en inglés, ¡lee!

Una hora antes, un funcionario del Bakufu había despertado a Anjo para entregarle la respuesta de sir William. Rápidamente, Anjo había convocado una reunión con el consejo en la que el funcionario volvió a traducir la versión en holandés.

—¿Qué dice la carta en inglés?

—Bueno, señor, sí, está… —Una vez más, Misamoto se quedó sin habla.

Anjo, exasperado, miró a Yoshi.

—Este cabeza de pescado es tu espía —dijo con voz gélida—. Fuiste tú el que propuso llamarlo, así que por favor, oblígalo a hablar.

—Dinos lo que dice la carta, Misamoto —dijo Yoshi con amabilidad, aunque por dentro le carcomían la frustración y la rabia —. Nadie te hará daño. Dínoslo. Queremos saber la verdad.

—Bueno, mi señor, más o menos es lo mismo que dijo el funcionario. Pero esta carta… no entiendo todo lo que dice, mi señor, algunas palabras… Bueno… —Tartamudeaba al hablar y tenía el rostro contorsionado por el miedo.

Yoshi esperó un momento.

—Sigue, Misamoto, no tengas miedo. Di la verdad, sea lo que sea. Nadie te hará daño. Necesitamos saber la verdad.

—Pues, mi señor, el jefe de los gai-jin —continuó Misamoto tartamudeando— dice que irá a Osaka dentro de once días, como dijo el funcionario, pero no para hacer una «visita ceremonial»… —Se detuvo, aterrorizado, y luego dijo bruscamente—. No está nada contento; en realidad, está muy enfadado; dice que irá a Osaka con su flota y desde allí a Kioto, con los cañones, la caballería y los soldados, para ver al Hijo del Cielo y al señor shōgun. Incluso menciona sus nombres, mi señor; dice el emperador Komei y el shōgun Nobusada.

Todos se quedaron atónitos, incluso los guardias, a pesar de que solían mostrarse impasibles y se suponía que no debían escuchar las conversaciones. Misamoto apoyó la cabeza en el tatami y se quedó inmóvil.

Yoshi señaló al funcionario del Bakufu, que palideció al ver que todos dirigían sus miradas hacia él.

—¿Es cierto?

—¿Se refiere a la visita ceremonial, mi señor? Para unos oídos tan venerables como los suyos, es la traducción correcta… El estilo de los bárbaros es vulgar y grosero y, a mi parecer, hay que interpretarlo como una visita ceremonial…

—¿Menciona la caballería, los cañones y todo lo demás?

—En principio, mi señor, la carta…

Ante el asombro de todos, Yoshi casi gritó:

—¿Sí o no?

El funcionario tragó saliva, espantado porque era la primera vez en su vida que lo obligaban a responder de un modo tan directo,

horrorizado porque lo estaban desafiando, sin respetar los modales y las reglas de la diplomacia.

—Lamento informarles que, en principio, sí que los menciona, pero estoy seguro de que semejante impertinencia es un error y…

—¿Por qué no has traducido lo que dice?

—Para unos oídos tan augustos como los suyos, mi señor, hay que interpretar…

—¿Menciona los nombres de esas personas tan augustas? ¿Sí o no?

—Sí, pero…

—¿Los caracteres con los que escribieron los nombres son correctos?

—Da la impresión, mi señor, de que los caracteres son…

—Ahora mismo quiero que me escribas una traducción exacta de la carta. —Yoshi habló con suavidad, pero era patente la violencia que yacía detrás de sus palabras—. ¡Exacta! Y de ahora en adelante quiero que todos los comunicados que nos envíen, y los que nosotros les enviemos a ellos, sean igual de exactos. ¡Exactos! Si llegas a cometer un solo error, tu cabeza rodará por un vertedero de basura. ¡Fuera de aquí! Misamoto, lo has hecho muy bien. Por favor, espera afuera.

Los dos hombres huyeron, mientras Misamoto maldecía su mala suerte y el día que accedió a acompañar a Perry a Japón, pues creyó que el Bakufu lo acogería y recompensaría por los conocimientos que había adquirido. El funcionario, por su lado, juraba vengarse de Yoshi y de ese pescador tan mentiroso antes de que el consejo hiciera efectiva la sentencia que él, un funcionario hábil e inteligente, no podría evitar.

Yoshi fue el primero en hablar, mientras intentaba con desesperación diseñar un plan para acabar con ese conflicto interminable.

—¡No podemos permitir que acudan a Kioto armados! Esto demuestra lo que os llevo diciendo desde hace tiempo: necesitamos

a hombres que hablen inglés, a traductores de confianza que siempre nos digan la verdad.

—No hace falta —intervino Toyama, temblando de rabia—. Esta impertinencia de los gai-jin no podría ser más insultante, casi viene a ser una declaración de guerra, y semejante provocación debe ser respondida con sangre. —Los guardias murmuraron entre ellos—. Es una declaración de guerra. Muy bien. Dentro de tres o cuatro días encabezaré un ataque sorpresa a la colonia y acabaré de una vez por todas con estas tonterías.

—Eso sería *baka*. No nos atrevemos. *Baka!* —repitió Anjo, sobre todo para que lo oyeran los guardias, ya que no le hubiera sorprendido que uno de ellos fuera un admirador de los shishi o un partidario de *sonno-joi*—. Cuántas veces he de decir que, de momento, no habrá ningún ataque, ni siquiera un ataque sorpresa.

Toyama enrojeció de rabia.

—Yoshi-chan —dijo—, podemos aplastarlos y quemar Yokohama, ¿verdad que podemos hacerlo? No puedo soportar semejante humillación, ¡es demasiado!

—Tienes razón, claro que somos capaces de destruir Yokohama sin ningún problema, pero Anjo-dono también tiene razón; no podemos con su flota. Propongo que sigamos igual que antes —dijo Yoshi simulando una calma que no sentía—, les daremos sopa sin pescado; les propondremos celebrar una reunión con el consejo de regentes dentro de treinta días, negociaremos y dejaremos que reduzcan el plazo hasta ocho días, y luego lo retrasaremos todo lo que podamos.

—Solo me reuniré con esos perros en un campo de batalla.

Yoshi contuvo la rabia.

—Estoy seguro de que harás lo que decida el roju pero te propongo que en la reunión te sustituya un impostor: Misamoto.

—¿Cómo? —Todo el mundo se volvió a mirarlo.

—Será un sustituto perfecto.

—Ese pescador tan estúpido nunca podrá… —empezó a decir Anjo.

—Si se viste con un traje de gala y se le enseña a llevarlo, dentro de ocho días estará listo. Ahora ya se parece a un samurái a pesar de que no se comporte como tal. Por suerte no es tonto y está tan asustado que hará todo lo que le digamos y, lo que es aún más importante, nos dirá la verdad, cosa que últimamente parece escasear un poco. —Yoshi vio que Anjo enrojecía. Los demás hicieron ver que no se daban cuenta.

—¿Y qué más, Yoshi-chan?

—La reunión se celebrará aquí, en el castillo.

—¡De ninguna manera! —exclamó Anjo.

—Primero propondremos celebrarla en Kanagawa —Yoshi prosiguió irritado— y luego accederemos a reunirnos aquí.

—De ninguna manera —repitió Anjo, y los demás se mostraron de acuerdo con él.

—Utilizando el castillo como cebo podremos retrasar la reunión una vez más, quizá un mes. La curiosidad los corroerá, y solo les permitiremos entrar en los alrededores del castillo. ¿Y por qué no dentro del propio castillo? Tendríamos a todos los jefes de los gai-jin a nuestra merced. Podríamos tomarlos como rehenes pues su presencia aquí nos daría todo tipo de oportunidades para jugar con ellos.

Se quedaron mirándolo, perplejos.

—¿Tomarlos como rehenes?

—Es una posibilidad, entre otras —dijo Yoshi con paciencia, consciente de que necesitaba aliados en el conflicto que se avecinaba—. Debemos actuar con astucia y aprovecharnos de sus debilidades para luchar contra ellos, sin necesidad de recurrir a una guerra, al menos hasta que consigamos neutralizar su flota.

—¿Solo entonces? —balbuceó Adachi. Era el hombre más rico de todos y descendía de Toranaga igual que Yoshi—. ¿De veras crees que tendremos que soportar a esos perros hasta que dispongamos de una flota capaz de enfrentarse a la suya?

—O suficientes cañones como para mantenerlos alejados de la costa. Por tan solo uno o dos sacos de oro serían capaces de

matarse entre ellos para vendernos los medios que nos permitirían expulsarlos de la isla. Me he enterado de que unos emisarios de los Choshu están intentando comprarles armas.

—¡Qué perros! —Escupió Toyama enfurecido—. Otra vez los Choshu. Cuanto antes acabemos con ellos, mejor.

—Y con Satsuma —murmuró Anjo, y miró a Yoshi—. ¡Y con otros!

Yoshi no se dio por aludido ante la insinuación de su enemigo. «Da igual —pensó—, se acerca el día».

—Podemos enfrentarnos a todos nuestros enemigos, pero de uno en uno, no todos a la vez.

Toyama repuso con brusquedad:

—Propongo que ordenemos a todos los daimios aliados que suban los impuestos para comprar armas. Yo empezaré mañana mismo.

—Creo que sería más conveniente utilizar la palabra «aconsejar» —propuso Adachi con cautela. Unas flores delicadas decoraban las bandejas de laca que habían colocado delante de ellos. Tras vaciar su taza de té, Adachi reprimió un bostezo, aburrido, deseando irse a dormir—. Por favor, Yoshi-dono, sigue explicándonos tu plan. ¿Cómo vamos a votar si no conocemos todos los detalles?

—El día de la reunión, por desgracia, Anjo se pondrá enfermo. Ah, cuánto lo siento, como el roju no podrá asistir al completo, no podremos tomar ninguna decisión, aunque escucharemos e intentaremos llegar a un acuerdo. Y si no hay acuerdo, accederemos, con sumo respeto, a someter sus deseos al consejo lo antes posible, y lo retrasaremos una y otra vez, hasta volverlos locos, y hasta que sean ellos los que cometan un error en lugar de nosotros.

—¿Y por qué van a aceptar otro retraso? —quiso saber Anjo. Se alebraba de no tener que vérselas con los gai-jin; desconfiaba de Yoshi e intentaba descubrir sus verdaderas intenciones.

—Esos perros han demostrado que prefieren hablar antes que luchar, son unos cobardes —dijo Yoshi—. Aunque podrían

derrotarnos sin ningún problema, es evidente que no tienen agallas para hacerlo.

—¿Y si no acceden y ese mono inglés cumple con su amenaza y se va a Kioto? ¿Qué haremos? No podemos permitirlo, ¡de ninguna manera!

—Estoy de acuerdo contigo —repuso Yoshi con determinación—, eso significaría que habría una guerra, una guerra que acabaríamos perdiendo.

De pronto, Toyama dijo:

—Vale más luchar como hombres que convertirnos en esclavos, como lo han hecho los chinos, los hindúes y otras tribus bárbaras. —El anciano miró a Yoshi de soslayo—. Si desembarcan, ¿votarás a favor de una guerra?

—¡Inmediatamente! Impediremos cualquier intento de desembarcar por la fuerza.

—Muy bien. Entonces espero que desembarquen —dijo Toyama, satisfecho.

—Una guerra nos perjudicaría. Creo que podremos hablar con ellos y manipularlos para acabar con toda esta locura —dijo Yoshi con brusquedad—. Lo conseguiremos si somos lo suficientemente astutos. Entretanto, debemos pensar en otros asuntos más importantes, como Kioto y la manera de recuperar las puertas. Debemos encontrar un modo de conseguir oro para comprar armas y modernizar nuestras fuerzas así como las de nuestros aliados, sin permitir que también lo hagan Choshu, Tosa y Satsuma.

—Deberíamos declarar a Ogama fuera de la ley —propuso Toyama—. ¿Por qué no lo proscribimos y luego recuperamos las puertas?

—¡Atacarlo ahora sería *baka*! —le increpó Anjo con acritud—. No haría más que lanzarlo a los brazos de Satsuma y Tosa. —Se revolvió en la silla; se sentía incómodo, le dolían el estómago y la cabeza, y el médico chino que había consultado en secreto tampoco supo aliviarle los dolores que sufría constantemente—. Lo haremos del

siguiente modo: Yoshi-dono, por favor, redacta la respuesta a los gai-jin que aprobaremos en la reunión de mañana.

—De acuerdo. Pero me gustaría saber quién les está revelando nuestros secretos. ¿Quién es el espía de los gai-jin? Es la primera vez que mencionan al shōgun y al emperador. Alguien nos está traicionando.

—Encargaremos a todos nuestros espías que lo averigüen. Bien, mañana nos reuniremos como siempre; piensa en la respuesta a los gai-jin y acaba de trazar el plan. —Los ojos de Anjo se rasgaron—. Y encárgate de los últimos preparativos para el viaje del shōgun Nobusada a Kioto.

Yoshi palideció.

—Ya lo hemos discutido cientos de veces. En la última reun…

—¡Esa visita se hará! Irá por la carretera del norte en lugar de Tokaidō y bordeará la costa. Es más seguro.

—Como guardián me opongo por las razones que ya he explicado en varias ocasiones.

Toyama dijo:

—Será mejor que mi hijo vaya a Kioto. Pronto habrá una guerra. No podremos contener a nuestros guerreros durante mucho tiempo.

—No habrá ninguna guerra y tampoco se llevará a cabo la visita. Ambas cosas nos destruirían —repuso Yoshi enfadado—. A partir del momento en que el shōgun se humille, como pretende hacerlo Nobusada, perderemos todo nuestro poder. El legado dice que…

—El legado no pinta nada en esto —interrumpió Anjo.

—El legado de Toranaga es el único pilar que tenemos y no podemos…

—¡No estoy de acuerdo!

Conteniendo la ira, Yoshi empezó a levantarse, pero se detuvo cuando Anjo empezó a decir:

—Todavía nos queda un punto por tratar: el nombramiento inmediato del nuevo regente que ha de sustituir a Utani.

De pronto se produjo una gran tensión. Tras el asesinato de Utani, las legiones de espías y soldados no habían sido capaces de

capturar a los asesinos y, desde entonces, ninguno de los regentes lograba dormir en paz. Sobre todo Anjo, que todavía no había superado su propio intento de asesinato. A excepción de Yoshi, al que a veces Utani había apoyado, nadie lamentó su muerte, y menos aún Anjo, que se indignó cuando supo quién era el joven que murió con él y lo detestó todavía más por haberle robado uno de sus placeres.

—Ahora votemos.

—Deberíamos dejar un asunto tan importante para mañana.

—Cuánto lo siento, Yoshi-sama. Este momento es tan bueno como cualquier otro.

Adachi asintió.

—El consejo no puede tomar decisiones importantes si no estamos todos presentes. ¿A quién propones?

—Yo propongo formalmente a Zukumura de Gai.

A pesar del dominio que tenía de sí mismo, Yoshi no pudo contener una expresión de asombro. Se trataba de un daimio medio tonto, pariente y aliado de Anjo.

—Ya he expresado mi desaprobación hacia ese hombre. Hay decenas de hombres mucho mejores que él —repuso en el acto—. Habíamos acordado que sería Gen Taira.

—Yo no dije tal cosa —repuso Anjo con una sonrisa siniestra—. Solo dije que lo pensaría y eso fue lo que hice. Yo elijo a Zukumura. Y ahora votemos.

—No creo que sea aconsejable votar ahora…

—¡A votar! ¡Como ministro en jefe, tengo derecho a someterlo a votación! ¡A votar!

—¡Yo voto que no! —exclamó Yoshi, mientras dirigía una mirada furiosa a los otros dos hombres.

Adachi no le miró a los ojos, solo dijo:

—Gai ha sido el aliado de Mito desde Sekigahara. Yo digo que sí.

Toyama se encogió de hombros.

—Que sea lo que tú quieras.

Poco antes del amanecer, en la colonia, McFay se despidió de Nemi con un último beso y juntos recorrieron el pasillo que conducía a la habitación de Malcolm Struan. En cuanto McFay llamó a la puerta, esta se abrió y Shizuka salió y la cerró tras de sí con cuidado, sonrió con una expresión extraña y susurró algo a Nemi mientras esta cogía a McFay por el brazo y lo conducía hasta el rellano.

—¿Qué? ¿Malas noticias? —preguntó McFay nervioso. Antes de que la puerta se cerrara, había visto a Struan dormido, sin percibir nada anormal. Nemi lo ignoró y siguió interrogando a la muchacha.

La única respuesta que obtuvo a sus preguntas fueron más reverencias y sonrisas por parte de ambas, así que dio las gracias a Shizuka y las dos muchachas se marcharon acompañadas del criado.

Sin saber por qué, McFay estaba preocupado; se daba cuenta de que no le habían dicho toda la verdad. Regresó a la habitación de Struan, pero al ver que estaba durmiendo, se dirigió a su despacho para empezar a trabajar. Hasta las diez.

—Buenos días, doctor. Me alegro de verle. ¿Hay alguna novedad?

Hoag parecía consternado.

—Ah Tok me mandó llamar y acabo de ver a Malcolm, esa es la novedad. Tendría que haber consultado conmigo antes de… Santo Dios, Jamie. —Al ver que McFay se sonrojaba, el buen hombre añadió rápidamente—. Ya sé que él se lo pidió, solo que ojalá me lo hubiera preguntado antes; le habría dicho que era evidente que sería muy peligroso y que no debía intentarlo tan pronto, con esa herida sin cicatrizar… —Calló y se sentó—. Lo siento, pero necesitaba desahogarme.

—No se preocupe. ¿Tan mal está?

—No lo sé. Está orinando sangre y tiene fuertes dolores. Se ve que era una mujer muy enérgica; él se dejó llevar, y cuando llegó al orgasmo, dice que sintió una especie de espasmo en el estómago y como si se le agarrotara. Pobre hombre, a pesar de lo mucho que le duele, dice que valió la pena.

—¿Dijo eso?

—Sí, pero no le diga que se lo he contado. Le he dado un sedante para que duerma un par de horas. Volveré más tarde. —Hoag suspiró y se levantó de la silla—. He recibido otra carta de Mrs. Struan. ¿Y usted?

—Sí, más o menos con lo mismo de siempre. ¿Le dirá que se vaya a Hong Kong?

—Yo no puedo decirle que haga nada. Se irá cuando quiera; además, esta es la temporada de las tormentas. Hace bien en quedarse, a menos que tenga asuntos urgentes que atender en Hong Kong.

—Hay un montón de razones para que se vaya; ahí está la sede del poder, en realidad aquí no tiene nada que hacer.

Hoag se encogió de hombros.

—Yo también creo que estaría mucho mejor en Hong Kong. Yo mismo había pensado regresar en el barco correo, pero después de lo ocurrido anoche he decidido esperarle unos cuantos días.

—Por favor, lléveselo.

—Ya se lo sugerí y él me contestó, de un modo bastante grosero, que no. Olvídelo, Jamie, aquí está bien; un viaje con mala mar podría ser terrible, podría matarlo. Por cierto, me he enterado de que el martes habrá otro baile en el que Ángel T será la invitada de honor.

—Malcolm no me ha dicho nada.

—Bajo los auspicios del embajador Seratard, un hombre de origen dudoso, el padre de todos los franceses. Bueno, tengo que irme. Téngame al corriente de todo y si Malcolm le pide otro asalto, primero consúltemelo, en privado.

—De acuerdo. Gracias, doctor.

Poco después, Vargas llamó a la puerta.

—Senhor, Ah Tok me ha dicho que el tai-pan quería verle.

Al subir las escaleras, Jamie se imaginó en el lugar de Malcolm y sintió una desagradable punzada en el estómago.

—¡Senhor McFay! —gritó Vargas desde las escaleras—. Discúlpeme, pero los samuráis de Choshu acaban de llegar; se trata del pedido de fusiles, senhor.

—Enseguida estoy con ellos.

McFay llamó y abrió la puerta.

—Hola, tai-pan —dijo con amabilidad. Struan estaba sentado en la cama, con una mirada extraña y una sonrisa inexpresiva—. ¿Cómo se encuentra?

—¿Ha visto a Hoag?

—Sí.

—Bien, así que ya sabe que la muchacha se ha portado bien y, bueno, gracias, Jamie. Me ayudó mucho, a pesar de que… —Struan se rio, nervioso—. Aunque acabé hecho unos zorros. Un cuerpo increíble. Estuvo muy bien, pero no creo que repita la experiencia hasta que me encuentre mejor. Al menos me sacó del atolladero. —Otra vez la risa nerviosa—. Nunca se me había ocurrido que una muchacha tan pequeña pudiera ser tan fuerte, ni que fuera capaz de… Ya me entiende, ¿verdad?

—Claro. ¿Salió todo bien?

Durante un momento Struan titubeó, y luego dijo con firmeza:

—Sí, mejor aun. Quiero que le pague el doble de sus honorarios habituales.

—Muy bien. —McFay adivinó la ansiedad que se escondía detrás de esas palabras y sintió compasión. Era evidente que, al margen de lo sucedido, el acuerdo de Malcolm con Shizuka era un secreto. «Si eso es lo que él quiere, me parece bien. No depende de mí. Lo hecho, hecho está. Solo otro secreto para sumarse a todos los demás»—. Me alegro de que haya salido bien.

—Mejor que bien. ¿La muchacha dijo algo?

—Solo que, bueno, que había trabajado toda la noche, para agradarle.

Se oyó un golpeteo en la puerta y entró Angélique, rebosante de salud, elegante con un vestido de color lavanda, una sombrilla, un sombrero con plumas, guantes y un chal.

—Hola, mi amor; hola, Jamie, ¿cómo está? Ay, Malcolm, me alegro tanto de verte. —Al agacharse junto a la cama para darle un beso, añadió—: Ay, *chéri*, no sabes cuánto te he echado de menos.

En cuanto la puerta se abrió, a los dos se les encogió el corazón. McFay, nervioso, repasó la habitación y la cama en busca de señales delatoras. Pero estaba todo perfecto; como cada día, las sábanas y la funda de la almohada estaban limpias debido a la manía que tenía Struan por la limpieza. «Una manía absurda —pensó—, ¿una camisa limpia cada día? Eso es ridículo, una o dos veces al mes es más que suficiente». Pero también sabía que era una costumbre impuesta por Dirk Struan, y para Tess Struan todo lo que ordenaba el tai-pan era como una ley y, por lo tanto, también lo acataba el resto de la familia. Struan estaba recién afeitado, con una camisa de dormir limpia, las ventanas abiertas y la brisa del mar se había llevado consigo todos los rastros del olor a perfume. McFay se tranquilizó hasta que ella dijo:

—He visto al doctor Hoag. —Y los dos hombres estuvieron otra vez a punto de desfallecer—. Pobrecito —continuó, tras una ligera pausa—, me dijo que anoche lo pasaste muy mal, y que esta noche no vendrás a la velada que ofrece sir William, así que decidí venir a verte y acompañarte hasta la hora de comer.

Se sentó con esa deliciosa sonrisa que tanto seducía a los dos hombres; Struan se sentía débil por el amor que sentía hacia ella, pero también enfermo de culpabilidad. «Tenía que estar loco al creer que una puta podía sustituir al amor de mi vida», pensó, exultante ante la calidez de la joven, deseando contarle todo lo ocurrido con Shizuka y pedirle perdón.

Al principio todo había ido muy bien; Shizuka empezó a desnudarse, con una sonrisa, y se acercó a él, lo acarició y lo excitó. Él también la acarició, y se sentía orgulloso y ansioso. La postura habitual le resultaba incómoda y dolorosa, así que se quedó sentado, y, justo cuando estaban a punto de consumar el acto, se le apareció el rostro de Angélique. Su virilidad se esfumó, y por mucho

que Shizuka lo intentara y que él también se esforzara, no hubo nada que hacer.

Descansaron y volvieron a probarlo; el dolor de Malcolm se había vuelto insoportable, pero le oprimía aun más la rabia y la necesidad de dar prueba de sus aptitudes. Los dos se empeñaron a fondo. Ella conocía todos los trucos con la mano, los labios y el cuerpo y, aun así, él no respondió.

Al final, la muchacha se dio por vencida; tenía el cuerpo cubierto de sudor y jadeaba tras el esfuerzo realizado.

—*Gomen nasai*, tai-pan —susurraba, una y otra vez, para disculparse, pero también ocultaba la rabia y las lágrimas que le causaba su impotencia; era la primera vez que fracasaba. Esperaba que en cualquier momento Struan, como haría cualquier persona civilizada, mandara llamara los criados para que le pegaran una paliza y la echaran por no haber conseguido excitarlo. Y lo que más la angustiaba era que no sabía cómo iba a explicárselo a su mama-san. «Que Buda sea mi testigo: fue este hombre el que fracasó, ¡no yo!».

—*Gomen nasai, gomen nasai* —no cesaba de repetir.

—Es por el accidente —murmuró él, odiándose a sí mismo y con un dolor atroz; le hablaba del Tokaidō y de sus heridas aunque sabía que ella no lo entendía. Tras amainar la tormenta y cesar las lágrimas, Malcolm le pidió que se acostara a su lado, le rogó que no siguiera intentándolo y le dio a entender que le daría el doble de sus honorarios si guardaba el secreto.

—Secreto, *wakarimasi ka?* —le rogó.

—*Hai*, tai-pan, *wakarimasu* —accedió feliz. Le dio la medicina y luego esperó a que se durmiera.

—Malcolm… —decía Angélique.

—¿Sí? —repuso Struan al instante. Le costaba concentrarse y el corazón le latía aceleradamente, lo cual le recordaba que tenía que pedirle a Ah Tok que le consiguiera otro frasco de medicina, lo suficiente para pasar un par de días—. Me alegro tanto de verte.

—Y yo. ¿Te gusta mi vestido?

—Es maravilloso, igual que tú.

—Me marcho, tai-pan —interrumpió McFay, al ver que Struan volvía a sentirse feliz—. Han venido los de Choshu, ¿sigo adelante con el plan?

—Tal y como lo acordamos. Muy bien, gracias otra vez, Jamie. Ya me dirá cómo ha ido.

—Malcolm —intervino Angélique sin perder un segundo—, aprovechando que Jamie está aquí… ¿te acuerdas de que me dijiste que cuando estuviéramos los tres juntos te recordara lo de mi… mi dinero?

—Ah, sí, claro. Jamie —dijo con espontaneidad, mientras ella le cogía la mano—. Quiero que todas las facturas de mi prometida vayan a mi cuenta. Ángel, solo tienes que firmar las facturas de todo lo que compres y Jamie ya se encargará de pagar.

—Gracias, *chéri*, es maravilloso, pero, por favor, ¿podrías darme algo de dinero?

Malcolm se rio y McFay también sonrió.

—Aquí no necesitas dinero, nadie lleva dinero.

—Pero Malcolm, yo quiero…

—Angélique —dijo con voz firme—, aquí se paga todo así; en el club o en las tiendas de la colonia todo el mundo lo hace así, incluso en Hong Kong. Así los comerciantes no te pueden estafar y tú dispones de una relación de todo lo que gastas.

—Pero yo siempre he tenido dinero, *chéri*, mi propio dinero, para pagar mis facturas —dijo—, y como mi padre me ha… Bueno, ya me entiendes.

—¿Pagar tus propias facturas? Qué idea tan espantosa. Eso es inconcebible, tú no te preocupes —repuso, con una sonrisa—, de eso se ocupan los hombres. Esta es la solución ideal.

—A lo mejor los franceses somos diferentes, siempre llevamos dinero en efectivo y…

—Nosotros también lo hacemos en Inglaterra y los demás países, pero en Asia es distinto. Cuando quieres comprar algo, solo tienes que firmar. Incluso deberíamos darte tu sello personal, tendremos

que buscarte un nombre chino. —Se trataba de un sello pequeño, un rectángulo de marfil o de hueso, en cuya base estaban tallados los caracteres chinos que representaban el nombre de su propietario. Tras mojarlo en un tampón de tinta y presionarlo sobre un papel, imprimía un sello único, imposible de falsificar—. Jamie te lo conseguirá.

—Gracias, Malcolm. Pero, entonces, ¿podría disponer de mi propia cuenta, *chéri*? Sé administrarme muy bien.

—No lo dudo, pero no te preocupes, la tendrás cuando nos casemos; aquí no te hace falta.

Angélique apenas se oía a sí misma mientras le contaba a Struan los cotilleos de la legación francesa, lo que había leído en los periódicos, lo que le había escrito su amiga de París sobre una mansión maravillosa —que allí se llamaba «hotel»— en los Campos Elíseos, perteneciente a una condesa, que pronto estaría en venta y costaba muy poco dinero. Sembraba las semillas del futuro, a la vez que le hacía reír y esperaba que se durmiera para irse a comer al club con los oficiales franceses; después iría a montar a caballo en la pista de carreras, se echaría una siesta, y se prepararía para la velada con sir William. No había ninguna razón para no acudir, aunque antes volvería a dar las buenas noches a su futuro esposo.

Era todo maravilloso y terrible, pues no dejaba de pensar en su nuevo dilema: cómo conseguir dinero en efectivo. «¿Qué voy a hacer? Necesito dinero para pagar la medicina, y ese puerco de André Poncin no me lo quiere adelantar. ¡Que Dios lo maldiga a él y al ladrón de mi padre!

»¡Basta ya! Ahora tienes que pensar. ¡Recuerda que estás sola y que debes solucionar tus problemas por tu cuenta!

»Lo único que poseo de valor es mi anillo de compromiso y no lo puedo vender, ¡no puedo! Ay Dios mío, todo iba tan bien; ahora estoy comprometida oficialmente, Malcolm está cada vez mejor, André me está ayudando, pero la medicina es tan cara, y no tengo dinero, dinero de verdad; ay Dios, Dios, ¿qué hago?».

Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Santo Dios, Angélique, ¿qué te pasa?

—Es que, es que me siento tan desgraciada —sollozó y ocultó la cabeza entre las sábanas—. Me sabe tan mal que te hayan herido en el Tokaidō, yo también me siento herida, no es justo.

Aquella noche, después de la cena en la legación británica, Angélique corrió el pasillo que conducía a su habitación y vio que había luz en el resquicio de la puerta de Seratard. Se detuvo y, obedeciendo a un impulso que le decía que esa era una buena ocasión para pedir un préstamo, llamó y entró.

—¡Ah! André, hola. Disculpa, esperaba ver a monsieur Henri.

—Está con sir William. Estoy escribiéndole una nota. —André estaba ante la mesa de Seratard, cubierta de papeles. La nota era referente a la compañía Struan, y trataba de la posible venta de armas a los Choshu y de la ayuda que podría prestar una esposa francesa a su industria de armas.

—¿Lo ha pasado bien? ¿Cómo se encuentra su prometido?

—Está mucho mejor, gracias. La cena no estuvo mal, si a uno gusta comer en abundancia. Lo que daría por estar en París, ¿y usted?

—Sí. —«Dios mío, cómo me gustaría poseerla», pensó, lo cual le hizo acordarse de la infección que lo carcomía.

—¿Qué le ocurre? —preguntó ella, sorprendida por su palidez.

—Nada. —Se aclaró la garganta y luchó por contener el horror que se apoderaba de él—. Solo estoy un poco indispuesto, no es nada grave.

Parecía tan vulnerable, tan desvalido, que de pronto Angélique decidió confiar en él otra vez. Tras cerrar la puerta y sentarse a su lado, le contó su problema.

—Y ahora, ¿qué hago? No puedo conseguir dinero en efectivo… ¿Qué hago?

—Séquese las lágrimas, Angélique, la solución es muy sencilla. Mañana o pasado la llevaré de compras. Tendrá que decir que me

había pedido que la acompañara a buscar un regalo de compromiso para Mr. Struan; comprará unos gemelos de oro y unos pendientes de perlas para usted. Pero ¡oh, qué pena! En el camino de vuelta de la joyería, perderá una de las joyas. La buscaremos por todas partes, y no la encontraremos. ¡Es terrible! De ese modo, la mama-san recibirá su dinero, y yo ya me encargaré de que la joya extraviada cubra el precio de la medicina.

—¡Es usted maravilloso! —exclamó Angélique, y lo abrazó—. Realmente maravilloso, ¿qué haría yo sin usted? —Lo volvió a abrazar, le dio las gracias y salió de la habitación casi bailando.

Poncin se quedó mirando la puerta durante largo tiempo. «Sí, cubrirá el precio de la medicina, además de mis veinte luises y todos los gastos que quiera —pensó, sintiendo una angustia extraña—. Pobrecita, es tan fácil manipularte. Te estás enredando cada vez más. ¿No te das cuenta de que así te conviertes en una ladrona y, peor aun, en una criminal que está a punto de realizar un fraude premeditado?

»Y tú, André, tú eres un cómplice en la conspiración».

Soltó una carcajada malévola. «¡Que lo demuestre! ¿Se atreverá a hablar de su aborto ante un tribunal? ¿Acaso la mama-san sería capaz de testificar contra mí? ¿El tribunal le creerá a ella, hija y sobrina de criminales, antes que a mí?

»No, pero Dios lo sabe, y pronto estarás ante Él.

»Sí, y Él sabrá que he hecho cosas aun peores, y que pretendo seguir haciéndolas».

Unas lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

—*Ayiiyah*, señolita —se quejó Ah Soh, que intentaba desvestirla y Angélique no paraba de moverse. Había recuperado el buen humor después de haber hallado la solución de su problema—. ¡Pelo señolita!

—Ah, de acuerdo; pero por favor, dese prisa. —Angélique permaneció quieta junto a la cama, aunque siguió tarareando la

polca. La habitación parecía más femenina y cálida bajo la luz de la lámpara que de día; las ventanas estaban entornadas y las contraventanas atrancadas.

De vez en cuando, las contraventanas crujían debido a la ligera brisa que soplaba. A unos cien metros, del otro lado del paseo marítimo, se oía el sonido de las olas que iban y venían en la playa y que auguraban otra noche apacible. La flota había zarpado al caer la noche. Los habitantes de la colonia habían acudido a despedirla con diversos grados de ansiedad. Todos les desearon suerte y que regresaran pronto, salvo los japoneses. Ori había sido uno de ellos y, en ese momento, miraba a través de una rendija de la contraventana, oculto y camuflado por un arbusto.

Ori había llegado a ese escondite antes de la medianoche, y esperó, mientras urdía más y más planes, cada vez más agotado, y comprobaba la espada una y otra vez. Al final, cuando la vio acercarse a la legación acompañada de los dos gai-jin, se le olvidó el cansancio.

Hubo un momento en que consideró la posibilidad de correr hacia ellos y matarlos, pero la descartó al darse cuenta de que no podría matar a los tres y al centinela antes de que lo mataran a él. «Y, de todas formas —pensó con amargura—, eso daría al traste con mi plan de poseerla una vez más antes de morirme e incendiar la colonia. Sin mí, Hiraga nunca lo hará. Se ha vuelto demasiado débil, los gai-jin lo han infectado. Si Hiraga el fuerte puede sucumbir tan rápidamente, ¿cómo será con los demás?».

Contuvo la rabia y se ocultó más entre los arbustos, a la espera del momento oportuno y preparado para cualquier eventualidad. «Imposible entrar por la ventana si no retira la tranca. La puerta de atrás no está vigilada y a lo mejor… También podría subir al piso de arriba». Vio a Angélique cuando la criada la desvestía y en ese momento le estaba estirando las sábanas. Ya casi no podía soportar la impaciencia.

Poco antes, una patrulla que rondaba para mantener el orden en la colonia lo había retado en una callejuela detrás de High Street. Se

detuvo sin temor; no había toque de queda y tampoco estaba prohibido que los japoneses estuvieran en esa parte de la colonia, a pesar de que, por si acaso, se quedaban en sus barrios para no tentar a los gai-jin. Por desgracia, el sargento hizo un gesto brusco cuando acercó el farol para verle el rostro y él dio un paso atrás, sobresaltado. El cuchillo oculto cayó al suelo.

—Vaya, vaya, bastardo; ya sabes que los cuchillos y demás armas están prohibidos, *kinjiru*.

A pesar de que Ori no entendía las palabras, todo el mundo conocía la ley y el consiguiente castigo. Cogió su cuchillo y huyó, el sargento le disparó y la bala fue a dar en una losa; saltó por un muro y se internó en un laberinto de callejuelas. La patrulla no se molestó en ir a buscarlo, tan solo profirieron unos cuantos insultos; se trataba de una falta leve que solo merecía una paliza y la confiscación del arma.

Ori esperó oculto hasta que pudo unirse a un grupo de pescadores que descendían a la orilla; luego retrocedió, saltó la valla de la legación y no tardó en encontrar un escondite seguro. Una vez ahí, se desplomó en el suelo y dio comienzo la espera.

Aquella mañana, había fingido que obedecía las órdenes de Hiraga y se dispuso a marcharse de Yoshiwara.

—En cuanto me haya puesto en contacto con Katsumata, te enviaré un mensaje —le había dicho—. ¡Asegúrate de que la muchacha no escape!

—Es la mujer del tai-pan, así que todos sus pasos están vigilados y será fácil encontrarla —le repuso Hiraga con frialdad—. Ten cuidado, el Tokaidō será peligroso. Las patrullas y los guardias de las barreras estarán muy alertas.

—Sería mejor honrar a *sonno-joi*, sería mejor que me quedase, sería mejor incendiar Yokohama; hoy llegará Akimoto, podríamos hacerlo entre los tres.

—Lo haremos cuando vuelvas. Si te quedas cometerás un grave error, esa mujer te ha trastornado y te ha vuelto peligroso, para ti mismo, tus amigos y para *sonno-joi*.

—¿Y tú qué, Hiraga? Los gai-jin te han alterado el juicio.

—No. Te lo digo por última vez.

—Ya has visto lo apestosos que son los gai-jin; unos borrachos, que luchan como bestias salvajes y se divierten en medio de la mugre del barrio de los borrachos, ¿esos son los hombres de los que quieres aprender? ¿Esos son los hombres a los que te quieres parecer?

—¡Vete!

Cogió su espada y su cuchillo. Siguiendo los consejos de Raiko, se unió a la procesión de criados que cada día acudía al mercado de Kanagawa para comprar sake y comida. Cuando atravesó las barreras de Yoshiwara y las de la colonia, vio que la patrulla del Bakufu seguía acechando entre los guardias. A medio camino de Kanagawa, se escurrió y se dirigió a la costa. Ahí sobornó a un pescador para que lo llevara en su barca al otro extremo de la colonia, cerca del barrio de los borrachos, donde se ocultó hasta que oscureció.

«Estoy cumpliendo con mi deber —pensó totalmente convencido, mientras la brisa marina dispersaba los insectos nocturnos—. Esa mujer es un blanco perfecto para *sonno-joi*. Por mucho que diga Hiraga, es posible que no vuelva a tener otra oportunidad para deshacer el conjuro. Sí, me ha hechizado. Debe ser un kami, un espíritu, una mujer lobo que se ha reencarnado en una gai-jin, sino, ¿cómo se explica que una mujer, a pesar de ser virgen y de estar drogada, fuera tan acogedora? Ninguna otra mujer podría hacer que un hombre estalle como yo lo hice, ni trastornarme de ese modo.

»Esta noche yaceré con ella por segunda vez. Después, la mataré. Si consigo escapar, karma. Si no lo consigo, karma. Pero la mataré con mis propias manos».

Tenía la espalda y el rostro cubiertos de sudor. Volvió a concentrarse, mientras la observaba por una rendija, y vio que estaba tan cerca que, si no fuera por la pared, podría tocarla. Angélique se metió en la cama con un camisón casi transparente. La criada bajó la llama de la lámpara y tan solo quedó una tenue luz.

—Buena noche, señolita.

—Buenas noches, Ah Soh.

Feliz de estar a solas, Angélique se acurrucó bajo las sábanas y se quedó observando el baile de sombras que producía la llama, con la cabeza apoyada sobre un brazo. Antes de Kanagawa, nunca le había molestado estar a oscuras. Desde entonces, todo cambió. Ahora necesitaba dormir con la luz encendida y le costaba conciliar el sueño. Pronto la mente la transportaría por caminos de salvajes conjeturas. Sus manos se dirigirían hacia sus pechos. «¿Están más hinchados que ayer? ¿Y mis pezones más sensibles? Sí, sí que lo están, o no, son imaginaciones mías. ¿Y mi vientre? ¿Esta más redondo? No, no se nota nada y, sin embargo…

»Y sin embargo, hay una gran diferencia y, por lo menos una vez al día, me pregunto si será un niño o una niña. O un demonio, como su padre, el violador. ¡No, ningún hijo mío podría ser un demonio!».

Oyó que la puerta se abría y volvía a cerrarse. Se giró y vio a André; este pasó el cerrojo y se apoyó en el dintel con una sonrisa burlona.

De pronto, Angélique tuvo miedo.

—¿Qué quiere, André?

Tardó mucho en responder, hasta que se acercó a la cama y se quedó mirándola.

—Hablar, ¿eh? —dijo con suavidad—. Deberíamos hablar, ¿no te parece?

—No le entiendo —dijo ella, a pesar de que lo entendía demasiado bien, pues percibió un brillo en sus ojos que nada tenía que ver con la compasión que habían reflejado pocos minutos antes. Sin embargo, procuró mostrarse tranquila, tras maldecirse por no haber pasado el cerrojo, Tampoco creyó que hiciera falta; los criados o el personal de la legación siempre estaban por ahí y nadie se atrevería a entrar sin pedir permiso.

—Por favor, no se atre…

—Deberíamos hablar, acerca de lo de mañana, y ser… ser amigos.

—Querido André, por favor, se lo ruego, es tarde. Ya hablaremos mañana; lo siento, pero no tiene ningún derecho a entrar de ese modo, sin llamar… —Asustada, se retrajo hacia el otro lado de la cama cuando él se sentó en el borde y estiró los brazos hacia ella—. ¡Deténgase o grito!

Poncin se rio.

—Si gritas, mi querida Angélique, atraerás a los criados, y yo abriré la puerta y les diré que tú me habías invitado a venir, que querías estar a solas conmigo para hablar de dinero, dinero en efectivo, para tu aborto. —Volvió a mostrar una sonrisa burlona—. ¿Eh?

—Ay, André, no sea así; por favor, márchese, se lo ruego; si alguien lo ve… por favor.

—Antes… dame un beso.

Ella se sonrojó.

—¡Fuera de aquí! ¡Cómo se atreve!

—Calla y escucha —susurró con dureza, le cogió la muñeca y la apretó—, soy capaz de todo. Si quiero un beso, me lo darás, y si no, prepárate. Sin mí te descubrirán, sin mí…

—André… por favor, déjeme. —Por mucho que lo intentara, no podía soltarse hasta que, con una sonrisa malvada, él la liberó—. Me ha hecho daño —dijo casi llorando.

—No quiero hacerte daño —dijo él con voz gutural, una voz que le sorprendió. Sabía que estaba cometiendo una locura, pero el horror se había apoderado de él y le había anulado la razón, los pies le habían arrastrado hasta allí en contra de su voluntad para obligarla a compartir su degradación. «¿Y por qué no? La culpa es de ella, que alardea de sus tetas y su sexualidad. Es peor que una puta callejera, a lo mejor ni siquiera la violaron, ¿acaso no se ha empeñado en cazar a Struan y sus millones como sea?».

—Soy tu amigo, ¿no ves que te estoy ayudando? Ven, acércate, solo te pido un beso.

—¡No!

—¡Si no me complaces dejaré de ayudarte y, dentro de un par de días, enviaré un anónimo a Struan y a Babcott contándoles todo lo que sé!

—André, por favor… —Miró a su alrededor, desesperada, buscando algo que la ayudara a escapar. Él se le acercó e intentó tocarle el pecho; ella se lo impidió y empezó a resistirse y a forcejear; intentó arañarlo pero él la tenía agarrada. No se atrevía a gritar, sabía que estaba atrapada y que tendría que someterse. De pronto, se oyeron unos fuertes golpes en las contraventanas.

Al oírlos, André volvió en sí y ella gritó asustada. Atónito, se levantó de la cama, corrió hacia la puerta, la abrió y salió al pasillo, dio media vuelta, corrió hacia las ventanas y las abrió. Nada, no había nadie. Solo unos arbustos agitados por el viento, el sonido del mar, y en el paseo del otro lado de la valla no había nadie.

Apareció un centinela.

—¿Qué ocurre?

—Eso quisiera saber yo, soldado —dijo André, con el corazón en un puño—. ¿Ha visto a alguien? Pasaba ante la puerta de la señorita y oí, o me pareció oír, unos golpes en las contraventanas. ¡Dese prisa! ¡Regístrelo todo!

Pierre Vervene, el agregado comercial, salió de su habitación en bata y con un gorro de dormir. Los demás empezaron a congregarse en torno a la puerta del dormitorio.

—¿Qué ocurre? ¡Ah, André! ¿Qué demonios…? ¿Qué ha pasado? Mademoiselle, ¿ha gritado?

—Sí, yo, él… —titubeó—, André estaba, alguien golpeó las contraventanas y André, bueno, él…

—Pasaba delante de su puerta —dijo André—, y entré, ¿verdad, Angélique?

—Sí, sí, así fue —dijo ella, con la mirada gacha, procurando ocultar el miedo y el odio que sentía hacia él.

Vervene se acercó a André y miró por la ventana.

—Quizá haya sido una ráfaga de viento, las contraventanas están ya muy viejas. —Al sacudir una de ellas comprobaron que se oía un

golpeteo. Se asomó por la ventana y gritó al centinela—: Regístrelo todo y luego venga a informarme —cerró y atrancó las contraventanas—. ¡Ya está! Ahora ya no hay por qué preocuparse.

—Sí, sí, pero… —Aliviada, asomaron unas lágrimas.

—*Mon Dieu*, mademoiselle, no se preocupe, no llore; está a salvo, no tiene nada que temer. —Vervene se quitó el gorro y se rascó la calva, sin saber qué hacer. De pronto, vio a Ah Soh y le hizo señas—: Ah Soh, usted dormirá aquí, con la señorita, *heya?*

—Sí, señol. —Ah Soh se alejó para buscar unas sábanas y los demás empezaron a dispersarse.

Angélique se estremeció. En su fuero interno comprendió que, a la larga, iba a tener que acceder a todas las exigencias de André.

Ori temblaba, agachado junto a un barco de pesca en la playa, a unos diez metros de la orilla.

—Estás totalmente *baka* —se dijo, furioso consigo mismo. Sin saber lo que hacía, se había puesto a golpear las contraventanas y luego, sorprendido por su estupidez, había salido corriendo y, tras saltar la valla, cogió el remo que utilizaba como camuflaje y se dirigió a la carretera sin que nadie lo interceptara.

«Hiraga tiene razón —pensó. Estaba mareado y confuso, sentía unas punzadas en el hombro y le sangraba la herida debido a la precipitación de la huida—. A lo mejor es verdad que esa mujer me ha enloquecido. Ha sido una locura golpear las contraventanas, ¿y a mí qué me importa si otro hombre se acuesta con ella? ¿Por qué me enfureció tanto? No es mía y tampoco quiero que lo sea, ¿qué me importa si otro gai-jin la hace suya, con o sin violencia? Hay mujeres que necesitan cierto grado de violencia para excitarse, igual que algunos hombres… Ah, espera, ¿me habría gustado más si ella hubiera luchado contra mí en lugar de acogerme, por muy drogada que estuviera, o fingiera estarlo?».

Era la primera vez que se le ocurría la posibilidad de que ella hubiera podido fingir. Parte del veneno desapareció a pesar de que

el corazón seguía latiéndole con fuerza y persistía el dolor en las sienes. ¿Era posible que hubiera fingido?

XXIII

Sábado, 19 de octubre

El tañido de las campanas llamaba a los fieles a la iglesia.

—No parece que haya muchos fieles en Yokohama —le dijo Jamie McFay a Struan. A McFay le dolían los hombros y la espalda, no le agradaba asistir a misa y tampoco le gustaba la iglesia; prefería el presbiterianismo escocés de su infancia—. Yo tampoco voy mucho a misa, al menos ahora —dijo, midiendo sus palabras, pues no sabía cómo iba a encontrar a Struan tras la discusión del día anterior—. Mi madre era una de esas mujeres tan severas que nos obligaba a ir tres veces los domingos.

—Igual que la mía, aunque ella pertenece a la Iglesia de Inglaterra —asintió Struan. Caminaba mal y despacio, iba encorvado y se apoyaba en unos bastones. Ambos se dirigían a la iglesia que estaba al final de High Street, cuyo jardín daba al mar. El mar estaba picado, de un color gris azulado, y unos cuantos buques mercantes se habían refugiado en el fondeadero. La mayoría eran británicos, aunque también había un buque norteamericano, otro ruso, el barco correo, el vapor francés y el *Pearl*, que seguía sin su mástil—. Uno se siente desamparado sin la flota, ¿verdad?

—Sí. Hoy no creo que echen de menos las oraciones. —McFay estiró el cuello para mitigar el dolor.

—¿Cuándo cree que volverán?

—Me imagino que dentro de un mes.

Los pensamientos de Malcolm volvieron a la última carta que había recibido de su madre:

«Malcolm:

»¿Es que te has vuelto loco? ¿Una fiesta de compromiso? ¿A pesar de que te avisé? ¿Por qué demonios has ignorado mi carta y mi llamada urgente para que regresaras? Si no hubiera sido por el informe médico del doctor Hoag que me llegó con esas noticias tan increíbles, habría creído que, además de las heridas producidas por la espada, también has sufrido lesiones cerebrales. Le he exigido al gobernador que tome medidas contra esas bestias salvajes y que presente a los asesinos ante la justicia de Su Majestad sin demora. Si no lo hace, le he advertido que toda la Casa Noble se enfrentará a la administración.

»Debes regresar a Hong Kong lo antes posible para atender tres asuntos de vital importancia. Por supuesto, estoy dispuesta a perdonarte por tu transgresión; eres muy joven, has vivido una experiencia terrible y has caído en las garras de una mujer muy astuta. Doy gracias a Dios de que estés recuperando fuerzas; según el informe del doctor Hoag, cuando recibas esta carta ya estarás en condiciones de viajar (he dado instrucciones al doctor Hoag de que regrese contigo y lo responsabilizo de que llegues sano y salvo). Os he reservado los pasajes para que regreséis en el barco correo, pero sin ella.

»Es de suma importancia que regreses pronto y solo. En primer lugar, para nombrarte tai-pan oficialmente. Tu abuelo dejó órdenes muy estrictas y por escrito que deberás acatar para poder asumir el cargo de tai-pan de la compañía Struan, al margen de lo que tu padre o yo estipulemos en nuestro testamento. Antes de morir tu padre, en tu ausencia, me hizo jurar una serie de cosas, y ahora yo te las tengo que hacer jurar a ti de inmediato.

»En segundo lugar, hay que decidir cómo vamos a repeler el ataque de Tyler Brock. Ya te he contado que cuenta con el apoyo del Victoria Bank que ahora nos amenaza con ejecutar los pagarés, lo cual podría arruinarnos. Gordon Chen me ha propuesto una solución, pero es muy arriesgada y no te la puedo contar por carta. Además, necesitamos la firma y la participación del tai-pan. Mi hermanastro, "sir" Morgan Brock, acaba de llegar a Hong Kong.

»En tercer lugar, está la trampa en la que has caído. No podía creerlo cuando me enteré de tu "fiesta de compromiso", me lo tuvieron que confirmar. Espero que, a estas alturas, hayas recuperado el sentido común y te hayas dado cuenta de lo que te ha ocurrido. Por suerte, no puedes casarte sin mi aprobación y, desde luego, no será con una católica e hija de un truhán (hay una orden de embargo contra él). En el fondo, te entiendo. Gordon Chen me ha explicado lo fácil que es liar a un joven como tú, así que no desesperes. Tenemos un plan para librarte de sus garras y demostrarte que no es más que —lo siento, hijo mío, pero tengo que ser franca— una golfa.

»Cuando te cases, tu mujer tendrá que ser inglesa, temerosa de Dios, nunca una hereje; será una joven de buena familia, una muchacha criada en buena sociedad y digna de ser tu esposa; además, tendrá que aportar una dote aceptable. Cuando llegue el momento, podrás escoger entre varias jóvenes.

»He escrito al doctor Hoag y a McFay; a este le expreso mi sorpresa por haber permitido que se celebrara ese compromiso tan estúpido. Espero abrazarte dentro de un par de días.

Tu querida madre».

Casi enseguida, Jamie había entrado en la habitación con el rostro lívido.

—¡Se ha enterado!

—Ya lo sé. Me da igual.

—Por Dios, Malcolm, ¡no puede decir eso! —balbuceó McFay, y le tendió la carta—. Tome, léala usted mismo.

La carta, sin ni siquiera un saludo, estaba firmada por Tess Struan:

> «Espero una explicación convincente por haber permitido que mi hijo (sepa usted que, a pesar de ser el tai-pan, es menor de edad) se comprometa sin mi consentimiento, pues usted ya sabe que yo nunca lo habría dado. Caso contrario, dejará de dirigir Struan en Japón en cuanto acabe el año. De momento, deje a Vargas a cargo de la compañía y regrese con mi hijo en el barco correo para solucionar este asunto».

Struan le tiró la carta enfadado.

—No pienso regresar a Hong Kong; no lo haré hasta que yo lo decida.

—Por Dios, Malcolm, si ella lo ordena, tenemos que hacerlo. Hay razones para…

—¡No! —dijo furioso—. ¿Lo entiende? ¡No!

—Por el amor de Dios, abra los ojos —gritó McFay—. Usted es menor de edad y ella dirige la compañía desde hace años, estamos bajo sus órdenes y…

—Yo no estoy bajo las órdenes de nadie. ¡Fuera de aquí!

—¡No lo haré! ¿Es que no ve que lo que ella le pide es lo más sensato y que no supone ningún sacrificio? Podemos estar de vuelta dentro de dos o tres semanas, tarde o temprano tendrá que pedirle su consentimiento, ¿por qué no lo intenta ahora?

—¡No! Y… anulo sus órdenes: aquí el que da las órdenes soy yo. ¡Yo soy el tai-pan de Struan!

—Sabe que no puedo enfrentarme a ella.

Struan casi tropezó al recordar la punzada que sintió cuando intentó levantarse de la silla y gritó:

—¡Escúcheme, carajo! Le recuerdo que usted juró servir al tai-pan, *al tai-pan*, por el amor de Dios, sea quien sea, y no a su maldita madre. ¿Lo recuerda?

—Pero…

—¿A quién va a obedecer, Jamie? ¿A mí o a mi madre? —Surgió un gran abismo entre los dos hombres y hubo más ira y más palabras, pero Struan no cedió; no había discusión posible. Esa cláusula estaba escrita en todos los documentos que conformaban el contrato y McFay lo firmó bajo juramento de acuerdo con las instrucciones del fundador de la compañía.

—¡De acuerdo! —dijo McFay entre dientes—. Pero le exi… perdón, le pido permiso para escribir y comunicarle a su madre las órdenes que me acaba de dar.

—Hágalo y, ya puestos, puede decirle que el tai-pan le ha ordenado quedarse aquí, que yo soy el único que lo puede despedir, cosa que haré si me da más problemas, y que si quiero casarme es mi problema. —Cuando regresó a la silla, el dolor lo desgarraba.

—Dios mío, tai-pan —repuso McFay con un hilo de voz—, su madre me despedirá aunque a usted no le guste. Estoy acabado.

—No, no lo hará a menos que yo lo diga, está en nuestro estatuto.

—Quizá, pero si se lo propone puede hacernos la vida imposible.

—No, usted solo cumple mis órdenes. Así lo establece la ley de Dirk, que es lo que ella acata por encima de todo —dijo, tras recordar la cantidad de veces que su madre había invocado el nombre de Dirk Struan cuando hablaba con él o su padre de negocios o de cuestiones morales. «Y, ¿acaso mi padre y mi madre no decían siempre que yo iba a ser el próximo tai-pan? Y todos, incluso el tío Gordon, estaban de acuerdo. Cualquier formalidad puede esperar, está utilizando esa excusa para someterme. Por Dios, ¡me he pasado toda la vida preparándome para ese trabajo! Yo sé

cómo tratarla y puedo ver dónde está realmente el problema»—. Yo soy el tai-pan, y ahora… si me disculpa, tengo trabajo.

En cuanto se quedó solo, llamó a Ah Tok.

«*Ayiiyah*, esa vez necesité la medicina de verdad; va tan bien, me evitó tanto dolor y tanta angustia; y, después, fui tan feliz con Angélique. Ah, mi ángel, que ha vuelto a su habitación de al lado, gracias a Dios, está tan cerca y es tan delicioso tenerla aquí. Pero ojalá no me doliera tanto cada vez que pienso en ella, y que ese dolor no condujera a aquel otro dolor; y solo estamos a media mañana, todavía me queda por aguantar un sermón aburrido y la comida, aún faltan más de ocho horas antes de la próxima…».

—Lamento lo de ayer —decía McFay.

—Pues yo no, nos ayudó a aclarar las cosas de una vez por todas —afirmó con un vigor extraño—. Ahora la compañía tiene un jefe de verdad; estoy de acuerdo en que mi padre no hizo gran cosa y que se pasó los últimos años de su vida borracho como una cuba mientras mi madre hacía lo que podía sin lograr vencer a Brock. Seamos honestos, ellos son más fuertes y más ricos que nosotros; tendremos mucha suerte si conseguimos capear este temporal. Fíjese, en Japón casi no cubrimos gastos.

—Sí, pero a la larga será muy rentable.

—No lo será si lo sigue llevando como hasta ahora. Con los productos que los japoneses nos compran sacamos muy pocos beneficios. Nosotros les compramos sedas y gusanos, unas cuantas baratijas de laca, y ¿qué más? Nada importante. No tienen industria y no parece que quieran tenerla.

—Cierto, pero en China también tardamos años antes de empezar a ganar dinero. Y, además, está el opio, el té, el triángulo de plata.

—Sí, pero China es diferente, es una civilización antigua y culta. Allí tenemos amigos y, como usted dice, una red comercial. Lo que quiero decir es que tenemos que acelerar un poco las cosas si queremos subsistir; de lo contrario, tendremos que cerrar y marcharnos.

—En cuanto sir William haya acabado con el Bakufu…

—¡Y un cuerno! —repuso Struan con voz áspera—. Estoy harto de estar pegado a una silla y oír que tenemos que esperar a que sir William se decida a dar la orden a la flota y al ejército para que cumplan con su obligación. En la próxima reunión con el Bakufu yo quiero estar presente, o mejor aun, conciérteme una entrevista privada con ellos.

—Pero, tai-pan…

—Hágalo, Jamie. Eso es lo que quiero. Y hágalo pronto.

—No sabría cómo hacerlo.

—Pregúnteselo al samurái de Phillip Tyrer, a ese Nakama. Será mejor si lo hace a escondidas para no comprometer a Phillip.

—Tiene razón —dijo con sinceridad. Quizá, por fin, había alguien dispuesto a tomar cartas en el asunto—. Veré a Phillip después de la misa.

—¿Cuándo zarpa el próximo barco a San Francisco?

—La semana que viene; es un barco de los confederados, el *Savannah Lady*. —McFay bajó la voz cuando se acercó un grupo de comerciantes—. Llevará el pedido que nos hicieron los Choshu.

—¿En quién podríamos confiar para que fuera en ese barco con una misión especial? —preguntó Struan, decidido a poner su plan en marcha.

—En Vargas.

—No, a él lo necesitamos aquí. —Struan se detuvo otra vez pues le dolían las piernas. Se acercó a un muro en uno de los lados del paseo para descansar y hablar a solas—. ¿Quién más? Tiene que ser bueno.

—Su sobrino, Pedrito; es un muchacho despierto, no tiene tantos rasgos chinos como Vargas y habla portugués, español, inglés y cantonés; es muy bueno con los números. ¿Qué se propone?

—Resérvele un pasaje en ese barco. Quiero que lleve el pedido, pues lo vamos a cuadruplicar, y también…

—¿Cuatro mil fusiles? —McFay se quedó atónito.

—Sí, y también habrá que enviar en el barco correo de mañana una carta a la fábrica para avisarles de su llegada.

McFay, inquieto, dijo:

—Pero solo hemos dado una paga y señal correspondiente a la compra de doscientos fusiles; tendremos que dar otra para cubrir todo el pedido, lo exige la fábrica. ¿No le parece que nos estamos excediendo?

—Hay gente que diría que sí, yo no.

—Incluso si recibimos un envío de dos mil fusiles, tenga en cuenta que el almirante desaprueba la importación de armas y opio… Ya sé que legalmente no puede hacerlo —dijo McFay deprisa —, pero, si quiere, puede confiscarlos con la excusa de que hay un estado de emergencia nacional.

—Cuando se entere de que están aquí ya será demasiado tarde. Entretanto, escriba una carta que adjuntará al pedido, y envíe una copia en el barco correo, en la que les dirá que queremos hacer el pedido en condiciones especiales y les pedirá la exclusiva para representarlos en Asia.

—Me gusta la idea, tai-pan, pero le aconsejo que no suba el pedido.

—Que sean cinco mil fusiles, e insista en que estamos dispuestos a negociar un acuerdo muy interesante. No quiero que Norbert se nos vuela a adelantar. —Struan empezó a caminar otra vez, el dolor había empeorado. Sin necesidad de mirar a McFay para saber lo que estaba pensando, dijo—: No hace falta consultar con Hong Kong. Hágalo. Yo firmaré el pedido y la carta.

Tras una pausa, McFay asintió.

—Se hará lo que usted diga.

—Muy bien. —Percibió cierta resistencia en la voz de McFay y decidió que ya había llegado el momento—. Vamos a cambiar de política en Japón. Aquí les gusta matar, ¿no es así? Según Nakama, hay varios reyes dispuestos a rebelarse contra el Bakufu que, desde luego, no es amigo nuestro. Pues muy bien, nosotros los ayudaremos a hacerlo. Les venderemos lo que quieran: armas,

barcos, incluso una o dos fábricas de armas, a cambio de oro y plata.

—Y, ¿qué pasa si dirigen esas armas contra nosotros?

—Basta con que lo hagan una vez para que les demos una buena lección. Les venderemos mosquetes y fusiles de retrocarga, pero ni una sola metralleta, ni grandes cañones, ni barcos de guerra modernos. Vamos a proporcionar al cliente lo que desea comprar.

Al caer la noche, Phillip Tyrer se hallaba sentado con las piernas cruzadas delante de Hiraga en el comedor privado de un restaurante medio oculto junto a la casa del shoya, el notable del pueblo. Eran los únicos clientes y esa era la primera vez que Tyrer iba a comer comida japonesa. Tenía hambre y estaba dispuesto a probarlo todo.

—«Le agradezco la invitación, Nakama-san».

—«El placer es mío, Taira-san. Permítame que le diga que está haciendo grandes progresos con el japonés. Por favor, coma».

En una mesa que los separaba, la criada había colocado sobre unas bandejas de laca varios platos pequeños con distintas viandas, unas frías y otras calientes. La decoración constaba de shoji, esteras tatami, ventanas correderas, lámparas de aceite que daban una luz agradable, adornos florales en un rincón. Al lado había otro comedor privado y el resto del restaurante tan solo consistía en un pasillo con taburetes, un brasero para cocinar con carbón, sake, barriles de cerveza, una cocinera y tres criadas.

Hiraga y Tyrer vestían unos kimonos y, mientras Tyrer disfrutaba de la comodidad de la vestimenta, Hiraga se relajó tras quitarse la ropa europea que había llevado todo el día. Los dos se habían bañado y habían recibido masajes en la casa de baños.

—«Por favor, coma».

Tyrer utilizó los palillos con torpeza. En la embajada de Pekín, le habían aconsejado que no comiera comida china:

«… no lo haga si no quiere que lo envenenen. Esos cretinos comen perro, beben bilis de serpiente, toman sopa de insectos, lo

que sea, y se basan en un principio universal realmente sorprendente: todos los animales cuyo dorso da al cielo son comestibles. ¡Bah!».

Hiraga le enseñó a utilizar los palillos.

—«Muy bien».

—«Gracias, Nakama-san, es muy difícil». —Tyrer se rio—. «Con esto no posible engordar».

—«Con esto es imposible engordar» —puntualizó Hiraga. Todavía no se había cansado de corregir a Tyrer pues había descubierto que disfrutaba enseñándole. Tyrer era un buen alumno, con una memoria increíble y mostraba una gran disposición, pero, ante todo, era una fuente de información continua.

—«Ah, perdón, con esto es imposible engordar. ¿Qué es esta comida?».

—«Eso lo llamamos témpora; es pescado rebozado y frito».

—«Cuánto lo siento, ¿qué es "rebozado"?».

Tyrer escuchó con atención; a pesar de que no entendió todas las palabras, captó lo esencial, igual que su acompañante tampoco comprendía todo lo que él le decía en inglés. «Hablamos más inglés que japonés —pensó con amargura—, pero no importa, Nakama es un buen profesor y creo que hemos llegado a un buen acuerdo. De no haber sido por él, yo no estaría aquí, incluso a lo mejor ni siquiera estaría vivo, y desde luego no gozaría del prestigio que he ganado ante Marlowe, Pallidar y Wee Willie, sin contar toda la información que nos está proporcionando». Tyrer sonrió. Le gustó comprobar que cuando pensaba en sir William utilizaba su apodo, cuando pocos días antes lo tenía aterrorizado.

—«Ah, ¡ya entiendo! Nosotros también hacemos rebozados».

—¿Le gusta esta comida, Taira-san? —preguntó Hiraga, esta vez en inglés.

—«Sí, gracias». —Siempre que podía, Tyrer le respondía en japonés.

Se oyó un ligero golpeteo en la puerta y el shoji se abrió.

—Por favor, discúlpame, Otami-san —dijo la criada—, pero el shoya te ruega que le concedas un momento.

Hiraga asintió, le dijo a Tyrer que regresaría pronto, y siguió a la criada hasta la calle. Los pocos peatones con los que se cruzó le hicieron la reverencia que correspondía a un comerciante y no a un samurái, obedeciendo las órdenes del shoya.

En una habitación interior, el shoya lo esperaba arrodillado detrás de una mesa y con un gato acurrucado a su lado. Lo saludó con una reverencia y dijo:

—Cuánto lamento molestaros, Otami-san; creí que sería mejor hablar aquí porque a lo mejor ese gai-jin habla nuestro idioma mejor de lo que creemos.

Hiraga frunció el ceño, se sentó de rodillas y, tras hacer una reverencia, se dispuso a escuchar.

—¿Sí, Ryoshi-san?

—Hay ciertas cosas que deberíais saber, Otami-sama. —El hombre sirvió el té con una tetera de hierro en miniatura. El té era excelente e igual de excepcional que las pequeñas tazas de cáscara de huevo. Hiraga empezó a inquietarse. Tras sorber un poco más de té, el shoya sacó un pergamino de la manga del kimono y lo extendió. Era una copia del cartel: «El Bakufu ofrece una recompensa de dos koku por el asesino revolucionario que utiliza varios apodos, siendo uno de ellos Hiraga…».

Hiraga lo cogió y fingió que era la primera vez que lo veía. Refunfuñó y lo devolvió.

El anciano lo acercó a la llama y ambos observaron cómo ardía el papel. Sabían que nadie reconocería a Hiraga con su disfraz y el nuevo corte de pelo.

—El Bakufu se convierte en una fiera salvaje cuando persigue a nuestros shishi.

Hiraga asintió y, como estaba a la expectativa, no dijo nada.

El shoya acarició el gato con aire ausente y este ronroneó.

—Dicen que el señor Yoshi va a enviar a un emisario para hablar con el jefe de los gai-jin porque quiere comprarle armas. Seguro que

un señor de su rango ofrecerá precios más elevados que los Choshu. —Añadió con delicadeza—: Y los gai-jin venderán al mejor postor.

Hiraga se había enterado a través de Raiko de que los samuráis de Choshu habían acudido a la Casa Noble —casi todo Yoshiwara estaba al corriente de las negociaciones— y, si supiera sus verdaderos nombres, sabría quienes eran o al menos conocería a sus familias. Un año antes, un hermanastro suyo que había ido a la misma escuela inglesa que él en Shimonoseki había participado en la misión para comprar cien fusiles. «Es curioso —pensó Hiraga—, que hayan ido a la compañía de ese tai-pan que está a punto de morir, al igual que su mujer y todo el mal que hay en este país».

—Los gai-jin no saben lo que es el honor.

—Da asco. —Sorbió más té—. En el castillo de Yedo hay mucha actividad; dicen que el shōgun y la princesa imperial tienen intenciones de ir a Kioto dentro de una o dos semanas.

—¿Para qué? —preguntó Hiraga, fingiendo una falta de interés que no engañaba a ninguno de los dos hombres.

El anciano rio.

—No lo sé, Otami-san, pero resulta muy curioso que el shōgun abandone su guarida para realizar un viaje tan peligroso y para visitar la guarida de sus enemigos cuando, desde el principio, siempre había enviado a un lacayo. —El gato se desperezó y él le hizo cosquillas en la barriga, tras lo cual añadió con aire pensativo—: Los roju han subido los impuestos en las tierras de los Toranaga para pagar los cañones y las armas; lo han hecho todos menos los Satsuma, los Tosa y los Choshu.

Hiraga percibió el enfado del shoya a pesar de que no lo mostraba, del mismo modo que él ocultó su regocijo. «¿Para qué sirven los campesinos y los comerciantes si no es para pagar impuestos?».

—A menos que el Hijo del Cielo utilice el poder que le conceden los dioses, el Bakufu volverá a sumir el país en una guerra civil de nunca acabar.

—Es verdad.

Hiraga se preguntó hasta qué punto ese viejo estaba de acuerdo con él, pero decidió olvidarse de él y dedicarse a buscar una manera de apartar al Bakufu y a Toranaga Yoshi de sus objetivos. «Akimoto tiene que ir a Yedo y a la Casa de la Glicina, no sabemos nada de Koiko ni de su mama-san desde hace varios días; a lo mejor yo debería acompañarlo…».

—Por último, parece ser que el shishi amigo vuestro, Ori-san, no se ha marchado a Kioto —dijo el shoya.

Al ver la expresión de Hiraga, el shoya se estremeció.

—¿Dónde está?

—En el barrio pobre de la colonia, donde los gai-jin van a beber y a fornicar.

Cerca de medianoche, André Poncin llamó a la puerta de la Casa de las Tres Carpas. El portero lo dejó pasar enseguida. Raiko le dio la bienvenida y poco después ya estaban bebiendo sake y hablando de las últimas novedades en Yoshiwara y la colonia. Ambos se utilizaban el uno al otro como fuente de información.

—… ¡y la patrulla del Bakufu registró todas las casas! ¡Como si nosotros fuéramos capaces de esconder a criminales! Eso es ilegal y todos sabemos que para que nuestros cuencos estén siempre llenos de arroz tenemos que promover la paz y evitar problemas. La patrulla sigue en la entrada para vigilar a todos los que pasan por el portal.

Mientras Raiko se abanicaba, recordó lo cerca que estuvo de que la pillaran y pensó que ojalá nunca hubiera invitado a los shishi a su casa. «Ya es hora de que se marchen a otra parte, tanto la patrulla como los shishi, por mucho que me guste Hiraga».

—Ojalá se marchen.

—¿Quiénes son esos criminales que buscan?

—Traidores, ronin. A pesar de que cualquiera que se oponga a ellos es un traidor, los ronin suelen ser sus presas más habituales.

—Pero ¿cómo? ¿Pueden destituir al Bakufu? ¿Promover una revolución?

Raiko rio, vació la jarra y se sirvió otra.

—El Bakufu es igual que los piojos en una cárcel: en cuanto destruyes mil piojos, enseguida aparecen cien más. No, el Bakufu y el shōgunado son la esencia del imperio japonés y estarán con nosotros para siempre.

—¿Ha venido Taira-san esta noche?

—La muchacha que él quería estaba ocupada; le ofrecí otra pero él no la quiso y se marchó. Qué raro, ¿verdad? Es un hombre muy extraño, aunque creo que será un buen cliente. Te agradezco que lo hayas traído a mi humilde casa.

—Ese sensei japonés, el maestro que encontró Taira, ¿quién es?

—No lo sé, cuánto lo siento, pero me han dicho que es de Yedo y que vive en la colonia.

—¿Y Taira-san no le ha contado nada a Fujiko?

—Que yo sepa, no. Aunque tampoco se lo pregunté. Quizá la próxima vez que vengas pueda decirte algo más, Furansu-san.

Aunque André no la creyó, pensó que ya se lo contaría cuando estuviera lista.

—¿Y la medicina? ¿Ya la tienes?

—Por supuesto, mi objetivo en la vida es hacer todo lo posible para ayudar a mis clientes favoritos.

Poncin sacó los pendientes de perlas y los colocó sobre la mesa. A Raiko le brillaron los ojos. A pesar de que no hizo el menor gesto para cogerlos, él sabía que ya los había tasado y calculado el precio de venta en el mercado negro.

—Me han pedido que te regalara esto —dijo él con voz agradable. Ella le brindó una sonrisa encantadora, fingiendo que estaba abrumada, a pesar de que ya sabía de antemano que le iban a pagar con unas joyas que no iba a poder vender en Yokohama. Alargó unos dedos temblorosos para cogerlas, pero él se le anticipó y fingió examinar las perlas.

El plan que había trazado para Angélique funcionó de maravilla. Los criados de la Casa Noble habían rastreado todas las calles en vano. La preocupación y las lágrimas de Angélique habían sido sinceras, y ella le había susurrado a solas:

—Ay, André, ¿crees que hice bien? Malcolm estaba tan disgustado; yo no sabía que los pendientes eran tan caros.

—Pero él te había dicho que cuando compraras algo solo tenías que firmar, ¿verdad? No es culpa tuya si no preguntaste el precio. ¿Le gustaron los gemelos?

—Sí, pero André…

—Nos sobra un poco de dinero por si los necesitamos, Angélique.

André se rio para sus adentros y volvió a concentrarse en Raiko.

—Valen mucho más que la medicina.

—Sí, el precio de compra, sí. Pero tengo que enviarlos al Yoshiwara de Yedo o de Nagasaki. No será fácil venderlos, pero, por favor, no te preocupes, yo te ayudaré a deshacerte de ese niño no deseado.

—No es mío —dijo con brusquedad.

—Ah, cuánto lo siento, discúlpame —repuso, creyéndole. «Me alegro, temía que fuera suyo —se dijo a sí misma, aliviada—. No quiero tener más problemas con ese hombre»—. No es asunto mío.

—Lo hago para ayudar a la amiga de un amigo, del barrio de los borrachos.

—Por favor, discúlpame, cuánto lo siento.

—Tú entiendes de perlas y sabrás que estas cuestan cincuenta veces más que la medicina.

A pesar de que Raiko no dejó de sonreír y de arrullarlo, le rechinaban los dientes.

—Haré que las tasen. Por supuesto, valen más que la medicina.

—Por supuesto.

Le tendió la mano y ella las cogió. Las perlas eran casi negras; Raiko se las acercó a los dientes para comprobar si estaban frías y las mordió con cuidado. Tras asegurarse de que eran auténticas, dijo con amabilidad:

—¿El precio, viejo amigo?

—El precio es el siguiente: la medicina y, si falla, todo lo necesario para detener el embarazo.

—Sí —asintió ella feliz. Sabía que acababa de hacer un buen negocio—. Quieres una garantía absoluta.

—Y veinte oban —añadió. Le encantó ver la expresión de horror en el rostro de Raiko a pesar de que representaba menos de la tercera parte de lo que iba a sacar cuando las vendiera. El engaste no valía gran cosa, pero él se había asegurado de que las perlas fueran de la mejor calidad. Raiko gimió, maldijo y discutieron largo rato; ambos disfrutaban del enfrentamiento y sabían que el coste real de la medicina y de los consejos médicos eran insignificantes para una mama-san. Cuando ya estaban a punto de llegar a un acuerdo, Raiko lo miró con una expresión extraña y pensó: «¿debería interferir en su karma?».

—¿Qué? —preguntó Poncin con desconfianza.

—Déjame pensar un momento, Furansu-san.

«La medicina es para la mujer que se va a casar con el tai-pan —se dijo a sí misma con excitación—. ¿Acaso no fue ella la que ayer perdió unas joyas? Tiene que serlo, las perlas lo confirman… y, si es ella, caramba, él no sabrá nada del aborto porque, de lo contrario, el intermediario habría sido Jami-san en lugar de Furansu-san».

—Una tercera parte sería lo correcto —dijo, y estuvo a punto de añadir: «para la muchacha gai-jin que se va a casar con el tai-pan», pero al ver el rostro sombrío de Furansu-san, decidió que aún no había llegado el momento de revelarle que ya sabía para quién era.

«Esta noche ha sido muy fructífera —pensó con regocijo—. Semejante información acerca de una dama tan importante puede ser muy valiosa. La puedo ocultar o contar, antes o después de que se case, a ella o al tai-pan, que es igual de rico que Adachi de Mito, o incluso se lo podría contar a uno de sus enemigos.

»Por otro lado, gracias a Hiraga, tengo a ese Taira literalmente pegado a la Puerta de Jade de Fujiko. ¿Qué tendrá esa muchacha

que atrae tanto a los Ojos Redondos?». Y, por último, había encontrado la solución para su adorado espía gai-jin, Furansu-san.

A pesar de que Raiko quería gritar de alegría, le dirigió una mirada sincera y humilde.

—¿Una tercera parte, Furansu-san?

Él la miró con tristeza y asintió.

—¿Le has dicho a la dama que hay riesgos?

—¿Qué riesgos? Me has dicho que la medicina suele funcionar.

—Sí, la mayoría de las veces funciona. Pero si la bebida no fuera eficaz… Bueno, ahora no nos preocupemos de eso. Esperemos que Buda le sonría y que su karma sea liberarse pronto; luego podrá disfrutar de las cosas buenas de la vida. —Lo miró fijamente—. Y tú también. *Neh?*

Él le devolvió la mirada.

XXIV

Jueves, 6 de noviembre

«Mi querida Colette: las semanas han pasado volando y estoy deseando que llegue mañana —escribió Angélique, radiante—, me siento tan bien que ni siquiera puedo creerlo. Duermo de maravilla, tengo las mejillas sonrosadas, la gente no para de hacerme cumplidos y estoy más guapa que nunca…». «No se me nota nada —pensó—. Tengo los pechos un poco sensibles, pero no son más que imaginaciones mías, y mañana ya se habrá acabado».

Estaba sentada ante un escritorio en su gabinete con vistas a la bahía. Era demasiado precavida como para escribir cualquier cosa que la pudiera comprometer. La habitación era tranquila y cálida, sin corrientes de aire, las ventanas no estaban desencajadas, el fuego ardía en la chimenea, y Malcolm Struan dormía a su lado, sentado en un sillón de terciopelo rojo, con un montón de papeles, cartas y facturas sobre su regazo y desparramados por el suelo. Habían decidido que era más seguro no cerrar la puerta con llave. Ya tendrían tiempo de sobra para la intimidad.

A veces Malcolm llegaba pronto por la mañana, trabajaba en la suite de Angélique hasta las doce y dormitaba hasta la hora de comer. Otras veces se quedaba en su habitación, o bien se iba a las oficinas de la planta baja. A pesar de que siempre le decía a Angélique que podía ir cuando quisiera, ella sabía que se lo decía solo por cortesía; la planta baja era territorio exclusivo de los hombres. Estaba encantada de verle trabajar; McFay le había dicho: «desde que el tai-pan ha tomado las riendas, todo el mundo está

más activo, tenemos grandes planes y la compañía marcha sobre ruedas…».

Y ella estaba igual de bien; sabía que no había nada que temer. Al contrario, tenía ganas de que llegara la noche para ver a André en la legación. Ya habían inventado una excusa para que ella pudiera regresar a la legación francesa al día siguiente y quedarse tres días mientras le pintaban la habitación y le colocaban las cortinas de seda que había encargado.

—Pero, Ángel —le había dicho Struan—, solo vamos a estar aquí unas semanas, es un gasto…

Bastaron una sonrisa y un beso para hacerle cambiar de opinión. «Empiezo a quererle y a disfrutar del juego de salirme siempre con la mía».

Detrás de ella, Struan se movió pero no se despertó. «Cuando está dormido tiene el rostro diáfano —pensó—. Diáfano y fuerte…».

La puerta se abrió e irrumpió Ah Soh.

—Señolita, ¿quelel comel aquí o abajo, *heya*?

Struan se despertó en el acto.

—La señorita comerá aquí —dijo en cantonés—; yo comeré abajo, en el comedor principal, y dile al cocinero que espero que se luzca con la comida.

—Sí, tai-pan. —Ah Soh se alejó corriendo.

—¿Qué le has dicho, Malcolm?

—Que tú comerás aquí, y yo abajo. He invitado a Dmitri, Jamie y Norbert. —La silueta de Angélique se recortaba a contraluz—. Estás preciosa.

—Gracias. ¿Puedo acompañaros? Lo prefiero.

—Lo siento, pero tenemos que hablar de negocios.

Struan se levantó haciendo un gran esfuerzo y Angélique le tendió los bastones. Antes de cogerlos, la rodeó con los brazos y ella respondió al abrazo ocultando su enfado porque la volvía a dejar sola; sin poder ir a ningún lado, sin nada que hacer, salvo escribir un poco más, leer y esperar. Qué aburrimiento.

Durante el almuerzo en el edificio de Struan el humor de los comensales fue empeorando poco a poco hasta que al fin, en los postres, Malcolm reveló el verdadero motivo de haberlos reunido a todos.

—Quería hablarles de lo que preocupa a todos los comerciantes: de sir William y de que nos hayan excluido de la reunión con el shōgun y el Bakufu.

—Estoy de acuerdo en que ese imbécil se merece que lo destituyan de su cargo. ¡Jamás había visto nada parecido!

—Sí —convino Struan—. Como mínimo tendríamos que tener un representante en la reunión.

—Estoy de acuerdo —dijo Dmitri con determinación—. Nuestro representante no está mal, solo que es un yanqui. Le sugerí que me nombrara delegado pero se cagó. ¿Qué nos sugiere, Malcolm?

—He pensado en formar una delegación conjunta para asegurarnos de que no vuelva a ocurrir, enviar una queja al gobernador y…

—Stanshope es un estúpido —interrumpió Norbert, y con una leve sonrisa, añadió—: Pero hará todo lo que le pida su madre.

—Si insinúa que es nuestro títere, le aseguro que no es así —repuso Struan con frialdad.

—Al margen de que sea un títere, ¿sería capaz de despedir a Wee Willie? —intervino Dmitri.

—No —repuso Struan—. Esa clase de orden tiene que venir de Londres. Yo había pensado que, si William no accede a que participemos en las negociaciones, entonces podemos sugerirle a Stanshope que lo imponga como norma. Eso sí que lo puede hacer; al fin y al cabo, nosotros pagamos impuestos, y somos los que negociamos con los chinos, así que ¿por qué no podemos hacerlo aquí también? Si actuamos de forma conjunta, lo conseguiremos. ¿Norbert?

—Ese cretino accederá a cualquier cosa con tal de poder vivir en paz, y eso no nos conviene en absoluto. —Se le endureció el rostro —. En realidad, nuestro problema no es William, es el almirante. Necesitamos a otro almirante. Me preocupa más eso que quitarnos a William de encima. Él es el que no quiere bombardear a los bastardos; es él y no William. De eso cualquier imbécil se daría cuenta. —Norbert apuró la copa, volvió a servirse y siguió hablando —: Les felicito otra vez por la nata, pero el coñac no está a la altura. ¿Me permiten que les envíe un barril de Napoleón?

Struan tuvo que hacer un esfuerzo para contener la rabia.

—¿Por qué no? Es posible que sea mejor. ¿Se le ocurre una solución mejor que la nuestra?

—Mi solución ya la conocen todos —dijo Norbert con aspereza—. Hay que exigir que nos entreguen a los asesinos de Canterbury y la indemnización y, si no lo hacen, esperar tres días y bombardear Yedo. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Pero estos idiotas que tenemos aquí no toman represalias, que es lo único que entienden los nativos, o cualquier enemigo. Y hasta que la marina no actúe como tiene que hacerlo, todos corremos peligro.

Se produjo un silencio. El rostro de McFay no reflejaba lo que pensaba; le preocupaba que Struan le siguiera el juego a ese hombre, mayor que él y con más experiencia; le entristecía que Struan no se hubiera adelantado y propuesto lo mismo que Norbert, y le disgustaba que no le hubiera informado del verdadero motivo de la reunión porque podría haberle dado unos cuantos consejos antes de iniciarla.

—Sea como sea, Norbert, ¿está de acuerdo en que usted, Dmitri y el tai-pan, como representantes de la mayoría, deberían hablar con Wee Willie cuando regrese?

—Podemos ir a verle, pero no servirá de nada —Norbert bebió un poco más de coñac, el enfrentamiento lo había animado—. Ya sé lo que dirían Mr. Brock y sir Morgan; Tyler Brock diría, en pocas palabras, que el almirante es el culpable de todos los males, que William es un bastardo arrogante que no cambiará nunca, que

hablará con Stanshope personalmente, que también es otro imbécil, y que escribirá a los miembros del Parlamento para pegarles una buena bronca. —Mientras hablaba, encendió un puro y luego dijo con desprecio—: Y a sir William le diría que mueva el culo, que es su obligación solucionar el problema y que, si no lo hace, vendrá a Japón para romperle el pescuezo.

Struan sintió la misma mezcla de ira y temor que se apoderaba de él cada vez que oía el nombre de Tyler Brock, o cuando leía algo sobre él en los periódicos o lo veía en las calles de Hong Kong.

—Entonces ¿cuál es la solución?

—No lo sé. Si lo supiera, ya habría actuado. —Norbert eructó otra vez—. Eso me recuerda a esas concesiones de minas que les han prometido los japoneses y que nunca les van a dar.

Struan y McFay se quedaron atónitos.

Dos semanas antes, Vargas llegó excitado y les contó que un proveedor de seda que actuaba de intermediario para un tal señor Ota le había dicho que quería celebrar un encuentro secreto con el tai-pan para hablar de la concesión exclusiva de una mina de oro de su propiedad. A cambio de la concesión, quería armas.

—Es perfecto —había dicho Struan—. Si es cierto, sería un paso decisivo. ¿Verdad, Jamie?

—Desde luego, si lo dicen en serio.

—Mire, tome, esto es de su señor. —Vargas les enseñó un papel de arroz cubierto de columnas de caracteres japoneses y sellado con cuidado—. Este es el sello del señor Ota, y este el de uno de los roju, el señor Yoshi. Han puesto dos condiciones; una es que la reunión se celebre en Kanagawa y la otra es que sea secreta.

—¿Por qué? ¿Por qué en Kanagawa y no aquí?

—Solo dijeron que querían que fuera allí, y también que están dispuestos a celebrar la reunión en la legación de Kanagawa por la noche.

—A lo mejor es una trampa, tai-pan —dijo Jamie—. No se olvide de que a Lun lo asesinaron allí, y esos asesinos…

—Están los soldados para protegernos —repuso Malcolm, mientras intentaba luchar contra los recuerdos.

—Me aseguró que no irían armados, tan solo insistió en la importancia de que la reunión se celebrara en secreto —dijo Vargas.

—Es demasiado arriesgado para usted, tai-pan —dijo Jamie—. Iré yo con Vargas, que hará de intérprete.

—Lo siento, senhor McFay —repuso Vargas—, pero quieren hablar con el tai-pan en persona. No necesitarán un intérprete, ellos ya traerán a una persona que habla inglés.

—Es demasiado peligroso, tai-pan.

—No me importa. Acepte la invitación y nos reuniremos lo antes posible. Con una condición: Mr. McFay me acompañará. Jamie, iremos en barco.

La reunión fue breve y no se anduvieron con rodeos. Acudieron dos samuráis, unos de ellos se llamaba Watanabe y hablaba una jerga con acento norteamericano:

—El señor Ota quiere dos buscadores de oro, ambos expertos. Tendrán acceso a todas sus tierras, pero con guías y sin armas. Les garantiza la seguridad; les dará una buena vivienda, comida, todo el sake que quieran y mujeres. El contrato durará un año. Ustedes se quedan con la mitad del oro que encuentren y proporcionarán las herramientas, el equipo y los supervisores que deberán aleccionar a nuestros hombres en caso de que encuentren algo. También se encargarían de vender el oro. Si todo sale bien, les renovará el contrato otro año, y luego otro, y lo seguirá haciendo siempre y cuando la Casa Noble juegue limpio. ¿De acuerdo?

—¿Solo hay que buscar oro?

—Por supuesto. El señor Ota dice que tiene una pequeña mina, quizá haya alguna más, ¿no? Ustedes se encargarán de venderlo. Los hombres tienen que ser buenos, tienen que haber estado en California o Australia. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Necesitaremos tiempo para encontrar a los hombres.

—¿Cuánto?

—Dos semanas si los encontramos en la colonia; seis meses si los tenemos que traer de Australia o de América.

—Cuanto antes, mejor. Por otro lado, ¿cuántos fusiles nos podrían vender ahora mismo?

—Cinco.

—El señor Ota se los compra, y todos los fusiles que acordaron vender a los Choshu, al mismo precio.

—Esos ya están comprometidos. Podemos proporcionarles otros.

—El señor Ota quiere los fusiles de los Choshu. Les pagará lo mismo. Quiere todas las armas de los Choshu, ¿entendido? Y todas las que puedan conseguir, pero solo se las venderán a él, a nadie más, ¿entendido? Les pagará con oro, así que cuanto más oro encuentren, más ganarán.

Ni Malcolm ni McFay consiguieron que aquel hombre transigiera en lo más mínimo. Al final, Struan accedió y fijaron otra reunión para el mes siguiente en la que tenía que presentar un contrato que especificara las garantías y un informe sobre los dos hombres. Después de marcharse los samuráis, se felicitaron el uno al otro:

—Jamie, los encontraremos en el barrio de los borrachos. Por el amor de Dios, dese prisa, y tenga cuidado, Norbert no debe enterarse.

—Déjemelo a mí.

Al cabo de pocos días, McFay encontró a dos hombres, un norteamericano y un minero de Cornualles, que habían estado en California y Australia. Al día siguiente tenían que acabar de completar el equipo y ultimar los detalles de los contratos y, sin embargo, ahora Struan y McFay escuchaban atónitos a Norbert que les decía:

—Ya he cerrado el trato, Malcolm, ya está; ahora ya puede olvidarse del asunto, y también de esos mineros de poca monta, han firmado un contrato de cinco años con Brock e hijos.

—¿Qué, qué dice? —exclamó Struan.

Norbert se rio.

—A quien madruga, Dios le ayuda, hijo. Les hice una oferta mejor que la de ustedes y ahora ya están de camino a Yedo. ¿Dónde habrá aprendido ese samurái a hablar el inglés norteamericano? ¿No se lo ha contado? Da igual. Creo que el cincuenta por ciento de todo el oro que encontremos es un buen trato. —Se rio con desprecio—. En cuanto a William, lo veré en cuanto regrese, yo no me dejo amilanar. Dmitri, le invito a acompañarme. —Miró a Struan—: Como usted no estará, me llevaré a Jamie.

—¿Cómo?

Norbert volvió a eructar.

—¿Su madre no le ha ordenado que regrese a Hong Kong en el próximo barco?

Jamie enrojeció.

—Oiga usted…

—No se meta en esto, Jamie —gruñó Struan—. Norbert, le aconsejo que mida sus palabras.

—¿Ah sí, jovencito? ¿Acaso no es cierto que su madre quiere que regrese, que le ha ordenado que vuelva enseguida, y que hay un capitán que ha recibido órdenes de llevárselo de aquí?

—¡Eso a usted no le incumbe en absoluto! Le aconsejo…

—¡A mí me incumbe todo lo que ocurre en Yokohama! —repuso con violencia—. ¡Y nosotros no aceptamos los consejos de nadie que pertenezca a la compañía Struan, y menos aún de un cachorro al que aún no han destetado!

McFay se levantó de un salto cuando Struan cogió una copa y lanzó su contenido a la cara de Norbert.

—Santo cielo…

—Retire eso, Norbert —gritó Malcolm. Dmitri y Jamie McFay se habían quedado estupefactos pues no se esperaban una explosión tan repentina—. ¡Retírelo o le exigiré una satisfacción!

—¿Pistolas? ¿Al amanecer? —se mofó Norbert, había resultado mejor de lo que se esperaba. De pronto, tiró del mantel para secarse la cara, derribando las copas—. Lamento lo ocurrido, pero ustedes dos son testigos de que no he dicho más que la verdad.

—Se disculpa, ¿sí o no?

Norbert apoyó las dos manos en la mesa y miró a Malcolm Struan, que le devolvió la mirada pálido de rabia.

—Es verdad que le han ordenado regresar y que solo tiene veinte años, así que ante la ley es menor de edad, y sigue mamando de la teta de su madre. Es la pura verdad, y ahora le diré otra: podría volarle la cabeza o aplastársela con una sola mano; si ni siquiera puede tenerse en pie, ¿cómo diablos va a pelearse conmigo? —dijo con la voz cargada de desprecio—. ¡Usted es un lisiado, Malcolm, y eso nadie lo podrá negar! Y ahora le diré otra verdad: su madre es la que dirige la compañía Struan, lo lleva haciendo desde hace años y la está hundiendo. ¡Pregúnteselo a Jamie, o a cualquiera que sea lo suficientemente sincero como para reconocerlo! Puede llamarse a sí mismo tai-pan, pero no lo es, ni tampoco es Dirk Struan, ¡usted no es el tai-pan y nunca lo será! Tyler Brock sí que lo es, él es el tai-pan, y le aseguro que antes de Navidad seremos la Casa Noble. ¿Un duelo? Está loco, pero si insiste, cuando quiera. —Salió con paso airado de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Me gustaría que ustedes dos fueran mis padrinos —dijo Malcolm, temblando de ira.

Dmitri se levantó y dijo con voz trémula:

—Malcolm, está loco. La ley prohíbe los duelos; pero bueno, de acuerdo. Gracias por la comida. —Y se marchó.

Struan intentó recuperar el aliento; le dolía la cabeza. Miró a McFay que lo observaba como si fuera un extraño.

—Sí, es una locura, Jamie, pero Norbert es el mejor en Brock e Hijos y…

—Lamento…

—Yo también. Pero yo no hablé con nadie de los mineros. Vargas tampoco lo sabía, así que tiene que haberse enterado a través de usted. Usted es el mejor hombre que tenemos en la compañía, pero Norbert nos enterrará aquí. La mejor manera de acabar con él es metiéndole una bala en la cabeza, a él o a cualquiera de esos malditos Brock.

Tras una pausa, McFay dijo:

—Lamento haberle fallado, sí, lo lamento de veras, pero… lo siento, no quiero participar en ese duelo ni en su venganza. Es una locura.

Struan se puso aún más pálido.

—Ahora hablemos de usted. Si no respeta el juramento que hizo de apoyarme en todo momento, le juro por Dios que entonces sí que acabaré con usted. Le doy tres días.

Aquella misma mañana, Settry Pallidar y una columna de dragones a caballo encabezaban una procesión que cruzaba el primer puente del castillo de Yedo.

Pasaron junto a los miles de samuráis que bordeaban la carretera y, tras cruzar el puente levadizo, atravesaron el rastrillo y el portal de hierro. Delante de ellos iban los guías, unos samuráis con unos estandartes de tres metros que llevaban la insignia de los roju: tres flores de cerezo entrelazadas.

Detrás de los dragones iban unos cincuenta montañeses seguidos por la orquesta de gaitas; luego venía el grupo de ministros y el personal que los acompañaba, todos a caballo. Los ministros vestían el traje oficial —sombrero de tres picos, espada de gala, capa o levita para protegerse del viento— a excepción del ministro ruso, que llevaba un uniforme cosaco y montaba el mejor caballo de Japón, un semental negro que disponía de veinte mozos de cuadra cuyo único deber era vigilarlo y cuidarlo a costa de sus vidas. Phillip Tyrer y Johann iban detrás de sir William; André Poncin estaba al lado de Seratard. Al final de la procesión, había una compañía de casacas rojas.

Antes de cruzar el puente tuvieron que dejar dos cañones y la dotación de una batería. Ese había sido el motivo de interminables disputas; sir William insistía en que para ellos las salvas de cañón eran una señal de cortesía hacia la realeza; los funcionarios del Bakufu respondían que estaba prohibido que los gai-jin llevaran

armas y que eran un insulto al shōgun. Al final, tras una semana de discusiones, acordaron que los cañones se quedarían del otro lado del puente y que no dispararían las salvas hasta que el roju lo autorizara formalmente.

—Cuánto lo siento, no se puede desembarcar municiones…

El problema se solucionó gracias al almirante francés. En una de las interminables sesiones, acercó su buque insignia a la costa y soltó una andanada que, a pesar de que fue a dar en un arrozal más allá de la colonia sin causar daño alguno, aterrorizó a todos los japoneses que la oyeron.

—Si no podemos desembarcar municiones —explicó sir William con dulzura—, entonces tendremos que disparar las salvas desde el mar, como las que acaban de oír. La verdad es que habíamos pedido que utilizaran municiones de fogueo, pero se ve que no nos han entendido, ya saben, con eso de los idiomas… Y no sabe qué mal me sabría si no apuntaran bien y las balas cayeran en la ciudad; la culpa sería de ustedes. Tendría que explicarle al emperador Komei que los cañonazos, así como nuestros fusiles, no son más que una señal de respeto hacia el shōgun. Y, de paso, les comunico que también iremos a Kioto a visitar al mismísimo emperador Komei, una visita que ya hemos aplazado tres veces para acomodarnos a su conveniencia; pueden estar seguros de que iremos a verlo en cuanto regrese mi poderosa flota, que ahora está diezmando a los piratas que tuvieron la osadía de asaltar un barco británico en las costas chinas.

La oposición del Bakufu se vino abajo. Así que los soldados cargaron los fusiles y se les avisó que, aunque podía producirse un incidente, no debían provocar a los japoneses en ningún caso, so pena de un severo castigo.

—¿Qué pasa con el *Pearl*, sir William? —le había preguntado el general en la última reunión.

—Nos llevará a Yedo y luego regresará aquí, por si nuestros anfitriones organizan un ataque sorpresa mientras estamos fuera y hubiera que evacuar la colonia.

—Santo cielo, señor, si cree que existe esa posibilidad, ¿por qué se arriesga? —inquirió el general preocupado—. Si a los demás ministros les pasa algo, bueno, no sería tan grave, pero usted, señor, si usted sufre algún percance, sería un incidente internacional. Al fin y al cabo, señor, ¡usted representa al imperio! No debería arriesgarse tanto.

—Es mi trabajo, mi querido general.

Sir William esbozó una sonrisa al recordar que, aunque lo había dicho en broma, el general asintió con el semblante serio. «Es un pobre desgraciado, pero para hacer ese trabajo hay que serlo», pensó divertido. Decidió concentrarse en el castillo y en la reunión que iba a ser la culminación de meses de negociaciones y que en realidad tenía que servir para ratificar el tratado y confirmar la apertura de los puertos. «Los proyectiles fueron los que obraron el milagro —pensó disgustado—. Gracias a Dios que la misión de ese maldito Ketterer en China salió bien y que regresará pronto. Si puede bombardear las costas chinas, también puede hacerlo aquí».

Desde lejos el castillo no impresionaba demasiado, pero cuanto más se acercaban, más inmenso aparecía con los ocho anillos defensivos. El castillo en sí era elegante y bien proporcionado, tenía un foso de veinte metros, las murallas de unos dos o tres metros de grosor y construidas con unos enormes bloques de granito. «Ni siquiera nuestros cañones de sesenta podrían atravesarlas —pensó impresionado—. Y Dios sabe cuántas fortificaciones habrá alrededor de la torre del homenaje. La única manera de entrar es por los portales, o escalando la muralla. Tendría que ser un ataque frontal y no me gustaría tener que dar la orden. ¿Y sitiarlo? Quién sabe cuántos almacenes tendrán, o cuántos hombres podrá alojar, seguro que miles».

Detrás del portal, un camino conducía a una zona de estacionamiento dominada por los arqueros. El portal estaba abierto y llevaba a otro patio en el cual otro portal fortificado daba a un tercer patio, y así sucesivamente, formando un laberinto que al final acababa en la torre del homenaje.

—Desmontaremos aquí, sir William —dijo Pallidar tras acercarse y saludarlo. Era el capitán de la escolta. A su lado unos oficiales samuráis señalaban en aquel momento una puerta que se abría.

—Bien. ¿Tiene alguna duda sobre lo que tiene que hacer?

—No, no. Pero no tengo la más mínima esperanza de poder cubrirlos o de salir de aquí en caso de que las cosas se pongan feas.

—No tengo intenciones de que se produzca un incidente, capitán —sir William sonrió. Se volvió y dio la señal para que todos desmontaran—. Vaya castillo, ¿no le parece?

—Nunca había visto nada parecido —asintió Pallidar preocupado —. Supera a cualquiera de los castillos de los cruzados. A su lado, el de los Caballeros de San Juan de la orden de Malta parece insignificante. Es hermoso y lamentaría tener que atacarlo.

Sir William y los demás ministros cruzaron la puerta. La comitiva estaba formada por Seratard, el conde Zergeyev, Von Heimrich, Van de Tromp, Adamson y un recién llegado, el Burgermeister Fritz Erlicher de la Confederación Helvética, un gigante barbudo de Berna que hablaba inglés, francés, alemán, holandés y varios dialectos germánicos. Phillip Tyrer y Johann los seguían de cerca y André Poncin iba junto a Seratard.

La sala de audiencias medía unos treinta y cinco metros cuadrados, el techo era muy alto, estaba limpia y aireada, y en las paredes de piedra había unas pequeñas aberturas verticales en lugar de ventanas. Unos samuráis estaban alineados junto a las paredes. En el otro extremo de la sala había dos filas de seis sillas, una delante de la otra. Muchas puertas. Cuando entraron, tan solo los recibieron unos criados. Un funcionario del Bakufu de segunda categoría y vestido con ropas espléndidas les indicó dónde debían sentarse mientras los criados traían unas bandejas.

—Por favor, siéntense para tomar el té —dijo el funcionario.

Sir William vio que Johann estaba enfrascado en una conversación con el ministro suizo y dijo irritado:

—Phillip, pregúntele a ese hombre dónde está el consejo de regentes, o el roju.

Phillip, ocultando su nerviosismo y consciente de que todos los observaban, se acercó al funcionario y esperó a que este lo saludara con una reverencia. Al ver que el hombre tan solo lo miraba, dijo con aspereza:

—«¿Acaso no tienes modales? ¡Inclínate! En mi país soy un señor y represento a estos excelentísimos señores».

El hombre se sonrojó e hizo una reverencia mientras murmuraba disculpas. Tyrer se sintió muy orgulloso de sí mismo por haberle pedido a Nakama que le enseñara unas cuantas frases básicas para sacarle de un apuro. Interrumpió al hombre en un tono aun más imperativo:

—«¿Dónde están tus amos? ¿Los roju?».

—«Ah, cuánto lo siento, por favor, perdóname, mi señor» —balbuceó el hombre—. «Os ruegan que esperéis aquí para tomar un té».

Aunque Tyrer no entendió todo lo que dijo, captó el significado general.

—«¿Y después del té?».

—«Me sentiré honrado de acompañarlos a la sala donde se celebrará la reunión» —dijo el hombre.

Tyrer se sintió profundamente aliviado al ver que también lo entendía. Cuando se lo contó a sir William, un sudor frío le recorrió la espalda y supo que, de momento, había tenido suerte.

Sir William soltó un bufido de rabia y se acercó a los demás.

—¡Quieren que esperemos! ¿Qué me dicen, caballeros? Llegan tarde, dijimos que la reunión empezaría ahora; yo no quiero esperar, ni beber ese maldito té. Muy bien —concluyó y, con el consentimiento de todos, añadió—: Phillip, dígale que hemos venido a ver a los roju, y eso es lo que queremos hacer. Ahora.

—¿He de ponerme muy duro?

—Por el amor de Dios, Phillip, si hubiera querido que lo dijera con buenos modos, ya se lo habría dicho a usted con buenos modos. Su obligación es traducir todo lo que se le dice sin interpretar nada.

—«El Gran Señor decir: él querer ver a roju ahora. ¡Ahora mismo!».

El funcionario se escandalizó ante semejante grosería; era una afrenta sin precedentes, y se encontraba en un verdadero aprieto. Las instrucciones habían sido muy claras: «los gai-jin tendrán que esperar el tiempo necesario para que se sientan humillados, alrededor de media vela, y entonces los llamaremos y los escoltarás hasta nosotros».

—«Por supuesto, los acompañaré en cuanto hayan tomado el té y todo esté a punto para recibirlos como merecen; pero, oh, cuánto lo siento, ahora mismo no podrá ser, las Personas Augustas no están listas, así que no podré acceder a la petición de su amo».

—«Por favor, repetir, más despacio» —dijo Tyrer nervioso y agobiado. El funcionario volvió a soltar la misma parrafada en japonés—. Sir William, creo que dice que tenemos que esperar.

—¿Qué? ¿Por qué?

—«Mi amo decir, ¿por qué esperar?».

Como Tyrer seguía sin entenderle, el hombre decidió hablar en holandés y Erlicher intervino en la conversación, lo cual irritó todavía más a sir William. Al cabo de un rato, Erlicher dijo:

—Parece ser, sir William, que los roju no están listos; pero, en cuanto lo estén, nos conducirán a la sala de audiencias.

—Por favor, dígale que quiero ir ahora mismo, que es la hora y que las reuniones importantes siempre se celebran a la hora prevista, pues, como ya les he explicado cincuenta veces, los asistentes tienen que atender a otros asuntos de Estado tan importantes como este. ¡Y dígale que se dé prisa!

Erlicher sonrió y lo repitió tal cual, y por mucho que el funcionario le diera vueltas, rogara y suplicara, al final tuvo que hacer una reverencia y, lo más despacio posible, los condujo por un pasillo. Antes había tenido la precaución de enviar a un mensajero para que previniera al consejo de la impertinencia de los gai-jin.

Recorrieron otro pasillo hasta que unos samuráis abrieron unas puertas enormes; el funcionario se puso de rodillas y pegó la cabeza

al suelo. Cuatro hombres, vestidos con unas túnicas de seda y con espadas en los cinturones, estaban sentados a uno de los extremos de la sala de audiencias, sobre una plataforma. La silla del medio estaba vacía. Frente a ellos, a nivel del suelo, había seis sillas para los ministros y en el centro estaba el intérprete oficial. Delante de la puerta unos cien samuráis arrodillados formaban un semicírculo. Cuando sir William entró todos hicieron una reverencia, salvo los cuatro roju.

Sir William y sus acompañantes devolvieron el saludo, se acercaron a la tarima y tomaron asiento.

—Los ministros de los países civilizados nunca se arrodillan ni inclinan la cabeza —había dicho sir William—, al margen de lo que ustedes hagan y de sus costumbres, ¡y no quiero volver a hablar del tema!

Phillip Tyrer, que se había convertido en un experto en reverencias gracias a Nakama, se fijó en que cada vez que un regente se inclinaba hacía la reverencia propia de un superior a un inferior. «No importa —pensó sorprendido y excitado—, estamos en el verdadero santuario. ¿Cuándo llegará el shōgun para ocupar la silla vacía? Me pregunto qué aspecto tendrá y qué…».

Uno de los regentes empezó a hablar. Tyrer se sobresaltó cuando lo reconoció y vio que era el mismo funcionario que había acudido a la última reunión en la legación, y también reconoció al hombre moreno y nervioso sentado a su lado, que, aunque no había abierto la boca en toda la reunión, no había dejado de observar todo lo que ocurría.

«¿Por qué asistieron dos regentes a la reunión sin decirnos quiénes eran? Espera, creo recordar que el joven dijo que se llamaba Tomo Watanabe, sí, y dijo que era un "funcionario de segunda categoría". Es evidente que el nombre era falso. Pero ¿por qué? ¿Y a qué se debe ese disfraz?».

Preocupado, Tyrer decidió apartar el problema y centrarse en lo que decía aquel hombre. No entendió casi nada; Nakama ya le había prevenido de que lo más probable era que utilizaran el lenguaje de

la corte, palabras y frases con diversos significados, a veces contradictorios.

El intérprete japonés había empezado a hablar en holandés:

—El roju, el consejo de regentes del shōgunado, da la bienvenida a los representantes extranjeros y desea presentar las credenciales tal y como se había acordado.

Sir William suspiró, hipnotizado por la silla vacía.

—De acuerdo, Johann, empecemos. Pregúnteles si no deberíamos esperar a que el shōgun nos honre con su presencia.

Tras muchas discusiones, el regente joven, Yoshi, hizo una declaración, que se tradujo despacio y con meticulosidad al holandés, y luego al inglés.

—En líneas generales, y omitiendo la palabrería de siempre, el portavoz dice que no contaban con la presencia del shōgun en esta reunión, que esta solo era con el roju y que se había acordado que la del shōgun iba a celebrarse más adelante.

—Eso no es cierto, y les comunico una vez más que las credenciales ministeriales solo se presentan al jefe de Estado, en este caso al shōgun, así que no proseguiremos.

Vuelta a traducir y luego, ante el disgusto de los ministros:

—El regente dice que el shōgun ha tenido que marcharse a Kioto por un asunto urgente y que lamenta no haber podido conocerlos, etcétera, pero que pueden presentar sus credenciales al roju ya que han sido autorizados para recibirlas.

De pronto, sir William señaló la silla vacía.

—Si no esperaban al shōgun en esta reunión y el roju está compuesto de cinco regentes, ¿cómo es que hay una silla vacía?

Tras las traducciones de rigor, respondieron:

—Dice que el presidente del consejo, el señor Anjo, está enfermo y no podrá asistir a la reunión; pero que no importa, están autorizados para proceder. Por favor, prosigan.

Von Heimrich dijo en un francés perfecto:

—Pero ¿esto no invalida la reunión? No han parado de darnos la lata con eso del carácter «unánime» del consejo. Cinco hombres.

Esto podría ser otra treta para anular todo lo que acordemos en la reunión.

Mientras discutían otra vez, sir William permanecía callado. Procuraba ocultar la furia y la preocupación que lo embargaban. «Está claro que nos están engañando una vez más. ¿Qué hacemos?». Y entonces se oyó a sí mismo decir con firmeza:

—Muy bien, aceptaremos la autoridad que les concede el shōgun solo en esta reunión. También comunicaremos a nuestros gobiernos que, si no hay acuerdo, iremos a Kioto lo antes posible para presentar las credenciales al shōgun y al emperador Komei, debidamente escoltados.

Johann se dispuso a traducirlo al holandés, y el conde Zergeyev murmuró:

—¡Muy bien! ¡Así es como hay que tratar a esos *matyeryebitz*! — Von Heimrich y Van de Tromp asintieron, a diferencia de Seratard, Adamson y Erlicher, que no se mostraron conformes.

El japonés se quedó boquiabierto y dijo en voz alta que no lo había entendido bien. Johann le repuso que lo había entendido perfectamente. Entretanto, sir William observaba los rostros de los roju mientras escuchaban al intérprete. Todos se mostraron indignados en mayor o menor medida. «Muy bien», pensó.

—Con la misma palabrería de siempre, sir William, pero esta vez con una buena dosis de disculpas, dice que no será posible ir a Kioto para visitar al shōgun porque el clima es muy desapacible en estas fechas, pero se asegurarán de que en cuanto regrese, etcétera.

Sir William sonrió apesadumbrado.

—Dígales que por muy mal tiempo que haga visitaremos al emperador en un futuro próximo. Insista en eso, Johann. Es una condición indispensable para proseguir con la reunión.

Los roju lo acogieron con un silencio sepulcral.

Sir William, seguido de los demás, se levantó y se inclinó, dijo su nombre, rango y el país al que representaba, y presentó sus credenciales, que fueron aceptadas con dignidad.

—Y ahora —continuó sir William—, prosigamos con el orden del día. El gobierno de Su Majestad insiste en que el viernes 12 de septiembre, en el año de gracia de 1862, un caballero británico murió asesinado brutalmente, a plena luz del día, por unos samuráis de Satsuma a las órdenes de su rey, Sanjiro, y otros dos caballeros resultaron heridos. El gobierno de Su Majestad exige que se le entregue a los asesinos o bien que se les infrinja el castigo impuesto por la ley japonesa, que se le indemnice con cien mil libras esterlinas en oro, y que se hagan circular bandos para disculparse y asegurarnos de que semejante aberración no volverá a producirse. El siguiente punto a tratar es el segundo y último pago de cinco mil libras esterlinas en oro, correspondiente a la indemnización por los asesinatos del sargento Gunn y del cabo Roper cometidos en nuestra legación el año pasado. El plazo ha expirado hace varias semanas y dicha cantidad deberá pagarse dentro de tres días o, de lo contrario, se verá duplicada por cada día de retraso…

Sir William fue haciendo pausas para que Johann pudiera traducir palabra por palabra, pero no les dio tiempo para que pudieran replicar hasta que hubo terminado de hablar. Adamson pidió una indemnización por el asesinato del oficial norteamericano y, por último, le llegó el turno al ministro ruso.

El conde Zergeyev, con el uniforme cubierto de medallas y condecoraciones, dijo:

—Un oficial y un soldado ruso que tripulaban nuestro buque de guerra *Gudenev* fueron asesinados ante la consternación de los demás: Como indemnización, el zar Alejandro II exige las islas Kuriles.

—Sir William —repuso Johann cansado—, el regente dice que… Vuelve a repetir lo mismo de antes: que no tienen jurisdicción sobre Satsuma, no saben quiénes son los asesinos, creen que habría que exigir la indemnización a Satsuma y que por supuesto tendría que hacerse por las vías adecuadas.

—¿Qué vías?

Una vez obtenida la respuesta, Johann contestó:

—Dice que tiene que hacerse a través de ellos, así que volverán a transmitir su solicitud a Satsuma.

—Por Dios, ¡no se trata de una solicitud! Lo volveremos a intentar una última vez, insista en ello, Johann; ahora vamos a cambiar de táctica —propuso sir William—. Pregúntele si castigan a los asesinos y dígale al intérprete que espero como respuesta un sí o un no, y nada más.

—Dice, sir William, que en algunos casos…

—Por el amor de Dios, ¡sí o no! Phillip, ¡dígalo en japonés!

A Tyrer se le revolvió el estómago. Mientras el regente moreno murmuraba algo, se puso de pie como un valiente.

—«Honorables señores, les ruego ustedes disculpar mi japonés, pero mi señor preguntar si, cuando haber asesinato, ustedes matar hombre asesino, sí o no, por favor».

Silencio. Los regentes miraron a Yoshi que se había quedado mirando a Tyrer. El hombre que estaba a su lado le susurró algo y él asintió.

—«El castigo por asesinato es la muerte».

—Dice que sí, señor. Que castigan a los asesinos con la muerte —tradujo Tyrer. Había aprendido las palabras con Nakama, cuando este le había hablado del código penal japonés y de lo severo que era.

—Dele las gracias.

—«Mi señor decir gracias, señor».

—Ahora pregúntele si es correcto pedir una indemnización por esa clase de crímenes. ¿Sí o no?

—Señor, le ruego que me disculpe, pero… es… yo —Tyrer calló, de pronto se había quedado en blanco—. Lo siento, sir William, pero no sé cómo se dice indemnización.

Poncin intervino enseguida:

—Se dice *bakkin*, sir William, ¿me permite, por favor?

—Adelante.

—«Honorables señores» —dijo Poncin mientras Tyrer lo bendecía por haberlo rescatado—. «Por favor, mi señor preguntar si ser

correcto pedir con humildad justicia y una indemnización para familia por asesinato, que Satsuma pagar multa».

—«A Satsuma sí» —dijo Yoshi, con una ligera sonrisa.

André suspiró aliviado.

—Dice que sí, sir William, pero solo se puede exigir la indemnización a Satsuma. —Antes de que sir William pudiera formular otra pregunta, y ante la sorpresa de Tyrer, Poncin empezó a proponer en un japonés impecable la solución que él había concebido por su cuenta:

—«Honorable señor, mi señor sugiere con humildad que el roju considerar hacer préstamo a Satsuma del primer plazo, una quinta parte de la cantidad total. Poder entregar esa parte ahora, dar tiempo a Satsuma para pagar el resto, y después cobrar a Satsuma, ¿por favor?».

Esta vez, todos vieron el interés que se había despertado en el regente más joven mientras se enfrascaba en una conversación con los demás. André vio que Tyrer lo miraba con desaprobación y le hizo un movimiento con la cabeza para pedirle que no interviniera. Poco después, Yoshi dijo:

—«Quizá sea posible ofrecerles una veinteava parte, que se pagará dentro de cien días y corresponderá a la deuda con Satsuma».

—«Honorables señores…».

—Phillip, ¿qué diablos están diciendo?

—Un momento, sir William —interrumpió André con amabilidad, a pesar de que deseaba aplastarlo—. «Honorables señores, mi señor prefiere una décima parte, pagadera en sesenta días. Cuánto lo siento, les ruego disculpar mala pronunciación, muy humilde, sí». —Aliviado, Poncin vio que volvían a discutir y decidió arriesgarse otra vez—. Lo siento, sir William, pero Phillip le podrá confirmar lo que acabo de decir. Como dicen que los Satsuma son los que tienen que pagar la indemnización, les sugerí que consideraran la posibilidad de adelantarnos una parte de ese dinero.

De pronto fue como si abriera los ojos y acabara de recuperar la vista.

«Santo cielo, Ojos Escurridizos entiende el inglés —quiso gritar—. Esa es la única explicación, y también es un espía de los roju, y si él es un regente, yo también lo soy, por eso los demás lo ignoran cuando discuten entre ellos. ¿Qué más? Seguro que es un espía de Watanabe, solo le habla a él. Tengo que averiguar cómo se llaman de verdad y preguntarle a Nakama si los conoce. Watanabe es el más poderoso de todos, es el que actúa de presidente. ¿Y el presidente ausente? También tendré que averiguar cómo se llama. ¿Qué más? ¿Y André cómo…?».

Cuando volvió a concentrarse en lo que ocurría en la sala, Yoshi se estaba dirigiendo al intérprete y le hablaba con severidad. Enseguida el intérprete puso más atención y su traducción fue veinte veces más breve. Johann tradujo a la vez que procuraba ocultar su sorpresa.

—El roju está de acuerdo en que se pida una indemnización a Satsuma y que sí, creen que cien mil libras es una cifra razonable, aunque no saben si el señor de Satsuma opinará lo mismo. Como gesto de amistad a los británicos, y a las demás naciones, el roju adelantará una décima parte dentro de setenta días en nombre de Satsuma, y entretanto ellos enviarán la solicitud oficial de los británicos.

—Muy bien, Johann, por favor, dígales que… —Calló al oír a Tyrer que le susurraba rápidamente:

—Disculpe, señor, le sugiero que lo acepte enseguida, pero es importante que averigüe cómo se llaman esos hombres.

Fue como si Tyrer no le hubiera dicho nada; sir William no se inmutó y siguió hablando sin casi hacer una pausa:

—Johann, por favor, dígales que el gobierno de Su Majestad acepta la propuesta con el mismo espíritu de amistad, y que, si me permiten, les diré que resulta difícil, sino imposible, que los gobiernos extranjeros traten con el Bakufu, pues da la impresión de que no ostenta ningún poder en los distintos reinos de este país. Por

lo tanto, ¿qué hacemos? ¿Tendremos que acudir directamente al shōgun, que fue el que firmó los tratados, o al emperador Komei?

—El gobierno legal de Japón es el shōgunado, cuyo jefe supremo es el shōgun, que gobierna en nombre del Hijo del Cielo. El roju está constituido por los consejeros supremos del shōgunado. Los gobiernos extranjeros siempre tendrán que tratar con el shōgunado.

—Entonces, ¿cómo podemos asegurarnos de que nuestros barcos puedan atravesar los estrechos sin sufrir ningún percance?

Más discusiones agotadoras, con las habituales variaciones de una misma respuesta. Cuando ya habían transcurrido tres horas desde el inicio de la reunión, una idea confusa se convirtió en una posibilidad real. Sir William sonrió para sus adentros.

—Muy bien. Suponiendo que no haya más ataques y que transmitan nuestras protestas al daimio de Choshu, estamos dispuestos a aceptar su postura en una reunión que se celebrará dentro de cien días.

Tuvieron que aguantar otra hora de regateos.

—El roju accede a celebrar otra reunión dentro de ciento cincuenta y seis días, aquí en Yedo, y desea dar la reunión por terminada.

—Muy bien —concluyó sir William satisfecho, y reprimió un bostezo—. Ahora, nos gustaría saber cómo se llaman; primero quiero oír los nombres y luego que los escriban en un documento que intercambiaremos dentro de tres días para formalizar los acuerdos.

Más discusiones; se alteraron algunos detalles sin importancia, y finalmente Johann tradujo:

—Sir William, dice que le enviarán el documento dentro de una semana. Ahora, el intérprete dirá cómo se llaman y la reunión se habrá acabado.

A medida que iban pronunciando los nombres de los regentes, cada uno de ellos asentía impasible:

—El señor Adachi de Mito, el señor Zukumura de Gai, el señor Yoshi de Hisamatsu…

Tyrer se regocijó cuando vio que Ojos Escurridizos, el último de la fila, sudaba mientras se retorcía las manos, y su saludo carecía de la dignidad de los demás.

—… el señor Kii de Zukoshi.

—Por favor, deles las gracias. Y ahora, de acuerdo con lo convenido, voy a dar la orden para que los cañones disparen las salvas.

—El señor Yoshi dice que lamentablemente falta uno de sus miembros. Se acordó que para poder autorizar los disparos se necesitaba la aprobación unánime del consejo.

De pronto la afabilidad de sir William desapareció por completo. Todos los ministros se quedaron boquiabiertos.

—¿Y nuestros acuerdos? —preguntó con aspereza—. ¿También requieren una aprobación unánime?

La tensión entre los ministros fue en aumento. Cuando Johann obtuvo la respuesta, dijo irritado:

—El señor Yoshi dice que esta reunión ha sido aprobada por el shōgun y que el presidente les ha autorizado a presentar las credenciales, a escuchar y aconsejar. Están dispuestos a recomendar que se acepten los acuerdos por unanimidad. Sin embargo, para autorizar las salvas de cañón es necesaria la aprobación unánime de todos los regentes. Por lo tanto, lamentablemente, no lo podrán permitir.

La tensión alcanzó un punto culminante cuando sir William y todos los demás se dieron cuenta de la trampa en la que habían caído. «Esta vez no tengo otra opción», pensó, y se le revolvió el estómago.

—¡Capitán Pallidar!

—¿Sí, señor? —Pallidar se acercó, con el corazón en un puño, a sabiendas de que la única opción que le quedaba a sir William era dar la orden de que se dispararan las salvas, costara lo que costara, porque de lo contrario utilizarían la misma excusa para rechazar los acuerdos a los que habían llegado.

Antes de que sir William pudiera responder, Seratard intervino con toda la suavidad y diplomacia de la que era capaz:

—Sir William, estoy seguro de que mantendrán el acuerdo y de que lo cumplirán. Le aconsejo que lo acepte, los demás están de acuerdo conmigo, ¿verdad, caballeros? Y también le recomiendo que se olvide de las salvas. ¿Está de acuerdo con nosotros, sir William?

Sir William vaciló.

La sorpresa de todos fue aun mayor cuando Seratard añadió:

—André, dígales que Francia avalará el primer pago.

Antes de que sir William pudiera replicar, André ya había empezado a hablar:

—«Mi señor decir, honorables señores, él contento que roju dar documento dentro de una semana, y aceptar que prestar dinero a Satsuma de primer pago dentro de setenta días. Decir también que Francia, país amigo de Japón, hacer de aval primer pago. También sentir honrado de saludar a *roju* en persona, en un buque o cualquier otra parte. Agradecer con humildad, honorables señores».

Yoshi repuso:

—Dé las gracias a su señor. Se ha acabado la reunión.

A la salida, Tyrer se había quedado esperando a André, que se había arrodillado para ajustarse las hebillas del zapato y, sin darse cuenta de que Tyrer lo observaba, empezó a hablar en susurros con el intérprete japonés. El hombre vaciló, luego asintió y se inclinó.

—*Domo* —contestó.

Cuando André se giró y vio que Phillip lo estaba mirando, se desconcertó durante una fracción de segundo, y luego se dirigió a él con una sonrisa.

—Bueno, Phillip, parece que las cosas no han ido nada mal, ¿no le parece? Le felicito, lo ha hecho muy bien y, desde luego, nos hemos salido con la nuestra.

—No estuve bien y usted nos salvó. Le agradezco que me haya sacado del apuro. —Tyrer frunció el ceño, preocupado, mientras seguía la procesión—. Aun así, a pesar de que nos ha sacado del

atolladero, ¿no es cierto que lo que dijo en inglés no era lo mismo que lo que había dicho en japonés?

—La diferencia no es tan grande, *mon ami*, como para que sea importante.

—No creo que sir William opine lo mismo.

—A lo mejor sí, y a lo mejor usted se equivoca. —André forzó una risa—. No conviene alterar a un ministro, ¿no le parece? En boca cerrada no entran moscas.

—La mayoría de las veces, sí. ¿Qué le ha dicho al intérprete?

—Le he dado las gracias. *Mon Dieu*, la vejiga me está matando. ¿A usted no?

—La verdad es que sí —asintió Tyrer, a sabiendas de que André le había mentido acerca del intérprete. «Pero ¿por qué no iba a hacerlo? —pensaba desde su nuevo punto de vista—. André es un enemigo, y si no lo es, está en la oposición, y cualquier matiz va a beneficiar a Seratard, a Francia y a él mismo. Me parece justo. ¿Qué puede haber pedido a escondidas? Que le transmitieran un mensaje, pero ¿qué clase de mensaje? Y yo, ¿qué podría pedir a escondidas?».

—Ha solicitado un encuentro privado con el señor Yoshi, ¿verdad? —dijo para tantearlo—. Para usted y monsieur Seratard.

A pesar de que el rostro de André Poncin no se inmutó, Tyrer se fijó en que los nudillos de la mano con que sujetaba la espada palidecían.

—Phillip —dijo en un hilo de voz—. Desde que usted llegó, he sido un buen amigo suyo; le he ayudado con el japonés, le he enseñado cosas, ¿verdad? No he interferido en su relación con el samurái, Nakama, a pesar de que me he enterado de que tiene otros nombres. ¿Verdad que…?

—¿Qué nombres? —preguntó Tyrer nervioso y sin saber por qué —. ¿Qué sabe de él?

André prosiguió como si Tyrer no hubiera dicho nada:

—No he intentado interrogarlos a él ni a usted a pesar de que ya le había advertido que tuviera cuidado con los japoneses, con todos,

pero ya habrá tiempo suficiente para que usted me hable de él, si lo desea, como amigo. Recuerde que estamos los dos en el mismo bando, Phillip; somos sirvientes y no amos, somos amigos, estamos en Japón, donde los gai-jin tienen que ayudarse entre sí, como cuando yo le presenté a Raiko y ella a Fujiko, ¿no? Es una muchacha encantadora esa Fujiko. Será mejor que haga uso del sentido galo de la realidad, que la información privada siga siendo privada, y que se ande con cuidado con ese Nakama; y recuerde lo que ya le he dicho mil veces: en Japón solo hay soluciones japonesas.

Aquel mismo día, al anochecer, Yoshi avanzaba con paso rápido por un pasillo sombrío de la torre del homenaje. Llevaba una capa que cubría las espadas y el kimono de cada día. Cada veinte pasos unas antorchas de aceite colocadas sobre unos soportes de hierro iluminaban el camino. Llegó hasta una escalera de caracol que conducía a las caballerizas y descendió a toda prisa.

—¡Alto! ¿Quién…? Ah, discúlpeme, señor. —El centinela hizo una reverencia.

Yoshi asintió y siguió caminando. En el castillo, los soldados, mozos de cuadra y criados se disponían a retirarse a dormir o a hacer los turnos de guardia, siguiendo la costumbre universal de acostarse al anochecer. Solo los más pudientes tenían luz por la noche.

—¡Alto! Ah, lo siento, señor. —El centinela hizo una reverencia, igual que el siguiente, y el otro.

En el patio de las caballerizas se habían reunido veinte guardias con sus caballos. Misamoto se encontraba entre ellos, esta vez vestido como un vulgar soldado raso, no iba armado y estaba asustado. Había dos palanquines pequeños, muy ligeros y diseñados para recorridos rápidos, con mangos que permitían uncirlos a dos caballos por delante y otros dos por detrás. Habían enfundado las herraduras para silenciarlas y todo formaba parte de un plan que Yoshi y Hosaki habían ideado hacía un par de días.

Satisfecho, dio la señal de que montaran, y le complació ver que lo hicieron en el más absoluto silencio; había dado la orden de que silenciaran las armaduras y los arreos. Dio un último repaso y vio que estaba todo en orden: el fusil nuevo en la funda de su silla de montar, la cartuchera llena de municiones, y los otros cuatro fusiles colgaban de los hombros de sus tiradores de confianza. Sin hacer ruido, montó en su caballo y dio otra señal. La avanzada inició la marcha, enarbolando el estandarte; Yoshi los siguió y los dos palanquines y los demás guardias se colocaron en posición de retaguardia.

Avanzaban con rapidez y casi en silencio. Recorrieron un callejón hacia la siguiente fortificación, lejos de la entrada principal y de las calles más ajetreadas. En todos los controles les hacían señas para que avanzaran. En lugar de dirigirse hacia el laberinto del castillo, giraron hacia un gran edificio en el lado norte, junto a una de las fortificaciones principales, cuyo exterior estaba custodiado por muchos hombres. En cuanto reconocieron a Yoshi, abrieron unas grandes puertas para dejarle paso. Dentro del edificio había una pista de equitación cubierta por un techo alto y abovedado, rodeada de gradas e iluminada con unas cuantas antorchas aquí y allá. Las puertas se cerraron tras ellos.

Yoshi galopó para colocarse a la cabeza de la procesión; luego pasaron bajo una arcada, junto a las cuadras y los almacenes, todos vacíos. La zona estaba adoquinada y el aire apestaba a excrementos, orina y sudor. Más allá, un arco daba a una pista más pequeña y del otro lado se veía otra arcada tenuemente iluminada. Yoshi espoleó el caballo para que galopara más rápido y luego, de pronto, se detuvo.

La grada superior que rodeaba la pista estaba abarrotada de arqueros silenciosos. A pesar de que no les apuntaban, todos los que se encontraban en la pista sabían que, si se daba la orden, eran hombres muertos.

—Ah, Yoshi-sama. —La voz áspera de Nori Anjo provenía de la grada en penumbra; al principio a Yoshi le costó localizarlo. Luego lo vio, sentado en la última grada, junto a las escaleras, sin su

armadura—. En la reunión de esta tarde no nos dijiste que ibas a abandonar el castillo con hombres armados como… ¿como qué? ¿Como ninjas?

Una ola de rabia se apoderó de todos los hombres que acompañaban a Yoshi, pero este se rio y disminuyó la tensión, tanto en las gradas como en la pista.

—Como ninjas no, Anjo-sama, aunque sí con el mayor sigilo posible. Me gusta poner a prueba las defensas, sin previo aviso. Yo soy el guardián del castillo, y también el guardián del shōgun. ¿Y tú? ¿A qué se debe este placer?

—¿Solo estás poniendo a prueba las defensas?

—Estoy matando tres palomas con una flecha, sí. —La voz de Yoshi había perdido el tono de chanza y todos se estremecieron, preguntándose por qué diría tres palomas y a qué se refería—. ¿Y tú? ¿A qué se deben tantos arqueros? ¿No serán para tender una trampa?

La risa estridente resonó en el techo y aumentó el nerviosismo general. Las manos apretaron las armas, aunque nadie hizo el gesto de empuñarlas.

—¿Una trampa? Oh no, una trampa no; es una guardia de honor. En cuanto me enteré de que planeabas salir con una patrulla a escondidas… estos hombres están aquí solo para rendirte pleitesía, y para mostrarte que no todos dormimos, que el castillo está en buenas manos y que no necesita un guardián. —Gritó una orden. Acto seguido, los arqueros bajaron corriendo las escaleras y formaron dos filas a lo largo de la pista, de modo que Yoshi y sus hombres quedaron en el medio. Todos se hicieron las habituales reverencias, pero todo seguía igual; la trampa seguía cerniéndose sobre ellos.

—Veo que necesitas armas para poner a prueba las defensas.

—El consejo ha recomendado a todos los daimios que adquieran armas modernas —dijo Yoshi, con la voz aparentemente calma y furioso por dentro porque su plan había sido descubierto y no había

previsto la emboscada—. Estos son los primeros fusiles que he recibido. Quiero que mis hombres aprendan a utilizarlos.

—Muy prudente, sí, muy prudente. Veo que tú también llevas uno. ¿El señor Yoshi también necesita un fusil?

—Cuando te tendieron la emboscada la semana pasada, podrías haber utilizado una, *neh?*

Anjo contuvo la rabia, seguro de que su vida corría peligro. Si proseguía con sus planes de arrestar a Toranaga, acabaría acribillado por las balas. «Por todos los dioses, ¿cómo y cuando aprendió ese perro a disparar y por qué no me informaron de que era un experto?».

Además, el hecho de que le recordaran el incidente con los shishi fue otro insulto en público; todo el mundo sabía que en lugar de comportarse como un valiente se había alejado a gatas para salvarse, sin enfrentarse a los asaltantes, y que, una vez capturados los heridos, había ordenado que los mataran de un modo ignominioso.

—En algunos casos, Yoshi-sama, pero solo algunos. Dudo de que esta noche tus fusiles te sirvan de algo. De veras, lo dudo. ¿Puedo preguntarte adónde pretendías ir? ¿No pensarías ir a visitar nuestras defensas exteriores y regresar enseguida? ¿O acaso una de las «palomas» a la que te referías antes está en algún otro lado?

Ambos sabían que Yoshi no tenía que rendir cuentas de sus movimientos tanto dentro como fuera del castillo.

—Eso depende de lo que vea afuera —contestó con sequedad—. A lo mejor decido regresar a mis dominios para pasar uno o dos días. Y a lo mejor no. Por supuesto, te mantendré informado de todos mis movimientos.

—El consejo echará de menos tu presencia, aunque solo sea por pocos días. Tenemos muchas cosas que hacer, y si tú no estás, tendremos que tomar las decisiones sin ti.

—Esta tarde ya habíamos decidido que no quedaba nada pendiente; por suerte, sin la presencia de los cinco regentes tampoco se puede resolver nada importante.

—Tenemos que hablar del acuerdo con los gai-jin.

Yoshi dijo con paciencia:

—Tenemos que desconcertar a los gai-jin. Ellos creerán que vamos a retrasarnos, así que no lo haremos, y entonces creerán que cumpliremos con los ciento cincuenta y seis días, lo cual no haremos. Lo retrasaremos una y otra vez, hasta que los saquemos de quicio.

Todos se rieron con él, incluso Zukumura que no entendía el motivo, y hubo más risas cuando Yoshi les dijo que estuvo varias veces a punto de soltar una carcajada en medio de la reunión cuando veía cómo su impaciencia les echaba a perder su ilusorio regateo.

—Sin el perro asesino, el amo es débil como un cachorro ante un hombre armado con un palo.

—¿Qué? ¿Un hombre con un palo? —preguntó Zukumura, mirando con ojos de bacalao muerto—. ¿Qué perro?

A Yoshi se le pasó gran parte de su buen humor cuando se acordó de que iba a tener que soportar a ese débil mental hasta el resto de sus días. Aun así, le explicó que sin unos músculos para apoyar las quejas, y sin la voluntad de utilizarlos, el enemigo estaba indefenso.

—¿Músculos? No entiendo, Yoshi-sama. ¿Qué músculos?

—Fuerza —dijo Anjo con impaciencia—. ¡Fuerza! Los cañones y la flota, Zukumura. Bah, ¡da igual!

Toyama, el anciano, dijo, feroz:

—Cuando no cuenten con la flota deberíamos agotarlos. Son tan arrogantes, tienen unos modales espantosos y en cuanto al portavoz… Me alegro de no haber tenido que asistir a esa reunión, Yoshi-sama, creo que habría estallado. Intentemos agotarlos, de inmediato.

—¿Agotar? ¿A quién?

—Calla, Zukumura —ordenó Anjo cansado—, limítate a votar cuando yo te lo diga. Yoshi-sama, estoy de acuerdo contigo. Enviaremos la carta a tiempo y les pagaremos el segundo plazo del

dinero en la fecha acordada. ¿Están todos a favor? Muy bien. Ahora que ya hemos acabado con los gai-jin, y que el shōgun y la princesa están de camino a Kioto, la semana que viene ya no hará falta que nos reunamos.

—La decisión de autorizar ese viaje fue un error que nos perseguirá durante mucho tiempo —dijo Yoshi. Y añadió—: Buenas noches, Anjo-sama. Como siempre, te mantendré informado.

Ocultó su nerviosismo, espoleó el caballo y se dirigió a la arcada. Los arqueros no se movieron, a la espera de recibir una orden. Los hombres de Yoshi y los dos palanquines lo siguieron, con la misma sensación de desamparo.

Anjo los vio marcharse, furioso. «De no haber sido por esos fusiles lo habría arrestado según lo planeado. ¿Y de qué lo podría acusar? De traición, ¡de tramar contra el shōgun! Pero Yoshi nunca habría ido a juicio, ah no, cuánto lo siento, unos imbéciles lo habrían matado cuando intentaba fugarse de la justicia».

Yoshi empezaba a respirar, el sudor producido por el miedo ya no le hacía sentir frío. Se adentró entre las fortificaciones a paso ligero por unos callejones poco iluminados, pasó junto a más cuadras y almacenes hasta que llegó a un muro de madera. Los hombres desmontaron y encendieron unas antorchas.

Yoshi señaló con el látigo un pomo que había en el muro. Su ayudante de campo desmontó y tiró de él. Una sección entera de la pared se abrió y descubrió un túnel, lo suficientemente ancho y alto como para que pudieran pasar dos hombres a caballo uno al lado del otro. Yoshi espoleó el caballo. Cuando la puerta se cerró tras los palanquines y el último hombre, suspiró aliviado. Solo entonces volvió a enfundar el fusil.

Al cabo de un rato, llegaron al otro extremo del túnel que desembocaba en una casa, un lugar seguro que pertenecía a un vasallo leal del clan de los Toranaga que, tras haber sido advertido de su llegada, le esperaba para recibirlo. Aliviado al comprobar que todo estaba en orden, Yoshi hizo señas a la avanzada para que se colocara a la cabeza.

Hacía una noche agradable y cruzaron la ciudad por unos caminos poco frecuentados hasta llegar a las afueras y a la primera barrera del Tokaidō. Unos guardias hostiles obedecieron dócilmente al ver el emblema de Toranaga. Se apresuraron a levantar la barrera, hicieron una reverencia y la volvieron a bajar, todos curiosos pero ninguno lo suficientemente estúpido como para hacer preguntas.

Poco más allá de las barreras había una bifurcación. Una carretera lateral conducía hacia el norte, tierra adentro, donde estaban las montañas. Por ese camino llegaría a su castillo en tres o cuatro días. La avanzada cogió ese rumbo, a casa; la mayoría no había visto a su familia, su prometida o sus amigos desde hacía más de un año. Al acercarse a un pueblo donde había una fuente, Yoshi llamó a los guardias de la avanzada.

El nuevo capitán de la escolta se le acercó y estuvo a punto de decir «¿Señor?» pero se contuvo a tiempo y esperó.

Yoshi vio una posada llamada Siete años de felicidad y, como si acabara de tomar la decisión, dijo:

—Nos detendremos aquí. Ahora ya podéis hablar.

El patio estaba adoquinado y limpio. El dueño y las criadas enseguida salieron con linternas, haciendo reverencias y deseosos de agradar, honrados por la majestuosidad de su huésped, al que esperaban. Las criadas rodearon el palanquín para atender a Koiko, mientras el posadero, un anciano delgado y calvo que cojeaba, condujo a Yoshi al mejor pabellón. Era un samurái retirado que se llamaba Inejin y había decidido cortarse la coleta para abrir una posada. Seguía siendo un hatamoto en secreto —un samurái privilegiado—, uno de los muchos espías de Yoshi que pululaban en los alrededores de Yedo y en todos los caminos que conducían al Diente del Dragón. Lo acompañaban el nuevo capitán, cuatro samuráis y, por último, Misamoto con sus dos guardias.

Después de que el capitán diera un repaso rápido al pabellón para comprobar que todo estaba en orden, Yoshi se instaló en la galería, sobre un cojín frente a los escalones, y el capitán se arrodilló detrás de él y junto a los demás samuráis. Yoshi observó que la

criada que les servía el té era una muchacha lozana, lo cual realzaba el sabor del té. Cuando estuvo listo, despidió a los criados.

—Por favor, Inejin, hazlos pasar —ordenó.

Inejin no tardó en regresar con los dos buscadores de oro gai-jin. Uno era alto y el otro rechoncho, barbudos los dos, de aspecto tosco, y vestían unas ropas sucias y bastas. Yoshi los observó con curiosidad y desagrado; para él eran más animales que personas. Los dos hombres, nerviosos, se detuvieron junto a los escalones y lo miraron fijamente.

El capitán les dijo:

—¡Haced una reverencia! —Y al ver que no hacían nada, que tan solo se quedaban inmóviles sin comprender nada, ordenó a los dos samuráis—: Enseñadles cómo hay que comportarse.

Pocos segundos después estaban arrodillados, con la cara pegada al suelo, maldiciendo su estupidez por haber aceptado un trabajo tan arriesgado.

—Dejadles que se levanten, no les hagáis daño. ¡Misamoto!

Misamoto enseguida se arrodilló. En cuanto los dos hombres lo vieron, se tranquilizaron un poco.

—¿Estos son los hombres que conociste ayer en el muelle?

—Sí, señor.

—¿Te conocen con el nombre de Watanabe?

—Sí, señor.

—Muy bien. ¿No saben nada de tu pasado?

—No, señor. Hice todo lo que me ordenó, y…

—¿Les has dicho que los marineros de Nagasaki te enseñaron a hablar inglés?

—Sí, señor.

—Muy bien. Ahora diles que les trataremos bien y que no tengan miedo. No te conviene fallarme —añadió, y luego se dirigió a los dos guardias de Misamoto—: Sois responsables de estos dos hombres. La señora Hosaki os proporcionará más guardias y guías, pero vosotros sois responsables del éxito de esta misión.

—Sí, señor.

—En cuanto a este falso Watanabe, lo trataréis como a un samurái pero del rango más bajo. Sin embargo, si os desobedece, o intenta huir, lo ataréis de pies y manos y lo arrastraréis hasta donde yo esté.

—Sí, señor.

—No os fallaré, mi señor —murmuró Misamoto, pálido, contagiando su terror a los mineros.

—Diles a estos hombres que no les vamos a hacer daño. Y que serás su ayudante y profesor. Nadie tiene que tener miedo si me obedece. Diles que les deseo mucho éxito en su búsqueda.

Se marcharon, no sin antes hacer una reverencia, esta vez sin necesidad de ayuda, y Yoshi despidió a todos menos a Inejin.

—Siéntate, viejo amigo. —Señaló los escalones para que el anciano pudiera sentarse cómodamente, pues no podía arrodillarse debido a una antigua fractura en la cadera al caerse de un caballo—. Muy bien. Ahora, dime, ¿qué hay de nuevo?

—De todo y nada, mi señor. —Inejin y sus antepasados habían servido a esa rama de los Toranaga desde hacía tres siglos. Como era un hatamoto, no temía decir la verdad, sino que era su obligación hacerlo—. Los campesinos han trabajado la tierra con ahínco y la han abonado como es debido, los cultivos crecen, pero dicen que este año habrá hambruna incluso aquí, en Kwanto.

—¿Será muy mala?

—Este año necesitaremos pedir que nos envíen arroz de otra parte, y en las demás regiones estarán mucho peor que aquí.

—¿Y qué más?

—Todos los samuráis leales están impacientes a causa del conflicto entre el Bakufu y los rebeldes de Satsuma, Choshu y Tosa, cuyos samuráis están igual de descontentos por el problema de siempre: siguen recibiendo la misma paga que hace un siglo y no logran pagar los intereses de unas deudas cada vez mayores ni comprar el arroz y la comida que están cada día más caros. —Inejin conocía bien el problema, ya que su familia, desperdigada por todo el país, sufría las consecuencias—. Los shishi están reclutando cada

vez más adeptos. Los campesinos están dóciles, los comerciantes un poco menos, pero todos, salvo los comerciantes de Yokohama y Nagasaki, desearían expulsar a los gai-jin.

—¿Y Choshu?

—Todavía no se han movilizado, pero Ogama ha vuelto a reforzar las tropas que tiene apostadas en las puertas del palacio y ha incrementado el número de baterías en el Shimonoseki.

—Ah, ¿con los armeros holandeses?

Inejin asintió.

—Los espías me han revelado que están entrenando a los artilleros y que en el arsenal de Choshu se están fabricando cuatro cañones al mes. Pronto los estrechos serán inexpugnables.

«Eso es bueno y malo a la vez —pensó Yoshi—; está bien tener esa opción, y está mal que los estrechos estén en manos enemigas».

—¿Ogama tiene previsto seguir atacando a los barcos?

—Me han dicho que de momento no. Pero ha ordenado a sus baterías que destruyan a todos los barcos gai-jin y que cierren los estrechos en cuanto les envíe un mensaje en clave. —Inejin se inclinó ligeramente y dijo en voz baja—: Cielo Carmesí.

Yoshi se quedó atónito.

—¿La misma que utilizó el shōgun Toranaga?

—Eso es lo que me susurraron al oído.

Yoshi estaba confuso. «¿Significará que, igual que mi antepasado, Ogama planea lanzar otro ataque sorpresa similar con el fin de acceder al poder supremo?».

—¿Podrías conseguir alguna prueba?

—Dame tiempo. Pero esa es la clave. En cuanto al verdadero plan de Ogama —Inejin se encogió de hombros—, ahora ya tiene las puertas. Si pudiera convencer a Sanjiro para que se aliara con él…

Tras una pausa, Yoshi dijo:

—Lo has hecho muy bien.

—Otro dato interesante, señor. El señor Anjo tiene una enfermedad del estómago. —A Inejin se le encendieron los ojos

cuando vio el interés que se había despertado en Yoshi—. Un amigo de un buen amigo mío me contó que ha consultado a escondidas con un médico chino y este le ha dicho que padece una enfermedad incurable.

Yoshi gruñó, en parte de placer y en parte de miedo, porque él también podría contraer una enfermedad como esa —quién podía saber cómo y dónde— o bien tenerla ya en sus entrañas lista para acabar con él.

—¿Cuánto le queda de vida?

—Unos meses, quizá un año, no más. Pero debes doblar las precauciones, señor, porque, según mi informante, a medida que el cuerpo se va pudriendo por dentro, la mente, más lúcida que antes, se adentra por unos vericuetos implacables y peligrosos.

«Sí, como esa decisión tan estúpida de permitir que la princesa lleve la voz cantante», pensó Yoshi.

—¿Qué más?

—En cuanto a los shishi que atacaron y asesinaron al señor Utani y a su amante, me he enterado de que los dirigía el mismo shishi de Choshu que atacó al señor Anjo, y que se llama Hiraga.

—¿El mismo cuyo retrato se ha enviado a todas las barreras?

—Sí, señor, Rezan Hiraga, al menos eso es lo que dijo el shishi que apresaron antes de morir. Lo más probable es que sea un nombre falso. Tiene un apodo que es Otami.

—¿Los has cogido? —preguntó Yoshi esperanzado.

—No, mi señor, todavía no. Y, lamentablemente, le hemos perdido la pista, así que no debe de andar por aquí, es posible que se haya ido a Kioto. —Inejin habló aún más bajo—. Corren rumores de que los shishi van a cometer otro ataque en Kioto, donde han empezado a reunirse, y son muchos.

—¿Qué clase de ataque? ¿Un asesinato?

—Nadie lo sabe, de momento. Dicen que los ha convocado el jefe de los shishi, cuyo nombre en clave es el Cuervo. Estoy intentando averiguar quién es.

—Muy bien. De un modo u otro, hay que eliminar a los shishi. —Yoshi se detuvo a pensar un momento—. ¿Crees que su veneno podría ir dirigido contra Ogama, o Sanjiro, que son los verdaderos enemigos del emperador?

—Es poco probable, mi señor.

—¿Te has enterado de quién les contó a los shishi lo de Utani? ¿Lo de su cita secreta?

Tras una pausa, Inejin dijo:

—Fue la criada de la señora, mi señor, que se lo susurró a la mama-san y ella se lo contó a los shishi.

Yoshi suspiró.

—¿Y la señora?

—La señora parece ser inocente, mi señor.

Yoshi volvió a suspirar, aliviado porque Koiko no estaba involucrada, aunque en lo más profundo de su ser no estaba del todo convencido.

—La criada está aquí con nosotros; ya me encargaré de ella. Asegúrate de que la mama-san no sospeche nada, ya me encargaré de ella cuando regrese. ¿Has descubierto al otro espía? ¿Al que está soplando información a los gai-jin?

—No hay nada seguro, mi señor. Me han dicho que el traidor se llama Ori, no sé su nombre completo, pero es un shishi de Satsuma, un hombre de Sanjiro, uno de los asesinos del Tokaidō.

—¡Ese inepto! ¡Haber matado solo a uno cuando podría haber matado a los cuatro sin problemas! Y ahora, ¿dónde está el traidor?

—En la colonia de Yokohama, no sabemos dónde. Es un confidente clandestino del intérprete inglés y de aquel francés del que ya me habías hablado.

—Ah, sí. Quiero que mandes callar a este Ori lo antes posible. —Inejin se inclinó—. ¿Qué más?

—Ya no hay nada más.

—Muchas gracias. Lo has hecho muy bien. —Yoshi acabó el té, absorto. La luz de la luna proyectaba unas sombras extrañas.

El anciano fue el primero en hablar.

—Tu baño está preparado, mi señor, y seguro que tienes hambre. Está todo a punto.

—Te lo agradezco, pero hace una noche tan agradable que prefiero seguir el viaje. Tengo muchas cosas que hacer en el Diente del Dragón. ¡Capitán!

No había ninguna necesidad de preguntar adónde iban.

—¿A marcha forzada, mi señor?

—Sí. Y que nadie hable. ¡Adelante!

«Unas ciento veinte leguas, diez u once días —pensó—. Y entonces estaré en Kioto y en las puertas. Mis puertas».

XXV

YOKOHAMA

Ese mismo día, bien entrada la tarde, Hiraga se dirigió a una cabaña situada en la periferia del barrio de los borrachos, donde le esperaba, nervioso, un marinero de baja estatura.

—Dame la pasta, compañero —dijo el hombre—. ¿La tienes encima?

—Sí. Tú dar pistora, por favor.

El hombre llevaba un cuchillo en el cinturón y otro en un brazalete que tenía en el antebrazo. La primera vez que habló con él en la playa, Hiraga llevaba las ropas que le había dejado Tyrer, pero ese día solo se había puesto una sucia bata de campesino.

—Dime, ¿a qué juegas, japonés?

Hiraga, que no entendió la pregunta, respondió encogiéndose de hombros.

—Pistora, por favor.

—Toma. ¿Es lo que tú querías? —Dirigió la mirada hacia el terreno baldío e infestado de hierbajos y basuras que se extendía entre el barrio de los borrachos y la aldea japonesa, una zona que los nativos llamaban «tierra de nadie», pero, al comprobar que no eran observados, insistió—: ¿Dónde está la pasta? ¡A ver si sueltas esos mexicanos de una vez!

Hiraga metió la mano en el bolsillo, sintiéndose incómodo y extraño con esa ropa que había comprado especialmente para la

ocasión. En su mano brillaban tres dólares mexicanos de plata.

—Pistora, por favor.

Impaciente, el marinero le enseñó el Colt.

—Te la daré cuando me des el dinero.

—Baras, por favor.

El hombre sacó del bolsillo del pantalón unos doce cartuchos.

—La palabra es sagrada. —El marinero intentó coger las monedas, pero Hiraga retiró la mano a tiempo.

—¿No robada, verdad?

—Por supuesto que no la he robado. ¡Venga, por la Virgen, dame ese dinero!

El marinero examinó las monedas cuidadosamente, con codicia, para asegurarse de que eran auténticas, sin dejar de vigilar al mismo tiempo la sucia franja de terreno. Una vez satisfecho, le pasó el Colt y las balas.

—Trata de que no te pillen con eso encima, muchacho. Por supuesto que es robada.

Tras decir esto desapareció más rápido que una rata.

A Hiraga no le había sido fácil arreglar la compra de la pistola. Para eso no podía pedirle ayuda a Tyrer. Tampoco conocía a nadie en el Yoshiwara que tuviera un arma de fuego. Raiko le había dicho:

—Solo los gai-jin las tienen, Hiraga-san, lo siento. Es peligroso que a una persona civilizada la atrapen con una pistola encima.

Akimoto había dicho con una mueca:

—Si mi primo quiere una, consíguesela. ¿Algo podrás hacer, *neh*? Como pago te llevaré a la cama, gratis…

Akimoto tuvo que agacharse para esquivar el almohadón que Raiko le arrojó a la cabeza, riendo. Después Raiko dijo, sin dejar de abanicarse:

—Ah, Hiraga-san, cuánto lo siento. Te pido que te lleves de aquí a este indeseable; dos de mis muchachas ya me han pedido un día libre para aliviar su yin de la furia del yang de Akimoto…

Cuando se quedaron solos, Akimoto volvió a hablar en serio.

—Tal vez tengas que cambiar de idea. Olvídate de la pistola. Déjame que convenza a Ori para que se encuentre con nosotros aquí.

Hiraga, contento con la compañía de su primo, dijo:

—Ori tiene una pistola, y la usará en contra nuestra en cuanto nos vea. He hecho todo lo posible para sacarlo del barrio de los borrachos y no lo he conseguido. Si le tiendo una emboscada con una pistola, allí, parecerá que lo ha hecho un gai-jin. Cualquier día intentará otra vez llegar hasta la muchacha extranjera, y entonces yo estaré acabado.

—A lo mejor se cansa de tanto esperar. A todos los hombres del pueblo se les ordenó que estuvieran atentos por si llegaba, y no creo que nadie se atreva a hacerlo llegar por mar.

—¿Y tú eres tan tonto como para creerle a un aldeano?

—Entonces consigue una pistola y déjame actuar a mí.

Akimoto era mucho más alto que Hiraga, y llevaba un corte de pelo similar al de su primo, a quien no fue capaz de reconocer a su llegada.

Finalmente Hiraga, fingiendo ser un comerciante chino de Hong Kong, pudo entrar en contacto con un marinero en la playa, y ambos habían llegado a un acuerdo, con la única condición, impuesta por Hiraga, de que la pistola no fuera robada. Pero ¿cómo podía no serlo?

Akimoto lo estaba esperando en la casa que ahora alquilaban en un callejón.

Hiraga miró por la pequeña ventana.

—Esta noche no lloverá —dijo, mientras envolvía su cabeza con una bufanda, como había visto hacerlo a los gai-jin de clase baja y a los marineros.

De repente Akimoto se sintió invadido por una sensación de miedo.

—¿Y ahora?

—Ahora —dijo Hiraga, escondiendo la pistola bajo el cinturón—, ahora, ¡a por Ori! Si yo no regreso, mátalo tú.

Ori se acercó a la pequeña bolsa de monedas que había robado a un gai-jin borracho y que se hallaba sobre la mesa de noche. Extrajo una. Era un dólar mexicano recortado, y por tanto despojado de la mitad de su valor, pero, de todos modos, cinco veces más que la tarifa que había acordado con la mujer, cuyos ojos se iluminaron al ver la moneda.

—Tú sí que eres todo un caballero, amorcito.

Ori la observó distraído mientras ella se enfundaba en su viejo vestido algo rasgado, asombrado por hallarse en ese lugar, asqueado de esa habitación, de todo lo que había en ella y en esa casa y en toda la zona, y también de ese pequeño y pálido cuerpo gai-jin y esos flácidos pechos que él había creído que saciarían el ansia que lo consumía; en cambio, solo habían conseguido aumentar su sed, pues de ningún modo se parecía a *ella*.

La mujer salió de la habitación con el mexicano escondido en el voluminoso sostén con que disimulaba los flácidos pechos, y otra moneda, de mucho menos valor, apretada en la mano.

Fuera de la habitación esperaba Timee, un marino mestizo, en el que predominaban los rasgos chinos.

—Cierra el pico, zorra sucia —murmuró, abriéndole la mano con fuerza para quitarle la moneda. Luego, al ver lo poco que había ganado, soltó un juramento en una mezcla de chino e inglés.

—Vaya, conque solo esto te ha soltado. ¿Y por qué no has conseguido sacarle más?

Gerty recibió una bofetada que la hizo tambalear y casi caer rodando por las escaleras. Cuando logró recobrar el equilibrio, se giró y gritó con toda la fuerza de que era capaz:

—Ya verás cuando se lo cuente a madame Fortheringill, ¡ya verás, cabrón!

Timee escupió cuando Gerty se fue escaleras abajo. Después golpeó y abrió la puerta de la habitación de Ori.

—¿Qué?

Ori estaba ahora sentado a una mesa que se hallaba junto a la ventana, con el torso cubierto pero las piernas y los pies desnudos, el puñal colgando del cinturón. La bolsa con el dinero estaba sobre la mesa. Ori pudo ver los ojos de Timee clavarse en el preciado tesoro. Con un aire distraído cogió de la bolsa otro mexicano y se puso a jugar con él, haciéndole dar vueltas en el aire. El chino, de anchas espaldas, atrapó la moneda al vuelo, con la habilidad de un experto, y le dio un mordisco con los pocos dientes rotos y amarillentos que le quedaban.

—Gracias, Guv. ¿Quiere papear? ¿Comida? *Wakarimasu ka?*

Se comunicaban por lo general con gestos y un poco de pidgin. Timee era el jefe de los guardaespaldas de Ori. En ese momento había otro vigilando abajo, en la taberna, y un tercero apostado en el callejón.

Ori le respondió que no, utilizando una de las palabras que había aprendido de oído, y luego añadió:

—*Beer-u*, y le hizo señas con la mano para que se largara. Cuando se quedó solo estuvo largo rato mirando por la ventana, por la que podía ver la sombría fachada de otra cochambrosa posada en la acera de enfrente, a solo diez metros de la suya. La habitación olía a cerrado y él se sentía sucio y pegajoso; lo recorrió un escalofrío al pensar en el repugnante contacto con el cuerpo sudoroso de la prostituta y sin posibilidad alguna de tomarse un civilizado baño japonés, si bien podía sin problemas acercarse hasta el pueblo, a unos doscientos metros al otro lado de la tierra de nadie.

«Pero si voy allí me arriesgo a tropezar con Hiraga y sus espías —pensó—; con Hiraga, Akimoto y todos los del pueblo, que merecen ser crucificados como delincuentes comunes por pretender impedir que se realice mi gran deseo».

«Debo de estar volviéndome loco —pensó, aterrorizado—. La puta gai-jin con esa piel que olía a pescado es la cosa más asquerosa con la que me he acostado en toda mi vida. Sin embargo,

disfruté las Nubes y la Lluvia dos veces, y hubiera querido más y más.

»Me pregunto qué es lo que me atrae tanto de ellos. ¿Será acaso el color de los ojos? ¿La piel blanca? ¿El vello púbico rubio? En eso esta mujer no se diferenciaba mucho de *ella*, pero sí en todo lo demás». Inconscientemente sus dedos se pusieron a juguetear con la cruz que le había robado a la muchacha gai-jin. Una picara sonrisa se dibujó en sus labios. En el túnel había logrado engañar a Hiraga. El trozo de metal que había arrojado era su último oban de oro. «Me hace bien haber guardado la cruz, hace que me sea imposible olvidarla. Y me ha sido muy útil también, pues estos estúpidos gai-jin piensan que soy cristiano. ¿Qué tienen sus mujeres que me vuelve tan loco?».

«Es el karma —se dijo finalmente—, es el karma que no haya ninguna respuesta, ninguna… salvo matarla».

La visión del cuello de la muchacha entre sus manos, y toda su virilidad dentro de ella, hizo que un escalofrío le atravesara el cuerpo entero y que ardiera de deseo como si hiciera meses que no se acostaba con una mujer. Una vez más le pareció que todo flotaba a su alrededor y decidió bajar a la taberna, con la pistola en el bolsillo.

Hiraga lo reconoció de inmediato. Estaba del otro lado de la sucia y ajetreada calle, sentado en un banco delante de un chiringuito, frente a un enorme vaso de cerveza aún intacto y rodeado de hombres que no paraban de beber y armar jaleo, salvo los que ya habían caído saturados de alcohol en las esquinas. Quien no conociera el lugar podría pensar que a esa hora ya no cabía en él ni un alfiler, pues los dormitorios de las posadas, las tabernas y las casas de juego estaban abarrotados en ese suburbio, mucho peor que cualquier barrio semejante de Londres. Se entremezclaban allí hombres de las más variadas razas y lenguas, trabajadores europeos y asiáticos y otros de sangre mestiza. No había nadie que no llevara, como mínimo, un cuchillo. Todos vestían igual que él y regresaban

del trabajo de cada día en tiendas donde fabricaban velas para los buques, o reparaban las máquinas —una nueva profesión— o de cualquiera de los muchos otros lugares en que se trabajaba para la flota.

Su presa se internó por las callejas que llevaban a la costa, al parecer sin rumbo fijo y sin la protección de ninguno de sus guardaespaldas. Su excitación iba en aumento. La pistola que llevaba en el bolsillo le daba seguridad y los dedos le ardían en deseos de apretar el gatillo y acabar con la amenaza que ponía en peligro su futuro para regresar después a la legación atravesando la tierra de nadie o por el camino que bordeaba la playa.

Se estaban acercando a la pequeña plaza junto al paseo de la costa que, lleno de tabernas y casas de comidas y situado en el extremo de la colonia, era la parte más estrecha entre el mar y la valla donde se abría la puerta del sur que, al igual que la del norte, era alta y sólida y estaba protegida con barricadas.

En la plaza, los soldados iban y venían en constante ajetreo, la mayor parte de ellos británicos, marineros y mercaderes que se mezclaban con unos cuantos franceses, norteamericanos, rusos y euroasiáticos. Ori se abrió paso entre ellos hasta llegar al final del paseo, desde donde podía observar, sin que nadie lo estorbara, el mar negro y grasiento. Hacia el norte, a un kilómetro de distancia, podía ver las luces que comenzaban a encenderse en las tiendas y en la legación francesa, y también en el primer piso de la compañía Struan que, junto a Brock, dominaba la primera línea de mar.

«¿Esta noche? ¿Debería intentarlo esta noche?».

Los pies de Ori empezaron a moverse en esa dirección, pero en ese preciso momento pudo oír un repentino estruendo bajo sus propios pies, y la tierra tembló y Ori, como todos los que se hallaban en la plaza, se tambaleó y, mareado, perdió el equilibrio y fue a dar de bruces en el suelo que temblaba y rugía. Tras un momento de increíble silencio, algunos juramentos atravesaron el aire. Pero no por mucho tiempo. Otro temblor y todo volvió a empezar. De los techos volaban las tejas, mientras la gente intentaba llegar a rastras

hasta un lugar que ofreciera protección. Y otra vez un silencio que era casi palpable; los hombres como las gaviotas y los demás animales mudos, mientras esperaban, rezaban y maldecían en el más absoluto silencio. Esperaban.

—¿Ya ha terminado? —gritó alguien.

—Sí…

—No…

—Esperen, creo que…

Otro rugido. Gritos de pánico. La tierra se retorció otra vez. Algunas cabañas se vinieron abajo. Gritos de gente que pedía ayuda. Nadie se movía.

Otra vez todo el mundo en silencio, esperando. Oraciones, súplicas, maldiciones. Esperaban el siguiente, el grande, el verdadero. Esperaban, nada más.

Instantes de espera que parecían una eternidad. Luego Ori sintió que había terminado y fue el primero que se levantó en toda la plaza, con el corazón danzando de contento por seguir con vida, una vez más sano y salvo, con los instintos despiertos para el siguiente peligro. Desde tiempos inmemoriales los terremotos se consideraban la némesis de alguien, una resurrección para todos los demás, y así lo creían de verdad quienes vivían en la Tierra de los Dioses, también llamada la Tierra de las Lágrimas.

De golpe Ori sintió su propio terremoto en el estómago: al otro lado de la plaza, por encima de la masa de gente que seguía en el suelo, vio a Hiraga, solo, esperándolo. A unos cincuenta metros detrás de Hiraga la mayor parte de los guardias samuráis ya se habían puesto de pie, y algunos de ellos los observaban con curiosidad.

Casi en el mismo momento en que Ori sintió que el terremoto había terminado y se puso de pie, Hiraga y los samuráis habían hecho lo mismo, espontáneamente, con la misma sensación de alivio y de haber vuelto a nacer. Hiraga no se dio cuenta de que estaba de pie hasta que vio a Ori con los ojos clavados en él. De inmediato avanzó hacia él, mientras la plaza volvía a animarse. Sin pensarlo

dos veces Ori se dispuso a escapar, pero el gentío, aterrorizado e histérico, se lo impedía, del mismo modo que retenía a Hiraga.

—¡Eh! ¿Qué diablos te ocurre?

—¿Adónde te crees que vas?

—¡No empujes, cabrón de japonés!

Entonces, alguien gritó:

—¡FUEGO! ¡MIRAD!

Al igual que todos los demás, Ori miró hacia el norte. Al otro lado del paseo divisó un edificio en llamas. Era la casa de Struan, o tal vez la de al lado. Sin preocuparse por los demás, Ori se abrió paso a empujones entre la multitud.

Hiraga intentó seguirlo, pero en ese preciso momento una taberna de la plaza se derrumbó, provocando una gran confusión que le hizo perder de vista a su presa. Las ruinas de la taberna empezaron a arder y la multitud retrocedió, tragándose todo a su paso, incluido él.

Cuando Hiraga recobró el equilibrio, Ori ya estaba muy lejos de allí, y cuanto más intentaba abrirse paso para salir de la plaza en la dirección en que lo había visto marchar, menos avanzaba y más se enfurecía la multitud que tenía a su alrededor.

—¡Eh! ¡Ya te he dicho que no me empujes!

—Es otro jodido japonés.

—Ya te daremos lo que te mereces.

Cuando consiguió calmarlos y encontrar una manera de salir de la plaza, no pudo ver a Ori alejándose por el paseo como había creído, en dirección al incendio, ni tampoco en el camino de la playa, como si de verdad se hubiera esfumado.

En la sede de Struan, Jamie McFay corría escaleras arriba en medio de gritos de alarma, con una lámpara de aceite en la mano, mientras la escalera acusaba las últimas sacudidas del terremoto. Cuando llegó al rellano se precipitó por el pasillo hacia la habitación de Malcolm.

—Tai-pan, ¿se encuentra bien?

La habitación estaba en penumbra, pero detrás de las cortinas un resplandor amenazante se acercaba a la ventana. Struan estaba tendido en el suelo; el temblor lo había sorprendido mientras se vestía para la cena.

—Creo que sí —le respondió—. Debo de haberme golpeado la cabeza al caer. ¡Oh, Dios mío! ¡Angélique!

—Déjeme ayudarle.

—Ya puedo solo, Jamie. Vaya a ver si le ha ocurrido algo a Angélique.

Jamie intentó abrir la puerta que comunicaba con la otra habitación, pero el pestillo estaba puesto del otro lado. En ese momento la alfombra comenzó a arder. Struan trató de alejarse, maldiciendo a causa del dolor, pero Jamie consiguió apagar el fuego antes de que se extendiera por la habitación.

—¿Dónde se ha iniciado el incendio?

—No lo sé, yo estaba abajo cuando…

—Bueno, me lo explicas después. ¡Angélique!

Jamie regresó corriendo al pasillo, que ya comenzaba a llenarse de humo. Trató de abrir la puerta, pero al ver que también esta estaba cerrada por dentro, decidió derribarla a golpes. Tras varias embestidas la puerta cedió. El vestidor de Angélique estaba vacío. La lámpara del tocador seguía encendida, otra estaba hecha añicos en el suelo y el aceite cubría las alfombras. Jamie se dirigió al dormitorio. Angélique estaba rígida en la cama, pálida, con los ojos fijos en el candelabro que seguía en su lugar con las velas encendidas como si nada hubiera ocurrido.

—¿Está usted bien, Angélique?

—Oh, Jamie… —dijo ella temblando, con un hilo de voz—. Sí, sí, es que estaba aquí, vistiéndome para la cena, cuando la habitación empezó a moverse. Creí que estaba soñando. Después las lámparas estallaron y… *mon Dieu*, fue el ruido lo que más me asustó. ¿Y Malcolm?

—Vístase lo más rápido que pueda. ¡Deprisa!

La alarma comenzó a sonar en las oficinas del puerto. Angélique pudo de repente oler el humo que se extendía por el pasillo. Desde abajo llegaban cada vez más gritos. Después vio el resplandor que se asomaba a través de las cortinas de la ventana.

—Vamos, Angélique, vístase y venga conmigo a la habitación de Malcolm.

Angélique saltó de la cama. Debajo de la bata llevaba un pijama de seda. A toda prisa se puso el vestido que había preparado para la cena y cogió un chal del armario.

—Angélique se encuentra bien, tai-pan —oyó que Jamie decía tras descorrer el pestillo de la puerta que comunicaba ambas habitaciones—. Se está vistiendo. Déjeme que le ayude a bajar las escaleras.

—Cuando ella esté lista.

Jamie quiso decir algo, pero cambió de idea, pues los dos aún recordaban lo ocurrido durante el almuerzo. Abrió la ventana. En el jardín y en la calle se habían apiñado los criados y los empleados, Vargas entre ellos, más algunos curiosos de las otras legaciones, pero no alcanzó a ver llamas en ninguna parte.

—¡Vargas! ¿Qué es lo que se está quemando?

—No es la casa, señor. Creemos que es solo parte del techo. El capitán de bomberos y sus hombres ya están inspeccionando. Pero lo que sí está ardiendo es el primer piso de la casa de Brock.

Jamie no podía ver desde allí la casa de su vecino, por lo que volvió rápidamente al vestidor de Angélique y descorrió las cortinas. El fuego se había adueñado ya de gran parte de la fachada de Brock, un edificio de dos pisos parecido al de Struan, en la zona donde se hallaban los dormitorios principales. Pudo ver grupos de hombres formando una cadena para llevar cubos de agua hasta la casa. Norbert Greyforth se encargaba de organizarlos. Azuzadas por la brisa, las llamas amenazaban con salvar la distancia que separaba ambos edificios.

—¡Vargas! —gritó—, ¡ve a buscar más hombres! ¡Que traigan agua también aquí! ¡Cuando hayan acabado que vayan a ayudar a

Norbert!

Por dentro Jamie deseaba que su enemigo acabara consumido por las llamas, y junto con él toda la compañía. «Así se pondrá punto final a nuestra rivalidad».

Desde esa ventana no podía ver otros focos de incendio, salvo una pequeña cabaña que ardía en la plaza del barrio de los borrachos y dos casas del Yoshiwara. El olor a madera quemada y al alquitrán con que recubrían los techos lo inundaba todo, si bien una leve brisa marina refrescaba un poco el ambiente. Jamie volvió a concentrarse en las llamas que arrasaban el edificio vecino, cada vez más próximas al suyo, ayudadas por la misma brisa. A Jamie el fuego le espantaba, pues la casa en la que había nacido se incendió una noche de invierno, cuando él todavía era un niño, y provocó la muerte de su padre que, como siempre, estaba durmiendo la borrachera, y de su hermano menor. Su madre, su hermana y él consiguieron escapar por milagro, salvando sus vidas y poca cosa más. Tras el incendio los tres pasaron unos años muy duros hasta que los recogió Campbell Struan, un pariente de Dirk Struan, en cuyas tierras su padre había trabajado.

—¡Vargas! ¡Date prisa, por Dios!

—Ya vengo, senhor.

El paseo estaba repleto de gente, todos dispuestos a ayudar y a dar consejos. Otros ya habían formado una cadena para pasarse los cubos de agua que traían desde un estanque de agua de mar situado a corta distancia de la casa. Algunos soldados de las barracas también se habían sumado al grupo para echar una mano. Los samuráis se acercaban a la carrera desde la puerta del norte, pues el fuego también constituía una amenaza para ellos. Hacia el sur, y del otro lado del canal, se veía arder una de las posadas del Yoshiwara, pero al parecer habían conseguido dominar el incendio. Afortunadamente la zona donde vivía Nemi estaba ya fuera de peligro.

Gruesas gotas de sudor le recorrían la espalda. La idea de que Malcolm estuviera a salvo le produjo una fuerte sensación de alivio.

Toda la tarde había estado merodeando en su despacho, furioso por la noticia de las filtraciones, fuera de sus casillas y preocupado por el asunto del duelo, y también por su futuro. Nunca había imaginado que alguna vez podía verse comprometido en una discusión semejante, u obligado a abandonar la Casa Noble, o Japón, salvo por enfermedad o algún accidente grave, antes de que le llegara la edad de retirarse, a los cuarenta y cuatro años, tras veinticinco años al servicio de los Struan. Ahora, con Tess Struan furiosa con él, su promoción y el retiro, en fin, todo su futuro, parecían pender de un hilo.

—Es mejor que salgan de aquí, señor —advirtió uno de los hombres.

—Es hora de irnos, tai-pan. ¿De acuerdo?

—Sí. —Malcolm se dirigió a la puerta lo más rápido que pudo. «Demasiado lento aún —pensó Jamie—. Por suerte no se trata de una verdadera emergencia». El ático se había convertido en una trampa de fuego y humo, el olor era cada vez más intenso.

—Jamie, ayude primero a Angélique a salir de aquí. Yo les seguiré a mi ritmo.

—Apóyese usted en mí y…

—¡Santo cielo! ¡Haga lo que le digo! Sáquela a ella y luego regrese si puede.

Jamie enrojeció de vergüenza. Cogió a Angélique del brazo y la llevó hacia la planta baja, tropezando con los hombres que volvían con los cubos vacíos y los refuerzos que iban llegando con más agua.

Cuando se quedó solo Malcolm regresó hasta la cómoda, buscó entre las ropas la pequeña botella que Ah Tok le había vuelto a llenar esa misma tarde. Bebió más de la mitad del oscuro líquido, tapó la botella y, con un prolongado suspiro de alivio, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Angélique también se sintió aliviada al llegar a la calle, donde pudo respirar el aire fresco a bocanadas.

—¡Vargas! —gritó Jamie—. Ocúpate de mademoiselle Angélique.

—Vaya tranquilo, senhor.

—Por favor, permítame, monsieur —dijo Pierre Vervene, el funcionario francés, dándose aires—. Acompañaré a mademoiselle Angélique a nuestra legación, allí estará a salvo.

—Gracias —contestó Jamie, antes de entrar nuevamente en la casa.

Angélique pudo ver que el techo estaba en llamas, no lejos de las habitaciones, y que las lenguas de fuego del edificio de Brock seguían lamiendo las paredes laterales de Struan. Un grupo de samuráis bien entrenados, con mascarillas que les protegían del denso humo, habían colocado escaleras junto a la pared. Dos o tres eran los encargados de llevar los cubos hasta el tejado. Por un instante la escalera estuvo a punto de caer. Angélique contuvo la respiración, pensando en lo valiente y fuertes que eran esos hombres, en la situación de desamparo en que se hallaba Malcolm, y en lo poco que podría hacer para protegerla en caso de que se produjera alguna emergencia. En realidad, Malcolm se había vuelto una auténtica carga, que cada día la divertía menos. «¿Qué será de mí, de mi futuro?», se preguntó, mientras un súbito temblor le recorría todo el cuerpo.

—No tiene por qué preocuparse, mademoiselle —le dijo Vervene en francés—. Venga, iremos a la legación. Los terremotos son muy frecuentes en esta zona, ¿sabe usted?

Vervene la cogió del brazo y la acompañó a lo largo del paseo, a través del gentío.

Ori la reconoció cuando la vio salir de la casa de Struan. Estaba escondido entre la multitud apiñada a la entrada del callejón próximo a la legación francesa, cerca de la puerta del norte. Sus ropas no diferían mucho de las de los demás, por lo que se sentía bastante tranquilo, camuflado entre el resto de curiosos. Desde esa posición podía ver casi todo el paseo, la fachada de Struan y la calle lateral que partía desde la calle mayor.

Dejó de mirarla y escudriñó a su alrededor, buscando con la vista a Hiraga o Akimoto, seguro de que no podían estar lejos, de que no

tardarían en llegar. El corazón aún le latía con fuerza tras la frenética carrera a través del barrio de los borrachos hasta llegar al pueblo. Cuando vio que la casa de Struan se incendiaba, supo que era mejor atravesar el barrio en lugar de hacerlo por el paseo o por la playa.

Angélique estaba solo a unos veinte metros de él.

Los que la reconocían la saludaban con el sombrero y murmuraban palabras de consuelo a las que ella respondía con aire ausente. Ori pudo haberse refugiado aún más en la oscuridad, pero no lo hizo. Sencillamente se quitó el sombrero, como hacían los demás, y se limitó a verla pasar. Los ojos de Angélique se detuvieron un momento en Ori: barba rala, un rostro fuerte, una mirada extraña, el cabello corto, pero en realidad pasaron sin verlo. Tampoco pareció verlo Vervene, que charlaba plácidamente con Angélique en francés.

Ori esperó hasta que ambos entraron en la legación francesa, que se había quedado sin centinelas, pues todos habían acudido a ayudar en el incendio. Luego retrocedió y se internó en el callejón. Una vez seguro de que nadie lo observaba, escaló el muro de la legación como ya lo había hecho una vez, y se agazapó junto a la ventana del dormitorio de Angélique. Esa noche los postigos estaban abiertos, y a través de los cristales pudo verlos dirigirse a una habitación situada frente a la de Angélique. La puerta estaba abierta.

Ahora que estaba seguro Ori comprobó que aún llevaba la pistola y que también conservaba el cuchillo. Luego empezó a meditar. Desde el momento en que había visto a Hiraga y, casi al mismo tiempo, el fuego que se iniciaba en el edificio de Struan, dejó que los instintos lo guiaran ciegamente. «Pero eso ahora ya no me sirve —se dijo—. Ahora tengo que elaborar un plan, y rápido». Los postigos abiertos ejercían sobre él la atracción de un imán. Finalmente se deslizó entre los cristales sin hacer ruido y penetró en la habitación.

XXVI

—¿Por qué no duermen aquí esta noche, mademoiselle, monsieur Struan? Tenemos sitio de sobra —ofreció Vervene.

Ya era casi la hora de la cena y estaban bebiendo champán en el salón de recepciones de la legación francesa. Jamie acababa de llegar y les había informado de que el incendio ya estaba controlado. No se habían producido daños serios, salvo en la habitación de Angélique y algunos leves en la de Struan.

—Si quiere puede disponer de mis habitaciones, tai-pan —sugirió Jamie—. Yo me arreglaré en cualquier parte, y mademoiselle Angélique puede utilizar la habitación de Vargas.

—No es necesario, Jamie —contestó Angélique—. Podemos quedarnos aquí, no queremos molestar a nadie. De todos modos pensaba instalarme aquí mañana. ¿Te parece bien, *chéri*?

—Creo que me sentiré más cómodo en mi dormitorio. ¿Crees que podré pasar la noche allí, Jamie?

—Por supuesto, apenas le ha pasado nada. Mademoiselle Angélique, ya sabe que puede pasar la noche en mi habitación, si lo desea.

—No, Jamie, gracias. Me quedaré aquí.

—Bueno, entonces ya está todo arreglado —concluyó Struan, con la mirada algo perdida y sintiéndose muy cansado; el opio le había aplacado el dolor pero no le había hecho olvidar su profundo odio por Norbert Greyforth.

—Monsieur Struan, no me hace falta decirle que usted también es bienvenido en esta casa —dijo Vervene—. Tenemos muchas

habitaciones libres. El ministro y su personal están pasando unos días en Yedo.

—¡Oh! —Angélique estaba claramente sorprendida, pues al día siguiente André tenía que recoger el medicamento. Todos los presentes la miraron—. Pero André me dijo…, me dijo que pensaban regresar como muy tarde mañana por la mañana, después de la reunión de hoy con el shōgun.

—Depende de la puntualidad del shōgun y de la marcha de la reunión, ¡y nuestros anfitriones son un modelo internacional de puntualidad! —Vervene rio su propia broma—. Nunca se sabe en qué pueden terminar estas reuniones oficiales. Pueden durar un día o una semana. ¿Más brandy, monsieur Struan?

—Gracias, sí.

—Pero André dijo que la reunión iba a comenzar esta mañana y que como máximo estarían de vuelta mañana —insistió Angélique, esforzándose por contener las lágrimas que amenazaban con deslizarse por sus mejillas.

—Pero ¿eso qué tiene que ver, Ángel? —dijo Struan—. ¿Qué nos importa a nosotros el día que vuelvan?

—Es que… no, pero, es que no me gusta cuando alguien me dice algo y después resulta que no es verdad.

—Se trata probablemente de un error, es ridículo que te preocupes por algo tan insignificante —dijo Struan, tras beber un largo sorbo del vaso que Vervene le acababa de alcanzar.

—Tal vez estén de regreso mañana, mademoiselle —concedió Vervene, tan diplomático como siempre, pensando, sin embargo, en lo tentadores que eran esos pechos y esos labios. Y añadió con una sonrisa servil—: Pero no tiene importancia, dentro de unos momentos la cena estará lista. Monsieur McFay, será un placer tenerlo con nosotros, *bien sûr*.

—Se lo agradezco, Mr. Vervene, pero tengo que irme. Tai-pan, ¿quiere que… que regrese a buscarlo?

—Soy capaz de caminar doscientos metros sin ayuda de nadie —respondió Struan airado—. ¡Perfectamente capaz!

«Y también de apretar el gatillo y disparar contra quien haga falta, esta noche o cualquier otra noche», sintió ganas de gritarle.

Poco antes de que él se dirigiera a la legación francesa, Norbert Greyforth se había tomado un respiro en las tareas de salvamento. El incendio de Brock ya estaba casi controlado. Jamie, a su lado, daba instrucciones a Vargas y al grupo de hombres que intentaban apagar el fuego; no muy lejos de él se encontraban el doctor Hoag y el doctor Babcott, curando quemaduras y algún hueso roto.

El elixir de Ah Tok ya le había hecho el acostumbrado efecto mágico, y se sentía mejor, un poco más seguro, aunque lo invadían sensaciones extrañas y, naturalmente, unas constantes ganas de dormir. Fantaseaba con dormir y tener apasionados sueños eróticos con la muchacha japonesa, y con Angélique, ambas apasionadas y ardientes como él. De pronto, sin saber cómo, se vio bruscamente de vuelta a la desagradable realidad.

—Buenas noches, Jamie. ¡Solo nos faltaba esto!

—¡Ah, Norbert! —dijo Struan, con una cortesía exacerbada por la euforia—. La verdad es que lo lamento. Pienso que…

Norbert lo ignoró abiertamente.

—Por suerte, Jamie, no ha ocurrido nada en las oficinas ni en los almacenes. El fuego solo ha dañado las habitaciones.

Después fingió ver a Struan por primera vez y comenzó a hablar en voz más alta, esforzándose para que todo el mundo lo oyera.

—Vaya, vaya, mirad a quien tenemos aquí. Si es el tai-pan de la Muy Noble Casa en persona. Muy buenas noches, viejo, no tienes muy buen aspecto. ¿Se te ha muerto el gato?

De la paciencia de Struan no quedaba ya nada. A través de la pantalla del opio se dio cuenta de que se estaba enfrentando al mal, y de que ese hombre que tenía delante era su enemigo.

—No, pero me parece que a ti se te han acabado los modales.

—Los buenos modales no son tu fuerte, viejo —dijo Norbert, riendo—. Como ves, no estamos hundidos ni mucho menos. En realidad, nuestras nuevas minas nos convierten hoy en la Casa Noble

en Japón, y para Navidad lo seremos también en Hong Kong. Te deseo un muy buen viaje de regreso a casa, Malcolm.

—Para ti, Struan —le contestó, sintiéndose fuerte, alto, omnipotente, sin importarle la presencia de los demás ni que Jamie y Babcott trataran de intervenir—. ¡Struan! ¿Me has oído?

—Me gusta llamarte Malcolm, joven Malcolm.

—La próxima vez que me llames así me cagaré en tu puta madre y te partiré la cabeza sin pensármelo un segundo, ¿vale?

Un pozo de silencio se abrió alrededor de los dos, más profundo aún a causa del crepitar de las llamas y el suave murmullo del viento. Los rumores del desafío lanzado durante el almuerzo no habían tardado en difundirse por la colonia, y todos estaban a la espera del próximo movimiento en el juego que había venido caldeándose desde que el abuelo de Malcolm, Dirk Struan, muriera antes de poder cumplir su juramento de matar a Tyler Brock.

La cabeza de Norbert Greyforth no dejaba de funcionar. Una y otra vez ponderaba su futuro y su posición en la empresa, analizando cuidadosamente las alternativas, pues lo que se hallaba en juego era muy importante. Él se sentía bien recompensado, siempre que obedeciera las órdenes. La última carta de Tyler Brock le había abierto una puerta al paraíso, al pedirle que forzara a Malcolm Struan «al límite de su aguante mientras esté enfermo, herido y sin la protección de mi desgraciada hija, ¡que Dios la maldiga! La recompensa será de cinco mil guineas al año durante diez años si ese gusano revienta mientras está en Japón. Puedes tomar todas las medidas que consideres necesarias».

Norbert iba a cumplir treinta y cinco años al cabo de seis días. A los cuarenta, la edad en que la mayoría solía retirarse, el comerciante chino medio se consideraba viejo. Cinco mil guineas por año en diez años era una suma interesante, suficiente para él y todos sus descendientes, suficiente para comprar un escaño en el parlamento, un título de nobleza, o casarse con alguna rica heredera con una buena dote y extensas parcelas de tierra en Surrey.

No fue difícil tomar una decisión. Acercó la cara a la de Struan y le alegró ver la mueca de dolor que se ocultaba bajo la piel.

—Escucha, joven Malcolm, al mediodía me arrojaste coñac a la cara, ¿te acuerdas? ¿Por qué no me chupas el culo antes de la cena?

—¡Hijo de puta! ¡Me cago en tu asquerosa madre!

Greyforth estalló en una carcajada cargada de crueldad.

—¡Más puta será la tuya, bastardo!

Babcott, con su imponente estatura, se interpuso entre ambos.

—¡Basta ya, vosotros! ¡Terminad ya de una vez! ¡Este es un lugar público y estas cosas hay que arreglarlas en privado como caballeros!

—¿Caballeros? ¡Este m…!

—¡En privado y como caballeros, Malcolm! —repitió Babcott en voz aún más alta—. Norbert, ¿cuáles son sus condiciones?

—Un duelo no es lo que yo querría, pero si es lo que él quiere, entonces no hay más que hablar. Esta noche, mañana, me da igual. Cuanto antes mejor.

—Esta noche no. Mañana o cualquier otro día. Los duelos están prohibidos por la ley, pero pasaré por su despacho a las once.

Babcott miró a Struan, consciente de que nadie podría impedir un duelo si era por mutuo acuerdo. Vio las pupilas dilatadas de Malcolm y sintió pena por él, y también rabia. Tanto él como Hoag habían diagnosticado hacía ya tiempo la adicción, pero nada de lo que le dijeron parecía haberle causado la menor impresión, ni tampoco pudieron impedir que consiguiera más droga.

—Te veré a eso de las doce, Malcolm. Mientras tanto, en calidad de funcionario británico más antiguo en Yokohama, os prohíbo que volváis a hablaros o atacaros, en privado o en público…

«Al carajo con este imbécil de Babcott —pensaba Struan sintiéndose todavía más omnipotente, si cabe, como resultas de la agradable mezcla del alcohol con el opio—. Mañana o pasado mañana enviaré a Jamie a que hable con Norbert (no, mejor a Dmitri, en Jamie ya no puedo confiar). Nos batiremos junto al hipódromo y la Casa Noble le ofrecerá a Norbert un digno funeral, y

también al jodido Brock si alguna vez se atreve a dejarse ver por aquí. Parece que ya han olvidado que era el mejor en puntería en todo Eton y que me batí con ese asqueroso de Percy Quill por haberme llamado "chino". Ya han olvidado que lo maté y lo envié al hoyo. Es cierto que papá se ocupó de silenciar el asunto con unos cuantos miles de guineas».

Un ruido en la habitación lo distrajo de sus pensamientos. Seratard acababa de entrar y los demás se precipitaron a recibirlo. André Poncin se hallaba detrás de él. A través de la niebla que le entorpecía los sentidos oyó a Seratard decir que la reunión de Yedo había terminado rápidamente después de haber superado el punto muerto y gracias a que se habían aceptado las condiciones impuestas por Francia.

Malcolm dejó de prestar atención a Seratard en cuanto vio a André. El elegante francés le sonreía a Angélique, y esta le devolvía la sonrisa más radiante que Malcolm había podido ver en varios días. Los celos empezaron a salir a la superficie, pero consiguió mantenerlos a raya. «No es culpa de ella —pensó—, ni de André. Ella se merece todas las sonrisas del mundo, y yo no soy una buena compañía, así enfermo, agobiado por los dolores, inútil. Oh, Dios mío, pero amo a esa mujer y la necesito locamente».

Malcolm hizo un esfuerzo para ponerse en pie, se disculpó y les agradeció la hospitalidad. Seratard se comportó de forma tan encantadora como siempre.

—Insisto en que se quede aquí esta noche, monsieur Struan. Nosotros no sentimos el terremoto en el mar. De todos modos, no debe usted preocuparse por su prometida, es un placer tenerla como huésped. Está de más decirle que puede usted alojarse aquí mientras duren las obras en sus habitaciones.

Seratard lo acompañó hasta la puerta. Angélique insistía en que la dejara ir con él hasta la casa.

—Estoy bien, Angélique, de veras —le dijo Struan, agradecido.

—Por supuesto, cariño, pero es que yo quiero acompañarte —insistió ella, llena de buena voluntad ahora que André había vuelto.

«Solo unas horas más y me habré liberado de mi tormento», pensó.

La cena fue todo un éxito. Angélique estaba radiante y Seratard, que no cabía en sí mismo tras el éxito obtenido en Yedo, deslumbraba a los comensales con relatos sobre sus hazañas en Argel, donde había estado destinado antes de su traslado a Japón. Vervene se esforzaba sin cesar por atraer la atención de Angélique, relatando también las proezas que tenía en su haber, animado naturalmente por los efectos del Borgoña —más de una botella por cabeza— y alguna que otra copa de champán. Después fue André Poncin el que comenzó a contar historias picantes sobre Hong Kong, Shanghái y Kowloon, ciudad esta última donde los habitantes creían que de cuando en cuando se desataba una enfermedad —«la plaga del pene», la llamaban— que hacía desaparecer el miembro masculino dentro del cuerpo. Para defenderse contra la enfermedad y prevenir la catástrofe, todos los hombres se ataban un cordel alrededor del miembro y enrollaban el otro extremo en el cuello.

—¡Oh, eso es imposible, André! ¡Cómo podemos creer una cosa así! —protestó Angélique, sin dejar de abanicarse, entre las risas de todos los presentes. André insistía en que todo era absolutamente cierto, convencido de que ya era hora de que Angélique se retirara. Angélique apuró la segunda copa de champán, libre ya de toda preocupación al ver que André había regresado como se lo había prometido, feliz por haber hablado en francés toda la noche; el champán y los tres vasos de Château d'Arcins habían hecho algo más que relajarla, pues lograron que superara su habitual inhibición.

—Si me disculpan, les dejo ahora con sus cigarros y copas de coñac, y con esas historias sucias.

«Conseguiré que Malcolm y Jamie hagan las paces —pensó Angélique, ya en su habitación—. No es bueno para ellos estar a malas. Gracias a Dios tengo a André. Me pregunto cómo será el Yoshiwara, y esa muchacha. Le tiraré de la lengua para que me cuente acerca de ella, así podremos reírnos juntos».

—… noches, señolita —le dijo Ah Soh, mientras comenzaba a preparar el diván del vestidor. La última vez que la criada había dormido allí, sus ronquidos habían sido tan ensordecedores que ni siquiera cerrando la puerta del dormitorio pudo dejar de oírlos.

—Ah, no, Ah Soh, no quiero que duermas aquí. Vuelve mañana, ¿sí? Con café, *heya?*

La mujer se encogió de hombros.

—… noches, señolita.

Angélique cerró la puerta cuando Ah Soh se marchó y, a la cálida luz de las lámparas, totalmente sola por fin, comenzó a bailar al son de un vals que ella misma tarareaba. No tardó en escuchar las lejanas notas de un piano. «Ah, es Henri —pensó—, prestando atención a los sonidos. Es un buen pianista, mejor que Vervene, pero no se puede comparar con André». Chopin. Suave, delicado, romántico.

Se detuvo un momento a mirarse en el espejo. Se examinó largo rato, mirándose primero de un lado y luego del otro, deteniéndose sobre todo en los pechos, que acarició y elevó como solía hacer con Colette para ver de qué manera podían resultar más deseables.

Bebió un sorbito de champán y en un súbito e inconsciente impulso dejó caer la bata de seda. Lentamente comenzó a juguetear con el camisón delante del espejo, levantándolo poco a poco, coqueteando con su propia imagen, admirando las piernas esbeltas y las caderas y los senos, en diferentes poses, más tímidas o más audaces según los movimientos del camisón.

Otro sorbo de champán, luego un dedo en la copa y el dedo húmedo rozando sus pezones enardecidos, como había leído que solían hacer las grandes cortesanas de París, usando a veces el Château d'Yquem dulce ahí… y en otros sitios. «Es curioso que las dos cortesanas más famosas de la ciudad que se considera el centro del mundo sean inglesas».

Para entonces se hallaba ya poseída por la noche, por la música y por el vino. «Cuando haya tenido uno o dos hijos y tenga, digamos, veinte años, y Malcolm tenga una amante y yo esté lista

para mi amante especial, esto es lo que haré, para placer suyo y mío, y antes lo haré para Malcolm».

Otro sorbo, y otro, hasta apurar la copa, la última gota, frente al espejo, lamiendo dulcemente el borde con la lengua puntiaguda, como un gato lame las últimas gotas de leche de su tazón, excitándose con la lengua, dejándose ir, con los sentidos apenas puestos en el tacto de sus pechos, en la visión en penumbras de su cuerpo en el espejo y en los lejanos compases de una serenata de Chopin con sus pasiones ocultas. De pronto fue como si la imagen del espejo se convirtiera en otra persona, en un observador que la animaba con voluptuosidad a seguir jugando con los dedos, que comenzaron a adquirir vida propia y la acariciaban mientras los latidos del corazón se aceleraban, aumentando la sensación de placer, mientras se imaginaba junto a un Malcolm alto y fuerte, muy fuerte, tendido a su lado, desnudo como ella, explorando con los dedos sus más secretos rincones.

Ori dejó que se abriera la puerta del armario en la otra habitación y avanzó sin hacer ruido, escondido entre las densas sombras del vestidor, contemplándola mientras ella se excitaba, tanto, que él podía oír los latidos de su corazón. No le había resultado difícil esconderse entre las cajas de sombreros y los vestidos, ni deslizarse hacia el fondo del amplio armario hasta hacerse invisible cuando la criada fue a colgar allí el vestido de Angélique.

En el dormitorio ella yacía ahora desnuda sobre las sábanas, con los ojos cerrados, con el rostro en sombras. A Ori le pareció haber esperado una eternidad. Sin hacer ruido siguió avanzando hasta atravesar el umbral del dormitorio. Cerró la puerta. Los distantes sonidos del piano cesaron y Angélique abrió los ojos, y lo vio.

Algún sexto sentido le dijo que era él: el asesino del Tokaidō, el padre de la criatura que nunca nacería, el japonés que la había violado sin dejarle ni una señal ni marcas de dolor, apenas unos sueños eróticos y la sensación de que ella estaba indefensa y de que esa noche él la mataría.

Ambos se quedaron inmóviles. Apenas respiraban, a la espera de que el otro hiciera un movimiento. Aún petrificada por el susto, Angélique examinó a su inesperado visitante: vio que era joven, no mucho mayor que ella, un poco más alto; en el cinturón llevaba un puñal; el cabello y la barba cortos y limpios, hombros anchos y cintura estrecha, ropas de campesino, el rostro…, el rostro seguía a oscuras.

«Es otro sueño, debe de ser otro sueño, no debo tener miedo». Apoyó la cabeza en una mano y ese movimiento impulsó a Ori a avanzar hasta la zona iluminada, confundido por un breve instante en el mismo estado irreal en que ella se encontraba.

Cuando Angélique vio sus rasgos, tan diferentes, cuando vio esos ojos negros tan llenos de furia, intentó decir «¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?», y Ori, que creyó que en realidad iba a gritar pidiendo ayuda, se arrojó hacia adelante, presa de pánico, hasta ponerle el cuchillo desnudo en la garganta.

—No, por favor —balbuceó Angélique, con la cabeza hundida en la almohada y, al ver que él no la comprendía, solo pensó que esa vez moriría, que esa vez no tenía escapatoria—. No, por favor, no…

Una gota de sudor resbaló por la mejilla de Ori, que se llevó un dedo a los labios, advirtiéndole que se quedara callada, que no se moviera ni gritara.

—No, no voy a gritar —murmuró, confundida por el miedo. Se tapó con la sábana, pero él volvió a descubrirla de un tirón. El corazón de Angélique se detuvo y en ese instante ella supo, un instinto primitivo la había situado en un plano diferente, y se sintió poseída por un conocimiento nuevo que siempre había estado latente. El miedo comenzó a esfumarse. Un coro de voces parecían murmurar en su interior: «ten cuidado, nosotros podemos guiarte, estate atenta, no hagas ningún movimiento brusco, primero el cuchillo…».

Con el corazón a punto de estallarle, fijó la mirada en los ojos de Ori, se llevó un dedo a los labios igual que él, señaló el cuchillo y lo apartó de sí.

También Ori estaba al acecho, convencido de que ella intentaría salir disparada hacia la puerta a la menor distracción, de que podía gritar si quería y, aunque sabía que podía hacerla callar fácilmente, eso no entraba en sus planes; ella debía empezar a gritar hasta despertar al enemigo cuando él así lo quisiera. Entonces dispararía una vez y esperaría, y cuando ellos llegaran, y al grito de *Sonno-joi!* volvería el cuchillo contra sí mismo y moriría escupiéndoles en la cara. Ese era el plan, uno de los muchos que había considerado: poseerla salvajemente, después matarla, y después quitarse la vida; o matarla, sencillamente, como debió hacerlo la primera vez, y escapar luego por la ventana. Pero ella no estaba reaccionando como él había pensado. ¿Por qué?

«Ten paciencia», le decían las voces…

Otra vez hizo el gesto de que apartara el cuchillo, con calma. Los ojos de Ori se rasgaron aún más. Con un esfuerzo los apartó de ella. ¿Qué estaba tramando?

Ori estaba de pie junto a la cama. Lentamente Angélique comenzó a desabrocharle la camisa. En ese momento se quedó petrificada. Una cruz de oro brillaba en el cuello del violador. El carácter sorpresivo con que el objeto que creía perdido para siempre reaparecía ante sus ojos hizo que olvidara todo lo demás y, como en un sueño, se vio a sí misma tocándola con los dedos temblorosos, extrañamente contenta de ver que se la había quitado con la intención de usarla él, una parte de ella junto a él para siempre, igual que una parte de él ya estaba en ella para siempre, pero ni siquiera la cruz la desvió de su propósito.

Suavemente aflojó la camisa, que cayó desde los hombros rozando el cuchillo en la mano firme y amenazante. Angélique vio la herida en el hombro, el cuerpo musculoso. Otra vez la herida.

—Tokaidō —dijo en voz muy baja, no en tono interrogativo, aunque a él le sonara así.

—*Hai* —murmuró Ori, vigilante, con la respiración entrecortada por la excitación.

—¿Kanagawa? —preguntó Angélique señalando la cruz.

Ori asintió, respirando apenas, hechizado, y Angélique se sintió satisfecha de haber actuado en el instante preciso, y ahora que él estaba casi desnudo ella se sentía más segura del plan que había esbozado en la mente. Extendió la mano y tocó el cinturón de Ori, sin quitarle la vista de encima, y sintió un ligero temblor.

«No tengas miedo —le decían las voces—. Continúa…».

Con los dedos fue aflojando el cinturón, hasta que los calzones de Ori cayeron al suelo. Debajo llevaba un sencillo taparrabos. Ori tuvo que hacer un esfuerzo terrible para no moverse, con el peso de su cuerpo repartido en las dos piernas, ligeramente separadas.

«Continúa, Angélique, no tengas miedo», repetían las voces.

De repente, la imagen de Ori atrapado en la red que miles de generaciones de mujeres antes que ella le estaban ayudando a tejer, mujeres que habían caído en la misma trampa masculina, la incitó a decidirse de improviso, a estar atenta a él y a ella al mismo tiempo, mientras los dedos tiraban del cordel hasta dejar a Ori completamente desnudo.

Nunca antes había visto así a ningún hombre. Pero, excepto la herida en el hombro, él estaba intacto. Como ella.

Por un momento Ori continuó refrenando su deseo, hasta que su voluntad desapareció y arrojó el cuchillo sobre la cama y la cubrió con su cuerpo. Pero Angélique se cerró como una ostra y se retorció para separarse de él. Ori consiguió coger el puñal antes que ella; sin embargo, no había intentado cogerlo, solo se quedó observándolo arrodillado en la cama, blandiendo el cuchillo como un segundo falo.

En medio de esa pesadilla se oyó a sí misma pedirle que dejara el cuchillo, aun sabiendo que él no la entendería, y hacerle gestos para que se echara a su lado.

—No hay ninguna prisa —dijo suavemente, acompañando las palabras con gestos—. Ven, échate aquí. No, no seas bruto. Bésame…, así no, no tan fuerte…, sí, así…

Angélique le mostró todo lo que ella quería que le hiciera, le hizo todo lo que él deseaba y, cuando al final sus cuerpos se unieron, se desencadenaron dos incendios, la tierra tembló aun con más fuerza

que aquella tarde y los dos se hundieron en un maravilloso abismo de fuego.

Cuando los jadeos de Angélique cesaron y volvió a tomar conciencia de la realidad todavía pudo oír los acordes del piano como si vinieran desde muy lejos. No había sonidos que indicaran peligro, solo la respiración de Ori, su cuerpo aún sobre el suyo, en perfecta correspondencia. Eso era lo que no podía entender, cómo o por qué él parecía pertenecerle, cómo y por qué podía estar tan asustada y a la vez tan consumida por ese éxtasis. Ori comenzó a apartarse de ella.

«No —le dijeron las voces enseguida—, retenlo, no dejes que se aparte de ti, ten cuidado, el peligro no ha desaparecido, sigue con el plan…».

Angélique se abrazó a Ori con fuerza.

Ambos durmieron más o menos una hora, y cuando ella despertó Ori seguía echado a su lado, respirando suavemente, con el rostro fresco y relajado, como el de un niño dormido, una mano aferrando con fuerza el cuchillo y la otra apoyada en la cruz.

«Ese fue el primer regalo que recibí, el mismo día que nací, y siempre la he llevado desde entonces. ¿Es suya ahora? ¿O sigue siendo mía? ¿O es de los dos?».

Los ojos de Ori se abrieron y ella sintió un escalofrío.

Al despertar Ori no supo con seguridad dónde se hallaba, o si estaba soñando, y luego la vio, aún hermosa, aún deseable, a su lado, con su extraña y misteriosa sonrisa. Como encantado dirigió la mano hacia ella y ella respondió y el juego volvió a comenzar pero esta vez sin prisas ni rabia ni miedo. Solo por el placer de continuar.

Más tarde, apenas despierto, Ori quiso decirle cuán inmensas habían sido las Nubes y la Lluvia, cuánto la admiraba y cuánto le agradecía lo que había hecho por él, con el pecho embargado por una profunda tristeza por tener que poner punto final a sus días. En cambio, no sentía ninguna pena por sí mismo. Ahora, gracias a ella, moriría satisfecho, y la muerte de ella santificaría la justa causa de *sonno-joi*.

«Ay —pensó, atravesado por un súbito sentimiento de ternura—, como devolución de un regalo así le haré un regalo idéntico, un regalo de samurái, una muerte de samurái; sin gritos, sin pánico, solo un segundo. ¿Por qué no?».

Totalmente sereno, con la mano junto al puñal, dejó que el sueño se apoderara de él.

Al sentir que Angélique lo tocaba se despertó, en guardia, y cogió el cuchillo con fuerza. Vio reflejarse en los cristales de la ventana el gesto de Angélique llevándose el dedo a los labios. Oyó voces que se acercaban en el exterior, luego los sonidos se fueron desvaneciendo.

Angélique suspiró, se le acercó y le acarició el pecho. El reloj sobre la mesa de noche indicaba las cuatro y veinte. Angélique se levantó y le hizo señas para que se vistiera y se marchara antes del amanecer. Ori se negó y ella volvió a su lado. De rodillas junto a la cama, murmuró:

—Por favor…, por favor.

Nunca en la vida Ori había visto una expresión así en el rostro de una mujer, ni nunca había sentido una pasión tan profunda. Sin embargo, se mantuvo firme en su decisión.

Le fue fácil fingir que asentía, que estaba de acuerdo en marcharse mientras era de noche. Angélique no se apartó mientras él se vestía, incluso lo ayudó, a desgana, pues en el fondo quería que él se quedara. Con un gesto infantil se acercó a la ventana, como una niña traviesa, corrió las cortinas, abrió la ventana sin hacer ruido y se asomó.

Una ráfaga de aire fresco recorrió su cuerpo desnudo. El cielo estaba salpicado de nubes y en el horizonte comenzaba a clarear. El mar estaba en calma y no pudo percibir ningún peligro a la vista, solo el sonido de las olas rompiendo en la playa. No se veía ni un alma y toda la colonia parecía dormida.

Ori, de pie detrás de ella, sintió que había llegado el momento. Pero no se atrevió a matarla. Ella, al darse la vuelta, consiguió con

su ternura hacerle olvidar su resolución. Fue eso, y el recuerdo del placer que aún le obsesionaba. Angélique le dio un rápido beso antes de volver a asomarse para comprobar que no había peligro.

—No, todavía no —murmuró ansiosa, haciéndole esperar con el brazo alrededor de su cintura.

Y cuando se sintió segura, lo besó otra vez y le hizo una señal para que saltara. Una vez que Ori hubo descendido al jardín, cerró las persianas con un golpe y sus gritos hicieron añicos el silencio de la noche.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme, por favor!

Ori se quedó paralizado, pero solo por un momento. Cegado por la ira se abalanzó sobre los postigos, enfurecido por los gritos de Angélique y por la certeza de haber sido engañado. Con dedos fuertes como garras casi arrancó de las bisagras uno de los postigos. En ese instante vio aproximarse al primero de los centinelas de la legación, con el fusil listo para disparar. Ori, al verlo, sacó la pistola y disparó dos veces, pero erró ambos tiros, pues nunca antes había usado un arma de fuego.

En cambio, el centinela dio en el blanco al primer disparo. Dentro de la habitación, Angélique se tapó los oídos con las manos, sin saber qué pensar ni que hacer, sin saber si reía o lloraba. Solo sabía que había vencido, y ahora que se sentía segura y vengada, el coro de voces en su interior le decía: «Muy Bien, muy bien, lo has conseguido. Lo has hecho de maravilla. Ya nunca volverá, estás a salvo».

—¿De veras lo estoy?

«Sí, él ha muerto. Por supuesto siempre hay un precio que pagar, pero no te preocupes, no tengas miedo…».

—¿Qué precio? ¿Cuál?… Oh, Dios mío, ¡he olvidado quitarle la cruz!

En medio de los ruidos en el jardín y los golpes que empezaron a sonar en la puerta de la habitación, una crisis de miedo se apoderó de Angélique y se puso a temblar con violencia.

XXVII

Viernes, 7 de noviembre

Por la tarde, el *Pearl* regresó de Yedo a toda vela en dirección al animado puerto de Yokohama. El pabellón de sir William ondeaba en el palo mayor. Por medio de señales llamaron al cúter, lo cual fue innecesario pues un bote esperaba ya, flanqueado por el cúter de vapor de Struan, con Jamie impaciente en la popa. Todos los que desde la costa vieron acercarse al *Pearl* dejaron por unos momentos sus actividades para observar la maniobra.

«No está tan mal», pensó Jamie, orgulloso, y luego gritó:

—¡Adelante! ¡Ahora de lado, de lado! —Y se apresuró para ser el primero en recibir a sir William, como Malcolm le había ordenado—. ¡De prisa, Tinker, por amor de Dios!

—¡Ay, ay, o siento! —masculló con su boca desdentada Tinker, el timonel de Struan, un viejo lobo de mar con el cuerpo lleno de tatuajes, que habitualmente conducía uno de los clíperes de la compañía, y se las ingenió para adelantar al cúter de ocho remos de sir William, escupiendo saliva mezclada con tabaco con su habitual buen humor. Jamie fue el primero en saltar a la escalerilla. En la cubierta principal saludó al oficial y le solicitó permiso para transmitirle un mensaje a sir William.

—Por supuesto, señor —le respondió el marino.

—¿De qué se trata, Jamie? ¿Qué diablos pasa ahora? —preguntó sir William desde el puente, donde también se hallaban Phillip Tyrer y el capitán Marlowe.

—Disculpe, señor, se han producido ciertas novedades en la colonia y Mr. Struan me ha pedido que lo ponga al corriente de los detalles.

—Puede utilizar mi camarote si lo desea, sir William —intervino el capitán Marlowe.

—Gracias. Creo que es mejor que nos acompañe. Después de todo usted es el almirante a cargo de nuestra defensa naval, aunque sea temporalmente.

Marlowe rio.

—No me importaría cobrar el salario del almirante, señor, aunque sea temporalmente. El título me da igual.

—¿Y a quién no? Venga usted también, Phillip.

Todos siguieron a sir William al interior del buque. Antes de dejar el puente, Marlowe dio algunas instrucciones.

—Quiero que limpien y engrasen todos los cañones y que los tengan listos para disparar, y que laven el cuarto de máquinas. Ponga a la compañía en estado de alerta.

Se acomodaron en el pequeño y austero camarote.

—Bien, Jamie, usted dirá.

—En primer lugar, sir William, el tai-pan y todos los comerciantes me han encargado que lo felicite por el éxito de la reunión.

—Gracias. ¿Qué ha ocurrido en la colonia?

—Algunos problemas. De madrugada un japonés trató de entrar por la fuerza en la habitación de Angélique, en la legación francesa. Los centinelas consiguieron abatirlo a disparos. El doctor Hoag y el doctor Babcott…

—¡Santo cielo! ¿Está herida la muchacha? ¿Llegó a… tocarla?

Para alivio suyo Jamie le dijo que Angélique se hallaba perfectamente.

—No, señor. Angélique contó que había visto moverse las persianas y se puso a gritar.

—Entonces sí que había alguien, como la otra vez —intervino Tyrer—, ¡no era el viento!

—Nosotros pensamos lo mismo —continuó Jamie—. De la legación llamaron a Babcott y Hoag. Angélique estaba muy asustada. Examinaron al japonés y Hoag reconoció de inmediato al tipo que había operado en Kanagawa…, el que se sospecha que fue uno de los asesinos de Canterbury, el mismo hombre que pudo haber penetrado en nuestra legación de Kanagawa y que el capitán Marlowe y Pallidar intentaron atrapar.

—¡Maldición! —exclamó sir William, con la mirada puesta en Tyrer, que había palidecido—. ¿Crees que puedes identificarlo, Phillip?

—No lo sé. Creo que no. Es posible que Malcolm pueda hacerlo, no lo sé.

Sir William pensaba que, si se trataba del mismo hombre, entonces los dos presuntos asesinos ya habían muerto, y se preguntó por el efecto que esta novedad podía tener en la solicitud de indemnización.

—Conque apareció en la legación francesa… Tienen un sistema de seguridad desastroso, y encima van y matan a ese bastardo. Pero ¿qué hacía allí ese hombre? ¿Iba detrás de la muchacha?

—No lo sabemos, señor. Además, parece ser que era católico, al menos llevaba una cruz. Pens…

—¡Eso sí que es extraño! Pero… un momento. ¿Qué hacía Angélique en la legación? Creía que se había instalado en casa de Struan.

—En efecto, pero su habitación resultó dañada por el incendio. Había olvidado decirle, señor, que después del terremoto nuestra casa sufrió un pequeño incendio, y también la de Brock…

—¿Hubo víctimas?

—No, señor, gracias a Dios. Por lo que sabemos no hubo víctimas en la colonia. La legación francesa le ofreció pasar la noche allí y…

—¿Estaba también Malcolm?

Jamie comenzaba a hartarse de las continuas interrupciones.

—No, señor, Malcolm había regresado a casa.

—Entonces es que los daños no han sido muy importantes.

—No, señor, por suerte, ni tampoco lo han sido en toda la colonia, aunque el fuego destruyó gran parte del primer piso de Brock.

—Bueno, no creo que eso a usted le importe demasiado, todo lo contrario. ¿Cuál es el problema, entonces, si a la muchacha no le ha ocurrido nada y el japonés está muerto?

—He estado tratando de decírselo, señor —dijo Jamie, y continuó dispuesto esta vez a no dejar que sir William volviera a interrumpirlo con más preguntas—. Unos imbéciles del barrio de los borrachos, y lamento tener que decir que también algunos de nuestros comerciantes, han decidido que todos los japoneses del pueblo son de alguna manera culpables, así que desde hace un par de horas se han lanzado a la calle a apalear a quien puedan pillar. Como puede imaginar, los samuráis no han tardado en aparecer. Algunos hombres de la marina han intentado atajarlos. En este momento hay una tregua, ambos bandos están armados y a la espera de refuerzos, y el nerviosismo aumenta a medida que pasan las horas. Tenemos allí a parte de la caballería, el general está al mando y se muere de ganas de lanzar una carga, como la de la Brigada Ligera en Balaclava.

«Maldito imbécil», pensó sir William.

—Bajaré a tierra de inmediato.

—Haré que le acompañe un destacamento de marinos, señor —dijo Marlowe—. ¡Asistente!

La puerta del camarote se abrió al instante.

—A sus órdenes, señor.

—¡Un capitán y diez marinos a la cubierta principal! —Y añadió mirando a Jamie—. ¿Dónde exactamente se han iniciado los disturbios?

—En el extremo sur, cerca de la tierra de nadie.

—Sir William, me mantendré alerta frente a la costa. Si hay algún problema, puede usted ordenar un ataque por medio de señales.

—Gracias, pero no creo que necesite apoyo desde el mar.

Jamie intervino.

—Otro problema es que…

—En el cúter, por favor, Jamie —lo interrumpió sir William, que ya se hallaba a medio camino hacia cubierta—. Iremos en el suyo si no le importa, es más rápido. En dirección al muelle del barrio de los borrachos.

En pocos momentos el cúter de Struan avanzaba a toda velocidad, con los marinos apiñados en la popa, mientras sir William, Jamie y Tyrer viajaban relativamente cómodos en el camarote.

—Bien, Jamie, ¿cuáles son los otros problemas?

—Bueno…, se trata de Nakama, el samurái de Tyrer, que por lo visto no es tan mansito como parece —dijo Jamie echando una rápida mirada a Tyrer—. Algunos hombres lo atacaron esta mañana, pero consiguió librarse de ellos. Se ve que de algún modo pudo conseguir espadas y defenderse. Hirió a un borracho, un australiano, aunque no de gravedad, y habría matado a los demás si no hubieran conseguido largarse a tiempo. Algunos volvieron con pistolas y le dispararon, así que no tuvo más remedio que esconderse en una tienda. Creemos que es posible que tenga de su lado a unos cuantos samuráis. Ahora hay por lo menos diez locos sueltos que rodean la tienda y están dispuestos a lincharlo.

—¿Un linchamiento? ¿En mi jurisdicción?

—Sí, señor, he intentado convencerles para que desistieran, pero me han mandado al cuerno. En principio no es culpa de Nakama, sir William, de eso estoy seguro.

—Bien —dijo sir William—. Por suerte la misma ley que se aplica a los ricos se aplica a los pobres, y también a cualquiera que se halle bajo nuestra protección. Si lo linchan, lincharemos a los linchadores. Estoy harto del barrio de los borrachos y de todos esos follones. Hasta que no llegue de Londres el destacamento de *peelers* formaremos aquí nuestro propio cuerpo de policía. Yo seré el jefe y usted, Jamie, mi ayudante, provisionalmente, y Norbert tendrá el mismo cargo también hasta nuevo aviso.

—No sé qué decirle, sir Wil…

—Bueno, entonces, lo será solo Norbert —replicó sir William, sin inmutarse.

—De acuerdo, de acuerdo, acepto —dijo finalmente Jamie, sin estar del todo convencido; sabía que ese nuevo cargo no era ningún chollo—. ¿Así que Norbert, eh? ¿Se ha enterado de la que se ha armado entre él y el tai-pan?

—¿Qué ha ocurrido?

Jamie le contó brevemente la discusión y el desafío.

—La gente apuesta cinco a uno que cualquiera de estos días uno de los dos aparecerá muerto.

Sir William miró el cielo y dijo, con un tono de agotamiento en la voz:

—Me ausento tres días y cuando vuelvo todo está patas arriba. —Tras una pausa añadió—: Phillip, encárguese de decirles que les ordeno que mañana a primera hora se presenten en mi oficina. Adviértales —prosiguió, con un notable cambio de tono— que les conviene ser prudentes y acatar mis órdenes. ¡Timonel! ¡Más deprisa, por Dios!

—Ay, señor, 'o siento…

—¿Ha traído mi maletín, Phillip?

—Sí, señor —respondió Phillip, dando gracias al cielo por no haberlo olvidado.

Hiraga espiaba por las rendijas de la puerta de la tienda del shoya, rodeada de hombres furiosos armados con pistolas y mosquetes. Tenía la cara empapada en sudor. La rabia y el miedo le invadían, aunque se preocupaba por ocultarlo a los demás. Tenía la camisa manchada de sangre de una herida que había recibido en la espalda. El shoya estaba de pie, nervioso, a su lado, con su única arma en la mano, un arpón de pescar, pues solo los samuráis podían llevar armas, y quien lo hacía se arriesgaba a ser condenado a la pena de muerte.

Encerrado en la tienda con ellos se hallaba un viejo *ashigaru*, un soldado raso, que observaba a Hiraga muerto de miedo y totalmente confuso; muerto de miedo por la habilidad de Hiraga con la espada y porque a todas luces se veía que era un shishi, y confuso por las ropas gai-jin y por el corte de pelo, igual que el de los extranjeros, y porque al parecer vivía en la colonia con ellos y, sin embargo, era objeto del injustificado ataque.

«Esos apestosos gai-jin —pensó—, como si la tentativa de pillaje de un *baka* ronin fuera motivo para armar tanta bulla. Está claro que se trataba de un simple ladrón, y que no andaba detrás de la muchacha, ¿qué hombre civilizado podía querer algo de una mujer gai-jin? Han hecho bien en matarlo, pero, si nadie más ha resultado herido, ¿a qué viene toda esta violencia?».

—¿Hay alguna salida en la parte trasera? —preguntó.

El shoya, pálido, le respondió que no. Esta era la primera vez que se armaba un disturbio semejante, con tantos gai-jin, y él estaba directamente implicado. ¿Acaso no le había dado alojamiento a Hiraga?

—Es posible que el Bakufu inicie una investigación —le había dicho su esposa una hora antes—, y pueden citarnos como testigos. Lo perderemos todo, hasta nuestras cabezas, *Namu Amida Butsu!*

Había ido de compras con la hija mayor esa mañana, al mercado de verduras, cuando se armaron los primeros alborotos y la masa enfurecida había atravesado el pueblo lanzando gritos amenazadores, cargando con todo lo que encontraba a su paso y asustando a los tenderos que corrieron a encerrarse en sus casas, presos de pánico.

—Lo siento, señor —dijo el shoya—, estamos rodeados, hay más gai-jin en el callejón, detrás de la casa.

Además de los hombres que se habían apostado delante de la tienda, la mayor parte de la población de la colonia se había congregado a ambos lados de la tierra de nadie. Primero eran solo curiosos, pero ahora muchos iban armados, dirigidos por un grupo de provocadores que clamaban venganza. Detrás de los que se

agolpaban en esa calle, veinte samuráis armados de la puerta del norte vigilaban el pueblo. Ningún samurái había empuñado la espada, pero todos estaban listos para el ataque. Lo mismo podía decirse de las tropas que se habían apostado frente a ellos, con los fusiles preparados, y de la docena de soldados a caballo que esperaban órdenes del general, todos seguros de sí mismos y con ganas de pelea.

Una vez más el oficial japonés de mayor rango ordenó a los gai-jin que se dispersaran, con una potente voz que se alzaba por encima del tumulto general, y una vez más el general ordenó a voz en cuello que los samuráis se dispersaran, lo que provocó la consiguiente aclamación. Ninguno de ambos bandos entendía al otro, o bien no querían entenderse.

Hiraga pudo oír al general en medio del griterío. «Estúpido —pensó—, aunque mucho más estúpido ha sido Ori, ese loco. Por suerte ya no nos molestará más. Lo que hizo fue una estupidez. Tendría que haberlo matado la primera vez que lo vi con la cruz de esa gai-jin, o en el túnel».

Cuando los gritos de Angélique atravesaron el silencio de la noche, seguidos por los disparos que acabaron con la vida de Ori, él y Akimoto estaban agazapados en el callejón junto a la casa de Struan, a la espera de Ori, a quien pensaban cerrarle el paso. No habían visto a Angélique refugiarse en la legación y, por lo tanto, creyeron que Ori no debía estar lejos de allí e incluso que podía hallarse en el interior del edificio de Struan.

En medio de la confusión posterior, y camuflados en sus ropas de campesinos, se unieron a los hombres a medio vestir que se congregaron frente a la legación.

Hiraga y Akimoto vieron llegar a los dos médicos y, poco después, el cadáver de Ori. Hiraga se acercó sin tardanza a Akimoto; inquietos, decidieron marcharse al amparo de las últimas sombras.

—¡Ojalá que Ori renazca transformado en un asqueroso gai-jin! ¡No merece ser samurái! Ya verás la que se va armar cuando amanezca. Vuelve rápido al Yoshiwara, por el túnel, y permanece

escondido hasta que recibas noticias mías o vaya a buscarte en persona.

—¿Qué harás?

—Yo soy uno de ellos —dijo con una sonrisa retorcida—. Taira es mi protector, y también lo es el jefe de los gai-jin. Todo el mundo lo sabe, así que no corro peligro.

Pero se había equivocado, pensó, mientras el ánimo de los hombres en la calle se caldeaba.

Dos horas antes, cuando comenzó a divisarse el *Pearl* en el horizonte, había salido del pueblo y se había dirigido a la colonia, a la legación británica, llevando una lista con la traducción de algunas frases que Tyrer le había encargado. Abstraído en sus pensamientos, y ansioso por enterarse del resultado de la reunión de Yedo, no advirtió al grupo de exaltados gai-jin que se le acercaban con cara de pocos amigos.

—Es el japonés de Tyrer…

—Sí, es el samurái…

—Eh, mono, tú, samurái…

—La verdad es que se parece al otro…

—Jesús, es verdad…

—Te vamos a enseñar a molestar a nuestras mujeres…

Sin previo aviso alguien le dio un empujón en la espalda, haciéndole caer de bruces. Su sombrero se fue rodando calle abajo, mientras los hombres comenzaron a darle patadas en medio de salvajes carcajadas. Gracias a su superioridad física y a su juventud, Hiraga pudo aprovechar una mínima pausa para escabullirse, lo que dio lugar a una intensa persecución a través del callejón junto a la casa de Struan. Hiraga escapaba a toda carrera y, a su paso, de todos los rincones aparecían samuráis para ver de qué se trataba. Otros habitantes de la colonia le bloquearon el acceso al escondite donde había guardado la pistola, y no tuvo más remedio que dirigirse a la tienda del shoya, coger al vuelo unas espadas no del todo adecuadas y repeler el ataque. Esa defensa pilló a los atacantes desprevenidos y logró dispersarlos. Tres terminaron en el suelo, uno

de ellos herido, y los demás consiguieron ponerse fuera del alcance de Hiraga. Desde algún lugar alguien disparó, pero la bala pasó junto a Hiraga sin tocarlo. No tardaron en aparecer otros hombres armados con pistolas y, en el revuelo que formaban gai-jin y samuráis, Hiraga y el ashigaru se las ingeniaron para regresar a la tienda del shoya.

Los tres hombres se echaron a tierra cuando una bala perdida, atravesando una ventana, fue a hacer añicos un jarrón. Desde el fondo de la casa llegaron los quejidos de un niño, pronto acallados por la madre.

En la calle el griterío iba en aumento. Lunkchurch, acalorado por los efectos del brandy, gritó:

—¡Vamos a quemar la casa!

—¿Estás loco? ¡Todo Yokopoko podría incendiarse!

—¡No importa! ¡Vamos a quemarlos vivos! ¿Quién tiene una cerilla?

Cuando el cúter de Struan llegó al muelle del barrio de los borrachos, todos sus ocupantes se dirigieron a la plaza, con los marinos en primera línea. El capitán puso su plan en marcha sin demora. Ordenó a los hombres que formaran una fila y que apuntaran hacia el espacio que separaba a los samuráis de los colonos. Los habitantes del barrio de los borrachos que habían acudido a la plaza comenzaron a dispersarse, dividiéndose en dos grupos. Tyrer se había acercado al jefe de los samuráis, repentinamente alarmado por la llegada de los soldados, hizo una reverencia y gritó en japonés:

—¡Por favor, señor, que sus hombres se mantengan serenos! ¡Le ruego que presente sus saludos al jefe de los gai-jin!

Automáticamente, el desconcertado samurái le devolvió la reverencia. Sir William se detuvo y encaró al samurái, que se inclinó frente a él. Sir William le devolvió el saludo y a continuación regresó

hasta el pelotón, que había ido ganando terreno, ocupado ahora en alejar a culatazos a la gente que se le acercaba.

—¡Fuera de aquí! ¡Circulen! —gritaba el joven capitán de los marinos, con la adrenalina bastante subida. Al ver que la gente no le obedecía como a él le hubiera gustado, ordenó a sus hombres que calaran las bayonetas.

Como un solo hombre los soldados retrocedieron dos pasos y apuntaron a la multitud, escogiendo cada uno un blanco, convertidos en una peligrosa máquina de matar, famosa y temida en todo el mundo.

—¡PREPARADOS!

Sir William, Tyrer y McFay contuvieron la respiración en medio del más absoluto de los silencios. El espíritu maligno que alberga siempre una multitud enfurecida se desvaneció, y los hombres empezaron a huir en todas las direcciones.

El capitán no se detuvo.

—¡Seguidme!

Avanzaron corriendo hasta el pueblo donde se hallaba la mayoría de los comerciantes, los soldados, la caballería y los samuráis, que aún no estaban enterados de la llegada de sir William.

El pelotón volvió a formar, pero en ese momento oyeron que el general gritaba:

—¡Por última vez les ordeno que se dispersen o me veré obligado a emplear la fuerza!

La orden acabó ahogada por los rugidos de la multitud a punto de estallar. El capitán decidió que no había tiempo que perder.

—¡Alto! ¡Una carga al aire! ¡FUEGO!

La ráfaga hizo que el silencio volviera a reinar, incluso entre la caballería. Prácticamente todos se habían echado al suelo. En medio del silencio, rojo de rabia, sir William penetró en el espacio dejado por ambos bandos. Un poco más abajo, Lunkchurch y los demás se quedaron petrificados. Lunkchurch tenía lista la segunda flecha incendiaria en la mano, pues la primera ya había ido a clavarse en la

pared de madera. Al ver a sir William y a los soldados de la marina, el grupo se evaporó en la calles del barrio.

Entonces todas las miradas se fijaron en sir William, que sacó un papel del bolsillo.

—Voy a leerles la Ley Antidisturbios de Su Majestad: «Si esta asamblea ilegal no se disuelve de inmediato, podré arrestar a todo hombre, mujer o niño…».

Las siguientes palabras se perdieron en medio del murmullo general, entre los juramentos, pero el gentío no tardó en desaparecer.

Sir William no tuvo necesidad de seguir leyendo. La calle quedó vacía, a excepción de las tropas, el general y los samuráis.

—Phillip, habla con ellos. Diles que ya pueden marcharse.

Observó a Phillip conversar con el oficial samurái, después de intercambiar las acostumbradas reverencias. «Es un buen chaval», pensó, y luego dirigió una terrible mirada al general, que esperaba, avergonzado, una reprimenda.

—Buenos días, Thomas.

—Buenos días, señor —saludó el general, quitándose el sombrero, solo porque estaba rodeado de soldados.

Sir William, en cambio, no se descubrió. «Imbécil», pensaba.

—¿Bonito día, no le parece? Le sugiero que ordene a sus hombres que descansen.

El general se dirigió al oficial de caballería, quien, en secreto, daba gracias por la llegada de sir William en el momento preciso, pues sabía que los japoneses no eran culpables y lo que de veras deseaba era cargar con sus caballos contra la masa de comerciantes.

—¡Sargento! ¡Que todos los hombres vuelvan a las barracas! ¡Ahora!

Tyrer hizo una última reverencia al oficial samurái, sintiéndose muy contento consigo mismo, y luego los observó alejarse calle arriba hacia la puerta del norte.

—Has estado muy bien, Phillip —le dijo Jamie McFay.

—Oh, en realidad no he hecho gran cosa —contestó Tyrer, fingiendo modestia.

Jamie McFay pudo respirar por fin aliviado. Sudaba y el corazón le latía con fuerza. Había estado convencido de que alguien iba a acabar apretando el gatillo o empuñando una espada. «Nos hemos salvado por un pelo», pensó. Buscó con la vista a sir William, que estaba enfrascado en una conversación con el general, cada vez más rojo de vergüenza.

—Vaya, vaya. Wee Willie le está dando caña al general —dijo en voz baja, sonriendo—. ¡Ese cretino!

En ese momento los samuráis se abalanzaron hacia una tienda que comenzaba a incendiarse.

—¡Oh, Dios, esa es la tienda del shoya! —exclamó Tyrer y comenzó a correr en esa dirección, con McFay pegado a los talones.

Varios samuráis habían saltado a la galería para apagar las llamas, mientras otros iban a buscar agua a unos grandes toneles que servían para esas emergencias. Tyrer y McFay se hallaban ya frente a la tienda, y el fuego parecía estar controlado. Solo hicieron falta unos pocos cubos más para extinguir las últimas llamas. El fuego había dado cuenta de la mayor parte de la fachada. En el interior vieron al shoya acompañado de un ashigaru. Ambos se asomaron a la galería. El shoya se arrodilló e inclinó la cabeza, y el ashigaru lo imitó. Para mayor asombro de McFay no había ni rastro de Hiraga, el hombre que él y Tyrer solo conocían por el nombre de Nakama. Pero antes de que pudieran intervenir, el oficial samurái comenzó a interrogar al shoya y al viejo soldado.

—¿Cómo se inició el fuego?

—Un extranjero arrojó una flecha incendiaria contra la pared, señor.

—¡Mierda! Te tendremos que tomar declaración y habrás de explicar la causa de este jaleo. Mañana sin falta, shoya.

—Sí, señor.

—¿Dónde está el otro hombre? —preguntó el oficial, inspeccionando el interior de la tienda.

—¿Cómo ha dicho, señor?

—El otro, el japonés que se refugió aquí perseguido por los gai-jin. ¡Venga, contesta!

El ashigaru hizo una cortés reverencia.

—Cuánto lo siento, señor, aquí no había nadie más que nosotros.

—¡Mientes! Lo vi entrar aquí con estos ojos. ¡Llevaba espadas! —Y, girándose hacia sus hombres, preguntó—: ¿Quién más lo vio?

Todos lo miraron asustados, pero nadie respondió.

—Todos vosotros, ¡registrad la tienda!

El registro solo permitió descubrir a la familia y a los criados del shoya ocultos en la trastienda, arrodillados y haciendo reverencias sin parar. A las preguntas del oficial negaron haber visto a nadie esconderse allí. Tras un momento de silencio, Tyrer y McFay vieron que el oficial de repente perdía la calma.

Estoicamente el ashigaru y todos los soldados le prestaron atención en posición de firmes, rígidos; los pobladores, en cambio, se quedaron de rodillas y con las cabezas pegadas al suelo, temblando. Sin previo aviso el oficial se acercó al ashigaru y le propinó una sonora bofetada. El hombre se mantuvo lo más impasible que pudo bajo la retahíla de golpes y de insultos. A una orden del oficial, el shoya se puso de pie mientras aquel, frenético, le golpeaba cruelmente.

Cuando los golpes cesaron, tan repentinamente como habían comenzado, los dos hombres hicieron una profunda reverencia y volvieron a arrodillarse, y el oficial les devolvió el saludo. Su enfado parecía haber desaparecido. Hizo formar nuevamente a sus hombres y los condujo hacia la puerta del norte, como si nada hubiera ocurrido. Tyrer y McFay se quedaron mirándolos, estupefactos. Tras unos minutos, cuando lo creyó oportuno, el shoya se incorporó, indicó a las mujeres y los niños que volvieran a la casa y comenzó a supervisar la reparación de la pared destruida por el fuego. La calle recuperó su ritmo habitual.

—¿A qué se ha debido todo esto, Tyrer? —preguntó McFay.

—No lo sé —respondió, conmocionado por la brutalidad del oficial y la pasividad de los hombres castigados—. Apenas pude entender algunas palabras sueltas, creo que tiene algo que ver con Nakama. Todos parecían negar que se había refugiado aquí.

—Eso es imposible. Me consta que estaba dentro de esa choza. Lo vi con mis propios ojos. Además, ¿por qué aceptar los golpes de ese bastardo? Es un lunático. Y míralos ahora, actúan como si no hubiera pasado nada. ¿Por qué?

—No lo sé, tal vez Nakama pueda explicármelo. Te diré una cosa, Jamie, no me gustaría estar en su lugar, y mucho menos estar a las órdenes de un japonés. ¡Que me aspen si alguna vez digo lo contrario!

—Hola, Ángel, ¿cómo te encuentras?

—Hola, querido. Mucho mejor, gracias —Angélique sonrió y Malcolm entró y cerró la puerta. El último sol de la tarde iluminaba la habitación de Angélique en la legación francesa, protegida ahora las veinticuatro horas por un guardia.

A primeras horas de la mañana, cuando Struan acudió a su lado, ella se había resistido a sus insistentes ruegos para que regresara a su casa, con bastante dominio de sí misma, pues debía permanecer en la legación hasta que Poncin le consiguiera el medicamento que la liberaría de su mal. «No, no es el mal, y sin embargo es hijo de él —había querido gritar—; André me va a librar del mal que llevo encima y del mal que he causado».

—Oh, *mon Dieu*, Malcolm, estoy bien aquí y no quiero mudarme otra vez.

—Por favor, no llores, querida. Por favor.

—Entonces, deja que me quede aquí. Estoy bien, te lo prometo, Malcolm. No tienes nada de qué preocuparte, el doctor Babcott ya me ha dado algo que me quitará estos temblores, ¿no es verdad, doctor?

—Así es, Malcolm —dijo Babcott— y, por favor, no te preocupes. No hay nada que temer. De momento creo que sería mejor que siguiera aquí. Te repito, no debes preocuparte.

—¡Es que a mí sí me preocupa la salud de Angélique!

—Quizá esta noche pueda regresar…

—No —murmuró Angélique, sollozando—, esta noche no, quizá mañana.

«Gracias a Dios por estas lágrimas —pensó otra vez al ver a Malcolm abalanzarse junto a la cama—; las lágrimas son un arma que el cielo nos otorga para enfrentarnos a los hombres, y aunque ellos creen que son un reflejo de nuestra debilidad, en realidad son un poderoso escudo protector». Le gustó la sonrisa que le dedicó Malcolm, pero eso no le impidió observar las profundas ojeras y la extraña mirada, teñida de cansancio.

—Hace rato que he llegado pero como vi que dormías no quise molestarte.

Malcolm se sentó junto a la cama y le contó los incidentes del día y la manera en que sir William había puesto fin a los disturbios.

—Creo que sir William es un hombre estupendo en muchos aspectos —le dijo, si bien podía añadir «no en todos». Tanto Norbert como él sabían ya que sir William quería verlos a la mañana siguiente en su despacho. Después de que Tyrer les comunicara la citación, ambos se reunieron inmediatamente en privado.

—No son asuntos que puedan interesarle a sir William —asintió Greyforth—. Es mejor que se concentre en los japoneses, y en que la flota regrese a salvo. Dime, ¿es verdad que has identificado al intruso como uno de los asesinos del viejo Canterbury, el del Tokaidō?

—No, no es cierto. Para mí se trata de otro hombre, aunque es verdad que tenía una herida en el hombro. Hoag dijo que era el mismo hombre que había operado en Kanagawa.

—¿Qué hacía ese tipo junto a la ventana de Angélique?

—No lo sé, todo es tan extraño. Además, era católico…

Struan percibió que Angélique estaba esperando que continuara y se preguntó si era necesario sacar el tema a relucir en ese momento, hablar sobre las causas de la visita nocturna de ese hombre, comunicarle sus impresiones y pedirle las suyas; al ver el aspecto tan indefenso de Angélique decidió no hacerlo y esperar una ocasión mejor. «Después de todo, ese malparido ya está muerto, fuera quien fuese, y no hay que darle más vueltas».

—Cuando regrese después de la cena te traeré el último *Illustrated London News*; creo que hay un artículo importante sobre la última moda londinense…

Angélique apenas le escuchaba; el reloj de la chimenea marcaba los minutos con un delicado tictac. André le había dicho que regresaría del Yoshiwara alrededor de las nueve de la noche, que tuviera listo té verde bien caliente y algo dulce para comer, pues era posible que la pócima no supiera muy bien. También era conveniente proveerse de algunas toallas y no tomar las tabletas sedantes que le había recetado Babcott.

Miró el reloj: las 6.46. «Es tan larga la espera», pensó, a medida que su ansiedad aumentaba. Fue entonces que las voces interiores comenzaron a hablarle otra vez. «No te preocupes —le susurraron—, las horas pasarán rápidamente y luego estarás libre. No olvides que has triunfado, Angélique; no olvides lo valiente y lo lista que eres, lo has hecho todo a la perfección; no debes preocuparte por nada, tú vives y él está muerto, y esa era la única manera en que tú (o cualquier mujer) podía seguir viviendo; pronto volverás a ser libre, de él, de eso, y todo lo que ha ocurrido solo será un mal sueño…».

«Oh, sí, volveré a ser libre, gracias, Dios, gracias».

Aliviada por el efecto del coro interior, le sonrió.

—¡Qué guapo estás, Malcolm! ¡Ese traje te queda perfecto!

—Oh, Ángel, si no fuera por ti, creo que explotaría.

—Gracias, querido. ¿Explotar? ¿Y por qué explotarías tú?

—Oh, esos malditos negocios —le dijo, con tono casual, evitando hablar de lo que en realidad le preocupaba.

El día anterior había llegado una carta abiertamente hostil del Victoria Bank, el banco central de Hong Kong, dominado por los Brock, una copia de la cual había sido enviada a su madre con las señas «Gerente General de la compañía Struan». En cambio, el encabezamiento de su copia era sencillamente «M. Struan, Esq., Yokohama. Solo para información».

> «Señora:
>
> »La presente es solo para recordarle a la compañía Struan que tiene deudas pendientes y demasiadas letras avaladas con activos dudosos y beneficios aún por realizar. La mayoría de dichos documentos vence el 31 de enero. Por lo tanto, cumplimos en informarle que el Banco espera la puntual cancelación de los mismos.
>
> *Su Seguro Servidor*».

«Que se vayan al diablo esos bastardos —pensó Struan—, ya encontraré una forma de joderlos, a ellos y a todos los Brock. Matar a Norbert será un buen comienzo. Nuestros directores y nuestro personal son excelentes, nuestra flota sigue siendo la mejor y los capitanes se mantienen fieles a Struan».

—No me importan los Brock ni todos los rumores que circulan por ahí, Angélique. Sé hacerles frente.

—*Je t'aime*, de verdad, te quiero. Sé que tengo un carácter muy difícil, Malcolm, pero te prometo que seré una esposa maravillo…

Malcolm se acercó a la cama y la interrumpió con un beso. A ella le resultaba agradable —¡y tan masculino!— el sabor a tabaco en sus labios. Sintió que Malcolm apoyaba una mano en sus pechos, mientras la besaba con fuerza y ella descubría bajo el tabaco un leve rastro de coñac. Justo lo contrario del otro.

«Olvídalo», le susurraron las voces.

«No puedo, aún no puedo olvidarlo».

Al inclinarse así sobre el lecho de Angélique Malcolm sintió un doloroso tirón en la espalda y en los músculos abdominales; se incorporó con gran esfuerzo, aunque en ese momento deseara poseerla, si ella le daba el consentimiento, pese al dolor.

—Cuanto antes nos casemos, mejor —dijo Struan, que había notado cómo respondían los labios y los pechos y todo el cuerpo de Angélique.

—Oh sí, por favor, sí.

—Para Navidad, querida. Solo falta un mes.

—¿Crees que…? Ven aquí, siéntate, cariño y descansa un momento. Dime, ¿cuándo crees que… volveremos a Hong Kong?

—No lo he decidido aún. —Gran parte de su buen humor se desvaneció ante la sola idea de tener que enfrentarse otra vez a su madre.

—Tal vez debamos volver la semana próxima y…

—No hasta que me encuentre bien.

«Y haya dejado de tomar el calmante —pensó—, entonces podré plantarles cara, a ella y a Brock y al maldito banco». Antes de ir a visitar a Angélique había tomado la segunda dosis del día, horas antes de lo habitual.

«Tomaré una más antes de dormir, y mañana me levantaré como nuevo. A partir de ahora solo tomaré una dosis al día. No he podido empezar hoy… lo que ocurrió anoche y el problema con Norbert y… bueno, ayer fue un día especialmente horrible».

—No te atormentes pensando en el momento de volver, Ángel.

—Pero es que estoy tan preocupada por ti, Malcolm. Nunca he querido interferir en nada, pero te aseguro que estoy muy preocupada. Y hay algo que creo que debo decirte —prosiguió, midiendo sus palabras—; es sobre el problema entre tú y Jamie, creo que…

Malcolm la detuvo con una sonrisa.

—Oh, eso ya está arreglado, querida. Esa es la buena noticia del día. Esta tarde he enviado a buscarle y Jamie se disculpó por lo

ocurrido, incluso volvió a darme su palabra de que me apoyaría en todo, en todo.

—Oh, Malcolm, es maravilloso, estoy tan contenta.

Esa tarde Jamie McFay había solicitado verle a solas.

—Lamento molestarle, pero quería aclarar esta situación y hacer las paces. También quiero, por última vez, tratar de disuadirlo de la idea del duelo. Estoy seguro de que Norbert intentará matarle.

—Lo siento, Jamie, pero no es asunto suyo. Y le aseguro que yo también intentaré matarlo. De todos modos, estoy de acuerdo en hacer las paces, para siempre, eso sí que me parece una buena idea. Jamie, ¿va a respetarme y obedecerme en mi calidad de tai-pan? ¿Promete no olvidar nunca su juramento?

—Sí, obedeceré al tai-pan como he jurado que haría.

—Bien, después de la cita de mañana con sir William, pregúntele con discreción a Norbert si el miércoles que viene le parece una fecha adecuada. Sí, Jamie, sé que ese día Norbert cumple años. Nos batiremos junto al hipódromo, detrás de las gradas, a primera hora. Y guarde usted todo en el más absoluto secreto, no se lo diga ni siquiera a Dmitri.

—Si mata a Greyforth, tai-pan, tendrá que abandonar Japón de inmediato.

—Ya he pensado en esa posibilidad. Nuestro clíper *Storming Cloud* estará para entonces llegando a puerto. Tomaremos ese barco con destino a Hong Kong. Allí podré, creo, arreglar las cosas, pase lo que pase.

—Detesto todo este asunto.

—Eso a mí no me interesa. Recuerde lo que ha jurado. ¿Me será fiel?

—Sí.

—Gracias, Jamie. Entonces, ¿amigos?

—Malcolm, ¿me das permiso para que le escriba a tu madre? —preguntó Angélique, que sabía que ya era hora de hacer frente al enemigo.

André le había advertido que el poder de Tess Struan en la compañía era enorme, igual que su influencia sobre Malcolm y sus hermanos, y se ocupó de recordarle que Malcolm seguía siendo menor de edad, por lo cual sin el consentimiento de la madre la boda no podría celebrarse hasta al cabo de seis meses; de todos modos, si ella no daba el visto bueno podía no celebrarse nunca. «Como si necesitara recordármelo», pensó.

—Quisiera recordarle a tu madre que cuenta con todo mi afecto y que prometo ser la nuera más digna del mundo.

A Malcolm le pareció una brillante idea.

—¡Excelente idea! También yo le escribiré y enviaremos las dos cartas el mismo día. No hay mujer más astuta que tú, Angélique. Sé que mi madre llegará a quererte como yo te quiero.

Hiraga le dijo otra vez:

—Cuando gai-jin marchar, shoya decir que escapar rápido, shoya mucho miedo de samurái, mucho.

—No me cabe ninguna duda —dijo Tyrer, sentado frente a Hiraga. Era de noche y las ventanas estaban abiertas, aunque no era el frío la razón por la que Hiraga temblaba. Antes de escapar por el callejón le había dicho al shoya:

—Sabéis lo que ocurrirá si me atrapan aquí. Es mejor que no digáis nada. Recibiréis unas cuantas bofetadas y todo se olvidará rápidamente. Eso es mucho mejor que la cárcel, pues dudo que podáis soportarla, y tampoco le sentará muy bien a vuestra familia. *Sonno-joi!*

Tyrer insistió:

—De todos modos, no entiendo por qué el oficial se comportó tan rudamente y acto seguido de la manera más normal, como si nada hubiera ocurrido.

—Muy sencillo, Taira-san. Capitán saber ashigaru mentir… no decir verdad, ni tampoco shoya, por eso pegar, así sarvar

apariencias, va contra ley no decir verdad a samurái. Por eso castigar, y todos contentos, no más probremas.

—Para ellos tal vez, pero nosotros tenemos montones de problemas. Sir William está muy disgustado por todo lo sucedido, y también contigo.

—Yo no probremas, no atacar, hombres atacarme.

—Lo siento, Nakama, pero no se trata de eso. Sir William piensa que eres una complicación innecesaria; lo siento, pero tiene razón. Las autoridades no tardarán en enterarse de tu presencia aquí, si es que no lo saben ya. Nos pedirán que te entreguemos y no podremos hacer nada. Tendremos que obedecer.

—No comprender, ¿por favor?

Tyrer intentó hacérselo entender con palabras sencillas, y añadió:

—Sir William me ha pedido que te diga que es mejor que desaparezcas mientras puedas.

A Hiraga casi se le detuvo el corazón. Desde que había escapado de la trampa en el pueblo intentaba frenéticamente hallar una manera de evitar las seguras consecuencias de los disturbios y mantenerse escondido, pues el oficial samurái tarde o temprano descubriría que un shishi andaba suelto por la colonia. No se le había ocurrido ninguna solución, salvo permanecer oculto en la legación. Intentar la huida en esos momentos era todavía más peligroso. Los samuráis reforzarían la vigilancia, y si descubrían que él era Hiraga…

—Tengo una idea, Taira-san —dijo en voz muy baja—. No bueno para mí marchar ahora, seguro morir. Querer ayudar amigos ingreses, querer ser ariado varioso. Sé cosas de daimio de Satsuma, secretos. Shoya dar mucha información. Puedo enseñar cómo hacer que Satsuma obedecer, quizá también Bakufu. Quiero ayudar. Preguntar jefe gai-jin; yo dar información para seguridad de gai-jin, gai-jin mantener a mí seguro, y amigos, *neh?*

Tyrer sopesó la oferta. Sir William seguramente aceptaría el trato, pero solo si se trataba de información realmente valiosa y si Hiraga consentía en someterse a un interrogatorio en su presencia. «Eso

significa… ¡oh, Dios mío, no puedo hacerlo! Tendré que confesarle a sir William que Hiraga habla inglés, y no puedo admitir que he estado ocultando un dato de tanta importancia. Sería el fin de mi carrera. No puedo arriesgarme, y menos ahora que sir William anda con un humor de perros. Es mejor que Nakama se marche antes de que peligre mi cabeza y este asunto se convierta en un incidente con repercusiones internacionales».

—Lo lamento —insistió Tyrer—, es imposible.

—Ah, cuánto lo siento, quizá otra manera —dijo Hiraga, convencido de que debía concederse más tiempo—. Tener mensaje de Fujiko, Taira-san, tú hacer fuerte impresión en tu querida amiga. Mama-san decir que Fujiko ayer comenzar enfermedad de mujer, enfermedad mes, no poder recibir uno, dos días.

Vio la desilusión dibujarse en el rostro de Tyrer, seguida de una mueca de resignación. Hiraga se sintió algo más relajado, y al mismo tiempo volvió a sorprenderse al ver que un hombre, no digamos ya un funcionario importante como Taira, fuera capaz de revelar sus sentimientos más íntimos tan abiertamente, sobre todo en presencia de un enemigo. «Estos bárbaros son algo increíble», pensó.

—Mira —le dijo, alcanzándole un abanico pintado con caracteres japoneses que él había preparado—. Mira, poema, Fujiko escribir: «Contar horas, muy triste. Horas pasan rápido cuando tu sol brilla, después no triste, no tiempo».

Hiraga, satisfecho con las palabras que él había escogido pero no de la defectuosa caligrafía de Fujiko, observó que Tyrer cogía el abanico como si fuera un objeto sagrado. «Sin embargo, parece que le ha producido el efecto deseado», pensó.

—Sobre jefe gai-jin, tener plan, pero decir, Taira-san, encuentro con shōgun, ¿bueno?

Akimoto estalló en risas tan contagiosas que Hiraga no pudo reprimirse.

—Eeeh, Hiraga-san, sí, muy hábil de tu parte manipular al gai-jin de esa manera. ¡Brillante! ¡Sake, traed más sake!

—Taira acabó por morder el anzuelo, así que fuimos a ver al gran jefe y le dije que yo hablaba un poco de inglés pero no se lo había confiado a Taira, y que lo había aprendido con los holandeses en Deshima…

—Eso sí que es verdad —corroboró Akimoto y volvió a llenar las tazas. Había ido a la misma escuela para samuráis Choshu en Shimonoseki, pero no había sido seleccionado para las clases de idioma; en cambio, le habían ordenado que se especializara en asuntos navales occidentales y había tenido por maestro a un capitán holandés retirado—. ¿Por qué no habré aprendido holandés o inglés? *Baka!* ¿Qué dijo el jefe de los gai-jin?

—No demasiado. Taira fingió estar realmente sorprendido, como habíamos convenido. No me fue difícil distraerlo con algunas informaciones sin importancia sobre Satsuma, Sanjiro y su fortaleza de Kagoshima y cosas por el estilo —continuó Hiraga. En realidad, la reunión no había sido tan sencilla. El interrogatorio fue agotador y no le fue fácil convencer a sir William de que su sinceridad era auténtica. Ansioso por obtener el permiso para quedarse, había dicho más de lo que hubiera deseado, tanto sobre la situación política de los señores de Satsuma y Tosa como acerca de su propio feudo de Choshu, y también acerca de los shishi.

—Se quedará en la legación esta noche, con Mr. Tyrer —había dicho sir William—. Solo podrá salir con su permiso o con el mío. En la calle deberá tener mucho cuidado de no molestar a nadie de los nuestros. Obedecerá sin hacer preguntas o lo entregaremos en la puerta del norte sin más miramientos.

Hiraga tuvo que fingir otra vez obediencia, y dar las gracias, pero en su interior los modales de ese hombre lo indignaban y lo determinaban más que nunca a continuar con el plan de Ori de incendiar la colonia, en el momento que él así lo decidiera. «Que todos los dioses, si existen, maldigan a los gai-jin».

A muy pocos metros de allí, Raiko estaba a punto de terminar de vestirse y maquillarse en sus aposentos.

«Caramba —pensó, contenta—, el kami y los dioses que protegen a las mama-san estuvieron conmigo aquel día. Un buen golpe, sí, una buena ganancia, incluso una vez deducida la parte de Furansu-san. El precio que pagó por la medicina, en comparación, era una miseria». Sonrió para sí. En efecto, la medicina no valía mucho, pero sí sus conocimientos: la planta de la cual se extraía, dónde se cultivaba, la estación correcta para cosecharla y la manera de preparar la infusión.

—La princesa gai-jin es una maravillosa inversión a largo plazo —murmuró satisfecha al mirarse, ya vestida, en la luna del único espejo moderno en todo el Yoshiwara, regalo de un cliente e importado de Inglaterra especialmente para ella. Una pequeña arruga se dibujó en su frente al recordarlo: Kanterberri, el gai-jin asesinado en el Tokaidō por Ori y Shorin. «¡Esos cretinos! Era un buen cliente, que supo apreciar mis servicios a la hora de escoger la amante perfecta para él, Akiko, la que ahora se llama Fujiko. Es muy conveniente para nosotras que los clientes gai-jin raramente compartan sus mujeres, que prefieran fornicar en secreto con una sola mujer, sobre todo en nuestro Mundo Flotante, que en gran medida depende de la discreción.

»Al no ser Taira muy espabilado, a Akiko la transformamos en Fujiko: nueva vida, nuevo nombre y nuevo amante, y todo el mundo contento».

—Señora, el gai-jin Furansu-san está aquí.

—Bien. —Raiko se aseguró de que el medicamento estuviera bien preparado. Hizo pasar a André tras hacerle esperar el tiempo que ella consideraba necesario—. Ah, Furansu-san, bienvenido a mi humilde casa.

Tras servir dos tazas del mejor sake, brindó con él.

—Tienes muy buen aspecto.

—¡Salud! ¡Diez mil veranos! —respondió André cortésmente.

Conversaron acerca del tiempo y de la marcha de los negocios y luego fueron al grano.

—Los pendientes que elegiste fueron mejor de lo que yo pensaba, la parte que te corresponde es un poco más del doble de lo que me pediste.

—Jesús, ¿tanto?

—Sí. —Sirvió más sake—. Mi banco, el Gyokoyama, encontró un cliente, un mercader chino de Shanghái que comercia con opio y seda y que se hallaba de paso en Kanagawa. Dijo que estaba dispuesto a comprar todas las baratijas que yo pudiera conseguir.

André sonrió y, antes de apurar la taza, volvió a brindar.

—¡Por más baratijas!

—Hay una muchacha que quiero presentarte.

—¿Presentarme? ¿Cuándo? —preguntó André, con el corazón encogido.

—Furansu-san, viejo amigo —dijo—. Te arreglaré una cita con esa dama.

André se sintió de pronto muy cansado y trató de ocultarlo.

—Gracias, Raiko.

—Será dentro de pocos días. Y ahora, hablemos del medicamento. —Cogió el paquete que había guardado debajo de la mesa, cuidadosamente envuelto en seda como si se tratara de un valioso regalo—. Escucha con atención —Raiko le recordó una por una las instrucciones y se las hizo repetir hasta que estuvo segura de que André había entendido.

—Raiko-san, dime la verdad. ¿Medicina peligrosa? ¿Sí, no?

—¿La verdad? ¿Acaso no te fías de mí? Soy Raiko, de las Tres Carpas. ¿Acaso no te lo he dicho ya? Por supuesto que podría ser peligrosa. Por supuesto que no es peligrosa. Lo que le ocurre a tu amiga es algo muy normal entre las muchachas. No suele haber problemas. Tu princesa es joven y fuerte y, por lo tanto, no deberían surgir inconvenientes.

—¿Princesa? Entonces, ¿sabes para quién es?

—No me ha sido difícil adivinarlo. ¿Cuántas mujeres hay en la colonia a las que tú pudieras prestarles esta ayuda tan especial? No te preocupes, viejo amigo. Jamás revelo un secreto.

Tras una pausa, André preguntó:

—¿Qué problemas pueden surgir?

—Dolor de estómago y que la medicina no haga efecto, puede llegar a sentirse muy enferma. En ese caso tendremos que probar otra vez, con un preparado más fuerte. Si eso no funciona, entonces, hay otra manera de…

—¿Qué?

—Ya hablaremos de eso si es necesario. Con esto debería ser suficiente —le dijo Raiko, señalando, confiada, el paquete envuelto en seda.

XXVIII

—¿Ha entendido, Angélique?

—Sí, André —respondió, con los ojos fijos en el paquete envuelto en seda. Allí, sobre el escritorio, estaba su salvación. Hablaban en voz baja, aunque la puerta del despacho, cerrada, los protegía contra oídos curiosos.

Eran las diez de la noche.

André volvió a mirarla, intranquilo.

—La mama-san me dijo que sería mejor que por la noche estuviera acompañada, tal vez la doncella…

—Es imposible, André, no puedo confiar en Ah Soh, no puedo confiar en nadie. ¿No se lo dijo usted?

—Sí, pero ella insistió.

Del otro lado del pasillo podían oír las risas de los hombres sentados a la mesa que ella acababa de dejar —Seratard, Vervene y otros oficiales franceses— con la excusa de que se sentía cansada y por eso deseaba retirarse pronto. Al dirigirse a su habitación encontró a André en su despacho, como ambos lo habían planeado.

—Es mejor que comprobemos si todo está en orden.

André no hizo ningún gesto de abrir el paquete.

—Entonces, si Ah Soh no está aquí para ayudarla… ¿quién se encargará de deshacerse de los frascos y de las hierbas? No puede dejarlas por ahí. ¿Y quién se encargará de limpiar?

Por un momento Angélique se sintió confusa; no había tenido en cuenta esa complicación.

—No necesitaré ayuda, no habrá nada que limpiar, salvo las toallas… y ocultar los frascos y las hierbas. No puedo confiar en Ah

Soh. Le ruego que me entienda, André. Solo confío en usted.

Ansiosa por comenzar el tratamiento y acabar cuanto antes, Angélique descartó una tras otra todas las demás objeciones de Poncin.

—No se preocupe, cerraré bien la puerta y le diré a Ah Soh que no me moleste. A más tardar al amanecer todo habrá terminado, ¿no es así?

—Dios quiera que así sea, Angélique. Al menos eso es lo que la mama-san me dijo. Pero sigo pensando que debe arriesgarse a contar con la compañía de Ah Soh.

—Veo que no me comprende, André. ¿No se da cuenta de que solo puedo fiarme de usted? Llame a la puerta mañana por la mañana, primero tres golpes, luego haga una pausa y vuelva a golpear, solo una vez. No abriré a nadie más.

Abrió el paquete con impaciencia. Dos pequeños frascos con tapón de corcho y un manojo de hierbas.

—Me tomaré una botella de golpe y después…

—*Mon Dieu*, así no. Tiene que hacerlo en orden, Angélique. Primero ha de preparar una infusión con las hierbas y después beber primero una botella, rápido. No se ha de sorprender si sabe mal, beba té verde con miel para quitarse el sabor, o coma algún dulce.

—Tengo algunos bombones suizos que me regaló Mr. Erlicher. ¿Le parece que servirán?

—Perfecto. —André se secó el sudor con un pañuelo, agobiado por su propia imaginación que le auguraba todo tipo de sucesos desagradables—. Cuando la infusión esté tibia, digamos, después de una media hora, beba la mitad y relájese. Debe tratar de dormir.

—¿Qué pasará entonces? ¿Sentiré algo?

—No, ya le he dicho que no. La mama-san me aseguró que por lo general no ocurre nada hasta después de unas horas. Solo sentirá algo parecido a un dolor de estómago.

Cuanto más hablaba, menos le gustaba haberse mezclado en el asunto. ¿Y si las cosas no salían bien? «*Mon Dieu*, espero que no

haya una segunda vez», pensó, intentando alejar de sí los malos presagios.

—Será solamente como un dolor de estómago —repitió, sin dejar de sudar—. Ese es el comienzo, Angélique. Se lo repetiré otra vez: beba el contenido del primer frasco, luego solo la mitad de la infusión, recuerde que tiene que hacerlo todo en ese orden. Después relájese y trate de dormir. Cuanto más relajada esté, más fácil será todo. Cuando empiecen los retortijones beba el líquido del otro frasco, un poco de miel o algún dulce y el resto de la infusión, bébala a pequeños sorbos, no de golpe. Los dolores aumentarán y entonces debería empezar a…, la mama-san dijo que sería como una regla dolorosa y abundante, así que tenga preparada algunas toallas. Hace calor esta noche, ¿verdad?

—No, hace frío, y no hay necesidad de ponerse nervioso.

Angélique quitó el tapón de una de las botellas y olió el líquido.

—Huele peor que un urinario público en París en pleno agosto.

—¿Está segura de que se acordará de todo?

—Sí, sí, no se preocupe, yo…

Unos golpes en la puerta los sorprendieron. A toda prisa Angélique ocultó en su bolso los frascos y el manojo de hierbas.

—Pase —dijo André.

Era el doctor Babcott.

—Ah, Angélique, la criada me dijo que la encontraría aquí. Pasaba para ver si tenía la suerte de conversar con usted un momento. Buenas noches, André.

—Buenas noches, monsieur.

—Ah, doctor, la verdad es que estoy muy bien aquí —dijo sin lograr disimular por completo la inquietud que le provocaba la inesperada visita.

—Solo quería tomarle la temperatura y el pulso, y ver si necesita algún sedante. Siempre es mejor prevenir.

Cuando Angélique comenzó a protestar, el doctor añadió con voz firme y amable a la vez:

—Es mejor asegurarse, apenas tardaré un minuto.

—Si no hay más remedio…

Dio las buenas noches a André y se dirigió con Babcott a su habitación. Ah Soh la esperaba en el vestidor.

—Ah Soh, por favor, déjanos solos y no regreses hasta que te llame —dijo Babcott cortésmente en cantonés.

—Como usted diga, honorable doctor —respondió la criada y se marchó.

Babcott le tomó el pulso con suavidad.

—Los médicos chinos creen que hay siete niveles de latidos del corazón, o pulsaciones. Dicen que pueden sentirlas auscultando cada vez más profundamente. Ese es el principal método de diagnóstico.

—¿Y qué le dicen mis siete corazones? —preguntó Angélique, impulsiva, disfrutando la calidez de esas manos expertas; a pesar del odio que sentía por Babcott, le habría gustado poder confiar en él. Nunca había sentido el contacto de otras manos como esas, ni las agradables sensaciones que parecían brotar de él para tranquilizarla.

—Nada que no sea buena salud —respondió, preguntándose si había algo de verdad en la teoría de los siete niveles de pulsaciones. En los años pasados en Asia había sido testigo de que los médicos chinos eran capaces de acertados diagnósticos y curas casi milagrosas, si bien al mismo tiempo creían en un montón de disparates y supersticiones. El mundo era extraño, pero la gente lo era aún más.

—Entonces, ¿por qué se le ve tan preocupado?

Babcott vaciló un instante antes de sacar del bolsillo un trozo de papel de seda que envolvía la cruz de oro de Angélique.

—Si no me equivoco, esto es suyo.

Angélique se quedó petrificada, los labios secos, la lengua paralizada; sin embargo consiguió articular confusamente:

—Yo, sí, sí…, había perdido una cruz así. ¿Está seguro de que es la mía? ¿Dónde la ha encontrado?

—En el cuello del presunto intruso.

—¿En… en el cuello de…? ¡Qué extraño! —se oyó decir, viéndose a sí misma como si fuera otra persona, esforzándose por mantenerse

serena y aducir alguna razón plausible aun cuando lo que más deseaba era estallar en un grito—. ¿En el cuello?

—Sí, yo mismo se la quité. Pero no pensé nada especial entonces, creí que se trataba de un japonés convertido al catolicismo. Después, por casualidad, vi la inscripción, apenas si puede leerse. Tengo mejor vista que Hoag. «Angélique, de su madre. 1844».

—Pobre mamá, murió en el parto de mi hermano cuatro años después.

Angélique cogió el crucifijo y lo examinó a la débil luz de la lámpara de aceite, incapaz de leer la dedicatoria grabada en una letra diminuta, maldiciendo que esa dedicatoria hubiera posibilitado que la descubrieran. Entonces su instinto volvió a actuar y dijo:

—La perdí, al menos así lo creía, en Kanagawa, quizá en el Tokaidō, la noche en que fui a ver a Malcolm, ¿se acuerda?

—Sí, claro, una noche difícil de olvidar, como el día que la procedió. Creo que debe conservarla, Angélique.

—Sí, sí, gracias. Me hace muy feliz haberla recuperado, de veras. Pero por favor, siéntese. No se marche todavía. ¿Quién era ese hombre? ¿Cómo es posible que haya encontrado la cruz? ¿Dónde pudo haberla encontrado?

—No lo sabremos nunca, no por ahora al menos. ¿Le ha dicho Malcolm que creemos que es uno de los asesinos del Tokaidō, pese a que ni él ni Phillip son capaces de asegurarlo?

Pese al espanto que le producía la sola idea de caer en una nueva trampa, sintió un abrumador impulso de reír histéricamente. «*Mon Dieu*, si ni siquiera sé su nombre —pensó—. Debo de estar volviéndome loca. ¿Cómo es posible que piense en cosas como esa?».

—¿Sabe usted quién era, doctor Babcott?

—No, nadie lo sabe todavía. El rey de Satsuma podría decirnos su nombre ahora que está muerto, pero sería probablemente un nombre falso. Son tan mentirosos… Bueno, eso tampoco es cierto, lo que ocurre es que lo que nosotros llamamos mentira parece ser un

modo de vida entre los japoneses. Es probable que haya encontrado la cruz en Kanagawa. ¿Recuerda con exactitud cuándo se dio cuenta de haberla perdido?

—No, no me acuerdo. No me di cuenta hasta que llegué aquí.

Al descubrir en los ojos de Babcott un brillo inquisidor, pensó que tal vez el pulso le había revelado al médico su estado de ánimo real.

—Bueno, por suerte ha aparecido. No sé como darle las gracias. Pero ¿por qué razón se la pondría en lugar de venderla? Eso es lo que no entiendo.

—Estoy de acuerdo con usted. Es muy extraño.

El silencio se hizo más profundo.

—¿Y qué opina el doctor Hoag?

Babcott la miró pero ella no logró adivinar los pensamientos ocultos en esa mirada.

—No se lo he preguntado, ni tampoco he intercambiado opiniones con él ni con Malcolm. Hoag es el médico de Struan, quiero decir, que es Tess Struan la que le da de comer. No sé por qué, pero me ha parecido que antes debía hablar con usted.

Otra vez un profundo silencio. Angélique desvió la mirada. No lograba confiar en él, aunque lo deseaba. Quería confiar en alguien más aparte de André. Ya era bastante malo que él lo supiera. Tenía que seguir con su plan; estaba sola y tenía que salvarse sola.

—Tal vez… —dijo—, no, seguro que encontró la cruz en Kanagawa, debe de haberme visto allí y a lo mejor… a lo mejor la conservó como un recuerdo… realmente no lo sé.

—Obviamente para hacerle algún daño, para poseerla de un modo o de otro, para matarla tal vez. Lo lamento, pero me temo que esa es la verdad. Al principio pensé, como los demás, que se trataba de uno de esos bandidos que se hacen llamar ronin, pero la cruz me hizo cambiar de idea, en el momento en que descubrí que era suya… Debe de ser como usted dice, ese hombre la vio en el Tokaidō, él y el otro siguieron a Malcolm y a Tyrer hasta Kanagawa para acabar con ellos, acaso para evitar que los identificaran. Fue entonces cuando volvió a verla, encontró la cruz y la guardó porque era de

usted, Angélique. Después la siguió hasta aquí y trató de entrar en su habitación para… poseerla; lo siento, pero es así, Angélique, para poseerla pasara lo que pasara. No olvide que para un hombre así no debe ser difícil obsesionarse por una persona como usted.

El tono en que pronunció esas palabras dejaron más claro que nunca que también él era víctima de su hechizo. «Mejor, mucho mejor, y tanto mejor que se haya creído mi historia», pensó Angélique, aliviada al ver que ya podía descartar otro peligro. Recordó en ese momento los frascos y las hierbas que tenía en el bolso y pensó en el día siguiente, cuando ya nada le impediría comenzar su nueva vida, ese futuro maravilloso que la estaba esperando.

—Los japoneses son una gente muy rara. Diferente. Pero sobre todo en un aspecto: no temen a la muerte. Incluso parecen buscarla. Ha tenido mucha suerte, Angélique. Bueno, ya es hora de que la deje descansar.

—Sí, y gracias otra vez. ¿Se lo dirá a Malcolm y al doctor Hoag?

—Prefiero que a Malcolm se lo cuente usted. —Babcott pensó por un segundo en pedirle ayuda para tratar la adicción de Struan al opio, pero decidió que no era algo urgente y que, de cualquier modo, era responsabilidad suya y no de Angélique—. En cuanto a Hoag, creo que es mejor que no lo sepa. Después de todo, no es asunto suyo ni de los cotillas y bocazas de Yokohama.

Los primeros retortijones la despertaron de un mal sueño en que se veía rodeada de demonios y mujeres cargadas de hijos y hombres con cuernos que la apartaban de Tess Struan, que vigilaba atentamente a Malcolm. Los dolores no cesaron y terminaron por devolverla a la realidad; así fue como tomó conciencia de lo que le ocurría.

La sensación de alivio que le produjo saber que el medicamento le comenzaba a hacer efecto le hizo olvidar las horas de ansiedad, esa eternidad que había transcurrido hasta que consiguió dormirse.

Pasaban unos minutos de las cuatro. La última vez que había mirado el reloj eran casi las dos y media.

Con manos temblorosas abrió la segunda botella. El desagradable sabor del preparado casi hizo que lo vomitara, pero consiguió contener las náuseas con una cucharada de miel, mientras sentía que todo en el estómago se le revolvía.

Trató de relajarse. Por momentos se sentía envuelta en gruesas capas de sudor. Cuando el sudor cesaba se quedaba como flotando, empapada y sin poder apenas respirar.

Esperó. Nada, igual que antes. Solo un sabor asqueroso, la mezcla de bilis y miel.

—Oh, Virgen Santa, haz que funcione, haz que funcione —murmuró entre lágrimas.

La espera se le hacía inacabable. Nada. Los minutos pasaban y pasaban.

Entonces, un repentino dolor, distinto de los anteriores, la hizo doblarse en dos. Un dolor continuo, insoportable. Se acordó de que aún tenía que beber el resto de la infusión. Consiguió sentarse y la bebió lentamente. Sabía mal, pero no tanto como el líquido.

—Gracias a Dios que ya no tengo que beber más de eso —murmuró. Otro sorbo, y tras cada sorbo, un ligero sabor a chocolate…

Los dolores se hicieron más fuertes, se repetían a intervalos cada vez más breves. «No te preocupes —se dijo a sí misma—, todo está ocurriendo como dijo André». Bebió la infusión hasta la última gota. El frasco de miel estaba ya casi vacío, y tampoco le quedaban bombones, aunque ya ni siquiera el chocolate lograba aplacar el regusto bilioso de la medicina. La corriente de aire que se filtraba por debajo de la puerta del vestidor hizo temblar la llama de la lámpara sobre la mesita de noche. Estoicamente se recostó y contempló las sombras que danzaban en las paredes, con las manos en el abdomen tratando de suavizar los espasmos, los súbitos dolores… y esos músculos que se tensaban y se aflojaban.

«Mira cómo bailan las sombras, Angélique, piensa en cosas agradables —murmuró—. ¿Qué es lo que ves?».

—Oh, *mon Dieu* —dijo cuando le sobrevino el primero de una serie de violentos espasmos. Para no gritar hubo de morder un trozo de la sábana; le aterrorizaba la idea de que un grito pudiera atraer a su puerta a todos los que a esa hora dormían o hacían guardia en la legación.

Luego empezó el frío, el sudor helado, y dolores aún más fuertes, veinte veces más fuertes que los del peor período.

—Me voy a morir…, me voy a morir —murmuró, mordiendo la sábana con los dientes, amortiguando los gritos que reprimía a cada temblor y a cada escalofrío que la atravesaba.

De repente no sintió nada más; los temblores cesaron, bruscamente, los escalofríos también. Al principio pensó que de verdad estaba muerta, pero pronto recuperó el sentido y vio que la habitación daba vueltas y vueltas a su alrededor y volvió a oír el tictac del reloj. Eran las 5.42.

Le costó horrores incorporarse, se sentía agotada. Su imagen reflejada en el espejo la asustó: pálida, con el cabello revuelto y empapado de sudor, los labios descoloridos… Se enjuagó la boca con un poco de té verde y escupió en el orinal que guardaba debajo de la cama. Hizo esfuerzos para quitarse el camisón y con una toalla húmeda se limpio la cara y el cuello lo mejor que pudo, luego se peinó y volvió a acostarse, exhausta. No fue hasta ese momento que descubrió la mancha roja en el camisón, arrojado descuidadamente sobre la alfombra.

Sangraba. Se colocó una toalla húmeda entre las piernas y todo su cuerpo, rendido, se hundió en la cama. Una brusca sensación de calor invadió sus miembros cansados. El flujo de sangre aumentó.

XXIX

Domingo, 9 de noviembre

—El ilustre Chen me dijo que te mantuviera informada sobre todo lo relativo al tai-pan, Hermana Mayor —dijo Ah Soh inquieta—. Anteanoche a Pubis Dorado le vino el período y…

—Ah, ahora ya entiendo por qué está guardando cama y no quiere ver a mi hijo —repuso Ah Tok. Estaban en su habitación, al final del pasillo, a salvo de oídos indiscretos—. Ayer mi hijo se pasó todo el día refunfuñando y esta mañana ha estado aún peor; creo que ya es hora de regresar a casa.

—Sí. Pero hay algo más; ella dice que es el período, pero yo sé exactamente cuándo le tiene que venir y creo que es prácticamente imposible. Suele ser muy regular, igual que cualquier virgen civilizada, aunque… —Ah Soh manoseaba el delantal, nerviosa—, aunque, ahora que me acuerdo, el último período fue muy escaso, casi como si no lo hubiera tenido.

—No me extraña que haya tenido una falta ni que haya perdido poco; seguro que las heridas de mi hijo y esos bárbaros viles y asesinos que nos rodean la han trastornado mucho. Es normal, Hermana Pequeña.

—Lo que no es tan normal es que ayer por la mañana, cuando fui a llevarle un té y agua caliente para el baño, tuve que llamar a la puerta varias veces antes de que se despertara y, al final, no me dejó entrar en la habitación; solo gritó: «¡Vete!» con esa voz tan vulgar que tiene, y luego… —Ah Soh bajó la voz—, pocos minutos después, Nariz Puntiaguda Grande, el francés, llamó a la puerta muy

bajito e hizo así. —Dio tres golpes, hizo una pausa, y luego volvió a golpear otra vez—. ¡Y ella le abrió enseguida!

Ah Tok parpadeó.

—¿Ah sí? ¿Al francés? ¿A él lo dejó entrar y a ti no? ¿Tú lo viste?

—Sí, pero él no me vio a mí.

—*Ayiiiyah!* Te felicito. ¡Continúa, Hermana Pequeña! —dijo Ah Tok, atenta a todo lo que le contaba.

—Se quedó unos minutos en la habitación y, después, salió con algo envuelto en una seda marrón, igual que un ladrón en medio de la noche. Pero no se dio cuenta de que yo lo estaba espiando. —Ah Soh hizo otra pausa; estaba encantada, como todos los chinos, de poder contar cotilleos y secretos—. Tampoco me vio cuando lo seguí.

—¡Por todos los dioses! ¿De verdad lo seguiste? —Ah Tok sirvió dos vasos de vino de Madeira—. Te deseo larga vida, Hermana Pequeña, y que tu Puerta de Jade nunca te dé problemas. ¡Continúa, continúa!

—Se fue a la playa, cogió una barca y se alejó remando. Poco después, lo vi tirar algo al agua.

—¡No!

—Sí. Y después regresó a la playa. Pero no me vio, en ningún momento.

—¿Qué puede haber sido?

—Cuando la señorita me dejó entrar —repuso Ah Soh—, miré bien por toda la habitación. Tenía la cama y el camisón empapados de sudor, y ella parecía haber padecido la fiebre del Valle Alegre. Las toallas estaban mojadas y pesaban más de lo habitual. Me dijo que lo limpiara todo, que trajera agua caliente y que no dejara entrar a nadie, ni siquiera al tai-pan. En cuanto hube terminado, se volvió a acostar y se durmió.

—Eso también es normal, pero lo que me extraña es lo que me cuentas de Nariz Puntiaguda Grande —Ah Soh asintió—. Está claro que se deshizo de algo que le pertenecía a ella.

Ah Soh vaciló.

—¿Sería posible que tu Honorable Hijo se hubiera acostado con ella?

Ah Soh soltó una carcajada.

—Estoy segura de que lo intentó, pero Pubis Dorado no habrá permitido que el Tallo Celestial de mi hijo abriera la brecha de su Puerta, a pesar de que ella no para de provocarlo. Le he oído murmurar su nombre en sueños, pobre hombre. Son asquerosos; si esa mujer fuera una persona civilizada, podríamos fijar el precio y se acabaría el problema.

—Sorprendente, Hermana Pequeña. ¿Y cómo está la emperatriz hoy?

—Irritable, como siempre. Sigue perdiendo, más de lo habitual. El Hombre de Medicina Gigante vino a verla pero no quiso recibirlo, me dijo que lo echara. Hay algo…

—¿Y mi hijo la ha visto?

—Lo recibirá esta tarde.

—Muy bien. Hoy tiene la lengua como un áspid por culpa de ella. ¿Así que Nariz Puntiaguda y Pubis Dorado están conspirando juntos? Sospechoso, muy sospechoso. Debes vigilarlos muy de cerca, Hermana Pequeña.

—Hay algo más. —Ah Soh, excitada, puso los ojos en blanco. Metió la mano en el bolsillo y sacó un tapón de corcho cuya parte inferior estaba manchada de un color entre violeta y negro—. Lo encontré debajo de la cama cuando fui a coger el orinal.

—¿Y?

—Huélelo, Hermana Mayor.

Ah Tok percibió un olor penetrante y ligeramente familiar.

—¿Qué es?

—No estoy segura… pero yo diría que huele a la Cara Oculta de la Luna. Creo que la botella contenía la Cara Oculta de la Luna… y otras hierbas.

La mujer se quedó atónita.

—¿Un abortivo? ¡Eso es imposible! ¿Por qué iba a necesitar algo así?

—Tu hijo quedaría muy mal si llegara a ser padre antes de casarse, ¿no te parece? Ya sabes cómo son los diablos extranjeros con el matrimonio, los escándalos y la virginidad. No pueden fornicar antes de la boda, y, si lo hacen, el hombre es el que carga con la culpa. ¡Qué tontería! Así que tu hijo quedaría mal. Y, además, tendría que dar explicaciones a la tai-pan Tess.

Ah Tok volvió a husmear el tapón.

—¿Crees que Nariz Puntiaguda tiró la botella al mar?

—También ha desaparecido una tetera, que puede haberla utilizado para preparar las hierbas. Y me pidió agua caliente y miel.

—¡Para quitarle el sabor! *Ayiiyah!* —Ah Tok añadió con el semblante muy serio—: Mi hijo está… está bastante desquiciado por culpa de esa mujer.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Has hecho bien en decírmelo. Escribiremos y enviaremos el tapón al ilustre Gordon Chen. Él sabrá si tienes razón y nos dará instrucciones. —Con manos trémulas, Ah Tok volvió a llenar las copas de vino—. Manténte bien alerta, yo también lo haré. No le digas nada a ella, ni a mi hijo, ni a nadie, hasta que él nos diga lo que tenemos que hacer.

Malcolm recorría High Street en dirección a la sede comercial de Struan, cojeando y apoyándose en los bastones. El cielo estaba cubierto, soplaba una ligera brisa, hacía frío y se sentía libre de preocupaciones. Había visto a Angélique y había comprobado que se encontraba bien, más hermosa que nunca, aunque pálida y somnolienta. Solo se quedó unos minutos para no cansarla.

Pasó un grupo de comerciantes a caballo y se detuvieron para saludarlo.

—Buenos días, tai-pan —dijo Lunkchurch, con el semblante afligido igual que los demás—. ¿Irá al club esta tarde?

—¿Qué ocurre? —repuso Struan.

Lunkchurch señaló el barco de vapor de dos mástiles fondeado en la bahía, al lado de la fragata de Marlowe, en el que ondeaba la bandera de Brock & Sons.

—Parece ser que ha traído noticias. Norbert ha convocado una reunión con los comerciantes, sin sir William.

—Yo iba a hacer lo mismo. Muy bien, allí estaré —dijo Malcolm. El *Ocean Witch* había llegado el día anterior inesperadamente con el correo y los últimos periódicos de Hong Kong.

La mayoría de los editoriales de los periódicos trataban del éxito del ataque de la flota, dirigida por el almirante Ketterer, a los piratas chinos en la bahía de Mirs y decían que en aquel momento el almirante se dirigía a Shanghái para repostar carbón. *The Guardian*, con grandes titulares, resumió el problema:

> «En un mensaje al gobernador, el almirante Ketterer le comunicó que había sufrido varias bajas producidas por los cañones de las baterías chinas, unos modernos cañones fabricados en Birmingham, provenientes de Hong Kong, y adquiridos por Wu Sung Choi, el jefe de la flota del Loto Blanco, que, lamentablemente, no ha sido capturado ni ejecutado.
>
> »Debido a este incidente sin importancia, es sorprendente que el almirante haya recomendado que se prohíba la venta de armas y de opio, que se embarguen estos bienes en toda Asia, en especial en China y Japón, y que se apliquen los castigos más severos a los infractores.
>
> »Debemos protestar por esta interferencia sin precedentes en las actividades comerciales y por esta acusación desmedida a todos los comerciantes de China, célebres por su ecuanimidad, su habilidad en construir un imperio, su lealtad a Su Majestad, y porque siempre han antepuesto la madre patria a sus propios intereses.

»El editor desea preguntar al almirante quién paga los impuestos para financiar la marina de guerra más poderosa del mundo —de la cual él es, sin duda, un miembro admirable, a pesar de que ha demostrado su ignorancia sobre unos temas que son de interés vital para la Corona— y desea recordarle que sin dichos impuestos, el imperio dejaría de existir. Solo los comerciantes y sus actividades…».

—Ketterer es un estúpido —dijo Struan—. En eso Norbert tenía razón. A lo mejor ahora sir William espabila y pide que lo releven rápidamente. Nos vemos obligados a enfrentarnos a los japoneses por nuestra cuenta ya que Ketterer no está dispuesto a actuar sin seguir todas las formalidades al pie de la letra.

—Desde luego necesitamos a un hombre con cojones —opinó Lunkchurch—. Y Ketterer es un pedo húmedo.

Uno de los hombres añadió:

—Oye Charlie, aplastó a los piratas cuando se lo ordenaron, y aquí hará lo mismo. ¿Qué más da si tenemos que esperar unos meses? ¿Eh, tai-pan?

Malcolm miró el mar y volvió a preocuparse. La noche anterior, cuando se enteró de la llegada del barco, sintió un acceso de pánico al pensar que a lo mejor había traído a Tyler Brock o a Morgan. Hasta que Jamie no le hubo asegurado que no estaban en la colonia, no logró pensar con claridad.

«¿Por qué diablos me aterroriza Tyler Brock, incluso ahora? —volvió a preguntarse—. Entiendo que me ocurriera cuando era pequeño, pero ahora Tyler no es mucho más alto que yo, a pesar de que sigue igual de feo, con ese barrigón y ese ojo inyectado de sangre. ¿Pero qué importa su aspecto? En Hong Kong hay muchos hombres iguales que él, incluso más feos. Y también tenemos muchos enemigos, pero no me dan miedo. Él siempre ha sido nuestro enemigo y siempre hemos logrado contenerlo; lo han hecho Dirk, mi padre, mi madre, y ahora me toca a mí… Dios santo, odio a

ese cabrón por todo el daño que le hizo a mi madre y a toda la familia».

Respiró hondo y se concentró en el *Ocean Witch*.

—Se supone que no zarpará hasta dentro de dos días.

—Es lo que dicen.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué regresa tan pronto?

—No lo sabemos.

—Pronto nos enteraremos. ¡Hasta luego!

Malcolm siguió mirando hacia la sede de Struan.

—¡Tai-pan!

—Ah, hola, Jamie. —Malcolm se detuvo en la mitad de las escaleras—. ¿Sabía que el *Witch* va a zarpar antes de lo previsto? Dicen que se irá con la marea de esta noche.

—Precisamente venía a decírselo. Cuando me enteré, fui a preguntárselo a Norbert, pero estaba ocupado. ¿Cómo está Angélique?

—Bien —repuso Malcolm con la mirada perdida—. Más vale que tengamos el correo listo por si acaso.

—De acuerdo. En cuanto lo haya confirmado vendré a recoger las cartas. —Jamie frunció el ceño cuando vio que Malcolm parecía ausente.

—Envíe a alguien a buscar las cartas de Angélique. —Angélique le iba a enviar una carta a Tess Struan, que habían escrito los dos juntos una y otra vez hasta que quedaron satisfechos—. «Es una buena carta», pensó.

—¿Seguro que Angélique está bien, tai-pan?

—Está fantástica. —Malcolm sonrió, olvidando el dolor y el *Witch*. Cuando la vio en la cama estaba espectacular, lozana aunque pálida, feliz, atenta y encantada de verle—. Me ha dicho que mañana por la noche ya se habrá recuperado del todo. Jamie, ¿por qué no organizamos una gran cena? Podemos invitar a Dmitri, Babcott, y a Marlowe y Pallidar, los dos son buena gente a pesar de que no paran de adularla.

—¿Y Phillip y sir William?

—Phillip sí, pero sir William no… No, será mejor prescindir de los dos. ¿Y el conde Zergeyev? Con él seguro que nos reiremos.

—Si lo invita a él, también tendrá que invitar a los demás ministros. No estaría bien dejar de lado a sir William.

—Tiene razón. Entonces haremos una cena sencilla, e invitaremos a los demás en otra ocasión.

—Me encargaré de organizarlo —dijo Jamie, aliviado al ver que el trato entre los dos volvía a ser amistoso. Caminaron juntos hacia la habitación. Ya se habían reparado todos los daños del incendio a pesar de que seguía habiendo un ligero olor a humo—. ¿Y Ketterer?

—Tiene que proteger nuestros intereses, de lo contrario deberá marcharse. —Malcolm se sentó en la mesa y se puso a ordenar las cartas que quería enviar—. Mi madre ya habrá visto al gobernador y le habrá cantado las cuarenta.

—Sí.

Malcolm alzó la vista pues percibió algo extraño en la voz de McFay. Tras una pausa, añadió:

—Es curioso que estemos tan seguros de eso y, sin embargo, que dudemos de que yo sea capaz de convencerla para que apruebe mi boda.

—La verdad es que no sé qué decirle, tai-pan —repuso McFay con tristeza.

Malcolm asintió y mientras observaba el cuerpo fuerte y robusto de McFay se preguntó si él estaría igual a los treinta y nueve años.

—¿Ha recibido otra carta de mi madre?

—Sí. Me temo que el *Ocean Witch* no ha traído buenas noticias.

—¿Ah, no? Siéntese, Jamie. ¿Qué le dice mi madre?

—Lo siento, pero me insiste en que tengo que colaborar con el doctor Hoag y convencerle a usted de que regrese a Hong Kong lo antes posible. También me confirmó que estoy despedido.

—Olvídelo. ¿Le ha escrito y le ha dicho que está bajo las órdenes del tai-pan, mis órdenes, y no las de ella?

—Sí.

—Bien, yo también le escribí, así que ya no hay más que hablar. Seguro que nuestras cartas se han cruzado con la de ella. —Malcolm encendió un puro y vio que le temblaban los dedos—. ¿Ha fumado alguna vez?

—No, una vez lo intenté y no me gustó.

—Olvídese de esas tonterías del despido. ¿Qué más novedades hay?

—Tengo todas las cartas y los artículos de los periódicos listos para dárselos cuando quiera. Los negocios van mal en todas partes. Hemos perdido el *Racing Cloud*, tendría que haber llegado a San Francisco hace demasiado tiempo.

—¡Maldita sea! —El *Racing Cloud* pertenecía a la flota de Struan, formada por veintidós clíperes. En las travesías largas, los clíperes, unas reinas del mar de tres mástiles, eran mucho más veloces que los barcos de vapor porque no tenían que transportar carbón. El *Racing Cloud* llevaba un cargamento de té, seda y especies cuyo valor, en ese momento, con la guerra norteamericana, era incalculable, sobre todo si lo desviaban hacia el sur.

—El seguro no lo cubrirá, ¿verdad?

—Me temo que no. Nunca lo cubre, ni siquiera Lloyd's. Incluso pueden decir que ha sido un acto de guerra ya que el barco se perdió precisamente en esa zona.

—*Ayiiyah!* Nos costará una fortuna. Lo siento por la tripulación. ¿Verdad que el capitán era Caradoc?

—Sí. Me imagino que les habrá pillado un huracán. Parece ser que hubo varios cerca de Hawái más tarde de lo habitual. El segundo de a bordo era primo mío, Duncan McGregor.

—Ah, lo siento.

Deprimido, Struan echó una mirada a la cómoda donde le esperaba el elixir. Se preguntó si las mismas tormentas se habrían tragado al *Savannah Lady*, junto con Pedrito Vargas y el pedido de cinco mil fusiles, lo cual le recordó:

—Aquellos cañones de la bahía de Mirs, supongo que no fuimos nosotros los que los vendimos, ¿verdad?

—Que yo sepa, no —repuso Jamie, como era de esperar. Ambos estaban al corriente de las importantes ventas de armas a los comerciantes chinos que representaban al gobierno manchú. Pero lo que ocurría tras entregarlos en Cantón o Shanghái ya no era asunto suyo.

En la reunión del club, los hombres no tardaron en enfadarse, en proferir los habituales gritos, insultos y en acalorarse. Bajo los efectos del alcohol, todos hablaban a la vez de un único tema:

—¡Que Dios maldiga a todos los gobiernos, a todos los recaudadores de impuestos, y a todos los almirantes y generales de mierda que no cumplen con sus obligaciones, pues deberían escuchar a la comunidad y hacer lo que les pedimos!

—Bravo, Lunkchurch. Yo propongo…

Nadie lo oyó debido al alboroto producido por los gritos.

—Que destituyan a Wee Willie…

Exasperado, Norbert Greyforth se abrió paso entre la multitud desde la esquina del bar, donde había iniciado la reunión, y se dirigió hacia la puerta, para hablar con Malcolm Struan y Jamie.

—¿Se ha decidido algo, Norbert?

—¿Qué le parece, Dmitri? Como siempre, depende de los tai-pan. Venga conmigo. Jamie, le ruego a usted y a… —Norbert estuvo a punto de decir «este jovencito» para provocar a Malcolm, pero recordó la amenaza de sir William cuando le advirtió que no lo provocara en público. También sentía la quemazón que le producía la carta de Tyler Brock en el bolsillo. Miró a Malcolm y dijo—: Les ruego que me acompañen para hablar en privado, ¿eh? Dmitri, usted también.

—Desde luego. ¿Adónde vamos? ¿Afuera?

—A mi oficina, si no les importa.

Los tres hombres lo siguieron, todos en guardia.

—¿Es verdad que el *Ocean Witch* zarpará esta noche? —preguntó Malcolm.

—Sí.

—¿Y por qué tan pronto, Norbert? —preguntó Dmitri.

—Órdenes de Tyler. —Norbert sonrió para sus adentros cuando vio la mueca de Struan.

Su oficina provisional se encontraba en la primera planta mientras se reparaban los daños causados por el incendio en el piso de arriba. Las escaleras principales estaban ennegrecidas, en algunas partes no había techo y lo habían cubierto con unas lonas.

—El fuego es una verdadera maldición, pero ya ven, tarde o temprano a todos nos llega. Por suerte, la caja fuerte, los libros y el almacén se salvaron. —Señaló unos sillones de cuero—. Pueden sentarse. Aquí nadie nos podrá escuchar —dijo—. En primer lugar, como nosotros representamos a las tres compañías más importantes, deberíamos escribir una queja conjunta a Wee Willie y otra al almirante. Ya sé que no servirá de gran cosa, pues todos coincidimos en que el almirante es un obstáculo para nosotros. No veo razón alguna para que usted, Dmitri, no se una a nosotros; todo esto afecta a Cooper-Tillman tanto como a nosotros. Por otro lado, entre las compañías Struan y Brock deberíamos dirigir una campaña en el Parlamento con el fin de que las cosas en Japón se arreglen de una vez por todas; o bien aplastamos a los japoneses y los ponemos en su sitio, o nos marchamos.

—Nosotros no nos marcharemos de Japón —intervino Malcolm.

—Nosotros tampoco —repuso Norbert—. Pero es una táctica para obligar a esos cretinos del Parlamento. —Cogió una carpeta y sacó un papel—. Esta es una carta de Londres con fecha del 16 de septiembre que llegó en el *Ocean Witch* y que nos envió uno de nuestros espías.

—Qué rapidez —dijo Jamie.

—Nosotros no nos dormimos, Jamie. Tyler me ha pedido que les lea un fragmento de la carta: «Ayer el primer ministro y el ministro de Economía y Hacienda acordaron en privado que en el presupuesto anual subirían el impuesto del té a cuatro peniques la libra, el de la cerveza a un penique la pinta, el coñac y los vinos de

importación un chelín, y duplicarían el impuesto del tabaco y del algodón…».

Se quedaron todos atónitos.

—¡Maldita sea! —estalló Dmitri—. ¡Es una locura! Junto con el tabaco, esos son los únicos cultivos que se comercializan en el Sur. Si lo hacen, ¿qué va a ocurrir con nuestra guerra? ¿Y qué será de sus molinos en Lancashire?

—Nosotros no tenemos molinos de algodón en Lancashire, pero Struan sí. La carta sigue: «Para acallar a ciertas facciones poderosas de la Cámara van a ordenar que se quemen todas las plantaciones de opio en Bengala…».

—¡Dios mío! —Struan estaba perplejo, Jamie lívido y Dmitri horrorizado—. ¿Cómo vamos a comerciar con China? A cambio del opio, nos dan plata y…

—Al Parlamento le importa un bledo nuestro Triángulo Celeste —dijo Norbert con el semblante afligido—, tampoco le importa Asia, China, ni el comercio; esa gente solo se preocupa por sus cargos. Quieren sustituir el opio por plantaciones de té. —Guardó la carta en la carpeta y se sentó, a sabiendas de que a los demás les encantaría saber hasta qué punto esa información era cierta y también se morían de ganas de conocer el resto de su contenido.

—El viejo Brock me pidió que les contara que tenemos un espía cercano al primer ministro y, hasta ahora, toda la información que nos ha dado ha resultado cierta. Les aseguro que es la pura verdad. También me dijo que tenemos que deshacernos de esos dos cretinos sin demora. Dmitri, usted tiene que presionarlos por su lado. Tyler dice que debemos tomar todas las medidas que creamos oportunas y les pide a ustedes que hagan lo mismo. ¿Están de acuerdo?

—Yo sí, desde luego, no me lo puedo creer —dijo Dmitri.

—Yo también. —Struan elevó la copa mientras se preguntaba dónde estaba la trampa—. Espero que ardan en el infierno.

Bebieron juntos con solemnidad y Norbert les volvió a llenar las copas. El rostro se le endureció cuando miró a Struan:

—Siguiente punto: el duelo. No necesito padrinos y habíamos dicho que se celebraría el miércoles de madrugada. Lo siento, pero he de obedecer órdenes de Tyler y zarpar esta noche en el *Ocean Witch*, así que no podrá ser el miércoles. Propongo…

—¿Para qué aplazarlo? Ahora hay luz suficiente. —A pesar de que a Malcolm se le escaparon las palabras, le agradó comprobar que había reaccionado con rapidez y firmeza a pesar de que le sobrevino un fuerte dolor de cabeza. Jamie palideció y todos callaron.

—Ahora no —repuso Norbert. Se le iluminaron los ojos mientras ocultaba el placer que sentía. Se dirigió a Jamie y a Dmitri, los padrinos oficiales—: Les propongo que lo aplacemos hasta mi regreso, dentro de tres semanas, ¿de acuerdo? Y lo haremos al día siguiente de mi llegada.

—Creo que será lo mejor, tai-pan. ¿No le parece? —inquirió Jamie.

Enseguida, el dolor de cabeza desapareció.

—De acuerdo —dijo Struan con indiferencia, aunque le complacía ver que había arrojado el guante otra vez. No se dio cuenta de que Jamie y Dmitri intentaban disimular el alivio que sintieron. Apuraron las copas y se marcharon.

Cuando se quedó solo, Norbert sacó la carta de Tyler Brock y la volvió a leer con las manos sudorosas. La primera parte hablaba de la información que había dado el espía y acababa del siguiente modo:

«Embárcate enseguida en el *Ocean Witch* y zarpad con la primera marea. Trae los libros de cuentas, el contrato de las minas japonesas y todos los lingotes de oro que tengas. Nos encontraremos en Shanghái, en secreto, donde el *Witch* hará escala a pesar de que se suponía que tenía que ir directo a Hong Kong. Nos reuniremos en secreto, Morgan, tú y yo, lo antes posible, y cuando regreses a Yokohama es posible que tu cama esté en el dormitorio de ese cretino de Malcolm Struan. También podrás disponer de su ramera si lo deseas, ya que pronto ella también estará en venta. Acabamos de enterarnos de que su padre ha huido de Bangkok

pues, igual que en Hong Kong, se ha metido en más fraudes y timos; esta vez lo persiguen las autoridades francesas. Lo cogerán, lo juzgarán y lo enviarán a la guillotina. Los franceses no son tan pusilánimes como nuestros *peelers*. Mi señora te manda recuerdos».

XXX

KIOTO

Domingo, 16 de noviembre

En medio de la noche, Yoshi y sus guardias, disfrazados de soldados rasos, recorrieron las calles desiertas de la antigua capital donde residían el emperador y la corte imperial desde hacía varios siglos.

—Akeda, ¿de cuántos guerreros dispongo en Kioto? —preguntó, cuando las molestias de tantos días de marcha forzada empezaron a disiparse.

Con el semblante afligido, el general se sumergió en el agua. La casa de baños se encontraba en el reducto interior; habían despedido a las criadas y apostado unos centinelas en la entrada.

—Ochocientos dos, entre los cuales ochenta están enfermos o recuperándose de las heridas; son todos hombres leales y de máxima confianza. Además, están los dieciocho guardias que trajiste.

En cuanto Yoshi llegó, Akeda duplicó las medidas de seguridad. Era un hatamoto cuya familia había servido al clan de los Toranaga desde hacía varias generaciones y ahora estaba al mando de la guarnición de Kioto.

—No bastan para protegerte.

—Aquí estoy a salvo.

La ley del legado establecía que ese era el único recinto de Kioto capaz de repeler un ataque y de alojar a cinco mil hombres,

mientras que los demás daimios solo podían disponer de quinientos. No podía haber más de diez daimios en Kioto al mismo tiempo y sus idas y venidas eran controladas muy de cerca. Con el tiempo y la debilidad del consejo de regentes, las tropas del shōgunado se vieron reducidas a mil hombres.

—¿Te cabe alguna duda?

—No si te quedas dentro del recinto. Pero me refería al exterior.

—¿Y los aliados? ¿Cuántos daimios me apoyan?

Akeda se encogió de hombros.

—Cometí un gran error al permitir que realizaras el viaje acompañado de tan pocos guardias, y Kioto es aún más peligroso. Si tu padre viviera, habría prohibido semejante…

—Pero mi padre está muerto. ¿Qué me dices de los aliados?

—Mi señor, si enarbolaras tu estandarte en Kioto, la mayoría de los daimios y samuráis se pondrían de tu lado, aquí y en todas partes, y te sobrarían hombres para imponer todo lo que quisieras.

—Eso me suena a traición.

—Ah, cuánto lo siento, pero la verdad siempre es traicionera y un bien muy difícil de encontrar. —El rostro curtido del general esbozó una sonrisa—. Por otro lado, si enarbolas el estandarte del shōgunado, ningún daimio se enfrentará a Ogama de Choshu mientras él esté en posesión de las puertas.

—¿Cuántos samuráis tiene Ogama?

—Dicen que tiene más de dos mil hombres escogidos a dedo, apostados en garitas fortificadas alrededor del palacio, junto a los guardias oficiales de las puertas. —Akeda sonrió sin alegría al ver la expresión de Yoshi—. Todo el mundo sabe que está prohibido, pero nadie se lo recordó ni se enfrentó a él. Después de echar a Sanjiro, empezó a introducirlos en el palacio poco a poco y a escondidas. ¿Sabías que los Satsuma huyeron en barco a Kagoshima? —Se sumergió un poco más en el agua—. Corren rumores de que Ogama dispone de otros dos o tres mil samuráis a menos de diez *ri* de aquí.

—¿Cómo?

—Está acaparando cada vez más poder. Sus patrullas controlan las calles; a veces aparece una banda de shishi que provoca pelea con cualquiera, nosotros o cualquier aliado del shōgunado, que no honre a *sonno-joi*. Son unos estúpidos porque nosotros también nos oponemos a los gai-jin y queremos expulsarlos.

—¿Hay muchos shishi en Kioto?

—Sí. Corren rumores de que están preparando algo. La semana pasada unos shishi provocaron una pelea con una patrulla y acusaron a Ogama de ser un traidor. Ahora está furioso y los está buscando por todas partes. Hay…

Se detuvo al oír que alguien llamaba a la puerta. Era el capitán de la guardia.

—Disculpe, señor Yoshi, hay un emisario del señor Ogama que solicita una audiencia con usted.

Los dos hombres se quedaron atónitos.

—¿Cómo se ha enterado de que estoy aquí? —repuso Yoshi enfadado—. Hemos recorrido las últimas cincuenta *ri* disfrazados. Esperé en las afueras de Kioto hasta que oscureció, nos desviamos para no acercarnos a las barracas y no nos topamos con ninguna patrulla. Eso significa que hay un espía entre nosotros.

—Aquí no hay ningún espía —dijo Akeda indignado—. Te lo aseguro, mi señor. Afuera hay miles, están en todas partes, y trabajan para Ogama, los shishi y más gente. Además, por mucho que te disfraces, tú nunca pasas desapercibido.

—Capitán —dijo Yoshi—. Dígale que estoy durmiendo y que ha recibido órdenes de no molestarme. Pídale que regrese mañana por la mañana y le recibiremos como es debido.

El capitán hizo una reverencia y, cuando estaba a punto de marcharse, Akeda dijo:

—¡Ordene a toda la guarnición que se ponga en situación de máxima alerta!

Una vez a solas, Yoshi dijo:

—¿Crees que Ogama sería capaz de atacarme aquí? Sería una declaración de guerra.

—No me preocupa lo que ese hombre se atreva a hacer; solo me preocupa tu seguridad. Ahora yo soy responsable de ti.

Yoshi empezaba a relajarse con el calor del agua y se reclinó para disfrutar del baño. Se alegraba de que Akeda estuviera al mando y su presencia le tranquilizaba a pesar de que no compartía sus opiniones. No había previsto que lo descubrieran tan pronto. «No importa —pensó—, eso no cambia mis planes».

—¿Quién es el intermediario de Ogama en la corte?

—El príncipe Fujitaka, un primo directo del emperador. El hermano de su esposa es el chambelán imperial.

Yoshi emitió un silbido y el general asintió con amargura.

—Será difícil romper ese lazo, excepto con la espada.

—Eso es impensable —dijo Yoshi con determinación, y pensó que si hubiera alguna posibilidad de hacerlo no opinaría lo mismo. En cualquier caso, había sido una estupidez decirlo, incluso estando los dos solos—. ¿Qué noticias hay del shōgun Nobusada y de la princesa Yazu?

—Los esperamos dentro de una semana y…

Yoshi lo miró con dureza:

—No tenían que llegar hasta dentro de dos o tres semanas.

—La princesa Yazu —repuso el general con voz crispada— dio órdenes de que cogieran un atajo por el Tokaidō debido a su impaciencia por ver a su hermano y por humillar a su marido. No puede esperar a destruir el shōgunado y entregárselo a Ogama.

—Incluso aquí, mi querido amigo, deberías medir tus palabras.

—Ya soy demasiado viejo para preocuparme por esas cosas, sobre todo ahora que tu vida está en manos de Ogama.

Yoshi llamó a las criadas para que trajeran las toallas. Después de que estas los secaran y les pusieran unos yokatas limpios, Yoshi cogió sus espadas.

—Despiértame al amanecer, Akeda. Tengo muchas cosas que hacer.

Poco antes del amanecer, en las afueras y a unas veinte *ri* de la ciudad, donde el río serpenteaba hacia el sur en dirección a Osaka y al mar, donde las calles y los caminos estaban trazados de cualquier manera y todo apestaba a heces, barro y podredumbre, Katsumata, el jefe de los shishi de Satsuma y consejero del señor Sanjiro, se despertó sobresaltado en una habitación a oscuras, se levantó y escuchó con atención, espada en mano.

No había la menor señal de peligro. Abajo los criados empezaban a encender los fuegos y a preparar la comida del día. La habitación se hallaba en el piso de arriba de la posada de los Pinos Susurrantes. Un perro ladró a lo lejos.

«Algo va mal», pensó.

Abrió la puerta con cuidado. El pasillo daba a más habitaciones, tres de ellas estaban ocupadas por seis shishi y la última era para las mujeres de la posada.

Miró por una ventana que daba al antepatio y no vio nada. Su mirada volvió a abarcar toda la zona, el portal y la calle. Nada. Otra vez. Nada. De pronto le pareció percibir un ligero destello. Abrió la puerta y susurró la contraseña. Inmediatamente los seis hombres se pusieron de pie de un salto y corrieron detrás de él, con la espada en la mano. Bajaron las escaleras y, tras pasar por la cocina, salieron por la puerta trasera. Saltaron la valla y recorrieron un jardín, repitiendo la retirada que ya habían ensayado varias veces. Llegaron a otra valla que volvieron a saltar y de ahí se dirigieron a un callejón. Al llegar al final de un pasaje, Katsumata giró a la izquierda y abrió una puerta. Un guardia alerta le apuntó con una lanza.

—¡Katsumata-san! ¿Qué ha ocurrido?

—Alguien nos ha traicionado —dijo Katsumata sin aliento, y dirigiéndose a un joven de Choshu, igual de delgado y fuerte que él pero con la mitad de años, dijo—: Vete a ver qué ha ocurrido y regresa enseguida. ¡No permitas que te vean ni que te cojan!

El joven desapareció. Los demás siguieron a Katsumata que entró en una casa de varias habitaciones y conectada con las dos casas vecinas por pasadizos secretos. Ahí encontraron a veinte shishi armados, la mayoría capitanes de células, que se acababan de despertar y estaban preparados para luchar o batirse en retirada. Sumomo, la hermana de Shorin y prometida de Hiraga, estaba con ellos. Se agruparon en silencio, a la espera de recibir órdenes.

Cuando huyeron de la posada, ni un solo criado hizo el menor gesto de reconocimiento, tan solo siguieron con su faena como si no pasara nada. Todos se quedaron petrificados pocos segundos después cuando una patrulla de Ogama irrumpió en la casa tras reventar la puerta y recorrió todas las habitaciones, despertando a los huéspedes, a las muchachas y a la mama-san, mientras otros subían para registrar el piso de arriba. Se oyeron lamentos y gritos de las mujeres que ocupaban las mismas habitaciones que poco antes habían alojado a los shishi. Todo ello también formaba parte de la cuidadosa planificación de Katsumata.

En medio del alboroto producido por los gritos y la indignación de la mama-san, el oficial de Ogama, furioso, exigió saber dónde se habían marchado los ronin tras pegar unas cuantas bofetadas a los criados, pero no le sirvió de nada. Temblorosos, todos aseguraron que eran inocentes.

—¿Ronin? ¿En una casa tan respetable como la mía? ¡Jamás! —gritó la mama-san.

Pero cuando la patrulla se hubo marchado y estuvieron todos a salvo, la mama-san, junto con sus acólitos y criados, maldijeron al espía que los había traicionado.

—Katsumata-san, ¿quién fue? —preguntó Takeda, un joven de Choshu de unos veinte años, pariente de Hiraga, que todavía no se había recuperado del susto.

Katsumata se encogió de hombros.

—Dependerá del karma si lo encontramos o no. Esto solo viene a corroborar lo que os repito cada día: tenéis que estar siempre preparados para huir o luchar por si alguien os traiciona; y no

confiéis en ningún hombre o mujer que no sea shishi y partidario de *sonno-joi*.

Todos los presentes asintieron.

—¿Y el señor Yoshi? ¿Cuándo lo atacaremos?

—Cuando salga de las barracas. —La noticia de que Yoshi estaba en Kioto les había llegado aquella misma noche, cuando ya era demasiado tarde para interceptarlo.

—Pero, sensei, disponemos de partidarios dentro del recinto —dijo Takeda—. Creo que ese sería el mejor lugar para atacarlo, allí se siente más seguro y baja la guardia.

—Yoshi nunca baja la guardia. Eso es algo que jamás debéis olvidar. En cuanto a los espías que tenemos en sus barracas, les he ordenado que no hagan nada; de momento su presencia y la información que nos pueden dar son demasiado valiosas como para arriesgarlas. Los necesitaremos aún más si el shōgun Nobusada consigue escapar de nuestra emboscada.

Faltaban cinco días para la emboscada que iban a tenderle en Otsu, la última estación antes de Kioto, al caer la noche. No les resultó muy difícil averiguar dónde iban a pernoctar y enviar espías, pues en la carretera del norte y en el Tokaidō no había muchas posadas en condiciones para alojar a unas personas tan augustas y a todo su séquito formado por guardias, criadas y sirvientes.

Los diez shishi a quienes se les había asignado la misión suicida ya se encontraban en Otsu. Todos y cada uno de los ciento siete shishi que permanecían ocultos en las diversas casas de Kioto habían suplicado que se les incluyera en el grupo de ataque. Katsumata propuso que lo echaran a suertes. Ganaron tres de Choshu, tres de Satsuma y cuatro de Tosa, y ahora ya se encontraban muy cerca de su objetivo, la posada de las Flores.

—Caramba —susurró Sumomo, excitada—. Solo faltan cinco días, y entonces *sonno-joi* será un hecho. El Bakufu nunca se recuperará de este golpe.

—¡Nunca! —repuso Katsumata con una sonrisa, pues le gustaba la muchacha, la mejor de todas sus alumnas, igual que Hiraga era el

mejor de sus alumnos, sin contar a Ori; admiraba su valor, su fuerza y su habilidad. Ella también se había ofrecido para la misión, pero él se lo prohibió pues consideraba que era demasiado valiosa como para perderla en una acción tan arriesgada. Se alegraba de haberle dicho que se quedara allí y de haber contradicho la orden de Hiraga de que regresara a la casa de su padre. La muchacha le había traído las últimas noticias de Yedo acerca de las negociaciones entre el Bakufu y los gai-jin, el ataque al ministro en jefe Anjo, el asesinato de Utani y, lo más importante, le confirmó las desavenencias existentes entre Anjo y Toranaga Yoshi.

—No sé de dónde viene toda esta información —le susurró la muchacha—. Pero la mama-san me dijo que tú lo sabrías.

También le contó cómo murió Shorin y le dijo que no sabía nada de Hiraga ni de Ori, salvo que Ori se había recuperado de la herida, que los dos se encontraban en Yokohama, y que Akimoto —o Hiraga — se había convertido en un confidente de un funcionario gai-jin.

—Tienes razón, Sumomo, el Bakufu nunca se recuperará —dijo Katsumata—. Y cuando asestemos el siguiente golpe habremos acabado con el shōgunado Toranaga para siempre.

Tras eliminar al shōgun Nobusada, sin lastimar a la princesa Yazu, los shishi planeaban un ataque en masa al cuartel general de Ogama para asesinarlo. Mientras tanto, Katsumata y los demás tenían que apoderarse de las puertas, enarbolar el estandarte de *sonno-joi* y, después de declarar que el emperador volvía a asumir el poder, todos los auténticos daimios y samuráis se congregarían para rendirle pleitesía.

—*Sonno-joi* —murmuró, exultante igual que los demás.

Salvo Takeda, un shishi de Choshu, que se movía inquieto de un lado a otro.

—No sé si deberíamos matar a Ogama. Es un buen daimio, un buen jefe; impidió que Sanjiro se hiciera con el poder y también frenó a los Tosa. Él es el único daimio que ha obedecido al emperador y que ha intentado expulsar a los gai-jin. ¿Acaso no ha cerrado los estrechos de Shimonoseki? Solo los cañones pueden

atacar a los barcos de los gai-jin, y solo las fuerzas de Choshu está en primera línea.

—Lo que dices es cierto, Takeda —dijo un shishi de Satsuma—. Pero recuerda lo que dijo el sensei Katsumata: Ogama ya no es el mismo desde que está en el poder. Ahora que controla las puertas, podría haber declarado *sonno-joi* y restituido el poder al emperador, que es lo que haremos nosotros en cuanto nos apoderemos de las puertas.

—Sí, pero…

—Es muy sencillo, Takeda. ¿Qué ha hecho? Hasta ahora solo ha utilizado su poder para manipular a la corte. Lo que quiere es ser shōgun, y nada más.

En medio de los murmullos de aprobación, Sumomo dijo:

—Te ruego que me disculpes, Takeda, pero Ogama supone una verdadera amenaza para nosotros. Todos sabéis que yo soy de Satsuma, igual que el sensei Katsumata, todos estamos de acuerdo en que Sanjiro también ha hecho cosas buenas, pero no ha hecho nada por *sonno-joi*. Así que tendrá que renunciar al poder, lo quiera o no, y marcharse. Y lo mismo digo de Ogama. Sí, ha hecho cosas buenas, pero ahora está haciendo cosas malas. La verdad es que ningún daimio que esté en posesión de las puertas y tan cerca de ser shōgun estaría dispuesto a irse por su propio pie.

—¿Y si hablamos con Ogama y se lo pedimos? —propuso Takeda.

—Te ruego que me disculpes, pero no serviría de nada. Cuando controlemos las puertas, para evitar una guerra civil y para que los daimios no vuelvan a intentarlo nunca más, el emperador tendrá que abolir el shōgunado, el Bakufu y a todos los daimios, sin excepción.

En medio de la sorpresa general por una propuesta tan extrema, Takeda estalló:

—Eso es una locura. Sin un shōgunado y sin daimios, ¿quién va a gobernar? ¡Esto sería un caos! ¿Quién paga nuestros sueldos? ¡Los daimios! Ellos son los que poseen todas las riquezas del país.

—Déjala acabar, Takeda, y entonces podrás exponer tu punto de vista —dijo Katsumata.

—Cuánto lo siento, Takeda, pero la idea es de Hiraga, no mía. Hiraga dijo que, en el futuro, los daimios solo actuarán de testaferro, los buenos, y que el poder estará en manos de unos consejos, formados por samuráis de todos los rangos, que lo decidirán todo, se ocuparán de fijar los sueldos y de elegir a los daimios más dignos.

—Eso nunca funcionará. No estoy de acuerdo —dijo Takeda.

Muchos disintieron, la mayoría estaba de acuerdo con Sumomo.

—Sensei, ¿tú que opinas? —preguntó Sumomo.

—Estaría bien si todos los daimios lo aprobaran —dijo Katsumata, complacido al comprobar que sus enseñanzas empezaban a dar fruto. Estaba de cuclillas, igual que los demás, y hablaba poco pues tenía la mente ocupada en lo cerca que estuvo de que lo cogieran.

«Demasiado cerca —pensó con amargura—. La red se va estrechando cada vez más. ¿Quién es el traidor? Tiene que estar en esta habitación. Nadie más sabía que yo iba a pasar la noche en esa posada; tiene que estar aquí. ¿Quién será?».

—Continúa, Sumomo.

—Solo quería añadir, Takeda-san, que tú eres de Choshu, igual que Hiraga-san; hay otros que son de Tosa, el sensei y yo somos de Satsuma, y hay hombres de otros feudos, pero, ante todo, somos shishi, y nuestras obligaciones van más allá de la familia y de los clanes. En el Nuevo Orden esto será una ley, la primera ley de todo Japón.

—Pues, si eso va a ser una ley… —dijo uno de ellos—. Sensei, cuando el Hijo del Cielo vuelva a ostentar el poder, ¿nosotros qué haremos? Me refiero a los que estamos aquí reunidos.

Katsumata miró a Takeda.

—¿Tú qué crees?

—Yo no estaré vivo así que no me importa —repuso Takeda—. Me basta con *sonno-joi* y con haberlo intentado.

—Algunos de nosotros sobreviviremos —dijo Katsumata—, y formaremos parte del nuevo gobierno. Y ahora hablemos de lo más importante: Toranaga Yoshi. ¿Cómo vamos a eliminarlo?

—Tenemos que estar preparados para cuando salga de su guarida dijo alguien.

—Por supuesto —intervino Takeda irritado—. Pero estará rodeado de guardias y no creo que nos podamos acercar. Dado que el sensei dijo que no podemos utilizar a los hombres que están dentro del recinto, tendremos que actuar fuera y eso lo veo muy difícil.

—Podemos subirnos a los tejados y disparar con los arcos.

—Es una pena que no dispongamos de cañones —dijo alguien.

Permanecieron sentados mientras empezaba a amanecer, cada uno inmerso en sus pensamientos, a la espera de que pasaran los cinco días y, luego, el ataque a Ogama, que era la única manera de apoderarse de las puertas.

—Quizá sea más fácil que una mujer se infiltre en el bastión de Toranaga y, luego, una vez dentro… —dijo Sumomo con una sonrisa.

Aquella tarde el cielo estaba encapotado. Sin embargo, las amplias calles junto a las barracas del shōgunado estaban muy concurridas por la gente que iba a comprar o a vender al mercado situado delante de la entrada principal. Los sacerdotes budistas pedían limosna y los samuráis se paseaban solos o en grupos. Las patrullas de Ogama estaban en todas partes, con la insignia de su feudo bordada en la ropa. Katsumata, Sumomo y seis shishi se paseaban entre la multitud, disfrazados y con unos grandes sombreros cónicos.

Todos los que pasaban junto a las puertas del shōgunado, abiertas y fuertemente custodiadas, hacían una reverencia y se alejaban de prisa. Las noticias de que el guardián del heredero había llegado sin pompa habían corrido por toda la ciudad. Eso, junto a la llegada inminente del shōgun, el árbitro de la tierra, cuya figura era casi tan legendaria como la del Hijo del Cielo y que, según los rumores, se había casado con una hermana de la Deidad, estaba causando una verdadera conmoción entre la población.

La actividad en la calle junto a las barracas del shōgunado se detuvo cuando un cortejo fuertemente armado salió por las puertas. Llevaba el estandarte de Yoshi y unos soldados rodeaban un palanquín.

A un kilómetro de allí, otro cortejo con los estandartes de Ogama empezó a salir de las barracas de los Choshu. Ogama iba en el interior del palanquín. Hacía varios días que le habían avisado de la llegada de su enemigo y también había estado supervisando el viaje del shōgun Nobusada. Sus consejeros le habían aconsejado que aguardara a Yoshi y lo matara antes de que entrara en la ciudad, pero él se negó.

—Prefiero utilizarlo como prenda. En cuanto llegue a Kioto, no podrá ocultarse ni huir.

Los consejeros de los dos dirigentes fijaron todos los detalles de la reunión que Ogama había solicitado con urgencia. Acordaron que la celebrarían en el patio de unas barracas vacías, un terreno neutro; podían llevar a un consejero y disponer de cien guardias cada uno, aunque solo veinte podían ir a caballo. Ogama y Yoshi tenían que recorrer el trayecto en unos palanquines protegidos por sus hombres y debían llegar los dos al mismo tiempo.

Los espías se apresuraron para llevar las noticias al palacio, a los shishi y a los daimios, y dijeron que, sorprendentemente, los dos hombres más peligrosos de Japón estaban en la calle al mismo tiempo. Pronto un espía encontró a Katsumata y le susurró el lugar de la reunión. Cuando los samuráis de Ogama y de Yoshi entraban en el patio, Katsumata y treinta hombres ya estaban al acecho por si se presentaba la ocasión de realizar un ataque suicida.

El patio medía cien metros cuadrados y tenía muros de madera, al igual que las caballerizas y las barracas de una sola planta. Los guardias ocuparon sus posiciones respectivas mientras unos samuráis colocaban cuatro sillas plegables en el centro del patio.

Los dos hombres salieron de los palanquines y se sentaron en las sillas. El general Akeda y Basuhiro, el consejero de Ogama, se sentaron al lado de ellos. Los dos hombres se miraron fijamente.

Yoshi tenía veintiséis años, dos menos que Ogama, era más alto y delgado y tenía el rostro afeitado, a diferencia de Ogama que llevaba una espesa barba negra.

Deseosos de empezar y con la mano en el puño de las espadas pronunciaron el habitual repertorio de cumplidos y preguntas de cortesía.

—Tu llegada ha sido una agradable sorpresa, señor Yoshi.

—Me vi obligado a venir para asegurarme de que esos rumores tan increíbles no eran ciertos.

—¿Rumores?

—Por ejemplo, que las fuerzas de Choshu no permiten que los representantes legales del shōgunado custodien las puertas.

—Es una medida necesaria para proteger a la Deidad.

—No es necesaria y es ilegal.

Ogama se echó a reír.

—La Deidad prefiere mi protección a la del consejo de regentes, formado por unos traidores que firmaron los tratados con los gai-jin en contra de su voluntad y que siguen tratando con ellos en lugar de expulsarlos como él había pedido. —Hizo una señal a Basuhiro—. Por favor, muéstraselo al señor Yoshi.

El pergamino, firmado por el emperador, solicitaba al señor de Choshu que «asuma el mando de las puertas hasta que se haya solucionado el problema con los gai-jin».

—Los asuntos temporales no incumben a la Deidad. Es la ley, así que me veo obligado a pedirte que te retires.

—¿La ley? Querrás decir la ley de Toranaga, la ley del shōgunado, que tu antepasado impuso por la fuerza. Él usurpó el poder que los dioses concedieron al emperador para gobernar.

—Los dioses le concedieron ese poder divino para que intercediera por nosotros, los mortales, y se ocupara de todo lo espiritual. Los asuntos temporales siempre han estado en manos de los mortales, de los shōgunes; para eso el emperador cedió el poder al shōgun Toranaga y a todos sus descendientes.

—Te repito que el emperador se vio forzado a acceder a…

—Y yo te repito que esta es la ley que ha preservado la paz desde hace dos siglos y medio.

—Ahora ya no sirve. —Ogama agitó el papel—. Este emperador ha decidido libremente anular lo que un emperador anterior se vio obligado a consentir.

Yoshi bajó la voz y dijo con firmeza:

—Es evidente que el Hijo del Cielo ha estado mal aconsejado por personas descontentas que solo velan por sus propios intereses…, y no tardará en darse cuenta del error que ha cometido.

—¿Me estás acusando? —Los cuatro hombres apretaron los puños de las espadas.

—Lo único que digo, señor Ogama, es que ese papel se consiguió a base de mentiras y que no es legal. El emperador siempre ha estado rodeado de hombres ambiciosos, y mujeres. Por eso ha concedido los derechos al shōgun Toranaga y al shōgunado, para que lo guíen en todo y…

Lo interrumpió una carcajada que puso los pelos de punta a todos los presentes.

—¿Guiarlo? ¿Dices que el shōgunado tiene que guiarlo? ¿Así que resulta que Anjo Nori, Toyama, Adachi, y ahora el baboso de Zukumura lo tienen que guiar? ¿Unos idiotas e incompetentes que hacen contigo lo que les da la gana, que llegan a acuerdos estúpidos con los gai-jin desoyendo los consejos de los daimios? —Estaba furioso y tenía el rostro contorsionado—. ¿O se supone que Nobusada es el que lo tiene que guiar y sacarle las castañas del fuego?

—Tú y yo no necesitamos esperar, Ogama-san —dijo Yoshi con tranquilidad—. Creo que deberíamos hablar de esto en privado, los dos solos.

Ogama se lo quedó mirando.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Ogama frunció el ceño.

—Has dicho que quieres hablar en privado. ¿Qué es lo que me tienes que decir, lo cual, por supuesto, pienso contar a mis consejeros y tú a los tuyos?

—Hay algunos secretos que más vale no revelar a nadie, ni siquiera… —Yoshi añadió intencionadamente—: a determinadas personas de confianza.

—¿Cómo? ¿Qué insinúas?

—Tú tienes espías en mi recinto, *neh?* De lo contrario, ¿cómo hiciste para enterarte de mi llegada? Por otro lado, estoy seguro de que ya sabes que yo también tengo espías entre tu gente.

El rostro de Ogama se ensombreció.

—¿Qué secretos?

—Unos secretos que debemos guardar. Por ejemplo. Anjo está muy enfermo y le queda menos de un año de vida y, si no muere, tendrá que dimitir. —Yoshi vio el interés que despertó en Ogama—. Si no me crees, te diré cómo puedes confirmarlo.

—De acuerdo, te lo agradezco —dijo Ogama—. Me gustaría saber cómo puedo confirmar una noticia tan agradable. ¿Y qué más?

Yoshi habló todavía más bajo.

—Si tú y yo nos aliamos, antes de que acabe el año podrás ser regente. Y luego, entre los dos, escogeremos a los otros tres miembros del consejo.

—Dudo de que tú y yo podamos ponernos de acuerdo, Yoshi-dono —dijo Ogama con una sonrisa siniestra—, ni en el consejo ni cuando tengamos que decidir cuál de los dos será el tairō, el jefe.

—Ah, pero yo te votaré.

—¿Y porqué ibas a ser tan estúpido? —inquirió Ogama—. Estoy seguro de que ya sabes que lo primero que haría sería destruir tu shōgunado.

—Tal y como está ahora, sí. Estoy de acuerdo en que hay que hacerlo. Me gustaría hacerlo. Te aseguro que si pudiera, lo haría ahora mismo y emprendería las reformas con un consejo formado por todos los daimios, incluidos los señores extranjeros. —Vio la

sorpresa de Ogama y supo que estaba ganando terreno—. Pero no puedo, tengo que esperar a que Anjo muera o dimita.

—¿Por qué dejas para mañana lo que se puede hacer hoy? Si él es la espina que tienes clavada, ¡destrúyela! ¿Acaso no estáis los dos en el castillo de Yedo?

—No quiero provocar una guerra civil. Estoy de acuerdo en que hay que volver a organizar el shōgunado y el Bakufu, en eso tú y yo pensamos igual. Necesito tu apoyo para llevar a cabo la reforma. —Yoshi se encogió de hombros—. Aunque te cueste creerlo, te lo estoy proponiendo.

—Una vez eliminado Anjo, podrás hacer lo que te dé la gana. Podrías tentar a Sanjiro y al tonto de Tosa, incluso a los dos juntos. Si os aliarais, yo sería hombre muerto y mi feudo desaparecería. Luego los enemistarías y entonces tú te quedarías con el poder. —Sus labios esbozaron una sonrisa malévola—. Aunque lo más probable es que ellos sigan unidos y se deshagan de ti.

—Sí, es lo más probable. Así que lo mejor será que seamos nosotros los que nos quedemos con el poder y no ellos. Lo primero que hay que hacer es derrotar a los Tosa.

Otra carcajada.

—No es tan fácil, no mientras las tropas de Sanjiro estén dispuestas a acudir en ayuda de Tosa en cuanto haga falta. Él nunca nos permitiría derrotar a Tosa porque entonces se quedaría aislado y sabe que iríamos a por él. Hace tiempo que yo podría haberlo hecho, pero él nunca me lo habría permitido, ni tampoco consentiría una alianza entre tú y yo. Es imposible dividirlos, por mucho que se odien. A la larga podríamos ganarles, pero ni tú ni yo podríamos aguantar una guerra demasiado larga, y menos aun mientras los gai-jin estén en nuestras costas y dispuestos a explotarnos.

—Olvídate por un momento de los gai-jin. Solo quiero decirte que yo también estoy en contra de los tratados y a favor de la expulsión. Deseo con toda mi alma satisfacer los deseos del emperador, quiero relevar a todos los regentes y destituir al Bakufu.

Ogama volvió a mirarlo fijamente, incapaz de creer lo qué estaba oyendo.

—Será difícil que unas ideas tan íntimas, tan mortíferas y expresadas con tanta franqueza sigan siendo un secreto durante mucho tiempo. Si son ciertas.

—Son ciertas. Y las he expresado en privado, entre tú y yo. Pero hay una razón: Japón. Te propongo una alianza secreta; juntos podemos estar al mando de todo. Tú eres un buen jefe, posees los estrechos de Shimonoseki, tus cañones pueden detener los barcos de los gai-jin hasta que podamos comprar o construir una flota similar y modernizar nuestro ejército. Solo necesitamos los barcos, los cañones y las armas de los gai-jin. Y tú eres lo suficientemente fuerte e inteligente como para comprender los problemas que nos han enfrentado.

—¿Y cuáles son?

—Primero: un shōgunado débil, estúpido y obsoleto apoyado por un Bakufu todavía más estúpido; segundo: la nación está dividida; tercero: los gai-jin y la necesidad que tenemos de modernizarnos antes de que sus buques, cañones y fusiles nos esclavicen como lo hicieron en China; cuarto: hay que destruir a los shishi, cuya influencia es cada vez mayor a pesar de que hay pocos; y quinto: la princesa Yazu.

—Estoy de acuerdo en los primeros cuatro puntos. Pero ¿por qué dices que la princesa es un problema?

—Nobusada es un crío, un llorón y un mentecato, y creo que lo seguirá siendo. Por otro lado, ella es fuerte, culta y muy astuta.

—Pero sigue siendo una mujer —intervino Ogama irritado—. No dispone de un ejército ni de dinero, y en cuanto tenga hijos se dedicará a ellos y se olvidará de lo demás. Creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—Pero ¿qué dirías si su marido fuera impotente?

—¿Qué?

—Es lo que me han susurrado sus médicos. Considera la posibilidad de que ella lo tenga sometido a sus encantos; ¡te

aseguro que tiene el ingenio y la maldad propios de un kami! La visita a Kioto fue idea suya y forma parte de un plan que ha trazado. Pretende ponerlo a él y al shōgunado en las garras de los aduladores de la corte, unos inexpertos que no sabrán aconsejar a la Deidad y nos destruirán a todos.

—Ella nunca podría hacerlo —dijo Ogama con amargura—. Por muy lista que sea, ningún daimio aceptaría semejante locura.

—Primer paso: la visita; siguiente paso: el shōgun decide quedarse a vivir de forma permanente en el palacio. A partir de entonces, y con el apoyo del emperador, sus amiguetes tomarán las decisiones por ella, entre los cuales se encuentra tu príncipe Fujitaka.

—¡No te creo!

—Estoy seguro de que si se lo preguntas lo negará. Te demostraré que no solo no está trabajando para ti sino que además está trabajando en contra tuya. —Yoshi siguió hablando en voz baja y con sinceridad—. En cuanto Nobusada decida quedarse en el palacio, será ella quien mande. Por eso es un problema.

Ogama suspiró y se reclinó en la silla, sopesando lo que le había dicho su adversario. Sabía que casi todo era cierto y se preguntó hasta qué punto podía confiar en él. Desde luego, no descartó la posibilidad de una alianza secreta, siempre y cuando le pudiera sacar una buena tajada.

—La solución sería romper el matrimonio —propuso Ogama en un hilo de voz—. ¿Verdad que antes de la boda se pidió el consentimiento del emperador? A lo mejor el emperador estaría dispuesto a solicitar la anulación. Entonces tú podrías neutralizarla y buscar el apoyo de todos los enemigos de los Toranaga.

Tras una pausa, Yoshi asintió.

—Creo que la idea es buena, Ogama-dono. No se me había ocurrido. —En efecto, no lo había pensado y cuanto más vueltas le daba, más le gustaba.

Un caballo relinchó inquieto y se encabritó. Los dos observaron al soldado que lo tranquilizaba, mientras Ogama se preguntaba si

debería heredar a la princesa imperial después de eliminar a Yoshi, y luego, sin pestañear, a Nobusada, a los demás Toranaga y a todos sus aliados, antes de convertirse en shōgun. «Ninguna mujer sería capaz de darme problemas; se pondría a parir hijos tan rápido que hasta los dioses sonreirían».

—Así pues, ¿qué me propones? —preguntó. La cabeza le daba vueltas mientras pensaba en todas las posibilidades que se le abrían a partir de una alianza como esa.

—A partir de hoy acordamos en secreto unirnos y planear la manera de aplastar a los shishi, de neutralizar a Anjo y a Sanjiro, y de realizar un ataque sorpresa a Tosa, lo cual ha de ser un objetivo prioritario. En cuanto Anjo muera o dimita, propondré que tú lo sustituyas en el consejo de regentes. Zukumura dimitirá y lo sustituirá la persona que tú y yo acordemos juntos. Seremos tres contra dos. Me quedaré con Toyama y tú podrás elegir a la persona que sustituya a Adachi. Yo te votaré para que seas el jefe del consejo.

—Con la categoría de tairō.

—Basta con que seas el ministro en jefe del consejo.

—No estoy de acuerdo. ¿A cambio de qué?

—A partir de hoy, Tosa y Satsuma son feudos enemigos. Cuando llegue el momento, tendrás que proporcionar todas las fuerzas necesarias para un ataque sorpresa a Tosa y después dividiremos el feudo.

—Dado que es un señor extranjero, sus tierras deberían ir a un señor extranjero.

—Quizá sí, quizá no —dijo Yoshi con tranquilidad—. Debes comprometerte en no aliarte en secreto con Tosa y Satsuma en contra mía o del shōgunado. Si lo haces así, cuando Satsuma y Tosa te ataquen, juntos o por separado, yo me comprometo a apoyarte con una fuerza masiva.

—¿Qué más? —dijo Ogama impasible.

—Tú accedes a no tomar partido en contra mía y yo tampoco tomaré partido en contra tuya.

—¿Qué más?

—A partir de hoy, con gran discreción, nos pondremos a trabajar para anular el matrimonio.

—¿Qué más?

—Por último: las puertas. Aceptarás que las fuerzas legales y legítimas del shōgunado vuelvan a ocupar sus posiciones a partir de mañana.

—Ya te he demostrado que soy el representante legal y legítimo de la Deidad.

—Y yo ya te advertí que, a pesar de que el documento esté firmado correctamente, se ha obtenido porque se han tergiversado los hechos.

—Cuánto lo siento, pero no.

—Las puertas deben estar en manos del shōgunado.

—Entonces ya no nos queda gran cosa de qué hablar.

Yoshi suspiró. Se les rasgaron los ojos.

—Entonces lamento decirte que el emperador te solicitará que abandones las puertas y te marches de Kioto junto con todos tus hombres.

Ogama se quedó mirándolo con la misma frialdad.

—Lo dudo.

—Yo, Toranaga Yoshi, te doy mi palabra. Dentro de seis o siete días el shōgun Nobusada y la princesa ya habrán llegado al palacio. Como guardián, puedo acceder a los dos cuando quiera. Ambos se darán cuenta de que tengo razón, en lo referente a las puertas y a todo lo demás.

—¿Qué es lo demás?

—Las puertas no deberían ser un problema para ti, Ogama-dono. Yo te daría mi palabra de que no te dejaría en ridículo y de que me limitaría a aceptar tu amable invitación de recuperar el control de las puertas. ¿Cuál es el problema? Las puertas no son más que un símbolo. Te aconsejo que preserves la paz y el orden hasta que Anjo desaparezca.

Ogama vaciló, sin saber qué hacer. Sabía que Yoshi era capaz de conseguir la solicitud del emperador y que él se vería obligado a obedecerla.

—Te daré la respuesta dentro de un mes.

—Cuánto lo siento, te doy un plazo de seis días.

—¿Por qué?

—Nobusada llegará a Otsu dentro de cinco días y la noche del sexto día cruzará las puertas. Exijo la posesión, la posesión provisional, antes de ese día.

—Me lo pensaré, Yoshi-dono —repuso Ogama, sin comprometerse.

Se despidieron, cada uno se dirigió a sendos palanquines y todos los que se encontraban en el patio suspiraron de alivio al ver que la reunión se había acabado sin que se produjera el temido derramamiento de sangre.

XXXI

Viernes, 21 de noviembre

Aquel día, Otsu estaba trastornada por un gran ajetreo; los últimos preparativos para la llegada del shōgun Nobusada y la princesa Yazu se realizaban en un clima de expectación y miedo. Los ciudadanos dedicaron varias semanas a barrer las calles y a limpiar las viviendas y los cobertizos. Arreglaron techos, paredes, aljibes y jardines; cambiaron tejas, shojis y tatamis. La posada de las Flores, la más grande de Otsu, estaba al borde del pánico.

Al atardecer, el shōgun Nobusada, con el rostro cubierto por un velo, rodeado de guardias y consejeros, bajó del palanquín en una zona reservada especialmente para él, acompañado de la princesa y el séquito de sus guardias personales, criados y damas de compañía.

La habitación, cálida e impecable, lucía tatamis nuevos y braseros de bronce recién pulidos. Nobusada arrojó al suelo el sombrero y la ropa de abrigo, cansado y de mal humor. Como siempre, el palanquín le había resultado incómodo y el trayecto largo y pesado.

—Ya empiezo a odiar este lugar —le dijo al chambelán que lo saludaba con la cabeza hundida en el suelo junto a una hilera de criadas—. ¡Es pequeño, apesta y me duele todo el cuerpo! ¿Está listo el baño?

—Sí, mi señor, está todo como a vos os gusta.

—Por fin estamos en Otsu, mi señor —dijo la princesa Yazu con alegría al entrar seguida de varias damas de compañía—. Mañana ya estaremos en casa y todo volverá a ser maravilloso. —Las criadas se

apresuraron a recoger el sombrero y la ropa de abrigo que la princesa había tirado al suelo—. ¡Mañana ya estaremos en casa, mi señor! ¡En casa!

Nobusada miró al chambelán y dio una patada en el suelo.

—¿Cuánto tengo que esperar? Llévame al baño y llama a la masajista. Quiero que me masajee la espalda ahora. Y asegúrate de que no haya ruido. ¡Prohíbo toda clase de ruidos!

—Sí, mi señor. El capitán ya lo sabe. Enviaré a la masajita a la casa de baños.

El capitán de la escolta, un célebre Maestro de Espadas con una excelente formación militar, esperaba al chambelán en el jardín. Era un hombre barbudo de unos treinta años. Su ayudante se acercó y le dijo:

—Está todo en orden, señor.

El capitán estaba más tranquilo que de costumbre. Tras inspeccionar la posada y los jardines, rodeados por unas enormes vallas de bambú, había comprobado que los pabellones del shōgun eran fáciles de defender. Además, eran los únicos huéspedes de la posada. Lo guardias conocían la contraseña y las instrucciones eran muy claras: no debían permitir que nadie se acercara a menos de cinco metros del shōgun o de su esposa sin una invitación, y salvo el guardián, los regentes y el capitán, nadie podía hacerlo armado.

El capitán disponía de una guarnición de ciento cincuenta samuráis en el recinto cercado de unos doscientos metros cuadrados. Una unidad de diez hombres vigilaba la única entrada, situada en un puente que conducía a un hermoso portal. En la valla que rodeaba el recinto había un samurái apostado cada diez pasos, y el resto de los seiscientos samuráis se alojaban al lado de la entrada principal o en las posadas vecinas. Las patrullas rondaban por el jardín en silencio, pues el ruido y la presencia de los samuráis enfurecían a la princesa y, por lo tanto, también a su marido.

—No sabes cuánto me alegraré cuando nos encontremos en nuestras barracas y ellos en palacio, y me alegraré aún más cuando hayamos regresado al castillo de Yedo sanos y salvos.

—Sí —respondió el chambelán, harto de sus amos y de sus constantes quejas y exigencias. También él deseaba un baño y un masaje que le aliviara el dolor de espalda, y anhelaba las atenciones de su joven amigo. «De todas formas —pensó—, me imagino que, a su edad, yo sería igual de caprichoso si me trataran como a ellos y me hubieran mimado desde el día que nací». —¿Me permite que le pregunte cuál es la contraseña, capitán?

—«Arco Iris Azul» hasta la medianoche.

A doscientos metros, en las afueras del pueblo, en una granja al final de un callejón, no muy lejos de la barrera del Tokaidō y de Otsu, el jefe del grupo de ataque de los shishi, un joven de Choshu llamado Saigo, fulminaba con la mirada al granjero, a su esposa, sus cuatro hijos, sus padres, su hermano y una criada. Todos estaban arrodillados, muertos de miedo y apretujados en un rincón de la única habitación de la casa, en la que vivían, comían, trabajaban y dormían.

—Acordaos de lo que os he dicho. No sabéis nada, ni habéis visto nada.

—Sí, señor, por supuesto, señor —gimoteó el hombre.

—¡Cállate! Poneos de espaldas, junto al rincón, y cerrad los ojos. ¡Vendaos los ojos con las fajas!

Todos obedecieron en el acto.

Saigo era un joven de dieciocho años, alto, robusto, y atractivo. Vestía una túnica oscura y corta, pantalones parecidos a los que llevaban los samuráis de la posada, sandalias de paja y las dos espadas; lo único que lo distinguía de los otros era que no llevaba armadura. Cuando comprobó que los campesinos tenían los ojos vendados y que se mostraban bastante dóciles, se sentó junto a la puerta, miró por la ventana rota y se dispuso a esperar.

Desde allí veía la barrera y las garitas. Como todavía no había oscurecido, la barrera permanecía abierta. Había tardado varios días en encontrar ese lugar, ideal para sus planes. La puerta trasera

conducía a un laberinto de callejones y senderos y resultaba perfecta en caso de que tuvieran que huir. Había tomado posesión de la casa aquella misma tarde, justo cuando el cortejo del shōgun pasaba por la barrera.

Empuñó la espada en cuanto oyó unos pasos, pero se tranquilizó al ver que quien se acercaba era uno de sus compinches. Pronto hubo siete hombres reunidos en la habitación. Afuera, un hombre hacía guardia junto a la puerta, otro en la esquina del callejón que daba al Tokaidō y un tercero permanecía oculto en el pueblo, listo para llevar a Katsumata las noticias del éxito de la misión, la señal para iniciar el ataque a Ogama y las puertas. Todos vestían igual que Saigo y eran antiguos goshi —el rango más bajo de samuráis— que se habían convertido en ronin. Todos tenían más o menos la misma edad, entre diecinueve y veintidós años. Saigo, de dieciocho años, y su ayudante, Tora, de diecisiete, eran los más jóvenes. Las corrientes de aire que se colaban por la ventana les hacían tiritar de frío.

Saigo hizo señas a los demás para que le siguieran, con los guardias que se habían quedado afuera. Ya no podrían echarse atrás. Los que eran budistas habían rezado la última oración en el templo, los sintoístas habían encendido la última varilla de incienso para unir su espíritu con el hilo de humo que simbolizaba la fragilidad de la vida. Todos habían escrito sus poemas de la muerte y los habían cosido a las túnicas junto con el nombre del feudo al que pertenecían.

Cuando llegaron al callejón, se dividieron y cada grupo cogió un camino distinto. Poco después ocuparon sus posiciones, ocultos entre los matorrales, junto a la valla en la parte trasera de la posada, lo suficientemente cerca como para poder verse entre ellos. La valla de bambú medía tres metros de alto. La luz del crepúsculo empezaba a borrar las sombras.

Saigo hizo señas a Tora, que se encontraba a su lado. Sin hacer ruido, el joven comunicó la contraseña a cada grupo y regresó. Tras recibir la señal de Saigo, cogieron las escaleras que habían ocultado

entre la maleza y las apoyaron en la valla. Saigo volvió a mirar el cielo. Cuando desapareció el último rayo de luz, dio otra señal y saltaron la valla todos a la vez.

Milagrosamente, todo permanecía tranquilo. Miraron a diestro y siniestro, alertas. Por delante de ellos, a unos sesenta metros, se veía la zona ocupada por el shōgun, donde asomaban los tejados cubiertos de paja por encima de una fila de setos gruesos y altos. Se encontraban bastante lejos de la entrada principal, cuyas puertas permanecían abiertas. Todo estaba como lo habían esperado. A excepción de los guardias, pues no contaban con que hubiera tantos.

A su derecha se alzaba la cocina, donde humeaban los calderos, también vigilada por guardias. A la izquierda se hallaban varios pabellones de invitados, rodeados de jardines y puentes, cada uno con un sendero que serpenteaba entre los arbustos. Todo estaba en silencio y a oscuras, solo una linterna alumbraba la galería.

«Karma —pensó Saigo—. De todas formas, hasta ahora todo ha salido bien, el plan es bueno y ya conocemos la contraseña». Durante las últimas dos semanas se había hecho pasar por un samurái que estaba de viaje y, tras embaucar a una cortesana, consiguió visitar el recinto e incluso ver la zona donde se iban a alojar los Santos Viajeros.

—¿Por qué no? —había susurrado—. Nadie se dará cuenta. No tienen que llegar hasta dentro de unos días. Ah, ¡qué hermosa eres! Quiero unirme a ti en el mismo sitio en el que shōgun se unirá con una hermana del Hijo del Cielo. ¿No crees que será algo digno de contar a nuestros nietos? Me parece que no podría vivir sin ti…

También le resultó bastante fácil encontrar a una fanática de los shishi entre las criadas de la casa de baños y convencerla de que no corría ningún peligro si se limitaba a escuchar y susurrar unas cuantas palabras en medio de la oscuridad de la noche.

Tora le tocó el brazo y le señaló una patrulla que se acercaba desde el portal. Era inevitable que la patrulla se dirigiera hacia ellos y los viera bajo la luz de las linternas. Saigo imitó el canto de un pájaro nocturno, un sonido que sus camaradas interpretaron como una señal de alarma.

Se ocultaron aún más entre la maleza, con la cabeza gacha, casi sin respirar. La patrulla se acercó y pasó de largo sin verlos. Katsumata ya se lo había advertido cuando les propuso el plan de ataque:

—Al principio os será fácil ocultaros en la oscuridad. No olvidéis que el factor sorpresa está de vuestro lado, no se esperarán que haya nadie por allí. ¿Quién se atrevería a atacar al shōgun cuando está rodeado de tantos hombres? ¡Es imposible! Recordad que si obráis con cautela y por sorpresa por lo menos dos o tres de vosotros alcanzaréis el objetivo, y basta con que lo consiga uno solo.

Saigo observó al enemigo que se alejaba. Una sensación maravillosa se apoderó de él y recuperó la confianza en sí mismo. Esperó hasta que la patrulla desapareció de su vista y dio la señal a los hombres para que ocuparan las posiciones decididas de antemano. Protegidos por los arbustos, cuatro de ellos se alejaron a rastras hacia la derecha y otros dos en dirección contraria. Después, Saigo respiró hondo y repitió el canto de un pájaro nocturno para dar la orden de ataque.

Enseguida los dos hombres que se encontraban a su derecha salieron del escondite y se internaron por el sendero. Empezaron a caminar, abrazados como si fueran amantes. Los guardias no tardaron en verlos.

—¡Alto! ¡Santo y seña!

Los dos jóvenes obedecieron y uno de ellos gritó:

—Arco Iris Azul, Arco Iris Azul, sargento —y los dos rieron, fingiendo que se avergonzaban de que los vieran y siguieron andando cogidos de la mano.

—¡Alto! ¿Quién va?

—Ah, cuánto lo siento. Somos un par de amigos que están dando un paseo —dijo el joven con voz cálida y suave—. Arco Iris Azul, ¿es que os habéis olvidado de la contraseña?

Uno de los samuráis se echó a reír y dijo:

—Si el capitán os pilla dando un paseo entre los arbustos recibiréis algo más que un Arco Iris Azul y vuestras mejillas sabrán lo que es una buena paliza.

Los dos jóvenes fingieron otra risa y se alejaron sin prisas, ignorando los gritos que les ordenaban retirarse. Al final el sargento gritó:

—¡Vosotros dos, venid aquí ahora mismo!

Se detuvieron un momento, alegando en tono lastimero que no hacían nada malo. Mientras tanto, Saigo y los demás se iban acercando hasta la siguiente posición. En medio de la excitación y la tensión, se detuvieron un momento para descansar. Esta vez, el canto del pájaro nocturno fue lo suficientemente alto como para que los dos jóvenes lo pudieran oír.

Sin titubear, siguieron riendo como si no pasara nada y se alejaron de los guardias, cogidos de la mano como si estuvieran jugando. El sendero los condujo hacia un haz de luz que los iluminó por primera vez. Al verlos, el sargento y los cuatro guardias gritaron furiosos y se abalanzaron sobre ellos. Los centinelas de la entrada principal intentaron ver lo que ocurría y llamaron a los guardias apostados junto a los setos.

Pronto los dos shishi, que se habían colocado de espaldas, espada en mano, se vieron acorralados. Ninguno respondió a las preguntas que les dirigían.

Furioso, el sargento avanzó hacia ellos. Uno de los shishi sacó un shuriken que llevaba oculto en la manga y, antes de que el sargento pudiera agacharse o moverse, sintió el aro de acero clavado en la garganta, mientras se ahogaba en su propia sangre. Los dos shishi se lanzaron al ataque, pero no pudieron romper el cerco que los rodeaba. Lucharon como valientes e hirieron a tres samuráis, pero

aun así, no pudieron superar al enemigo, ni este tampoco desarmarlos y capturarlos vivos.

Uno de los jóvenes recibió una estocada en la espalda. A pesar de lo profundo de la herida, no murió en el acto. El otro, al girarse para acudir en su ayuda, recibió un golpe mortal y se desplomó en el suelo.

—*Sonno-joi* —dijo con voz entrecortada.

Su compañero lo oyó y, tras hacer un último intento de embestir a uno de los samuráis, de repente apuntó la espada hacia sí y se dejó caer sobre ella.

—Ve a buscar al capitán —dijo un samurái jadeante y con el brazo manchado de sangre. Un guardia se alejó corriendo mientras los demás se apiñaban alrededor de los cadáveres y del sargento agonizante—. No podemos hacer nada para ayudarle. Nunca había visto a nadie que lanzara el shuriken tan rápido. —Alguien giró los cadáveres para ponerlos boca arriba—. ¡Mirad! ¡Llevan poemas de la muerte! Así que son shishi; ¡y son de Satsuma! Seguro que eran unos locos.

—*Sonno-joi* —murmuró otro— no tiene nada que ver con los locos.

—No deberías decir esas cosas —le advirtió un ashigaru—. Si te oye un oficial…

—Escuchad, si esos bastardos conocían la contraseña, significa que aquí hay un traidor. —Se miraron los unos a los otros con nerviosismo.

A la derecha, el personal de la cocina se había quedado paralizado, sin saber qué ocurría. Varios samuráis se habían alejado de la fila de setos para acercarse a los cadáveres, lo cual abrió la brecha planeada por Katsumata y Saigo.

Cuando Saigo volvió a dar la señal, dos hombres salieron de entre los arbustos y arrancaron a correr por el sendero. En cuanto los vieron, dos samuráis se precipitaron para interceptarlos, seguidos de otros que acudían en su ayuda, y se inició otra violenta lucha. Uno de los samuráis cayó sujetando un brazo mutilado con la mano;

los que se hallaban justo delante de Saigo también abandonaron sus puestos junto a la fila de setos para participar en la lucha. De pronto, los dos shishi interrumpieron la pelea según lo planeado y fingieron que se batían en retirada en dirección a la valla, junto a la cocina, para alejarse de Saigo y sus compañeros. En la huida sacaron unas cuerdas provistas de ganchos en los extremos, que llevaban alrededor de la cintura. Al llegar a la valla, las lanzaron con destreza y empezaron a escalar, mientras los perseguidores les pisaban los talones.

Los dos shishi ya acaparaban la atención de todos. Los guardias situados en la entrada y en el otro extremo de los pabellones del shōgun corrieron para interceptarlos. Lo único que sabían era que dos shishi se habían introducido en el recinto e intentaban saltar la valla para escapar. Un grupo de guardias se adelantó para atraparlos del otro lado.

Uno de los shishi, que había logrado escalar la valla hasta el final, recibió una puñalada justo cuando iba a saltar y cayó encima de los arbustos. El otro soltó la cuerda, se abalanzó sobre su amigo y le dio tiempo para ver cómo este se clavaba el cuchillo en la garganta para que no lo capturaran vivo. A pesar de que luchó con gran entereza, pronto lo desarmaron y lo maniataron en el suelo.

—¿Quién eres? —preguntó un samurái, sin aliento—. ¿Quién eres y a qué juegas?

—*Sonno-joi*… Obedece a tu emperador —dijo el hombre jadeando, mientras forcejeaba para liberarse. Al ver a los samuráis que se apiñaban a su alrededor, supo que había cumplido su misión y que podía seguir entreteniéndolos un poco más. No le importaba que lo capturaran porque colgado del cuello llevaba un frasco con veneno que podía alcanzar con los dientes—. Soy Hiroshi Ishii de Tosa, y exijo ver al shōgun.

Desde su escondite, Saigo y los cinco hombres que lo acompañaban oían a su compatriota. Sin embargo, ahora toda su atención se centraba en los setos situados delante de ellos, junto a la entrada de los pabellones. Los pocos guardias que quedaban la

habían abandonado para ir a ver al prisionero y ahora, por fin, el camino quedaba expedito.

—¡Al ataque!

Los seis hombres se pusieron de pie de un salto y echaron a correr, con Saigo y Tora a la cabeza. De pronto, cuando ya habían recorrido la mitad del camino, se oyó que alguien daba la voz de alarma y los samuráis reunidos en torno a los cadáveres de la primera pareja de shishi emprendieron una carrera hacia ellos. Al oírlos, Ishii redobló sus esfuerzos para liberarse y se puso a gritar con la intención de distraer a los guardias que lo vigilaban hasta que un puñetazo le hizo perder el conocimiento.

—Vosotros dos, quedaos aquí —dijo el samurái, mientras se lamía la sangre que le brotaba de los nudillos—. No matéis a ese hijo de perra, lo necesitamos vivo. —Se levantó y se acercó a los demás; una herida en el muslo le obligaba cojear.

Unos guardias estaban a punto de alcanzar a los seis shishi que corrían hacia la fila de setos.

—¡Ahora! —ordenó Saigo. Dos hombres se detuvieron, preparados para repeler un ataque, con los shuriken en la mano. Los samuráis, alertas, aminoraron el paso, embistieron e hicieron varias fintas. Los shuriken dieron en el blanco, pero sin causar heridas mortales, y se inició un combate cuerpo a cuerpo: seis samuráis contra dos shishi.

Los refuerzos empezaban a acudir desde la entrada principal, otros desde el sendero donde habían caído los dos shishi, y todos, tanto los guardias como los intrusos, convergieron en el ala norte de la posada, donde se encontraba el pabellón del shōgun. De pronto, los hombres que vigilaban la entrada principal se dieron cuenta, horrorizados, de que los guardias habían abandonado sus puestos junto a la fila de setos, a la que se acercaban Saigo y los demás atacantes. Corrieron hacia la entrada con la intención de alcanzarla antes de que los shishi llegaran al portal. Detrás de Saigo y Tora, los dos shishi alternaban ataque con atisbos de retirada para cubrir la retaguardia. Aunque los dos estaban bastante heridos, habían

derribado a dos samuráis que ahora yacían en el suelo aullando de dolor. Eran cuatro contra dos, sin contar a los que se dirigían hacia ellos.

—¡Ahora! —ordenó Saigo y la pareja a su izquierda se separó y corrió hacia la entrada. Cuando vieron que iban a llegar antes que los guardias, los samuráis que corrían hacia Saigo cambiaron de rumbo y también se dirigieron hacia la entrada. Enseguida Saigo y Tora retrocedieron y se unieron a la pelea que tenía lugar detrás de ellos. Derribaron a dos de los cuatro samuráis y se dispusieron a eliminar a los otros dos. Solo Saigo y Tora permanecían ilesos.

De pronto Saigo ordenó:

—¡Ahora!

Saigo y Tora reanudaron la carrera hacia la fila de setos y los otros dos, al grito de *sonno-joi*, corrieron hacia la entrada para cubrir a sus compañeros.

La primera pareja de shishi llegó hasta el sendero estrecho de la entrada y corrió hacia el portal. Justo cuando uno de ellos empezaba a abrirlo, una lluvia de flechas disparadas por los arqueros que se habían unido a los refuerzos alcanzaron a los dos hombres, que murieron en el intento. La segunda pareja llegó hasta el sendero. Uno de ellos corrió hacia un samurái que se acercaba y el otro se dirigió hacia la puerta, tropezó con los cadáveres de sus compañeros y cayó acribillado por las flechas. Su compañero se detuvo para luchar con el samurái, pero pronto lo mataron.

Los guardias más veloces estaban a punto de llegar a la entrada y creyeron que Saigo y Tora, que ya estaban casi al final de la carrera y a punto de girar hacia la puerta, no iban a poder alcanzar su objetivo. Los guardias aminoraron el paso, los arqueros apuntaron sin prisa, seguros de su victoria. Pero los shishi, en lugar de dar media vuelta, siguieron recto y se lanzaron hacia la fila de setos con tal ímpetu que la atravesaron. Unos días antes, Saigo había descubierto que, a pesar de que las ramas estaban muy juntas, había entre tronco y tronco una brecha de casi medio metro y que podía atravesarse corriendo a gran velocidad.

Y así fue. Con el rostro y los brazos cubiertos de rasguños, los dos hombres se hallaron en el punto exacto que Saigo había planeado: en el sendero que conducía a la casa de baños. No vieron a nadie, hasta que aparecieron unas criadas que se los quedaron mirando boquiabiertas y aterrorizadas. Saigo iba a la cabeza. Avanzaban por el sendero hasta alcanzar la escalinata. De pronto vieron a dos oficiales, desarmados y desprevenidos. Saigo mató al chambelán en el acto e hirió al otro. Tora lo remató, saltó por encima de los cadáveres y siguió corriendo.

Pasaron por la galería, doblaron una esquina y atravesaron la pared shoji para irrumpir en la casa de baños. Las criadas medio desnudas gritaron presas de pánico al verlos aparecer blandiendo las espadas, con el rostro cubierto de sangre y los kimonos hechos trizas. El aire en la casa de baños era cálido y húmedo, y un aroma dulce impregnaba el ambiente.

Saigo gritó de rabia. En la bañera, repleta del agua que provenía de un manantial, no había nadie; nadie tampoco en las camillas para los masajes, salvo en una. A Saigo le bastó una fracción de segundo para examinar cada detalle de la muchacha desnuda que yacía en la camilla y que lo miraba atónita, la boca abierta, los dientes negros, el cabello envuelto en una toalla blanca, los pechos menudos, igual que las piernas y los pies, los pezones marrones, la piel rosada por el calor del baño. La masajista ciega permanecía inmóvil a su lado, con la cabeza erguida, escuchando con atención.

Sería tan fácil matar a la muchacha y a todos los demás, pero las órdenes eran no tocar a la princesa pasara lo que pasara. Sin embargo, se sintió estafado pues habían calculado el tiempo perfectamente y todo había resultado según lo previsto; le sobrevino tal furia que la cabeza estuvo a punto de estallarle. La furia se transformó en lujuria y se estremeció. Deseaba poseerla ahí mismo, ansiaba con furia salvaje la muerte de los dos, la de la princesa incluso más que la del shōgun, pero antes deseaba violarla.

Corrió hacia la muchacha. Las criadas se dispersaron, una se desmayó; la princesa aulló, petrificada, incapaz de moverse. Pero

Saigo estaba tan obsesionado con el shōgun que se contuvo y pasó a su lado sin detenerse, en dirección a la puerta shoji, que también atravesó. Seguido de Tora, corrió por las galerías hacia los dormitorios, como un animal asesino y rabioso. Las puertas estaban abiertas y las criadas, damas de compañía y sirvientes, atraídos por el alboroto, los miraban sin saber qué hacer.

En las habitaciones no había guardias. Todavía.

Nadie se cruzó en su camino. Todavía.

Recorrieron un pasillo, hasta llegar a la última habitación. A Saigo le faltaba muy poco para llegar al dormitorio del shōgun, el mismo donde él se había acostado con la cortesana a escondidas.

Con todos los sentidos a flor de piel, Tora corría detrás de él, mientras oía acercarse los pasos del enemigo. Pasaron junto a otra habitación. Solo quedaba otra puerta, el último obstáculo. Allí vieron los rostros asustados de un médico y un joven que tosía. Doblaron una esquina e iniciaron el último tramo de la carrera.

De pronto, se detuvieron. Delante de ellos, un oficial y tres samuráis acababan de salir de las habitaciones del shōgun y los esperaban empuñando las espadas. Tras una ligera vacilación, Saigo arremetió, dispuesto a matar o morir. Tora lo imitó, consciente de que ahora solo esos cuatro hombres le separaban del shōgun.

—*Sonno-joi!*

El capitán repelió el primer ataque, sorteó el primer golpe y las dos espadas se enzarzaron en un violento combate. De pronto giró y arremetió contra Saigo mientras los otros dos samuráis se enfrentaban a Tora; el cuarto se mantenía al margen como se le había ordenado. Saigo esquivó el golpe y respondió con otro, sin dar en el blanco. Estaba tan cerca de su objetivo que luchaba seguro de sí mismo; le parecía que la espada había adquirido vida propia y anhelaba atravesar la carne del enemigo del mismo modo que iba a destruir al shōgun.

De pronto sintió como si le quitaran una venda de los ojos y volvió a ver al médico y al muchacho; recordó que alguien le había

dicho que el shōgun tenía una tos seca. Por supuesto, no existía ningún retrato del shōgun y ningún shishi lo había visto nunca.

—Si no está en la casa de baños —había dicho Katsumata—, lo reconoceréis por los dientes negros, la tos y la calidad de su túnica. Y recordad que tanto él como la princesa no soportan la presencia de los guardias.

Con una fuerza descomunal y aullando como una fiera salvaje, Saigo arremetió contra el capitán, que resbaló en el suelo encerado. A pesar de que por un momento estuvo totalmente indefenso, Saigo no le asestó el último golpe mortal y arrancó a correr hacia la habitación en que había visto al muchacho. En ese momento, el samurái que no había participado en la pelea vio que había llegado el momento de intervenir y le clavó la espada en las costillas. Sin embargo, Saigo no sintió nada y dirigió la espada hacia el espectro del shōgun delante de él, una y otra vez, hasta que cayó al suelo agitando la espada, sin saber que ya estaba muerto.

El capitán se puso de pie de un salto y se abalanzó sobre Tora. Le clavó la espada y luego, con la habilidad de un carnicero, retiró la hoja y lo decapitó de un solo golpe.

—Haced lo mismo con el otro —dijo, señalando a Saigo, mientras intentaba recobrar el aliento. Regresó a la galería y vio a unos hombres que corrían hacia el pabellón. Soltó una maldición y dijo sin parar de correr:

—Quiero que todos los hombres de este turno se presenten, desarmados, en la plaza que está al lado de la posada, y que me esperen de rodillas. ¡Vosotros también!

El corazón le seguía latiendo con fuerza, estaba furioso y todavía no se había recuperado del susto. Poco antes de que se pusiera el sol, Nobusada le había mandado llamar:

—Retira a todos los guardias de este pabellón y que se vayan al otro lado de los setos. Es ridículo que estén aquí, ¡estas habitaciones son minúsculas y horribles! ¿Es que eres tan inútil que no puedes proteger una posada tan pequeña y espantosa? ¿Es que tenemos que bañarnos con los guardias, dormir con los guardias y comer

delante de ellos? Fuera de aquí, quiero que se vayan todos ahora mismo.

—Pero, mi señor, debo insistir…

—Basta ya. Esta noche no quiero ver a ningún guardia. ¡Y no hay más que hablar!

El capitán no podía hacer nada para evitarlo, aunque tampoco tenía motivos para preocuparse. Por supuesto, la posada estaba bien protegida.

Cuando oyó los primeros ruidos del ataque estaba haciendo una última ronda por el pabellón, acompañado de cuatro hombres. Cuando llegó al portal, vio a cuatro hombres que corrían hacia los setos y a otros dos que se dirigían hacia el portal. Su primera reacción fue pensar en el shōgun y se precipitó a la casa de baños. Se cruzó con el chambelán y este le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nos están atacando. ¡Saca al shōgun del baño!

—No está allí, está con el médico…

Otra carrera hasta las habitaciones, vacías. Una criada asustada le dijo que el señor shōgun se hallaba en una de las habitaciones junto a la galería. Al salir, vio a los dos hombres que se acercaban. Ahora ya no podía hacer nada para proteger al shōgun, pero pensó que si habían llegado hasta allí, cabía la posibilidad de que no hubieran visto a su señor…

Sabía que su propia vida corría peligro hasta que no encontrara al shōgun sano y salvo. Pronto lo vio, tosiendo y maldiciendo, asustado, rodeado de gente. En cuanto se enteró de que la princesa se encontraba bien pese a ser víctima de un ataque de histeria, se tranquilizó. Ignoró a Nobusada y ordenó con voz glacial:

—Envía a un mensajero y cuatro hombres con un informe urgente y llama a todos los guardias, excepto este turno. Quiero a cincuenta hombres alrededor de este pabellón y a dos en cada esquina de las galerías. Y una guardia de diez hombres permanentemente junto al shōgun hasta que él y la princesa se encuentren a salvo en palacio.

Al día siguiente, a media mañana, Yoshi caminaba por los jardines de palacio bajo una llovizna, acompañado del general Akeda.

—Esto es muy peligroso, mi señor —le dijo, pues temía que el enemigo se hubiera ocultado detrás de cualquier arbusto o matorral.

Iban vestidos con armadura, por lo cual resultaban bastante extraños ya que la presencia de samuráis estaba prohibida y nadie podía ir armado, salvo el shōgun y cuatro guardias, el jefe de los regentes y el guardián del heredero.

Eran casi las doce. Los dos hombres llegaban tarde y no se fijaron en la belleza que los rodeaba, los lagos, los puentes, los arbustos en flor y los árboles cuidados con esmero desde hacía siglos. Cada vez que se cruzaban con un jardinero, este hundía la cabeza en el suelo y no se levantaba hasta que hubieran desaparecido. Sobre la armadura, un grueso manto los protegía de la lluvia. Había estado lloviendo toda la mañana. Yoshi aceleró el paso.

No era la primera vez que acudía a una reunión clandestina dentro de los recintos de palacio. A pesar de ser un lugar seguro, no se sentía del todo tranquilo. «Es tan difícil encontrar un lugar para celebrar una reunión, sin espías, informantes o adversarios; y es casi imposible que sea secreta, siempre existe la posibilidad de que alguien tienda una emboscada, o de que me envenenen, o de que aparezcan arqueros o mosqueteros». Lo mismo les ocurría a todos los daimios. Yoshi sabía que su vida siempre corría peligro; tanto era así que su padre y su abuelo le habían enseñado a aceptar que en su karma no había lugar para la vejez.

—Este es el lugar más seguro que existe —dijo—. Aquí nadie sería capaz de violar una tregua.

—Sí, salvo Ogama. Es un mentiroso, un tramposo, debería ser carne para los buitres.

Yoshi sonrió y se sintió mejor. Desde que le llegaron a media noche las espantosas noticias sobre el ataque de los shishi, había

estado con los nervios a flor de piel, más que cuando murió su tío y eligieron a Nobusada en lugar de a él, o cuando el tairō Ii lo arrestó a él junto con toda su familia. Tras enviar a doscientos hombres a la barrera de Kioto para recibir el cortejo, ordenó a Akeda que fuera a ver a Ogama para contarle lo ocurrido y explicarle los motivos por los cuales sus hombres abandonaban el recinto fuertemente armados.

—Cuéntale a Ogama todo lo que sabemos y responde a todas sus preguntas. No quiero que cometas ningún error, Akeda.

—No lo haré, mi señor.

—Muy bien. Luego dale esta carta y pídele una respuesta inmediata. —Yoshi no le había dicho nada acerca del contenido de la carta y el general tampoco se lo preguntó. Cuando Akeda regresó, Yoshi le dijo—: Dime exactamente cómo reaccionó.

—Ogama leyó la carta dos veces y escupió, maldijo, se la dio de malos modos a su consejero, que tras leerla con el rostro impasible, sin revelar nada, dijo: «Le sugiero que lo hablemos en privado, mi señor». Les dije que no me importaba esperar, y poco después Basuhiro regresó y me dijo: «Mi señor acepta, pero vendrá armado, igual que yo». ¿Qué ocurre, mi señor?

Yoshi se lo contó y el hombre empalideció.

—¿Le pediste una reunión a solas y conmigo? Eso es una locura, no debes fiarte…

—¡Basta! —Yoshi era consciente de los riesgos que corría, pero tenía que volver a intentarlo, necesitaba una respuesta a su propuesta sobre las puertas. Después, cuando estaba a punto de marcharse, uno de sus espías le informó acerca de ciertas conversaciones entre Katsumata y los shishi en la posada de los Pinos Susurrantes y se alegró de haber convocado la reunión.

—¡Ahí está!

Ogama se hallaba en el lugar acordado, bajo la sombra de un árbol, con Basuhiro a su lado. Los dos se mostraban desconfiados, temiendo que los traicionaran, pero su nerviosismo no era tan evidente como el de Akeda. Yoshi había propuesto que Ogama

entrara por la puerta del este, donde tenía que dejar el palanquín y los guardias, y, al acabar la reunión, los cuatro saldrían por la misma puerta.

Igual que en la reunión anterior, los dos hombres se apartaron para hablar a solas. Akeda y Basuhiro observaban, tensos.

—¡Vaya! —dijo Ogama tras los saludos formales—. Un puñado de shishi son capaces de burlar a cientos de guardias y consiguen introducirse en la casa de baños de Nobusada. ¿Dices que eran diez hombres?

—Había tres ronin de Choshu, los dos que atravesaron la fila de setos eran de Choshu y uno de ellos era el jefe. —Yoshi todavía no se había recuperado del susto y se preguntó si se atrevería a sacar la espada ante una oportunidad como esa para desafiar a Ogama. No temía a Basuhiro, con o sin la ayuda de Akeda.

«Ogama tiene que morir como sea —pensó—, pero todavía no ha llegado el momento. No mientras las puertas estén en poder de los dos mil samuráis de Choshu».

—Todos murieron y, salvo unos cuantos guardias, no hubo grandes pérdidas. Me he enterado de que has ofrecido una amnistía a todos los ronin de Choshu —dijo con voz cortante. Se preguntaba si Ogama había participado en el fallido ataque, pese a haber sido planeado con tanta habilidad.

—Sí —repuso Ogama con una sonrisa—. Todos los daimios deberían imitarme. Es una manera fácil y rápida de controlar a todos los ronin. Son una plaga que hay que exterminar.

—Estoy de acuerdo. Pero la amnistía no los detendrá. ¿Me permites que te pregunte cuántos ronin han aceptado la propuesta?

—¡Seguro que no fueron los que participaron en el ataque! —dijo Ogama riéndose—. Hasta ahora, solo uno o dos, Yoshi-dono. ¿Cuántos hay en total? ¿Cien? Estoy seguro de que veinte o treinta son de Choshu. De todas formas, da igual. —Se le endurecieron las facciones del rostro—. Yo no planeé el ataque, si es eso lo que te preocupa, ni sabía nada. —Volvió a sonreír—. Eso sería impensable. ¿Verdad? Nos sería muy fácil aplastar a los shishi si tú y yo nos lo

propusiéramos, pero lo difícil es acallar su lema, si es que hay que acallarlos. Pues, al fin y al cabo, es posible que su causa sea justa. El poder debe estar en manos del emperador y hay que expulsar a los gai-jin. *Sonno-joi* es un buen lema, ¿no te parece?

—Podría decir muchas cosas, Ogama-dono, pero los aliados no deberían pelearse entre sí. ¿Somos aliados? ¿Qué me dices?

Ogama asintió.

—En principio, sí.

—Muy bien —dijo Yoshi, ocultando la sorpresa que le producía que Ogama aceptara sus condiciones—. Antes de que acabe el año serás ministro en jefe. A partir del mediodía yo recupero las puertas. —Se giró para marcharse.

—Acepto todas las condiciones, menos las puertas.

—Pero te dije que las necesitaba.

—Cuánto lo siento. Estoy dispuesto a aceptar una alianza secreta y a declarar la guerra a Tosa y a Satsuma, pero no a entregarte las puertas. ¡Cuánto lo siento!

Yoshi permaneció callado y lo observó. Ogama le devolvió la mirada, sin miedo, dispuesto a pelear si el otro lo provocaba. Entonces Yoshi suspiró y se secó las gotas de la lluvia que le resbalaban por el ala del sombrero.

—Yo quiero que seamos aliados. Los aliados deberían ayudarse. Yo tengo que cumplir con mis obligaciones, pero antes quería darte una noticia muy especial: Katsumata está aquí, en Kioto.

Ogama enrojeció.

—Es imposible, mis espías me lo habrían dicho.

—Está aquí y ha llegado hace varias semanas.

—Sanjiro no ha enviado a nadie a Kioto, y menos a él. Mis espías me lo habrían…

—Ah, cuánto lo siento —dijo Yoshi con suavidad—. Está aquí, escondido, y no como espía de Sanjiro. Katsumata es un shishi, un sensei de los shishi y es el jefe de todos los shishi de Kioto. Su nombre en clave es el Cuervo.

Ogama se quedó atónito.

—¿Katsumata es el jefe de los shishi?

—Sí. Y hay algo más. ¿Verdad que Katsumata es el consejero y estratega de confianza de Sanjiro? ¿Verdad que se burló de ti con un pacto falso y te engañó en Fushimi para que Sanjiro pudiera escapar? ¿Acaso eso no significa que Sanjiro de Satsuma es el verdadero jefe de los shishi y que todos esos asesinatos forman parte de un plan general para derrocarnos a todos, sobre todo a ti, y para convertirse en shōgun?

—Eso es lo que él siempre ha querido —dijo Ogama aturdido, pues ahora empezaba a comprender muchas cosas—. Si también controla a los shishi… —Se detuvo, furioso porque Takeda no se lo había contado. ¿Por qué? ¿Sería que Takeda no era un verdadero espía, un leal vasallo?—. ¿Y ahora dónde está Katsumata?

—Una de tus patrullas estuvo a punto de cogerlo hace un par de días cuando tendió una emboscada en la posada de los Pinos Susurrantes.

Ogama volvió a enrojecer y estuvo a punto de escupir.

—¿Estaba allí? Nos habían llegado noticias de que unos shishi se alojaban en esa posada, pero no nos dijeron que… —Le sobrevino otro acceso de furia cuando se dio cuenta de que Takeda no le había avisado de que su enemigo más odiado había estado a su alcance. «¿Por qué? No importa, ya me ocuparé de Takeda. Ahora tengo que pensar en Katsumata. No me olvido de que él fue el culpable de que fallara el ataque sorpresa a Sanjiro. De no haber sido por él, Sanjiro estaría muerto, yo sería el señor de Satsuma y ahora no tendría que hablar con Toranaga Yoshi, pues estaría arrodillado a mis pies».

—¿Y ahora dónde está? ¿Lo sabes?

—Sé dónde se refugió anoche, quizá ahora siga allí. —Yoshi añadió con suavidad—: Hay más de un centenar de shishi en Kioto y han planeado asesinarte.

Ogama se estremeció; sabía que era imposible defenderse del ataque de un fanático dispuesto a morir.

—¿Cuándo?

—De haber salido bien el ataque al shōgun, iban a hacerlo mañana al anochecer. Después de matarte, y con la ayuda de los partidarios que tienen entre tus tropas, iban a apoderarse de las puertas.

Ogama tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse y no revelarle a Yoshi que había concertado una cita secreta con Togama para el día siguiente, el momento perfecto para tenderle una emboscada.

—¿Y ahora que han fracasado?

—Me han dicho que los jefes se van a reunir esta noche para decidirlo. De momento, tú encabezas la lista de sus objetivos, sin contar a Nobusada y a mí.

—¿Por qué? —balbuceó Ogama—. Yo apoyo al emperador y me opongo a la presencia de los gai-jin.

Yoshi reprimió una sonrisa, pues sabía la respuesta.

—Te propongo que esta noche unamos nuestras fuerzas. Sé dónde se va reunir Katsumata con los jefes. En esa zona hay toque de queda desde el anochecer hasta el amanecer.

Ogama suspiró.

—¿Y el precio?

—En primer lugar, tengo más información que nos afecta a los dos. —Ante la creciente preocupación de Ogama, Yoshi le contó los detalles de la reunión de los regentes con sir William y los ministros, le habló de su espía Misamoto y de la amenaza de sir William de ir a Kioto en cuanto llegara su flota a pesar de que, de momento, habían logrado apaciguarlo.

—Su flota no pasará por los estrechos de Shimonoseki si yo lo ordeno.

—Pueden ir por la Isla del Sur.

—Da igual. Si se acercan a Osaka, yo, o nosotros, los destruiremos.

—La primera vez. Con grandes pérdidas, pero sí, podríamos repelerlos. Sin embargo, hace dos días recibí un informe secreto del Bakufu. —Sacó el pergamino—. Toma, léelo.

—¿Qué dice? —inquirió Ogama irritado.

—Que la flota de Yokohama recibió órdenes de tomar represalias por el hundimiento de un barco británico y asoló veinte millas de la costa china, al norte de Shanghái, tras incendiar todos los puertos y hundir todos los barcos.

Ogama escupió.

—Allí no hay más que piratas y nidos de piratas.

—A mi juicio, si hubiera paz entre los daimios ganaríamos tiempo y podríamos dedicarnos únicamente a manipular a los gai-jin. Podríamos acceder a todos sus secretos sobre las armas y los buques y averiguar por qué una isla tan pequeña, más aun que la nuestra, se ha convertido en el país más rico y poderoso del mundo.

—Es mentira. Es una mentira que dicen para asustar a los cobardes.

—No lo creo. Primero tenemos que aprender, y después estaremos capacitados para vencerlos. Ahora no podemos.

—Sí que podemos. Esta es la Tierra de los Dioses. Tengo una fábrica de cañones y pronto habrá más. Satsuma tiene tres pequeños barcos de vapor, ha empezado a construir un astillero, y pronto habrá más. —Se le contorsionó el rostro—. Podemos destruir Yokohama y la flota, y cuando les lleguen los refuerzos estaremos preparados para recibirlos.

Yoshi ocultó la sorpresa que le producía la vehemencia y el alcance de su odio; se alegró de haber descubierto una nueva arma para utilizar contra su adversario.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Verás, Ogama-dono —dijo, fingiendo que se alegraba—, nosotros pensamos igual que tú, aunque quizá lo hagamos desde puntos de vista distintos. Queremos acabar con ellos, pero tenemos que escoger el momento oportuno, adquirir conocimientos y hacer que ellos nos proporcionen los medios para derrotarlos con sus propias armas. —Se le endureció la voz—. Dentro de un año, tú y yo controlaremos el consejo y el Bakufu. Y dentro de tres o cuatro años, podremos comprar muchos fusiles, cañones y barcos.

—¿Y cómo los pagaremos? Los gai-jin son muy codiciosos.

—Podríamos proporcionarles carbón para sus barcos, y oro. —Yoshi le contó lo que había hecho con las minas de oro.

—Muy listo —dijo Ogama con una extraña sonrisa—. En Choshu hay carbón, hierro y árboles para construir barcos.

—Y ya tienes una fábrica de armas.

Ogama se echó a reír y Yoshi lo imitó, pues sabía que acababa de dar un gran paso adelante.

—Es verdad, y cada mes tengo más baterías. —Ogama se arrebujó en su manto para protegerse de la lluvia y añadió—: Y estoy cada vez más decidido a disparar al enemigo. ¿Eso es todo lo que me tenías que decir, Yoshi-dono?

—De momento. ¿Me permites que te aconseje que sueltes un poco las garras en los estrechos? De todas formas son tuyos y puedes hacer lo que quieras con ellos. Sí, no tengo nada más que decir, pero como aliado tendrás derecho a recibir toda clase de información privilegiada.

—Como aliado, espero recibir información privilegiada. —Ogama miró a Basuhiro y decidió que no iba a consultar con él. «Yoshi tiene razón —pensó—, a veces los jefes tienen que guardar secretos». —Ya hemos hablado suficiente. En cuanto a Katsumata, te pregunté el precio. Para realizar un ataque conjunto esta noche.

—¿Qué estaría dispuesto a ofrecer un aliado tan especial como tú?

Ogama intentó aliviar la tensión en el cuello y los hombros. Esperaba esa respuesta; a pesar de sus fanfarronerías no era tonto. «Ya habrá tiempo de sobra para modificar la oferta», pensó, aunque a ninguno de los dos se le ocurriría ponerse a regatear como si fueran unos vulgares comerciantes de arroz.

—Puedes guarnecer las puertas durante un mes, con solo veinte hombres en cada una, y yo tendré a doscientos hombres estacionados cerca de ellos. —Ogama sonrió y añadió—: Pero no lo suficientemente cerca como para humillarte. Como siempre, tu oficial concederá los permisos a todas las personas que quieran

entrar o salir, pero antes tendrá que consultar con mi oficial de enlace.

—¿Consultar?

—Sí, consultar, como hacen los aliados privilegiados, para que haya consenso. —La sonrisa desapareció—. Si llega a haber más de veinte hombres, mis hombres volverán a apoderarse de las puertas y se anularán todos los acuerdos. ¿De acuerdo?

Yoshi se sorprendió. No había necesidad de amenazar y era evidente que si uno de los dos intentaba cualquier truco todos los acuerdos quedarían anulados.

—Prefiero tener cuarenta hombres en cada puerta. Ya ultimaremos los detalles sobre el relevo de la guardia. Y yo guarneceré las puertas mientras el shōgun Nobusada y la princesa Yazu estén en el palacio.

Ogama percibió el cambio.

—El shōgun Nobusada de acuerdo, pero no la princesa, pues es capaz de… de quedarse para siempre. ¿Dices que cuarenta hombres? De acuerdo, cuarenta en cada puerta. Por supuesto, no esperes que el Hijo del Cielo rescinda su petición de proteger las puertas.

—El Hijo del Cielo es el Hijo del Cielo, pero me pregunto si no anulará la petición cuando las fuerzas del shōgunado vuelvan a ejercer sus derechos históricos.

De pronto, a Ogama se le demudó el rostro.

—Olvidemos ese intercambio cordial y hablemos con franqueza: te concederé las puertas a cambio de la captura de Katsumata y todo lo demás. Tus hombres serán los guardias de honor, podrás enarbolar tus estandartes y estoy de acuerdo contigo en muchas cosas, pero no cederé en mi oposición a esos derechos históricos, al shōgunado, o al Bakufu… —Se detuvo y, como necesitaba aceptar lo que Yoshi le ofrecía, hizo otra concesión—. Me refiero al shōgunado y al Bakufu actual, Yoshi-dono. Te ruego que me disculpes por hablarte con tanta claridad, me gustaría que fuéramos aliados,

aunque nunca creí que fuera posible ni que yo llegara a un acuerdo contigo.

Yoshi asintió, ocultando su regocijo.

—Me alegro de que podamos llegar a un acuerdo, y yo también te hablaré con claridad y te diré que podemos ponernos de acuerdo para realizar grandes cambios, y pequeños también. Por ejemplo —añadió con ligereza—, si el emperador llega a enviar esa petición, será una falsificación.

Ahora la sonrisa de Ogama era sincera y le pareció que había llegado a un arreglo perfecto.

—Muy bien. Y ahora, Katsumata.

El ataque a la guarida de los shishi se inició poco antes del amanecer. La sorpresa fue perfecta. Katsumata se hallaba reunido en el interior con los demás jefes. Y con Sumomo.

La primera vez que los centinelas percibieron una señal de peligro fue cuando, al fondo del callejón lleno de barro por la lluvia, un cobertizo se prendió en llamas en medio de los gritos de alarma de sus ocupantes y vecinos. Enseguida un grupo de hombres y mujeres —todos al servicio del Bakufu— empezaron a apiñarse en el callejón, simulando que estaban aterrorizados, para encubrir a las fuerzas de ataque que se acercaban. Cuando los centinelas acudieron para averiguar lo que ocurría, varias flechas surgieron de la oscuridad y los derribaron. Uno de ellos emitió un alarido para alertar a los demás antes de morir.

Enseguida el contingente invadió el callejón y rodeó las viviendas. La mayoría de los hombres eran de Ogama, a petición suya. Yoshi accedió y dijo que enviaría un refuerzo simbólico de cuarenta samuráis escogidos a dedo y capitaneados por Akeda.

Después de que unos hombres encendieran varias antorchas para iluminar la parte delantera y posterior de la choza, dispararon una lluvia de flechas que penetró todas las aberturas de la choza. Luego, inesperadamente, los cuatro fusileros de Yoshi ocuparon sus

puestos alrededor de la casa, apuntaron a las paredes de papel y dispararon varias descargas.

Por un momento reinó un silencio sepulcral. Los samuráis, los shishi y los vecinos estaban todos igual de sorprendidos, nunca habían oído tantos disparos seguidos. El silencio cesó en cuanto todos, menos el contingente de ataque, se dispersaron para refugiarse y empezaron a oírse los gritos de los heridos en el interior de la vivienda. Una choza al lado de la que estaba en llamas se incendió, y pronto empezaron a arder más casas, hasta que todas las viviendas situadas en el extremo del callejón se convirtieron en una hoguera que atrapó a más de una familia.

Akeda gritó una orden. Sus hombres corrieron con las antorchas hacia la choza y las lanzaron al techo y a través de los shojis. Se retiraron rápidamente para dejar el campo libre a los fusileros. Hubo más disparos y más muertes cuando otro grupo de shishi salió corriendo para mezclarse en la refriega. La noche exhalaba un olor a humo, basura y sangre, a fuego, carne quemada y muerte. Empezó a caer una ligera llovizna.

Protegidos por sus guardias personales y acompañados de oficiales del Bakufu, Ogama y Yoshi observaban lejos de las llamas y las peleas. Ambos vestían una armadura y llevaban las espadas, Yoshi tenía el fusil colgado del hombro. En medio de la confusión, de pronto vieron a un shishi que, tras atravesar el cerco, apretó a correr y giró por un callejón lateral.

—¿No será Katsumata? —gritó Ogama, pero sus palabras fueron sofocadas pues Yoshi, sin vacilar, apuntó y disparó, cargó y volvió a disparar. Cuando el hombre cayó al suelo, Ogama y los demás se estremecieron, pues no esperaba que Yoshi se involucrara personalmente. Sin prisas, Yoshi volvió a disparar al hombre que se retorcía en el barro. La bala lo empujó hacia atrás, se oyó un último alarido de dolor y el cuerpo quedó inerte.

—No era Katsumata —comprobó Yoshi disgustado.

Ogama soltó una maldición, pues por la noche no veía bien. Apartó la mirada del cadáver y, tras contemplar el fusil en manos de

Yoshi, contuvo un escalofrío.

—Veo que sabes utilizarlo muy bien. ¿Tienes más fusiles?

Yoshi decidió ser sincero.

—De momento no.

Ogama le devolvió el fusil y volvió a concentrarse en las chozas.

El clamor de la batalla empezaba a disminuir a medida que crecían las llamas. Cada vez acudía más gente que intentaba sofocar el fuego con cubos de agua. Los tejados de la choza de los shishi y de las casas vecinas habían empezado a arder. Estalló otro combate cuando un grupo desesperado de shishi, entre los cuales había varios heridos, abandonó la choza en llamas.

—Katsumata no está con ellos —dijo Yoshi.

—A lo mejor intentó huir por detrás.

A su lado, yacían cinco shishi, ocho samuráis de Ogama y seis heridos. Otra pelea entre tres shishi y diez samuráis de Ogama estaba a punto de concluir. Al grito de *sonno-joi*, los tres hombres se abalanzaron a la muerte. Treinta samuráis de Choshu permanecían a la espera de la siguiente incursión. El humo salía por los shojis y el olor a carne quemada impregnaba el aire. En el interior no se percibía el menor ruido. Un oficial llamó a un samurái.

—Vete a darle el parte al capitán y pregúntale si hemos de esperar o si quiere que entremos.

El hombre se alejó corriendo.

Delante, la escaramuza acabó igual que todas las demás. Los tres shishi murieron como valientes. Hasta ahora habían muerto doce shishi, diecisiete samuráis de Choshu y uno de Yoshi. Quedaban catorce heridos y tres shishi desvalidos y desarmados. El capitán escuchó el parte.

—Dile al oficial que espere y que mate a cualquiera que intente salir. —Llamó a un grupo que permanecía en la reserva—. Evacuad las chozas y matad a todos los que no se rindan, menos a los heridos.

Los hombres corrieron hacia la puerta. Se oyeron varios gritos y luego reinó el silencio. Un hombre salió, con una herida profunda en

el muslo.

—Hay seis heridos y muchos muertos.

—¡Sacadlos antes de que se derrumbe el techo!

Alinearon a los muertos y heridos delante de Yoshi y Ogama. Las antorchas proyectaban unas sombras extrañas. En total, había veintinueve muertos y once heridos, y ninguno era Katsumata.

—¿Dónde está? —gritó Ogama a un oficial, furioso, igual que Yoshi. Nadie sabía con exactitud cuántos hombres había en la choza antes de iniciar el ataque.

El hombre se arrodilló.

—Mi señor, os juro que estaba en la choza y que no la abandonó.

Ogama se acercó a un shishi herido.

—¿Dónde está?

El hombre lo miró, agonizante.

—¿Quién?

—¡Katsumata! *¡Katsumata!*

—¿Quién? No conozco a… a Katsumata. *Sonno-joi*, ¡traidor! Mátame y acaba de una vez por todas.

—Ya habrá tiempo para eso —dijo Ogama entre dientes.

Interrogaron a cada uno de los heridos. Ogama escrutó cada rostro y ninguno de ellos era el de Katsumata. Ni el de Takeda.

—Matadlos a todos.

—Deja que mueran con honor, como samuráis —dijo Yoshi.

—Por supuesto. —Los dos alzaron la vista para ver cómo el techo de la choza se derrumbaba y las paredes se desplomaban en medio de una lluvia de chispas.

—¡Capitán! Apague el fuego. Tiene que haber un sótano, un lugar para ocultarse. —Ogama se alejó, hecho una furia, pues se sentía estafado.

El oficial se levantó y se acercó a Yoshi.

—Disculpe, mi señor —susurró—. Pero la mujer tampoco está. Seguro que hay un…

—¿Qué mujer?

—Una joven de Satsuma. Ha estado con ellos desde hace varias semanas. Creemos que era la compañera de Katsumata. Lamento decirle que Takeda tampoco está.

—¿Quién?

—Un shishi de Choshu que hemos estado vigilando. Es posible que sea un espía de Ogama, lo vimos entrar a escondidas en el cuartel de Ogama el día antes del otro ataque a Katsumata.

—¿Estás seguro de que Katsumata y los otros dos estaban allí dentro?

—Sí, mi señor.

—Eso quiere decir que hay un sótano o un pasadizo secreto.

Al amanecer encontraron una trampilla que daba a un túnel lo suficientemente estrecho como para poder recorrerlo a gatas y que conducía a un jardín abandonado no muy lejos de allí. Ogama, furioso, pegó una patada a la puerta camuflada.

—Baka!

—Ofreceremos una recompensa por la cabeza de Katsumata. Una recompensa especial —dijo Yoshi. Estaba irritado. Era evidente que el fracaso había mermado la relación entre los dos, que había sido manipulada e iniciada con tantas penurias. Sin embargo, era demasiado astuto como para mencionar a Takeda, o a la mujer, ya que ella no era importante.

—Katsumata tiene que estar en Kioto. Daré órdenes al Bakufu para que lo busque y nos lo traiga vivo o muerto.

—Ha llegado el correo de Shimonoseki, mi señor —dijo Basuhiro sin resuello, corriendo hacia Ogama.

El rostro de Ogama parecía una máscara. Cogió el rollo y se acercó a una antorcha, seguido de Basuhiro que sostenía un paraguas para protegerlo de la lluvia. Abrió el rollo ante la mirada atenta de todos los presentes.

El mensaje era del capitán que estaba al mando de los estrechos y lo había enviado hacía ocho días por correo urgente:

> «Mi señor, ayer la flota del enemigo regresó con el buque insignia y siete buques de guerra. Algunos de ellos remolcaban unas barcazas cargadas de carbón. Los dejamos pasar por los estrechos de acuerdo con sus instrucciones de no atacar a los buques del enemigo sin una orden por escrito. Podríamos haberlos hundido a todos. Nuestros consejeros holandeses así nos lo han confirmado.
>
> »Después, una fragata de vapor francesa regresó, disparó varias andanadas y destruyó nuestros emplazamientos en el extremo oriental de los estrechos. Una vez más, me abstuve de responder al ataque. Le pido permiso para hundir al agresor si nos vuelve a atacar».

«Muerte a todos los gai-jin», quiso gritar Ogama, ciego de ira, tras enterarse de que la flota entera había estado a su alcance, igual que Katsumata, y de que había eludido la venganza, igual que Katsumata.

—Envíe la orden de que destruya a todos los buques de guerra enemigos.

Basuhiro, que seguía sin aliento, repuso:

—Permíteme que te sugiera, mi señor, que consideres la posibilidad de añadir: «siempre que haya más de cuatro buques», pues así podrás mantener el factor sorpresa.

Ogama asintió, mientras el corazón le latía con violencia ante la idea de que podía haber destruido a todos esos barcos. Empezó a llover con más fuerza. Detrás de Basuhiro vio a Yoshi y los demás oficiales que lo esperaban, atentos. Se preguntó si tenía que tratar a Yoshi como a un aliado o a un enemigo, y consideró las implicaciones del comportamiento tan arrogante de la flota con una sensación de impotencia.

—¡Yoshi-dono! —Le hizo señas para que se acercara y los tres se hicieron a un lado para hablar a solas—. Toma, lee esto, por favor.

Yoshi lo leyó rápidamente. A pesar de su habitual impasibilidad, palideció.

—¿La flota se dirige a Osaka? ¿O va hacia el sur rumbo a Yokohama?

—Vaya adonde vaya, ¡la próxima flota que cruce mis aguas volará por los aires! Basuhiro, envía a un mensajero a Osaka y…

—Espera, Ogama-dono —dijo Yoshi sin titubear, mientras intentaba ganar tiempo para pensar—. Basuhiro, ¿qué te parece?

—Mi señor —repuso en el acto—, creo que deberíamos suponer que se dirigen a Osaka y prepararnos para defenderla. Ya he enviado a unos espías para que lo averigüen.

—Muy bien. —Ogama se secó la cara—. La flota entera ha pasado por mis estrechos… Daría lo que fuera por haber estado allí.

—Es más importante proteger al emperador, mi señor —dijo Basuhiro—, y tu capitán hizo bien en no atacar a los barcos. Estoy seguro de que ha sido un señuelo para calibrar tus fuerzas, cosa que no han conseguido hacer. Ahora ya has puesto el cebo y podrás tender la trampa cuando quieras. Ese buque de guerra bombardeó las posiciones más fáciles y volvió a marcharse enseguida, lo cual me hace suponer que el comandante tenía miedo y no estaba en condiciones para desembarcar e iniciar una guerra, una guerra que nosotros habríamos concluido.

—Claro. ¿Dices que es una treta? Estoy de acuerdo. Yoshi-dono —prosiguió Ogama con determinación—, tendríamos que haber iniciado una guerra; vamos a dirigir un ataque sorpresa a Yokohama, aunque no desembarquen en Osaka.

Yoshi no pudo responder pues intentaba ocultar el temor que se había apoderado de él. «¿Ocho buques de guerra? Eso significa que han reforzado la flota, ya que ahora hay cuatro más que los que zarparon a China. ¿Por qué? Para vengarse de los asesinatos de los Satsuma pero, sobre todo, de los ataques de Ogama a sus barcos. Y harán lo mismo que en China. A pesar de que el barco gai-jin se hundió en los estrechos de Taiwán, diezmaron cientos de millas de la costa.

»¿Cuál sería el objetivo más vulnerable de Japón? Yedo.

»Me pregunto si Ogama lo sabe y si lo que pretende es provocar a los gai-jin. Si yo fuera el jefe de los gai-jin destruiría Yedo. Ellos no lo saben, pero Yedo es indivisible del shōgunado. Si Yedo desaparece, también desaparece el shōgunado, y entonces la Tierra de los Dioses estaría expuesta a una invasión.

»Por lo tanto, habrá que evitarla a toda costa.

»¡Piensa! Has de encontrar la manera de detener a los gai-jin, y a Ogama, que pretende que expongamos nuestras cabezas sin arriesgar la suya».

—Estoy de acuerdo con tu consejero, deberíamos prepararnos para defender Osaka —dijo, con un nudo en el estómago—. Aunque no vayan a Osaka, sabemos que la flota de guerra ha regresado. A menos que actuemos con mucho cuidado, no podremos evitar una guerra.

—Ya estoy harto de tener tanto cuidado. —Ogama se inclinó hacia él—. Yo digo que, aunque no desembarquen en Osaka, vamos a extirpar el furúnculo que tenemos en los testículos de una vez por todas y vamos a exterminar Yokohama. ¡Ahora! Y si tú no estás dispuesto a hacerlo, cuánto lo siento, tendré que hacerlo yo solo.

LIBRO TERCERO

XXXII

YOKOHAMA

Domingo, 29 de noviembre

—Vimos a la flota cuando veníamos hacia aquí —dijo el capitán del clíper, sorprendido del cambio que había experimentado Malcolm, con el rostro cetrino y enjuto, la mirada perdida y los bastones que necesitaba para caminar e incluso para estar de pie. Conocía a Malcolm desde que nació y solo tres meses antes había estado bebiendo y riendo con él en Hong Kong—. Navegábamos a toda vela, con un viento de fuerza seis, y ellos iban sin prisas, pues llevaban unas barcazas de remolque.

Se llamaba Sheeling y su barco, el *Dancing Cloud*, acababa de llegar inesperadamente. Tenía cuarenta y dos años, era un hombre alto, barbudo y curtido, y hacía veintiocho años que trabajaba para la Casa Noble.

—Los saludamos y pasamos de largo.

—¿Un té, capitán? —preguntó McFay y lo sirvió sin esperar respuesta pues sabía que era su bebida preferida.

—Hum —dijo Sheeling con una sonrisa tras sorber el té—. ¡Excelente, Jamie! Por supuesto, ya sabes que prefiero un buen whisky, pero para eso tendré que esperar hasta que llegue a Honolulu. Tengo intenciones de zarpar enseguida, solo vine para…

—¿Honolulu? —preguntaron Struan y Jamie casi al unísono. No era muy habitual que los clíperes cruzaran el Pacífico a toda

velocidad con rumbo a San Francisco y luego regresaran con las mismas prisas.

—¿Qué cargamento llevas? —preguntó Malcolm, y estuvo a punto de añadir «tío Sheeley», como solía llamarlo en su juventud.

—Lo de siempre, té y especies. Nos dirigimos a San Francisco, pero he recibido órdenes de detenerme en Hawái para entregar el correo.

—¿Órdenes de mi madre?

Sheeling asintió y lo miró con simpatía.

—¿Cómo van los negocios en Hawái? —preguntó Malcolm, mientras la angustia se apoderaba de él—. ¿Mi madre te ha contado algo?

—No, Mrs. Struan solo me dijo que recalara aquí. —Le entregó la valija—. El acuse de recibo, por favor.

—Claro. —Malcolm le hizo señas a Jamie y este se dispuso a escribirlo—. ¿Qué noticias hay de Hong Kong? Me refiero a las noticias locales.

—Ah. Bueno, su familia, Mrs. Struan, su hermano y su hermana, están bien, aunque cuando me marché el joven Duncan acababa de coger una gripe bastante fuerte. En cuanto a Hong Kong, las carreras están como siempre, y la comida. Mrs. Fortheringill sigue en auge a pesar de la recesión, la Casa Noble se mantiene, usted ya lo sabrá mejor que yo, y corre la voz de que las cosas no van bien; seguro que es un rumor difundido por los Brock. Ya ve, todo sigue igual que siempre. —Se levantó—. Muchas gracias por todo, me voy antes de que baje la marea.

—¿Ni siquiera se quedará a comer?

—No gracias, tengo que irme y…

—¿Qué rumores? —preguntó Malcolm en tono áspero.

—Nada digno de mención, Mr. Malcolm.

—¿Por qué no me llama tai-pan igual que todo el mundo? —dijo Malcolm irritado, mientras le corroía el temor que le producía el contenido de la valija—. ¿O es que acaso no lo soy?

Sheeling no se inmutó. Malcolm le caía bien, lo admiraba y lamentaba que tuviera que cargar con tantos problemas.

—Sí, lo es, y tiene razón, ya es hora de que deje de llamarle Mr. Malcolm.

Malcolm asintió, aunque se sentía dolido.

—Que tenga un buen viaje, capitán.

—Gracias, señor. Y… le deseo buena suerte, Mr. Struan, en todo. Y a usted, Jamie. —Mientras se dirigía a la puerta, Malcolm ya había roto el primer sello de la valija, pero antes de que el capitán tendiera la mano para abrirla, apareció Angélique, con una toca, un vestido azul marino, guantes y una sombrilla. En cuanto la vieron, los tres contuvieron el aliento.

—Ay, lo siento, *chéri*, no sabía que estabas ocupado…

—No importa, pasa. —Malcolm se levantó con dificultad—. Te presento al capitán Sheeling, del *Dancing Cloud*.

—Ah, monsieur, tiene un barco maravilloso, es un hombre muy afortunado.

—Sí, sí, lo soy, mademoiselle. Gracias —dijo Sheeling con una sonrisa. «Dios mío —pensó, era la primera vez que la veía—, ¿quién se atreve a culpar a Malcolm?»—. Buenos días, mademoiselle. —Saludó y se marchó, a pesar de que ahora ya no deseaba irse.

—Lamento mucho interrumpirte, Malcolm, pero me habían dicho que te viniera a buscar para ir a comer con sir William. Y espero que no te hayas olvidado de que esta tarde tengo la clase de piano con André y a las cinco ha concertado una cita para que nos hagan el daguerrotipo. ¡Hola Jamie!

—¿Una foto de nosotros dos?

—Sí, ¿te acuerdas de aquel italiano tan raro que llegó en el último barco correo de Hong Kong? Las hace él, y me ha asegurado que saldremos muy guapos.

—La comida es a la una, querida, y son apenas las doce —dijo, y a pesar de que no quería que se fuera, añadió—: ¿Nos concedes unos minutos?

—Por supuesto. —Con su habitual gracia, se acercó a Malcolm, lo besó y regresó a su habitación.

Con dedos temblorosos, Malcolm rompió el último sello. La valija contenía tres cartas: dos de su madre, una para él y otra para Jamie. La tercera era de Gordon Chen, el comprador de la Casa Noble y tío de Malcolm.

—Tome —dijo Malcolm, y le tendió la carta a Jamie. El corazón le latía con fuerza y lamentaba la llegada de Sheeling. Las dos cartas le quemaban los dedos.

—Me voy, así podrá leerlas a solas —dijo Jamie.

—No, prefiero recibir las malas noticias acompañado. —Malcolm alzó la vista—. Abra la suya. —Jamie obedeció y leyó rápidamente. Se sonrojó.

—¿Es confidencial, Jamie?

—Dice: «Querido Jamie: (hace mucho tiempo que no se dirigía a mí con esas palabras). No me importa que le enseñe esta carta a mi hijo. Pienso enviar a Albert MacStruan en cuanto haya arreglado las cosas en la oficina de Shanghái. Ocupará su cargo y tendrá que enseñarle todo lo que sepa acerca de nuestras actividades en Japón, para que, una vez que hayan sucedido dos cosas, pueda relevarle cuando abandone la compañía. Lo primero que tiene que ocurrir es que mi hijo regrese a Hong Kong antes de las Navidades. Lo segundo es que usted lo acompañe». —Jamie se lo quedó mirando, perplejo—. Y nada más. Solo la firma.

—¿Cómo que nada más? —preguntó Malcolm, también a él le ardía el rostro—. En cuanto llegue, le diré a Albert que tendrá que volver a marcharse.

—No creo que pase nada si se queda un par de días para inspeccionar el lugar. Es un buen hombre.

—Mi madre es… Nunca creí que pudiera ser tan cruel. Si no la obedezco y me humillo ante ella, lo despedirá. ¿No es así? —Malcolm desvió la mirada hacia la cómoda. A pesar de que en las últimas dos semanas había hecho un esfuerzo sobrehumano para tomar una sola dosis diaria, hubo días en que no lo consiguió.

—Malcolm, el láudano, si se toma con moderación —le había dicho el doctor Babcott—, es una verdadera panacea para aliviar el dolor. —Le había insistido en que le enseñara la medicina solo para verificar su contenido—. Este preparado es muy fuerte. Recuerda que no cura y a veces crea adicción.

—A mí no me ocurrirá. Lo necesito para aliviar el dolor. Si usted me quita el dolor, yo le prometo que dejaré de tomarlo.

—Lo siento, amigo, ojalá pudiera hacerlo. Ha sufrido unas lesiones muy graves y ahora necesitan tiempo para cicatrizar.

«Demasiado tiempo —pensaba Malcolm—. ¿Estaré peor de lo que dice Babcott?». Contempló las dos cartas, temeroso de abrirlas. «Me parece horrible que utilice a Jamie de ese modo».

—Es asqueroso.

—Ella está en su derecho —repuso Jamie.

—Ella no es la tai-pan, soy yo. Lo dice el testamento de mi padre. —Malcolm hablaba con voz monótona—. Supongo que el viejo tío Sheeling tiene razón, hay que ganarse el título, ¿verdad?

—Usted es el tai-pan. —A pesar de que lo dijo con amabilidad, Jamie sabía que no era verdad—. Es extraño que Sheeling haya mencionado a Orlov después de tantos años. Me pregunto qué habrá sido de él.

—Sí —repuso Malcolm con la mirada perdida—. El pobre hombre, a partir del día en que hizo volar por los aires al hijo número uno de Wu Sung Choi, selló su destino. Fue una estupidez por su parte desembarcar solo en Macao. Lo deben de haber secuestrado los piratas del Loto Blanco. Macao es un lugar mortífero, de fácil acceso a China, y el Loto Blanco tiene espías por todas partes. Odiaría estar en su lista negra… —Su voz se fue disipando poco a poco. Miró las cartas, ensimismado.

Tras una pausa, Jamie dijo:

—Avíseme si puedo ayudarle en algo. Voy a repasar la correspondencia. —Se marchó.

Malcolm no oyó cerrarse la puerta. Vio la posdata y supo que su madre no le enviaba un mensaje secreto:

«Mi querido hijo:

»Tenía pensado llegar con el *Dancing Cloud* pero a última hora cambié de planes pues Duncan está otra vez con difteria. De todas formas, te escribo porque quizá sea mejor que todo quede bien claro.

»He recibido tus cartas tan poco atinadas en las que me hablas de lo que harás y no harás, de tu "compromiso", de Jamie McFay, de mademoiselle Richaud y de los cinco mil fusiles. He escrito una carga urgente a la fábrica y he anulado ese pedido tan extravagante.

»Ha llegado el momento de tomar decisiones. Como tú no estás aquí y no haces lo que te pido, las tomaré yo misma. *Has de saber que tengo derecho a hacerlo*.

»Cuando tu pobre padre estaba agonizando, como no había tiempo para esperarte, me nombró tai-pan de facto, de acuerdo con todas las disposiciones del testamento de tu abuelo, ¡algunas de ellas son terribles! Solo se pueden transmitir de tai-pan a tai-pan y hay que aceptarlas a ciegas. En aquel entonces nuestra intención era cederte el cargo en cuanto regresaras. Una de las leyes de Dirk establece que el tai-pan tiene la obligación de jurar que cree firmemente en la integridad de su sucesor. Eso es algo que en estos momentos no puedo hacer. Te lo digo para tu conocimiento, y no debes revelárselo a nadie pues podrías perjudicar seriamente a nuestra empresa.

»Hoy he enviado una carta a Escocia, a tu primo Lochlin Struan, para ofrecerle el cargo, con la condición de que acepte los siguientes cuatro puntos. Primero: tiene que venir a Hong Kong para formarse durante tres meses. Como ya sabes, conoce muy bien las actividades de la compañía, más que tú en lo que se refiere al Reino Unido, a pesar de que estás mucho mejor preparado y

capacitado. Segundo: no debe contárselo a nadie. Tercero: al final del período de prueba, poniendo a Dios por testigo, escogeré a uno de los dos y, por supuesto, mi decisión será irrevocable. Cuarto: Lochlin tiene que aceptar que, si recobras el juicio, te elegiré a ti, pero él será tu sucesor en caso de que no tengas hijos, y Duncan lo sucederá a él.

»Recobrar el juicio, hijo mío, significa regresar a Hong Kong sin demora. Te doy tiempo hasta el día de Navidad. Tendrás que venir solo o acompañado de Jamie McFay (y del doctor Hoag, si deseas disfrutar de su compañía), para hablar de tus planes, asumir tus obligaciones y ocupar el cargo. Si me complaces, te nombraré tai-pan el día que cumplas veintiún años, el 21 de mayo.

»Le he enseñado esta carta a Gordon Chen y le he pedido que te escriba al respecto. Según la ley de Dirk, nuestro comprador tiene que estar presente en la transmisión del cargo.

Tu querida madre.

Posdata: Te quiero. Te agradezco las noticias que me enviaste acerca de la estupidez del Parlamento (y que, sorprendentemente, te llegaron por vía de nuestro archienemigo Greyforth. Ten cuidado con ese hombre, seguro que está tramando algo, aunque ya sé que no hace falta decírtelo). Sí, ya habíamos oído los rumores, el gobernador dice que no sabe nada. He escrito a nuestros parlamentarios para decirles que se dejen de tonterías y a Bengala para avisarles. Al recibir tu carta les volví a escribir. Ya es hora de que regreses para

dedicarte a tus obligaciones y ocuparte de los problemas que nos acucian».

—¡Mis obligaciones! —gritó Malcolm; arrugó la carta y la lanzó contra la pared con tanta violencia que se hizo daño. Se levantó y se dirigió tambaleándose hasta la cómoda. Tras vaciar el frasco, lo arrojó al suelo y estuvo a punto de tropezar cuando se arrastró hasta la silla.

—¡No puede hacerlo! ¡No puede! ¡Esa… hija de puta no puede hacerme eso! «Vuelve solo» quiere decir que no vaya con Angélique, «para hablar»… No lo haré, y no permitiré que se interponga entre nosotros… —Y siguió cavilando y maldiciendo hasta que el opio penetró en la sangre e inició su alivio mortífero.

Poco después se fijó en la carta del comprador Chen, el hermanastro de su padre e hijo ilegítimo de Dirk Struan.

«Mi querido sobrino:

»Ya te escribí para decirte lo mucho que lamentaba la mala suerte que has tenido, las heridas y el accidente. Ahora me apena ver que las desavenencias entre tu madre y tú pueden llegar a ser peligrosas y perjudicar seriamente a la Casa Noble. Por ello, considero que es mi obligación darte unos cuantos consejos. Tu madre me enseñó la carta que te escribió. Yo no le he enseñado la mía, y tampoco lo haré. Me limitaré a hablarte del cargo de tai-pan, y solo te daré un pequeño consejo acerca de la muchacha: compórtate como un chino.

»Los hechos son los siguientes: a pesar de que tú eres el heredero oficial de mi padrastro, tu madre tiene razón cuando dice que no has asistido a la ceremonia obligatoria y no has realizado los juramentos y las firmas establecidas en el testamento de mi venerable padre y que son imprescindibles para que puedas

asumir el cargo de tai-pan. Para que todo esto sea válido, el comprador, que debe pertenecer a la rama de la Casa de Chen, tiene que actuar de testigo y dar fe por escrito de que la ceremonia se ha ejecutado correctamente. Solo entonces el elegido se convierte en tai-pan.

»Es verdad que tu padre, poco antes de morir, nombró tai-pan a tu madre. Lo hizo correctamente, sin olvidar ningún detalle. Yo lo presencié. Por lo tanto, ahora ella es la tai-pan y la que ejerce el poder en la Casa Noble. Es verdad que tanto tu padre como tu madre tenían intenciones de cederte el cargo enseguida, pero tu madre también tiene razón cuando dice que una de las obligaciones del tai-pan es jurar ante Dios que cree en la integridad de su sucesor, y también es verdad que la Casa Noble solo se rige por lo que decida el tai-pan, sobre todo en lo que se refiere a la elección del sucesor y el momento de llevar a cabo la sucesión.

»Te aconsejo lo siguiente: sé prudente, trágate el orgullo, regresa enseguida, acepta el período de "prueba", compórtate como un hijo responsable, honrando a tus antepasados, por el bien de la Casa. Obedece a la tai-pan. Compórtate como un chino».

Malcolm Struan se quedó mirando la carta atónito. Su futuro arruinado, su pasado arruinado, todo había cambiado. «Así que es verdad, ¡ella es la tai-pan! ¡Mi madre! ¡Si lo dice el tío Gordon tiene que ser cierto! Me ha usurpado mis derechos, mi propia madre».

De pronto se irguió en la silla. «¿Locura? ¡Eso es! —pensó—. ¿Podría ingresarla en un manicomio? A lo mejor está loca. Me pregunto si el tío Gordon me ayudaría… *Ayiiyah!* El loco soy yo…».

—¡Malcolm! Es la hora de comer.

Alzó la vista y se vio a sí mismo hablando con Angélique, diciéndole que estaba muy guapa, pero que, si no le importaba ir sin

él, tenía que decidir unas cosas muy importantes, escribir cartas —no, no tenía nada que ver con ellas, solo problemas de trabajo—. Mientras tanto, no dejaba de recordar lo de «vuelve solo» y «trágate el orgullo, ella es la tai-pan».

En la legación, Hiraga leía en voz alta una carta de sir William al Bakufu y que él había ayudado a traducir. Suspiró y cogió el diccionario de Babcott. Era la primera vez que veía un diccionario, y, además, ese era el primer diccionario japonés-inglés, inglés-japonés. Babcott había reunido unas listas de palabras y expresiones a partir de lo que él mismo había oído, o los comerciantes y los curas, tanto católicos como protestantes, y se había ayudado del diccionario holandés-japonés para traducirlas. De momento, el libro era pequeño, pero iba creciendo día a día y a Hiraga lo tenía fascinado.

Hiraga encontró la palabra en inglés que buscaba: «indemnización». La traducción al japonés era: «dinero que se paga por un crimen reconocido». Estaba desconcertado. El Bakufu no había cometido un crimen. Simplemente, dos Satsumas, Ori y Shorin, habían matado a un gai-jin, Ahora ambos estaban muertos, y le parecía justo que murieran dos personas a cambio de la muerte de un gai-jin. No entendía por qué pedían una indemnización.

Se levantó de la silla para estirar las piernas y se dirigió hacia la ventana. Se dio cuenta de que la puerta que daba al pasillo estaba entornada y recordó que el despacho de sir William estaba enfrente. Sabía que no quedaba nadie en la legación.

Abrió la puerta de sir William con gran sigilo. La mesa estaba atiborrada de papeles, había medio centenar de libros en las estanterías desordenadas, en las paredes colgaban un retrato de la reina y varios cuadros. En el aparador vio por primera vez un marco de plata con una fotografía de una mujer gai-jin, vestida de un modo muy extraño, con tres niños. Dedujo que era la familia de sir William; Tyrer le había comentado que estaban a punto de llegar.

Se cuidó de no tocar nada, pues sospechaba que podían haberle tendido una trampa; al menos él lo habría hecho si hubiera dejado a un gai-jin solo en un lugar tan importante. De pronto oyó unos gritos airados y regresó al despacho de Tyrer para mirar por la ventana. Se sorprendió al ver que Akimoto, vestido como un campesino y claramente nervioso, se hallaba junto al portal y le hacía una reverencia al centinela, mientras este le apuntaba con la bayoneta del fusil y le gritaba.

Rápidamente salió al exterior y se quitó el sombrero con una sonrisa.

—Buenos días, señor centinera, ser amigo mío.

El centinela conocía a Hiraga de vista, sabía que era una especie de intérprete y que tenía un pase para entrar en la legación. Respondió con palabras incomprensibles mientras le hacía señas a Akimoto para que se marchara:

—Dile a ese mono que se largue de aquí antes de que lo acribille a balazos.

—Cuánto lo siento, yo llevármero. —Cogió a Akimoto por el brazo y lo condujo hacia un callejón que llevaba al pueblo—. ¿Es que te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre venir aquí y…?

—Estoy de acuerdo. —Akimoto todavía no se había repuesto del susto que le produjo tener la bayoneta a tres centímetros de la garganta—. Tienes toda la razón, pero es que el shoya, el notable del pueblo, me pidió que te llamara urgentemente.

El shoya le hizo señas a Hiraga para que se sentara del otro lado de la mesa. La habitación, situada detrás de la tienda desordenada y sucia, estaba impecable y el papel del tatami y de la ventana shoji era de la mejor calidad. El gato estaba apoltronado en el regazo del shoya, con la mirada fija en el intruso. Tras los habituales intercambios corteses, el shoya asintió y contempló a su invitado con una mirada fría a pesar de su aparente amabilidad.

—Nos han llegado noticias de Kioto y pensé que desearíais conocerlas lo antes posible.

La preocupación de Hiraga fue en aumento.

—¿Sí?

—Parece ser que diez shishi de Choshu, de Satsuma y de Tosa atacaron al shōgun Nobusada en Otsu. El intento de asesinato fracasó y los mataron a todos.

Hiraga fingió que no le interesaba a pesar de que le sobrevinieron náuseas. ¿Quiénes eran esos diez shishi y por qué habían fracasado?

—¿Cuándo ocurrió?

El shoya no percibió ninguna señal que le indicara que Hiraga estaba al corriente de lo ocurrido.

—Hace ocho días.

—¿Cómo has podido enterarte en tan poco tiempo?

Ante la sorpresa de Hiraga, el shoya metió la mano en la manga y sacó un cilindro minúsculo que contenía un rollo de papel muy fino.

—Hoy me llegó esto. Nuestro *zaibatsu* Gyokoyama dispone de palomas mensajeras para enviar las noticias más importantes. —En realidad, lo había recibido el día anterior, pero decidió esperar un poco para pensar en lo que iba a hacer con Hiraga—. Es importante que la información que recibamos sea exacta y rápida, *neh?*

—¿Te han dado algún nombre?

—No, no hay nombres, cuánto lo siento.

—¿No sabes nada más?

Al shoya se le iluminaron los ojos. Ante la sorpresa de Hiraga, añadió:

—Aquella misma noche, en Kioto, el señor Yoshi y el señor Ogama tendieron una emboscada al cuartel general de los shishi; los cogieron desprevenidos, los mataron e incendiaron la casa. Luego clavaron cuarenta cabezas en unas estacas y las expusieron en la calle. —El anciano ocultó una sonrisa—. Otami-sama, ¿creéis que

cuarenta hombres es un porcentaje elevado del número total de nuestros shishi?

Hiraga se encogió de hombros y repuso que no lo sabía, con la esperanza de que el shoya no se diera cuenta de que mentía. Tenía la cabeza a punto de estallar mientras se preguntaba quiénes habían muerto, quiénes habían sobrevivido, quién les había traicionado, y cómo podía ser que unos enemigos como Yoshi y Ogama pudieran haber actuado de forma conjunta.

—¿Por qué me lo cuentas?

El shoya contempló el gato con una mirada dulce y le acarició la cabeza. El gato cerró los ojos de placer.

—Parece ser que hubo dos personas que lograron escapar —dijo en voz baja—. Uno es el jefe, al que a veces llaman el Cuervo, cuyo verdadero nombre es Katsumata, y el otro es un shishi de Choshu que se llama Takeda.

Hiraga se estremeció al ver toda la información de que disponía y se le contrajeron los músculos, preparado para abalanzarse y matar a ese hombre con sus propias manos si hiciera falta. Abrió la boca, pero no dijo nada.

—¿No conoceréis a ese Takeda, Otami-sama?

—¿Por qué? ¿Qué tengo yo que ver con todo esto? ¿Eh?

—El Gyokoyama… —empezó a hablar, siguiendo las instrucciones y con extremo cuidado, pues se daba cuenta de que las noticias habían desconcertado y enfurecido a Hiraga, tal y como se lo había propuesto. Sus señores de Osaka habían escrito: «Desconcierta a ese shishi, cuyo verdadero nombre es Rezan Hiraga. Será muy peligroso. Debes ir armado y háblale cuando él no lo esté…»—. Mis señores han pensado que a lo mejor os pueden ser útiles, al igual que vos lo podéis ser para ellos.

—¿Para qué? —repuso Hiraga en tono irritado. Estaba a punto de estallar y bajó la mano instintivamente en busca del puño de la espada—. Yo no recaudo impuestos, no tengo ningún koku. ¿Para qué me pueden servir unos parásitos, pues eso es lo que son los prestamistas?, ¡incluso el gran Gyokoyama! *Neh?*

—Es verdad que eso es lo que piensan los samuráis, siempre lo han hecho. Pero me gustaría saber si vuestro sensei Taira estaría de acuerdo.

—¿Eh? —Una vez más, Hiraga se mostró desconcertado y farfulló —: ¿Qué pasa con Taira?

—¡Criada! ¡Sake! —gritó el shoya y luego, dirigiéndose a Hiraga, añadió—: Os pido paciencia, pero mis superiores… yo ahora ya soy viejo —dijo con humildad. Conocía el poder que ejercía en el zaibatsu, también sabía que el yang le respondía perfectamente y que, en caso de necesidad, sería capaz de disparar a ese hombre o de derribarlo y entregarlo al Bakufu—. Soy viejo y vivimos unos tiempos muy peligrosos.

—Sí, es verdad —dijo Hiraga entre dientes. La criada trajo el sake, lo sirvió y salió rápidamente. Hiraga lo bebió a grandes tragos y se calmó, aunque no lo mostró. Aceptó otro vaso y también lo apuró—. Bueno, ¿y? ¿Qué pasa con Taira?

El shoya respiró hondo antes de lanzarse a lo que sabía que era el riesgo más grande de su vida, cuyas consecuencias podían ser decisivas para el *zaibatsu* y para todas las generaciones venideras.

—Desde que habéis llegado, Otami-sama, os habéis preguntado y habéis intentado averiguar por qué los gai-jin británicos son los amos de casi todo el mundo a pesar de que su país sea una isla tan pequeña, parece ser que es aún más pequeña que la nuestra… —Calló al ver la expresión de asombro de Hiraga—. Ah, cuánto lo siento, pero debéis saber que os han oído hablar con vuestro amigo Ori, y con vuestro primo, cuánto lo siento. Os aseguro que vuestras confidencias están a salvo; vuestros objetivos, los de Gyokoyama y los de los shishi son todos los mismos. Sería muy importante para vos… Creemos conocer un secreto muy importante que os gustaría saber.

—¿Eh?

—Sí, creemos que el secreto radica en su sistema de financiación, en la banca…

—Estás loco. Son sus máquinas, sus cañones, su riqueza y sus barcos.

—Exacto. Si nosotros tuviéramos todo eso, Hiraga-sama, podríamos… —Pronunció su verdadero nombre intencionadamente y vio que el buen humor se había desvanecido de su mirada y que ahora esta se había vuelto amenazadora—. Mis superiores me dijeron que os llamara por vuestro nombre una sola vez y solo para que supierais que podíais confiar en nosotros.

—¿Cómo lo saben?

—Mencionasteis la cuenta de Shinsaku Otami, el nombre en clave de vuestro venerable padre, Toyo Hiraga. Por supuesto, ese nombre está registrado en nuestros libros secretos.

Hiraga estaba hecho una furia. Nunca se le había ocurrido que los prestamistas tuvieran libros secretos, y dado que todo el mundo, desde los más ricos hasta los más pobres, requerían sus servicios por lo menos una vez, los prestamistas tenían acceso a todo tipo de información secreta que registraban en sus libros y que podía llegar a ser muy peligrosa; podían utilizarla para intimidar y para obtener más información que nunca debería llegar a sus manos. «¿Cómo demonios podían saber lo de nuestros shishi si no recurrieron a la extorsión? Ese perro está intentando hacer lo mismo conmigo. Con razón todo el mundo odia y desconfía de los comerciantes y los prestamistas, habría que aniquilarlos. Cuando venza *sonno-joi*, lo primero que haremos será pedirle al emperador que acabe con ellos».

—¿Y bien?

El shoya estaba preparado, con la mano cerca de la pistola. Sabía que el hilo de la cordura estaba a punto de romperse y que entonces se expondría a un ataque repentino y enloquecido; no se podía confiar en ningún shishi. Siguió hablando con suavidad a pesar de que era fácil adivinar la amenaza, o la promesa, que se ocultaba detrás de sus palabras.

—Mis superiores me han pedido que os dijera que, a pesar de que vuestros secretos y los de vuestro padre están registrados en

nuestros libros, podéis estar tranquilo porque está a salvo.

Hiraga suspiró y se reclinó hacia atrás. Pensó en todo lo que le había dicho el shoya, en la amenaza —o promesa— y en lo peligrosos que eran aquel hombre, el Gyokoyama y todos los demás. Mientras sopesaba las posibilidades, intentaba decidirse entre su legado y su formación.

La elección era sencilla: matar o no matar, escuchar o no escuchar. De joven, su madre le había dicho: «Ten cuidado, hijo mío, y recuerda que es fácil matar, pero es imposible resucitar».

Hubo un momento en que se detuvo a pensar en ella, siempre tan prudente y acogedora, siempre estrechando los brazos para abrazarlo, incluso con ese dolor en las articulaciones que la atormentó hasta el final de sus días.

—Muy bien, shoya, estoy dispuesto a escuchar, solo una vez.

Esta vez fue el shoya quien suspiró tras comprobar que había superado el primer obstáculo. Volvió a llenar las tazas.

—¡Por *sonno-joi* y los shishi!

Bebieron y llenaron de nuevo las tazas.

—Otami-sama, os ruego que seáis paciente y creedme cuando os digo que podemos tener lo mismo que los gai-jin. Como sabéis, en Japón el arroz es una moneda, los comerciantes de arroz son banqueros, prestan dinero a los campesinos a cambio de las cosechas venideras para que puedan comprar las semillas y todo eso. Sin dinero, la mayoría de los años no habría cosechas y, por lo tanto, no se podría recaudar impuestos. También prestan dinero a los samuráis y a los daimios para su manutención a cambio de sus pagas. Sin ese dinero, nadie podría vivir hasta que se recolectaran las cosechas y se pudiera recaudar impuestos. Gracias al dinero, todos pueden vivir. El dinero, en forma de oro, plata, arroz o seda, o incluso estiércol, es la rueda de la vida…

—Ve al grano. El secreto.

—Ah, cuánto lo siento. Lo que quiero decir es que de algún modo, no sé cómo, los banqueros y prestamistas gai-jin (en su mundo es una profesión honorable) han descubierto una manera de

financiar las industrias, máquinas, barcos, cañones, construcciones y ejércitos, sin utilizar oro de verdad. Es imposible que haya tanto oro en el mundo. De algún modo, los préstamos que hacen son como una promesa de oro de verdad y de esa forma lo utilizan; eso es lo que los vuelve poderosos. Además, da la impresión de que lo hacen sin devaluar la moneda, al contrario de los daimios.

—¿Dices que lo utilizan como si fuera oro? ¿De qué hablas? ¡Explícamelo!

El shoya se enjugó el sudor del labio. Estaba excitado, el sake le había soltado la lengua, pero también empezaba a vislumbrar la posibilidad de que ese joven pudiera resolver el rompecabezas.

—Disculpadme si no me explico bien. Sabemos lo que hacen, pero no sabemos cómo. Quizá vuestro Taira, esa fuente de información que sabéis aprovechar con tanta astucia, quizá él lo sepa y os podría explicar cómo lo hacen, todos los trucos, los secretos. Luego, nos lo explicaríais y podríamos convertir Japón en un país mucho más poderoso que Gran Bretaña. Cuando venza *sonno-joi*, nosotros podríamos unirnos con los demás prestamistas para financiar todos los barcos y armas que necesitará Japón…

Le explicó los detalles y respondió a las preguntas con cautela. Asesoró y ayudó a Hiraga, le proporcionó sake e información para manipularlo, impresionado por su inteligencia. A medida que transcurrían las horas le fue tendiendo una trampa a su imaginación y siguieron hablando hasta el anochecer.

—Así que es el dinero, ¿eh? Tendré que… reconocer, shoya —dijo Hiraga vacilante debido a los efectos del alcohol. La cabeza estaba a punto de estallarle con tantas ideas nuevas que entraban en conflicto con sus creencias más profundas—… que nunca me interesó el dinero. De veras, nunca comprendí para qué servía. Creo que… sí, creo que Taira me lo contará. —Intentó levantarse, pero no pudo.

—Antes, ¿me permitís que os ofrezca un baño y que llame a la masajista? —El shoya enseguida lo convenció, llamó a un criado y le

encomendó a Hiraga, que pronto iba a estar roncando y libre de preocupaciones.

—Muy bien, Ichiban —le susurró su mujer cuando ya no había peligro—. Has estado perfecto, *neh?*

—Es peligroso, y siempre lo será, pero lo importante es que ya nos hemos puesto en marcha.

—Hiciste muy bien en decirle que huyeron dos shishi en lugar de tres, y en no contarle todo lo que sabemos.

—Es importante guardarse una carta. Para controlarlo.

XXXIII

Lunes, 1 de diciembre

Norbert Greyforth subió a la cubierta del barco correo justo cuando este doblaba un cabo. El barco procedía de Hong Kong, vía Shanghái, y en ese momento se encontraba delante de las costas de Yokohama.

Contempló las astas de las legaciones; el semblante se le endureció cuando vio la sede comercial de Struan y luego fijó la mirada en su edificio. Le agradó comprobar que ya no quedaban rastros del incendio, pues las obras en el piso superior ya habían concluido. Estaba demasiado lejos para reconocer a las personas que entraban y salían de los edificios que daban a High Street. De pronto, vislumbró una toca azul, un vestido y una sombrilla que se dirigían hacia la legación francesa. «Solo puede ser una persona —pensó—. ¡El Ángel Tetas!». Casi podía oler el perfume que la rodeaba. «Me pregunto si sabe algo del duelo».

Morgan Brock se había reído a carcajadas cuando se lo contó.

—Te doy permiso para que le vueles la cabeza o las pelotas. En lugar de pistolas, deberías utilizar arpones, así te ganarías la prima de verdad.

Las embarcaciones empezaban a acercarse al barco correo. Se fijó con amargura en que la lancha de vapor de Struan fue la primera en llegar, con Jamie McFay en la popa, seguida de la barca de remos de Brock. «Da igual, falta poco para que esa lancha sea mía, y el edificio, y tú y todos los Struan habréis muerto o estaréis arruinados; aunque, bien pensado, a lo mejor a ti, Jamie, te doy un

trabajo, solo para divertirme un poco». Vio que McFay cogía unos prismáticos y supo que lo vería. Lo saludó con la mano, escupió a un lado y descendió a su camarote.

—Buenos días, Mr. Greyforth —saludó Edward Gornt con el clásico encanto sureño. Se encontraba junto a la puerta de su camarote y era un joven alto y apuesto de Virginia, de veintisiete años, con ojos y cabello castaños—. Vengo de la cubierta de popa. No hay nada mejor que Shanghái, ¿verdad?

—No lo sabes tú bien. ¿Estás listo?

—Sí, señor, y dispuesto para todo. —Hablaba con acento inglés más que norteamericano.

—Bien. Sir Morgan me dijo que te diera esto al llegar. —Sacó un sobre de su maletín y se lo tendió. Cuanto más pensaba en ese viaje, más se asombraba. Tyler Brock no había ido a Shanghái. A cambio, recibió una nota muy breve, en la que le decía que obedeciera a su hijo, Morgan, como si fuera él el que daba las órdenes. Sir Morgan era un hombre calvo, barrigudo, no tan tosco como su padre, pero igual de irascible y barbudo. A diferencia de él, se había formado en la calle Threadneedle de Londres, el centro de la bolsa mundial y, por consiguiente, del comercio internacional. Nada más llegar Greyforth, Morgan le explicó el plan que habían trazado para arruinar a Struan.

Era infalible.

Durante un año, él, su padre y sus socios de la junta del Victoria Bank en Hong Kong habían estado comprando las obligaciones de Struan. Ahora, con el apoyo de toda la junta, solo les quedaba esperar hasta el 31 de enero para ejecutar la deuda. Era imposible que Struan cumpliera el plazo. A partir de esa fecha, el banco pasaría a ser el propietario de Struan. Mientras tanto, Morgan había monopolizado el mercado del azúcar hawaiano, excluyendo a los Struan que contaban con esas ventas para satisfacer las deudas. Y había otro golpe, todavía más fuerte: Morgan, con su astucia suprema, había trocado el azúcar por artículos de la Unión y por el algodón del Sur para distribuirlos en el mercado británico, lo cual,

según la ley, solo podían hacer los barcos británicos, o sea, los barcos de Brock.

—El plan es genial, sir Morgan, le felicito —dijo Norbert atónito, ya que Brock iba a convertirse en la compañía más poderosa de Asia, en la Casa Noble, y eso le garantizaba un sueldo de cinco mil guineas al año.

—Hemos acordado con el banco que compraremos la compañía de Struan, la flota, todo, a diez peniques la libra —le había dicho sir Morgan riéndose—. Pronto te podrás retirar, y nosotros te estamos muy agradecidos por los servicios que nos has prestado. Hemos pensado que, si todo va bien en Yokohama, te daremos una prima de cinco mil al año. Cuida al joven Edward y enséñale todo lo que sepas.

—¿Para qué? —inquirió, abrumado por la enorme cantidad de dinero que iba a recibir al año.

—Para lo que me dé la gana —repuso sir Morgan con brusquedad —. Pero dado que me lo preguntas, a lo mejor decido que él te sustituya cuando te marches, si me demuestra que es un hombre de valía. Ahora trabaja para Rothwell —se trataba de una de las compañías más antiguas de Shanghái, asociada a Cooper-Tillman, los mayores comerciantes entre China y Estados Unidos, para los que Gornt había trabajado tres años, y con los que tanto Brock como Struan mantenían unas relaciones comerciales muy estrechas—, y le han dado un mes de permiso, tiempo suficiente para que el muchacho decida si quiere ocupar tu cargo cuando te marches.

—¿Cree que tiene suficiente experiencia, sir Morgan?

—Cuando te marches, deberás asegurarte de que la tenga. Ese es tu cometido, enseñarle y endurecerlo. Pero no lo agobies, no quiero que se asuste, ¡no lo olvides!

—¿Se lo cuento todo?

Tras una pausa, Morgan repuso:

—Puedes contarle todo lo que tenga que ver con nuestras actividades en Japón, incluso el plan de contrabando de armas y opio si esos bastardos del Parlamento se salen con la suya. Cuéntale

tus ideas acerca del comercio del opio y de cómo vamos a saltarnos el embargo en caso de que lo impongan, pero no le digas nada acerca de cómo pretendemos provocar a Struan ni de nuestros planes para arruinarlos. El muchacho está al corriente de los Struan; en Rothwell no son santos de su devoción, sabe que son unos cretinos y que el maldito Dirk asesinó a mi hermanastro y todo lo demás. Es un buen muchacho, así que le puedes contar todo lo que quieras, ¡menos lo del azúcar!

—Como usted diga, sir Morgan. ¿Qué hay del dinero que he traído? Lo necesitaré para pagar las armas, las sedas y el género de este año.

—Te lo enviaré desde Hong Kong, cuando regrese y, Norbert, te felicito por haberte adelantado a Struan en el asunto de las minas de oro. Si ganamos algo, lo compartiremos contigo. En cuanto a Edward, dentro de un mes envíalo a Hong Kong con un informe confidencial para el viejo Brock. Me gusta ese muchacho; la gente de Shanghái y de Rothwell tiene muy buena opinión de él y es el hijo de un viejo amigo nuestro.

Norbert se había preguntado quién podía ser ese amigo y qué clase de deuda sir Morgan tenía con él para tomarse tantas molestias; no acostumbraba a mostrarse amable con nadie. Pero era demasiado listo para preguntarlo y optó por callarse, feliz de que pronto iba a dejar de importarle la opinión que Brock tuviera de él.

Edward Gornt demostró ser un muchacho agradable, reservado, inteligente, más inglés que norteamericano; sabía escuchar, y, cosa extraña en Asia, no bebía alcohol. La primera impresión de Greyforth fue que no se adaptaría al mundo comercial chino, pues parecía una persona de poco peso, salvo cuando jugaba a las cartas. Gornt era un jugador de bridge fuera de serie y tenía suerte en el póquer, una virtud especial en Asia, pero incluso entonces se mostraba demasiado formal ya que nunca apostaba demasiado.

Estaba convencido de que Edward Gornt no serviría para trabajar en Brock y durante el viaje no vio nada que le hiciera cambiar de opinión. De vez en cuando percibía algo extraño en su mirada. «Ese

mocoso es demasiado insípido, no entiende nada y lo sabe —pensó —. Da igual, si hay alguien que lo puede espabilar, ese soy yo».

Gornt se llevó al bolsillo la carta y el dinero que encontró en el sobre.

—Sir Morgan es muy generoso, ¿verdad? —dijo con una sonrisa —. Nunca creí que… Tengo muchas ganas de empezar, quiero aprenderlo todo, me gusta trabajar y haré todo lo posible por agradarle, pero todavía no sé si me conviene dejar Rothwell, y… Bueno, me parece increíble que sir Morgan me crea capaz de dirigir su sede en Japón cuando usted se retire, si se retira, claro. Es increíble.

—Sir Morgan es un jefe muy exigente, difícil de contentar, igual que nuestro tai-pan, pero es un hombre justo si haces lo que te pide. Un mes es tiempo suficiente. ¿Sabes manejar un arma?

—Sí, claro.

La respuesta fue tan espontánea que le sorprendió.

—¿De qué tipo?

—Pistolas, fusiles, escopetas. —Volvió a sonreír—. Nunca maté a nadie, no maté a ningún indio ni nada de eso, pero hace cuatro años fui segundo en un concurso de tiro al plato. —Se le ensombreció el rostro—. Fue el mismo año que me marché a Londres para trabajar en Brock.

—¿No querías irte? ¿No te gustó Londres?

—Sí y no. Mi madre acababa de morir y mi padre creyó que me convenía ver mundo, y Londres es el centro del mundo… Me encantó, y sir Morgan fue muy amable conmigo, es el hombre más amable que conozco.

Norbert esperó, pero Gornt ya no le dijo nada más. Sir Morgan tan solo le había contado que Gornt había estado un año en Londres trabajando para Brock & Sons con el hijo pequeño de Tyler Brock, Tom, y que estaban contentos con él. Al acabar el año, le consiguió un trabajo de aprendiz en Rothwell.

—¿Conoces a Dmitri Syborodin, el encargado de Cooper-Tillman en Japón?

—No, señor, solo de oídas. Mis padres conocían a Judith Tillman, la viuda de uno de los socios. —Gornt entrecerró los ojos y Norbert volvió a percibir algo extraño en su mirada—. Ella también detestaba a Dirk Struan; en realidad lo odiaba, lo acusaba de la muerte de su marido. Los hijos pagan por los pecados de sus padres, ¿verdad?

Norbert se echó a reír.

—Sí, en efecto.

—¿Qué pasa con Dmitri Syborodin?

—Te gustará, también es sureño. —Sonó la campana para desembarcar. A Norbert se le iluminaron los ojos, pletórico de expectación—. Vamos a tierra, pronto empezará la acción.

Malcolm permanecía de pie junto a su escritorio.

—Ah, buenos días, reverendo Tweet, le agradezco que haya venido tan pronto. ¿Un poco de jerez?

—Gracias, señor… hum, tai-pan, se lo agradezco.

Se bebió el jerez de un solo trago a pesar de que Struan le había servido con generosidad.

—Excelente, tai-pan. Ah, sí, gracias, me tomaré otro, muy amable. —El hombre, desaliñado y con la barba manchada de tabaco, se acomodó en la silla con una sonrisa nerviosa—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Sí, a mí y a mademoiselle Angélique. Quiero que nos case. La semana que viene.

—¿Cómo? —Al reverendo Tweet casi se le cayó el vaso de las manos—. Imposible —farfulló, a la vez que le temblaba la dentadura postiza.

—No, no lo es. Existen muchos precedentes en los que se anunciaron los bandos en un solo domingo en lugar de hacerlo tres domingos seguidos.

—Pero no puedo, usted es menor de edad y ella también. Además, la muchacha es católica y es imposible… No puedo.

—Vamos, sí que puede. —Le repitió lo que le había dicho Heatherly Skye, el único abogado de Yokohama, que también ejercía de oficial de justicia de la Corona y de agente de seguros—. El hecho de que sea menor de edad solo se aplica en el Reino Unido, no en las colonias o en el extranjero, y solo si mi padre viviera. En cuanto a la religión de mi prometida, no tiene ninguna importancia, eso solo me concierne a mí. Así que no hay nada más que decir. Creo que el martes día 9 es un buen día para casarse; preferiría que, de momento, no lo comentara por ahí.

Malcolm tuvo que contener la risa cuando Michaelmas Tweet abrió y cerró la boca como un pez, sin articular palabra. Tembloroso, el clérigo se levantó, se sirvió otro jerez, lo bebió de un trago y volvió a derrumbarse en la silla.

—No puedo.

—Me he asesorado y sé que puede. También tengo intenciones de donar a su iglesia quinientas guineas al año. —Sabía que para el clérigo la oferta era muy tentadora, pues era cuatro veces superior a su salario actual y el doble de lo que el abogado le había sugerido: «¡No consienta a ese viejo!», le había dicho—. El domingo asistiremos a misa para escuchar los bandos y el martes recibirá cien guineas por todas las molestias ocasionadas. Muchas gracias, reverendo. —Se puso de pie, pero Tweet no se movió y los ojos se le inundaron de lágrimas—. ¿Qué diablos le ocurre?

—Es que no puedo —balbuceó Tweet—. Es imposible. Verá, su… incluso si lo que le han dicho es cierto, lo cual, hummm, dudo… su madre me ha escrito una carta en la que me dice que ella es su tutora legal y le prohíbe que se case. —Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y tenía los ojos legañosos y enrojecidos—. Dios mío, lo que usted me ofrece es mucho dinero, mucho más de lo que yo hubiera podido soñar, pero no puedo, no puedo ir en contra de ley, ni desobedecerla a ella, ¡no puedo!

—Mil guineas.

—Ay, Dios, no lo haga —gritó el anciano—, por mucho que necesite el dinero… ¿Es que no lo entiende? La boda no sería legal,

va en contra de la ley de la Iglesia. Dios sabe que soy un pecador igual que todos, pero no puedo, y si ella me escribió a mí, seguro que también habrá avisado a sir William, y él debe sancionar toda boda. Que Dios me perdone, pero no puedo. —Salió del despacho dando traspiés.

Malcolm se quedó mirando la puerta. Mudo, con la mente en blanco, el despacho se convirtió en una tumba. El plan, trazado con Heatherly Skye, era perfecto. Se casarían discretamente, con solo Jaime y quizá Dmitri, y luego partiría a Hong Kong después del duelo para llegar antes de la Navidad y de que su madre se enterara. Angélique lo seguiría en el siguiente barco.

—A aquellos que Dios ha unido, ningún hombre, o mujer, podrá separar —había salmodiado Heatherly Skye cuando le consultó.

—¡Es perfecto! ¡Perfecto!

—Gracias, tai-pan. Mis honorarios son cincuenta guineas. ¿Me podría, hummm, me podría dar algo a cuenta? En efectivo, si no le importa.

A pesar de que cincuenta guineas era una barbaridad, Malcolm Struan le dio diez soberanos y regresó a su casa, con una sensación de bienestar que no había tenido desde hacía semanas.

—Te veo muy contento, Malcolm. ¿Has recibido buenas noticias?

—Sí, querida, pero ya te lo contaré mañana. ¿Cuándo veremos la foto? Tu vestido era precioso.

—Creo que mañana. Estabas tan guapo…

—Qué bien. Podríamos organizar una fiesta…

Pero ahora la fiesta que iban a dar esa misma noche ya no sería maravillosa. Estaba totalmente abatido. «¿Qué puedo hacer para obligar a Tweet? ¿Y si lo vuelvo a intentar mañana, cuando ya se haya repuesto del susto? ¿Y si le ofrezco más dinero? ¿Sir William?». De pronto se le ocurrió una idea. Tocó la campana.

—¿Sí, tai-pan?

—Vargas, vaya corriendo a la iglesia católica y dígale al padre Leo que quiero verlo.

—Sí, tai-pan. ¿Cuándo quiere que venga?

—Ahora, lo antes posible.

—¿Ahora? Pero es la hora de comer…

—¡Ahora mismo! ¡Y deprisa! —gritó Malcolm, frustrado porque se sentía incapaz de realizar las tareas más sencillas. «¡Qué Dios maldiga a esos cerdos, y al Tokaidō!».

Vargas salió escopeteado y con el semblante pálido. Mientras esperaba, Malcolm se quedó pensando en cómo podía intimidar a Tweet, le dio vueltas y más vueltas; a medida que transcurrían los minutos, su enfado y su obcecación fueron en aumento.

—Aquí está el padre Leo, tai-pan. —Vargas se hizo a un lado para dejarle pasar y cerró la puerta al salir.

El sacerdote intentaba ocultar su nerviosismo. En varias ocasiones, había dirigido sus pasos hacia Struan para hablar de la conversión de Malcolm al catolicismo, pero nunca se atrevió a hacerlo. Cada vez que se había prometido a sí mismo que lo haría al día siguiente a pesar de que nunca llegó a cumplirlo; temía cometer un error y no saber qué decir. Desesperado, fue a hablar con André Poncin para que le concertara una cita y se sorprendió de su reacción, y después de la del ministro francés, cuando ambos le dijeron que todavía no había llegado el momento de hablar de esas cosas y que las obras del señor requerían tiempo y paciencia.

—Buenos días —musitó Malcolm.

—Que Dios te bendiga —murmuró el padre Leo indeciso. Antes de abandonar su casa rogó a Dios que Struan lo hubiera convocado para hablar de aquello para lo cual había rezado tanto—. Dime, hijo mío.

—Por favor, quiero que me case con Angélique. —Malcolm se sorprendió de la tranquilidad con la que lo dijo y de pronto se horrorizó cuando se dio cuenta de las implicaciones de lo que acababa de hacer. «A mi madre le va a dar un ataque de nervios, mis amigos y el mundo entero pensaran que me he vuelto loco de remate».

—Gracias a Dios. —El padre Leo pronunció una letanía en portugués con los ojos cerrados y los brazos alzados—. Los designios

del Señor son maravillosos, te doy las gracias, Señor, por haber escuchado mis oraciones, espero ser digno de tu favor.

—¿Qué? —Malcolm se quedó mirándolo.

—Ah, hijo mío, por favor, discúlpame —dijo en inglés—. Le daba gracias a Dios por haberte enseñado el camino de la verdad.

—Ah. ¿Un jerez? —No sabía qué decir.

—Gracias, hijo mío, pero antes, ¿quieres rezar conmigo?

Le daba igual si la ceremonia no era válida en su mundo, lo sería para Angélique. Ella podría yacer en el lecho conyugal con la conciencia tranquila. Y cuando hubiera amainado la tormenta y su madre se hubiera tranquilizado, celebraría la ceremonia en su iglesia para corregir cualquier mal.

Entreabrió los ojos. El padre Leo murmuraba una mezcolanza de palabras en latín. Al acabar, se levantó y dijo:

—Por favor, permíteme que sirva el jerez, al fin y al cabo, yo también soy tu servidor —dijo con alegría—. ¿Cómo están tus heridas? ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Ahora… —Malcolm se sentía incapaz de llamarle «padre»—. Ahora, en cuanto a la boda, creo…

—Se hará, hijo mío, será maravillosa, lo prometo. —«Los designios del Señor son inescrutables —pensó el padre Leo—, no he tenido que romper mi promesa al ministro francés, ha sido Dios el que me ha acercado a este pobre hombre»—. No te preocupes, Dios ha querido que me lo pidieras y se hará su voluntad. —El padre Leo le tendió una copa y se sirvió otra. Sorbió el jerez y se sentó con tanta confianza que Malcolm se perturbó aún más.

—Será una boda perfecta, la más grande —dijo el sacerdote entusiasmado, lo cual desanimó a Malcolm ya que quería celebrar una boda discreta—. Habrá un órgano y un coro, compraré una sotana nueva y un cáliz, pero antes de entrar en esos detalles, hijo mío, tenemos que hablar de muchas cosas. Por ejemplo, los hijos, que ahora se salvarán, serán católicos ¡y ya no irán al purgatorio, ni sufrirán la agonía de las llamas eternas!

Malcolm carraspeó.

—Sí, claro. En cuanto a la boda, se celebrará la semana que viene, creo que el martes será un buen día.

El padre Leo parpadeó.

—Pero, hijo mío, ¿y tu conversión? Eso requiere tiempo y…

—Es que, bueno, no me quiero convertir, todavía no, aunque estoy de acuerdo en que nuestros hijos sean católicos. —«Les daremos una buena educación, y serán inteligentes —pensó cada vez más mareado—. Cuando sean adultos, podrán escoger la religión que quieran… Pero ¿qué digo? Para entonces ya nos habremos casado en mi iglesia»—. Por favor, la celebraremos la semana que viene, el martes.

La sonrisa se esfumó.

—¿No vas a abrazar la verdadera fe? ¿Y tu alma inmortal?

—No, no gracias, de momento no pienso hacerlo. Pero le aseguro que pensaré en ello. Las almas de los niños… Eso es lo que importa… —Malcolm intentaba hablar con coherencia—. En cuanto a la boda, quiero que sea íntima, una ceremonia sencilla, el martes…

—Pero, hijo mío, piensa en tu alma inmortal. Dios te ha enseñado el camino de la verdad, tu alma es mucho más importante que esta boda.

—Bueno, le prometo que lo pensaré. Ahora, hablemos de la boda. Creo que el martes sería perfecto.

El sacerdote depositó el vaso en la mesa, sumido en una mezcla de alegría, esperanza, dudas, temores y señales de peligro.

—Pero, hijo mío, eso es imposible, por muchas razones. ¿Verdad que la muchacha es menor de edad? Su padre tiene que aprobar la boda, necesitará documentos. Y tú también lo eres, ¿verdad?

—¿Yo? —Malcolm fingió una risa—. En mi caso da igual porque mi padre está muerto. Lo dice la ley británica. Lo consulté con… con Mr. Skye. —Se maldijo a sí mismo por haber mencionado ese nombre pues recordó que Angélique le había contado que el padre Leo odiaba a aquel hombre y consideraba que era un ser abominable porque era agnóstico.

—¿Esa persona? —La voz del padre Leo se endureció—. Antes sir William tendría que confirmarlo, no hay que confiar en él y, en cuanto al padre de la *senhorita*, ¿verdad que puede venir desde Bangkok?

—Creo que ha regresado a Francia. Pero tampoco lo necesitamos, estoy seguro de que monsieur Seratard puede actuar en su lugar. El martes será perfecto.

—Pero, hijo mío, ¿a qué se debe tanta prisa? Sois tan jóvenes, tenéis tanta vida por delante, y debes pensar en tu alma. —El padre Leo intentó sonreír—. Dentro de un mes o dos…

—No, no pienso esperar un mes o dos —dijo Malcolm, a punto de estallar, con la voz ahogada—. El miércoles o el jueves, por favor.

—Piénsalo, hijo mío, tu alma inmortal…

—Olvídese de mi alma… —Malcolm hizo una pausa para recomponerse—. Tengo intenciones de hacer una importante donación a su iglesia a pesar de que todavía no pertenezca a ella.

El padre Leo advirtió el tono en que dijo «importante» y «todavía», sin olvidar que la labor de Dios en la tierra necesitaba servidores prácticos y soluciones pragmáticas.

Apartó el problema de sus pensamientos. «Hágase la voluntad de Dios».

—La boda se celebrará, hijo mío, no temas, te lo prometo… Pero no será la semana que viene ni la otra, hay demasiados obstáculos.

Malcolm sentía que el corazón estaba a punto de estallarle.

—Por el amor de Dios, si no puede ser la semana que viene ni la otra, entonces no lo quiero. Tiene que ser cuando yo lo diga o nada.

—Pero ¿por qué? ¿Y por qué ha de ser tan íntima?

—O eso o nada —repitió Malcolm con el rostro contorsionado—. Usted hallará en mí a un buen amigo… Necesito su ayuda… ¡Por Dios, con lo fácil que es casarnos!

—Sí, sí, claro, es fácil para Dios, pero no para nosotros, hijo mío. —El sacerdote suspiró y se levantó—. Le pediré a Dios que me guíe. Dudo que… pero a lo mejor. A lo mejor. Tendría que estar muy seguro.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

—Detesto aguarle la fiesta, tai-pan —dijo Heatherly Skye. Estaba hundido detrás de su mesa en un despacho pequeño y anodino—. Pero dado que me pide una opinión profesional, le diré que no debe confiar en el padre Leo a menos que decida convertirse. Es imposible hacerlo en tan poco tiempo y tampoco se lo aconsejaría. Ese cura jugará con usted como con un pelele, se le pasará el plazo y entonces empezarán los problemas de verdad.

—Entonces, por el amor de Dios, ¿qué hago?

Skye vaciló, se sonó la nariz y se limpió los quevedos, actividad a la que solía recurrir cuando necesitaba calmarse, para disimular un desliz, o bien, como en esta ocasión, para contener una sonrisa.

—No puedo imaginarme un embrollo más complicado que este —dijo con solemnidad, representando su papel, y como apreciaba y admiraba al joven, le sugirió la clave—: El nudo gordiano, ¿eh?

Malcolm estaba abatido.

—Heatherly, ayúdeme a partir ese nudo y, además de mi gratitud eterna, le daré quinientas guineas…

El disparo del capitán del puerto resonó por toda la colonia. Miraron por la ventana —el despacho de Skye se hallaba en el edificio de Lunkchurch delante del mar— y de pronto vieron la flota, con el buque insignia a la cabeza. Ambos sintieron una mezcla de orgullo y alivio. Las salvas tronaron desde la costa y los barcos y la flota devolvieron los saludos con más cañonazos.

Los dos gritaron de alegría y Skye dijo:

—Ahora ya podemos enfrentarnos a los japoneses y dormir tranquilos. Tampoco es tan difícil tratar con ellos; Willie tiene que actuar con decisión; la teoría de la mano de hierro en un guante de hierro, o de terciopelo, puede aplicarse casi siempre, sino siempre. Como en su caso.

Malcolm lo miró.

—¿Cómo? Estoy dispuesto a pagarle lo que me pida si me da una solución. —Con gesto cansino, cogió los bastones—. Dentro de unos límites, claro.

—Un momento, tai-pan —dijo Skye mientras seguía limpiando los quevedos. «No pienso cobrarle dinero, con la ayuda de la Casa Noble puedo llegar a ser juez en Hong Kong. Mi única duda es si debo darle la solución ahora o si espero y me arriesgo a que otro se me adelante».

—Se me acaba de ocurrir una idea, tai-pan. Podría ser una buena solución. ¿Por qué no hace lo mismo que su madre?

Malcolm se desconcertó y luego entendió lo que quería decir.

—Ah, ¿se refiere a que nos fuguemos? Ya lo había pensado —dijo irritado—, pero ¿adónde nos podemos fugar? ¿Y quién va a oficiar la ceremonia? Estamos a miles de kilómetros de Macao.

—¿Y Macao qué tiene que ver?

—Todo el mundo sabe que mis padres se fugaron y se casaron muy discretamente en la Iglesia inglesa de Macao gracias a las influencias de mi abuelo.

Skye sonrió y sacudió la cabeza.

—Esa es la historia oficial, pero no es cierta. El capitán Orlov los casó en su clíper, el *China Cloud*, cuando regresaban a Hong Kong. Su abuelo nombró patrón a su padre solo para ese viaje y ya sabe que, según la ley del tai-pan, el patrón de un barco es el que dicta la ley en el mar.

Struan se lo quedó mirando atónito.

—No puedo creerlo.

—La primera característica de un buen abogado, y yo soy un buen abogado, Mr. Struan, es que tiene que saber escuchar; la segunda es que tiene que tener olfato para descubrir los secretos; y la tercera es que tiene que ser discreto. Es muy importante que sepa lo máximo posible acerca de sus posibles clientes, sobre todo para ayudarles cuando tengan problemas. Estoy encantado de ofrecerle una solución. Por supuesto, tiene sus dificultades, pero usted tiene barcos, los barcos tienen capitanes, y los capitanes de los barcos

británicos, en ciertos casos, pueden oficiar una boda. ¡Usted lo puede ordenar porque es el tai-pan! *Quod erat demostrandum*.

—Heatherly, ¡es usted un hombre fantástico! —exclamó Malcolm —. ¡Fantástico! ¿Está seguro de que es cierto?

—Sí. Uno de mis informantes fue Morley Skinner, un contemporáneo de Dirk Struan que fue propietario del *Oriental Times*, un anciano que adoraba cotillear sobre los viejos tiempos; y también me lo contó Mrs. Fortheringill antes de morir. ¿Se ha fijado en lo poco que se interesa la gente por escuchar a los viejos que han presenciado toda clase de acontecimientos? Skinner murió hará unos ocho años, ¿lo conoció?

—No. —Parte de la esperanza de Malcolm se desvaneció—. Pero si esa historia fuera cierta, en Hong Kong todo el mundo lo sabría.

—Dirk Struan decidió silenciarlo; pensó que quedaría mejor si se decía que había sido una «boda discreta». Era lo suficientemente poderoso como para hacerlo, incluso consiguió convencer a Brock. Es verdad.

—Pero si… —Malcolm calló; daba gusto verle la cara—. De todas formas, aunque no sea cierto, da igual, ¿verdad?

—Sí que importa. La verdad es muy importante porque le proporciona un buen argumento para defenderse de su madre. Al fin y al cabo, usted solo ha imitado y seguido su ejemplo.

—Dios mío, Heatherly, tiene razón. ¿Dispone de alguna prueba?

«Por supuesto, tontorrón —pensó—, pero no pienso dártelo todo de una sola vez».

—Sí, en Hong Kong. El viaje me costará dinero. Digamos que cinco mil, y con eso incluyo la prueba… y siempre y cuando mi solución deshaga el nudo gordiano. Cuando usted llegue a Hong Kong después de la boda, ya habré reunido todas las pruebas necesarias.

—¡Santo cielo! ¡Y yo creía que estaba perdido! —Malcolm se reclinó en la silla y sintió que ya nada lo podría detener. La idea había conseguido alejar de su mente muchos demonios, demonios del día y de la noche—. ¿Qué más sabe de mí y del pasado?

—Muchas cosas, Mr. Struan —repuso Skye con una sonrisa—. Pero no se las voy a contar ahora, por muy interesantes que sean.

Malcolm Struan regresaba a su casa feliz, ni siquiera los bastones y el dolor le molestaban.

«¿Y por qué no? —Estuvo a punto de exclamar—. La semana que viene estaré casado con la muchacha más hermosa del mundo y me habré salido con la mía (estoy deseando ver la cara de mi madre cuando se entere); esta noche voy a dar una fiesta que será una verdadera celebración y Norbert ha llegado justo a tiempo para enviarlo a la tumba».

Saludó con jovialidad a los transeúntes. La gente lo apreciaba y se apiadaba de él, lo respetaba por ser el tai-pan de la Casa Noble y lo envidiaba por ser el futuro marido de la muchacha más adorada y hermosa de la colonia.

El sol se abrió paso entre las nubes para corresponder a su alegría mientras la flota fondeaba en la bahía. La chalupa de sir William se dirigía hacia el buque insignia y el barco correo estaba rodeado de embarcaciones. Su buque mercante, el *Lady Tess*, que hacía el recorrido entre Yokohama, Shanghái, Hong Kong y luego se detenía en todos los puertos más importantes de camino a Londres, estaba listo para zarpar aquella misma noche.

«Nos casará el capitán, Lavidarc Smith, un hombre grandullón y bullicioso. A pesar de que lleva muchos años en Struan, al igual que la mayoría de nuestros capitanes, nunca me ha caído muy bien; hubiese preferido que nos casara el tío Sheely. Es una lástima no haberlo sabido cuando estuvo aquí. Bueno, no importa. ¡Maldición! De todas formas, no puedo retener a Lavidarc, y mañana tampoco se podrá hacer, antes tengo que ocuparme de Norbert.

»¿Y Vincent Strongbow, del *Prancing Cloud*? Llega el domingo y el miércoles regresa a Hong Kong. Me da tiempo de sobra para matar a Norbert y embarcarme antes de que sir William se entere. No podré quedarme aquí, estaré mucho más seguro en Hong Kong,

donde somos más poderosos y Ángel, que entonces ya será mi esposa, podrá reunirse conmigo al cabo de un par de semanas.

»Así que ya está todo decidido. Y Heatherly vuelve a tener razón: debo tener mucho cuidado y no contárselo a nadie, ni siquiera a Ángel, hasta que llegue el momento. Puedo confiar en él, ha jurado guardar el secreto y me aseguraré su lealtad con unos buenos honorarios. *Ayiiyah!* ¡Cinco mil libras! Da igual, me ha dado la solución, ¡gracias a Dios!

»Otra decisión: voy a dejar la medicina, del todo; se lo debo a Angélique, tengo que recuperarme y estar fuerte sin necesidad de recurrir a sucedáneos. Y también tengo que estar en condiciones para dirigir la Casa Noble. Con Angélique a mi lado, puedo…».

Unos caballos que pasaron a su lado lo sacaron de su ensimismamiento. Saludó a los jinetes y se dio cuenta de que estaba cerca de la iglesia. Con un sentimiento de gratitud, decidió entrar para dar gracias a Dios. De pronto vio una lancha de vapor que se dirigía hacia el muelle y a Jamie en la popa, con la cabeza hundida en un periódico, y recordó que el correo había llegado. Cambió de rumbo y llegó al muelle poco antes que la lancha.

—¡Jamie! —gritó por encima del ruido del motor y lo saludó con la mano mientras la lancha atracaba. Jamie lo buscó y le devolvió el saludo. A Malcolm le bastó con verle la cara—. Subiré a bordo.

Con torpeza, puso los pies en la cubierta. A pesar de que le costaba caminar con los bastones sobre la superficie inclinada, consiguió llegar hasta la popa y permitió que Jamie lo cogiera del brazo para ayudarle a descender los tres escalones que conducían al camarote. Este era amplio y acogedor. El correo estaba sobre la mesa, clasificado en cartas, periódicos, revistas y libros. Malcolm enseguida vio una carta de su madre y otra dirigida a Jamie.

—Me alegro de verle, tai-pan.

—¿Qué hay de nuevo?

—Tome, léala usted mismo.

«Ha de saber que en ningún caso mi hijo podrá contraer matrimonio hasta que sea mayor de edad. Ya he informado al reverendo Michaelmas Tweet, a sir William (en el correo de hoy) y le envío el anuncio que mandé publicar en el *Oriental Times*. Asimismo, he informado a todos los capitanes que navegan por esas aguas y les he pedido que divulguen la orden. He enviado otra carta en el correo de hoy al almirante Ketterer por si le apetece celebrar una ceremonia. Lo que mi hijo haga a partir del día que cumpla los veintiún años ya no me concierne. Hasta entonces, juro por Dios que haré todo lo posible para proteger sus intereses y los nuestros».

Malcolm palideció y se quedó sin aliento. Abrió su carta. Era una réplica de la otra, salvo que era algo más personal y acababa diciendo:

«Hijo mío, lo hago por tu bien. Lamento decirte que la familia de la muchacha es muy poco recomendable. Nos hemos enterado de que las autoridades de Indochina acusan a su padre de fraude y ya sabes que su tío está en la cárcel de París. Si estás tan obcecado, estoy dispuesta a aceptar que sea tu amante; de lo contrario no harás más que buscarte más problemas. Por supuesto, no quiero conocerla.

»Confío en verte antes de Navidad, cuando hayamos dejado atrás esta historia tan lamentable. Te escribiría acerca de los malditos Brock, pero eso es algo que tenemos que solucionar aquí y no en Yokohama.

Tu madre que te quiere».

La carta no contenía un mensaje secreto.

Rompió la carta en pedazos lentamente. Pese a que le complació el control con que lo hizo, no consiguió aplacar la rabia que se

apoderó de él cuando vio que su madre se le había adelantado otra vez.

—Esa mujer —murmuró, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta—. Esa mujer es una bruja… una auténtica bruja, ¿cómo diablos sabía que…?

McFay lo observaba callado y con el semblante preocupado.

Cuando por fin logró pensar con claridad, Malcolm dijo:

—¿Qué dice el periódico?

El artículo era muy breve:

«La señora Struan, en nombre de la empresa, se complace en anunciar que la Casa Noble celebrará el veintiún aniversario del tai-pan el 21 de mayo del año próximo».

—En fin, Jamie —dijo con una sonrisa amarga—. Ya no le queda mucho por hacer para fastidiarme, ¿verdad?

—No —dijo Jamie compasivo.

Malcolm vio los barcos, el horizonte, y, más allá, Hong Kong, su casa, sus amigos, y sus enemigos. Ahora ella encabezaba la lista.

—Es curioso. Hace nada me sentía como si estuviera en la cresta de una ola… —Le contó a Jamie la gran idea que había tenido, la negativa de Tweet, y le habló del ardid de Heatherly—. Ahora todo eso no es más que pura basura.

Fijó la mirada en Jamie a la vez que se sentía viejo y solo.

—Vamos a tierra.

XXXIV

Malcolm descendió de la embarcación y se dirigió a su dormitorio. El pequeño frasco estaba lleno, pero decidió no beber y lo guardó en el cajón. Acercó con dificultad el sillón a la ventana y se dejó caer en él, aliviado.

«Voy a ganar esta batalla —se juró a sí mismo—. Por favor, Dios, ayúdame. No sé cómo pero Angélique será mía. Voy a vencer al dolor, al opio, al recuerdo del Tokaidō. También a Tess. Sí, voy a ganar…».

Transcurrió una hora de sueño profundo y reparador. Cuando se despertó vio a Angélique a su lado.

—Buenas tardes, cariño. Veo que has dormido bien. Ya es casi hora de vestirse para la fiesta.

Se acercó a Malcolm y lo besó, arrodillada junto a él.

—¿Cómo estás, mi amor?

—Verte me hace tan feliz, Angélique —le respondió con una voz que, aunque dulce, no conseguía ocultar sus preocupaciones más íntimas.

—¿No habías dicho que la fiesta de esta noche tenía que ser inolvidable?

Gran parte de su alegría se desvaneció.

—Sí, sí que lo dije pero… Ten paciencia conmigo, Angélique, te lo ruego. Dentro de unos días podré contártelo todo, decirte el verdadero motivo. Solo tenemos que esperar unos días más. Mientras tanto, lo único que puedo decirte es que te quiero, te quiero, te quiero…

Por la noche el tiempo empeoró, pero no lo bastante como para estropear el ambiente de la fiesta ofrecida por Malcolm. El comedor principal de la casa había sido decorado especialmente para la ocasión y ante su magnificiencia empequeñecían todos los demás salones de la colonia, excepto el club. Cubertería de plata, copas del más fino cristal, la porcelana más famosa de Pekín; lo mejor de lo mejor, en una palabra, para agasajar a los invitados, todos de rigurosa etiqueta.

Una vez concluida la cena que, como era costumbre de la casa, había sido abundante y exquisita, los invitados pidieron a gritos que comenzara el baile, algo también habitual cuando Angélique estaba presente. Así que corrieron la larga mesa contra la pared. Todos los invitados ansiaban bailar con Angélique. Excepto Jamie. Esa noche, y previo acuerdo con Malcolm, Jamie se había ausentado aprovechando el alboroto durante el traslado de la mesa.

—Lo siento, pero hoy no me siento con ganas de bailar. Creo que me voy a largar, tai-pan.

Angélique era la única mujer de la fiesta —las otras dos damas de la colonia, al igual que Hoag, se hallaban enfermas— y por esa razón los invitados apenas le dieron respiro entre los acelerados compases de los valses y polcas que André tocaba en un lujoso piano de cola que, para admiración de todos, Struan había importado a la colonia unos meses antes. Lo normal era una pieza por cada invitado; la dejaban descansar después de cuatro piezas y parar siempre que ella lo pidiese. Llevaba esa noche un vestido nuevo de seda verde y roja, pero sin el pesado armazón del miriñaque, lo cual acentuaba aún más su delgada cintura y sus extraordinarios pechos, apenas cubiertos por el exagerado escote —otro dictado de la moda de París— que era habitualmente el blanco de las críticas de los curas y de las dos estrictas damas de la colonia pero que ninguno de los hombres presentes dejaba de devorar con los ojos.

—Ya está bien por hoy, *mes amis* —dijo Angélique después de una hora de baile, enfrentándose a las protestas de aquellos que no habían conseguido tenerla por compañera. Tras calmarlos a todos, volvió junto a Malcolm, exhausta. Su prometido ocupaba la enorme y solemne silla de roble a la cabecera de la mesa, y se le veía animado; el vino y el brandy le habían hecho cierto efecto. Malcolm disfrutaba viéndola bailar, disfrutaba como el que más, aunque, como siempre, se sentía terriblemente frustrado por no poder bailar con ella la primera pieza ni la última, como era su derecho. En circunstancias normales, antes de recibir la herida en el Tokaidō, Malcolm era un bailarín consumado.

Angélique se sentó en el brazo de la silla y él la rodeó suavemente con el brazo.

—Bailas como los dioses, Angélique.

—Ninguno de esos baila tan bien como tú —murmuró.

—Ya es hora de un descanso. Vamos a tomarnos un trago. Por cierto, he oído decir que el contrato propuesto por la posesión de cierta señora es digno de un ministro.

André le hablaba en francés y Tyrer se puso rojo de vergüenza mientras miraba a su alrededor en busca de oídos indiscretos.

—Por favor, Phillip, como si yo fuera a escandalizarme o a contárselo al primero que pasara. No se preocupe, amigo. No olvido cuáles son sus intereses —añadió, recordando el encuentro de ambos en el castillo de Yedo—. Los asuntos del corazón no tienen nada que ver con los asuntos de Estado, aunque creo que Francia debería compartir con Gran Bretaña las sobras de la tierra, ¿no le parece?

—Sí, sí… estoy de acuerdo, André, pero me temo que las negociaciones no van viento en popa. Por el momento no están avanzando.

—Será mejor que hablemos en francés.

—Sí, tiene razón —dijo Tyrer, secándose el sudor de la frente con los modales de un dandy—. Nunca creí que sería tan difícil.

—Escuche, puedo decirle una manera de solucionarlo. No vaya a verla esta noche, incluso si ya ha pagado. —Casi se le escapó una carcajada al ver a Tyrer quedarse con la boca abierta—. Cuántas veces debo decirle que hay que conocer algunos secretos de este difícil arte de la negociación con prostitutas. Tal vez pueda ayudarle… si es que necesita ayuda.

—Oh, ya lo creo que sí.

—Le aconsejo que cancele la cita de esta noche con Fujiko. Sí, ya sé que Raiko lo había arreglado todo porque usted no dejaba de insistir; por cierto, esto no me lo ha dicho Raiko, no tema, fue una de las muchachas. No vaya, y no envíe tampoco ningún mensaje. Lo que debe hacer es ir a otra posada, a la del Lirio, por ejemplo, y acuéstese con cualquiera de las muchachas de allí. Hay una que se llama Yuko… se la recomiendo, es una muchacha preciosa.

—Pero André, yo no quiero…

—Si no quiere acostarse con ella, trate de que ella le satisfaga de alguna otra manera, o emborráchese o finja emborracharse. Créame, va a salir ganando aunque ahora tenga que gastar un poco más. Mañana, cuando Nakama le mencione a Fujiko o cualquier otra cosa acerca del contrato o de Raiko, respóndale con indiferencia, y mañana por la noche vuelva a hacer lo mismo que hoy.

—Pero…

—Recuérdelo, cuando Nakama le diga algo acerca de Fujiko o del contrato, no le dé importancia; limítese a decirle que la posada del Lirio parece mucho más prometedora y ordénele enérgicamente que no vuelva a mencionar el asunto, en especial a Raiko. ¿Me sigue, Phillip?

—Sí, pero ¿no le parece que…?

—No, al menos que quiera volverse loco y que quiera firmar un contrato por un precio desorbitado. Como de cualquier modo la pasión será más fuerte, Phillip, considero injusto que lo timen, es una cuestión de honor. Le repito que no debe comentar esto que le he dicho con Nakama, y mantenga esta conducta por lo menos una semana.

—Por Dios, André, ¿una semana?

—Tres semanas sería mejor, amigo.

A André le divertía la falta de sangre fría de Tyrer.

—No solo intento hacerle ahorrar un montón de dinero, sino un agravio que no puede medirse con nada. Es importante que actúe como si le importaran un rábano Fujiko y la demora en la firma del contrato, como si le divirtiera cancelar las citas, y que demuestre que a un importante funcionario británico como usted, Phillip, una vieja zorra como Raiko no puede exigirle un precio semejante. Sería bueno que también se lo recordara a Nakama un par de veces, pero no más que eso. Tengo entendido que es un muchacho inteligente, ¿verdad?

—Sí, así es.

«Claro, claro —pensó André—, y pronto será hora de que me digas todo lo que sabes, todo lo que el japonés te ha contado. Un japonés que habla inglés no deja de ser algo inquietante; gracias a Dios mis espías tienen siempre los oídos bien abiertos. Ese dato aclara un montón de cosas; lo que no entiendo es por qué no ha querido hablar inglés conmigo, o ni siquiera japonés, cuando he estado con él a solas. Supongo que Willie le ha ordenado que no hable con nadie».

—Ahora bien —continuó diciendo con toda tranquilidad—, Raiko me pedirá una y otra vez que interceda y concierte una cita. Dejaré pasar una semana y aceptaré, pero le haré notar que lo hago contra mi voluntad. No deje que Nakama lo haga, y cuando se encuentre con Nakama o Fujiko, sea duro, Phillip, tiene que sonar muy convincente.

—Pero…

—Dígale a Raiko que ha hecho bien en considerar en primer lugar los intereses de su cliente, es decir, los de usted, Phillip, sobre todo por tratarse de un funcionario importante. Insista en eso, dígale que le parece bien actuar con prudencia, no precipitarse, en fin, tomarse un tiempo para pensárselo antes de firmar el contrato de «la mujer». Use ese término y no el nombre de Fujiko; no olvide que

desde el punto de vista de ellos lo que se está discutiendo es el valor de una mercancía, no de la mujer que usted adora. Dele las gracias a Raiko por sus gestiones y dígale que gracias a ella se ha dado cuenta de que un contrato sería un grave error y que ha decidido «alquilar» los servicios de esa mujer de cuando en cuando, y que si ella está ocupada, *shigata ga nai*, es decir, que no importa, que esta vida es demasiado breve y cosas por el estilo.

Tyrer lo escuchó con atención y supo que André tenía razón. No obstante, le espantaba la idea de no ver a Fujiko una semana entera y se la imaginaba sufriendo bajo el peso de todos los gai-jin de Yokohama.

—Estoy de acuerdo con usted, André, pero… no creo que pueda hacerlo, quiero decir, toda esa comedia.

—Tiene que hacerlo. ¿Por qué no se siente capaz? Ellas fingen todo el tiempo. ¿No se da cuenta de que viven las mentiras como si fueran verdad y la verdad como si fuera mentira? Las mujeres no tienen otra opción, especialmente en el Mundo Flotante. ¿Y los hombres? Peor aun. Acuérdese del Bakufu, del consejo de regentes. ¿Qué me dice de ellos? ¿Y qué me dice de Nakama en concreto? Son maestros en el arte de mentir, eso es todo. ¿Qué razón hay para comportarse como una mansa palomita? ¿Por qué dejar que Raiko lo humille y al mismo tiempo darle un dinero que usted no puede ni podrá nunca permitirse simplemente porque está buscando una manera de aplacar un dolor infinito que Dios nos ha impuesto?

Un súbito temblor lo asaltó. André conocía esa trampa demasiado bien. Raiko lo había llevado al límite de su propia capacidad financiera. «Eso no es cierto —se dijo, algo irritado—. Está bien saber disfrazar la verdad y mentirle a los demás, pero no a ti mismo. Si haces eso, estás perdido. Lo cierto es que, hace diecisiete días, llegué al límite, y lo atravesé.

»Fue en el momento en que Raiko me presentó a aquella muchacha…

»El preciso instante en que la vi… la de la piel de alabastro, la de los ojos profundos como el mar. Supe entonces que sería capaz de

darle a Raiko mi alma y de caer en un pozo sin fondo con tal de poseerla. Yo, André Edward Poncin, súbdito francés, jefe de los servicios de espionaje, asesino, experto en todas las bajezas del ser humano; yo, el gran cínico, caí como un muñeco de trapo delante de… aquella niña… enamorado. ¡Qué locura! Pero así fue».

Cuando la muchacha salió de la habitación, desesperado y sin aliento, había dicho:

—Raiko, pedir lo que quiera. Pagaré.

—Por supuesto, regresa mañana, a la hora del crepúsculo.

—No, por favor, ahora… Dime cuánto ahora. Esperaré.

Tuvo que esperar casi dos horas. Mientras esperaba rezó, y se sintió una y otra vez a punto de morir. Cuando Raiko regresó y vio su semblante preocupado, sintió que se moría una vez más, pero resucitó cuando ella le dijo:

—Se llama Hinodeh, que en japonés quiere decir «alba». Tiene veintidós años, y ha dicho que sí, pero con algunas condiciones, aparte del dinero.

—Haré lo que Hinodeh pida.

—Será mejor que primero me escuches.

Raiko estaba más seria que de costumbre.

—Hinodeh ha dicho que será tu consorte, no tu cortesana, por un año y un día. Si ese día, el último, decide permanecer contigo, te hará entrega de su *inochi*, su espíritu, y se quedará junto a ti otro año, y otro, hasta que ella decida partir o tú te canses de ella. Tú debes prometer que la dejarás libre el día que ella decida marcharse.

—De acuerdo. ¿Cuándo comenzar?

—Espera, Furansu-san, hay más cosas. No habrá espejos en la casa. Cuando ella se desvista, la habitación ha de estar siempre a oscuras, excepto una vez…, la primera. Solo podrás verla una vez, Furansu-san. Además, cuando aparezca algún signo de desfiguración, o simplemente cuando ella te lo pida, deberás inclinarte ante ella sin olvidar, y bendecirla y ser su testigo. Serás tú

quien le dé el veneno, o el cuchillo, y deberás esperar hasta que ella muera para así honrar su sacrificio.

—¿Muerta?

—Ha dicho que preferiría el cuchillo, pero no sabía qué podría escoger un gai-jin.

Cuando André pudo volver a pensar con lucidez, dijo:

—¿Yo debo juzgar si hay señales de desfiguración?

—Tú o ella, qué más da. Si ella así lo decide tú debes cumplir tu promesa. Todo constará por escrito. ¿Estás de acuerdo?

Superado el horror que le producía la idea, reflexionó serenamente y dijo:

—Entonces, ella, enfermedad temprana. ¿No signos todavía?

—Hinodeh no tiene ninguna enfermedad, Furansu-san, ninguna. Es una muchacha «sin mancha».

Al oír esas palabras le pareció que la cabeza iba a estallarle. En el fondo de su cerebro resonaban otras palabras: «¡Ella está inmaculada, pero tú, tú eres el manchado!».

—¿Por qué? ¿Por qué ella saber… que yo, que yo… enfermo?

Una muchacha que esperaba afuera, en la galería, abrió la puerta shoji, atemorizada por el tono que había adquirido la voz de André. Raiko le indicó por señas que no pasaba nada y le ordenó que cerrara la puerta. Raiko siguió bebiendo con delicadeza su sake.

—Por supuesto que lo sabe, Furansu-san. Cuánto lo siento. Pero no debemos presionarla. Lo siento, pero debes dar tu consentimiento como parte del contrato. Esa es la condición decisiva.

—De acuerdo. Por favor, redacta el contrato.

Después de tres o cuatro días, que a André le parecieron una interminable agonía, el contrato se firmó y se selló y pudo finalmente estar a solas con Hinodeh —él sucio, ella sin mancha— y al día siguiente la vería otra vez.

André se sobresaltó cuando sintió que una mano le sacudía el hombro y se vio otra vez en medio del gran salón de Struan. Era Phillip, que le decía:

—André, ¿se encuentra bien?

—¿Qué? Oh, sí, sí…

Habían sido esos recuerdos, esa «primera vez», el espanto, y ese mañana que no llegaba nunca. De golpe le pareció que se iba a ahogar, que toda la habitación se derrumbaba encima de él, y sintió la imperiosa necesidad de salir al exterior a respirar el aire fresco de la medianoche.

—Phillip, dígale a Henri que me releve al piano. Yo… no me siento… lo lamento, pero tengo que salir de aquí.

Babcott, que había dejado el grupo que jugaba a la ruleta, lo vio salir en un estado lamentable.

—¿Qué diablos le pasa a André, Phillip? Parece como si hubiera visto un fantasma.

—No lo sé, George. Hace un momento estaba perfectamente bien. De golpe se puso blanco como una sábana.

—¿Fue a causa de la conversación?

—No lo creo, solo me estaba dando unos consejos para que me anduviera con pies de plomo en el asunto de Fujiko y Raiko. No estábamos hablando de él.

Vieron que André se marchaba sin despedirse de nadie.

—No parece el mismo André de siempre. Pobre, debe de ser su enfermedad. Ojalá yo pudiera curarlo, ojalá fuera curable.

—Es una fiesta magnífica, Malcolm —dijo sir William, disimulando un bostezo—. Creo que ya es hora de que me retire.

—¿Otro brandy?

—No, gracias. He bebido como una esponja. Permítame decirle que Angélique es maravillosa.

—Sí —asintió Malcolm con orgullo, algo atontado por el vino que le había aplacado el dolor y el pánico que sentía cuando pensaba en su futuro. «El alcohol no calma tanto como el medicamento —pensó —. No importa, pero es un comienzo».

—Bien, buenas noches —dijo sir William—. Ah, a propósito, ¿podría pasar a verme mañana? Estaré a su disposición a la hora que le resulte conveniente.

Malcolm pensó inmediatamente en la carta de su madre y el pensamiento hizo que se le revolviera el estómago.

—¿A las once le parece bien?

—Perfecto. Si tiene algún problema puede venir a otra hora.

—No, a las once está bien. ¿De qué se trata, sir William?

—Bah, no es nada que no pueda esperar hasta mañana.

—Mejor dígamelo ahora, sir William. Es acerca de la carta de mi madre, ¿verdad? Me dijo que pensaba escribirle para estas fechas.

—Sí, se trata de eso, pero solo en parte. También yo esperaba una carta. Pero en realidad quería hablarle acerca de Norbert, ahora que ha regresado. Espero que ese disparate de duelo se les haya quitado de la cabeza.

—Por supuesto.

Sir William no se mostró del todo convencido, pero no dijo nada. No podía hacer otra cosa que advertir a ambas partes de las consecuencias y, si no le obedecían, aplicar la ley con la máxima dureza.

—Mejor así. Ya están advertidos.

—Gracias. ¿Y qué más?

—En segundo lugar, quería decirle que el Gobierno me ha comunicado oficialmente que pondrá en marcha un plan para penalizar el comercio de opio por parte de súbditos británicos, para prohibir el comercio en todos los barcos de Su Majestad y destruir todas las plantaciones de opio de Bengala y sustituirlas por cultivos de té. Puesto que usted encabezó la delegación de protesta, quería que fuera el primero en saberlo.

—Eso arruinará nuestros negocios en Asia, en China especialmente, y afectará a toda la economía británica.

—A corto plazo, sí. Será un gran problema para el Tesoro, pero es la única solución acorde con la moral. Deberían haberlo hecho hace años. Por supuesto comprendo los problemas del complejo

triángulo plata-opio-té y el caos que las pérdidas de ingresos ocasionará a nuestra economía.

Sir William se sonó la nariz, cansado de hablar del desagradable asunto que había tenido en vilo al Foreign Office durante años.

—Creo que me he resfriado. Le sugiero que organice una reunión para la semana que viene, a ver si encontramos un modo de minimizar las consecuencias.

—De acuerdo. Me encargaré de los preparativos.

—Cultivar nuestro propio té es una gran idea, Malcolm. ¡Una idea estupenda! Tal vez le interese saber que en las primeras plantaciones de Bengala se han utilizado semillas obtenidas en China de contrabando, llevadas a Kew Garden por sir William Longstaff, gobernador de Hong Kong en la época de su abuelo.

—Sí, lo sabía. Incluso ya hemos probado el té de las primeras cosechas. Es amargo y negro, no tiene el sabor delicado del té chino, ni siquiera del japonés —dijo Malcolm en un tono impaciente. Ciertamente el asunto del té podía esperar hasta el día siguiente—. ¿Algo más, sir William?

—Sí, por último quería hablarle de la carta de su madre —añadió sir William, más solemne—. No es habitual que el Gobierno de Su Majestad ni sus funcionarios interfieran en la vida privada de sus súbditos. Sin embargo, su madre me señala que usted todavía es menor de edad, que ella es su único progenitor vivo y, por lo tanto, la ley le confiere ciertos derechos respecto de su persona. Me veo obligado a no consentir el matrimonio sin el consentimiento de ella, Malcolm. Lo siento, pero es la ley.

—Hecha la ley…

—Eso solo es cierto para algunas leyes, Malcolm. Escuche, no sé cuál es el problema entre usted y su madre, ni quiero saberlo. Ella me llamó la atención sobre un artículo del *Times* que puede interpretarse de varias maneras, pero ninguna buena. Estoy seguro de que cuando usted regrese a Hong Kong podrá convencerla. En cualquier caso, en mayo tendrá la edad exigida por la ley para contraer matrimonio. Y mayo no está lejos…

—Se equivoca, sir William —dijo, recordando que Gordon Chen le había dado el mismo consejo. «Consejos de hombres que no saben lo que es el amor —pensó—. Lo siento por ellos»—. Para mayo faltan miles de años.

—Bueno, sea como sea, estoy seguro de que este asunto se arreglará para bien de los dos.

Ya era medianoche. Malcolm y Angélique se besaban apasionadamente en el pasillo, delante de sus habitaciones. El pasillo estaba en penumbra, alumbrado solo por unas débiles lámparas. Ella trataba de liberarse del abrazo de Malcolm, pero lo cierto era que disfrutaba, y cada día le gustaba más. Esa noche su deseo, y el de él, estaban a punto de hacerlos estallar.

—*Je t'aime* —murmuró Angélique.

Se dieron un beso en los labios, y otro, y se dijeron buenas noches docenas de veces, hasta que por fin lograron separarse. Malcolm se dirigió dolorido hacia su habitación, apoyado en los bastones. Se sentía feliz y triste a la vez; preocupado y, al mismo tiempo, nada parecía importarle. La velada había sido un éxito, Angélique había disfrutado de lo lindo, y los invitados también, y él había sabido contener su decepción por el fracaso de su plan.

Cuando se desvestía, Malcolm se fijó en que había una carta sobre su escritorio.

> «Querido Mr. Struan:
>
> »Permítame que me presente. Me llamo Edward Gornt, de la compañía Rothwell de Shanghái. Me encuentro en Yokohama en un período de prácticas con Norbert Greyforth, a petición de sir Morgan Brock.
>
> »Mr. Greyforth me ha pedido que lo represente para ultimar los detalles del asunto privado —aunque urgente — del duelo a que usted lo ha retado. ¿Podría verlo

mañana, alrededor del mediodía? Lo saludo atentamente y quedo a sus gratas órdenes.

Edward Gornt».

La firma era tan clara y legible como el resto de la carta.

XXXV

Martes, 2 de diciembre

—Buenos días, Mr. Gornt. Le presento a Mr. McFay, jefe de Struan en Japón. Por favor, tome asiento. Jamie, siéntese usted también. ¿Café, té, champán?

—No, gracias, Mr. Struan.

—Mr. McFay es uno de mis padrinos. Tengo entendido que son los padrinos los que se ocupan de la organización, ¿no es así?

—Sí. He visto a Mr. Syborodin pero no he arreglado nada con él, siguiendo los deseos de mi representado, Mr. Greyforth.

—¿En qué… puedo servirle? —preguntó Malcolm.

La sonrisa de Gornt era sincera; sus dientes, blancos como los de Malcolm. Tenían aproximadamente la misma estatura, pero Gornt era de complexión más ligera, y sus ropas eran menos elegantes. Su cabello oscuro contrastaba con el castaño rojizo de Struan, y sus ojos marrones con los azules de este.

—Mr. Greyforth quería confirmar la cuestión de la fecha, las armas, etcétera.

—¿Sabe usted, Mr. Gornt, que los duelos están prohibidos por la ley y que este en concreto ha sido expresamente prohibido por sir William? —preguntó Jamie.

—Sí, Mr. McFay.

Jamie se sintió incómodo y lamentó más que nunca estar involucrado en el asunto; además, le molestaba ese extraño clima que reinaba en la habitación. No podía entenderlo. Donde tendrían

que haber imperado la frialdad y la distancia, parecía prevalecer una atmósfera de tranquila espera, agradable y previamente organizada.

—Bien, díganos, ¿qué propone Norbert?

—Hoy es martes. ¿Qué les parece dentro de una semana, a partir de hoy?

—Preferiría que fuera el miércoles 10 —se apresuró a decir Malcolm. Había trazado un plan en las primeras horas de la mañana. No podía dormir. Se había enfrentado con el dragón encerrado en la pequeña botella, y había vencido, aunque la lucha había tenido su precio: el insomnio.

El *Prancing Cloud* llegaría el domingo y estaba previsto que partiera de nuevo el miércoles por la noche. Pensaba llegar en secreto a un acuerdo con el capitán para que zarpara inmediatamente después de que él consiguiera subir a bordo tras el duelo. Pensaba introducir antes a Angélique en el barco, o bien lo organizaría todo para que Jamie la acompañara en el barco siguiente; eso era algo que había que decidir en el último momento, a más tardar el martes. Sería mejor que fuera Jamie quien apareciera en Hong Kong con Angélique, para eludir así parte de la furia de su madre contra aquel al ver que cumplía obedientemente una de sus órdenes; con Angélique a bordo tal vez podría convencer al capitán Strongbow de que olvidara las órdenes de su madre.

«Es demasiado complicado, demasiado arriesgado —pensó—, pero tengo que intentarlo si quiero casarme con ella; es lo mejor que puedo hacer».

—Preferiría el miércoles.

—Creo que no habrá ningún problema. En cuanto al lugar, nos permitimos sugerir que sea al amanecer en la llamada tierra de nadie, entre el pueblo y el barrio de los borrachos. Detrás del hipódromo no nos parece adecuado, pues hay demasiada gente, sobre todo jinetes que entrenan por la mañana.

Malcolm se rio sin saber por qué.

—Sí, sí, es una decisión correcta —dijo, antes de que Jamie pudiera abrir la boca.

«Tanto mejor para mí —pensó Malcolm—; cuanto más cerca del mar, más fácil lo tendré para escabullirme en el clíper de la compañía desde el muelle del barrio de los borrachos».

—Al parecer sabe usted muchas cosas sobre Yokohama. ¡Y solo lleva aquí un día!

—Se trata de una sugerencia de Mr. Greyforth, pero me ocupé de comprobarlo esta mañana, antes de venir aquí. No hay duda de que la tierra de nadie es un sitio más apropiado.

—Estoy de acuerdo. Tendré dificultades para completar los diez pasos reglamentarios. Me permito sugerir que tomemos posición y que después alguien dé la orden, usted mismo si lo desea, de apuntar y disparar.

—Consultaré ese punto con Mr. Greyforth.

—¿Alguna cosa más?

Gornt vaciló un instante antes de mirar a Jamie.

—Podemos ultimar los detalles más adelante: por dónde llegaremos al lugar, de qué manera, el médico en que podemos confiar, y esas cosas. Además, el…

—Tengo la impresión de que está usted muy bien informado sobre estas cuestiones, Mr. Gornt —dijo Jamie—. Me refiero a… duelos. ¿Se ha batido usted alguna vez?

—Una vez, Mr. McFay. Y he actuado como padrino dos veces, cuando estaba en la universidad en Richmond.

Sonrió otra vez, con esa sonrisa cálida, amable y sincera.

—Estos asuntos de honor nos los tomamos muy en serio en el Sur —añadió.

—Entonces debería usted saber que Norbert no se comportó correctamente —dijo Jamie muy irritado—. Norbert se propasó en sus provocaciones al tai-pan y está más que claro que debería disculparse. Así podríamos evitar todo este disparate.

—¡Jamie! —intervino Malcolm, tajante, y añadió—: Ya sé cómo se siente, Jamie, pero este no es asunto suyo.

Miró otra vez a Gornt.

—Jamie tiene razón, sabe usted. Norbert me lo puso especialmente difícil.

Gornt no respondió. Malcolm se encogió de hombros y sonrió.

—¿Así que ya se ha batido en duelo una vez, Mr. Gornt? ¿Y ha sido padrino dos veces? Está claro que fue usted quién ganó. ¿Y el otro?

—No lo maté. No era mi intención. Solo lo herí.

Ambos se miraron, sopesándose.

—Entonces, todo está arreglado —dijo Jamie, nervioso.

—Sí, excepto la cuestión del arma. Mr. Greyforth escoge espadas.

—Ya se había acordado que sería con pistolas —dijo Jamie—. Eso ya estaba decidido.

—Me temo que no, Mr. McFay. Mr. Greyforth, que es quien ha sido desafiado, tiene derecho a escoger el arma.

—Pero, ya estaba…

—Jamie, deje que yo me ocupe de este punto —interrumpió Malcolm, sorprendido ante su propia tranquilidad; en el fondo ya esperaba que Greyforth empleara alguna artimaña—. En realidad, Mr. Gornt, no se acordó expresamente, pero siempre hemos dado por sentado que éramos caballeros y, por lo tanto, que emplearíamos pistolas.

—Lo siento, pero no son esas mis instrucciones. Mr. Greyforth también se considera, evidentemente, un caballero, y escoge la espada para defender su honor, arma que, por otra parte, es bastante habitual.

—Bueno, pero, como usted puede ver, eso es imposible.

—Mr. Greyforth también ha dicho, aunque he de confesar que no lo apruebo y que así se lo hice saber, también ha dicho que, si usted quería, estaría dispuesto a que fuera con puñal.

Jamie quiso intervenir pero Malcolm lo detuvo.

—¡En mi estado actual, Mr. Gornt, eso es imposible! —exclamó Malcolm. Hizo un esfuerzo por serenarse y añadió con voz resuelta —: Si se trata de un ardid de Norbert para salir airoso, para humillarme y conseguir que se suspenda el duelo, pues dígale…,

dígale que me cago en él y que lo seguiré haciendo hasta que me canse.

Jamie no pudo evitar ponerse colorado ante la bravata de su jefe, admirándolo y reprobándolo al mismo tiempo. Pero en ese momento se dio cuenta de que Norbert les estaba facilitando una perfecta excusa para salvar su honor.

—Tai-pan, ¿no cree que…?

—No. Mr. Gornt, no hace falta que le repita que en mi estado actual no podría batirme a espadas. Por favor, le ruego que le pida a Norbert que acepte mi sugerencia.

—Bien, naturalmente que lo haré, Mr. Struan. El primer deber de un padrino es tender a una reconciliación de ambas partes. A mi entender hay suficiente lugar para ustedes dos en Asia.

—Mr. Gornt, si existe cualquier cosa que yo pueda hacer para evitar esta locura, no tiene más que decírmelo.

Gornt le agradeció la buena disposición y se puso de pie para marcharse, pero Malcolm le dijo:

—Antes de que se marche, Mr. Gornt, ¿podría hablar un momento con usted en privado? Espero que no le importe, Jamie.

—En absoluto —Jamie se despidió de Gornt con un apretón de manos—. Hay una reunión de todos los comerciantes para hablar de la noticia bomba que nos ha dado sir William, a las doce en el club.

—Nos vemos allí, Jamie, aunque no creo que se hable mucho.

—Eso me parece a mí también. Hasta luego, tai-pan.

Struan y Gornt se quedaron solos.

—¿Es usted consciente de la estupidez de nuestro Parlamento?

—Sí, estoy de acuerdo. Todos los gobiernos son imbéciles.

—¿De verdad no quiere usted una copa de champán?

—¿Celebramos algo?

—Sí, no sé por qué, pero conocerlo ha sido para mí un placer especial.

—Ah, entonces usted ha sentido lo mismo que yo. Eso no está bien, ¿verdad?

Malcolm hizo sonar la campanilla. Chen trajo una botella de champán. El viejo criado la abrió y sirvió las copas, y se retiró en silencio mirando a ambos hombres por el rabillo del ojo.

—¡Salud!

—¡Salud! —dijo también Gornt, saboreando el champán bien helado.

—Tenía la impresión de que quería hablarme a solas.

—Sí, en efecto —dijo Gornt riendo—. Es peligroso que un enemigo sea capaz de leer tus pensamientos.

—Muy peligroso, pero no hay razón para que seamos enemigos. Rothwell es un buen cliente; el odio y la sangre que corren entre Struan y Brock no tienen por qué mancharlos a ustedes, digan lo que digan Tyler y Morgan.

Gornt fijó la vista en la delgada copa de cristal y en las burbujas, preguntándose si tenía razón al pensar que había llegado el momento o si convenía más esperar. Decidió descartar el peligro.

—Tiene usted fama de ser muy reservado, de ser un hombre a quien se le puede confiar un secreto.

—¿Y usted?

—En cuestiones de honor, sí. Su reputación… ¿le gustan los cuentos, las leyendas?

Malcolm intentó concentrarse en la pregunta. Ese encuentro tenía algo de irreal y ese hombre lo desorientaba.

—Algunas más que otras.

—En realidad, estoy aquí por otros motivos —la repentina sonrisa de Gornt iluminó la habitación—. Por todos los diablos, ni siquiera yo puedo creer que esté de verdad aquí, tomando champán con el futuro tai-pan de la Casa Noble. He esperado y planeado esto tanto tiempo, y ahora que estoy aquí, bueno… antes de venir aquí no tenía intención de decirle nada de esto, no pensaba decirle nada más que lo que Mr. Greyforth me había solicitado, pero ahora… —Y, alzando la copa, añadió—: ¡Por la venganza!

Malcolm saboreó esas palabras, sin miedo y hechizado por el encanto de Gornt. Bebió un largo sorbo y volvió a llenar las copas.

—Es un buen brindis en Asia.

—En Asia y en cualquier parte. En primer lugar, necesito su palabra de honor, la palabra del tai-pan de la Casa Noble, ante Dios, de que todo lo que le cuente quedará entre nosotros.

Malcolm vaciló.

—Mientras se trate de un cuento… Tiene usted mi palabra.

—Gracias. Bien, un cuento. ¿Estamos seguros aquí? ¿Nadie nos oye?

—En Asia por lo general siempre hay alguien detrás de la puerta. Sabemos que aquí hasta las paredes oyen, pero eso tiene remedio. ¡Chen!

La puerta se abrió al instante. Malcolm dijo en cantones:

—Quiero que te quedes lejos de la puerta. Y no dejes que nadie se acerque, ni siquiera Ah Tok.

—Sí, tai-pan.

—Ya puede hablar tranquilo, Mr. Gornt. ¿Habla usted el dialecto de Shanghái?

—Un poco, con acento Ning poh.

—¿Qué iba a decirme, Mr. Gornt?

—En realidad, es la primera vez que cuento esta historia. Érase una vez —comenzó, en un tono menos ligero— una familia de Montgomery, Alabama, que se fue a vivir a Inglaterra; el padre, la madre y dos críos, un niño y una niña. Ella tenía quince años, se llamaba Alexandra y su padre era el menor de cinco hermanos. Wilf Tillman era el mayor.

—¿El cofundador de Cooper-Tillman?

—Exacto. El padre de Alexandra era un comerciante de segunda fila, comerciaba con té y algodón, e invertía con su hermano Wilf en Cooper-Tillman. Después se fue a Londres a trabajar con Rothwell, con un contrato de tres años para asesorar en los asuntos relacionados con el algodón. Cooper-Tillman era el abastecedor principal. Se quedó allí menos de un año. Por desgracia, él y su mujer enfermaron en Londres, ya sabe, la niebla…, el clima. Yo mismo casi me muero cuando estuve en Inglaterra. Sí, estuve dos

años en Londres como aprendiz en Brock y otro año trabajando para Rothwell. La cuestión es que los Tillman decidieron volver a casa. Durante el viaje, en medio del Atlántico, Alexandra se dio cuenta de que estaba embarazada.

—*Ayiyah* —murmuró Malcolm.

—Sí. La noticia, sumada al estado avanzado de la enfermedad del padre, acabó matándolo. Arrojaron su cuerpo al mar. El certificado de defunción extendido por el capitán decía escuetamente: «ataque cerebral», pero ella y su madre sabían que había muerto por culpa de la mala noticia. Alexandra tenía apenas dieciséis años. Eso fue en 1835, hace veintisiete años. Para una muchacha soltera tener un hijo, en fin, ser una mujer sin honra era…, bueno, no necesito decirle lo que eso significa. ¡El estigma! Y en Alabama todo el mundo anda con la Biblia en la mano. Hace un momento, cuando hablábamos del honor, le dije que nos lo tomábamos muy en serio, y es cierto. También la deshonra. ¿Me permite? —preguntó, sirviéndose más champán.

—Por favor.

Malcolm no sabía qué decir. La voz de Gornt era envolvente, pero parecía distante de los hechos que narraba. «Al menos por el momento», pensó Malcolm.

Gornt volvió a llenar las copas.

—En fin… Alexandra, mi madre, y mi abuela fueron rechazadas por la sociedad y la familia Tillman, e incluso su propio hermano se volvió en contra de ella. Cuando yo tenía tres años mi madre conoció a un hombre de Virginia, un inglés que había emigrado allí llamado Robert Gornt, un caballero que se dedicaba a exportar tabaco y algodón y algo chiflado por los juegos de naipes, que se enamoró de ella. Se casaron en Richmond. Según la historia que se inventaron ella era una viuda que se había casado a los dieciséis años con un oficial de caballería yanqui que había muerto en la guerra contra los sioux. Cuando se casó tenía dieciocho años. Todo funcionó más o menos bien varios años, hasta el cuarenta y dos, un año después de que Dirk Struan, prácticamente solo, fundara Hong Kong; el año

antes de que usted naciera. Ese fue un año especialmente malo para Hong Kong, fue el año de la fiebre del Valle Alegre, la *mal-aria*, el año de la guerra del opio contra China, del gran tifón que azotó la ciudad. Y sobre todo fue un año terrible para la Casa Noble, porque en el tifón murió el gran Dirk Struan. Él fue el responsable de la muerte de Wilf Tillman y de la ruina de la familia Tillman.

—Yo no sabía nada de lo que me está contando. ¿Está usted seguro?

Gornt volvió a sonreír, sin animosidad.

—Sí, Tillman enfermó de la fiebre del Valle Alegre. Dirk Struan tenía corteza de quina, que podía haberlo curado, pero no quiso dársela ni vendérsela, pues lo que quería era verlo muerto, como Jeff Cooper. Ese yanqui de Boston también quería que muriera.

—¿Por qué motivo? ¿Y por qué el tai-pan quería acabar con Tillman?

—Lo odiaba, opinaba de un modo distinto. Entre otras razones, Wilf tenía esclavos, algo legal todavía en esa época, incluso ahora en Alabama. Además, quería que Cooper se hiciera con el poder de la compañía. Cuando Wilf murió, Jeff Cooper compró sus acciones por unas migajas, y así provocó la ruina de mi familia. Dirk fue el responsable.

—En efecto, tenemos negocios en común con Cooper-Tillman por lo que respecta a la corteza de quina, y somos viejos amigos. En cuanto al resto, no sé nada de lo que me cuenta, ni lo creo. Comprobaré si la historia es cierta apenas regrese a Hong Kong.

—Unos años más tarde, Cooper admitió que nunca le había caído bien Wilf Tillman. Según sus propias palabras, Wilf se merecía su desgracia, era un parásito y un negrero que nunca había dado golpe en toda su vida, y Dirk había hecho bien en negarle la poca quina que tenía y dársela a otros que él creía que se lo merecían más. Cooper pensaba que había sido solo él, con su trabajo, el que había mantenido en pie la compañía.

Aunque había perdido un poco el control, Gornt se serenó enseguida, exteriormente.

—Cooper dijo muchas más cosas de mi abuelo, pero eso no tiene importancia ahora. Para esa época empezaron las peleas entre mi padrastro y mi madre, y nos mudamos. Pasaron muchos años hasta que supe que se había casado con ella por dinero. Sus negocios de tabaco y algodón eran puro engaño. No era más que un jugador, un tahúr de poca monta, y mi madre lo mantenía. Antes de morir, mi madre me lo contó todo. Sin embargo, ese hombre no se portó mal conmigo. Más bien diría que me trató con indiferencia, que me rechazaba. Toda la vida me he sentido rechazado. Hoy siento que ha llegado la hora de la venganza.

—De todos modos, no veo motivos para acusarme.

—Yo no lo acuso.

—Había pensado que su misión como padrino era el comienzo de la venganza.

—En realidad no fue idea mía. Le dije a Mr. Greyforth que era imposible que usted aceptara batirse con armas blancas. Se reirán de él si vuelve a insistir.

Después de una pausa Malcolm dijo:

—Tengo la impresión de que Mr. Greyforth no le cae muy bien.

—Ni me gusta ni me deja de gustar. Estoy aquí en período de prácticas, por un mes. Ocuparé su puesto cuando él se retire el año que viene. Ese es el plan, si decido seguir con Brock.

—Es posible que tenga que sustituirle antes de lo pensado… El jueves que viene, espero.

—¿Está usted decidido a batirse?

—Sí.

—¿Puedo preguntarle el motivo real de esa decisión?

—No debió provocarme. Seguramente cumplía órdenes de Brock. A la compañía Struan le conviene que lo sustituyan.

—¿Intentará usted quitarme del medio si yo ataco a Struan?

—Me opondré a usted, competiré con usted, trataré de detenerlo si es posible —dijo Malcolm con una amplia sonrisa—. De todos modos, me parece que esta conversación es muy poco corriente, Mr. Gornt. No es normal ser tan sincero con alguien a quien se acaba de

conocer pero, por lo visto, ambos estamos siendo sinceros y no hay que darle más vueltas. Usted ha dicho «venganza». ¿Está dispuesto a lanzarse en nuestra contra por lo que presuntamente mi abuelo le hizo a Wilf Tillman?

—Sí —dijo Gornt con una sonrisa—. A su debido tiempo.

—¿Y qué me dice de Jeff Cooper?

La sonrisa de Gornt se desvaneció.

—También pienso vengarme de él. Cada cosa a su tiempo. Pero eso no es todo. Lo que realmente quiero es destruir a Morgan Brock, y para eso necesito su ayuda… —Gornt no pudo contener la risa—. Por Dios, Mr. Struan, si usted pudiera verse ahora en un espejo…

—¿Morgan Brock?

—Sí, y no puedo hacerlo solo. Necesito su ayuda. ¡Qué ironía!

Malcolm se puso de pie, se estiró y volvió a sentarse. Se sirvió otra copa y volcó algo de champán sobre el escritorio. Gornt lo observaba, a la espera de una reacción, satisfecho del efecto que habían provocado sus palabras. Malcolm tardó unos momentos en responder.

—¿Morgan? Pero ¿por qué?

—Porque él sedujo a mi madre cuando ella solo tenía quince años, arruinó su vida y la abandonó. La Biblia dice que el parricidio es un sacrilegio, y cuando mi madre, agonizante, me contó la verdad me hizo jurar que no lo haría. No lo mataré, lo único que quiero es arruinarle —dijo, sin que su voz dejara traslucir ninguna emoción—. Pero para eso necesito a la compañía Struan.

Malcolm respiró hondo. No terminaba de entender lo que Gornt decía, pero lo creía a pies juntillas, incluso lo que había dicho acerca del comportamiento de Dirk Struan. «*Ayiyah* —pensó—, hay tantas cosas que tengo que aprender». Gornt siguió contándole que en aquella época Brock tenía veinte años, trabajaba para Rothwell y vivía en la residencia de estos; por eso le había resultado fácil meterse en la cama de Alexandra.

—¿Qué podía saber una muchacha a los quince años, la clásica muchacha sureña, criada en una torre de cristal? Cuando Rothwell

se enteró, lo despidió, por supuesto, pero el viejo Tyler Brock se dedicó a comprar en secreto acciones que le permitieron controlar la compañía…

—¿Brock controla Rothwell? —preguntó Malcolm, asombrado.

—Sí, al menos lo hizo un tiempo, el suficiente para despedir a Rothwell y todos sus directores y nombrar otros. Cuando Jeff Cooper se enteró, tenía aún bastante poder como para obligar al viejo Brock a que repartiera con él el pastel. Fueron a medias. Por su parte Cooper se comprometió a ocuparse de la empresa y guardar el secreto, especialmente para que no llegara a oídos de Struan. Ese compromiso sigue en vigor todavía.

—¿Lo sabe Dmitri?

—No. Ni tampoco Mr, Greyforth. Me enteré por casualidad de los detalles cuando estuve en Londres.

Malcolm no podía dejar de darle vueltas al asunto. Struan había estado asociada a Rothwell durante años, pero nadie había dicho nunca que hubieran recibido un trato desfavorable, ni que los hubieran engañado. Entonces, recordó algo que Gornt había dicho.

—¿Sabe Morgan que usted está al tanto de todo?

—Le escribí a Londres cuando mamá murió. Me respondió que no sabía nada del asunto y, por supuesto, lo negó. Pero me pidió que si alguna vez iba a Londres no dejara de hablar con él. Así lo hice, y volvió a negarlo. Insistía en que esa historia no tenía nada que ver con él; aseguró que se le echaba la culpa de algo que seguramente había hecho otro de los aprendices de aquella época. Por entonces yo no tenía trabajo y él se encargó de buscarme uno; después me ayudó a entrar en Rothwell. Mi madre me contó que cuando Brock había sido interrogado por Rothwell le había respondido que solo se casaría con esa «guarra» por una dote de diez mil al año. Ahora siento que podría perdonárselo todo, todo, menos eso, menos esa palabra. Todo consta por escrito, en una carta de Rothwell, pero esa carta ha desaparecido y Rothwell está muerto. Gracias por escucharme, Mr. Struan.

Se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

—¡Espere! ¡Esa historia no puede terminar así!

—No tengo la más mínima intención, Mr. Struan. Solo que esta conversación, mejor dicho, esta confesión, por un lado me ha aliviado pero también me ha dejado exhausto. Tampoco puedo pasar mucho tiempo aquí, me arriesgo a que Mr. Greyforth comience a sospechar. Trataré de arreglar la cuestión del arma y del disparo a veinte pasos. Volveré entonces y le diré algo más.

—¡Espere un momento, se lo ruego! ¿Cuál es la ayuda que necesita? ¿Por qué razón debería ayudarle? ¿Qué quiere usted de mí?

—No gran cosa, a decir verdad. Usted puede matar a Norbert Greyforth, pero eso no es lo más importante —dijo Gornt con una sonrisa—. Lo más importante es lo que yo puedo hacer por usted. Antes de fines de enero los Brock están dispuestos a destruir Struan, pero eso usted ya lo sabe, o al menos debería saberlo. Yo puedo detenerlos, a cambio de… Le aseguro que puedo proporcionarle información que podrá hacer que sus planes se vuelvan en contra de ellos mismos, y destruir a Brock para siempre.

Malcolm sintió que el corazón le daba un vuelco. Si él era capaz de destruir al odiado enemigo de la Casa Noble, su madre le concedería lo que él le pidiera. «Me dará todo lo que quiero, todo —pensó—. ¡Incluso se convertiría al catolicismo si se lo pidiera!».

Sabía que estaba dispuesto a pagar el precio que Gornt fijara, y estaba dispuesto a hacerlo sin pestañear.

—¿Cuál es el precio, Mr. Gornt?

—Se lo diré… cuando regrese.

En el silencio de su habitación, Malcolm estiró las piernas hacia la chimenea, pensando ansioso en el día siguiente, esperando tener más noticias de Gornt. ¿Cuál podía ser el precio?, se preguntó mientras observaba las brasas. Podía oír voces en el interior del edificio, y afuera, en la playa. Algunas risas y cantos de borrachos. John Marlowe lo había visitado esa tarde, con un mensaje del

almirante: que pasara mañana a verlo por el buque insignia o, si no le venía bien, por el despacho de sir William.

—Pasaré por la oficina de sir William. ¿A qué hora?

—¿Le parece bien a las doce?

—De acuerdo. ¿De qué se trata?

—No lo sé —le respondió Marlowe—, pero apuesto a que no es para pasar el rato.

Desde que el almirante había regresado de Hong Kong estaba indignado por los comentarios críticos y adversos publicados en la prensa y seguía furioso por el hecho de que cañones de fabricación británica hubieran disparado contra sus barcos.

—No creo que le hayan gustado mucho algunas de las observaciones hechas en la reunión de este mediodía.

—Peor para él —replicó Malcolm riendo, aún bajo el efecto de la información que le había proporcionado Gornt.

Marlowe rio también.

—Por favor, no diga usted nada cuando esté a bordo. ¡Podría hacer explotar el barco! Por cierto, me han autorizado a realizar las pruebas. El lunes o el martes, si el tiempo lo permite. ¿Qué día le va mejor?

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera?

—Saldremos en cuanto amanezca y regresaremos al atardecer, como muy tarde.

—Entonces el martes.

Malcolm recogió una brasa que había caído de la chimenea. La visión de las llamas lo relajaba. Veía escenas felices pasar ante sus ojos. Para él y para ella. Miró la puerta que comunicaba con la habitación de Angélique. Silencio.

«Gornt es la llave que me abrirá la puerta que conduce a Tess.

»Es una ironía que él me necesite tanto como yo lo necesito y que seamos enemigos. Tengo la sensación de que siempre lo seremos. Me pregunto qué precio pondrá. ¿Podré pagarlo? No es tan tonto como para fijar un precio que yo no pueda pagar. ¿Y por qué

estás tan seguro, Malcolm? La venganza es una razón muy fuerte, lo sé».

En la posada del Lirio, Tyrer se dejaba masajear por una musculosa japonesa de brazos macizos y dedos de acero. La mujer buscaba los puntos más sensibles y jugaba con sus dedos sobre el cuerpo de Tyrer como un pianista sobre el teclado de su instrumento, haciéndole vibrar y gemir de placer. La posada del Lirio no era una casa de tanta alcurnia como la de las Tres Carpas —ni tampoco tan cara—, pero la masajista era sin duda la mejor de todo el Yoshiwara y conseguía hacerle olvidar a Fujiko, a Nakama y a André Poncin, e incluso a sir William, que había estado irascible toda la mañana y había explotado al mediodía, cuando la furia concentrada en el club casi hizo saltar por los aires los techos de todas las casas de Yokohama.

—Como si fuera culpa mía que el Parlamento se haya vuelto loco —había gritado sir William durante el almuerzo, sentado junto al almirante, a quien la reacción del ministro lo ponía tanto o más furioso—. Dígame, Phillip, ¿es culpa mía?

—Por supuesto que no, sir William —respondió. Tyrer había acompañado a sir William a la fuerza. El general era el tercer invitado.

—¡El Parlamento siempre se ha comportado de manera arbitraria e insensata! ¿Por qué diablos no dejan que el Foreign Office se ocupe de las colonias y nos dispensan de tanto dolor de cabeza?

—¡Cincuenta azotes con un látigo de nueve colas! ¡Eso es lo que necesitan esos hombres! Al parecer, les gusta tratarnos como si fuéramos sus esclavos, sobre todo a los periodistas. ¡Vaya gentuza! —exclamó el almirante.

El general, aún bajo los efectos del rapapolvo que le había echado sir William a causa de los disturbios, intervino algo tímidamente:

—¿Qué puede hacer usted, mi querido sir William, sino aceptar esto lo más estoicamente que pueda? Y usted, almirante, le ruego que no se ofenda, pero en mi opinión usted se lo estaba buscando, con todas esas declaraciones hechas en público. Para mí, la primera regla que un general o cualquier militar de su rango debe respetar es la reserva, y aguantar lo que sea, en silencio.

El almirante Ketterer se puso de todos los colores. Sir William se las ingenió para interrumpir el siguiente estallido.

—Phillip, estoy seguro de que tiene usted mucho trabajo. Así que, por favor, haga que pasen a limpio toda la correspondencia y la reclamación al Bakufu. ¡Todos esos papeles hay que enviarlos hoy sin falta!

Phillip se sintió agradecido. Cuando llegó a la legación, Nakama lo recibió de buen humor.

—Ah, Taira-sama, espero se encontrar mejor. Mama-san Raiko preguntar por salud de usted. Taira-sama fartar cita con Fujiko y muchacha muy triste…

—Estoy bien, gracias. La verdad es que anoche lo pasé de fábula en la posada del Lirio —le dijo Tyrer, que seguía al pie de la letra las instrucciones de Poncin, asombrado de que le dieran tan buenos resultados—. ¿Fujiko? Quiero que sepas que no estoy del todo convencido. Sobre el contrato, quiero decir.

Tyrer disfrutó con la expresión de sorpresa de Nakama. Toda la rabia acumulada durante la mañana le venía ahora de perlas para desempeñar el papel de cínico que Poncin le había aconsejado.

—Pero Taira-sama, yo pensaba…

—Y basta de inglés por hoy, Nakama. Y basta de negocios. Puedes hablar con McFay-sama, de la Casa Noble. Yo no tengo nada más que decir.

Por la noche, André fue a visitar a Hinodeh por segunda vez. Hacía exactamente diez días, veintidós horas y siete minutos que la había

conocido en toda su gloria. Esa noche quedaría grabada en su memoria para siempre.

—Buenas noches, Furansu-san —le había dicho la muchacha, algo tímida aún, en un japonés melodioso. La antesala no estaba lejos de la pequeña galería de un acogedor pabellón rodeado de los jardines de las Tres Carpas. «Un jardín tan fragante como Hinodeh», pensó André. Los hilos dorados y los tonos del kimono de la muchacha hacían juego con las hojas doradas y marrones del otoño que se acercaba a su fin. Detrás de Hinodeh reclinada sobre un cojín, Poncin veía la puerta entreabierta del dormitorio, y a través de esta el contorno del futón que sería el primer lecho en que yacieran juntos.

—He pedido que el sake lo sirvan frío, como a vos os gusta. ¿Siempre bebéis sake frío?

—Sí, sí, me gusta. Sabe mucho mejor.

Se oyó a sí mismo tartamudear, en un japonés algo inseguro. La lengua se le trababa y le sudaban las palmas de las manos.

Hinodeh sonrió.

—¡Qué raro! ¡Sake frío en invierno! ¿Vuestro corazón está frío también en verano?

—Ay, Hinodeh, creo que mi corazón ha estado mucho tiempo duro como una piedra, y ahora, cuando pienso en ti, no sé si está frío o caliente. No sé nada, preciosa japonesita.

Hinodeh solo supo contestarle con una maravillosa sonrisa.

Poncin había firmado el contrato delante de Hinodeh y de Raiko san, después de que hubiera sido redactado una y otra vez, con palabras sencillas para que él pudiera entenderlo, y después de haberlo leído y releído hasta el cansancio. Había aceptado todas las condiciones y con mucho coraje había dicho:

—Hinodeh, por favor, disculpa, pero debo decir toda la verdad. La enfermedad…

—Por favor, no es necesario. Raiko-san me lo ha contado.

—Sí, pero, por favor, discúlpame.

Las palabras le salían a duras penas, pese a haberlas ensayado varias veces. Se sintió invadido por la náusea.

—Debo decírtelo una vez: esta enfermedad me la contagió mi amante, Hana. Es incurable. Tú…, tú también te contagiarás. Lo siento, Hinodeh.

El cielo pareció abrirse en dos mitades mientras esperaba la respuesta.

—Sí, lo entiendo y lo acepto, y he hecho poner en el contrato que nunca te culparé, nunca. ¿Lo entiendes?

—Ah, la culpa, sí, lo entiendo. Gracias…

Tuvo que disculparse y marcharse, violentamente trastornado, sintiéndose como nunca se había sentido en la vida, peor que cuando se enteró de que estaba enfermo o cuando descubrió el cadáver de Hana. Al regresar no se disculpó. Tampoco Hinodeh esperaba que lo hiciera. Las mujeres lo comprendían.

—Antes de firmar, Furansu-san —le había dicho—, y visto que tenéis prioridades, lo importante para mí es que me prometáis que me daréis el cuchillo o el veneno como consta en el contrato.

—Sí, Hinodeh.

—Gracias. Ahora ya no tenemos por qué volver a hablar del asunto. ¿De acuerdo?

—Sí —le respondió otra vez, bendiciéndola.

—Entonces, trato hecho. Yo firmaré aquí. Firmad también, Furansu-san. Raiko-san será nuestro testigo. Raiko-san dice que nuestra casa estará lista dentro de tres días. El cuarto día estaré dispuesta para recibirte.

Y llegó el cuarto día. Poncin, sentado frente a ella en su alcoba privada, se consumía de admiración ante su belleza.

—¿Te gusta esta casa, Hinodeh? —le preguntó, tratando de poner un tono de interés en su voz, aunque en el fondo solo estaba obsesionado por verla desnuda.

—Lo principal es que os guste a vos, Furansu-san.

Nada parecía capaz de borrar la enigmática sonrisa de la muchacha. Suspiró, y luego, con exasperante lentitud, se quitó el obi

y se puso de pie, dejando al mismo tiempo caer el kimono, sin dejar de mirarlo, inmóvil como una estatua. Cuando estuvo completamente desnuda se volvió, sin prisa, dejando que él la viera, de frente, de perfil, siempre de pie. Era perfecta en todos los sentidos.

Poncin apenas respiraba; la contemplaba mientras bebía su sake, sorbo a sorbo, sintiendo que el vértigo del deseo lo empujaba hasta el límite de su autocontrol.

XXXVI

Miércoles, 3 de diciembre

Al pasar por la carnicería, Hiraga vio su imagen reflejada en la ventana y no se reconoció. Los transeúntes en High Street apenas se fijaban en él. Retrocedió y volvió a mirarse con su nuevo atuendo. Chistera, cuello alto, corbata, levita de paño fino, chaleco de seda, reloj de faltriquera, pantalones ajustados y botas de cuero.

«¡Qué estúpidos! Solo porque visto como ellos creen que he cambiado. Siguen siendo mis enemigos, incluso Taira. No entiendo por qué Taira cambió de parecer con respecto a Fujiko, ¿qué le pasa? Eso no encaja para nada en mis planes».

Al ver a Struan que salía de su edificio con Jamie McFay y la mujer de Ori que charlaba animadamente, Hiraga recordó el encuentro que había tenido con el número dos de la Casa Noble. La cabeza todavía le daba vueltas con todos los datos y cifras que le dio y todavía no se había repuesto después de que McFay le sonsacara todo lo que sabía sobre los prestamistas y los comerciantes de arroz.

—Jami-san, quizá tú poder conocer a uno de esos hombres, si secreto —le había dicho, intentando escapar de la encerrona—. Yo hacer de intérprete si ser secreto.

El shoya lo esperaba. Al ver lo ansioso que estaba por averiguar lo que sabía, Hiraga decidió hacerle esperar y aceptó que le hicieran un masaje. Luego, más descansado y vestido con un yukata, y después de que les sirvieran una comida consistente en arroz, calamares, lubina fresca cortada en rodajas finas con soja, *daikon* —rábanos— y sake, le contó que había hablado con varios gai-jin y

que le habían respondido a todas sus preguntas. Sorbió el sake, sin adelantarle nada más. Primero tendría que recibir algo a cambio.

—¿Hay noticias de Kioto?

—Todo es muy extraño —dijo el shoya, alegrándose de poder iniciar la conversación—. Mis jefes me han dicho que el shōgun y la princesa Yazu han llegado sanos y salvos a palacio. Las patrullas de Ogama han tendido otras tres emboscadas a los shishi… No, cuánto lo siento, ignoro el número de víctimas. El señor Ogama y el señor Yoshi apenas salen de sus barracas… Pero los samuráis del shōgunado han recuperado la custodia de las puertas.

Hiraga se quedó atónito.

—¿Ah sí?

—Sí, Otami-sama. —El shoya se alegró cuando vio que había picado el anzuelo—. Pero nadie sabe por qué Ogama ha apostado unos pelotones no muy lejos de las puertas ni por qué, de vez en cuando, los capitanes de ambos bandos se reúnen para hablar a escondidas.

—Qué extraño.

El shoya asintió y asestó otro golpe.

—Ah, y, bueno, aunque no tiene importancia, mis señores creen que los dos shishi que escaparon de la emboscada, Katsumata y el shishi de Choshu, Takeda, están viajando por el Tokaidō.

—¿Se dirigen a Yedo?

—No me lo han dicho. Es evidente que esta información no tiene la menor importancia. —El shoya sorbió el sake, mientras disimulaba el placer que le producía ver cómo Hiraga se esforzaba por ocultar su interés.

—Todo lo relativo a los shishi puede ser importante.

—Ah, en ese caso… aunque no me guste contar chismes —continuó el shoya, con un falso rubor—, dicen que una tercera persona huyó de la emboscada. Una mujer, una mujer samurái, muy diestra en el manejo del shuriken… ¿Qué os ocurre, Otami-sama?

—Nada, nada. —Hiraga luchaba por recobrar la calma mientras se le ocurrían un sinfín de preguntas. «Solo hay una mujer en la

escuela de Katsumata que sabe manejar el shuriken»—. ¿Cómo decíais, shoya? ¿Una mujer samurái?

—Solo es un rumor, Otami-sama. Tonterías. ¿Un poco más de sake?

—Gracias. Esa mujer, ¿se sabe algo más de ella?

—No. Ni siquiera vale la pena contar un rumor tan estúpido.

—A lo mejor podéis averiguar si es verdad. Me gustaría saberlo. Por favor.

—En ese caso… —repuso el shoya, tras advertir la concesión que había hecho Hiraga al decir «por favor», con la voz acaramelada y ciertos atisbos de humildad—. El Gyokoyama se sentirá honrado de haceros un favor a vos y a vuestra familia.

—Gracias —Hiraga apuró el sake. Sumomo estaba en Kioto con Katsumata… «¿Y ahora dónde estará? ¿Por qué no me obedeció y se fue a Shimonoseki? ¿Qué hacía allí? ¿Y adónde habrá huido?».

Se obligó a apartar esas preguntas de sus pensamientos para concentrarse en el shoya. Sacó unos apuntes y se dispuso a explicar y repetir todo lo que Taira y McFay le habían contado. El shoya se mostraba muy atento y se alegraba de que su esposa estuviera escuchando a escondidas, anotando todo lo que oía.

Después de que Hiraga le hablara de los préstamos, las finanzas y la banca, sin llegar a ser muy explícito, el shoya, impresionado por la memoria e inteligencia de Hiraga, dijo con seriedad:

—Increíble, Otami-sama.

—Le agradezco que haya sido tan puntual, Mr. Struan —dijo el almirante Ketterer—. No es una característica muy habitual entre los comerciantes. Siéntese. ¿Un jerez?

—Sí, gracias, almirante.

El ordenanza le sirvió la copa, volvió a llenar la del almirante y se marchó. Los dos alzaron las copas, conscientes de la hostilidad que había entre ellos. Sobre el escritorio había un documento oficial, un

sobre abierto y una carta en la que Struan reconoció la letra de su madre.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Malcolm.

—Quiero hablarle de la importación y venta de armas a los japoneses. Y de los buques de guerra. Y del opio.

—La compañía Struan comercia en China y acata la ley británica, que no prohíbe la venta de esos productos.

—Pronto prohibirán el comercio con opio —repuso el almirante.

—Cuando lo hagan, entonces nosotros obedeceremos.

—Pero la ley china y japonesa sí que lo prohíben.

—Le repito que Struan no comercia con opio en Japón, a pesar de que la ley británica no lo prohíbe.

—Pero estará de acuerdo conmigo en que comerciar con opio es perjudicial e inmoral.

—Sí, pero de momento el gobierno de Su Majestad lo permite y, lamentablemente, es el único producto que podemos trocar por el té chino, que también proporciona al Parlamento grandes sumas de dinero gracias a los impuestos que pagamos.

—Me hago cargo del problema. Me gustaría que usted y su compañía se adelantaran a la ley y dejaran de vender opio en Japón.

—No lo estamos haciendo.

—Muy bien. Si llego a ver un barco transportando opio pienso confiscarlo junto con todo su cargamento.

—Tendrá que atenerse a las consecuencias legales de semejante acción. ¿Sir William se ha mostrado de acuerdo?

—Todavía no. Me gustaría que usted y los demás comerciantes accedieran voluntariamente. Y que tampoco comerciaran con fusiles, cañones y buques de guerra.

—¿A Greyforth le ha parecido bien esa propuesta tan descabellada?

—No.

Malcolm se detuvo a pensar. Jamie y él ya habían adivinado que el almirante iba a querer hablarle de ese asunto. Y también de la carta de su madre.

—Dentro de unos días celebraremos una reunión con sir William —dijo—, y me sentiré muy honrado si usted asiste como invitado mío. Los demás comerciantes estarían dispuestos a escucharle.

—Todo el mundo sabe lo que pienso. Ustedes, los comerciantes, deberían saber mejor que nadie lo que les conviene, que necesitan a la flota para protegerles a ustedes y las rutas marítimas. Al proporcionar cañones a los nativos, están amenazando a la Marina Real, están ayudando a hundir nuestros barcos, a que asesinen a sus compatriotas y a ustedes mismos…

—Lo tendré en cuenta y consultaré con los demás comerciantes.

Ketterer sacó un pañuelo y se sonó la nariz, cogió una toma de rapé, estornudó y volvió a sonarse la nariz. Con la mente más clara, contempló al joven, irritado al no percibir la más mínima señal de debilidad por su parte.

—Bueno, entonces, permítame que se lo explique de otro modo. Entre nosotros, ¿usted está de acuerdo conmigo en que es una estupidez ayudar a los japoneses a comprar cañones y buques de guerra?

—Sería un error que dispusieran de una marina comparable…

—¡Un desastre! ¡Un desastre total y absoluto!

—Estoy de acuerdo.

—Muy bien. Me gustaría que convenciera a los demás comerciantes de que no vendan armas, sobre todo cañones, ni opio, claro.

—Estaría encantado de exponer su punto de vista, almirante.

Ketterer resopló. Malcolm empezó a levantarse para evitar que lo arrinconaran.

—Un momento, Mr. Struan. Antes de irse quería comentarle otro asunto. Un asunto personal. —El almirante señaló la carta encima de la mesa—. Es de Mrs. Struan. ¿Ya sabe de qué se trata?

—Sí, lo sé.

Ketterer lanzó la carta hacia el centro de la mesa.

—Se supone que la Casa Noble es la más importante de Asia, a pesar de que dicen que Brock les está ganando terreno. Pero eso me

da igual, ustedes pueden ayudarme. Me gustaría que usted y su compañía me apoyaron en esta causa justa. Insisto en que es justa, Mr. Struan.

Exasperado, Malcolm permaneció en silencio pues consideraba que ya había dicho lo que tenía que decir y no estaba dispuesto a escuchar otro sermón.

—Entre nosotros, en general, no suelo hacer caso a este tipo de cartas escritas por civiles. Huelga decir que el reglamento y las normas de la Marina Real solo atañen a la Marina Real. El joven Marlowe les ha invitado a usted y a su prometida a visitar el *Pearl*. El martes. —Lo miró fijamente—. ¿Verdad?

—Sí, señor —murmuró Struan, sin saber si había oído bien.

—Por supuesto, para eso necesitarán mi permiso. —El almirante esperó un momento y añadió—: Por cierto, Mr. Struan, ese supuesto duelo es una imprudencia, una verdadera imprudencia. —Malcolm pestañeó e intentó concentrarse mientras el almirante seguía hablando—: A pesar de que Greyforth merezca pasar a mejor vida lo antes posible, los duelos van en contra de la ley y son muy poco recomendables; alguien puede cometer un error, un error muy grave. ¿Está claro?

—Sí, señor, le agradezco sus consejos, pero antes ha dicho…

—Gracias, Mr. Struan —concluyó el almirante con suavidad mientras se levantaba—. Le agradezco su visita. Adiós.

Confuso, Malcolm se levantó, sin saber si había entendido bien.

—¿Significa que usted…?

—No he querido decir más de lo que he dicho, señor —repuso con mordacidad—. Del mismo modo que usted ha dicho que tendrá en cuenta mis consejos, yo, a cambio, le diré, y que quede entre nosotros, que le haré caso y seguiré los suyos; tendrá que ser antes del lunes, a las doce de la noche. Que pase un buen día.

En el paseo marítimo, soplaba un aire fresco y agradable y Malcolm respiró hondo hasta que logró sosegarse. Agotado y feliz, se sentó en un banco y contempló la flota.

«¿He entendido bien a Ketterer? —se preguntaba Malcolm, una y otra vez, lleno de esperanza—, ¿me ha dicho que estaría dispuesto a olvidar la carta de mi madre, a autorizarnos a subir a bordo del *Pearl* y a no prohibirle a Marlowe que nos case?

»Ketterer no ha dejado de insistir en que todo quedaba entre nosotros, y que "a cambio"… ¿Significará que no dirá nada si yo accedo a sus peticiones? ¡Qué demonios puedo hacer o decir antes del lunes por la noche para convencer a ese cretino, a ese chantajista sin escrúpulos!

»¡Tonterías! Es un trato, me ha propuesto un trato, un trato maravilloso. Tendré que tener mucho cuidado, los demás comerciantes no aceptarán un embargo voluntario así como así. Tendré que hacerlo abiertamente; ese cretino es demasiado listo y no se contentará con simples promesas.

»¿En quién puedo confiar para explicarle este nuevo giro en mi vida? ¿En Heatherly? ¿En Jamie? ¿En Marlowe? No, él no. ¿Y Angélique? No, ella tampoco. Si el tío Chen estuviera aquí, se lo contaría, pero como no está, ¿quién puede ser? Nadie. ¡Más vale que no se lo digas a nadie!

»Tienes que cargar con esto tú solo; ¿acaso no era eso lo que, según mi madre, Dirk repetía a mi padre cuando le hablaba del tai-pan? ¿Qué puedo hacer con los cañones y los fusiles…?».

—Buenas tardes, Mr. Struan.

—¡Ah! Hola, Mr. Gornt.

—Parecía tan triste que me he sentido obligado a interrumpirle.

—No, no estoy triste —repuso Malcolm en tono cansado—. Estaba pensando.

—Ah, lo siento. En ese caso, no le molestaré.

—No, por favor, siéntese. ¿Cuál es el precio?

—Lamento no haber venido antes, señor, pero no había manera de convencer a Mr. Greyforth. Por fin ha aceptado las pistolas, y dispararán uno o dos tiros, como usted quiera, a una distancia de veinte pasos.

—Muy bien. ¿Y qué más?

—Intenté convencerle de que no siga adelante con el duelo y él me respondió que solo se retirará si usted se disculpa en público.

—Muy bien. Pero en lo que se refiere al otro asunto, aquí no hay paredes ni puertas. —Malcolm señaló el paseo desierto—. ¿El precio?

—Creí que este lugar sería perfecto, pero no podremos estar mucho tiempo; Mr. Greyforth podría estar observándonos con los prismáticos.

—¿Nos está viendo?

—No lo sé, pero apostaría a que sí.

—¿Entonces quiere que nos veamos en otro sitio? ¿Más tarde?

—No, aquí estamos bien, pero es muy astuto y no quiero que sospeche nada. En cuanto al precio, con la información que le voy a dar, podrá evitar que Morgan lleve a cabo su plan para hundir a Struan y también le servirá para arruinar a Brock.

—¿Conoce los detalles?

Gornt se echó a reír.

—Sí, sé muchas cosas, a pesar de que Morgan y el viejo Brock lo ignoran, al igual que Mr. Greyforth. —Bajó la voz, y habló casi sin mover los labios—. Esto debe ser un secreto entre nosotros, pero el precio es que cuando usted hunda a Morgan Brock, cuando lo lleve a la quiebra, o a la cárcel si puede, y me da igual si Tyler también cae, yo recibiré un cincuenta por ciento de los intereses que corresponden a Rothwell; usted y el Victoria Bank me ayudarán a reunir el dinero necesario para comprar las acciones de Jeff Cooper, y durante los próximos diez años me tratará igual que a cualquier competidor y me dará un trato de favor en todos las transacciones comerciales. Todo esto constará en un contrato por escrito y firmado por usted. Al cabo de diez años, el compromiso se habrá acabado.

—De acuerdo —repuso Malcolm al instante; esperaba que las condiciones fueran mucho más duras—. Pero los cabrones del Victoria no son amigos nuestros; Brock fue el que abrió ese banco y siempre nos excluyó, así que no podremos hacer gran cosa por ese lado.

—Pronto lo serán, señor. Pronto la junta entera se arrodillará a sus pies. Por supuesto, deberá guardar el secreto. ¿Qué planes tiene para después del duelo?

Malcolm no vaciló, sorprendido de que pudiera confiar en aquel desconocido, y le contó lo del *Prancing Cloud*.

—Supongo que al final he ganado, tampoco he salido tan mal parado. Cuando llegue a Hong Kong ya me encargaré de que las aguas vuelvan a su cauce.

—¿Y cómo va a disparar? Quiero decir, con los bastones.

—Puedo tenerme en pie con un solo bastón. —Malcolm esbozó una ligera sonrisa—. He estado practicando.

—Le propongo una trampa para evitar problemas legales, utilizada en Virginia y que también debería funcionar aquí, por si uno de los dos muere. Los duelistas tienen que escribirse una carta, fechada y entregada la noche anterior al duelo, en la que expresen que han acordado suspender el duelo del día siguiente y que aceptarán, como buenos caballeros, unas disculpas en público. —Gornt sonrió—. Nosotros, los padrinos, declararemos que, trágicamente, mientras ustedes se estaban enseñando las pistolas, una de ellas se disparó sola.

—Me parece bien. ¿Norbert qué ha dicho?

—También le pareció bien. Yo mismo le entregaré la carta el martes, y usted envíe la suya a través de Mr. McFay, pero más vale guardar el secreto y no decir que es una trampa.

La palabra «martes» resonó en la mente de Malcolm pero la ignoró. Gornt añadió en tono casual:

—Después del duelo (sería mejor matarlo en lugar de herirlo) le acompañaré hasta el clíper. A cambio del contrato por escrito, le diré cómo puede destruir la red financiera de Brock, le daré un montón de copias de cartas y documentos que podrá presentar como pruebas en cualquier tribunal, y le explicaré una serie de detalles que podrá utilizar para hundir al Victoria.

El corazón de Malcolm dio un vuelco.

—¿Y por qué no ahora? ¿Por qué tenemos que esperar hasta el miércoles?

—Cabe la posibilidad de que Mr. Greyforth lo mate —explicó Gornt con calma—. En ese caso, la información se desperdiciaría y yo me expondría a que me descubrieran inútilmente.

Tras una pausa, Malcolm repuso:

—Y si muero, o resulto gravemente herido, ¿cómo llevará a cabo su venganza?

—Acudiré a Mrs. Struan, señor, sin demora. Pero dudo de que sea necesario. Yo apuesto por usted, no por ella.

—Dicen que usted no apuesta, Mr. Gornt.

—Con las cartas, no, señor, nunca. Con mi padrastro ya vi las consecuencias. ¿En la vida? Hasta cierto punto. —Gornt se sintió observado y dijo en voz baja—: Alguien nos está mirando —y miró a su alrededor. Era Angélique, que salía de la sede de Struan, justo enfrente de ellos. Los saludó con la mano y, tras responderle, Malcolm se levantó. Los dos hombres la observaron mientras se acercaba.

—Hola, Ángel —dijo Malcolm con calidez. Las palabras del almirante le retumbaban en la cabeza—. Permíteme que te presente a Mr. Edward Gornt, de Rothwell. Mi prometida, mademoiselle Richaud.

—Mademoiselle —Gornt le tomó la mano y la besó con elegancia.

—Mr. Gornt —murmuró, adivinando sus pensamientos. Se produjo un silencio extraño entre los tres y luego, sin motivo aparente, estallaron en risas.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella con inquietud.

—*Joie de vivre* —repuso Gornt.

Angélique lo miró y le agradó su aspecto; luego cogió a Malcolm del brazo.

—Ah, *chéri* —dijo Angélique mientras se abanicaba para aplacar el súbito calor en su interior, una reacción felina e inconsciente ante la masculinidad de Gornt—. Discúlpame, no quería interrumpiros…

—No lo has hecho, querida —dijo Malcolm.

—Ahora mismo me iba —dijo Gornt. No necesitaba ocultar su admiración—. Encantado de conocerla, señorita. —Se inclinó—. Adiós, señor, me mantendré en contacto.

Lo observaron alejarse.

—¿Quién es ese Mr. Gornt?

Se lo contó, sin decirle nada acerca del verdadero Mr. Gornt. Se sintió ofuscado al pensar en el martes siguiente.

—¿Te pongo un poco de cerdo con salsa de judías, Hermana Pequeña? —preguntó Ah Tok, mientras se deleitaba con un trozo de pescado.

—Gracias —Ah Soh volvió a llenar el cuenco ayudándose con los palillos—. Por favor, prosigue, Hermana Mayor.

La carta de Chen decía así:

> «Te saludo, Ah Tok, sexta prima. Has hecho muy bien en consultar conmigo. Tras analizar el corcho de la botella, he descubierto indicios de la Cara Oscura de la Luna, que es el abortivo utilizado en el mar Oriental. ¡Un aborto! La puta acertó y se equivocó al utilizarlo; el amo hizo bien e hizo mal al consentirlo. Hasta que no sepamos si ha sido él el que tomó la decisión, o si ella lo hizo sin que él lo supiera, no debéis hacer nada. Prima, escúchale cuando esté durmiendo. Desde pequeño, siempre ha hablado en sueños. A lo mejor así te dirá más cosas. Díselo también a Ah Soh y las dos debéis actuar como murciélagos. Obedecedme sin falta».

—¿Cómo sabemos que fue él? —inquirió Ah Soh tras soltar un eructo—. ¿Cómo sabemos que fue el amo y no otra persona? —Bajó la voz y miró a su alrededor como si temiera que alguien la oyera—. Alguien como Nariz Puntiaguda… Esos dos están más unidos que los

piojos en la entrepierna de un mendigo. Y recuerda que fue él quien tiró la botella al agua y se deshizo de las pruebas.

Ah Tok había dejado de reírse.

—*Fang-pi!* —exclamó, pronunciando un taco muy poco habitual —. ¡Seguro que el ilustre Chen se refería a eso! Los murciélagos no vuelan en línea recta y nunca se posan en la primera rama; pero, cuando lo hacen, se cuelgan cabeza abajo. ¡Nos está diciendo que averigüemos de quién fue el yang que poseyó al yin! *Ayiyah*, sí, estoy de acuerdo, es posible, ¡es posible que Nariz Puntiaguda Grande le haya puesto un sombrero verde a mi hijo!

—¡El amo es un cornudo! —Ah Soh entornó los ojos—. Es verdad que Nariz Puntiaguda Grande ha estado varias veces en su habitación… *Ayiiyah!* ¿Te acuerdas, hace varias semanas, cuando ella me despidió y luego chilló porque creyó que alguien intentaba entrar en su habitación y solo era el viento que golpeaba las contraventanas? Ahora me acuerdo de que enseguida acudí a su habitación, pero Nariz Puntiaguda Grande ya estaba allí, y los dos… ¡los dos estaban más pálidos que un cadáver! A lo mejor fue el mismo día que su yang…

—¿Cuándo ocurrió? ¿Qué día fue?

—Fue… fue al día siguiente de que el amo recibiera a la puta nativa.

Ambas mujeres se pusieron a calcular con la rapidez de un ábaco.

—Hermana Mayor, ocurrió el día decimoctavo o decimonoveno del décimo mes.

—No, las fechas no coinciden, no puede ser. —Con aire ausente, Ah Tok siguió chupando la cabeza de pescado y luego escupió los huesos—. Tienen que haberse acostado antes. La puta ha tenido oportunidades de sobra, *heya?* Estuvo en esa casa mucho tiempo, incluso antes de que vinierais a vivir aquí.

—¡Como siempre, tienes razón, Hermana Mayor! Debemos informar al ilustre Chen de inmediato.

—Pero ¿por qué iba a entregar su Puerta de Jade a un demonio extranjero tan feo como él cuando mi hijo se muere por ella?

Ah Soh se encogió de hombros.

—¿Quién sabe cómo piensan esos bárbaros? ¡Deberías contárselo al amo!

Excitada, Ah Tok miró el aparador donde estaban las botellas de madeira, whisky y coñac.

—¡Necesitamos energía! —Cogió la botella de whisky y sirvió dos copas—. Ahora tenemos que ponernos en acción, ¡debemos hacer planes y pensar en cómo vamos a conseguir que la puta y su amante nos descubran la verdad!

—Bien, ¡muy bien! ¡Lo haremos las dos juntas!

—Pero no le diremos nada a mi hijo, no nos conviene ser portadoras de malas noticias. Al menos hasta que estemos seguras. —Entrechocaron las copas—. ¡Por todos los dioses, grandes y pequeños, no permitiré que le pongan los cuernos a mi hijo, ni que le coloquen un sombrero verde!

—Buenas tardes, padre Leo —dijo Angélique. Se arrodilló y le besó la mano a pesar de lo mucho que le costaba contener la repulsión que le producía su olor corporal. Se hallaban a solas en la pequeña iglesia, tan solo iluminada por unas velas; los últimos rayos de sol penetraban por una vidriera de escaso valor artístico.

—Me alegro de verte, hija mía —dijo con su acento portugués—. Has vuelto a faltar a misa.

—Son los sofocos, padre. Todavía no me he repuesto del todo… El doctor Babcott me recomendó que descansara —repuso, mientras decidía lo que se iba a poner para el banquete de cumpleaños del ministro ruso y pensaba en lo que iba a hacer para entretener a Malcolm antes de cenar—. Estoy segura de que la semana que viene estaré mucho mejor.

—Da igual, ahora te voy a oír en confesión.

Era un hombre tan predecible que Angélique estuvo a punto de bostezar. Lo siguió hasta el confesionario, se arrodilló y siguió el ritual. Se alegró de que hubiera una celosía de por medio mientras pronunciaba las oraciones mecánicamente y repitió con fervor la contraseña que había pactado con la Virgen:

—… y, padre, me olvidé de pedirle perdón a la Virgen.

La absolución fue breve, como penitencia tan solo tuvo que rezar un par de avemarías, y ahora ya se sentía mejor. Justo cuando iba a levantarse el padre Leo le dijo:

—Ahora, quiero hablarte de un asunto personal, hija mía. Hace un par de días, Mr. Struan me mandó llamar, en privado, para pedirme que os casara.

Angélique se quedó boquiabierta y luego sonrió.

—Ay, padre, ¡es maravilloso!

—Sí, hija mía, lo es. El joven Struan me pidió que os casara lo antes posible, pero es muy difícil. —Había pensado en ello noche y día y escrito una carta urgente al obispo de Macao, la capital espiritual de Asia, para pedirle que le aconsejara—. Para nosotros es una situación muy difícil.

—¿Por qué?

—Porque no es católico y…

—Pero ha aceptado educar a nuestros hijos en el seno de la Verdadera Iglesia, me lo prometió.

—Sí, sí, hija mía, es verdad, a mí también me lo dijo, pero no tiene edad para casarse sin el consentimiento de sus padres, igual que tú, y quería decirte que, de todas formas, le he pedido a Su Eminencia que me autorice a celebrar la boda para la mayor gloria de Dios, incluso sin el consentimiento de tu padre. Me he enterado de que tu padre, bueno, que no se sabe dónde está, dicen que a lo mejor está en la Indochina francesa, o en el golfo de Siam. —Toda la colonia conocía los detalles sobre los fraudes y la huida de su padre, pero por respeto hacia ella y hacia Struan los habían tratado con bastante discreción—. Si Su Eminencia me autoriza, estoy seguro de que monsieur Seratard aceptará…

Angélique sentía que tenía la garganta agarrotada.

—¿Cuánto tardará en llegar la respuesta de Su Eminencia?

—No antes de Navidad, siempre y cuando Su Eminencia esté en Macao y no se haya ido a China para visitar a los fieles, y si es la voluntad de Dios. —Como siempre, se hallaba sentado con la oreja junto a la celosía y sin mirar a su interlocutora, pero volvió la cabeza y la miró.

—El asunto del que te quería hablar, en privado, tiene que ver con la conversión de Mr. Struan.

—¿Le dijo que estaba dispuesto a convertirse?

—No, todavía no ha visto la Luz, de eso te quería hablar.

—Le ayudaré, padre, ya lo hago, hago todo lo que puedo —dijo, cada vez más nerviosa, y volvió a levantarse para irse.

—¡Espera!

La violencia de su voz la paralizó.

—¿Sí, padre?

—Por favor… espera, hija mía —dijo, esta vez con amabilidad, pero era una amabilidad falsa, y Angélique se asustó pues ya no era la voz de un cura en un lugar santo, sino la de un extraño—. Tenemos que hablar de ese matrimonio, y de su conversión, hija mía, y ten cuidado con las malas influencias; sí, tenemos que hacerlo, tiene que convertirse, tiene que prepararse para… para la Eternidad.

—¿Cómo, padre? —murmuró—. ¿Iba a decir que tiene que prepararse para el matrimonio?

—Para… para la Eternidad —repuso la voz.

—¿Me está diciendo, padre, que no nos casará si él no se convierte? —preguntó asustada.

—No soy yo el que pone las condiciones, ¡nosotros solo somos unos siervos y debemos acatar las decisiones de Su Eminencia!

—Si la Iglesia de mi prometido no me obliga a convertirme, yo tampoco puedo obligarle.

—¡Hay que ayudarle para que descubra el camino de la Verdad! Este matrimonio es un regalo de Dios. El protestantismo es una

herejía, una apostasía; es impensable; si te conviertes, te perderás para siempre, te condenarás, te excomulgarán, ¡tu alma eterna se verá condenada al tormento de las llamas del infierno!

—Lo intentaré, padre, adiós, gracias… lo intentaré —murmuró y se alejó rápidamente.

Aquella noche una patrulla de samuráis, formada por diez guerreros y un oficial armados con espadas y armaduras, salió de la garita de la puerta norte. Cruzaron el puente y atravesaron la barrera de la colonia. Llevaban un estandarte y una antorcha que proyectaba extrañas sombras.

El paseo marítimo y High Street estaban muy concurridos. Los comerciantes, soldados, marineros y tenderos se paseaban o formaban grupos, charlaban y se reían; a lo lejos se veían unos cuantos borrachos y un par de prostitutas. Unos marineros habían encendido una hoguera en la playa y bailaban al son de una gaita con un travestí, y hasta allí llegaba el bullicio del barrio de los borrachos.

Todos advirtieron la ominosa presencia. Los que paseaban se detuvieron en seco; las conversaciones se interrumpieron en mitad de una frase y todas las miradas se centraron en la patrulla. Los que se hallaban más cerca de los samuráis se apartaron para quitarse de en medio. Algunos hicieron ademán de coger la pistola y se maldijeron porque no la llevaban encima. Otros retrocedieron y un soldado fuera de servicio que se hallaba junto a un callejón echó a correr para avisar al turno de guardia de la Marina.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Gornt.

—Nada, de momento —contestó Norbert con el semblante preocupado. Se hallaban en el paseo marítimo con un grupo de hombres, a cierta distancia de los samuráis, quienes no prestaban la menor atención a la multitud que los observaba mientras avanzaban a paso desacompasado.

Lunkchurch se les acercó.

—Norbert, ¿lleva un arma?

—No. ¿Y usted?

—No.

—Yo sí —dijo Gornt, y sacó una pequeña pistola—. Pero no servirá de nada si las cosas se ponen feas.

—Edward, ¿siempre llevas esa pistola?

—Pues, sí, señor, siempre. Creía que ya se lo había dicho.

—No, no me lo dijiste. ¿Puedo verla?

—Claro. Tenga cuidado, está cargada.

Norbert asintió con un gruñido y volvió a fijarse en los samuráis. Ahora veía a Gornt desde una perspectiva nueva, una perspectiva más peligrosa.

La patrulla seguía avanzando y los centinelas de las legaciones británica, francesa y rusa —las únicas que tenían guardias permanentes— amartillaron los fusiles, pues ya les habían avisado de lo que ocurría.

—¡No disparen hasta que yo lo diga! —gritó el sargento—. Grimes, vaya a avisar a Nibs, está con los rusos; siga recto por esta misma calle y es la tercera casa.

El soldado se alejó en silencio. Las luces del paseo parpadeaban. Todos esperaban con ansiedad. El oficial se acercaba, impasible.

—Fíjese, sargento, en la pinta de asesino que tiene ese bastardo —murmuró un centinela.

—Son todos unos bastardos asesinos. Tranquilo, no pasa nada.

El oficial llegó hasta la legación británica y rugió una orden. Cuando los demás samuráis se detuvieron delante del portal y formaron, el oficial se acercó al sargento y se dirigió a él en japonés. Silencio. Pronunció palabras más imperativas, más impacientes, que claramente eran órdenes.

—¿Qué quieres, chato? —preguntó el sargento entre dientes.

El oficial repitió la orden, esta vez más enfadado.

—¿Alguien lo entiende? —gritó el sargento. No hubo respuesta, y entonces, Johann, el intérprete, apareció entre la multitud, se inclinó ante el oficial y, después de que este le devolviera el saludo, le dijo

unas cuantas palabras en holandés y el oficial le respondió en el mismo idioma.

—Tiene un mensaje, una carta, para sir William, y se lo tiene que entregar en mano.

—No sé si podrá, señor, si van armados con esas malditas espadas.

El oficial empezó a andar hacia el portal de la legación y todos quitaron el seguro de los fusiles. Se detuvo y profirió gritos de enfado. Los samuráis se prepararon para empuñar las espadas y se colocaron en posición de ataque. Al final de la calle, la patrulla de la Marina se colocó en orden de asalto. Todos esperaban a que alguien cometiera el primer error.

En ese momento Pallidar y dos oficiales salieron corriendo de la legación rusa al final de la calle, vestidos con el uniforme de gala.

—Sargento, déjemelo a mí —dijo Pallidar—. ¿Qué ocurre?

Johann se lo explicó. Pallidar, que ya se había familiarizado con las costumbres japonesas, se acercó al oficial, se inclinó y esperó a que el oficial le devolviera el saludo.

—Dígale que me dé la carta. Soy el ayudante de campo del sir William —dijo, exagerando la verdad.

—Dice que lo siente, pero recibió la orden de entregarla en mano.

—Dígale que estoy autorizado para…

La voz de sir William le interrumpió.

—Capitán Pallidar, ¡un momento! Johann, ¿quién envía la carta? —Estaba en el umbral de la puerta de la legación rusa, y Zergeyev y los demás se hallaban apiñados detrás de él.

Después de que el oficial señalara el estandarte y pronunciara más palabras, Johann gritó:

—Dice que es del tairō, pero supongo que se refiere al roju, a los regentes. Le han dado orden de que la entregara inmediatamente y en mano.

—Muy bien, la recibiré; dígale que se acerque.

Johann lo tradujo. Con un gesto imperioso, el oficial le indicó a sir William que se le acercara, pero sir William gritó, con más aspereza y menos cortesía:

—Dígale que estaba cenando y que si no me la entrega ahora mismo tendrá que hacerlo mañana.

Johann tenía demasiada experiencia como para traducir las palabras exactas, así que se limitó a transmitir el mensaje con suficiente énfasis para que el otro lo entendiera. El oficial respiró hondo, furioso, y se dirigió hacia sir William. Pasó rozando a los dos centinelas, altos y barbudos, se detuvo delante de sir William, y esperó a que este lo saludara.

Sacó el pergamino, avanzó hacia él y se lo entregó; retrocedió, se inclinó, esperó a que sir William le devolviera el saludo, aunque fuera descortés, y se sintió satisfecho porque había vencido al enemigo. Para desahogarse, insultó a sus hombres y se alejó como si no existieran. Ellos lo siguieron, furiosos por la grosería de los gai-jin.

—¿Dónde demonios está Tyrer? —preguntó sir William.

—Enviaré a alguien a buscarlo —repuso Pallidar.

—No, dígale a Johann que se reúna conmigo, por favor.

—No hace falta, sir William —dijo Erlicher, el ministro suizo—. Si la carta está en holandés yo puedo leerla.

—Se lo agradezco, pero prefiero que lo haga Johann porque también sabe un poco de japonés.

En el comedor, la sala más amplia de la legación, había una mesa dispuesta para veinte comensales. Todos los ministros habían sido invitados, salvo Von Heimrich que seguía enfermo. También estaban Struan y Angélique en la cabecera de la mesa, varios oficiales franceses y británicos, y dos criados de librea detrás de cada silla, además de los que servían la mesa.

—¿Me permite que utilice la antecámara, conde Zergeyev? —preguntó sir William en ruso.

—Por supuesto. —El conde Zergeyev le invitó a pasar a la sala y ambos esperaron a Johann, que entró y cerró la puerta.

—Buenas noches, sir William —dijo Johann. Se alegraba de que lo hubieran llamado. Iba a ser el primero en enterarse de lo que ocurría y de ese modo podría seguir siendo útil al ministro de su país. Tras romper el sello del pergamino, tomó asiento.

—La carta está en holandés y en japonés, y es muy corta. —La leyó por encima, frunció el ceño, la volvió a leer y se rio con nerviosismo—. Está dirigida a usted, al ministro británico, y dice: «Le comunico por la presente que nos ha llegado la orden del shōgun Nobusada desde Kioto de cerrar todos los puertos de inmediato y de expulsar a todos los extranjeros pues…».

—¿Expulsar? ¿Ha dicho *expulsar*? —El grito llegó a oídos de los invitados, produciendo un gran revuelo en la sala.

Johann hizo una mueca.

—Sí, señor, lo siento, pero es lo que dice: «… pues nuestro pueblo no desea ni necesita tratar con ellos. Le envío la presente antes de convocar una reunión urgente para ultimar los detalles sobre su retirada inmediata de Yokohama. Con todos mis respetos».

—¿Respetos? ¡Es una jodida impertinencia…!

Siguió profiriendo una sarta de insultos. Cuando hizo una pausa para recobrar el aliento, Johann dijo:

—Está firmada por Nori Anjo, tairō. Según tengo entendido, sir William, eso es casi como un dictador… Se ve que ha progresado.

XXXVII

KIOTO

Jueves, 4 de diciembre

Toranaga Yoshi estaba pálido.

—¿Cuándo se confirmó el nombramiento del tairō?

—Antes de ayer, mi señor; enviaron una paloma mensajera a Yedo con el mensaje para Anjo —repuso Wakura, el chambelán y jefe de los funcionarios del palacio, sin lamentar el enfado de su invitado y ocultando la alegría que le producía ser el portador de la noticia—. Además, ese mismo día, le enviaron el documento oficial, que firmó el shōgun después de solicitárselo el emperador.

El enfado de Yoshi fue en aumento. Su antepasado, el shōgun Toranaga, había promulgado que solo el shōgunado podía disponer de palomas mensajeras. Durante los últimos dos siglos y medio, el uso de ese sistema de comunicación había decaído y ahora solo se utilizaba para anunciar noticias de suma importancia como la muerte de un shōgun o de un emperador. El Bakufu prefirió ignorar que ciertos prestamistas zaibatsu de Osaka utilizaban palomas a escondidas, y así se guardaban la posibilidad de imponerles castigos, de cobrarles más impuestos o de pedirles favores especiales en caso de que decidieran aplicar la ley.

—¿Y el ultimátum a los gai-jin? ¿Cuándo lo enviarán? —preguntó Yoshi.

—Enseguida, mi señor. Enviaron la solicitud imperial junto con el nombramiento, mi señor, después de ratificarla el shōgun Nobusada.

—¡Esa orden es *baka*! ¡Y las prisas con que se dio son aún más *baka*! —Yoshi se arrebujó en su manto. Hacía un frío húmedo debido a la llovizna que caía en los jardines—. Envíe otra paloma para anular la orden.

—Si dependiera de mí, mi señor, os obedecería sin vacilar. En cuanto os vayáis, mi señor, pediré permiso para hacerlo, pero me temo que ya es demasiado tarde para satisfacer vuestros deseos; el gai-jin ya debe de haber recibido la orden, es posible que se la entregaran ayer.

Wakura se mostraba sumiso a pesar de que para él aquello era la culminación de años de intrigas para apoyar al emperador y satisfacer sus deseos, que coincidían con los de la mayoría de los daimios, de los nobles de la corte, de Ogama, que en aquel momento ejercía el poder en Kioto —a pesar de que las puertas volvían a estar en manos del shōgunado— y de la princesa Yazu, pero, ante todo, coincidían con sus propios deseos.

Se congratulaba por la habilidad y sagacidad con que había llevado a cabo sus planes. Había abordado a la princesa durante uno de sus paseos matinales por los jardines del palacio y en una sola jugada había neutralizado al shōgunado, al Bakufu y a Yoshi, su enemigo más peligroso.

—Princesa Imperial, me he enterado de que ciertos cortesanos muy allegados al Hijo del Cielo, con el fin de proteger vuestros intereses, están murmurando que el señor, vuestro marido, debería nombrar tairō a Nori Anjo lo antes posible.

—¿A Anjo? —preguntó sorprendida.

—Ciertas personas creen que debería hacerlo pronto y con discreción. En Yedo abundan las conspiraciones y sería una manera de evitar interferencias por parte de… de enemigos ambiciosos —dijo con delicadeza—, de los enemigos que no cesan de socavar a vuestro venerado marido y que seguro que están en tratos con los malditos shishi. ¡Recordad lo que ocurrió en Otsu!

—¡Como si lo pudiera olvidar! Pero, aunque sé que puedo conseguirlo, Anjo es tan estúpido… Y si lo nombran tairō se volverá todavía más arrogante.

—Es verdad. Pero ese nombramiento sería el precio que pagaríamos a cambio de la seguridad del shōgun hasta que fuera mayor de edad, y también eliminaríamos a su único rival, al señor Yoshi, pues así Anjo tendría más poder que los agentes.

—¿El tairō podría destituir al guardián?

—Es posible, princesa. Hay otra cosa a favor de Anjo: dicen que él es el instrumento ideal para utilizar en contra de los gai-jin; aunque sea un poco obtuso, está dispuesto a obedecer al emperador. El Divino debería fijarse y premiar semejantes muestras de lealtad. He oído decir que convendría hacerlo pronto y con mucha discreción.

«Fue tan fácil plantar la semilla, que creció como las orquídeas de mi invernadero; hice muy bien cuando planeé ese matrimonio. Lo he conseguido con la ayuda de ella y de unos cuantos nobles, y para ello solo he tenido que dar unos cuantos consejos.

»Y en cuanto a ti, Toranaga Yoshi —pensó con alegría—, Yoshi el guapo, el astuto, el fuerte, el usurpador de alta cuna, oculto entre las alas del poder, dispuesto a iniciar una guerra civil que tanto yo como los nobles más radicales tememos, una guerra que reprimiría el resurgimiento del poder imperial, que volvería a subyugar a la corte bajo el mando de cualquier jefe militar y nosotros volveríamos a convertirnos en mendigos a la espera de recibir sus limosnas».

Contuvo un escalofrío. «No hace mucho tiempo el emperador se vio obligado a vender su firma en las calles de Kioto para reunir dinero y comprar comida. No hace mucho tiempo se concertaron matrimonios entre nobles de la corte y daimios ambiciosos y arribistas, que apenas pertenecían a la categoría de samuráis, cuyo único mérito para acceder a una clase superior procedía de sus victorias en los campos de batalla y sus riquezas. No hace mucho tiempo…

»No —pensó—, eso no volverá a ocurrir. Cuando venza *sonno-joi*, nuestros amigos shishi se dispersarán y regresarán a sus feudos, los daimios se inclinarán ante Él, nosotros gobernaremos desde la corte y volverá nuestra Edad de Oro».

Tosió y se volvió a arreglar las enormes mangas de su elaborada túnica mientras observaba a Yoshi con los ojos rasgados y el rostro maquillado según las costumbres de la corte.

—Estoy seguro de que han hecho bien en expulsar a los gai-jin, mi señor. Al final se cumplirán los deseos del emperador y la Tierra de los Dioses se los habrá quitado de encima para siempre. Vos también deberíais alegraros, señor Yoshi.

—Si fuera posible ejecutar la orden, sí. Si los gai-jin la obedecieran, sí. Si dispusiéramos de medios para imponerla, sí. Pero eso no ocurrirá. ¿Por qué no consultaron conmigo?

—¿Con vos, mi señor?

—¡Soy el guardián del heredero! El muchacho es menor de edad y no es responsable de lo que firma.

—Ah, cuánto lo siento, mi señor… Si hubiera dependido de mí, puede estar seguro de que habría pedido vuestro consentimiento. Pero os ruego que no me culpéis, mi señor, yo no puedo decidir nada, solo puedo sugerir, no soy más que un vasallo del emperador.

—¡Tendrían que haber consultado conmigo!

—Estoy de acuerdo, cuánto lo siento, corren unos tiempos muy extraños.

El rostro de Yoshi estaba tenso. El daño ya era irreparable. Ahora iba a tener que sacar al shōgunado de sus propios excrementos. ¡Qué estúpidos! ¿Cómo hacerlo?

«Primero Anjo; de un modo u otro tendré que enfrentarme a él… Mi esposa tenía razón.

»Debería marcharme. Pero ¿cómo voy a hacerlo sin Nobusada?».

La corte lo había excluido por completo. Igual que Nobusada. El joven había anulado dos citas a última hora con la excusa de que estaba resfriado. El médico se lo había confirmado oficialmente, pero le dio a entender con la mirada que no era más que una excusa.

—De todas formas, he de deciros que me preocupa la salud del shōgun, señor Yoshi. Es un muchacho de constitución muy delicada y su masculinidad deja mucho que desear.

—¿Es por culpa de la princesa?

—No, mi señor. Ella es una mujer vigorosa y su yin es lo suficientemente abundante y apetitoso como para satisfacer a cualquier yang.

Yoshi interrogó al médico detenidamente. Nobusada nunca fue un guerrero, un cazador ni un hombre activo como su padre y sus hermanos, siempre había preferido los deportes más fáciles como la halconería o el tiro al arco, y lo que más le gustaba eran los concursos de poesía y la caligrafía. Pero tampoco había nada malo en ello.

—Su padre sigue más fuerte que un roble y toda su familia ha destacado por su longevidad. No hay motivos para preocuparse, doctor. Dadle una de vuestras pociones, hacedle comer más pescado, menos arroz refinado y que deje de comer esa comida exótica que tanto le gusta a la princesa.

La princesa había asistido al único encuentro que había tenido con su protegido. Había ido muy mal. Nobusada se negó a considerar la posibilidad de regresar a Yedo y ni siquiera quiso hablar de fechas. Tampoco quiso escuchar sus consejos y le hizo comentarios malintencionados en relación con Ogama.

—Los Choshu controlan las calles; los hombres de Ogama están aplastando a los shishi, primo. Ni siquiera estoy a salvo con nuestros guerreros. ¡Solo estoy a salvo aquí, bajo la protección del emperador!

—Eso es falso. Solo estarás a salvo en el castillo de Yedo.

—Cuánto lo siento, señor Yoshi —dijo la princesa con voz acaramelada—, pero Yedo es tan húmedo, no se puede comparar con el clima de Kioto, que es beneficioso para la tos de mi marido.

—Tienes razón, Yazu-chan, y me gusta estar aquí. ¡Por primera vez en mi vida me siento libre! Aquí puedo pasearme por donde quiera, cantar, jugar y sentirme a salvo. ¡Podría quedarme aquí para

siempre! ¿Y por qué no? Yedo es un lugar apestoso, ¡sería maravilloso gobernar desde aquí!

En vano, Yoshi intentó convencerlos. Entonces Nobusada soltó:

—Lo que yo más necesito, mientras sea menor de edad, que será por poco tiempo, es un hombre fuerte, un tairō; como, por ejemplo, Nori Anjo.

—Ese hombre puede hacer mucho daño, tanto al shōgunado como a ti —le repuso e intentó explicárselo con paciencia sin lograr convencerlo—. Sería una imprudencia…

—No estoy de acuerdo, primo; Anjo me escucha, cosa que tú nunca haces. Cuando dije que quería ir a ver al Divino, a mi cuñado, a él le pareció bien y aquí estoy, ¡y tú te opusiste! ¡Él me escucha! ¡A mí! ¡Al shōgun! Y no te olvides de que cualquier otro hombre es mucho mejor que tú. Tú nunca serás tairō, ¡nunca!

Después de esa escena, en ningún momento se le ocurrió pensar —a pesar de la risa burlona de Nobusada— que Anjo podía ser nombrado tairō.

«Pero ahora ya está», pensó, apesadumbrado y consciente de que el chambelán Wakura lo estaba observando.

—Dentro de un par de días me iré de Kioto —dijo, tras decidirlo en aquel mismo instante.

—Pero habéis estado muy poco tiempo con nosotros, mi señor —dijo Wakura, aunque por dentro se congratulaba—. ¿Tan mal os hemos acogido?

—No, no en absoluto. ¿Tienes más novedades?

Wakura vaciló antes de continuar.

—Se rumorea que Sanjiro se está preparando para iniciar una guerra.

—Satsuma siempre está en pie de guerra. Es otra antigua costumbre —dijo Yoshi.

—Los consejeros más prudentes dicen que esta vez Sanjiro va a sumir el país en una verdadera guerra.

—¿Una guerra contra quién, chambelán?

—Supongo que contra aquellos que considera enemigos.

—¿Y quiénes son? —preguntó Yoshi, con la intención de desenmascarar a Wakura.

—Dicen que el shōgunado, cuánto lo siento.

—Si iniciara una guerra contra la ley de esta tierra, chambelán, acabaría lamentándolo mucho. Me temo que esos consejeros que mencionaste antes deberían aconsejarle que no fuera tan estúpido. Los consejeros también pueden ser estúpidos, *neh?*

—Estoy de acuerdo —repuso Wakura con una sonrisa falsa.

—Estoy de acuerdo en que Sanjiro es un hombre beligerante, pero no estúpido. Igual que Ogama de Choshu. Y Yodo de Tosa. Todos los señores extranjeros son muy beligerantes y manipuladores; siempre lo han sido, igual que ciertos cortesanos excesivamente ambiciosos.

—Incluso si eso fuera verdad, ¿qué pueden hacer unos cuantos cortesanos en contra del gran shōgunado, mi señor, cuando la corte carece de ejército, de tierras y de koku, y depende de la generosidad del shōgunado?

—Siembran cizaña entre los daimios más ambiciosos… Ah, por cierto, ahora que me acuerdo —dijo, tras decidir que Wakura había ido demasiado lejos y necesitaba un correctivo—. Es posible que en este enclave tan maravilloso todavía no te hayas enterado, pero este año y el que viene habrá hambruna en todo Japón, incluso en mi Kwanto. Corren rumores de que se reducirán los ingresos de la corte, este año y el que viene, creo que a la mitad. —Le encantó ver la expresión de Wakura—. Cuánto lo siento.

—Sí, cuánto lo siento, será muy triste. Corren unos tiempos muy difíciles. —Wakura contuvo sus deseos de gritar y amenazar mientras intentaba calcular el alcance del poder de Yoshi para prosperar y llevar a cabo esa reducción. «No es el único que desea hacerlo, los daimios siempre se están quejando y, por supuesto, el consejo de regentes estaría de acuerdo. Pero el tairō Anjo los desautorizará, ¿para qué está allí si no es para cumplir nuestras órdenes? ¿Y Ogama? Ese perro arrogante lo aprobaría, ¡igual que Sanjiro y todos los demás! ¡Más vale que Anjo los meta en cintura!».

Wakura forzó una sonrisa.

—Al príncipe consejero le gustaría que le explicarais por escrito vuestros puntos de vista acerca de Satsuma, Choshu y Tosa; sobre todo, el peligro que puede suponer Satsuma. También desea saber cómo la corte podría ayudar al shōgunado y si hay alguna manera de evitar que surjan malentendidos.

—Estaría encantado de hacerlo —dijo Yoshi un poco más animado—. Sería una oportunidad maravillosa.

—Por último, me siento honrado de comunicaros que el Divino os ha invitado personalmente, así como al shōgun Nobusada, a algunos daimios y a los de Tosa, Choshu y Satsuma, al Festival del Solsticio de Invierno. Las invitaciones de Tosa y Choshu ya han sido remitidas, la vuestra y la del señor Ogama se entregarán mañana, pero quería disfrutar del placer de decíroslo.

Yoshi se sorprendió de que se brindara semejante honor a personas que no pertenecían al círculo más íntimo. El solsticio iba a producirse ese mismo mes —el duodécimo—, el día vigésimo segundo. Faltaban dieciséis días. Las celebraciones duraban por lo menos una semana, quizá más. Podría marcharse después, tendría tiempo de sobra para encargarse de Anjo.

«¡Espera! Te olvidas de lo que dice el legado: "No te acerques a la Morada del Cielo. No es para nosotros. Nosotros somos hombres, ellos son dioses, los dioses son iguales a las personas, son igual de celosos, y el contacto con ellos engendra su desprecio. Sus dioses falsos desean que desaparezca nuestro linaje. Y eso solo podrá ocurrir en su morada"».

El temor se apoderó de Yoshi. Sería imposible rechazar la invitación.

—Gracias —dijo y se inclinó.

Al mediodía, el shishi que estaba de guardia junto a las barracas de Toranaga observaba a los cuarenta samuráis que salían del portal y recorrían la calle en dirección a la puerta este del palacio. Iban a

relevar la guardia. Todos llevaban las dos espadas, algunos también lanzas, y se cubrían con mantos y sombreros cónicos de paja para protegerse de la lluvia.

Antes de marcharse de Kioto, Katsumata había ordenado que vigilaran constantemente las barracas de Yoshi y de Ogama.

—En cuanto surja la más mínima posibilidad de atacar a cualquiera de los dos (tendría que ser fuera de sus recintos y debéis tener un mínimo de garantías de que saldrá bien) atacadlo, pero deberá hacerlo un solo hombre. Solo uno. No debemos exponer a más shishi, pero también tenemos que estar preparados. La única manera de vengarnos es mediante un ataque por sorpresa.

Los guardias doblaron una esquina y desaparecieron. El shishi estaba cansado, pero se le pasó en cuanto recordó el futón y al amante que lo esperaban.

La patrulla del shōgunado llegó a la puerta este. Allí había una pequeña barraca capaz de alojar a quinientos hombres. La puerta medía seis metros de alto, era de hierro y junto a ella había un portal más pequeño que estaba abierto. La muralla era alta, antigua y de piedra.

Hubo un momento en que los recién llegados se entremezclaron con los guardias del último turno. Los oficiales inspeccionaron a los hombres y las armas mientras los del último turno se disponían a formar. Un oficial y un ashigaru, un soldado raso, se separaron del grupo y echaron a andar por la calle. Paró de llover y salió el sol. Los dos hombres doblaron una esquina y entraron en unas barracas muy parecidas a las que había por todo Kioto y que alojaban a doscientos samuráis de Ogama.

—Cuarenta hombres, aquí están sus nombres —dijo el oficial a su colega—. No hay ninguna novedad.

—Muy bien. Os ruego que me acompañéis. —El oficial de Ogama iba leyendo la lista de nombres mientras los otros dos lo seguían por un pasillo. Entró en una habitación, la cruzó y se detuvo ante una

puerta cerrada. Llamó y la abrió. La habitación estaba casi vacía, a excepción de un tatami y una mesa. Ogama se hallaba de pie junto a la ventana, armado, alerta, pero solo. Los dos oficiales hicieron una reverencia.

El ashigaru se quitó el sombrero y apareció Yoshi. En silencio, le entregó la espada al oficial, aunque se quedó con la espada corta, y entró en la habitación. La puerta se cerró tras él. Los dos oficiales suspiraron. Estaban cubiertos de sudor.

Una vez a solas, Yoshi se inclinó.

—Te agradezco que hayas accedido a reunirte conmigo.

Ogama se inclinó y le hizo señas para que se sentara frente a él.

—¿A qué se debe tanta urgencia y tanto misterio?

—Malas noticias. Quedamos en que los aliados tenían que compartir las noticias. Cuánto lo siento, pero han nombrado tairō a Nori Anjo.

Ogama no se molestó en ocultar la perturbación que le causó esa noticia y escuchó a Yoshi con atención. Cuando Yoshi le contó que iban a enviarle una invitación imperial, se disipó gran parte de su enfado.

—¡Eso es un honor y un reconocimiento! Caramba, y no podría llegar en un momento más oportuno.

—Yo también pensé lo mismo. Hasta que llegué a las barracas. Entonces vi dónde estaba la trampa.

—¿Qué trampa?

—Pretenden reunir a los señores de Satsuma, de Tosa, a ti y a mí, todos al mismo tiempo, vestidos con nuestros trajes de gala, dentro del palacio, sin armas ni guardias…

—¿Qué puede hacer Wakura? ¿O cualquiera de ellos? No tienen samuráis, dinero ni armas. ¡No pueden hacernos nada!

—No, pero piensa un poco; en cuanto los cuatro nos encontremos ante el Hijo del Cielo, alguien (Wakura, el príncipe Fujitaka, el shōgun Nobusada o la princesa) propondrá que hay que aprovechar esa oportunidad para que los cuatro daimios más fuertes

del país expresen su lealtad al Divino y pongan su poder a su disposición.

—Ninguno de nosotros lo aceptaría, ¡ni uno solo! Lo evitaríamos como fuera, lo eludiríamos, nos andaríamos con rodeos, incluso podríamos mentir y…

—¿Mentir? ¿Al Hijo del Cielo? Jamás. Ahora escúchame. Si el príncipe consejero, antes de la ceremonia, en privado, te dijera algo como: «Señor Ogama, el Hijo del Cielo desea adoptarte y conferirte el título de príncipe y de capitán de la Guardia Imperial, de señor jefe de las puertas y de miembro del nuevo Consejo Imperial, que gobernará en lugar de los usurpadores del shōgunado Toranaga. A cambio…».

—¿Cómo? ¿Un Consejo Imperial?

—Espera… A cambio, deberás reconocer que él es el Hijo del Cielo, el emperador de Japón, el poseedor de las Insignias Sagradas (el orbe, el espejo y el cetro), que desciende de los dioses y que es el padre de todos los hombres; a cambio tendrás que poner tu feudo y tus samuráis a su disposición y acatar sus deseos que el Consejo Imperial se encargará de satisfacer.

—Yo… nunca… jamás renunciaría a Choshu.

—Puede que sí, puede que no. A lo mejor el portavoz imperial te dice que el emperador ratificará tu título de señor de Choshu, de conquistador de los gai-jin, de guardián de los estrechos, y que solo tendrás que obedecerle a él y al Consejo Imperial.

—¿Quién más estará en el consejo? —inquirió Ogama.

Yoshi se enjugó el sudor de la frente. Se había dado cuenta de que la invitación formaba parte de una intriga cuando el general Akeda hizo un comentario fortuito acerca de la manera de pensar de Kioto; dijo que era tan rebuscada que parecía impregnar el mismo aire que respiraban y que a veces lo que parecía ser una recompensa en realidad no era más que una trampa.

Se sintió enfermo porque sabía que él sería el primero en dejarse seducir. Incluso aquel mismo día, poco antes, había sentido una falsa seguridad.

—Lo ves, Ogama, ya empieza a gustarte la idea. ¿Quién más está en el consejo? Como si eso cambiara algo. Estarías tú solo contra todos, igual que Sanjiro. El chambelán Wakura y sus amigos serían mayoría y harían y desharían a su antojo.

—No lo aceptaríamos. Yo nunca…

—Cuánto lo siento, pero sí que lo aceptarías; te ofrecerían toda clase de honores capaces de tentar a un kami. ¡Y lo que más te tentaría sería la idea de sustituir al shōgunado Toranaga por el Consejo Imperial! Por supuesto, a mí no me ofrecerían formar parte del consejo, ni a ningún Toranaga, salvo a Nobusada, y él ya está de su lado gracias a la princesa, cosa que yo ya había avisado. —Yoshi escupió de rabia—. Lo primero que tenemos que hacer es ocuparnos de Anjo.

Los dos hombres contemplaron todas las posibles ramificaciones y, cuantas más descubrían, más trampas adivinaban.

—Las celebraciones pueden durar varias semanas —dijo Ogama —. Nosotros también nos veríamos obligados a dar banquetes y no les costaría nada envenenarnos lentamente.

Yoshi se estremeció. Toda su vida había temido que lo envenenaran. Uno de sus tíos había fallecido presa de fuertes dolores; el médico dijo que había sido de «muerte natural», pero su tío se había enfrentado en un conflicto con el Bakufu y su muerte resultaba muy oportuna. Tal vez lo hubieran envenenado, tal vez no. La muerte del shōgun anterior, el mismo año del regreso de Perry, cuando cayó enfermo de la noche a la mañana, también fue muy oportuna para el tairō Ii que lo odiaba y deseaba colocar un títere —Nobusada— en su lugar.

Tan solo eran rumores, nunca hubo pruebas; pero el envenenamiento era un arte practicado desde hacía siglos en Japón y en China. Cuanto más pensaba en que su karma tal vez fuera a morir envenenado, más se aseguraba de que sus cocineros fueran de confianza y vigilaba los sitios donde comía. Pero, aún así, no podía evitar que de vez en cuando le acometieran accesos de pánico.

De pronto Ogama cerró el puño y lo golpeó contra la palma de la mano.

—¡Así que ahora Anjo es el tairō! ¡No lo puedo creer!

—Ni yo. —Cuando Yoshi envió al mensajero para concertar la reunión, le pareció muy irónico el hecho de que ahora Ogama y él se vieron obligados a colaborar si querían sobrevivir. Ya no podían actuar solos. De momento.

—¿Y cómo podemos evitarlo? Ahora me doy cuenta de que son capaces de tentarme.

—Podrían tentar a cualquiera, Ogama-dono.

—Son como los kamis lobos, lo sé. Estamos atrapados. Si el Divino nos invita, sus asquerosos secuaces nos destruirán. Voy a llamar a Basuhiro, ¡ese hombre tiene la inteligencia de una serpiente!

—Estaremos atrapados solo si mañana aceptamos la invitación. Te propongo que los dos nos marchemos de Kioto esta noche, a escondidas. Si no estamos aquí… ¿eh? —Ogama esbozó una sonrisa seráfica aunque enseguida se desvaneció. Yoshi sabía por qué y añadió—: Pero para eso tenemos que confiar el uno en el otro.

—Sí, claro. ¿Qué propones para asegurarnos de que ninguno de los dos cometa un error?

—No puedo cubrir todas las posibilidades, pero se me ocurre una solución provisional: esta noche los dos nos marchamos de Kioto y acordamos que estaremos fuera por lo menos veinte días. Yo iré directamente a Yedo para intentar neutralizar a Anjo y no me marcharé hasta que lo haya conseguido. El general Akeda se quedará aquí, al mando de las barracas, como siempre, y dirá que me vi obligado a acudir al Diente del Dragón de improviso debido a la enfermedad de un familiar y que regresaré pronto. Tú irás a Fushimi donde podrás pasar la noche. Mañana, al anochecer, después de que les haya sido imposible entregarte la invitación, porque nadie, ni siquiera Basuhiro, sabrá dónde estás, ¿eh?…

—Es demasiado peligroso no decírselo, pero continúa.

—Como quieras, pero mañana, al anochecer, enviarás un mensaje al príncipe Fujitaka para invitarle a una reunión, a solas, al día siguiente; por ejemplo, en las ruinas de Monoyama. Cuando lo veas, fingirás que te sorprendes de la invitación y lamentarás no estar allí para aceptarla. Mientras tanto, más vale que se asegure de que no envíen más invitaciones hasta que hayas regresado, que tampoco sabrás cuándo será. Los gai-jin han amenazado con desembarcar en Osaka y debes acudir de inmediato para defender tu feudo. Tienes que hacerle comprender que más vale que no te lleguen más invitaciones imperiales (por mucho que las aprecies) hasta que decidas aceptarlas.

Ogama gruñó. Contempló el tatami, ensimismado, y dijo:

—¿Y qué ocurrirá con Sanjiro y Yodo de Tosa?

—Dile a Fujitaka que posponga las invitaciones. Podría decirle al Divino que este solsticio trae malos augurios.

—¡Qué idea tan buena! Pero ¿y si no lo suspenden?

—Fujitaka se asegurará de ello.

—Si es tan fácil, ¿por qué no nos quedamos? Solo tengo que decirle a Fujitaka que mencione lo de los malos augurios. Así anularán el festival, ¿eh? Eso significa que Fujitaka tiene poder para hacer lo que le dé la gana.

—Puede hacerlo con Wakura. Creo que la sinuosidad de Kioto está en el mismo aire que respiramos; podrían hacernos caer en la trampa. —Ya no podía hacer nada más. No le convenía que Ogama se quedara solo en Kioto y todavía no había resuelto el asunto de las puertas.

—Podría quedarme en Fujimi, o en Osaka, unos veinte días —dijo Ogama—. No quiero regresar a Choshu, si lo hago expondría… bueno, me expondría a un ataque.

—¿Por parte de quién? Yo no te atacaría, somos aliados. Hiro no estará aquí, ni Sanjiro. Si quisieras, podrías ir hasta Choshu. Podrías confiar en Basuhiro para que él defendiera tu bastión.

—No se debe confiar tanto en un vasallo —dijo Ogama con amargura—. ¿Y qué pasa con los shishi?

—Basuhiro y Akeda seguirán aplastándolos y los espías del Bakufu no dejarán de buscarlos.

Ogama hizo una mueca de disgusto.

—Cuánto más pienso en todo este asunto, menos me gusta. Hay demasiados peligros, Yoshi-dono. Seguro que Fujitaka me dirá que tampoco pudieron entregarte la invitación.

—Debes mostrarte sorprendido; puedes decirle que crees que mi excusa es una tapadera y que debo de haber vuelto a Yedo para intentar detener a los gai-jin, para que no cumplan con su amenaza de venir a Kioto, y también para asegurarme de que van a abandonar Yedo. Lo cual no van a hacer.

—Entonces los obligaremos —dijo Ogama con dureza.

—Todo a su debido tiempo, Ogama-dono. —Yoshi habló aún con más dureza—. Hasta ahora se ha cumplido todo lo que dije que iba a ocurrir. Créeme, no conseguiremos echar a los gai-jin. Todavía no.

—Entonces, ¿cuándo se irán?

—Pronto. De momento debemos olvidarnos de ellos. Ahora lo más importante es protegernos. Quiero pedirte algo: que nos vayamos y regresemos juntos. Seguiremos siendo aliados en secreto hasta que uno u otro decida lo contrario oficialmente. —Ogama se rio, pero no dijo nada—. Por último, durante mi ausencia, nuestro acuerdo sobre las puertas seguirá en pie.

—Tu mente da más brincos que un gato con espinas en las garras. —Ogama se aclaró la voz y movió las rodillas buscando una postura más cómoda—. A lo mejor estoy de acuerdo y a lo mejor no. Es un asunto demasiado importante para decidirlo ahora mismo. Antes he de hablar con Basuhiro.

—No. Habla conmigo. Yo te puedo aconsejar mejor que él porque sé más y, sobre todo, porque tus intereses coinciden con los míos; piensa que yo no soy un vasallo que quiere pedirte pequeños favores.

—Solo pides grandes favores. Como las puertas.

Yoshi rio.

—Eso no es nada en comparación con los que tú me vas a conceder y yo a ti cuando seas tairō.

—Entonces hazme uno ahora: dame la cabeza de Sanjiro.

Yoshi lo miró, ocultando su sorpresa. No olvidaba lo que Inejin, el posadero y espía en la carretera que conducía al Diente del Dragón, le había dicho acerca de Ogama y de Cielo Carmesí cuando le contó que Ogama, con el apoyo activo de Sanjiro, o al menos sin su oposición, pretendía vencer al shōgunado recurriendo a una táctica muy apreciada por los daimios: un ataque por sorpresa.

—¿Te conformarías con sus pelotas? —preguntó Yoshi, y le explicó el plan que había tardado varios meses en urdir.

Ogama se echó a reír.

La columna de guardias que acababa de ser relevada regresaba a sus barracas, en fila de a cuatro, con Yoshi que seguía disfrazado de soldado raso. A pesar de que les habían advertido de que lo trataran como a un igual, les resultaba muy difícil no mirarlo de soslayo o disculparse en cuanto se le acercaban demasiado. Uno de los soldados era un shishi llamado Wataki. Le había resultado imposible avisar a sus compañeros para que aprovecharan esa oportunidad única y tendieran una emboscada a Yoshi.

Yoshi estaba cansado, pero satisfecho. Al final Ogama había aceptado todas las condiciones; ahora ya se podía marchar a Kioto y dejar las puertas en manos del shōgunado.

«Por poco tiempo, aunque suficiente —pensó—. Estoy arriesgándome mucho, y mi plan está lleno de agujeros que si Ogama pudiera ver se espantaría. De todas formas estoy seguro de que pretende traicionarme. Da igual, tampoco podía hacer nada más y estoy seguro de que el plan saldrá bien. No puedo aceptar la invitación, es imposible».

El día se había despejado; el sol luchaba con las nubes para apoderarse del cielo. Apenas se fijó en él o en lo que lo rodeaba, tenía la mente ocupada en los detalles de su partida: en quién iba a

confiar, qué debía hacer con Koiko y el general Akeda, a quién debía llevar; pero su mayor preocupación era saber si iba a llegar a tiempo para mitigar los daños en Yedo.

«Primero un baño y un masaje, después ya decidiré…».

Koiko se retocaba el maquillaje mientras se miraba en un espejo de acero pulido que sostenía con la mano.

Cuando acabó, se miró en el espejo. No observó ninguna señal de preocupación en su rostro y cuando intentó sonreír la piel de su rostro se contrajo justo donde tenía que hacerlo; sus ojos tenían exactamente la expresión que debían tener, sin revelar el alcance de sus preocupaciones. Se sintió complacida. Entonces advirtió la presencia de Sumomo, que en aquel momento tenía el rostro diáfano. A Koiko se le encogió el corazón cuando vio todos los conflictos que traslucía.

«Qué haríamos sin la formación que nos han dado», pensó, y se volvió hacia ellas. Teko, poco más que una niña, cogió el espejo sin que se lo pidiera.

—Es hermoso, señora Koiko —dijo Sumomo, fascinada. Era la primera vez que la dejaban entrar en la habitación de Koiko. Los secretos para embellecerse fueron una verdadera revelación para ella, superaba todo lo que había visto hasta entonces.

—Sí, lo es —repuso Koiko, creyendo que se refería al espejo—. Y también es un espejo generoso. Los espejos no suelen ser generosos, Sumomo; y es muy importante que una mujer pueda mirarse en un espejo generoso.

—No, no me refería al espejo, me refería a ti, a tu aspecto —dijo Sumomo avergonzada—. Desde el kimono hasta el peinado, la combinación de colores, el maquillaje, todo. Te agradezco que me hayas permitido presenciarlo.

Koiko se rio.

—¡Espero que sin todo esto no haya tanta diferencia! —Koiko miró a Sumomo fascinada por su mirada, su porte y su fuerza.

Desde que había accedido a acogerla hacía cinco días, no había podido hablar con ella a solas. Había llegado el momento. Abrió un compartimiento de su mente: Katsumata.

«Ay, querido amigo, ¿qué me has hecho?».

Katsumata la había abordado cuando ella había ido a visitar a la mama-san de Kioto. Meikin, su mama-san de Yedo, se había puesto en contacto con ella y le había pedido que le proporcionara criadas, peluquera y masajistas para que la atendieran durante su estancia en Kioto pues solo se había traído a Teko y una criada de Yedo.

—Quiero pedirte el favor de una vida —le había dicho Katsumata.

—¡No! ¡No debes hacerlo! —le había respondido, sorprendida de verle, que él la expusiera al peligro que suponía ese encuentro clandestino y de que le pidiera un favor cuyas consecuencias sabía que podían ser fatales. Si se lo concedía, Katsumata no iba a poder pedirle otro favor pues la deuda contraída sería enorme—. Habíamos decidido que iban a cesar todos los contactos entre nosotros mientras yo estuviera con el señor Yoshi, salvo si se trataba de una emergencia.

—Sí, por eso te pido el favor de una vida.

Siete años antes, cuando ella tenía quince, Katsumata había sido su primer cliente. Pronto se convirtió en algo más: en un amigo, un guru, un maestro. Le había abierto los ojos para que viera el mundo real, la importancia de ese mundo y la del Mundo Flotante. Le había enseñado la ceremonia del té, el arte de polemizar, la caligrafía, la poesía y los significados ocultos de la literatura y la política; la había agasajado con sus ideas y sus planes para el futuro, explicándole cómo su banda de samuráis acólitos iba a dominar el país a través de *sonno-joi* y, con el tiempo, le había demostrado que ella tenía que ser una pieza clave en ese rompecabezas que llamaba *sonno-joi*.

—Como cortesana de alta categoría serás la confidente de los poderosos, y te casarás con uno de ellos; no temas, tus hijos serán samuráis y serás indispensable para el futuro que nos espera, ¡no lo olvides!

Meikin, su mama-san y partidaria de Katsumata, accedió enseguida.

—Nuestra suerte ha menguado —le había dicho Katsumata, y le contó que la noche anterior les habían tendido una emboscada y que había huido con otras dos personas—. Nos han traicionado; no sé quién fue, pero ahora tenemos que separarnos, aunque sea por poco tiempo.

—¿Han matado a cuarenta shishi? —susurró, horrorizada.

—Sí. La mayoría eran jefes. Solo escapamos nosotros tres; un shishi, una de mis pupilas y yo. Escúchame con atención, Koiko, no tenemos mucho tiempo. El favor que te quería pedir es que acojas a esa muchacha mientras estés en Kioto, incluso que regreses con ella a Yedo y…

—No creo que sea posible, y tampoco debemos olvidar al señor Yoshi. —Deseaba con todo su corazón que Katsumata se arrepintiera y no se lo pidiera, pero él siguió insistiendo con suavidad mientras la observaba con una mirada intensa y le decía que Sumomo estaría a salvo con ella, que era una samurái, la prometida de un shishi muy importante, una mujer en la que podía confiar.

—Cuánto lo siento, pero te lo pido por *sonno-joi*, puedes confiar en ella. Si tienes cualquier problema, puedes decirle que se vaya. Hará todo lo que le pidas… cuánto lo siento, Koiko-chan, pero debo irme. Es el favor de una vida y te lo pide un viejo amigo.

—Espera… Tendré que consultarlo con el general Akeda, pero incluso si pudiera evitarlo tendría que consultarlo con Yoshi, ¿y qué le voy a decir? Además, no conozco a esa gente ni sé si puedo confiar en ellos.

—La mama-san me ha asegurado que son de absoluta confianza —había dicho con convicción—. Se lo pregunté y ella lo aprueba, Koiko, de lo contrario no te lo habría pedido. Diles la verdad, diles que Sumomo es una muchacha muy testaruda y su tutor, un antiguo cliente, quiere ponerla en cintura y que aprenda las artes femeninas. Yo no me la puedo llevar y quiero dejarla en un lugar seguro. Se lo debo a su prometido. Te obedecerá en todo.

«Ay, Katsumata, sabías que no te podría negar nada —pensó—. Es extraño lo pronto que prescindiste de mi cuerpo y quisiste poseer y ampliar mi mente. Sigo ligada a ti con aros de hierro, te debo tanto. Sin ti y todo lo que me enseñaste ahora no estaría en este pináculo y no sería capaz de seducir al hombre más poderoso del país».

—Siéntate, Sumomo —dijo Koiko—. Tenemos un poco de tiempo para charlar. Aquí no nos pueden oír.

—Gracias.

—Mis criadas están preocupadas por ti.

—Te ruego que me disculpes si no me he portado bien.

—Las criadas se preguntan si un gato te ha comido la lengua y están todas de acuerdo con tu tutor en que debes corregir tus modales.

—Necesito mejorar —repuso Sumomo con una sonrisa.

—Háblame de ese hombre, de tu futuro marido.

—Se llama Oda, Rokan Oda —repuso Sumomo, usando el alias que le había indicado Katsumata—. Su padre es goshi… y es de Kanagawa, de Satsuma.

—¿Y tu padre?

—Ya se lo dije, señora, desciende de Fujahito —dijo, usando su nuevo alias—. Vive en un pueblo cercano al de mi prometido y también es goshi.

—Tu tutor dice que Rokan Oda es un hombre importante.

—Es demasiado amable, señora, aunque Oda-sama es uno de los shishi que participaron en el ataque al señor Anjo en las puertas de Yedo y también mató a Utani, el regente. —Katsumata le había dicho que procurara decir la verdad siempre que pudiera pues de ese modo tendría que recordar menos mentiras.

—¿Y ahora dónde está?

—En Yedo, señora.

—¿Hasta cuándo deseas quedarte conmigo?

—Por mí, señora, lo máximo posible… Mi tutor me ha dicho que corría peligro en Kioto. No puedo regresar a casa, mi padre me ha

repudiado, y los padres de Oda-sama también lo repudiaron a él, cuánto lo siento, por mi culpa.

Koiko frunció el ceño.

—Eso os hará la vida imposible.

—Hola, Koiko —dijo Yoshi con indiferencia. Estaba de espaldas a la pared, con la mano junto a la espada y vestía un yukata de seda violeta. Parecía tranquilo, pero Koiko enseguida adivinó que se sentía solo, asustado, y que la necesitaba.

La habitación estaba justo al lado de su dormitorio. Al igual que el resto de las barracas, era muy masculina, con pocos muebles; el tatami era de la mejor calidad aunque ya estaba un poco gastado. «No me importará marcharme de aquí», pensó. De pronto oyeron unos pasos que se acercaban y rápidamente se llevó la mano a la espada.

—¿Mi señor? —dijo una voz.

—¿Qué ocurre? —preguntó Yoshi.

—Cuánto lamento molestarle, mi señor, pero acaba de llegar una carta del Diente del Dragón.

Sin que Yoshi se lo dijera, Koiko se dirigió hacia la puerta para dejar la vía libre y permaneció allí de pie. Yoshi se preparó.

—¡Abre la puerta! —gritó. La puerta se abrió y el centinela vaciló cuando vio a Yoshi en posición de ataque, con la espada desenvainada—. Dale el pergamino a la señora Koiko. —El centinela obedeció y se fue. Cuando hubo llegado al final del pasillo y salido por la puerta de los aposentos, Koiko le entregó el pergamino y se arrodilló delante de él. Él rompió el sello.

En la carta, su mujer se interesaba por su salud y le decía que sus hijos y el resto de la familia se encontraban bien y deseaban verle pronto. Luego seguía así:

> «Los buscadores de oro han estado recorriendo la zona con diligencia, acompañados de Misamoto. De momento

> no han encontrado nada, pero dicen que han visto grandes depósitos de carbón de primera calidad, muy cerca de la superficie y fácil de explotar. Lo llaman "oro negro" y dicen que lo podríamos trocar por dinero con los gai-jin. Entretanto, siguen buscando. Nos hemos enterado de que Anjo ha sido nombrado tairō y de que anda diciendo que pronto te invitarán a retirarte del consejo de regentes. Por otro lado, el espía que visitaste de camino a Kioto me ha pedido que te dijera lo siguiente: la palabra en clave que te dio acerca del enemigo es correcta y el enemigo piensa llevar a cabo un plan parecido…».

«Cielo Carmesí. Me pregunto si mi pacto con Ogama seguirá en pie». Apartó ese problema y siguió leyendo:

> «Ori, el ronin que era espía de los gai-jin, ha muerto en la colonia. Se supone que el otro ronin, Hiraga, también está allí. Tu espía dice que también ha interceptado a la supuesta criada a la que ordenaste regresar y, de acuerdo con tus instrucciones, la ha enviado al norte, a un prostíbulo de mala muerte. Han matado a su amante ronin».

Yoshi sonrió. Se trataba de la criada de Koiko que había informado a su amante ronin sobre la cita clandestina de Utani. La había despedido de camino a Kioto y enviado a Yedo tras inventarse un desliz; por supuesto, Koiko no había protestado. «Muy bien —pensó—. Nos hemos vengado de la muerte de Utani, aunque solo sea así».

> «En cuanto al Gyokoyama, he llegado a un acuerdo económico con él. ¿Me permites que también utilice el carbón para garantizar los pedidos de armas? Quizá deberíamos tratar con los gai-jin directamente, a través

de Misamoto. Por favor, dime algo, mi señor, añoro tu presencia y tus consejos. Por último, cuánto lo siento, la hambruna ya ha comenzado».

Yoshi volvió a leer la carta. Conocía muy bien a Hosaki y supo, por su manera de referirse a ellas, que las negociaciones con el Gyokoyama habían sido duras y el precio alto.

Al ver la repentina seriedad en su rostro, ella también se puso seria.

—¿Malas noticias, mi señor?

—Sí y no. Me marcharé al alba.

—¿Al Diente del Dragón?

Yoshi vaciló y Koiko se preguntó si había hecho mal en preguntarlo. Sin embargo, Yoshi estaba pensando en lo que iba a hacer con ella. Antes había decidido que, como iban a tener que ir a marchas forzadas, lo mejor sería irse solo y que ella tendría que regresar lo antes posible. Ahora, mientras la miraba, no deseaba separarse de ella. El palanquín de Koiko los retrasaría. Podía ir a caballo, aunque no era una buena amazona y el viaje iba a ser largo.

En cualquier caso, el plan que había trazado con Akeda seguía en pie:

—El primer contingente de cuarenta hombres, con un doble ataviado con mi armadura, partirá justo antes del amanecer y se dirigirá hacia la carretera del norte. A mitad de camino hacia Yedo, darán media vuelta y regresarán aquí, pero mi doble habrá desaparecido. El siguiente contingente, que será el mío, con los hombres que traje de Yedo, partirá poco después del primero y se dirigirá hacia el Tokaidō. Iremos a marchas forzadas, con el mismo capitán, y yo iré disfrazado de samurái de caballería hasta que me encuentre a salvo en el castillo de Yedo.

—Es muy peligroso, mi señor —dijo el general Akeda.

—Sí, lo sé. Y tú tendrás que vigilar a Ogama. A él también le conviene acabar con Anjo.

—De acuerdo. Pero acuérdate de lo que ha ocurrido hoy. Déjame acompañarte.

—Es imposible. Si Ogama decide llevar a cabo su plan, lo primero que hará será atacar aquí y más vale que estés preparado. Debes repeler el ataque cueste lo que cueste.

—No te fallaré, mi señor —dijo el general.

«Y yo conseguiré llegar a Yedo —pensó Yoshi con la misma certeza—. En cuanto al ataque de hoy, solo sirve para recordarme que no ha sido el primero y que tampoco será el último».

—¿Tienes una criada que sepa montar a caballo?

—No lo sé, mi señor. Seguro que sí.

—Si vinieras conmigo tú también tendrías que ir a caballo, con una sola criada, y viajar con poco equipaje porque el palanquín me retrasaría demasiado. Si lo prefieres, también puedes ir por tu cuenta, acompañada de tus criados.

—Te lo agradezco, pero como tú prefieres tenerme a tu lado, tus preferencias son las mías. Si estorbo y ralentizo la marcha, entonces podrás decidir si prefieres ir solo. Me honra que me lo pidas.

—Pero ¿hay alguna criada que sepa montar? Si no la hay, tendrás que ir por tu cuenta en el palanquín. —Quería darle la oportunidad de negarse sin necesidad de ofenderlo.

—Hay una, mi señor, una *maiko* nueva; no es exactamente una criada, es más bien una aprendiz y algo más. Se llama Sumomo Fujahito, y es hija de un goshi de Satsuma y pupila de un viejo amigo, un cliente que fue muy generoso conmigo hace años.

XXXVIII

SAKONOSHITA

Sábado, 6 de diciembre

A unos sesenta kilómetros al este de Kioto, en las montañas, se hallaba Sakonoshita, un pueblo en la sexta estación del Tokaidō. Empezaba a anochecer y los últimos viajeros y mozos de cuerda se apresuraban para cruzar la barrera antes de que la cerraran. Estaban todos cansados y anhelaban comida caliente y sake; igual que los guardias de las barreras, que golpeaban el suelo con los pies para quitarse el frío mientras pedían los documentos a los viajeros que seleccionaban al azar.

—Esta noche nevará —murmuró uno de ellos—. Odio el invierno, odio el frío y odio este lugar.

—Date prisa —gritó al último hombre, un mozo de cuerda casi desnudo que se tambaleaba con un bulto que llevaba a cuestas. Cerró la primera barrera, con el rostro curtido por el viento, luego la otra, y se alejó en busca de un refugio y sopa caliente.

—¡Oye! ¡Mira eso! —Un grupo de jinetes apareció por una esquina—. ¡Abre las barreras!

—Que esperen. Llegan tarde. —El guardia se limpió con la mano el goteo constante que le caída de la nariz. Observó a los jinetes y calculó que serían unos treinta o cuarenta, aunque estaba demasiado cansado para contarlos. Como no llevaban estandartes no creyó que fuera nadie importante. Los acompañaban dos mujeres

que montaban a horcajadas y vestían unas ropas muy pesadas y un sombrero con velo. El guardia se rio para sus adentros. «Les será imposible encontrar habitaciones, todas las posadas están llenas. Que se jodan».

Cuando llegaron, el capitán Abeh gritó:

—Eh, vosotros, ¡abrid!

—Ya voy, ya voy —rezongó el guardia, sin apresurarse. Se arrepintió de no haberse dado más prisa en cuanto el capitán desmontó y le asestó un golpe que lo dejó sin sentido.

—¡Abre esa barrera ahora mismo! —exclamó Abeh con voz áspera. Otros dos jinetes habían desmontado, uno de ellos era Yoshi, con el rostro cubierto por una bufanda, y el otro Wataki, a quien Yoshi había recompensado por haberle salvado la vida en cierta ocasión. Un oficial salió de la garita y vio al hombre tendido en el suelo.

—¿Qué ocurre aquí? Estáis arrestados.

—¡Abre esa barrera ahora mismo!

—Estáis arrestados.

Cuando Abeh se encaminó hacia la barrera, el peligro era evidente.

—Abre la barrera. Date prisa. —Los guardias se precipitaron a obedecer, pero el oficial rugió:

—Nos tendréis que enseñar los documentos de identidad y…

—Escúchame, mono —dijo el capitán Abeh—, los invitados importantes merecen un trato importante y no debéis hacerle esperar con este frío. Además, todavía no ha anochecido. —Dicho esto, le asestó un golpe en la cabeza, el oficial se tambaleó, y el siguiente golpe lo derribó al suelo. Abeh espetó a los centinelas que se habían quedado paralizados—: Decidle a ese imbécil que si no viene mañana al amanecer a darme el parte, lo buscaré y lo utilizaré para hacer prácticas de esgrima, ¡y también a vosotros! —Hizo señas para que los demás lo siguieran, volvió a montar, y reanudó la marcha.

Pocos minutos después, ya había reservado las mejores habitaciones de la posada de los Sueños Placenteros, la mejor del pueblo. El posadero estaba arrodillado junto a la puerta, con la cabeza inclinada, a la espera de recibir órdenes. Se maldecía porque nadie le había prevenido de que iban a llegar semejantes huéspedes y porque, fueran quienes fueran, habían alterado la paz de la posada. No reconoció a nadie; se sorprendió de que no llevaran estandartes y de que vistieran el uniforme del Bakufu sin ningún nombre. También advirtió que cuando los demás se dirigían a aquel samurái, al que el vil capitán trataba con tanto respeto y al que asignaron las mejores habitaciones, no decían su nombre ni su rango. «¿Y quiénes son esas dos mujeres? ¿Serán putas de alta categoría?». Las noticias de su llegada se habían difundido por toda la posada. El posadero no tardó en ofrecer una recompensa a la criada que descubriera la identidad de los huéspedes.

—¿Cómo te llamas?

—Ichi-jo.

—Primero quiero un baño, luego un masaje y después comeré.

—Enseguida, mi señor. ¿Me permitís que os acompañe yo mismo?

—Solo una criada. Comeré aquí. Gracias, puedes marcharte.

El hombre hizo una reverencia, se levantó y se marchó.

El capitán Abeh apostó a los centinelas alrededor del pabellón de ocho habitaciones y junto a las habitaciones de Koiko que se hallaban junto a la galería. Entre las habitaciones de Koiko y las de Yoshi había otra con más guardias.

—Muy bien, capitán. Ahora váyase a dormir.

—Se lo agradezco, señor, pero no estoy cansado.

Yoshi había dado órdenes de que lo trataran como a un vulgar goshi, salvo cuando se hallaban a solas, y entonces el único tratamiento que tenían que darle era el de «mi señor».

—Tiene que dormir. Lo necesito descansado. Todavía nos quedan muchos días de viaje. —Yoshi advirtió un centelleo en los ojos del joven, enrojecidos por el cansancio—. ¿Sí?

Nervioso, Abeh dijo:

—Os ruego que me disculpéis, pero si tenéis tanta prisa por llegar a Yedo os convendría ir sin la señora.

—Váyase a dormir —dijo Yoshi—. Es normal que un hombre cometa un error cuando está cansado. También se equivocó cuando derribó al oficial; bastaba con golpear al centinela. —Lo despidió en silencio. Abeh hizo una reverencia y se marchó, mientras se maldecía por haber dicho algo tan evidente. Aquel día se habían detenido en tres ocasiones y el día anterior en dos. Tras pasar revista, se retiró a su habitación y poco después estaba profundamente dormido.

Tras el baño, el masaje y la comida que comió poco a poco a pesar del hambre que tenía, Yoshi recorrió el pasillo. Había sido fácil tomar la decisión de llevarse a Koiko. Había pensado que ella sería un señuelo perfecto y le había dicho a Akeda que se asegurara de que todos creyeran que la enviaba a Yedo acompañada de una escolta y que él se iba por su cuenta.

—Es perfecto —le había dicho Akeda.

Entró en el salón de Koiko. Estaba vacío y el shoji cerrado.

—¿Koiko? —llamó, y se sentó en un cojín. El shoji se abrió. Sumomo estaba arrodillada, con los ojos fijos en el tatami, peinada al estilo de Kioto, las cejas depiladas y los labios ligeramente pintados. «La muchacha progresa», pensó Yoshi.

En cuanto Koiko lo vio, se arrodilló y las dos mujeres hicieron una reverencia. Yoshi advirtió que la reverencia de Sumomo era perfecta, una réplica de la gracia de Koiko y eso también le agradó. No percibió la menor señal de que Sumomo se hubiera resentido de la cabalgata. Les devolvió el saludo. Los futones ya estaban tendidos en el suelo y preparados para dormir.

Koiko entró en la habitación con una sonrisa y Sumomo cerró el shoji.

—Bueno, Tora-chan, ¿cómo te encuentras? —La voz era tan dulce como siempre, el peinado perfecto, pero, por primera vez, llevaba el mismo kimono que la noche anterior.

Cuando Koiko se sentó, Yoshi se dio cuenta de que tenía el cuerpo dolorido.

—¿Estás muy cansada de la cabalgata?

—Oh no, los primeros días siempre son un poco más duros, pero pronto estaré en plena forma, igual que… —Se le alegraron los ojos —. Igual que Domu-Gozen.

Yoshi sonrió, pero sabía que se había equivocado. El día anterior solo habían pasado tres estaciones, igual que ese día, y no había logrado recorrer la distancia que se había propuesto. El viaje la estaba agotando. «He cometido un error que no debería haber cometido. Ella nunca se quejará e incluso es capaz de ir más allá de sus fuerzas hasta el punto de hacerse daño a sí misma.

»¿Es necesario darse tanta prisa? Sí. ¿Koiko estará a salvo en un palanquín y con una escolta de diez hombres? Sí. ¿Sería prudente prescindir de esa cantidad de guardias? No. Podría hacer venir a más hombres de Yedo, pero tendría que esperar cinco o seis días. Mi instinto me dice que me dé prisa, los gai-jin son impredecibles, igual que Anjo y Ogama. No debo olvidar la amenaza de Ogama: "si tú no acabas con ellos, lo haré yo"».

—Koiko-chan, vámonos a la cama. Mañana será otro día.

Aquella noche Sumomo se hallaba acostada en los futones, bajo un edredón, con la cabeza apoyada en un brazo; estaba cansada, pero tranquila y no tenía sueño. Desde allí podía oír la respiración de Yoshi y Koiko en la habitación de al lado. Afuera se oían los ruidos de la noche. El ladrido de un perro, los insectos nocturnos, el viento, los murmullos de los guardias, el estrépito de las cacerolas en la cocina.

Las cosas estaban saliendo mucho mejor de lo que esperaba. Había logrado su primer objetivo. La habían aceptado. Estaban de camino a Yedo, donde encontraría a Hiraga. Se había introducido en el séquito más íntimo de Yoshi y estaba preparada. Katsumata le había dicho:

—No seas impetuosa. No te arriesgues a menos que sepas que tienes una posibilidad de huir. No estropees esta oportunidad de estar tan cerca de él y tampoco debes exponer a Koiko.

Era extraño lo de Yoshi. «Debemos matarle a él y al shōgun», decía Katsumata, una y otra vez; e Hiraga: «No es por ellos, sino por lo que representan. Mientras ellos sigan vivos, el poder nunca podrá estar en manos del emperador. Así que deben perecer, sobre todo Yoshi; él es el lazo que une al shōgunado. ¡*Sonno-joi* es nuestro guía y debemos sacrificarnos hasta conseguirlo!».

«Es una pena matar al señor Toranaga. Y también que sea tan buena persona, que no sea un ser tan perverso como Anjo, aunque a él tampoco lo conozco. A lo mejor Anjo también es un hombre amable y todo lo que se ha dicho sobre él no son más que mentiras difundidas por estúpidos.

»Durante este breve período de tiempo he visto al verdadero Yoshi: un hombre dinámico, amable, fuerte, prudente y apasionado. ¿Y Koiko? Es maravillosa, a pesar de ser tan triste; es terrible vivir predestinada de ese modo.

»Sé que para ella Yoshi es algo más que un cliente, por mucho que lo intente disimular. ¿Cómo acabará? Tristemente, muy tristemente. Él nunca la tomará por segunda esposa.

»¿Y a mí? ¿Me ocurrirá lo mismo? Sí, creo que sí. No me casaré con otro hombre que no sea Hiraga».

—Es verdad —murmuró en voz baja, lo cual la obligó a salirse de la espiral en que se había metido—. ¡Basta ya! —susurró, siguiendo el método inculcado por su madre: «Piensa solo en lo bueno, pequeña, pues vivimos en el mundo de las lágrimas; si piensas en lo malo te encontrarás sin darte cuenta en el pozo oscuro de la desesperación. Piensa solo en lo bueno…».

Hizo un esfuerzo y pensó en Hiraga. Solo por él valía la pena vivir.

Se estremeció cuando de pronto una idea se apoderó de ella con una fuerza sorprendente: «¡*Sonno-joi* es una estupidez! No es más que un lema. Como si fuera a cambiar las cosas. Solo cambiarán

unos cuantos dirigentes y nada más. ¿Acaso los nuevos serán mejor? No, salvo si Hiraga es uno de ellos, entonces sí, y Katsumata; pero, ay, cuánto lo siento, no vivirán para verlo.

»¿Y entonces por qué los sigo?».

Una lágrima se deslizó por su mejilla. «Porque Hiraga me vuelve loca, y hace que me ardan las entrañas…».

Al amanecer, Yoshi se levantó y se dirigió al salón sin apenas hacer ruido. Koiko abrió los ojos y volvió a dormirse cuando comprobó que todo estaba en orden. En el salón, Sumomo ya había recogido y guardado el futón en el armario, había puesto la mesa para el desayuno y colocado los dos cojines en su sitio.

La actividad en la posada ya había comenzado; habían almohazado y ensillado a los caballos; los hombres, las mujeres, los niños y los mozos de cuadra ya estaban desayunando y charlando en voz alta o a punto de proseguir su viaje. Cerca del portal, Abeh estaba pasando revista a los hombres e inspeccionando el equipaje.

—Buenos días —iba a decir «señor» pero se contuvo justo a tiempo—. Podemos salir cuando usted quiera.

—Después del desayuno. Busque un palanquín para la señora Koiko.

—Enseguida. ¿Irá con caballos o con mozos de cuerda?

—Con caballos. —Yoshi regresó a su habitación y le dijo a Koiko que no iba a montar ese día, que vería cuánto avanzarían y luego, por la noche, tomaría una decisión. Sumomo iba a ir a caballo igual que el día anterior.

Al atardecer, solo habían recorrido dos estaciones.

Aquella noche Yoshi eligió la posada de las Grullas en Hamamatsu, un pueblo junto al Tokaidō, famoso por su sake, y donde la carretera serpenteaba en dirección al mar.

Después de comer solo como siempre, Yoshi fue a reunirse con Koiko. Ella nunca comía con él porque, cuando lo hacía, apenas probaba bocado, habiendo comido de antemano para poder dedicarse a él por entero.

Sumomo, que se hallaba en la habitación de al lado, cogió la botella y la tetera junto al brasero, abrió el shoji y entró. Les sirvió con gracia y Koiko asintió con satisfacción.

—Sumomo, ¿has aprendido a realizar la ceremonia del té? —preguntó Yoshi.

—Sí, mi señor —repuso Sumomo—, pero me temo que me falta habilidad.

—El señor Yoshi es un maestro —dijo Koiko y sorbió el sake. Le dolían el trasero y la espalda por culpa del traqueteo del palanquín, tenía agujetas en los muslos de montar a caballo, y también le dolía la cabeza tras el esfuerzo que había tenido que hacer para perder mientras hacía ver que quería ganar. Pero no se le notaba, ni tampoco su decaimiento porque aquel día habían avanzado muy poco. Era evidente que Yoshi estaba decepcionado. «De todas formas, los dos sabíamos que no podíamos aguantar otro día de marcha forzada. Yoshi tendrá que ir solo y yo le seguiré. Me apetece estar sin él unos días. Esta vida es agotadora, por muy maravillosa que sea».

Bebieron en silencio. De pronto, Yoshi dijo:

—Mañana, muy temprano, me iré con treinta hombres y te dejaré una escolta de diez hombres, con Abeh al mando. Me seguirás a Yedo sin prisa.

—Por supuesto. ¿Me permites que te siga lo más rápido que pueda?

Yoshi sonrió.

—Me gustaría mucho, pero con la condición de que llegues sin agujetas, tanto en el cuerpo como en el alma.

En el palacio de Kioto, un espía del chambelán llamó a la puerta de su dormitorio y lo despertó. Le entregó un mensaje que había traído una paloma mensajera.

—Acaban de interceptarlo, mi señor.

El mensaje iba dirigido a Saito, el consejero del jefe del Bakufu en palacio, y llevaba el sello personal del tairō Nori Anjo. Vaciló antes de romperlo con la uña.

Anjo había enviado el mensaje al amanecer:

> «El jefe de los gai-jin ha cometido la insolencia de negarse a obedecer la orden imperial de abandonar Yokohama y los gai-jin se están preparando para invadirnos. Debes redactar la orden de movilización nacional y solicito oficialmente al emperador que la firme de inmediato, junto con esta carta. Toma las medidas necesarias para que el shōgun Nobusada regrese a Yedo pues tendrá que dirigir nuestras fuerzas; la princesa Yazu puede, o más bien debe, permanecer en Kioto. Dile al señor Yoshi que le conmino a regresar enseguida».

El chambelán se detuvo a pensar un momento antes de decidir que iba a adelantarse a Saito y recomendar al emperador que no firmara semejante orden de movilización. Volvió a guardar el mensaje con mucho cuidado y estampó el tubo con un sello idéntico.

—Devuélvelo y asegúrate de que se lo entreguen —dijo y, una vez a solas, se rio para sus adentros. «¡La guerra! Muy bien. Hicimos muy bien en escoger a Anjo. Van a ahogarse todos en su propia orina, junto con todos los gai-jin, y Yoshi.

»Salvo la princesa. Ella se quedará aquí, y cuanto antes se quede viuda, mejor».

XXXIX

HAMAMATSU

Lunes, 8 de diciembre

Sumomo despertó bastante antes del amanecer. La noche anterior había acompañado a Koiko a hablar con Abeh y él le había dicho que durmiera en la otra habitación donde habría espacio de sobra para ella. La utilizaban cuatro guardias, dos para dormir y los otros dos estaban de guardia. Sumomo se hizo la cama, preocupada porque había oído que Yoshi le decía a Koiko que no iban a seguir el viaje con él y la posterior conversación entre Koiko y Abeh:

—El señor Yoshi ha decidido que a partir de mañana mi séquito y yo viajemos sin él.

—¿Cuáles serán sus órdenes, mi señora?

—Creo que desea que usted y una escolta de diez hombres me acompañen hasta Yedo; cuánto lamento ocasionar tantos problemas.

—Para mí no es ningún problema, mi señora, siempre y cuando él esté a salvo.

«Sí, estará a salvo y fuera de mi alcance —pensó Sumomo, consternada por el cambio de planes—. Pueden ocurrir tantas cosas de aquí a Yedo».

Koiko estaba despierta. Todavía no había amanecido. Yoshi dormía a su lado. Le agradaba estar así, acostada, dejándose llevar, ahora que

sabía que aquel día no iba a tener que soportar las incomodidades del palanquín.

«Y, ahora, ¿qué hago con Sumomo?», pensó.

En realidad no había sido necesario enviarla a la otra habitación, no le importaba que estuviera al lado y oyera los gemidos. No fue por eso. Cuando Yoshi le dijo en voz baja que no iba a seguir el viaje con él, le había parecido oír ruidos en la otra habitación, como si Sumomo se hubiera acercado y estuviera intentando escuchar lo que decían; había cometido una indiscreción escandalosa y de muy mala educación.

«Solo una chismosa haría algo así —pensó—. O una espía. ¡Ay! ¿Será que Katsumata está jugando a uno de sus juegos y me está utilizando para acoger a una espía que pretende vigilarnos a mi Tora-chan y a mí? Mañana me ocuparé de ella, entretanto tendrá que dormir en otro sitio».

Después de decirle a Sumomo que el señor Yoshi prefería estar solo, regresó a la habitación y registró el fardo, sin saber por qué, pues tampoco estaba segura de que la muchacha hubiera pretendido espiarlos.

No encontró nada sospechoso. Un poco de ropa, un frasco de medicina, nada más. El kimono estaba muy bien doblado y apenas se fijó en él. Aliviada, volvió a atar el fardo. En cuanto a la botella… ¿sería veneno?

Yoshi se movió, pero no se despertó. Ella lo tocó, dejándose envolver por su calor. «Duerme, querido, me gustas más de lo que me atrevo a confesarme a mí misma», pensó, y luego siguió recordando el pasado.

«Es curioso que solo recuerde dos rostros entre todos los demás: el de Katsumata y el de Hiraga. Es curioso que me hayan formado para ser la dama del señor Toranaga Yoshi. Qué suerte tengo. Un año, quizá dos, no más de tres, y después me casaré. Tora-chan escogerá a mi marido. Sea quien sea, será un samurái. Caramba, ¿cuántos hijos voy a tener? La vieja adivina dijo que tendría tres hijos y dos hijas, el monje chino dos hijos y dos hijas».

Sonrió para sus adentros. «Gobernaré la casa de mi marido con habilidad y seré buena con mis hijos y estricta con mis hijas».

Koiko se despertó poco antes que Yoshi. Él enseguida se levantó.

Sumomo se hallaba arrodillada junto a la puerta y, a su lado, una criada esperaba con un brasero, té caliente y las bandejas con el desayuno.

—Buenos días, señora, hoy hace mucho frío. ¿Me permites que te prepare el desayuno?

—Sí, por favor, Sumomo, date prisa. Y cierra la puerta, tengo mucho frío. —Koiko regresó a su habitación y gritó—: Nos marcharemos a media mañana, Sumomo. No hace falta que nos cambiemos hasta entonces.

—Sí, mi señora. —Sumomo permanecía de pie junto a la puerta, intentando disimular su sorpresa. Enseguida se había dado cuenta de que alguien había tocado su fardo, el nudo no estaba exactamente igual a como ella acostumbraba a hacerlo. El kimono seguía doblado pero también lo habían tocado.

Casi sin respirar, esperó a que la criada se marchara y extendió el kimono. Cuando sus dedos palparon los shuriken ocultos en el bolsillo secreto de la manga, el corazón le volvió a latir.

«Pero espera —pensó—, solo porque estén ahí no significa que no los hayan visto. ¡Contrólate! ¡Piensa! ¿Quién iba a registrar mi fardo y por qué motivo? ¿Un ladrón? ¡Imposible! ¿Abeh? ¿Un guardia? ¿Koiko? ¿Yoshi? Si fuera uno de ellos, yo ya estaría muerta, o por lo menos atada y respondiendo a un interrogatorio…».

—Sumomo, ¿está listo el té?

—Sí, ya voy, mi señora…

Rápidamente, y debido al frío, se puso el kimono encima del yukata que utilizaba para dormir; ya se había lavado, cepillado los dientes y peinado. Se ató el obi y volvió a ocultar el cuchillo, mientras la mente le trabajaba a toda velocidad. «¿Habrá sido uno de ellos? A lo mejor esa persona no registró bien y no los vio, es

posible que no los haya encontrado si no los buscaba. A lo mejor era una persona inexperta. ¿Koiko? Pero ¿por qué iba a hacerlo ahora?». Por supuesto, las demás criadas ya la habían registrado nada más llegar, pero no encontraron los shuriken porque los llevaba encima.

Puso a calentar las gachas de arroz, preparó el té y llevó una taza al cuarto de baño donde Koiko se estaba lavando con los cubos de agua caliente aromatizada con extractos de flores. Al amanecer se distribuía el agua por una pequeña trampilla para no derramarla por los tatamis y molestar a los huéspedes.

—¿No has dormido bien? —preguntó Koiko, tras percibir su nerviosismo.

—No, señora Koiko. Lamento contarte mis problemas, pero a veces me cuesta dormir y cuando lo hago tengo pesadillas —dijo Sumomo con astucia a pesar de que seguía aturdida—. El médico me dio una medicina para tranquilizarme. Anoche me olvidé de cogerla cuando me fui a la otra habitación.

—¿Ah, sí? —Koiko disimuló el alivio que sintió—. Quizá deberías tomarla ahora.

—No, puedo esperar y…

—Por favor, te lo ruego. Es importante que estés tranquila.

Sumomo la obedeció y cogió la botella. No la habían abierto. Sorbió un poco y la volvió a tapar con el corcho. La sensación de calidez la invadió enseguida.

—Muchas gracias, mi señora. —Y siguió peinándola.

Tras las gachas de arroz y los pepinillos, las anguilas asadas con salsa agridulce y las tartas de arroz, Koiko dijo:

—Por favor, Sumomo, siéntate, y sírvete un poco de té.

—Gracias, mi señora.

—El señor Yoshi ha decidido que a partir de hoy no seguiré viajando con él y que iré en el palanquín.

—Sí, oí que los guardias lo comentaban mientras te esperaba. Cuando quieras, lo tendré todo listo para partir.

—Muy bien. —En cuanto Koiko supo la verdad acerca de la botella se tranquilizó un poco, aunque no le hizo cambiar de parecer

en cuanto a su decisión de ser más prudente; ya había cumplido con Katsumata—. Ahora ya estás a salvo, lejos de Kioto —dijo con suavidad y a Sumomo se le encogió el corazón. De no haber sido por el elixir, el pánico se habría apoderado de ella—. Ha llegado el momento de separarnos, Sumomo. Hoy mismo. ¿Tienes dinero?

—No, mi señora —Sumomo intentaba ocultar su nerviosismo—. Pero ¿sería posible…?

—No debes preocuparte, yo te lo daré. —Koiko sonrió y prosiguió con firmeza—: ¿Tus documentos están en regla?

—Sí, pero, permíteme…

—Será lo mejor para las dos. He pensado en todas las posibilidades y lo mejor será que viaje sola. Tú podrás quedarte aquí, o regresar a Satsuma, que es lo que te recomiendo, o bien ir sola a Yedo.

—Pero, por favor, déjame quedarme contigo.

—Debes seguir sola a partir de ahora; tienes que saber que te acepté como favor especial a tu tutor. Ahora ya estás a salvo —dijo con amabilidad.

—Pero… pero ¿qué vas a hacer? Te quedarás sin criada, y yo quiero servirte y…

—Sí, y lo has hecho muy bien, pero no me costará nada encontrar otra. Te ruego que no te preocupes por eso. ¿Qué harás? ¿Regresarás a Kioto? —Al no obtener respuesta, Koiko añadió con amabilidad—: ¿Qué te dijo tu tutor que debías hacer cuando te separaras de mí?

—Él… no, no me dijo nada.

Koiko frunció el ceño.

—Pero tienes que haber pensado algo.

—Ah, sí, mi señora —repuso Sumomo crispada—. Me dijo que debía permanecer contigo hasta que llegáramos a Yedo. Una vez allí, si a ti no te importaba, debía marcharme.

—¿Y adónde tenías que ir?

—A reunirme con Oda-sama.

—Sí, claro, pero ¿en qué parte de Yedo?

—No lo sé. ¿Me permites que te sirva más…?

—¿No lo sabes, Sumomo? —preguntó Koiko con el semblante cada vez más serio—. ¿Y conoces a alguna familia a la que puedas acudir si no lo encuentras?

—Bueno, sí, hay una posada; allí sabrán dónde está o habrá un mensaje para mí, pero te juro que no te estorbaré en el viaje, para nada, me has enseñado tantas cosas…

A medida que Koiko escuchaba las palabras confusas de la muchacha —«e inútiles —pensó—, pues ya he tomado una decisión»— cada vez le gustaba menos lo que oía, el nerviosismo de la muchacha, su manera de hablar y de bajar los ojos.

Había dejado de escucharla e intentaba pensar con claridad.

—¿Y tu tutor? ¿También estará en Yedo?

—No lo sé, mi señora. Por favor, permíteme que te sirva más…

—Ese Oda-sama de Satsuma, ¿pertenece a la guarnición de Satsuma?

—No. —Sumomo se maldijo a sí misma, debería haber dicho que no lo sabía—. Los Satsuma…

—Entonces ¿qué está haciendo en Yedo?

—No lo sé, mi señora —contestó Sumomo sin convicción y cada vez más asustada—. Hace más de un año que no le veo, es que… me dijeron que iba a estar en Yedo.

Koiko la penetró con la mirada. Ahora hablaba con voz cortante.

—Tu tutor me dijo que Oda-sama era shishi, así que… —Se detuvo cuando, al pronunciar la palabra, se dio cuenta de lo que había hecho y de lo que había arriesgado cuando decidió acoger a la muchacha—. Los shishi creen que el señor Yoshi es su principal enemigo —gimió—. Si él es el enemigo…

—No, mi señora, no lo es; él no, solo el shōgunado y el Bakufu; él está por encima de todo eso, no es un enemigo —dijo Sumomo con vehemencia, sin que le costara nada mentir, y luego añadió a propósito—: Katsum… mi guardián nos lo ha inculcado a todos.

—¿A todos? —Koiko palideció—. *Namu Amida Batsu!* ¡Eres una de sus acolitas! —Katsumata le había contado que había

seleccionado a unas cuantas muchachas para formarlas e incorporarlas a su banda de guerreros—. Él, ¿él también te formó a ti?

—No soy más que una humilde y fiel simpatizante, mi señora —repuso Sumomo mientras luchaba por controlarse y mostrarse sincera.

Koiko miró a su alrededor, aturdida, con la mente casi en blanco, al darse cuenta de que el mundo feliz que había habitado se le derrumbaba.

—¡Tú eres una de ellos! ¡Eres una shishi!

Sumomo le devolvió la mirada, sin saber cómo salvar el abismo que acababa de surgir entre las dos.

—Mi señora, por favor, pensemos con claridad; yo no supongo ninguna amenaza para ti, ni tú para mí, dejémoslo así. Juré protegerte y lo haré, y también al señor Yoshi si es necesario. Déjame viajar contigo. Te juro que me iré en cuanto lleguemos a Yedo. ¿Por favor? —Le suplicaba con la mirada—. No lo lamentarás, te lo ruego. Mi tutor te pidió el favor de una vida. Por favor, te serviré…

Koiko apenas la escuchaba. La miraba como si fuera un ratón ante una cobra a punto de atacar; solo deseaba escapar y que todo eso no fuera más que un sueño. «¿Estaré soñando? Sé sensata, tu vida está en juego, tienes que tranquilizarte».

—Dame tu cuchillo.

Sumomo no vaciló. Se llevó la mano al obi y le tendió el cuchillo. Koiko lo cogió por la hoja como si quemara. Sin saber qué hacer con él, pues nunca había utilizado ni poseído un arma ya que estaban prohibidas en el Mundo Flotante, se lo guardó en el obi.

—¿Qué quieres de nosotros? ¿Por qué estás aquí? —dijo en un hilo de voz.

—Solo viajar contigo, mi señora —contestó Sumomo como si hablara con un niño, sin darse cuenta de que ella también tenía el rostro desencajado—. Nada más, mi señora.

—¿Participaste en el ataque al shōgun Nobusada?

—Claro que no, solo soy una simpatizante, una amiga…

—Pero tú fuiste la espía que avisó a los shishi el día que mi señor salió de las barracas para reunirse con Ogama, ¡fuiste tú!

—No, mi señora, te lo juro. Te he dicho que él no es el enemigo, eso fue obra de un loco, no fue uno de los nuestros…

—Debes marcharte, debes hacerlo —dijo Koiko—. Por favor, hazlo ahora, ahora mismo.

—No debes preocuparte ni temer nada, de veras.

—Claro que me preocupo, estoy aterrorizada, si alguien te denuncia, Yoshi me… —Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Ambas mujeres parecían haber envejecido; Koiko estaba destrozada por haber sido tan ingenua y porque su ídolo la había utilizado de esa manera tan cruel. Sumomo estaba furiosa por no haber accedido enseguida cuando esa puta le propuso marcharse. «Estúpida, estúpida», pensaban las dos.

—Haré lo que me pides —murmuró Sumomo—. Me marcharé a pesar de que…

La puerta se abrió y Yoshi entró de camino a la habitación contigua. Cuando las mujeres se inclinaron, él se detuvo, percibiendo el peligro con todos sus sentidos.

—¿Qué ocurre? —preguntó con aspereza. Había detectado un asomo de temor antes de la reverencia.

—Nada… nada, mi señor —dijo Koiko, intentando recuperar el dominio de sí misma mientras Sumomo se acercaba al brasero para preparar más té—. ¿Te apetece un té o algo para comer?

Yoshi observó a las dos mujeres.

—¿Qué ocurre? —repitió lentamente. Las palabras parecían agujas de hielo.

Sumomo se arrodilló con humildad.

—Estábamos tan tristes porque no podíamos seguir el viaje con vos, mi señor; solo era eso, que la señora Koiko está muy apenada. ¿Queréis un té, mi señor?

El silencio era cada vez mayor. Yoshi apoyó las manos en la cintura, con el semblante rígido y los pies separados.

—¡Koiko! ¡Dímelo ahora mismo!

Koiko intentó hablar, pero no le salieron las palabras. El corazón de Sumomo se detuvo y luego los latidos empezaron a tronar cuando Koiko se arrastró a sus pies, con lágrimas en los ojos, y balbuceó:

—Es que, ella… es verdad que no es lo que…

Sumomo se puso de pie de inmediato y sacó el shuriken del bolsillo. Yoshi apretó los dientes cuando la vio. Sumomo apuntó; él estaba desarmado, era un blanco fácil, las espadas estaban en la habitación de al lado. Se agachó, con la intención de desconcertarla, mientras se preparaba para abalanzarse sobre ella, sin perder la mano de vista. Impertérrita, ella le apuntó al pecho y lanzó el shuriken.

El aro de acero atravesó la habitación de lado a lado. Yoshi, desesperado, se agachó y se volvió. Una de las lengüetas del arma rozó el kimono; el shuriken atravesó el shoji hasta clavarse en la habitación contigua. El esfuerzo que hizo Yoshi fue tan grande que perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Hubo un momento en que le pareció estar viviendo una pesadilla…

Sumomo se llevó la mano a la manga para sacar otro shuriken. Ahora solo veía al gran enemigo tirado en el suelo, desvalido, mientras la estúpida de su puta que había provocado todo eso la miraba paralizada por el miedo. Ella no estaba asustada, solo sentía regocijo, convencida de que estaba viviendo el momento para el cual había nacido y se había preparado toda la vida, y ahora la campeona invencible de los shishi estaba a punto de alcanzar la victoria y de convertirse en una leyenda…

Koiko, de pie e inmóvil, se horrorizó al sentirse engañada y traicionada por su adorado maestro que no había hecho más que mentirle, y al descubrir que la muchacha también era una embustera y la culpable de esa conspiración tan monstruosa. Su cliente estaba a punto de morir e, incluso si no moría, ella caería en desgracia y la matarían. Toda su vida desperdiciada; ya no iba a casarse con su

samurái, ni tener hijos, nunca, más valía acabar cuanto antes, pero ¿cómo?, ¿cómo? y, de pronto, se acordó del cuchillo de Sumomo…

Yoshi estiró el cuello desde el suelo para ver a Sumomo mientras se arrastraba para atacar o morir. Todo transcurría con extraordinaria lentitud. Sintió que la cabeza estaba a punto de estallarle cuando se dio cuenta de que en sus brazos había estado amamantando a una serpiente. De pronto vio que Sumomo tenía otro shuriken en la mano —¿cuántos tenía?— y enseñaba los dientes blancos.

Sumomo vaciló, exultante, pero tardó demasiado y vio que Koiko salía del trance y sacaba el cuchillo. Automáticamente, Sumomo se giró hacia ella, vaciló, apuntó a Yoshi y se dispuso a disparar, pero en ese momento Koiko se lanzó hacia adelante.

Cuando el shuriken se clavó en el pecho de Koiko, Yoshi pudo acercarse a Sumomo arrastrándose. La cogió por un tobillo y la tiró al suelo, dirigió los dedos hacia la garganta, pero ella se movía como una anguila y logró escurrirse mientras buscaba con la mano el último shuriken. Antes de alcanzarlo, los dedos de hierro de Yoshi asieron el kimono y arrancaron la manga. Ella volvió a escabullirse y se puso de pie, pero esta vez él también logró levantarse.

Sumomo profirió un grito de guerra y disparó. Yoshi se quedó paralizado, sintiendo que ya era hombre muerto; sin embargo, Sumomo no tenía nada en la mano, el último shuriken se había quedado en la manga rota.

Sumomo iba a lanzarse para coger la manga cuando el shoji se abrió detrás de ella y apareció un guardia.

—Rápido —gritó Sumomo a la vez que señalaba a Koiko, que se retorcía y gemía en el suelo, para distraer al guardia. Cuando este se acercó a Koiko, ella le arrancó la espada, la alzó, se la clavó y se giró hacia Yoshi. Pero él había retrocedido y, tras saltar por encima de Koiko, corrió hacia la otra habitación para coger sus espadas mientras Sumomo lo perseguía con furia.

Yoshi desenvainó la espada y atacó, eludió el primer golpe y se giró. Sumomo respondió al ataque sin miedo mientras Yoshi la medía a ella y ella a él.

Yoshi embistió, se enzarzaron en una brutal pelea y se separaron. Sumomo retrocedió, él la siguió de cerca y dieron varias vueltas en redondo a la espera de una oportunidad para embestir. Afuera se oyeron gritos. Los guardias convergieron en la puerta bloqueada por el samurái herido. Al ver que le quedaba poco tiempo, Sumomo se precipitó, se giró de espaldas a la puerta y los guardias empezaron a luchar entre ellos para abrirse paso. Yoshi se dio la vuelta para obligarla a alejarse, pero había perdido la iniciativa.

Cuando vio que Abeh corría hacia ella, espada en mano, gritó:

—¡No! ¡Déjamela a mí! —Y en ese momento tuvo que retroceder porque ella estuvo a punto de decapitarlo.

Abeh obedeció y se retiró. Tras otra embestida, Yoshi recobró el equilibrio justo a tiempo. Ambos oponentes eran igual de diestros; aunque Yoshi era bastante más fuerte no estaba tan bien entrenado.

Las espadas quedaron trabadas. Rápidamente ella se soltó, sabiendo que en una lucha cuerpo a cuerpo él la ganaría, hizo una finta y, tras emprender una carrera ciega, le clavó la espada en el hombro. Un espadachín menos diestro que Yoshi se habría quedado fuera de combate, pero él había previsto el golpe y solo sufrió una ligera herida, a pesar de que soltó un grito y le hizo creer que la herida era más grave. Confiada, Sumomo embistió para matar, pero él se había movido y ya no estaba donde ella había previsto. Yoshi alzó la espada, cogiendo a Sumomo desprevenida, y la hoja cayó sobre la muñeca izquierda y le rebanó la mano que salió volando por los aires junto con la espada.

Sumomo, sorprendida, contempló el brazo del cual manaba un chorro de sangre. No le dolía. Lo apretó con la otra mano para detener la hemorragia. Los guardias corrieron hacia ella, pero Yoshi volvió a gritarles que se apartaran. Intentaba recobrar el aliento mientras la miraba fijamente.

—¿Quién eres?

—Sumomo Fujahito… shishi —repuso con voz entrecortada mientras el valor y la fuerza se le iban extinguiendo y, luego, en un último estertor, gimió—: *Sonno-joiii!* —Soltó el brazo, buscó el último

shuriken, lo encontró, se clavó una lengüeta envenenada en el brazo y se dirigió hacia él a trompicones para clavárselo. Pero él ya estaba preparado.

La estocada fue a dar justo donde el cuello se unía al cuerpo y la hoja de la espada salió por debajo de la axila. Los que lo vieron contuvieron el aliento; sabían que acababan de presenciar un acontecimiento que iba a ser motivo de leyendas durante siglos y que demostraba que aquel hombre era digno de su antepasado, el gran shōgun.

Abeh fue el primero en recuperarse.

—¿Qué ha ocurrido, mi señor?

—Que he ganado —dijo Yoshi con frialdad mientras se examinaba el hombro y la sangre que le manchaba el kimono. Le dolía y el corazón le seguía latiendo con fuerza—. Llama a un médico… después nos iremos.

Los hombres corrieron para obedecerlo. Abeh apartó la mirada del cadáver de Sumomo. Koiko gemía y se retorcía lastimosamente, con las uñas clavadas en el tatami. Abeh se dirigió hacia ella y se detuvo cuando Yoshi dijo:

—¡Ten cuidado, imbécil! ¡Ella formaba parte de la conspiración! —Abeh apartó el cuchillo con el pie—. ¡Dale la vuelta!

Había muy poca sangre. El shuriken había prendido la tela del kimono a la carne de modo que frenaba la hemorragia. A pesar del dolor que le contorsionaba el rostro, estaba igual de hermosa que siempre.

Yoshi estaba poseído por el odio.

Nunca había estado tan cerca de la muerte. No lograba comprender cómo había logrado salvarse. Varias veces estuvo a punto de ser vencido y el terror que sintió no tenía nada que ver con lo que había imaginado. «Ese terror es capaz de acobardar a cualquiera», pensó, mientras deseaba descuartizar a Koiko, o dejarla agonizar, furioso porque lo había traicionado.

Koiko se agarraba el pecho, donde se concentraba todo el dolor. Un temblor le sacudió el cuerpo. Abrió los ojos y vio a Yoshi de pie a

su lado y se llevó las manos a la cara, intentando arreglarse el cabello para él.

—Ayúdame, Tora-chan —gimoteó—. Por favor, ayúdame… Me duele…

—¿Quién te envió? ¿Y a *ella*? ¿Quién fue?

—Ayúdame, por favor, me duele, me duele, intenté salvarte… salvarte… —Las palabras se extinguieron y volvió a verse a sí misma con el cuchillo en la mano, a él desarmado, y, cumpliendo con su deber, se abalanzó para protegerlo, para darle el cuchillo que ella no sabía utilizar y evitar que la traidora lo hiriera con el aro de acero, dispuesta a dejarse matar por él; quería salvarle la vida y así él la recompensaría y perdonaría; aunque ella tampoco tenía la culpa, solo quería servirle, complacerle, adorarle…

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Abeh, seguro, al igual que todos los demás, de que el shuriken tenía veneno y de que iba a morir.

«Arrójala a una pila de excrementos —pensó Yoshi con el estómago lleno de bilis—, y déjala con su dolor a merced de los perros». Frunció el ceño, atormentado, cuando vio que seguía igual de hermosa, incluso deseable, y solo el gemido le recordaba con crueldad que una etapa de su vida se había acabado.

A partir de entonces, y para siempre, iba a estar solo. Por culpa de ella ya nunca iba a poder confiar en nadie. Si esa mujer, a quien había prodigado tanto afecto, había sido capaz de traicionarlo, ahora ya cualquiera sería capaz de hacer lo mismo. Nunca más iba a confiar en una mujer, ni compartir tantas cosas con ella. Nunca. Ella había destruido esa parte de él para siempre.

—Arrójala…

Y entonces recordó sus poemas, las risas y el placer que ella le había proporcionado, sus consejos y las satisfacciones. De pronto le invadió una inmensa tristeza ante la crueldad de la vida. Seguía con la espada en la mano. Tenía un cuello tan delgado. La estocada fue clemente.

—*Sonno-joi*, ¿eh? —murmuró ciego de pena.

«Malditos shishi, por su culpa está muerta. ¿Quién envió a Sumomo? ¡Katsumata! Seguro que fue él, esa mujer luchaba con la misma técnica, la misma astucia. Es la segunda vez que sus asesinos han estado a punto de matarme. No habrá una tercera. Los voy a borrar del mapa. Katsumata y todos los shishi serán mis enemigos hasta el día de mi muerte. Malditos shishi, ¡y malditos gai-jin!

»En realidad la culpa es de ellos, de los gai-jin. Son una plaga. De no haber sido por ellos, todo esto no habría ocurrido, no existirían esos asquerosos tratados, ni los shishi, ni *sonno-joi*, ni esa llaga infectada de Yokohama.

»Malditos gai-jin. Me las pagarán».

XL

YOKOHAMA

Aquella misma tarde, Jamie McFay salió de su despacho, furioso, con el *Yokohama Guardian* bajo el brazo, y echó a andar por High Street. Soplaba una brisa salada y fría desde el mar que estaba encrespado y gris. «Malcolm tendría que haberme avisado —pensó—. Está loco, loco de remate. Esto nos va a causar muchos problemas».

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Lunkchurch al ver el periódico arrugado, intrigado por la prisa de Jamie.

—Lo de siempre —repuso McFay, omitiendo la verdad—. En el editorial dice que la flota está en pie de guerra, que la Marina está afilando las bayonetas y que han enviado a diez mil cipayos de la India para apoyarnos.

—¡Qué cojones!

—Sí. Y encima ese maldito gobernador sigue en sus trece y no hace más que hundir la economía de Hong Kong. Nettlesmith ha publicado un editorial del *Times* que defiende la propuesta de incendiar los campos de opio de Bengala y sustituirlos por plantaciones de té, lo cual va a provocar más de un infarto en toda Asia. Esos estúpidos están dispuestos a hundirnos a nosotros y a la economía británica. Tengo mucha prisa, ya nos veremos en la reunión.

Malcolm Struan alzó la vista cuando Jamie llamó a la puerta con el periódico en la mano.

—Qué bien. Estaba a punto de preguntar si ya había llegado.

—He ido a buscarlo. Me lo aconsejó un pajarito.

—¡Ah! —exclamó Malcolm con una sonrisa—. ¿Han publicado mi carta?

—Podría habérmelo dicho y habría buscado una manera de amortiguar el impacto.

—Tranquilícese, por el amor de Dios —dijo Malcolm con amabilidad tras coger el periódico y buscar la página de las cartas—. No hay nada malo en adoptar una postura correcta desde el punto de vista ético. El comercio con opio es inmoral y también lo es la venta de armas. Y no se lo dije porque también quería sorprenderlo a usted.

—Desde luego, lo ha conseguido. Esto va a indignar a todos los comerciantes, nos va a costar muy caro; necesitamos amigos, igual que ellos nos necesitan a nosotros.

—Estoy de acuerdo. Pero ¿por qué dice que la carta nos va a costar caro? ¡Ah! ¡Aquí está! —La carta había sido publicada en primera plana y con grandes titulares: ¡LA CASA NOBLE ADOPTA UNA POSTURA NOBLE!—. Ha quedado bien, me gusta.

—Lo siento, pero a mí no. Nos va a perjudicar porque todo el mundo sabe que necesitamos comerciar con opio y armas si queremos sobrevivir. Aunque sea el tai-pan, no puede… —Jamie se detuvo. Malcolm le sonreía, impasible—. ¿Y los fusiles de los Choshu? ¿Qué va a hacer con ellos? Hemos aceptado su dinero y usted accedió a entregárselos a aquel hombre, a Watanabe… ¡El pedido era de cinco mil fusiles!

—Todo a su debido tiempo. —Malcolm permanecía tranquilo a pesar de que recordó de que su madre había anulado el pedido y que él lo había vuelto a confirmar por correo urgente. «Qué tonta ha sido, no sabe nada de Japón. Da igual, solo faltan unos días y entonces ya la tendré en el bolsillo»—. Mientras tanto, Jamie, no hay nada malo en adoptar una postura moral y pública —dijo airadamente—. Debemos acomodarnos a los tiempos que corren, ¿no le parece?

McFay parpadeó.

—¿O sea que es un truco? ¿Para confundir al enemigo?

—Tenemos que acomodarnos a los tiempos que corren —repitió Malcolm. En la carta abogaba a favor del cese del comercio de armas y opio y defendía la postura del almirante y el proyecto del gobierno en Asia: «Debemos buscar nuevas vías para encontrar un camino más adecuado, para mayor gloria de Su Majestad la Reina, que Dios la bendiga, y de nuestro Imperio. La Casa Noble se enorgullece de ser la propulsora…»—. Creo que me quedó muy bien, ¿no le parece?

—Sí, sí, muy bien —dijo McFay—. Desde luego, a mí me ha convencido. Pero si se trata de una… —Iba a decir «compensación», pero ¿a quién iba a compensar? ¿Y por qué?—. Pero si se trata de un truco, ¿por qué lo ha hecho? No podría haber escogido un momento peor. Seguro que en la reunión le van a pedir explicaciones.

—Pues que lo hagan.

—Pensarán que se ha vuelto loco.

—Me da igual. Dentro de un par de semanas ya lo habrán olvidado y, de todas formas, estaremos en Hong Kong. —Malcolm sonrió, radiante—. No se preocupe, sé perfectamente lo que estoy haciendo. Hágame un favor, envíele un mensaje al almirante para decirle que me gustaría ir a verle antes de cenar, y también a Marlowe cuando haya desembarcado. ¿Verdad que cenarán con nosotros esta noche?

—Sí, los dos han aceptado la invitación. —McFay suspiró—. ¿Así que me va a tener en vilo y no me va a explicar nada?

—No se preocupe, no ocurrirá nada.

—¿Va a…? —Alguien llamó a la puerta y lo interrumpió.

—Adelante.

Dmitri irrumpió como un relámpago y dejó la puerta abierta.

—Malc, ¿es que se ha vuelto loco? ¿Cómo es posible que la compañía Struan apoye a esos imbéciles en el asunto de la venta de armas y de opio?

—No hay nada malo en adoptar una postura moral, Dmitri.

—Lo hay si es una locura. Si Struan adopta esa actitud, los demás nos veremos obligados a luchar a contracorriente; ese maldito Wee Willie lo aprovechará para… —Calló cuando Norbert Greyforth entró sin llamar.

—¿Es que se ha vuelto loco de remate? —Gruñó mientras se apoyaba en la mesa de Malcolm y le sacudía el periódico en la cara —. ¿Se ha olvidado de que habíamos acordado actuar siempre juntos?

Malcolm lo miró, rezumando odio, con el semblante pálido.

—Si desea una cita, pídala —dijo con una frialdad contenida—. Estoy ocupado. Fuera de aquí. ¡Por favor!

Norbert enrojeció; también a él sir William le había advertido que se anduviera con cuidado.

—Nos veremos el miércoles por la mañana, ¡y no me falle! —Dio media vuelta y se marchó. La puerta se cerró tras él.

—Es un bastardo maleducado —dijo Malcolm en voz baja.

En otras circunstancias Dmitri se habría reído, pero ahora estaba demasiado preocupado.

—Hablando de eso, he de decirle que no voy a acudir a la reunión del miércoles.

—No se preocupe, Dmitri —dijo Malcolm—. Todavía cuento con su palabra de caballero de que no va a hablar más de la cuenta.

—Claro. —Y entonces Dmitri estalló—: ¡No lo haga! ¡Greyforth puede herirlo!

—De hecho, ya lo estoy. Le ruego que no se preocupe. Si Norbert acude a la cita… —Malcolm iba a decir que sería hombre muerto y, por un momento, estuvo a punto de desvelar a Dmitri el plan de Gornt. Ya se lo había contado a McFay y este tuvo que reconocer a pesar suyo que podría funcionar. Sin embargo, decidió no hacerlo y dijo—: Ya le he propuesto a Norbert una reconciliación en privado, pero él se ha negado. No estoy tan loco como para arrastrarme delante de todo el mundo. Mire, ahora que lo tengo aquí, dígame, ¿qué ocurre con Colt Armaments? Me he enterado de que Cooper-

Tillman quiere vender un paquete de acciones y me gustaría comprarlas.

—¿Qué? ¿Cómo se ha enterado? —Dmitri miró a McFay que estaba igual de desconcertado, aunque no lo demostraba—. ¿De dónde ha sacado esa información?

—Me lo ha contado un pajarito. —Malcolm ocultaba su alegría. Edward Gornt se lo había revelado al proporcionarle una serie de datos acerca de Brock y de Cooper-Tillman como prueba de que disponía de información capaz de hundir a Brock.

—Pero, Mr. Gornt, ¿por qué no me lo cuenta todo ahora? —le había preguntado Malcolm—. Si la información es tan importante como dice, vale más que la utilicemos lo antes posible.

—Se hará, y muy pronto, tai-pan. Pero no vamos a alterar los planes: el miércoles será el gran día. Mientras tanto, como vamos a mantener una relación muy larga y amistosa, creo que será mejor que usted me llame simplemente Gornt, y yo le seguiré llamando tai-pan hasta que nos volvamos a encontrar en Shanghái o en Hong Kong, después de haber arruinado a sir Morgan. Entonces, a lo mejor, podremos tutearnos.

Malcolm observaba a Dmitri cada vez más entusiasmado. Estaban ocurriendo tantas cosas buenas.

—¿Qué me dice? ¿Jeff Cooper está dispuesto a vender? ¿Le ha dado permiso para negociar?

—Sí, me ha autorizado, pero…

—Pero nada. ¿Tiene el documento que le autoriza?

—Sí, y está dispuesto a vender la mitad. A un precio razonable: 16,50 dólares la acción.

—¡Y un cuerno! ¡Eso es absurdo! Le doy 13,20, ni un centavo más. Podemos redactar un pagaré con fecha de hoy. Quiero cuarenta mil acciones.

Dmitri se quedó boquiabierto pero no tardó en sobreponerse. Cuarenta mil era el número exacto. 13,20 era poco. Le había ofrecido las acciones a Morgan Brock y este le repuso que estaba dispuesto a darle 12,80, un precio de saldo, a pagar en un año, lo

cual lo descartaba por completo a pesar de que resultaba casi imposible encontrar a un comprador dispuesto a quedarse con un paquete tan grande de acciones. ¿De dónde demonios habría sacado Malcolm esa información?

—No puedo aceptar 13,20.

—Hoy le ofrezco 13,20. Mañana lo rebajaré a 13,10. Y el miércoles retiraré la oferta. —Gornt le había contado que Cooper tenía prisa en vender para invertir en una fábrica de acorazados que iban a abastecer a los dos bandos enemigos—. No tengo prisa, a diferencia del viejo Jeff.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nada, que yo tengo tiempo y Jeff no. Tampoco lo tiene la marina de la Unión ni la de los confederados, ahora que la guerra les va tan mal.

—Sus espías pueden irse a la mierda —dijo Dmitri—. No hay acuerdo. 15,20 o nada.

—Es usted un iluso. 13,20, en oro, con una letra a la vista de nuestro banco en cuanto llegue de Boston.

Dmitri abrió la boca pero McFay lo interrumpió:

—Tai-pan, quizá debería…

—… pedir permiso a Hong Kong. —Malcolm acabó la frase por él —. Vamos, Jamie, ya lo hemos hablado; creí que ya no íbamos a andarnos con más tonterías. —Hablaba con firmeza, sin permitir que le llevaran la contraria—. ¿No es así?

—Sí, lo siento, tiene razón.

—Bueno, Dmitri, ¿sí o no? —inquirió Malcolm.

Dmitri ahora lo miraba con otros ojos. La promesa de un pago inmediato lo convenció.

—De acuerdo. —Le tendió la mano y Malcolm se la estrechó.

—Redactaré el documento esta tarde y lo tendré listo para que lo firmen a las cinco. ¿De acuerdo? —propuso McFay.

—Muy bien. Dmitri, le agradezco que haya venido a verme; estaré encantado de recibirle cuando quiera. La cena será a las ocho y media.

Una vez Dmitri se hubo marchado, McFay no pudo permanecer callado.

—Es mucho dinero.

—Son 528.000 dólares para ser exactos. Pero Colt ha recibido un pedido de cien mil fusiles de un modelo totalmente nuevo. Cuando nuestra carta de crédito se haga efectiva el valor de las acciones se habrá duplicado y habremos ganado medio millón de dólares.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé.

—¿Firmará el pagaré?

—Sí. Y si usted me dice que no puedo hacerlo porque no tengo autoridad, y aunque mi madre haya dicho o hecho lo que sea, no le haré el menor caso y lo firmaré igual. —Malcolm encendió un puro y continuó—: Si no lo pagamos, Struan perderá toda credibilidad y se arruinará. Soy el tai-pan, les guste o no, hasta que dimita o me muera, al margen de lo que ella diga.

McFay asintió lentamente, habiendo vencido sus recelos tras ver que Malcolm se comportaba con una seguridad y una autoridad inusitadas.

—Supongo que sabrá lo que hace.

A Malcolm se le iluminaron los ojos.

—Sé muchas cosas que ignoraba cuando llegué aquí. Por ejemplo, si usted insiste en marcharse… Vamos, Jamie, sé que en el fondo de su corazón lo ha decidido, y ¿por qué no iba a hacerlo? Le han tratado muy mal, sé que yo no le he ayudado, pero eso ya está. Si estuviera en su lugar haría lo mismo. Está decidido, ¿verdad?

McFay tragó saliva, sin saber qué responder.

—Sí, me iré, pero no antes de que los negocios de Struan en Japón empiecen a rendir al máximo; será dentro de seis meses, más o menos, a menos que ella me despida antes. Dios mío, no quiero marcharme, pero debo hacerlo.

—Ha adoptado una postura moral —dijo Malcolm riéndose.

—Eso parece. Es una locura —repuso McFay también riéndose.

—No, yo haría lo mismo. Y estoy seguro de que tendrá éxito, tanto, que invertiré los cien mil dólares que acabo de ganar, yo solito, en la compañía McFay. Para comprar… ¿una participación del sesenta por ciento?

—Veinticinco —repuso McFay casi sin pensar.

—¿Cincuenta y cinco?

—Treinta y cinco.

—Cuarenta y nueve por ciento.

—¡Hecho!

Ambos se echaron a reír y Malcolm dijo lo que McFay estaba pensando:

—Si el valor de las acciones se duplica. —Luego añadió con seriedad—: Y si no, ya me las arreglaré para recuperarlo.

Angélique estaba descansando antes de la cena; el fuego chisporroteaba en la chimenea.

Se había enfadado con André. Un par de días antes se habían encontrado por casualidad en la legación francesa.

—Tiene muy buen aspecto, Angélique, me alegro de verla. ¿Puedo hablar con usted un momento?

Ella accedió y, una vez a solas, él le dijo que se trataba del dinero que le había prestado.

—Estoy muy mal de fondos, ¿le importaría devolvérmelo?

—Pero, creía que… la transacción ya lo cubría. —Se le encogió el corazón cuando recordó lo ocurrido con las perlas—. Habíamos dicho que no íbamos a mencionar ese tema nunca más, ¿lo ha olvidado? —le dijo Angélique en voz baja, a pesar de que deseaba gritar porque él no había respetado el acuerdo—. Acordamos que no ocurrió nada, ¡que solo fue una pesadilla!

—Estoy de acuerdo, pero ha sido usted la que ha mencionado la transacción, yo solo he hablado del dinero. Lo siento, pero lo necesito.

Angélique contuvo el enfado y lo maldijo por haberle alterado la tranquilidad. Se había convencido a sí misma de que no había ocurrido nada. Era verdad. Si no hubiese sido por él…

—En cuanto al dinero, mi querido amigo, se lo devolveré lo antes posible. Ya sabe que Malcolm no me da nada, solo me deja firmar las facturas.

—Entonces a lo mejor podríamos provocar otra «pérdida».

—No —repuso ella con voz acaramelada—. No sería prudente. —A pesar de que había borrado de su mente todo lo ocurrido, o casi todo, cada vez que aquello volvía para atormentarla, sobre todo por la noche, se daba cuenta de que había cometido un gran error—. A lo mejor se me ocurre otra manera de conseguirlo.

—Lo necesito ahora, el miércoles a más tardar. Lo siento.

—Lo intentaré, se lo prometo. —Y lo hizo. Al día siguiente fue a ver a Henri Seratard y le lloró y suplicó mientras le decía que necesitaba dinero para darle una sorpresa a Malcolm; le aseguró que siempre estaría en deuda con él y firmó otro papel tras darle su anillo de diamantes en prenda.

Tuvo la precaución de pedirle el doble de lo que necesitaba. Aquella misma mañana pagó a André. Él le dio las gracias y ella a él. «No hay motivos para estar enfadada con él. Es un buen amigo y es verdad que me prestó ese dinero. ¿Para qué lo necesitaba? Ya no me acuerdo. *Sans rien faire*, ya he pagado una deuda».

Con el resto del dinero, se fue a ver a McFay.

—Jamie, ¿me podría hacer el favor de enviar este dinero a mi querida tía en París? Está muy necesitada, igual que mi pobre tío —le dijo, alegrándose de poder ayudarlos, y su alegría fue aún mayor cuando McFay se lo contó a Malcolm y este se lo comentó a ella.

—Ah, se lo pedí prestado a monsieur Seratard, querido. No te lo quería pedir a ti, y tampoco les puedo enviar una factura. Espero que no te importe, pero he dado unas joyas en prenda.

Malcolm la reprendió y le dijo que se encargaría de saldar la deuda con Seratard, que Jamie iba a prepararle un fondo por valor de cien guineas y que ella podría disponer de ese dinero cuando

quisiera, solo tenía que comunicarle para qué lo necesitaba; además, le dio el doble de la cantidad que quería enviar a sus tíos.

«Todo se vuelve tan fácil si usas la cabeza». Una sensación de calidez la invadió cuando recordó el momento en que le agradeció su generosidad y lo besó y, luego, la reacción de Malcolm. Hubiese querido ir más allá, mucho más allá.

Raiko estaba irascible.

—Furansu-san, aceptaré este primer pago, pero no era eso lo que habíamos acordado, cuánto lo siento.

—Lo sé. —André odiaba tener deudas, y más con ella, no solo porque la necesidad de satisfacer los plazos le estaba causando pesadillas, sino también porque Raiko tenía a Hinodeh totalmente bajo su control y, si él no cumplía, ella cortaría la relación sin la menor vacilación. Y entonces él se suicidaría—. Pronto te lo pagaré todo. Los pendientes.

—Ah, bueno. ¿De veras? Muy bien. —Sonrió—. Me alegro. Supongo que Hinodeh sigue gustándote y complaciéndote.

Hubo un momento en que todas las preocupaciones se desvanecieron.

—Ella… es todo lo que había soñado. Y más.

—Te aconsejo que no seas tan sincero —dijo Raiko con una extraña sonrisa.

—Me has hecho el favor de una vida. Nunca podré agradecértelo.

—Te ruego que me disculpes por hablarte de dinero, pero con un oban de oro ya no se puede comprar lo mismo que antes. ¡Nuestros funcionarios han devaluado la moneda y apestan más que un pescado podrido mezclado con los excrementos de un perro!

—Ciertamente. —A pesar de que solo entendió algo relativo a los funcionarios y al pescado podrido, estaba igual de indignado. Seratard se había negado a adelantarle una parte de su sueldo con la excusa de que los fondos de la legación estaban muy mermados.

—Pero, Henri, solo te pido lo que tendrás que darme a lo largo del año. No son más que unas cuantas monedas de oro. ¿Acaso no soy tu ayudante más valioso?

—Sí, claro que sí, querido André, pero no se puede sacar vino de una tinaja vacía.

Lo volvió a intentar otra vez, pero no sirvió de nada. Así que solo le quedaban dos posibilidades. Angélique o la mama-san.

—Raiko-san. Tú eres una mujer muy lista, piensa un poco. Tiene que haber alguna manera de conseguir dinero, *neh?* ¿Qué podríamos vender?

Raiko miró la mesa para disimular.

—¿Te sirvo un poco de sake? —le preguntó, y le sirvió una taza. El sake estaba frío en honor de Poncin. Raiko se preguntó hasta qué punto podía confiar en él. Lo mismo que un gato en un ratón arrinconado.

—La información siempre tiene un precio. *Neh?*

Lo dijo sin darle mayor importancia. Poncin hizo ver que se sorprendía aunque en el fondo se alegraba de que ella hubiera picado el anzuelo tan rápido. «¿Quizá demasiado rápido? No creo». Tanto si los cogía el Bakufu como los jefes de Poncin, la pena sería la misma: una muerte lenta y cruel.

Sir William pagaría una buena suma por una información oportuna; Henri no pagaría nada. «¡Que Dios los maldiga a los dos!».

—Raiko-san, ¿qué está ocurriendo en Yedo?

—Vayamos al grano y dime tú lo que está ocurriendo aquí —repuso ella para iniciar la negociación—. ¿Una guerra? ¡Es terrible! Cada día se oyen más tiros y cañonazos, y, encima, están asustando a mis muchachas.

—Cuánto lo siento, te ruego que hables más despacio.

—Ah, sí. —Raiko le explicó lo asustados que estaban en el Yoshiwara y, de todo lo que contó, no había nada que él no supiera. Él, a su vez, le habló de la flota y del ejército, seguro de que tampoco le aportaba nada nuevo.

Bebieron en silencio. Entonces ella añadió en voz baja:

—Creo que ciertos funcionarios estarían dispuestos a pagar por conocer los planes del jefe gai-jin.

Poncin asintió.

—Sí. Y también creo que nuestro jefe pagaría por saber dónde se encuentran las fuerzas de samuráis de Japón, quién las dirige, y quién es ese tairō que envía esas cartas tan groseras.

Ella sonrió y alzó la taza de cáscara de huevo.

—Brindemos por nuestra sociedad. Conseguiremos mucho dinero a cambio de una breve charla.

—Ah, Otami-sama —dijo el shoya—. Buenas tardes, os ruego que os sentéis. ¿Puedo ofreceros un té o un sake? Lamento molestaros otra vez, pero acabo de recibir un mensaje de mis jefes. ¿Un té?

Hiraga se sentó en un cojín; dio las gracias y aceptó la taza, corroído por la impaciencia.

—¿Cómo estáis? —preguntó educadamente mientras el corazón le latía con fuerza a pesar suyo.

—Estoy preocupado, Otami-sama. Da la impresión de que esta vez los gai-jin están muy decididos; hay demasiadas movilizaciones de tropas, demasiados barcos preparando las armas, y corren rumores de que llegarán más barcos. ¿Habéis oído algo de vuestro Taira gai-jin?

Hiraga ya había pensado en ello. Tyrer y todos los demás miembros de la legación habían estado muy alborotados desde que llegó el ultimátum del tairō Anjo. Sir William había estado vociferando más de lo habitual, Johann, el intérprete, se había pasado varias horas encerrado en una habitación con Tyrer, escribiendo cartas al Bakufu, y solo le habían pedido que les corrigiera unas cuantas frases.

—Sería más fácil si pudiera ver carta, Taira-sama —le decía para averiguar el contenido.

—Sí, bueno, pero de momento, solo con esta frase… —le respondía Tyrer, visiblemente nervioso como cada día, lo cual empezaba a preocuparle. Era evidente que ya no confiaban en él como antes, y eso ocurría después de haber trabajado día y noche para aprender su idioma y después de haberles proporcionado toda clase de información.

—Los funcionarios gai-jin me han contado muchas cosas, shoya —murmuró como si temiera que alguien lo oyera—. Por suerte, me cuentan todos sus secretos. Es posible que os pueda avisar a tiempo si ocurre algo. Mientras tanto, les he aconsejado que no os molesten.

El shoya se inclinó y tras darle las gracias, le dijo:

—Corren unos tiempos muy difíciles, la guerra es terrible y van a volver a subir los impuestos.

—A lo mejor puedo proteger vuestros intereses —dijo intencionadamente.

El shoya volvió a darle las gracias.

—El mensaje que recibí tiene que ver con la muchacha de la que os había hablado. Hace cuatro días, el señor Yoshi abandonó Kioto a escondidas, pero antes del amanecer, con una pequeña escolta y disfrazado de soldado. La muchacha iba con ellos… ¿Os encontráis bien, Otami-sama?

—Sí, por favor, continuad —dijo Hiraga.

—También iba con ellos la cortesana Koiko, y la muchacha, que es su *maiko* y…

—¿Su qué? —Hiraga estaba atónito; Koiko, y todo lo que su nombre implicaba, le retumbaba en la cabeza.

—Por favor, ¿puedo ofreceros otro té? ¿O un sake? —ofreció el shoya tras ver el impacto que habían causado sus noticias—. O quizá una toalla caliente…

—No, continuad —dijo Hiraga con la voz entrecortada.

—No hay nada más. Como ya sabréis, la señora Koiko es la cortesana más famosa de Yedo y la acompañante de Yoshi. Le enviaron a la muchacha hace diez días.

—¿Quién se la envió?

—No lo sabemos, Otami-sama —dijo el shoya, reservando esa información para otra ocasión—. Parece ser que la señora Koiko aceptó acoger a la muchacha para que fuera su *maiko* después de que el señor Yoshi la interrogara personalmente y diera su aprobación. Además de Koiko, era la única mujer que los acompañaba, y su nombre es Sumomo Fujahito.

«No hay duda —quería gritar Hiraga—, ese es el alias que le dio Katsumata; así que él fue quien la envió a ese nido de víboras, pero ¿por qué?».

—¿Adónde se dirigía el señor Yoshi?

—Solo lo acompañaban cuarenta samuráis, todos a caballo, pero sin enarbolar los estandartes y, como ya os he dicho, el señor Yoshi iba disfrazado. Abandonaron Kioto poco antes del amanecer, hace tres días, y se dirigieron hacia el Tokaidō, a marcha forzada; mis jefes suponen que va a Yedo. —El shoya ocultó la sorpresa que le producía la vehemencia que reflejaba el rostro de Hiraga.

—¿Decís que iban a marcha forzada? ¿Cuánto tardarán en llegar a Kanagawa? —Era la última estación antes de Yedo—. ¿Dentro de diez o doce días?

—Sí, es posible, aunque si van con dos mujeres… En el mensaje decía que ellas también iban a caballo (ah, ya os lo había dicho) y, sí, lo había olvidado, el señor Yoshi iba disfrazado de ashigaru; sí, supongo que eso es lo que tardarán en llegar a Kanagawa.

Aturdido, Hiraga bebió más sake, casi sin saborearlo. Aceptó otra taza, le dio las gracias por la información, le dijo que volverían a verse al día siguiente y se marchó al cobertizo del pueblo que compartía con Akimoto.

Se levantó y empezó a caminar; la cabeza le dolía cada vez más. Al día siguiente Akimoto iba a visitar un barco acompañado de Taira. A pesar de que Hiraga había pedido ir con ellos, le dijeron que no.

—Cuánto lo siento —le había dicho Tyrer—. Sir William dijo que solo podía venir tu amigo, el señor Saito. Y, por supuesto, no podrá

ir armado. Tengo entendido que su familia posee la mayor constructora de barcos de Shimonoseki, ¿no es así?

—Sí, Taira-sama. Familia de padre.

—Pero los samuráis no pueden trabajar.

—Es verdad, Taira-sama —repuso, y rápidamente se inventó una mentira convincente—: Pero muchas familias de samuráis llegan a un acuerdo con prestamistas y constructoras de barcos para que lleven negocio, *neh?* Este hombre pertenecer a familia naval importante.

La semana anterior había hablado de Akimoto en una de esas interminables reuniones con sir William en la que había tenido que responder a un sinfín de preguntas y él, a cambio, no había aprendido nada nuevo.

—Se llama Saito, sir Wiriam, familia rica, venir a visitar y querer ver barcos de Marina británica, oír historias increíbles sobre Marina británica. Quizá usted y Saito poder hacer barcos juntos, poder construir una gran fábrica de barcos.

No era del todo mentira. Los antepasados de Akimoto habían vivido en un pueblo de pescadores desde hacía varias generaciones; era una de las tres familias de ashigaru que ejercían de policías para el padre de Hiraga, el jefe de la familia hirazamurái. Akimoto siempre se había interesado por los buques de guerra y el mar. El padre de Hiraga había conseguido que Akimoto asistiera a la escuela de samuráis en Choshu y le había dicho que aprovechara al máximo las enseñanzas del marinero holandés, el sensei de la escuela, porque pronto Ogama, el daimio, iba a necesitar a oficiales para los barcos de Choshu y para capitanear la marina.

—Caramba, primo —le había dicho Akimoto un par de días antes —. No puedo creer que los hayas convencido de que me enseñen sus secretos de guerra.

Hiraga volvió a pensar en Sumomo, supuestamente de camino a Yedo. Se le aceleraron los latidos del corazón, pero incluso el recuerdo de ella no le hizo olvidar el remordimiento que sentía por haber abandonado a su familia. «Deberíamos casarnos ahora, aquí;

es imposible regresar a casa, tardaríamos meses en llegar, y ahora no puedo marcharme de aquí, mi padre lo entenderá.

»¿Lo hará? ¿Realmente he de permanecer aquí? ¿O me estoy engañando a mí mismo? ¿Y por qué Katsumata envió a Sumomo con Yoshi? Él no la expondría sin una buena razón».

—Ah, almirante —dijo Malcolm Struan—. ¿Podríamos hablar un momento a solas?

—Por supuesto, señor. —El almirante Ketterer se levantó. Era uno de los veinte invitados que permanecían en la mesa del comedor de Struan bebiendo el oporto que les había servido Angélique—. Me apetece respirar un poco de aire fresco. Salgamos afuera.

—¿Un puro?

—Gracias.

Chen, el criado número uno, rondaba cerca de ellos con la caja de puros. Después de encenderlos, desapareció en medio del humo.

—¿Ha visto mi carta en el *Guardian*?

—Sí, sí la he visto. Está bien escrita —repuso Ketterer.

—Si nos basamos en el aluvión de protestas que ha provocado en la reunión de esta tarde, creo que he sido bastante fiel a sus ideas —dijo Malcolm con una sonrisa.

—¿Mis ideas? Creía que también eran las suyas.

—Sí, claro, claro. Mañana…

Ketterer lo interrumpió con aspereza.

—Esperaba, dado que compartimos una postura correcta, que un hombre con su poder e influencia por lo menos hubiese predicado con el ejemplo y prohibido que los barcos de Struan siguieran haciendo contrabando.

—El contrabando ya está prohibido, almirante —dijo Malcolm—. Recuerde lo de «vísteme despacio que tengo prisa». Dentro de un par de meses seremos mayoría. Me agradaría, señor, y también a Angélique, subir a bordo del *Pearl* con el capitán Marlowe mañana, y navegar hasta que perdamos la costa de vista. —Heatherly le había

aconsejado que, dado que utilizaba el precedente de sus padres, cuya boda se había celebrado en altamar, entre Macao y Hong Kong, le convenía hacerlo exactamente igual—. Con su consentimiento, por supuesto.

—A mí me agradaría ver que la Casa Noble toma la iniciativa en Japón, pero está claro que no tiene tiempo. Creo que bastarían diez días para tomar las medidas necesarias. Me temo que mañana el *Pearl* y Marlowe estarán muy ocupados. —Ketterer se volvió para marcharse.

—Espere —dijo Malcolm, presa de pánico—, ¿y si hago una declaración ahora mismo? Delante de todos los invitados; si les digo que de ahora en adelante no vamos a traer más armas a Japón. ¿Se conformaría con eso?

—La cuestión es: ¿usted se conformaría? —inquirió el almirante mientras disfrutaba viendo cómo el hombre que representaba todo lo que él odiaba se agitaba en el anzuelo—. Dígame, ¿se conforma con eso?

—Señor, dígame… dígame lo que he de hacer, o decir.

—Yo no soy el encargado de sus «negocios». —Ketterer pronunció la palabra con desprecio, como si fuera un taco—. Yo diría que lo que es aplicable en Japón, también lo es en China. Si aquí prohíben las armas, ¿por qué no hacerlo también en China? Y lo mismo con el opio.

—No puedo hacer eso —dijo Malcolm—. Nos arruinaríamos; comerciar con opio no es ilegal, está permitido.

—Muy interesante —comentó con sarcasmo—. Le doy las gracias por la cena, Mr. Struan; como siempre, ha sido exquisita. Si me disculpa, mañana tengo muchas cosas que hacer.

—¡Espere! —exclamó Malcolm con voz trémula—. Por favor, le ruego que me ayude, mañana es un día tan importante para mí; le juro que le apoyaré en todo lo que quiera, tomaré la iniciativa, pero ayúdeme. Por favor.

El almirante Ketterer apretó los labios, dispuesto a acabar con esa conversación tan inútil. «Sí, inútil, aunque tampoco me iría mal

gozar del apoyo de estos bastardos si solo una décima parte de las calumnias que se pronunciaron en la reunión son ciertas. En comparación con los demás, sobre todo con ese monstruo de Greyforth, supongo que este no está tan mal, siempre y cuando se pueda confiar en él».

—¿Cuándo se celebrará el duelo?

Malcolm estaba a punto de decir la verdad, pero se contuvo.

—Le responderé si lo desea, señor, y me acuerdo de lo que me dijo acerca de los duelos, pero en cuestiones de honor mi familia ha sido siempre muy formal desde hace por lo menos dos generaciones y yo no quiero desmerecerla. Es una tradición, supongo que lo mismo ocurrirá en la Marina. Gran parte del atractivo de la Marina Real tiene que ver con eso, con la tradición y el honor, ¿no es así?

—Sin eso la Marina Real no sería lo que es. —Ketterer dio otra calada. «Por lo menos el cretino lo entiende, por Dios, aunque eso tampoco inclina el fiel de la balanza. La verdad es que la madre de ese pobre desgraciado tiene razón al desaprobar la boda; la muchacha es guapa, pero no es de buena familia y, además, es francesa. Le estoy haciendo un favor».

—Voy a tomar otro oporto —dijo—. Tardaré unos diez o quince minutos. ¿Se le ocurre alguna iniciativa que pueda tomar en diez o quince minutos?

XLI

Gornt bajó a toda prisa las escaleras de Struan tras otros invitados que abandonaban la fiesta conversando animadamente y formando corrillos para enfrentarse al viento frío de la noche. Los criados los esperaban con lámparas para guiarlos de vuelta hasta sus casas. Tras un cortés pero apresurado «buenas noches», Gornt se dirigió a la casa Brock. El guardián, un sij alto tocado con el tradicional turbante, lo saludó y lo dejó entrar. Gornt llamó dos veces a la puerta de la habitación de Norbert Greyforth.

—¿Quién es?

—Soy yo, Edward. Lo siento, pero es importante.

Greyforth le abrió la puerta de mala gana. Ya se había puesto la camisa de dormir y la cofia.

—¿Qué diablos quieres a estas horas?

—Se trata de Struan. Acaba de anunciar que a partir de ahora ordenará a la Casa Noble que embargue todas las armas y todo el opio de Japón. Dice que piensa hacer lo mismo en todo Asia y en China.

—¿Es una broma?

—No, en absoluto, Mr. Greyforth. Lo ha dicho en la fiesta, hace un momento, delante de todo el mundo: sir William, casi todos los embajadores, el almirante, Dmitri… Ha dicho exactamente: «Quiero hacer una declaración formal. Según mi carta al *Guardian* de hoy, he decidido que a partir de ahora mis barcos dejen de transportar armas y opio. Struan ya no comerciará con esos productos, ni aquí ni en China».

Norbert soltó una carcajada.

—Pasa, esto hay que celebrarlo. Con esa declaración ha terminado de hundir a la compañía Struan. Brock pasará a ser la Casa Noble.

Asomó la cabeza al pasillo y llamó a gritos a su criado.

—¡Lee! ¡Champán! Pasa Edward, y cierra la puerta. Corre mucho aire y hace un frío que se te congelan los cojones.

Encendió la lámpara. El dormitorio era muy espacioso, con una imponente cama de columnas, lujosas alfombras y las paredes cubiertas de óleos con motivos navales. La flota de clíperes de Brock era menor en número que la de Struan, pero la superaban en vapores. Algunos de los cuadros mostraban las huellas del reciente incendio, y el cielorraso también, pues aún no habían terminado las reparaciones. Montones de libros se apilaban en diversas mesas; uno yacía abierto sobre la cama.

—Ese pobre hijo de puta, realmente creo que está chalado —dijo Norbert—. Lo primero que tenemos que hacer es cancelar el duelo, tenemos que conservarlo con vida… Pero, espera un momento, ¿qué estoy diciendo? Me parece que está montando un número, que todo esto solo es un farol. Si él es el tai-pan de la Casa Noble, ¡que me aspen! Lo que Struan dice no tiene ningún valor. Y por más que su madre quiera hacer lo mismo, nunca se lo consentirá. No puede hacerlo porque eso significaría la ruina para la compañía.

—No estoy de acuerdo —dijo Gornt, con una sonrisa.

—¿Qué dices?

—Ella lo consentirá.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Es un secreto.

—¿Qué clase de secreto?

En ese momento se abrió la puerta. Lee, un anciano cantonés con una larga y fina coleta y vestido con chaqueta blanca y pantalones negros, entró llevando una botella de champán en un cubo con hielo. Con gran solemnidad descorchó la botella y sirvió la espumosa bebida. Norbert alzó su copa.

—Salud, y muerte a todos los Struan. Dime, ¿qué secreto?

—Usted me pidió que me ganara su confianza, ¿no es así? Pues bien, lo he conseguido. Ahora confía en mí. En primer lugar…

—¿Estás seguro?

—Hasta cierto punto, pero creo que la relación mejora día a día. Como le decía, en primer lugar escribió la carta e hizo esta explosiva declaración para ganarse la simpatía del almirante, en secreto.

—¿Qué dices?

—¿Puedo servirme otra copa?

—Por supuesto. Siéntate y cuéntame todo lo que sabes.

—Necesita la autorización del almirante para subir a bordo del *Pearl* mañana, esa es la razón…

—¿De qué demonios estás hablando?

—Los oí por casualidad mientras conversaban en privado, después de la cena. Yo me había puesto a mirar unos cuadros, cerca del balcón y, bueno, no pude evitarlo.

Gornt le relató la conversación entre Struan y el almirante, palabra por palabra.

—Al final Ketterer dijo: «¿Se le ocurre alguna iniciativa que pueda tomar en diez o quince minutos?».

—¿Eso es todo? ¿No oíste nada acerca de lo que hay a bordo de ese barco, o por qué el *Pearl* es tan importante para Struan?

—No, nada.

—Extraño, muy extraño. ¿De qué podrá tratarse?

—No lo sé. Me he hecho esa misma pregunta durante toda la cena. Me di cuenta de que Struan de tanto en tanto miraba al almirante, intentando sin éxito llamar su atención. Era como si Ketterer evitara deliberadamente la mirada de Struan, sin hacérselo notar. Fue eso lo que despertó mi curiosidad.

—¿Dónde estaba sentado el almirante?

—Junto a Angélique, ocupando el lugar de honor a su derecha. Sir William estaba sentado a la izquierda. Es curioso, pero tendría que haber sido al revés, ¿no cree? Yo estaba sentado junto a Marlowe, que no le quitaba los ojos de encima a Angélique y decía cosas aburridas sobre la Marina. Pero nada acerca de algún barco

que zarpara mañana, aunque por lo que Struan dijo me dio la impresión de que todo eso lo venía planeando hacía algún tiempo, y de que solo le faltaba el visto bueno del almirante. Cuando el almirante se marchó intenté sonsacarle algo a Marlowe, pero solo me dijo que era posible que fueran a hacer algunas pruebas, siempre y cuando el «Viejo» (así llama Marlowe al almirante) lo autorizara. Marlowe se sorprendió de mi curiosidad. Le dije que me gustaba mucho todo lo que tuviera que ver con el mar y con los barcos, y le pregunté si podía asistir.

—¿No dijo nada acerca de Struan y la muchacha?

—No, pero como ya le he dicho solo tuvo ojos para ella toda la noche.

—Ojos para sus tetas, querrás decir. ¿Qué ocurrió cuando Struan hizo la declaración?

—Primero se produjo un silencio, y a continuación el caos, cientos de preguntas, carcajadas, broncas. McFay se puso pálido. Dmitri casi vomita. Sir William se quedó de piedra mirando a Struan, como si el pobre fuera digno de lástima. Yo me concentré en Ketterer, que no dijo nada más que «Interesante», se puso inmediatamente de pie y, tras dar las gracias a los anfitriones, se retiró. Struan trató de evitar que se marchara e intentó preguntarle algo acerca de los asuntos de mañana, pero el almirante no lo oyó, o pretendió no oírlo, y se despidió de él con un apretón de manos. La verdad es que había un gran alboroto en la sala, todo el mundo hablaba y nadie escuchaba, como en un mercado chino. Más de uno le dijo a Struan que estaba loco, que cómo diablos creía que se podrían hacer negocios sin el opio. Como usted bien sabe, se trata de algo tan obvio como verdadero.

Norbert apuró su copa. Gornt hizo el gesto de servirle otra vez, pero Norbert no aceptó.

—No me gusta tomar demasiado champán por la noche. Me hincha. Mejor sírveme un whisky, ahí está la botella. Me pregunto qué tendrá ese barco que le preocupa tanto a Struan.

—No lo sé.

—¿Qué hizo Struan cuando Ketterer se marchó?

—Se sentó y bebió un largo trago de brandy, absorto en sus pensamientos. Despidió a los invitados con aire ausente, sin prestar ninguna atención a Angélique, que por su parte estaba experimentando por una vez qué significa no ser el centro de la atención. Estoy seguro de que la pobre no tiene ni idea de lo que ocurre. Por lo tanto, imagino que no debe disfrutar de la confianza de Struan. Pensé que lo mejor era traerle a usted la noticia lo antes posible.

—¿Has dicho algo acerca de un secreto? ¿Cuál es ese secreto? ¿Por qué razón la vieja zorra de Tess Struan estaría de acuerdo con semejante suicidio comercial?

—Creo que ha de ser por el plan de sir Morgan.

—¿Qué dices?

—Sir Morgan —repitió Gornt con una amplia sonrisa—. Antes de que dejáramos Shanghái me dijo, en privado, que él y Mr. Brock habían ideado y estaban a punto de ejecutar un plan para arruinar a la Casa Noble y terminar con ellos de una vez por todas. Me dijo que tenía que ver con el azúcar hawaiano, el Victoria Bank y…

—¿Qué…?

Norbert recordó que sir Morgan le había dicho con toda exactitud que, pese a tener confianza en Gornt, no le había dado detalles del golpe, y que no quería que estuviera al corriente. También le había dicho que no había ningún problema en dejar que se mezclara con el círculo de Struan para que espiara lo que pudiera.

—¿Fue Morgan el que te puso al tanto de los detalles?

—Oh, no. Lo único que me dijo fue lo que debía hacerle creer a Struan.

—¡Por todos los santos! —exclamó Greyforth fuera de sí—. ¡Sería mejor que empezaras por el principio!

—Me dijo que usted no debía saber nada acerca de mi papel hasta que todo hubiera acabado, hasta que yo hubiera hecho lo que él me encargó. Ahora ya he cumplido. Cuento con la confianza de Malcolm Struan, así que ahora se lo puedo decir.

Gornt se bebió la copa de champán hasta el fondo.

—Muy bueno este champán, sí, señor.

—¡Siga, Gornt!

—Bueno, sir Morgan me dijo que lo primero que debía hacer era contarle a Struan un montón de historias, que se acercaran lo bastante a la verdad como para enredarlo y, a través de él, al verdadero tai-pan, Tess Struan. Puedo casi garantizarle que el último de los tai-pan está bastante enredado.

Sin hacerse rogar Gornt le relató la parte más importante de los cuentos que le había hecho creer a Malcolm Struan.

—Se supone que le facilitaré «los detalles secretos» después del duelo, de camino al barco.

—¿Qué le vas a contar?

Greyforth escuchaba atentamente. Como conocía los verdaderos detalles del plan, estaba fascinado por la maestría de sir Morgan. Si Tess Struan actuaba sobre la base de esa información falsa, sir Morgan podría contar con toda seguridad con esas semanas de más que necesitaba.

—Pero sir Morgan —Norbert le había dicho en Shanghái cuando elaboraron el plan—, ahora ya está todo garantizado, no necesita más tiempo. Yo puedo hacer lo que me corresponde en Yokohama, antes de Navidad.

—Sí, ya sé que puedes, y que lo harás. Pero a mi padre y a mí nos gusta reforzar la seguridad, ¿me entiendes?, y esas dos o tres semanas nos permiten poner el pellejo a salvo y librarnos de toda posibilidad de ir a la cárcel.

Norbert reprimió un escalofrío producido por la idea de ir a prisión. Era difícil que lo ahorcaran, pero probablemente lo encarcelarían por fraude. «Sir Morgan es muy hábil, nadie lo duda, lo prueba el hecho de que a mí me haya dicho una cosa y a Gornt otra. Me ha evitado un peligro, el de matar a Struan. Así que a Inglaterra con cinco mil al año, pero me pierdo la prima, la finca y la posibilidad de ser rico. La seguridad antes que nada».

Norbert suspiró. Lo único que deseaba era meterle a Struan un balazo entre las cejas y embolsarse la prima. No podía olvidar las palabras del viejo Brock: «Norbert, vamos a aumentarte la jubilación. Cinco mil guineas más al año si te lo cargas, mil más si lo dejas malherido, y considérate despedido si fallas».

—Morgan es muy listo. Su plan no tiene un solo defecto —dijo, con una sonrisa que quiso parecer casual. Para asegurarse y probar a Gornt, añadió en el mismo tono—: ¿No te parece?

—¿Cómo?

—Los pequeños cambios son los más importantes, ¿verdad?

—Lo siento, Mr. Greyforth, pero no conozco los detalles, solo lo que he contado, lo que él me pidió que le contara a Struan.

—Me tomaré otro whisky, sigue tú con el champán —dijo Norbert, satisfecho, y bebió su escocés en silencio dándole vueltas a sus pensamientos—. Tú sigue con tu papel como si yo no supiera nada. Mañana cancelaré el duelo. No puedo arriesgarme a matarlo o a dejarlo fuera de combate.

—Sí. Sí, yo también creo que es lo mejor.

Gornt le alcanzó la carta de Malcolm Struan, el equivalente de la que Norbert había firmado.

—Me dio esto para usted. Me permito sugerirle que no cancele el duelo mañana, podría despertar sus sospechas. Tal vez podamos descubrir qué hay de importante en el *Pearl*, si va o si no va.

—De acuerdo, Edward, buena idea. Por lo visto, el jueves el jovencito Struan se pondrá en marcha hacia el desastre.

—Sí, feliz y contento. La Casa Noble está acabada. Ahora comienza la era de Brock.

—¡Sí!

El calor del whisky se mezclaba con la calidez de un futuro prometedor.

—¿Así que has decidido quedarte con nosotros?

—Sí, bueno, si usted lo aprueba. Sir Morgan dijo que no tendría más remedio.

—Si sigues portándote como esta noche, no tengo nada que objetar. Hoy has hecho un trabajo excelente.

Cuando Gornt se hubo marchado, bebió un trago más de whisky y reflexionó sobre lo que le había dicho. «Ese tío no es tan listo como cree. Cualquiera puede imaginarse lo que pasa con el *Pearl*, y por qué. Ketterer sabe guardar un secreto, y también Wee Willie, pero no Michaelmas Tweet, ni Heatherly cuando está borracho. Por eso es que me he enterado de las cartas de Tess Struan y de que tiene en su poder a Wee Willie, que ha bloqueado a la Iglesia, a todos los capitanes de los barcos y, a través de Ketterer, a toda la Marina británica. ¡Pero en el *Pearl* manda Marlowe! Marlowe podría casarlos si Ketterer se lo permite.

»Sin embargo, Ketterer odia a los Struan porque vendieron cañones a los piratas del Loto Blanco, como nosotros hemos estado vendiendo cañones a cualquier señor de la guerra dispuesto a comprar, y lo continuaremos haciendo incluso si Struan decide no comerciar más con armas. ¿Y por qué no? Es legal y siempre lo será. El Parlamento necesita las fábricas de armamento porque son un gran negocio, y a todos los gobiernos les conviene una guerra aquí o allá, porque las guerras son el verdadero negocio y, sobre todo, porque con las guerras enmascaran su genuina incompetencia.

»¡Al diablo con los gobiernos!

»Ketterer odia a los Struan. Pese a lo arrogante que es no tiene ni pizca de tonto y es lógico que pida resultados concretos a cambio de un favor, y como las declaraciones de ese estúpido de Malcolm no tienen ningún valor, creo que está jugando con él al gato y al ratón. Es posible que permita que Struan y su francesita suban a bordo del *Pearl*, pero en ningún caso creo que le dará el permiso a Marlowe para que los case. Ketterer quiere que Struan se arrastre a sus pies. Ese viejo imbécil haría lo mismo conmigo si tuviera la mínima oportunidad, y no sé si con cien azotes quedaría satisfecho».

El último de los invitados dio las buenas noches y se marchó. Solo quedaron Angélique, Jamie McFay y Malcolm. Las brasas ardían en la enorme chimenea, avivadas por intermitentes corrientes de aire. Malcolm se sentó en silencio frente al fuego. Angélique se le acercó y se sentó en el brazo del sillón. McFay, agotado, estaba apoyado en la mesa.

—Creo que me voy a retirar, tai-pan.

Esas palabras consiguieron sacar a Malcolm de su ensoñación.

—Oh, espere un minuto —dijo, y mirando a Angélique con una sonrisa, añadió—: Lo siento, Ángel, pero tengo que discutir unos asuntos con Jamie. ¿Te importaría dejarnos solos?

—Por supuesto que no. Buenas noches, Jamie. Buenas noches, Malcolm, que descanses.

—Buenas noches, querida. No nos quedaremos mucho tiempo.

Cuando Angélique se marchó se produjo un terrible silencio en la habitación. Malcolm vio a Chen que los observaba desde la puerta.

—Cierra esa maldita puerta y lárgate —le ordenó.

Jamie quiso decir algo pero Malcolm le indicó con un gesto que callara.

—Por favor, no quiero oír nada de barcos ni de opio ni de cañones.

—Como usted diga.

—Siéntese, Jamie, por favor.

Malcolm había estado pensando en las posibles reacciones del almirante y diseñado un plan para cada una de ellas: si el almirante decidía que podían hacer el viaje pero a Marlowe le prohibían celebrar la ceremonia, o si el viaje se aplazaba para más adelante. Por el momento dejó de lado cualquier otra posibilidad.

—Quiero que se ocupe de que nuestro cúter de vapor se halle junto al *Pearl* justo antes de que amanezca. Que el contramaestre averigüe si nuestro viaje va a realizarse o no. En cualquier caso,

dígale que se presente inmediatamente después con la respuesta de Marlowe. ¿De acuerdo?

—Sí, tai-pan.

—Le he dado a Gornt la carta para Norbert esta noche. Eso está hecho. ¿Me he olvidado de algo?

—¿Acerca del miércoles?

—Sí.

—Nada que yo sepa. Las rutas y los horarios ya los conoce. Las pistolas son normales. No habrá médicos, porque no conviene que estén presentes ni Babcott ni Hoag. No habrá testigos, solo Gornt y yo.

—Bien. ¿Está usted listo para marcharse en el *Prancing Cloud*?

—Enviaré una maleta a bordo mañana junto con el correo. Nadie lo notará. ¿Qué hará con sus baúles?

—Solo llevaré uno. Trate de que lo lleven a bordo mañana, sin que se den cuenta. Si alguien pregunta algo, diga que es solo ropa que mando por anticipado a Hong Kong, antes de mi viaje de Navidad.

—¿Chen se ocupará de prepararlo?

—Tendrá que hacerlo. Le haría jurar que mantendrá el secreto, pero sé que eso no funciona con los chinos. Tendré que llevarlo conmigo. Ah Tok es un problema, pero ella puede quedarse aquí hasta el día de la «mudanza verdadera». También tendré que confiarle el secreto a Ah Soh. Vendrá con nosotros a Hong Kong.

—¿Y Angélique?

—No es necesario decírselo. Si embarcamos en el *Pearl*, Ah Soh puede preparar un baúl y enviarlo a bordo con el mismo pretexto, mañana, después de que oscurezca, para mayor seguridad. ¿Le parece bien?

—Sí.

—El miércoles por la mañana, nosotros, quiero decir usted y yo, nos escabulliremos por la parte de atrás, según lo planeado. Chen, Ah Soh y Angélique saldrán un poco más tarde, encapuchados,

atravesarán la calle hasta nuestro muelle donde usted tendrá dispuesto el cúter de vapor para llevarlos hasta el clíper…

—Disculpe, pero si este es el plan definitivo, es mejor usar un cúter de remos. Es menos ruidoso. Creo que para mayor seguridad el de vapor tendrá que esperarnos en el muelle del barrio de los borrachos.

—Sí, es una buena idea, Jamie, gracias. Después de acabar con Norbert embarcaremos de inmediato. Mañana dígale a Vargas que para el viernes organice una reunión con nuestros comerciantes de seda japoneses, que parezca que el resto de la semana tenemos mucho trabajo. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Se le ocurre algo más, Jamie?

—¿Puedo sugerirle algo?

—Por supuesto.

—Después del viaje de mañana en el *Pearl*… bueno, usted dijo que podría haber un cambio de planes, debido al tiempo. Pero el pronóstico es bueno, ¿no es así?

—Sí, solo lo dije por si Marlowe tenía que quedarse en el puerto —replicó Malcolm con soltura—. Con todos los preparativos en curso para atacar Yedo, o para amenazar con un ataque, nunca se sabe lo que Ketterer o sir William pueden decidir en el último momento. ¿Qué quería sugerirme, Jamie?

—A decir verdad, tengo dos sugerencias. Cuando usted regrese mañana (según Marlowe estarán de vuelta al anochecer), ¿no querrían usted y Angélique ir a cenar en el *Prancing Cloud* con el capitán Strongbow? ¿Quedarse incluso a pasar la noche en el barco? Al amanecer usted y yo podríamos…

—Sí, es un plan magnífico, Jamie, mucho mejor que el mío. Así Angélique ya estará a bordo con su equipaje y no tendremos que preocuparnos por ella, y después del duelo usted y yo podremos embarcar directamente. Una gran idea, Jamie. Podemos hacer que Chen y Ah Soh lleven nuestras cosas. No veo por qué no pueden pasar la noche a bordo ellos también. Nadie sospechará nada. Sí,

señor, muy buena idea. Es usted muy listo, Jamie, y por eso no dejaré que nos abandone.

—Eso ya lo veremos —dijo Jamie, con una sonrisa sarcástica.

LIBRO CUARTO

XLII

Martes, 9 de diciembre

Antes del amanecer, el cúter de Struan se alejó a toda prisa de la fragata *Pearl* en dirección al muelle. Los binoculares del contramaestre enfocaron las ventanas del edificio de la compañía. Había una luz encendida, pero no pudo saber si Struan estaba allí o no. El motor se detuvo de golpe y a todos los que estaban a bordo se les cortó la respiración. Pasados un par de segundos el motor arrancó otra vez, pero volvió a ahogarse.

—¡Coño, Roper, tú eres el mecánico, ve abajo a ver qué pasa! —gritó el contramaestre—. ¡Los demás, a por los remos! ¡Por todos los demonios, McFay nos dará una buena si esta porquería no arranca! ¡Roper! ¿Qué coño pasa?

Enfocó nuevamente los binoculares hacia la ventana de Struan, pero tampoco esta vez vio a nadie.

Sin embargo, Struan estaba allí, con sus binoculares dirigidos hacia el cúter. Lo había estado observando desde que llegó a la fragata. Soltó una maldición. Ahora podía ver al contramaestre perfectamente; el hombre debería haberse imaginado que lo estaría observando y podría haberle hecho alguna señal.

«No es culpa suya —pensó—. Deberíamos haber acordado una señal. No importa, el tiempo es bastante bueno, no hay indicios de tormenta». Dirigió los anteojos hacia el buque insignia, cuyo cúter regresaba de una visita a la fragata, después de haber transmitido órdenes.

La puerta de la habitación se abrió y apareció Chen, que le traía una taza de té caliente. Por el momento, Malcolm solo sentía los dolores habituales, soportables. Ya había tomado la dosis matutina. La última semana había conseguido reducir la cantidad. Ahora solo tomaba una por la mañana y una por la noche, y había jurado que en el futuro no tomaría más que una en todo el día, siempre y cuando el día hubiera sido bueno.

Chen le ayudó a vestirse. Miró una vez más con los binoculares y comprobó que el cúter estaba a punto de llegar. Abrió la ventana y se asomó en el momento en que el contramaestre saltaba al embarcadero y empezaba a correr tan rápido como se lo permitía su inmensa barriga.

—¡Alto, contramaestre!

El pobre hombre se hallaba ya casi sin aliento cuando llegó a la ventana.

—De parte del capitán Marlowe, que usted y…, usted y la señora pueden subir a bordo.

Struan dejó escapar un grito de júbilo. Mandó llamar a Ah Soh y le dijo que despertara a Angélique de inmediato y la ayudara a vestirse. Y añadió en voz baja:

—Escucha, Chen, y no me interrumpas… —Y le dio instrucciones para que preparara las maletas y los baúles y los llevara al *Prancing Cloud* al anochecer—. La señorita y yo cenaremos y pasaremos la noche en el barco, y tú y Ah Soh nos acompañaréis y vendréis con nosotros a Hong Kong.

Chen no pudo contener la alegría.

—¡Hong Kong! ¡*Ayiiyah*, tai-pan!

—¡Y no digáis ni una sola palabra! ¡La boca más cerrada que el culo de una mosca o le pediré a Chen de la Casa Noble que borre tu nombre del libro de familia!

Vio que Chen se ponía pálido. Nunca lo había amenazado de esa manera. El libro de familia era para todos los hombres chinos una especie de pasaporte a la inmortalidad, que los unía con sus antepasados y con los ancestros más remotos. Siempre que nacía un

chino lo inscribían en el registro de ancestros del pueblo. El que no figuraba en ese libro era como si no existiera.

Cuando Struan vio a Angélique se le pasó el enfado.

—¡Santo cielo!

Angélique llevaba ropa de montar, botas, una falda larga y ajustada en la cintura, chaleco y corbata, sombrero con pluma verde y guantes.

—Pensé que este atuendo era el mejor, cariño, para salir a navegar —dijo, sonriendo ampliamente.

—Bienvenidos a bordo —dijo Marlowe desde la pasarela. Tenía un aspecto espléndido vestido de uniforme.

Malcolm se las vio y se las deseó en el momento de subir; Angélique tuvo que sostenerle los bastones.

—¿Da usted permiso, capitán?

—Bienvenido, bienvenidos los dos. ¿Me permite?

Cogió a Angélique por el brazo y la acompañó hasta el puente.

Dio instrucciones y el barco se puso en marcha lentamente.

—Dentro de poco aumentaremos la velocidad. El almirante ha dado órdenes de que no nos alejemos del buque insignia.

—¿Cómo? ¿No iremos mar adentro? —preguntó Struan, decepcionado.

—Supongo que le gusta tener a sus «niños» controlados. Pero lo pasaremos bien, lo prometo.

«Entonces, estamos a bordo pero no para lo que yo había pensado —se dijo Struan—. ¡Ese hijo de puta del almirante es un sádico! Y si estuviera aquí, lo mataría sin pensármelo dos veces. Deseará haberme ayudado. Cuando regrese, anularé todas mis órdenes. Prometo que no se olvidará de lo que ha hecho.

»Mientras tanto, ¿qué puedo hacer?».

Había tanto movimiento en el barco que Angélique y Marlowe no percibieron la desesperación que Malcolm trataba de ocultar. La fragata se abría paso entre los demás barcos de la flota. No fueron

pocos los oficiales y marineros que detectaron la presencia de Angélique a bordo. Pasaron cerca del buque insignia francés, y los marineros silbaron y los saludaron, dejando estupefactos a los oficiales británicos.

«Por Dios —pensó Marlowe—, ¡qué modales y qué indisciplina!». Sin embargo, no pudo dejar de sonreír al ver cómo Angélique respondía a los saludos.

Para distraerla, Marlowe dijo:

—Vamos a hacer pruebas de velocidad, Angélique, primero a vapor y luego a vela. Tenemos que probar el nuevo mástil. No sé si recuerda que perdimos el palo mayor durante la tormenta.

Siguió conversando, explicándole esto y aquello y respondiendo a todas las preguntas que Angélique se veía obligada a formularle.

—He preparado todo para almorzar en mi camarote. También hay tumbonas si quieren hacer la siesta —dijo Marlowe.

La mañana pasó sin contratiempos. Cada media hora la campana del barco anunciaba los cambios, e incluso Malcolm se había tranquilizado a medida que el barco iba de una punta a otra de la bahía.

—Dentro de un momento apagaremos las máquinas y navegaremos a toda vela —dijo Marlowe.

—Sí, me encanta navegar así —dijo Angélique—. El ruido del motor me molesta bastante. ¿A ti no, Malcolm?

—Sí, por supuesto —le respondió Malcolm, alegre, rodeándole la cintura con el brazo.

—Yo también lo prefiero —dijo Marlowe—, y creo que lo prefieren todos los miembros de la Marina británica. Tenemos que navegar a vela la mayoría de las veces, pues no podemos llevar tanto combustible y, además, el carbón es tan sucio. Pero en las noches de tormenta, cuando el puerto seguro está justo delante de ti y el viento te impide llegar, o cuando el enemigo te dobla en número y en cañones, entonces es cuando bendices al viejo Stephenson y a los ingenieros británicos por haberte dado la posibilidad de avanzar

contra el viento. Les acompañaré abajo, pero les advierto que hay carbonilla por todas partes, y bastante ruido.

—Me encantaría verlo, si es posible —dijo Angélique.

—Por supuesto. Malcolm, ¿quiere acompañarnos?

—No, gracias, prefiero quedarme.

Malcolm conocía desde niño la sala de máquinas de los barcos de vapor de la compañía, y los motores eran algo que nunca le habían interesado, aparte de su precio y el carbón que consumían.

La sala de máquinas era como un calabozo ardiente y ruidoso, maloliente, oscuro y lleno de polvo. Angélique y Marlowe se detuvieron en una de las plataformas superiores, para evitar en lo posible el aire impregnado del olor a carbón y a sudor. Veían los cuerpos sudorosos de los hombres semidesnudos que, sin prestarles atención, arrojaban una tras otra grandes paladas de carbón al fuego. A Angélique la escena le resultaba excitante.

Marlowe trataba de explicarle cada detalle, elevando la voz por encima del ruido ensordecedor, y ella le sonreía de tanto en tanto, mientras él la cogía ligeramente del brazo para sujetarla. Ella no le escuchaba, ni tampoco le importaba. Estaba como poseída por la atracción que sobre ella ejercía la sala de máquinas, que le parecía un Valhala terrestre donde las máquinas formaban un todo con los hombres, una escena primitiva y sin embargo futurista, en la que los esclavos daban órdenes a sus amos y no al revés.

El encargado de las señales se acercó a ellos y los saludó, pero no le oyeron. Al darse cuenta de que no advertían su presencia, se adelantó y volvió a saludar, destruyendo esta vez el hechizo. Le entregó a Marlowe un mensaje. Marlowe lo leyó rápidamente.

—Lo siento, pero hemos de irnos.

Ya en cubierta, el silencio y el aire del mar le produjeron a Angélique un efecto extraño, y se vio obligada a apoyarse en Marlowe.

—¿Se encuentra bien?

—Oh, sí, es solo un mareo. Muchísimas gracias, John, ha sido una experiencia extraordinaria.

Marlowe no le prestó mayor atención, pues estaba concentrado en los marineros que ajustaban las velas.

—Supongo que al tratarse de la primera vez… Cuando hay una tormenta en alta mar, la verdad es que no le deseo a nadie estar ahí abajo. Esos hombres forman una raza aparte.

Se acercaron a Malcolm.

—Disculpen, pero tengo que dejarles un momento.

Marlowe descendió a su camarote. El centinela de la Marina lo saludó. Nervioso, abrió la puerta del camarote. El mensaje del almirante decía: «Siga las instrucciones secretas 1/A 16/12». En la caja fuerte guardaba el cuaderno de bitácora, los códigos, el dinero para pagar a los marineros, el registro de castigos, manuales y varios sobres sellados que había recibido del buque insignia esa misma mañana.

La mano le temblaba ligeramente. Se preguntó si se trataría de la orden de regresar con la flota y de estado de alerta; después de todo, se estaba preparando una guerra. Se sentó y abrió el sobre con gran expectación.

Malcolm vio que Marlowe se acercaba y lo recorrió un escalofrío. Su semblante no prometía nada bueno.

El contramaestre hizo sonar ocho campanadas. Era mediodía.

Marlowe se dirigió hacia Lloyd, su ayudante, y le pidió que se encargara de enseñarle los cañones a Angélique.

—Encantado, capitán. ¿Mademoiselle?

Obediente, Angélique lo siguió por la pasarela y por cubierta.

—¿Cuál es el problema, Marlowe? ¿Nos ordenan que regresemos? —preguntó Malcolm.

—No —Marlowe lo miró—. Me entregaron varios sobres esta mañana, con instrucciones, junto con el permiso por escrito para que usted pudiera subir a bordo y la orden de regresar sin falta al

anochecer. Hace unos momentos desde el buque insignia enviaron un mensaje con la orden de que abriera uno de esos sobres. No me han ordenado que se lo dijera, pero tampoco me han prohibido que lo haga. Tal vez usted pueda explicármelo. La instrucción dice: «Si Mr. Struan le pide un favor especial, puede, si usted lo desea, concedérselo».

El mundo se detuvo para Malcolm Struan. No sabía si estaba vivo o muerto. Si no hubiera estado sentado, sin duda se habría caído de espaldas.

—¡Por todos los santos, Struan! ¿Qué le ocurre? ¡Contramaestre, rápido, traiga una botella de ron!

Malcolm pudo finalmente volver a respirar.

—Nada, no pasa nada, estoy bien… aunque un vaso de ron no me vendría mal.

Vio que los labios de Marlowe se movían y sintió que lo sacudían, pero tenía los oídos tapados y no oía nada; solo sentía el viento en las mejillas y el ruido de fondo del mar.

—Tenga, beba —le dijo el contramaestre, acercándole el vaso. Struan se fue sintiendo mejor a medida que el ron le bajaba por la garganta—. Calma. ¡Demonios, si parece que hubiera visto un fantasma!

—Nada de fantasmas. Lo que he visto es un ángel. Y ese ángel es el capitán.

Marlowe lo miró pensando que se había vuelto loco.

—No me mire usted de esa manera, capitán. No me he vuelto loco. Por favor, capitán Marlowe, ¿podríamos hablar en privado?

—Por supuesto, aquí mismo.

Sintiéndose algo incómodo, Marlowe le ordenó al contramaestre que se retirara.

—El favor especial que quiero pedirle es el siguiente: quiero que nos adentremos en alta mar, que perdamos de vista la costa y… que nos case a Angélique y a mí.

—¿Qué dice?

Ahora le tocaba a Marlowe volverse loco. Malcolm tuvo que repetírselo poco a poco.

—No hay duda, Malcolm, usted no está en su sano juicio.

—No, se equivoca, Marlowe. Déjeme que le explique.

Malcolm ya se había repuesto de la impresión; su futuro dependía ahora de Marlowe, así que se dispuso a ponerlo al corriente de su plan.

Momentos después, un marinero se acercó a comunicarles que la comida estaba lista.

—… y eso es todo —concluyó Malcolm—. ¿Piensa usted ahora concederme ese favor tan especial?

—No puedo hacerlo, lo siento. Nunca he casado a nadie y me temo que el reglamento no lo permite.

—El almirante ha dado su autorización para que haga lo que le pido.

—Bueno, en realidad se ha expresado con mucha precaución, pues lo ha dejado a mi discreción. Dios mío —dijo Marlowe, imaginando toda clase de futuros desastres—, usted no conoce a Ketterer como yo lo conozco. Si hago lo que no debo, puedo asegurarle que me cortará los cojones, y mi carrera se irá al traste… No, de ninguna manera, no puedo hacerlo.

—¿Por qué no? ¿No aprueba usted nuestra boda?

—Por supuesto que sí, pero es su madre la que no lo consiente. Se lo ha prohibido a sir William, a la Iglesia, a otros oficiales. ¡Coño! Son menores de edad, así que, si yo lo hiciera… ¡Santo Cielo! Angélique tampoco tiene la edad legal. No puedo arriesgarme…, no a menos que le envíe una señal a Ketterer. Pediré su consentimiento.

—Si lo hace, dejará de confiar en usted. Si hubiera querido que lo hiciera, se lo habría dicho.

Marlowe volvió a leer el mensaje del almirante. Struan tenía razón. «¿Por qué los habré invitado?». Recordó que lo primero que le había dicho su padre era que en la Marina uno ha de dirigir su barco de acuerdo con lo que dicen los reglamentos y el maldito libro, a menos que uno sea Nelson, y Nelson solo había habido uno.

—Lo siento, pero mi respuesta es no.

—Usted era nuestra última esperanza; ahora es nuestra única esperanza.

—No puedo.

Struan se decidió a jugarse el todo por el todo.

—¡Ángel! —gritó.

Angélique regresó a su lado acompañada de Lloyd.

—Angélique, ¿te gustaría que nos casáramos hoy? El capitán Marlowe puede hacerlo si lo desea. ¿Qué te parece?

Las palabras de Malcolm surtieron en Angélique un efecto maravilloso y no escuchó a Marlowe, quien decía que, lamentándolo mucho, no podía hacerlo. En cambio, lo besó y lo abrazó, emocionada, y también a Struan, una y otra vez.

—Oh, sí… John, sería estupendo. Por favor. Gracias, gracias.

Angélique era irresistible, y Marlowe se oyó a sí mismo diciendo:

—Sí, por supuesto, ¿por qué no? Será un placer.

El timonel selló el asunto con una exclamación de alegría:

—¡Tres hurras por el capitán Marlowe! ¡Hoy vamos a celebrar una boda a bordo!

El almuerzo se convirtió en una animada fiesta como anticipo de la boda; tomaron dos o tres vasos de vino para saborear su calidad y no demasiada comida, pues todo el mundo estaba demasiado excitado y ansioso por comenzar. Tras tomar la decisión Marlowe ordenó navegar a toda vela mar adentro e hizo todo lo posible para que la ceremonia fuera memorable y perfecta.

Pero, antes de proponer un brindis prenupcial al finalizar el almuerzo, dijo en un tono solemne:

—Solo Dios sabe si todo esto es realmente legal, pero no encuentro nada en los reglamentos de la Marina que diga que no lo es, o que no pueda hacerse; nada relativo a la edad de los contrayentes, salvo que ambos deben manifestar su acuerdo formal ante testigos y firmar una declaración jurada que el capitán ha de

registrar en el cuaderno de bitácora. Cuando volvamos a tierra tal vez deban celebrar una ceremonia religiosa; de cualquier modo, ambas Iglesias se manifestarán en contra de esta boda.

Los miembros de la tripulación que estaban libres formaron filas frente a Malcolm, Angélique y el capitán, flanqueados por una guardia de honor. Marlowe buscó en el reglamento la página correspondiente; toda la compañía le prestaba atención.

—Nos hemos reunido aquí como testigos de la boda de Angélique y Malcolm, a los ojos de Dios…

En el horizonte se veían algunas nubes, aún no amenazadoras pero potencialmente peligrosas. Sobre ellos el cielo seguía despejado, y Marlowe se preguntó por un momento si esas nubes no serían una premonición. «Todavía no hay por qué alarmarse», pensó. La ceremonia no duró mucho tiempo; en realidad a todo el mundo le resultó más breve de lo esperado, y para Struan fue casi lo contrario de lo que había imaginado. Había usado como anillo de boda el anillo de sello que llevaba en el meñique. Era demasiado grande para la novia, pero ella lo sostuvo con fuerza mientras lo miraba con cierta incredulidad.

—Os declaro marido y mujer.

Cuando se besaron la tripulación estalló en tres hurras y Marlowe ordenó que sirvieran a todos una ronda de ron.

Angélique lo abrazó calurosamente; lágrimas de emoción bañaban sus mejillas.

—Gracias, muchas gracias —le dijo.

—No tiene por qué —dijo Marlowe, que luego dio un apretón de manos a Malcolm—. Felicitaciones, Malcolm. ¿Qué le parece si…?

Lo interrumpió una fuerte ráfaga de viento que sacudió la embarcación.

—Les sugiero que bajen al camarote y se pongan cómodos. Bajaré enseguida —dijo, y se dispuso a dar órdenes a sus hombres —. Lloyd, ponga rumbo a Yokohama; mantenga la nave a vela hasta nuevas órdenes. Es posible que se desate una tormenta.

—¿Entonces, capitán Marlowe, el favor especial que le pidió Mr. Struan fue que se alejara de la costa y que lo casara con mademoiselle Angélique Richaud?

—Sí, señor —respondió Marlowe que se hallaba en posición de firmes y no podía ver la expresión del rostro del almirante. Junto a este se hallaba el capitán del buque insignia y, detrás de ambos, el edecán.

—Y usted accedió, consciente de que ambos eran menores.

—Sí, señor.

—Por favor, redácteme un informe por escrito esta misma noche, especificando sus razones con toda exactitud. Puede marcharse.

Marlowe saludó y se disponía a retirarse cuando el almirante se dirigió al capitán, un marino curtido y famoso por la estricta disciplina que imponía a sus subordinados, siempre dispuesto a hacer respetar el reglamento al pie de la letra.

—Capitán Donavan, seguramente se ha encargado usted de examinar los aspectos jurídicos, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo con una mirada implacable.

—Bueno, entonces eso es todo por el momento.

Esas palabras fue lo último que escuchó Marlowe antes de cerrar la puerta y sentir que el corazón le volvía a latir.

Struan lo esperaba en la antesala, donde dos marineros hacían guardia.

—¡Por Dios, Marlowe! ¿Qué ha ocurrido?

—Nada grave por ahora —explicó Marlowe, tratando de aparentar serenidad—. El almirante me ha pedido que redacte un informe. Está en su derecho. Volveré a mi barco ahora mismo. Hasta luego.

Antes de que pudiera marcharse, la puerta del camarote se abrió y Marlowe se sintió otra vez a punto de morir. El capitán Donavan pasó de largo, sin prestarle ninguna atención.

—Mr. Struan —dijo el edecán desde la puerta—. El almirante Ketterer quiere verle.

Struan entró en el camarote del almirante. El edecán no lo acompañó. Marlowe lo miró, pero el edecán no dijo nada. Como era natural, no se atrevía a hablar delante de los guardias.

Ketterer, a solas en el camarote con Struan, le indicó a este que se sentara.

—En primer lugar, permítame que lo felicite —dijo en un tono de forzada naturalidad.

—Gracias, señor. Seguramente eso no es todo lo que quiere decirme —dijo Struan.

—No. En segundo lugar, me parece que no le resultará fácil cumplir su promesa.

—¿Por qué lo dice, señor?

—Parece que a sus colegas no les gustó nada su declaración. Sir William se encuentra acosado por multitud de quejas.

—Como le dije, haré todo lo que pueda.

—Tiene que hacer más que eso, Mr. Struan.

—Disculpe, pero ¿qué significa eso?

—Significa ni más ni menos lo que prometió.

Struan pensó que no debía perder de vista el hecho de que ese hombre había hecho posible su casamiento. Bueno, simplemente había permitido que fuera posible. John Marlowe había tenido agallas para casarlos.

—Espero que el capitán Marlowe no se haya metido en un lío.

—El capitán Marlowe está sujeto a los reglamentos de la Marina.

—Sí, por supuesto, pero creo que celebró la ceremonia de conformidad con esos reglamentos, señor. Yo mismo leí cuidadosamente el apartado correspondiente, y en él no se hace mención alguna de la edad.

—El reglamento también dice que una boda en esas condiciones está «inmediatamente sujeta a revisión, en caso de que sea posible». Y en este caso lo es.

—Eso quiere decir que estoy casado pero no del todo. ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Solamente me limito a señalárselo, Mr. Struan. Como todo en la Marina, lo que se sale de lo común está sujeto a revisión.

—Entonces, no tengo nada que añadir. Pero según mi interpretación de sus instrucciones, señor, el capitán estaba autorizado a celebrar la ceremonia.

—¿El capitán Marlowe le enseñó mis instrucciones confidenciales?

—Tal como yo las interpreté, señor… Sí, admito que le obligué a que me leyera el texto exacto de sus instrucciones, y que le persuadí de que usted lo autorizaba.

—Ya sabía yo que lo haría —replicó el almirante secamente.

—Entonces, ¿está usted de acuerdo con mi interpretación?

—Mis instrucciones decían claramente que si él lo deseaba podía hacerlo. ¿No me dijo anoche algo acerca de querer alejarse de la costa? El favor especial podría haber sido solo ese, pues Marlowe no estaba autorizado más que a realizar las pruebas a la vista del buque insignia.

Struan tenía que hacer un gran esfuerzo para seguir el razonamiento del almirante, sintiendo que en cualquier momento podía sobrevenir una catástrofe.

—Sí, señor, sí. Usted pudo muy bien haber pensado eso. Si hubo algún malentendido es culpa mía y no del capitán Marlowe.

—Tomaré nota de eso, Mr. Struan.

Malcolm observaba atentamente al viejo almirante, y le escuchaba aun con mayor atención, tratando de discernir adónde quería llegar, temeroso de que esa conversación no fuera más que la continuación de su peligroso juego del gato y el ratón. «Estoy otra vez en sus garras —pensó—. ¿Cuándo podré liberarme?».

—¿Me permite que le pregunte, almirante, por qué razón le dio entonces esas instrucciones al capitán Marlowe?

Struan le miraba directamente a los ojos, con la frente bien alta, pues no olvidaba que hasta el momento el matrimonio no había sido declarado ilegal.

—Sencillamente porque anoche no creí realmente que le pediría que los casara… por un capricho repentino, Mr. Struan, y porque creo que cumplirá su promesa.

Se puso de pie y se dirigió al armario, sintiéndose de golpe extrañamente joven.

—¿Jerez?

—Sí, gracias —aceptó Struan.

—Ya se lo alcanzo. ¿Tío Pepe? Bueno, ¡salud!

Entrechocaron las copas y Ketterer bebió un largo trago.

—Óigame bien, joven —dijo Ketterer en tono amistoso—. Por supuesto lo consultaré todo con sir William y le instaré a que lea los reglamentos. Es más que probable que el informe del capitán Marlowe sea aceptado después del examen de costumbre. Nos gusta asegurarnos de que nuestros oficiales son siempre conscientes de las consecuencias de sus actos. Pero no tema, no está metido en ningún «lío», como usted ha dicho. Este es otro secreto entre usted y yo, ¿entendido?

—Sí, señor. Gracias. Haré lo que he prometido. Entonces, ¿el matrimonio es legal?

—Eso depende de su punto de vista. Por lo que a mí respecta, por lo que a la Marina respecta, en todo caso, puedo decirle que sí. Por lo que respecta a las dos Iglesias y a los inevitables bombardeos jurídicos que tendrá que soportar, bueno, debo decirle que usted y Angélique han de prepararse para lo peor. Enhorabuena. Transmítale mis felicitaciones a Mrs. Struan, en privado, por supuesto.

XLIII

Al atardecer la noticia ya se había difundido por toda la colonia, el barrio de los borrachos y el Yoshiwara.

La gente no tardó mucho en hacer especulaciones y en enzarzarse en ruidosas y acaloradas discusiones en las que se desplegaban argumentos a favor y en contra de ese matrimonio; algunos afirmaban que la ceremonia había sido completamente ilegal, otros lo negaban con la misma insistencia y muchos de los comerciantes más exaltados —visitantes habituales del barrio de los borrachos— empleaban para ello palabras y gestos obscenos y apretaban los puños para defender sus puntos de vista. Los más prudentes, en cambio, solo decían:

—¡Ah, el canalla! ¡Era por eso que le iba lamiendo el culo al almirante! ¡Ya lo tenía todo preparado! ¡Es muy listo ese Struan, sí señor! En su lugar, yo habría hecho lo mismo. Me pregunto si ahora que ha conseguido lo que quería seguirá estando en contra del opio y las armas. Me parece difícil.

La multitud se abalanzó repentinamente sobre Angélique y Struan, que con gran dificultad intentaban abrirse paso, pues todos querían besar a la novia.

El pánico se apoderó de Angélique, lo cual hizo que surgiera la tensión entre quienes se hallaban más cerca. Struan tuvo que valerse de sus bastones para apartar a los opresores y no separarse de Angélique. Cuando Jamie intentó poner orden, alguien le soltó un puñetazo, lo cual dio lugar a que estallara una violenta pelea. Sir William mandó llamar a los centinelas de la Marina.

—¡Haced que esa gente se calme y que circule! ¡Deprisa, que los van a aplastar!

Los cuatro guardias se dirigieron hacia el muelle.

—Phillip, cuando el alboroto haya terminado, haga que Struan venga directamente a mi despacho.

Al sargento no le costó mucho poner orden. En medio del silencio general, consiguió finalmente que se abrieran paso.

—Señores, por favor, ¡dejen paso a la señora!

—¿Estás bien, Ángel? —le preguntó Struan.

—Oh, sí, querido —le respondió, arreglándose el sombrero, al que se le había roto la pluma—. ¡Oh, mira! ¡Qué pena!

—Déjeme ayudarla —intervino Tyrer, dándose aires y apartando a los pocos curiosos que aún se atrevían a acercarse a los novios—. ¡Fuera de aquí! ¡Le habéis dado un susto de muerte! ¿Está usted bien, Angélique? ¿Y usted, Malcolm?

—Sí, no se preocupe —dijo Malcolm. Ahora que ella estaba a salvo de la multitud desaforada y que él había recuperado los bastones, que habían volado por el aire, se sintió nuevamente feliz y gritó bien alto para que todos lo oyeran—: ¡Muchas gracias por venir a recibirnos! ¡El bar del club está abierto para todos! ¡Invita la Casa Noble!

Como era de prever, en el embarcadero no quedó ni un alma aparte de Struan, Angélique, Tyrer y McFay, y la agria presencia de Michaelmas Tweet:

—Mr. Struan, considero que esa ceremonia es totalmente ilegal y le advierto que…

—Puede que tenga razón, reverendo, pero en mi opinión no es así —replicó Malcolm con voz enérgica, pues ya tenía un plan para hacer frente al reverendo Tweet, otro destinado al padre Leo y otro para sir William—. No obstante, creo que hay una solución feliz para todos. ¿Quiere usted pasar por mi despacho mañana al mediodía? La Casa del Señor obtendrá satisfacción, se lo aseguro.

Tras decir esto se dirigió a Jamie y en voz baja le pidió que distrajera al reverendo mientras él y los demás se dirigían al edificio

de la Casa Noble.

Angélique partió a toda prisa, para evitar que la multitud la abordara de nuevo y, sobre todo, para evitar al padre Leo que se aproximaba al grupo tan rápido como su voluminosa humanidad y su sotana se lo permitían. Al llegar al vestíbulo vio a Vargas y a Chen, que le brindó su inmutable sonrisa.

—¡Qué suerte! ¡No tengo ningunas ganas de hablar con él! —exclamó.

—¿Por qué no? —inquirió Tyrer—. Después de todo, ya están casados y tendrá que aceptarlo. Sir William está fuera de sí desde que se ha enterado, maldiciendo a la Marina, a Ketterer y a Marlowe sin parar. Por lo tanto he de pensar que ya están casados, así que, si me permite felicitarla y… darle un beso a la novia.

Sin esperar el consentimiento la besó en la mejilla.

Struan llegó acompañado de McFay.

—¡Cierren la puerta! —ordenó.

Con la ayuda de Vargas, McFay le obedeció y consiguió apartar de buenos modos, pero con firmeza, a los comerciantes que persistían en su intención de besar a la novia. El padre Leo llegó en el último instante y se dio con la puerta en las narices, tras lo cual comenzó a aporrearla como si fuera el portal de la catedral.

Pero nadie le hizo caso y todos se dirigieron al despacho de Struan como una pandilla de niños traviesos. Una vez allí, todos, excepto Malcolm, se sentaron, exhaustos.

—Chen, trae champán. Gracias, Vargas, puede retirarse —dijo Struan, tras agradecer las felicitaciones y añadió, dirigiéndose a Chen en cantonés—: Abre esa botella de una vez, pequeño papamoscas.

Jamie McFay cerró la puerta y se sentó en la única silla que quedaba libre.

—*Ayiiyah* —dijo Malcolm—. Nunca imaginé que se armaría tanto revuelo. Phillip, gracias por las felicitaciones. A usted también, Jamie. ¿Te encuentras bien, Angélique?

—Sí, Mr. Struan, muy bien, gracias.

—Ha sido una noticia estupenda, Malcolm. Por cierto, sir William querría verlo cuanto antes.

El modo en que Tyrer pronunció esas palabras, tratando de parecer casual, cuando todo el mundo sabía que en realidad se trataba de una orden, produjo un súbito silencio que se rompió con un estallido general de risas algo histéricas.

—No tendré ningún problema en verle mañana por la tarde.

Llenaron las copas y brindaron, y bebieron y volvieron a llenarlas otra vez, hablando todos en voz alta y al mismo tiempo. En ese momento se abrió la puerta. Era Vargas, que pidió hablar con McFay.

—Iré en un momento, Vargas. Tai-pan, le ruego que me disculpe. Y hay un mensaje para Ang…, digo, para Mrs. Struan. Monsieur Seratard quiere felicitarla personalmente en la legación francesa, lo antes posible y…, el cura también quiere hablar con usted.

—Jamie, primero termine de brindar con nosotros, se lo ruego. Vargas, envíele un mensaje a Seratard y dígale que lo pondremos en el primer lugar de la lista, pero antes dígale al padre Leo que puede venir mañana por la tarde, a las cinco.

Malcolm vio como una sombra cubría el semblante de Angélique.

—Yo me ocuparé de recibirlo, Ángel. Te prometo que para el domingo todo se habrá arreglado. Lo tengo todo controlado. Apenas oscurezca regresaremos al cúter.

—¿Al cúter? ¿Por qué razón tenemos que volver al cúter?

—Otra sorpresa. Vamos a cenar en el *Prancing Cloud* y pasaremos la noche a bordo. Y para mañana te tengo reservadas más sorpresas, montones de sorpresas; después de todo mañana empieza nuestra luna de miel. Saldremos dentro de una hora, y no es necesario que te cambies. Le he pedido a Ah Soh que te preparara algunas ropas y ya las ha enviado al barco. ¿Tiene que marcharse, Jamie? ¿Qué ocurre?

—Tenía una cita con Gornt y con tanto alboroto lo había olvidado. Me está esperando abajo. Le pidió a Vargas que le transmitiera sus felicitaciones, y las de Norbert.

—Angélique —dijo Struan— ¿por qué no vas a refrescarte un poco? Yo haré lo mismo y saldremos dentro de una hora. Tengo que arreglar dos o tres cosas con Jamie.

Angélique le dio un beso y se retiró. Malcolm le dijo a Chen en cantonés que preparara un poco de agua caliente para él y su esposa.

—Después embarcaremos en el *Prancing Cloud*. ¿Está todo preparado?

—Sí, señol.

—Bien, y será mejor que vosotros tres no abráis el pico. —Luego añadió, dirigiéndose a Tyrer en inglés—: Phillip, sabrá usted disculparnos, ¿verdad? Mañana dará comienzo la verdadera celebración, con un banquete de bodas por todo lo alto. Ya recibirá la invitación. Salude usted a sir William de mi parte y, por favor, no diga a nadie que pasaremos la noche en el *Prancing Cloud*, ni siquiera a sir William. Quisiera que la de hoy fuera una noche especial, ¿me comprende?

—Por supuesto. Enhorabuena otra vez, Mr. Struan.

Tyrer ya sentía ganas de marcharse. Tenía que encontrarse con Hiraga para redactar otro breve mensaje al tairō Anjo antes de cruzar el puente del Yoshiwara y dejarse caer en los brazos de Fujiko. Tras el consejo de guerra de esa mañana entre sir William y Seratard, al que había asistido con André y en el que ambos ministros ultimaron los detalles del bombardeo y la campaña de represalia contra Yedo, André le había dicho:

—Fujiko está ansiosa por verle. Ya está todo arreglado. Incluso ha insistido en agasajarle con un festín japonés, así que le conviene acudir con mucha hambre. Pero no olvide que ha de seguir haciéndose el duro.

Una vez a solas con Jamie, Malcolm comenzó a acusar la tensión y el cansancio del día.

—Jamie, sírvame otra copa, por favor. Gracias. ¿Está todo preparado?

—Para esta noche y mañana, sí. Ah Tok y Ah Soh ya están a bordo con los baúles. Chen irá con usted y Mrs. Struan. Creo que solo ellos, Strongbow, yo, y ahora Phillip, sabemos que pasarán la noche en el *Prancing Cloud*.

—Perfecto. Ha sido un error que Phillip se enterara, pero ya no hay nada que hacer. No creo que hable. ¿Qué es lo que quiere Gornt?

—Solo arreglar los últimos detalles. Dígame, ¿no le hace cambiar de idea el hecho de haberse casado?

—Podría cambiar de idea, pero no lo haré si Norbert no se disculpa.

—Gornt quería hablar a solas con usted. ¿Qué le parece?

—De acuerdo. Pero que sepa de antemano que no cambiaré de idea.

Jamie hizo pasar a Gornt, y la amabilidad de este pronto inundó la habitación. Para Malcolm era como reencontrarse con un viejo amigo.

—¿Champán?

—Sí, gracias. Antes que nada quisiera felicitarlo, tai-pan.

—Gracias. ¡Y salud!

—¡A la suya!

—Lo lamento pero tengo algo de prisa. Mañana dispondré de más tiempo…, al menos eso espero.

—Precisamente quería hablarle en privado del asunto. Mr. Greyforth está dispuesto a aceptar sus condiciones. Cancela el duelo.

—Es la mejor noticia que podían darme; bueno, después de la boda, quiero decir.

—Sí. Siempre que hable en serio.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que debe estar preparado para alguna treta. Siento aguarle la fiesta, pero tenía que advertirle. Sé que cambiará de idea.

—Con Norbert y todos los Brock ya estamos acostumbrados a que se comporten como cerdos. ¡Salud, dinero y felicidad!

Brindaron, y Malcolm no pudo evitar percibir algo extraño en Gornt, sin poder precisar exactamente de qué se trataba.

—¿Sigue dispuesto a proporcionarme la información que necesito? —le preguntó.

—Oh, claro. ¿Y qué me dice de mi contrato?

—Todo estará listo para que lo firme mañana.

—Entonces, gracias y hasta mañana. Lo felicito nuevamente.

Otra vez Malcolm percibió algo extraño en el tono de las palabras de Gornt.

—Está usted tan ansioso como yo —dijo Malcolm.

—Sí. Mañana será otro gran día. Un final…, y un comienzo.

En su habitación, Angélique se hallaba sentada delante del espejo, con la mirada perdida, jugando inconscientemente con su anillo. Sola por primera vez en todo el día, al sentarse en la intimidad de su cuarto la asaltó un cúmulo de interrogantes y de hechos concretos; todo estaba ocurriendo muy deprisa, de golpe se veía casada sin haberlo nunca esperado realmente, no al menos de esa manera, no en un barco de la Marina británica. «Casada pero no ante Dios, casada con un hombre al que adoro pero al que he engañado. La violación no fue culpa mía, el aborto fue necesario, los pendientes eran la única solución, el secreto fue la única forma de protegerme. Sin embargo, le he engañado. A este hombre que me ama con pasión, que lo ha arriesgado todo por mí; le he robado, le he mentido y me tendrá en la noche de bodas deshonrada. Sin embargo…».

En una de las cabañas dentro del recinto del Yoshiwara, oculta en los laberínticos jardines, Phillip Tyrer se encontraba sentado tranquilamente, ya bañado, saciado de comida y sake. Totalmente desnudo bajo el yukata, Fujiko estaba arrodillada detrás de él, masajeándole los músculos del cuello y buscando con los hábiles

dedos los puntos de placer y dolor. Ella también llevaba un yukata de dormir y el cabello suelto. Le mordió con delicadeza el lóbulo de la oreja, en la zona más erógena; con la lengua sabía cómo aumentar el placer hasta grados incomparables.

Mientras lo sometía al poder hipnótico de sus dedos, no podía dejar de pensar en la advertencia de Raiko:

—Algún alma malvada y hambrienta de la posada del Lirio ha seducido a nuestro gai-jin y lo ha apartado de nosotras. Me ha costado mucho lograr que regrese y he tenido que hacer muchas concesiones a los intermediarios. No falles esta noche, es posible que esta sea tu última oportunidad para conservarlo en tu poder. Átalo con cuerdas de seda, usa todos los trucos, todas las técnicas…, incluso la de la luna detrás de la montaña.

A Fujiko no le hizo ninguna gracia esa última sugerencia. Nunca lo había probado, ni siquiera en sus encuentros más apasionados. «No importa —se dijo estoicamente—, es mejor someterse a algunos momentos desagradables de comportamiento excéntrico que perderlo y quedarme sin un año de paga».

A medida que sus dedos se aproximaban al miembro de Tyrer, comenzó a murmurarle suavemente al oído, pero no pudo evitar que por su mente desfilaran imágenes de su casa familiar, de sus hijos, de su amoroso marido…

Hizo un esfuerzo y alejó esos sueños.

«Primero he de conseguir que el cliente se duerma.

»Esta noche he de seducir para siempre a este perro desagradecido. ¡Es una cuestión de honor para las Tres Carpas! ¿A mí me va a ganar una desgraciada de la posada del Lirio?

»¡Nunca!».

XLIV

El clíper *Prancing Cloud* se mecía, anclado, al vaivén de la marea nocturna. El capitán Strongbow, un hombre grueso y rudo de unos cincuenta años, fumaba en cubierta su pipa. El viento hacía crujir los mástiles y cada madero del barco. «Será una noche agradable —pensó—, apropiada para nuestros invitados, no hace demasiado frío».

Angélique y Malcolm se hallaban en la cubierta principal, apoyados uno junto al otro en la barandilla, contemplando las luces de Yokohama. Por primera vez desde el incidente del Tokaidō, Malcolm se había decidido a valerse de un solo bastón. No le resultó muy difícil. Ese barco, armado con diez cañones, tan potente como cualquiera de la Marina, era el orgullo de Strongbow.

—¡Qué hermosa noche! —exclamó Malcolm, auténticamente feliz por una vez en la vida.

—Esta noche todo es hermoso, *mon amour* —dijo Angélique, acercándose un poco más a su esposo. Ya habían cenado y estaban esperando a que les prepararan el camarote donde pasarían la noche.

Strongbow observaba la marea, sopesando las posibles sorpresas. En esas aguas cualquier cambio de la marea podía advertir la llegada, horas más tarde, de una tsunami, una ola gigante originada tal vez a miles de kilómetros de allí por un terremoto suboceánico y que era capaz de engullirlo todo a su paso y barrer las ciudades costeras cuando llegaba hasta tierra.

Cuando tuvo la certeza de que la marea no era anormal, miró otra vez hacia donde se hallaba Struan. Estaba contento de tenerlo a

bordo y de haber recibido la orden de zarpar a primera hora de la mañana, a toda velocidad, en dirección a Hong Kong, ya que sabía, como todo el mundo, que Tess Struan en persona le había ordenado a Malcolm que regresara a casa hacía ya varias semanas. Lo que más la preocupaba era que la muchacha también formara parte del pasaje.

—¿A qué se debe el cambio de órdenes, señor? —le preguntó un marinero.

Strongbow se encogió de hombros. Ciertamente no entendía por qué Malcolm debía volver a tierra antes del alba para regresar después a bordo a toda prisa, sobre todo con las dificultades que tenía para andar. «¡Qué más da que ahora use un solo bastón! Problemas de la compañía, documentos que aún tiene que firmar, ¿quién sabe? Pero todo eso lo podía traer perfectamente a bordo McFay. ¿Qué estarán ocultando esos dos? Algo me huele mal. ¿Por qué si no tantos secretos y la prohibición tajante de que la tripulación baje a tierra?».

Había oído rumores del duelo. «Justo el tipo de bravuconada en la que un joven como Malcolm podía caer fácilmente; cualquier cosa con tal de humillar a los Brock antes de abandonar Yokohama, justo ahora que todo el mundo sabe que debería preocuparse por hacer las paces. Brock está subiendo, el dominio de los Struan ha durado demasiado y hoy por hoy les resulta bastante difícil mantenerse a flote. ¿Navegaremos con el pabellón de nuestro enemigo esta Navidad? Por Dios, espero que no.

»El muy imbécil no se parece a su padre, sino a su abuelo. ¡Por todos los diablos, qué hombre!». Strongbow había navegado con él varias veces, cuando traficaba opio en la costa china.

Vio que Malcolm rodeaba a la muchacha con el brazo y que la apretaba un poco más contra su cuerpo. Al capitán se le ablandó el corazón. «Es duro crecer, no es fácil ser tai-pan de la Casa Noble habiendo tenido un abuelo como el que tuvo, y una madre como la que tiene».

Malcolm y Angélique seguían sin moverse, ajenos a la realidad. El reloj de arena del puente estaba vacío; había transcurrido media hora. Se escucharon seis campanadas en el *Prancing Cloud*, y el eco de otras campanadas en los buques anclados en la bahía; eran las once de la noche. Las campanadas consiguieron sacar a los recién casados de su ensoñación.

—Es hora de bajar, Ángel.

—Es pronto aún, querido. Chen dijo que nos avisaría cuando el camarote estuviera listo.

Angélique no había pensado en otra cosa desde que Malcolm le preguntara «¿Qué te parece si nos casamos hoy…?».

Lo besó tiernamente en el mentón, tranquila, preparada y en paz consigo misma.

—Mi querido esposo, vamos a ser tan felices, nuestra vida será maravillosa, te lo prometo. Basta de sufrimientos, basta de dolor. Tienes que ponerte en forma, prométemelo.

—Sí, te lo prometo, querida mía.

Unas gaviotas pasaron muy cerca de sus cabezas. En ese momento vieron acercarse a Chen; todo estaba como el tai-pan lo había ordenado.

Malcolm estaba apoyado contra la puerta, sintiendo el dolor por anticipado, resuelto a llegar a su cama de matrimonio por su propio pie. Angélique se había detenido junto a la litera y lo miraba. El camarote estaba perfectamente ordenado. La gran mesa de comedor y las sillas estaban fijadas al suelo, al igual que la amplia litera, con espacio más que suficiente para dos. Era otra de las normas impuestas por el tai-pan. A la derecha había un pequeño cuarto de baño; una lámpara de aceite colgaba de las vigas bañándolo todo de una luz acogedora.

Los dos vacilaban, inseguros.

—¿Angélique?

—¿Sí, *chéri*?

—Te quiero.

—Yo también, Malcolm. Soy tan feliz.

Ninguno se movió. Ella había dejado caer levemente el chal, dejando los hombros al descubierto y el vestido estilo imperio color verde pálido, de talle alto y gruesos pliegues de suavísima seda arremolinados bajo sus pechos siguiendo el ritmo de los latidos de su corazón. Había encargado el vestido según un modelo aparecido en *L'Illustration*, una de las más famosas revistas francesas de alta costura, que su amiga Colette le había enviado de París. Cuando se presentó así vestida para la cena, a Strongbow y su invitado se les cortó la respiración.

Los ojos de Angélique eran un espejo donde se reflejaban los de Malcolm, incapaces de soportar la espera; su ansiedad parecía extenderse y envolverla. Angélique no pudo reprimirse más y se arrojó en sus brazos apasionadamente. Sin que se diera cuenta, el chal resbaló hasta el suelo.

Algo excitada, murmuró:

—Vamos, *chéri*.

Lo cogió de la mano y recitó para sus adentros otra oración pidiendo ayuda para olvidar el pasado y el futuro y poder concentrarse en el presente. Así, temblorosa, lo condujo hasta el lecho, dispuesta a hacer todo lo que él deseaba y esperaba de ella.

La impaciencia de Malcolm apenas la dejaba actuar, sus grandes manos recorrían el cuerpo de su mujer y la besaba aquí y allá con una pasión incontenible.

—Deja que te ayude —dijo ella, deseando también comenzar, y le quitó la chaqueta y la camisa. Se estremeció cuando vio la cicatriz en su cintura.

—Oh, querido, lo siento de veras, he sido una tonta —dijo, abrazada a él y, de repente, aliviada la angustia, enfadada consigo misma por su torpeza, se enjugó las lágrimas, apartó de sí la momentánea tristeza, y lo besó como si nada hubiera pasado—. Lo siento, querido, he sido una tonta —repitió—. Siéntate aquí un momento.

Malcolm obedeció.

Sin dejar de mirarlo con sus ojos vivaces, aún velados por las lágrimas, se quitó el cinto de seda y luego desabrochó los botones traseros del vestido y dejó que este cayera como lo había ensayado antes de la cena frente al espejo. Malcolm quiso abalanzarse sobre ella, pero se lo impidió y se acercó a la cómoda donde había guardado su espejo y los perfumes y ungüentos y, tomándose su tiempo, se puso perfume detrás de las orejas y en los pechos.

Tímidamente, Angélique se quitó los calzones y cubrió con ellos la pantalla, dejando solo la luz suficiente para que todo pareciera más maravilloso que lo que él había imaginado: la visión de su cuerpo desnudo era como un sueño, como un sueño vívida y dolorosamente real. Lentamente Angélique se tendió junto a él en la litera.

Musitaban palabras de amor mientras las manos palpaban, exploraban; respiraban pesadamente, acercándose uno al otro —cada movimiento era para Malcolm una tortura— con labios ardientes y besos apasionados. Angélique también exploraba con las manos, controladas atentamente, toda su mente concentrada en la imagen del inocente primer amor que quería que él recibiera de ella, desesperada por satisfacerlo pero algo asustada.

—Oh, Malcolm, oh, Malcolm —murmuró y volvió a besarlo con pasión, rogando que lo que Babcott le había dicho fuera cierto:

—No se preocupe, por un tiempo no podrá montar a caballo cómodamente, ni bailar una polca, pero eso no importa. Puede capitanear un barco, dirigir la Casa Noble, ser el buen padre de muchos hijos y el mejor marido sobre la tierra.

Ahora lo necesitaba, lo deseaba. Pero se controló, aferrándose a su plan, ayudándolo y guiándolo y cogiéndolo con fuerza, respondiendo a sus movimientos hasta que él gritó y con su propio cuerpo acompañó todos y cada uno de los espasmos de placer de Malcolm, que parecían no acabar nunca; sus desesperados jadeos, su peso muerto oprimiéndola, aunque no tanto como para hacerle daño.

«Qué extraño que pueda soportar su peso tan fácilmente, estamos hechos el uno para el otro, encaja perfectamente en mí», pensó Angélique, mientras le murmuraba palabras tiernas al oído, contenta por haber hecho el amor de forma tan satisfactoria esa primera vez.

Malcolm estaba semiconsciente, perdido en algún sueño misterioso, sin sentir prácticamente nada más que un amor pleno por esa increíble mujer, que, desnuda, era mucho más hermosa de lo que había imaginado. Su aroma, y su sabor, y su tersura… Todo su cuerpo estaba satisfecho. Todo había valido la pena. Se sentía eufórico. «Ahora es mía, y me he comportado como un hombre, y ella como una mujer. ¡Oh, Dios mío! ¡Espero no haberle hecho daño!».

—¿Te encuentras bien, Ángel? —preguntó, aún casi sin poder hablar—. ¿Te he hecho daño?

—Oh, no querido… Te quiero tanto.

La besó e intento erguirse apoyándose en los codos.

—No, no te muevas. Todavía no, por favor. Me gusta que estés así. ¿Te ocurre algo? —preguntó Angélique nerviosa, abrazándolo con fuerza.

—No, nada —murmuró, molesto por el dolor, que al moverse le llegaba hasta la base del cráneo. Con cuidado volvió a intentarlo, con más suerte esta vez.

—No te muevas, Malcolm —pidió ella con ternura—, quédate así, *mon amour*. Me gusta que te guste estar así, por favor…, por favor.

Malcolm la obedeció, agradecido, y se puso a decirle en voz baja cuánto la quería. Se hallaba tan feliz así, tan satisfecho, que sin darse cuenta cayó en un sueño profundo. Las campanas del barco anunciaron la medianoche, pero Malcolm no las oyó. No se movió, siguió tendido allí, junto a su esposa, disfrutando de la paz del camarote. De vez en cuando crujía algún madero, las olas balanceaban la embarcación.

Sin despertarlo, Angélique logró bajar de la litera y se dirigió al cuarto de baño de puntillas. Se lavó. Suspiró y pidió perdón. Se hizo

un corte con el pequeño cuchillo. André le había dicho que para un hombre era difícil o prácticamente imposible saber si la muchacha era virgen o no en la noche de bodas, a menos que tuviera motivos para sospechar. Un leve quejido en el momento oportuno, un poquito de sangre para que no quedara ninguna duda y, por la mañana, como si nada hubiera ocurrido.

«André es un tremendo cínico —pensó—. Que Dios me proteja de él y que me perdone por mis pecados. Me siento feliz de haberme casado y de que pronto nos vayamos a Hong Kong. Así no tendré que pensar más en él. Solo pensaré en mi Malcolm… Lo quiero tanto».

Contempló a Malcolm en la penumbra. Dormía con la cabeza apoyada en el brazo derecho, con el rostro distendido y libre de preocupaciones. Respiraba tranquilo. Contempló el cuerpo cálido y varonil de su marido. «Sí, es mi marido, y lo amo y soy solamente suya. Aquello nunca ocurrió. ¡Qué afortunada soy!».

Comenzó a acariciarlo. Malcolm se movió y extendió la mano hacia ella, aún sin despertar del todo.

—Hola, Ángel.

—Je t'aime.

—Je t'aime aussi.

Angélique respondió a sus caricias. Él se giró y contuvo la respiración, asaltado por un súbito dolor y después, como si hubiera pasado, exhaló un prolongado suspiro.

—*Je t'aime, chéri* —dijo ella, y se inclinó para besarlo. Entre beso y beso, Malcolm dijo, en un susurro:

—No, no te muevas, quédate así, quieta, mi amor.

La pasión volvió a hacer presa de ambos. Movimientos sensuales, lentos, suaves primero, después más frenéticos, ansiosos; Malcolm respondía con fuerza desconocida a los deseos de Angélique, que le pedía, que le exigía, sintiendo que el momento del estallido de placer se acercaba, y así hasta que sintió que se desvanecía entre espasmos y gritos, apretándolo con más fuerza, bien dentro de ella.

Y él también gritó, invadido por una sensación de esfumarse en el aire, hasta el último y deseado espasmo.

Silencio, roto solo por el sonido de la respiración de los amantes.

Poco a poco Malcolm recuperó la conciencia de sí mismo. Ella dormía acurrucada sobre su pecho. Él seguía maravillado, eufórico, con el aliento de su mujer en la mejilla. Se sentía despejado y veía por delante un luminoso futuro, sin ninguna sombra de temor o de duda. Estaba totalmente seguro de que había hecho bien casándose con ella, seguro de que ahora podría poner fin al conflicto con su madre y de que juntos aniquilarían a los Brock —antes él se ocuparía de eliminar a Norbert— y acabarían con el tráfico de opio y de armas. También quería convencer a Jamie de que no abandonara la compañía, la compañía que él pensaba dirigir como se debe dirigir un imperio de siglos, como al tai-pan le gustaría que lo hiciera. Hasta que, con el tiempo, y cumplido su deber, la Casa Noble volviera a ser la primera en Asia y él pudiera dejar ese legado al próximo tai-pan, al primogénito —que se llamaría Dirk— y sería el primero de una larga serie de niños y niñas.

No supo cuánto tiempo pasó así, tendido junto a Angélique, pensando en su futuro, confiado, embriagado por la alegría y el éxtasis, feliz como nunca se había sentido en la vida, murmurándole a Angélique dormida cuánto la amaba, mientras volvía a caer en un sueño profundo y se alejaba del recuerdo de ese terrible, maravilloso y supremo estallido de inmortalidad que lo había desgarrado dos veces esa misma noche.

XLV

Miércoles, 10 de diciembre

En el gris amanecer, Jamie McFay desembarcó en el muelle del barrio de los borrachos y se dirigió a la esquina. Desde allí vio a Norbert y a Gornt en la tierra de nadie, esperando donde se suponía que tenían que hacerlo, y advirtió sin prestarle mayor atención el pequeño bolso que llevaba Gornt y en el que seguramente se encontraban las pistolas para el duelo. No había nadie en el descampado aparte de ellos tres, y montones de moscas. En su camino solo se había cruzado con los últimos borrachos que regresaban a sus casas —los que tenían una casa— o se echaban a roncar en algún rincón, en un banco los más afortunados, en sucios portales la mayoría. No les había hecho caso.

—Lo siento —dijo Jamie, casi sin aliento. Llevaba un largo abrigo, igual que Norbert y Gornt, para protegerse del húmedo y frío aire de la madrugada—. Lamento llegar tarde, es que…

—¿Dónde está el tai-pan de la jodida Casa? —preguntó Norbert —. ¿Acaso se ha acobardado en el último momento?

—Que te den por el culo —masculló Jamie, con cara de pocos amigos—. Malcolm ha muerto, el tai-pan ha muerto.

Los otros lo miraron incrédulos; él mismo tampoco acababa de creérselo.

—Vengo del barco. Fui a buscarle antes de que amaneciera, habían pasado la noche en el *Prancing Cloud*. Estaba…

No pudo seguir hablando, las lágrimas se lo impidieron y, turbado por el llanto, revivió su llegada a bordo y la terrible noticia que le

comunicó un capitán Strongbow sumamente pálido y asustado. El capitán había enviado un cúter en busca de un médico, pero ya no se podía hacer nada.

Después vio a Angélique acurrucada en un rincón de la cubierta, envuelta en mantas. Jamie rezaba en silencio para que no fuera cierto, para que solo fuera una pesadilla.

En el camarote principal todas las luces estaban encendidas y Malcolm yacía inmóvil en la litera, con los ojos cerrados y la expresión plácida de la muerte en el rostro, libre de preocupaciones. Las sábanas le cubrían el resto del cuerpo. A Jamie le sorprendió ver a su amigo así, como nunca lo había visto antes, irradiando una desconocida sensación de paz.

—Fue Chen el que lo encontró —le estaba diciendo Strongbow en un tono monótono y algo ausente—, el criado, cuando vino a despertarlo hace unos diez o quince minutos. La puerta se puede abrir desde afuera, como en la mayoría de los camarotes. Al entrar pensó que estaban dormidos. Pero en realidad solo Angélique dormía. Chen lo sacudió varias veces para despertarlo y cuando se dio cuenta el pobre viejo casi se muere del susto. Fue a buscarme al instante. Cuando llegamos Angélique ya estaba despierta. Estaba despierta y temblaba, la pobrecilla, desesperada. Así que la saqué del camarote y le pedí al primer oficial que se hiciera cargo de ella. Al volver aquí comprobé que era cierto, que el pobre Malcolm estaba muerto, en la misma posición en que lo ve usted ahora. Yo mismo le cerré los ojos… Pero mire aquí, mire…

Temblando, Strongbow apartó la sábana. Malcolm estaba desnudo, la mitad inferior de su cuerpo en un charco de sangre seca que el colchón de la litera había absorbido.

—Debe de haber tenido una hemorragia. Solo Dios sabe por qué, pero yo supongo…

—¡Oh, Dios! —exclamó Jamie, buscando una silla, y maldijo y maldijo una y otra vez—. ¿Y qué hago yo ahora, Dios mío? —se preguntó.

La voz de Dios le respondió resonando como un eco en las paredes del camarote.

—¡Embálelo en hielo y envíelo de vuelta a casa!

Asustado, se puso en pie de un salto. Strongbow lo observaba, perplejo, y de golpe Jamie se dio cuenta de que había sido el capitán quien le había respondido, pues sin darse cuenta había hecho la pregunta en voz alta.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre, capitán? —gritó.

—Lo siento, Jamie, no quería —Strongbow se quitó el sudor de la frente—. ¿Qué quiere usted que haga?

—No lo sé —respondió Jamie, que se sentía al límite de sus fuerzas.

—Normalmente, en casos así, lo que hacemos es arrojar el cuerpo al mar; no podemos conservar los cadáveres a bordo. Pero usted podría enterrarlo en Yokohama… Haré lo que usted diga.

La cabeza de Jamie parecía haber dejado de funcionar. Vio a Ah Tok junto a la litera. La vieja se balanceaba sobre los talones y parecía estar recitando en silencio alguna oración.

—Ah Tok, ve arriba, no tienes nada que hacer aquí.

La criada no le hizo caso, siguió balanceándose y no le contestó. Jamie lo intentó otra vez, pero fue inútil.

—Es mejor que esperemos, capitán. Espere a que lleguen Hoag o Babcott.

Jamie regresó a cubierta y se arrodilló junto a Angélique. Aún no había amanecido. Angélique estaba muda, seguía temblando, y no respondió a ninguna de las frases que Jamie le dijo para consolarla. En un momento alzó la vista, pero no pareció reconocerlo, sus grandes ojos azules parecían mirar al vacío.

—Tengo que volver a tierra ahora, Angélique, ¿me oye? He de ir a comunicárselo a sir William, ¿me oye?

Vio que Angélique asentía, siempre con la mirada perdida en algún lugar de cubierta. Jamie la acarició como lo hubiera hecho un padre. En la pasarela le dijo a Strongbow:

—Ponga la bandera a media asta. Que todo el personal permanezca a bordo. Considere cancelada la orden de zarpar. Volveré en cuanto pueda. Es mejor no tocar nada hasta que llegue el médico.

En el viaje de regreso se sintió terriblemente mareado. Ahora estaba frente a Norbert y Gornt. Gornt se quedó anonadado al conocer la noticia. Jamie oyó que Norbert le preguntaba:

—¿Malcolm muerto? ¿Cómo ha sido, por todos los diablos?

—No lo sé —dijo Jamie—. Hemos enviado a buscar a Babcott, pero parece como si hubiera tenido una hemorragia. Tengo que ir a avisar a sir William.

Se dispuso a marcharse, pero la risa socarrona de Norbert lo detuvo.

—¿Cree que el cabrón murió mientras estaba follando? ¿En combate? Venía dispuesto a matarle y ahora resulta que él solito se ha muerto mientras atravesaba las Puertas de Jade, el viejo Brock se va a reír hasta…

Ciego de rabia McFay arremetió contra Norbert y le asestó un puñetazo en plena cara que lo hizo caer de rodillas. Norbert se retorcía como un gato, pero logró ponerse de pie y con la cara magullada y la nariz manando sangre solo atinó a pegarle una patada. La punta de la bota de Norbert se clavó en el cuello del abrigo de Jamie, que consiguió amortiguar el impacto. De lo contrario le habría partido el cuello. Norbert se limpió la sangre que le manaba de la nariz y se arrojó sobre Jamie, que yacía en el suelo. Pero Jamie lo vio venir y lo esquivó justo en el momento en que Norbert se disponía a darle otra patada. Le cogió la pierna y lo derribó.

Pelearon salvajemente. La furia los hacía insensibles al dolor. Gornt trató de separarlos, pero lo único que consiguió fue recibir algunos puñetazos. La enemistad acumulada durante tantos años estallaba por fin, con una ferocidad implacable. Los dos hombres eran de la misma altura, pero Jamie pesaba unos quince kilos menos. Norbert era más rudo y tenía más experiencia en reyertas.

Jamie vio que sacaba una navaja. Él y Gornt gritaron. Norbert arremetió blandiendo la navaja mientras soltaba un victorioso grito de guerra, pero en ese mismo instante Jamie logró asestarle un puñetazo que le aplastó la nariz. Norbert se tambaleó y cayó, aferrándose el rostro con las manos, derrotado y paralizado por el dolor.

Jamie se puso de pie, jadeando. Gornt creía que iba a acabar con el otro hombre propinándole una patada en la cabeza y desfigurándole la cara con la bota. Eso es lo que él hubiera hecho en su lugar. La noticia de la muerte de Malcolm no le había resultado agradable. Era la única alternativa que no había previsto para ese día. Ahora tendría que revisar todo su plan, y rápido. Pero, por Dios, ¿cómo? ¿Podía servirse de esa pelea?, se preguntó, mientras esperaba la próxima reacción de Jamie.

Al ver que Norbert estaba fuera de combate, la rabia de Jamie se esfumó. Tenía la boca llena de sangre. Escupió. Durante años había soñado, había esperado el momento de humillar a Norbert, y ahora lo había hecho. Se había vengado de una vez y para siempre. Y también había vengado a Malcolm, que había sido provocado deliberadamente.

—Norbert, eres un hijo de puta —gritó, sorprendido por lo ronca que le salía la voz—. Como digas algo en contra de…, en contra de mi tai-pan, cualquier cosa, como te burles de él ahora que está muerto, te lo juro, Norbert, que te haré pedazos.

Pasó tambaleándose junto a Gornt, sin verlo casi, y se dirigió al muelle. Unos quince metros más adelante tropezó y cayó, y se quedó allí sin poder moverse, de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo, sin prestar atención a los otros.

Norbert comenzaba a recobrar el conocimiento; escupía sangre, tenía la nariz destrozada, el rostro lleno de magulladuras. Se sentía furioso consigo mismo por haber dejado que Jamie le ganara. Y, además, estaba petrificado de miedo. «El viejo Brock no te lo perdonará —sentía que una voz gritaba en su cabeza—, serás el

hazmerreír de toda Asia, vencido por ese hijo de puta de Jamie McFay, por ese don nadie, ese lameculos de Struan…».

Sintió que podía incorporarse. Se obligó a abrir los ojos. Respirando con dificultad, confundido y con los ojos hinchados consiguió sin embargo ver a Jamie unos metros más adelante; Gornt estaba a su lado y aún llevaba el bolso con las pistolas.

Casi enloquecido por el dolor, tuvo un montón de pensamientos perversos: «A esta distancia no puedo fallar, Gornt es el único testigo. En la investigación diremos que Jamie iba a coger su pistola. Sí, sir William, tuvimos una pelea, sí, pero él me pegó primero, ¿no es verdad, Edward? Di la verdad. Fue terrible, señoría, pero no pude hacer nada… No sé cómo se disparó la pistola, pobre Jamie…».

Norbert cogió la pistola y apuntó:

—¡Jamie! ¡Cuidado! —gritó Gornt.

McFay se volvió, y vio la pistola apuntando hacia él justo en el momento en que Norbert apretaba el gatillo, pero Gornt consiguió desviar el disparo y después, dándole la espalda a McFay, se colocó entre él y Norbert. Gornt cogió la pistola con ambas manos, con una fuerza inusitada que sorprendió a Norbert, y simuló una pelea con este por la posesión del arma. Gornt no dejaba de mirar a Norbert a los ojos, y lo único que este podía ver en la mirada de Gornt era la expresión de la muerte. Gornt apuntó el cañón hacia el pecho de Norbert y apretó el gatillo. Norbert murió en el acto. Después, fingiendo que se desmayaba, Gornt se dejó caer. Todo había durado solo unos segundos.

—¡Oh, Señor Todopoderoso! —exclamó Jamie. Avanzó tambaleándose y cayó de rodillas junto al cuerpo de Norbert.

—¡Dios mío! ¡No sabía qué hacer! —exclamó Gornt al recobrar supuestamente el conocimiento—. Mr. Greyforth iba a dispararle por la espalda… Solo quería… Oh, Dios mío. Mr. McFay, usted lo vio, ¿verdad? Le grité para advertirle… Iba a dispararle… ¿No hay nada que podamos hacer? Iba a matarle…

No le resultó difícil convencer a Jamie, que se puso en marcha como pudo para ir en busca de ayuda.

Cuando se quedó solo, Gornt exhaló un suspiro de alivio. Estaba contento consigo mismo, satisfecho por haber previsto en el momento preciso las intenciones de Norbert, por haberse jugado la vida.

«Cuando se apuesta, el sentido de la oportunidad y la precisión son dos cualidades importantísimas —le decía siempre su padrastro cuando le enseñó a jugar a las cartas—. Algunas veces se presenta una auténtica ocasión, un regalo del cielo, y se te ofrece algo muy especial: el pozo. En ese momento no puedes fallar. Pero no dejes que el Diablo te engañe o te dejará clavado a la cruz. Lleva la misma máscara que el duende de la fortuna, por eso has de aprender a reconocerlo cuando se te aparezca».

Gornt sonrió con malicia al recordar esas palabras de su padrastro. El regalo del cielo había sido Norbert.

En el momento preciso, un crimen perfecto. Y una coartada perfecta.

Las moscas ya revoloteaban por encima del cadáver. Gornt se apartó y encendió un cigarro. Recorrió con la vista la tierra de nadie, cubierta por la niebla del amanecer. Todavía no se veía un alma. Mientras esperaba quitó los cartuchos vacíos de la otra pistola, la de Malcolm. Los habría cambiado y dado a Norbert los falsos en caso de que este hubiera decidido que el duelo se realizara, en lugar de cancelarlo.

«Norbert era un auténtico cabrón —pensó—. He hecho bien en mandarlo al otro mundo. Pero lo siento de veras por Malcolm. Ahora lo que he de hacer es ir a Hong Kong y cerrar el trato con su madre. Mejor y más seguro. Norbert tenía razón, ella es el verdadero tai-pan. Negociaré con ella lo que pensaba ofrecerle a Malcolm, suficientes pruebas para destruir a Brock & Sons, para acabar con Morgan, esa encarnación del diablo.

»Yo, Edward Gornt, hijo de Morgan Brock, triunfaré, me vengaré. Ah, padre, si supieras cuánto pienso disfrutar con mi venganza. Te acordarás de la forma en que te referiste a mi madre. Te lo haré pagar bien caro.

»Qué ironía, Morgan. Te has pasado la vida tratando de arruinar a tu única hermana y a su familia; tu padre hizo lo mismo con su única hija. Y yo soy tu único hijo, y la ayudaré a arruinarte.

»Es más seguro tratar con Tess que con Malcolm. Creo que firmará los préstamos del Victoria Bank que tanto necesito. Ya encontrará para mí un lugar en el consejo directivo. Bueno, es posible que considere mi presencia allí como una amenaza. Eso vendrá más tarde. Mientras tanto, el próximo en la lista es Cooper-Tillman.

»Pero ¿qué hago hasta entonces? Debo ir a Hong Kong lo antes posible. Es curioso que Norbert y Malcolm hayan muerto el mismo día.

»¿En combate? Vaya… ¡Qué manera de palmarla!

»Al llevarse a Malcolm el cielo me ha hecho otro regalo: Angélique. Ahora es libre, y rica. Es la heredera de la fortuna de la Casa Noble. Seis meses es un tiempo perfecto para el luto y para que me vaya organizando. Para entonces Tess Struan se alegrará de que Angélique se marche de Hong Kong. Casada. ¿Estará preñada? Me preocupa esa posibilidad. En realidad no importa demasiado. Me haré con la Casa Noble antes de lo previsto».

El sonido de su risa se confundió con el zumbido de las moscas.

—El doctor Babcott espera afuera, sir William —dijo Tyrer.

—¡Hágalo pasar inmediatamente! Buenos días, George, ¿qué diablos le ocurrió al pobre muchacho? Es una noticia terrible. ¿Cómo está Angélique? ¿Se ha enterado de lo de Norbert? ¡Maldito bastardo! Intentó matar a Jamie por la espalda hace un par de horas.

—Sí, sí, estoy al corriente. —Babcott no se había afeitado y estaba claramente trastornado—. Hoag ha llevado a Angélique a la legación francesa. Regresamos a tierra todos juntos. No quiso ir a la casa de Struan.

—Lo comprendo. ¿Cómo se encuentra?

—Ha tenido una crisis nerviosa. Le hemos administrado sedantes. Es algo tremendo para ella. Pobre muchacha, no lo ha pasado muy bien aquí. Primero el Tokaidō, después ese asqueroso ronin y ahora esto. No ha podido tener peor suerte. Está muy afectada.

—Oh, ¿cree que esto pueda trastornarla sin remedio?

—Espero que no. Nunca se sabe. Es joven y fuerte pero… nunca se sabe. Me siento tan inútil.

Ambos hombres se sentían profundamente preocupados.

—Debo confesar que me enfadé muchísimo por lo del casamiento, pero esta mañana, cuando me enteré de la muerte de Malcolm, habría dado cualquier cosa para que no fuera cierto. ¿Ha visto el cadáver de Norbert?

—No, Hoag se encargará de eso cuando haya terminado con Angélique. Pensé que era mejor venir directamente a informarle.

—Ha hecho bien. Ahora dígame, ¿qué le ocurrió a Malcolm?

A pesar de la angustia que le oprimía el pecho, Babcott realizó un informe clínico.

—Una hemorragia. Una arteria o una vena que estalló, por la noche, mientras dormía. No sintió ningún dolor ni espasmos, pues en ese caso se habría despertado, y también Angélique. Le practicaré la autopsia. Es necesario para extender el certificado de defunción.

—Si cree que es lo que se ha de hacer, adelante.

Sir William no quería pensar en la autopsia, le parecía algo macabro. Tampoco quería estar cerca del médico, de ningún médico. La ropa de los médicos estaba siempre manchada de sangre y olía siempre a medicamentos, por más limpia que estuviera.

—Pobre Malcolm Struan. ¿Se desangró, dice usted?

—Sí. Si vemos el lado positivo, advertí en el rostro muerto de Malcolm una placidez absoluta que nunca había visto antes en ningún cadáver.

Sir William jugueteaba con un tintero.

—George, ¿cree usted que *eso*, bueno, quiero decir, el orgasmo, pudo ser la causa de la muerte? Quiero decir, si hubiera estado muy

excitado…

—Eso es probablemente lo que ocurrió. No el orgasmo por sí mismo, pero la enorme energía que requiere pudo muy bien haber desgarrado algún tejido debilitado o provocar la ruptura de la arteria o de la vena. Malcolm tenía los genitales en forma, pero la cavidad estomacal bastante débil. Yo mismo había cosido un par de arterias. Tenía algunas lesiones importantes y no se estaba recuperando como a mí me hubiera gustado. Tenía el hígado…

—Sí, bueno, no quiero más detalles ahora —interrumpió sir William, algo asqueado—. ¡Dios mío, el joven Struan! ¡Parece imposible! ¡Y Norbert! Si no fuera por Gornt tendría que estar ocupándome de un asesinato. Ese muchacho se merece una medalla. Por cierto, dijo que Norbert había provocado a Jamie. ¿Sabía que Malcolm y Norbert iban a encontrarse en el barrio de los borrachos para el duelo?

—No hasta hace un momento. Me lo ha dicho Phillip. Estaban locos, los dos. ¡Y usted les había advertido de las consecuencias!

—¡Eso mismo digo! ¡Imbéciles! Aunque Gornt jura que los dos habían decidido aceptarse las excusas mutuamente, también me ha dicho que esta mañana Norbert había cambiado de idea y pensaba matar a Malcolm. ¡Jodido cabrón!

Mientras hablaba, sir William no dejaba de mover los objetos que se amontonaban en su escritorio: los papeles, el marco de plata…

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Con Norbert?

—No, debe ocuparse primero de Malcolm.

—Haré la autopsia hoy mismo, por la tarde. Me he tomado la libertad de disponer que lleven el cadáver a Kanagawa. Allí será más fácil. Hoag me ayudará y mañana por la mañana recibirá usted el informe. Extenderemos un certificado de defunción, como de costumbre.

—Quise decir, con el cadáver. ¿Qué haremos con el cuerpo?

—Puede enterrarlo cuando le vaya bien. Con este tiempo no hay ninguna prisa. Se conservará.

—¿Cree que lo bastante como para enviar al *Prancing Cloud* a Hong Kong y esperar a saber lo que opina Mrs. Struan? Es posible que quiera enterrarlo allí…

—No me gustaría ser yo el que le dé la noticia.

—A mí tampoco —dijo sir William.

Como siempre hacía frío en el despacho, que tenía una chimenea pequeña. Además, el aire se colaba por las viejas ventanas.

—Hoag es el médico de la familia. Le corresponde a él hacerlo. Pero George, insisto, ¿se conservará tanto tiempo el cadáver? Quiero decir, el tiempo de enviar la noticia, esperar que el barco regrese y llevar el cuerpo a Hong Kong, si eso es lo que ella quiere.

—Es mejor que la decisión la tome usted, sir William. Entiérrelo aquí o envíe el cuerpo a Hong Kong sin demora. Lo pondremos en hielo. Se conservará sin problemas.

A sir William le pareció correcta la propuesta.

—¡Phillip! Dígale a Jamie que venga enseguida. George, creo que lo más prudente es que enviemos el cuerpo a Hong Kong. ¿Qué le parece?

—Estoy de acuerdo.

—Bien, muchísimas gracias. No deje de informarme sobre el estado de Angélique y no se olvide de la cena de esta noche. ¿Qué le parece una partidita de bridge?

—Es mejor que lo dejemos para mañana.

—De acuerdo, tiene razón. Hoy no es el día apropiado. Por cierto, ¿qué hacemos con Norbert?

—Un entierro rápido. Pronto se olvidará y nadie lo echará de menos.

—Tengo que abrir una investigación. Edward Gornt es norteamericano. Está redactando una declaración.

—No tiene demasiada importancia. Hoag y yo podemos aportar pruebas médicas —Babcott se puso de pie y añadió con frialdad—: El «disparo por la espalda» no es una buena recomendación para Yokohama.

—Totalmente de acuerdo —coincidió sir William—. No me gustaría que eso se aireara.

—¿Quiere decir que no le gustaría que se enteraran nuestros anfitriones?

—Exacto. Es mi obligación informarles, pero no puedo contarles exactamente lo ocurrido en ninguno de los dos casos. Por lo que respecta a Norbert, se trata de una muerte accidental. Pero ¿y Struan?

—Dígales la verdad —le respondió Babcott, que seguía furioso por la pérdida de vidas humanas, furioso consigo mismo porque su trabajo como médico no había sido bastante bueno. Por otra parte, su lado humano deseaba ansiosamente correr a los brazos de Angélique y protegerla y consolarla de tanto dolor—. ¡La verdad es esta inútil y prematura muerte de un hombre joven, directamente atribuible a las heridas que recibió en el incidente del Tokaidō, un ataque que él no provocó!

—El ataque de unos criminales con los que aún no se ha hecho justicia —añadió sir William con amargura—. Tiene usted razón, George.

Babcott se retiró y sir William ordenó a Tyrer que lo dejara solo. De pie en la ventana, se sintió importante. «Tengo que conseguir una reacción rápida del Bakufu o estamos perdidos. Al traste con nuestro plan de apertura de Japón. No lo harán solos, tendremos que ayudarles. Pero deberán comportarse como seres civilizados, como gente respetuosa de la ley… Mientras tanto, el tiempo pasa. Sé que una noche caerán sobre nosotros y todo habrá terminado. ¡Como que me llamo William!

»Oh, sí, habrá que tomar represalias y se perderán muchas vidas. Entretanto yo habré fracasado en mi misión, estaremos todos muertos y esa idea no me resulta muy agradable, a decir verdad. ¡Si el almirante no fuera tan terco! ¿Cómo podría hacer que ese cabezota me obedeciera?».

Suspiró, pues sabía que solo había una manera: hacer las paces.

La tormentosa reunión de la noche anterior sobre el incumplimiento por parte del almirante de las órdenes de Mrs. Struan había acabado en un enfrentamiento abierto entre ambos.

—No fue correcto permitir a Marlowe que…

—¡Ya lo creo que hice lo correcto! Ahora me va a escuchar usted…

—¿Correcto? Acabo de enterarme de que también le pareció correcto interferir en asuntos políticos y comerciales tratando de llegar a un acuerdo inaplicable con el pretendiente al trono de los Struan. ¿Acaso no fue eso lo que hizo?

—¿Y usted, sir? Usted se entromete en asuntos que son de la exclusiva competencia del Parlamento, como declarar la guerra, por ejemplo. Y la única razón por la que me está hablando en ese tono es porque no tengo la menor intención de comenzar una guerra que no podemos ganar, que no podemos sostener con las fuerzas que actualmente poseemos. En mi opinión, cualquier ataque sobre la capital será considerado por los nativos, y con razón, como un acto de guerra, no como un incidente. ¡Buenas noches!

—¿Está usted de acuerdo en…?

—Estoy de acuerdo en que tenemos que hacer algunas maniobras de rutina para impresionar a los japoneses, pero no en bombardear Yedo. Por última vez le digo que no lo haré hasta que me enseñe el permiso por escrito y aprobado por el almirantazgo. Buenas no…

—¡La Marina y el Ejército están sujetos al control civil y le recuerdo que soy yo quien ejerce ese control aquí!

—De acuerdo, pero no está a cargo de mis barcos y hasta que no reciba órdenes en sentido contrario, aprobadas por el almirantazgo, haré con mis barcos lo que me parezca mejor. ¡Buenas noches!

Sir William regresó a su escritorio. Cogió una pluma y escribió en el papel de cartas con su membrete:

«Querido almirante Ketterer:

»Tiene usted razón en muchas de las cosas que dijo anoche. Por favor, le ruego que me disculpe si le he ofendido y empleé un lenguaje incorrecto al calor de la discusión. ¿Podría usted pasar a verme esta tarde? Imagino que ya estará al corriente de la muerte del joven Struan. Según el doctor Babcott la causa directa son las heridas que recibió en el ataque del Tokaidō. Tendré que presentar otra queja, más seria esta vez, ante el Bakufu, en relación con el fallecimiento de este caballero británico. Me gustaría que me aconsejara sobre la manera de resolver esta delicada cuestión. Reciba mis respetuosos saludos».

—Lo que soy capaz de hacer por Gran Bretaña —murmuró, mientras firmaba la carta y esperaba que la tinta secara—. ¡Phillip! Haga una copia y envíela de inmediato a Ketterer con el mensajero.

—Jamie acaba de llegar, señor.

—Hágalo pasar.

Jamie no tenía muy buen aspecto.

—¿Se encuentra mejor, Jamie? George Babcott me ha informado de las causas de la muerte de Malcolm.

Sir William le contó lo que habían hablado acerca del cadáver.

—¿Usted qué opina?

—Es mejor enviarlo a Hong Kong, señor.

—Bien, eso es lo que yo creo. ¿Acompañará usted el…?

—No, señor. Mrs. Struan…, me refiero a la madre de Malcolm, bueno, es posible que ya no merezca su confianza y, si fuera a Hong Kong, lo único que conseguiría es empeorar una situación ya bastante deteriorada, y muy dolorosa para ella, pobre mujer. Entre nosotros, le diré que me ha despedido. A final de mes debo dejar la compañía.

—¿Despedido? ¿Y por qué motivo?

—Eso no importa ahora. Angélique, nuestra Mrs. Struan, acompañará los restos de su marido, como es natural, junto con el

doctor Hoag. ¿Sabe que Angélique ha cambiado de parecer y ha decidido regresar al edificio de Struan en lugar de alojarse en la legación francesa?

—Oh, no lo sabía. Supongo que es lo mejor. ¿Cómo se encuentra?

—Según Hoag, todo lo bien que cabría esperar en una situación así. Enviaremos el *Prancing Cloud* a Hong Kong apenas usted lo considere oportuno. ¿Cuándo cree que podremos hacerlo?

—George me ha dicho que le practicará la autopsia hoy mismo y extenderá el certificado de defunción, que obrará en mi poder mañana. El clíper podría zarpar mañana, el único problema es Angélique, que ella se encuentre bien para viajar. ¿Cómo la ha visto?

—La verdad, no sé qué decirle. No la he visto desde… desde esta madrugada, en el barco. No me habló, no me dijo nada, creo que no estaba lúcida. Hoag aún está con ella. Solo podemos esperar que se reponga.

—¡Qué mala suerte, pobre muchacha! Ahora quisiera hablarle de Norbert. Como puede imaginarse, tendré que abrir una investigación.

—Es natural. Como ya sabe, Gornt me salvó la vida —dijo Jamie mientras espantaba una mosca que revoloteaba sobre la sangre seca de las magulladuras.

—Sí. Haré que le concedan una medalla. ¿Qué piensa hacer cuando deje la compañía, Jamie? ¿Volver a casa?

—Esta es mi casa; me quedo aquí o en China —dijo Jamie sin más—. Intentaré de algún modo crear mi propia empresa.

—Me parece muy bien. No me gustaría que se marchara. No puedo concebir la Casa Noble sin usted.

—Yo tampoco.

A medida que avanzaba el día, se fue extendiendo por Yokohama una oleada de angustia, mezcla de sorpresa, incredulidad, rabia, temor al estallido de una guerra; todo ello, por supuesto, alimentado

por los rumores más venenosos, aunque era necesario tener cuidado con los oídos indiscretos porque, después de todo, Angélique tenía defensores incondicionales y cualquier observación maliciosa podía dar lugar a una violenta reyerta. Malcolm no tuvo tanta suerte. Tenía enemigos y muchos se alegraban de que otra desgracia cayera sobre los descendientes de Dirk Struan. A su manera, también los dos sacerdotes estaban satisfechos con el desenlace, en el que veían un castigo divino.

—André —dijo Seratard durante la comida en la legación, en la que también se hallaba presente Vervene—. ¿Había hecho testamento?

—No lo sé.

—Vea qué puede averiguar. Pregúntele a Angélique, o a Jamie, probablemente sabrá más que la viuda.

André Poncin asintió en silencio, profundamente preocupado. La muerte de Struan venía a estropearle el plan de sacarle más dinero a Angélique para poder pagar a Raiko.

—Lo intentaré.

—Es muy importante que sigamos reafirmando la ciudadanía francesa de la joven. Hemos de protegerla cuando aparezca su suegra con la intención de hacer anular el matrimonio.

—¿Qué le hace estar tan seguro de eso? —preguntó Vervene.

—¡*Mon Dieu*, está más claro que el agua! —respondió Poncin, muy irritado—. Querrá hacerle creer a todo el mundo que Angélique «asesinó» a su hijo. Todos sabemos que la odiaba desde que se enteró del romance. ¡Imagínese ahora! Una mujer como Tess Struan, con un dogma sexual anglosajón tan marcado, la acusará de sabe Dios qué desviaciones. No hay que olvidar que es una fanática protestante. Henri —prosiguió, dirigiéndose a Seratard— creo que es hora de que me vaya a ver a Angélique.

En realidad, ya había estado con ella y le había aconsejado que volviera al edificio de la Casa Noble en lugar de alojarse en la legación.

—Por Dios, Angélique, su lugar está junto a la gente de su marido.

Era tan evidente para él que Angélique debía a cualquier precio reforzar su posición en la compañía Struan —después de todo era la viuda del tai-pan— que casi le había gritado; sin embargo, el repentino enfado se transformó en compasión al notar su profunda desesperación.

—Sí, creo que tiene razón, André.

—Sí, Angélique, hágalo, por favor —había insistido.

André abandonó el comedor y cerró la puerta.

—¿Qué demonios le ocurre a André? —preguntó Vervene.

Seratard reflexionó antes de responderle, y decidió que ya era hora de decirlo.

—Probablemente es por culpa de su enfermedad…, el mal inglés.

A Vervene se le cayó el tenedor al oír a Seratard.

—¿Sífilis?

—Sí, André me lo contó hace un par de semanas. Creí que usted debía ser el único del personal en saberlo; es posible que estos estallidos se vuelvan más frecuentes. Es demasiado valioso como para enviarlo de vuelta a Francia.

André le había comentado que había conseguido un nuevo y sensacional contacto para su trabajo de espionaje.

—El hombre dice que el señor Yoshi estará de regreso en Yedo dentro de dos semanas. Por una cantidad bastante modesta, él y sus contactos en el Bakufu nos garantizan una reunión privada a bordo de nuestro buque insignia.

—¿Cuánto nos costará?

—Esa reunión no tiene precio.

—Estoy de acuerdo, pero ¿cuánto?

—El equivalente a cuatro meses de mi salario —le respondió André ásperamente—. Ya lo ve, una miseria. A propósito, Henri, necesito un anticipo, o la bonificación que me prometió hace unos meses.

—No dije nada en firme, querido André. La recibirá a su debido tiempo. Lo siento, no puedo darle un anticipo. En cuanto a esa cantidad, estoy de acuerdo. Después de la reunión.

—La mitad ahora y la mitad después. Mi contacto también me dijo, y gratis, que Anjo está enfermo y no cree que viva más de un año.

—¿Tiene alguna prueba?

—Vamos, Henri, ¡usted sabe que eso es imposible!

—Si consigue que su hombre convenza a Anjo para que se someta a un examen médico con Babcott, le prometo que le aumentaré el sueldo en un cincuenta por ciento.

—No, el doble. Doble salario a partir de hoy y, además, tendré que pasarle a mi contacto algo por adelantado.

—El cincuenta por ciento a partir del día del examen médico, más treinta mexicanos de oro, cinco por adelantado y el resto después. Es mi última oferta.

Seratard había percibido la ansiedad de Poncin. «Pobre André, está perdiendo el sentido del tacto. No me cabe duda de que gran parte del dinero se quedará en sus bolsillos, pero no me importa, tratar con espías es siempre un trabajo sucio. Y André es especialmente sucio en este sentido, aunque muy listo. Y muy desgraciado».

Cogió el último trozo de brie de la mesa, un queso que había llegado con el último correo y por el que había pagado una suma desorbitada.

—Vervene, le ruego que tenga paciencia con el pobre hombre, ¿de acuerdo?

Seratard esperaba ver aparecer los signos de la enfermedad de un momento a otro. Sin embargo, André parecía cada día un poco más joven e iba perdiendo su habitual expresión de agobio. Solo su carácter se iba deteriorando.

«*Mon Dieu!* ¡Una reunión privada con Yoshi! Y si Babcott logra examinar a ese cretino de Anjo, o tal vez curarlo (no me importa que

Babcott sea inglés, ya arreglaré algo con sir William a cambio de algún otro favor), habremos dado un impresionante paso adelante».

Alzó la copa.

—Vervene, *mon brave*, abajo los británicos y *vive la France!*

Angélique yacía lánguidamente en la cama de columnas, recostada en grandes almohadones. Hoag la acompañaba, sentado junto a la cama. Angélique vio detrás de Hoag la puerta que conectaba con las habitaciones de Malcolm, habitaciones que ya no eran de él, ni de los dos, sino de un hombre que ella no conocía, el siguiente tai-pan…

Ese pensamiento hizo que volviera a estallar en lágrimas.

—No llore, Angélique —le dijo Hoag con ternura, concentrado en la posibilidad de que aparecieran en cualquier momento signos de una depresión incontrolable—. No debe preocuparse. La vida continúa, ya verá que pronto logrará sobreponerse a esta desgracia.

Hoag le había cogido la mano. Ella se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Quisiera un poco de té.

—Por supuesto. Haré que se lo traigan enseguida —dijo Hoag, aliviado. Era la primera vez que Angélique había hablado clara y coherentemente desde esa mañana. Muy contento Hoag se dirigió a la puerta pues, si bien la joven hablaba todavía con un hilo de voz, no había rastros de histeria. Por otra parte, ya no tenía la cara tan congestionada por el llanto y la última vez que le tomó el pulso contó noventa y ocho pulsaciones por minuto.

—Ah Soh —dijo en cantonés— tráele a la señora una taza de té, pero no hagas ruido ni intentes hablar con ella.

Hoag volvió a sentarse junto a la cama.

—¿Sabe dónde se encuentra, querida Angélique?

Angélique lo miró pero no dijo nada.

—Quisiera hacerle unas preguntas. Si se cansa, dígamelo sin temor. Lo siento, pero es muy importante para usted, no para mí.

—No tengo miedo.

—¿Sabe dónde se encuentra?

—En mi alcoba.

—¿Sabe lo que ha ocurrido?

—Sí, Malcolm ha muerto.

—¿Sabe por qué ha muerto?

—Murió en nuestra noche de bodas y yo soy la culpable.

—Se equivoca, Angélique. A Malcolm lo mataron en el Tokaidō, hace ya algunos meses —dijo Hoag con voz calma—. Lo siento, pero esa es la verdad. Estuvo viviendo de prestado desde aquel momento. No ha sido su culpa, sino la voluntad de Dios, y se lo digo con todo mi corazón, ni Babcott ni yo habíamos visto jamás un hombre con tanta placidez en el rostro como la que vimos esta mañana en Malcolm. Nunca, nunca, nunca.

—Ha sido por mi culpa.

—¡No! Usted solamente es culpable de toda la felicidad de Malcolm durante estos últimos meses de su vida. Él la amaba de verdad, ¿no es así?

—Sí, pero ha muerto y… —Estuvo a punto de añadir: «y el otro hombre también, ni siquiera sé su nombre pero él también murió y ahora Malcolm está muerto y…».

—¡Basta!

El tono áspero de Hoag la devolvió a la realidad. Hoag sabía que tenía que actuar así, y rápido; de lo contrario todo estaría perdido. Tenía que librarla del demonio que rondaba en algún lugar de su mente y que estaba dispuesto a atacar, listo para desatar en ella la locura.

—Disculpe, Angélique, pero es imprescindible que entienda una cosa: usted solo es… responsable —prefirió usar esta palabra en lugar de «culpable»— de la felicidad de Malcolm. Repítalo, repítalo conmigo…

—No, soy la culpable.

—Repita conmigo, Angélique. Solo soy responsable de la felicidad de Malcolm —dijo Hoag lentamente, en tono perentorio, advirtiendo

alarmado un brillo anormal en las pupilas de Angélique.

—Soy culp…

—¡Responsable! ¡Por todos los demonios! —interrumpió Hoag, con fingido enfado—. Repita conmigo. Solo soy responsable de la felicidad de Malcolm. ¡Responsable de su felicidad! ¡Dígalo!

Hoag vio que el sudor empapaba la frente de Angélique; otra vez ella volvió a decir la misma palabra y tuvo que interrumpirla nuevamente y repetirle las palabras que debía decir, «responsable, responsable de su felicidad», y otra vez y otra ella volvió a decir «culpable» y aunque entró Ah Soh con el té ninguno de los dos le prestó atención. La criada salió corriendo espantada al ver que Hoag le gritaba a Angélique y ella se negaba a repetir las palabras hasta que al fin exclamó en francés:

—¡De acuerdo! ¡Solo soy responsable de su felicidad pero ahora está muerto… mi Malcolm está muertoooo!

Hoag quiso abrazarla y decirle que todo estaba bien, que ahora podía dormir, pero no lo hizo pues pensó que aún era demasiado pronto. Con voz enérgica, sin llegar a ser amenazadora, le dijo en su correcto francés:

—Gracias, Angélique, pero ahora hablaremos en inglés. Sí, yo también lamento profundamente la muerte de su marido, pero no ha sido por su culpa. ¡Dígalo!

—¡Déjeme sola! ¡Váyase!

—Cuando lo haya dicho.

—¡No, no, déjeme en paz!

—Antes tiene que decirlo: no ha sido por mi culpa.

Angélique lo miró fijamente; sus ojos reflejaban un odio enorme por esa especie de verdugo, de torturador que veía en Hoag.

—¡No ha sido por mi culpa! ¡No ha sido por mi culpa! ¡No ha sido por mi culpa! ¡No ha sido por mi culpa! ¿Está contento ahora? ¡Váyase, por favor, déjeme en paz!

—No me iré hasta que no me haya dicho que comprende que Malcolm está muerto pero que usted no es en absoluto la culpable.

—¡Váyase!

—Dígalo, por lo que más quiera, ¡dígalo!

Esta vez la abrazó con fuerza, en el preciso momento en que Angélique volvía a estallar en lágrimas, y la mantuvo así hasta que el llanto cesó y ella cayó en un profundo y reparador sueño.

XLVI

Jueves, 11 de diciembre

—Buenas tardes, Jamie —dijo Phillip Tyrer con tristeza—. Sir William le envía recuerdos. Le traigo tres copias del certificado de defunción; una es para usted, otra para Angélique, y la última es para Strongbow, que la llevará a Hong Kong. Sir William dice que habría que enviar el original al oficial de justicia de la Corona en Hong Kong para que lo certifique y se lo entregue a Mrs. Struan. Todo esto es tan terrible, pero ¿qué le vamos a hacer?

—Sí. —La mesa de Jamie estaba llena de cartas y documentos. Tenía los ojos enrojecidos de cansancio.

—¿Cómo está Angélique?

—Todavía no la he visto, pero ha venido Hoag. Dijo que había que dejarla sola hasta que ella diera el primer paso y que está mejor de lo que esperaba. Durmió quince horas seguidas. Cree que mañana estará en condiciones de viajar y cuanto antes se marche, mejor. Por supuesto, él se irá con ella.

—¿Cuándo zarpará el *Prancing Cloud*?

—Mañana por la tarde, con la marea. Strongbow tiene que venir a recoger la orden de zarpar. ¿Quieren aprovechar para enviar el correo de la legación?

—Sí, también tenemos una valija. Se lo diré a sir William. Todavía me cuesta creer que Malcolm haya muerto. Ah, por cierto, la investigación por la muerte de Norbert es a las cinco. ¿Después le gustaría cenar con nosotros?

—Se lo agradezco, pero esta noche no. Mejor dejarlo para mañana. Lo confirmaremos después del desayuno. —Jamie se preguntó si debía comentarle algo a Tyrer acerca de las maquinaciones que su amigo japonés, Nakama, había urdido para celebrar la reunión con el prestamista del pueblo a espaldas de Tyrer y sir William. La propuesta de Nakama lo había intrigado y no estaba dispuesto a desechar una oportunidad para hablar con un comerciante nativo, por poco importante que fuera.

Por supuesto, había anulado la reunión del día anterior. Aunque había pensado aplazarla para la siguiente semana, al final decidió celebrarla aquella misma noche. Así a lo mejor conseguía distraerse un rato y olvidar la tragedia.

«Phillip no tiene por qué enterarse. Además, no me olvido de que Phillip y Wee Willie nos han estado ocultando toda clase de información cuando habíamos acordado compartirla».

—Hasta luego, Phillip. Y muchas gracias.

—Hasta luego, Jamie.

Babcott y Hoag habían firmado los certificados de defunción. La autopsia confirmaba lo que ya se había dicho: «la muerte ha sido causada por la hemorragia interna producida por una arteria dañada que había cesado de funcionar correctamente; su débil condición es directamente atribuible a las heridas recibidas en el incidente del Tokaidō».

Alguien llamó a la puerta.

—¿Sí? Pase. ¡Ah, hola, Edward!

—¿Me concedes unos minutos?

—Pasa, por supuesto. —Desde el día anterior, su relación con Gornt había cambiado. Había insistido en que se tutearan «Dios mío —pensó—, ¡cómo me equivoqué con este hombre!»—. Siéntate. Oye, ya te lo he dicho mil veces, pero quiero volver a darte las gracias. Me has salvado la vida.

—No es nada, solo cumplía con mi obligación.

—Pero menos mal que lo hiciste. ¿En qué puedo ayudarte?

—Corren rumores de que vas a enviar los restos de Malcolm a Hong Kong para el entierro y quería saber si yo también podía embarcarme en el *Prancing Cloud*.

—Por supuesto. —Jamie vaciló—. ¿Vas a informar a Tyler Brock y a Morgan?

Gornt sonrió.

—No podemos eludir la verdad, Jamie. He de llevar los resultados de la investigación, pero también tengo la obligación de decírselo personalmente, de hombre a hombre.

—Sí, tienes razón. —La tristeza volvió a apoderarse de Jamie—. Lamento que Malcolm no esté vivo para ver lo que has hecho por mí y para ser tu amigo; sé que te admiraba mucho, y también lamento que trabajes para ellos.

—Lo más probable es que deje de hacerlo después de hablar con ellos, aunque, en realidad, trabajo para Rothwell, así que no importa. Después de Hong Kong regresaré a Shanghái.

—Ya sabes que si me necesitas para algo, solo tienes que decírmelo.

—No me debes nada, yo solo cumplí con mi deber, aunque siempre va bien tener un amigo. Gracias, si me pierdo, ya te avisaré. ¿Así que podré disponer de un camarote en el *Prancing Cloud*?

—Zarpará mañana al atardecer.

—Supongo que Mrs. Struan también irá. Es difícil hacerse a la idea de que Malcolm esté muerto, ¿verdad?

—Sí. El doctor Hoag ha dicho que Angélique ya estará en condiciones de viajar.

—¡Qué mala suerte! Es terrible. Gracias. Te veré más tarde.

Jamie lo observó marcharse y sintió una perturbación extraña, que no supo precisar. «Debo de estar tan desconcertado que me extraño ante cualquier cosa. Dios mío, incluso Hoag estuvo raro, y tampoco puedo decir por qué».

Se obligó a sí mismo a trabajar y, al cabo de un rato, como necesitaba unos documentos que se encontraban en el escritorio de Malcolm, se levantó, recorrió el pasillo hasta llegar al despacho del

tai-pan y, una vez allí, estuvo a punto de llamar a la puerta. Se contuvo justo a tiempo y después de abrirla se detuvo en seco. Angélique se hallaba sentada en la silla de Malcolm, tras el escritorio, y delante de ella estaba Heatherly Skye que le decía:

—Por lo que a mí se refiere… —Miró a su alrededor.

—Hola, Jamie —dijo Angélique en voz baja. El vestido oscuro realzaba la palidez de su rostro, el cabello recogido dejaba la nuca al descubierto y mostraba un cuello largo; tenía los ojos claros y un ligero color en los labios—. ¿Qué tal?

—Ah, hum, bien —repuso Jamie, asombrado de verla tan serena y hermosa; estaba diferente, como distante, inaccesible, pero también más atractiva—. Lo siento, no esperaba… El doctor Hoag me dijo que no debía molestarla hasta que me llamara. ¿Cómo se encuentra?

—Sí, yo se lo pedí. Estoy… estoy bien, gracias. Quería solucionar un par de asuntos. Me he enterado de lo ocurrido con Norbert Greyforth y lo lamento. Pobre Jamie, qué mal lo debe de haber pasado, ¿se encuentra bien?

—Sí, gracias —repuso Jamie, cada vez más sorprendido. Angélique hablaba con serenidad, con demasiada serenidad, y reflejaba una dignidad que de momento McFay no lograba definir—. Edward Gornt me salvó la vida, ¿lo sabía?

—Sí, me lo contó hace unos minutos; no, de hecho, no fue él. Lo vi cuando vino para darme el pésame y Mr. Skye me lo contó todo, incluso lo del duelo.

—Ah —repuso Jamie mientras maldecía a Skye para sus adentros por su intromisión.

—Pobre Malcolm —continuó ella—. Me alegro de que no me lo haya contado. De haberlo sabido, habría hecho algo para impedirlo. Menos mal que Edward estaba allí, pero es horrible, es horrible que pueda haber gente así.

—Sí, pero lo que de verdad importa es usted. Dígame, de verdad, ¿cómo se encuentra?

—Ni bien ni mal. No siento nada, es como si estuviera vacía.

—Sí, esa es la palabra exacta, yo también me siento así. —Jamie miró a Heatherly que le sonrió evasivamente. El silencio se hizo cada vez mayor. McFay, molesto, sabía que ambos esperaban a que se marchara—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—De momento, no, gracias, Jamie.

Jamie asintió con aire pensativo.

—Venía a buscar unos documentos.

—Por favor, adelante, no se moleste por nosotros. —Angélique se reclinó en la silla, tranquila y controlando la situación.

McFay, nervioso, se puso a buscar en las bandejas hasta que al final colocó una encima de la otra para llevárselas.

—Si necesita algo, llámeme.

—A lo mejor cuando acabe con Mr. Skye le pido que me conceda unos minutos.

—Claro, cuando quiera. Solo tiene que tocar ese timbre.

—Jamie, por casualidad, ¿ha recibido ya el certificado de defunción? —intervino Skye.

—Sí.

—¿Me permite verlo, por favor?

Jamie se lo quedó mirando.

—¿Para qué?

—Para echarle un vistazo.

—Mal… mi marido requirió los servicios de Mr. Skye —dijo Angélique—; tengo entendido que usted ya lo sabía, ¿verdad, Jamie?

—Sí, así es. —Jamie advirtió que Angélique había estado a punto de decir Malcolm y luego lo cambió por «mi marido», y cuando vio que Heatherly asentía con aprobación lo interpretó como una señal de peligro—. ¿Y?

—Cuando me enteré de la tragedia —repuso Skye con suavidad —, me vi en la obligación de ofrecer mis servicios a la viuda… —pronunció la palabra con un ligero énfasis—, y ella los aceptó encantada. El tai-pan me había solicitado que averiguara determinados datos y pensé que a lo mejor Mrs. Struan querría proseguir con la investigación.

—Me parece muy bien —Jamie asintió con cortesía e hizo ademán de marcharse.

—¿El certificado de defunción, Jamie?

—¿Usted qué dice, Angélique, perdón, Mrs. Struan?

—A partir de ahora Mr. Skye es mi abogado, Jamie. Él entiende de estas cosas, yo no, y ha aceptado representarme —dijo con claridad y con la misma impasibilidad—. Me gustaría que colaborase con él en todo lo posible.

—Claro. Si me acompaña, Heatherly. —Cuando Jamie llegó a su despacho, hizo ver que buscaba el documento en su escritorio a pesar de que lo tenía guardado en un cajón—. ¿Le importa cerrar la puerta?, hace frío. —El hombre obedeció—. Óigame. —A pesar de que habló en voz baja, el tono no se prestaba a equívocos—. Puede estar seguro de que si la engaña, o la estafa, incluso si le cobra demasiado, le aseguro que se acordará de mí toda su vida.

—Siempre he tratado bien a mis clientes —repuso Skye, hinchándose como una cobra—. Es posible que en alguna ocasión haya presentado unas minutas un poco elevadas, pero tampoco fue nada del otro mundo. Esa mujer necesita ayuda. Yo puedo dársela y usted no.

—Puedo ayudarla y pienso hacerlo.

—¡No estoy de acuerdo! Malcolm me contó que la otra Mrs. Struan, esa mujer de Hong Kong, lo despidió, ¿es verdad o no? ¿Y acaso no es verdad que esa señora les ha estado escribiendo cartas amenazadoras desde hace semanas, en las que acusa a mi cliente y condena el noviazgo con su hijo? ¿Es verdad o no, por el amor de Dios, que esa muchacha necesita amigos?

—Estoy de acuerdo en que necesita amigos; tampoco me parece mal que tenga un abogado, solo quiero asegurarme de que usted no va a aprovecharse de ella.

—Por Dios, nunca he timado a un cliente. Jamie, es posible que sea un muerto de hambre, pero soy un buen abogado, y los dos estamos en el mismo bando. La muchacha necesita amigos, Malcolm

estaba enamorado de ella, usted era amigo de Malcolm, por el amor de Dios.

—Eso no…

—No quiero discutir con usted, Jamie; ella es mi cliente y juro que haré todo lo posible por ayudarla. Por favor, el certificado de defunción.

McFay abrió el cajón y le tendió una copia.

—Gracias… ah, veo que hay tres copias. Una para su archivo, otra que ha de acompañar al difunto y la tercera es para ella; me parece muy bien, aunque me sorprende que se hayan acordado de ella. Me imagino que enviarán el original a Hong Kong en la valija diplomática. —Heatherly leyó el documento—. ¡Santo cielo!

—¿Qué ocurre?

—Hoag y Babcott —repuso—. No dudo de que sean buenos médicos, ¡pero como testigos de descargo son un desastre! Mierda, tendrían que haber consultado conmigo antes de redactarlo, ¡cualquier imbécil lo habría hecho mejor!

—¿Pero de qué demonios está hablando?

—De asesinato o, por lo menos, de la denuncia por asesinato.

—¡Está loco!

—No sería la primera vez que Tess Struan lo intenta —silbó el hombre—. ¿Se acuerda del contramaestre? A pesar de que en Hong Kong todo el mundo sabía que había sido un accidente, lo acusaron de asesinato y lo condenaron a diez años de prisión.

—Fue el jurado que lo condenó, no Tess, y…

—¡Pero ella fue la que presentó la denuncia! —le repuso Skye, sin elevar la voz—. Y ahora lo volverá a hacer. Si presentan este documento en un tribunal civil o penal, el abogado de la acusación dirá que Malcolm murió follando (le ruego que disculpe mi vulgaridad) «y aquí tenemos a la culpable, señoras y señores del jurado, sentada en el banquillo de los acusados, con un padre perseguido por la justicia, un tío en la cárcel, y ella no es más que una aventurera muerta de hambre, una Jezabel que sedujo al pobre hombre, un menor, para casarse con él y, después, señoras y

señores del jurado, lo condujo a la muerte con premeditación y alevosía, ya que sabía de sobra que las heridas le ahorrarían el trabajo de tener que matarlo». ¿Es así o no?

Jamie se sentó, con el semblante cada vez más pálido. Recordó las palabras de Hoag.

—¿Qué va a hacer?

—Antes que nada veré si se puede cambiar el texto; dudo de que lo hagan, pero tengo que intentarlo. ¿Tiene el testamento de Malcolm?

—Nunca me habló de él.

—La primera vez que vino a verme le dije que era importante redactarlo, por una cuestión de simple rutina. ¿Está seguro?

—Lo único que sé es que no lo tengo, que no está en nuestra caja fuerte. —Jamie frunció el ceño. «Me pregunto si Malcolm lo habrá redactado. Si yo estuviera en su lugar, a punto de casarme, lo habría hecho. Espera, estuve prometido con Maureen varios años y tampoco lo hice. Dios mío, me pregunto cómo estará, cómo habrá reaccionado tras recibir mi carta»—. Nunca me comentó nada. ¿Y a Angélique?

—No, fue lo primero que le pregunté. Es posible que lo haya hecho sin que usted se enterara. ¿Tenía una caja fuerte o un lugar especial donde guardaba los documentos personales?

—No, en realidad no. Supongo que tendrá una caja en Hong Kong, aunque en su habitación también hay una.

—Vamos a ver. —Skye se puso en camino.

—Espere, me temo que es imposible.

La respuesta de Skye fue cortante:

—Mrs. Angélique Struan era su legítima esposa y ahora es viuda; por lo tanto, es la heredera de todos sus bienes a menos que el testamento indique lo contrario. Si no hay testamento, ella heredará después de pagar la legalización de la herencia y las costas. Vamos a ver la caja fuerte.

—No creo que podamos suponer…

—Si no lo hacemos ahora, con discreción, como buenos amigos, tendré que pedir una orden judicial a sir William para embargar todos los documentos, tanto los de Yokohama como los de Hong Kong, para buscar el testamento que mi cliente tiene derecho a ver. Lo siento, amigo. ¿Qué me dice?

—Vamos a preguntárselo a Angélique. —Indeciso y consciente de que no podía permitir que un extraño tuviera acceso a los documentos de la Casa Noble, Jamie siguió a Skye hasta el despacho del tai-pan. «Mierda, por qué no me haré a la idea de que ya no es su despacho —pensó, irritado—. Supongo que será porque siempre ha sido el despacho del tai-pan. ¿Y ahora quién es el nuevo tai-pan? Dios mío, ¡qué lío!».

Angélique permanecía sentada en el mismo sitio que antes. Escuchó a Skye con indiferencia.

—No es necesario que venga, Mrs. Struan, puede estar tranquila pues pienso velar por sus intereses.

—Se lo agradezco, pero me gustaría acompañarlos.

La siguieron mientras subía por las escaleras. Skye intentaba disimular su asombro al ver la araña y los óleos que cubrían las paredes. Jamie abrió la puerta de la habitación del tai-pan. La chimenea estaba encendida, la cama hecha y el escritorio ordenado. En un rincón de la habitación Ah Tok se hallaba en cuclillas, murmurando, transida de pena; parecía más pequeña, más fea y más vieja. Ni siquiera reparó en su presencia. Angélique se estremeció, siguió a los dos hombres y se sentó en el sillón de Malcolm frente a ellos.

La caja fuerte estaba oculta detrás de un óleo de Aristotle Quance y, al reconocerlo, Skye esbozó una ligera sonrisa. El cuadro representaba a una muchacha china que llevaba en brazos a un niño rubio, de tez blanca y con una coleta; en el fondo se veía un paisaje de Hong Kong. Había oído hablar de ese cuadro pero nunca lo había visto. Quance era el decano de los artistas-cronistas de Macao y Hong Kong, un irlandés que había vivido muchos años en Macao, donde también murió. Era un borracho empedernido, un jugador de

póquer, un libertino, pero también un buen amigo y admirador de Dirk Struan. Se rumoreaba que la muchacha era la famosa May-may, la amante china de Dirk, la que murió con él en el tifón del cuarenta y dos, y se suponía que el niño era su hijo.

Skye miró a Angélique que observaba a Jamie con indiferencia mientras este sacaba un manojo de llaves. Se preguntó si Angélique sabía algo de los primos euroasiáticos de Malcolm y de su tío, el comprador Gordon Chen —hijo de Dirk con otra amante— que, según los cotilleos de Hong Kong, conocía más secretos y tenía más taeles de oro que pelos un buey. El reloj dio las tres.

—¿Quién más tiene la llave, Jamie? —preguntó Skye.

—Solo yo, y el… el tai-pan.

—¿Y dónde está la del tai-pan?

—No lo sé. Supongo que estará en… en el barco.

La puerta de la caja fuerte se abrió. Había unas cuantas cartas, todas de Tess Struan, salvo una de Malcolm que parecía inacabada; una pequeña bolsa de cuero y un billetero que contenía un daguerrotipo de los padres de Malcolm; su sello personal, unos cuantos pagarés y una lista de deudas y deudores. Heatherly la ojeó.

—Jamie, ¿crees que podrían ser deudas de juego?

—No tengo la menor idea.

—Dos mil cuatrocientas veinte guineas. Es sorprendente que un joven preste tanto dinero. Por casualidad, ¿reconoce alguno de estos nombres?

—Solo este. —Jamie lo observó.

—¿Madame Emma Richaud? Quinientas guineas.

—Es mi tía —intervino Angélique—, el dinero era para ella y para mi tío Michel. Ellos me criaron, Mr. Skye, mi madre murió cuando yo era pequeña y mi tía ha sido como una verdadera madre para mí. Tenían problemas y Mal… Malcolm tuvo la amabilidad de enviarles dinero. Yo se lo pedí.

—Jamie, me gustaría disponer de una copia de esta lista. Le ruego que guarde todo esto en un lugar seguro. —Iba a coger las cartas, pero Jamie se le adelantó.

—Yo diría que son privadas.

—¿Para quién, Jamie?

—Para él.

—Tendré que pedir una orden judicial para examinarlas y si lo considero necesario haré que saquen copias.

—Desde luego —dijo Jamie entre dientes, mientras se maldecía por haber mencionado la caja fuerte sin antes haber consultado con sir William.

—Jamie, por favor, ¿me permite verlas? —pidió Angélique—. Supongo que forman parte de las pertenencias de mi marido y, de momento, son tan pocas.

Habló con una voz tan suave, tan triste, sin el menor atisbo de súplica, que McFay suspiró y se dijo: «muchacho, ya estás tan metido que ahora ya da igual. Sir William tendrá que decidir acerca de la legalidad de todo esto». De pronto, revivió la noche anterior, en el muelle; los tres estaban tan alegres, riéndose, seguros de sí mismos; los nubarrones de Hong Kong parecían tan lejos, y antes de marcharse en el cúter para pasar la noche de bodas, Malcolm le había dicho:

—Gracias, amigo, vela por nosotros, lo vamos a necesitar. ¿Me lo prometes?

Se lo prometió y le aseguró que también velaría por ella. Tras desearles larga vida y felicidad, los despidió desde el muelle. «Cuánta razón tenía Malcolm. Pobre hombre, ¿habrá tenido una premonición?».

—Tome —dijo con amabilidad. Sin mirar las cartas, Angélique las puso sobre su regazo, volvió a enlazar los dedos y se quedó inmóvil. Si no hubiera sido por una corriente de aire que le agitó el cabello, habría parecido una estatua.

El sonido de las monedas atrajo la atención de Jamie. Skye había abierto la pequeña bolsa. Contenía guineas de oro del Banco de Inglaterra y unos papeles. Las contó en voz alta. Angélique no apartó la mirada de la caja fuerte.

—Doscientas sesenta y tres guineas. —Skye las volvió a meter en la bolsa—. Deberíamos dárselas a Mrs. Struan; por supuesto, le dará un recibo.

—Quizá lo mejor sería que nosotros, usted y yo, Heatherly, fuéramos a ver a sir William —dijo Jamie—. Es la primera vez que me encuentro en una situación como esta y no sé qué hacer. Angélique, usted lo entiende, ¿verdad?

—Yo tampoco sé qué hacer, me siento igual de perdida. Sé que Malcolm y usted eran buenos amigos, igual que ahora también es amigo mío. Me lo dijo muchas veces. Le ruego que haga lo que crea más conveniente.

—Sí, vamos a verle, Jamie —intervino Skye—, cuanto antes mejor, y él decidirá a quién pertenece todo esto. Mientras tanto… —Cuando se acercó a Angélique para entregarle la bolsa, ella le dijo:

—No, lléveselo todo, y esto también. —Le tendió las cartas—. Solo quiero la fotografía. Gracias, Mr. Skye. Y muchas gracias, querido Jamie, después venga a verme.

Los dos hombres esperaron a que Angélique se levantara, pero ella no hizo el menor gesto de que fuera a moverse.

—No irá a quedarse aquí, ¿verdad? —preguntó Jamie, perturbado; le parecía tan macabro.

—Creo que sí. He pasado tantas horas aquí, en esta habitación, que para mí es como un refugio. La puerta de mi habitación está abierta por si… por si quiero echarme. Pero, por favor, ¿se podrían llevar a Ah Tok? Pobre mujer, y díganle que no vuelva. Esa mujer necesita ayuda. Pídanle al doctor Hoag que la vea.

—¿Quiere que cierre la puerta?

—¿La puerta? Ah, da igual, sí, si quiere.

Los dos hombres la obedecieron y se aseguraron de que Chen, que seguía igual de alterado y lloroso, se hiciera cargo de Ah Tok. Cuando salieron a la calle se alegraron de respirar un poco de aire fresco, cada uno enfrascado en sus pensamientos. Skye hacía planes y tanteaba las arenas movedizas que se avecinaban; Jamie todavía

se sentía incapaz de planear nada, con la mente invadida por la tragedia y, sin saber por qué, preocupado por la Casa Noble.

«¿Qué le ha ocurrido? —se preguntaba, sin fijarse en la calle, en las ráfagas de viento, en las olas que rompían o el olor de las algas podridas—. Es como si la tristeza le sentara bien. A lo mejor…

»¡Es que ahora ya es una mujer! Por eso está distinta, tiene una seguridad y un porte que antes no tenía. Es una mujer, ya ha dejado de ser una muchacha. ¿Será culpa de la tragedia? ¿O porque ya no es virgen? Dicen que se produce un cambio místico, una especie de transmutación. O quizá sean las dos cosas, junto con la intervención de la mano de Dios que la ha ayudado a adaptarse».

—Dios mío —dijo, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta—, ¿y si se ha quedado embarazada?

—Sería lo mejor que le podría ocurrir —repuso Skye.

Cuando se marcharon, Angélique cerró los ojos y respiró hondo. Una vez se hubo calmado, se levantó, atrancó la puerta y entró en su habitación. La cama estaba hecha y alguien había puesto flores en el jarrón. Regresó a la habitación de Malcolm y volvió a sentarse en el sillón.

Entonces contempló la fotografía por primera vez. En el dorso ponía: «16 de octubre de 1861». Era el año anterior. Culum Struan parecía mayor de sus cuarenta y dos años, mientras que Tess no parecía ni más joven ni más vieja; miraba a Angélique con unos ojos pálidos y el contorno de los labios resaltaba en el rostro.

«Tess cumplió treinta y siete el año pasado. ¿Cómo seré a su edad? Faltan diecinueve años, más del doble de lo que tengo ahora. ¿Mis rasgos reflejarán la misma dureza que delata un matrimonio desgraciado y la abrumadora carga de la familia? Con ese odio a su padre y a sus hermanos, y ellos que la odian a ella, con cada bando que intenta destruir al otro, y eso a pesar de que al principio fue todo tan romántico, cuando se fugó y se casó en alta mar, igual que nosotros, pero, ay, Dios mío, ¡qué diferencia!».

Miró por la ventana y contempló la bahía y los barcos fondeados; un buque abandonaba el puerto, el capitán y los oficiales se hallaban en el puente; el barco correo estaba rodeado de lanchas, el cúter de Struan seguía allí, y también el *Prancing Cloud*, tan elegante, listo para levar anclas, para izar las velas y dejarse arrastrar por el viento. Malcolm siempre decía que los clíperes se dejaban arrastrar por el viento.

Cerró los ojos, se los frotó y volvió a mirar. No cabía la menor duda. Durante todo el día había tenido la impresión de que sus ojos veían con una claridad sorprendente e inesperada. Lo notó en cuanto se despertó por la mañana, cuando vislumbró cada detalle de la habitación, las cortinas, las flores marchitas en el jarrón, las moscas que revoloteaban. Al cabo de unos segundos, alguien llamó a la puerta y oyó la voz de Ah Soh:

—¿Señolita? Señol Medicina quelel vel usted, *heya?* —Era como si el oído también se le hubiera aguzado y como si los pasos de Ah Soh por el pasillo la hubieran despertado.

Lo más extraño de todo era lo despejada que tenía la mente, tenía la sensación de que la opresión había desaparecido, aunque no la tristeza; contemplaba los problemas con tanta claridad, sin consternarse, sin confundirse, hallando respuestas; y en ningún momento volvió a sentir ese temor que antes le partía el alma. Sí que estaba preocupada, era lógico, pero ya no sentía aquel dolor nauseabundo ni la indecisión.

Ahora ya se sentía capaz de recordar aquel día y aquella noche, todos los detalles, sin la sensación de vacío tan aplastante, inhumana, absurda. «¿Será que me he vuelto insensible? ¿Para siempre? ¿Será cierto lo que me dijo el doctor Hoag esta mañana?»:

—No se preocupe, ahora ya está a salvo. Siempre y cuando pueda llorar, aunque no sea muy a menudo. Y no tema retroceder en el tiempo si su mente se lo pide; ya verá cómo se recuperará y se sentirá cada día mejor. Es una mujer joven y fuerte, tiene toda una vida por delante…

«*Mon Dieu*, qué tonterías dicen los médicos». Después de Hoag, había sido Babcott. Y otra vez lo mismo. Estuvo amable y tierno, aunque era una ternura que hubiese podido transformarse en pasión si ella se lo hubiera permitido. «No quiero más pasión, al menos hasta que esté libre. Y a salvo».

Se sentía descansada. Ya no le dolía la cabeza, ya no oía esos gritos en su interior. Enseguida supo dónde estaba, quién era, por qué se encontraba allí, sola, y lo que había ocurrido. Mientras lo revivía, se observaba a sí misma, consciente de todo pero sin sentirse involucrada; vio cuando la despertó el chillido de Chen, vio el pánico que se apoderó de ella cuando intentó sacudir a Malcolm para despertarlo y sintió la sangre en las piernas; hubo un momento en que temió haberse cortado hasta que se dio cuenta de que era él, de que la sangre era de él, y de que estaba muerto, muerto.

Se levantó de un salto, sin acordarse de que estaba desnuda, aterrorizada y chillando, incapaz de creer lo que le decían los ojos y los oídos, rezando para que fuera una pesadilla mientras los demás corrían al camarote; alguien la tapó, oyó gritos y chillidos, preguntas y más preguntas, hasta que la invadieron el terror y el vacío. Luego en el puente, helada y ardiendo por dentro, más preguntas sin respuestas, no podía abrir la boca, tenía la cabeza a punto de estallar, en medio del olor a sangre, el sabor a sangre, la sangre en las piernas y en las manos y en el cabello.

Ah Soh la ayudó a bañarse; el agua estaba tibia, pero nunca iba a poder purgarla de su muerte; más náuseas y luego el veneno la cegó, la ahogó, hasta que se vio a sí misma gritándole a Hoag, la viva imagen de la fealdad, «ay, qué feo es».

Se estremeció. «¿Cómo seré de vieja? ¿A qué edad se puede decir que una persona es vieja? Depende». No recordaba, ni siquiera ahora, lo que le dijo a Hoag, solo que al final el veneno desapareció y logró dormirse.

«Le estoy tan agradecida a Hoag, y a Babcott lo detesto tanto; el somnífero que me dio fue la causa de todas mis desgracias. Ya no tengo miedo, ya no estoy desesperada, no sé por qué, pero es

verdad; gracias a Malcolm y a Hoag, y a ese apestoso picapleitos, con ese aliento tan horrible, y también gracias a André. André sigue siendo mi amigo y lo seguirá siendo siempre y cuando le pague. Sí, es un chantajista. Pero da igual. No le queda más remedio que protegerme y, por otro lado, bueno, creo en Dios y sé que Sus molinos muelen muy despacio.

»Creo que ahora ya puedo cuidar de mí misma, pero he de tener mucho cuidado.

»Virgen santa, no hace tanto tiempo acordamos que tenía que cuidar de mí misma y que no podía depender de nadie. Sé que soy una pecadora. En realidad Malcolm fue el único hombre que amé de verdad y con el único que quise casarme, lo amaba igual que cualquier adolescente. Me pregunto si el primer amor es el verdadero. O si solo los adultos son capaces de sentirlo. Ahora ya soy una mujer adulta. ¿Mi amor a Malcolm era un amor adulto? Creo que sí, espero que sí.

»Pero mi amor está muerto. Lo acepto. ¿Y ahora qué?

»¿Tess? ¿Hong Kong? ¿André? ¿Gornt? ¿París? ¿Tess?

»Vayamos por partes.

»Primero tendré que ocuparme de que mi amado descanse en paz como es debido».

Contempló la caja fuerte cuya puerta estaba cerrada, aunque no con llave. Se levantó, la abrió, metió la mano hasta el fondo donde palpó una pequeña muesca y se abrió el lado izquierdo de la pared. En el agujero encontró unos papeles, otro sello, una bolsa con monedas y pagarés, un frasco con su medicina y una caja.

La semana anterior Malcolm le había enseñado el escondite con una sonrisa.

—Ahora no tengo muchas cosas que ocultar, lo importante lo tiene mi madre en Hong Kong, los documentos y el sello del tai-pan, los testamentos de mi padre y de mi madre, y todo lo demás. Esta caja es solo para guardar las bagatelas, para los regalos que te daré si eres buena conmigo y me quieres con locura…

Abrió la caja y vio un anillo de oro engastado con rubíes. No era muy valioso, pero lo suficiente. Los documentos contenían unas listas de cifras que no entendía.

Y no estaba el testamento.

«Maldita sea —pensó sin enfadarse—. Me habría facilitado las cosas. André ya me lo había advertido».

Angélique le había pedido a Vargas que fuera a buscar a André después de repasar la lista de las personas que habían acudido a dar el pésame y dejado una tarjeta de visita.

—Monsieur Vargas, primero quiero ver al sastre, necesito ropa de luto, después, a monsieur André y, por último, a Mr. Skye. No hay necesidad de molestar a Mr. McFay hasta que yo lo llame. Para todos los demás, estoy descansando, y monsieur —añadió con cautela—, le ruego que se comporte con la discreción que, según mi marido, siempre le ha caracterizado. Los recibiré en el despacho del tai-pan.

Percibió un brillo en los ojos de Vargas al oír «tai-pan», pero como tampoco dijo nada no se vio en la necesidad de reprenderle. Cuando llegó el sastre acompañado de Vargas, Angélique dijo:

—Por favor, pregúntele cuánto tardará en confeccionar un vestido de luto negro, igual a este. —Llevaba un vestido azul marino, de manga larga y cuello alto.

—Dice que tres días. ¿De luto, señora? En China la gente que va de luto se viste de blanco.

—Quiero que sea negro. De seda. Y mañana.

—Tres días.

—Y si se lleva uno de mis vestidos, el celeste que me hizo, y lo tiñe de negro, ¿cuánto tardará?

—Dice que dos días.

—Dígale que la viuda del tai-pan de la Casa Noble necesita un vestido negro para mañana, por la mañana. Sin falta.

El chino suspiró, se inclinó y se marchó. Poco después Vargas anunció a André Poncin.

—Hola, André.

—Hola. Nunca la había visto tan hermosa.

Era una aseveración, no una alabanza.

—Necesito que me aconseje, en privado y de prisa. Tenemos que actuar con suma prudencia. Mi boda es legal, ¿verdad?

—Creemos que sí, según la ley naval británica, sí, pero no sabemos si la ley francesa también la reconoce. En ambos casos, es imposible saberlo con exactitud.

—No lo entiendo.

—Quiero decir que depende. En una discusión entre abogados franceses y británicos, la ley británica prevalecería. Dado que Malcolm era menor de edad (lo siento, pero aunque los dos fueran menores, en este caso él es el que cuenta), y considerando que desobedeció las órdenes de su tutora, lo más probable es que intenten cuestionar la validez de la ceremonia.

—¿Dónde? ¿Aquí? ¿Quién?

—Tess Struan. ¿Quién iba a ser si no? —dijo en tono de burla.

—La muerte de Malcolm no significa nada para usted, ¿verdad?

—Al contrario, no sabe hasta qué punto me ha complicado la vida, madame —añadió; era la primera vez que la llamaba así—. Nos complica la vida a los dos.

Angélique había decidido recibirlo en el despacho y sentada tras el escritorio de Malcolm; sabía que su futuro estaba en juego y necesitaba toda la astucia de ese hombre, y aún más. En su habitación se habría sentido menos segura de sí misma, a pesar de que el gabinete era su habitación preferida. «¿Será por eso que los hombres tienen despachos y las mujeres vivimos recluidas en nuestros aposentos?».

—¿Qué podemos hacer para simplificar las cosas, André?

—Ya ha simplificado el primer problema.

Cuando Angélique había corrido a refugiarse en la legación francesa, él la había interceptado y casi arrastrado hasta su despacho. Tras cerrar la puerta, la increpó, la sacudió con furia y le dijo:

—Perra estúpida, ¿es que está loca? Regrese a su casa, quédese allí, ¡y no se mueva! Si se esconde aquí, arruinará su vida para

siempre. Vuelva, estúpida, después hablaremos y, por el amor de Dios, no firme nada, no acceda a nada, vamos, ¡váyase de aquí!

—Tenía razón, André —dijo, sin guardarle rencor por su veneno y violencia; ahora lo entendía perfectamente—. Le agradezco que me lo haya dicho de esa manera, de lo contrario no le habría entendido. Ese fue el primer paso, ¿y ahora qué?

—¿Ha dejado un testamento en el que la nombra heredera?

—No lo sé. Malcolm nunca me dijo nada.

—Angélique, de ahora en adelante deberá referirse a él como su marido, y a usted como su viuda.

—¿Por qué?

—Para que quede claro que usted es su heredera… —La vio asentir y se sorprendió de su serenidad.

—Y si no hubiera testamento, ¿cambiaría algo?

—Lo estamos averiguando. Lo ideal sería que existiera un testamento que la nombrase heredera. Lo siguiente que debe hacer es regresar con el difunto a Hong Kong. Prepárese para enfrentarse a la hostilidad de su madre; procure ser amable con ella en público. Debe asistir al entierro, vestida como es debido, por supuesto. A lo mejor Henri le da una carta para el embajador, ¿lo conoce?

—Sí, monsieur De Géroire. ¿Dice que a lo mejor me la da? ¿Y qué diría?

—Si consigo convencer a Henri, él podría recomendar a De Géroire que acepte que usted pase a estar bajo su protección como pupila sometida a la tutela del Estado francés. Estoy seguro de que usted es la viuda legítima del tai-pan, Malcolm Struan. Con el apoyo de Henri, esto podría llegar a instancias de la política estatal.

—¿Así que necesito protección?

—Estoy seguro de ello, a diferencia de Henri.

Angélique suspiró. Había llegado a esa misma conclusión por su cuenta. Pero ¿política estatal? Eso era nuevo, no se le había ocurrido. Significaba que podría contar con el amparo de Francia. Estaría dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguirlo, bueno, casi.

—¿Qué he de hacer para convencer a Henri?

—A lo mejor yo lo consigo —repuso—. Puedo intentarlo.

—Entonces le ruego que empiece lo antes posible. Después me dirá cómo puedo devolverle el favor. ¿Le parece bien antes de cenar? O mañana por la mañana, cuando usted quiera.

No necesitaba decir nada más. André le contestó que prefería verla al día siguiente y se marchó. Antes de que llegara Mr. Skye, Angélique se recostó en el respaldo de la silla y sonrió mientras se preguntaba cuál sería el precio que tendría que pagar.

Volvió a guardarlo todo en la caja y cerró el compartimiento.

Satisfecha de los progresos realizados el primer día de su nueva vida, cerró los ojos y se durmió en paz consigo misma hasta que la despertaron unos golpes en la puerta. Eran las cuatro y media.

—¿Quién es?

—Soy Jamie, Angélique.

Se sintió invadida por la expectación. «Tranquila —se dijo a sí misma mientras abría la puerta—, la capa de hielo que pisas es demasiado fina y las aguas que cubre son mortíferas».

—Hola, Jamie, pase, por favor. —Volvió a tomar asiento en el sillón de su marido y señaló la silla donde ella acostumbraba a sentarse. Le agradó el cambio—. Lo veo tan triste, tan abatido.

—Todavía no me he hecho a la idea, y bueno, han cambiado tantas cosas…

—Sí. Es difícil.

—Usted también ha cambiado. ¿Me permite que le diga que se está comportando maravillosamente? La veo tan fuerte, bueno, ya sabe.

—Ahí está el problema, Jamie, que no lo sé. Solo sé lo que ocurrió y lo acepto. Creo que he derramado todas las lágrimas que tenía, así que ahora ya no puedo llorar más. ¿Ha visto a sir William?

—Sí. Skye me ha dicho que vendrá a eso de las seis, si a usted le parece bien. —Angélique asintió con aire ausente.

Jamie asintió también y sacó las cartas.

—Sir William dijo que estas cartas forman parte de la herencia, igual que el dinero. Como ignora lo que dice la ley ha decidido consultar con el procurador general de Hong Kong. Sin embargo, no ve ningún motivo para que usted no disponga de las cartas con la condición de que no las destruya. En cuanto a las monedas, quédeselas; le expliqué que usted no tenía dinero y me dijo que le pidiera un recibo.

—Me parece muy bien. ¿Ha leído las cartas?

—No, nadie las ha visto. —Vacilante, las puso encima de la mesa —. Hay más cosas, hemos tomado un par de decisiones… ¿Quiere que se lo cuente ahora o prefiere dejarlo para más adelante?

—No, estoy bien. ¿Qué han decidido, Jamie?

Jamie respiró hondo, odiaba tener que decirlo, pero era su obligación.

—Tras consultar con sir William, Babcott y Hoag, hemos decidido enviar los restos mortales a Hong Kong y enterrarlos allí, creemos que será lo mejor. Estamos haciendo todo lo posible para facilitarle las cosas y para que el viaje no le resulte desagradable. El doctor Hoag la acompañará y así nos aseguraremos de que estará en buenas manos. —La sonrisa de Jamie era inexpresiva y su semblante parecía un espejo de desdicha—. No sé cómo decirle cuánto lamento todo esto. Ah Soh le hará las maletas, Chen la ayudará y se encargará de todos los preparativos para el viaje. Zarpará al atardecer; mientras tanto, si necesita algo, dígamelo —y añadió—: Bueno, de momento, no hay nada más. ¿Le gustaría cenar acompañada?

—Se lo agradezco, pero no. Cenaré aquí, o en el comedor, pero le ruego que se siente. Lo siento, pero no hemos acabado. A mi marido no lo enterraremos en Hong Kong, lo haremos aquí. Ni mi marido ni yo volveremos a subir en el *Prancing Cloud*.

Angélique advirtió la mirada de Jamie, sin dejarse intimidar ni olvidar lo que había decidido aquella mañana: el enfrentamiento se produciría en el momento en que le hablaran de sus decisiones.

—¿Desea que le explique cómo quiero el funeral ahora o después?

—Pero ya está todo decidido —dijo—. Y ya está todo arreglado. Es lo mejor, hemos creído que era lo más conveniente, para usted y para todo el mundo. Estoy seguro de que Mrs. Struan estará de acuerdo y que querrá enterrarlo en Hong Kong, con los suyos…

—¿Mrs. Struan? Yo soy Mrs. Struan. Se refiere a la otra Mrs. Struan, a Tess Struan. —Hablaba sin transmitir la menor emoción—. Ella no pinta nada en este asunto. Soy la viuda y tengo prioridad sobre ella.

—Dios mío, Angélique, solo porque Skye le ha dicho que es…

—Esto no tiene nada que ver con Skye, Jamie, ni siquiera lo hablé con él. Todavía. Pero conozco mis derechos, y los deseos de mi marido, y se cumplirán.

—Pero… pero… —Jamie estaba tan atónito que no podía ni hablar, hasta que al final las palabras salieron a borbotones—: Pero no puede ignorar a sir William… ni lo que Hoag, Babcott y yo creemos que es lo mejor para usted y para él, estamos seguros de que es lo mejor para todos. Está agotada, Angélique. Es lo mejor, Angélique, de verdad.

—¿Agotada? ¿Yo? Qué tonterías dice, Jamie. —Esbozó una sonrisa gélida—. No estoy agotada, solo quiero que se cumplan los deseos de mi marido.

—Pero ya está todo arreglado, el *Prancing Cloud* está listo para zarpar y… ya está todo arreglado.

—Me alegro de que el clíper esté listo. Tiene que zarpar lo antes posible, su madre tiene que enterarse cuanto antes. Además, creo que usted debería ir a Hong Kong para decírselo personalmente, de veras. Le ruego que no espere hasta mañana, salgan hoy mismo; al menos, si se lo dice usted, el golpe no será tan fuerte. Debe hacerlo.

—Estoy dispuesto a hacerlo si es necesario —dijo, a pesar de que detestaba la idea—. Pero, Angélique, esto es ridículo, no puede hablar en serio, ¡tiene que comprenderlo! Santo cielo, Angélique, debe darse cuenta de que es lo mejor…

—Quizá sea lo mejor para usted y los demás, pero no para mi marido y, por lo tanto, para mí. Tiene derecho a que se realice la ceremonia que él…

—Debe permitirnos hacer lo más oportuno, sus restos…

—No voy a permitir que los restos de mi marido vuelvan a ese barco, y yo tampoco lo haré —dijo con calma—. Dígame, mi querido amigo, si yo fuera a Hong Kong como me aconseja, ¿dónde dormiría? ¿En el mismo camarote?

McFay la miró, no lo había pensado.

—No, claro que no —repuso rápidamente—. Puede escoger el que quiera. Le aseguro que…

—Y yo le aseguro que los deseos de mi marido se cumplirán a rajatabla.

Jamie se secó el sudor de la frente mientras su cabeza daba vueltas como nunca lo había hecho; estaba mareado y desconcertado, a diferencia de Angélique, que tenía pleno control de la situación. De pronto se le ocurrió una idea.

—Quizá tenga razón. Quizá no deberían ir en el *Prancing Cloud*. Fletaremos otro barco; espere, el barco correo tiene que zarpar pasado mañana, podrá embarcar con Hoag y… y convenceré al capitán para que salga antes. Mañana… ¿No le parece una buena solución?

—No. Lo siento, Jamie, pero no. —Su voz transmitía un ligero nerviosismo—. Debe comprenderlo, no y no. El funeral se celebrará aquí, como él quería, pasado mañana.

Sir William tenía el semblante gélido, al igual que Jamie. Los doctores Hoag y Babcott fruncían el ceño. A Heatherly Skye le brillaban los ojos. Se hallaban todos delante de Angélique, que estaba sentada tras el escritorio de Malcolm, con la espalda recta, el peinado perfecto, sin maquillaje y casi majestuosa.

—¿Pasado mañana? —preguntó sir William.

—Sí, por favor —repuso Angélique—. Creo que el velatorio no debe durar más de tres días, ¿no le parece, doctor Hoag?

—Sí, en general, sí, Angélique —dijo Hoag—. Pero ya se han hecho los preparativos para conservar el cuerpo y trasladarlo a Hong Kong. No habrá ningún problema, no tiene que preocuparse. —Añadió con suavidad—: Le aseguro que lo mejor será enterrarlo allí. Todos opinamos lo mismo.

—¿Lo han embalsamado? ¿Tan rápido?

Los hombres se agitaron con nerviosismo. Hoag dijo:

—No, aquí no se embalsama a los muertos. Se… hum… se utiliza hielo para conservar…

—¿Y a usted le gustaría que lo metieran en una caja llena de hielo y lo mandaran a Hong Kong igual que una res traída de Australia?

La tensión en la habitación fue en aumento, los hombres se sentían cada vez más molestos. Ella seguía hablando con calma, firmeza y en tono amistoso, lo cual los sacaba de sus casillas. A excepción de Skye, para quien Angélique empezaba a cobrar una nueva dimensión.

—No se trata de eso, señora —intervino sir William—. Creemos que conviene enterrarlo en Hong Kong por su bien y por el de toda la familia.

Angélique miró a Skye.

—¿La ley qué dice?

—La ley establece que los deseos del marido fallecido, secundados por la viuda, tienen prioridad.

—Antes de responder a eso, dígame, ¿dónde están las pruebas? No existen. Y ¿sobre quién tiene prioridad? —dijo sir William malhumorado—. ¿Sobre Tess Struan? ¿Se refiere a eso? ¿A que no debemos tenerla en cuenta para nada?

Skye iba a responder pero Angélique le hizo señas para que callara y dijo:

—En absoluto. Si el *Prancing Cloud* zarpa enseguida, tardará diez días en ir y otros diez en volver, siempre y cuando el tiempo lo

permita. Doctor Hoag, ¿cree que su, su hielo —dijo con desagrado —, podrá conservar el cuerpo de mi marido hasta que llegue su madre, en caso de que decida venir?

«Una vez más tu futuro está en juego, viejo Hoag. ¿A quién vas a ayudar? ¿A esta muchacha o a Tess Struan? No te olvides de que por tu culpa aquel maldito asesino le dio un susto que casi la mata».

—Desde el punto de vista médico, es posible, pero no lo recomiendo —dijo, mientras miraba a Babcott de soslayo para advertirle que no interviniera—. En realidad, estamos aquí para decidir si vamos a enviarlo a Hong Kong. Si no nos ponemos de acuerdo, creo que deberíamos respetar los deseos de su esposa.

Sir William vaciló, molesto porque no habían aceptado su solución.

—Angélique, ¿por qué se opone a ir a Hong Kong? Si no quiere ir en el *Prancing Cloud*, puede hacerlo en el barco correo.

—Me opongo porque entonces no harán lo que él quería.

Sir William ignoraba si tenía autoridad para acceder o disentir. Estaba enormemente preocupado por lo que le haría Tess Struan, que ahora se convertía en la cabeza de la Casa Noble, si no enviaban el cadáver.

—Me temo que está complicando un hecho ya trágico de por sí. La ceremonia se puede celebrar tanto aquí como en Hong Kong. Así que lo mejor…

—Disculpe si le interrumpo, sir William —dijo Skye—. Pero a menos de que esté poniendo en duda oficialmente la validez de la boda de mi cliente, ella tiene ciertos derechos. Por lo tanto, ¿me permite solicitarle que respete los deseos de su marido y los suyos y que permita celebrar la ceremonia aquí? —Y añadió con amabilidad —: Malcolm Struan pertenecía a Yokohama tanto como a Hong Kong. Su tragedia se inició aquí, y también debería acabar aquí.

A pesar de su determinación, Angélique sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Pero nadie la oyó llorar.

XLVII

Después de que sir William se marchara, Skye y Jamie estuvieron discutiendo cerca de una hora sin encontrar una salida. Angélique había perdido. A la apasionada petición de Skye, sir William había respondido:

—Lamento no haber oído nada que me hiciera cambiar de parecer. El difunto deberá ser trasladado, ya sea en el *Prancing Cloud* o en el barco correo, como usted quiera, señora, para darle sepultura en Hong Kong. Ya no me queda nada más que decir.

—Si estuviera en Hong Kong —dijo Skye con amargura—, podría solicitar un mandato judicial basándome en mil razones, pero aquí sir William es el tribunal, el juez y el jurado. Hagamos lo que hagamos, no nos da tiempo de ir y volver.

—Entonces ya no se puede hacer nada más. —Jamie estaba conmovido por la actitud de Angélique—. Tendrá que resignarse, Angélique.

—No puedo ir a Hong Kong y debo asistir al entierro.

—Estoy de acuerdo —asintió Skye.

—¿Por qué? ¿Qué se lo impide, Angélique?

—Tess Struan —repuso ella.

—¿Y ella qué le va a hacer? No puede impedir que asista al entierro y tampoco puede anular la boda. En el editorial de esta tarde Nettlesmith dice que es legal a pesar de que los dos fueran menores de edad. Vaya en el barco correo, haré que zarpe a la misma hora que el *Prancing Cloud*.

—No. Lo siento, Jamie, Mr. Skye ha dicho que ese editorial tan solo expresa una opinión. Sé que Tess Struan no querrá arrojarlo al

mar como él quería y que hará todo lo posible para agredirme. Tome, lea las cartas que le escribió a Malcolm.

Al leerlas, los dos hombres se asombraron de la intensidad del odio.

—Es una pena, pero no podemos utilizarlas como pruebas. Ella se limitaría a decir que eran unas cartas personales de una madre a un hijo en las que, cumpliendo con su deber, le desaconseja que se case, incluso se lo prohíbe. Ni siquiera podemos utilizar las amenazas que profiere contra usted para atacarla.

—No es justo.

—Heatherly, y cuando dice: «si esa mujer llega a pisar Hong Kong, me aseguraré de que…». —Como no quería hacerle más daño a Angélique, no siguió leyendo: «me aseguraré de que todas y cada una de las personas decentes de Hong Kong conozcan su verdadera historia, la de su padre, la de su tío, y que su tía era una actriz en una compañía itinerante de actores, gitanos y saltimbanquis, y también se enterarán de su situación económica».

—No me avergüenzo de que mi tía fuera actriz —dijo con brusquedad—, a pesar de que para la mayoría de los británicos las actrices no son más que unas prostitutas. Ella no lo era. Y tampoco pertenecía a una compañía de saltimbanquis. No soy culpable de los pecados de mi padre; yo no era pobre, a mí también me robó, no solo a los demás.

—Mi opinión coincide con la de Mrs. Angélique cuando dice que en estos momentos no quiere arriesgarse, Jamie. Me temo que estaría más desprotegida en Hong Kong que aquí.

—Usted podría acompañarla para ayudarla.

—Sí, pero seguro que habrá un escándalo, y quiero evitarlo a toda costa, por el bien de todos, incluso por el de Tess Struan. Si la juzgamos como madre, tampoco se puede decir que sea mala persona. Estoy seguro de que habrá jaleo y la cuestión es ver cómo se puede evitar o minimizar.

—A lo mejor conseguimos contenerla —dijo Jamie—. Tess no es un ogro, siempre ha sido justa, a su manera.

—No será justa conmigo —repuso Angélique—. Y la entiendo. Solo una mujer puede entenderla. Pensará que le he arrebatado a su hijo y que lo he matado. Malcolm ya me advirtió que tuviera cuidado con ella.

—Para contenerla necesitamos tiempo para negociar —intervino Skye—. Y no lo tenemos antes del entierro.

Cuando los dos hombres se marcharon, no habían decidido nada.

«Da igual —pensó Angélique—, cumpliré con la última voluntad de mi marido, heredaré sus bienes terrenales, si los tiene, y venceré a Tess Struan. Y también me vengaré».

Angélique estaba perdida en sus ensoñaciones cuando entró Hoag.

—Buenas tardes, doctor. ¿Qué tal? Estoy bien, gracias a usted.

—¿De veras? —Tenía los ojos enrojecidos de cansancio, el semblante pálido y macilento, pero seguía transmitiendo una calidez muy atrayente. Tras observarla, añadió—: Sí, ya lo veo. Tenga cuidado, no se exija demasiado, tómeselo con calma, Angélique, sea prudente.

—Lo haré, se lo prometo.

—Esta tarde estuvo fantástica.

—Sí, pero perdí.

—Sí. George Babcott y yo lo lamentamos mucho, nos indignamos tras oír su opinión y la petición de Skye. Esta noche George cenará con Wee Willie y volverá a intentarlo, aunque ninguno de los dos tenemos esperanzas de convencerlo. —Angélique se encogió ligeramente de hombros y lo siguió observando con unos ojos enormes en su rostro pálido—. En realidad quería hablarle del entierro. Es posible que se puedan cumplir los deseos de Malcolm.

—¿Cómo?

Se sentó delante de ella.

—Puedo ayudarla a arrojar su cuerpo al mar, igual que su abuelo, como él quería.

—¿Y qué puede hacer?

—Vaya a ver a sir William, dígale que se someterá a lo inevitable y que, por mucho que lamente su decisión, permitirá que lleven a Malcolm a Hong Kong. Mañana, Babcott y yo embarcaremos el ataúd oficialmente en el *Prancing Cloud* en Kanagawa. Usted se despedirá del ataúd, dirá que no podría soportar volver al *Prancing Cloud* y que viajará en el barco correo pasado mañana cuando zarpe hacia Hong Kong.

—¿Pero el ataúd estará vacío? —preguntó con entusiasmo.

—No. Habrá un cadáver pero no será el suyo, sino el de un pescador coreano que murió en la clínica de Kanagawa esta mañana. Si conseguimos que Jamie se ponga de nuestro lado, podría enviar el cúter a Kanagawa mañana por la noche; nosotros nos haremos a la mar y, si conseguimos que Tweet celebre la ceremonia religiosa, podremos tirar su cuerpo al mar como usted quería. Al día siguiente, usted cogerá el barco correo y nadie se habrá enterado, siempre y cuando todos juren guardar el secreto.

—Hay muchos cabos sueltos —musitó mientras el corazón le latía con fuerza.

—Más de los que me imaginaba —aceptó él, mientras se secaba la frente—. Se me acaba de ocurrir ahora. No lo he pensado con detenimiento, es posible que sea una locura, pero quería ayudarla. La primera parte la puedo llevar a cabo yo solo, sin la ayuda de George, lo de la sustitución de los cuerpos. Usted tiene que hacer todo lo demás. A lo mejor puedo ayudarla, no lo sé —añadió, poco convencido—. Lo de guardar secretos no se me da muy bien. Lo siento, pero tenemos que decidirlo ahora… Tendré que regresar a Kanagawa esta noche, mientras George esté cenando aquí con sir William. ¿Qué le parece?

Angélique se abalanzó sobre él, lo rodeó con los brazos y lo abrazó con suavidad y gratitud.

—Vamos a intentarlo… y gracias, muchas gracias.

—¿Deseaba verme, madame? —dijo Gornt.

—Sí, por favor, pase y siéntese. —Angélique se hallaba sentada junto a la ventana del despacho del tai-pan donde había unos sillones, una mesa de roble y un aparador. Chen estaba de pie a su lado.

—Permítame que vuelva a insistir en lo mucho que lamento todo esto. Si puedo ayudarla en algo, solo tiene que decírmelo.

—Lo sé y se lo agradezco, Edward. Sí, puede ayudarme, todo el mundo necesita amigos. Me alegro de que la investigación haya ido bien, deberían concederle una medalla. Fue muy valiente, quisiera darle las gracias por haberle salvado la vida a Jamie, no sé qué haría sin él. —La chimenea estaba encendida y unas cortinas de seda los resguardaban del frío de la noche. Chen se acercó a la cubitera de hielo con una botella abierta en la mano—. Mi marido me dijo que le gustaba el champán.

—Sí, es verdad, madame —repuso Gornt mientras pensaba en la investigación y en el veredicto que daba por concluido el capítulo de Norbert.

—Salud, Edward.

—¡A su salud, madame!

Angélique apenas probó el champán mientras él bebía a grandes sorbos.

—Para mí el champán es una fuente de vida —dijo él, y enseguida se arrepintió—. Nunca me lo he podido permitir, salvo en las ocasiones muy especiales.

—A mí también me gusta, aunque esta noche no me apetece demasiado. Pero pronto podrá permitirse todos los lujos que quiera, ¿no es así? Mi marido me dijo que las cosas iban a empezar a irle bien, muy bien, y que conocía muchos secretos que pensaba compartir con él, unos secretos que los beneficiarían a ambos.

—¿De veras? —repuso Gornt, desprevenido, pues Malcolm Struan y él habían decidido no contárselo a nadie. ¿Y Norbert? Norbert no contaba, aquello tan solo formaba parte del plan para confundir al enemigo y Norbert siempre había sido un enemigo—. ¿Qué secretos, madame?

—Me dijo que lo apreciaba y confiaba en usted, al igual que yo, que usted era un hombre que sabía guardar un secreto y que conocía el valor de la amistad, en el sentido chino de la palabra.

—Eso sí que es verdad. Yo también lo apreciaba y confiaba en él.

—Jamie me dijo que piensa marcharse en el *Prancing Cloud*.

—Sí, así es.

—Mi marido dijo que usted iba a proporcionarle información que le serviría para hundir a los Brock. Iba a dársela ayer por la mañana después… ¿Fue ayer? Tengo la impresión de que ha pasado un siglo.

—Sí. ¿Me permite que le diga que ha cambiado? Espero que no lo interprete mal, pero he de decirle que el cambio la favorece.

—Hubiese preferido que mi marido siguiera vivo y que yo no hubiera cambiado. —Angélique se sorprendió de su sinceridad, aunque, al igual que a Malcolm, siempre le había resultado fácil hablar con Gornt—. Todavía no sé si me gusta este cambio. Crecer tan rápido es, no sé cómo decirlo, doloroso, da miedo. —Se levantó, le sirvió otra copa y le acercó la cubitera.

—Gracias.

—He decidido no ir a Hong Kong en el clíper.

—Ah, sí, madame. Me han dicho que no quería volver a poner los pies en ese barco y que pensaba marcharse en el barco correo. —En cuanto se enteró, intentó reservar un billete y, como ya no quedaban, buscó a Jamie pero no lo encontró—. Entiendo que no quiera subirse al *Cloud*.

—Esos secretos que le iba a contar a mi marido, ¿querrá contármelos a mí?

Gornt, fascinado, esbozó una sonrisa encantadora y sacudió la cabeza.

—Lo siento, madame, pero no lo haría ni siquiera en el caso de que los tuviera.

Angélique asintió, sin ofenderse.

—Tampoco esperaba que lo hiciera. Además, estoy segura de que no entendería nada y, de todas formas, no sabría qué hacer con ellos. —Gornt sonrió—. Pero Tess Struan sí que lo sabría, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—Mi marido me contó que usted le había dicho que si le ocurría algo, se iría a Hong Kong de inmediato para ver a su madre e intentaría llegar al mismo acuerdo. Me dijo que lo hacía porque odiaba a los Brock, aunque no me contó el motivo. Seguro que Tess Struan sabría cómo utilizar esa información, siempre y cuando lo que usted dice sea cierto, ¿no le parece? Me lo contó el martes, antes de casarnos.

Gornt siguió observándola con simpatía.

—Entiendo los motivos por los cuales mi marido lo apreciaba, Edward; sé por qué usted puede llegar a ser un enemigo peligroso, y un amigo todavía más peligroso.

Al oír esto, Gornt se echó a reír, lo cual hizo que la tensión entre los dos disminuyera.

—Para usted no, madame, nunca. Se lo juro. Nunca.

—Ya veremos. Demos tiempo al tiempo, pues, como diría mi marido, he abrazado sus sueños y esperanzas que consisten en destruir a los Brock de una vez por todas. A lo mejor usted tiene las mismas esperanzas y los mismos sueños.

—¿Yo?

Angélique abrió el bolso y sacó un papel que había encontrado en el compartimiento de la caja fuerte, lo acercó a la lámpara y empezó a leer: «Este es el acuerdo solemne al que llegué con Mr. Edward Gornt, de Rothwell en Shanghái: si la información que ha de proporcionarme sirve para hundir a Brock & Sons en un plazo de seis meses, me comprometo, en nombre de la compañía Struan, a entregarle el cincuenta por ciento de los intereses de Brock pertenecientes a Rothwell, a ayudarle en todo lo posible para que el Victoria Bank le conceda un préstamo que le permita adquirir el otro cincuenta por ciento perteneciente a Jeff Cooper, y a partir de hoy, durante veinte años, Struan, o cualquier otra compañía controlada por la misma, le concederá un trato de favor en cualquier transacción comercial acordada por ambas partes».

Angélique le mostró el papel, pero no se lo dio.

—La fecha es de anteayer y está firmado por él, pero no ante un testigo.

Gornt no hizo el menor gesto de coger el papel. Tenía buena vista y pudo reconocer la firma. «Sin un testigo, ese documento no tiene ningún valor», pensó, mientras su mente trabajaba con rapidez.

—¿Y?

—Yo podría ser el testigo.

—Una esposa no puede ser testigo de la firma de su marido.

—No si lo fui ese mismo día, antes de casarnos.

«¿De dónde demonios ha sacado todo esto? —se preguntaba, desesperado—. ¿De Jamie? ¿De Heatherly? Me recuerda a una de las apisonadoras de Stevenson».

—Incluso si usted figura como testigo, la Casa Noble no se verá obligada a respetar el acuerdo.

—Es verdad, pero para Tess Struan tendría mucho peso; se trata de un compromiso adquirido por su hijo. ¿Acaso no es una prueba de que usted estaba trabajando con mi marido, en la clandestinidad, para realizar la mayor ambición de su vida?

—Es posible, ciertamente. —Vaciló un momento—. ¿Jamie está de acuerdo con el contrato?

—Nadie sabe que existe; solo yo —le repuso, sin dudarlo, pues de no ser así Malcolm no lo habría escondido.

Pensativo, Gornt se sirvió otra copa; advirtió que ella no había vuelto a tocar la suya.

—Me imagino —dijo con delicadeza—, que semejante favor merecerá otro a cambio.

—Quiero que embarque en el *Prancing Cloud* para ir a ver a Tess Struan y que le entregue una carta que le he escrito.

—¿Nada más? —inquirió Gornt, incrédulo.

—No del todo. Cuando llegue a Hong Kong (el clíper llegará bastante antes que el barco correo) debe ir a verla antes de que se entere de la muerte de mi marido a través de otra persona. Es imprescindible que usted sea el primero en verla; le dirá que le trae

unas noticias terribles pero también información, una información que podrá utilizar para arruinar y acabar con Brock para siempre. Es así, ¿verdad?

—Sí —dijo con suavidad, ya no podía seguir negándolo.

—Después le dirá que los Brock habían planeado asesinar a Malcolm por mediación de Norbert Greyforth. También…

—¿Cómo dice?

—¿No es verdad? ¿Acaso no formaba parte de los planes de Tyler Brock? ¿O de Morgan? Jamie está convencido de que es así, incluso estaría dispuesto a jurarlo. Mr. Skye me contó lo del suelo; lo demás, el motivo, se lo sonsaqué a Jamie. ¿Acaso Norbert no era el instrumento para asesinar a mi marido?

—Es posible —repuso Gornt, abrumado.

—Además, quiero que le diga que le trae las pruebas para destruir a Brock gracias a mí, debe insistir en ello.

—¿Gracias a usted?

—Sí, gracias a mí. Insista en ello. Para mí es importante, no le pido demasiado y usted conseguirá lo que quiere.

—¿Está segura?

—Sí. Dígale que estaba dispuesto a olvidar el contrato que había firmado con su hijo pues creía que ya no tenía ningún valor. Pero como le rogué y supliqué que fuera a verla, al final accedió a ir a Hong Kong y hablar con ella. —Se inclinó hacia él—. Esa información, ¿es importante utilizarla pronto?

—Sí.

—Entonces insista en ello. Pero, sobre todo, repítale que yo lo convencí para que fuera a verla, que gracias a mis ruegos decidió entregarle las pruebas para destruir a los enemigos de Malcolm… que yo le aseguré que ella respetaría el contrato, o que haría otro igual. Y lo hará. Le aseguro que lo hará.

—¿Con su firma?

—Será lo primero que verá, así que tendrá que prevenirla. Dígale que Malcolm me pidió que hiciera de testigo para un contrato comercial entre los dos y que lo firmé delante de usted, sin más, el

lunes, antes de la fiesta. No lo leí ni pregunté nada. Por último, le dirá que le he pedido que le entregara una carta urgente y se la dará. —Angélique alzó su copa—. Si la lee en su presencia, lo cual dudo, pero si lo hace, quisiera saber cómo reacciona.

Sorbió el champán, se recostó en el respaldo de la silla, y lo miró fijamente.

—¿Qué dice la carta?

—Puede leerla, si lo desea, antes de cerrar el sobre. —Añadió con ligereza, sin rencor—: Le ahorrará las molestias de tener que abrirla.

Gornt se esforzaba por adivinar el acertijo.

—¿Pero cómo hago para decirle que su hijo ha muerto y todo lo demás?

—No lo sé, Edward, ya se le ocurrirá.

Gruñó, asombrado por el descaro, o más bien la astucia, de esa mujer. Era evidente que pretendía granjearse el favor de Tess, vencer la enemistad y anticiparse a cualquier acción, ya fuera civil o criminal, que una madre como Tess Struan, destrozada por la pérdida de su hijo, pudiera emprender contra ella.

De ese modo, Angélique conseguiría ponerse del lado de los vencedores. Habría que actuar con mucha cautela, con mucha más sutileza de lo que ella imaginaba; sabía que podía hacerlo sin perjudicarse a sí mismo ni perder la oportunidad de llegar a un acuerdo con Tess, y estaba seguro que ella le daría todo lo que le iba a pedir; una vez superado el golpe por la muerte de su hijo, estaría en condiciones de valorar la importancia de lo que le ofrecía.

«Me conviene salvar a Angélique de los dardos de Tess Struan. ¿Qué puedo pedir a cambio? Su firma, por supuesto, pero ¿qué más? ¿Qué más me podría dar? Se me ocurre toda clase de posibilidades…».

Angélique cogió una pluma y firmó con el semblante serio tras escribir la fecha del día que se redactó el contrato. En silencio, puso el papel delante de él con la mirada gacha.

—Al margen de lo que decida, ahora este documento es suyo y puede hacer con él lo que quiera —dijo, apelando a su sentido del honor—. En cuanto a lo demás, si me ayuda, Edward… —Alzó la vista y a Gornt le sobrevino una sensación placentera—. También tendrá mi gratitud, mi eterna gratitud.

En la casa del shoya, Jamie se hallaba sentado de rodillas sobre el tatami, descalzo, y con Hiraga delante de él. El shoya se había sentado en la cabecera de la mesa, en la que había sake y té.

Jamie llevaba una hora o más respondiendo y haciendo preguntas; Hiraga le traducía, vacilaba cuando se encontraba con una palabra que no conocía y le pedía más explicaciones. Jamie estaba cansado, no por el tiempo que llevaba allí, pues le alivió y distrajo de todos los problemas que lo acuciaban, sino porque dichos problemas no tenían solución. Se disgustó al ver que sir William no se dejó convencer en lo referente al entierro de Malcolm, aunque él habría hecho lo mismo si hubiese estado en su lugar. Pobre Angélique, pobre Malcolm, pobre Casa Noble. Incluso pobre Tess.

«Alguien tendrá que resignarse. No será Wee Willie. Tendrá que ser Angélique; ni ella ni nadie puede hacer nada. Me temo que esta vez Angélique se derrumbará».

Intentó explicar con la mayor claridad posible su propuesta para formar una sociedad; el shoya y sus contactos proporcionarían los artículos en depósito, Jamie las habilidades europeas; dispondrían de un margen de seis meses para formalizar los pagos, lo cual les daría tiempo para vender los artículos y recuperar el dinero, o bien para volver a invertirlo en artículos fabricados en serie y luego importarlos. A partir de allí, empezaron a discutir acerca de las cantidades y a hablar de los métodos de fabricación en serie con los que se podrían enriquecer.

—Shoya preguntar cuánto costar máquina fabricación en serie.

—Depende de lo que fabrique —repuso Jamie.

—Jami-sama, shoya preguntar, por favor, usted decir los artículos que nosotros poder fabricar aquí y vender en Inglaterra. Ahora no, dentro de tres días. Si shoya estar de acuerdo, a lo mejor formar sociedad y traer máquina de fabricación en serie a Japón.

—La fabricación en serie cuesta mucho dinero, tanto las máquinas como la fábrica son muy caras. No es como la sociedad que le propuse. Yo nunca conseguiría reunir tanto dinero.

—Jami-sama, no preocupar por dinero. Gyokoyama poder comprar Yedo si querer. —Hiraga sonrió al ver parpadear a Jamie—. El shoya dar gracias y yo también. Por favor, dentro de tres días, decir qué se puede fabricar y precio. Le acompañaré a su casa.

—Gracias, pero no hace falta.

Hiraga y el shoya se despidieron de Jamie y este se marchó.

—¿Deseáis un té, mi señor? —preguntó el shoya.

Hiraga asintió, satisfecho y listo para marcharse a darse un baño y recibir un masaje; ahora ya solo le faltaba cobrar los supuestos honorarios de Jami *Mukfey*.

El shoya pidió que trajeran el té. Cuando la criada se hubo marchado, dijo:

—Me han llegado noticias sobre el señor Yoshi y los shishi que os interesarán.

—¡Basta ya de juegos! Claro que me interesan. ¿Qué ocurre?

—Han atentado contra la vida del señor Yoshi.

—¿Ha muerto? —preguntó Hiraga esperanzado.

—No, Otami-sama, tomad, leed esto. —El shoya le tendió un pergamino simulando docilidad. «Un shishi intentó asesinar a Yoshi en Hamamatsu, pero fracasó y Yoshi lo mató. También murió la señora Koiko en la refriega. Transmita a la Glicina nuestro más sentido pésame. Enviaremos más información lo antes posible».

Tras leerlo, Hiraga resopló.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace cinco días, Otami-sama.

—¿No se sabe nada más?

—Todavía no.

Mientras leía la carta, le acometió un terrible dolor de cabeza y se le nubló la razón. «Koiko ha muerto, y también un shishi, otro más. ¿Quién habrá sido? Y si Koiko está muerta, ¿qué habrá sido de Sumomo?».

—¿Habéis informado a la casa de la Glicina?

—Sí, Otami-sama.

—¿Y Meikin qué dijo?

—Estaba destrozada, Otami-sama, como era de esperar.

—¿Qué más sabéis, shoya?

—Os he contado todo lo que os afecta a vos y a los shishi.

—¿Y qué hay de Katsumata y Takeda?

—Corren rumores de que siguen viajando hacia aquí, al igual que el señor Yoshi.

—¿Cuándo llegará? ¿O es que ha cambiado de planes? —preguntó, confuso. «Si a Koiko la mataron en la refriega, ¿fue un accidente o porque Yoshi descubrió que Koiko tenía tratos con nosotros, al igual que Meikin?».

—No lo sé. Quizá dentro de ocho días, Otami-sama. —El shoya observaba la preocupación de Hiraga y pensó que sí, que ese joven tenía suficientes razones para estar preocupado; era evidente que corría peligro, ¡pero caramba, era tan valioso! «Estoy de acuerdo en que es un tesoro nacional, o al menos debería serlo. ¡Lo de asociarme con el gai-jin es una idea maravillosa! A partir de mañana, mi hijo se irá a trabajar con él, aprenderá las costumbres de los bárbaros y así ya no necesitaré a Hiraga que solo me da problemas y, además, cuánto lo siento, está condenado. Igual que nosotros, si no nos andamos con cuidado—. Otami-sama, últimamente ha habido muchas movilizaciones de tropas.

—¿Cómo? ¿Qué clase de movilizaciones?

—El Bakufu ha reforzado las estaciones del Tokaidō más cercanas a la colonia. También hay quinientos samuráis en las carreteras del norte y del sur. El tairō Anjo nos tiene rodeados.

—¿Sabéis si tiene intenciones de atacarnos?

—Ojalá lo supiera, Otami-sama. Quizá si lo hablarais con Taira podríamos averiguar algo sobre los planes de los gai-jin.

—Piensan bombardear Yedo, cualquier idiota lo sabe. —Hiraga se sintió invadido por la náusea al pensar en la victoria de los gai-jin, a pesar de que favorecería a *sonno-joi*—. El tairō no puede hacer nada para impedir… —El corazón le dio un salto y se detuvo.

—¿Sí, Otami-sama?

—Salvo si recurre a la táctica histórica: un ataque por sorpresa, brutal y repentino, que destruiría la base naval. —Hiraga se sorprendió al ver que había compartido esa idea con el shoya.

«Caramba —se dijo a sí mismo a pesar del dolor de cabeza—, hay tantas cosas que no entiendo; el mundo entero está patas arriba, todo ha cambiado, incluso yo he cambiado, he renunciado a mi condición de samurái a pesar de que en el fondo sigo siéndolo. La culpa es de esos asquerosos gai-jin, con esas ideas tan tentadoras, enfermizas y avariciosas. Tenemos que expulsarlos (*sonno-joi, sonno-joi, sonno-joi*), pero todavía no. Antes, la fabricación en serie; tenemos que fabricar fusiles».

—Shoya, enviad a vuestros espías para que lo averigüen.

—¿Espías, Otami-sama?

—Ha llegado el momento de dejarnos de juegos. ¿Me entendéis? ¡Se acabaron los juegos!

—Yo siempre os obedezco, Otami-sama. Como siempre…

—Esta noche os habéis portado muy bien, shoya. En cuanto os enteréis de algo que tenga que ver con Yoshi o con los shishi, avisadme.

—Lo haré con la velocidad de un ave de presa, mi señor.

—Entonces, buenas noches. Ah, cuánto lo siento, me olvidaba de los honorarios del gai-jin. Me pidió que os lo recordara.

El shoya sintió que se le encogía el estómago. Sacó una bolsa de la manga; habría sido muy descortés dárselo a Jami-sama directamente.

—Aquí tenéis un koku y medio en oro, Otami-sama; os daré el resto dentro de diez días.

Hiraga se encogió de hombros y guardó la bolsa con naturalidad a pesar de que se sorprendió del peso y de la alegría que le procuraba su contenido.

—Se lo diré y lo traeré dentro de tres días.

—Gracias, Otami-sama. Las movilizaciones de tropas empiezan a ser muy preocupantes. Se avecina una guerra. A mis jefes les gustaría saber lo que planean los gai-jin y estarían dispuestos a agradecer cualquier clase de información. A lo mejor vuestro Taira-sama…

Aquel día le había llegado otra carta de Osaka, más urgente que la anterior. «¡Cómo si no supiera leer! —pensó el shoya enfadado—, como si no me preocupara y no les fuera leal. Hago todo lo que puedo. La culpa es de esas malditas mama-san. ¡Ya han pasado dos días y sigo sin saber nada de ellas!».

Cuando fue a ver a Raiko y a Meikin, les había insistido en que necesitaba enterarse de todo lo que supieran, o de todo lo que pudieran averiguar, lo antes posible. Su enfado había crecido cada vez más, no solo porque ambas mujeres habían fingido no saber nada, a pesar de sus lisonjas y de que estaba seguro de que sabían algo, sino también porque su preciado oban de oro ya estaba en manos de ese samurái rapaz. «¿Y adónde irá a parar mi hermoso oban? Seguro que en la Hondonada Dorada de alguna puta».

—Muchas gracias, Otami-sama —dijo el shoya en tono meloso antes de que Hiraga se marchara, mientras inclinaba la cabeza y ocultaba el rechinamiento de los pocos dientes que le quedaban, deseoso de humillar a Hiraga, de hacerle padecer, y de decirle: «ah, cuánto lo siento, tu puta Koiko estaba involucrada en la trama, igual que tu futura esposa, Sumomo, que también fue decapitada; y Meikin, la mama-san, una de las personalidades más importantes de Yedo, tiene los días contados porque sospechamos que Yoshi también está al corriente de su relación con los shishi.

»Y a pesar de que seas el samurái más inteligente que conozco, tú también estás condenado y, sin embargo, mis ilustres jefes

pretenden que te trate como si fueras un tesoro nacional y que encima te proteja. *Oh ko!*

»Esta noche pienso emborracharme, ¡pero no antes de congratularme por la creación de la Sociedad Ryoshi! Caray, ¡es una idea digna de los dioses!».

De camino a su casa, Jamie se desabrochó el abrigo a pesar del frío de la noche. Tenía calor. Había aprendido mucho y había logrado evadirse de los problemas. «Muy interesante, pero esos dos no tienen ni idea de lo que cuesta montar una fábrica. Y, sin embargo, estuve a punto de creérmelo cuando Nakama me dijo que el Gyokoyama podía comprar y vender Yedo a su antojo. De todas formas, estoy seguro de que el shoya querrá asociarse conmigo».

Saludó a los transeúntes de High Street mientras caminaba con paso rápido. Subió las escaleras de Struan y entró en su territorio. «Vuelve a ser mío —pensó con orgullo—. A lo mejor ahora Tess cambia de parecer; no es tonta y me he portado bien».

Vargas lo esperaba.

—Hola, Vargas, ¿ya es hora de cerrar?

—Sí, pero antes, senhor, lo siento, pero estas cartas llegaron en el correo de ayer y, no sé por qué, aparecieron en mi bandeja.

Ambas cartas iban dirigidas a él. La primera era de Tess Struan. Se le encogió el corazón. La otra era de Maureen Ross, su antigua prometida. Su preocupación fue en aumento.

—Gracias —dijo. A pesar de que había decidido esperar, no pudo resistirlo y abrió la carta de Tess. «Por la presente le comunico oficialmente que Mr. Albert MacStruan ha sido trasladado y llegará en el barco de vapor *Wayfong* el día 17. Le ruego que le ponga al corriente de todas las transacciones llevadas a cabo en Japón. Dado que usted ha incumplido mis órdenes, le relevará de su cargo a partir del mes de diciembre».

Su despido de la Casa Noble no le enfureció tanto como esperaba. «Qué extraño, hace solo unos minutos pensé que…».

Se fijó en Vargas que lo miraba fijamente.

—¿Algo más, Vargas? —Plegó la carta y la puso encima de la mesa junto a la otra.

—Mrs. Angélique está en el despacho del tai-pan y desea verle.

—¿Qué ocurre?

—Que yo sepa, nada, senhor. También ha llegado un recado de Nemi que quiere saber si irá a verla esta noche. Ah, y otra cosa, senhor, el capitán Strongbow ha pasado por aquí para recoger la orden de zarpar y le repetí que no se impacientara. ¿Saldrán esta tarde?

—Sí, creo que sí. En cuanto a Nemi, dígale que a lo mejor paso a verla.

—Enseguida, senhor. ¿Así que ya está todo decidido? ¿Enviarán los restos del tai-pan en el *Cloud*? ¿Y también irá la senhora?

—Ya sea en el clíper o en el barco correo, pero sí —repuso. Recorrió el pasillo, llamó a la puerta y entró.

Angélique se hallaba acurrucada en la silla de Malcolm y leía el *Guardian* bajo la luz de una lámpara de aceite.

—Hola, Jamie.

—Buenas tardes. He decidido ir con usted en el barco correo —dijo, procurando no ser brusco—. Creo que es mi deber decírselo a Tess Struan. Y también creo que eso es lo que Malcolm hubiese querido.

—Sí —repuso con una dulce sonrisa—. Estoy de acuerdo. Cierre la puerta, Jamie, y, por favor, siéntese. —Una vez sentado, Angélique bajó la voz y le contó el plan de Hoag—. ¿Podría usted llevarnos a Kanagawa en el cúter mañana por la tarde?

Jamie la miraba atónito, totalmente desprevenido.

—Está loca. Ese plan es una locura.

—No, en absoluto. El doctor Hoag cree que…

—Él también está como una cabra; nunca lo conseguirían.

—¿Por qué? —preguntó ella con calma.

—Por mil razones —explicó—. Hay tantas que ni siquiera vale la pena mencionarlas. Esa idea es absurda, una auténtica locura; Willie

los meterá presos a todos.

—Según Mr. Skye no hay ninguna ley que lo prohíba.

—Con que lo dice el señor sabelotodo, ¿eh? ¿Y qué más piensa hacer Heatherly? —preguntó—, ¿ponerse el cuello al revés y celebrar la ceremonia?

—Mr. Skye cree que el reverendo Tweet estará dispuesto a celebrarla.

—Los dos están locos y Hoag es un estúpido, un chalado, por haber propuesto un plan tan absurdo. Zarparemos en el barco correo, usted, yo y él. —Se dirigió a la puerta.

—Jamie, ¿puede conducir el cúter usted solo o necesitaremos tripulantes? —Jamie se volvió y la miró. Ella le sonrió—. ¿Necesitaremos tripulantes?

—Por lo menos dos hombres. Un contramaestre y un fogonero.

—Gracias. Ya que no quiere ayudarnos, ¿le importa si se lo pido al contramaestre?

—Se ve que no me ha entendido. Esa idea es una temeridad, una auténtica temeridad.

—Es posible que tenga razón y que no lo consigamos, pero pienso intentarlo, y si fracaso, lo volveré a intentar. Veo que usted tampoco me entiende, querido Jamie. Prometí amar, honrar y obedecer a mi marido, que también era su amigo, y sabemos que Tess Struan no hará lo que él quería, ¿no es así?

Mientras hablaba, McFay la observaba y estudiaba cada uno de sus rasgos; recordó todos los años con Tess y lo que ella y Culum Struan habían significado para él, al igual que Malcolm y Dirk Struan, y la Casa Noble. «Ya no queda nada, todo está perdido, y mi amigo se ha marchado. Yo era su amigo. ¡Dios mío, lo que un hombre puede llegar a hacer en nombre de la amistad!».

—No, Tess no lo hará. Supongo que es lo menos que un amigo puede hacer. Prepararé el cúter.

Salió del despacho. Angélique suspiró, cogió el periódico y siguió leyendo.

Aquella noche, cuando el doctor Hoag llegó a la legación de Kanagawa, situada en el templo budista, Towery, el sargento de guardia, salió a su encuentro.

—No le esperaba hasta mañana por la mañana, doctor.

Mientras lo acompañaba a la sección del templo utilizada como morgue, Towery se echó a reír.

—Sí, está igual que cuando lo dejó, doctor, seguro que no se habrá levantado por su propio pie. —Abrió la puerta; la sala era amplia, con el suelo de tierra. Towery olisqueó el aire—. Todavía no huelen. Nunca me han gustado los muertos. ¿Necesita que le eche una mano?

—No, gracias. —Había dos ataúdes vacíos encima de unos caballetes con sus correspondientes tapas y varios más apoyados contra la pared. Los cadáveres yacían sobre unas losas de mármol, cubiertos con sábanas. En el otro extremo de la sala, había unos toneles llenos de hielo que rezumaban agua—. ¿Y el nativo? ¿Hasta cuándo lo tendremos aquí?

—Hasta mañana. —Hoag se sintió desfallecer; de pronto recordó que la gente solía reclamar los cadáveres para incinerarlos y que cuando fueran a buscar al nativo se encontrarían con que había desaparecido…

—¿Qué ocurre, doctor?

—Nada, solo un… gracias, sargento. —Se tranquilizó cuando se acordó de que aquel hombre era coreano, un pescador que tras naufragar en esas costas llevó una vida miserable, sin posibilidad de regresar a su país y despreciado por los japoneses. Babcott había decidido incinerar el cadáver en el crematorio budista—. De hecho, puede ayudarme, sargento.

Los ayudantes japoneses habían limpiado y vestido el cadáver de Malcolm después de la autopsia. Con la ayuda del sargento, que lo cogió por los pies, lo pusieron en el ataúd.

—Para ser un cadáver, tiene buen aspecto. —El rostro de Malcolm estaba sereno—. Vamos a por el otro, doctor. No quisiera que se herniara, estos muertos pesan más que una piedra.

—Mejor envolverlo con una sábana.

El coreano era un hombre escuálido. Había muerto de disentería. Entre los dos, lo trasladaron al ataúd.

—Gracias. Ahora voy a ordenar un poco las cosas y luego me iré a dormir.

—Muy bien, doctor. Iré a comprobar si su habitación está lista.

Una vez a solas, Hoag atrancó la puerta. Angélique y él habían decidido que no habría velatorio. Con cuidado, colocó la tapa y clavó los clavos.

«Ahora el otro. Se notará la diferencia de peso. ¿Qué hago? Pondré tierra». Vio una pala que pertenecía a los sepultureros. Afuera, la tierra estaba blanda, el frío y el viento agitaban la vegetación. Transportó la tierra con la pala y la esparció por encima del cadáver. Satisfecho, puso la tapa y la clavó. Se apoyó en el ataúd, sin resuello, empapado de sudor, sucio y más preocupado que al principio. «Heatherly tiene razón —pensó, mientras se lavaba las manos en el cubo de agua—. Nunca lo conseguiremos».

—Está como una chota, doctor —le había dicho Skye—. Ella también, y yo por acceder a participar. A Wee Willie le va a dar un ataque, pero da igual, lo haremos mañana por la noche. —Se lo dijo unas horas antes, en medio del bullicio del club—. Tómese otro whisky.

—¿Está seguro de que la ley nos ampara?

—Totalmente. Pero si Wee Willie se lo propone puede acusarnos de mil cosas, aunque no debe preocuparse. De todas formas, pase lo que pase, Tess Struan se pondrá como una furia, usted se quedará sin empleo y se irá directo al arroyo.

Cansado, Hoag contempló los ataúdes. Tras un último repaso para comprobar si todo estaba en orden, cogió la lámpara de aceite y salió.

La luna llena proyectaba una sombra en las ventanas abiertas. En silencio, otra sombra se movía. El sargento Towery asomó la cabeza por la ventana de la morgue. Estaba confuso. ¿Por qué el doctor Hoag llegó a medianoche, y por qué había cavado en el jardín, igual que un ladrón de tumbas, y llenado de tierra el ataúd del nativo muerto?

«La curiosidad mata al gato, amigo, pero no siempre, no cuando yo estoy de guardia. Mañana tendrás que entrar y echarle un vistazo, antes de que el doctor se levante y de que el Todopoderoso Pallidar llegue para la inspección. Y entonces él ya sabrá lo que hay que hacer».

XLVIII

KANAGAWA

Viernes, 12 de diciembre

—¿Y bien, doctor? —dijo Pallidar con voz gélida.

Hoag se hallaba sentado en el borde de la silla, incómodo y pálido. Pallidar, con la espalda recta y uniformado, estaba imponente a pesar de su resfriado. El sargento Towery estaba detrás de él. Las campanas del templo tañían de manera inquietante.

Hoag se encogió de hombros con docilidad.

—Por el amor de Dios, doctor, esto no es un tribunal de guerra y, por mi parte, me da igual si se dedica a llenar los ataúdes de mierda de vaca, solo quiero saber por qué lo hizo.

—Creí… creí que sería una buena idea.

—Quiero saberlo, ahora… —La tos lo detuvo. Irritado, Pallidar se sonó la nariz y tosió, se aclaró la garganta y volvió a toser.

—Tengo un jarabe nuevo para la tos —exclamó Hoag con alegría —, que le curará ese resfriado en un periquete, tiene quinina y opio. —Empezó a levantarse—. Voy a buscarlo y…

—¡Siéntese! ¡El ataúd, por el amor de Dios, olvídese de mi resfriado! El sargento lo vio y me lo contó. Ahora, dígame, ¿puede darme una explicación?

A pesar de que Hoag había intentado escabullirse, sabía que estaba atrapado. Maldijo al sargento para sus adentros y repuso:

—¿Podría hablar con usted a solas, Settry, por favor?

—Muy bien. ¡Sargento! —Towery saludó y se marchó—. Bueno, ¿y?

—Pues verá… —Hoag iba a decirle que no se metiera en lo que no le importaba, que él ya no estaba sometido a la disciplina militar. «Esos malditos oficiales ya me pisotearon una vez y no voy a permitir que lo vuelvan a hacer…». Sin embargo, se vio a sí mismo contándoselo todo y al final añadió—: Así que, Settry, era el peso, la diferencia de peso, por eso necesitaba tierra… Mire, George Babcott tiene que llegar en cualquier momento y no quiero que se entere, nadie debe saberlo, ni siquiera usted, solo tenemos que enviar uno de los ataúdes al clíper y, esta noche, cuando llegue el cúter, celebraremos la ceremonia tal y como él quería. —Hoag se abanicaba, aliviado, pero también se sentía culpable—. Usted no sabe nada. Y ahora voy a buscar el jarabe para la tos.

—Le ruego que se siente. —Pallidar le lanzó una mirada furiosa —. Es un estúpido. En primer lugar, ¿ha mirado por la ventana?

—¿Cómo? —Hoag dirigió entonces la mirada hacia la ventana que daba al mar y vio que estaba gris, con mucho oleaje y el cielo encapotado—. ¡Oh!

—En efecto, ¡oh! Antes de que anochezca habrá tormenta, así que será imposible sacar el cúter, y ya sabe que sir William dio la orden de que el entierro se celebrara en Hong Kong, así que se hará lo que él dice.

—Pero Settry…

—Ni por usted, ni por Angélique, ni por nadie… —Pallidar tuvo otro acceso de tos y añadió con voz ronca—: Sir William está al mando, ha tomado una decisión y se le obedecerá. ¿Está claro?

—Sí, pero…

—Ya no hay peros que valgan. Hágame el favor de ir a buscar el jarabe para la tos y manténgase alejado de esa maldita morgue. ¡Sargento!

Towery asomó la cabeza.

—¿Sí, señor?

—Apueste un centinela en la morgue y que nadie entre sin mi permiso. No quiero que nadie toque los ataúdes.

Hoag se alejó maldiciéndose por habérselo contado, odiando a Pallidar y al entrometido del sargento, pero sobre todo a sí mismo. «Mierda —pensó—, he metido la pata». Encontró el jarabe; estuvo a punto de añadirle aceite de ricino, pero al final no se atrevió.

—Tome Settry, esto le sentará bien.

Pallidar bebió un poco y se atragantó.

—¡Qué asco! ¿Seguro que no meó en la botella para vengarse?

—Estuve a punto de hacerlo. —Hoag sonrió—. Lamento haberme comportado como un imbécil. De todas formas, aún podría cerrar los ojos y hacer ver que no sabe nada, igual que Nelson.

—Sí, pero él pertenecía a la Marina.

—Settry, se lo ruego.

Pallidar sorbió la medicina con aire pensativo.

—Debe obedecer a sir William, a la larga será lo mejor para todos. Seguro que los hubiesen cogido. Ayer fue día trece.

—Vaya, no me había dado cuenta. —Hoag se fijó en el semblante preocupado de Pallidar—. ¿Qué ocurre?

—A mí nada, a no ser por este maldito resfriado. Pero en la colonia están ocurriendo muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Últimamente el enemigo se ha estado movilizando; hemos visto varias patrullas de samuráis camufladas en el Tokaidō y en los límites de la colonia. No nos han hecho nada, pero he llegado a contar hasta cuatrocientos hijos de puta.

—¿Cree que el tairō Anjo pretende asustarnos?

—Es probable. —Pallidar tosió y bebió un poco más de jarabe—. Esto es horrible, ahora me siento peor. He dado orden de que el personal desaloje la legación de Kanagawa durante un tiempo.

—Espero no tener que cerrar el consultorio.

—Y yo no quisiera verlos muertos y sin un ataúd. A esos cabrones les encantan los ataques por sorpresa. Igual que hicieron con el pobre Malcolm. Alguien va a tener que pagar su muerte.

—Estoy de acuerdo —asintió Hoag. Al mirar por la ventana, vio los campos invernales, llanos y anodinos; odiaba el frío, siempre lo había hecho. Contempló el *Prancing Cloud*, el barco correo, los buques mercantes, los buques de guerra y las lanchas que se estaban preparando para la tormenta o para zarpar. Las chimeneas de los buques de guerra humeaban, acatando las órdenes de la Marina, para demostrar al Bakufu y a los espías que toda la flota estaba en pie de guerra y lista para actuar en cualquier momento.

«Tanta matanza es una estupidez —pensó—, pero ¿qué le vamos a hacer?». En ese momento vio que el cúter de vapor de Struan navegaba hacia ellos y su preocupación fue en aumento.

—Settry, ¿no cree que…? —Estaba a punto de volver a suplicarle cuando de pronto se dio cuenta de que, incluso si esa noche no se podía realizar la ceremonia, con suerte aún podría llevar a cabo la primera parte del plan y embarcar el ataúd del coreano a bordo del *Prancing Cloud*.

«Soy el único que sabe a quién corresponden los ataúdes, salvo, a lo mejor, el sargento, y tengo el presentimiento de que tampoco se acuerda. La única manera de averiguarlo sería abriendo los ataúdes».

—¿No cree que la vida es más extraña en Yokohama que en los demás lugares? Es como si viviéramos en un polvorín.

—En todas partes es igual, exactamente igual —repuso Pallidar.

En Yokohama, Jamie, Angélique y Skye se hallaban junto a la ventana del despacho del tai-pan. La lluvia golpeaba los cristales. Eran cerca de las doce del mediodía.

—Esta noche sería demasiado peligroso.

—¿Así que habrá tormenta?

—Sí, Angélique, lo suficiente como para no poder salir —repuso Jamie.

—¿Y el *Cloud* zarpará igual?

—Sí, ese barco puede soportar cualquier temporal. El cúter ha ido a Kanagawa para recoger el ataúd. ¿No prefiere enviarlo en el barco correo?

—Fue sir William el que dio la orden, no yo —repuso con firmeza —. Quiere trasladar a mi marido en contra de sus deseos y de los míos, dice que hay que hacerlo lo antes posible y, por lo tanto, tendrá que ser en el clíper. Jamie, nuestro plan es justo. En cuanto a la tormenta, no durará mucho. Si no podemos arrojar el cuerpo de mi marido al mar esta noche, lo haremos mañana. O pasado.

—El barco correo zarpará mañana al mediodía.

—¿Podría retrasar su salida si hiciera falta?

—Creo que sí, lo intentaré. Hablaré con el capitán. ¿Qué más?

Angélique sonrió con tristeza.

—Primero tendremos que ver si el doctor Hoag lo ha conseguido. Si fracasa, es posible que al final tenga que marcharme en el clíper.

—Seguro que Hoag regresará en el clíper y entonces ya lo decidiremos —dijo Jamie, y añadió sin acabar de creérselo—: Ya verá que todo saldrá bien. No se preocupe.

—¿Y si le pedimos a Edward Gornt que nos ayude? —preguntó Angélique.

—No —repuso Jamie—. No necesitamos a nadie más. He reservado tres literas en el barco correo, para Hoag, para usted y para mí.

—Angélique, le aconsejo que se quede —intervino Skye—. Aquí todo el mundo sabe que Wee Willie ha tomado una decisión en contra de sus deseos y eso la ayudará.

—Si no podemos arrojar el cuerpo de Malcolm al mar, iré a Hong Kong. Tengo que asistir al funeral. —Suspiró—. Necesitamos a un capitán para el barco. Jamie, podría ser usted.

—Estoy de acuerdo —apuntó Skye—. Mientras tanto, tenemos que esperar a Hoag.

Jamie empezó a hablar, pero se detuvo, asintió y se marchó. En su despacho, le esperaba una pila de cartas. Empezó a abrirlas y se dispuso a trabajar con ahínco. Sin embargo, la carta de Maureen le

impedía concentrarse. Al final, tiró la pluma, cogió la carta y la volvió a leer por vigésima vez. La frase clave era:

«Como no he recibido respuestas a mis ruegos y súplicas para que regresaras a casa, he decidido encomendarme a Dios e ir a Hong Kong, o a Japón, donde sea que estés. Mi querido padre nos ha adelantado un dinero que obtuvo tras hipotecar nuestra casa de Glasgow. Te ruego que avises a Cook en Hong Kong de que zarpo mañana, en una litera de segunda clase, en el *Eastern Mail*…».

La carta estaba fechada hacía más de dos meses y medio.

«Llegará a Hong Kong cualquier día de estos. Mi carta llegó demasiado tarde. Y ahora, ¿qué hago? ¿Alegrarme? ¿Ocultarme? ¿Huir como Aristotle Quance? Ni loco. Se trata de mi vida y no puedo mantener a una esposa, ni quiero tenerla… Ahora ya no puedo escribir a Hong Kong y decírselo, tendré que…».

Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —gritó.

Vargas asomó la cabeza.

—¿Le interrumpo, senhor?

—No, ¿qué ocurre?

—Ha venido un hombre a verle —dijo con desagrado—. Un tal Mr. Corniman, o algo así.

El nombre no le dijo nada. Después de que Vargas abriera la puerta, apareció un hombre bajito, vestido de un modo muy extraño, con prendas europeas y japonesas. Llevaba una camisa, pantalones y abrigo; estaba recién afeitado, el cabello limpio y recogido en una coleta, con un cuchillo en el cinturón y botas nuevas. Jamie no lo reconoció, aunque allí los extraños no siempre eran lo que aparentaban.

—Pase, siéntese. —En ese momento se acordó del barco correo —. Vargas, por favor, pídale al capitán Biddy que venga a verme. Debe de estar en el club. Siéntese, Mr. Corniman.

—Oiga, colega, ¿tiene algo para trincar?

—¿Quién es y qué desea?

—Soy Johnny Cornishman, ¿se acuerda de que lo conocí con el tai-pan? Iba con mi amigo, Charlie Yank. Somos los buscadores de oro.

—¿Los buscadores de oro? Ah sí, ahora me acuerdo. —El hombre tenía un aspecto aseado y pulcro, mientras que cuando lo conoció parecía un trotamundos apestoso, desgreñado y sucio. Sin embargo, su mirada malévola y furtiva seguía siendo la misma—. Habíamos hecho un trato, pero ustedes se fueron con Brock —dijo con aspereza—. Y nos traicionaron.

—Sí, es verdad. Pero es que somos hombres de negocios. Norbert nos ofreció más que ustedes. Pero olvídelo, ahora ya está muerto. Antes una copa, ¿eh?, y luego hablamos.

Jamie ocultó su curiosidad. Un hombre como ese no aparecía sin algo interesante que ofrecer. Abrió el aparador y le sirvió media copa de ron.

—¿Han encontrado oro?

El hombre se la bebió de un trago, se atragantó y enseñó las encías donde solo tenía dos dientes torcidos y marrones.

—El ron es mejor que el sake, por Dios, pero da igual, las nenas ya nos han compensado la falta de alcohol. —Eructó y sonrió—. Pero antes nos teníamos que dar un baño. No sabe lo pesadas que son con esas cosas, más que en Yoshiwara, aunque después se ponían a menear el culo hasta hacernos perder la cabeza. —Se rio a carcajadas y añadió con dureza—: Tenemos carbón, de la mejor calidad; toneladas, amigo, lo suficiente para abastecer a la flota entera, y a la mitad de precio que en Hong Kong.

—¿Dónde? ¿Y dónde lo entregarán? —quiso saber Jamie, animándose. El carbón era muy valioso y siempre escaseaba, sobre todo para la flota, y un proveedor local sería un regalo de Dios así como una constante fuente de ingresos; incluso podría venderlo al doble del precio de Hong Kong.

—Aquí, en Yokopoko, por el amor de Dios, pero a mí me pagará seis peniques la tonelada, que tendrá que ingresar en el banco y a mi nombre. El resto lo pagará en oro o en dólares mexicanos a este

cretino. —Le pasó un papel que decía: «Yokohama, Shoya Ryoshi, comerciante del Gyokoyama»—. Ese malnacido le informará de todo. ¿Lo conoce?

—Sí, es el notable del pueblo.

—Muy bien. El jefe me dijo que ya lo conocía.

—¿Qué jefe?

—No necesita oír nombres. No pierda el tiempo con esas cosas. ¿Qué le parece?

Tras una pausa, Jamie preguntó:

—¿Dónde está la veta?

—Eso a usted no le importa. —El hombre se rio—. Está cerca, pero en manos del enemigo. Mire, yo abrí la primera veta, hay toneladas de carbón y mil cretinos amarillos para cavar y transportarlo; podría abastecer a veinte flotas durante veinte años.

—¿Por qué ha venido aquí?

—Porque Norbert está muerto, igual que su maldito tai-pan. Y Yokopoko se está poniendo muy peligroso. —Cornishman tendió la copa—. Quisiera un poco más de ron, si no le importa, señor todopoderoso.

Jamie le sirvió y se sentó otra vez. Cornishman advirtió que le había servido la mitad que antes y gruñó.

—Pagaremos una quinta parte del precio de Hong Kong, descontando la aduana; la entrega se hará aquí, la primera dentro de treinta días. No pienso modificar la oferta.

—Usted deberá hacerse cargo de los gastos de aduana, amigo. Y no pienso bajar. Mire, le propongo que pasado mañana envíe una barcaza a Yedo. Nosotros la llenamos, usted nos paga una quinta parte y la trae a Yoko, luego le paga el resto al viejo e ingresa los seis peniques por tonelada en mi cuenta. No podría ser más justo, ¿eh? Le entregan el carbón antes de pagarlo y le cuesta la mitad que en Hong Kong.

—No pienso pagar más de una quinta parte. ¿Y qué hay de su socio? ¿Cómo se llamaba? ¿Charlie Yank?

—Seis peniques o nada. Está muerto, igual que su tai-pan, pero no tuvo la misma suerte que ese cretino.

—Más le vale medir sus palabras cuando hable del tai-pan.

—No se ofenda, amigo. No pretendía faltarle al respeto. —Apuró la copa y se levantó—. Nos vemos dentro de dos días, al mediodía. La entrega se hará aquí. —Sacó un mapa dibujado a mano, con una equis en la costa, a unos cuantos kilómetros al norte de Kanagawa y al sur de Yedo—. Usted traiga las barcazas y nosotros le proporcionaremos la mano de obra.

—No puede ser dentro de dos días, cae en domingo. Mejor el lunes.

—Claro, hay que respetar el día del señor. De acuerdo, nos veremos dentro de tres días.

Jamie estudió el mapa. Sería muy fácil tender una emboscada a una barcaza desprotegida.

—Como la barcaza pertenecerá a la Marina, y el carbón también, querrán enviar una fragata como medida de precaución.

—Por mí ya pueden enviar a toda la maldita flota. —Cornishman intentaba comportarse con dignidad—. Somos gente decente, por Dios.

—Me alegro de oírlo.

—¡Serán seis peniques por tonelada o no hay trato!

—Cuatro.

Cornishman escupió.

—Seis peniques, por Dios, conozco el precio del carbón y sé lo que pueden sacar vendiéndoselo a la flota. A lo mejor intento hablar con ellos directamente.

—Puede hacerlo —repuso Jamie—. Mire, le daré cuatro peniques por las primeras diez barcazas y luego seis.

—Ahora ya sé por qué está en la maldita Casa Noble. Tomo su palabra de caballero. —Se estrecharon las manos y añadió—: Ah, por cierto, ¿tienen mercurio?

La curiosidad de Jamie volvió a aflorar. El mercurio se utilizaba para la extracción del oro.

—Sí. ¿Cuánto necesita?

—De momento, no demasiado.

—Muy bien. ¿Se aloja en el Yokohama Arms?

—No, no pienso volver a pisar el barrio de los borrachos —dijo Cornishman con desprecio—. Pronto volveré y usted ha de mantener esto en secreto, sin mencionar ningún nombre, ni nada. —Hizo ademán de marcharse.

—¡Espere! ¿Adónde va? ¿Cómo haré para ponerme en contacto con usted?

—Vuelvo con los japoneses. —Sonrió y volvió a enseñar las encías desprovistas de dientes—. Mis samuráis y mi palanquín me esperan en la puerta norte, he venido de incógnito. La próxima vez, vendré como un auténtico caballero; se acabó el barrio de los borrachos para mí. Ahora soy un comerciante decente, no lo olvide. Puede llevarnos el mercurio en la barcaza. —Se marchó.

Jamie se quedó un buen rato contemplando las paredes y pensando en lo que acababa de oír. «Sería maravilloso conseguir carbón aunque seguro que solo durará hasta que la flota destruya Yedo. ¿Y para qué necesitan mercurio? ¿Habrán encontrado oro? ¿Y quién es el jefe? Ahora que lo pienso, ¿quién es el mío?

»Es Tess, hasta final de mes. ¿Hasta qué punto he de serle leal? Hasta que acabe el mes».

—¡Vargas!

—Sí, senhor.

—Llévese estas cartas, cópielas y métalas en los sobres. Esta tarde me encargaré del resto. Volveré más tarde.

—El capitán Biddy no estaba en el club, pero le dejé un recado porque me dijeron que estaba a punto de llegar.

—Gracias. —Sin prisa, se puso el abrigo y el sombrero y salió. Caminó bajo el viento y la lluvia y al pasar por la puerta norte no vio a Cornishman por ningún lado. Se cruzó con algunos comerciantes que se dirigían al club y lo saludaron. Uno de ellos se detuvo y orinó en la cuneta. El barrio de los borrachos parecía aún más sórdido

bajo el cielo encapotado. «Este no es un lugar apropiado para una mujer», pensó.

—¡Hola, Jamie! —gritó Hoag desde el cúter.

—Hola, doctor, hola Settry. —Cuando desembarcaron, a Jamie le bastó con lanzar una mirada a Hoag para darse cuenta de que todo había salido bien, por mucho que el hombre lo intentara disimular. Pallidar estaba en pleno acceso de tos—. Settry, más vale que se cure esa tos antes de que empeore.

—Ya lo ha hecho —dijo Pallidar con amargura—. Este supuesto doctor me ha dado un medicamento que va a acabar conmigo.

—Tómese un ponche y mañana estará como una rosa. Jamie, ¿está todo en orden?

—Sí.

—Le hago entrega del ataúd, Jamie —dijo Pallidar—. ¿Van a embarcarlo en el *Cloud* ahora?

—Sí, dentro de media hora. Angélique quería… quería despedirse. El reverendo Tweet añadirá unas cuantas palabras.

—¿Así que Angélique no viajará en el clíper?

—No lo sé, Settry. Lo último que supe era que iba a embarcarse en el barco correo, pero, bueno, ya sabe cómo son las mujeres.

—No la culpe. A mí también me pondría los pelos de punta subirme a bordo del clíper. —Pallidar se sonó la nariz y se arrebujó en su abrigo—. Si quiere, puedo pedirle a sir William que envíe el ataúd en el barco correo para que puedan llegar los dos juntos.

—No —intervino Hoag—. No, Settry, como médico no lo recomiendo. Lo mejor será dejar las cosas como están, que el ataúd vaya en el *Prancing Cloud*. Angélique está bien, pero cualquier conmoción podría trastornarla. Lo mejor será que ella vaya en el barco correo y el ataúd en el clíper.

—Como quiera. Jamie, he venido para decirle a sir William que hay que evacuar Kanagawa.

—Santo cielo, ¿por qué?

Pallidar le habló de las patrullas y de la presencia de los samuráis en la zona.

—No hay necesidad de preocuparse, podemos acabar con ellos sin ningún problema. Por cierto, si pudiera regresar en el cúter, me ahorraría mucho tiempo.

—¿Por qué no va en el *Prancing Cloud*? ¿Se quedará a dormir en Kanagawa?

—No, ya he visto lo que tenía que ver y he de regresar con mis muchachos —dijo Pallidar—. Los empleados y los guardias podrán abandonar la legación en los próximos días. Los veré más tarde. —Se marchó tosiendo.

Cuando apenas se alejó lo suficiente para que no los oyera, Hoag dijo:

—Todo salió de perillas, Jamie.

—Ahora no, por el amor de Dios. —A pesar del frío y de la lluvia, Jamie estaba sudando. Se encaminaron hacia High Street y se detuvieron al abrigo de un edificio, donde nadie los podía oír.

—¿Qué ocurrió?

—Ha salido todo perfecto. Esta mañana, cuando llegó el cúter, fuimos a la morgue y…

—¿Quiénes?

—Settry, el sargento Towery, el contramaestre y la tripulación. Pusimos la bandera sobre el ataúd y lo subieron a bordo del cúter. El otro ataúd nos espera allí; se supone que van a incinerar el cadáver. —Hoag contempló el mar y la lluvia—. Veo que esta noche no podremos salir, ¿verdad?

—No, pero creo que mañana amainará.

—Muy bien. —Hoag se frotó las manos para quitarse el frío—. Solo tuve un pequeño problema. Como el coreano era pequeño y flaco, llené el ataúd de tierra para compensar la diferencia de peso.

—Santo cielo, ¡claro! No se me había ocurrido. Qué buena idea.

—Lo hice anoche, sin ningún problema; cuando transportaron el ataúd nadie dijo nada, ni una sola palabra.

—Dios mío, todo esto es tan arriesgado —dijo Jamie preocupado —. ¿Cómo vamos a hacer para sacar el ataúd de la legación delante de los empleados y los soldados?

—Ya está solucionado —repuso Hoag—. Di orden a los ayudantes japoneses de que lo pusieran en el cobertizo junto al muelle, está bastante cerca del crematorio. Pueden hacerlo sin despertar sospechas. George me dijo que suele llevar los ataúdes allí cuando no le queda sitio en la morgue. Es normal.

—¡Qué bien! ¿A qué distancia está del muelle?

—A unos cien metros, más o menos. Entre los tres lo podemos transportar sin ningún problema y, además, contamos con el contramaestre, ¿verdad?

—Sí. Lo ha hecho muy bien, le felicito. —Jamie contempló la lluvia—. Es una lástima que no hayamos podido hacerlo esta noche y acabar con esta historia de una vez por todas.

—Da igual. Mañana también será un buen día. —Hoag se sentía muy seguro y satisfecho tras oír las alabanzas de Jamie. «No hay ninguna necesidad de contarle que Pallidar me pilló». Aquella mañana habían desayunado juntos y Hoag le había dicho:

—Settry, en cuanto a lo de anoche… —Y Pallidar le había interrumpido:

—Olvídelo, doctor, olvídelo, es lo mejor que puede hacer.

«Sí —pensó con una sonrisa—, lo mejor es olvidarlo».

—¿Vamos a buscar a Angélique? ¿Cómo se encuentra?

Al cabo de una hora se habían reunido todos junto al cúter. Llovía a cántaros y el viento arreciaba. El cúter, fuertemente amarrado, se hundía entre las olas. Angélique llevaba una capa negra que cubría el vestido recién teñido, un sombrero y un velo también negros y un paraguas azul que contrastaba con el resto de su atuendo.

La rodeaban Jamie, Skye, Dmitri, Tyrer, sir William y los demás ministros, el capitán Strongbow, Gornt, Marlowe, Pallidar, Vargas, André, Seratard, el reverendo Tweet y muchos más, todos apretujados para resguardarse de la lluvia. Al fondo estaba el padre Leo, con las manos en los bolsillos. Jamie había invitado a Tweet para que diera la bendición:

—Si no lo hacemos podemos despertar sospechas. Me aseguraré de que no diga misa ni nada por el estilo, no estaría bien, solo tendrá que dar la bendición.

Gracias a la inclemencia del tiempo, la bendición fue breve. Por primera vez Tweet estuvo muy elocuente. Cuando terminó, todos miraron a Angélique. Las gaviotas graznaban y volaban por encima de sus cabezas. Sir William dijo:

—Madame, le doy de nuevo mi más sentido pésame.

—Gracias. —Angélique permaneció erguida mientras la lluvia caía sobre el paraguas—. Protesto porque no me han permitido enterrar a mi marido como él quería.

Solo quedaron Jamie, Hoag y Skye en el muelle junto a Angélique.

—¿Y ahora qué, Jamie? —preguntó Angélique.

—Esperaremos —repuso.

—Es tan extraño —murmuró Angélique, mientras lloraba en silencio—. No vamos a hacer nada malo, ¿verdad? ¿Verdad?

Una vez más, Jamie tomó la decisión por ellos.

—No —dijo y la cogió del brazo para acompañarla hasta su casa.

Poco antes de anochecer, Vargas llamó a la puerta del despacho del tai-pan.

—Senhora, Mr. Gornt desea verla. Monsieur André ha venido para decir que monsieur Seratard quería invitarla a cenar.

—Déles las gracias y dígales que no, que a lo mejor mañana. Hola, Edward, adelante. —Se sentó en un sillón junto a la ventana. Afuera seguía lloviendo. Había una botella de vino abierta en una cubitera—. Por favor, sírvase. ¿Piensa embarcarse en el *Cloud*?

—Sí. A su salud, madame.

—Gracias. ¿Y usted será el único pasajero?

—No lo sé. —Vaciló—. Tiene un aspecto maravilloso, madame, está como etérea, inalcanzable.

—Lamento que se vaya. Quizá cuando regrese las cosas me vayan mejor —dijo Angélique—. ¿Piensa volver o se irá a Shanghái?

—Lo sabré en Hong Kong. ¿Dónde piensa alojarse? ¿En la cima o en la casa de los Struan?

—Todavía no he decidido si voy a ir.

—Pero… ¿no asistirá al funeral? —preguntó, confuso.

—Lo decidiré mañana —dijo con la intención de desorientarlo, a él y a todos los demás, incluso a Jamie—. Mr. Skye me ha aconsejado que me quedara, y tampoco me encuentro muy bien. —Se encogió de hombros—. Mañana lo decidiré, me han reservado una litera. Deseo con toda mi alma estar con él, necesito estar allí y, sin embargo, si no lo van a enterrar como él quería, sentiré que… que le he fallado.

—No le ha fallado, madame. Todo el mundo lo sabe.

—Usted no me fallará, ¿verdad, Edward? ¿Entregará mi carta y hará todo lo que le pedí?

—Claro. Las promesas se cumplen, es una cuestión de honor, madame. —La miró fijamente.

—Y yo también hice una promesa, ¿no es así? Es una cuestión de honor. Mi eterna amistad.

Pronunció las palabras de un modo que no dejaba claro sus intenciones. Por mucho que lo intentara, Gornt ya no podía adivinar sus pensamientos como antes, cuando habría sabido lo que encerraba esa promesa. Ahora había una barrera. «Me alegro —pensó—, pues si hay una barrera para mí, también la habrá para los demás hombres. Seis meses no es una espera demasiado larga, es el tiempo justo.

»Así que es posible que no vaya a Hong Kong. ¿Y eso cómo me afecta?».

—Mis planes, madame, dependen de Tess Struan. —Deseaba contarle su verdadero plan, pero era demasiado astuto como para manifestarlo, ni siquiera debía insinuarlo—. Espero que utilice la información que le voy a proporcionar y para ello tardará por lo menos un mes. Si ella quiere, esperaré y la ayudaré, lo necesitará.

Todo depende de ella. Si viene en el barco correo, ya lo hablaremos. Y si no, ¿me permite que le escriba?

—Claro, por supuesto, me encantaría. Y yo le prometo que le tendré al corriente de mis planes. —Abrió el cajón y sacó un sobre abierto y dirigido a Tess Struan—. Puede leerla.

—Gracias, madame, pero no es necesario.

—Así se ahorrará las molestias de tener que abrirla, Edward.

—¿Y por qué está tan segura de que soy capaz de hacer algo así? —dijo riéndose.

—Yo lo haría. No podría resistir la tentación. Pero le ruego que cierre el sobre antes de dárselo.

—En una ocasión me dijo que entendía por qué su marido me apreciaba tanto, por qué yo podía ser un enemigo peligroso y un amigo aún más peligroso. Quizá se pueda aplicar lo mismo a usted, Angélique.

—Es posible —repuso ella—. Empiezo a sondear este mundo que para mí es tan nuevo, Edward, y lo veo lleno de dificultades y de arenas movedizas. Pero se dará cuenta de que siempre cumplo con mi palabra. No olvide que soy francesa. —Sonrió—. Léala.

La carta decía:

> «Apreciada Mrs. Struan:
>
> »Ya habrá recibido la espantosa noticia de la muerte de Malcolm. Lamento no habérselo comunicado personalmente, pero el doctor Hoag me desaconsejó viajar en el *Prancing Cloud* o en el barco correo.
>
> »No sé cómo expresar el dolor que sentí y que sigo sintiendo. Permítame que tan solo le diga que lo amaba con todo mi corazón y que intenté comportarme de la mejor manera posible mientras vivía y, ahora, tras su muerte, he procurado desesperadamente darle el entierro que él quería, en el mar. Pero me lo han prohibido. Por favor, le ruego que haga por él lo que yo no he podido hacer.

»El portador de esta carta era amigo de su hijo. Lleva consigo cierta información de gran trascendencia que tenía que haber entregado a Malcolm el día que murió. Malcolm tenía intenciones de embarcar en el *Prancing Cloud* para dársela a usted y proporcionarle los medios para destruir a sus eternos enemigos, Tyler y Morgan Brock. Mr. Gornt me ha jurado que se lo entregará todo. Sé con certeza que el único epitafio que Malcolm hubiese deseado sería la conclusión feliz de este feudo y librarla de tanta agonía».

La carta estaba fechada y firmada por «Angélique Struan, Yokohama». Había añadido una posdata:

«Es extraño que tengamos tantas cosas en común. Yo también odio a mi padre, pues él también intentó destruirme; hemos estado tan alejadas, y de un modo tan absurdo».

Edward Gornt cerró el sobre con aire pensativo. Guardó la carta en el bolsillo y alzó la copa.

—Salud. Es usted una mujer sorprendente, realmente sorprendente.

—¿Por qué?

—No pide nada y lo da todo —dijo con verdadera admiración, pero sin añadir: «Y no mencionas la posibilidad que, tanto a ti como a Tess Struan, os va a mantener en vilo. Todos sabemos que si estás embarazada el imperio Struan será prácticamente tuyo, ya sea niño o niña, ¡aunque lo ideal sería que fuera un niño! E incluso si no lo estás, eso no impide que tengas derecho a reclamar algo, por poco que sea. De todas formas, ¡te casarás conmigo!».

—Es usted una mujer maravillosa —dijo con calma—. Espero que me permita gozar de su eterna amistad.

Se levantó, le besó la mano con galantería y se marchó.

Una vez a solas, Angélique asintió para sus adentros, satisfecha, y cogió la copa de Gornt para servirse un poco de champán; a pesar de que había más copas a su alcance, escogió la suya a propósito y sorbió el champán con placer. De pronto alzó la copa en dirección al mar:

—¡Adelante a toda vela, *Prancing Cloud*! —Otro sorbo. Y sonrió.

—¡Phillip!

—¿Sí, sir William?

—Tome, llévese esto. ¿Las demás cartas están listas?

—Sí, señor. He hecho copias de los resultados de las dos investigaciones, de los certificados de defunción, etcétera. Tengo que ir a sacar de la caja fuerte las cartas confidenciales que escribió al gobernador y ya está. Creo que será mejor que yo las lleve al *Cloud* personalmente.

—Sí, me parece bien. Dentro de un rato le entregaré otra. — Cansado de escribir cartas y de la tensión de los últimos días, sir William intentó ignorar la jaqueca y, tras reflexionar un momento, escribió con trazo firme:

> «Apreciada Mrs. Struan:
>
> »Le envío la presente por correo urgente por motivos especiales, tanto personales como oficiales.
>
> »En primer lugar, deseo expresarle mi más sentido pésame por la desgraciada pérdida de su hijo, a quien consideraba uno de mis amigos. En segundo lugar, le adjunto los resultados de la investigación oficial realizada para elucidar las circunstancias de su boda y las causas de su muerte.
>
> »Por lo que he averiguado a través del procurador general, la boda es legal. Tengo además la certeza de que madame Angélique Struan no tuvo nada que ver con la muerte de su marido y tampoco es responsable

de lo ocurrido. Esta afirmación ha sido corroborada por los doctores Hoag y Babcott.

»Por lo que sé, su hijo murió debido a las heridas que sufrió en el ataque del Tokaidō, en realidad lo asesinaron allí. El rey o el daimio que ordenó el ataque aún no ha comparecido ante la justicia, pero le aseguro que lo hará.

»Por lo que pude observar personalmente, su hijo estaba profundamente enamorado de mademoiselle Richaud e hizo todo lo posible para casarse con ella. Ella respondió a sus afectos de un modo ejemplar e intachable. Es una joven muy valiente y cualquiera que diga lo contrario no es más que un vil canalla.

»Por último, tengo entendido que su hijo deseaba que arrojaran su cadáver al mar. Su…».

Sir William vaciló, quería tener mucho cuidado con lo que decía. Se detuvo a reflexionar un momento antes de proseguir:

«Su viuda deseaba cumplir su deseo y nos rogó que se hiciera aquí. No hemos encontrado el testamento ni una carta formal que lo confirme, pero creo que es lo que él deseaba. Tras ignorar la petición de la viuda, decidí enviar a su hijo a Hong Kong. Sin embargo, creo que habría que respetar su última voluntad.

»Su humilde servidor, el ministro en Japón de su Majestad Británica».

Reflexionó un momento, se acercó al aparador y se sirvió un brandy; bebió y volvió a sentarse. Volvió a leer la carta detenidamente.

Cambió un par de palabras y la volvió a escribir. Luego la leyó otra vez y por fin se quedó satisfecho. Había eliminado: «Es una joven muy valiente y cualquiera que diga lo contrario no es más que

un vil canalla…» para sustituirlo por: «y confío plenamente en su benevolencia».

Seratard y André se hallaban junto a la ventana, observando al *Prancing Cloud* que se alejaba. Muchos otros lo observaban, envidiosos y celosos, deseando navegar, poseer o capitanear esa embarcación. Muchos especularon sobre su cargamento y, al pensar en Angélique que iba a marcharse al día siguiente, se preguntaron cómo sería su vida en Yokohama sin ella.

—Henri, ¿crees que el embajador estará de acuerdo? —preguntó André.

—Sí, me debe muchos favores, nuestra misión se está volviendo cada vez más eficaz y ya hemos concertado la visita de Yoshi que le habíamos prometido. Es así, ¿no?

—Me han asegurado que sí —dijo André, de pronto tenía la garganta seca. Raiko le había jurado que podía contar con ello, que los secretos militares que él le había facilitado ya estaban en manos de los intermediarios de Yedo que tenían que llevar a cabo la negociación y entregar el dinero.

—Primero Yoshi tiene que regresar, Henri, y entonces podremos fijar la fecha. Me han prometido que irá a visitar el buque insignia. Esta noche tengo una reunión y les entregaré el primer pago.

—He cambiado de idea acerca del primer pago. Creo que conviene… —Seratard elevó la voz cuando André empezó a protestar —. Conviene esperar. ¡Está decidido! —Se sentó tras su escritorio y le hizo señas a André para que se sentara delante de él—. En cuanto sepa que Yoshi ha regresado podrás pagar a esos… intermediarios.

—Pero prometí darles el dinero esta noche y tú estabas de acuerdo.

—Pues explícales que no confío en ellos —dijo Seratard con una sonrisa—. Tendrán que demostrarnos que podemos confiar en ellos. Como te decía, De Géroire hará que el Estado pase a ser tutor de Angélique, André, y de ese modo su caso llegará a instancias de la

política estatal. Esta noche, en la cena, tenemos que hablar y hacer planes con ella. Cuando sea pupila del Estado francés tendrá que alojarse en la embajada y… —Alguien llamó a la puerta—. ¿Quién es?

Vervene asomó la cabeza.

—Ha llegado un recado de Vargas, monsieur. Madame lamenta no poder asistir a la cena porque no se encuentra bien.

—Si está en condiciones de despedir a un ataúd, también puede venir aquí —repuso Seratard—. Gracias, Vervene. —Y dirigiéndose a André, añadió—: Tenemos que verla antes de que se marche.

—La veré mañana a primera hora, descuida. Pero corren rumores de que a lo mejor no se marcha. Parece ser que Hoag le desaconsejó viajar por motivos de salud y Heatherly Skye se opone firmemente.

—Odio a ese hombre, es tan vulgar, tan tosco, y tan asquerosamente inglés.

Angélique contemplaba el clíper desde la ventana de la habitación del tai-pan. Cuando la oscuridad lo hubo engullido, corrió las cortinas y se sentó tras el escritorio. Tenía el diario abierto. Había escrito tres cartas, una para su tía con una letra a la vista por valor de cincuenta guineas y la segunda para Colette con un cheque de diez guineas para que comprara medicinas. Al principio, Angélique había pensado utilizar uno de los vales de Malcolm que tenía guardados en el cajón; podía poner una fecha anterior a su muerte y utilizar el sello de la caja fuerte, pero decidió que de momento no sería prudente y recurrió al dinero que Jamie le había dado.

La última carta era para entregar en mano. Decía:

«Mi querido almirante Ketterer:

»Sé que nuestra boda fue posible gracias a su amabilidad. Se lo agradezco de todo corazón y le juro que, por poco que pueda, con o sin el apoyo de Struan,

haré todo lo que esté en mi mano para acabar con la venta de opio y de armas tal y como mi marido le prometió. Una vez más, con todo mi afecto,

Angélique Struan».

Le gustaba mucho firmar «Angélique Struan». Los dos nombres iban muy bien juntos. Disfrutaba escribiendo la firma, el trazo de la «S» la ayudaba a pensar.

«Me pregunto cómo diablos habré sido capaz de inventarme el plan de Edward. Es perfecto, siempre y cuando él haga todo lo que le pedí. Así Tess se convencerá de que no soy una enemiga. Pero un hijo es un hijo y yo tampoco perdonaría si estuviera en su lugar.

»Ay, Malcolm, qué vida tan hermosa habríamos tenido juntos, tú y yo; no habría sido necesario pasar por todo este horror.

»Si doy a luz a un varón me sentiré muy feliz porque tendré una parte de Malcolm para siempre. Regresaré a París pues tendré dinero de sobra. Tess Struan se alegrará de que me marche y nuestro hijo recibirá una educación medio francesa y medio británica y será digno de su padre. Si es una niña, también me marcharé, con menos dinero, pero tendré más que suficiente. Hasta que encuentre a un hombre digno.

»Si no tengo suerte y no me quedo embarazada, entonces pensaré en Edward; mientras, proseguiré con las negociaciones con esa mujer para conseguir mi pensión».

XLIX

Jueves, 11 de diciembre

Al día siguiente, el mar y el cielo estaban igual de grises, pero la tormenta y la lluvia habían cesado. Angélique, Skye y Hoag esperaban desde hacía un rato en el camarote del cúter para ir a Kanagawa. El fuerte viento hacía más dura la espera. Jamie y el reverendo Tweet tenían que haber llegado hacía media hora.

—Espero que no tarden —dijo Angélique, cuyo nerviosismo empezaba a hacer mella en su determinación—. ¿Qué les habrá ocurrido?

—Tenemos tiempo, tampoco hará falta alejarse demasiado —repuso Skye, inquieto, mientras el cúter se balanceaba. Los hombres llevaban chisteras, jerséis y abrigos; Angélique vestía el traje y las botas de equitación, un atuendo más apropiado para la navegación.

La caseta del timón estaba encima del camarote. El contramaestre Tinker fumaba una pipa, apoyado en el alféizar de una ventana abierta, demasiado precavido como para hacer preguntas. Jamie McFay tan solo le había dicho:

—Tenga el cúter preparado en el muelle con una buena cantidad de carbón y traiga a un fogonero de confianza. —Con eso le bastaba. Ya se enteraría del resto; por ejemplo, de por qué unas personas tan sensatas querían hacerse a la mar en un día como ese cuando cualquier navegante sabría que lo mejor era quedarse en casa.

—¡Miren! ¡Ahí está! —gritó Skye y soltó una maldición sin darse cuenta.

Jamie se acercaba al muelle, solo y a paso rápido. Los transeúntes lo saludaron, fruncieron el ceño y siguieron caminando. Jamie saltó a bordo del cúter y cerró la puerta del camarote.

—Tweet ha cambiado de parecer —dijo sin resuello.

—¡Maldita sea! Pero ¿por qué? Había dicho que sí. —Skye estaba muy disgustado. Jamie y él habían decidido contarle que un pescador cristiano que había muerto en Kanagawa les había rogado que tiraran su cuerpo al mar y querían pedirle que celebrara la ceremonia. El resto ya lo resolverían más tarde. Además, lo compensarían por las molestias.

—Ha dicho que no quería salir con este tiempo —explicó Jamie—. He intentado convencerlo pero se ha limitado a decir que el hombre está muerto, podemos esperar a mañana o pasado, hace un tiempo de perros y seguro que no regresaríamos antes del anochecer; además, había olvidado la cena de Lunkchurch. Dice que lo haremos mañana después de la misa, o quizá el lunes. ¡Es un cabrón! ¡Nos había dicho que sí!

Angélique estaba tan decepcionada que se sintió enferma.

—¡El padre Leo! Iré a pedírselo, seguro que dirá que sí.

—No hay tiempo, Angélique, y, de todas formas, Malcolm no era católico, no estaría bien.

—Ese maldito Tweet —dijo Hoag, furioso—. Tendremos que aplazarlo. De todas formas, el mar está un poco agitado, quizá sea lo mejor. ¿Supongo que tendremos que volver a intentarlo mañana? —Todos dirigieron sus miradas hacia Angélique.

—No podemos contar con Tweet —insistió Jamie—, es posible que quiera aplazarlo hasta el lunes; en cualquier caso, tenemos el problema del barco correo, solo esperará hasta el mediodía. —Le había pedido al capitán que retrasará la salida pero, como el barco ya salía con retraso, el capitán le dijo que no podía esperar más.

—Está claro que tenemos que embarcar en él —dijo Hoag—. Angélique debe asistir al funeral de Hong Kong.

—Yo me opongo —repuso Heatherly—. Pero si ella va, yo también.

—El padre Leo —insistió Angélique—. Iré a pedírselo.

—No estaría bien —dijo Jamie—. Mire, Angélique, hay una solución. Para tirarlo al mar no se necesita a un capellán, cualquier capitán puede hacerlo, igual que Marlowe los casó…

—¡Se lo podemos pedir a John! ¡Vamos, rápido…!

—Es imposible, ya lo intenté; está en el buque insignia con Ketterer. Angélique, yo soy el capitán de esta embarcación, tengo el título y, aunque sea la primera vez que lo intento, he visto suficientes funerales en el mar para saber cómo se tienen que hacer. Pero da igual, tenemos testigos. Si quiere, yo puedo celebrar la ceremonia, sería legal. —Advirtió la confusión de Angélique y miró a Skye—. Heatherly, sería legal, ¿verdad?

—Sí. —El nerviosismo de Skye fue en aumento cuando una ola enorme fue a dar contra el casco del barco; Hoag estaba igual de horrorizado.

—Angélique, todo esto, la idea del funeral ya es bastante poco ortodoxa de por sí, y si lo es un poco más, tampoco pasa nada. He traído una biblia y el reglamento de la Marina, fui a buscarlos y por eso llegué tarde. ¿Qué le parece?

A modo de respuesta, Angélique lo abrazó mientras unas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Vamos, por favor, Jamie, rápido.

Jamie McFay respondió al abrazo y el contacto con su cuerpo lo estremeció.

—¿Y qué pasa con el contramaestre y el fogonero?

—Ya le dije que yo me encargaría de hablar con ellos —repuso Jamie con brusquedad y, tras abrir la puerta, gritó—: ¡Contramaestre! ¡Zarpamos rumbo a Kanagawa!

—Sí, señor. —Tinker, alegrándose de que por fin se hubiera tomado una decisión, zarpó enseguida y viró hacia el norte, rumbo a Kanagawa. Las olas balanceaban el barco pero no demasiado, el viento tampoco era muy fuerte. Empezó a tararear una saloma que lo reconfortó.

Al cabo de un rato, Jamie subió a hablar con él.

—Vamos al muelle de la legación, a recoger un ataúd… —Vio que el contramaestre apretó la pipa con los dientes—. Luego navegaremos hasta perder la tierra de vista, más o menos una legua, y lo tiraremos al mar. Celebraremos una ceremonia en la que usted también participará, usted y el fogonero. —Jamie lo miró—. ¿Hay alguna pregunta?

—¿Yo, señor? Ninguna.

Jamie asintió y volvió a bajar al camarote. Los demás permanecían en silencio mientras contemplaban la costa frente a ellos.

En la caseta del timón, el contramaestre cogió el tubo acústico de órdenes y gritó al fogonero en la sala de máquinas:

—Percy, ¡saca los cabos de amarre!

El cobertizo se hallaba donde Hoag les había indicado, muy cerca del muelle. El ataúd estaba sobre un banco de madera. Skye, Hoag, el contramaestre y el fogonero lo cogieron por cada una de las esquinas y lo levantaron sin problemas.

—Buenas tardes, doctor Hoag —dijo una voz severa.

Sorprendidos, todos miraron a su alrededor. El sargento Towery y otro soldado los observaban con una mirada siniestra.

—¡Ah! Hola, buenas tardes, sargento —repuso Hoag con la voz atenazada. Al igual que los demás, se había quedado paralizado. Towery se acercó y miró el ataúd—. Vamos a ver qué hay aquí. Se llevan al cretino, disculpe madame, se llevan el ataúd a Yokohama, ¿eh?

—Es que… es que pidió que arrojaran su cuerpo al mar, sargento —dijo Hoag—, y Mr. McFay tuvo la amabilidad de prestarme el cúter, así que aquí estamos.

—Conque al mar, ¿eh? —El sargento Towery los miró de hito en hito como si no quisiera olvidar cada uno de los rostros—. Me parece una acción digna de elogio, de veras. —Esperó un poco más mientras los demás se morían de angustia y repitió—: Conque al

mar, ¿eh? Si tardan mucho van a acabar alimentando a los peces. Madame. —Se despidió y se alejó, seguido del soldado.

—Dios mío —murmuró Hoag.

—¿Qué cree que ocurrirá? —preguntó Jamie.

—Tendremos problemas, señor. —El contramaestre se llevó la petaca de ron a la boca con manos temblorosas y se la pasó a Jamie que la aceptó; Hoag y Angélique la rechazaron. El fogonero fue el último y, ante la consternación de Tinker, se bebió casi todo el contenido y eructó.

—Disculpen.

—Ese cretino apareció como un fantasma, como si nos hubiera estado esperando —dijo Jamie—. ¿Lo han visto acercarse? Vámonos de aquí.

Mientras trincaban el ataúd, el contramaestre soltó amarras y zarpó. Las olas salpicaban a los que estaban en cubierta. Abajó, el camarote era acogedor y, a pesar del ruido, el aire estaba limpio, sin el olor y el humo del motor. Por delante, hacia el este, en alta mar, el cielo parecía más amenazador.

—Señor, conviene apresurarnos —le dijo Tinker a Jamie en voz baja—. Solo nos quedan una o dos horas de luz.

—¿Presiente algo?

—Solo digo que conviene apresurarnos.

Jamie volvió a dirigir la mirada hacia el este. El cielo parecía cada vez más oscuro.

—Estoy de acuerdo. Mantenga el rumbo. —Se volvió para marcharse.

—Señor, ese sargento, seguro que hablará, ¿verdad?

—Sí.

—Vamos a celebrar un funeral, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué eso de ahí es tan importante —Tinker dirigió el pulgar hacia el ataúd—, que están dispuestos a arriesgarse tanto? —Y señaló las nubes.

—Vamos a enterrar al tai-pan, a Malcolm Struan.

El hombre se rio.

—Pero si su ataúd está en el *Prancing Cloud*, señor, los dos lo sabemos.

—Sí, los dos lo sabemos, pero este es un funeral simbólico para cumplir sus deseos, y los de la viuda, pues quería que lo arrojaran al mar y la viuda teme que no lo hagan en Hong Kong. —Jamie era consciente del riesgo que corría pero no podía hacer nada más.

—¿Un funeral simbólico, señor?

—Sí, solo eso. No tenemos nada que ocultar ni nada que temer.

Tinker asintió, poco convencido, y pensó: «ahí dentro hay un cadáver, tiene que haberlo si pesa tanto. Pero, como dijo Snuff, no hagas preguntas cuya respuesta no quieres oír; solo espero que el tiempo siga así y no empeore como parece que va a hacer».

—Gracias, señor.

Jamie contempló la bahía que ya estaba bastante lejos.

—Solo tiene que perder la tierra de vista. —Tras una última mirada al compás, regresó al camarote—. Ya no falta mucho.

—¿Qué hará ese soldado? —preguntó Angélique.

—Nos denunciará, pero da igual.

—No pueden hacernos nada, ¿verdad, Skye?

—No puedo prever lo que hará sir William —repuso Skye, mientras su estómago empezaba a resentirse del bamboleo del barco.

Jamie sacó de un armario la bandera británica y la del León y el Dragón. Hoag lo ayudó a envolver con ellas el ataúd. El cúter empezaba a bambolearse más que antes y tenían que agarrarse para no perder el equilibrio. Angélique se había sentado junto a la puerta abierta. El aire del mar era frío y húmedo. Sintió que los ojos se le anegaban de lágrimas y se cubrió el rostro con el velo para que no la vieran.

—Ya falta poco —repitió Jamie.

Ahora la tierra no era más que una línea en el horizonte; el mar se había embravecido y el viento había arreciado, pero todavía era soportable. Jamie gritó:

—Tinker, ya puede reducir la marcha.

—¡Sí, señor!

Al disminuir la potencia del motor, todos se sintieron aliviados y el silencio les ayudó a sobreponerse a la aprensión que les producía estar tan lejos de la costa; tanto Hoag como Skye estaban cada vez más mareados. Ahora tan solo se oía el gemido del viento y el chapoteo del agua; el motor seguía en marcha, lo justo para enfilar al viento que soplaba cada vez más fuerte. Jamie respiró hondo.

—Ya podemos empezar.

—¿Qué hacemos? —preguntó Angélique.

—Salgamos a cubierta, pero agárrense bien. Tinker, venga a popa y llame al fogonero.

—Con su permiso, señor, creo que será mejor que me quede aquí. —Gritó por el tubo acústico—: Percy, vaya a popa.

Empezaba a hacer más frío. Se colocaron donde pudieron, sujetándose entre sí para no caer, frente a Jamie.

—Quítense los sombreros —dijo, y, tras quitarse el suyo, abrió el libro que contenía el reglamento de la Marina.

Mientras leía e improvisaba, dijo:

—Nos hallamos aquí reunidos ante Dios para arrojar a las profundidades del mar los restos mortales de nuestro querido amigo y marido de Angélique Struan, Malcolm Struan, tai-pan de la Casa Noble, y para concederle el funeral que él tanto deseaba…

Al oír el nombre de Malcolm, el fogonero abrió los ojos y miró al contramaestre; este le hizo señas para que callara. El fogonero odiaba los funerales y, refunfuñando, se arrebujó para protegerse del frío y del viento, ansioso por volver a la sala de máquinas. El viento empezó a soplar un nudo más fuerte. Todos lo notaron. Jamie vaciló y prosiguió:

—Ahora vamos a rezar el padrenuestro. Padre nuestro…

—Como capitán del cúter *Claudette* —gritó alzando su voz por encima del rugido del viento—, es mi obligación y un verdadero privilegio para mí encomendar el alma de este hombre a Dios, y le pido al Señor Todopoderoso que le perdone sus pecados antes de

que lo arrojemos a las profundidades del mar, el mismo mar que lo trajo de Inglaterra. Era un buen hombre, Malcolm Struan era un buen hombre y lo echamos de menos, ahora y siempre… —Miró a Angélique que estaba agarrada al candelero de la regala con las dos manos. Una ráfaga le agitó el velo—. Madame, ¿desea añadir algo?

Sacudió la cabeza mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. La espuma de las olas salpicaba a los presentes y la popa del barco estaba hundida debido al peso.

Jamie hizo señas al fogonero y al contramaestre. Ambos soltaron las cuerdas que sujetaban el ataúd y lo deslizaron por la regala de estribor para lanzarlo al mar. Jamie los ayudó con una sola mano. Cuando el ataúd empezó a balancearse sobre el agua, dijo en voz alta:

—El mar y el cielo llamarán a los suyos, y los vientos murmurarán y se dirán que este buen hombre nos ha dejado para reunirse con el Señor demasiado pronto, demasiado pronto… —Con la ayuda de los otros dos hombres, dio un último empujón al ataúd que cayó y se sumergió en el mar.

El viraje fue difícil. Las olas impulsadas por el viento escoraban el barco y cada vez que este se enderezaba volvían a escorarlo. En el camarote, los cuatro intentaban agarrarse como podían. Angélique perdió el equilibrio pero los otros dos la sostuvieron. En aquel momento, lo único que les preocupaba era la tormenta. Hoag tenía el semblante pálido.

—Es solo un momento —gritó Jamie. Angélique, aterrorizada, hundió la cabeza en su hombro—. En cuanto acabe de virar, se calmará. —Jamie sabía que el mar estaba mal, pero no demasiado. Todavía. Además, confiaba plenamente en el contramaestre y en el fogonero; solo cabía esperar que el motor siguiera funcionando—. ¡No se preocupen!

Después de virar, el cúter se enderezó. La popa se sumergió al pasar una ola, luego la embarcación emergió y volvió a hundirse en el oleaje. Todos los que estaban a bordo esbozaron una mueca de dolor. Otra vez lo mismo, y otra caída, aunque esta vez la ola

arrastró más agua. Abajo, abajo, abajo, luego arriba, arriba, arriba, y luego el estallido del agua que se arremolinó en las ventanas inundando la cubierta. Angélique gemía. Jamie la rodeó con un brazo mientras él se sujetaba a un pasamanos. La lluvia golpeaba los ojos de buey y la puerta. En una esquina, Skye, mareado, tenía la cabeza inclinada. Hoag estaba boca abajo e igual de desamparado.

En la caseta, el contramaestre se tambaleaba de lado a lado, soportando el cabeceo del puente con facilidad. Tenía a la embarcación bajo control. A pesar de que la lluvia caía sobre las ventanas de la caseta, había suficiente visibilidad y procuraba evitar las olas que venían por detrás. Era terrible para los pasajeros, pero al menos estaban a salvo. Sonrió, divertido, había capeado temporales mucho peores que ese; ya llegaría el momento de tener miedo, al cabo de un par de horas, sentado delante de una chimenea, con tres o cuatro ponches bien calientes. Despreocupado, empezó a tararear la misma saloma de antes.

Empezaba a anochecer cuando llegaron al muelle. El cielo se había despejado y anunciaba buen tiempo. Los buques mercantes y la flota estaban fondeados, a salvo.

El fogonero saltó al muelle con una guindaleza en la mano y, tras amarrar la embarcación, ayudó a los demás a desembarcar. Primero Angélique, luego Skye y Hoag. Jamie seguía envuelto en la manta. Skye y el doctor estaban pálidos, tenían la cabeza y el estómago revueltos y las piernas débiles. Angélique se sentía mejor, ya no le dolía la cabeza. No se había mareado ni había vomitado. Una vez más, había llorado a más no poder. La última media hora la había pasado en cubierta, respirando aire fresco.

Angélique cogió a Jamie del brazo.

—Tenemos que decidir lo de mañana.

—Podemos hablarlo de camino a casa. —Se despidieron de Tinker y del fogonero y se alejaron cogidos del brazo—. Angélique,

antes de que diga nada, quiero decirle que me alegro de haberlo hecho.

—Ah, yo también, Jamie, de veras. Me alegro tanto de que todo haya salido bien, de que nadie se haya hecho daño. —Y, con una sonrisa, añadió—: Solo sufrieron un ligero mareo.

—No ha sido nada grave. ¿Qué pasa mañana?

—He decidido no ir a Hong Kong; no, por favor, no diga nada, ya lo he decidido. Aquí estoy más protegida, al menos hasta que reciba noticias de Tess. De veras, Jamie, creo que aquí estaré mejor. Además, estoy segura de que Babcott y Hoag coincidirán conmigo en que no me conviene viajar. Tampoco creo que usted deba ir.

—Considero que es mi obligación decírselo a Mrs. Struan, a Mrs. Tess Struan.

—Puede llamarme Angélique, siempre me ha llamado así y, bueno, he sido Mrs. Struan durante tan poco tiempo. —Suspiró—. Será mejor que me quede. Prefiero que Tess Struan me comunique lo que me tenga que decir por carta. Malcolm ya ha sido enterrado y eso es lo que yo quería. ¿Es necesario que vaya a Hong Kong?

—Con este viento —dijo, pensando en voz alta—, el *Prancing Cloud* podrá navegar a quince o diecisiete nudos y llegará a Hong Kong dentro de unos cinco días; Tess Struan se derrumbará cuando reciba la noticia. Con suerte, el barco correo podrá hacer unos ocho nudos y tardará los diez días de siempre. Así que cuando llegue, el funeral ya se habrá celebrado y Tess ya se habrá enterado de todo. Me ha despedido y debo abandonar la compañía Struan a final de mes; mi sustituto llegará dentro de unos días y he recibido la orden de enseñarle todo lo que sé. —Había más razones que prefirió omitir: tenía que ponerse en marcha para buscar otro trabajo. El único puesto vacante y el que más se adaptaba a su experiencia estaba en Brock & Sons. También tenía que tomar una decisión en cuanto a Maureen, sin olvidar a Nemi. Sonrió a Angélique con tristeza.

—Eso significa que no vale la pena ir, ¿no le parece?

Angélique le apretó el brazo, sin preocuparse de que los demás la vieran.

—Me alegro. No me sentiré tan sola con usted por aquí.

—¡Jamie! —gritó Phillip Tyrer desde el umbral de la legación británica y, tras ponerse la chistera y la levita, corrió hacia ellos—. Hola, Angélique, Jamie —continuó precipitadamente—: sir William les manda saludos y desea que ustedes dos y los… los demás pasajeros y la tripulación del clíper tengan la amabilidad de ir a verle mañana por la mañana, antes de la misa y de embarcarse en el barco correo. Zarpará a las dos.

—¿Para qué, Phillip? —preguntó Jamie.

—Creo que… maldita sea, ah, disculpe, Angélique, es evidente que les quiere preguntar qué demonios han estado haciendo.

—¿Cómo?

El joven suspiró.

—Lo siento, amigo, yo no tengo nada que ver con esto. Les he dado el recado y eso es todo. A mí que no me maten, no soy más que un mandado.

Los dos se rieron y la tensión desapareció.

—¿A las diez?

—Gracias, Jamie, creo que así habrá tiempo de sobra.

L

Domingo, 14 de diciembre

—No estoy de acuerdo, Jamie, el problema no es ese —dijo sir William, sentado tras el escritorio, frente a ellos, con Phillip a su lado —. Vamos a empezar de nuevo desde el principio. Como veo que es el portavoz, me dirigiré a usted. Dije de un modo bastante explícito que no quería que se celebrara el funeral aquí, que había que enviar el cadáver a Hong Kong y…

—Ya se hizo, sir William, está en el *Prancing Cloud* —insistió Jamie. Llevaba discutiendo con sir William más de media hora mientras los demás, Hoag, Skye, Tinker, el fogonero y Angélique, se limitaban a responder lo menos posible; tanto Jamie como Skye les habían dado orden de hacerlo solo cuando sir William se dirigiera a ellos personalmente e, incluso entonces, no debía adelantar nada, solo tenían que decir lo imprescindible. Era evidente que Hoag era el eslabón más débil de la cadena y había estado a punto de revelar la verdad en dos ocasiones. Angélique llevaba un velo que le ocultaba el rostro, iba de luto y vestida para asistir a misa.

—Hemos realizado un funeral simbólico.

—Ya lo sé, pero insisto en que mi pregunta es que, si era simbólico, por qué utilizaron un ataúd de verdad, con un cadáver de verdad, que además era el de un coreano, y por qué celebraron una ceremonia cristiana.

Jamie se encogió de hombros, sin saber qué responder. Aquella mañana, Skye le había dicho:

—Más vale que nos hagamos los tontos, agachemos la cabeza y lo único que podrá hacer es escupir sangre.

—Como el ataúd estaba allí, creí que sería una buena idea.

—Ah, ¿así que todo esto fue idea suya?

—Sí —repuso Jamie con obcecación, mientras le lanzaba una mirada de advertencia a Hoag que estaba a punto de intervenir—. Yo lo propuse y a los demás les pareció bien. Queríamos cumplir el deseo del tai-pan y de Mrs. Struan. No hicimos nada malo.

—Disiento profundamente. La idea de por sí es macabra, actuaron deliberadamente en contra de mi parecer; tengo la impresión de que han obrado con una falta absoluta de sensatez, que todos ustedes están intentando ocultarme la verdad y que se han confabulado para ocultar… ¿para ocultar qué? ¿No le parece, Phillip?

—Hum, sí, señor, si usted lo dice.

—¿Por qué utilizaron un ataúd y un cadáver de verdad?

Hoag se agitó nervioso en la silla. Todos sabían que estaba a punto de derrumbarse. Angélique decidió que había llegado el momento de intervenir y empezó a llorar.

—¿Por qué no nos deja tranquilos? No hicimos nada malo, solo hicimos lo mejor, lo que mi marido deseaba, lo que yo deseaba para él…

—Angélique, se lo ruego, no llore…

—… y que usted prohibió. Es su culpa, sir William, creía que era amigo nuestro, si lo hubiese sido y si también hubiese sido… sido razonable, todo esto no habría ocurrido; ya sé que no está nada bien actuar a escondidas, a pesar de que creo que usted se equivoca y…

—Mrs. Struan, creo que…

—… claro que no está bien, nosotros no queríamos hacerlo, pero por lo menos lo hicimos de buena fe, ante Dios, y estos tres amigos, amigos de verdad, me ayudaron a hacer lo que a mi marido y yo… tampoco les pedía tanto…

Estuvo a punto de salir corriendo de la habitación, pero decidió no hacerlo pues sabía que así no solucionaba nada, tan solo

abandonaría a los demás a la merced de sir William; así que se quedó allí y su llanto les partió a todos el corazón; sabía que no había mentido y que todo lo que había dicho era la pura verdad; ¡fue todo culpa de sir William!

Enseguida los hombres se agruparon a su alrededor para calmarla; todos se sentían fatal, excepto Skye que estaba maravillado por su sentido de la oportunidad y sir William que, aunque simulaba estar igual de compungido, en realidad se estaba divirtiendo enormemente. Observó y esperó, disgustado con todos debido a las maquinaciones que habían urdido juntos. «¿Cómo demonios se les habrá podido ocurrir una cosa así y quién habrá sido el artífice de todo esto? ¿Habrá sido Jamie? Ha sido una verdadera estupidez; absurdo. Hay que ser idiota para arriesgar sus vidas de esa manera».

—Vamos, vamos, señora Struan —dijo en tono paternal—. No llore, ya ha llorado suficiente. Debo confesar que sigo desaprobando la aventura, ha sido lamentable, pero, dadas las circunstancias, creo que lo dejaremos así, por ahora. —Simuló que no oía los suspiros de alivio ni advertía el cese del llanto—. Ahora vamos a misa y luego, cuando embarquen en el barco correo, les deseo un buen viaje y larga vida a todos ustedes. De veras, lamentaremos mucho que se marche.

—No… no me voy a ir, sir William.

—¿Cómo? —Sir William y Tyrer se quedaron atónitos.

—El doctor Hoag me ha desaconsejado viajar hasta dentro de una semana por lo menos —dijo entre sollozos.

—Es verdad —intervino Hoag—. No se lo recomiendo, sir William. —Aquella misma mañana, Skye, apoyado por Jamie, había insistido en que de momento no le convenía viajar:

—Doctor, necesitará un certificado médico que podamos presentar a Tess Struan. Con tantas emociones, estoy seguro de que no debe viajar y de que debe evitar cualquier enfrentamiento hasta que se haya recuperado del todo. —Hoag estuvo de acuerdo y le dijo a sir William:

—Como ve, se altera por cualquier cosa; le he extendido un certificado, aunque tampoco hacía falta.

—Quiero ir, pero… —Empezó a llorar otra vez—. El doctor Hoag lo hará en mi nombre. No creo que pueda soportarlo… Es lo mejor…

—Pero Jamie, ¿usted también irá?

—No, señor. He de resolver unos asuntos que me encomendó Mrs. Struan.

—Dios santo. —Sir William intentó disuadir a Angélique sin mucho entusiasmo, hasta que al final suspiró—. Bueno, si lo dice el doctor Hoag, no hay más que hablar, él es el médico de los Struan. —Se levantó. Los demás le dieron las gracias y empezaron a marcharse, aliviados—. Espere, doctor Hoag, quería hablar un momento a solas con usted.

La puerta se cerró. Hoag parecía un conejo delante de una cobra.

—Ahora, doctor, dígame la verdad, ¿cómo está?

—Aparentemente, está bien, sir William —repuso Hoag y añadió enseguida—: Pero es una calma superficial, nadie sabe lo que hay en el fondo. Podría durar días, semanas, un año o más; luego la pesadilla volverá. Y entonces nadie sabe lo que puede ocurrir… —Se encogió de hombros.

—¿Verá a Tess Struan?

—Sí, en cuanto llegue. —Hoag esperó, tembloroso y temiendo el interrogatorio que sabía que no resistiría.

Sir William se levantó, le sirvió un whisky y se lo dio. Hoag se lo bebió de un trago.

—Usted tardará en volver aquí, si vuelve. Necesito saber, entre nosotros, qué posibilidades hay de que esté embarazada.

Hoag parpadeó, el licor y la inesperada amabilidad de sir William lo habían tranquilizado y desorientado, no se esperaba ese tipo de preguntas.

—Por supuesto, eso es algo que depende de la voluntad de Dios, señor. Pero Malcolm estaba sano y ella también. Yo diría que hay bastantes posibilidades; aquello no era un capricho cualquiera,

deben de haber hecho el amor con mucha pasión, me consta que lo que había entre ellos era un amor verdadero.

Sir William frunció el ceño.

—De acuerdo. Cuando vea a Tess Struan… Creo que nuestra Mrs. Struan va a necesitar toda la ayuda que le podamos ofrecer, ¿no le parece?

—Puede estar seguro de que intercederé por ella.

Sir William asintió y sacó un sobre del cajón. Estaba cerrado y dirigido a sir Stanshope, el gobernador de Hong Kong.

—Quiero encargarle una misión oficial y secreta. Debe entregar esta carta en mano al gobernador en cuanto llegue a Hong Kong.

Escribió en el sobre: «A entregar en mano por el doctor Hoag»; había decidido recurrir a él en cuanto se enteró de que Jamie no iba a embarcarse.

—Deberá entregarlo personalmente, a nadie más que a él, nadie debe saberlo, nadie debe saber que usted ha hecho de correo de la Reina. ¿Está claro?

—Sí, claro, sir William —repuso Hoag con orgullo.

En apariencia, la carta era inofensiva. Decodificada, decía:

«Solicito urgentemente el envío del máximo número posible de tropas de refuerzo, pues me temo que cualquier día de estos las legiones del Bakufu atacarán la colonia y es posible que nos veamos obligados a abandonarla».

La iglesia católica estaba iluminada con velas, había pocos feligreses y el padre Leo estaba acabando la misa con una letanía en medio del olor a incienso que los impregnaba.

Angélique rezaba arrodillada en el primer banquillo; Seratard estaba a su lado, André detrás y Vervene al fondo con el resto del personal de la legación y con algunos oficiales y marineros de los barcos franceses.

Al salir de la iglesia, Angélique vio a André.

—Hola, André.

—Me alegro de que no se vaya.

—Ah, veo que las noticias vuelan.

—Solo las buenas. Necesito hablar con usted a solas.

—¿De dinero?

—De dinero. Ha cambiado tanto, Angélique.

—Espero que haya sido para mejor. ¿Cómo se encuentra?

—Viejo. —André se sentía deprimido y cansado.

—Mire, allí hay un banco. Podemos sentarnos y charlar.

El banco daba al mar. Angélique vio el barco correo y se preguntó que habría ocurrido si hubiese embarcado. «Me habría metido en la jaula de la leona antes de tiempo —pensó—. Ahora no debo pensar en ello, no debo preocuparme por nada; solo tengo que adaptarme a mi nueva personalidad, ponerme a prueba, y esperar». El humo salía por la chimenea del barco correo, listo para zarpar.

—Lamento no ser una compañía muy agradable —dijo.

—¿Puede darme dinero?

—No tengo mucho. ¿Cuánto necesita?

—Mil guineas.

—¿Para qué?

André respiró hondo.

—Se llama Hinodeh —dijo. Y le contó que se había enamorado y que la quería solo para él, sin mencionar la verdadera razón, su enfermedad—. Me resulta difícil contárselo todo, pero no puedo vivir sin ella y necesito el dinero para el contrato, he de conseguirlo como sea.

—Yo no puedo reunir tanto dinero, André —repuso Angélique, sorprendida, pero también conmovida—. ¿Y Henri? ¿No puede prestárselo?

—No quiso, y también se negó a darme un adelanto, creo que disfruta con mi dependencia.

—Si yo hablara con él…

—No, ni se le ocurra, no debe hacerlo. Cuando reciba el dinero, espero que sea pronto, quiero que me preste mil guineas.

—Si puedo, lo haré, se lo aseguro, André.

—¿Puede darme algo ahora? Cien guineas, con eso podré acallar a la mama-san durante una semana; es la que la ayudó —añadió.

Angélique ignoró el dardo que André le acababa de lanzar; no olvidaba lo mucho que él la había ayudado ni su promesa de que no lo volvería a mencionar. Entretanto, llegó a la conclusión de que en un momento dado podría utilizar a Hinodeh como garantía.

—Le pediré a Jamie que me lo adelante. ¿Cuánto tiempo tardará en llegar la respuesta de Tess? —preguntó, sin apartar la mirada del mar.

—Depende de cómo reaccione y de lo que haga en el funeral. Pero antes de decidir nada, esperará unos treinta días para ver si usted se ha quedado embarazada —dijo. Ella lo miró, alegrándose de que el velo le ocultara el rostro—. Añádale diez días para que le llegue la noticia, otros diez para pensárselo, y luego su carta tardará diez días más en llegar aquí. En total, serán dos meses, o quizá menos.

—¿Y qué me dirá?

—Será una carta venenosa. Pero se me han ocurrido un par de ideas. Puedo ayudarla a hacerse rica. Tenemos que esperar, de momento no podemos hacer nada, tendrá que tener paciencia, Angélique. Con paciencia y un poco de suerte…

«También yo, André *el Chantajista*, tengo muchos planes. Para ti, para Tess y para el futuro».

Angélique se inclinó hacia él y le tocó el brazo con ternura.

—Me alegro tanto de que esté enamorado —dijo con sinceridad. Luego, apartó esa ternura para siempre y volvió a poner sus planes en marcha—. Tendré el dinero listo a las seis, André. Me alegro de que sea mi amigo.

—Yo también me alegro. Gracias por el préstamo.

—Así que tendremos que tener paciencia y esperar… Y confiar en la suerte… Creo que podré hacerlo. De acuerdo, me parece bien.

André la observó alejarse, erguida y segura de sí misma y, a pesar de su escasa estatura, parecía más alta.

LIBRO QUINTO

LI

Jueves, 1 de enero de 1863

Hacía ya ocho días que Toranaga Yoshi había regresado al castillo de Yedo desde Kioto. Había vuelto cansado y de mal humor, tras un viaje a marcha forzada desde Hamamatsu.

Las arrugas de su rostro eran ahora más profundas. Si antes los hombres simplemente le tenían miedo, ahora su mera presencia los paralizaba. Descargaba su ira sobre ellos como un látigo. Durante el viaje él mismo había encabezado la marcha, durmiendo muy pocas horas. Se enfurecía por cualquier demora, ninguna posada le satisfacía y todo lo ponía de pésimo humor: los baños, las comidas, el servicio y, más que nada, el futuro. Todos sabían que tal estado de ánimo se debía a la muerte de su amada Koiko.

Yoshi tampoco halló la ansiada calma en el castillo. Todo Yedo rezumaba inquietud por los preparativos de guerra de los gai-jin, precipitados por el ultimátum del tairō.

—¿No has podido evitarlo? —inquirió Yoshi en la reunión con los regentes que había convocado a su llegada. Y añadió, a fin de ofrecerle a Anjo una posibilidad de retractarse—: Te han aconsejado mal; destituye al imbécil que te hizo esa sugerencia y redactó la carta.

—Fue una orden del emperador y del shōgun. Todos los gai-jin serán expulsados —repuso Anjo irritado.

—¿Una orden? Es el shōgunado el que ordena, no un mocoso, un menor de edad. Y el emperador solo puede sugerirnos que hagamos algo.

—En mi calidad de tairō, consideré que el ultimátum era necesario.

—Y yo te vuelvo a preguntar, ¿qué propones que hagamos cuando llegue la flota?

—No vendrán. Nosotros atacaremos primero —contestó Anjo—. Los tengo rodeados. Yokohama es como un pez muerto en una pecera. Nuestras fuerzas de ataque están casi listas.

—¿Y la flota de los gai-jin? —preguntó Yoshi, furioso al ver que todos sus consejos habían sido desoídos. Una vez más cayeron en la trampa que ellos mismos habían tendido. Era inútil recordarle a Anjo y a los demás el plan que había elaborado minuciosamente, las nuevas tácticas de demora para mantener maniatados a los gai-jin mientras el shōgunado agrupaba sus fuerzas y se ocupaba sobre todo del urgente problema de destruir la hostil alianza de Tosa, Choshu y Satsuma, una alianza diabólica que destruiría al shōgunado si seguía creciendo.

—Primero tenemos que atacar por sorpresa Yokohama e incendiar la colonia. Ya sugerí este plan hace unos cuantos meses —dijo Toyama—. ¡Hay que quemarlos vivos!

—¿Y cómo piensas hundir la flota? —preguntó Yoshi, mientras observaba que un súbito dolor había hecho que Anjo se doblara en dos. Se alegraba de ello, a la vez que recordaba su pacto con Ogama de Choshu, un pacto que había que ejecutar lo antes posible para mantener a ese enemigo neutralizado.

—Los dioses se encargarán de hundir esos barcos, Yoshi-dono, como lo hicieron con Kublai Jan y sus mongoles. Esta es la Tierra de los Dioses. No nos fallarán. Y en caso de que los dioses se encuentren lejos o se hayan echado a dormir —añadió Anjo—, enviaremos nuestras naves incendiarias. Estoy haciendo construir centenares de ellas. Si el enemigo logra atravesar esa barrera y bombardear Yedo, solo morirán campesinos, comerciantes, artesanos y unos cuantos parásitos. Nuestras legiones quedarán intactas.

—Exacto. Quedarán intactas —dijo Toyama, como un eco del dictador.

—Una vez que Yokohama haya sido destruida —prosiguió Anjo—, la flota gai-jin deberá retirarse porque no tienen una base para reagruparse. Tendrán que retroceder hasta sus colonias chinas. Si regresan, nosotros…

—Di mejor «cuando regresen» —intervino Yoshi.

—De acuerdo, Yoshi-dono, cuando regresen con más buques, los hundiremos en los estrechos de Shimonoseki. Para entonces dispondremos de más cañones y más naves incendiarias y no les permitiremos llegar a tierra. Nunca podrán conseguirlo. No podrán desembarcar ni instalar una nueva base. ¡Ya no habrá tratado que los proteja! Cerraremos nuestro país a los extranjeros. Como antes del tratado. Ese es mi plan —concluyó Anjo en tono triunfal—. He abolido los tratados siguiendo el deseo del emperador.

—Eres un semidiós, tairō Anjo; los dioses nos protegerán con un viento divino —apuntó Zukumura, el baboso.

—Los dioses no nos protegerán de las bombas de los gai-jin —repuso Yoshi—, ni tampoco las naves incendiarias. Si perdemos Yedo, perdemos la ciudadela de nuestro shōgunado y todos los daimios del país se unirán en contra de nosotros para recoger los despojos. Ya los veo venir, con Ogama de Choshu a la cabeza, acompañado por Sanjiro de Satsuma y Yodo de Tosa. Sin Yedo nuestro shōgunado está acabado. ¿Cómo es posible que no comprendáis algo tan sencillo?

Anjo volvió a retorcerse abrumado por otra dolorosa punzada.

—Lo que comprendo perfectamente es que te crees el amo absoluto de este país, crees que eres un don que los dioses han enviado al imperio de Japón, pero estás equivocado. No eres nada de eso. Estás bajo mis órdenes. Soy yo el que manda, soy el tairō, ¿lo has entendido?

—Sí, eres el tairō pero, dime… ¿por qué te retuerces de dolor? —preguntó Yoshi, fingiendo estar preocupado, como si acabara de

darse cuenta y deseando poner fin a ese enfrentamiento—. ¿Hace mucho que tienes esos dolores? ¿Qué te ha dicho el médico?

—¿Que qué me ha dicho? —replicó Anjo tras beber un sorbo de extracto de hierbas amargas. Los dolores habían empeorado y la medicina surtía escaso efecto, por no decir ninguno. Los nuevos médicos chinos eran tan inútiles como, los anteriores, tanto que Anjo llegó a considerar la posibilidad de hacerse examinar por el famoso médico gai-jin, el gigante de Kanagawa—. ¡Ahora mis dolores no importan!

Yoshi vio el odio reflejado en el rostro del dictador; sabía que lo odiaba porque envidiaba su juventud y su fuerza. «Cuán poco sabe este tonto lo cansado que estoy de la vida».

—¿Puedo tal vez…?

—No, no puedes hacer nada. Atacaremos cuando yo lo ordene. ¡Eso es todo! La reunión ha concluido.

Anjo salió hecho una furia. Ahora que era tairō, se comportaba como el más caprichoso y salvaje de los emperadores y trataba a todos los demás con olímpico desprecio.

Yoshi, no menos furioso, se paseó todo el día por el castillo como una fiera enjaulada. Seguía pensando en Koiko.

Yoshi no había olvidado la invitación recibida para visitar el buque de guerra francés. La casualidad de que su esposa, Hosaki, estuviera relacionada con el Gyokoyama le había brindado el día anterior la posibilidad de enviar a Misamoto —falso samurái y pescador intérprete— a organizar la visita.

Salió de Yedo sin ninguna pompa, en una barcaza de remos hacia su cita en el mar. Le acompañaban el capitán Abeh, veinte guardias y Misamoto. La experiencia fue inolvidable. El volumen y la potencia de los motores del buque, los cañones, la cantidad de pólvora y de municiones y las historias que le contaron, ya fueran verdaderas o falsas, acerca del vasto imperio francés, su riqueza, su poderío, la marina de guerra y sus ejércitos… Todo le parecía increíble.

Misamoto ejercía de intérprete, junto con el intérprete francés André. Aunque los anfitriones tenían su propia lengua, la reunión se celebró básicamente en inglés.

Yoshi no entendió muchas de las cosas que le dijeron. Sin embargo, la reunión en su conjunto fue una experiencia muy ilustrativa y le permitió obtener cierta información de la máxima importancia: la necesidad, vital para la flota, de contar con grandes depósitos de carbón y puertos seguros, sin lo cual los buques de vapor eran grandes moles inútiles, incapaces de transportar todo el carbón que necesitaban para un viaje desde Europa, incluidos la operación naval y el viaje de regreso. Además, tal como había podido comprobar en la reunión del consejo con los gai-jin celebrada en el castillo de Yedo, cualquier mención de los británicos provocaba reacciones desagradables en los gai-jin franceses, que no vacilaban en manifestar su odio hacia aquellos. Yoshi nunca pudo imaginar cuán cierto era ese odio, y cuán inmenso.

Este descubrimiento vino a corroborar algo que Misamoto le había dicho antes: que los británicos eran odiados por casi todas las demás naciones de la tierra porque poseían el imperio más extenso y más rico y las más grandes y modernas flotas, los ejércitos más poderosos y mejor disciplinados, y también por producir más de la mitad de los bienes de todo el mundo. Además, vivían en una isla que era una auténtica fortaleza inexpugnable.

Nadie podía negar que los británicos eran odiados. Igual que los Toranaga. «Por lo tanto, estos británicos —pensó— son los gai-jin que más tenemos que cuidar, aquellos a los que mejor debemos tratar. ¿Son ellos los que tienen los mejores barcos? Entonces, ¿cómo podría convencerlos para que me construyeran una flota? ¿Sería suficiente con ofrecerles el carbón que tanto necesitan?».

—Misamoto, diles que me gustaría saber más cosas sobre estos maravillosos barcos franceses. Diles también que quisiera tener algunos amigos gai-jin. Yo no tengo nada en contra de los intercambios comerciales. Incluso puedo hacer que mi carbón sea para los franceses…

La sugerencia de Yoshi atrajo de inmediato el interés francés. En ese momento se hallaban en el camarote más espacioso del barco, que a Yoshi le resultaba cochambroso y maloliente; el olor a aceite se mezclaba con el humo del carbón y los olores de desechos humanos, y una fina capa de polvo de carbón parecía cubrirlo todo. Estaban sentados alrededor de una larga mesa, junto a media docena de oficiales y su jefe, el ministro Seratard, en el centro.

—Diles que consideraré una propuesta para cederles la concesión de carbón. Han de decirme cuántos cañones pueden proporcionarme, incluida la munición y la pólvora, cuándo puedo tenerlos y cuánto carbón quieren. También quiero un barco de vapor con oficiales para formar mis propios oficiales y marineros. Es posible —añadió con tono ingenuo— que ceda a los franceses el derecho exclusivo de construir y adiestrar para nosotros toda una armada. Por supuesto, estoy dispuesto a pagar… si el precio es razonable.

Vio que a Misamoto se le abrían los ojos, pero antes de que pudiera comenzar a interpretar, André, que había estado igualmente atento a sus palabras, dijo:

—Mi jefe estar seguro de que el rey de Francia ayudará al señor Yoshi construir barcos.

A Yoshi le resultó fascinante ver con cuánta facilidad podía manipular a esos hombres y engañarlos con promesas de dinero y de futuras operaciones comerciales. «Si los franceses reaccionan tan rápido —pensó—, los británicos harán lo mismo. Dos peces peleando por la misma carnada».

Conversaron también sobre otros asuntos. No hubo bastante tiempo para tratarlos todos a fondo, pero Yoshi había aprendido lo suficiente como para querer saber más. Algo que André había mencionado lo inquietó. Habían hablado sobre los últimos descubrimientos de la medicina y sobre lo fácil que resultaba construir un hospital y formar personal especializado.

—El jefe médico de Kanagawa es muy bueno, señor. Oír que el tairō Anjo enfermo. Oír que posible tairō consultar jefe doctor-sama.

—¿Dónde y cuándo piensa verlo?

—Mi jefe decir: no seguro si cita ya concertada, señor. Tal vez jefe médico ayudar tairō.

—Si fijan una cita, hágamelo saber. Dígale también a *Serata* que me interesa la posibilidad de construir un hospital.

Yoshi pensó que por el momento ya tenía suficiente. Pero esa era otra información que Misamoto haría mejor en olvidar. «¿Cómo puedo conseguir un intérprete personal en el que pueda confiar? Para mí es algo de vital importancia».

—Pregúntale a Serata por qué los gai-jin disparan cañones y fusiles y envían barcos de guerra de un lado para otro, perturbando así la tranquilidad de esta Tierra de los Dioses. ¿Acaso se preparan para una guerra?

Se produjo un silencio repentino. La atmósfera de la reunión, hasta entonces afable, cambió de signo.

—Mi jefe decir no preparar guerra.

Yoshi observó que el gai-jin André traducía cuidadosamente.

—Solo preparar defensa. Cuánto lo siento, tairō Anjo decir todos los gai-jin expulsados.

—¿Por qué no se marchan uno o dos meses y después regresan? —Yoshi rio para sus adentros al ver el desconcierto que despertaba su pregunta.

—Mi amo decir tratado firmado por shōgun y ratificado por Bakufu, tairō Ii y emperador nos permiten estar en Yokohama y Kanagawa, y pronto Kobe. Tratado bueno para Japón.

—Hay muchos daimios que no piensan lo mismo. Anjo es el jefe. Tienen que obedecer sus órdenes. Esta es nuestra tierra. Dígale a Serata-sama que tienen que obedecer las órdenes de Anjo, aunque a veces incluso el tairō puede cambiar de opinión si se le aconseja correctamente.

—Mi jefe esperar alguien dar consejo adecuado a tairō Anjo. El daimio de Satsuma tiene que pedir perdón y pagar indemnización. Fue el acuerdo en reunión de Yedo. Castigar a culpables.

Yoshi asintió como si la cuestión le preocupara profundamente y se levantó repentinamente, para mayor consternación de los presentes. «No veo la utilidad de seguir discutiendo con esta gente —pensó—. Me conviene entrar en contacto con los británicos». No obstante, aceptó, con notorio desagrado, fijar la fecha de la próxima reunión.

—Misamoto, diles que podremos reunirnos dentro de diez días, en Yedo. Celebraremos en Yedo una reunión privada.

La reunión había tenido lugar el día anterior. Toda la noche había estado sumido en profunda reflexión. Apenas había comido. El insomnio, provocado por la tristeza que en él despertaba la visión de la cama vacía, había sido difícil de vencer, y esa cama vacía le recordaba su propia vida, que ahora imaginaba tan opaca y desprovista de sentido como la de Ogama y los demás. Muchas veces durante el viaje desde Kioto había pensado en la espada, en la paz que le procuraría la muerte, una muerte para la cual, con un poder exclusivo de los dioses, él mismo fijaría el día y la hora. De la nada a la nada. No más dolor.

Parecía tan fácil.

La primera luz del amanecer atravesó las persianas. Sus espadas se hallaban al lado de la cama. También estaba allí su fusil, cargado, el fusil al que había bautizado Nori.

«Un deseo terrible», pensó, tumbado en su lecho, momentáneamente seguro en esa habitación del castillo en que había pasado horas tan felices. Dirigió la vista a la espada corta. Ese día su ansiedad alcanzaba cotas difíciles de soportar. En su imaginación había ensayado el momento montones de veces… «Pronto Anjo ordenará que me arresten. Esa será mi excusa».

Oyó pasos que se acercaban, pasos de un soldado. Cogió las espadas y esperó, a la defensiva.

—¿Señor?

Reconoció la voz del capitán Abeh, pero no le inspiró demasiada seguridad. Alguien podía estar amenazando a Abeh con un cuchillo, o bien el mismo Abeh podría ser un traidor. Después de lo ocurrido con Koiko, cualquiera era sospechoso.

—¿Qué ocurre?

—Inejin quiere veros.

—¿Lo has registrado?

—Minuciosamente, señor.

Yoshi abrió la puerta sin moverse de la cama por medio de un ingenioso sistema que él mismo había colocado en la cerradura reforzada.

Inejin, Abeh y cuatro samuráis esperaban. Se relajó.

—Pasa, Inejin.

El capitán Abeh y los cuatro samuráis que formaban su guardia personal también se dispusieron a entrar.

—No es necesario —dijo Yoshi—. Pero no te alejes.

El jefe de los espías entró y cerró la puerta, sin hacer ningún comentario sobre el sistema de cerraduras reforzadas.

—¿Has encontrado a Katsumata?

—Llegará a Yedo dentro de tres días, señor. Irá directamente a la casa de Wisteria.

—¿Esa guarida de escorpiones?

Yoshi aún no había ordenado la captura de la mama-san Meikin pues quería enterarse de la dimensión real del complot antes de consumar la venganza. Sabía que la venganza es un plato que sabe mejor cuando se sirve frío. Y él todavía no se había enfriado.

—¿Podremos capturarlo vivo?

Inejin sonrió con cierto aire de misterio.

—Lo dudo, pero… si me permitís deciros lo que pienso, señor…

—Adelante.

—En primer lugar, acerca de los gai-jin; ha ocurrido algo que hemos estado esperando largo tiempo. Un espía gai-jin ha ofrecido los planes de ataque, a cambio de dinero, naturalmente.

—¿Cómo nos aseguraremos de que no se trata de planes falsos?

—No lo sé, señor, pero parece ser que la información incluye datos acerca del número de hombres y de barcos. Tengo entendido que el espía no pidió un precio muy alto, pero incluso así el funcionario del Bakufu no aceptó de inmediato y consiguió asustar al confidente. Con Anjo a la cabeza… —Los labios de Inejin se retorcieron con una mueca de disgusto al pronunciar el nombre del tairō—. ¡Anjo es *baka*! ¡Si la cabeza está podrida, cómo estará el cuerpo!

—Estoy de acuerdo contigo, Inejin.

—He comprado esto para vos con la ayuda de mi confidente. Os ruego que lo aceptéis como un regalo. Mi confidente ha arriesgado su vida para conseguirlo. Tendremos que reemplazarlo por otro pergamino falso que finalmente el Bakufu adquirirá a un precio inferior.

Yoshi no tocó el pergamino; se limitó a mirarlo con expectación.

—Por favor, permíteme que te reembolse el gasto —dijo, lo cual provocó un inmediato alivio en Inejin, que había tenido que hipotecar su posada en el Gyokoyama para obtener el dinero—. Pasa a ver a mi tesorero hoy mismo. ¿Crees que la información que contiene es fiable?

Inejin se encogió de hombros. Tanto él como Yoshi conocían una de las máximas de Sun-tzu: «Un espía del otro bando es siempre el más peligroso, es un hombre que vende secretos por dinero. Hace falta mucho genio para saber qué piensa de verdad».

—Mi confidente opina que podemos fiarnos de esa información, y también del espía.

—¿Y qué dice esa información?

—El plan es increíblemente simple. El día de la batalla, diez días después de que envíen el ultimátum, y en caso de que este no haya sido aceptado, toda la flota avanzará hacia Yedo. El primer día la zona de ataque está lejos de la costa; la fila de buques más potentes pulverizará todos los puentes y los caminos que permiten el acceso a Yedo. No cabe duda de que esos detalles se los ha proporcionado el traidor Hiraga. Por la noche, y a la luz proyectada

por los diversos incendios que ya se habrán desencadenado, bombardearán el castillo de Yedo. Al día siguiente piensan diezmar las poblaciones costeras. El tercer día desembarcarán unos mil soldados y avanzarán hacia el castillo, que piensan asediar hasta derribar las puertas y los puentes. El quinto día se retirarán.

—¿Regresarán a Yokohama?

—No, señor. Según el plan aquí descrito, evacuarán a todos los gai-jin el día antes del primer ataque, y se retirarán a Hong Kong hasta la primavera. Entonces piensan regresar con más fuerzas. De esa manera, el coste de la guerra, al igual que ocurrió con las guerras que entablaron con China, se duplicará; eso quiere decir que la compensación que pedirán al shōgunado y al emperador será desorbitada. Para el cese de las hostilidades exigirán el libre acceso a todo Japón, incluido Kioto, y la concesión de una isla a perpetuidad.

Yoshi se sintió recorrido por un escalofrío. «Si estos bárbaros han sido capaces de humillar a China —pensó—, la madre del mundo, también podrán hacerlo con nosotros. ¿Libre acceso a todo Japón?».

—Dime, Inejin, ese ultimátum, ¿qué otras impertinencias contendrá?

—Eso no figura en este pergamino, señor, pero el espía ha prometido más detalles, también en lo que respecta a la fecha de la batalla y a cualquier cambio de planes.

—Compra esa información cueste lo que cueste. Si es cierta, podría hacer que el resultado de esta confrontación sea diferente.

—Probablemente, señor. Parte de la información se refiere a represalias de los gai-jin contra nuestras naves incendiarias.

—¡Pero si Anjo me dijo que las estaban construyendo en el más absoluto de los secretos!

—No son un secreto para los gai-jin. Hay mucha corrupción en el Bakufu, señor.

—¡Nombres, Inejin! ¡Dame nombres y te prometo que los haré empalar!

—Comenzad hoy mismo, señor, y empezad por los peces más gordos.

—Eso sería traición.

—Pero es verdad, señor. A vos os gustan las verdades, no las mentiras. En eso sois distinto a todos los otros jefes que he conocido. La cuestión de este espía es algo complicada, señor. Fue Meikin quien me habló de él…

Yoshi no puso buena cara al oír el nombre de la sospechosa mama-san.

—Sí, estoy de acuerdo… pero fue Meikin quien me lo dijo. Fue ella la que envió al funcionario del Bakufu a verme. Y será Meikin la encargada de reemplazar el documento falso, con gran riesgo para ella, como podéis imaginar porque ha de demostrar su lealtad. Meikin está intentando desesperadamente demostrar que os es leal.

—¿Lealtad? ¿De qué lealtad me hablas? Su casa es el refugio predilecto de los shishi, el lugar donde Katsumata celebra sus reuniones, donde duermen y fornican todos los traidores.

—Meikin jura que ni ella ni la dama estuvieron jamás implicadas en el atentado.

—¿Y qué va a decir? Pero la otra sí que lo estuvo, ¿no es cierto?

—Quizá diga la verdad, quizá no, ¿quién sabe? Y tal vez por arrepentimiento busca ahora enmendarse. Un arrepentido puede sernos de gran valor.

—No estaré seguro hasta que no tenga la cabeza de Katsumata. Pero no olvides que lo prefiero vivo, para poder cortársela yo mismo.

Inejin rio y se acercó unos pasos a Yoshi para poder hablar en voz baja.

—Le sugerí que nos proporcionara lo antes posible más información sobre el traidor Hiraga…, antes de que pusierais precio a su cabeza.

—¿Te refieres a la cabeza de Meikin?

—Una cabeza de mujer en la picota no es algo muy bonito, señor. No importa que sea joven o vieja. Es una verdad tan antigua como

el mundo. Es mejor dejarla con cabeza y usar en vuestro favor el veneno, la sabiduría o la astucia que toda mujer posee.

—¿Cómo?

—Primero, que os entregue a Katsumata. Hiraga es un problema mucho más complejo. Según Meikin, es amigo íntimo de un importante funcionario llamado Taira, muy cercano al jefe de los gai-jin ingleses.

Yoshi tembló. ¿Una profecía? Taira era un nombre japonés importante, de una antigua familia emparentada con los Yoshi.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ese Taira es un funcionario, aprendiz de intérprete. Ya habla bastante bien el japonés. Es posible que los ingleses tengan una escuela como la que habéis propuesto y que el Bakufu se halla «examinando».

—Así que el Bakufu está examinando mi propuesta. Bien. Dime, Inejin, ¿ese Taira es un joven alto muy poco agraciado, con una nariz enorme y el cabello pajizo?

—Sí, señor, creo que sí.

—Lo recuerdo de la reunión del consejo de regentes. Continúa.

—Meikin ha oído decir que ha progresado mucho en el aprendizaje de nuestro idioma, con la ayuda de una prostituta llamada Fujiko, pero sobre todo gracias a Hiraga, que se ha cortado el cabello como los gai-jin y viste sus mismas ropas. Al parecer el tal Hiraga es nieto de un importante shoya de Choshu que de alguna manera consiguió comprar la condición de goshi para sus hijos, uno de los cuales, el padre de Hiraga, es ahora hirazamurái. Hiraga fue escogido para ingresar en una escuela secreta de Choshu en la que aprendió inglés.

Inejin reprimió una sonrisa al ver la expresión que asomaba al rostro de Yoshi.

—Entonces, el espía no es gai-jin, sino que… es Hiraga.

—No, señor, pero Hiraga podría ser una fuente secundaria de información, y nada despreciable.

—¿Un shishi consentiría en ayudarnos? Imposible.

—¿Y vuestra reunión de ayer con los franceses, señor? ¿Fue provechosa?

—Fue interesante.

Yoshi comprendía que era imposible mantener tales empresas en secreto. Inejin estaba muy bien informado, y no le importó. Al contrario, le alegró comprobar que su jefe de espías estaba al tanto de todo lo que ocurría. El capitán Abeh y media docena de guardias lo habían acompañado a la reunión. ¿Cuál de ellos habría hablado? No le importaba. Era algo que cabía esperar. Por otra parte, en la reunión no había dicho nada comprometedor.

—¡Abeh! —llamó.

—¿Señor?

—Haz que traigan sake y té.

Yoshi se mantuvo en silencio hasta que le sirvieron el sake.

—¿Qué propones que haga, Inejin?

—Creo que no me corresponde a mí proponer lo que seguramente ya habéis decidido, señor. Pero se me ha ocurrido que cuando el jefe británico envíe el ultimátum, en caso de que lo haga, vos seréis el único capaz de actuar como mediador.

—¿Y qué habré de hacer entonces?

—Entre otras cosas, podríais pedir hablar con Hiraga. Tal vez podríais convencerlo de que se ponga de vuestro lado. El momento sería el más propicio.

—Tal vez, tal vez, Inejin —dijo Yoshi, que ya había descartado esa idea en favor de otra mucho mejor, una idea que encajaba perfectamente en el plan que había comentado con Ogama en Kioto —. O quizá debamos castigar a ese Hiraga para que sirva de ejemplo a los demás. Primero tráeme a Katsumata, él es la cabeza de la serpiente shishi. Si Meikin puede ayudarnos a atraparlo vivo, mucho mejor para ella.

En la colonia, un grupo de comerciantes atravesaba el puente a caballo, saludando cortésmente a los guardias de la puerta del norte.

Otros mercaderes, soldados y la gentuza del barrio de los borrachos lo hacían a pie, dispuestos a disfrutar del día festivo. Se habían organizado carreras de caballos para la tarde, y también un partido de fútbol. El tiempo era bueno, aunque hacía frío.

Entre los jinetes se hallaba Jamie McFay, seguido de cerca por Hiraga, que ocultaba el rostro con una bufanda y una gorra. Ese paseo matutino no había sido aprobado por sir William, que, al igual que Tyrer, ni siquiera estaba enterado de la salida de Hiraga. Jamie le devolvía el favor que le había hecho al actuar como intérprete en sus encuentros con el shoya, y al haberle facilitado información comercial.

El día anterior Hiraga le había dicho:

—Contestar más preguntas en camino, Jami-sama. Necesito ir Hodogaya encontrar primo.

—Claro que sí, Nakama. Puedes contar conmigo.

Hacía meses que McFay no visitaba el pueblo, aunque se hallaba dentro de la zona permitida a los habitantes de la colonia. Eran pocos los que se aventuraban tan lejos en esos días sin contar con una escolta armada. El asesinato de Canterbury y la suerte corrida por Malcolm Struan aún estaban demasiado frescos.

Ese día McFay se sentía con ánimos. Había recibido una carta de su banco de Edimburgo, confirmándole que se hallaba en una buena situación económica, mejor, de hecho, que lo que él se imaginaba. Tenía más que suficiente para establecerse por su cuenta sin demasiadas pretensiones. La Casa Noble estaba en buenas manos y eso le alegraba. El nuevo gerente, Albert MacStruan, acababa de llegar de Shanghái. Jamie lo había conocido en Hong Kong tres años antes, cuando Albert ingresó en la compañía. Tras seis meses de formación en Hong Kong lo había enviado a Shanghái, donde pronto asumió el cargo de subdirector.

—Bienvenido a Yokohama —le había dicho Jamie sinceramente. Albert le caía bien, aunque sabía poco acerca de él, salvo que era muy eficiente en su trabajo y que descendía de escoceses y de

españoles afincados en las Highlands tras alguno de los numerosos naufragios de la Armada en las costas de Irlanda y Escocia.

—Lamento muchísimo que tengamos que volver a vernos en circunstancias tan dolorosas —le dijo Albert, con un refinado acento propio de Eton y Oxford mezclado con un leve deje escocés. Era un hombre de veintiséis años, cabello negro y pómulos salientes.

—No se preocupe, Mr. MacStruan, y sobre todo no se preocupe por mí. La verdad es que me apetece cambiar de aires.

Y, sin embargo, todavía seguía ayudándole con los asuntos de la Casa Noble, si bien con carácter extraoficial. Los libros estaban en regla, la compañía de carbón que tenían con Johnny Cornishman funcionaba perfectamente y prometía grandes beneficios; además, el carbón era de primera calidad.

MacStruan le había concedido, como prueba de generosidad, el veinte por ciento de los beneficios del primer año, además de la autorización para tratar directamente con Cornishman cuando se estableciera por su cuenta.

Gracias a Hiraga, los negocios que mantenía en secreto con el shoya iban viento en popa, y la primera empresa ya estaba en marcha: I.S.K. Trading (*Ichi Stoku Kompani*), así llamada porque la mujer del shoya no había considerado prudente usar el nombre de la familia. El capital se hallaba dividido en cien partes, de las cuales cuarenta pertenecían al shoya, cuarenta a McFay, quince a la esposa de Ryoshi y cinco a Hiraga, alias Nakama.

La semana anterior había registrado su propia compañía y se disponía a abrir sus oficinas, ubicadas provisionalmente en el mismo edificio que albergaba al *Guardian* de Nettlesmith. Hacía ya una semana que el joven y tímido hijo de Ryoshi trabajaba en sus oficinas de siete de la mañana a nueve de la noche.

Aún no había recibido noticias de Hong Kong; era demasiado pronto, aunque el *Prancing Cloud* debía de haber llegado al menos hacía ya diez días y Hoag unos tres días después. Pasarían como mínimo cuatro o cinco días, tal vez más, hasta que llegara desde Hong Kong algún eco de los sucesos. Había oído decir que una

fuerte tormenta asolaba los mares del sur de China, y era inútil tratar de predecir el tiempo.

Pese al profundo dolor que le había ocasionado la muerte de su marido, el día de Navidad Angélique había aceptado acudir a la cena que Jamie organizó para Albert MacStruan, y a la que asistieron sir William, Seratard, André y la mayor parte de los ministros. Aunque poco le quedaba de su anterior buena disposición, Angélique estuvo amable con todos los invitados, que observaron cuánto le favorecía la repentina madurez impuesta por el desgraciado suceso. Para la noche de fin de año estaba prevista la celebración de una gran velada en la legación francesa. Aunque André había prometido animar la velada con música, cabía pensar que Angélique no bailaría esa noche, y las apuestas en ese sentido iban diez contra uno. Más equilibradas estaban las apuestas que se hacían en torno a un posible embarazo.

Pese al buen humor, Jamie tenía no pocas razones para sentirse inquieto: la guerra civil que volvía a cernirse sobre Shanghái, la peste que devastaba Macao, la guerra civil en Norteamérica —más cruenta cada día—, hambruna en Irlanda, rumores de hambruna en Japón, disturbios en Gran Bretaña provocados por el desempleo y los bajos salarios en la industria. Y, además, Tess Struan.

«Maldición, me prometí no pensar más en ella a partir del 1 de enero de 1863. Ni en ella ni en Maureen…».

Para calmar su ansiedad espoleó a su caballo. Hiraga lo imitó y ambos avanzaron al galope. Hacía mucho tiempo que Hiraga no montaba a caballo; esta era la primera ocasión en que podía disfrutar de una sensación semejante a la libertad y salir de la colonia. Pronto se hallaron galopando solos, pues los demás decidieron regresar para asistir a las carreras. Aflojaron el paso, con ganas de disfrutar al máximo esa escapada.

—¿Dónde tienes que encontrarte con tu primo, Nakama? —preguntó Jamie cuando se acercaban a los alrededores del pueblo.

—Yo buscar. Mejor otro lado barrera, Jami-sama.

Se había alegrado muchísimo al recibir el mensaje de Katsumata, pese a lo peligroso que era alejarse de la protección que le brindaban sir William y Tyrer. Estaba ansioso por tener noticias de Sumomo y los demás, y por enterarse de lo que realmente había ocurrido en Kioto así como del nuevo plan shishi. Día tras día el shoya le repetía:

—Cuánto lo siento, Otami-sama. Aún no tengo noticias de Katsumata ni de Takeda, ni tampoco de Sumomo y Koiko. El señor Yoshi sigue en el castillo de Yedo. En cuanto sepa algo…

Hiraga le hizo señas a Jamie para que encabezara la marcha.

—Por favor, después buscar sitio bueno para esperar.

Se detuvieron en la primera posada y pidieron sake, cerveza y comida. Hiraga se excusó y volvió a salir a la carretera. De repente oyó un fuerte silbido. Era la señal. Le pareció que procedía de su izquierda. Un shishi bien entrenado sabía que no debía detenerse ni volverse al oír la señal. Fingiendo que estaba cansado se sentó en un banco, en la taberna más próxima, y pidió una cerveza, que le fue servida al instante.

—No te vuelvas todavía —oyó que Katsumata le decía en voz baja—. Me ha costado reconocerte. Tu disfraz es perfecto.

—El tuyo también ha de serlo, sensei —dijo Hiraga, sin apenas mover los labios—. Dos veces he observado cada rincón de este lugar y no pude verte.

—Deja caer algo al suelo y vuélvete mientras lo recoges.

Hiraga obedeció y no pudo evitar su sorpresa cuando vio al hombre que le hablaba, barbudo, andrajoso y sucio, y que volvió a darle la espalda.

—Eh, sensei.

—No me llames sensei. Tenemos poco tiempo. Hodogaya está lleno de guardias y de espías. ¿Dónde podemos estar seguros?

—En el Yoshiwara, en la casa de las Tres Carpas.

—Te veré allí dentro de dos o tres días. Tenemos que forzar un incidente con los gai-jin. Cuanto antes mejor. Ve pensando en algo.

—¿Qué clase de incidente?

—Algo serio.

—Muy bien —dijo Hiraga—. Me tranquilicé al recibir noticias tuyas. No esperaba que aparecieras por aquí. Me llegaron rumores acerca de violentos ataques en Kioto. Akimoto está conmigo, pero estamos solos y perdimos muchos shishi en los ataques de Yedo. Tengo muchas cosas que decirte acerca de Yedo y los gai-jin. Dime, rápido, ¿qué ocurrió en Kioto? ¿Cómo está Sumomo?

—Koiko, esa puta, la traicionó y de ese modo traicionó también a *sonno-joi* y a nosotros. Pero por suerte murió atravesada por el shuriken de Sumomo.

—¿Y Sumomo?

—Murió como una auténtica shishi. Nunca la olvidaremos. Estuvo a punto de matar a Yoshi. Esa era su misión.

«Así que Sumomo tenía una misión —pensó Hiraga, que por dentro ardía como un volcán—. Y tú esperabas que la traicionaran y, sin embargo, la enviaste directamente a la muerte». Un nudo en la garganta le impedía hablar. Tuvo que esforzarse para hacerle la pregunta fundamental:

—¿Cómo la enterraron? ¿Con todos los honores?

Si Toranaga Yoshi no le había concedido el entierro que se merecía, Hiraga se juró que a partir de ese momento su único objetivo seria eliminarlo. Hiraga era el jefe de los shishi de Choshu, los que formaban el grupo más poderoso. Sumomo, aunque era de Satsuma, había declarado su obediencia a él y a Choshu.

—Por favor, tengo que saberlo.

Katsumata no le respondió. Hiraga miró alrededor. Katsumata se había esfumado. Los otros clientes lo miraban en silencio. Arrojó unas monedas sobre la mesa y, con la mano apretada en la pistola que llevaba oculta, regresó por el mismo camino a la taberna donde le esperaba Jamie McFay.

Por la tarde, una atmósfera de premonición reinaba en el castillo de Yedo. Yoshi acompañó al médico chino por el pasillo, seguido del

capitán Abeh y cuatro guardias. El médico, alto y muy delgado, llevaba una larga túnica y el cabello recogido en una coleta. El médico se detuvo en otro pasillo un piso más arriba. Guardias con cara de pocos amigos le cerraron el paso, las manos listas para desenvainar la espada, los ojos fijos en Yoshi y sus hombres.

—Lo lamento, señor Yoshi —dijo el oficial—, pero el tairō me ha ordenado que no deje pasar a nadie.

—En cambio —replicó el médico—, a mí me ordenó que fuera a buscar al señor Yoshi.

—Señor Yoshi, vos podéis pasar —dijo el oficial—. Lo siento, pero vuestros hombres han de quedarse afuera.

Aunque los otros los superaban en número, Abeh y sus hombres se aprestaron a atacar.

—Alto —ordenó Yoshi sin perder la calma—. Espera aquí, Abeh.

Abeh estaba seriamente preocupado por los rumores de que su jefe estaba a punto de ser arrestado en el castillo, rumores de los que Yoshi se había reído.

—Os ruego que me disculpéis, señor, pero puede tratarse de una trampa —dijo Abeh.

—Si es una trampa, te autorizo a que mates a todos estos hombres.

Nadie dijo una palabra.

Los guardias de Anjo dejaron pasar a Yoshi, y el médico le abrió la puerta. Yoshi presentía que un asesino le esperaba detrás de la puerta, pero no había nadie. Solo cuatro soldados apostados en torno a los futones esparcidos por la espaciosa habitación. En uno de los futones yacía Anjo y se retorcía de dolor. Con voz débil pero cargada de odio, preguntó:

—¿Tienes alguna información, guardián del heredero?

—Tengo información confidencial que solo tú puedes oír.

—Espere fuera, doctor, y no entre hasta que le llame.

Los guardias no se movieron de su sitio.

—¿Y bien, Yoshi-dono?

—Ayer fui a visitar un buque de guerra de los gai-jin y…

—Lo sé. ¿Crees que me chupo el dedo y que no sé lo que estás tramando? Creí entender que me ibas a transmitir información médica.

—Sí. Es sobre el doctor gai-jin de Kanagawa. El francés me dijo que había realizado curas milagrosas. Con tu permiso puedo hacer que venga aquí a examinarte.

—No te necesito para eso. ¿Por qué estás tan solícito cuando lo que quieres es verme muerto?

—No, tairō-dono, quiero ver que disfrutas de buena salud. Es importante que te cures.

Yoshi odiaba a ese hombre y esa habitación donde todo olía a muerte, diarrea y vómito. Al mismo tiempo, temía haberse equivocado. Podía caer en una trampa mortal si el viejo dictador así lo ordenaba.

—¿Por qué has de estar enfermo cuando puedes sanar? También quería decirte que conozco el plan de ataque de los gai-jin.

—¿Qué plan? ¿Cómo te has enterado?

—Eso no importa ahora. Me he enterado, y eso significa que tú también puedes conocerlo.

Yoshi le detalló los puntos principales del plan, pero omitió la parte relativa a los diez días de gracia después del ultimátum.

—Entonces, ¡tendremos que irnos! —exclamó Anjo con voz aguda. Los guardias se movieron nerviosos en sus puestos—. El roju debe partir en secreto de inmediato. Nos estableceremos en…, en Hodogaya. Cuando estemos a salvo prenderemos fuego a la colonia, de noche, para sorprenderlos mientras duermen. ¡Perros! Se merecen una muerte espantosa, sin ningún tipo de honores. Los quemaremos vivos y mataremos a todos los que consigan escapar. Regresaremos cuando la flota se haya retirado. Mañana incendiaremos Yokohama. Tendrás el honor de dirigir el ataque. Disponte a organizarlo y ataca mañana, o pasado mañana a más tardar.

Yoshi se inclinó y le agradeció la confianza.

—Acepto, tairō-dono. Ahora mismo empezaré a organizar a mis hombres. Pero, mientras tanto, una cosa me sigue preocupando: tu salud. Es lo más importante. Consiente en que te examine el médico gai-jin. Los nuestros son unos inútiles. El francés me juró que el hombre es capaz de hacer milagros. Puedo hacer que venga mañana mismo, si estás de acuerdo. ¿Por qué has de soportar esos dolores? El doctor gai-jin te curará. Unos días no nos impedirán seguir adelante con tu sabia estrategia. Todo puede hacerse mientras preparo el ataque.

—¿Cómo?

—Yo mismo me colocaré en la trampa.

—¿Qué tontería estás diciendo?

—Me arriesgaré a ponerme en sus manos. Aceptaré reunirme con ellos acompañado de un solo guardia. En el barco me di cuenta de que están dispuestos a arremeter contra nosotros en un violento ataque sin sentido. Tenemos que impedirlo a toda costa, tairō. Son más peligrosos que unos tiburones hambrientos.

En el fondo, Yoshi creía todo lo contrario, es decir, que los gai-jin estaban dispuestos a negociar con tal de llegar a un compromiso, pues no querían declarar una guerra si no era totalmente necesario, por ejemplo en el caso de que ellos cometieran la estupidez de atacarles.

—Sé a lo que me expongo —dijo, fingiendo que sentía un poco de miedo—. Si me toman como rehén, los daimios vendrán en tu ayuda, y si no lo hacen, no importa. No pienses en mí y ataca.

El silencio se hizo insoportable. Anjo fue sacudido por otro espasmo.

—De acuerdo, Yoshi-dono. Haz que traigan a ese médico enseguida y organiza el asalto.

Yoshi se inclinó humildemente y a duras penas pudo contener un grito de satisfacción.

LII

KANAGAWA

Viernes, 2 de enero

Cuando Yoshi se dirigió hacia la puerta de la legación de Kanagawa encabezando el pequeño cortejo, Settry Pallidar, el oficial al mando de la guardia de honor, rugió: «¡Presenten armas!», y saludó con la espada. Los soldados bajaron los rifles del hombro y permanecieron inmóviles; había treinta soldados de la guardia real, treinta de la infantería escocesa y la tropa montada de los dragones, todos ellos impecablemente uniformados.

Yoshi devolvió el saludo con la fusta y ocultó la ansiedad que le producía ver tantos soldados enemigos armados con rifles. Nunca en su vida había estado tan desprotegido. Solo lo acompañaban Abeh y dos guardias, también montados. Le seguían un mozo a pie y una docena de mozos de cuerda sudorosos y nerviosos que transportaban pesados fardos que pendían de palos. Los otros guardias le esperaban en la barricada.

Vestía íntegramente de negro: armadura de bambú, casco ligero, guerrera de hombros anchos, dos espadas; incluso su caballo era azabache. Pero los arreos con borlas, las riendas y la manta eran deliberadamente escarlatas y realzaban el negro. Cuando pasó por delante de Pallidar notó los fríos ojos azules que le recordaron a un pez muerto.

En lo alto de la escalera que arrancaba de la tierra trillada del patio vio a sir William flanqueado por Seratard y André Poncin a un lado, y por el almirante, el doctor Babcott y Tyrer al otro, tal como había solicitado. Todos vestían con gran elegancia, con sombreros y abrigos de gruesa lana contra la humedad de la mañana y el cielo cubierto. Los examinó con rapidez y su mirada se detuvo en Babcott, cuya grar altura le hacía tambalear; después tiró de la rienda y saludó con la fusta. Se inclinaron con indiferencia y el almirante lo saludó.

De repente sir William, seguido de cerca por Tyrer, bajó a saludarlo sonriente; ambos escondieron su sorpresa ante la insignificancia de la guardia. El mozo corrió a sujetar la cabeza del caballo. Yoshi desmontó por el lado derecho como era costumbre en China y por lo tanto también allí.

—Bienvenido sea, señor Yoshi, en nombre de Su Majestad británica —dijo sir William. Tyrer tradujo inmediatamente y con mucho esmero.

—Gracias. Espero no causarle problemas —contestó Yoshi, iniciando su parte del ritual.

—No, señor, es un gran honor para nosotros. Nos produce un placer extraordinario. —Yoshi notó que el acento y el vocabulario de Tyrer habían mejorado y se sintió más decidido que nunca a neutralizar al traidor de Hiraga que, como había descubierto Inejin, utilizaba el pseudónimo de Nakama—. Por favor, señor Yoshi, ¿tomará el té?

Los dos hombres no prestaban atención alguna a las automáticas expresiones de cortesía y se concentraban cada uno en el otro, buscando claves que pudieran servirles de ayuda.

—Ah, Serata-dono —saludó Yoshi amablemente, a pesar de la irritación que le producía el hecho de estar de pie y tener que mirar hacia arriba, a su altura (generalmente una cabeza más), porque lo hacía sentirse inferior. En cambio, entre los japoneses generalmente era de los más altos—. Estoy encantado de volver a verle tan pronto.

Gracias. —Saludó con la cabeza a André y después a Seratard, que se inclinó formalmente.

—Mi jefe Seratard le saluda, señor, en nombre de su amigo, el emperador de Francia, el gran rey Napoleón III. Es un honor serle útil.

Después de dejar al tairō Anjo, Yoshi había enviado a Misamoto con una carta para Seratard en la que le preguntaba si estaba dispuesto a organizar una reunión urgente y formal, pero de carácter privado, con él mismo, sir William, el principal oficial de la flota, el doctor de Kanagawa y los intérpretes André y Tyrer, y nadie más. Él llegaría extraoficialmente y con una escolta reducida, por lo que pedía que las ceremonias fuesen mínimas.

—¿Qué le parece, Henri? —le había preguntado sir William cuando Seratard se apresuró a visitarlo inmediatamente después de que André hubiera traducido la carta.

—No lo sé. Es un hombre impresionante. Estuvo cuatro horas a bordo, por lo que tuvimos la oportunidad de estudiarlo a fondo. Quizá le gustaría tener una copia de mi informe.

—Gracias —dijo sir William, sabiendo que suprimirían y reharían toda la información, algo que él también habría hecho. Estaba algo resfriado y tosió—. Discúlpeme.

—En cuanto guardián del heredero, uno de los regentes y perteneciente a una antigua familia real japonesa (incluso emparentada con el Mikado, el emperador, cuya función, quizá usted no lo sepa, es religiosa), este hombre está muy bien relacionado y es muy importante en el shōgunado. ¿Por qué no lo recibimos?

—Lo haré —dijo sir William secamente, que ya conocía la información facilitada por Seratard puesto que se había pasado muchas horas interrogando sin piedad a Nakama en busca de detalles sobre importantes gobernantes y sus familias, y sobre Toranaga Yoshi en particular—. Haremos lo que pide. Es interesante que quiera que acuda Ketterer, ¿no? Me da mala espina. Iremos en barca y nos llevaremos algunos escuadrones, con los uniformes de

guardia de honor, y situaremos el buque de Su Majestad, el *Pearl*, navegando a poca distancia de la costa.

—*Mon Dieu*, ¿sospecha que es una trampa?

—Podría ser una manera astuta de hacer que un caballero se arriesgue a destruir nuestra estructura de mando. Sería fácil que entraran samuráis sin ser vistos. Pallidar dice que están escondidos a ambos lados del Tokaidō desde aquí hasta Hodoyama y más allá. No huelo una trampa, pero por si acaso pondremos municiones en la recámara. Nada de tropas francesas. Lo siento, no. ¡No, Henri! Pero ¿por qué querrán a Babcott?

—En nombre de Francia he propuesto que se funde un hospital para ellos, para profundizar las relaciones. Le ha parecido de perlas… no se preocupe, William, no puede pensar en todo. Hablamos de Babcott, que tiene una reputación de persona discreta. Quizá Yoshi quiera consultarle. —Seratard no había visto ningún motivo para divulgar la información que André había revelado sobre el estado de salud del tairō.

Se sirvió té japonés en la gran sala de audiencias. Se sentaron como dictaba el protocolo y se prepararon para las interminables fórmulas de cortesía que durarían una hora. Tras el primer sorbo de té, lo que dijo Yoshi los dejó sin habla.

—La razón por la que he convocado esta reunión privada, con la ayuda de Serata-dono, naturalmente en nombre del tairō y del consejo de los regentes, es que ha llegado el momento de progresar en nuestras buenas relaciones. —Se detuvo y dijo bruscamente a Tyrer—: Por favor, traduzca eso primero y después continuaré.

Tyrer obedeció.

—Primero el doctor-sama. ¿Querría acompañarme a Yedo para examinar a un importante paciente cuyo nombre debe permanecer en secreto? Le garantizo un viaje seguro.

Sir William dijo:

—Una persona importante como el doctor-sama no debería viajar sin escolta.

—Lo entiendo, pero siento mucho que en este caso no sea posible —repuso Yoshi. Ahora, sentado como estaba al mismo nivel que los otros, salvo Babcott, se sentía mejor—. Le garantizo un viaje seguro.

Sir William fingió que fruncía el entrecejo.

—¿George? ¿Qué le parece?

Ya habían discutido esa posibilidad.

—Estoy de acuerdo en ir solo, sir William. Uno de mis ayudantes me ha dicho que corre el rumor de que el tairō está enfermo. Podría ser él.

Babcott se dirigió a Yoshi directamente en un japonés vacilante:

—Sí, ir Yedo, señor Yoshi. ¿Cuándo ir, por favor?

Yoshi dijo lentamente:

—Cuando salga de aquí, doctor-sama, gracias. Soy responsable de usted y me aseguraré de que regrese sano y salvo. Necesitará un intérprete.

—Sí, por favor, señor Yoshi —dijo Babcott, a pesar de que no lo necesitaba. Miró a Tyrer—. Es el elegido, Phillip.

Tyrer sonrió con una mueca.

—Quería presentarme voluntario.

Escogiendo las palabras cuidadosamente y procurando hablar con sencillez, Yoshi dijo:

—Los mozos de cuerda de ahí afuera tienen cajas de monedas de plata por un valor de cien mil libras. Las ofrece el shōgunado como la indemnización que han pedido al daimio responsable. En principio, el shōgunado cree que es una suma correcta. —Escondió la alegría que le producía la reacción de Tyrer y André—. Traduzca exactamente lo que he dicho.

Tyrer obedeció, aunque esta vez no tradujo exactamente palabra por palabra, sino que hizo un resumen creíble, ayudado de vez en cuando por André. En la sala reinaba un silencio sepulcral.

—Señor —dijo Tyrer débilmente—, mi jefe pregunta si contesta ahora o si Yoshi-sama continuará hablando.

—Hablaré. El shōgunado adelanta este dinero en nombre de Sanjiro de Satsuma. Él es el único responsable. Como ya expliqué, no está sujeto al control del shōgunado. Traduzca.

Lo hizo nuevamente. Vio que los dos líderes estaban confundidos tal como había previsto. Era agradable, pero no calmaba su ansiedad.

—No podemos obligar a Sanjiro de Satsuma a revocar las órdenes que quizá haya dado a sus hombres sobre los gai-jin, ni a disculparse, ni a devolver el dinero que adelantamos para resolver esta cuestión sin declararle la guerra. No estamos dispuestos a hacerlo.

Tyrer necesitó tiempo para traducirlo con precisión. André le ayudó de nuevo, consciente de la tensión y de la concentración de todo el mundo.

—Diga lo siguiente exacta y cuidadosamente: puesto que el shōgunado quiere trabar amistad con Inglaterra y Francia, ha solucionado lo que estaba en condiciones de solucionar sin necesidad de una guerra. —Yoshi se reclinó, preguntándose si el cebo era lo bastante suculento.

Su última observación fue recibida en silencio. Notó que ahora sir William se mostraba impasible, exceptuando un gruñido casi imperceptible. Pero Seratard asintió y miró a André.

Lleno de regocijo por dentro, sir William esperó que Yoshi continuara. Como no lo hizo dijo:

—Phillip, pregunte al señor Yoshi si quiere continuar o puedo responder.

—Dice que de momento no desea continuar.

Sir William carraspeó y habló con grandilocuencia, lo que causó consternación a Tyrer.

—Señor Yoshi, en nombre del gobierno de Su Majestad y del gobierno francés, quisiera darle las gracias a usted y al shōgunado por haber resuelto una parte del problema que había entre nosotros. Le damos las gracias y deseamos que nuestra estancia entre ustedes sea agradable y provechosa para su país, el shōgunado y también

para nosotros. Este gesto inicia sin duda una nueva era de comprensión entre nuestros dos países y los otros representados en Japón.

Esperó mientras lo traducían. Tyrer y André se disculparon y rogaron a Yoshi que tuviera paciencia; expresaron el mensaje con sencillez y con la máxima precisión posible. Cuando hubieron terminado, sir William dijo:

—Con su permiso, me gustaría hacer una breve pausa. Phillip, o André, por favor, pídanle que sea indulgente, discúlpense y digan lo que sea necesario, pero explíquenle que mi vejiga necesita atenciones. Es culpa del resfriado.

Los dos intérpretes tradujeron apresuradamente.

—Naturalmente —dijo Yoshi sin creerlo.

Sir William se levantó y Seratard se disculpó, y ambos salieron al pasillo para dirigirse al lavabo, aunque ninguno de los dos lo necesitaba. Sir William susurró con emoción:

—Dios mío, Henri, ¿ha sacado la misma conclusión que yo? Dice que podemos ir a buscar a Sanjiro nosotros mismos.

Seratard estaba igual de eufórico.

—Es un cambio completo de su política el hecho de que todo tenga que pasar por el Bakufu y el shōgunado. *Mon Dieu*, ¿nos da carta blanca?

—*Pas ce crétin* —dijo sir William en francés sin darse cuenta—. Si podemos actuar contra Sanjiro sentará un precedente, y después podremos oponernos a cualquier otro daimio, al miserable del estrecho de Shimonoseki, por ejemplo. Pero ¿dónde demonios está la compensación? —Se sonó la nariz ruidosamente—. Tiene que haber una.

—No tengo ni idea. Cualquiera que sea será insólita, *mon brave*. Es sorprendente que se haya puesto en nuestras manos, nunca hubiera creído que llegaría con tan pocos hombres. Por supuesto, tiene que haberse dado cuenta de que lo podríamos tomar como rehén para doblegar a Sanjiro.

—Estoy de acuerdo. Dios mío, ¡significa un gran paso adelante! Es increíble que haya ido al grano sin rodeos, sin complicarse la vida. Nunca hubiera creído que vería este día. Pero ¿por qué? Hay algo que me da mala espina.

—Sí. *Merde*, lástima que no sea tairō.

Sir William se había desabrochado y, mientras contemplaba el chorro ociosamente, sus oídos se cerraron a los otros pronósticos de Seratard. Ordenó sus pensamientos y consideró lo que podía permutar, hasta dónde podía llegar y cómo conseguir que Ketterer conviniera en ello sin la aprobación del almirantazgo o del Foreign Office. ¡Maldito tipo!

El resto de la reunión fue jovial. Con habilidad y esmero diplomático, sir William, muy bien asistido por Seratard, estableció de manera indirecta que el envío de un ejército contra alguien como Sanjiro o contra su capital, por ejemplo, sería un suceso sumamente desafortunado, aunque una acción así pudiera justificarse a causa de algún acto inaceptable de asesinato cometido contra los extranjeros. Tal acción inconcebible provocaría un torrente de protestas de Yedo y exigiría una disculpa formal.

No se dijo absolutamente nada de modo directo, nada que implicara que la autorización se había concedido o solicitado. No se pondría nada por escrito. Ese posible acto hostil, un «caso especial», solo se podría evitar si el protocolo se seguía cuidadosamente.

Tyrer y André ya tenían dolor de cabeza y maldecían interiormente a sus jefes por la práctica imposibilidad de traducir las necesarias expresiones indirectas.

Yoshi se había sumido en un silencio estático. Sanjiro era hombre muerto; la primera barrera se había eliminado sin ningún esfuerzo.

—Creo que nos entendemos y que podemos pasar a otros asuntos.

—Sí, evidentemente. —Sir William se reclinó en el asiento y se aprestó para la lucha por la compensación.

Yoshi respiró profundamente e inició el siguiente asalto.

—Traduzca lo siguiente, frase por frase. Explíquelo en aras de la precisión. Diga también que por el momento esta conversación debe ser considerada un secreto de Estado entre nosotros. —Al ver la mirada fija y vacía de Tyrer añadió—: ¿Comprende secreto de Estado?

Después de consultarlo con André, Tyrer dijo:

—Sí, señor.

—Bien, entonces traduzca: ¿Estamos de acuerdo en que debe ser un secreto de Estado entre nosotros?

Sir William dijo:

—De acuerdo. —Seratard opinó lo mismo.

Tyrer arqueó las cejas.

—Listo, señor.

Con una firmeza todavía mayor Yoshi dijo:

—Tengo el deseo de modernizar el shōgunado y el Bakufu. Traduzca. Para hacerlo necesito ciertos conocimientos. Traduzca. Gran Bretaña y Francia son las dos naciones extranjeras más poderosas. Traduzca. Le pido que elabore varios planes para ayudar al shōgunado a crear una armada moderna, un arsenal y un ejército moderno. Traduzca. También un moderno sistema bancario y fábricas experimentales. Un país no lo puede hacer todo solo. Ustedes son ricos, el shōgunado es pobre. Cuando los planes se hayan aceptado nos pondremos de acuerdo sobre un precio justo. Se pagará en carbón, plata, oro y arrendamientos anuales de puertos seguros. Me gustaría que me dijeran si les interesa dentro de treinta días. Si es así, ¿bastará un año para que los planes detallados sean aprobados por sus gobernantes?

A Yoshi le costaba mantener el aplomo exteriormente y se preguntó qué dirían si supieran que no tenía autoridad para hacer esa propuesta ni ninguna manera de hacerla realidad. La había hecho para ganar un año sin conflictos exteriores; necesitaba ese tiempo para sofocar la oposición interna al shōgunado y ocuparse de sus principales enemigos, Ogama de Choshu y Yodo de Tosa, ahora que Sanjiro sería eliminado.

Al mismo tiempo, era un salto al futuro, hacia lo desconocido, algo que le aterrorizaba y le alegraba a la vez de una manera que no comprendía. Todas sus ideas se basaban en la información que el espía de Inejin había obtenido del confiado shoya Ryoshi sobre los métodos de los gai-jin y en lo que había visto y oído en el buque de guerra, que era impresionante pero ni mucho menos tan grande ni tan peligroso como el buque insignia británico.

Odiaba la realidad pero la aceptaba porque se había dado cuenta de que el País de los Dioses tenía que modernizarse. Para ello tenía que tratar con los gai-jin. Los odiaba, los despreciaba y desconfiaba de ellos, pero tenían los medios para destrozar a Japón o por lo menos para devolverlos al tipo de guerras civiles que se habían librado durante siglos antes de que el shōgun Toranaga dominara al bushido, el espíritu guerrero del samurái.

Observó a los dos líderes hablar entre sí. Después vio que el líder británico hablaba con el joven intérprete, Taira, que dijo con giros pintorescos pero comprensibles:

—Mi jefe te da las gracias, señor, por… por la confianza. Necesitan ciento veinte días enviar mensaje a la reina del Parlamento y al rey de Francia. Traer… traer de vuelta respuesta. Los dos líderes creen respuesta es sí.

Ciento veinte días era más de lo que esperaba.

—Bien —dijo con expresión severa, interiormente sintiéndose desfallecer de alivio.

«Ahora la mejor parte —pensó, al ver que se preparaban para clausurar la reunión—. Ojo por ojo, muerte por muerte».

—Por último, estoy convencido de que Willum-sama no sabe que el hombre a quien protege, el que llaman Nakama, es un samurái renegado, un ronin y revolucionario, cuyo nombre verdadero es Hiraga, a veces llamado también Otami. Exijo que me lo entregue. Se le busca por asesinato.

En ese mismo momento, al otro lado de la bahía, en el Yoshiwara de Yokohama, Katsumata dijo:

—Hiraga, ¿has pensado cómo podríamos enfurecer a los gai-jin, has pensado en algún incidente para volverlos en contra del shōgunado? —Los dos hombres estaban sentados uno frente a otro en un pabellón apartado del jardín de las Tres Carpas.

—Prender fuego a una de las iglesias sería lo más fácil —contestó Hiraga ocultando su enojo porque Katsumata era muy perspicaz. Acababa de llegar; un criado soñoliento había ido a buscarlo a su escondrijo del pueblo.

—¿Una iglesia? Es interesante —dijo Katsumata, y su rostro frío y duro ya no disimulaba como había hecho en Hodogaya.

Ahora parecía un monje budista, afeitado salvo el bigote. La cabeza parecía la de un bonzo, llevaba la túnica budista naranja, sandalias y un cinturón de cuentas para rezar. La larga espada enfundada en la vaina estaba a su lado sobre los futones; las cinco insignias de la túnica proclamaban que pertenecía a una orden monástica militante.

—Una iglesia —repitió, saboreando la idea—. A mí no se me habría ocurrido. Podríamos dejar un mensaje que dijera que se había hecho por orden de Yoshi, el tairō Anjo y el roju, como una advertencia para que abandonaran nuestras costas. Tenemos que vengarnos de Yoshi. —Un poco de espuma apareció en las comisuras de sus labios y se la quitó, enojado—. Yoshi es nuestro gran enemigo. Uno de nosotros tiene que atacarle; en Kioto mató a muchos de nuestros guerreros, a algunos les disparó personalmente. Si pudiera tenderle una emboscada lo haría. Algún día lo haré. Así pues, la iglesia se incendiará. Bien.

Hiraga estaba inquieto; encontraba raro y diferente a Katsumata. Parecía impaciente y actuaba como si fuera daimio e Hiraga uno de sus goshi a quien pudiera dar órdenes. «Soy el líder de los shishi de

Choshu —pensó aún más enfadado—, no un estudiante bajo las órdenes de un sensei de Satsuma, por mucho renombre que tenga».

—Eso convertiría todo Yokohama en un avispero. Yo tendría que marcharme, lo que en estos momentos sería contraproducente porque mi trabajo es importante para nuestra causa. La situación es muy delicada, sensei. Estoy de acuerdo en que debemos trazar un plan; por ejemplo, adónde huimos si tenemos que hacerlo.

—Yedo —Katsumata lo miró fijamente—. ¿Qué es más importante, *sonno-joi* o tu refugio seguro entre los enemigos gai-jin?

—*Sonno-joi* —respondió inmediatamente, convencido de ello—. Pero es importante enterarnos de lo que saben. «Conoce a tu enemigo como…».

—No necesito ninguna cita, Hiraga, sino acción. Estamos perdiendo la batalla. Solo tenemos una solución: volver a esos gai-jin contra el Bakufu y el shōgunado. Eso favorecerá a *sonno-joi* y primará sobre cualquier otra cosa. Lo necesitamos desesperadamente y además así obtendremos más apoyo y los guerreros acudirán en tropel. Mientras los shishi se reagrupan aquí y en Kioto pediré refuerzos de Satsuma y Choshu y volveremos a atacar las puertas del palacio para liberar al emperador. Esta vez saldremos victoriosos porque Ogama, Yoshi y el apestoso shōgunado estarán distraídos tratando con los hostiles gai-jin. Una vez dominemos las puertas, *sonno-joi* será una realidad. —Tenía una confianza ciega en ello.

—Y si enfurecemos a los gai-jin, ¿qué ocurrirá entonces, sensei?

—Bombardearán Yedo, el shōgunado tomará represalias y atacará Yokohama; ambos perderán.

—Los daimios acudirán en ayuda del shōgunado cuando los gai-jin regresen, como harán.

—No regresarán hasta el cuarto o quinto mes, si lo hacen. Antes de eso tendremos el dominio de las puertas. A sugerencia nuestra el emperador echará gustoso la culpa a los gai-jin, a Yoshi o a su jefe Nobusada, a Anjo y a cualquier otro jefe que necesiten para apagar su sed de venganza. Y propondremos al Hijo del Cielo que les

permita comerciar, sin más guerras, pero solo a través de Deshima, en el puerto de Nagasaki, como han hecho durante siglos. —Katsumata estaba muy convencido—. Eso es lo que pasará. Primero la iglesia. ¿Y un barco?

—¿Qué barco? —preguntó Hiraga asustado. Tenía la mente llena de argumentos contra lo que proponía Katsumata y estaba convencido de que no sucedería tal como él decía. Al mismo tiempo, procuraba pensar en la manera de distraer a Katsumata, de que fuera a Yedo y regresara al cabo de un mes o dos. Las cosas iban demasiado bien ahí con Taira y sir William, Jami-sama y el shoya para querer arriesgarlo. Ya les sobraría tiempo para enfurecer a los gai-jin con la iglesia cuando tuvieran un refugio seguro para…

—Hundir un buque de guerra los enloquecería, ¿no crees?

Hiraga parpadeó.

—Como… como nada en el mundo.

—Utilizaremos la iglesia como diversión mientras hundimos un barco, el más grande.

Asombrado, Hiraga observó cómo Katsumata abría una mochila. Dentro había cuatro tubos de metal unidos con un alambre. Y mecha.

—Contienen explosivos, pólvora de cañón. Uno de ellos, sujeto a una portilla, a una tronera o al costado del buque haría explotar ese costado; dos serían fatales.

Hiraga estaba anonadado, había olvidado todo lo demás. Cogió un tubo. En su mano pareció que la bomba cobraba vida. En la parte superior había un pequeño orificio para la mecha; se imaginó la mecha chisporroteando, su brazo deslizando silenciosamente la bomba a través de una tronera, a sí mismo acercándose a la barca escondida entre la niebla del mar y luego, ya a salvo, la gran explosión cuando las bombas prendieran en otros explosivos y, al final, el gran buque hundiéndose bajo el agua.

Aparte de eso, estaban sus propios planes.

—Es una idea maravillosa, Katsumata —dijo, medio mareado—. Tenemos que elegir la fase apropiada de la luna y la marea y trazar

nuestros planes con cuidado. La primavera o principios del verano sería la mejor época. Después de eso no podría quedarme aquí y… Tengo muchas cosas que contarte sobre lo que he descubierto. —Casi se le escapó que ya sabía hablar inglés correctamente, pero se detuvo—. Algunas semanas más y estaré listo. Entonces, la iglesia y el barco.

—Incendiaremos la iglesia y hundiremos el barco mañana.

—¡Imposible!

A Katsumata le divirtió su sorpresa y pensó que era una lástima que Ori estuviera muerto e Hiraga vivo; Ori era mucho más competente. Pero él también era de Satsuma, no de Choshu.

—¿Cuántas veces tengo que decir que la sorpresa es la mejor arma del shishi? Eso y la velocidad.

—Mañana es demasiado pronto. Propongo que…

—La iglesia puede incendiarla fácilmente un solo hombre. Akimoto. Necesitaremos una barca de pesca oscura y pequeña. ¿Puedes conseguir una?

—Quizá —dijo Hiraga, respondiendo automáticamente, confundido por una infinidad de preguntas y temores—. Tal vez pueda robar una. Sensei, creo…

—No piensas con claridad. Los pescadores siempre se llevan los remos cuando no las utilizan. No es necesario. Compra una. —Katsumata sacó una pequeña bolsa plateada y la puso cuidadosamente encima de la mesa—. ¡Hiraga, concéntrate! —exclamó con dureza—. ¿Tu vida con los gai-jin te ha contagiado tanto de sus maldades que has olvidado tu juramento a *sonno-joi*? Concéntrate, el plan es bueno, el momento es perfecto. ¿Podrás comprar una barca?

—Sí, sí, pero sensei, ¿dónde nos esconderemos?

—Esconderse es fácil. Tres de nosotros, tú, Takeda y yo hundiremos el buque de guerra. Después navegaremos con la barca hasta Yedo y nos perderemos en la ciudad.

—¿Y el otro hombre, el que prenderá fuego a la iglesia?

—Huirá a pie.

—Necesitamos más shishi como refuerzo, es una tarea muy importante. Toda la zona será muy peligrosa.

—Eso hace que la huida sea aún más fácil. Cuatro hombres son suficientes. Yo dirigiré el ataque al barco y, si mañana sopla el viento, es posible que el incendio de la iglesia se extienda a todo Yokohama, lo que sería un inesperado regalo. Vuelve esta noche, trae a Akimoto, y lo planearemos todo con detalle.

—Pero ¿dónde está Takeda?

—Lo dejé en Hodogaya. Llegará esta tarde. Hasta el anochecer, Hiraga. —Katsumata se inclinó bruscamente para despedirlo.

Hiraga se inclinó a su vez, muy trastornado. Había sido un estudiante temeroso del sensei, maestro de la espada y estratega durante demasiados años para no aceptar la despedida. Salió y cruzó el puente hasta la colonia dando traspiés, caminó andando sin ver nada. En su cabeza bullían pensamientos oscuros y confusos; su futuro estaba hecho jirones solo porque un forastero de Satsuma había decidido forzar el destino.

«Pero el sensei tiene razón —pensó—. Esas dos acciones enloquecerían a los gai-jin, la flota atacaría Yedo y esta ardería, Yokohama sería arrasada como venganza. En pocos meses vendrían las flotas, esta vez con ejércitos. Entonces los shishi ya no controlarían las puertas, pero todo Japón se alzaría en armas. Y eso no cambiaría las cosas con respecto a los gai-jin.

»Más pronto o más tarde tendremos que abrirnos a su mundo. Los gai-jin han dicho la última palabra. Tendrán una base en Yokohama y en otros lugares, porque tienen poder para diezmar nuestras costas y cerrar nuestros puertos, para siempre si lo desean, y ningún viento divino nos ayudará».

A primera hora de la tarde, en la cámara de oficiales del *Pearl*, el buque de Su Majestad, Seratard brindó con sir William y le felicitó nuevamente por la reunión.

—Un maravilloso paso adelante, Henri, amigo mío —dijo sir William jovialmente. Cogió la botella y examinó la etiqueta—. No está mal para ser del cuarenta y ocho. La comida también ha sido excelente. —En la mesa había las sobras del almuerzo preparado por el chef de Seratard: pasteles de pichón fríos, tartaletas, migas de pan francés y restos de un brie que había llegado en el último buque mercante de Shanghái—. Aún no puedo creer que Yoshi nos ofreciera lo que nos ofreció.

—Lo mismo digo. Maravilloso es la palabra. Nosotros entrenaremos a la armada, ustedes al ejército, nosotros nos ocuparemos de la banca y las aduanas y…

—¡Soñador! —exclamó sir William riendo—. Pero no nos pelearemos por el reparto, ya lo harán Londres y París. —Eructó con satisfacción—. Al final se tratará de «cuánto», porque es obvio que tendremos que prestarles el dinero para comprar nuestros barcos, nuestras fábricas o lo que sea, por mucho que digan que pagarán.

—Sí, pero habrá las salvaguardias de costumbre, ingresos aduaneros, etcétera. —Ambos rieron.

—Habrá más que suficiente para nuestros dos países —dijo sir William, que todavía no se lo creía—. Pero hágame un favor, Henri, no acose al almirante. Ya tengo bastantes problemas.

—De acuerdo, pero es tan… Tanto da. ¿Qué hay de Nakama? Asombroso. Creo que es una suerte que no lo haya matado. Usted es su enemigo número uno. ¿Qué le indujo a correr tamaño riesgo?

—Él no iba armado y estaba ayudando a Phillip con el japonés —explicó sir William. Según sus informes, solo cuatro de ellos, Tyrer, McFay, Babcott y él mismo sabían que aquel hombre hablaba inglés y no había ninguna razón para revelar el secreto—. Lo vigilaban muy bien —añadió con flema, aunque otra punzada lo sacudió solo de pensar en el peligro que habían corrido.

—¿Qué hará con él?

—Lo que le dije a Yoshi.

La revelación de Yoshi los había sorprendido enormemente —a sir William casi tanto como a Tyrer—, y sobre todo el hecho de que

se buscase a Nakama por el asesinato de Utani, uno de los regentes, entre otros asesinatos. Sir William había dicho enseguida:

—Phillip, diga al señor Yoshi que tan pronto como haya regresado a Yokohama abriré una investigación formal y que, si los hechos son como él afirma, lo entregaré inmediatamente a las autoridades. ¡Phillip!

Pero Tyrer, a quien la incredulidad había dejado sin habla, miró a Yoshi sin comprender. André se recuperó rápidamente y tradujo, pero la respuesta de Yoshi le alteró.

—El señor Yoshi pregunta si pone en duda sus palabras.

—Dígale que de ningún modo. —Sir William habló en tono taimado porque había visto que sus ojos se estrechaban—. Pero al igual que ustedes tienen sus leyes y sus costumbres, expresadas, por ejemplo, en el hecho de que no puede hacer que el daimio Sanjiro le obedezca, yo también tengo que respetar nuestras leyes que, según especifica el tratado claramente, son las vigentes en Yokohama.

—Sir William, dice: ah sí, los tratados. Espera que el nuevo espíritu de amistad haga que entregue al asesino. Mañana enviará unos hombres a detenerlo. Acerca del tratado, señor, ha dicho exactamente: son necesarios algunos cambios, podemos discutirlos dentro de veinte días.

Tyrer dijo con tranquilidad:

—Disculpe, sir William. Sobre Nakama, ¿me permite sugerir que…?

—No, Phillip, no se lo permito. André, dígale exactamente que será un honor para nosotros tratar las cuestiones que afectan a nuestros intereses mutuos en cualquier momento. —Había escogido las palabras cuidadosamente y la respuesta le hizo respirar con alivio.

—El señor Yoshi le da las gracias y dice que se reunirán dentro de veinte días, si no antes, y ahora volverá a Yedo con el doctor Babcott.

Después de las reverencias de cortesía, las inclinaciones de rigor y de que Yoshi hubiera salido de la sala, Seratard dijo:

—William, creo que ha sorteado la trampa con habilidad. Ese hombre es muy astuto. Felicidades.

—Con referencia a la armada… —empezó acaloradamente el almirante.

Sir William le interrumpió.

—Primero permita que Babcott y Tyrer se pongan en marcha. ¡Acérquese, Phillip! —Cuando salieron de la sala exclamó—: ¿Qué demonios le pasa?

—Nada, señor.

—Entonces ¿por qué pone esa cara? ¿Por qué olvida que su trabajo es interpretar y no hacer sugerencias?

—Perdone, señor, pero sobre Nakama, señor…

—Ya sé que se trata de él, por el amor de Dios. Ha estado a punto de estropearlo todo. ¿Cree que nuestro astuto anfitrión no se ha dado cuenta? Su trabajo es traducir lo que se diga y mantenerse imperturbable, eso es todo. Es la segunda vez que tengo que amonestarle, maldita sea.

—Lo siento, señor, pero es que Nakama es importante y…

—Quiere decir Hiraga, o cualquiera que sea el nombre que use ahora. Dios mío, está acusado de asesinato. Estoy de acuerdo en que ha sido una fuente de información, pero, por el amor de Dios, es un proscrito renegado. Hemos tenido suerte de que no nos haya asesinado en nuestras propias camas, si piensa que tenía entrada libre en la legación y los cuarteles.

—¿Qué piensa hacer, señor?

—Maldita sea, lo que ya he dicho. Abrir una investigación y si es cierto, como sospecho que lo es, tendremos el honor de entregarlo.

—¿No podría considerarlo como un refugiado político?

—¡Oh, por el amor de Dios! ¿Ha perdido el juicio? Si exigimos compensaciones y la entrega de los asesinos por el asesinato de nuestra gente, ¿cómo podemos negarnos a entregarles a uno de los

suyos acusado y probablemente culpable del asesinato de uno de sus gobernantes? Yoshi ha prometido un juicio justo.

—Es hombre muerto, ese es el juicio que le harán.

—Si es culpable es todo lo que me merece. —Controlaba su genio porque Tyrer había hecho un buen trabajo y había notado que la nueva amistad entre ambos redundaba en su beneficio—. Phillip, sé que ha sido sumamente valioso, pero tendré que entregarlo a los suyos después de haber hablado con él. Al principio ya le advertí que si le reclamaban tendría que irse. Ahora olvídese de Nakama y asegúrese de que descubre todo lo posible del paciente de Babcott. Con un poco de suerte será el tairō.

Se dirigió al antepatio donde Yoshi estaba a punto de partir. Babcott esperaba junto a un caballo que Pallidar le había prestado; había otro para Tyrer. La guardia de honor estaba alerta a su alrededor. A una orden de Yoshi, los mozos de cuerda se apartaron de los palos con los fardos; después llamó por señas a Tyrer que escuchó, se inclinó y volvió.

—Dice que puede contar el dinero tranquilamente, sir William. Por favor, dele un recibo mañana. Ese hombre —sir William señaló a Abeh— vendrá a buscar a Nakama mañana.

—Dele las gracias y dígale que se hará como desea.

Tyrer obedeció. Yoshi hizo una señal con la mano a Abeh.

—Ikimasho!

Se alejaron al trote. Los mozos de cuerda les siguieron andando penosamente.

—¿Lo tiene todo preparado, George?

—Sí, gracias, sir William.

—En marcha pues. Phillip, lo ha hecho muy bien hoy. Algunas conferencias más cómo esta y lo recomendaré para que lo asciendan a primer intérprete.

—Gracias, señor. ¿Puedo estar presente cuando hable con Nakama?

Casi perdió los estribos.

—¿Cómo demonios quiere estar presente si se va a Yedo con George? ¡Utilice el cerebro! George, dele un vomitivo, el pobre chico ha perdido el juicio.

Babcott dijo:

—En realidad, no necesito a Phillip. Creía que conocer a esa «persona sin nombre» sería importante para él.

—Tenía razón, esta reunión podría ser muy importante. Nakama o Hiraga, cualquiera que sea el nombre, no lo es tanto, Phillip, ¿lo ha entendido?

—Sí, señor. Lo siento, señor.

Babcott se inclinó hacia él.

—Podría ser una buena idea no entregar a Nakama hasta que regresáramos, por si acaso.

Sir William lo miró y consideró el examen médico desde una nueva perspectiva.

—¿Quiere decir que quizá intenten retenerlos? ¿Como rehenes? ¿A los dos?

Babcott se encogió de hombros.

—Nakama es importante para él. Ser sensato no hace daño.

Sir William frunció el ceño.

—Le espero de vuelta mañana. —Esperó hasta que se perdieron de vista y entonces volvió a la sala de conferencias.

El almirante explotó inmediatamente.

—¡En toda mi vida no había oído tantas tonterías! ¿Organizarles una armada? ¿Ha perdido el juicio?

—Eso no lo decidimos nosotros, mi querido almirante —dijo con calma—, lo decidirá el Parlamento.

—O más probablemente el emperador Napoleón —le interrumpió Seratard con brusquedad.

—Lo dudo, mi querido señor —replicó Ketterer con la cara y el cuello colorados—. Los asuntos navales extranjeros son la principal preocupación de la Marina Real y toda interferencia francesa en zonas de influencia británica se tratará como se merece.

—Eso mismo —dijo sir William en voz muy alta desautorizándolos a los dos mientras el color del rostro de Seratard se igualaba al del almirante y empezaba a mostrar sus desacuerdo con vehemencia.

—En cualquier caso, sería una decisión política. Para Londres y París.

—Maldita sea la política —repuso el almirante con el mentón temblándole de rabia—. ¿Una docena de nuestros mejores buques de guerra en manos de esos bribones, cuando ya han visto lo que pueden hacer con un par de espadas? ¡Me opongo completamente!

—Yo también —dio sir William con ecuanimidad—. Totalmente, y eso es lo que recomendaré.

—¿Qué?

—Estoy completamente de acuerdo con usted. Una decisión como esta depende exclusivamente del almirantazgo, asistido por el Foreign Office. Lo mismo en el caso de París. No podemos hacer nada más que informar a nuestros superiores. Usted debería hacer lo mismo. Gracias a Dios las autoridades japonesas aprueban finalmente que actuemos contra los culpables nosotros mismos. ¿No le parece, almirante?

—Si habla del imprudente ataque punitivo que ha propuesto, aquí, allí o en cualquier parte, el almirantazgo todavía no lo ha autorizado, por lo que yo tampoco lo apruebo. Propongo que volvamos a bordo del *Pearl* antes de que empiece a llover.

Sir William suspiró y miró por la portilla de la sala de oficiales. La lluvia había parado temporalmente, el mar todavía estaba agitado pero su estado de ánimo ya no. Tenía el dinero de la indemnización, de momento no era necesario aplastar Yedo. «Ahora Yoshi ayudará a modernizar Japón —pensó—. Le dejaremos ocupar un buen lugar entre la familia de las naciones, lo que será bueno para ellos y para nosotros. Más vale que lo hagamos nosotros y que les inculquemos virtudes británicas antes de que los franceses implanten virtudes francesas, aunque sus vinos y actitudes con respecto a la comida y la fornicación sean muy superiores a las nuestras.

»Sí. Excepto en la fornicación, los japoneses se beneficiarán de ello. Su aptitud en eso es sin duda superior. Es una lástima que no la podamos importar a nuestra sociedad, porque la reina no lo aprobaría. Es una lástima pero así es la vida. Una vez los hayamos civilizado tendremos que dar gracias por tener la suerte de vivir aquí».

—Henri, vayamos a tomar el aire.

La puesta de sol fue únicamente un extinguirse poco a poco la luz; el sol moría detrás de una manta de nubes, lamentándose por la pérdida del día.

Hiraga dijo al grupo de pescadores:

—Esta barca me servirá; no quiero aparejo de pescar, pero los remos y la vela están incluidos.

Se hallaba en la playa cercana al barrio de los borrachos y pagó al propietario lo que le había pedido sin regatear. No quería quedar mal negociando el precio, aunque sabía. —*Mukfey* se lo había dicho reiteradamente— que le engañaban, que el precio era excesivo y que ese hombre y sus compatriotas se reirían de él tan pronto como se hubiera perdido de vista. Le podían reprochar que fuera vestido como un gai-jin y que no llevara las espadas adecuadas.

—Dejadlo todo en la barca —dijo. El propietario se inclinó zalameramente y se alejó con sus compañeros bendiciendo la suerte que les había proporcionado unos beneficios dobles.

Se trataba de una pequeña barca de pesca con capacidad para tres personas, con una reducida vela y un solo remo en popa. Una parte del entrenamiento samurái consistía en navegar distancias cortas en barca, cruzar ríos o alcanzar barcos o galeras cercanos a la costa. La noticia de que había comprado una embarcación se extendería por todo el pueblo, pero no importaba. Cuando el shoya y los otros hubieran descubierto su probable uso ya sería demasiado tarde.

Ahora todo su ser estaba comprometido con el ataque. Todos los razonamientos en su contra se habían desvanecido. Había consenso; Akimoto estaba completamente a favor, así como Takeda y el sensei. Por lo tanto, él también. La barca estaba a punto. Iría a buscar a Akimoto, volverían y ultimarían el plan. En realidad, estaba contento. Moriría en el esplendor de la gloria, cumpliendo los deseos del emperador. ¿Qué más podía desear de la vida un samurái?

Con la brusquedad de un chorro de agua helada, la euforia dejó paso al sobresalto; se escondió detrás de una puerta. Había tres casacas rojas ante la casa del shoya y otros dos salían del tugurio cercano que él y Akimoto tenían alquilado. Akimoto estaba entre ellos gritando con todas sus fuerzas:

—¡Cuánto siento, no saber dónde estar Nakama!

—N-a-k-a-m-a —vocalizó el sargento lentamente y muy alto—. ¿Dónde está? —Después más fuerte—. ¿Dónde Nakama?

—¿Nakama? —El tono de voz de Akimoto también era alto; intentaba advertirlo por si se encontraba en las inmediaciones—. Nakama, no saber dónde estar, siento. —Luego en su idioma—. Alguien ha traicionado a alguien. —Después otra vez—. No saber dónde…

—¡Cállate! —exclamó el sargento enojado—. Cabo, este necio no sabe nada. Butcher, usted y Swallow quédense aquí hasta que el maldito Nakama regrese. Pídanle amablemente que les acompañe a ver a sir William. Asegúrense de que traen a ese miserable. Usted —clavó un dedo duro como el hierro contra el pecho de Akimoto—, usted viene conmigo por si sir William le necesita.

Akimoto siguió protestando en voz alta.

—Nakama, no saber dónde estar —una y otra vez.

Cuando Hiraga se hubo recuperado y el peligro había desaparecido salió de detrás de la puerta, saltó una verja y corrió hacia la tierra de nadie. Una vez allí volvió a esconderse detrás de una puerta, porque aún era peligroso salir, pues había demasiada luz; los tres mendigos que hurgaban en la basura estaban

demasiado cerca, parecían demasiado malévolos. Debía permanecer oculto.

—¿Quién nos ha traicionado?

—¿Dónde demonios se ha metido?

—No puede estar lejos, sir William —dijo Pallidar—. Tengo hombres en las dos puertas y en el puente hacia el Yoshiwara. Probablemente esté en una de las tabernas. Solo es cuestión de tiempo. ¿Lo quiere con grilletes?

—No, solo quiero que me lo traiga, desarmado y vigilado.

—¿Qué hacemos con este?

Akimoto estaba sentado de espaldas a la pared, con un soldado cerca de él. Ya lo habían registrado.

—Lo decidiré cuando haya hablado con él. Ah, André, pase. Settry, no hace falta que espere. Cenaré con el ministro ruso, cuando tenga a Nakama venga a buscarme. —Pallidar saludó y salió —. André, perdone que le moleste, pero no encontramos a Nakama. Como Phillip no está, ¿podría traducir para mí? ¿Preguntarle dónde está?

Les observó mientras André interrogaba a Akimoto, procurando esconder su irritación y deseando que Phillip Tyrer estuviera con él y no con Babcott. «Espero que vaya bien. Maldita sea, si no encuentran a Nakama, Yoshi se enfadará mucho y con razón».

—Dice que no lo sabe —dijo André. No se había quitado el abrigo. El despacho de sir William estaba siempre helado, incluso en los días más fríos el hogar de carbón era insignificante—. Parece imbécil, dice entre dientes que Nakama podría estar en cualquier parte, en el Yoshiwara, quizá en Kanagawa.

—¿Cómo? —Sir William estaba sorprendido—. Se supone que no puede salir de la colonia sin mi expreso consentimiento. Pregúntele… pregúntele cuándo se fue Nakama.

—Dice que no lo sabe, no sabe si se ha ido ni dónde está, no sabe nada.

—Quizá una noche en el calabozo le refrescará la memoria. ¡Cabo! —La puerta se abrió inmediatamente—. Meta a este hombre en el calabozo por esta noche o hasta que yo dé ordenes de lo contrario. Trátenlo bien, ¿comprende?

—Sí, señor.

—Trátenlo bien —repitió.

—Sí, señor.

El cabo hizo señas a Akimoto con el pulgar, que salió de la sala inclinándose. El calabozo, utilizado para los pendencieros y los hombres de servicio sujetos a la disciplina militar, estaba en la misma calle. Era un edificio bajo de ladrillo con una docena de celdas. Después del club, había sido la segunda edificación, una costumbre británica habitual en la mayoría de las colonias.

—*Merci*, André.

—De ríen.

—¿Tiene alguna idea de dónde pueda estar?

—No, señor, no sé más que lo que ha dicho ese hombre. Nos veremos a la hora de la cena. —André sonrió, salió y echó a andar por High Street. El viento hacía revolotear las hojas y los papeles. No quedaba ya mucho rato de luz.

«Me alegra que no seamos responsables de encontrarlo —pensó —. ¿Adónde debe de haber ido? Si tiene sentido común y sabe que Yoshi lo busca, a Kioto o Nagasaki, o tal vez se haya colado en el buque mercante de ayer en dirección a Shanghái. Seguro que lo sabía, en el Bakufu no hay secretos, ni aquí. Gran reunión; ha sido bueno para nosotros porque aventajaremos a Yoshi, pero maldito sea Phillip, cada vez es mejor. Seguramente el paciente es Anjo. —Escupió, irritado—. Tendría que haber tenido la oportunidad, al fin y al cabo fue idea mía. Raiko y Meikin deben de haberle inculcado la idea. *Mon dieu*, tienen más poder del que pensaba».

Lo recorrió un escalofrío. Raiko le había dicho que quería verlo urgentemente esa noche. ¿De qué se trataba? Seguro que eran problemas.

—Buenas tardes, señor —saludó el guarda de la puerta principal de Struan.

—Tengo una cita con Mrs. Struan.

—Sí, señor. Le espera en el despacho del tai-pan al final del pasillo. Disculpe el desorden del vestíbulo, señor, pero Mr. McFay está haciendo las maletas. Es terrible que se vaya, ¿no cree?

—Sí, pero esperemos que el…

El cañón de señales del capitán del puerto lo interrumpió. Asombrados, ambos hombres miraron en dirección al mar, puesto que no se esperaba ningún barco. El movimiento en High Street se detuvo y un murmullo de agitación recorrió Yokohama. Se divisaba un clíper con todas las velas desplegadas. Vieron salir humo, oyeron un estruendo y la respuesta del buque insignia.

Estaba demasiado lejos para ver el pabellón.

—Es uno de los nuestros —dijo el guarda con orgullo—. Tiene que serlo, como en los viejos tiempos. Oh, buenas tardes, señor.

Jamie McFay apareció en la puerta y enfocó los prismáticos.

—Hola, André, solo quería asegurarme… ¡El *Prancing Cloud*! ¡Aleluya! —Todo el mundo entendería lo que significaba. Estaba previsto que el barco navegara en dirección a Londres. El hecho de que regresara, y tan deprisa, significaba que llevaba noticias urgentes. Buenas o malas. O pasajeros.

—Aleluya —dijo André a su vez. Vio a Seratard con un telescopio en los escalones de la legación francesa, a sir William delante de la ventana con unos prismáticos y a Dmitri de pie en la entrada de Brock mirando con un telescopio corto. Cuando Dmitri lo apartó de los ojos vio a Jamie, vaciló, y luego le hizo una señal con la mano. Jamie le contestó y volvió a enfocar los prismáticos. El clíper se acercaba majestuosamente.

André dijo con suavidad:

—Quizá ella esté a bordo.

—He pensado lo mismo. Enseguida lo sabremos.

—Hágale señales para averiguarlo.

—Cuando dé la orden al capitán del puerto de que ice los pabellones ya no habrá luz. De todas formas, no tengo que decidirlo yo sino Mr. MacStruan. —Jamie lo miró—. Lo sabremos muy pronto. ¿Verá a Angélique?

—Sí.

—No es necesario que la inquiete hasta que lo sepamos.

—Estoy de acuerdo, *mon brave*. —André volvió a mirar en dirección al clíper—. ¿Se encontrará con ella?

—¿En el barco? —La misma sonrisa dura—. ¿No lo haría usted?

Entraron juntos en el vestíbulo. Albert MacStruan bajaba las escaleras elegantemente vestido, aunque con la corbata aún sin anudar.

—¡El *Prancing Cloud*!

—Sí —dijo Jamie.

—Lo que pensaba. —Frunció el ceño—. Buenas tardes, André. ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias. Hasta luego.

Jamie esperó a que André hubiera llamado y entrado en el despacho del tai-pan, que ahora era el de MacStruan.

—¿Va a ir a recibirla?

—Oh, sí. —MacStruan bajó el último peldaño—. Por favor, únase a mí.

—Gracias, pero es un privilegio suyo. He mandado a Vargas a buscar al contramaestre.

MacStruan dijo amablemente:

—Venga conmigo, venga a ver el barco como solía hacer antes.

—No tengo tiempo, es todo suyo. Gracias, de todos modos.

—He oído que el banquete de Zergeyev de esta noche será magnífico porque Angélique ha aceptado. Cambie de idea, únase a la fiesta.

—No puedo, esta noche no, todavía no he terminado de hacer las maletas. —Jamie le sonrió y siguió por el pasillo—. ¿Angélique ha terminado por utilizar su despacho?

—Oh sí, es mejor que recibir a las visitas arriba en su habitación, en particular a él. No puedo decir que me caiga bien.

—André es un buen chico, trabaja bien. Sin duda, es de lo mejor que tenemos aquí. Espero que las noticias del *Prancing Cloud* sean buenas.

—Yo también, pero lo dudo. ¿Cree que Tess va a bordo?

—Yo también me lo he preguntado. —Jamie sonrió; ya no era su criado—. Explicaría el cambio de ruta del *Cloud*. Eso es lo que Dirk habría hecho.

—Ella no es Dirk, es mucho más astuta. —Las relaciones entre los hermanastros y Tess Struan eran tensas. Pero un codicilo en el testamento de Dirk dejaba claramente expreso que, una vez ambos hubieran demostrado sus aptitudes en los estudios, debían ponerse al servicio de la Casa Noble al máximo de sus posibilidades. Los dos eran listos; sus relaciones con exalumnos de Eton y amigos de la universidad pertenecientes a la alta burguesía, el Gobierno y el Parlamento, donde su hermanastro Frederick acababa de obtener un escaño, los hacía aun más valiosos. Sin embargo, ambos sabían que Tess Struan los rechazaría.

—Hola, André.

—Buenas tardes, Angélique.

Estaba sentada en su silla preferida junto a la ventana de la bahía, las cortinas abiertas dejaban ver el puerto.

—¿El *Prancing Cloud*?

—Sí.

—Muy bien. ¿Va ella a bordo?

André sonrió.

—Eso explicaría por qué ha venido el clíper.

—De todos modos no importa —dijo con aparente impasibilidad, pero el estómago se le revolvió—. ¿Quiere una copa?

—Gracias. —Vio la botella de champán abierta en el cubo con hielo y una copa medio llena encima de la mesa—. ¿Me permite?

—Se lo ruego.

Se había acostumbrado a contemplar el atardecer y la puesta de sol con champán. Solo una copa para prepararse para las largas horas de vigilia nocturna. El ritmo de su sueño había cambiado. Ya no recostaba la cabeza sobre la almohada y se dejaba llevar para despertarse al alba. Ahora el sueño la rehuía.

Observaba a André, esperando que empezara a hablar. Su expresión era dura, la piel pálida y tirante, y había adelgazado. Había apurado la primera copa. Y la segunda. Ahora sorbía la tercera.

—Está más bella que nunca.

—Gracias.

André bebió el champán de un trago.

—Lo siento, pero necesito dinero.

—Claro está, pero me queda muy poco.

—Tiene documentos con su sello.

—¡Oh!

Su sonrisa era aún más irónica.

—Afortunadamente, los empleados tratan con los empleados. Firme otro mañana, por favor. Quinientos dólares mexicanos.

—Es demasiado.

—Ni mucho menos, *chérie* —dijo con una voz apenas perceptible. Se levantó y cerró las cortinas para impedir la entrada de la luz vespertina. Después encendió la lámpara de petróleo que había encima de la mesa y cogió la botella. Se sirvió una copa y volvió a colocar la botella en el cubo de hielo con fuerza—. ¿Cree que me gusta hacerle esto? ¿Cree que no sé que es chantaje? No se preocupe, soy razonable, solo quiero lo que se pueda permitir. Cien dólares mexicanos, o el equivalente en guineas esta noche, doscientos mañana, cien pasado mañana.

—Es imposible.

—Todo es posible. —Sacó un sobre del bolsillo que contenía una sola hoja de papel y la desdobló cuidadosamente. Docenas de pedazos se habían pegado meticulosamente para completar un

rompecabezas perfecto. Lo puso encima de la mesa, fuera de su alcance. Ella reconoció inmediatamente la letra de su padre. La página que había visto romper a André hacía tanto tiempo.

—¿Lo puede leer desde ahí? —preguntó suavemente.

—No.

—Su cariñoso padre la escribió, la firmó y la fechó. «… y espero, como quedamos, que busques el modo de casarte como sea. Es importante para nuestro futuro. Struan se cuidará de Richaud Frères. No te preocupes por…».

—No se preocupe, André —le interrumpió ella. No había necesidad de disfrazar el odio—. Tengo las palabras escritas en mi mente. Indeleblemente. ¿Debo comprarla o será una amenaza constante?

—Es un seguro —contestó él doblándola y metiéndosela en el bolsillo con cuidado—. Vuelve a un lugar seguro, con los detalles del «asunto» Angélique, por si me ocurre algo.

De repente ella se echó a reír y lo confundió.

—Oh, André, ¿cree que intentaría matarle? ¿Yo?

—Eso estropearía cualquier arreglo financiero que Tess pudiera ofrecer, que pudiera verse obligada a ofrecer, y la sentaría en el banquillo de los acusados.

—¡Qué estúpido es! —Cogió la copa y bebió el champán. Él notó inquieto que su mano no temblaba. Lo miraba plácidamente, pensando que era un necio, un necio por haberle revelado que había hecho lo que había hecho—. Me gustaría conocer a Hinodeh. Por favor, conciérteme una cita.

—¿Cómo?

Divertida por su expresión, dijo:

—¿Tan extraño le parece? Me interesa. Le estoy pagando el amor de su vida.

Se levantó tembloroso, se acercó al aparador y se sirvió coñac.

—¿Quiere un poco?

—No gracias. —Solo había movido los ojos.

Estaba nuevamente sentado ante ella. Una corriente de aire jugó con la llama y le hizo brillar los ojos.

—Cien, por favor.

—¿Cuándo terminaré de pagar? —preguntó amablemente.

El coñac sabía mejor que el champán. Se enfrentó a la pregunta.

—Cuando haya terminado de pagarle a ella, antes de que usted se vaya.

—¿Antes de que yo me vaya? ¿Quiere decir que no me podré marchar hasta entonces?

—Cuando haya terminado de pagarle a ella, antes de que usted se vaya —repitió.

Ella frunció el ceño, se acercó al escritorio y abrió un cajón. La bolsita contenía el equivalente a unos doscientos dólares mexicanos en obanes de oro.

—¿Y si no hay dinero?

—Lo obtendré de Tess, es la única forma. Ella pagará. Lo conseguiremos de algún modo.

—¿Lo conseguirán? ¿Quiénes?

—Lo prometí —dijo con el blanco de los ojos inyectado en sangre —. Su futuro es mi futuro. Por lo menos en eso estamos de acuerdo.

Abrió la bolsita y contó la mitad. Luego, sin saber por qué, los volvió a poner dentro y se la dio.

—Hay unos doscientos dólares mexicanos —dijo con una sonrisa extraña—. A cuenta.

—Ojalá la entendiera. Antes la entendía.

—Antes era una niña tonta, ahora no.

Asintió lentamente. Sacó el sobre y lo sostuvo sobre la llama. Ella suspiró levemente cuando un extremo prendió y el fuego se extendió. Lo puso en el cenicero y juntos miraron cómo se quemaba. Aplastó las cenizas con la copa.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque comprende lo de Hinodeh. Y le guste o no somos compañeros. Si Tess no le paga soy hombre muerto. —Le tendió la mano—. ¿Paz?

Ella puso su mano en la suya y sonrió.

—Paz, gracias.

Se levantó.

—Será mejor que vaya al *Prancing Cloud*. Si Tess está a bordo todo se acelerará.

Cuando se hubo marchado, Angélique examinó las cenizas y comprobó que no se podía leer ni una sola palabra. Para André era fácil falsificar una copia, romperla, presentarla como la original y quemarla, y tener guardada la original para un uso posterior. Era la clase de estratagema que adoraba. ¿Por qué quemar la falsa? Para que confiara en él, para que lo perdonara por el chantaje.

«¿Paz? La paz solo se obtiene cuando ya no es necesario esconder el material con el que te amenaza el chantajista. En mi caso será cuando Tess haya pagado y el dinero esté depositado en el banco. Y cuando André consiga lo que quiera, Hinodeh tal vez. ¿Qué es lo que ella quiere? Se esconde de él en la oscuridad. ¿Por qué? ¿A causa de su color? ¿Para excitarlo? ¿Por venganza? ¿Porque él no es japonés?».

«Ahora sé que el acto del amor puede llevarte del terror al éxtasis y al engaño, con múltiples variaciones. La primera vez con Malcolm fue con luz, la segunda en la oscuridad, y ambas fueron bellas. No hay nadie como mi marido, Malcolm, a quien amé de verdad. Lo respeté, lo respeto todavía y lo respetaré siempre».

Sus oídos captaron el silbido del cúter. Descorrió las cortinas y vio la lancha alejándose del muelle. Albert MacStruan iba a bordo. Desde el fondeadero el *Prancing Cloud* casi no era visible porque había bajado las velas.

Sus pensamientos subieron a bordo e imaginó a su enemiga, como siempre, con los labios delgados, los ojos pálidos, alta y tiesa, huesuda y mal vestida. Luego miró al otro extremo del puerto, recordó el entierro de Malcolm y sonrió, enorgulleciéndose de la victoria, con los latidos del corazón martilleándole los oídos. Después se hizo un ovillo en la silla —la silla de él, la silla de ambos, otra victoria— y contempló la oscuridad que se acentuaba. Solo se veían

las luces de posición de los barcos; casi era incapaz de contener la emoción.

Seguro que Edward estaba a bordo.

LIII

La puerta del despacho de Jamie se abrió y Vargas irrumpió jadeante en la habitación. Todavía llevaba el pesado abrigo, el sombrero y la bufanda tapándole la cara, el telescopio en la mano.

—Ella está en el barco. —Jamie no levantó la vista de la caja que estaba llenando de documentos. No hubo respuesta inmediata, e insistió—: Dígamelo de una vez, ¿está en el barco?

—Creo que sí.

—Le dije que me lo comunicara cuando estuviera seguro, no antes.

—Lo siento, senhor. Estaba en un extremo del muelle, he mirado por el catalejo y me ha parecido conveniente venir y preguntar lo que tengo que hacer.

—Vaya otra vez y reúnase con ella, pero antes asegúrese de que todos los criados estén preparados y de que la chimenea de la habitación del tai-pan esté encendida. La ocupará ella, Mr. MacStruan se trasladará.

—Pero eso significa que estará en la habitación contigua a la de Mrs. Angéli…

—Por el amor de Dios, ya lo sé. Pero es la habitación del tai-pan y será la suya.

Vargas salió disparado. Incapaz de dominarse, McFay corrió hacia la ventana. El cúter se acercaba. Enfocó los prismáticos. Vio sombras vagas en el camarote, pero se trataba evidentemente de una mujer. No había ninguna duda sobre el sombrero y su porte era inconfundible.

—¡Mierda! —Respiró hondo. Para que la imagen fuese más nítida, se apoyó en la ventana. No mejoraba mucho. Identificó una de las figuras como la del capitán Strongbow, más por la altura y el volumen que por otra cosa. Dos hombres más, no, tres, uno de ellos era MacStruan.

Un grupo de curiosos esperaba bajo el farol oscilante del muelle, resguardados del frío invernal con los sombreros y las bufandas de rigor. Era difícil ver las caras, pero le pareció divisar a André, y también a Vervene, Heatherly y, sí, Nettlesmith.

«Los buitres se reúnen —pensó—, pero los principales miran desde sus ventanas como yo».

Aquella noche la oscuridad lo ahogaba. La chimenea de su habitación ya no parecía emitir calor. Tenía la garganta en tensión y el pecho le dolía. «Contrólate —pensó—. Ella no es problema tuyo».

El capitán Strongbow fue el primero en descender al muelle con su pesado abrigo de marinero. Aún era difícil verlo bien, pero imposible confundirlo. Después, ah, sí, MacStruan. Se volvieron para ayudarla. Se había resguardado del frío con ropa gruesa y oscura y un sombrero sujeto con la inevitable bufanda.

Los otros dos pasajeros también descendieron al muelle. Los reconoció. Vaciló un momento y luego salió y se dirigió al despacho del tai-pan. Angélique contemplaba la oscuridad a través de un agujero en la cortina. El fuego brillaba agradablemente, las lámparas estaban encendidas y la habitación era acogedora.

—Ah, Jamie, no los veo con claridad, ¿está ella?

—Me temo que sí. —No vio ningún cambio en su expresión—. Tenga. —Le ofreció los prismáticos—. Quizá quiera mirar.

—No hace falta que mire ni que tenga miedo. ¿Quién hay más? —Su voz no había sido nunca tan suave—. ¿Quién va con ella?

—Strongbow, Hoag y Gornt.

Angélique se volvió hacia la ventana para esconder su reacción, pero por un instante él vio la alegría que había inundado su rostro. «No importa que Jamie lo vea —pensó, mareada de emoción—. ¿Esa

mujer y Edward juntos? Los dos juntos, Hoag también. ¿No significa eso que Edward la convenció?».

—Estaré arriba vistiéndome para la cena. Si alguien me necesita bajaré. Gracias, querido Jamie. —Lo abrazó impulsivamente y salió.

Él miró fijamente la puerta. «¿Por qué tanta alegría? Si Tess está con Hoag es que los peces gordos han llegado».

Unas voces en el vestíbulo interrumpieron su meditación. Eran MacStruan, Vargas, Hoag y unos criados atareados.

«No es necesario que vaya a saludarlos. Ya me llamarán». Deprimido, continuó con su trabajo, que casi había terminado.

—¡Jamie!

Miró alrededor. Y se quedó paralizado. Maureen. Su Maureen estaba en la puerta. Maureen Ross. Sombrero azul marino, los ojos azules se destacaban contra los pliegues de la pesada bufanda de lana. Abrigo azul marino sobre un vestido azul oscuro. Maureen Ross, veintiocho años. Alta, algo más alta que Tess.

—¡Dios mío! —exclamó con voz estrangulada y a punto de desvanecerse.

—Hola, Jamie McFay. —Estaba ante la puerta, derecha como su padre; la voz era melodiosa—. ¿Puedo pasar? —Se quitó la bufanda y sonrió vacilante.

Ahora la veía. El mismo rostro claro. No era guapa pero sí expresiva y extrañamente atractiva. Tenía pecas color avellana. Estaba exactamente igual que tres años atrás en el puerto de Glasgow, pero entonces sus ojos se habían llenado de lágrimas por la despedida. Había olvidado cómo sus ojos…

—Hola preciosa —murmuró—. Por todos los santos, Maureen.

Su risa vibró.

—Lo consideraré un sí y espero que no blasfemes más. He venido como un fantasma para darte una sorpresa. —Su sonrisa y la vibración de su voz la hacían más atractiva de lo que era en realidad, así como la luz que bailaba en sus ojos y el amor que llevaba como un escudo. Cerró la puerta y volvió a mirarlo—. Te encuentro

magnífico, Jamie, un poco cansado, pero estás tan guapo como siempre.

Se había enderezado, pero todavía estaba detrás del escritorio. Su mente repetía: «Dios mío, eres tú, no Tess, eres tú, tan fácil de confundir en la oscuridad». Recordó sus cartas indiferentes del año pasado y la última en la que rompía su compromiso, su voz insonora que decía: «Lo siento, Maureen, no nos casaremos; lo siento, no me quiero casar, ahora no puedo, es un mal momento y por qué no…».

—¡Oh Jamie! —exclamó desde el otro extremo de la habitación; observaba y esperaba y su sonrisa se acentuó—. No te puedes imaginar lo contenta que estoy de verte, de estar aquí al final; madre mía, he tenido aventuras para llenar un libro. —Él no se movió ni respondió, por lo que ella frunció el ceño.

—¡Tess! —Gruñó—. Pensé que eras Tess Struan.

—¿Mrs. Struan? No, ella está en Hong Kong. Es toda una señora. Organizó mi viaje sin cobrarme nada. «Ve a ver a tu Jamie McFay y lo saludas de mi parte» me dijo, y me presentó al capitán Strongbow, que me dio un camarote individual, al amable doctor Hoag y a Mr. Gornt.

—¿Ah sí?

—Ese se cree que es una bendición del cielo para las mujeres, pero para mí no lo es. Estoy prometida, le dije, prometida ante Dios con Mr. Jamie McFay. Dijo que era amigo tuyo. El doctor Hoag me dijo que te había salvado la vida, así que fui amable, pero guardé las distancias. Oh, Jamie, hay muchas cosas que contar y muchas que quisiera saber.

—Dios mío —murmuró sin oírla—. Es fácil equivocarse con la bufanda en la cara. Tú y Tess sois de la misma talla, tenéis el mismo porte…

—Toma —dijo mirándolo. Le tendió un vaso con whisky. Estaban cerca por primera vez y un rayo de luz la cubrió repentinamente.

El hechizo se rompió. Jamie rio y la abrazó para darle la bienvenida, y los vasos casi se les cayeron de las manos.

—Cuidado, chico —dijo ella sofocadamente. Consiguió ponerlos encima de la mesa y lo abrazó desesperadamente. Había tenido que esperar mucho tiempo y al final se había encontrado con un sobresalto y no la bienvenida que esperaba. Intentaba ser fuerte y adulta, pero no sabía qué hacer ni cómo decir que lo amaba y que no podía soportar la idea de perderlo. Por eso se había arriesgado y había abandonado su santuario. Había puesto la confianza en Dios, había metido el libro de oraciones y la Biblia en el bolso y había recorrido a ciegas dieciocho mil kilómetros de temor. Por dentro, no por fuera; eso jamás, ese no era el estilo de los Ross.

—Oh, Jamie, querido.

—Tranquilízate —murmuró, deseando que dejara de estremecerse.

Al fin dejó de temblar y se apartó de sus brazos. Se quitó el sombrero y el largo cabello cobrizo le cayó sobre los hombros.

—Me siento mejor —dijo—. Eres un hombre guapo. —Le alcanzó el vaso, cogió el suyo y brindaron—. ¡Viva Escocia! —exclamó, a modo de brindis, y bebió un sorbo—. Sabe fatal, Jamie, pero estoy muy contenta de verte. No me canso de decirlo.

Se sentó en la silla frente al escritorio y lo miró. Las manos en el regazo. Esperando. Sabía que tenía que morderse la lengua y esperar a que él hablara. Con su llegada ya había hecho su parte. Quizá había sido excesivo llegar sin anunciarse, pero lo había pensado cuidadosamente. Había imaginado el encuentro hora tras hora durante los espantosos meses en el mar; durante las tormentas en los mares de la China y durante un motín de los pasajeros de tercera clase que había sido sofocado violentamente. Jamie era su estrella polar y la hora de la verdad había llegado.

Jamie puso más carbón y acercó la silla antes de sentarse. Le tomó la mano.

—Maureen, hace tres meses te escribí una carta…

Las palabras fluyeron como un torrente.

—Hace tres meses te escribí (la carta debe de haber llegado después de tu marcha) que me parecía sensato romper nuestro

compromiso y que debías olvidarme. Que lo sentía muchísimo pero que era lo mejor para ti. No voy a volver a Gran Bretaña para trabajar allí. No me iré de Asia hasta que me vea obligado a ello o caiga enfermo. No me iré, no puedo; adoro Asia, adoro mi trabajo y tú nunca podrías ser feliz aquí. Reconozco que me he aprovechado de ti, pero no podemos casarnos, es imposible, y ahora que me establezco por mi cuenta… —Se detuvo para respirar y agregó—: No sé qué más decirte, no hay nada más que decir salvo pedirte perdón.

Había apartado la mano. Tenía el estómago revuelto. Sacó el pañuelo para secarse la frente.

—Lo siento —dijo sin convicción, se levantó y se volvió a sentar, luego jugó con el vaso—. Lo siento.

Ella tenía las manos en el regazo y los ojos fijos y abiertos.

—No digas que lo sientes —dijo amablemente—. Estas cosas pasan.

Él abrió la boca, sorprendido.

—Entonces ¿estás de acuerdo?

Ella se rio.

—Con una parte de lo que has dicho, no con todo, por supuesto. Tú eres un hombre y yo una mujer y vemos las cosas de modo diferente.

—¿Cómo?

—En primer lugar, en relación con el trabajo —explicó—. El trabajo de una mujer es cuidar de su marido, crear un hogar; para eso me han educado. El hogar y la familia son lo más importante del mundo. Formaremos un gran equipo, el mejor, te lo prometo. Estamos comprometidos. Te prometo que seré la mejor esposa del mundo, te lo prometo.

—¿Pero no ves, pequeña, que no funcionará? —dijo odiándose, pero completamente seguro—. Este lugar es muy rudo, hay muy pocas mujeres, no tendrás amigas, nada que hacer.

Ella rio.

—Jamie, Jamie, no has escuchado ni una sola palabra de lo que te he dicho. Mira, eso es lo que…

Una llamada en la puerta la interrumpió. Gritó:

—¡Voy enseguida! —Se levantó y continuó con la misma voz amable pero firme—. Debe de ser el doctor Hoag. Quería verte con urgencia pero yo le he pedido que me concediera un par de minutos antes. No podía esperar. Ahora te dejaré hablar con él. —Recogió el sombrero y los guantes, el abrigo y la bufanda—. No te preocupes por mí. Me cambiaré y estaré lista a tiempo. Llamaré a tu puerta. La cena es a las nueve. No te olvides.

—¿Cómo? —preguntó sin comprender.

—El conde ruso Zerevev o un nombre parecido. Hemos aceptado su invitación. Mr. MacStruan me lo contó todo.

Salió, saludó a Hoag y, antes de que Jamie pudiera decir nada, el doctor había cerrado la puerta y se dirigía hacia él sin aliento, las palabras brotando en desorden.

—Hong Kong fue como un sueño. Malcolm fue enterrado con todos los honores, en el mar, como él y Angélique querían.

—¿En el mar?

Hoag rio satisfecho.

—Tess lo organizó todo. Fue cerca de Shek-O, uno de sus lugares preferidos. Con todos los honores, todos los pabellones a media asta. Los barcos bajaron los pabellones, hubo saludos con cañones, gaiteros, todo; el funeral del tai-pan, aunque nunca llegó a serlo. Los periódicos informaron de todo, tengo muchos recortes. Hong Kong se vistió de luto, el gobernador ordenó un oficio especial en la iglesia del montículo del Valle Feliz. Gordon Chen dispuso la procesión más explosiva de la historia de Chinatown, si exceptuamos la que se hizo en honor de Dirk. ¿Puedo beber algo?, estoy sediento.

—Naturalmente. Continúe, por favor —dijo Jamie y sirvió whisky para los dos; su propio vaso estaba vacío desde hacía mucho rato. Notó que le temblaban los dedos. «Dios mío, cómo es que Tess hizo una cosa así, un funeral en el mar, y por qué demonios acepta

Maureen una invitación cuando tenemos que hablar»—. Continúe, por el amor de Dios.

Primero Hoag bebió.

—Sabe muy bien. —Se quitó el abrigo y se sentó, respiró profundamente y se sintió mejor—. Estoy muy contento de verle. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! La primera vez que vi a Tess me inquietó mucho. Fue terrible. La encontré en el viejo despacho de Culum y me dijo: «Ronald, dígame las malas noticias, todos los detalles, cuénteme todo lo que pasó». Estaba de pie al lado del enorme escritorio, derecha como un palo, pálida, blanca como el papel. El retrato de Dirk pendía de la pared y me observaba desafiante. Se lo conté todo lo mejor que pude. Claro está, Strongbow le había explicado algo. ¿Recuerda que le aconsejé que le dijera que yo iba en el buque correo y que sentía mucho no poder viajar en el *Cloud* porque tenía que hacer una operación?

»No vaciló ni un momento, escuchó atentamente todo lo que le conté del Tokaidō, el compromiso, el matrimonio y la muerte, con toda la suavidad de que fui capaz; le hablé del duelo, de Norbert, de usted y de Gornt. No olvidé nada, no recuerdo las palabras exactas pero se lo conté todo tal como había ocurrido. —Se detuvo un momento, ya no estaba tan nervioso—. Ya sabe como es. Siempre esconde algo. Me dio las gracias y me dijo que tenía el certificado de defunción y los documentos de la investigación de Strongbow. Una mujer notable. Misteriosa. Eso es prácticamente todo. Ah sí, me dio las gracias por haberme encargado del ataúd. Todo fue perfecto, gracias a Dios.

—¿Cómo?

Los ojos de Hoag se iluminaron.

—Naturalmente, no quería que se abriera el ataúd. Había dicho a Strongbow que lo mandara directamente a Blore, Christenson, Herberts y Crink y que les ordenara que pusieran nuestro ataúd dentro de uno de los suyos «por motivos médicos», en uno de buena calidad con las asas de plata y que lo cerraran bien para que no se pudiera abrir. Esgrimí el motivo de la descomposición,

etcétera, y a Tess ya se lo había recomendado por carta con firmeza. Me alegra decir que todo salió perfectamente desde nuestro punto de vista y el de Malcolm. —Hoag volvió a llenar el vaso—. Me alegra haber ido. Por otra parte, bien está lo que bien acaba.

—¿Dijo Tess algo de Angélique?

—¿Lo que tenía intención de hacer? No, pero formuló un sinfín de preguntas. ¿Cómo está Angélique?

—Bien, exteriormente. Tranquila. Suele estar sola, pero en ocasiones viene a cenar. Esta noche va a casa de Zergeyev, sir William se lo ha pedido. Está más guapa que nunca. ¿Qué preguntó Tess?

—No mucho, solo se interesó por los hechos. Le dije que creía que estaban enamorados, que Malcolm fue el que tomó la iniciativa y no al contrario, que era toda una señora, que aceptó su propuesta y estuvo de acuerdo en casarse con él en el *Pearl*.

—¿Pero nada de lo que tiene previsto hacer?

—No, eso es lo extraño. Pensé que echaría pestes contra ella, que me pediría que la aconsejara, que me daría alguna idea, pero no lo hizo. Al fin y al cabo soy el médico de la familia desde hace años y la conozco mejor que nadie. No hizo ningún comentario, ninguna observación, las preguntas solo eran sobre detalles que yo había olvidado mencionar. Extraño.

—Sí —convino Jamie—. Debe de tener un plan.

—Supongo. Naturalmente, la noticia se publicó en la prensa sensacionalista con todos los detalles; «EL TAI-PAN MUERE EN LA NOCHE DE BODAS». Titulares como ese, aunque ella procuró ocultarlos. Tengo todos los recortes para usted, y esto. —La expresión de sus ojos cambió. Entregó un sobre a Jamie. La letra de Tess. «Mr. J. McFay, personal»—. Antes de que me lo pregunte, no sé lo que hay dentro. Solo me dijo: «Por favor, entréguelo a Mr. McFay tan pronto como llegue».

Jamie lo dejó encima del escritorio.

—¿Por qué ha regresado?

—Antes de que me olvide, hay algo más. El viejo Brock y su detestable hijo, sir Morgan, se presentaron en el funeral.

—¿Cómo? ¿Sin estar invitados?

—Fue un escándalo. Sucedió como sigue. Tess organizó el funeral en el *China Cloud*. Armón de artillería hasta el clíper por la avenida. Cuarenta invitados a bordo. El gobernador, todas las personalidades, el almirante sir Vincent-Sindery, el general Skaffer (el nuevo comandante en jefe de Asia), todos los tai-pan y Gordon Chen. Nadie de la prensa. Cuando el *China Cloud* se balanceaba al viento cerca de Shek-O y el oficio estaba a punto de empezar, el viejo Brock y Morgan llegaron en su clíper *Hunting Witch*. El barco tenía el pabellón a media asta; él y Morgan estaban en el alcázar ataviados con ropa de luto, sombreros de copa, camisas de volantes. Cuando el ataúd entró en el mar los cabrones saludaron con los cañones y abrieron una botella de champán. Todo el mundo dijo que había oído el ruido del corcho. Brindaron y lanzaron los vasos y la botella al mar. Se descubrieron y se alejaron ostentosamente.

—¡Cabrones! ¡Malditos cabrones!

—Sí. Después dijeron que había sido para rendir honores al pobre muerto. El gobernador estaba al lado de Tess. Me dijo que ella no hizo ni dijo nada, que se mantuvo impasible, pero que su respiración era pesada y que su violencia lo sobresaltó. Oh, había olvidado mencionar que Gornt también estaba en el alcázar de Brock.

—Maureen me ha dicho que había venido a encargarse de la compañía de Brock.

—Sí. De todos modos, es un joven simpático. Me dijo que le habían ordenado subir a bordo del *Hunting Witch* y… ¡por Dios!, olvidé mencionar a Maureen. Jamie, es un hombre afortunado.

—Gracias.

—Muy afortunado. —Hoag le tendió la mano—. Felicidades.

—Gracias. —Jamie le estrechó la mano y fingió satisfacción, pero se sentía muy triste—. Pensé…, pensé que era Tess. Con los prismáticos, la oscuridad y la bufanda no es difícil equivocarse. Y ahora dígame, ¿por qué ha vuelto?

Hoag se levantó.

—Tess me preguntó si querría entregar una carta a MacStruan, una a usted y otra a Angélique. —Vio los ojos de Jamie—. No conozco su contenido.

—¿A ellos? —inquirió Jamie bruscamente—. ¿Ha dicho una carta?

Hoag se ruborizó.

—Oh sí. Sí, una carta. No conozco su contenido. Bueno, mejor será que me vaya.

—¡Venga, por el amor de Dios!

—Tess me pidió que le entregara una carta, eso es todo.

—Venga, que le conozco.

Hoag dijo irritado:

—Creo que será mejor que vaya a verla, querrá saber…

—¡Siéntese! Por el amor de Dios.

—No sé qué…

—¡No me venga con tonterías! ¿Qué cartas?

Hoag vaciló, luego habló:

—Si me jura por lo que más quiera que no dirá nada se lo explicaré.

—Trato hecho.

El médico se sentó.

—Tess solo dijo: «Entregue esta carta a esa mujer, espere una semana aproximadamente y luego dele una de estas dos cartas». En total me dio tres, no sé lo que pone en ellas. Juro por Dios que no lo sé.

—¿Una semana? ¿Una de las dos cartas? Una si está embarazada y otra si no lo está. ¿Tess le dijo que esperara hasta que le hubiera hecho un reconocimiento?

—Hasta que estuviera seguro.

—Entonces, una carta si lo está y otra si no lo está.

—Sí, es lo que le he dicho, sí.

—¿A quién más se lo ha dicho? —Los ojos de Jamie ardían.

—A nadie.

—¿A quién?

—¡Váyase al diablo! —gritó Hoag, y escupió—: A Gornt.

—Dios mío, ¿por qué a él?

—No lo sé. Parecía que lo sabía. Sacó la misma conclusión que todo el mundo. Estoy de acuerdo en que es bastante obvio ahora que he vuelto. Se lo dije a Tess, pero ella no dijo nada, solo me miró con esos ojos grises. Para usted es muy fácil, Jamie —continuó indignado—. Para usted y los Gornt de todo el mundo es muy fácil, son fuertes y están acostumbrados a los negocios y ¿no se miente constantemente en los negocios? Los médicos no lo hacen. —Enfurecido por su incapacidad de guardar un secreto, Hoag exhaló con fuerza—. Ahora ya no puedo cambiar. Tess me dijo que explicara a sir William por qué he vuelto, a Albert y a usted y a nadie más.

—No se preocupe, tiene razón. En Yokohama no habrá nadie que sepa por qué está aquí. ¡Pobre Angélique! ¿Para quién más tiene correo de Tess?

—Para sir William.

—¿Para quién más? Dígamelo de una vez.

—Para Heatherly Skye.

Fingiendo una tranquilidad que no sentía, Hoag entregó a Angélique el sobre cerrado con el sello de la Casa Noble. Angélique había tenido el estómago revuelto desde que Jamie le había dicho quién había llegado a bordo del *Prancing Cloud*. Ni siquiera la noticia de Vargas de que la mujer era la prometida de Mr. McFay y no Tess Struan la había calmado. Y la historia de Hoag sobre el funeral de Malcolm aún la había confundido más. La caligrafía del sobre era esmerada: «Angélique Richaud. Personal».

—¿Por qué no la lee mientras yo estoy aquí? —aconsejó, preocupado por su sonrojo repentino.

—¿Lo dice por si me desmayo? —preguntó bruscamente mientras se sentaba en la butaca al lado de la chimenea, la butaca que se había llevado de la habitación de Malcolm.

Hoag dijo amablemente:

—Quizá quiera hablar. Además de médico soy su amigo. —Había subido a toda prisa directamente desde el despacho de Jamie, contento de dejar atrás el interrogatorio. La había saludado y abrazado y había rechazado su inmediato «¿Qué pasó en Hong Kong?» con un «un momento, deje que la vea». La había examinado como un médico, después como un amigo. En ambos casos lo que vio le satisfizo.

—El nombre del sobre es incorrecto. Debería decir Mrs. Angélique Struan o señora de Malcolm Struan. —Lo devolvió torpemente.

Hoag rompió el sello y abrió la carta.

—Me dijo que lo hiciera. —Dentro había otro sobre en el que ponía únicamente: Angélique.

—¿Sabe lo que dice?

—No. Se lo juro. ¿Quiere que me vaya?

Su mirada se centró en la carta. Negó con la cabeza y él fue hacia la ventana para darle tiempo, descorrió las cortinas y contempló la noche. El corazón le palpitaba.

Angélique vaciló y después lo abrió. No había ni encabezamiento ni nombre.

> «Nunca le perdonaré lo que le ha hecho a mi hijo.
>
> »Estoy convencida de que su padre la animó a conquistar a mi hijo para que se casara con usted como fuera. Su "boda" con mi hijo no es válida, estoy segura de ello. Esa "boda" aceleró su muerte; el certificado de defunción lo deja bien claro. Los abogados de Struan están realizando los preparativos para llevar rápidamente el caso al Tribunal Supremo de Hong Kong. Aunque esté embarazada de mi hijo, eso no desviará el curso de la justicia ni impedirá que se declare ilegítimo al niño.
>
> »No le puedo agradecer suficientemente la valiosa información que recibí, a petición suya, a través de un conocido mutuo.

»Si, como creo, se demuestra que su material es válido, yo y la Casa Noble estaremos en deuda con usted y con esa persona. El hecho de que él mencionara un precio, razonable si consideramos su valor, no es de su incumbencia. Usted no pidió nada y no recibirá nada. Pero su ofrenda a la memoria de mi hijo y al futuro de Struan es digna de consideración.

»¿Cómo salir de este atolladero?

»La solución, si es posible encontrar alguna, debemos hallarla nosotras dos como enemigas —siempre lo seremos— y como mujeres.

»En primer lugar, le pido que colabore y que permita que el doctor Hoag la examine en el momento oportuno para establecer si está embarazada. Por supuesto, puede consultar al doctor Babcott o a cualquier otro que desee para confirmar el diagnóstico.

»Segundo, esperemos al segundo mes para estar seguras, luego podremos actuar. Entonces el alegato legal estará ultimado y se podrá presentar a los tribunales. No lo digo como una amenaza, me limito a exponer un hecho. Cuando llegue ese momento podremos utilizar, parcialmente, las pruebas de nuestro conocido. Estoy segura de que nada fallará. Como he dicho anteriormente, yo y la Casa Noble le agradecemos que lo convenciera para que viniera a verme.

»Quizá entonces, con la ayuda de Dios, podremos salir de este atolladero.

Tess Struan, Hong Kong, 30 de diciembre de 1862».

Angélique se dividía entre la felicidad y el terror, la victoria y la derrota. ¿Había ganado o había perdido? Tess Struan no prometía nada, pero ¿había alzado una rama de olivo? ¿Alegato legal? ¿Tribunales? ¿Pruebas de los testigos? Palideció al recordar las

palabras de Skye sobre lo fácil que sería para los adversarios describirla como una Jezabel sin un céntimo, hija de un criminal y otras verdades terriblemente retorcidas. ¿Atolladero y solución? ¿No significaba eso que había conseguido por lo menos una victoria parcial?

«¡Edward! ¡Esta noche o mañana Edward me lo dirá! Y Mr. Skye es inteligente; oh Dios mío, espero que lo sepa».

Levantó la vista y vio que Hoag la miraba.

—Oh, perdone, había olvidado…

—¿Qué dice? —preguntó él tranquilamente.

—Pues… bien, nada, salvo que espere hasta… —Las palabras se desvanecieron y su mirada se perdió en la distancia.

—¿Hasta cuándo? —preguntó para recuperar su atención, escondiendo su preocupación.

Pero ella estaba absorta en lo que había leído. Se habían trazado las líneas de la batalla. Su enemiga había hecho el primer movimiento. Ahora podía presentar batalla. A su manera. Las náuseas desaparecieron. Su lugar lo ocupó el fuego. La idea de que Tess hubiera desencadenado todo el embrollo, tan glacialmente, la había encolerizado. Nada de su parte, ni la más mínima preocupación por ella, ni la más diminuta concesión por todo el amor, la agonía y el dolor por la muerte de Malcolm, nada. Nada. Y lo peor de todo era que dijera que la boda no era válida cuando se habían casado legalmente de acuerdo con la ley británica. «¡Estoy segura de ello!».

Volvió a mirar a Hoag temblorosa.

—Dice que quiere esperar, esperar hasta que nosotros, usted y yo, sepamos si estoy embarazada de Malcolm. Quiere asegurarse de ello, eso es lo que quiere.

—¿Y luego?

—No lo dice. Quiere esperar y que yo espere. Hay una vaga… Creo que dice que quizá podríamos hacer las paces, encontrar una solución… —El temblor cesó, porque una decisión lo había apartado, y su voz se hizo sibilante, se llenó de veneno—. Espero que

hagamos las paces, porque… porque soy la viuda de Malcolm Struan y nadie, ningún tribunal, ni la maldita Tess Struan me lo podrán quitar.

Él ocultó su nerviosismo diciendo con prudencia:

—Todos creemos que lo es. Pero tiene que mantener la calma y no preocuparse. Si se hunde, ella gana y usted pierde, sea cual sea la verdad. No es necesario…

Se abrió la puerta.

Ah Soh entró arrastrando los pies y le dio un pequeño sobre, suspiró y salió. La letra de Gornt. Angélique bajó de la montaña de su furia.

Dentro había una tarjeta con las iniciales E. G. El mensaje decía: «Saludos afectuosos. Una visita a Hong Kong muy interesante. ¿Podemos vernos mañana? Su más humilde servidor, Edward Gornt».

Ya se sentía mejor. Fuerte, llena de resolución, esperanza y espíritu de lucha.

—Tiene razón, doctor, pero no me hundiré. Le prometo que no. No me hundiré por Malcolm y por mí, y por usted y Jamie y Mr. Skye. Usted es un buen amigo y ahora ya estoy bien. No hace falta que continuemos hablando de esa mujer. —Le sonrió consciente de que la sonrisa era buena y mala a la vez; más señales de peligro—. Esperaremos, esperaremos y veremos qué nos depara el futuro. No se preocupe, si me encuentro mal lo mandaré llamar inmediatamente. —Se levantó y besó a Hoag en ambas mejillas—. Gracias, querido amigo. ¿Cenará en casa del conde Zergeyev?

—Tal vez, no lo sé. Estoy un poco cansado —dijo y se marchó ocultando una corazonada.

Leyó nuevamente la tarjeta. «Edward es prudente, otra buena señal —pensó—. Si alguien interceptara la carta y la leyera no descubriría nada». «Interesante» era una buena palabra, y «humilde servidor» también era una expresión elegida cuidadosamente. Como las palabras de esa mujer.

¿Qué hacer?

Vestirse para la cena. Reunir a sus aliados. Unirlos a ella. Poner en marcha los planes ideados. Y convertir a Yokohama en su bastión impenetrable contra esa mujer.

—No pienses en que los soldados gai-jin te buscan y olvídate de Akimoto, Hiraga —dijo Katsumata, enojado por el inesperado obstáculo—. Tres somos suficientes. Atacaremos mañana, quemaremos la iglesia y hundiremos el barco. Takeda, tú te ocuparás de la iglesia.

—Con mucho gusto, sensei, pero ¿por qué no seguimos el plan de Ori e incendiamos Yokohama? Hiraga tiene razón, olvide el barco, tiene razón, lo siento —dijo Takeda. Al fin y al cabo, Hiraga era el líder de Choshu y era lo bastante sensato como para pensar en la huida—. No se equivoca cuando dice que sería difícil acercarse a un barco sin ser vistos con este mar y este viento. ¿Por qué no llevamos a la práctica el plan de Ori en su lugar y quemamos todo el nido gai-jin?

Hiraga dijo:

—El plan de Ori requiere tiempo y viento del sur. Estoy de acuerdo en que este plan es mejor, pero tendríamos que esperar.

—No —dijo Katsumata con dureza—, con valentía podemos llevar a cabo ambos a la vez, con valentía. Podemos. ¡Los dos! Con valentía de shishi.

—Con solo tres hombres es imposible —insistió Hiraga— y mañana por la noche es demasiado pronto, decidamos lo que decidamos. Si el plan es incendiar la colonia, necesitamos tres días para colocar las cargas y las mechas. No podemos precipitarnos.

Estaba envuelto en una colcha, desnudo salvo un taparrabos. Las chicas estaban secando su ropa, empapada por el agua del túnel. En el pequeño pabellón hacía frío, el viento soplaba entre los shojis y tenía que esforzarse mucho para no temblar visiblemente. Le costaba concentrarse. Todavía no entendía por qué los soldados lo buscaban. Solo llegar, Katsumata había pedido enojado a Raiko que

enviara espías a la colonia para averiguar lo que había pasado y los tres habían hecho planes para escapar de las Tres Carpas si los soldados entraban en el Yoshiwara.

Observó a Katsumata servir más sake. La ira había tensado sus rasgos ya de por sí duros y parecía aún más peligroso.

—Hiraga, a mi juicio debemos atacar mañana.

—Mi opinión —repuso Hiraga con la misma firmeza— es que actuemos cuando tengamos posibilidades de éxito y no antes. De otro modo, puede que nos atrapen y tengamos que enfrentarnos a la muerte o a una detención. Takeda, ¿tú qué opinas?

—En primer lugar, me gustaría saber cuál sería tu plan. Conoces el objetivo mejor que nadie. ¿Qué harías tú?

Hiraga bebió el té caliente y se arrebujó en la colcha. Fingió que pensaba, agradecido de que Takeda le apoyara.

—En condiciones normales, Akimoto y yo podríamos colocar las cargas en tres días. Ya tengo cuatro preparadas, escondidas en la casa del pueblo —dijo, adornando el relato—. Necesitamos unas seis, ocho sería el número ideal; una en cada uno de los dos edificios de dos pisos, son de madera y yesca y en el último terremoto casi se incendiaron; otra en la casa del jefe de los gai-jin; en la casa de al lado; tres o cuatro en el barrio de los borrachos y una en cada iglesia. En la confusión podremos escapar en barca hasta Yedo.

—¿Cuánto tiempo necesitaríamos? —preguntó Katsumata aún con más rudeza, por lo que los dos hombres se movieron con incomodidad—. ¿Cuántos días, ahora que las condiciones no son normales?

—Te lo podré decir tan pronto como sepa por qué me buscan los soldados —contestó Hiraga escuetamente. Tenía las espadas de Katsumata al lado y las suyas al alcance de la mano. Al llegar había pedido a Raiko las dos espadas que había escondido para él, por si tenían que huir de pronto saltando los muros. Todos estaban de acuerdo en que era demasiado peligroso esconderse en el túnel—. ¿Takeda?

—Propongo que esperemos hasta saber por qué te buscan. Luego podemos ponernos de acuerdo en un plan definitivo, sensei, pero lo mejor sería hacer lo que dice Hiraga.

—Tenemos que atacar mañana. Ese es nuestro plan definitivo.

Hiraga recapacitó y añadió:

—Si pudiéramos hacer ambas cosas, hundir un buque e incendiar la colonia, sería lo mejor —dijo para aplacar a Katsumata—. Si lo planeáramos bien sería posible, pero necesitamos más hombres. Algunos más, sensei —agregó usando el respetuoso tratamiento que hasta ahora había evitado para halagarlo—. En Yedo podríamos encontrar tres hombres. Podría ir Takeda, a él no lo conocen. Los podría traer de vuelta en tres o cuatro días. A mí me buscan y no me puedo mover hasta el ataque. Tú nos guiarás hasta el barco, yo puedo decir a los otros dónde deben colocar las cargas e indicarles adónde deben ir y cómo hacerlo.

—Es un buen plan, sensei —dijo Takeda que apreciaba la posibilidad de huir en barca porque no era persona de ataques suicidas—. Iré a Yedo y encontraré más hombres.

—Te cogerían —dijo Katsumata, los labios convertidos en una fina línea—. Nunca has estado allí y no conoces las calles ni sabrías adónde ir. Te cogerían. —Estaba a punto de explotar de ira, porque no podía atacar en solitario y necesitaba a esos dos hombres, o a otros, y sin consenso no llegarían a ninguna parte. Si alguien tenía que ir, ese era él. La idea no le desagradaba, porque ese lugar no le gustaba; no había suficientes salidas ni suficientes lugares para ocultarse. Solo se sentía seguro en Kioto, Osaka o Yedo, o en su ciudad natal, Kagoshima. «Cómo me gustaría volver a ver mi hogar y a mi familia. Pero tienen que esperar», pensó, y endureció el corazón—. *Sonno-joi* tiene que continuar. Hay que humillar a Yoshi. —Los hombres pusieron las manos sobre las espadas simultáneamente.

André entró en la habitación con una sonrisa forzada.

—Buenas noches Raiko-san —dijo, enojado por su debilidad. Ella lo saludó fríamente y le ofreció una taza de té. Después de beberlo le alcanzó la pequeña bolsa de las monedas—. Aquí tienes otro pago, lo siento, no es todo, pero de momento basta. ¿Querías verme?

—Esperar un poco no importa, Furansu-san, porque somos amigos —dijo con irritación. Notó el peso de la bolsa y, secretamente, se alegró de la cantidad, de momento, y de que hubieran resuelto la primera cuestión importante—. Un poco entre amigos no importa, pero mucho tiempo no me parece bien, eso sí que no.

—Te prometo más para dentro de uno o dos días.

—No me gusta que pagues con tanto retraso.

André vaciló y se quitó el anillo con el sello.

—Toma.

—No lo quiero —dijo Raiko—. Si dejo libre a Hinodeh y le permito que se marche, entonces tú…

—No, por favor, no. Escucha, tengo cierta información.

André se sentía incómodo, a causa del frío recibimiento y de una migraña que le había atacado durante la entrevista con Yoshi y que todavía era muy fuerte. Y también a causa de Angélique. Y porque Tess Struan no iba a bordo del *Prancing Cloud*, puesto que eso habría hecho más fácil llegar a un arreglo y conseguir el dinero que necesitaba. No tenía ningún deseo de ir a Hong Kong, de desafiarla en la guarida de la Casa Noble.

«Angélique es la única posibilidad que te queda», le martilleaba constantemente el cerebro. Seratard había consultado nuevamente a Ketterer, a sir William e incluso a Skye sobre la validez de la boda. Todos estaban convencidos de que superaría la prueba de un proceso. «¿En Hong Kong? No estoy tan seguro», había afirmado despreciativo Ketterer, y los otros, excepto sir William, habían dicho lo mismo con otras palabras. «Allí hay demasiados tunantes, los jueces no son como los de Londres. Son corruptos y tramposos. Algunos taeles de plata… no olviden que Struan es la Casa Noble».

Raiko se acercó más a André.

—¿Información, Furansu-san?

—Sí. —Con Raiko era ahora o nunca, y con Hinodeh—. Especial. Sobre la reunión secreta de Yoshi con los gai-jin.

—*So ka!* —exclamó muy atenta—. Continúa, Furansu-san.

Le contó detalladamente lo que había pasado. Ella se mostró muy interesada y profirió algunas exclamaciones, pero cuando llegó a la parte en que Yoshi exigía la entrega de Hiraga palideció. La ansiedad de André se evaporó, escondió la alegría que sentía y agregó:

—Así que Hiraga es amigo tuyo.

—No, de ningún modo, es cliente de una amiga —dijo ella apresuradamente. La cabeza le hervía al pensar en la información que podría pasar al shoya y al Gyokoyama que haría que estuvieran en deuda con ella; y a Meikin. «¡Ah, Meikin! —pensó de pasada—, cuánto tiempo vivirás todavía. Cuánto lo siento, tú y los tuyos tendréis que pagarlo de un modo u otro. Yoshi dedicó demasiado tiempo a Koiko; por cierto, eso me hace pensar en un problema acuciante. Cómo me desharé de Hiraga, Katsumata y los otros dos. Ya son demasiado peligrosos y…».

Entonces oyó la voz de André.

—Así que Hiraga es cliente de una amiga de la mama-san en el Yoshiwara. ¿Hiraga está ahora con tu amiga?

Volvió a ponerse en guardia.

—No sé dónde está. Supongo que en la colonia como siempre. ¿El señor Yoshi lo quiere? ¿Por qué?

—Porque Hiraga es un shishi. —André utilizó la palabra por primera vez, consciente de su importancia—. También por haber matado al daimio, al daimio Utani. Y por otros asesinatos.

Raiko no dejó que el miedo se reflejara en su rostro.

—Terrible. ¿Shishi has dicho? He oído hablar de ellos. Acerca de esta información, amigo mío, puedo preguntarte por la…

—Hiraga ha desaparecido, Raiko. No está en la colonia. Muchos soldados lo buscan. Ha desaparecido. Lo han buscado por todas

partes. Ha desaparecido.

—¿Se ha esfumado? ¿Soldados? ¿Adónde ha ido?

—A casa de tu amiga. ¿Dónde vive tu amiga?

—Cuánto lo siento. No creo que esté allí —dijo con una sinceridad perfecta, y movió la cabeza para acentuarlo—. Probablemente se lo advirtieron y ha huido a Kanagawa o a algún otro lugar y, lo siento, pero tu pregunta no me parece bien. Tu información es interesante. ¿Tienes más?

André suspiró. Sabía que lo sabía. La tenía a su merced. Durante un tiempo.

—Los samuráis de Yoshi vendrán mañana a buscar a Hiraga —dijo, y ya no tenía miedo, porque con solo una palabra suya las patrullas, japonesas o británicas, harían pedazos las Tres Carpas, aunque antes se ocuparía, por supuesto, de poner a Hinodeh a buen recaudo—. Si los gai-jin no encuentran a Hiraga mañana habrá muchos problemas, Raiko. Para los gai-jin, para el Yoshiwara, para todos. —La manera en que lo dijo la hizo temblar—. Puede que los gai-jin emplacen patrullas del Bakufu aquí, allí, en todas partes. —Lo dejó flotar en el aire.

—¿Y bien? —quiso saber ella. Una perla de sudor se formó sobre el labio superior; lo que se avecinaba la aterrorizaba y había olvidado todo lo demás.

Él dijo dulcemente:

—Si tu amiga esconde a Hiraga algunos días y lo entrega al jefe de los gai-jin en el momento oportuno quizá obtenga mucho dinero, y tú e Hinodeh. —La miraba, por lo que ella procuró ocultar el miedo —. O tu gente podría entregar a Hiraga a Yoshi. Hiraga es un shishi, más valioso que unos pendientes —añadió y la vio estremecerse.

Cuando el corazón dejó de retumbarle y pudo volver a confiar en su voz dibujó la mejor de las sonrisas. Él estaba convencido de que ella sabía que Hiraga estaba ahí, y, por lo tanto, si lo provocaban, la podía poner en una situación sumamente peligrosa, a ella y a las Tres Carpas.

—Preguntaré a mi amiga si lo ha visto o sabe dónde está. Luego podremos hablar —dijo con voz conciliadora. Había decidido que tenía que alejar a todos los shishi de su vida con la mayor rapidez posible. A ser posible esa misma noche—. Me has facilitado una información importantísima y muy valiosa, eres muy inteligente. No dudo de que nos beneficiará. Ah, Furansu-san —añadió para distraerlo—, hemos sabido que esta noche ha llegado una señora gai-jin de Hong Kong. ¿Es la famosa madre del tai-pan?

—¿Qué? No —contestó André ausente—, no, es una mujer que está prometida en matrimonio con un comerciante. ¿Por qué?

—¿Podría ser uno de mis clientes, amigo mío?

—No, creo que lo es de la posada del Exquisito Gozo desde hace un año o más, es Jamie McFay.

—¿Jami-san? —«Habrá que decírselo pronto a Nemi —pensó—. Tendrá que presentarse ante esa señora, inclinarse ante ella y darle la bienvenida, y asegurarle que al compartir su lecho ha cuidado de Jami-san. Es muy importante mantener buenas relaciones entre la nee-go-san (la segunda señora) y la okusan (la esposa), porque esta última es la que paga las facturas; habrá que invitarla a los jardines del Exquisito Gozo. Sería magnífico, de este modo podríamos examinarla de arriba abajo»—. Furansu-sama, corre el rumor de que esta noche los gai-jin han encerrado a un japonés en la cárcel.

—¿Qué? De eso no sé nada. Quizá lo averigüe más tarde. No es importante. Oye, en cuanto a Hinodeh…

Ella lo interrumpió repentinamente.

—Hinodeh me ha preguntado si le concederías el honor de visitarla. Se alegrará mucho de tu presencia. Te respeta extraordinariamente.

André se puso tenso. Ahora que tenía a Raiko en sus manos le pediría, no, le diría que obligara a Hinodeh a no apagar la luz. De pronto tuvo miedo de hacerlo.

—Dime.

—Nada —murmuró—, voy a ver a Hinodeh.

Tan pronto como él se hubo marchado Raiko bebió un poco de coñac para calmar los nervios y luego masticó olorosas hojas de té para hacer desaparecer el olor. Después fue a hablar con los tres shishi y les reveló parte de la información relacionada con el hecho de que Yoshi reclamaba a Hiraga y que sus hombres llegarían al día siguiente.

—Lo siento mucho, pero lo mejor será que os vayáis esta misma noche, es lo más seguro para vosotros —dijo con la voz impregnada de terror—. Katsumata-sama, este cliente me ha jurado que las patrullas del Bakufu y los gai-jin llegarán en cualquier momento y que registrarán todo.

Los tres hombres escucharon en silencio la información sobre los tratos secretos entre Yoshi y los gai-jin. Katsumata estaba más decidido que nunca a enfrentarse a ellos.

—Gracias, nos has prestado un gran servicio, Raiko-san. Tal vez nos vayamos, tal vez tengamos que quedarnos. En cualquier caso, serás bien recompensada.

—Creo que sería mucho mejor que os fuerais…

Katsumata dijo en tono áspero:

—En cualquier caso, serás bien recompensada. Entretanto examinaremos la mejor manera de protegerte.

No quería marcharse pero se inclinó, le dio las gracias y salió a la noche. Cuando estuvo en lugar seguro los maldijo, a él y a André, y al mismo tiempo decidió elegir una mensajera de confianza para que llevara sin demora la información de André a Meikin.

—Encended las lámparas —dijo Katsumata. Al abrir y cerrar la puerta el viento había irrumpido en la habitación y la mayoría se habían apagado. Con la puerta cerrada, casi todas las llamas restantes dejaron de moverse salvo algunas afectadas por una corriente aislada—. Escuchadme —continuó en voz baja para que nadie en el exterior pudiera oírle—, iré a buscar más hombres y regresaré dentro de tres días. Escondeos aquí, es menos peligroso que venir conmigo. Utilizad un nuevo disfraz y ocultaos en el túnel. Si sois listos no os pasará nada.

—Sí, sensei.

—Dentro de tres días destruiremos Yokohama, hundiremos el barco, mataremos a todos los gai-jin que podamos y huiremos. Traeré uniformes del Bakufu. Takeda, ayuda a Hiraga con las bombas incendiarias. Cuando yo regrese tienen que estar preparadas.

—Es mejor que vaya contigo, sensei. Puedo protegerte si te ven o te cierran el paso —dijo Takeda.

—No, quédate con Hiraga. —Katsumata no quería compañía. Cada vez se sentía más incómodo en la cerca del Yoshiwara—. Me iré en cuanto levanten las barreras.

—Es un gran plan. *Sonno-joi* —dijo Hiraga.

Sentía náuseas y estaba exaltado al mismo tiempo. Le horrorizaba la idea de que los hombres de Yoshi o las patrullas del Bakufu llegaran al día siguiente y lo cogieran, ahora que Yoshi lo reclamaba personalmente. Además, el sensei tenía razón, la colonia amurallada y el Yoshiwara cercado eran trampas.

Al mismo tiempo se sintió muy aliviado. Ahora que su final era inevitable, no había ningún motivo para no lanzarse al ataque con entusiasmo.

«Tres días son toda una vida. Sin Katsumata, quién sabe lo que puede suceder. Sea como sea, no me cogerán vivo».

—¡Dios mío, Jamie, mírala! —exclamó Dmitri.

Jamie miró hacia la puerta. Lo mismo hicieron otros veinte invitados dispersos por la sala de recepción de la legación rusa. La conversación se desvaneció y luego se volvió a animar. Angélique entró del brazo de sir William. Llevaba un sencillo vestido negro de manga larga que acentuaba la palidez y el esplendor de su piel y que resaltaba la esbeltez del cuello; el corte era perfecto, la estrecha cintura y la protuberancia de los pechos sugerían luto y magia simultáneamente. Llevaba el cabello recogido, ninguna joya excepto un fino collar de oro y el anillo de boda.

—Es maravillosa.

—Sí —convino Jamie, que notó un gran revuelo y miró alrededor. Maureen le sonreía desde el otro extremo de la habitación, rodeada de otros hombres entre los que estaba Pallidar. Jamie le devolvió la sonrisa y le gustó lo que veía. Todavía estaba asombrado por su llegada y por la valentía que suponía hacer sola un viaje tan largo. «¿Qué demonios haré?».

—Es increíble eso de Hong Kong y del funeral de Malc.

—Tiene razón, Dmitri. Nunca hubiera creído que Tess haría una cosa así. —«Qué piensa hacer ella —se preguntó nuevamente—, y cuál debe de ser el contenido de la carta a Angélique». Todavía no lo podía preguntar y su expresión no traicionaba nada. Su propia carta había sido reveladora.

> «Querido Jamie:
>
> »Mr. Gornt me ha contado con todo detalle que fue usted muy buen amigo de mi hijo. Se lo agradezco de todo corazón. Pero no le perdono que no haya cumplido mis deseos, que no hiciera que prestara mayor atención a sus obligaciones y que no le convenciera de que se alejara de esa mujer o, por lo menos, de que se ocupara menos de ella y regresara aquí. No puedo perdonarle que haya favorecido su imprudencia, sobre todo porque yo ya había señalado claramente que era menor de edad y que aunque de nombre fuera tai-pan no podía ejercer sus poderes hasta tomar posesión de su cargo.
>
> »A través de Mr. Gornt sé que tiene intención de emprender un negocio. Le deseo suerte y le agradezco los muchos años de servicios. En los negocios, Struan nunca le será hostil. Adjunto un cheque por valor de cinco mil guineas. Recuerdos de mi parte a su prometida. Fue un placer conocerla.
>
> Tess Struan».

Pensó en todo ese dinero y sonrió. Hacía posible la creación de su empresa, pequeña, ciertamente, pero le daba el tiempo que necesitaba. Podría arreglar las cosas con el shoya, aunque no estaba seguro de que su empresa pudiera prosperar sin Nakama/Hiraga. Sentía lástima por él. Y en cuanto a Tess, la entendía y la perdonaba, pero no a causa del dinero.

—Dígame, Dmitri.

—Es muy natural que esté satisfecho de sí mismo. Maureen es preciosa.

—¡Oh! Sí, sí lo es.

—¿Y Nemi? —preguntó Dimitri.

La sonrisa de Jamie se desvaneció, volvió a sentirse inquieto y se volvió de espaldas a la puerta.

—Es un problema, Dmitri. Esta noche tenía una cita con ella.

—Dios mío, ¿en Struan?

—No, a Dios gracias, en nuestra… en su casa.

—Es una gran suerte. ¿Irá?

—Sí, ¿por qué no? Cielos, no sé… Cuando Maureen emergió de la oscuridad… No es que no me guste, es que todavía estoy sorprendido.

—Claro, pero es una sorpresa agradable. Es afortunado. Escúcheme, somos viejos amigos y podemos hablar sin rodeos. Si… si decide romper con Nemi, despedirla, darlo por terminado, lo que sea, me gustaría que me avisara. Es muy buena, divertida y habla un poco nuestro idioma.

—De acuerdo, pero… —Las risas de los hombres alrededor de Maureen atrajeron su atención. Después miraron a Angélique—. Imponente, ¿no cree? —dijo Jamie—. Me refiero a Angélique.

Zergeyev arrancó a Maureen del círculo de admiradores entre los que se contaba Marlowe.

—Miss Maureen Ross de Edimburgo, la prometida de Jamie. Mrs. Angélique Struan —presentó.

Al llegar, Angélique había visto inmediatamente a Maureen, la examinó de pies a cabeza y decidió que no representaba ninguna amenaza; también se fijó en Gornt pero lo dejó para más tarde.

—Bienvenida al asentamiento británico más alejado del mundo, Miss Ross —dijo con simpatía, preguntándose cuántos años debía tener y pensando: «Sí, por la noche se la podría confundir fácilmente con esa mujer. El mismo porte majestuoso, la misma mirada directa»—. Jamie es muy afortunado.

—Gracias. —En el momento en que Angélique entró en la habitación Maureen la examinó de arriba abajo, reconoció que era bella y, aunque instintivamente le gustó, decidió que representaba una amenaza. Observó a Jamie y vio que la admiraba abiertamente, como los hombres que tenía a su lado; era imposible pasar por alto el murmullo general de aprobación. Se preparó para la batalla.

—Estoy encantada de conocerla. Lamenté muchísimo la tragedia, lo… todo el mundo lo siente mucho. —Se inclinó sinceramente hacia Angélique y le rozó una mejilla con la suya—. Espero que seamos amigas. —Una sonrisa especial—. Por favor, debemos serlo. Necesito una amiga. No tenga miedo, Jamie me ha contado que son muy buenos amigos.

—No hace falta que me lo pida por favor. ¿Puedo llamarla Maureen? ¿Quisiera llamarme Angélique? —preguntó, también con una sonrisa especial. Captó que le advertía amablemente, sin sacar las garras, que Jamie era propiedad privada y que no debía flirtear con él—. Será muy agradable tener una amiga. ¿Qué le parecería tomar mañana el té conmigo?

—Me encantaría, Angélique. ¡Qué nombre y qué vestido tan preciosos! —Aunque pensaba que era austero pero no apropiado para el luto.

—El suyo también, el color combina maravillosamente bien con el cabello. —Verde plateado, caro, pero inglés, no parisino, y el corte, pasado de moda, pensaba. «No importa. Si intimamos eso se puede mejorar»—. Jamie fue un gran amigo de mi marido y mío cuando

necesitaba uno desesperadamente. Es muy afortunada —dijo sinceramente—. ¿Dónde está su guapo prometido? Ah, ahí está.

Las conversaciones se fueron animando y en todas ellas era inevitable la comparación: menuda y alta, francesa contra una de las nuestras, acento francés encantador, escocesa campechana. Ambas buenas para llevárselas a la cama, Angélique mucho más; ambas deseables y aptas para el matrimonio, Maureen mucho más.

LIV

Sábado, 3 de enero

—El señol está abajo, señolita.

—¿Es Mr. Gornt?

Ah Soh, que estaba ante la puerta del tocador de Angélique, se encogió de hombros. Hizo un gesto con la mano para indicar que se trataba de una persona alta y cerró la puerta de golpe como tenía por costumbre.

Angélique se miró rápidamente al espejo. La emoción contenida era todo el maquillaje que necesitaba. Tenía que cerrar el diario y guardarlo. Una última mirada y salió majestuosamente. Llevaba un vestido negro de seda con muchas enaguas, el cabello recogido con un pulcro pañuelo de gasa, también negro, y el anillo matrimonial con el sello. Bajó las escaleras sin fijarse en los criados ocupados en las tareas matinales.

Entró en el despacho del tai-pan. Gornt estaba junto a la ventana mirando hacia la bahía y Chen esperaba lúgubremente.

—Buenos días, Edward.

Gornt se volvió y sonrió.

—Buenos días.

—¿Pido café o champán?

—Nada, gracias, ya he desayunado. Angélique, puesto que me has confiado tus preocupaciones y secretos, creo que a partir de ahora deberíamos tratarnos de tú, por lo menos cuando estemos solos.

—Como gustes, Edward.

—He venido a hablarte de Hong Kong y espero no molestarte.

—Gracias. Chen, espera fuera.

Cuando se quedaron solos ella dijo suavemente:

—Ahora este es el despacho de Albert. Lo utilizo mientras él está en la oficina de contabilidad con Vargas, así que puede que no dispongamos de mucho tiempo. Cuesta mucho encontrar un lugar para hablar en privado. Sentémonos aquí, Edward. —Se dirigió a la mesa junto a la ventana, que tenía las cortinas descorridas—. Los transeúntes pueden vernos, mejor así; al fin y al cabo tú eras amigo de Malcolm. Por favor, cuéntame, ¿qué pasó?

—¿Me permites decirte que tienes un aspecto estupendo?

—Tú también. —Ya no podía disimular su ansiedad por más tiempo—. Por favor.

—Todo fue muy bien, creo —dijo en voz muy baja—. Tess sería una gran jugadora de póquer, por lo que no estoy del todo seguro, Angélique. En nuestro primer encuentro le hablé de la información sobre Brock como habíamos convenido y le dije varías veces de modos distintos que había ido a visitarla a petición tuya. No…

—¿Fuiste tú el primero de todos los pasajeros del barco en verla?

—Sí, estoy casi seguro de ello porque desembarqué en el bote del práctico con el capitán Strongbow antes de que el *Prancing Cloud* atracara. Le hablé a Tess de los Brock pero no hubo ninguna reacción visible. Me escuchó atentamente, hizo algunas preguntas y dijo: «Por favor, vuelva mañana con las pruebas poco después del alba. Utilice la puerta del callejón, estará abierta. Venga disfrazado, porque los Brock tienen espías por todas partes». Al día siguiente…

—¡Espera! ¿Le hablaste de la muerte de Malcolm y de nuestra boda?

—No, dejé que Strongbow lo hiciera —explicó Gornt—. Empezaré desde el principio. Nos dirigimos a tierra juntos en el bote del práctico y yo mismo sugerí que no habláramos con nadie y que mantuviéramos a Hoag al margen porque es un bocazas. Me ofrecí para apoyar a Strongbow y ayudarle porque yo había sido testigo de parte de la ceremonia. El pobre hombre estaba muerto de miedo,

pero tenía la obligación de comunicárselo. Cuando le dijo que Malcolm había muerto Tess palideció, pero en pocos segundos se serenó (la rapidez con que recuperó la calma fue asombrosa, pero así fue) y le preguntó con voz ecuánime cómo había muerto. Strongbow estaba muy turbado y tartamudeó: «He traído el certificado de defunción, Mrs. Struan, algunos datos y una carta de sir William. Fue debido a causas naturales y ocurrió a bordo del *Prancing Cloud*. Lo encontramos muerto por la mañana, después de la noche de bo…».

»Se levantó como un rayo y chilló: "¿Casó a mi hijo con esa mujer?". A Strongbow casi le dio un infarto y se lo contó todo lo más deprisa que pudo; le habló del *Pearl*, del duelo, le dijo que yo había salvado la vida de Jamie al matar a Norbert, cómo encontraron a Malcolm y que tú estabas conmocionada. Sudaba como un condenado y confieso que yo también. Después del primer acceso de ira Tess se quedó inmóvil, los ojos le ardían como a Medusa. Después Strongbow le entregó unas cartas (pude ver que una era de sir William), murmuró que lo sentía mucho pero que era su deber decírselo y se marchó dando traspiés.

Gornt sacó un pañuelo y se secó la frente. Angélique se sintió débil y mareada por la fuerza de su enemiga. Si Tess podía hacer que Gornt sudara de aquella manera, ¿qué le haría a ella?

—Permaneció inmóvil unos instantes y luego dirigió los ojos hacia mí. Es asombroso lo alta y dura que puede parecer esa mujer. Dura un momento y dulce el siguiente; ahora bien, nunca bajaba la guardia. Tuve que esforzarme mucho para no marcharme enseguida y miré alrededor de mí fingiendo tener miedo de que nos oyeran. Le dije atropelladamente que yo también lo sentía muchísimo, que Malcolm era muy buen amigo mío, que tú también eras amiga de ella y que había ido a verla a petición tuya, porque tenías cierta información que provocaría la quiebra de Tyler y Morgan Brock. Al decir «la quiebra de Tyler» la locura se desvaneció, o por lo menos ese fuego que me infundía tanto pavor. Se sentó sin quitarme los ojos de encima y al cabo de mucho rato dijo: «¿Qué información?».

Yo le contesté que volvería por la mañana, pero ella repitió con una voz cortante como un cuchillo: «¿Qué información?». Expuse lo más esencial… Perdona, Angélique, ¿podría beber algo? Champán no, whisky norteamericano si lo tienes.

Se acercó al aparador y llenó un vaso con whisky para él y uno con agua para ella.

—Al día siguiente le llevé la mitad de las pruebas y se las dejé. Ella…

—Espera, ¿parecía la misma que el día anterior?

—Sí y no. Gracias, ¡mucha salud y felicidad! —Bebió un largo trago y cuando el alcohol le quemó la garganta jadeó—. Gracias. Cuando terminé me miró y yo pensé que había fracasado. Esa mujer da mucho miedo. No me gustaría ser su enemigo.

—¿Lo soy yo? *Mon Dieu*, Edward, dime la verdad.

—Sí, lo eres, pero de momento eso no importa. Déjame continuar. Yo…

—¿Le diste mi carta?

—Ah sí, disculpa, había olvidado mencionarlo. Se la entregué el primer día un momento antes de irme, como habíamos convenido, y destaqué que todo era idea tuya. Le dije que como el trato lo había hecho con Malcolm, el tai-pan, y él había muerto, había decidido que ya no era válido y que me marcharía a Shanghái a esperar al nuevo tai-pan, pero que tú viniste a hablar conmigo y me rogaste que fuera a verla en honor a mi amistad con Malcolm. Le conté que él te había mencionado mi propuesta en secreto, sin entrar en detalles, y que tú estabas segura de que Malcolm habría deseado que pasara la información a su madre lo antes posible y que creías que debía hacerlo y sin demora. Mencioné que al principio yo no quería, pero que tú me lo rogaste y al final me convenciste y que, por lo tanto, estaba allí gracias a ti, y que además me habías pedido que le entregara una carta. Se la di.

—¿La leyó delante de ti?

—No. Eso fue el primer día. Durante nuestro encuentro al día siguiente, al alba, después de que yo le hubiera proporcionado parte

de la información, me hizo muchas preguntas inteligentes y me dijo que volviera tras la puesta de sol y que entrara por la puerta del callejón. Así lo hice. Inmediatamente me echó en cara que el informe estaba incompleto. Le dije que sí, que evidentemente no tenía sentido mostrárselo todo hasta que supiera hasta qué punto estaba dispuesta a comprometerse. ¿Estaba verdaderamente interesada, como Malcolm, en hundir a los Brock? Dijo que sí y me preguntó por qué quería yo provocar su caída.

»Le conté toda la historia de Morgan, la verdad. Era a Morgan a quien quería destruir. Si su padre se hundía con él, tanto mejor. Ni ella ni yo mencionamos ni una sola vez durante nuestros encuentros que eso la convertiría en mi aliada, ni una sola vez. Se limitó a hacerme preguntas. Después de haberle hablado de Morgan, esperaba que dijera algo, que lo sentía mucho o que eso era típico de él; al fin y al cabo, es su hermano, pero nada. No dijo ni una palabra, solo me pidió ciertos detalles de mi trato con Malcolm y le di el contrato. —Apuró el vaso—. Tu contrato.

—Tu contrato —corrigió Angélique con los nervios de punta—. Cuánto la debes de odiar, Edward.

—Te equivocas, no la odio. Creo que tenía los nervios alterados. La muerte de Malcolm la había desgarrado por mucho que intentara ocultarlo y sobreponerse, estoy seguro. Malcolm era el futuro de la Casa Noble y ahora se enfrenta al caos. Su único rayo de esperanza soy yo y mi plan. ¿Me permites? —preguntó alzando el vaso.

—Naturalmente —dijo ella.

—Leyó el contrato cuidadosamente, se levantó y miró fijamente el puerto de Hong Kong; parecía frágil y de acero al mismo tiempo. «¿Cuándo obtendré el resto de las pruebas?» preguntó, y yo le dije que inmediatamente si estaba de acuerdo con el trato. «Estoy de acuerdo», dijo, y se sentó, firmó con su nombre y lo selló delante de su secretaría que actuó como testigo. A continuación, le ordenó que cerrara la puerta con llave y que se marchara. Ella…

—No mencionó mi firma como testigo.

—No, aunque, como tú crees, no hay ninguna duda de que se fijó en ella desde el primer momento. Como decía, permanecí con ella tal vez unas cuatro horas guiándola a través del laberinto de documentos y copias de documentos, aunque en realidad no me necesitaba. Luego los amontonó cuidadosamente y se interesó por el asunto del Tokaidō, por Malcolm, por ti, McFay, Tyrer, sir William, Norbert; por lo que Morgan y Tyler me habían dicho en Shanghái; por mi opinión acerca de ti y de Malcolm, si era él el que te acosaba o eras tú; preguntas y más preguntas. La mente de Tess parecía afilada como la espada de un samurái. Te juro por lo que más quieras que cada vez que se mencionaba el nombre de Morgan o del viejo Brock, cada vez que yo destacaba un punto de los documentos o mencionaba algo que podría contribuir a acabar con su imperio, a Tess se le hacía la boca agua.

Angélique se estremeció.

—¿Crees que hay alguna probabilidad de que haga las paces conmigo?

—Creo que sí. Déjame terminar. Me volvió a preguntar si el contrato que Malcolm había firmado seguía siendo una buena recompensa. Dije que sí. Ella respondió: «Mañana lo sustituiré por un documento con mayor validez, sellado y firmado como el otro. Y ahora la última cuestión, Mr. Gornt. ¿Qué cree que debería darle a esa mujer?». Angélique, le había dicho que tú no querías nada, que solo deseabas comunicarle los deseos y esperanzas de tu esposo y que si resultaban útiles (le había asegurado que tú no sabías nada de su contenido) eso ya sería una recompensa suficiente.

—¿Utilizaste la palabra «esposo»? ¿No hizo ningún comentario?

—Sí, dijo enseguida: «Me he informado de que esa "boda", digan lo que digan ella o sir William, no es válida».

Angélique se mostró ofendida pero Gornt agregó:

—No tan deprisa, querida, ten paciencia. Te cuento lo que ella me dijo. Sé paciente, ya tendremos tiempo suficiente para actuar. Después de ese encuentro quiso que nos viéramos otra vez por la tarde. Para dejar las cosas claras le dije que había visto a los Brock y

les había contado la misma historia acerca de Yokohama, en particular sobre el duelo, y que les había dado una copia de la investigación sobre Norbert. El viejo Tyler se enfureció muchísimo, pero Morgan lo calmó diciendo que el disparo a Jamie McFay por la espalda les habría perjudicado más que la pérdida de un gerente fácilmente reemplazable.

Angélique lo observó mientras ponía en orden sus pensamientos. El corazón le latía con fuerza porque todavía había una infinidad de preguntas sin respuesta.

—¿Actuará? ¿Utilizará la información para actuar?

—Mis pruebas, sí. Oh sí, y rápidamente. Yo me vengaré y tú obtendrás una satisfacción.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Lo estoy, no lo dudes. Me he visto obligado a morderme la lengua durante años, me he doblegado, pero pronto… ¡ya lo verás! Cuando le hablé de mi reunión con los Brock me preguntó muchas cosas sobre ellos, cuál había sido la reacción de Tyler ante la boda y muerte de su hijo, etcétera, y en ningún momento utilizó la palabra «padre». Le dije sinceramente que ambos se burlaron de que se casaran en un barco en contra de sus deseos. Le conté que los dos se alegraron de la muerte de Malcolm y que Morgan había dicho: «Ahora no tienen tai-pan y el día 1 de febrero Tess tendrá que abandonar el Jockey Club», y que Tyler añadió: «Yo seré el tai-pan, Dirk se revolverá en el fango y la Casa Noble y su nombre se olvidarán para siempre».

—¿Se lo dijiste? —A Angélique la cabeza le daba vueltas.

—Sí, porque es lo que dijo Tyler, de verdad. Él es el que la vuelve loca, por eso creí que tenía que explicárselo con todo detalle, y cuando lo hice tembló tanto que los ojos se le salían de las órbitas y pensé que iba a transformarse otra vez en Medusa. Pero no fue así, esta vez no. Esta vez el violento fuego no salió a la superficie. No había desaparecido, oh no, ni mucho menos, pero lo había encerrado en su interior, aunque la sacudiera con fuerza. No está

bien que una mujer esté tan poseída por la ira, pero conociendo a Tyler y a Morgan es comprensible que sea así.

»Cuando se calmó un poco le dije que Tyler al final había aceptado la propuesta de Morgan de que yo volviera aquí como gerente y que habían decidido ponerme a prueba durante un año. Me preguntó por el sueldo. Dijo que era maravilloso, que para todo el mundo seríamos enemigos y en secreto seríamos aliados, y que si Brock & Sons se hundía para siempre, con la ayuda de Dios, Rothwell-Gornt ocuparía su lugar. Eso es prácticamente todo, Angélique, aparte de que Mrs. Struan había decidido enviar a Hoag de vuelta aquí y de que te estaba escribiendo una carta.

Sorbió el whisky y el sabor le pareció más suave.

—No pregunté por su contenido y te defendí diciendo que si mi plan la ayudaba a destruir a Brock te lo tendría que agradecer a ti. ¿Qué decía la carta?

Angélique se la entregó.

—Hay que separar la paja del grano —comentó él, al tiempo que se la devolvía—. Es su primera propuesta y, por mi parte, me mantengo en mis trece: es consciente de que tiene que darte las gracias. Ganarás.

—¿Ganar qué? ¿Que no me acosen legalmente?

—Eso y un estipendio. Tess reconoce que está en deuda contigo.

—Sí, pero no hace más que amenazarme.

—Tenemos algunos triunfos.

—¿Cuáles? —Oyeron voces.

—El tiempo, entre otros. Te invito esta noche a una cena informal, así podremos hablar sin riesgo y…

—En Brock no, y sola tampoco. Tenemos que tener cuidado —dijo apresuradamente—. Por favor, invita a Dmitri y a Marlowe. Debemos tener mucho cuidado, Edward, debemos disimular nuestra amistad si no queremos levantar las sospechas de esa mujer; no hay duda de que se enteraría, porque Albert está totalmente de su parte. Si no podemos hablar esta noche, mañana saldré a pasear a las diez y podremos continuar… —Para evitar el abrazo que veía venir le dio

un beso rápido en la mejilla y le ofreció la mano al tiempo que le daba las gracias efusivamente.

Tan pronto como estuvo sola en la intimidad del tocador dejó vagar sus pensamientos. «¿Qué triunfos? ¿Qué ases? ¿Por qué esa sonrisa extraña? ¿Qué habrá acordado realmente con Tess? ¿Me oculta algo? Su carta demuestra que la convenció de que mi ayuda era importante. ¿Exagero mis sospechas? ¡Si hubiera podido estar presente!».

En el castillo de Yedo Yoshi estaba impaciente e irritado. Era media mañana, estaba en sus aposentos y todavía no sabía nada del reconocimiento que el médico gai-jin había practicado al tairō. El día anterior, después de llegar a Yedo con Babcott y Tyrer, los había instalado en uno de los palacios de los daimios fuera de los muros del castillo que había elegido cuidadosamente. Los criados y los hombres que lo vigilaban eran guardias de su confianza. Invitó inmediatamente a Anjo a someterse al reconocimiento.

El tairō llegó en un palanquín cerrado y poco vistoso, protegido por su propia guardia personal; el intento de asesinato había sido a pocos metros de allí. Este, junto al ataque de los shishi al shōgun Nobusada y varios intentos contra Yoshi, habían aumentado el recelo de los regentes y habían hecho mayores las medidas de seguridad.

Yoshi, seguido por Babcott y Phillip Tyrer, se dirigió al patio para salir al encuentro del palanquín clandestino. Se inclinaron; Yoshi fue el que hizo la mayor reverencia, pero se rio por dentro cuando vio que Anjo necesitaba ayuda para bajar.

—Tairō, te presento al doctor gai-jin Babcott y a su intérprete Firrup Tiara.

Anjo clavó la vista en Babcott.

—Este hombre es alto como un gigante. Tan alto que parece un monstruo. ¿Tendrá el pene en proporción a su altura? —Luego miró a Phillip Tyrer y soltó una carcajada—. Pelo de paja, cara de mono,

ojos azules de cerdo y un nombre japonés. ¿Verdad que es uno de tus apellidos, Yoshi-dono?

—Se pronuncia casi igual —respondió bruscamente Yoshi y luego se dirigió a Tyrer—. Cuando haya terminado el reconocimiento, que estos dos hombres me avisen. —Señaló a Misamoto, el pescador, su espía y falso samurái, y al soldado que le acompañaba constantemente, el samurái cuyas órdenes eran no dejarlo nunca solo con ningún gai-jin—. Anjo-dono, creo que tu salud está en buenas manos.

—Gracias por traerlo. Te mandaré al doctor cuando me plazca. No es necesario que dejes a esos aquí, ni a ninguno de tus hombres.

Eso había ocurrido el día anterior. Se había pasado la noche inquieto y por la mañana se sintió preocupado y esperanzado a la vez. Su habitación estaba cambiada y aún era más austera; se había eliminado todo rastro de Koiko. Había dos guardas detrás de él y dos en la puerta. Irritado, se apartó del escritorio, se acercó a la ventana y se apoyó en el dintel. A lo lejos veía el palacio del daimio y a los hombres del tairō montando guardia. No había ningún otro signo de actividad. Más allá de los tejados de Yedo podía verse el océano y estelas de humo de algunos buques mercantes y un buque de guerra en alta mar que se dirigía a Yokohama.

«No importa. Esté enfermo o no, ahora Anjo me escuchará, finalmente los otros me escucharán y aceptarán mis propuestas. ¿Por qué no? Los gai-jin están rodeados, la flota ya no representa ninguna amenaza, están a punto de matar a Sanjiro y Ogama está satisfecho en Kioto. El shōgun Nobusada será enviado de vuelta a Yedo, donde debe estar, cuando haya explicado el papel que debe desempeñar el chico en el gran plan. Y no solo regresará, sino que regresará solo y dejará atrás a su hostil esposa, la princesa Yazu, para que lo siga al cabo de unos días». No se reuniría nunca con él si Yoshi conseguía lo que se proponía y, por otra parte, no era necesario que los otros supieran su secreto. Solo Ogama.

Ni siquiera hacía falta que Ogama lo supiera todo, solo que había que obligar a la princesa a divorciarse por expreso deseo del

emperador. Ogama se encargaría de quitarla de en medio hasta que la hubieran neutralizado totalmente y para siempre. Al final se alegraría de vivir entre los concursos de poesía, el misticismo y otras ceremonias mundanas de palacio, y de tener otro marido.

«Entretanto, todavía custodio las puertas, aunque los hombres de Ogama controlen a mis hombres que las vigilan. No importa. Pronto seremos sus dueños, y también del Hijo del Cielo. Pero ¿viviré para verlo? Si vivo, está bien; si no, también. Es el karma».

La risa de Koiko le produjo escalofríos. Se sobresaltó y miró a su alrededor. No era ella. Las risas provenían del pasillo, y también se oían voces.

—¡Señor!

—Entra —dijo al reconocer a Abeh.

Abeh entró y dejó a los otros fuera. Los vigilantes bajaron la guardia. Abeh iba acompañado de una criada, una mujer de mediana edad que llevaba una bandeja con té recién preparado. Ambos se arrodillaron e hicieron una reverencia.

—Pon la bandeja en la mesa —ordenó. La criada obedeció sonriente. Abeh se quedó arrodillado cerca de la puerta. Eran las nuevas órdenes: nadie debía acercársele a menos de dos metros sin su permiso—. ¿De qué te reías?

Para su sorpresa ella le contestó alegremente:

—Del gai-jin gigante, señor. Cuando lo vi en el patio creí que veía a un kami, o mejor dicho, a dos; el otro es el de cabello amarillo y los ojos azules de gato siamés. Me han hecho reír. ¡Imaginaos, ojos azules! El té es de esta temporada, como ordenasteis. ¿Queréis comer algo?

—Más tarde —dijo, y la despidió sintiéndose más tranquilo, porque su amable carácter resultaba contagioso—. Abeh, ¿están en el patio? ¿Qué ha sucedido?

—Por favor, disculpadme, señor, no lo sé —contestó Abeh, aún furioso a causa de que el día anterior Anjo los hubiera despedido—. Hace un momento ha venido el capitán de la guardia personal del

tairō y me ha ordenado que los condujera a Kanagawa. ¿Qué debo hacer, señor? Supongo que primero querréis verlos.

—¿Dónde está el tairō Anjo?

—Solo sé que debo conducir a los dos gai-jin a Kanagawa, señor. Le pregunté al capitán cómo había ido el reconocimiento y me contestó con insolencia: «¿Qué reconocimiento?», y se marchó.

—Trae a los gai-jin. —Muy pronto oyó unos pasos pesados y desconocidos. Llamaron a la puerta—. Los gai-jin, señor. —Abeh se hizo a un lado y dejo pasar a Babcott y a Tyrer, se arrodilló y se inclinó. Ellos le hicieron una reverencia de pie; iban sin afeitar y estaban visiblemente cansados. En el acto uno de los guardias de la puerta quiso obligar a Tyrer a arrodillarse y lo derribó. El otro guardia quiso hacer lo mismo con Babcott, pero el médico lo esquivó con una admirable velocidad para un hombre tan enorme, lo agarró por el cuello de la camisa con una mano, lo levantó del suelo y lo lanzó contra la pared de piedra. Sostuvo al hombre inconsciente durante un segundo y luego lo dejó caer al suelo con cuidado.

Babcott dijo despreocupado en medio del silencio:

—*Gomen nasai*, Yoshi-sama, pero estos imbéciles no tendrían que poner las manos sobre los invitados. Phillip, traduzca esto, por favor, y añada que no lo he matado pero que este bruto tan maleducado tendrá dolor de cabeza durante una semana.

Los otros samuráis empezaban a sobreponerse de la sorpresa y se disponían a desenfundar las espadas.

—¡Deteneos! —ordenó Yoshi, furioso con los gai-jin y con los guardias. Se quedaron inmóviles.

Phillip Tyrer se había puesto de pie con dificultad y, sin hacer caso del guardia inerte, dijo titubeante:

—Por favor, disculpe, Yoshi-sama, pero para el doctor-sama y para mí las inclinaciones son una costumbre extraña. De buena educación, ¿verdad? No queríamos hacer ningún daño. El doctor-sama dice: «Por favor, discúlpenos, el hombre no está muerto, solo…». —Buscó la palabra y no la encontró, por lo que señaló la cabeza—. Dolor, una semana.

Yoshi rio y la tensión desapareció de la habitación.

—Lleváoslo. Cuando se despierte traédmelo. —Hizo una señal para que los otros volvieran a sus puestos e invitó a los británicos a sentarse ante él. Tomaron asiento sintiéndose un poco incómodos y Yoshi les preguntó—: ¿Cómo está el tairō? ¿Cómo ha ido el reconocimiento?

Babcott y Phillip respondieron de inmediato con palabras y gestos sencillos como habían acordado, y le explicaron que el reconocimiento había ido bien, que el tairō tenía una hernia y que Babcott podía aliviarle el dolor con un braguero y unas medicinas que tendrían que prepararse en la colonia. El tairō estaba de acuerdo en que regresara al cabo de una semana para traer los resultados de las pruebas. Entretanto, le había recetado unas medicinas que eliminarían casi todo el dolor y le ayudarían a dormir.

Yoshi frunció el ceño.

—Esa hernia, ¿es crónica?

—El doctor-sama dice que…

—Ya sé que el doctor habla a través de usted, Taira —espetó Yoshi, descontento por lo que había oído—, traduzca sus palabras sin ceremonias.

—Sí, señor. Dice que el mal es crónico (era una nueva palabra para él). El tairō Anjo necesita… necesita siempre la medicina para aliviar el dolor, constantemente, lo siento, cada día, y también cada día el vendaje. —Tyrer acompañó esa palabra de gestos que explicaban la posición del braguero y el punto de presión—. El doctor cree que tairō-sama estará bien si se cuida. No debe… no debe usar la espada.

Yoshi frunció el ceño, los resultados no eran alentadores.

—¿Cuánto tiempo…? —Se detuvo e hizo salir a los guardias con un gesto—. Esperad fuera. —Abeh se quedó—. Tú también. —A regañadientes, el capitán cerró la puerta. Yoshi dijo—: La verdad, ¿cuánto tiempo vivirá?

—Eso solo Dios lo sabe.

—¡Dios! ¿Cuánto tiempo cree el doctor que vivirá el tairō?

Babcott vaciló. Había esperado que el tairō le dijera que no contara nada a Yoshi, pero una vez le hubo hablado de la hernia y de la medicina y le hubo administrado la tintura de láudano, que le había quitado el dolor casi inmediatamente, el tairō había emitido una risita y le había animado a difundir «la buena noticia». Ahora bien, la hernia era solo una parte del problema.

El diagnóstico completo, que no había revelado a Anjo ni a Phillip Tyrer porque quería reservarse la opinión hasta haber hecho un análisis de orina, consultar con sir William y hacer un segundo reconocimiento, era que temía que pudiera haber un peligroso deterioro de los intestinos debido a causas desconocidas.

La exploración física solo había durado una hora, la verbal varias. A los cuarenta y seis años Anjo no gozaba de muy buena salud. Tenía caries en la dentadura y, en consecuencia, tendría septicemia más tarde o más temprano. Había reaccionado mal a la exploración del estómago y de otros órganos, tenía constricciones interiores y la próstata dilatada.

El mayor problema para establecer el diagnóstico procedía de su falta de fluidez con el idioma y de la de Phillip, porque el paciente estaba impaciente, todavía no confiaba en él y no había descrito con claridad los síntomas que padecía. Tuvo que hacer muchas preguntas antes de ser capaz de establecer que probablemente sufría alteraciones intestinales y del aparato urinario y que era incapaz de mantener una erección —que era lo que parecía preocuparle más—, aunque Anjo se había encogido de hombros y se había negado a admitir esos síntomas.

—Phillip, dile al señor Yoshi que creo que vivirá los años que normalmente vive un hombre de su edad y en su estado.

Tyrer volvía a tener dolor de cabeza, agravado por su voluntad desesperada de hacer un buen trabajo.

—Vivirá aproximadamente lo mismo que otra persona de su edad.

Yoshi reflexionó sobre ello y comprendió las dificultades que entrañaba examinar ciertas cuestiones en una lengua extranjera con

una interpretación inadecuada. Por tanto, sus preguntas tenían que ser sencillas.

—Pregunte: ¿dos años, tres años, un año? —Observaba a Babcott, no a Tyrer.

—Es difícil decirlo, señor. Dentro de una semana quizá lo sepa mejor.

—¿Pero ahora? La verdad. Uno, dos o tres, ¿qué cree?

Antes de abandonar Kanagawa, Babcott se había dado cuenta de que su función no era solo la de un médico. Sir William le había dicho: «Se lo diré sin rodeos, si resulta que el paciente es Anjo, usted será también un importante representante del Gobierno de Su Majestad, mío, de la colonia, y un maldito espía, así que, George, por favor, no pierda esta maravillosa oportunidad».

Ante todo, él se consideraba a sí mismo médico y creía en la confidencialidad de las relaciones entre el médico y el paciente. Era indudable que Yoshi era enemigo del paciente, un enemigo poderoso, pero en potencia era un poderoso amigo del Gobierno de Su Majestad. A largo plazo, Yoshi era el más importante de los dos. Anjo había decretado el ultimátum para evacuar Yokohama, era el líder del Bakufu y, a menos que Yoshi muriera violentamente, moriría sin duda antes que él. «¿Si te obligaran qué dirías? —se preguntó—. Dentro de un año». En lugar de eso contestó:

—Uno, dos o tres, Yoshi-sama. La verdad, lo siento, no lo sé.

—¿Podrían ser más?

—Lo siento, no es posible decirlo ahora.

—¿Me lo podrá decir la semana próxima?

—Quizá la semana próxima pueda decir que no superará los tres años.

—Tal vez sepa más de lo que dice, ahora o la semana próxima.

Babcott sonrió.

—Phillip, dígale cortésmente que estoy aquí como su invitado. Soy médico, no mago, y no tengo por qué volver la semana próxima ni ninguna otra semana.

—Maldita sea, George —murmuró Tyrer cautelosamente—, no queremos problemas. No sé cómo se dice «mago» y me temo que no podemos permitirnos el lujo de aclarar estos matices. Por el amor de Dios, hable con sencillez.

—¿Qué ha dicho Taira? —preguntó Yoshi bruscamente.

—¡Oh! Señor, es difícil traducir las palabras de mis jefes cuando los significados son múltiples y yo no conozco el término más adecuado, por favor, discúlpeme.

—Debería estudiar más —repuso Yoshi malhumorado, enfurecido por no tener su propio intérprete—. Lo hace bien pero no lo suficiente, ¡debe estudiar más! ¡Es importante que estudie más! ¡Dígame qué ha dicho exactamente!

Tyrer sudaba y respiró profundamente.

—Dice que un médico no es un Dios. Yoshi-sama, no puede decir con exactitud cómo está el tairō. Yoshi lo ha invitado. Si no quiere que el doctor-sama venga a Yedo no vendrá. —Se sintió desfallecer al ver que Yoshi sonreía con tan poca sinceridad como había hecho Babcott, entendió su significado y maldijo el día en que había decidido hacerse intérprete—. Cuánto lo siento.

—*So ka!* —Yoshi consideró el siguiente paso. El doctor le había sido útil a pesar de que le escondía información. Si era así, sospechaba que la realidad no era buena y la idea le satisfizo, al igual que su siguiente pensamiento. Era acerca de una propuesta que Misamoto le había hecho hacía unos meses. Yoshi había emprendido la operación a través de su principal espía, Inejin, con vistas al futuro: una manera de controlar a los bárbaros era a través de sus prostitutas.

Inejin había sido diligente como siempre. Por lo tanto, Yoshi sabía muchas cosas del Yoshiwara de los gai-jin y cuáles eran las tabernas más populares; también tenía información sobre Raiko y la prostituta de aquel joven tan feo y extraño llamado Taira, Fujiko, y sobre la peculiar prostituta del francés. El líder gai-jin, sur Willum, no tenía ninguna prostituta en particular. Serata veía a dos de vez en cuando. Nemi era la consorte del principal comerciante gai-jin, y una

fuente muy importante de información. El doctor no visitaba el Yoshiwara. ¿Por qué? Meikin lo averiguaría…

«Ah sí, Meikin la traidora, no te hemos olvidado».

—Dígale al doctor que espero verle la semana próxima —dijo con voz ecuánime—. Y dele las gracias. ¡Abeh!

Abeh entró en la habitación al instante y se arrodilló.

—Escóltalos hasta Kanagawa. No, llévalos hasta el jefe de los gai-jin en Yokohama y tráeme al renegado de Hiraga.

—Hola Jamie. Es la hora del almuerzo. Ayer por la noche me dijiste que te llamara a la una. —Maureen le sonrió desde la puerta del despacho; iba muy bien vestida y tenía las mejillas arreboladas por el paseo a lo largo de la avenida que arrancaba de Struan—. A la una, me dijiste, para almorzar en ese club tuyo.

—Enseguida me reúno contigo —contestó ausente. Terminó la carta a su banquero de Edimburgo sobre la empresa mixta con el shoya y adjuntó el talón de Tess Struan para que se ingresara en su cuenta. «Tengo que hablar con Nakama-Hiraga tan pronto como lo encuentren —pensaba—. ¿Dónde demonios se habrá metido? Espero que no haya huido como todo el mundo cree»—. Siéntate, Albert se reunirá con nosotros. —Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se fijó en su decepción.

El nuevo despacho estaba en el edificio del *Guardian*, cerca del barrio de los borrachos, en High Street. Era mucho más pequeño que el de Struan, pero tenía una bonita vista a la bahía, muy importante para un comerciante porque desde allí se podían controlar las entradas y salidas de los barcos. No tenía mobiliario salvo un escritorio, tres sillas y media docena de archivadores. Por todos lados había esparcidos montones de libros y cajas, fajos de papel en blanco, plumas y libros mayores que había obtenido prestados hasta que llegara el pedido de Hong Kong. Sobre el escritorio había amontonados más documentos, cartas, pedidos y una lista de personas a las que quería comunicar la apertura de su

nueva empresa. Todo lo tenía que hacer antes de la partida del *Prancing Cloud*.

—¿Has dormido bien?

Selló la carta sin oírla apenas.

—Sí, gracias, ¿y tú? —Y cogió otra del montón.

Las copiaban dos empleados portugueses en el despacho del otro extremo del pasillo, cerca de la imprenta. Los empleados eran gentileza de MacStruan, hasta que pudiera encontrar otros fijos.

—¿En qué piensas? —preguntó Jamie al advertir su mirada.

—Pues pensaba que podríamos almorzar solos, tenemos mucho de qué hablar. Naturalmente, ayer por la noche no tuvimos tiempo, pero fue una fiesta muy divertida, ¿no crees?

—Sí que lo fue. Los bailarines cosacos fueron fantásticos. Ya tendremos tiempo de hablar; lo siento, no creía que fuera tan importante.

—Angélique estaba maravillosa también, como muchos de tus amigos, Marlowe y Settry. —Se rio despreocupada.

Aliviado, bajó la guardia, cogió el sombrero y el abrigo y abrió la puerta.

—Me alegro de que te divirtieras.

—Después de decirme buenas noches volviste a salir.

Se puso en guardia demasiado tarde y no pudo impedir el sonrojo repentino.

—Sí, es verdad.

—Llamé a tu puerta pero no me contestaste. Quería hablar un rato contigo, porque no tenía sueño. Tú me habías dicho que estabas cansado.

—Sí, lo estaba, pero después se me pasó, ¿vamos?

—¿Fuiste al Yoshiwara? —preguntó ella amablemente.

Un escalofrío le subió desde los testículos hasta el corazón y volvió a bajar, y un millar de respuestas se sucedieron unas a otras. La mejor era: «Si quiero ir al Yoshiwara iré, todavía no estamos casados y aunque lo estuviéramos… y ya te dije que no me quería casar, por lo menos no ahora, no ahora que el nuevo negocio tiene

posibilidades de éxito». Abrió la boca para decir todo eso pero por algún motivo la voz le salió ahogada y débil.

—Yo, bueno, sí, es verdad, pero…

—¿Lo pasaste bien?

—Mira, Maureen, hay algunas…

—Conozco el Yoshiwara, chico, y a los hombres —dijo flemática y amablemente—. ¿Lo pasaste bien?

Se detuvo, dejó que lo meciera aquella voz y aquellos modales tan agradables.

—Yo, bien, supongo, pero verás, Maureen…

—Hace demasiado frío para detenerse, Jamie. —Lo cogió del brazo cordialmente, le obligó a continuar andando y prosiguió—: Bien, así que te divertiste. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Y por qué decirme la mentira de que estabas cansado?

—Mira Maureen, siento haberte mentido —dijo sin convicción—, pero, bueno, no sé qué más decirte.

—No te preocupes, esas cosas pasan. —Sonrió.

—¿Así que no estás cabré…?, perdona, ¿no estás enfadada?

—No, chico, esta vez no —repuso con simpatía—, no hasta que hayamos charlado tú y yo.

No detectaba ninguna amenaza en su voz ni en su comportamiento. Maureen todavía lo tenía tiernamente cogido del brazo, pero lo más profundo de su ser le advertía del peligro y le aconsejaba que no abriera la boca.

—¿Charlar? —Oyó que él mismo preguntaba.

—Sí. —Hubo un silencio sepulcral, aunque el viento sacudía los tejados, las ventanas y las campanas de la iglesia; los barcos del puerto hacían sonar la sirena y unos perros ladraban.

«No digas nada», pensó con prudencia.

—¿Sí? ¿A qué te refieres?

Maureen estaba muy atenta, disfrutaba del proceso de aprendizaje y de enseñanza. Esa era la primera de una serie de confrontaciones interminables.

—¿Tenemos que charlar? —Oyó que Jamie preguntaba de nuevo con una voz ahogada que casi le hizo reír.

Ella mantuvo la sonrisa que expresaba que le perdonaba, pero tenía preparado el genio por si lo necesitaba.

—Me enteré de la existencia del Yoshiwara en el barco. —Lanzó el cebo al aire y él mordió el anzuelo.

—¿Te lo dijo Gornt? ¿O Hoag? ¡Qué imbécil!

—No, fue el capitán Strongbow, y el doctor Hoag no es ningún imbécil. Pregunté a Strongbow cómo hacíais para no volveros todos locos sin amigas, si pasaba como en la India o en China. —Rio al pensar lo que le había costado conseguir que hablara abiertamente. Bendijo a su padre por haberle enseñado a beber cuando era necesario—. Me parece muy sensato que tengáis algo como el Yoshiwara.

Jamie iba a decir: «¿de verdad?», pero no dijo nada. El silencio de ella era una tortura para él. Al cabo de un rato Maureen dijo:

—Mañana es domingo.

La cabeza le daba vueltas, no estaba preparado para tanta incongruencia.

—Sí, creo que sí, ¿por qué?

—He pensado que esta tarde podríamos ir a ver al padre Tweet y pedirle que lea las amonestaciones.

Jamie parpadeó.

—¿Qué?

—Sí, las amonestaciones, Jamie. —Se rio—. ¿No te acuerdas de que las amonestaciones deben leerse durante tres domingos consecutivos?

—Sí, pero te dije que te había escrito y…

—Eso fue cuando yo no estaba aquí; ahora ya no estoy en Escocia, estoy aquí y te quiero —dijo, se detuvo y alzó los ojos hacia él. Vio que él era lo que deseaba en la vida y, de repente, perdió el control—. Jamie, querido, estamos comprometidos y creo que tenemos que casarnos porque seré la mejor esposa que un hombre puede tener. Te lo prometo, te lo prometo, y no solo porque estoy

aquí, sino porque te amé desde el primer día y ahora es el momento apropiado para casarnos. Lo sé, si quieres regresaré, regresaré a Escocia y nunca… si quieres que me vaya lo haré, en el próximo barco, aunque te quiero, Jamie. Pero te juro que si quieres que me vaya me iré. —Las lágrimas asomaron a sus ojos y se las secó—. Perdona, es el viento. —Pero no era el viento; la astucia había desaparecido y su estado de ánimo se mostraba abierto y desnudo ante él—. Es que te quiero, Jamie. —McFay la rodeó con los brazos y Maureen enterró la cabeza en su hombro sintiéndose peor que nunca, desesperada por su amor y con las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Cuando la angustia disminuyó, gracias a la ternura de él, oyó que le dedicaba unas palabras afectuosas que se mezclaban con los sonidos del viento y el oleaje; decía que la amaba y quería que fuera feliz, que no se preocupara y que no estuviera triste, pero que esa tarde era demasiado pronto, porque él tenía mucho que hacer para la empresa, que además sería muy difícil de poner en marcha y de mantener.

—No te preocupes por los negocios, Jamie, Mrs. Struan dijo que ella… —Se detuvo horrorizada. No había querido decírselo pero ahora ya era demasiado tarde. Los brazos de él se tensaron y la apartó de sí.

—¿Qué te dijo?

—No importa. Vayamos…

—¿Qué te dijo? ¡Qué! —Tenía la expresión severa y los ojos penetrantes—. ¿Te dijo que me ha enviado dinero?

—No, no —dijo ella—, solo que eras un buen comerciante y que tendrías mucho éxito. Vayamos a comer, me estoy muriendo de ham…

—¿Qué te dijo exactamente?, dímelo.

—Te lo acabo de decir. Vayamos a co…

—Dime lo que te dijo, por el amor de Dios. Dime la verdad, ¡exactamente! Te habló del dinero, ¿no?

—No, no exactamente. —Apartó la vista, enojada consigo misma.

—¡La verdad! —La asió por los hombros—. ¡Ahora!

—De acuerdo. —Respiró hondo y dijo atropelladamente—. Ocurrió lo siguiente, exactamente. Cuando fui a Struan, al edificio de la avenida, a preguntar dónde estabas tú, si en Japón o dónde, me dijeron que esperara y después Mrs. Struan ordenó que me guiaran hasta el amplio despacho desde el que se divisa todo Hong Kong. Ella estaba triste pero a la vez se la veía fuerte, pobre mujer. Espera un momento.

Se secó nuevamente los ojos, sacó un pañuelo y se sonó la nariz, y entonces, sin saber qué hacer con las manos, lo cogió del brazo y su mano encontró el bolsillo del abrigo de él.

—Caminemos, Jamie, caminando se habla mejor. Hace frío. Mrs. Struan me dijo que me sentara y me contó que te había despedido. Le pregunté por qué y me lo explicó. Le contesté que no era justo, que tú no tenías la culpa de que su hijo fuera un diablillo y que estuviera perdidamente enamorado de una inaceptable aventurera llamada Angélique. No sé si es una aventurera, pero ahora que la he visto comprendo que su hijo o cualquier hombre se enamorara de ella, y después de haber conocido a su madre entiendo que estuvieran enfadadas.

Una ráfaga de viento estuvo a punto de hacerles volar los sombreros y se los sujetaron. Después ella continuó.

—Tuvimos una discusión. No te olvides de que eso fue días antes de que nos enterásemos de la muerte de su hijo. Fue una discusión terrible. Las dos nos pusimos de pie enseguida y, lo siento, pero perdí los estribos; te habrías avergonzado de mí, porque pronuncié algunas palabras espantosas más propias de mi padre.

Jamie se detuvo y la miró boquiabierto.

—¿Discutiste con Tess?

—Sí, fue la peor discusión de toda mi vida, peor que con mis hermanas y mi hermano. Su actitud injusta me enfureció y la ira me salió como una avalancha y… —El buen carácter y el sentido del humor de Maureen retornaron y se rio nerviosamente—. Fue una pelea entre verduleras, entre dos pescaderas; las dos dispuestas a

arrancarnos los ojos mutuamente. En cierto momento entró alguien y ella lo mandó a freír espárragos. «¿Y bien, Miss Ross?», preguntó con los labios apretados. Ambas jadeábamos y no nos demostrábamos mucho afecto precisamente. «¿Qué cree que debería hacer?»; «¿Hacer?», chillé yo, «primero dé a Mr. McFay una bonificación, porque se la ha ganado con creces después de todos esos años de servicio, y así podrá iniciar su negocio; y escríbale una nota amable».

—¿Eso le dijiste? ¿A Tess?

—Pues sí. —Percibió su incredulidad y añadió enseguida—: Juro por Dios que es toda la verdad. Lo juro. No te lo quería decir, pero tú insististe y no podía mentirte. Juro por Dios que es la verdad.

—Sí, está bien, continúa.

—Es la pura verdad, querido, y en aquel momento yo tampoco lo acababa de creer. Cuando terminé de hablar, no precisamente con amabilidad, Mrs. Struan se echó a reír y dijo: «De acuerdo, pero nada de notas amables». «Eso no basta», le contesté, y pregunté: «¿Qué indemnización sería justa?». Su sonrisa se desvaneció y contestó: «Mil guineas». Lo escupió como mi padre cuando está encolerizado. «Eso es una miseria», dije, y añadí: «Diez mil guineas». —Maureen se detuvo y lo miró con perspicacia—. Tuve que aceptar cinco mil. ¿Te parece bien? No sabía si era suficiente, ¿lo es?

—¿Que las aceptaste? ¿Que aceptaste las cinco mil guineas?

—Sí, requirió tiempo y más palabrotas, y por la noche pedí perdón a Dios por los tacos que he aprendido de mi padre. Espero que sea justo, Jamie. Además, convino en no serte hostil en los negocios, y en que seríais amigos, algo que a mí me pareció importante. Después de haber aceptado, dijo unas palabras con una sonrisa helada: «Vaya a buscar a su Mr. McFay y salúdelo de mi parte». —Maureen contempló un momento el oleaje para aclarar sus pensamientos. Se encogió de hombros con nerviosismo y luego clavó la vista en él ingenuamente—. Eso es lo que sucedió, pero lo

hice por ti, no por mí ni por nosotros, por ti, y no tenía intención de mencionarlo.

»Antes de que empieces a hablar, déjame terminar. No tenía intención de hablarte de lo que sucedió entre ella y yo, se me ha escapado. Juro por Dios que no quería decírtelo. Por favor créeme, es la pura verdad.

—Te creo, por eso no tienes que preocuparte. Tess me escribió, cumplió su promesa y me mandó el dinero; es más del que he tenido en toda mi vida, suficiente para empezar, y todo gracias a ti.

Asomaron unas lágrimas de remordimiento.

—Gracias a mí no, Jamie. Habías sido víctima de una injusticia y Mrs. Struan estaba en deuda contigo. Yo no quería decírtelo, pero tú insististe. Tienes derecho a estar enfadado, porque no habría tenido que decir «esta tarde». Por favor, perdóname, solo es que… tienes razón, esta tarde es demasiado pronto. Tienes razón y ha sido un error proponértelo. ¿Por qué no esperamos, Jamie? ¿Por qué no esperamos una semana o dos, o un mes?, y así verás si te gusto o no. Por favor.

—Ahora escúchame —dijo Jamie apretándole la mano—. Me gustas mucho y no quiero que te vayas. De acuerdo, esperaremos un poco. No estoy enfadado en absoluto. Te creo y te lo agradezco de todo corazón. Además, no ha sido un error proponérmelo. Pensemos en ello y hablemos del almuerzo, preciosa, tú y yo.

Sin darse cuenta de lo que hacía se puso de puntillas y lo besó para darle las gracias. Volvió a darle la mano y las metieron las dos en el bolsillo de Jamie.

—Eres encantador, Jamie, esa es la verdad, y te quiero y… —Iba a añadir: «Y no tienes que decir nada hasta que estés preparado», pero no lo hizo. Se alejó de aquel precipicio—. Eres encantador.

—Y tú también eres encantadora —dijo, más tranquilo con respecto a ella de lo que lo había estado en años. El dolor y el sentimiento de culpabilidad ya no lo dominaban. «¿Y el matrimonio? —se preguntó sin estremecerse por primera vez—. Un hombre tiene que casarse y tener hijos a su debido tiempo. No soy contrario al

matrimonio, de ningún modo. ¿Cuándo? ¿Cuándo el negocio funcione y dé beneficios? Es fantástica, inteligente, hermosa, de buena familia, paciente y fiel, y me ama. Es increíble que se enfrentara a Tess e hiciera lo que hizo, eso demuestra lo inteligente que es. Podría funcionar. ¿La amo? Me gusta muchísimo…

»Tengo treinta y nueve años y gozo de buena salud. Tendría que casarme, ya tendría que haberlo hecho. Maureen tiene veintiocho y parece más joven, sabe lo que quiere y no hay duda de que es muy perspicaz».

—Phillip, dile otra vez al capitán Abeh que lo siento mucho pero que de momento no encontramos a Hiraga. —Sir William estaba de espaldas a la chimenea en una de las salas de recepción de la legación. Tyrer, Babcott y Abeh acababan de llegar de Yedo. Anochecía—. Lo estamos buscando por todas partes. Phillip, no pongas esa cara de suficiencia, ¿quieres irritarlo?

Abeh estaba enojado y sir William también. Había hecho todo lo que había podido; habían registrado minuciosamente la colonia y ahora los soldados batían de nuevo el barrio de los borrachos y el pueblo. El Yoshiwara era harina de otro costal. Las armas no estaban permitidas y el acceso a las posadas era prácticamente imposible porque implicaba violar la ley, lo que podría provocar un incidente internacional. Si lo hacía, los samuráis de las puertas insistirían en seguir su ejemplo. Cuando se estableció la colonia se convino que mientras no hubiera disturbios se dejaría que el Yoshiwara funcionara a su manera.

—Dice que no puede regresar sin Hiraga y que usted prometió entregarlo hoy.

Sir William se tragó la blasfemia y dijo amablemente en su lugar:

—Por favor, dile que espere. En las dependencias de la guardia. Seguro que encontraremos a Hiraga pronto, si todavía está aquí.

—Dice: «¿Todavía aquí? ¿Si no está aquí, dónde está?».

—Si lo supiera lo iría a buscar para entregárselo al señor Yoshi. Tal vez haya huido a Yedo, a Kanagawa o a alguna otra parte. —Incluso sir William se sorprendió de la ira que mostraba la cara de Abeh, que escupió algunas palabras, dio media vuelta y salió a grandes zancadas.

—¡Qué rudeza!

—Ha dicho que mejor será que encontremos a Hiraga, sir William. —Tyrer se frotó el rostro sin afeitar. Se sentía sucio y tenía muchas ganas de bañarse, de que le hicieran un masaje y de echar una siesta antes de ir a ver a Fujiko. Buena parte de su fatiga se había desvanecido como por arte de magia al enterarse de la buena noticia de que no habían encerrado y encadenado a Hiraga—. Abeh me da lástima, señor. No puede regresar sin Na…, sin Hiraga. Podría costarle la vida.

—Es problema suyo. ¿Tiene alguna idea de dónde puede estar Nakama?

—No, señor, si no está en el pueblo o en el Yoshiwara.

—Podría intentar averiguarlo, y no hace falta que le diga que es vital que lo encontremos. —Sir William alzó la vista hacia Babcott—. Y ahora, otro asunto importante, George; el paciente. ¿Era Anjo?

—Sí.

—Una buena noticia. Phillip, se le ve exhausto, no hace falta que espere, ya hablaremos más tarde. George me lo contará todo. Si Nakama-Hiraga aparece échenle los grillos en el acto. ¡En el acto!

—Sí, señor, gracias señor. Antes de irme, ¿puedo preguntarle por lo que sucedió en Hong Kong? —Solo llegar ambos lo habían preguntado, porque habían visto que el *Prancing Cloud* había regresado, pero sir William había dicho: «Primero Abeh».

—En Hong Kong está todo muy tranquilo, como aquí, a Dios gracias. —Les habló del funeral, les dijo que Hoag había regresado y por qué—. Se supone que el motivo es confidencial, pero es un secreto a voces. Se trata de una espera; Tess espera, según Hoag, y parece que Angélique está de acuerdo en esperar, aunque en realidad no tiene otro remedio. Lo está o no lo está.

Babcott dijo:

—Si no lo está, dentro de pocos días saldrá de dudas, y nosotros también.

—¡Cielos! —murmuró Tyrer—. ¿Qué sucederá cuando se sepa si lo está o no?

Sir William se encogió de hombros.

—Tenemos que esperar. Ahora váyase, Phillip. ¿Whisky o coñac, George? ¿Le importa ponerme ahora al corriente de lo sucedido? ¿No está demasiado cansado?

—No. —Los dos hombres se quedaron solos—. Coñac, por favor. La visita a Yedo fue muy interesante.

—¡Salud! Prosiga.

—¡Salud! Antes de Yedo, ¿tiene algo más que añadir sobre Hong Kong?

Sir William sonrió. Eran viejos amigos y Babcott era diputado.

—Fue todo perfecto. Tess me escribió personalmente para darme las gracias. Se lo puedo decir casi todo ahora; Hoag trajo tres cartas para Angélique y, por cierto, ella no lo sabe. Hoag le dio una enseguida y me dijo que no había habido ninguna reacción visible. Supuso que le pedía que esperara. Tess me confirmó el contenido de esa carta; proponía una tregua hasta que se supiera si Angélique estaba embarazada. Si Angélique tiene la menstruación le dará una carta, si no la tiene esperará al segundo mes para asegurarse y le dará la otra. Hoag me ha jurado que no conoce su contenido y Tess tampoco lo revela en la carta que me escribió.

Bebió un trago de whisky con una expresión de resolución en el rostro.

—Tess ha escrito algo que demuestra lo que piensa, que los abogados de Struan están preparando un alegato para anular judicialmente la «Ridícula Ceremonia» (lo escribe en mayúsculas), tanto si es legal como si no lo es, tanto si está embarazada como si no, y para impugnar cualquier testamento que se encuentre allí o en Japón.

—¡Dios mío! Pobre Angélique, es terrible.

—Estoy completamente de acuerdo con usted. Mi carta en la que pedía paciencia no tuvo ningún efecto. —Sir William se acercó majestuosamente al escritorio y sacó un despacho—. Esto es lo que en realidad quería tratar con usted; es altamente confidencial, por supuesto.

Babcott subió la lámpara de aceite. La luz del día desaparecía rápidamente. El gobernador de Hong Kong había escrito:

> «Querido sir William:
>
> »Gracias por su despacho del día 13. Lo siento, pero de momento no es posible enviarle más tropas porque Londres considera que son más necesarias en otros lugares. El presupuesto impide reclutar nuevas levas en la India o en otras partes; por lo tanto, tendrá que arreglárselas con las que tiene. Sin embargo, le envío temporalmente otra fragata de veinte cañones, un buque de Su Majestad, el *Avenger*. Puede estar seguro de que si los japoneses atacan Yokohama se tomarán represalias en el momento oportuno.
>
> »Londres me ha ordenado que le comunique que debe actuar de inmediato y de acuerdo con nuestros intereses; acepte la indemnización exigida y juzgue a los asesinos (procéselos y ejecútelos), castigue y meta en cintura al miserable tirano responsable de todo, a ese tal Sanjiro de Satsuma. Consideramos que las fuerzas navales y de tierra que tiene actualmente a su disposición son más que suficientes para ocuparse de ese insignificante reyezuelo».

Babcott emitió un pequeño silbido. Finalmente dijo:

—Son una pandilla de imbéciles, no se salva ni uno.

Sir William rio.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero dígame, ¿qué opina?

—¿Actuar de inmediato y de acuerdo con nuestros intereses? ¿Cómo lo entiende usted?

—Es palabrería diplomática para cubrirse las espaldas.

—Tenemos la indemnización, tenemos…

—El dinero se adelantó en nombre de Sanjiro; fue un préstamo, no un pago realizado por los culpables.

—Cierto. Y probablemente ambos asesinos están muertos.

—Sí, por casualidad, aunque no es completamente seguro, y en cualquier caso no han muerto como consecuencia de su crimen.

—Sí, claro. Nosotros… —Babcott lo miró y suspiró—. ¿Que qué pienso yo? Entre nosotros, creo que usted ya ha decidido lanzar un ataque de castigo contra Sanjiro, probablemente en Kagoshima, sobre todo ahora que Yoshi ha expresado tácitamente su consentimiento.

—¿Bastan el despacho y mis respuestas para convencer a Ketterer de lanzar una ofensiva si se autoriza?

—No lo dudo. El despacho la considera imprescindible, por muy estúpida que a mí me parezca y por mucho que yo la desapruebe.

—¿Porque es médico?

—Sí.

—Si alguna vez tiene que asumir el mando, espero que olvide que lo es, George.

—No hace falta que lo diga. Sé dónde me aprieta el zapato. Entretanto, «No os fieis de los príncipes, de los burócratas ni de los generales, dirán que es lo más conveniente mientras hacen derramar tu sangre desde un lugar seguro». —Alzó el vaso—. ¡Por Londres! Dios mío, qué cansado estoy.

—Recuerde que Maquiavelo también dijo: «Garantizar la seguridad del Estado es el principal deber del gobernante», o un tópico parecido. —Cerró un poco los ojos—. Y ahora, Anjo.

Babcott se lo contó todo, incluido el diagnóstico y las expectativas de vida del paciente.

—Seis meses o un año, no más. Los análisis lo confirmarán.

—Muy interesante. —Sir William reflexionó unos instantes. Afuera ya había oscurecido y la flota se preparaba para el turno de noche. Corrió las cortinas para que no pasaran las corrientes de aire, se acercó a la chimenea y atizó el fuego—. Volviendo al otro asunto que nos ocupa, me inclino por una presencia naval inmediata en la costa de Kagoshima y un bombardeo si Sanjiro no satisface nuestros deseos. Eso también redundará en beneficio de Yoshi, Anjo y el consejo de los regentes.

—Si envía la flota allí la colonia quedará completamente desprotegida. ¿Qué me dice de la información sobre los samuráis que nos cercan? Vimos muchos alrededor del Tokaidō.

—Es un riesgo.

Babcott volvió a mirar a sir William y no dijo nada más. La decisión no la tomaba él. Obedecería sin rechistar como todo el mundo e insistiría en formar parte de la expedición. Se levantó.

—Creo que echaré una cabezada antes de la cena, anoche no dormí muy bien. Por cierto, Phillip hizo un trabajo magnífico. Después haré los análisis y le comunicaré el resultado.

A la hora de la cena Angélique llamó al despacho del tai-pan vestida para salir.

—¿Albert?

—¡Pase! Me encanta su sombrero. —Era un elegante sombrero de noche, discreto y acorde con el luto, azul oscuro pero adornado con unas flores plateadas que había sujetado con la cinta.

—Gracias, ¿todavía está trabajando?

—No podía dejarlo para mañana. —Como todo el mundo, se preguntaba qué decía la carta que Tess le había escrito. Por la colonia corrían rumores descabellados, desde que le había mandado abandonar Asia hasta que la acusaba de asesinato. Su expresión no revelaba nada, solo una melancolía que la favorecía.

En la carta que Tess le había escrito a él le aconsejaba que fuera prudente a la hora de comprometerse con la compra de armas y,

llegado el caso, que mantuviera secretos los tratos y que se sirviera de McFay si era necesario.

> «He pedido a McFay que colabore con usted. Por supuesto, lo que más le interesa es impulsar su propio negocio, pero le pido que sea amable con él. Puesto que Mr. Edward Gornt es responsable de Brock en Japón, es un enemigo. Tenga cuidado con él, es más astuto de lo que creemos. Por lo que se refiere a esa otra persona, el doctor Hoag está de acuerdo en ayudarme. Sé que ella todavía ocupa unas habitaciones de nuestra casa que le asignó mi hijo. Le informaré de mi decisión en el momento oportuno».

—¿Dónde cenará? ¿En la legación francesa? —preguntó Albert.

—He aceptado una invitación para cenar con Mr. Gornt. —Angélique percibió que endurecía el semblante—. Fue una invitación de última hora; vendrán amigos mutuos, Dmitri y Marlowe. Me dijo que le pidiera que se uniera a nosotros, que me acompañara. ¿Está ocupado?

—Lo siento, pero no puedo. La acompañaré y la pasaré a recoger con mucho gusto, pero es Brock & Sons, él es el gerente y esto es la Casa Noble.

—Podrían ser amigos sin dejar de hacerse la competencia. Era muy amigo de mi marido, mío y de Jamie.

—Lo siento, pero es problema mío, no suyo. —Volvió a sonreír—. Vamos. —La cogió del brazo sin preocuparse de ponerse el abrigo y salieron al frío del exterior. El viento tiró del sombrero de Angélique pero a ella no le importó; lo había sujetado con una bufanda.

—Buenas tardes, señora. —El guardia de la puerta de Brock se inclinó.

—Buenas tardes. Gracias, Albert, no es preciso que venga a recogerme, ya me acompañará alguien a casa. Váyase, que si no

cogerá un resfriado. —Él se rio y se marchó. En el mismo momento Gornt salió a saludarla.

—Buenas noches, estás preciosa.

Mientras se quitaba el abrigo las preocupaciones volvieron a acosar a Angélique. ¿Qué triunfos? Se oyeron unas carcajadas procedentes de una habitación interior. Reconoció a Marlowe, vio que el guardia se había marchado y como no había criados se quedaron solos un momento.

—Edward —susurró; su inquietud superaba el deseo de prudencia—, ¿por qué estás tan seguro de que todo irá bien?

—Tess me ha invitado otra vez. No te preocupes, está todo controlado. Es mejor que hablemos mañana, cuando salgas a pasear. Esta noche es para hablar despreocupadamente con los amigos, para divertirnos. Es un gran honor que hayas aceptado mi invitación. Soy el gerente gracias a ti. —Gornt la cogió del brazo y dijo en un tono de voz normal—: Bienvenida a Brock & Sons, Angélique. ¿Entramos?

El comedor era tan grande como el de Struan e igual de lujoso. Había criados chinos de librea. Marlowe, Pallidar y Dmitri permanecían de pie junto a la chimenea, esperando que ella hiciera su entrada.

—¿Nos sentamos ahora que nuestra invitada de honor nos deleita con su presencia? —Gornt le asignó una cabecera de la mesa y él se sentó en la otra. La mesa era lo bastante pequeña para ser acogedora y lo bastante grande para resultar impresionante—. ¡Un brindis! —exclamó levantando la copa de champán—. ¡Por la señora! —Bebieron y los ojos de él no se apartaron de ella ni un momento. Su mirada sugería una discreta invitación y ella le sonrió sin decir ni sí ni no.

«Me sobra tiempo», pensó Edward, encantado de ser el anfitrión y muy satisfecho de sí mismo. Había muchas cosas que no había revelado, tal vez la parte más interesante, pero no se la diría.

El último día en Hong Kong Tess Struan lo había mandado llamar en secreto.

—He examinado todos esos documentos, Mr. Gornt. No es completamente seguro que nos permitan hundir a Brock.

—Creo que sí, Mrs. Struan —dijo impresionado de que conociera tan a fondo los negocios—. Estoy plenamente convencido de que tiene todo lo necesario para abrir la caja de Pandora. —Ese era el nombre codificado que habían convenido—. Hay una pieza del rompecabezas que completaría la cuestión y garantizaría el éxito.

—¿De qué se trata?

—Del sello oficial de Norbert. Está en la caja de caudales de Yokohama.

Tess suspiró y se recostó en la butaca labrada. No era necesario que le dijeran que ese sello, acompañado de la fecha, validaba cualquier documento con el membrete de Brock.

No hacía falta decir en voz alta que eso haría que se pudiera escribir cualquier tipo de información incriminatoria antedatada y añadirla secretamente al montón. ¿Quién podría negarla ahora que Greyforth había muerto?

Ambos conocían su valor.

Morgan y Tyler Brock habían especulado enormemente para acaparar el mercado azucarero hawaiano y habían permutado la cosecha de azúcar por algodón del Sur que habían vendido anteriormente a empresarios franceses, aliados históricos de Estados Unidos y no sujetos al bloqueo del Norte en este caso a causa de ciertas ayudas y salvaguardias del Congreso. Su idea era enviarlo después de Francia a Ginebra de forma legal, y también a las fábricas de algodón de Lancashire que estaban muy necesitadas de esa materia prima y la buscaban desesperadamente.

Había un pequeño riesgo. Si el Gobierno de Estados Unidos descubría el destino final —Gran Bretaña era oficialmente neutral, aunque la mayoría de los británicos eran activamente partidarios de los confederados— y este se hacía público, impediría la exportación interceptándola. Era un riesgo menor, porque el nexo francés lo aprobaba. Por primera vez, los documentos de Gornt demostraban que aquel nexo era una empresa propiedad de Brock. La no

interferencia gubernamental era prácticamente segura, porque buena parte del azúcar, también necesitado con desespero, se permutaría por armamento de Estados Unidos que Brock importaría rápidamente a Asia. Los beneficios previstos eran inmensos. La posición de Brock en la entente entre Asia y América adquiriría una importancia capital, quienquiera que ganara la guerra civil. En Asia no tendrían competidor y era imposible que el plan fracasara porque el avalista era el Victoria Bank de Hong Kong.

El banco, el mayor de la colonia, respaldaba la operación, que había sido aprobada por un consejo de doce miembros entre los que se contaba Tyler Brock, con las acciones y la liquidez de Brock & Sons como garantía nominal. Pese a todos los intentos, el Victoria continuaba siendo un coto de Brock. El viejo Tyler había sido uno de sus fundadores en 1843; había elegido a los otros miembros —excluyendo para siempre a cualquier director de Struan del consejo—, se había quedado con un cuarenta por ciento de las acciones y ejercía un control permanente en las votaciones. A la vez que respaldaba a la compañía Brock en los negocios internacionales, el consejo había decidido aplastar a Struan mediante la recuperación de los títulos de deuda que vencían el 30 de enero; los documentos de Gornt también hacían alusión al calendario y a los métodos cuestionables de la adquisición clandestina.

Gornt había señalado con entusiasmo que Brock & Sons era vulnerable por primera vez. El Victoria era la clave de la caja de Pandora, y la clave del banco era el consejo. Había que minarlo y retirar repentinamente el apoyo financiero a Tyler y Morgan en el momento oportuno, y dejarlos sin los fondos necesarios para mantener la maquinaria en funcionamiento. Entretanto, había que enviar rápidamente por clíper a las personas adecuadas de Washington las pruebas de la estratagema revelada por los documentos de Gornt y la información de que el Victoria ya no estaba dispuesto a respaldar el trato, porque eso haría probable interceptarlo. Sin el apoyo del banco no habría azúcar para cambiarlo por algodón o armamento. Ahora bien, había que actuar

de inmediato, antes de que hubiera modificaciones en las votaciones del consejo.

La manera de transformar el consejo era la idea esencial del plan de Gornt.

Los documentos revelaban hechos muy comprometedores sobre los antecedentes de dos miembros del consejo favorables a Tyler Brock; eran tan graves que sus votos irían a cualquiera que estuviera en posesión de ellos. Eran siete contra cinco. También había algunos datos sobre otro hombre algo menos perjudiciales y cuestionables. Un posible seis contra seis.

La idea de Gornt era que Tess debía abordar al presidente en privado, exponerle los hechos, decirle que ya se habían enviado a Washington detalles de la estrategia y proponerle: «Que cierren el grifo para Brock y actúen a favor de usted y de Struan garantizando una moratoria de seis meses para las deudas de la compañía y dos puestos en el consejo. Que asuman el control de Brock y malvendan el activo, solo para cubrir las deudas, dejando que Tyler y Morgan Brock se ahoguen en un azúcar que no pueden pagar. Por último, que el banco convenga en dividir en cuatro partes el cuarenta por ciento de los valores en cartera de Brock; una para el presidente, dos para dos miembros del consejo de su elección, otra para la Casa Noble.

—¿A cambio de qué? ¿Por qué razón el banco se pondría en contra de Tyler? —preguntó Tess.

—¿Por qué le puede interesar el trato al consejo? Porque obtendrán unos beneficios enormes, el presidente y todos; porque en realidad odian a Tyler y le temen, como todo el mundo. A usted no la odian, usted es la Casa Noble y no representa ninguna amenaza para ellos. El odio, no solo el dinero, es el aceite que lubrifica el mundo.

—No estoy de acuerdo, pero dejémoslo. Volvamos a ese famoso sello. ¿Qué propone que hagamos con él? —Sonrió cínicamente—. Si lo consigue.

—Lo que usted quiera.

—Quizá tendría que traerlo aprovechando el *Prancing Cloud*.

—No, lo siento, es demasiado pronto. Lo traeré a su debido tiempo.

—¿Por qué demorarlo? Envíelo, se puede confiar en Strongbow.

—Lo traeré a su debido tiempo. —Recordó que sus ojos, la mayoría de las veces pálidos y aparentemente inocentes, penetraron en él como hierro fundido—. Se lo prometo.

—Dejemos eso aparte por ahora. El precio, Mr. Gornt.

—Me gustaría decírselo a mi regreso, Mrs. Struan.

Tess se rio con buen humor.

—Estaba segura de que me lo diría. Creía que ahora ya me conocía lo suficiente como para no intentar ahogarme ni a mí ni a Struan. Lo podría retrasar hasta el último momento, hasta que yo arremetiera contra Tyler y el banco; entonces Struan correría un gran peligro y yo tendría que aceptar cualquier cifra que usted mencionara.

—Hay cierta parte de verdad en ambos lados. Le he proporcionado las pruebas que necesitaba para aplastar a Tyler Brock y a Morgan a cambio de un futuro trato; he confiado en usted, Mrs. Struan. Un aplazamiento no es mucho pedir, le juro que estaré de vuelta en el momento oportuno. Traeré algo muy importante de Yokohama y el precio será justo.

—No me gusta que se ande con rodeos. En eso me parezco a mi padre. ¡El precio!

—Le aseguro que será un precio que pagará gustosa. Le doy mi palabra de caballero.

Lo miró.

—Le aseguro, Mr. Gornt, que si me engaña me ocuparé de que sea una persona inmensamente desgraciada y de que se le declare *persona non grata* en Asia y en todo el Imperio. Le doy mi palabra como tai-pan de la Casa Noble.

Al recordar cómo le habían vencido las palabras de Tess y el orgullo con que había dicho tai-pan de la Casa Noble, Gornt se quedó helado. De repente se dio cuenta de que esa mujer era

realmente el tai-pan, y de que quienquiera que fuera el próximo en ostentar el título no gozaría en realidad de sus poderes. Fue consciente con temor de que tendría que tratar con ella durante mucho tiempo, de que al querer destruir a Brock quizá había creado un monstruo que también acabaría destruyéndolo.

«¡Santo Cielo, puede hacerme pedazos! ¿Cómo convertirla en mi aliada? ¿Cómo conseguir que lo sea siempre? Tiene que ser mi aliada a cualquier precio».

Las carcajadas de Dmitri y Marlowe lo devolvieron al presente. Su mundo se equilibró nuevamente. Luz de velas, la mesa preparada para la cena, cubertería fina, buenos amigos. En Yokohama no corría ningún peligro; ya había cogido el sello de la caja de caudales y lo había escondido; había escrito una carta, antedatada y sellada, que corroboraba las pruebas contra el miembro del consejo más importante, y otra que revelaba una confabulación del presidente. «Sin ellos el consejo caerá en nuestro poder inmediatamente; tiene que ser así, no se opondrán a su única posibilidad de vengarse de Tyler y Morgan Brock. Y no tengo nada que temer de Tess Struan, la tengo en mis manos como mi futuro está en las suyas.

»Puedo sentirme satisfecho. Heme aquí, con solo veintisiete años, y la cabeza de Morgan prácticamente ya ha rodado. Soy el tai-pan del futuro Rothwell-Gornt, anfitrión de una mesa espléndida y tengo a mi lado criados que aguardan mis órdenes. Y ella, que en un futuro será rica, está aquí con toda su belleza y me ama, aunque procure disimularlo. Será mi prometida sea cual sea el resultado, y el hijo de Malcolm todavía subirá más el precio para Tess, un precio alto y a la vez una ganga que pagará gustosa».

«¡Salud!», brindó en silencio levantando la copa hacia Angélique, hacia sí mismo y hacia los otros dos, convencido de que su futuro era ilimitado.

Los invitados no se fijaron en su brindis privado, tan absortos estaban en su conversación e interesados en atraer la atención de Angélique. Los miró con tranquilidad. Buena parte del tiempo la miró a ella. Después golpeó suavemente la mesa.

—Angélique, caballeros, les ruego su atención. Tenemos sopa de curry angloindia con jerez, pescado al horno con cebolla, aceitunas y *Pouilly Fuissé* helado, sorbete y champán; después asado con patatas y pastel de pollo, y para terminar una sorpresa que pondrá fin a todas las sorpresas.

—¿De qué se trata? —preguntó Marlowe.

—Espere y verá. —Dirigió la mirada hacia Angélique.

Ella esbozó su sonrisa enigmática, la que le excitaba tanto como la Mona Lisa que había visto en el Louvre durante un viaje a París. Nunca la olvidaría.

—Creo que debemos confiar en nuestro anfitrión, capitán —dijo ella suavemente—. ¿No está de acuerdo?

LV

Domingo, 11 de enero

Por la noche Angélique se despertó empapada en sudores fríos, igual que aquella vez en la legación francesa cuando tenía los pequeños frascos de la mama-san en la mesita de noche, uno ya vacío, el otro a punto para cuando empezaran los calambres.

Al darse cuenta de que estaba en la cálida cama de su propia habitación, que el carbón todavía emitía calor y que la lámpara proyectaba sombras sólidas, el terror se disipó, el pulso se hizo más lento y se limitó a esperar los síntomas. Nada. Ni calambres ni dolor de estómago. Esperó, pero no sintió nada. «A Dios gracias —pensó —. Debo de haber soñado que habían empezado». Se relajó en el colchón de plumas mientras contemplaba la chimenea. Estaba semidormida, pero observaba los dibujos del carbón: bellas imágenes de los tejados de París durante el crepúsculo, el escenario estival de la casa de sus sueños en la Provenza y su hijo durmiendo felizmente en sus brazos.

—*Jesús, Marie*, por favor, no permitas que empiece. Por favor.

Cuando estaba a punto de quedarse dormida sintió un calambre.

Otro calambre distinto y otro más. Se desveló completamente. Se frotó el estómago con aprensión para que se le calmara el dolor, pero no desapareció, y se dio cuenta de que era ese dolor tan conocido que le producía sensación de hinchazón.

A continuación, notó la hemorragia que ponía fin a todas sus esperanzas. Rompió a llorar con una tristeza inmensa y enterró la cabeza en la almohada.

—Malcolm, tenía tantas esperanzas, tantas; ahora ya no me queda nada para ofrecerte, no me queda nada de ti. Malcolm, Malcolm, cuánto lo siento, lo siento muchísimo; Dios mío, lo siento muchísimo; hágase tu voluntad.

Se deshizo en un mar de lágrimas, pero al final se quedó dormida.

—¡Señolita, despielte! ¡Señolita, café!

Ah Soh puso la bandeja sobre la mesita de noche con un golpe y Angélique, todavía perdida en la neblina del despertar, aspiró el olor celestial del café recién hecho, un regalo de Seratard. Una de las pocas cosas que Ah Soh era capaz de hacer correctamente era introducirla en el nuevo día con suavidad.

Se incorporó y se desperezó, asombrada y encantada de encontrarse tan bien. Los calambres habían desaparecido, el dolor se mantenía dentro de los niveles habituales; de hecho, era más flojo que habitualmente y no notaba tanto la hinchazón.

Y lo mejor de todo era que la desesperación había desaparecido. «Ha sido un milagro», pensó respetuosamente. Durante todo el último mes había rezado a la Santísima Virgen antes de acostarse, y una noche en que se encontraba exhausta de angustia había percibido, no a través de los oídos, sino en el fondo de su ser: «Hija mía, déjamelo a mí, debo decidirlo yo, no tú». Y la angustia se desvaneció.

Era Ella quien debía decidirlo y eso era lo maravilloso. Angélique aceptaría su veredicto, la voluntad de Dios.

Se arrodilló al lado de la cama, cerró los ojos y dio efusivamente las gracias a la Santísima Virgen. Le dijo que lo sentía muchísimo pero que le agradecía que le hubiera aligerado la carga. Hágase tu voluntad. Luego se volvió a meter entre las mantas para tomar café y prepararse para el mundo exterior. Los domingos solía tomar el café a las nueve, y después tenía el tiempo justo para bañarse y vestirse antes de dirigirse a la iglesia.

—¡La iglesia! ¿Por qué no? Tengo que dar las gracias como es debido, pero no me confesaré.

—Ah Soh, prepárame el baño. —La criada la miraba atónita. De repente Angélique se dio cuenta de que la muchacha debía de haber visto las manchas de sangre en la parte trasera del camisón.

Ah Soh dijo apresuradamente:

—Plepalalé baño —y se dirigió hacia la puerta, pero Angélique llegó antes que ella y le cerró el paso.

—Si se lo dices a alguien te arranco los ojos.

—No complendel, señolita —gruñó Ah Soh petrificada por la terrible expresión de su señora y el veneno de su voz—. No complendel.

—Ya lo creo que sí. *Dew neh loh moh-ah*. —Escupió las palabras en cantonés que había oído pronunciar a Malcolm una vez que se había enfadado con Chen y que lo habían dejado blanco como el papel. No le había dicho lo que significaban pero surtieron el mismo efecto en Ah Soh, cuyas piernas empezaron a temblar.

—Ah Soh, si hablas, tai-tai te… —Angélique hizo un gesto con sus largas uñas a un milímetro de sus ojos—. Tai-tai te hará esto. ¿Comprendido?

—Complendido. Secleto, tai-tai. —Aterrorizada, la mujer masculló algunas palabras en cantonés y se llevó los dedos a los labios—. Ah Soh no hablal. Complendel.

Aunque su corazón todavía latía con fuerza, Angélique controló la rabia, empujó a la mujer hacia la cama y se volvió a meter dentro. Señaló la taza de café.

—*Dew neh loh moh!* Ponme café.

Con humildad y verdadero miedo Ah Soh le sirvió el café, se lo alcanzó y adoptó una actitud dócil.

—No hablal, cama y lopa limpios. ¡Secleto!

—Si hablas… —Angélique acuchilló el aire con las uñas—. ¡El baño!

Ah Soh se escabulló para ir a buscar el agua caliente, pero primero tenía que susurrar las noticias a Chen, que diría: «¿Qué hará

ahora tai-tai Tess?», y se apresuraría a mandar las noticias al ilustre comprador Chen que le había ordenado que le informara sin demora, sin tener en cuenta los gastos.

El café era delicioso. Levantó su estado de ánimo y le quitó la tumefacción. Para Angélique, uno de los mayores placeres era tomar un café con croissants por la mañana temprano acompañada de su amiga Colette en una de las elegantes cafeterías de los Campos Elíseos al tiempo que observaba a los transeúntes.

«Ante todo iré a la iglesia. Fingiré que no ha ocurrido nada. Ah Soh no se atreverá a abrir la boca. ¿A quién se lo digo primero? ¿A Hoag? ¿A André? ¿A Edward? ¿A Mr. Skye?».

Ahora que Angélique sabía a ciencia cierta que no estaba embarazada de Malcolm apartó todos los planes que había considerado para el caso de que estuviera en estado y se concentró en otras ideas.

«¿Arremeter inmediatamente contra esa mujer? No, eso vendría después, Mr. Skye tenía razón. En primer lugar, tengo que averiguar lo que va a hacer y para ello tengo que decírselo a Hoag o a Babcott, y puesto que Hoag fue el que me transmitió su mensaje tendrá que ser él. No será necesario que me manoseen, ninguno de los dos. Se lo puedo decir. ¿Enseguida o más tarde? ¿Vale la pena preguntárselo a André o a Edward? No lo creo.

»El hecho de no tener que cuidarme de un niño simplifica mi vida y aumenta las posibilidades de una nueva boda. Pase lo que pase, debo tener un protector en este mundo como toda mujer, el marido adecuado o cualquier marido.

»No tengo dinero suficiente para regresar a París e instalarme en esta ciudad. Mis perspectivas son muy malas si no consigo llegar a un acuerdo con Struan; no, con la compañía no, con esa mujer. Incluso Edward depende de ella, sobre todo él. Si no se alcanza ningún compromiso y ella no acepta el trato que él le ha propuesto, su interés por el matrimonio se evaporará. Es justo porque el mío desaparecerá con aún mayor rapidez. Está enamorado de mí y yo no

estoy enamorada de él, aunque me gusta mucho; ahora bien, sin una seguridad económica la relación no tiene sentido.

»Cualquiera que sea la idea que se me ocurre siempre termino reflexionando sobre esa mujer», pensó Angélique, contenta con el funcionamiento de su mente que trabajaba con frialdad lógica y no se inquietaba, sino que se dedicaba simplemente a examinar todos los aspectos del problema como debería hacer toda mujer prudente.

«Puedo aguantar un mes o dos, no más, si no doy ningún dinero a André. Los vales se me acabarán pronto, y cualquier día Albert puede recibir órdenes de retirarme el crédito y echarme. Casi puedo leer su malévola mente. No importa, puedo trasladarme a la legación francesa, aunque tampoco me mantendrían durante mucho tiempo.

»¿Sir William? No hay ningún motivo para que haga por mí más de lo que ya ha hecho. André es el único fuera de las garras de Tess que puede ayudarme. Piensa con claridad, Angélique, ¡eso no es verdad! Cuando André vea que el dinero se termina, no quiero ni pensar en lo que podría hacer en la desesperación. Podría vender a Tess ese horrible documento, podría ofrecerle pruebas del pasado. Es un cínico, lo bastante cruel o listo como para haberlas guardado. Aceptaría menos dinero que yo, pero de todos modos es el único capaz de enfrentarse a ella. Edward actuaría en contra de ella, pero solo hasta cierto punto. Nunca arriesgaría Rothwell-Gornt.

»¿Debo pedir a Edward que vaya a Hong Kong enseguida? ¿O a Hoag, que es un amigo, o algo parecido a un amigo, y el que ella me envió? ¿O a André? No, él no, no dormiría ni un segundo solo de pensar que estaba en Hong Kong con esa mujer sin que yo le pudiera vigilar».

La ida a la iglesia constituyó un gran éxito para ella, a pesar de su melancolía. Se vistió de negro como siempre y se puso un velo que le tapaba el sombrero y el rostro. Salió en aquel día de viento con el devocionario en la mano, pasó por delante de la iglesia católica de la avenida y se unió a la muchedumbre que se dirigía a la Santísima

Trinidad. Entró en la iglesia y se sentó un instante en uno de los vacíos bancos traseros, pero enseguida se arrodilló y empezó a orar. Los murmullos de los feligreses se diseminaron por la nave a medio llenar, adquirieron más fuerza y se extendieron por la colonia y el barrio de los borrachos.

Maureen y Jamie estaban detrás de ella y estuvieron a punto de pedirle si se podían poner a su lado, pero Angélique seguía arrodillada y entregada a la oración y no se fijó en ellos, aunque era consciente de su presencia. No envidiaba ni mucho menos el alegre vestido y abrigo verde de Maureen ni el sombrero con una pluma de gasa amarilla que le caía por la espalda. Empujados por la muchedumbre, siguieron hacia delante sin estorbarla, que era lo que Angélique quería. Después de la inicial y fervorosa oración para dar gracias por la fuerza que sentía, que le ayudaría a superar su gran decepción, continuó arrodillada —el cojín era cómodo— y, protegida por el velo, miró alrededor de ella con los ojos muy abiertos para ver lo que ocurría. Era el primer oficio protestante al que asistía.

La actitud no era tan reverente como la de su iglesia, pero estaba atestada y había braseros contra la humedad. Las numerosas ventanas tenían vidrios de vivos colores, pero el altar y los adornos eran muy austeros.

Muchas personas, que estaban encantadas o asombradas de verla, la habrían saludado gustosas y se habrían sentado a su lado, pero no lo hicieron por no interrumpir sus plegarias. Gornt eligió el banco de enfrente. Así pues, la dejaron sola y el servicio empezó.

Algunos se quedaron para la plegaria final. Angélique pidió perdón por haber acudido a esa iglesia, pero estaba convencida de que Dios entendería que era solo una protesta necesaria y temporal contra el padre Leo. Al salir, todos los ojos se volvieron para verla. Luego se unió a los últimos feligreses, asintiendo con la cabeza y diciendo: «Buenos días», en respuesta a los saludos que le dirigían en susurros.

El párroco estaba junto a la puerta saludando a unos y mirando ceñudo a otros. Cuando ella salió expresó su satisfacción.

—Oh, mademoiselle Ang…, oh, madame, que alegría verla, bienvenida a la Santísima Trinidad. Espero verla más a menudo, y si hay algo que quiera saber… ¡Oh! ¿No? Espero que le haya gustado; por favor, vuelva. Ha sido maravilloso tenerla entre nosotros, le damos la bienvenida.

—Gracias, padre —dijo, hizo una pequeña reverencia y enfiló el camino hasta la avenida.

Sir William y Babcott la esperaban, embozados contra el viento tempestuoso como todo el mundo.

—Me alegra verla —dijo sir William sinceramente—, sobre todo aquí. Estamos muy orgullosos de la Santísima Trinidad y le damos nuestra más cordial bienvenida; estamos muy contentos de que haya decidido venir. El párroco no ha estado muy acertado hoy, lo siento, generalmente sus sermones son buenos. ¿Le ha gustado el servicio?

—Es muy diferente, sir William —dijo—. Rezar en la lengua vernácula en lugar de en latín me ha parecido exótico.

—Sí, supongo que sí. ¿Nos permite acompañarla?

—Se lo ruego. —Echaron a andar enérgicamente, intercambiando bromas y preguntas poco comprometedoras.

—¿Podemos almorzar con usted?

—Gracias, pero no, hoy me quedo en casa.

Llegaron rápidamente a la puerta de Struan. Ambos hombres le besaron la mano y ella desapareció dentro de la casa.

—Una mujer encantadora, tiene clase y es muy buena —dijo sir William.

—Sí —repuso Babcott mirando el mar con el ceño fruncido.

Sir William le siguió la mirada. En la bahía no había nada fuera de lo común.

—¿Qué ocurre?

—Ha tenido la menstruación.

—Santo Cielo, ¿le ha practicado un reconocimiento? ¿O ha sido Hoag? ¿Por qué demonios no me lo dijo?

—No la hemos examinado; lo sé y basta.

—¿Cómo lo ha sabi…? —MacStruan y Dmitri pasaron junto a ellos y se detuvo—. Buenos días, buenos días —dijo impaciente, y luego agarró a Babcott por el brazo y tiró de él en dirección a la legación —. ¿Cómo se ha enterado?

—Soy médico, por el amor de Dios. La vi ayer y cuando la he visto hoy sin el velo se me ha ocurrido.

—¡Santo Cielo! ¿Está seguro?

—No, pero apuesto cien guineas a que es cierto.

Sir William frunció el ceño.

—¿Lo sabrá Hoag también solo con mirarla?

—No lo sé.

—En ese caso no se lo diga.

—¿Por qué no?

—Lo mejor será que sea un secreto entre nosotros dos —añadió sir William amablemente—. Dejemos que Angélique juegue con las cartas que le parezcan más convenientes. La partida es suya y de Tess Struan, no nuestra, ya no.

Cuatro samuráis del Bakufu, entre ellos un sargento, cruzaron las puertas del Yoshiwara. Era como cualquier otra patrulla de samuráis pero formada por hombres más rudos y más atentos. Transcurrían las primeras horas de la tarde y, a pesar del tiempo, se veía la tradicional y ociosa procesión de cortesanas y muchachas presumiendo de sus trajes de gala ante los gai-jin sentados en los cafés y casas de té que se reían cada vez que el viento hacía volar las sombrillas decorativas.

De vez en cuando uno de los samuráis se dirigía con paso majestuoso hacia el portero de una posada, el cliente de una casa de té o una camarera de un restaurante que se inclinaban humildemente y decían:

«No señor, no hemos visto al traidor de Hiraga». «Oh no, señor. Gracias, señor». «Inmediatamente, señor. No lo conozco, señor».

Casi todos sabían dónde estaba, pero no lo revelaban porque odiaban a los samuráis del Bakufu y sabían que ninguna recompensa podía compensar la venganza de los shishi. En su mundo los secretos eran moneda común y la sal de la vida que les animaba el día.

La patrulla se movía sin rumbo fijo. Luego el sargento giró sobre sus talones, torció hacia el callejón de las Tres Carpas y martilleó la puerta.

Hiraga estaba atrapado. Generalmente, cuando había patrullas en las inmediaciones, los espías lo alertaban a tiempo para que pudiera huir al escondite subterráneo del túnel donde tenía una cama, velas, cerillas, comida, las espadas y la pistola y los explosivos de Katsumata; pero aquel día, cuando le avisaron, Hiraga vio que los samuráis ya estaban registrando el jardín, por lo que no tenía ninguna posibilidad de alcanzar el pozo.

Presa de pánico, corrió hacia las dependencias de la cocina y tuvo el tiempo justo de ponerse el disfraz que le había dado Katsumata antes de que el sargento pasara por delante del portero inclinado, se quitara las sandalias y se dirigiera rápidamente hacia la terraza de la casa principal.

Sin saber que Hiraga estaba tan cerca, Raiko salió a saludar al sargento, se arrodilló y se inclinó. Por fuera era todo encanto, por dentro se sentía muy angustiada, porque era la tercera vez que registraban la casa.

—Buenas tardes, señor. Cuánto lo siento, pero las chicas están descansando y no pueden atenderles.

—Quiero registrar la casa.

—Por supuesto. Por favor, síganme.

—Vaya a la cocina.

—¿A la cocina? Por favor, síganme. —Les indicó el camino y al ver a Hiraga con la cabeza gacha entre la docena de cocineros y trabajadores las piernas casi le flaquearon.

Hiraga estaba muy sucio. Se había puesto la peluca que Katsumata había llevado en Hodogaya e iba desnudo salvo un

taparrabo pringoso y una camiseta harapienta.

—Ponte un guijarro en la planta del pie —le aconsejó Katsumata —. La forma de andar y la cara te traicionarán; úntate la cara y las axilas de suciedad, lo mejor es estiércol, y finge ser un ayudante de cocina. No actúes, sé uno de ellos. Entretanto fabrica las bombas incendiarias, enseña a Takeda cómo se hacen y prepárate para cuando yo regrese.

El sargento se puso en jarras en silencio y miró alrededor de él muy atentamente. Hizo registrar todos los rincones, los armarios y las despensas, que pusieron al descubierto frascos de raras especias, té, barriles de sake, botellas de licores gai-jin y sacos de los arroces más exquisitos. Gruñó para ocultar la envidia.

—¡Tú! ¡El jefe de la cocina! —Un hombre corpulento levantó la cabeza aterrorizado—. ¡Poneos allí! ¡En fila, todos vosotros! —La prisa por obedecerlo les hizo tropezar unos con otros. Hiraga, desnudo salvo el mugriento taparrabo y la camiseta harapienta, se puso en fila cojeando visiblemente. El samurái examinó a todos los hombres mascullando maldiciones. Al llegar a Hiraga el hedor le hizo arrugar la nariz, pasó al otro hombre, al otro y al siguiente, y descargó la rabia gritándole al último, que se desplomó. Luego el sargento dio unos pasos y se detuvo delante de Hiraga.

—¡Tú! —rugió—. ¡Tú!

Raiko emitió un grito y casi se desvaneció y todo el mundo contuvo la respiración. Hiraga cayó de bruces gimoteando, se apoyó un momento contra la pared y luego se abalanzó sobre los pies del sargento. Pero este empezó a gritar:

—Eres una ignominia para una cocina y tú —se volvió hacia Raiko que se apoyó aterrorizada contra la pared mientras Hiraga trataba de contener la ira— deberías avergonzarte de tener un canalla cubierto de estiércol como este en una cocina para ricos. —Le dio una patada en el cuello y en el hombro con su pie de hierro e Hiraga gritó de dolor; la peluca estuvo a punto de caérsele y la agarró presa de pánico—. Deshazte de él. ¡Si al atardecer este piojoso está

todavía aquí te cerraré la casa por suciedad! ¡Afeitadle la cabeza! —Le dio otra patada y salió.

Nadie se movió hasta al cabo de un rato y con mucha cautela. Las chicas se apresuraron a llevar sales olorosas a Raiko, que salió de la cocina tambaleándose y apoyándose en ellas mientras los trabajadores de la cocina ayudaban a Hiraga a levantarse. Le dolía todo el cuerpo pero no lo demostró. Fue inmediatamente a las dependencias de los criados para lavarse y se frotó y frotó lleno de repugnancia. Solo había tenido tiempo de hundir las manos en el cubo de estiércol más cercano, embadurnarse apresuradamente y correr hacia un lugar junto al fuego.

Cuando se sintió un poco menos sucio se dirigió desnudo hacia la casa para volverse a bañar, esta vez con agua caliente, aunque estaba seguro de que nunca más volvería a sentirse limpio. Raiko lo detuvo en la galería, aún no recuperada plenamente del susto.

—Cuánto lo siento, Hiraga-sama, hemos esquivado el registro, pero hay samuráis en el jardín. Te esperan agua caliente y una chica dentro, pero, sintiéndolo mucho, quizá sería mejor que te fueras, es demasiado peligroso.

—Tengo que esperar a Katsumata, luego me iré. Te ha pagado bien.

—Sí, pero las patru…

—*Baka!* Tú eres la responsable del sistema de alarma. Si cometes otro error tu cabeza rodará.

Entró en el baño, donde la chica se arrodilló y se inclinó tan rápidamente que se dio un golpe en la cabeza.

—*Baka!* —espetó, todavía atemorizado y sintiendo el horrible sabor del miedo. Se sentó en el diminuto taburete para que la chica lo frotara—. ¡Apresúrate!

Al atardecer los habitantes del Yoshiwara de Yedo estaban siempre muy atareados. Era el mayor y más elegante Yoshiwara de todo Japón, un laberinto de callejuelas y plazas agradables en un extremo

de la ciudad que cubría casi cien hectáreas y donde Katsumata y otros shishi o ronin podían esconderse sin peligro.

Para Katsumata el dinero no era ningún problema. Pagó la sopa y los fideos a la camarera y echó a andar tranquilamente hacia la casa de la Glicina. Todavía iba disfrazado de bonzo, aunque llevaba un bigote postizo y vestía con más elegancia.

En el piso superior de la posada, Meikin esperaba en su habitación.

«Me niego a creer que Katsumata haya traicionado a Koiko por un motivo justo —pensó Meikin con el corazón destrozado—. No tenía ninguna necesidad de comprometer a mi tesoro con esa mujer shishi, por muy valiente que fuera. Peor aún, fue *baka* desperdiciar una fuente tan maravillosa de información sobre Yoshi, ¡estúpido, estúpido, estúpido! Pero ya está hecho. Haz caso de tus propias corazonadas, Meikin.

»Koiko era importante para todos, también para Yoshi, que por desgracia ahora está en contra de todos los shishi».

La mama-san se sentó ante el espejo. El reflejo la miró a su vez. El maquillaje, más grueso que de costumbre, ya no disimulaba las arrugas.

«Es verdad que yo eduqué a Koiko, que respondía de ella. ¿Qué más puedo ofrecer como súplica? ¿Qué puedo hacer?».

El reflejo no le respondió.

Llamaron a la puerta.

—Señora, ha llegado Katsumata-sama.

Sintió un vacío en el estómago.

—Voy enseguida.

Meikin bebió un sorbo del coñac gai-jin que le había dado Raiko para calmarse.

Cuando entraba en el salón de huéspedes para recibir a Katsumata sus ojos captaron un destello de la luna que salió de entre una nube enrojecida por la puesta de sol para volver a desaparecer. El rojo se transformó en marrón y luego en dorado,

hasta convertirse en llamas oscuras. Fue como un paso de la vida a la muerte.

—Precioso, *neh?*

—Sí, Katsumata-sama, triste y bello a la vez. Nos han traído té, cuánto siento que tengas que marcharte.

—Regresaré dentro de unos días. ¿Sabes algo más de Raiko? ¿Algo sobre los extranjeros, sobre sus planes?

Meikin le sirvió té e hizo una pausa para admirar el soberbio diseño de las tazas.

—Parece que el señor Yoshi ha celebrado una reunión con el jefe de los gai-jin para hacer amistad con ellos. —Le expuso la información transmitida por Furansu-san que la enviada de Raiko le había susurrado hacía algunas noches, y que no le había revelado hasta entonces—. El doctor gai-jin de Kanagawa ha examinado secretamente al tairō y le ha dado medicinas gai-jin. Sé que ha mejorado.

—*Baka* —repuso asqueado.

—Sí. Hay que detener a ese médico. Según la información de Raiko mañana o pasado mañana irá a ver de nuevo al tairō.

—*So ka?* —Su interés aumentó—. ¿Dónde? ¿En el castillo?

Meikin negó con la cabeza.

—No, eso es lo mejor; fuera de los muros, en el palacio de Zukumura *el Idiota*, como la última vez.

Katsumata hizo una mueca.

—Cuántas posibilidades, Meikin, posibilidades insólitas. Como Utani, *neh?* Muchas tentaciones. El asesinato de Utani todavía resuena en todo Japón. ¿Y Hiraga? ¿Lo han cogido?

—No, el jefe de los gai-jin dejó a Akimoto en libertad y Takeda aún está a salvo. —Lo miró e imaginó lo que debería de estar pensando, luego añadió—: Hay dos cosas más que deberías saber. El señor Yoshi estuvo presente en la reunión del médico y el tairō con muy pocos guardias. Sé que volverá a estar allí. —Meikin vio que los ojos le brillaban en la luz que inundaba la habitación y su violencia contenida le dio miedo.

—Yoshi y Anjo juntos, ¿esos perros fuera de los muros juntos? ¡Qué raro, Meikin! —Katsumata tembló de emoción—. ¿Puedes averiguar cuándo llegará el médico exactamente?

Meikin se inclinó hacia adelante llena de esperanza y susurró:

—Esta noche llegará otro mensajero y entonces lo sabré. Raiko entenderá que podría ser un momento crucial para nosotros, para todos nosotros, porque podríamos dar muchas veces en el blanco.

Era realmente una oportunidad única. Dijo ceñudo:

—No puedo esperar aquí ni volver esta noche. ¿Cuándo será la otra reunión? ¿En qué momento del día?

—Pronto.

Su ceño se acentuó y luego desapareció.

—Meikin, todos los shishi te darán las gracias. Si la reunión es mañana hazme saber la hora enseguida. Me encontrarás en la posada de los Cielos Azules, cerca del puente de Nihonbashi.

Ambos se inclinaron, ambos satisfechos, de momento.

El puente de Nihonbashi era la primera parada del Tokaidō, en las afueras de Yedo, y la posada de los Cielos Azules una de las muchas, tanto para ricos como para pobres, diseminadas por todo el distrito. La noche era negra y fría, el cielo estaba poblado de nubes y todavía faltaban varias horas para la medianoche. La posada estaba en un callejón sucio; era uno de los establecimientos más sencillos, un edificio mediocre y desvencijado de dos pisos con las cocinas, rodeado de casitas y algunos apartamentos de una habitación en el jardín amurallado. Katsumata meditaba en la veranda de uno de ellos vestido con ropa gruesa contra el frío y disfrutando del jardín.

Estaba contento porque creía que sus planes saldrían a la perfección. Dos shishi se unirían a él por la mañana para ir a Yokohama. El sacrificio de esos dos junto con el de Hiraga, Takeda y Akimoto garantizaría el incendio de la colonia y el hundimiento del buque de guerra y, por lo tanto, el bombardeo y la destrucción de Yedo con todas sus consecuencias. En el último momento asumiría la

responsabilidad del incendio de la iglesia, como siempre había pensado hacer, y permitiría que Hiraga dirigiera el grupo de asalto al buque de guerra. Eso le daría solo a él la oportunidad de escapar, no a los otros.

Tocó con los dedos la empuñadura de una larga espada que tenía en el regazo, disfrutando del contacto con el cuero fino e imaginándose a sí mismo como una parte de esos actos de terrorismo que sacarían a *sonno-joi* de la actual apatía en que se había sumido, lo que fortalecería su liderazgo sobre los cuadros shishi formados recientemente que de ahora en adelante dominarían él y Satsuma.

Por muy tentadores que fueran, Yoshi y Anjo no eran tan importantes como Yokohama, por lo que los había dejado para otros shishi. No había suficientes hombres para organizar un ataque frontal, y por esa razón había pensado en una emboscada que, aunque podía tener éxito, lo más seguro era que no lo tuviera; pero, aun así, solo la audacia que demostraría ya sería edificante en sí. Para ello necesitaba saber exactamente la hora en que el médico regresaría. Si Meikin le avisaba de que tendría lugar al día siguiente alertaría a los hombres ya preparados que esperaban en una posada cercana para cumplir esa misión suicida, y él todavía podría contar con sus dos hombres para Yokohama.

«Bastará con lanzar la emboscada cerca del castillo —se dijo a sí mismo, exaltado por la emoción—. Eso y Yokohama consolidarán *sonno-joi* y harán sublime mi futuro. ¡Si tuviera más tiempo para prepararlo!».

Una sombra se movió entre los arbustos y oyó un ruido a sus espaldas que le hizo ponerse de pie en el acto. Empuñó la espada y corrió hacia la puerta secreta oculta entre los matorrales, pero tres hombres vestidos de ninja salieron de entre las sombras con las espadas en alto y le cerraron el paso. Giró sobre sus talones y atacó, pero aparecieron más ninja por todo el jardín; algunos se dirigían hacia él y otros esperaban que él corriera hacia ellos. Se lanzó como una fiera contra los que tenía más cerca, los que le cerraban el paso

por la izquierda, mató a uno y los otros se evaporaron tan deprisa como habían aparecido. Sintió un dolor cegador en los ojos provocado por unos polvos de ácido que le habían arrojado a la cara. Agonizante de dolor, gritó de ira y arremetió ciego contra el enemigo; la cólera por haber caído en una emboscada le transmitió una fuerza inmensa a los brazos y le confirió alas a sus pies.

La espada encontró carne, un hombre chilló, y Katsumata volvió a embestir sin ver nada y a blandir el arma a derecha e izquierda mientras intentaba limpiarse los ojos. Se retorció e intentó abrirse paso a estocadas presa de pánico y arañándose la cara.

La vista se le aclaró por un momento. Vio un camino libre y la verja delante de él. Furioso, dio un salto, pero un golpe seco en la nuca le hizo tambalearse. Desesperado, colocó la espada con la punta hacia arriba para dejarse caer sobre ella, pero otro golpe la hizo volar por los aires a la vez que le rompía el brazo. Chilló y perdió el conocimiento.

El torbellino del foso negro era un tormento interminable. Veía destellos rojos y verdes, no se oía nada salvo un martilleo ensordecedor, el pecho le quemaba, el corazón le latía con fuerza y no podía ver ninguna abertura. Un chorro de agua helada lo empapó y jadeó. Le tiraron más agua sobre la cara. Salió de la oscuridad tosiendo y sintiendo náuseas. El brazo roto le dolía terriblemente y el hueso le sobresalía. Se encontró a sí mismo extendido completamente en el suelo, impotente, con un ninja sujetándole cada muñeca y cada tobillo, aunque se habían quitado la máscara y vio que en realidad no lo eran. Reconoció a Abeh, que estaba inclinado ante él, y después vio a Yoshi cerca, con ropas oscuras pero diferentes de las de los guerreros. Había veinte o treinta más alrededor de él, silenciosos como la noche.

—¡Vaya, Katsumata! Katsumata *el Cuervo*, Katsumata el shishi, el jefe de los shishi —dijo Yoshi con voz amable—. Qué lástima que estés vivo. Dime la verdad, Koiko formaba parte de tu plan, *neh?*

Katsumata intentaba concentrarse desesperadamente y como no contestó de inmediato el samurái que le sujetaba el brazo roto le

retorció el hueso con crueldad y Katsumata gritó. La voluntad de hierro que siempre había presumido de poseer se había evaporado con su libertad.

—Por favor, oh, por favor.

—¿Koiko formaba parte de tu conspiración?

—No era mi conspiración, señor, era de ella y de la mama-san, señor —balbuceó el hombre desesperado. La cabeza le ardía tanto como el brazo y el dolor era insoportable—; no, era su conspiración, de ella y de la mama-san, no mía, señor. No tiene nada que ver conmigo. Fueron ella y la mama-san, yo no, fueron ellas, yo no.

—*So ka?* ¿Y Sumomo, la shishi que se escapó contigo a través del túnel, el túnel de Kioto? ¿Te acuerdas de Sumomo? Hiciste chantaje a Koiko y sin que ella lo supiera ordenaste a Sumomo que me asesinara.

—¿Sumomo, señor? No sé quién es. No tiene nada que ver conmigo, nada. —El hombre que le pisaba el brazo cambió de postura y las palabras se transformaron en un chillido.

Yoshi suspiró; su rostro parecía una máscara. Se dirigió hacia Meikin, que estaba fuera del campo de visión de Katsumata y al lado de Inejin.

—¿Has oído a tu acusador, Meikin?

—Sí, señor. —Avanzó débilmente y habló con voz muy débil y temblorosa—. Es un mentiroso. No hemos sido nunca parte de ninguna conspiración contra vos. Es un mentiroso. Nosotras somos inocentes. —Bajó la vista hacia Katsumata, odiándolo, contenta de haberlo traicionado y de haberse vengado. Se comportaba como un cobarde y el hecho de que lo hubieran cogido vivo era mejor que lo que había esperado.

—¡Mentiroso! —Silbó y se echó hacia atrás cuando Katsumata intentó acercársele impotente hasta que otro de los hombres le dio un golpe que le hizo perder el conocimiento. Se quedó en el suelo gimiendo espasmódicamente sin que nadie sintiera compasión de él.

A Meikin la cabeza le martilleaba y tenía muy mal sabor de boca.

—Señor, cuánto lo siento, es verdad que lo conozco, igual que mi tesoro, pero solo como cliente. Era un viejo cliente y yo no sabía quién era o qué hacía este… —Vaciló, buscando una palabra acorde con su odio— qué hacía este granuja en realidad.

—Te creo, Meikin. Bien, por fin sabemos la verdad. Puesto que es un mentiroso, es todo tuyo como acordamos.

—Gracias, señor.

—Obedecedla —ordenó a Abeh—, y luego llevadla afuera.

Yoshi se marchó. Todos los hombres lo siguieron, formando un escudo de protección, excepto Abeh y los que sujetaban al hombre tendido en el suelo que había recobrado el conocimiento y gemía. Meikin esperó, saboreando el momento para ella, Koiko y todo el Mundo Flotante. La venganza pocas veces se hacía realidad.

—Desnudadlo, por favor —dijo con mucha calma. La obedecieron. Se arrodilló y enseñó el cuchillo a Katsumata. Era pequeño pero bastaba para su propósito—. Traidor, en el infierno, si es que lo hay, no fornicarás.

Cuando finalmente perdió el conocimiento y los chillidos cesaron lo mató como a un cerdo.

—Eso es lo que eres —murmuró, limpio el cuchillo y lo guardó en el obi. Tenía las manos y las mangas llenas de sangre.

—Dámelo, por favor —dijo Abeh asqueado por la venganza.

Ella le dio el cuchillo silenciosamente y se dirigió al patio escoltada por los hombres. Yoshi la esperaba. Meikin se arrodilló sobre la suciedad.

—Gracias, señor. Creo que antes de morir se ha arrepentido de haberos traicionado, de habernos traicionado. Gracias.

—¿Y tú, Meikin?

—Yo nunca os he traicionado. Os he dicho la verdad. Os he dicho todo lo que sé y os he entregado al traidor.

—¿Y bien?

Lo miró directamente a los ojos sin miedo, aunque había pocas miradas tan implacables como la de Yoshi. Sin embargo, prefirió considerarlo solo un hombre, uno de los miles de clientes o

funcionarios con los que había tenido que tratar a cambio de dinero o favores, para ella misma o para la casa.

—Es hora de seguir adelante, señor. —Se metió la mano en la manga y sacó un pequeño frasco—. Puedo hacerlo aquí si lo deseáis. Mi poema de la muerte está escrito; en el Gyokoyama está la casa de la Glicina, pero yo soy del Mundo Flotante —añadió con orgullo—. No es correcto partir sucia, con manchas de sangre por todo el cuerpo. Quisiera irme limpia. Me gustaría volver a mi casa. Concededme un deseo antes de morir, señor: un baño y ropa limpia, por favor.

LVI

YOKOHAMA

Martes, 13 de enero

Angélique se hallaba entre los jinetes que entrenaban a los caballos a primera hora de la mañana en el hipódromo de Yokohama y galopaba en solitario sin fijarse en nadie. Había mucha gente en la pista y todos los jinetes la observaban. Aquella mañana se había apostado mucho dinero por ella. Ya debía haber tenido el período, por lo menos hacía un día.

—Edward, ¿lo está o no lo está? —preguntó Pallidar que cabalgaba junto a Gornt en el otro extremo de la pista—. ¿Le habrá venido?

—Sí, según las cuentas tendría que ser uno de estos días. —Gornt la observó y pensó en lo que debía hacer. Angélique montaba un caballo negro que Malcolm le había regalado y llevaba un traje de montar negro muy ajustado y botas y sombrero también negros con medio velo—. Su modisto es bueno, nunca le había visto ese traje.

—Sí, y también monta bien —repuso Pallidar con sequedad.

Ambos rieron.

—Su manera de montar es de ensueño, eso es indudable, es toda una belleza del sur.

—Con franqueza, ¿qué cree? Quiero decir que corren todo tipo de rumores sobre las fechas. Ninguno de nosotros sabe mucho de esas cosas, de los intervalos y todo eso. ¿Ha apostado algún dinero?

«Tanto que no lo creería», pensó Gornt.

—Ayer se lo pregunté a Hoag claramente.

—Dios mío, ¿así, sin más? Yo nunca me habría atrevido —Pallidar se le acercó. Montaba un caballo gris castrado algo más grande que el de Gornt—. ¿Qué le dijo?

—Dijo que no sabe más que nosotros. Ya sabe como es, así que le creí. —Gornt echaba de menos la compañía de Angélique y ocultó su impaciencia. Habían convenido en evitarse hasta que ella estuviera segura de que no estaba embarazada. Hasta entonces no podría hacer nada, o hasta el segundo mes—. Le tocaba el once o el doce, aunque dijo que se le podría retrasar, pero no muchos días. Si no, es que está embarazada.

—¡Válgame Dios! Será duro para ella si lo está, sobre todo si uno piensa en Tess y en todos los problemas. Aunque quizá sea peor que no lo esté. No sé lo que es peor. —Sonaron unas cornetas en el peñasco situado más arriba de la pista, donde estaba situado el campamento que albergaba a unos mil soldados y Pallidar murmuró —: Maldita sea.

—¿Qué?

—Han tocado que regresemos a la base. El general debe de tener resaca y querrá reñir a todo el mundo.

—¿Irá con sir William mañana?

—¿A la conferencia con Yoshi en Kanagawa? Supongo que sí. Soy el chico para todo. Mejor será que me vaya. ¿Quiere cenar en el comedor de los oficiales?

—Gracias, me gustaría.

Angélique refrenó el caballo y cabalgó hacia Hoag.

—Buenos días, *monsieur le docteur*, ¿cómo está?

—Hola, se la ve muy bien.

—Pues no lo estoy —dijo—, pero gracias de todos modos. — Dudó un instante y luego añadió sin darle importancia—: Estos días del mes una mujer nunca se siente bien.

Asombrado, Hoag tiró de las riendas de repente y la yegua se detuvo, relinchó y sacudió la cabeza, asustando a la montura de

Angélique. Tardaron unos instantes en volver a controlar los caballos.

—Perdone —dijo Hoag bruscamente—, esperaba lo contrario. —El aplomo con que lo había dicho era tan perturbador que él casi había preguntado: ¿Está segura? «Debo de estar haciéndome viejo», pensó, irritado por no haber visto algo tan obvio, pues lo era ahora que la miraba—. Bueno, por lo menos lo sabe.

—Estoy muy decepcionada por Malcolm, pero en cierto modo ya me he hecho a la idea. Evidentemente, he llorado mucho, pero ahora… —Su inocencia hizo que a él le entraran deseos de consolarla.

—Es comprensible, Angélique. Pero es mejor así. Ya se lo dije, mientras pueda llorar lo irá superando todo. ¿Me permite preguntarle desde que día lo sabe?

Más toques de corneta llegaron desde el peñasco.

—¿Qué pasa? He visto que Settry y otros oficiales se han marchado a toda prisa.

—Esos toques de corneta solo llaman a los oficiales, cuestión de rutina, nada de qué preocuparse. —Hoag miró alrededor de él para cerciorarse de que no había nadie—. Gracias por decírmelo —se rio con nerviosismo—, aunque lo haya hecho con un poco de brusquedad. Podríamos hablar mientras cabalgamos.

—Por supuesto —aceptó, pues sabía muy bien por qué se lo había dicho. Quería que empezara la batalla—. Lo sé desde el domingo.

—No sé si es afortunada o desafortunada.

—Ninguna de las dos cosas —dijo ella—. Ha sido la voluntad del Señor y lo acepto. Lo siento por Malcolm, no por mí. Es la voluntad de Dios. ¿Qué hará ahora? ¿Decírselo a ella?

—Sí, pero primero tengo que darle una carta.

Esta vez fue ella la asombrada.

—¿Tenía una carta en su poder todo este tiempo y no me la había dado?

—Me pidió que se la diera si no estaba embarazada.

—¡Oh! —Pensó en ello y se sintió algo mareada—. ¿Y si lo hubiera estado?

—Es una pregunta hipotética, ¿no le parece? —repuso amablemente. «Esta jovencita todavía tendrá que enfrentarse a muchos problemas, a muchos».

—Quiero saberlo.

—Me pidió que le entregara esa carta si tenía la menstruación, Angélique. ¿Quiere volver a casa? Se la llevaré a su habitación.

—Gracias, pero esperaré en el exterior del edificio Struan mientras va a recogerla. —Puso el caballo al trote y completó el circuito sin fijarse en nadie, aunque todo el mundo la miraba. Dio media vuelta y se enfiló de nuevo a la pista para ahuyentar el miedo. Espoleó al caballo y este se puso inmediatamente al galope.

Ante sí tenía las agujas de las dos iglesias y la valla. El Yoshiwara estaba protegido por sus propios muros, el puente y la caseta de la guardia. Momentáneamente, su mente retrocedió en el tiempo y fue como si de nuevo galopara hacia ellos presa de pánico. Había dejado el maldito Tokaidō detrás, el sombrero había volado, la ropa estaba desgarrada y tenía muchísimo miedo. Al refrenar el caballo la visión se evaporó y todo le pareció muy lejano. Pero otro miedo, aunque distinto, palpitaba en su interior; la suerte estaba echada.

La carta de Tess rezaba:

> «Estoy segura de que convendrá conmigo en que no hay ninguna necesidad de que intercambiemos fórmulas de cortesía.
>
> »Me alegra que no esté embarazada de mi hijo. Eso simplifica el futuro y lo hace menos confuso. No acepto ni reconozco la "boda", ni que tenga derecho a presentar algún tipo de demanda; al contrario.
>
> »Cuando lea estas líneas la Casa Noble habrá iniciado una nueva era o estará próxima a la quiebra. Si

se trata de lo primero será en parte gracias a la persona que usted me envió.

»En consecuencia, estoy dispuesta a ingresar en el Banco de Inglaterra un capital que le proporcione dos mil guineas anuales si usted se compromete a hacer una declaración jurada dentro de los treinta próximos días a partir de la fecha de hoy (fecha en que ha tenido la menstruación) bajo las siguientes condiciones:

»Primera, que renuncie para siempre a cualquier reclamación que usted y sus representantes pudieran presentar exigiendo bienes inexistentes de mi hijo. Se dará cuenta de que como menor de edad y sin haber sido nombrado tai-pan oficialmente no podía dejar ninguna herencia en testamento.

»Segunda, que renuncie completamente a utilizar el nombre de "Señora de Malcolm Struan" o cualquier otra versión. (Siendo como es católica, supongo que reconoce que su boda no tiene validez legal, porque no se hizo de acuerdo con su fe ni su Iglesia. De todos modos, yo no reconozco la validez de la ceremonia bajo ningún concepto).

»Tercera, que no vuelva a poner los pies en Hong Kong si no es para hacer una escala, que no intente reunirse conmigo ni escribirme, ni establecer contacto conmigo ni con mis descendientes en el futuro.

»Cuarta, que la declaración jurada realizada ante el testimonio de sir William Aylesbury, el ministro de Su Majestad en Japón, me sea entregada en Hong Kong de la mano del doctor Hoag alrededor del 14 de febrero, transcurridos algo más de treinta días a partir de la fecha de hoy (el día en que ha tenido la menstruación).

»Por último, si se casa dentro de este mismo año el capital aumentará para incrementar su renta anual

hasta tres mil guineas durante los primeros diez años. A su muerte el capital volverá a mí o a mis herederos.

»Abandone, por favor, las dependencias de Struan en las tres semanas siguientes a partir de la lectura de la carta. He dado instrucciones a Mr. Albert MacStruan a tal efecto y también en el sentido de que a partir de hoy finaliza el crédito que le concedía Struan, y de que cualquier vale que le hubiera dado mi hijo y que esté autentificado por su sello no será considerado válido, con excepción de los que hubiera firmado y datado él personalmente, que son los únicos auténticos.

»Si firma y entrega la declaración jurada al doctor Hoag dentro de tres semanas, Mr. MacStruan está autorizado a concederle de inmediato un crédito por valor de quinientas guineas a cuenta de la suma anual. El capital se ingresaría dentro de treinta días y la renta le sería pagada trimestralmente.

»Si rechaza las condiciones anteriores (y le aseguro que no son negociables) o el doctor Hoag no se presenta el 12 o el 13 de febrero, mis abogados presentarán cargos contra usted ante los tribunales, y entre ellos figurará en primer lugar que causó la muerte de mi hijo con premeditación.

»Quizá Mr. Skye dirá y alegará que se trata de una coacción, de amenazas contra su persona. No lo son. Mis abogados me han asegurado que no es así, que es una manera generosa y legal de resolver un problema molesto que causó mi hijo por razones incomprensibles.

»Por favor, pida al doctor Hoag que regrese lo antes posible con su declaración jurada o su desacuerdo.

»Hong Kong, a 28 de diciembre de 1862.

Tess Struan».

Gornt apartó la vista de la carta.

—No aceptes sus condiciones.

—Es lo que me dijo Skye que hiciera. —La furia de Angélique había menguado. Se había sentado en una butaca de respaldo alto muy rígida. Estaban en el tocador uno frente al otro—. Me alegra que estés de acuerdo conmigo. Esta misma tarde contestaré a esa mujer como se merece.

—No, no es conveniente. Opino que no debes luchar, eso es lo peor que puedes hacer. Has de llegar a un compromiso.

Angélique palideció encolerizada.

—¿Me estás diciendo que acepte esas vilezas?

—Digo que debes llegar a un compromiso en el momento oportuno —dijo. La mente le funcionaba apropiadamente aunque sentía cierta opresión en el pecho—. Estoy convencido de que puedo mejorar las condiciones.

—¿Las condiciones? Entonces opinas que en principio debo aceptarlas. Creía que eras un luchador y amigo mío, pero ahora veo que permitirás que me arrastren por el fango.

—Ya sé que ha dicho que no son negociables, pero yo no lo creo. Las puedo mejorar. Con su primera oferta, dos o tres mil guineas, estarías en una buena posición; con cinco mil serías rica.

—Eso no me compensa de su malicia, de sus viles amenazas, de su hostilidad constante y su enemistad. Me casé legalmente. ¡Legalmente! —Angélique dio un golpe con el pie—. ¿Que no soy Mrs. Struan? ¿Que no debo poner los pies en Hong Kong? ¿Cómo se atreve? ¡Como si yo fuera una delincuente!

—Lo comprendo. Lo renegociaré con ella en tu nombre.

—*Jesús*. La quiero humillada y aplastada.

—Yo también, pero ahora no es el momento.

—¿Cómo?

—El gran Dirk Struan usó vilmente a la familia de mi madre, los Tillman. No llegó a los extremos de Morgan, pero se comportó de forma deplorable. —Esbozó una sonrisa cruel—. Si puedo hundir a

los Brock, ¿por qué no a los Struan? Para mí son iguales. Podremos saborear la venganza mordisco a mordisco.

—¿De veras lo crees? —De repente Angélique se sintió reconfortada. Lo encontraba muy seguro de sí mismo, atractivo y fuerte—. ¿Cómo?

—Primero dime qué opina Skye.

—Dijo que debía plantarle cara y me enseñó unos documentos que ha preparado para entablar un pleito en Hong Kong, Londres y París y…

—¿París? ¿Por qué París?

Angélique le habló del Departamento de Tutela del Estado.

—Dice que, con la tutela de Francia, en París ganaremos, que la boda será declarada legal de acuerdo con las leyes francesas, y que entonces podré poner yo las condiciones, no ella.

—¿Te ha hablado de sus honorarios?

Angélique se sonrojó.

—Eso no tiene nada que ver con los consejos que me ha dado.

—Pues claro que sí —contradijo con dureza—. Nuestra única posibilidad es afrontar la verdad y comprender lo que hay en juego. Ese cabrón (perdóname pero uso el término a propósito porque lo es, lo descubrí en Hong Kong), ese cabrón solo piensa en su futuro, no en el tuyo. Se imagina a sí mismo ante varios tribunales defendiendo a esa pobrecita viuda francesa, intentando convencer a varios jurados. Perdería todos los juicios.

—No lo entiendo, ¿por qué?

—Malcolm no tenía bienes propios.

—Pero… Pero Mr. Skye dice que según la ley francesa el…

—¡Despierta, Angélique! —Había endurecido aún más la voz. Era crucial sacarla de ese afán de venganza estúpido e inútil.

Tan pronto como había entrado en el tocador y la había visto presa de la ira y con los labios apretados, sosteniendo temblorosa una carta en la mano, se dio cuenta de que esa era la carta de la que Hoag le había hablado y de que, por tanto, no habría niño y

podía emprender el «Plan A». Su alegría llegó a un punto culminante.

Fingió no saber nada y la saludó jovialmente, pero ella no le contestó y le alcanzó la carta bruscamente. La ira la hacía aún más atractiva, y la pasión era conveniente para ambos, pensó con alegría. Pero debía canalizarla y refinarla, como la suya.

—Skye no sabe lo que dice. ¡Despierta!

—Ya lo estoy, y no creas ni un momen…

—¡Basta ya! Utiliza la cabeza, por el amor de Dios. Eres tú quien está en peligro, no él. —Por un momento intentó imaginarse qué debía de decir la segunda carta de Tess, pero ahora ya nadie lo sabría nunca. Hoag había dicho que una parte del acuerdo de Tess era que antes de entregar esa carta quemaría la otra sin abrirla. ¿Lo habría hecho Hoag realmente o la habría leído antes de quemarla a pesar de haber jurado solemnemente actuar de acuerdo con los deseos de Tess? Ojalá pudiera saberlo, pero de todos modos no le sería de ninguna utilidad.

—Angélique, querida Angélique. —Dejó caer la carta sobre la mesa como si estuviera sucia, aunque le parecía maravillosa. Se levantó, se sentó a su lado y le tomó la mano—. París, las leyes francesas y todo el resto solo redundarían en su propio beneficio, no en el tuyo. Aunque ganara, apuesto diez mil guineas a que la sentencia no tendría ningún efecto sobre Tess Struan. Escúchame —continuó alzando la voz al ver que ella intentaba contradecirle—, no tenemos mucho tiempo y tienes que ser sensata. Mientras tú vas a parar a la miseria o te vendes para pagar sus honorarios perderías esta oportunidad única. Tiene muy poco dinero. ¿Cómo irá a Hong Kong? Y no hablemos de París o Londres. Es un sueño irrealizable. —Angélique retiró la mano y él se rio—. Eres como una niña consentida y te amo por ello.

—Tú… —Se detuvo—. ¿Es verdad?

—¿Que te amo o que creo que eres una niña consentida?

Ella dijo con un tono de voz distinto:

—Ambas cosas.

—Ambas. —También su tono de voz había cambiado y le volvió a coger la mano; hizo una mueca cuando ella intentó retirarla. Esta vez no se lo consintió. La atrajo hacía sí con suavidad y la besó apasionadamente. Al principio ella ofreció resistencia, pero luego cedió y disfrutó del beso. Él también. La dejó y se apartó inmediatamente para esquivar las uñas que quería clavarle—. ¡Soo! —exclamó, como si se dirigiera a un caballo fogoso—. ¡Soo Angélique!

Ella se rio a pesar de su enojo.

—Eres un demonio.

—Sí, pero seré un buen marido.

La sonrisa de Angélique desapareció y su enfado se desvaneció. Se levantó y se dirigió hacia la ventana para mirar al exterior, a la bahía y los barcos fondeados. Había mucha actividad alrededor de los buques de guerra. Él la contempló y aguardó con la esperanza de haberla juzgado correctamente. Al cabo de un rato ella dijo:

—Dices que llegue a un compromiso, ¿cómo?

—Subiré al primer barco en dirección a Hong Kong —contestó—. Iré a verla inmediatamente y negociaré los cambios que tú y yo acordemos. Creo que es posible conseguirlo. Estoy convencido de que puedo hacer que te aumente la renta. Cinco en lugar de dos o tres sería lo aceptable.

—Asegura que esas terribles condiciones no son negociables.

—Yo haré que las cambie, algunas.

—¿Cuáles?

—Podemos hablar de ello hoy y mañana. Sobre el dinero no tengo ninguna duda.

—*Mon Dieu*, el dinero no lo es todo, y ¿por qué tanta prisa? Hay tiempo hasta el 14 del mes que viene.

—Tengo que ser el primero en darle la noticia, para cogerla de improviso. De este modo, mi posición será mejor. Para ti —añadió.

Angélique se volvió y lo miró.

—También para ti.

—También para mí —aceptó él. Los imprevistos, los riesgos y las especulaciones podían hacer que una palabra equivocada fuera fatal. Era más emocionante que la mejor partida de póquer en que había participado; nunca había apostado una suma tan alta. El futuro de ella y de él eran indivisibles. «Y ella tiene en su poder la mayor parte de los ases —pensó—, aunque no lo sabe. Si Angélique se declaraba de acuerdo con las exigencias de Tess, si la convencía, Tess estaría más interesada que nunca en ser su aliada, algo que era vital para su futuro. Las cinco mil guineas contribuirían a consolidar Rothwell-Gornt y el odio de Angélique a acabar con Tess».

—Te amo y quiero casarme contigo —dijo—. Por favor.

—Es demasiado pronto para darte una respuesta.

—No estoy de acuerdo, eres libre como el aire.

—¿Porque no estoy casada ni nunca lo estuve? —espetó.

—Tranquilízate, querida, piensa con calma. Somos adultos y tengo derecho a preguntártelo, a decir que te quiero y a querer casarme contigo.

Bajó los ojos dándole la razón. Lo necesitaba, era el único que podía protegerla de Tess.

—Lo siento; sí, lo siento, la carta me ha trastornado. De todos modos, es demasiado pronto para responderte.

—No estoy de acuerdo. Creo que me amas. No haría falta revelar ni hacer pública tu promesa, quedaría entre nosotros. Te quiero y formaríamos un gran equipo —añadió sinceramente—. El futuro será muy halagüeño una vez… —Se acercó a la carta—, una vez que esto no represente ninguna amenaza para ti. Tenemos mucho en común y compartimos el mismo objetivo: destruir a tu enemigo, que también lo es mío, en el momento oportuno.

—No te amo, pero me gustas muchísimo y quizá podría amarte con el tiempo, y lo intentaría si tuviera que casarme contigo. No, no te muevas, déjame terminar. —Jugaba con los dedos con una hebilla de perlas que había comprado en el pueblo, y recordó que, ahora que MacStruan no le pagaría los vales restantes, era su única posesión aparte del anillo de compromiso y la sortija de jade. Y

André iría a verla otra vez esa misma tarde. Apartó esa preocupación y procuró concentrarse. «Es curioso que Edward piense lo mismo que yo. Pensamos igual en muchas cosas»—. Te responderé otro día. ¿Cuándo zarpa el próximo barco hacia Hong Kong?

—El mejor y el más rápido parte mañana por la noche. El *Atlanta Belle* de Cooper-Tillman, directo a Hong Kong y después a San Francisco —dijo rápidamente, puesto que todo comerciante tenía siempre presentes las salidas y llegadas—. Llegará a Hong Kong antes que nuestro clíper *Night Witch*. No se espera que atraque aquí hasta dentro de tres días.

—¿Quieres embarcarte en el *Atlanta Belle*?

—Sí.

—Entonces, mañana discutiremos lo que crees que se puede mejorar con esa mujer, así tendré tiempo de pensar. Si nos ponemos de acuerdo podrás ir a Hong Kong y regresar deprisa.

—Bien, pero debes responder a mi propuesta.

—Lo haré cuando regreses.

—La quiero antes de partir.

—¿Por qué?

—Por el gusto de saberlo —dijo.

Angélique vio la misma sonrisa extraña y se preguntó lo que debía ocultar.

—¿Por qué? De verdad.

Edward se levantó y se inclinó hacia ella.

—Porque es vital para mí. Si te casas conmigo el único límite será el cielo. Shanghái te encantará, es la ciudad más bonita de toda Asia y hace que Hong Kong parezca un lugar atrasado. Te agasajarán en toda la ciudad y vivirás siempre feliz. Te lo prometo. Y ahora, por favor, prométemelo.

—Te prometo que te daré una respuesta cuando vuelvas. Debemos confiar el uno en el otro —dijo Angélique y él recordó que le había dicho lo mismo a Tess—. Cuando regreses.

—Lo siento, Angélique, pero necesito saberlo antes de irme.

—¿Por qué si no no negociarás con Tess para mí?

No le respondió inmediatamente.

—Negociaré para ti. Y me gustaría casarme contigo mañana, esta noche. No tiene nada que ver con Tess, pero es imposible. —Se le acercó más, la cogió por los hombros y le dio un beso en la punta de la nariz—. *Jolie mademoiselle*, respóndeme, por favor. ¿Mañana al atardecer? Antes de embarcarme. Una respuesta ante Dios.

La noticia de la muerte de Katsumata y el suicidio de Meikin llegó a las dependencias privadas de Raiko aquella tarde. Se desvaneció. Cuando se recuperó envió a una chica para pedirle a Hiraga que encontrara a Akimoto y Takeda porque tenía que darles una noticia terrible. Acudieron rápidamente.

Llorando sin disimulo y retorciéndose las manos, les contó que Yoshi había capturado a Katsumata, su muerte y la de Meikin, la mama-san de Koiko, pero no que esta le había traicionado.

—Es el final. Si Yoshi descubrió los planes de Katsumata y Meikin, debe de tener información sobre mí y sobre vosotros; nos han traicionado. ¿Quién es el traidor? Es solo una cuestión de tiempo. —El terror al acordarse de Koiko aumentó—. Tenéis que iros inmediatamente, antes de que las patrullas del Bakufu os encuentren, tenéis que iros.

—¡Basta! —Silbó Hiraga que ya no iba vestido de ayudante de cocina. Vestía un kimono corriente y estaba preparado para escurrirse hacia el santuario del túnel; los espías temían que los matara y se podía confiar en ellos. Akimoto y Takeda se quedaron anonadados. Era inconcebible que Katsumata hubiera muerto como un cobarde.

«No puedo creer que el sensei permitiera que lo atraparan vivo —pensó Hiraga—. Y es horrible que Yoshi permitiera que Meikin le hiciera algo así, aunque se lo mereciera. ¡*Baka* por haber dejado que lo cogieran vivo!».

—Déjanos, Raiko. Te veré más tarde.

—Gracias, señor. Cuánto lo siento, pero…

—¡Vete!

Salió dando traspiés, contenta de librarse de ellos, odiando a todos los shishi, pero escondiendo sabiamente su odio.

Takeda espetó enojado:

—Es una infamia que Yoshi permitiera que eso ocurriera. Hay que vengar a Katsumata.

Akimoto miró a Hiraga, que también estaba asqueado.

—¿Qué debemos hacer, primo? Esa vieja arpía tiene razón, reforzarán la búsqueda. Debemos escabullirnos esta noche, al menos intentarlo.

—¡Eres *baka*! Estamos rodeados por todas partes. —De hecho Hiraga, aunque fingía estar furioso, se había quitado un peso de encima. Con Katsumata muerto, no había ninguna necesidad de atacar y volvía a ser dueño de su propio destino—. ¡No debemos cometer ningún error!

Takeda dijo:

—Creo que estamos como las ratas en una trampa. Atacaremos como había planeado el sensei. Tenemos las bombas. *Sonno-joi!*

—No, de momento estamos a salvo.

Akimoto intervino.

—Hiraga, si Yoshi entregó a Katsumata a esa Meikin es que la recompensó por haberlo traicionado. Raiko hará lo mismo con nosotros. Quizá es la que los traicionó a ambos ante Yoshi.

Takeda apuntó:

—Matémosla y empecemos.

—Siéntate —gruñó Hiraga—. Necesitamos a Raiko. Ha demostrado muchas veces su valía y olvidáis que nunca se confía del todo en ninguna mama-san. Siéntate, Takeda, piensa lógicamente. No nos traicionará. Solo es una bruja ansiosa de dinero que, como cualquier otra mama-san, si se lo permites te cobrará el precio de una prostituta de tercera categoría cuando la chica no es más que una furcia de la calle que apenas vale una moneda de cobre. Meikin nos ha proporcionado muchas veces información valiosa. Fue gracias

a ella que atrapamos a Utani. A ella misma la traicionaron. Yoshi y el Bakufu tienen miles de espías.

—Aquí estamos en peligro —se estremeció Akimoto—. Odio este lugar. Este Yoshiwara gai-jin está infectado de sus pestes. Estoy con Takeda; atacar, escapar o morir.

—Todavía no, dejadme pensar.

Takeda lo miró ceñudo.

—¿Conocías a esa Meikin?

—De hace muchos años… —Hiraga casi añadió: «y a Koiko», tentado de revelarles el verdadero motivo de la traición, pero decidió no hacerlo y saborear la muerte de Katsumata. «Ahora Sumomo y Koiko han sido vengadas. Sus espíritus se convertirán en kami o renacerán otra vez al trigésimo primer día según lo que decidan los dioses, si es que hay dioses».

«¿El sensei rogando misericordia? Todos esos años idolatrándolo y escuchándolo. Nos embaucó —pensó asqueado—. No importa, pronto se ridiculizará a ese cobarde y los bardos contarán en el teatro cómo traicionó a Sumomo y a Koiko, la venganza de la mama-san y su deseo antes de morir. ¡Meikin tenía mucha clase!».

Soltó una risita sofocada involuntaria e imitó la voz muy aguda de un *onnagata*, un actor masculino especializado en personajes femeninos, porque solo los hombres podían salir al escenario.

—«Un baño y ropa limpia, por favor». Los teatros de kabuki y de marionetas llenarán los auditorios durante generaciones con esa historia.

—El sensei será vengado. Su honor quedará limpio. Atacaremos esta noche como habíamos planeado. Tú te encargas del barco, yo de las dos iglesias. Mataré a todo gai-jin que se cruce en mi camino hasta morir. ¿Qué dices a eso, Akimoto? —propuso Takeda. Se levantó y miró por la ventana. La noche se acercaba. De repente notó que el viento azotaba los arbustos—. ¡Mirad! Es una señal de los dioses. Sopla viento, y del sur.

Akimoto se colocó a su lado.

—Es cierto, Hiraga.

Por un momento Hiraga perdió el control. ¿Era un signo?

—No atacaremos, esta noche no. No atacaremos.

Takeda se giró sobre sus talones.

—Yo digo que sí. —Miró a Akimoto—. ¿Estás de acuerdo? *Sonno-joi!*

Akimoto dudaba, pero la ira y el convencimiento de Takeda eran contagiosos.

—El fuego cubriría nuestra huida, Hiraga.

—Uno pequeño quizá sí —dijo Hiraga irritado—, no si intentamos quemar toda Yokohama. —Su mente oscilaba y no hallaba otra solución que su plan final, que no podría llevar a cabo sin la ayuda de Taira. Tenía que evitar por todos los medios que Yoshi lo atrapara —. Mañana o pasado mañana, podría…

—Esta noche —dijo Takeda con insistencia, dominando a duras penas su enojo—. Esta noche es mejor, los dioses nos hablan.

—En esta época del año el viento se mantendrá. Para incendiar la colonia necesitamos más hombres. Uno de nosotros tendría que ir a Yedo a buscarlos. Takeda, podrías ir tú.

—¿Cómo? Has dicho que hay patrullas del Bakufu por todas partes. ¿Cómo?

—No lo sé. —Hiraga se levantó tembloroso—. Espera a que regrese y entonces decidiremos. Iré a ver a Raiko y le diré que nos marchamos mañana. No es verdad pero se lo diré.

—Ya no podemos confiar en ella.

—Ya te he dicho que nunca hemos confiado plenamente en ella. —Hiraga fue a su encuentro.

—De acuerdo, Hiraga-sama, os podéis quedar. —Raiko había superado el pánico con un poco de coñac y dejaba que el destino siguiera su curso.

—¿Vendrá Taira esta noche?

—No, ni mañana. Furansu-san sí. Lo sé.

—Manda llamar a Taira. Lo puedes hacer, ¿verdad?

—Sí, y cuando llegue ¿qué debo decirle? —preguntó indiferente, pero se despejó rápidamente cuando Hiraga continuó hablando

entre dientes.

—Dile que Fujiko ha decidido que ya no desea firmar un contrato, que otro gai-jin te ha ofrecido mejores condiciones.

—Pero su precio es muy bueno y no es estúpido, comparará precios y se irá a otra casa. Ya ha visitado algunas. Lo perderé.

—Lo que perderás será la cabeza si no arreglamos el embrollo en que estás metida —dijo adustamente—, y el resto de tu bien alimentado cadáver será lanzado a los peces.

—¿Arreglarlo? —Era todo oídos—. ¿Hay alguna posibilidad, Hiraga-sama? ¿Tengo alguna? ¿Sabes cómo?

—Haz lo que te digo y tal vez podré salvarte. Manda llamar a Taira ahora. —Hiraga la miró fríamente y se reunió con los otros dos. Estaban en la terraza contemplando los arbustos que el viento agitaba—. Estamos a salvo por uno o dos días.

Takeda dijo con sarcasmo:

—No sabe que está muerta y que esta noche Yokohama morirá, limpia de sabandijas.

—Lo retrasaremos un día. Mañana por la noche será mejor.

El enojo de Takeda volvió a aflorar.

—¿Por qué?

—¿Quieres tener alguna posibilidad de escapar? ¿De atacar pero de vivir para disfrutarlo? ¿Todos nosotros? Estoy de acuerdo contigo en que es el momento. Tienes razón Takeda. Pero si lo hacemos mañana tendré tiempo de planearlo.

Al cabo de un momento Takeda preguntó:

—¿Akimoto?

—Retrasémoslo. Así podremos huir. Hiraga es sabio, Takeda.

El silencio se hizo muy pesado.

—Lo retrasaremos un día, de acuerdo. —Takeda se levantó y se dirigió a su escondite en la casa de té de al lado.

Al cabo de un momento Hiraga dijo:

—Akimoto, dentro de unos minutos ve a su encuentro y tranquilízalo.

—No hace falta, primo. Katsumata era de Satsuma.

Hiraga miró los arbustos que eran agitados por el viento del sur.

—Ve a su encuentro. Tranquilízalo.

Tyrer estaba desolado.

—¿No hay contrato, Raiko-san?

—No, cuánto lo siento; Fujiko ha cambiado de idea y tiene una oferta mejor. Lo siento pero se ha mostrado inflexible.

—Por favor —rogó él.

Ella lo repitió y agregó:

—Por eso quería verte urgentemente. Cuánto lo siento, no podrá estar contigo esta noche ni nunca más.

Tyrer sintió que se hundía en un pozo. La interrogó con toda la cortesía de que era capaz, pero ella negó con la cabeza.

—Cuanto lo siento —dijo categóricamente y se inclinó para despedirle—. Buenas noches, Taira-sama.

Tyrer fue hacia la terraza como si estuviera borracho. El shoji se cerró. Enfiló el camino del jardín dando traspiés y lanzó una maldición al caer en la cuenta de que se había olvidado los zapatos. Aturdido, se sentó en la terraza para ponérselos.

—¿Qué demonios ha pasado?

Tres días antes, después de regresar de Yedo con Babcott, todo parecía perfecto. Se habían puesto de acuerdo en el contrato excepto en un punto insignificante: debía pagar la misma semana. La factura anterior se había expedido entre sonrisas e inclinaciones y Fujiko había sido más cariñosa y más dulce que nunca. Aquella tarde, cuando Raiko había enviado una criada a la casa que compartía con Babcott para pedirle que fuera a verla urgentemente, presumió que era solo para firmar el documento. Había dejado un mensaje diciendo que seguramente no estaría esa noche ni al día siguiente porque tenía que ir a Kanagawa.

Y ahora esto.

—No lo entiendo. —Las ráfagas de viento hacían revolotear las hojas a sus pies. Se arrebujó en su abrigo sintiéndose muy

desgraciado. La noche parecía más negra que antes. Se levantó con un gran suspiro y empezó a bajar por el camino sinuoso. Se detuvo de repente al casi tropezar con un samurái.

—¡Santo Cielo, Nakama! —espetó.

Hiraga desenvainó la espada y Tyrer pensó que era hombre muerto. Pero Hiraga no llegó a atacarle y Tyrer vio que lo miraba fijamente.

—No lo hagas —dijo Tyrer con la voz ahogada por la aparición repentina—. Voy… voy desarmado. —Levantó los brazos en gesto de rendición, se quedó inmóvil y se maldijo por su estupidez. Se sintió desvanecer cuando Hiraga enfundó nuevamente la espada en la vaina.

—Taira-sama, no hacerte daño. Pensaba que eras enemigo. Tú eres amigo. —Hiraga sonrió y extendió la mano.

Tyrer le estrechó la mano aturdido y luego dijo:

—¿Qué haces? Pensábamos que habías huido a Yedo. ¿Qué significa eso de hacer de bandido? Tenemos que entregarte, a Yoshi, ya sabes que Yoshi te busca, el señor Yoshi.

—¡No hablemos aquí! —le advirtió Hiraga, lo agarró por el brazo y Tyrer notó su mano de hierro—. Ven conmigo. —Le aconsejó silencio y lo guio por otro camino y por un laberinto de pequeños senderos protegidos por setos hasta que Tyrer perdió el sentido de la orientación. Se detuvieron ante un apartamento mientras el viento azotaba el techo de paja y silbaba.

Hiraga le indicó la terraza, se quitó los zapatos y esperó a que Tyrer hiciera lo mismo. Después lo empujó hacia el interior.

—Entra, por favor.

Tyrer obedeció temblando de miedo y con sensación de impotencia. Huir era imposible. Vio que Hiraga miraba hacia atrás para comprobar si los habían seguido. El shoji se cerró. Una vela iluminaba débilmente el interior de la habitual casa de una sola habitación y un diminuto baño. La corriente de aire estuvo a punto de apagar la llama.

—Siéntate, por favor. Repite lo que me has dicho pero despacio y en voz baja. —Hiraga desenvainó la espada corta amenazadoramente y la puso sobre el tatami que había junto a él—. Dime.

Intentando dominar el temblor que se mezclaba con su inquietud, Tyrer le habló de Yoshi y Abeh y del asesinato de Utani y le dijo que todos creían que había huido.

—Tenemos que entregarte a Yoshi, a los guardas de las puertas. El capitán Abeh ha regresado a Yedo, Nakama y… ¿Cómo debo llamarte, Nakama o Hiraga?

—Como quieras, Taira-sama.

—Hiraga, entonces, ese es tu nombre de verdad, ¿no?

—Así me llaman, pero los japoneses tienen muchos nombres. Uno al nacer, otro a los siete años, otro al llegar a la pubertad y otro cuando quieren. Soy Nakama o Hiraga, tu amigo.

—¿Amigo? —inquirió Tyrer amargamente, olvidando el miedo—. ¿Por qué no me dijiste que eras un asesino? Mataste a Utani, lo mataste, ¿verdad que sí?

—Sí, era un hombre muy malo. Yoshi también lo es. Esto no es Inglaterra, Taira-sama, no es Inglaterra. Esos hombres malos del Bakufu roban el poder al emperador, son tiranos.

Hiraga le explicó lo mejor que pudo qué eran los shishi y le habló de su lucha para eliminar a un gobierno despótico, y era obvio que era sincero; le habló de las ambiciones de Utani y de sus terribles impuestos. Le explicó que los clanes de Toranaga y los daimios poseían toda la riqueza del país, sobre todo los Toranaga, que el Bakufu estaba corrompido y que la gente moría de hambre sin poder hacer nada para evitarlo.

—Queremos devolver Japón al emperador, que el gobierno sea justo con nuestra gente.

Tyrer recordó la deuda que tenía con ese hombre, pero dijo con pesimismo:

—Aun así, no veo ninguna esperanza para ti. En cuanto te vean te detendrán, tu gente o la mía. No puedo hacer nada para

impedirlo.

Hiraga respiró hondo y se lanzó al abismo.

—Sí puedes hacer algo para ayudarme. Ayúdame a embarcarme en un barco hacia Inglaterra.

Tyrer se quedó boquiabierto.

—¿Qué? ¡Estás loco! Sir William no lo consentiría jamás.

—Tal vez no haya necesidad de hablar con él. —Hiraga se le acercó—. O si le hablas, yo también hablaré, creo estará de acuerdo. Muy importante para ingleses tener amigo japonés. Yo buen amigo. Jami-sama también ayudar si se lo pides.

—¿Quién?

—Jami, hombre alto barba. Jami.

—¿Jamie? ¿Jamie McFay?

—Sí, Jami *Mukfey*.

Ahora que la idea iba tomando forma la mente de Tyrer comenzó a funcionar mejor. Había muchas posibilidades de hacer lo que Hiraga proponía. La política británica siempre había sido educar a estudiantes extranjeros seleccionados, cuanto más importantes o más aristocráticos mejor.

«La idea de Hiraga es buena, funcionará. Pero cómo sacarlo de aquí y cómo conseguir que sir William lo consienta; él es la clave».

Cuanto más pensaba en ello menos esperanzas tenía, y más tenía que admitir que solo considerarlo ya era una estupidez. Cada vez estaba más convencido de que sir William no aprobaría jamás tamaña conspiración, no con ese hombre, un conocido asesino, no con Hiraga que era simplemente un instrumento en la lucha por ganarse a Yoshi.

—Lo intentaré —dijo procurando parecer convincente. No había olvidado que todavía era el prisionero de Hiraga, tenía demasiado cerca la espada—. No te puedo prometer nada, pero lo intentaré. ¿Dónde puedo encontrarte?

Hiraga estaba satisfecho. Su apuesta era muy arriesgada, pero todavía disponía de un cierto margen de actuación. Había

convencido a Taira, que volvía a estar de su parte. El jefe de los gai-jin sería su aliado.

—¿Mantendrás el secreto?

—Naturalmente.

—Házselo saber a Raiko. Puedo encontrarme contigo en el pueblo o aquí. Tú dices dónde, Taira-sama. Cuanto antes suba al barco mejor.

—Sí. Mañana te enviaré un mensaje o vendré yo mismo. —Tyrer empezó a levantarse con cautela.

Hiraga preguntó sonriente:

—¿Vas a ver a Fujiko?

Se sintió melancólico enseguida.

—Ya no tengo a Fujiko.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

Tyrer se lo contó e Hiraga enrojeció.

—Tienes mi promesa, Taira-sama. Yo hablar con Raiko.

—Sí, pero dice Raiko que el contrato se ha anulado —Tyrer se detuvo aterrorizado por la mirada de Hiraga.

Hiraga salió de la habitación.

«Vete mientras puedas», pensó Phillip, y avanzó en dirección a la puerta. Entonces oyó un ruido de pasos y corrió de nuevo hacia el cojín. El shoji se abrió de golpe y Raiko se arrodilló delante de él mientras Hiraga permanecía de pie amenazadoramente en la puerta.

—Cuánto lo siento, Taira-sama —murmuró Raiko con torpeza pero apresuradamente para apaciguarlo—. Lo siento, he cometido un error terrible.

Las palabras fluían de su boca como de una fuente. Tyrer entendió muy poca cosa pero lo suficiente para captar claramente el mensaje.

—Basta —dijo firmemente—. Trae el contrato y lo firmaré.

Se sacó sumisamente el rollo de la manga y se lo alcanzó.

—Espera —ordenó Hiraga—. Dámelo.

Ella le obedeció al instante y bajó la cabeza.

—Está acordado. Taira-sama, firmarás más tarde. Esta persona —señaló a Raiko con enojo— dice que ha cometido un error. Dice que Fujiko te ruega que le concedas el honor de ir a verla, que siente mucho el error. *Baka!* —le espetó—. Trata a este señor como se merece o destruiré esta casa. Asegúrate de que Fujiko está preparada, muy bien preparada. Ahora.

—¡*Hai*, Hiraga-sama! —Salió apresuradamente murmurando disculpas.

Una vez en el exterior rio con satisfacción, encantada de su actuación, de la conspiración de Hiraga y de que el trato se hubiera cerrado.

Tyrer le dio las gracias sin preocuparse de cómo había conseguido Hiraga que su amiga cambiara de idea con tanta rapidez. «Hay ciertas cosas de esta gente que nunca entenderemos».

—Firmaré el contrato y lo traeré mañana.

—Tómalo con calma. Haz esperar a esa mujer. —Hiraga sonrió y le dio el rollo—. Ahora te conduciré hasta Fujiko. *Ikimasho*.

—*Domo arigato gozaimashita*. —Tyrer se inclinó como lo habría hecho un japonés ante alguien a quien debiera un gran favor.

—Amigo ayuda a amigo —dijo Hiraga simplemente.

LVII

Raiko se hallaba en sus aposentos bebiendo sake. Pronto se entregaría al brandy y al olvido; la bebida le evitaría los malos pensamientos. El odio y la esperanza que Hiraga despertaban en ella, el terror por lo que le había ocurrido a Meikin y las ansias de venganza se entremezclaban con cada vaso que bebía.

Al otro lado del jardín, oculto en su escondite, Hiraga meditaba sentado en la típica postura del loto para aliviar la terrible jaqueca que las noticias sobre Katsumata y Tyrer le habían provocado. Akimoto estaba a punto de regresar y entonces decidiría lo que iba a hacer con Takeda.

Tras la valla, en uno de los pabellones del jardín de la casa de té de los Cerezos, Akimoto estaba borracho de sake. Takeda, echado delante de él, eructó y bebió la cerveza a grandes tragos. Akimoto vació otra botella de sake antes de que esta se deslizara por sus dedos y cayera al suelo. Apoyó la cabeza en los brazos y se puso a roncar. Takeda sonrió, no estaba ni la mitad de borracho de lo que aparentaba.

Después de asegurarse de que Akimoto estaba dormido, abrió la puerta shoji y salió. Hacía frío y soplaba un fuerte viento del sur que le agitó el cabello que le empezaba a crecer. Se rascó la cabeza mientras observaba el jardín. Una criada con una bandeja salió de un pabellón y se dirigió al edificio principal. A lo lejos oyó el canto de unos borrachos acompañado de una guitarra japonesa y el ladrido de un perro. Cuando la criada hubo desaparecido, se puso la chaqueta oscura, guardó las espadas en el cinturón, se calzó las sandalias de paja y echó a andar por el sendero hasta que llegó a la

valla. Bajo un arbusto encontró las cinco bombas que Hiraga y él habían construido, con mechas de diversas longitudes.

Las bombas consistían en dos trozos de caña de bambú atados que medían unos treinta centímetros de largo y la mitad de ancho. Habían rellenado uno de los trozos con la pólvora de Katsumata; en el otro pusieron aceite y lo taponaron. Rápidamente, colocó las mechas más largas en tres bombas, que duraban el tiempo que tarda una vela en quemarse, unas dos horas. Las mechas eran unas cuerdas de algodón impregnadas con una solución que contenía pólvora que luego habían puesto a secar. A las otras dos bombas les colocó unas mechas que duraban la mitad de tiempo.

Contempló el cielo por última vez. Las nubes corrían a merced del viento. Muy bien. Cogió dos bombas de mecha larga y se marchó, sumergiéndose en la oscuridad. Salió por la puerta secreta de la valla que daba al jardín de las Tres Carpas, al sur de la casa de té de los Cerezos, y se dirigió al pabellón que se hallaba más al sur y que, al igual que todos los demás, se elevaba sobre unos pilotes. Las luces estaban encendidas y había gente dentro. Con cuidado se deslizó por debajo del pabellón. Encendió la mecha con un pedernal y el viento amortiguó el ruido. Al oír los pasos de una mujer encima de él, se detuvo y permaneció inmóvil. La puerta shoji se abrió y poco después se volvió a cerrar.

El viento arremolinó unas hojas que cubrieron la mecha y la ocultaron casi por entero. Takeda se alejó; era una sombra entre las sombras, y tuvo que agacharse tras un arbusto al ver a un gai-jin que recorría el sendero. Después de que el hombre pasara sin verlo, se puso en acción otra vez y corrió hacia el edificio principal de la casa de té donde puso otra bomba.

De regreso hacia la valla, tuvo que evitar a un sirviente y esperar a que pasara una criada; cuando llegó al escondite cogió otra bomba de mecha larga y volvió a alejarse a toda prisa. La encendió y la colocó debajo de su propia casa mientras oía los ronquidos de Akimoto. Los labios de Takeda esbozaron una sonrisa. Por última vez, volvió a correr hasta el escondite, empapado en sudor y

eufórico. De momento, todo había salido de acuerdo con el plan de Ori. Hiraga estaba infectado por los gai-jin, igual que Akimoto, pero él no, y pensaba hacerlo todo sin la ayuda de nadie.

Recorrió el jardín con las bombas que quedaban, saltó la valla, luego otra, y otra, hasta llegar al pozo secreto. Descendió rápidamente tras volver a colocar la tapa, seguro de no encontrarse con Hiraga.

Una vez en el túnel y a salvo, recobró el aliento y encendió la lámpara de aceite. La cama de Hiraga y sus escasas pertenencias estaban esparcidas por doquier. Encontró la mochila de Katsumata con las bombas bajo una manta; la cogió, metió dentro las dos bombas que llevaba y se dirigió a paso rápido hacia el túnel.

Resbaló y estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio y se detuvo hasta que la cabeza dejó de darle vueltas. Siguió andando. Con mucho cuidado, retiró la tapa del pozo y miró alrededor. No había un alma en la tierra de nadie. Se oían gritos y cantos desde el barrio de los borrachos; unos cuantos hombres se tambaleaban por los callejones no muy lejos de allí, perseguidos por los ladridos de los perros.

El barrio de los borrachos se hallaba al sur del pueblo, y la colonia, que daba a la costa, formaba una línea desde el sur hasta el norte, ya que el Yoshiwara estaba situado al sur del barrio de los borrachos. Ori, y luego Katsumata e Hiraga, habían escogido los lugares donde debían iniciarse los incendios para que el viento del sur propagara las llamas y destruyera todo lo que encontrara en su camino.

Ocultó la mochila entre la maleza y colocó una bomba en un almacén destartalado y otro detrás de una choza. La basura tapaba las mechas humeantes.

Mientras corría para coger las demás bombas, tuvo que agacharse detrás de una pila de basura porque se acercaba una patrulla de soldados.

Ya habían transcurrido el tiempo correspondiente a más de tres cuartas partes de una vela desde el momento que encendió la

primera mecha.

—Buenas noches, Hinodeh —saludó André cuando llegó al santuario del jardín—. Lamento el retraso.

—Buenas noches, Furansu-san. Tú nunca llegas tarde. Todo lo que haces está bien —le repuso con una sonrisa—. ¿Quieres un poco de sake?

—Sí, gracias. —André se sentó delante de ella y la observó mientras le servía. Tenía las piernas debajo de la mesa junto al brasero que calentaba la habitación; el edredón que cubría la mesa y los envolvía impedía que se perdiera el calor. Hinodeh estaba más encantadora que nunca; llevaba el cabello recogido con horquillas y los labios ligeramente pintados.

Aquella noche llevaba un kimono que él nunca había visto, de tonos verdes, su color preferido, con grullas bordadas, el símbolo de la longevidad. Le ofreció la taza de sake con una reverencia y luego lo sorprendió al coger otra botella que contenía sake caliente —él siempre lo tomaba frío— y servirse otra taza para ella ya que no solía beber.

Con una sonrisa extraña, alzó la taza.

—*A ta santé, chéri, je t'aime* —dijo Hinodeh, imitando su acento como él le había enseñado.

—*A ta santé, chérie, je t'aime* —repuso con pesar, pues no la creía. ¿Cómo podía quererlo?

Chocaron las tazas y ella apuró la suya, se atragantó un poco, y volvió a servir dos más. Esbozó de nuevo una sonrisa y acercó su taza a la suya. Las vaciaron y ella volvió a servir dos más.

—*Mon Dieu*, Hinodeh, ten cuidado, por favor —dijo riéndose—. No estar acostumbrada a sake. Cuidado, ¡no emborrachar!

Hinodeh se rio, enseñando los dientes blancos y los labios voluptuosos.

—Por favor, Furansu-san, esta noche es especial. Bebe y sé feliz. Por favor. —Esta vez bebió a pequeños sorbos mientras lo miraba

con unos ojos que brillaban bajo la luz de las velas, unos ojos que a él siempre le resultaron insondables y le hacían perder el juicio, lo cual formaba parte de la fascinación que ella ejercía sobre él.

—¿Por qué especial, Hinodeh?

—Hoy es *Sei-ji-no-Hi*, el Día de la Llegada de la Madurez; lo celebran todas las personas que han cumplido veinte años. Tú ya has cumplido veinte años, *neh?* —dijo en tono alegre, y luego señaló una vela sobre la mesa—. He dedicado esta vela al dios de mi pueblo, Ujigami, en tu honor. —Luego señaló la puerta shoji. Justo encima había un ramo de pino y bambú—. Eso es un Kadamatsu, que simboliza la estabilidad. —Esbozó una sonrisa tímida, sirvió más sake y bebió—. Espero que te guste.

—Ah, sí, gracias, Hinodeh —dijo complacido.

La miró y sonrió, pletórico de alegría.

—¿Qué? —Hinodeh se abanicaba para aliviar el sofoco producido por el alcohol con la punta de la lengua entre los dientes.

—Mi amor, pronto te habré pagado y serás mía para siempre —le dijo en francés.

—Cuánto lo siento, no te entiendo.

—Esta noche yo feliz, porque tú pronto ser mía. Tú tan bonita, y ser mía.

Ella inclinó la cabeza en señal de agradecimiento por las alabanzas.

—Tú también eres muy guapo y me alegro cuando eres feliz a mi lado.

—Siempre lo soy. —Pero no era verdad. A menudo se enfadaba y se marchaba furioso. Siempre era por lo mismo, un comentario fortuito que conducía a una pregunta, luego a las palabras mordaces, a las súplicas, a las exigencias y a los gritos—: ¡No necesitamos la oscuridad! Somos amantes y ya no necesitamos estar a oscuras, somos amigos además de amantes, estoy comprometido contigo para siempre. ¡Para siempre! Te quiero, no sabes cuánto te quiero, no puedes saberlo, no paro de pedírtelo una y otra vez, pero tú tan solo te quedas ahí sentada…

Ella siempre le respondía con paciencia y humildad, apoyando la cabeza en el suelo, en un suave tono de voz, con o sin lágrimas, pero siempre igual de rotunda:

—Te ruego que me disculpes, pero tú lo aceptaste, cuánto lo siento.

Hinodeh volvió a beber y André advirtió que tenía las mejillas arreboladas; la observó cuando volvió a servir con dedos trémulos y derramó una gota. Hinodeh contuvo el aliento y se rio.

—Ah, cuánto lo siento. —Le volvió a llenar la taza, se sirvió otra para ella que no tardó en beber; su embriaguez la volvía aún más atractiva—. Ah, qué bueno, es muy muy bueno, *neh*, Furansu-san?

Los largos dedos con las uñas perfectas agitaron la botella y, tras comprobar que estaba vacía, se levantó con gracia; al caminar arrastraba el kimono por el suelo y daba la impresión de que se deslizaba hacia el brasero, donde se calentaban las botellas en agua hirviendo, y luego hacia el antepecho de la ventana, donde estaban las botellas de sake frío. Al abrir la ventana, entró una ráfaga de viento que trajo un olor inesperado. Era el olor a pólvora que, aunque ligero, era inconfundible.

—¿Qué es eso? —preguntó André en francés.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Perdón?

Tras cerrar la ventana, el olor desapareció.

—Nada, creí que… —Aquella noche, Hinodeh lo tenía más embelesado que nunca—. Nada, por favor, siéntate aquí.

Ella le obedeció y se sentó a su lado, tropezando y riéndose. Con gestos vacilantes, volvió a servir las tazas. André bebió con ella divertido; el sake lo había hecho entrar en calor pero no de la misma manera que a ella. Bajo la manta, sus piernas se tocaban. André tendió la mano hacia ella, le rodeó la cintura con la otra y se besaron; los labios de Hinodeh estaban húmedos y suaves, la lengua sensual. André movió la mano hacia arriba y ella se apartó con una risa.

—Espera, aquí no, esta noche…

Se separó de él, igual que una colegiala excitada, se levantó y, como siempre, se dirigió a la habitación donde estaba la lámpara que solía apagar y, una vez allí, a oscuras, cuando ya estaba lista, lo llamaba. Pero aquella noche se detuvo, se apoyó en el umbral de la puerta y se volvió hacia él con los ojos brillantes.

—Furansu-san.

Sin apartar la mirada de él, empezó a tararear a la vez que se quitaba las horquillas del cabello, que cayó hasta la cintura como una cascada. Luego se soltó el obi y lo dejó caer al suelo. Una risa. Después el kimono, que también dejó caer. De pronto André se quedó sin aliento, paralizado. Los tonos dorados del kimono interior brillaban bajo la luz de la vela, la seda insinuaba sin revelar nada. Una vez más, la punta de la lengua de Hinodeh jugueteaba con sus labios. Se desató los lazos y el kimono interior se abrió ligeramente. Debajo no llevaba nada. Solo se veía su silueta, desde el cuello hasta los pies. Y siempre con esa sonrisa enigmática y esa mirada que lo llamaba a la vez que le ordenaba esperar, prometiendo y seduciéndolo. El viento agitó los shojis sin que ellos se percataran.

A André el corazón le latía con una fuerza inusitada. Se obligó a sí mismo a permanecer sentado. El pecho de Hinodeh se movía a medida que respiraba y veía los pezones que resaltaban bajo la seda. Luego Hinodeh suspiró. Con una gracia perfecta, se quitó el kimono interior y reveló toda su pureza.

Para André el tiempo se había detenido. Casi sin aliento, se sentía exultante ante semejante obsequio, tan inesperado y concedido de una manera tan voluntaria. Cuando ya no pudo esperar más se levantó. La abrazó con ternura y la besó con toda la pasión de la que fue capaz. La levantó, la acostó en los futones del dormitorio y se desvistió a toda prisa. Se arrodilló a su lado para mirarla, extasiado bajo la luz de la lámpara.

—*Je t'aime, je t'aime*.

—Mira, Furansu-san —dijo con una hermosa sonrisa. Con los dedos señaló el muslo. Hubo un momento en que él no la entendió. Hasta que vio la lesión. El corazón le dio un vuelco, la bilis le inundó

la boca—. Mira —volvió a decirle, con tanta suavidad, la sonrisa fija, los ojos oscuros—. Ya ha empezado.

—No ser nada —replicó, con la voz tomada—. Nada.

—Lo es todo. —Lo miró—. Por favor, dame el cuchillo.

La cabeza le daba vueltas, no veía nada salvo la herida que lo invadía todo. Con un esfuerzo sobrehumano sacudió la cabeza para librarse de esa visión y se obligó a mirarla. Pero no consiguió deshacerse de aquel sabor amargo y vil.

—No ser nada, solo… No ser nada —murmuró en un hilo de voz. Cuanto más miraba la mancha, menos grave le parecía—. Solo es un rasguño…

—¿Perdón? Debes hablar en japonés, Furansu-san, cuánto lo siento.

—No… no ser enfermedad. No ser eso. Solo ser taparrabo, que apretar demasiado, no preocupar. —Intentó taparla y apagar la luz, pero ella lo detuvo con suavidad.

—Cuánto lo siento. Ya ha empezado. Por favor, dame el cuchillo.

Como siempre, André llevaba el cuchillo en la funda del cinturón; se hallaba junto con su ropa, detrás de él.

—No, Hinodeh, cuchillo no, cuchillo malo, no necesitarlo. Esa mancha no ser nada.

En medio de la pesadilla, la vio sacudir la cabeza con amabilidad y repetir la súplica que se había convertido en una orden. André empezó a temblar; sacudía la cabeza, incapaz de contenerse ni de detener la letanía de murmullos incoherentes en japonés y francés que suplicaban y rogaban y le explicaban que aquello no era más que una mancha, a pesar de que él sabía que no era verdad. Había empezado. Tenía razón. Se le revolvió el estómago. Consiguió a duras penas contener el vómito mientras seguía murmurando.

Ella no lo interrumpió, lo cual era aún peor; tan solo lo escuchaba con paciencia y esperaba que se le pasara. Ya llegaría el momento de tomar la decisión.

—Mira, Hinodeh —dijo él, con la voz entrecortada—. Por favor, el cuchillo no. Por favor, no poder… Eso no ser nada. Pronto irse.

Mírame, ¡mira! —Se señaló a sí mismo, desesperado—. No hay nada. Eso pequeño, pronto marchar. Cuchillo no. Nosotros vivir. No tener miedo. Felices. ¿Sí?

André vio que una sombra le nublaba el rostro y ella se tocó la herida con los dedos y repitió con la misma dulzura:

—Ya ha empezado.

André esbozó una sonrisa sin darse cuenta de que era grotesca y, aunque hizo todo lo posible para convencerla, ella siguió insistiendo con suavidad y dulzura, lo cual lo enfurecía todavía más, hasta que estuvo a punto de estallar.

—No ser nada —insistió con la voz ronca—. ¿Comprender?

—Sí, lo entiendo. Pero ya ha empezado. *Neh?*

La observó con una expresión malévola hasta que estalló en cólera y gritó:

—Por el amor de Dios, ¡sí! ¡Sí, sí! *Hai!*

Tras un largo silencio, ella dijo:

—Gracias, Furansu-san. Entonces, por favor, como estás de acuerdo en que ya ha empezado y, además, me lo habías prometido, te ruego que me des el cuchillo.

André tenía los ojos enrojecidos y espuma en las comisuras de los labios, estaba empapado en sudor y a punto de volverse loco. Abrió la boca y dijo con determinación lo que siempre supo que acabaría diciendo:

—Cuchillo no. *Kinjiru!* ¡Está prohibido! Tú quedarte. Por favor. *Je t'aime*.

—Por favor, el cuchillo.

—No.

Hinodeh exhaló un profundo suspiro y le hizo una reverencia; daba la impresión de que una luz se hubiera apagado en su interior. Se fue a buscar las toallas y se arrodilló junto a la cama.

—Toma, mi señor.

Con el ceño fruncido y empapado en sudor, André la observó.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, estoy de acuerdo. Si tú lo quieres.

André le cogió la mano y ella no la retiró.

—¿De veras estás de acuerdo?

—Si tú lo quieres. Haré todo lo que quieras.

—¿No volver a pedir cuchillo, nunca más?

—No. Se acabó, Furansu-san, si esa es tu voluntad. —Hablaba con suavidad, tenía el rostro relajado, diferente pero igual a la vez, y había en él atisbos de tristeza—. Por favor, ahora vamos a olvidarlo. Se acabó. Te prometo que no volveré a pedírtelo nunca más, te ruego que me disculpes.

Para André fue como si le quitaran un peso de encima y se sintió desfallecer de alivio.

—Ah, Hinodeh, *je t'aime*, gracias, muchas gracias —dijo con voz entrecortada—. Pero por favor, no estar triste, *je t'aime*, gracias.

—Por favor, no me des las gracias. Es tu voluntad.

—Por favor, no estar triste, Hinodeh. Te prometo que a partir de ahora todo ser bueno. Maravilloso. Te lo prometo.

Ella asintió lentamente. De pronto una sonrisa borró toda la tristeza de su rostro.

—Sí, y te doy las gracias; y sí, no estaré más triste.

Lo esperó mientras él se secaba con las toallas y luego las retiró. Él la siguió con la mirada, admirándola y celebrando su victoria. Ella recorrió el tatami hasta la otra habitación y trajo las dos botellas de sake. Con una sonrisa dulce, le dijo:

—Bebe de la botella, es mejor que de la taza. El mío es caliente y el tuyo frío. Gracias por comprar mi contrato. *A ta santé*.

—A ta santé, je t'aime.

—Ah, so ka! Je t'aime. —Vació la botella, se atragantó un poco y se rio—. Qué bueno estaba. Ven a la cama. —Se deslizó bajo el edredón con alegría—. Acuéstate, Furansu-san, te vas a resfriar.

—Como quieras. Ahora ya no volveremos a estar a oscuras. Salvo para dormir, *neh?*

Agradecido, inclinó la cabeza; sentía que había vuelto a nacer. Le dio las gracias y permaneció acostado a su lado, amándola y deseándola de una manera desaforada. Tendió la mano hacia ella.

—Ah, Furansu-san, ¿me permites que descanse un poco? ¿Por favor? —le preguntó con una ternura poco usual en ella—. Tanta presión me ha dejado agotada. Después… *Neh?*

Le resultó difícil contener la decepción, la cual estuvo a punto de convertirse en furia. Pero enseguida, con toda la amabilidad que fue capaz de mostrar, le dijo:

—Claro.

—Gracias, Furansu-san —murmuró cansada—. Por favor, ¿te importaría bajar la llama de la lámpara? Quiero dormir un poco, solo un ratito.

La obedeció y volvió a acostarse, atormentado por el deseo.

En la oscuridad, Hinodeh sintió una felicidad que hacía tiempo que no conocía; la misma que vivió con su marido, en su casita de Yedo, y con su hijo, el niño que ahora ya estaba a salvo y que vivía con sus abuelos, aceptado y protegido, y que recibiría la educación de un samurái.

«Furansu-san ha hecho muy mal en no darme el cuchillo como había prometido. Ha estado despreciable. Pero, claro, es un gai-jin, y no se puede confiar en él. Da igual, ya sabía que no iba a cumplir con el trato como he hecho yo, por mucho que Raiko me lo hubiera prometido. Mintió al firmar, igual que ella. Da igual, da igual. Ya estaba preparada, ambos son igual de mentirosos».

Sonrió. «El herbolario no me mintió. No percibí el sabor, no siento nada, pero la muerte me recorre el cuerpo y solo me quedan unos pocos minutos en este mundo de lágrimas.

»Para mí y también para la Bestia. Él lo decidió. Faltó a la promesa que me hizo. Este es el precio que paga un impuro por haberme engañado. Ya no volverá a engañar a ninguna otra mujer. ¡Y se irá a la muerte sin haber saciado su deseo!».

André se volvió al oír su extraña risa.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Luego nos reiremos juntos. Después de esta noche ya no volveremos a estar a oscuras, Furansu-san. Se acabó la oscuridad.

Hiraga golpeó el tatami con el puño, cansado de esperar a Akimoto. Salió al exterior para adentrarse en la noche helada y recorrió los senderos del jardín hasta llegar a la puerta de la valla. Tras atravesarla, se dirigió a la casa de Takeda y se detuvo delante de la galería. Se oían ronquidos en el interior.

—Akimoto, Takeda —llamó en voz baja. No quería abrir el shoji sin previo aviso pues sabía que podían ser peligrosos si los cogía desprevenidos.

No hubo respuesta y tampoco cesaron los ronquidos. Abrió la puerta en silencio. Akimoto se hallaba tirado encima de la mesa, las botellas de sake y de cerveza esparcidas por el suelo. No había ni rastro de Takeda. Enfadado, Hiraga sacudió a Akimoto y lo maldijo. El joven se despertó a medias, aunque seguía con los sentidos embotados.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Apenas pudo articular las palabras; veía el rostro de Hiraga como en una nebulosa y todo le daba vueltas.

—¿Dónde está Takeda? ¡Despierta! *Baka!* ¿Dónde está Takeda?

—No lo sé, solo… solo estábamos bebiendo…

Hiraga se quedó paralizado durante un segundo, el mundo entero se le derrumbó. De pronto salió corriendo, recorrió el jardín en dirección a la valla, hacia el lugar donde habían ocultado las bombas.

Se le nubló la razón. Hasta que de pronto recordó el plan que todos conocían, los lugares donde iban a colocar las bombas. El pánico le hizo correr más deprisa. Echó un vistazo en la casa de Takeda y no vio a nadie. Entonces olió el humo de la pólvora, se agachó y se arrastró entre los pilares de piedra, pero la mecha estaba demasiado escondida y el viento dispersaba el humo. Volvió a salir y regresó a la habitación para despertar a Akimoto.

—¡Levántate! ¡Despierta! —Cuando el joven intentó empujarlo para que se marchara, Hiraga le dio una bofetada y luego otra. El

dolor le hizo volver en sí.

—Takeda se ha llevado las bombas, quiere incendiar la posada, hay una aquí abajo… —Hiraga lo puso de pie y Akimoto, apoyándose en él, salió tambaleándose; se cayó por las escaleras y aterrizó en el sendero. En ese momento estalló la bomba.

La explosión no fue muy fuerte, pero lo suficiente para derribarlos y abrir un boquete en el suelo; el viento y las viguetas del suelo amortiguaron casi todo el ruido. Pero la lluvia de aceite ardiendo fue mortífera. Las llamas no tardaron en elevarse hacia el techo.

—Vete al túnel y espérame allí —le ordenó Hiraga y echó a correr. A Akimoto se le pasó la borrachera a causa de la sorpresa producida por la explosión y la proximidad de la muerte. Empezó a correr, pero el viento levantaba las ascuas y las lanzaba hacia él. Enloquecido, se golpeó la ropa y retrocedió. Cuando se volvió para mirar la casa, esta se había convertido en un infierno; los tatamis de cáscara de arroz, las pantallas de papel de aceite, el suelo y las vigas de madera y el techo de paja habían prendido en el acto. El techo se derrumbó en medio de una lluvia de chispas que el viento enseguida se llevó y arrastró hasta la vivienda de al lado. Las campanas de alarma empezaron a sonar; las criadas, los sirvientes, las cortesanas y los guardias que vigilaban la puerta se pusieron en acción para apagar el fuego.

Cuando Hiraga corría por el sendero hacia la casa del extremo sur, la segunda bomba estalló a unos cuantos metros. La explosión fue menos fuerte que la anterior, pero lo lanzó hacia los arbustos y fue a dar contra un dragón de piedra que le hizo proferir un grito de dolor. La explosión fue lo suficientemente poderosa como para derribar los pilotes de una esquina de la casa y la vivienda se tambaleó hacia un lado. Una de las paredes empezó a arder.

Hiraga hizo un esfuerzo para levantarse y, sin vacilar, saltó a la galería y atravesó el shoji en llamas. El aceite ya había empezado su labor destructiva y el humo lo asfixiaba. Se llevó las manos a la cara

para protegerse del calor y contuvo el aliento para no respirar el humo.

Vio a Tyrer tirado en el suelo; intentaba ponerse a cuatro patas, medio asfixiado, y estaba rodeado de llamas que en un instante convirtieron la pared shoji empapada de aceite detrás de él en una lámina de fuego. Las demás paredes, los pilares, el techo, el futón y el edredón sobre el cual Tyrer estaba acostado también se incendiaron. El dobladillo de su kimono roto empezó a arder. Hiraga se abalanzó sobre él, apagó la llama con los pies y lo levantó. Le bastó con echarle una mirada a Fujiko. La bomba la había partido en dos, tenía todo el cabello quemado y ya empezaba a convertirse en cenizas.

A pesar de que el humo lo cegaba, Hiraga arrastró a Tyrer hasta el sendero. En ese mismo instante, el techo en llamas se derrumbó y ambos cayeron al suelo; el viento convirtió las chispas y las ascuas en un lanzallamas que alcanzó las demás casas, las vallas y la casa de té de al lado. Se oyeron gritos de alarma; la gente ya estaba formando filas con cubos de agua o iba a buscarlos, y la mayoría se cubría el rostro con máscaras mojadas para no respirar el humo.

Sorprendido de seguir vivo, tosiendo y mareado, Hiraga se quitó un ascua que le había caído encima. El cuchillo seguía en el cinturón pero había perdido la espada. No creía que Tyrer estuviera herido, aunque no podía estar del todo seguro ya que seguía medio inconsciente y jadeaba y vomitaba debido al humo que había inhalado. Hiraga se levantó, intentó recobrar el aliento y reponerse del susto, y miró alrededor de él en busca de más señales de peligro. La casa de al lado estalló en llamas, luego la otra, lo cual les cortaba la retirada.

«Katsumata tenía razón —pensó—. Con este viento el Yoshiwara está perdido. Y, junto con él, la colonia».

En los límites de la tierra de nadie, la patrulla de soldados se detuvo atónita —como todas las demás personas del barrio de los borrachos

que estaban sobrias— y miró por encima de la valla hacia el Yoshiwara. Dos columnas de llamas y de humo se alzaban hacia el cielo en medio de los gritos y el tañido de las campanas. Se oyó a lo lejos otra explosión y se elevó otra fuente de llamas. El humo empezó a rodearlos y varias ascuas llegaron hasta ellos.

—Santo cielo —exclamó el sargento—. ¿Era una bomba?

—No lo sé, sargento, podría ser la explosión de un barril de aceite; pero más vale regresar, ese maldito fuego se dirige hacia aquí y…

La bomba que Takeda había puesto en uno de los extremos del almacén estalló. Todos se agacharon instintivamente. Más humo y el fuego empezó a chisporrotear; se oyeron gritos desde el barrio de los borrachos pidiendo cubos de agua:

—¡Fuego, fuego! Daos prisa, por el amor de Dios, ¡es el depósito de aceite!

Desde su escondite en la tierra de nadie, Takeda observaba a los soldados y se regocijaba con el éxito de las bombas tras comprobar que casi todo el Yoshiwara estaba en llamas. Había llegado el momento de ponerse en marcha otra vez. Se puso la máscara; el rostro enmascarado, la suciedad y el kimono manchado de hollín le daban un aspecto todavía más ominoso.

Extasiado, empezó a correr. Delante estaba el pueblo y su refugio.

—¡Alto ahí!

Aunque no entendió las palabras, el grito lo detuvo en seco. Delante de él vio a otro grupo de soldados británicos con un oficial que habían acudido corriendo desde el pueblo para ver lo que ocurría y se habían detenido, sorprendidos. Le cortaron la retirada.

—¡Seguro que es un saqueador! ¡O un incendiario! ¡Oiga! ¡Deténgase!

—Dios mío, tenga cuidado, señor, ¡es un samurái y va armado!

—¡Sargento, cúbrame! ¡Oiga! Usted, samurái, ¿qué hace ahí? ¿Qué es eso que lleva encima?

Presa de pánico, Takeda vio que el oficial se desabrochaba la funda de la pistola, empezaba a andar hacia él y los demás soldados cogían los fusiles; entretanto no dejaba de oírse el sonido del holocausto y las llamas producían extrañas sombras. Se volvió y empezó a correr. Los soldados fueron tras él.

—¡Deténgase o disparo! —Aunque para él las palabras carecían de significado, captó la hostilidad. Siguió corriendo, le faltaba muy poco para llegar a su refugio. No pensó que la luz de las llamas que le iluminaba el camino también los guiaba a ellos en su persecución.

—¡Deténgalo, sargento! ¡Lo quiero vivo!

—Sí, señor… Espere, Dios mío, ¿no es el cabrón que sir William andaba buscando? ¡Nakama, el asesino de mierda!

—Que me cuelguen si no lo es, tiene razón, es él. Rápido, sargento, dispare, pero no lo mate.

El sargento apuntó. Su objetivo huía por un callejón. Apretó el gatillo.

—Le he dado —exclamó con alegría—. ¡Vamos muchachos!

La bala derribó a Takeda. Había atravesado la mochila y penetrado en la espalda y, tras perforar un pulmón, había vuelto a salir por el pecho; con suerte, la herida podía no ser mortal. Sin embargo, Takeda lo ignoraba; solo sabía que estaba vencido y permaneció tendido en el barro, gimiendo más de sorpresa que de dolor, con un brazo paralizado mientras el rugido del fuego ahogaba sus gritos. El terror le hizo ponerse de rodillas; el calor del fuego era insorportable, solo tenía que recorrer unos cuantos metros del callejón para ponerse a salvo. Avanzó a rastras. Entonces, por encima de su propio llanto, oyó los gritos de los soldados que se acercaban. ¡Estaba atrapado!

Se dejó guiar por los reflejos. Apoyándose en el brazo ileso, se puso de pie y con un grito desgarrador se lanzó hacia las llamas. El soldado que iba delante se paró en seco y retrocedió para ponerse a salvo antes de que la estructura de la vivienda se derrumbara.

—¡Maldita sea! —exclamó el soldado y contempló las llamas que chisporroteaban y consumían a su presa; el olor de la carne

quemada le produjo náuseas—. De haber llegado un segundo antes lo habría cogido; seguro que era él, el mismo que sir William…

Aquellas fueron las últimas palabras del joven. Las bombas de Katsumata que estaban en la mochila estallaron con violencia; un trozo de metal se clavó en la garganta del soldado, y otros alcanzaron al oficial y a más hombres y rompieron varios huesos. Poco después, un barril de aceite explotó con la misma violencia, luego otro, y otro. Las llamas y las ascuas saltaron por los aires y el viento cada vez más fuerte las esparció por toda la zona.

Una de las casas del pueblo empezó a arder.

El shoya, su familia y todos los habitantes del pueblo, con las máscaras para protegerse del humo y en marcha desde que sonó la primera alarma, siguieron trabajando con ahínco para llevar todos los objetos de valor a unos pequeños refugios de ladrillo a prueba de fuego que se encontraban en todos los jardines.

Los techos de la calle principal empezaron a arder.

Una hora después de que estallara la primera bomba, la casa de las Tres Carpas y casi todo el Yoshiwara habían quedado reducidos a cenizas. Solo quedaban chimeneas de ladrillos, los cimientos de piedra, y los refugios ignífugos se erguían por encima de las pilas de cenizas y rescoldos.

El pueblo, que se hallaba del otro lado del foso, estaba ardiendo. Más allá del pueblo, en la colonia, en los techos de tres casas cercanas al barrio de los borrachos ya se había prendido fuego. Una de esas casas era la oficina del *Guardian*, donde Jamie McFay se había instalado.

Nettlesmith y unos cuantos hombres le pasaban cubos a Jamie, subido a una escalera, para apagar el fuego del techo. La casa de al lado también había prendido. Unos cuantos empleados, varios criados chinos y Maureen salían y entraban por la puerta principal sacando papeles, las matrices de imprenta y todos los objetos de valor. Las vigas de madera caían alrededor de ellos. El humo del

barrio de los borrachos los hacía toser y jadear. Jamie estaba perdiendo la batalla. Una ráfaga lanzó las llamas hacia él y estuvo a punto de caerse de la escalera. Al final tuvo que bajar, vencido.

—Es inútil —dijo sin aliento, con el rostro tiznado y el cabello chamuscado.

—¡Jamie, ayúdeme con la prensa, por el amor de Dios! —exclamó Nettlesmith y corrió hacia el interior. Maureen empezó a seguirlo pero Jamie la detuvo—. ¡No, quédate aquí! ¡Ten cuidado con tu vestido! —gritó antes de correr tras Nettlesmith. Maureen quedó rodeada de una lluvia de ascuas que caían del techo.

Retrocedió prudentemente hacia la acera del lado del mar y ayudó a los demás a poner los objetos rescatados en un lugar seguro. El techo entero ya estaba en llamas y las ascuas caían sobre Jamie y Nettlesmith mientras salían transportando la pequeña prensa. Una vez fuera, al ver que ya no se podía detener el fuego y que el edificio estaba perdido, los dos hombres intentaron regresar para rescatar los tipos, la tinta y el papel. Pero ya no se podía entrar en el edificio de madera. Se quedaron fuera, maldiciendo, hasta que unas vigas se derrumbaron y se vieron obligados a alejarse.

—Maldito fuego —exclamó Jamie y le pegó una patada a una caja. Luego se volvió al darse cuenta de que Maureen le había cogido la mano—. Lo siento mucho, mi amor —dijo con lágrimas en los ojos. Jamie la abrazó y dijo con fervor y sinceridad:

—Da igual, estás a salvo, y eso es lo único que importa —se dirigió a Nettlesmith y añadió—: Es terrible.

—Sí, pero no es una tragedia. —El hombre señaló el paseo marítimo. El extremo norte de la colonia estaba a salvo; el fuego no había afectado a Struan, a Brock ni a las legaciones—. Con suerte, el fuego no llegará hasta allí.

—Este viento acabará con todo.

—Sí. Aunque en la costa estamos a salvo…

Se acercó una brigada de bomberos con hachas entre los cuales se hallaba Dmitri; este, al ver el edificio del *Guardian*, se detuvo.

—Diantre, cuánto lo siento —les dijo—. Vamos a intentar hacer un cortafuegos.

—Jamie, vete con ellos. No te preocupes por mí —dijo Maureen —. Aquí ya no podemos hacer nada más —intervino Nettlesmith—. Yo cuidaré de ella. En esta zona estamos a salvo y si las cosas se ponen feas podemos refugiarnos en Struan. —Sacó un lápiz y un papel, chupó el lápiz con aire pensativo y empezó a escribir.

Mientras derribaban una choza de madera con las hachas, todos los edificios del sur estaban en llamas y el viento soplaba cada vez más fuerte. Redoblaron los esfuerzos, hasta que una ráfaga de ascuas los obligó a retroceder para ponerse a salvo. Dmitri, impotente, dijo:

—Dios mío, no sabía que el fuego podía propagarse con tanta rapidez. Estas casas son unos polvorines, son auténticas trampas mortales. ¿Y ahora qué hacemos?

—¿Qué tal si vamos allá arriba? —gritó Jamie, y señaló la valla. Enseguida echaron a correr, pero cuanto más se acercaba al Yoshiwara, el humo, el calor y el fuego se hacían cada vez más insoportables.

No podía hacer gran cosa, ni él ni nadie. De hecho, no había nada que hacer.

Las legaciones que se hallaban en el extremo norte no corrían peligro. Tampoco Struan, Brock, las casas vecinas, ni los almacenes, a pesar de que el viento soplaba cada vez más fuerte. El paseo marítimo y las calles estaban llenas de gente; todo el mundo se preparaba para el último intento y los soldados y los infantes de marina seguían acudiendo desde los barcos, que habían sido los primeros en dar la alarma. Los samuráis se dirigían en tropel hacia High Street con escaleras y cubos; llevaban máscaras y actuaban con eficacia. Se habían dividido en varios grupos y se dirigían hacia los puntos más peligrosos.

Sir William, con un abrigo encima del pijama, estaba a cargo de la legación. Pallidar, en la playa, supervisaba a los dragones que conectaban las bombas de agua al mar mediante unas mangueras. Miró hacia atrás y vio que el general caminaba en la oscuridad, acompañado de un oficial y un destacamento de soldados, y se detenía delante de sir William.

—Voy al barrio de los borrachos y al pueblo —dijo el general sin aliento—. Pienso dinamitar unas cuantas casas para hacer un cortafuegos, con su permiso. ¿Está de acuerdo?

—Sí, haga lo que sea, a lo mejor funciona. Si el viento no amaina estamos perdidos. ¡Dese prisa!

—He visto desde el acantilado que los fuegos se iniciaron en el Yoshiwara en tres o cuatro puntos diferentes y al mismo tiempo.

—Dios mío, ¿insinúa que alguien provocó el incendio?

—No lo sé, pero da igual si se trata de la obra de Dios, del diablo, o de un pirómano, ¡la cuestión es que este fuego va a acabar con todo!

Sir William vio que el almirante se acercaba desde el muelle de la legación, donde desembarcaban los infantes de marina y los soldados.

—Las barcas están listas para evacuar la zona —dijo Ketterer—. Hay sitio de sobra para todos los habitantes. Podemos dejarlas en la playa, creo que allí estarán a salvo.

—Muy bien. Esto puede ser muy peligroso.

—Sí, y altera todos los planes, ¿verdad?

—Me temo que sí. No podía haber ocurrido en un momento más inoportuno. —«Que Dios maldiga este fuego —pensó sir William irritado—. Lo complica todo; la reunión con Yoshi de mañana y el bombardeo de Kagoshima y, encima, tenía que ocurrir justo cuando Ketterer había aceptado obedecer las órdenes. ¿Qué demonios hacemos? ¿Damos la orden de evacuar la colonia? ¿Embarcamos a todo el mundo en la flota y regresamos a Hong Kong con el rabo entre las piernas? ¿O los llevamos a Kanagawa y no nos preocupamos de lo que nos puedan hacer los japoneses? No

podemos. Kanagawa es una trampa mucho peor y la bahía no es lo suficientemente honda para la flota».

Miró a Ketterer. El almirante tenía el rostro curtido y una expresión dura. «Dirá que tenemos que ir a Hong Kong —pensó asqueado—. ¡Maldito viento!».

—*Mon Dieu* —murmuró Angélique. Llevaba un abrigo encima del camisón y un sombrero. Había salido en cuanto oyó la primera voz de alarma. Era evidente que el fuego estaba a punto de alcanzarlos, así que regresó a su habitación. Rápidamente, colocó los cepillos, peines, cremas y bálsamos en una bolsa y luego su ropa interior. Se detuvo a pensar un momento y después, repuesta y sin miedo, abrió la ventana, le gritó a Ah Soh que no se moviera de allí y empezó a lanzarle los vestidos y los abrigos.

Ah Soh se sorbió los mocos y permaneció inmóvil. MacStruan, que se hallaba cerca de ella, le ordenó que se moviera y señaló el muelle donde los empleados estaban guardando las cajas con los documentos, los fusiles y las provisiones. Vargas, acompañado de más hombres, estaba ordenando los paquetes; MacStruan había decidido dejar el dinero en efectivo, el oro y ciertos documentos en la caja fuerte de hierro.

—Ah Soh, hija de puta —exclamó en un cantonés impecable—. Coge las cosas de la tai-tai, vigílalas y quédate allí aunque las llamas del infierno caigan sobre ti, ¡y si no lo haces, te daré una paliza que te dejaré las plantas de los pies hechas papilla! —Ah Soh lo obedeció en el acto—. Angélique —dijo, riéndose—. Nos avisarán con tiempo de sobra si hay que evacuar, así que puede quedarse dentro hasta que la llame.

—Gracias, Albert. —Vio a Gornt que la miraba desde la casa de al lado. La saludó con la mano y ella le devolvió el saludo. Ahora ya no tenía nada que temer. Albert le avisaría con tiempo y podría refugiarse del otro lado de la carretera o en los barcos. Estaba libre de preocupaciones. Poco antes había decidido lo que iba a hacer con André, con Skye y la mujer de Hong Kong. Y al día siguiente ya se las vería con Gornt.

Mientras tarareaba una melodía de Mozart, sacó un cepillo y se sentó delante del espejo para arreglarse y estar presentable delante de los demás. Igual que en los viejos tiempos. «Y ahora, ¿qué me pongo? ¿Qué será lo más adecuado?».

Raiko siguió al criado en medio de las ruinas de lo que había sido su posada. El criado llevaba una lámpara de aceite y caminaba con cautela, pisando las pasaderas siempre que podía, evitando las ascuas que el aire caliente mantenía encendidas. Raiko tenía el rostro tiznado, el cabello cubierto de ceniza y polvo, y el kimono chamuscado y hecho jirones. A pesar de que los dos llevaban máscaras, tosían y estornudaban de vez en cuando.

—Ve un poco más hacia la izquierda —dijo Raiko con voz ronca, pues tenía la garganta seca, mientras proseguía con la inspección. Solo quedaban los soportes de piedra que dibujaban unos cuadrados ordenados por encima de las cenizas y señalaban el lugar donde habían estado las viviendas.

—Sí, señora. —Siguieron caminando.

Raiko se sentía satisfecha, contenta consigo misma; recordaba que cuando se construyó el Yoshiwara, unos dos años atrás, y el gremio había escogido a las mama-san —con la aprobación del departamento del Bakufu— ella había sugerido que cada casa tuviera una bodega a prueba de fuego junto al edificio principal y que además tomaran la precaución de construir la caja fuerte de ladrillos bajo tierra. Muchas mama-san no estuvieron de acuerdo pues consideraron que era un gasto innecesario. «Da igual, ellas se lo han perdido. Mañana veremos cuántas gemirán y se golpearán el pecho por no haber seguido mi ejemplo».

Acababa de inspeccionar su caja. Unas escaleras conducían a la puerta de hierro. El interior estaba intacto. Todos los objetos estaban a salvo: los contratos, los documentos, los pagarés, los préstamos al Gyokoyama, los extractos del banco, la ropa interior y los kimonos más valiosos, tanto los de ella como los de las damas. Desde el

principio había impuesto la costumbre de guardar allí la ropa de calidad que no iban a utilizar por la noche, haciendo caso omiso de las quejas que suscitaba tanto trajín. «Hoy nadie se quejará», pensó.

Para gran alivio suyo, todas sus damas, el personal y los clientes habían sido localizados. Solo faltaban Fujiko, Hinodeh, Teko, Furansu-san y Taira, dos sirvientes y dos criadas. Pero eso no le preocupaba, estaba segura de que se habían refugiado en algún lugar. Un criado había visto a uno o dos gai-jin corriendo hacia la puerta.

—Debemos regresar —dijo, y en ese preciso instante algo le llamó la atención. Era un destello—. Espera. ¿Qué es eso?

—¿Dónde, señora?

Esperó. El viento avivó las ascuas y volvió a ver el destello, delante de ella, un poco más a la derecha.

—¡Allí!

—Ah, ya lo veo. —Con cautela, utilizó una rama para apartar las ascuas, avanzó un paso, alzó la lámpara y miró. Dio otro paso pero enseguida retrocedió cuando las ascuas que trajo una ráfaga cayeron sobre él.

—Déjalo, ya lo veremos mañana.

—Un momento, señora. —Con una mueca debido al calor, apartó más ascuas con la rama. Se quedó boquiabierto. Dos cuerpos carbonizados yacían uno al lado del otro y cogidos de la mano. El destello provenía de un anillo de oro torcido y casi derretido—. ¡Señora!

Raiko se acercó y miró horrorizada. «Deben de ser Furansu-san e Hinodeh —pensó en el acto—, él siempre llevaba un anillo de oro; incluso me acuerdo de que me lo ofreció hace un par de días».

Y, también en ese mismo instante, la invadió una profunda emoción ante la visión de las dos manos entrelazadas; acostados en el lecho de brasas encendidas parecían estar sobre una cuna de piedras preciosas, de rubíes, que brillaban, vivían, morían y volvían a

nacer gracias a las corrientes de aire, igual que lo harían ellos hasta el final de los tiempos.

«Ah, qué triste —pensó, con los ojos anegados de lágrimas—; es tan triste y, sin embargo, tan hermoso. Qué tranquilos están, ahí tumbados, que suerte han tenido de morir juntos, cogidos de la mano. Deben de haber decidido tomar el veneno juntos. Han actuado con gran sabiduría».

Se enjugó las lágrimas y murmuró: «*Namu Amida Butsu*» a modo de bendición.

—Los dejaremos descansar en paz y mañana ya decidiremos lo que haremos con ellos.

La mama-san y el criado se detuvieron al mismo tiempo. Se miraron el uno al otro y luego se volvieron hacia el sur y contemplaron el cielo. El viento había amainado.

LVIII

Miércoles, 14 de enero

—Ya no queda nada de Yokohama, William —dijo el general al rayar el alba. Se hallaban en el acantilado contemplando la colonia, con Pallidar a su lado y montados a caballo. El humo seguía llegando hasta ellos. El general tenía el rostro magullado y sucio, el uniforme hecho jirones, el gorro rasgado y la visera quemada—. Creí que sería mejor que lo vieras por ti mismo. Lo siento, ha sido la voluntad de Dios.

—Sabía que habría muchos daños, pero no imaginaba… —Las palabras se desvanecieron. Sir William no salía de su asombro. Ninguno de ellos había dormido. Todos los rostros reflejaban el cansancio y la preocupación; tenían la ropa chamuscada y sucia, la de Pallidar estaba rasgada y era el que ofrecía peor aspecto. El sol que empezaba a salir les permitió ver lo que había ocurrido desde Hodogaya hasta el Tokaidō.

El Yoshiwara y el pueblo habían dejado de existir, así como casi todo el barrio de los borrachos y más de la mitad de la colonia incluyendo las caballerizas. Aún no habían recibido el informe definitivo con el número de bajas, pero les habían llegado toda clase de rumores y todos eran desalentadores. Todavía no había razones para creer en una catástrofe. Muchos acusaban a los japoneses de haber provocado el incendio, aunque nadie sabía quiénes habían sido ni quién había dado la orden; además, la destrucción del Yoshiwara y del pueblo tampoco les reportaba ningún beneficio.

—¿Dará la orden de evacuar la colonia?

Sir William se sentía atenazado por miles de preguntas y presagios.

—Primero llevaremos a cabo una inspección. Gracias, Thomas. Pallidar, acompáñeme. —Dirigió el caballo hacia la cuesta y se detuvo un momento delante de la legación—. ¿Hay alguna novedad, Bertram?

—No, todavía no nos han confirmado el número de las bajas ni los hombres.

—Vaya a ver al notable del pueblo, al shoya, y pídale que averigüe cuántas bajas ha sufrido y que venga a verme lo antes posible.

—No hablo japonés, sir William, y Phillip Tyrer no está aquí.

—¡Pues búsquelo! —«Imbécil», pensó, y cuando se alejó al trote se sintió un poco mejor.

Bajo el cielo despejado, los habitantes de Yokohama recogían los restos de sus moradas y de sus vidas. Sir William, acompañado de Pallidar, recorrió High Street, donde saludaba a todo el mundo y respondía a las preguntas diciendo:

—Déjenme echar primero una ojeada. He convocado una reunión en el club a las nueve y media y a esa hora ya sabré algo.

A medida que se acercaba al barrio de los borrachos, el olor de las viviendas calcinadas se hacía cada vez más intenso. Alrededor de las dos de la madrugada el fuego se había extinguido rápidamente y había dejado de propagarse de casa en casa. Gracias a eso la colonia se había salvado. Las legaciones estaban intactas, así como el puerto, las oficinas y los almacenes de Struan, Brock, Cooper-Tillman y otros. Lunkchurch lo había perdido todo.

El fuego se había detenido justo delante de la iglesia de la Santa Trinidad y no llegó a dañarla; sir William dio gracias a Dios por el milagro. Al final de la calle, la iglesia católica se había quedado sin ventanas y sin techo; las vigas humeantes y carbonizadas hacían que pareciera una boca abierta con los dientes podridos.

—Buenos días, ¿dónde está el padre Leo? —preguntó a un hombre que trabajaba en el jardín.

—En la sacristía, sir William. Me alegro de verle sano y salvo.

—Gracias. Lamento lo ocurrido en la iglesia. He convocado una reunión en el club a las nueve y media, ¿me hará el favor de comunicárselo a los demás? Por supuesto, el padre Leo también puede venir.

Delante, en el canal, vio a los habitantes del pueblo que se paseaban por la zona o formaban grupos sentados en el suelo. Del otro lado del foso, en lo que había sido el Yoshiwara, las mujeres, los cocineros y los criados se habían reunido alrededor de la única estructura que seguía parcialmente en pie. Los samuráis seguían apagando algún que otro fuego. Los llantos y los gemidos se confundían con la brisa.

—Es terrible, señor —opinó Pallidar.

—Sí. —Sir William suspiró y una vez más intentó sacar fuerzas de flaqueza. Sabía que tenía que dar ejemplo y no le cabía la menor duda de que iba a comportarse tal y como correspondía al ministro en Japón de su Majestad Británica—. Sí, lo es, pero mire eso, ¡Dios mío! —El campamento en el acantilado no había sufrido ningún daño —. Nuestro soldados se han salvado, igual que los cañones, la artillería y las municiones. ¡Y mire allí!

En la bahía, la flota estaba intacta, las banderas ondeaban orgullosamente y los cúteres iban de un lado a otro llevando y trayendo a los hombres de los barcos para comer, beber y dormir.

—Todo es recuperable menos las vidas humanas. Coja a unos cuantos soldados y cuente el número de personas que hay. Necesito saber el número de bajas y sus nombres antes de la reunión de las nueve y media.

—Buenos días, sir William. —Con el rostro pálido por el cansancio, Jamie McFay se dirigía hacia él desde los escombros de un edificio del cual solo quedaba una pila de hierros torcidos, los restos de las camas y demás muebles y madera carbonizada. Tenía la ropa quemada y el cabello chamuscado—. ¿Sabe cuántas bajas hemos tenido? ¿Hay alguna novedad?

—Todavía no sé nada definitivo. Santo cielo… ¿Es eso lo que queda del edificio del *Guardian*?

—Me temo que sí. Pero mire. —Jamie le sostuvo las riendas y le tendió una hoja impresa con un titular medio borroso que decía: «Fuego en el Yokohama. Se sospecha que ha sido provocado. Struan y Brock no han sufrido daños; el ejército, la marina y los barcos están a salvo. Se cree que en el Yoshiwara y en el pueblo ha habido un gran número de bajas». El artículo era muy escueto; prometía otra edición por la tarde y se disculpaba por la mala calidad de la impresión—. Anoche me enteré de que Phillip ha desaparecido, ¿es verdad?

—No lo sé. Espero que aparezca, aunque yo también oí el rumor. —Sir William suspiró—. Corren muchos rumores pero no confío en ellos. Decían que Zergeyev y André habían muerto en el Yoshiwara, pero acabo de ver a Zergeyev. Así que lo mejor será esperar. —Señaló la hoja del periódico—. ¿Le importa que me la quede? Gracias. He convocado una reunión a las nueve y media para discutir sobre lo que vamos a hacer; me gustaría que viniera y nos diera su opinión.

—Me temo que no hay mucho de que hablar. Estoy agotado.

—Hay muchas cosas que discutir, Jamie. Hemos tenido mucha suerte. El ejército y la marina… —Sir William se quitó el sombrero—. Buenos días, Miss Maureen. —A pesar de que llevaba el mismo vestido, estaba limpia, lozana y sonriente.

—Buenos días, sir William. Me alegro de que usted y la legación no hayan sufrido ningún daño. Buenos días, cariño —dijo con una sonrisa. Lo cogió del brazo, cuidándose de no darle un beso por mucho que deseara hacerlo; estaba tan atractivo con la ropa quemada y con esa expresión de consternación en el rostro sin afeitar. Solo necesitaba una sopa caliente, un whisky y unas cuantas horas de sueño y volvería a estar como nuevo.

Ambos observaron a sir William alejarse. Jamie agradeció la proximidad de Maureen. De pronto la desdicha y el temor ante el futuro volvieron a asomar y se volvió hacia ella y la abrazó con

fuerza. Ella se fundió en él, feliz, y esperó mientras le transmitía su fuerza.

Poco después, Jamie volvió en sí y recuperó el valor y la seguridad en sí mismo.

—Que Dios te bendiga; casi no puedo creerlo, pero me has devuelto a la vida. —Se acordó de Tess y de las cinco mil libras que le había sonsacado, y de cuando Maureen le había dicho: «Ya verás como mañana las cosas irán mucho mejor» y sintió una enorme alegría—. Dios mío, preciosa —dijo, y la volvió a abrazar—. Tenías razón. Estamos vivos y tenemos mucha suerte; ahora sé que todo irá bien, ¡gracias a ti!

—No exageres —contestó con una sonrisa y con la cabeza junto a la suya, sin querer separarse todavía—. Yo no hice nada. —«Ha sido Dios —pensó—, es ese don especial que Dios ha conferido a las mujeres»—. Es la vida. —Aunque dijo «vida», deseaba en realidad haber dicho «amor» pero no lo hizo a pesar de que estaba convencida de que se trataba de eso.

—Estoy muy orgulloso de ti, cariño. Anoche estuviste magnífica.

—Pero si no hice nada. Vamos, tienes que dormir una siesta.

—No hay tiempo para siestas, tengo que ir a ver al shoya.

—Debes dormir una siesta antes de la reunión y te despertaré con una taza de té. Puedes hacerlo en mi cama; Albert me ha dicho que podemos utilizar la habitación hasta que queramos y no pienso dejar que nadie te moleste.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Jamie con una sonrisa a pesar de su agotamiento.

Ella lo abrazó.

—Te cogeré la mano y te contaré un cuento. Vamos.

Tyrer abrió los ojos y creyó que estaba en el infierno; le dolían los huesos, le ardía el pecho al respirar, tenía los ojos irritados y la piel le atormentaba. En medio de la oscuridad llena de humo, vio dos rostros de facciones japonesas que lo miraban; los labios dibujaban

unas sonrisas crueles y esperaba que en cualquier momento volvieran a coger los bieldos para seguir torturándolo. Uno de los rostros se acercó. Él retrocedió y profirió un grito de dolor. A través de la neblina oyó que alguien hablaba en japonés y luego en inglés.

—Taira-sama, despierta, ¡estar a salvo!

La niebla que le invadía la mente empezó a disiparse.

—¿Nakama?

—Sí. Estar a salvo.

En ese momento se dio cuenta de que la luz provenía de una lámpara de aceite. Le pareció que estaban en una cueva y Nakama le sonreía. Igual que el otro rostro. ¡Era el de Saito! Era el primo de Nakama, el que estaba interesado en los barcos… No, este no es Nakama, ¡es Hiraga, el asesino!

Intentó levantarse pero perdió el equilibrio y fue a dar contra la pared del túnel. Hubo un momento en que la jaqueca le nubló la vista y empezó a toser; la bilis y el sabor del humo le produjeron arcadas. Cuando acabó de vomitar, sintió que alguien le acercaba una taza a los labios. Bebió el agua helada con avidez.

—Lo siento —murmuró. Hiraga volvió a envolverlo con una manta—. Gracias.

En cuanto recobró las fuerzas, en su mente empezó a aparecer un caleidoscopio de imágenes que se fundían para crear otras; recordó las paredes en llamas, cuando Hiraga lo cogió y lo obligó a correr, cuando se cayó e Hiraga lo levantó, mientras las casas se derrumbaban alrededor de ellos y las ramas de los arbustos les arañaban los rostros. No podía respirar, jadeaba, e Hiraga le gritaba: «Rápido, por aquí… no, por aquí, atrás; no, no vayas por ahí…». Sabía que le faltaba algo, pero volvía a levantarse para seguir huyendo y se dejaba llevar entre los muros de fuego que los rodeaban y en medio de los gritos de las mujeres. Luego, en la boca del aljibe, cuando el fuego estaba a punto de alcanzarlos y empezaron a bajar, vio una luz, el rostro de Saito, y, de pronto, el recuerdo le asaltó como un relámpago…

—¡Fujiko! ¿Dónde está Fujiko? —había gritado.

—Rápido, baja —respondió Hiraga, alzando la voz por encima del rugido de las llamas—. Ella estar muerta, cuando yo encontrarte ella estar muerta… ¡dar prisa o morir!

Ahora lo recordaba con toda claridad. Salió del aljibe y se puso a correr; el fuego había arreciado, y aunque estaba seguro de que corría hacia la muerte, tenía que verla para asegurarse de que era verdad. De pronto se cayó de bruces, sintió un dolor agudo en el cuello, pero intentó levantarse; hacía un calor asfixiante, y lo único que recordaba era una mano de hierro que se dirigía hacia su cuello.

—Tú… ¿Tú me detuviste cuando salí a buscarla?

—Sí. No habrías llegado. Fujiko muerta, cuánto lo siento, yo ver a ella. Ella muerta, y tú también si ir allí, así que pegarte y traerte aquí. Fujiko muerta en habitación.

Tyrer se puso de pie haciendo un gran esfuerzo y se sintió un poco mejor. A pesar de que el humo tapaba los rayos de sol que entraban por la boca del aljibe, vio que ya era de día.

—*Dozo* —dijo Akimoto con una sonrisa y le tendió un taparrabos y un kimono.

—*Domo* —repuso Tyrer, sorprendido al ver lo quemado que estaba su kimono. Tenía varias quemaduras en las piernas, aunque no eran graves. Hiraga escaló el pozo y volvió a asomar la cabeza, pero el calor lo obligó a regresar.

—Es inútil. Demasiado calor. Toma —dijo Hiraga y le ofreció otra taza de agua que Tyrer aceptó enseguida—. Taira-sama, será mejor que vayas por ahí. —Señaló el túnel—. ¿Encontrarte bien?

—Sí. ¿Estás seguro de que Fujiko estaba muerta?

—Sí.

—¿Qué ocurrió? Yo estaba durmiendo cuando de pronto… ¿fue una bomba? Ahora lo recuerdo… Creo que salí disparado hacia el otro extremo de la habitación… Tuve la impresión de que una bomba había estallado debajo de la casa. ¿Fue eso lo que ocurrió? ¿Y por qué el fuego? ¿Por qué se incendió todo?

Akimoto sonrió y dijo en japonés:

—Taira-sama, tuviste mucha suerte. De no haber sido por Hiraga estarías muerto. ¿Lo entiendes?

—*Hai, wakarimasen*. —Tyrer se inclinó ante Hiraga con gran solemnidad y añadió en japonés—: Gracias, Hiraga-sama, estoy en deuda contigo. Gracias por salvarme la vida. —Se sintió mareado—. Lo siento, pero necesito descansar un rato. —Se sentó con torpeza —. ¿Qué ocurrió?

—Hablaremos en inglés. El fuego ser debido a que un hombre malo conseguir una bomba de fuego y hacerla estallar aquí; el viento propagar fuego hasta Yokohama y…

—¿También se incendió la colonia? —inquirió Tyrer estupefacto.

—No lo sé, Taira-sama. No hemos tenido tiempo de comprobarlo, pero no quedar nada de Yoshiwara, y creer que pueblo tampoco.

Tyrer se levantó y se dirigió al aljibe.

—No, por ahí no, tener que ir por ahí. —Hiraga encendió otra lámpara—. Seguirme.

Una o dos horas antes, Hiraga había intentado mirar por la boca del aljibe que daba al barrio de los borrachos, pero hacía tanto calor que se vio obligado a regresar. Quizá los ladrillos ya se habían enfriado y podría comprobar el alcance del incendio. Pero antes tenía que encargarse de Tyrer.

El éxito de la versión que iba a ofrecerle dependía de si habían cogido a Takeda vivo o no. Estaba dispuesto a arriesgarse y a suponer que no lo habían hecho y entonces su historia, que tampoco distaba tanto de la verdad, resultaría creíble.

—Hombre malo querer destruir a gai-jin, echar gai-jin de Japón. Hombre de Bakufu. Bakufu querer gai-jin fuera, Yoshi querer echaros. Pagar espía para provocar incendio, echar culpa a shishi, pero ser hombre de Bakufu.

—¿Tú lo conoces?

Hiraga sacudió la cabeza.

—Hombre de Satsuma, mama-san decir a mí.

—¿Raiko-san?

—No, Wakiko, de otra casa de té —repuso Hiraga tras inventarse el nombre.

A Tyrer la historia no le sorprendió. Otra vez los Satsuma, los demonios de Sanjiro.

Al llegar a la abertura del pozo, Hiraga señaló hacia arriba.

—Ser igual que otro. Primero yo ir a ver. —Le tendió la lámpara a Tyrer y empezó a subir. Los ladrillos seguían calientes. Con cautela, asomó la cabeza para echar un vistazo. Lo que vio lo aturdió. Desde la tierra de nadie, ahora se veía directamente hasta el mar; el barrio de los borrachos, el pueblo y todo lo que había en la zona que abarcaba hasta el extremo norte habían desaparecido. No le importó ver que varios edificios de los gai-jin permanecían intactos. No quedaba nada de Yokohama. Volvió a reunirse con Tyrer.

—¿Qué ha ocurrido, Hiraga-sama?

—Ir tú a ver. Yo quedar. Ahora, vete. Hiraga no poder ir. Samuráis seguir buscándome, *neh?*

Tyrer vio los ojos que lo observaban y contempló a ese extraño que había arriesgado su vida por él. Y era la segunda vez que lo hacía. ¿Qué más puede hacer un amigo por otro además de arriesgar su vida para salvarlo?

—Sin ti, sé que habría muerto. Te debo la vida. No basta con darte las gracias.

Hiraga se encogió de hombros en silencio.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Cómo?

—Por si quiero verte o ponerme en contacto contigo.

—Yo quedar aquí. Taira-sama, no olvidar que Yoshi poner precio a mi cabeza, *neh?* Por favor, no decir nada de túnel. El Bakufu y Yoshi querer apresarme. Si Taira-sama hablar, yo muerto, no poder escapar.

—No se lo diré a nadie. ¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo?

—A la hora de ponerse el sol, venir aquí y gritar por la boca del pozo. Yo estar aquí a esa hora. ¿Entender?

—Sí. —Tyrer le tendió la mano—. No temas, no se lo diré a nadie y haré todo lo posible por ayudarte. —Hiraga le estrechó la mano con firmeza.

—¡Phillip! Phillip, hijo mío, cuánto me alegro de que estés bien… —Sir William se dirigió hacia Tyrer para abrazarlo con una expresión de alivio en el rostro—. Corrían rumores de que te habías quedado atrapado en el Yoshiwara; ven y siéntate, pobre muchacho. —Le ofreció la mejor silla del despacho, junto al fuego—. Santo cielo, tienes un aspecto espantoso, ¿qué demonios te ha ocurrido?, necesitas una copa. Ahora mismo te serviré un brandy.

Tyrer se relajó en la silla y se sintió mucho mejor. Tras el horror que le invadió al ver los daños, se encontró con unas cuantas personas en los muelles, donde estaban los heridos. Nadie hablaba de los muertos. Luego, cuando vio las legaciones, los edificios de Struan y Brock y las zonas no afectadas, el campamento del ejército y la flota, empezó a tranquilizarse. Daba la impresión de que nadie sabía quiénes ni cuántos habían desaparecido y por eso se fue directamente a la legación. Sorbió el brandy.

—Es verdad que quedé atrapado en el Yoshiwara. Estaba con… con mi chica y, bueno, ella ha muerto. —La desdicha volvió a apoderarse de él.

—Dios mío, lo siento mucho. Es extraño, tu otro amigo, Nakama o Hiraga, también ha muerto.

—¿Cómo?

—Sí. —Sir William se sentó delante de él y siguió hablando alegremente—. Seguro que era él. Una patrulla lo encontró en la tierra de nadie cuando el fuego se inició en el barrio de los borrachos; al principio creyeron que era un saqueador y le dieron caza, pero luego lo reconocieron, le dispararon, lo hirieron para detenerlo; pero fíjate que a ese loco no se le ocurrió otra cosa que lanzarse a un edificio en llamas que resultó el depósito de aceite. El

sargento dijo que poco después hubo una explosión y saltó todo por los aires.

—No es posible por…

—Estoy de acuerdo en que es sorprendente que un hombre se arroje a las llamas de esa manera, es ridículo. Lamento tener que decir que dos muchachos murieron a causa de la explosión. ¡Ha sido una verdadera lástima!

Alguien llamó a la puerta.

—Sir William, ha venido el shoya —dijo Bertram.

—Que pase. No podía haber llegado en un momento más oportuno. Phillip, antes de irte puedes hacer de intérprete. Adelante, adelante, señor shoya.

El shoya, alerta, se inclinó con respeto.

—Mi señor saludarle, shoya —tradujo Tyrer. Seguía aturdido, estaba ausente y deseaba irse a descansar y pensar en todo lo ocurrido—. Por favor, decir cuánta gente perder en el incendio.

—Por favor, dígale que le agradezco su interés pero que no se preocupe por nosotros. —Al shoya le sorprendió la pregunta ya que era una cuestión que no concernía en absoluto a los gai-jin y se preguntó dónde estaba la trampa.

—Mi señor decir que querer saber cuántas personas morir.

—Ah, cuánto lo siento, no lo sé con exactitud, pero creo que murieron cinco pescadores y dos familias —repuso el shoya con cortesía; tuvo que inventarse las cifras después de que el jefe de los gai-jin insistiera en saber el número exacto. En realidad, nadie había muerto y tampoco perdieron ningún barco ya que les habían avisado con tiempo de sobra.

—Mi señor decir cuánto lo siente y si poder ayudar al pueblo.

—Ah, sí, sí, por favor, dele las gracias; las familias le agradecerían unas cuantas bolsas de arroz y un poco de dinero, si pudieran darles algo de comida… —El shoya se calló para darles tiempo para pensar en ello. ¿Sería otra trampa?

—Mi señor decir que enviará comida al pueblo. Por favor, decir cómo empezar el incendio.

El shoya pensó que tenían que estar verdaderamente locos si creían que les iba a responder. Era demasiado peligroso meterse en política, y más aún entrometerse entre los shishi y el Bakufu. Aunque lamentaba las pérdidas que le iba a suponer la inminente marcha de los gai-jin, estaba tranquilo porque no todo se había perdido. Los libros, los recibos y los lingotes estaban a salvo y, además, el acuerdo con el gai-jin Jamie seguía en pie. Estaba seguro de que la empresa mixta no se vería perjudicada.

También se enorgullecía de los shishi por haberse atrevido a echarlos y a imputarle la culpa al Bakufu. «*Sonno-joi*. Estamos mucho mejor sin los gai-jin. Mejor tenerlos aislados en Deshima como antes. Abriré una sucursal en Nagasaki y estaré listo para cuando vuelvan, si lo hacen».

—Cuánto lo siento, pero supongo que habrá empezado en una cocina —dijo mientras hacía una reverencia—. Por la noche solo se cocina en el Yoshiwara, nosotros no lo hacemos; le ruego que me disculpe, no sé nada más.

—Mi señor decir que unos soldados ver a ese Nakama, o Hiraga, el shishi que el señor Yoshi buscar, e intentar cogerlo. Él huir y morir en el fuego. ¿Usted conocerlo?

Los presentimientos del shoya se triplicaron, aunque también le había llegado la noticia de la muerte de Hiraga.

—Les ruego que me disculpen —dijo—. No es un cliente mío, los shishi no son clientes míos. ¿Ha muerto? Me alegro de que el asesino haya muerto. ¡Me alegro muchísimo!

Sir William suspiró, cansado de tantas preguntas y respuestas.

—Phillip, dale las gracias y dile que puede irse.

Cuando el hombre se hubo marchado, sir William dijo:

—Ahora vete, y quiero que estés listo para salir a las doce.

—¿Cómo dice?

—Para ir a Kanagawa, a la reunión con Yoshi. ¿Lo habías olvidado?

Tyrer estaba atónito.

—No creo que nos espere —dijo en un hilo de voz. Se sintió invadido por la náusea ante la idea de una reunión interminable traduciendo los matices del tratado—. ¡Seguro que no acudirá!

—Por eso vamos —repuso sir William con una sonrisa—. Para desorientarlo, ¿eh? Somos británicos y no una panda de cobardes. Solo hemos sufrido un ligero contratiempo, un percance sin importancia. —Se puso el abrigo—. Te veré a las doce, y ponte tus mejores galas.

—Pero no vendrá, no lo hará después de lo ocurrido.

—Sí que vendrá. Y si no lo hace, el que quedará mal será él, no nosotros.

—No puedo, sir William, no puedo hacer de intérprete. Estoy… estoy agotado y no puedo, hoy no, lo siento.

—Me temo que tendrás que hacerlo.

Tyrer percibió la leve sonrisa y la misma frialdad e inflexibilidad de antes.

—Lo siento, pero no puedo, señor. Por favor, pídaselo a André, él lo hará mucho mejor que yo.

—Tendrás que hacerlo —repuso sir William malhumorado—. André Poncin ha muerto.

Tyrer casi se cayó de espaldas.

—No puede ser… ¿Cómo?

—En el Yoshiwara. Me enteré justo antes de que llegaras, por eso me alegré tanto cuando supe que estabas vivo. —Al decirlo, sir William se acordó del sobre que André le había entregado para que lo guardara en la caja fuerte de la legación y que debía abrir en caso de su muerte—. Henri lo identificó, supo que era él porque llevaba el anillo con su sello… Bueno —dijo, asqueado—. El pobre hombre murió carbonizado en su *garçonière*. Tengo entendido que solo estaba a unos cuantos metros de la tuya, en la misma casa de té. Has tenido mucha suerte, Phillip. Te espero a las doce.

Salió a la calle para ir al club. Los hombres acudían de todas las direcciones. Al pasar al lado de Struan contempló el edificio y se alegró de que el fuego no lo hubiera alcanzado, al igual que al de

Brock. «Es una buena señal —pensó—, Brock está mucho mejor en manos de Gornt que de Norbert». Vio a Angélique que miraba por la ventana y la saludó con la mano. Ella le devolvió el saludo. «Pobre Angélique, me pregunto si Henri ya le habrá dado la noticia de la muerte de André». Cuando oyó el tumulto que provenía del club y que llegaba hasta él, los habituales gritos, tacos y choques de vasos, suspiró y se concentró en los problemas de la colonia.

En cuanto entró todos salieron. El club estaba atiborrado de gente, incluso había personas en los escalones junto a la puerta. Se dirigió hacia la barra para saludar a los demás ministros, Seratard, Erlicher y Zergeyev, que tenía el rostro vendado debido a las quemaduras y llevaba el brazo en cabestrillo. Todas las personalidades estaban presentes; muchos de los asistentes estaban vendados, algunos tenían huesos rotos, pero todos tenían los rostros congestionados por el alcohol.

—Buenos días. Me alegra comunicarles que hemos tenido mucha suerte…

Lo interrumpieron los abucheos y los gritos: «Y un cuerno, estoy arruinado… Qué demonios dice… Dejadle hablar… Está lleno de puñetas, es que no ha visto… Ah, por el amor de Dios, ¡callad!…».

Esperó y luego prosiguió en un tono algo más duro.

—De veras hemos tenido suerte; solo ha muerto André Poncin… —Se oyó un murmullo de lamentaciones pues todos apreciaban su música—. Y ningún otro habitante de nuestra comunidad. Monsieur Seratard ha identificado el cadáver y el funeral se celebrará mañana. Por desgracia, hemos perdido a dos soldados; el funeral también será mañana. En el barrio de los borrachos han desaparecido un par de hombres pero nadie de aquí los conocía. Nuestro ejército ha resultado indemne, igual que las armas, las municiones y la marina. Hemos tenido mucha suerte y propongo que demos gracias al Señor. —En medio del silencio, añadió—: Me gustaría pedirle al padre que celebrara unas vísperas especiales al anochecer, están todos invitados. ¿Hay alguna pregunta?

—¿Y qué ocurrirá con nuestros negocios? Yo me he quedado sin nada.

—Para eso están los seguros contra incendios, Mr. Lunkchurch. —Un estallido de carcajadas lo obligó a callar—. ¿Qué ocurre?

Heatherly Skye, el agente de seguros que representaba a la compañía de Hong Kong, intervino:

—Lamento tener que decir, sir William, que la póliza de Barnaby caducó la semana pasada y no quiso renovarla hasta primeros de mes para evitarse gastos.

—Lo siento. En cualquier caso, he enviado una carta al gobernador de Hong Kong para comunicarle que he declarado la colonia zona catastrófica… —Todos lo aclamaron y gritaron «¡Viva el viejo Willie!» pues significaba que no tardarían en atender las reclamaciones—… de modo que para que todas las reclamaciones sean válidas necesitarán mi firma y, además, tendrán que justificarlas…

Otro clamor, esta vez de enfado, pues sir William era famoso por su puntillosidad, al contrario que la mayoría de funcionarios del Gobierno de Hong Kong, y muchos habían considerado el incendio como una oportunidad caída del cielo para inflar los inventarios.

Cuando callaron, sir William añadió con dulzura:

—No haremos ninguna excepción, y cuanto antes me lleguen las reclamaciones, antes las aprobaré, las firmaré y las enviaré a Hong Kong… —Cuando todos empezaron a dirigirse hacia la puerta, sir William gritó en un tono de voz sorprendente para un hombre tan pequeño—: ¡Todavía no he terminado! El siguiente punto que quiero tratar es el de la existencia de ciertas personas bastante insensatas que creen que hay que abandonar la colonia. El Gobierno de Su Majestad no tiene la menor intención de marcharse de aquí. Por otro lado, espero que se ayuden los unos a los otros como auténticos caballeros británicos y…

—¿Y qué hay de los malditos yanquis? —gritó alguien en medio de los abucheos y aclamaciones.

—Ellos también lo son —repuso, tras recuperar el buen humor—. Así que comportaos como caballeros y reconstruidlo todo lo antes posible. Es importante que lo hagáis. Debemos afianzar nuestras posiciones en Japón porque también quería decirles que corren rumores de que el incendio fue provocado.

—Es verdad, lo dijo mi *musume*.

—Cabe la posibilidad de que lo haya provocado Nakama, el samurái, aquel que el Bakufu busca por sus actividades revolucionarias a pesar de que Mr. Tyrer y yo, y creo que Mr. McFay también, lo apreciábamos; no creíamos que fuera peligroso y era una fuente de información muy valiosa para nosotros.

—Es cierto —intervino Jamie—. Dudo de que haya sido capaz de provocar el incendio, al menos eso creo.

—Sea como sea, sabemos que está muerto y que lo cogieron en circunstancias muy sospechosas. Todos deben estar alertas porque si ha sido provocado, cosa que dudo, estoy seguro de que habrá más, si Dios lo permite. Bueno, ese es uno de Sus privilegios…

—Amén —dijeron varios, agradecidos de seguir vivos.

—… así que tienen que estar alertas ante la menor señal de peligro, pero vamos a seguir con nuestras vidas de antes y volver al trabajo. Muchas gracias y que pasen un buen día.

—¿Y qué hay del Yoshiwara? ¿Y la casa de Mrs. Fortheringill?

Sir William pestañeó. «Dios mío, debo de estar haciéndome viejo», reflexionó; no había pensado en el Yoshiwara, a pesar de que era lo único que hacía que la vida en Japón fuera soportable, incluso para algunos la volvía deseable.

—Estoy seguro de que Mrs. Fortheringill tenía un buen seguro. En cuanto al Yoshiwara, ahora mismo empezaremos una recolecta que durará una semana. Yo mismo la inauguro con veinte guineas y, bueno, dado que estaba en la zona catastrófica, el Gobierno de Su Majestad participará y aportará la misma cantidad del total de las donaciones…

En medio de los vítores y los golpes en la espalda, sir William intercambió unas cuantas palabras con los demás ministros y les

comunicó que la reunión con Yoshi seguía en pie, que él y Seratard irían a reunirse con él, y los invitó a cenar para celebrar una reunión privada. Una vez en el paseo marítimo, se frotó las cejas. Satisfecho, se dirigió a su casa.

—¡Oye, mira! —gritó alguien detrás de él. Se volvió y observó, sorprendido y lleno de envidia, igual que los demás hombres que abandonaban el club.

En la zona arrasada donde había estado el pueblo, todos los hombres, mujeres y niños trabajaban y limpiaban con el mismo afán para lograr un único objetivo: reconstruir lo que había desaparecido. Ya habían erigido dos casas, con sus techos y las paredes shoji y había otras a medio construir. La gente cogía la madera y las paredes shoji de una pila junto a la puerta del sur.

«Es una lástima que nuestros muchachos no sean igual de diligentes», pensó atónito. Del otro lado del foso y del puente reparado, vio más actividad; ya habían levantado una puerta provisional que se balanceaba con la brisa.

Desde allí veía los caracteres chinos escritos en la puerta y que tanto apreciaba y recordaba; también habían garabateado la versión en inglés: «el deseo apremia, hay que satisfacerlo».

Aquella misma tarde, el mar estaba agitado y el cielo nublado. El cúter de Struan, que regresaba de la reunión en Kanagawa con Yoshi, navegaba rumbo a su amarre de Yokohama. El banderín de sir William ondeaba en el mástil. En la cabina, sir William y Seratard dormitaban; Tyrer dormía plácidamente. Cuando el contramaestre hizo sonar el pito para pedir a los demás cúteres apiñados en el muelle que le cedieran el paso, le respondieron a gritos: «Espera que te llegue el turno», y toda clase de blasfemias.

Sir William abrió los ojos y gritó al contramaestre:

—Déjenos en el muelle de Brock. —Y cuando el contramaestre le repuso que a Mr. MacStruan no le agradaría, sir William rugió—:

¡Haga lo que le digo! —Los demás se despertaron sobresaltados, salvo Tyrer que, tras murmurar algo, volvió a entregarse al sueño.

La reunión había transcurrido tal y como sir William había planeado. No se había celebrado. Llegaron puntuales, esperaron media hora, luego mandaron llamar al gobernador local y Tyrer le dijo que no entendían por qué no había acudido el señor Yoshi:

—¿Está enfermo?

—Ah, cuánto lo siento, no lo sé…

—Mi señor decir: preguntar por la salud del señor Yoshi, decir a él. En cuanto señor Yoshi estar bien, hacer la reunión. —El gobernador se sonrojó, volvió a disculparse y se alejó, enfadado tras comprobar que los gai-jin no se habían marchado. Por supuesto, todas las personas civilizadas de ahí a Yedo habían visto el incendio y supusieron que los gai-jin, que seguirían lamiéndose las quemaduras, se embarcarían para abandonar Japón para siempre.

Después de que el gobernador y su séquito se marcharan, sir William propuso ir a comer y condujo a Seratard a la bodega.

—Vamos a celebrarlo, Henri. ¿Qué le apetece beber? Anoche tuvimos mucha suerte; salvo André, pobre hombre.

—Sí, ha sido una verdadera lástima. Pero es la voluntad de Dios —Seratard fruncía el ceño mientras miraba las etiquetas de las botellas—. ¡Ah! Un Montrachet del cincuenta y uno. ¿Cojo dos botellas?

—Por lo menos. George también vendrá. Ya que estamos podríamos catar un Margaux; le recomiendo uno del cuarenta y ocho, un Château Pichon-Longuville, y un Château d'Yquem para el *pudding*.

—Muy bien. Es una lástima que no tengamos queso. ¿Está seguro de que Yoshi no vendrá?

—Si lo hace, no lo recibiremos.

—En la reunión del club dijo que esta noche nos invitaba a cenar. ¿Quería hablarnos de algo en particular?

—Sí. —La bodega estaba a una temperatura agradable. Sir William cogió una botella de champán y empezó a abrirla—. Creo

que tenemos que simular que el fuego no fue tan grave y seguir adelante con el plan de atacar a Sanjiro y su capital, Kagoshima.

—¿Ahora? —Seratard estaba atónito—. ¿Pero no le parece que sería muy peligroso enviar la flota ahora que estamos tan expuestos? Sería tentarlos demasiado.

—Exacto, ahí voy. Propongo enviar únicamente a los buques de guerra británicos; su buque insignia y el ruso se quedarán aquí, con los buques mercantes armados. La orden de desembarco del ejército será anulada y solo enviaremos a los infantes de marina. Y los bombardearemos desde el mar. —Descorchó la botella y sirvió—. De ese modo, la misión de Ketterer será mucho más fácil; nunca le gustó la idea de desembarcar en las costas de Satsuma. Así podrá cargárselos desde la bahía. A su salud.

Los dos hombres entrechocaron las copas mientras Seratard le daba vueltas al plan para buscarle los fallos o cualquier detalle que pudiera perjudicar los intereses de los franceses. Y no encontró ninguno. Al contrario, le beneficiaba para llevar a cabo su plan de ganarse la confianza de Yoshi, pues le ayudaría a demostrarle que los británicos eran unos bárbaros, al contrario de los franceses, y que podía confiar en Francia, a la que él representaba, por su paciencia y perspicacia.

—Una cosecha maravillosa, William. *En principe*, estoy de acuerdo, pero me gustaría consultarlo con mi almirante.

—¿Y por qué no? Claro que sí…

La comida fue agradable. Poco tiempo después, en el cúter, sir William se hallaba en el puente cuando la embarcación atracó en el muelle de Brock, un acontecimiento sin precedentes. Vio a Gornt con un empleado junto a unos baúles en las escaleras del muelle.

—Espero que no le importe, Mr. Gornt —le dijo—. Soy el comandante del cúter y lleva mi bandera, no la de Struan.

—Es un placer para mí, sir William. ¿Qué tal ha ido la reunión?

—Ese cabrón no apareció, supongo que no nos esperaba.

—Ha quedado fatal con nosotros.

—Bastante. —«Precisamente esa era mi intención», pensó sonriendo para sus adentros, y añadió, señalando los baúles—: ¿No irá a marcharse?

—No señor, pero esta noche me voy a Hong Kong para adquirir materiales de construcción para nosotros y el resto de la colonia.

—Qué buena idea. Le deseo un buen viaje. —Se quitó el sombrero para despedirse y se marchó con Seratard. Tyrer, agotado, los siguió arrastrando los pies y apenas saludó a Gornt.

—Periera, suba los baúles a bordo —dijo Gornt—. Dígale al capitán que ahora voy. Ah, hola, doctor. —Hoag se dirigía hacia él a paso rápido acompañado de unos criados chinos cargados con un baúl y varias maletas.

—Hola Edward, me he enterado de que también va a viajar en el *Atlanta Belle*. —Hoag resollaba y se le veía agobiado; tenía los ojos enrojecidos y la ropa y las manos manchadas de sangre y sucias—. ¿Le importa si le pido a su gente que me suba esto a bordo? Muchísimas gracias. —Y se marchó corriendo, sin ni siquiera esperar una respuesta.

—Periera, súbalo a bordo. —Gornt frunció el ceño. «¿Por qué Hoag tendrá tanta prisa en marcharse?», se preguntó.

Había dado instrucciones precisas para asegurarse de que Brock iba a funcionar correctamente durante su ausencia; había dejado una lista de los comerciantes a los que se podía vender a crédito y a los que no. Esperaba cualquier día a los representantes de Choshu para hablar de los envíos de armas; pensaba quedarse con ese negocio cuando se hundiera Brock, también había planeado adquirir el local y conservar a los empleados a unos precios de saldo. Se rio para sus adentros. También había oído rumores de que a lo mejor transferían la concesión del carbón de Yoshi a Seratard a través de la compañía de André Poncin, y quizá estarían dispuestos a recibir más ofertas. Había dado orden al agente de cambio de que lo hiciera en secreto.

Periera estaría temporalmente al mando de la compañía. La noche anterior, después de enterarse de que las oficinas de Jamie se

habían incendiado, había pensado en ofrecerle el cargo a él, pero se sorprendió cuando aquella misma tarde Jamie le dio las gracias y rechazó la oferta tras decirle que se sentía con ánimos de volver a empezar.

«Da igual, Jamie me sustituirá en la colonia cuando todo esto pertenezca a Rothwell-Gornt». Se llevó la mano al bolsillo.

Encontró el sello de Norbert y las dos cartas para Tess. El cinturón donde llevaba el dinero le pesaba con los Mex de plata y el oro de Brock. Muy bien. Ya estaba todo listo.

«Y ahora, Angélique».

—Hola, Edward —dijo Angélique con una sonrisa cálida. Era la primera vez que lo recibía en su gabinete particular. Ah Soh estaba junto a la cubitera de hielo y Gornt advirtió que la puerta del dormitorio estaba cerrada, las cortinas corridas y las lámparas de aceite encendidas a pesar de que todavía no había oscurecido; la habitación era muy femenina y acogedora y ella se comportaba de un modo recatado, extraño. La tensión fue en aumento.

—Hoy para variar tengo vino blanco —dijo Angélique de buen humor—. La Doucette. Si quieres también tengo whisky.

—Prefiero vino. Tienes un aspecto inmejorable.

—Y tú también, amigo. Por favor, siéntate aquí, junto al fuego. —El vestido azul y negro era nuevo; el corte la favorecía, con un cuello muy sencillo. Pero a Gornt le agradó ver que se había cubierto los hombros con un chal de varios colores, lo cual producía un efecto sorprendente; era como un aliento de primavera en un día de enero.

—Ah Soh, querer vino —dijo Angélique, y después de que la criada los sirviera, añadió—: ¡Esperar fuera! ¡Si necesitar, llamar! ¡Si necesitar, llamar! —Ah Soh salió de la habitación arrastrando los pies y cerró la puerta de un portazo.

—Seguro que estará con la oreja pegada a la puerta —dijo Gornt en voz baja.

Angélique se echó a reír.

—¿Para escuchar nuestros secretos? ¿Qué clase de secretos puede haber entre nosotros? ¡Te deseo un buen viaje, Edward! —Sorbió el vino y depositó el vaso—. ¿Ya has hecho las maletas?

—Sí, ya está todo listo. Estás hermosa y te quiero y me gustaría que me respondieras a la pregunta que te hice.

Angélique empezó a abanicarse.

—Te admiro enormemente, Edward.

—No más de lo que yo te admiro a ti. Pero ¿qué me dices? ¿Sí o no?

El abanico se cerró de golpe. Angélique le sonrió, abrió una caja en su escritorio y le tendió un sobre dirigido a Mrs. Tess Struan.

—Por favor, lee la carta. Se la daré a Hoag para que la lleve a Hong Kong, es mi respuesta a su carta.

La caligrafía era muy esmerada.

> «Querida Mrs. Struan:
>
> »Le agradezco su carta y su generosidad.
>
> »Estoy dispuesta a aceptar todas sus condiciones: juro solemnemente renunciar a todos y cada uno de mis derechos sobre el patrimonio de su hijo; acepto no volver a utilizar el nombre de Struan; acepto que soy católica y que según mi Iglesia no estoy casada; acepto no volver a pisar Hong Kong salvo para hacer escala, y tampoco intentaré ponerme en contacto con usted o con cualquier miembro de su familia; acepto abandonar este lugar en el plazo de una semana; y acepto, con mi más sincero agradecimiento, su oferta de cederme un fondo de dos mil guineas al año hasta el resto de mis días».

La carta no estaba firmada y al pie ponía: «Certifico que la firma es auténtica, sir William Aylesbury, ministro en Japón» y quedaba un espacio en blanco para añadir su firma y la fecha.

Gornt alzó la vista.

—No puedes hacerlo. Con esto se lo das todo.

—¿Acaso no me aconsejaste que aceptara sus condiciones?

—Sí, pero te dije que llegaras a un acuerdo, que negociaras con ella.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Si te parece bien, le pediré a sir William que la firme antes de que te marches. El doctor Hoag me prometió que se la llevaría en el barco de esta noche así que cuando llegues ya la habrá recibido.

—Pero seguro que te das cuenta de que con esa carta se lo cedes todo; ¿cómo quieres que yo, o cualquier otra persona, negocie en tu nombre?

—Hay otra hoja. —La sacó de la caja, abrió el abanico y empezó a moverlo lentamente.

Gornt volvió a concentrarse. La escritura no era tan clara como la otra y en algunas partes la tinta se había corrido. Se preguntó si las manchas eran de lágrimas.

> «Querida Mrs. Struan:
>
> »Por razones obvias esta parte de la carta debe ir por separado ya que solo nos concierne a usted y a mí y no a sir William. Le agradezco una vez más su generosidad. Tras recibir su amable oferta de elevar la cantidad en caso de que me vuelva a casar, o como usted diría, de que me case por primera vez en el plazo de un año, he de decirle que no puedo aceptarla porque no tengo intenciones de volver a casarme ni de casarme por primera vez…».

Gornt volvió a alzar la vista, sorprendido.

—¿Esa es la respuesta?

Angélique agitó el abanico.

—Sigue leyendo —le contestó.

Gornt prosiguió con la lectura:

«Ante Dios, no puedo evitar pensar que realmente me casé, a pesar de que, como ya he dicho, estoy dispuesta a renunciar a cualquier reclamación pública y legal. No tengo intenciones de volver a casarme… No deseo hacerle daño ni ofenderla, pero estoy decidida a no casarme otra vez… de ninguna manera. Pienso establecerme en Londres lo antes posible; me siento más británica que francesa, mi lengua materna es el inglés más que el francés, ya que mi tía fue mi verdadera madre.

»Como ya he dicho, no pienso utilizar el nombre de Struan, pero tampoco puedo evitar que los demás lo hagan. Sir William no acepta que firme Angélique, o Angélique Richaud, e insiste en que ponga Mrs. Angélique Struan, de soltera Richaud, para que la carta sea legal pues, según él y sus conocimientos de la ley británica, es mi nombre legal hasta que me vuelva a casar».

—¿Te lo ha dicho? —preguntó Gornt con aspereza.

—No, pero Mr. Skye dice que si alguien se lo pregunta no podría decir que no.

—Ah —asintió Gornt con aire pensativo. Sorbió un poco de vino y siguió leyendo:

«Si hubiera algo en la carta que no le agradase, le ruego que me lo haga saber a través de Mr. Gornt, que me ha comunicado que piensa ir a visitarla, y cuando me traiga su carta lo firmaré. Puede confiar en él plenamente, fue un buen amigo de su hijo y ha sido muy amable conmigo. Él me aconsejó aceptar sus condiciones, al contrario que Mr. Skye. Le saluda atentamente,

Angélique».

Gornt se reclinó en su silla y la observó, atónito.

—Es maravilloso. Maravilloso. A pesar de que aceptas todas sus condiciones, sigues sosteniendo la espada de Damocles sobre su cabeza…

—¿Por qué?

—Piensas establecerte en Londres; por lo tanto, estarás sometida a la ley británica, lo cual supone una amenaza latente y obvia. No utilizas ni una sola vez la palabra «marido», pero la amenaza está ahí; a mí me pones en el medio como amigo de los dos bandos y en una posición perfecta para negociar. Y por muy rebuscada que sea esa mujer, si ella intenta obligarte a firmar cualquier condición, tú podrás derramar unas cuantas lágrimas, suspirar, acusarla de coacción y ganar. ¡Es absolutamente maravilloso!

—¿Entonces crees que debo pedirle a sir William que certifique mi firma?

—Sí —dijo, cautivado por su inteligencia, su osadía, y por lo peligrosa que podía llegar a ser. Quizá incluso demasiado—. Le has ganado por la mano.

—¿Por qué?

—La única manera de que Tess pudiera estar a salvo era si tú te volvías a casar y eso ahora ya no será posible. —Angélique dejó de mover el abanico y lo observó. Luego empezó a abanicarse otra vez. Él le devolvió la carta y pensó: «Esta mujer tiene la astucia de un demonio, aunque a mí no me gana»—. Skye te ha aconsejado muy bien.

—Nadie me aconsejó; fue algo que tú dijiste lo que me lo sugirió.

A Gornt se le encogió el corazón.

—¿Alguien más ha leído esta carta?

—No. Y no lo hará nadie. Puede ser un secreto entre tú y yo.

Al oír «puede ser», Gornt se preguntó adónde quería ir a parar; se sentía descorazonado aunque no lo demostraba. Se levantó para atizar el fuego de la chimenea y darse tiempo para pensar. El aire

seguía oliendo al humo del incendio pero no lo advirtió, solo estaba pendiente de ella.

«¿Cómo demonios se le habrá ocurrido hacer algo así? Es brillante, ha puesto todas las cartas boca arriba, para los dos. Ha ganado, vencerá a Tess, pero yo he perdido. De todas formas, tendré que negociar por ella y ahora estoy más seguro que nunca de que podré pedir más dinero, pero Angélique no me ha concedido nada y me ha revelado sus planes. He perdido. No compartiré el gran premio: ella».

—Así que supongo que la respuesta a mi pregunta es no, tiene que ser no.

Solo se movía el abanico.

—¿Por qué? —preguntó ella sin reflejar la menor emoción.

—Porque en cuanto digas que sí, perderás la partida, perderás todo el poder que tienes sobre Tess Struan.

—Sí, lo perdería todo. —Cerró el abanico en silencio y lo depositó sobre el regazo. Su intensa mirada no se apartó de la de él.

Hubo un momento en que Gornt se sintió hipnotizado hasta que su mente volvió a ponerse en acción y la esperanza se apoderó de él.

—Dices que lo perderías todo, ¿quieres decir que lo harías, pero que no lo harás? ¿Que no lo perderás todo?

Angélique sonrió. Era una respuesta.

«Otra vez la Mona Lisa —pensó—, es curioso cómo cambia su rostro, cómo consigue que yo crea que cambia, lo rebuscada que puede llegar a ser, y lo alerta que tendré que estar para amaestrar a esta fiera. Sigo sin entenderlo, pero un corazón débil nunca podrá conquistar a una verdadera dama». Tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer sentado.

—Te quiero por todas las razones por las que un hombre quiere habitualmente a una mujer, pero también por tu astucia. Ahora, te pregunto formalmente, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí —repuso ella.

LIX

—¡Aleluya! —exclamó Gornt, sin apartarse de la chimenea.

Angélique dejó de abanicarse.

—¡Aleluya! ¿Eso es todo? —murmuró.

—Oh, no, claro que no. Pero antes dime cuáles son tus condiciones.

Ella rio.

—¿Es necesario que haya condiciones?

—Estoy empezando a conocer el modo en que funciona tu mente…, a veces.

—¿Cuándo embarcarás en el *Atlanta Belle*?

—En el último momento. Tenemos muchas cosas de que hablar.

—Sí, Edward. ¿Educaremos a nuestros hijos como católicos? ¿Nos casaremos por la Iglesia católica?

—¿Es una condición?

—Solo una pregunta.

Edward se tomó su tiempo para contestar, pues pretendía moverse con cautela en ese mar infestado de rocas.

—No se me ocurre nada en contra. Como sabes, no soy católico, pero si eso es lo que deseas no tengo ningún problema —la última pieza del rompecabezas se iluminó en su mente con una fuerza inusitada—. ¡Eureka!

—¿Qué ocurre?

—Nada, es solo una idea. Ya hablaremos en otro momento. Ahora, basta de juegos, Angélique. ¿Condiciones? ¿En qué estás pensando?

Angélique se puso de pie. Se acercó a Gornt de puntillas y le dio un beso en los labios.

—Gracias por pedirme que me casara contigo, y por todo lo que ya has hecho por mí.

Gornt le rodeó la cintura con los brazos. Ambos se dieron cuenta de que sus cuerpos parecían hechos el uno para el otro, pero ninguno dijo nada.

—¿Las condiciones?

—Adivina cuáles son, Edward.

Ahora que ella había contestado la pregunta más importante, Gornt no tenía ninguna prisa.

—Creo que puedo adivinar tres —dijo, divertido con el juego—. Si acierto, ¿me dirás las demás?

—De acuerdo.

Angélique sentía el recio cuerpo de Gornt apoyado contra ella, y le gustaba. A su vez, a Edward el contacto le hacía perder poder de concentración. «Ten cuidado, esa es su principal baza —pensó Gornt —, y este juego ha llegado al momento más delicado. Es hora de decidir el futuro. ¡Mierda!». Había sido demasiado fácil hacer que el beso pareciera auténtico, y también lo sería alzarla en brazos y llevarla a la cama en la habitación de al lado, y así perder la apuesta —cualquiera que fuera el resultado— antes incluso de llegar a la puerta.

Le resultaba más excitante reservarse para más adelante, a la espera del instante oportuno —como hizo con Morgan Brock— para satisfacer su deseo. Mientras tanto, tenía que apartar esos pensamientos y tratar de adivinar las intenciones de Angélique. ¿Tres condiciones? Podría adivinar por lo menos cinco, pensó, y sintió que también necesitaba ganar ese juego, igual que necesitaba ganar en todo lo que emprendía en la vida.

—Vale, pero no las tomes necesariamente en este orden —dijo—. Una es que consiga negociar y que ella ofrezca más, digamos por lo menos cuatro mil al año. Otra condición: que pasemos un tiempo en París y Londres, algo así como un mes cada dos años; teniendo en

cuenta los días de viaje, serán estancias de unos seis meses. Después está el dinero de Tess. Sea lo que sea, quedará en tus manos. —Observó que los ojos le brillaban y comprendió que había ganado—. Y una cuarta condición, por si acaso: tengo que amarte apasionadamente toda la vida.

—Eres tan listo, Edward. Sé que seremos muy felices. Aunque…, cinco sería mejor que cuatro, y dos meses mejor que uno.

—Intentaré adivinar la quinta pero no te prometo nada —dijo él sin vacilar—, y estoy de acuerdo en que sean dos meses. Pero lo demás no cambia. ¿Algo más?

—Nada importante. Necesitaremos una casa en París, pero cuando conozcas mi ciudad a ti también te gustará la idea. Nada más, solo has de prometerme que me cuidarás.

—Eso no tienes que pedírmelo, pero si es lo que quieres, te lo prometo. Eres más deseable que ninguna otra mujer a la que haya conocido —dijo, abrazándola con más fuerza. Ella se apoyó en su hombro, sintiéndose protegida, aunque todavía no confiaba plenamente en ese hombre—. Eres maravillosa, Angélique, te mire por donde te mire.

Ella sonrió sin apartarse de sus brazos.

—¿Qué quieres decir?

—Un matrimonio por la Iglesia católica.

—¡Ah!

—¡Sí! ¡Ah! —exclamó él, riendo—. Eso, mi astuta señora, es tu solución ideal, porque, gracias a tu carta, se me ocurrió de repente pensar lo que ya habías decidido: un matrimonio por la Iglesia católica hace que dejes de ser una amenaza para Tess Struan. Para siempre. Para Tess, un matrimonio católico anula totalmente el protestante, la ceremonia realizada en el mar, por más lícito que sea en términos del derecho inglés.

—Ibas a decir que pensaste que si podías convencerme para que me casara contigo y, después, tú, como protestante, ofrecerte deliberadamente a ese sacrificio, entonces esa mujer seguramente

estaría encantada de darte lo que deseas, para nosotros dos, si lo que pedimos es razonable. ¿No es así?

—Sí. ¿Qué habías pensado pedirle?

—No gran cosa, pero Malcolm me habló una vez sobre la importancia del Jockey Club, tanto en Hong Kong como en Shanghái. Me dijo que, además de los Consejos de Shanghái y de Hong Kong, es allí donde se concentra todo el poder comercial. Con la influencia de Tess podrías conseguir un escaño en esas «instituciones».

—Eres única, Angélique. Por ti sí que me convierto al catolicismo.

—Eso no es necesario, Edward.

—Shanghái te encantará. Ahora soy yo el que pondré algunas condiciones.

—¡Vaya!

A Gornt le agradó ver que su mirada traslucía cierta preocupación. «La verdad es que no necesito imponer condiciones; un marido tiene derechos inalienables, por ejemplo todos los bienes terrenales de su mujer. Gracias a Dios por este mundo de hombres».

—La primera condición es que me quieras con todo tu corazón.

—Oh, sí, lo intentaré, y me esforzaré por ser la mejor esposa. ¿Qué más?

—Eso es todo, pero has de prometerme que me dejarás que te enseñe a jugar al bridge y al mah-jong. Así ya no necesitarás sisar dinero.

Angélique lo miró fijamente unos instantes. Un beso selló el pacto y él tuvo que apartarse pues estaba demasiado excitado.

—No puedo esperar más, Angélique.

—Yo tampoco.

—Ahora tenemos que elaborar nuestro plan. No tenemos mucho tiempo. Primero hay que conseguir la firma de sir William. Querida, estoy tan contento de que hayas aceptado mi proposición.

—Soy tan feliz que no encuentro las palabras para expresártelo. Cuando vuelvas, ¿nos quedaremos aquí o nos iremos a Shanghái?

—A Shanghái, lo antes posible, apenas se hundan los Brock.

—Ah, los Brock… ¿Estás seguro? Todo nuestro futuro depende de eso, ¿verdad?

—Y de Tess. Pero sí, tengo pruebas suficientes. Y el odio de Tess bastará para enterrarlos vivos. Ella ha debido de darse cuenta, si no jamás nos hubiera hecho esa oferta. Incluso así, tenemos que andarnos con pies de plomo. En privado es diferente, pero durante seis meses (es el tiempo que tardaré en poder llevarte a Shanghái), tu reputación debe mantenerse intacta. En esos meses hay que montar la empresa, Gornt-Rothwell, y poner en claro tus finanzas. Hemos de comportarnos como si fuéramos buenos amigos, nada más. ¡Oh, cómo te adoro!

—¿Te parece adecuado hacer un contrato de matrimonio?

—No, pero si tú lo deseas, lo haremos. Pero no es necesario, ¿verdad? Nuestras vidas ya están entrelazadas, incluso ahora formamos una sola entidad. El éxito depende de nuestra acción conjunta. No olvides nunca que Tess es astuta y traicionera. Con ella no hay vuelta de hoja cuando has cerrado un pacto. Aun así, te prometo que obtendrás lo que deseas.

«No me cabe ninguna duda», pensó Angélique.

Estupefacto, sir William dejó las últimas páginas de André sobre la mesa. Todas estaban escritas en francés y de su puño y letra.

—Dios mío —musitó, reclinándose en su vieja y cómoda silla. La atmósfera en esa habitación era agradable; los leños ardían en la chimenea y las gruesas cortinas impedían las corrientes de aire.

Sintiéndose viejo y cansado, sir William se sirvió una copa, mientras seguía sin poder creer lo que había leído. La última parte de la carta del padre de Angélique sugería con claridad un minucioso plan para hundir a Malcolm Struan; en otras páginas figuraban fechas y detalles de la violación por parte del ronin asesino en Kanagawa, sobre su extraña muerte en la legación francesa; también el nombre de la mama-san que había proporcionado el medicamento pagado con los «pendientes extraviados» y otros

desagradables detalles (las toallas y uno de los frascos, que André arrojó al mar; el otro lo había conservado como prueba y lo tenía en un cajón de su escritorio en la legación).

La carta introductoria decía:

«Sir William:

»Cuando lea estas líneas, ya estaré muerto. Quiero que se utilicen estas pruebas en caso de que sufra una muerte violenta. Confieso abiertamente que utilicé mis conocimientos para extraerle dinero a Angélique —chantaje, si prefiere esa palabra—, pero usted y yo sabemos que el chantaje es una herramienta diplomática de muchísimo valor, y los dos hemos hecho uso de ella más de una vez. Le transmito esta información pues es posible que me asesinen, aunque mi muerte parezca accidental. No será necesariamente Angélique la culpable, pero es posible que todo ocurra a causa de ella, o que alguien actúe instigado por ella. Hay más de uno dispuesto a matar por Angélique (Babcott, McFay, Gornt). Todo lo que sé acerca de cada una de sus manipulaciones —no me atrevo a decir "crímenes"— me convierten en un blanco perfecto.

»Estas cartas le proporcionan pruebas que le permitirán atrapar al asesino. No le deseo nada malo a Angélique. La utilicé porque la necesitaba, pero nunca me acosté con ella. Recuerde que, aunque mi muerte parezca accidental, podría tratarse de un asesinato. Que sea lo que Dios quiera, ya me he confesado (aunque le ruego que no le cuente nada de lo anterior al padre Leo). Que Dios me ayude.

»¿Por qué le cuento todo esto a usted y no a Henri? ¿Por qué?».

«Sí, ¿por qué me lo ha contado a mí? ¿Cómo es posible que esa muchacha haya podido esconder esos secretos tanto tiempo? Y escondérselos a Malcolm Struan, sobre todas las cosas. Escondérselos a George y a Hoag. Es imposible, no puede ser verdad.

»Aparte de la carta del padre de Angélique —e incluso eso podría ser, fuera de contexto, una exageración—, el resto no es más que el punto de vista de André, a menos que ella se vea atrapada y confiese. Estas historias podrían muy bien ser el producto de una mente enferma. Por supuesto que él también la quería. Cuántas veces lo habremos visto inclinarse ante ella. Por ejemplo, esa vez en que Vervene lo encontró en la habitación de Angélique…».

Sir William sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Pobre André… con su enfermedad a cuestas. Seratard se lo había contado. La sífilis era endémica en todas las capas de la sociedad, en todo el mundo, en todas las ciudades, en San Petersburgo, Londres y París, en los palacios y en las zonas más marginales de la Casbah, en China y allí mismo, en su Mundo Flotante.

«Ay, ¿por qué me has dejado esta inmensa carga? Es extraño que hayas muerto de esa manera, junto a la muchacha que compraste para destruir. ¡Cuánta maldad! Aunque ella tenía posibilidad de elección. André, tu muerte fue accidental», pensó sir William, sin estar totalmente seguro.

—Todo es muy extraño, William —le había dicho Henri esa misma mañana—. Los cuerpos, quiero decir, los cadáveres, pueden ser una pista más precisa. Yacían como si hubieran muerto antes de que se desencadenara el incendio. Ninguna señal de que hayan tratado de escapar. Pese a todo André era un superviviente nato, y en un incendio escapar es una reacción instintiva. Uno no se queda ahí, esperando que el fuego lo destruya. No es posible.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta?

—No lo sé. Puede haber sido un suicidio pactado entre los dos, antes del incendio. Veneno. Es cierto que últimamente André se comportaba de un modo muy extraño, próximo a la demencia.

Además, necesitaba dinero desesperadamente para pagar la suma estipulada en el contrato de la muchacha. Aparte de eso, no creo que André haya querido suicidarse. ¿Tú qué opinas?

«No, André no era un suicida —pensaba sir William—. ¿Lo habrán envenenado? ¿Y también a la muchacha? Oh, Dios Todopoderoso, ¿es posible que haya sido así? ¿Quién lo habrá hecho?».

Profundamente preocupado, cerró los ojos. Cuanto más se esforzaba en resolver ese enigma, más se alejaba de una posible solución. Oyó que la puerta se abría con sigilo. Entró su criado, dispuesto a saludarlo, pero al ver al ministro tan pálido, tan envejecido, se estremeció y pensó que podía estar dormido. Le sirvió un whisky y lo puso sobre la mesa sin hacer ruido. Su vista tropezó con las cartas de André y, siempre de puntillas, se marchó.

Unos minutos más tarde sir William escuchó que alguien golpeaba a la puerta. Se despejó y vio a Babcott que asomaba la cabeza.

—¿Tiene un minuto para mí, sir William?

—Oh, George, por supuesto —sir William guardó las cartas en una carpeta, consciente de la atracción que parecía emanar el atado —. Siéntese, por favor. ¿Un whisky? ¿Qué ocurre?

—Nada. —A Babcott se le veía más cansado que nunca—. No le molestaré mucho tiempo. Solo quería decirle que me voy a dormir unas horas. Hasta ahora hemos contado tres muertos, tipos del barrio de los borrachos. Uno era un australiano, propietario de una taberna. A los otros dos no los hemos podido identificar, no llevaban papeles encima. Es posible que aún aparezcan otros cuerpos, pero quién sabe… A nadie parece preocuparle mucho.

—¿Y qué ha ocurrido en el pueblo y en el Yoshiwara?

—Nunca sabremos cuántos muertos hay allí. Los japoneses consideran este tipo de estadísticas como un secreto nacional. No les culpo, los intrusos somos nosotros. Pero me imagino que no se han perdido muchas vidas, ni tampoco en nuestro Yoshiwara a Dios gracias. ¿Sabía que todas las posadas tienen un refugio subterráneo para casos como este?

—Vaya, sí que son listos. Deberíamos imitarles.

—Lo siento tanto por André… —dijo Babcott—. Hemos tenido mucha suerte. Phillip se salvó milagrosamente, aunque está muy dolorido por la muerte de la muchacha. ¿No cree que sería conveniente darle dos semanas de permiso? ¿Que se vaya unos días a Hong Kong o a Shanghái?

—El trabajo es su mejor terapia. Además, lo necesito aquí.

—Tal vez tenga razón. Oh, qué cansado estoy —añadió, bostezando—. ¿Sabía que Hoag se marcha esta noche?

—Sí, ya me lo ha dicho. Ya sé que usted le dijo que era necesaria su presencia aquí. Supongo que Tess le ha ordenado que se presente ante ella lo antes posible…, con un informe. Querrá saber si Angélique está embarazada.

—Sí. Pero también se trata de algo personal, sir William. De golpe Hoag arde en deseos de regresar a la India. Cree que allí le aguarda la felicidad. Espero que la encuentre, es un gran médico, pero habla demasiado. ¿Le mencionó el contenido de la carta de Tess?

—¿De la dirigida a Angélique? No. Solo me dijo que ella no se la había querido enseñar. Heatherly ha estado aquí hace un rato, y tampoco dijo nada al respecto, solo que Angélique quería que le certificara la firma en una carta que piensa enviarle a Tess Struan.

Babcott pareció reanimarse.

—De verdad que me gustaría saber qué le dice en esa carta.

—Me limitaré a certificar la firma; no me interesa conocer el contenido.

—Lo lamento tanto por ella. Me gustaría poder ayudarla, haría cualquier cosa… Es una joven excelente, y todo lo que le ha ocurrido es una injusticia. Ha sido injusto, para ella y para Malcolm. Bueno, me voy. Al menos estoy contento porque ella se queda con nosotros. Seguro que acabará casándose aquí otra vez. Volveré a pasar dentro de unas horas.

—Que descanse, George. Y gracias por todos sus esfuerzos. Por cierto —dijo sir William, que no quería que Babcott se marchara,

aunque temía que si se quedaba se sentiría tentado de hacerle partícipe de las confidencias de André y de pedirle consejo—, ¿cuándo volverá a ver a Anjo?

—Dentro de una o dos semanas, cuando se le haya acabado el láudano. Sin ese medicamento lo pasará muy mal.

—¿No hay esperanza?

—No. Vivirá solo unos meses. Las pruebas han sido claras. Por dentro está hecho trizas. Yoshi es nuestro hombre. ¿Quién cree usted que ordenó el incendio, Anjo o Yoshi?

—Puede haber sido cualquiera de los dos, o los dos a la vez. Nunca lo sabremos. George, dígame, desde el punto de vista médico, si a una mujer se le administran sedantes, ¿es posible que un hombre se aproveche de ella sin que se dé cuenta?

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Por nada, se me ha ocurrido al oírle mencionar el láudano. Hace unos días Zergeyev me expuso unas descabelladas teorías acerca de las drogas, tanto de las buenas como de las malas. Dígame, ¿es posible?

Tras una pausa, Babcott asintió, sin creer la explicación de sir William. Sabía cuán sutil podía llegar a ser el viejo ministro, y volvió a preguntarse por el motivo de esa súbita curiosidad, pero no se atrevió a insistir.

—Si la dosis es potente y el hombre no se comporta como un salvaje, entonces sí, es posible.

Esperó algún comentario de sir William, pero este se limitó a mover la cabeza con aire pensativo.

Cuando Babcott se marchó, sir William abrió nuevamente el archivo.

Le temblaban los dedos mientras releía la carta de André. «Todo está perfectamente claro —se dijo—. La droga que le administraron a Angélique en Kanagawa fue el primer eslabón de la cadena de macabros acontecimientos. Si se hubiera despertado, el hombre la habría matado, de eso no hay duda. Se salvó, pero quedó destrozada. Me pregunto por qué ese hombre no la mató de todos

modos, por qué la dejó con vida. Nada parece tener sentido. ¿Y qué ocurrió en la legación francesa la noche en que el hombre regresó? Si no hubiera sido por George…

»¿Y qué cabe pensar de George? Si fue capaz de darle un sedante tan potente, también es posible que haya hecho lo mismo con André para eliminar a un chantajista que molestaba a la mujer que él ama. Una sobredosis de la misma droga, quizá.

»¿George Babcott? Dios mío, debo de estar volviéndome loco. ¡Es imposible que Babcott sea un asesino!

»¿O es posible?

»¿Y Angélique? ¡No puedo creer que haya sido capaz de haber hecho todo lo que André me cuenta en sus cartas!

»Sin embargo…

»¿Qué diablos puedo hacer?».

LX

—Disculpe, señor —dijo Bertram—. Mademoiselle Angélique quiere verle.

—Hágala pasar. Después puede retirarse. La cena es a las nueve. Asegúrese de que el *Atlanta Belle* no zarpe sin mis envíos.

—Sí, señor. Solo ha venido ella. Mr. Skye no ha venido.

Sir William se levantó de su vieja silla. Estaba cansado y no se sentía muy bien. La carpeta con las cartas de André seguía sobre el escritorio, semioculta bajo otros papeles.

—Buenas noches. ¿Cómo está, Angélique?

—Oh, muy bien, gracias —respondió con una voz desprovista de matices—. Espero que Mr. Skye le haya dicho que necesito que certifique mi firma esta misma noche.

—Sí.

Sir William se dirigió al escritorio. Su concentración se hallaba resentida por las imágenes tan vívidas descritas por André en sus cartas.

—Por favor, siéntese. ¿Qué ocurre? —preguntó sir William con voz amable.

—Nada, es que… esta tarde me he enterado de lo de André. Habría venido antes pero… —Con gran esfuerzo, Angélique apartó esos pensamientos y trató de concentrarse en el asunto que la había llevado al despacho de sir William—. ¿Puede decirme cómo debo firmar?

Sir William se sintió molesto al advertir que el espectro de André volvía a invadir esa habitación.

—Pues, la verdad es que no lo sé muy bien. Tengo entendido, según me ha dicho Mr. Skye, que usted llegó a un acuerdo con Tess Struan para, entre otras cosas, renunciar al título de señora de Malcolm Struan.

—Por favor, puede leer la carta si lo desea.

—Se lo agradezco, pero no es necesario —replicó, resistiendo la tentación de leer el breve aunque seguramente jugoso documento —. Lo que usted tenga que decirle a Tess Struan no es asunto mío…, a menos que necesite mi consejo.

Angélique negó con la cabeza sin decir palabra.

—Bueno, entonces… Skye tiene una teoría jurídica. No estoy seguro de que tenga razón, pero no veo nada en contra. Usted renuncia definitivamente a llamarse Mrs. Struan. Pero, tal como Skye ha señalado correctamente, solo después de haber firmado, así que le conviene firmar «Mrs. Angélique Struan», apellido de soltera, «Richaud». Eso cubre todas las posibilidades.

Sir William observó que Angélique reflexionaba. No podía dejar de pensar en lo que André le había contado desde la tumba. «No es posible que esta mujer nos esconda secretos tan terribles —pensó—. Es imposible».

—Aquí tiene —dijo Angélique—. Ya está hecho.

—Me siento obligado a preguntarle si está segura de estar haciendo lo correcto. Recuerde que nadie la fuerza a firmar este documento, contenga lo que contenga.

—Firmo por propia voluntad. Ella…, Tess Struan me ha ofrecido una solución…, llegar a un compromiso. La verdad es que… me parece una solución justa.

—Bien. No se vaya todavía. Me gustaría invitarla a la cena de mañana. Ya sabe, estaremos los de siempre. También quisiera invitar a Jamie y a Miss Maureen.

—Sí, gracias, creo que podré venir… Hacen una bonita pareja, ¿verdad? Y ella es un encanto. ¿Cree usted que se casarán?

—Si Jamie no se casa, entonces es un tonto. Se la quitarán si no lo hace pronto. Bromas aparte, la verdad es que he lamentado

mucho la muerte de André. ¿Le ha dicho Henri cómo lo encontraron?

De golpe, los ojos de Angélique se llenaron de lágrimas.

—Lo siento —dijo sir William—. No quería… no pretendía molestarla.

—Por favor, no ha sido usted, es que cuando lo recuerdo me pongo muy mal, aún no consigo… Henri me lo dijo hace una hora, que André y la muchacha, juntos… Se ha hecho la voluntad de Dios para los dos. ¡Qué triste y, sin embargo, qué hermoso! Henri me contó también lo de la enfermedad. ¡Pobre André! ¡Qué terrible debe de ser estar enfermo y tan enamorado! André fue muy bueno conmigo y, si he de serle sincera —añadió, sintiendo que necesitaba decir la verdad en voz alta—, a veces no se comportó muy bien del todo. Pero en el fondo era un buen amigo. Solo que estaba locamente enamorado de Hinodeh. Era lo único que le importaba en el mundo. ¿La llegó a conocer usted?

—No, nunca. La verdad es que ni siquiera sabía su nombre. Dígame, Angélique, ¿por qué dice que a veces André no se comportó como debía?

Angélique se secó las lágrimas con un pañuelo, y habló con voz triste y sin rencor.

—André sabía cosas de mi padre y de mi tío, y se aprovechó de ello para que yo pagara su deuda. Me pidió dinero varias veces, dinero que yo no tenía. A veces me hacía promesas irrealizables, pero… por lo general me amenazaba, me chantajeaba.

Angélique lo miró como pidiéndole ayuda. Daba gracias a Dios y a la Virgen por haberla librado de un pasado que se borró cuando André e Hinodeh fueron consumidos por el fuego.

—Ha sido la voluntad de Dios —prosiguió—. ¿Por qué no podemos olvidar lo malo y recordar solo lo bueno? Ya hay suficientes cosas malas en este mundo, ¿no le parece?

—Tiene usted mucha razón, Angélique —le contestó sir William, que se había compadecido de ella, mientras contemplaba la miniatura de Vertinskya—. ¡Vaya si la tiene!

LXI

A la hora del crepúsculo, dos sombras avanzaban junto a la pared de una casa semiderruida en el límite de la tierra de nadie. En alguna parte, entre esas cabañas, un niño empezó a llorar.

Alguna vez la tierra de nadie había sido una extensión cubierta por montañas de basura, pero ahora casi todo lo había consumido el fuego. Lo que quedaba estaba cubierto por una gruesa capa de cenizas. Solo se había salvado el pozo de ladrillo. Una de las sombras era Jamie McFay; la otra, Phillip Tyrer, y se dirigía hacia el pozo, a gachas, hasta quedar oculto detrás de la única construcción que sobresalía en el terreno.

Escudriñó los alrededores. Le pareció que nadie lo había visto. Se inclinó con cuidado sobre el borde del pozo y silbó. Desde el fondo alguien le respondió con otro silbido. Se ocultó otra vez. No tardó en ver una mano que se asomaba desde el interior del pozo. Era Hiraga, que, sin hacer ruido, se colocó a su lado. Un momento después vio salir a Akimoto. Ambos vestían chaquetas acolchadas y kimonos sobre amplios pantalones en los que camuflaban las espadas. Se agazaparon cuando vieron aparecer a tres hombres del barrio de los borrachos. Uno de ellos tarareaba una canción marinera. Siguieron escuchando su voz mucho después de que los tres borrachos desaparecieran por el callejón.

—¡Seguidme, pero con cuidado! —musitó Tyrer, que regresó deprisa hacia las sombras protectoras del pueblo y se detuvo junto a Jamie. Hiraga y Akimoto lo siguieron.

Jamie McFay dijo:

—¡Venid aquí, rápido!

Abrió una bolsa y les entregó ropas de marino y dos pares de zapatos. Los japoneses se cambiaron y pusieron sus ropas en la bolsa que Akimoto llevaba a la espalda. Tyrer advirtió que Hiraga se metía una pistola en el bolsillo.

Cambiarse les llevó solo un par de minutos. Jamie los condujo por la que una vez fuera la calle principal. Tenían la impresión de que había ojos ocultos por todas partes. Por encima de sus cabezas, la luna apareció entre las nubes. Ante la repentina claridad, Hiraga y Akimoto se convirtieron en sombras dispuestas a empuñar las armas en cualquier momento. En silencio maldecían a los otros dos por ser tan ineptos. La luna volvió a esconderse y siguieron su camino algo más seguros.

La vivienda del shoya había sido reconstruida en sus tres cuartas partes, aunque la tienda se hallaba vacía. Jamie se abrió camino entre pilas de vigas y de paredes shoji y llamó a la puerta. El shoya abrió y lo hizo pasar; los otros lo siguieron. Dentro reinaba la más completa oscuridad.

El shoya, que estaba solo, encendió una vela. Ni siquiera una luz tan débil podía ocultar el cansancio y el miedo que se habían apoderado del rostro del anciano. En una pequeña mesa había unas botellas de sake y un poco de comida, que Hiraga y Akimoto devoraron en un abrir y cerrar de ojos antes de vaciar dos botellas en unos segundos.

—Gracias, shoya —dijo Hiraga—. Siempre os recordaré por esto.

—Toma, Otami-sama —dijo el shoya, entregándole una pequeña bolsa con dinero—. Aquí tienes cien oban de oro y veinte mexicanos.

El shoya había preparado también un pincel y un tintero, para que Hiraga firmara el recibo.

—¿Y qué hay para mi primo, shoya?

—Cuánto lo siento, esto es todo lo que pude conseguir en tan poco tiempo.

—¿Está listo, Jamie? —preguntó Tyrer, que sentía náuseas, sin saber si era por culpa de la tensión, del miedo, del cansancio o de la desesperación.

Tyrer fue el primero en salir otra vez a la calle. Cuando vio que no había peligro, hizo señas a los demás para que salieran.

—Usted nos guía, Jamie —murmuró Tyrer. De repente, vieron que una patrulla de granaderos se aproximaba y pasaba de largo a unos metros de ellos.

—No os preocupéis, es una ronda de rutina. Solo buscan ladrones y borrachos, *wakarimasu ka?*

—*Wakarimasu.*

Una vez más Jamie se situó a la cabeza en dirección al muelle, al otro lado del paseo, cerca del lugar donde una vez se había alzado el edificio del *Guardian*. Había mucha gente merodeando por la zona, curiosos que querían ver los destrozos que el fuego había ocasionado en el pueblo, en el barrio de los borrachos y el Yoshiwara. Otros tan solo hacían tiempo antes de irse a dormir. Al reconocer a algunos de ellos, Jamie aminoró la marcha, pues no quería llamar la atención. Dmitri estaba entre los noctámbulos, aunque ya regresaba a su casa. Esa mañana Dmitri le había dicho, radiante de felicidad, que había encontrado a Nemi y que estaba bien.

—No sabes lo feliz que me haces con esa noticia, Dmitri.

—Lo primero que me dijo fue «¿Jamie-san estar bien?». Le dije que sí, y me dio un beso para ti. No olvidé transmitirle tu mensaje.

—Gracias, me quitas una espina del alma. Tenía miedo de que hubiera muerto o de que se hubiera marchado. Finalmente logré encontrar su posada, pero cuando llegué era solo un montón de cenizas… Allí no había nadie.

Cuando los cuatro hombres se acercaban al paseo, la figura de Lunkchurch salió de la oscuridad.

—Jamie —dijo—, ¿qué vas a hacer? Te has quedado sin nada, igual que yo.

Echó una mirada a Phillip, pero apenas reparó en los otros dos, que parecían unos marinos asiáticos comunes y corrientes, del tipo que abundaba en la flota mercante.

—¡Este maldito incendio!

—Es posible que no todo acabe mal, Barnaby. Tengo algunas ideas. Ven a verme mañana.

Jamie siguió andando en dirección al muelle y saludó con el sombrero a los que aún luchaban contra los últimos focos del incendio. El muelle de madera se adentraba unos cincuenta metros en el mar. De pronto, se quedó sin respiración. El cúter no estaba esperándoles. No veía tampoco que ninguno avanzara en esa dirección desde el muelle de Struan, más al norte. En la bahía se podía ver la silueta iluminada del *Atlanta Belle*, y el tráfico de botes que se dirigían a la colonia o que regresaban al barco.

Unas horas antes Jamie le había pedido permiso a MacStruan para utilizar el cúter con la intención de llegar hasta el *Atlanta Belle* a saludar al capitán, su viejo amigo Johnny Twomast. Phillip, después de dejar a sir William cuando este le confirmó la muerte de Hiraga, había ido a verlo sin perder un instante. Embargado por la emoción, Phillip le contó que Hiraga estaba vivo, escondido en un pozo del barrio de los borrachos; le contó también cómo le había salvado la vida la noche anterior y le expuso su plan para sacarlo de Yokohama.

—Lo llevamos a bordo del *Atlanta Belle* y aquí nadie ha visto nada.

—¿Está vivo? Me dijeron que había muerto en el incendio. ¿Estás seguro?

—Sí, todo lo que tenemos que hacer es llevarlo a bordo.

—Le pediré a Johnny Twomast que los esconda, pero solo si consigues la aprobación de Willie. Hiraga sigue siendo un asesi…

—Hiraga ha muerto. Hiraga, Nakama, es todo lo mismo, oficialmente. Willie lo ha dicho y el sargento lo ha confirmado. Nakama está muerto, ya no volverá, y por lo tanto tampoco Hiraga. Sacarlo de aquí en un barco es la solución perfecta. ¡Vale la pena salvarlo! No haremos otra cosa que ayudar a que un par de estudiantes samuráis, uno de ellos llamado Otami, vean un poco de mundo, nuestro mundo, durante un año o dos.

—Si nos cogen, Willie va a escupir sangre… nuestra sangre.

—No hay razón para que nos pillen. Otami es Otami, ese es su verdadero nombre, y me ha contado que usted y el shoya están planeando un montón de negocios. Todos saldremos ganando cuando Otami regrese. ¡Tenemos que ayudarle!

Finalmente Jamie aceptó y discutió con el shoya el préstamo para Hiraga, del que él mismo salió garante. Para entonces, con las primeras sombras del día, Tyrer ya se había acercado al pozo para adelantarles los detalles del plan a Hiraga y Akimoto. Ahora esperaban nerviosos en el muelle.

—¿Dónde está el cúter, Jamie?

—Ya llegará.

Sintiendo que estaban muy expuestos, los cuatro hombres, conscientes de la proximidad de los guardias samuráis, decidieron esperar al final del muelle, junto a los escalones lamidos por las olas.

—¡Creo que es aquel! ¡Sí…, allí viene! —exclamó Tyrer.

—¡Rápido, subid enseguida! —ordenó Jamie.

Phillip lo había convencido de que Hiraga no era un asesino, sino un ferviente luchador por la libertad. En cuanto a sí mismo, ya había podido comprobar lo útil que le resultaba contar con la amistad de Hiraga. Ahora estaba aún más seguro de lo valioso que podría resultarle en el futuro un amigo shishi que hablaba inglés, en especial uno al que él había guiado y ayudado. Le había preparado una lista de direcciones en Inglaterra y Escocia, lugares adonde ir, cosas para ver, y pensaba explicárselo todo antes de que zarpara el barco.

—¡Toma, Hiraga!

Tyrer le alcanzó un sobre que contenía cartas de presentación dirigidas a su padre y a su tío, y también al decano de su universidad.

—Quería explicarte todo esto en el cúter, pero ya no hay tiempo. Jamie, hágalo usted por mí. —Miró a Hiraga una última vez y le tendió la mano—. Gracias, siempre seré tu amigo. Cuídate mucho.

Cuando el cúter comenzó a alejarse, Tyrer regresó corriendo a la colonia y no se sintió seguro hasta verse entre los muros de la

legación británica.

—¡Santo Cielo, Phillip! —exclamó Bertram—. ¿Qué te ha ocurrido?

—¡Oh, que te jodan!

—¿Qué ocurre, Phillip? ¿Por qué tienen que joder a Bertram? —preguntó sir William desde el pasillo de su despacho.

—Oh, perdone, señor, solo estaba… bromeando.

—¡Phillip! ¡Creo que estás algo trastornado! ¿Dónde diablos has estado? Hay una nota urgente del Bakufu en tu escritorio y quiero que la traduzcas ahora mismo. También quiero que copies el mensaje a sir Percy, tiene que salir con el *Atlanta Belle* esta noche. ¡Hay mucho trabajo, Phillip! Cuando hayas terminado esas dos cosas, ven a verme. Estaré aquí o en el muelle, despidiendo a los pasajeros. ¡Bueno, no te quedes ahí sin hacer nada! ¡Deprisa!

Sir William regresó a su despacho y cerró la puerta. No pudo evitar que su vista se dirigiera automáticamente a las cartas de André, que ocupaban un lugar preminente en el centro de su escritorio. La tristeza volvió a adueñarse de él. Tras la visita de Angélique había permanecido sentado, casi sin moverse, más de una hora, tratando de adoptar una decisión, pues era una cuestión de vida o muerte.

Se alegró al escuchar la voz de Phillip que lo devolvía a la realidad. Paseó la mirada nuevamente por la habitación, deteniéndose un breve instante en el fuego que ardía en la chimenea y en las cartas de André, para recaer finalmente en el rostro encantador de Vertinskya, que parecía hablarle y sonreírle desde la miniatura.

Se acercó y observó la miniatura detenidamente; cada trazo del pincel quedó grabado en su mente. «¿Si no tuviera este retrato, habría olvidado ya su rostro, como Angélique ha olvidado ya a su Malcolm?».

—No me respondas, Vertinskya —dijo en voz baja, al borde del llanto—. «Sí, tal vez lo habría olvidado, tan solo tu rostro, pero a ti nunca, nunca, nunca; a ti nunca».

Y cuanto más intentaba rememorar el tiempo en que más vivo se había sentido, la carpeta con las cartas más se alzaba como una puerta de hierro entre él y sus recuerdos.

«¡Que Dios lo maldiga!

»Eso no importa, toma la decisión, William, no más titubeos —se ordenó a sí mismo—. A trabajar, vamos, tienes que solucionar este problema para poder ocuparte de otros asuntos más importantes, como Yoshi y la inminente guerra contra Satsuma. ¡Eres el ministro de Su Majestad Británica! ¡Actúa como es debido!».

Seguro de que adoptaba la decisión correcta, cogió las páginas y las arrojó una a una al fuego. «Estas cartas no prueban nada y, después de todo, la pobre muchacha fue víctima de una violación. André era un activo y peligroso agente secreto de una potencia enemiga, y si la mitad de las canalladas enumeradas en su archivo secreto son ciertas, se ha merecido la muerte. Mentira o verdad, esta vez el polvo vuelve al polvo».

Cuando acabó alzó la copa y, dirigiéndose a la miniatura, aliviado después de un día terrible, dijo:

—A tu salud, querida mía.

LXII

Ya era casi medianoche cuando Tyrer finalmente logró salir de la legación para acercarse al muelle de Struan. Le parecía que de un momento a otro iba a estallarle la cabeza. No había tenido tiempo de cenar ni de pensar en Hiraga o en Fujiko; lo único que había hecho era trabajar. Llevaba un mensaje oficial del Gobierno de Su Majestad, y en un bolsillo guardaba la última traducción que había hecho, y que deseaba haber podido realizar en primer lugar. Apretó el paso.

En el muelle, unas cuantas personas se habían reunido para despedir a los pasajeros, pero la mayoría rodeaba con gran alboroto al marinero del *Atlanta Belle* que recogía el correo de última hora para las oficinas centrales de las empresas en Hong Kong y Shanghái —agentes de seguros, bancos—; cartas con docenas de preguntas acerca del incendio y la indemnización de los daños. Tyrer vio a Angélique, que conversaba con Gornt. Más allá del gentío, Pallidar conversaba con algunos oficiales que embarcaban como pasajeros, y cerca del final del muelle sir William hablaba con Maureen Ross. Al verla se acordó inmediatamente de Jamie y de Hiraga.

—Buenas noches, Miss Maureen. Disculpe, sir William, pero es posible que quiera echarle una ojeada a esto —dijo, entregándole la traducción—. Mientras tanto, me ocuparé de que estos sobres lleguen a bordo.

Se dirigió sin perder tiempo hacia el contable del navío, el oficial que recogía el correo, pues no quería quedarse al lado de sir William temiendo el inevitable estallido de mal humor del ministro. La cola de personas que quería entregar una carta era descorazonadora.

Tyrer se abrió paso a codazos, haciendo caso omiso de los que le advertían, con palabras poco amables, que esperara su turno.

—Lo siento, son órdenes de sir William, asuntos oficiales. ¿Podría darme un resguardo, por favor?

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Por qué tanta prisa, eh? —preguntó el oficial.

Mientras este colocaba el envío en su cartera, Tyrer observó a sir William, que se había acercado a la farola y leía atentamente la traducción que acababa de entregarle. Vio que el rostro de sir William se contorsionaba, que empezaba a mover los labios, seguramente para soltar obscenidades, pues las personas que tenía a su lado se apartaban desconcertadas, no tanto a causa del lenguaje empleado por el ministro sino por lo inesperado de esos exabruptos.

Lo que sir William leía era un documento del roju, firmado por el tairō Nori; un texto breve, sin las acostumbradas florituras y dirigido escuetamente «al jefe de los gai-jin». Lo había traducido lo mejor que había podido, respetando el estilo:

> «El roju quiere felicitarle a usted y a los otros gai-jin por haber logrado salir con vida, y poco más, del incendio producido por descontentos y revolucionarios. Mañana el gobernador de Kanagawa enviará quinientos culis para que ayuden en la evacuación de Yokohama, respetando así lo que es una clara advertencia de los dioses y también el deseo que el emperador le ha manifestado en reiteradas ocasiones. Cuando ustedes regresen, si lo hacen, espero que nos lo adviertan con mucha anticipación. Buscaremos la manera de alojar a los más selectos gai-jin en Deshima, en el puerto de Nagasaki, desde donde, como se hacía antes, tendrán que manejar todos los negocios y asuntos gai-jin. Cordialmente».

—¡Tyrer! —gritó sir William.

Phillip simuló que no lo oía y siguió dándole la espalda mientras cogía el resguardo que le entregaba el oficial; los impacientes hombres de la cola gritaban:

—¡Eh, daos prisa! ¿Os vais a quedar ahí toda la noche? ¡De prisa, que ahí viene el cúter!

El cúter vacío, que regresaba del *Atlanta Belle*, estaba a punto de atracar. Tyrer observó que Jamie no se hallaba a bordo. El contramaestre asomó la cabeza y exclamó:

—¡Que suban todos los que tienen que embarcar!

Maureen se acercó a Tyrer.

—¿Cuándo volverá Jamie, Phillip?

—Seguramente con el último transbordador, a lo mejor antes —respondió, sin estar seguro de que Jamie le hubiera contado algo del plan a Maureen—. Todavía falta una hora, un poco más tal vez.

—¡Tyrer!

—Disculpe, pero tengo que irme. ¿Señor? —gritó, tras respirar hondo y prepararse mentalmente para hacerle frente.

—Dentro de media hora, Phillip…, dentro de media hora quiero verle en mi despacho para que traduzca mi respuesta, y esta vez necesito que la traducción sea perfecta.

—Sí, señor. A propósito…

—Vaya a buscar a… ¡Ah, ahí está, creo que ya lo he encontrado!

Una mirada de sir William fue suficiente para que el gentío enmudeciera de golpe y prestara atención a sus palabras.

—Pallidar, forme a los dragones; quisiera enviarle «cordialmente» una respuesta al gobernador de Kanagawa, y sin pérdida de tiempo.

—¿Esta noche, señor? —preguntó Pallidar, pero al ver la expresión de sir William se apresuró a añadir—: Oh, sí, señor. Enseguida, señor.

—Disculpe, sir William —dijo Tyrer antes de que el ministro se marchara—. No he tenido tiempo de decírselo antes, pero he ayudado a dos estudiantes japoneses, que querían conocer mundo,

a embarcar en el *Atlanta*…, para que visiten Inglaterra. Me salvaron la vida anoche. Espero que no le parezca mal.

—¿Te salvaron la vida, dices? Si te has vuelto agente de viajes de Su Majestad, espero que tengas una respuesta satisfactoria en caso de que tenga alguna pregunta que hacerte. Pallidar, preséntese con sus hombres dentro de una hora y le ordeno que transmita *enérgicamente* mi respuesta.

Cuando sir William se marchó, Pallidar se sonó la nariz, pues seguía bastante resfriado.

—¿Qué coño le pasa?

Tyrer se acercó y le contó acerca del ultimátum.

—¡Vaya, entonces no me extraña que se haya puesto así! Bueno, por lo menos tendremos un poco de acción. Estar cruzado de brazos pone de muy mala leche al general.

En ese momento vieron que llegaba Hoag, jadeante, vestido aún con su bata de cirujano, las mangas y el pecho salpicados de sangre seca, y cargado de maletas y otros bártulos.

—Creí que perdería el barco. ¿Qué ocurre? ¿De qué os reís?

—Nada, doctor. Todavía hay tiempo —dijo Tyrer que, como Pallidar, se preguntaba qué contendría la carta de Angélique como para hacerla tan importante que obligara a sir William a certificar la firma y a Hoag a acudir a Hong Kong con la respuesta a la otra carta, también misteriosa, entregada a Angélique, sobre todo ahora que Hoag estaba seguro de que no esperaba un hijo de Malcolm. Desde que Hoag regresara, la esencia del ultimátum de Tess Struan era un secreto a voces, objeto de los más acalorados debates en privado.

—Espero que tenga un buen viaje, doctor. He oído que se marcha a la India, ¿no es así? —preguntó Tyrer.

—Sí, llegaré allí el mes que viene. Estoy muy ansioso. Espero que venga a visitarme. Le encantará.

—India es mi próximo destino —dijo Pallidar—. Acabo de enterarme. Me envían a la frontera, a Hindu Kush, al paso de Khyber. —De pronto, tras una pausa, añadió—: ¡Qué pena que Malcolm haya

muerto! ¡Qué extraña es la vida! Nunca se sabe cuándo ni cómo puede llegar la muerte.

A Tyrer le pareció fuera de lo normal el tono depresivo de Pallidar.

—Pero ¿qué le pasa, amigo?

—Nada. La verdad es que tuviste mucha suerte anoche. Estabas en el…

Una sombra veló el rostro de Tyrer y Pallidar se maldijo por ser tan imbécil.

—Lo siento, Phillip, no quería herirte. No sé qué me pasa esta noche.

—¿Has oído algo acerca de…, acerca de…?

Sintió que le brotaban las lágrimas, pero no le importó. Como un sonámbulo se dirigió hacia la playa, y, allí, solo en medio de la noche, pensó en Fujiko, y sintió que la pasión le embargaba; decidió poner ese recuerdo en una pequeña cajita y guardarla en lo más hondo de su corazón.

En el *Atlanta Belle* el capitán Twomast conversaba con Jamie.

—De acuerdo, McFay. Los dejaré embarcar, no importa lo que Mrs. Struan decida, pero ya la conoces…

—Solo dale mi carta cuando llegues a Hong Kong.

Jamie le había contado la verdad acerca de Otami y de su primo, pues no quería meter a su amigo Twomast en apuros, y le había asegurado el dinero para el viaje de ida y vuelta, en caso de que Tess no estuviera de acuerdo con su propuesta: darles cartas de presentación para Inglaterra y Escocia a cambio de la mitad de las acciones de una empresa común que él fundaría y gestionaría para aprovechar todo lo que Otami y Akimoto pudieran aportarle a su regreso.

La carta decía:

«Sé que es mucho pedirle, Mrs. Struan, pero Otami es muy listo y, por lo que sé, está muy bien relacionado y representa el futuro de este país. Si no está de acuerdo, por favor, coja la parte correspondiente del muy generoso obsequio en oro que me ha hecho. De momento, Albert MacStruan está llevando bien las cosas. Sus propiedades y edificios no han sido dañados por el incendio, y todo presenta buenas perspectivas. Continuaré ayudándole si me lo pide. Si me lo permite, quisiera advertirle que tenga cuidado con Edward Gornt, el nuevo gerente de Brock. Es un hombre muy capaz y, justamente por eso, un rival peligroso».

—Esto va a ser muy caro, Jamie —dijo Twomast—. Como mínimo unas cien libras. ¿Vale la pena el riesgo?

—Es su barco, a ella no le cuesta nada.

—Sigue siendo caro, y ya sabes cómo cuida ella el centavo. Bueno, después de todo a mí qué me importa. Ya me encargaré de cobrar tu letra a la vista en Londres si ella no quiere contribuir. ¿Estás seguro de que tus japoneses han entendido que deben obedecerme en todo?

—Sí, ya les he dicho que a bordo tú eres el rey, el daimio. Te obedecerán, y seguirán a bordo hasta que lleguen a Londres. Pero, Johnny, te pido que los trates como si fueran nobles. Tendrás tu recompensa.

—Sí, pero en el cielo —dijo Twomast risueño—. No me importa, te debo un par de favores.

—Gracias.

Jamie echó una mirada al camarote. Era pequeño, con una litera, una mesa para los mapas y otra para cuatro personas, limpio y rudo para soportar las tormentas; rudo como el capitán, Johnny Twomast, un lobo de mar con la piel curtida por quién sabía cuántos soles y cuántos mares. Johnny Twomast era de origen noruego, primo de Sven Orlov, el jorobado, que había estado al mando de la flota de

Struan desde la época del viejo Dirk. El *Atlanta Belle*, un vapor de mil toneladas, podía llevar cuatro pasajeros de primera clase, diez de segunda y cincuenta tripulantes además del cargamento.

—¿Dónde van a dormir los japoneses?

—Con la tripulación. ¿Dónde quieres que los meta?

—¿No puedes darles un camarote? No importa que sea pequeño.

—El barco va completo. Además, con la tripulación aprenderán rápido. Tienen que aprender nuestras costumbres.

—Dales un camarote al menos hasta Hong Kong. No quiero que por casualidad los reconozcan.

—Bueno, pueden dormir en el camarote del tercer oficial, tiene dos literas. ¿Van armados, Jamie?

—Seguro que van armados. Son samuráis.

—No quiero armas en mi barco. No quiero samuráis, ¡Dios me libre!

—Es mejor que se lo digas tú pero, por favor, trátalos como si fueran nobles, no nativos. Extranjeros, pero nobles, japoneses importantes. De hecho lo son, ¿comprendes?

—¡Que pasen! —exclamó el capitán.

Hiraga y Akimoto entraron, y Jamie los presentó.

—¿Cuál de los dos habla inglés?

—Yo, Anjin-sama. Yo Otami-sama.

—Aquí Mr. McFay se ha hecho responsable de vosotros y me ha asegurado que habéis prometido comportaros correctamente durante todo el viaje y acatar mis órdenes al pie de la letra hasta que lleguemos a Londres. Me habréis de obedecer como si yo fuera vuestro daimio.

—Haremos todo que Anjin-sama decir —dijo Hiraga.

—Bien. No quiero armas a bordo. Me entregaréis todas las espadas, pistolas y cuchillos. Os las devolveré cuando lleguemos a Londres. ¿De acuerdo?

—¿Y si hombres nos atacan?

—Si mis hombres os atacan, tendréis que defenderos con los puños hasta que yo llegue. Ya me ocuparé yo de advertirles lo que

les espera. Cincuenta azotes a cada uno si son ellos los que comienzan. Espero que vosotros no arméis bronca.

Jamie les explicó cómo se castigaba a los marinos en esos barcos por actos de desobediencia. Sorprendido por tanta crueldad, Hiraga se lo tradujo a Akimoto.

—Pero, Anjin-sama, ¿tú no miedo? Si hombre libre en barco, después de insulto, ¿no miedo ese hombre asesinar?

Johnny Twomast rio.

—A ese lo colgaría, te lo aseguro, como que me llamo Johnny. El motín a bordo se castiga con la muerte. Ordenaré a la tripulación que no os molesten. Pero vosotros tampoco debéis molestarles. ¡Eso también es importante! ¿Me habéis entendido?

—Entendido, Anjin-sama —dijo Hiraga, aunque comprendía solo parcialmente.

—Si tenéis algún problema, venid directamente a mí. Nada de peleas a menos que os ataquen. Y ahora, vuestras armas, por favor.

A regañadientes, Hiraga le entregó las espadas, y la pistola.

El capitán llamó a su ayudante. La puerta del camarote se abrió.

—¿Señor?

—Estos dos dormirán en el camarote del tercer oficial. Yo los acompañaré.

Jamie se puso de pie.

—Que tengáis buen viaje. Puedes escribirme si te apetece, y también a Phillip…, a Taira-sama. Como ya te he dicho, he escrito una carta para el banco, el Hong Kong Bank en el Mall. Todo está en los papeles que te he dado. Ya sabes que cualquier carta tarda unos cuatro meses. Buena suerte.

Jamie e Hiraga se dieron un apretón de manos, y Jamie también le dio la mano a Akimoto.

—Vosotros dos, venid conmigo —dijo Twomast, que ya enfilaba hacia el pasillo—. Este es vuestro camarote. Es mejor que no os dejéis ver por el momento. Mr. McFay teme que alguien pueda reconoceros. Después de Hong Kong todo será más sencillo —dijo, y cerró la puerta.

—¡Última llamada para los pasajeros del *Atlanta Belle*! ¡Todos a bordo! —se oyó gritar al contramaestre.

—Buena suerte, Edward, y buen viaje —dijo Angélique, consumida por la melancolía, aunque una leve sonrisa le iluminaba el rostro.

—Cuídate, Angélique.

Después de haber dejado a sir William unas horas antes, había llorado en la intimidad de su habitación. «Hay tantas cosas por las que llorar últimamente —pensó—; ¿de dónde vendrán todas estas lágrimas?». Sin embargo, cuando logró superar la pena, recuperó la lucidez. Una vez reasumido el control de la situación, se reunió con Gornt en privado antes de dirigirse al muelle. Ya se habían dicho todo lo que tenían que decirse. La fuerza, la confianza y el amor que él irradiaba apartaron de Angélique todos los pesares.

«Edward me conviene —pensó, mientras lo observaba—. Nunca sustituirá a Malcolm, ya lo sé, es otra cosa».

—¿Estás bien ahora? —preguntó Edward.

—Sí, gracias, querido. Vuelve pronto.

Edward le besó la mano que ella le tendía.

—Cuídate.

—Lo haré, te lo prometo. Y no te olvides de hacer lo que te he pedido. Es importante.

Lo que le había pedido era que le dijera a Tess Struan que esperaba que algún día las dos pudieran verse como amigas.

—Ya lo creo. No lo olvidaré. Estaré de vuelta antes de lo que imaginas. Y no se preocupe —añadió en voz alta para que lo oyeran los que estaban cerca—, me ocuparé de su lista de compras.

Gornt subió al cúter y la saludó una vez más antes de dirigirse a la cabina, pues no quería ser indiscreto.

Mientras tanto, Hoag no podía dejar de mirar el muelle, donde se hallaba Angélique junto a los que despedían a los últimos pasajeros. Sabía que, probablemente, no los volvería a ver nunca. Vio que

Angélique saludaba por última vez y luego se acercaba a Maureen Ross, que se hallaba junto a la farola. «Ojalá se hicieran amigas», pensó. En un segundo, las dos mujeres y el muelle se fundieron con la noche. El cúter se alejaba. «Creo que Angélique hace bien en aceptar la voluntad de Tess; tampoco tenía otra opción». Inconscientemente llevó la mano al bolsillo para asegurarse de que llevaba el salvoconducto.

Aún estaba triste por la trágica suerte de Malcolm. Pobre Malcolm, había trabajado con tanta dedicación toda la vida para algo que nunca consiguió, para algo que nunca llegó a ser. Malcolm Struan, el tai-pan que no lo fue; solo fue un hombre que buscó toda la vida, cegado en medio de una tormenta de nieve, un refugio donde pasar la noche.

—Es muy triste lo de Malcolm, ¿no le parece?

Pero Gornt hacía rato ya que se había marchado de su lado. Se volvió y vio que se había dirigido a cubierta y, de espaldas a Yokohama, con la cabeza descubierta y el cabello agitado por el viento, contemplaba el *Atlanta* mientras el cúter se alejaba rápidamente de la costa.

«¿Por qué esa sonrisa? ¿Qué esconde este hombre? —se preguntó—. Tan duro y, sin embargo… Hay algo extraño en él. ¿Es un rey que se está haciendo a sí mismo o un hombre con tendencias regicidas?».

La mayor parte de la gente reunida en el muelle regresó a sus casas. Angélique seguía hablando con Maureen, junto a la farola; ambas miraban el cúter que desaparecía en la niebla de la noche. Pronto se quedaron solas, salvo por la presencia de Chen y Vargas que conversaban en voz baja y esperaban para descargar el cúter si era necesario y, por supuesto, para acompañar a las damas.

—Maureen… —dijo Angélique. Su encantadora sonrisa se esfumó al ver cuán desgraciada parecía su nueva amiga—. ¿Qué te ocurre?

—Nada. Bueno, es que…, no tiene nada que ver contigo. Es solo que no he visto a Jamie en todo el día, ha estado muy ocupado y yo tengo algo importante que…

No pudo seguir hablando.

—Me quedaré contigo mientras esperas, si tú quieres. Tengo una idea mejor, Maureen, ¿por qué no vienes a casa? Esperaremos a Jamie en mi habitación, desde la ventana se ve perfectamente a todo el que se acerca a la colonia desde el muelle. Incluso veremos el cúter antes de que llegue al muelle. Hasta tendremos tiempo de volver aquí a recibirlo.

—Creo que…, bueno, es mejor que le espere aquí.

Angélique la cogió con firmeza por el brazo.

—Pero ¿qué pasa? Dime, ¿puedo ayudarte?

—No, no lo creo, gracias, querida Angélique. Es solo que…, es solo… —Maureen se quedó otra vez sin habla—. ¡Oh, Dios! No quiero atormentarte con esta carga, pero es que la querida de Jamie vino a verme esta tarde.

—¿Del Yoshiwara?

—Sí, vino a saludarme, según dijo, y dijo también que no tenía que preocuparme porque ella lo cuidaba perfectamente. Me preguntó si en el futuro podía pasarme a mí la cuenta todos los meses, o si prefería que lo hiciera una vez al año.

—¿Eso te dijo?

—Sí —Maureen tenía el rostro verdoso debido a los reflejos de la farola de aceite—. También me dijo que si alguna vez quería saber algo acerca de…, acerca de «Jami», como ella lo llama, quiero decir, acerca de sus costumbres y gustos en la cama, pos…, posturas y esas cosas, bueno, que… como yo soy virgen y no tengo experiencia, ella no tendría ningún problema en explicarme todo con lujo de detalles. Según dijo, es una profesional de primera categoría, y me prometió un libro de estampas que aquí llaman «libro de cabecera» y, además, que me indicaría cuáles son las especialidades de Jami. Me dijo también que no me preocupe de nada, porque Jami tenía mucha práctica y su… cosa, bueno, ella dijo que el «Mono de

un solo ojo» de Jami estaba en perfecta forma, ¿comprendes? Bueno, ahora ya lo sabes todo.

—*Mon Dieu*, ¡pobrecita! ¡Tiene que haber sido terrible para ti! Pero…, ¿esa mujer habla inglés?

—No, solo una mezcla incoherente de pidgin y algunas palabras que le debe de haber enseñado Jamie, pero creo haber entendido perfectamente lo principal. Parece que hace ya más de un año que la tiene de querida. Es una mujer menuda, yo diría que de guapa no tiene nada, apenas medirá un metro y medio. Yo no sabía qué decirle, Angélique, así que empecé a meterme con su estatura y le dije que era una retacona, y ella me dijo algo así como: «Bastante grande; Jamie tai-tai por detrás encajar maravilla. Tú mujer suerte».

—*Oh, mon Dieu!*

—Lo que oyes. ¿Qué he de hacer, Angélique?

—Podrías…, tal vez; no, eso no serviría de nada…

—A lo mejor puedo…, no, no puedo, sería demasiado.

—¿Y qué te parece si…? —Angélique desistió también de esa idea.

Las dos se miraron, y cada una de ellas se vio reflejada en la otra; la misma sorpresa, repulsión, repugnancia, desprecio, la misma furia se reflejaba claramente en sus rostros. Por un instante se quedaron paralizadas, pero no tardaron en estallar en carcajadas.

Chen y Vargas se volvieron, sorprendidos. La risa de Maureen y Angélique se mezclaba con las olas que rompían en el muelle. Angélique se secó las lágrimas, las primeras provocadas por la risa desde la muerte de Malcolm.

—¡Ja, ja! ¡El Mono de un solo ojo!

Rieron tanto que les dolió el estómago y tuvieron que apoyarse una en la otra.

Pero la hilaridad se marchó tan pronto como había llegado. Seguían doloridas. Lo ocurrido con la querida de Jamie era gracioso, pero no para tanto.

—Sí, yo tampoco veo que sea tan gracioso —dijo Maureen—. Ahora quisiera volver a casa. Creía que podría tolerar lo del

Yoshiwara; Jamie no es diferente a los otros hombres. Pero ahora veo que no, ahora me doy cuenta de que no podré soportar la vida aquí, donde siempre habrá un Yoshiwara, me guste o no. Angélique, dentro de unos años vendrán los críos, y pocos años después ellos nos verán como unas viejas, y seremos viejas. Se nos pondrá el cabello blanco y se nos caerán los dientes, y ellos, nuestros maridos, nos dejarán por alguna jovencita del Yoshiwara. No es fácil la vida de una mujer. Ahora me gustaría estar en el *Atlanta Belle*, camino a casa. No quiero quedarme aquí. He decidido que me marcharé en cuanto pueda.

—Piénsalo mejor, Maureen. Al menos no se lo digas esta noche.

—Creo que es mejor que se lo diga hoy mismo.

—Me quedaré hasta que se divise el cúter, después me iré a casa.

—Gracias. Lamentaré tener que separarme de ti, Angélique, ahora que nos hemos conocido. Nunca he tenido una verdadera amiga.

Maureen la cogió del brazo y siguió mirando la silueta iluminada del *Atlanta Belle*.

—¡El *Atlanta Belle* ya ha zarpado, Angélique!

«Y se aleja a buena velocidad», pensó Angélique, cuando el barco era ya apenas una silueta en la sombra.

—Y allí está el cúter.

—¿Dónde? Que Dios te conserve la vista, yo apenas veo nada. Estoy segura de que tú y Jamie… —Angélique vio que Maureen palidecía—. No te preocupes, Maureen, todo saldrá bien; ya lo verás, estoy segura.

—Ahora no tengo valor para enfrentarme a él.

—Entonces…, lo que yo haría en tu lugar es marcharme. Le diré que te dolía la cabeza y que por eso no le has esperado, que lo verás mañana. Así tendrás tiempo para reflexionar. Será mejor que hables con él mañana.

—¿Qué más da? Esta noche, mañana. Ya he tomado una decisión.

Las dos mujeres contemplaron la llegada del cúter, cuyas luces eran ahora perfectamente visibles. Enseguida pudieron divisar incluso a Jamie, que estaba solo en la cabina.

—Buenas noches, Maureen. Nos vemos mañana.

—No, por favor, quédate. No puedo enfrentarme a él sola. Te lo ruego, quédate.

El cúter estaba a menos de cincuenta metros del muelle. Vieron a Jamie asomarse por la ventana a saludarlas. Maureen no le devolvió el saludo. Detrás de ellas, las farolas iluminaban el paseo y las casas y almacenes que el incendio no había destruido. Del otro lado del paseo, en la legación francesa, Vervene tocaba la flauta. Los ojos de Maureen estaban fijos en el hombre que se aproximaba. Jamie volvió a saludar antes de salir a cubierta.

—¡Maureen! —exclamó, contento de verla.

Angélique miró a Maureen y observó que la mirada de esta se suavizaba. Maureen ya lo había olvidado todo; tal vez, en su interior, ya lo había perdonado. «Es mejor así —pensó Angélique—. Maureen llorará y cogerá una rabieta y jurará que se va a marchar de Yokohama, incluso es capaz de hacerle sufrir, pero acabará perdonándole todo y se quedará. Se quedará con él porque lo ama. ¡Qué tontas somos las mujeres!».

La noche era agradable. En la bahía se oyeron varías campanadas. En el mar, a bordo del *Atlanta Belle*, viajaba su emisario en un viaje sin retorno para ambos. Y para el enemigo, la mujer de Hong Kong.

«Edward destrozará a esa terrible mujer y después viviremos felices para siempre. Cada dos años pasaremos más de dos meses en París, veranearemos en Provenza y yo fundaré una dinastía. Con cinco mil guineas puedo considerarme una heredera, y cada céntimo que gaste hará que me acuerde de *ella*.

»Edward es un tonto. ¿Cómo ha podido imaginar que yo pudiera ser amiga de Tess, que yo quisiera ser su amiga?

»Esa mujer es una malvada. Nunca le perdonaré las cosas que hizo ni las cartas que escribió. ¿Conque ilegítima, eh? Nunca me olvidaré de eso, y me vengaré, y vengaré también a Malcolm. Me vengaré por toda la angustia que nos provocó.

»Sí, me vengaré de esa bruja. ¡Vaya, me gusta llamarla así! A partir de ahora, este será uno de mis secretos. Supe que era una bruja desde la primera vez que la vi, lo supe ya las pocas veces que nos encontramos y cenamos juntas. ¡Bruja! Apenas se dignaba dirigirse a mí y desaprobaba todo lo que yo hacía o decía, por más que me esforzara. Es una bruja y tiene solo treinta y siete años. Para mí es y será siempre la Bruja Struan».

Angélique tenía dieciocho años y medio. Se alejó lentamente y entró en el vestíbulo del edificio Struan, cuya fachada ornaban el león rojo de Escocia y el dragón verde de China. Subió la imponente escalera que conducía a sus aposentos. Allí cerró la puerta con llave y luego, feliz, se dispuso a dormir plácidamente.

Siete días más tarde, y a petición suya, Yoshi se reunió con sir William y los ministros en Kanagawa y consiguió calmarlos, satisfecho de que Anjo hubiera vuelto a caer en su propia trampa. La salvación sería una reunión con el shōgun, tan pronto como este regresara.

Sir William le preguntó cuándo tendría lugar esa reunión, y él le respondió que haría todo lo posible para que se celebrara con la mayor brevedad, pasando por encima del tairō en caso necesario. «Está tan enfermo el pobre —explicó—. Mientras tanto, confío en que la información que solicitó para nuestros posibles acuerdos en el futuro esté pronto disponible, y espero que se tome en cuenta mi consejo».

En consecuencia, el Pearl fue enviado a Kanagawa con una petición formal a Sanjiro; este debía disculparse, pagar una indemnización e identificar a los asesinos y entregarlos. Sanjiro se negó a obedecer, pues consideró impertinente esa petición. La semana siguiente, con sir William y su personal a bordo del buque insignia, zarpó el escuadrón de guerra, formado por el Eurylus, con treinta y cinco cañones; el Pearl y el Perseus con veintiuno; el Racehorse, con catorce; el Havoc, el Coquette y el Argus, con nueve cañones cada uno. Anclaron a la entrada de la bahía de Kagoshima, fuera del alcance de las baterías costeras guarecidas en quince fortificaciones a ambos lados de la bahía. El buen tiempo duró poco.

A medida que las condiciones empeoraban, Sanjiro comenzó a dudar. Sus vacilaciones duraron cuatro días. Al alba del quinto día, en medio de una fuerte tormenta, la flota se apoderó de tres barcos

de vapor propiedad de Satsuma, construidos en el extranjero. Al mediodía todas las baterías de la costa comenzaron a disparar y el almirante Ketterer dio la orden de responder. Con el buque insignia a la cabeza, la flota penetró en la bahía. Cuando los barcos estuvieron a una distancia apropiada de las fortificaciones, los cañones comenzaron a disparar; desde la costa respondieron con una intensidad inesperada.

Una hora después de comenzada la batalla, el Eurylus tuvo que dejar la formación. Un cañonazo había decapitado al capitán y a un comandante, que se hallaban en el puente junto a Ketterer y sir William, y una bala de diez pulgadas estalló en cubierta matando a siete marineros e hiriendo a un oficial. El Pearl ocupó su lugar. Poco antes del atardecer el Perseus encalló, agobiado por el fuego procedente de una de las fortificaciones, pero desde el Pearl lograron remolcarlo intacto y poner a salvo a la tripulación.

La batalla continuó hasta el atardecer. Algunos de los fuertes quedaron asolados, y muchos cañones inutilizables. También fueron destruidos algunos almacenes. No se perdieron barcos, y las únicas bajas que hubo que lamentar fueron las que se produjeron en el buque insignia. Por la noche Kagoshima ardía como lo había hecho Yokohama unas semanas antes. La tormenta se hizo más intensa.

Al amanecer del día siguiente el temporal aún no había amainado; los caídos fueron arrojados al mar con todos los honores, y la batalla volvió a comenzar, con el Eurylus otra vez al mando de la operación. También esa noche la flota se mantuvo fuera del alcance de los cañones enemigos, y todos los barcos permanecían intactos. La moral de la tripulación estaba bien alta, y aún contaban con una importante reserva de municiones. En cambio, la mayor parte de las baterías de Kagoshima había sido destruida. Al amanecer, y con fuertes vientos e intensa lluvia, Ketterer ordenó regresar a Yokohama, lo cual no agradó a la mayoría de los marinos y provocó las protestas de sir William. Aunque se hallaban totalmente fuera de su alcance, algunas baterías enemigas aún disparaban desafiantes esa mañana.

Para Ketterer la victoria era total. La ciudad había sido incendiada, Sanjiro humillado y la flota permanecía íntegra. Según el almirante, fue a causa del mal tiempo que hubo de tomar la decisión de retirarse.

En Kioto, cuando Ogama de Choshu se enteró de la destrucción de Kagoshima —se decía que Sanjiro había muerto en la batalla—, atraído por otro anzuelo del plan de Yoshi lanzó un ataque sorpresa por la noche, la operación secreta Cielo Carmesí, destinada a recuperar el control total de las puertas. De inmediato Yodo de Tosa y todos los daimios, se aliaron con el shōgunado en contra de Ogama, pues pensaban que era mejor que un shōgun, aunque debilitado, controlara las puertas, que no un solo y omnipotente Ogama. Este se vio forzado a abandonar Kioto y a retirarse a Shimonoseki y los estrechos, condenado a consolarse de su derrota en el exilio, mientras no cesaba de jurar venganza, especialmente contra su exaliado Yoshi. Y allí se dedicó a prepararse para la guerra.

Nada se había solucionado para el imperio japonés, y tampoco Sanjiro había muerto; había sido tan solo una información falsa difundida por los espías de Yoshi. Pero eso no importaba; Yoshi sabía que había dado un paso de gigante hacia el futuro. Ahora, aunque a raíz de un gran esfuerzo, controlaba las puertas, Ogama estaba desterrado, Kagoshima destruida. Además, el shōgun Nobusada regresaba a Yedo, sin su princesa, convencido de que Kioto no era un lugar seguro para su persona. Y la mayoría de los shishi habían sido exterminados. Anjo no duraría mucho tiempo en este mundo y, por el momento, los gai-jin estaban apaciguados.

Pese a todo, un mes después de la batalla, los emisarios de Sanjiro visitaron a sir William en Yokohama e hicieron las paces. Sanjiro admitió que no había actuado correctamente, pagó la indemnización, identificó a los asesinos y prometió amistad a los gai-jin, acusando al shōgunado de todos los problemas. También invitó a los gai-jin a reconstruir Kagoshima, permitiéndoles instalar allí sus sedes comerciales. Prometió asimismo discutir todas las cuestiones relativas a la indemnización y, por encima de todas las

cosas, les comunicó que Satsuma era una antigua potencia marítima y que, por lo tanto, era justo que tuviera tantas naves como los gai-jin. «Satsuma es rica, y puede pagar en oro, en plata o en carbón la cantidad necesaria para contar con naves construidas por los británicos y con instructores navales de esa nacionalidad…».

Yoshi no vio con buenos ojos la oferta de Sanjiro, de la cual se enteró inmediatamente por intermedio de Inejin. Era algo que no entraba en sus planes y que alteraba el equilibrio de poder.

«No importa —pensó, mientras meditaba en el castillo de Yedo y contemplaba la ciudad que se extendía a sus pies—. No importa; los dioses, si existen, tienen sus caprichos. Haya o no haya dioses, no hay por qué preocuparse, eso es lo que hace que la vida sea como es. Quizá triunfe, quizá no. Es el karma. Tendré paciencia, eso es suficiente».

Deliberadamente abrió el compartimiento de su corazón y recordó a Koiko en todo su esplendor, recordó todos los buenos momentos que habían pasado juntos. Ese recuerdo le ayudó a consolarse. Pensar en Koiko significaba inevitablemente recordar a Meikin y su deseo de muerte: «Un baño y ropa limpia, por favor».

—En esta vida —dijo—, en este valle de lágrimas, lo que se necesita es sentido del humor, neh?

CRONOLOGÍA DE LA SAGA ASIÁTICA

1600 — SHOGUN
1841 — TAI-PAN
1862 — GAI-JIN
1945 — REY DE LAS RATAS
1963 — CASA NOBLE
1979 — TORBELLINO